DEL MISMO AUTOR
EN OTRAS COLECCIONES

En la Colección Joya:

OBRAS ESCOGIDAS.

En la Colección Crisol:

CANAIMA / LA REBELIÓN / EL PIANO VIEJO
(Núm. 340)

POBRE NEGRO / PATARUCO / PEGUJAL / MARINA
(Núm. 344)

EL FORASTERO / EL MILAGRO DEL AÑO / LOS INMIGRANTES
(Núm. 348)

LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO
(Núm. 382)

BIBLIOTECA
DE
AUTORES MODERNOS

Esta edición de las

OBRAS COMPLETAS DE ROMULO GALLEGOS
contiene:

TOMO I

REINALDO SOLAR.
LA TREPADORA.
DOÑA BÁRBARA.
CANTACLARO.
CUENTOS.

TOMO II

CANAIMA.
POBRE NEGRO.
EL FORASTERO.
SOBRE LA MISMA TIERRA.
LA BRIZNA DE PAJA EN EL VIENTO.
LA DESVIACIÓN.
EL TRÁGICO ENCARGO.

AGUILAR

ROMULO GALLEGOS

OBRAS COMPLETAS

Prólogo de
JESÚS LÓPEZ PACHECO

TOMO I

REINALDO SOLAR / LA TREPADORA / DOÑA BÁRBARA
CANTACLARO / CUENTOS

AGUILAR

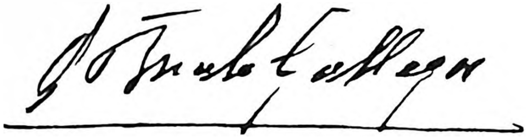
En la presente edición, las obras de Rómulo Gallegos están ordenadas cronológicamente, en conformidad con el autor.
Rómulo Gallegos, además, hizo para esta edición muchas y minuciosas correcciones en sus obras, de carácter ortográfico y textual; entre las textuales, la más importante afecta a las últimas páginas de "Reinaldo Solar".

SEGUNDA EDICION

DEPÓSITO LEGAL. M. 49.—1959.

Reservados todos los derechos.
Copyright © 1959, by Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid.

Printed in Spain. Impreso en España por Gráficas Dirección, Alonso Núñez, 31, Madrid.



PROLOGO

ROMULO GALLEGOS, ESCRITOR Y HOMBRE

CINCO hombres jóvenes, cansados de las calles de la Caracas de comienzos de siglo, más colonial que moderna todavía, se alejaban a través de sus arrabales hacia el monte de Avila. Iban en busca de paisajes hermosos, de horizontes más amplios y lejanos. Sentían aún en los cerebros el eco de las últimas páginas leídas, en libros inmortales, en obras de profundas reflexiones sobre la historia del hombre y de la vida. Y este eco, resonando inmensamente, les hacía encontrar estrecho todo lo que en la ciudad los rodeaba. Allí, escuchando los trinos, los rumores de los árboles, la palabra larga y débil de los arroyos, se entregaban a inacabables contemplaciones, y hablaban del arte, de la patria, del futuro... Desde aquella altura tendían la vista por la extensión de su patria que alcanzaban, y viendo aquel trozo de Venezuela, dirá uno de ellos más tarde: "...aprendimos a que nos doliera el corazón por sus campos desiertos, sus tierras ociosas, su gente campesina al desabrigo de los ranchos mal parados en los topes de los cerros, allá y allá... ¡Qué delgado el humo de los hogares que por encima de las techumbres pajizas indicaba cocimiento de pan escaso! ¡Cuán parecidas a gritos de angustia las voces de llamada de las madres a los hijos que por entre los matorrales anduviesen hurtándoles el cuerpo desnutrido a los quehaceres domésticos! Y ya teníamos sustancia de sensibilidad para nuestra dolorosa patria."

Enrique Soublette, Salustio González, Julio Planchart, Julio Horacio Rosales y Rómulo Gallegos. Cinco amigos de juventud tempranamente unidos por el "dolor de patria", por

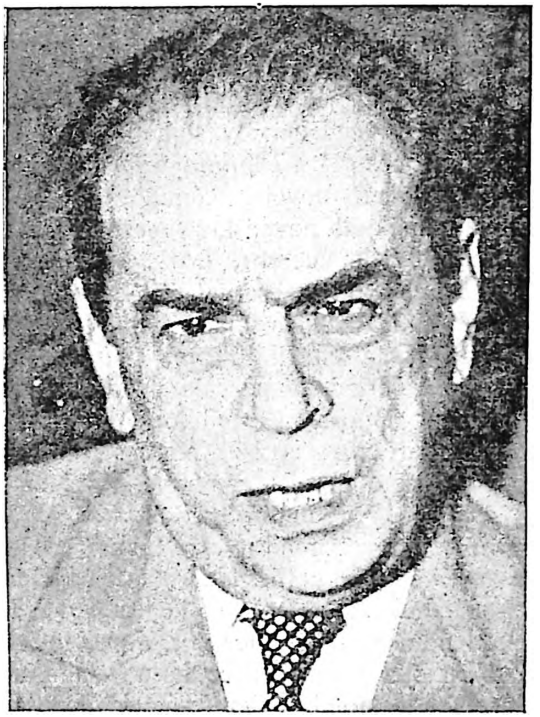
la contemplación melancólica, por la seguridad de que serían ellos los que cambiarían el mundo, por la afición a las letras. Hicieron su "primera salida al campo de las letras, con preocupaciones de algún contenido social y político", en la revista *La Alborada.*

Lo está recordando, muchos años después, el último de los citados, Rómulo Gallegos, y el recuerdo de ello es un mensaje que le envía el "otro superviviente" de los cinco: Rosales (1). La muerte cortó el desarrollo de la obra y de la vida de Enrique Soublette; la emigración a otro continente, decepcionado de su propia patria, desgobernada y sometida, y luego el regreso, ya agotado y enfermo, acabaron con Salustio González, el escritor que cambió de patria, de nombre y de idioma; Planchart vivió más, y también dedicó su vida a las letras, adquiriendo cierto renombre como poeta y narrador, y, sobre todo, como crítico; Julio Horacio Rosales abandonó su vocación, o quizá la mantuvo en secreto, bajo la solemnidad de su condición de juez.

Sólo Rómulo Gallegos, de aquellos cinco amigos contemplativos y preocupados, sigue con la misma vocación, a la que no ha dejado de ser fiel a lo largo de toda su vida. Porque su vocación no sólo fueron las letras, sino también la de ser hombre, con toda la dignidad y firmeza que deben acompañar a la condición de tal, aunque tan pocas veces la acompañen. Hombre y escritor, una doble vocación, o dos caras de una sola en Rómulo Gallegos. La trabazón de su vida y de su obra, de sus ideas y de sus actos, los hace parecer, en su longitud de años y sufrimientos, como una maciza columna de cemento: si la obra es alta, la vida no lo es menos. Hoy, Rómulo Gallegos es, efectivamente, una poderosa columna de dignidad en la que están puestas todas

(1) "Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas", Rómulos Gallegos, en la revista *Bohemia,* 9 de enero de 1949 (tomado de *Una posición en la vida,* de Rómulo Gallegos, Méjico, Ediciones Humanismo, 1954).

las miradas de América, desde México hasta Argentina. En él están simbolizados la esperanza de libertad, el amor a la gran patria común, el viejo sueño de unidad continental, el



Una de las últimas fotografías de Rómulo Gallegos.

progreso, el espíritu y la cultura de todos los pueblos latinoamericanos...

Rómulo Gallegos nació el 2 de agosto de 1884 en Caracas. Estudió Filosofía y Matemáticas, dedicándose luego a la enseñanza; fué profesor de varios colegios de Caracas

y luego del Liceo, donde llegó a ocupar el cargo de director. En 1909 comenzó a publicar artículos y ensayos sobre el problema de la educación y temas políticos en la revista *La Alborada*. Al año siguiente, y hasta 1920, salen en esta misma revista sus primeros cuentos. En 1919, se compromete a dar un cuento cada semana a la revista *Actualidad:* cuando no tenía tiempo para escribirlo, entregaba en su lugar un capítulo inédito de su primera novela, *El último Solar,* indicando a veces la procedencia, y sometiéndolo casi siempre a ligeras adaptaciones (1). *El último Solar* apareció en 1920, y con ella, su primera novela, Rómulo Gallegos empezó a figurar entre los mejores novelistas venezolanos. Antes había publicado un libro de cuentos, *Los aventureros* (1913), y estrenado un drama, *El milagro del año,* en el teatro Caracas, en noviembre de 1915. Pocos años después (1925), se publica *La Trepadora,* y en 1929, *Doña Bárbara,* la obra por la que su nombre salta de Venezuela a todos los países, entre los escritores más famosos. La publicación de *Doña Bárbara* es decisiva para su autor, no sólo por las consecuencias literarias que tuvo, sino porque, con esta novela, su literatura y su vida comienzan a fundirse en ese bloque de dignidad intelectual que, bajo el nombre de Rómulo Gallegos, tanto se admira en América y fuera de América. Juan Vicente Gómez, el dictador del momento, la lee y decide llamar a su autor para nombrarle senador por la provincia de Apure, donde se desarrolla la acción de la novela. Gallegos, que no podía aceptar tal nombramiento por venir de quien venía, del hombre que mantenía a su patria dominada por el terror y la corrupción, del tirano que tenía encarcelados, en aquel mismo momento, a muchos universitarios, hizo un viaje y

(1) Este hecho fué, muy probablemente, lo que indujo a Lowell Dunham, biógrafo y crítico del gran novelista venezolano, a pensar que *Reinaldo Solar* (título definitivo de su primera novela) estaba compuesta a base de trozos aprovechados en una unidad literaria superior, reprochándoselo como "defecto".

desde Nueva York envió su renuncia al cargo. Por algo lo envió desde el extranjero: haberlo hecho desde la misma Venezuela hubiera significado entregarse a la venganza del dictador. Fué éste un gesto de honradez intelectual, de pa-

Rómulo Gallegos en Beluso, Galicia (España), 1934, con su esposa Teotiste Arocha, el escritor mejicano Andrés Iduarte y Gonzalo Barrios, estudiante venezolano, amigo íntimo y colaborador.

triotismo auténtico, uno de los muchos que ha tenido en su vida, ejemplo de las juventudes americanas.

Comenzó su exilio. De los Estados Unidos vino a España, y aquí vivió, callada y honradamente, trabajando en una agencia industrial norteamericana de Madrid, como instructor de operadores de máquinas registradoras. Por la noche se entregaba a su auténtico trabajo, el de escritor: *Cantaclaro*

y *Canaima* las escribió en España, y en España salieron sus primeras ediciones. En el Centro de Escritores y Artistas, de Madrid, dió lectura de un capítulo de *Canaima*, que tuvo que ampliar a varios más obligado por los aplausos de los oyentes.

Tres veranos—los de 1933, 1934 y 1935—los pasó en Galicia, tierra que le causó tal impresión que en ella se quedó una temporada, trabajando en sus libros y gozando de un paisaje con el que se sentía identificado, acaso, como piensa Andrés Iduarte (1), por posible herencia física, de la que pueden ser testimonio no sólo su primer apellido, sino también el segundo, Freire; alguna vez, Rómulo Gallegos pensó utilizar el seudónimo literario de Angel Freire.

Desde muy joven, el gran escritor venezolano intervino en la política de su país, pero sólo como un hombre de su talla moral y un escritor de su altura y dignidad podía hacerlo: al lado de su pueblo y contra la injusticia, si es que todavía se pueden pronunciar estas palabras sin que suenen en muchos sitios como algo hueco y retórico. Cuando llegó el momento de unirse a un partido, eligió el de Acción Democrática, porque dentro de él podía ser fiel a sus ideas más queridas. En este campo de la política fué ministro de Educación (al regresar a la patria después del primer exilio, acabada la dictadura gomecista), senador, presidente del Consejo Municipal de Caracas y, por fin, presidente de la República, elegido por una mayoría del 72 por 100 de los votos. El gobierno de Rómulo Gallegos estuvo presidido por "el ansia de que se remediasen y se satisficiesen las penas y las esperanzas de su pueblo" (2). Como él mismo dijo que quería ser, fué "el presidente de la concordia nacional", y sólo la vio-

(1) "Rómulo Gallegos, novelista de América", Andrés Iduarte, U. O., Méjico, abril de 1936.

(2) Discurso en el acto de la proclamación de su candidatura a la Presidencia de la República en el Nuevo Circo de Caracas, el 12 de septiembre de 1947.

lencia, el asalto al poder constituído, pudo arrojarle de su puesto y de su país. Cuba le acogió entonces, y allí, "bajo la bandera de la estrella solitaria", continuó su trabajo literario: en 1952 publica en el país hermano su novela *La brizna de paja en el viento*, sobre un tema trágico de la actualidad cubana.

Su figura de hombre y escritor ha alcanzado ya las pro-

Rómulo Gallegos en Cuernavaca (Méjico) en 1954, acompañado del poeta venezolano Andrés Eloy Blan, laureado en los Juegos Florales de Santander, en 1923, por su "Canto a España", y el poeta cubano Nicolás Guillén.

porciones de un símbolo. Su calidad humana le llevó a la política, y en ella realizó una labor magnífica, como lo confirma la veneración que el pueblo venezolano y el de todos los países hispanoamericanos sienten por él. Su calidad literaria le ha convertido en un clásico de la literatura en lengua española, y sus obras, especialmente *Doña Bárbara*, las han leído y las leen millones de hombres, en su misma lengua o en muchas otras a las que ya están traducidas. Venezuela, y toda la América latina, ve en sus novelas el planteamiento,

e incluso la solución, a muchos de sus problemas. Mucha esperanza americana de hoy se ha alimentado y se alimenta en las páginas de Rómulo Gallegos.

Para conocerle en toda su extraordinaria personalidad, es necesario, además de esta esquemática biografía exterior, lo que se podría llamar una imagen interior suya, un retrato intelectual y moral. No puedo hacer nada mejor para ello que reproducir una serie de fragmentos de la obra *Una posición en la vida,* recopilación de artículos, ensayos y discursos de Gallegos realizada por Lowell Dunham, a quien se debe el conocimiento de los primeros escritos del autor de *Doña Bárbara* y varios cuentos no recogidos en las colecciones. La obra fué publicada por Ediciones Humanismo, de Méjico, en 1954, como contribución al homenaje que todo el continente americano le rindió al cumplirse los veinticinco años de la publicación de *Doña Bárbara* y los setenta del nacimiento de su autor. *Una posición en la vida,* como dice Raúl Roa en el prólogo, "es un testimonio de época y la profesión de fe de Rómulo Gallegos. Es un libro que alecciona, reconforta y deleita: la voz de una conciencia erguida sobre un coro de voces arrodilladas". Los fragmentos que voy a reproducir no necesitan ser engarzados por palabras ajenas; ellos solos constituyen por sí mismos una larga e indestructible cadena ideológica y moral que irá dando los rasgos fundamentales de una de las mentes más generosas y potentes de la América actual.

> Nada importa el valor teórico de un principio o una ley si no ha penetrado en la conciencia de un pueblo.
>
> La paz no será un hecho en tanto no desaparezca del espíritu nacional la previsión de la guerra.
>
> Si alguien se incorpora a gritar a todos que nuestro porvenir es el de la América latina, que en nuestra sangre está quizá la fuerza que ha de realizar futuros prodigios..., sin duda habríamos colocado la primera piedra de aquel edificio que soñó Bolívar.
>
> América, pues, es, a la vez, nuestro mal y nuestra esperanza, porque América es juventud.

Rómulo Gallegos. (Caricatura de Sánchez Felipe, en 1942.)

Soy un hombre con una ideología, claro está, pero sobre todo un hombre que procura el bien de su país, porque he demostrado en mi obra literaria y en mi conducta personal que le amo y deseo su engrandecimiento. Quiero que los venezolanos vivamos felices en nuestra patria, y que se trate de despejar los horizontes que se carguen de amenazas.

Es tiempo ya de que le allanemos los caminos, no al mesías que en ninguna escritura nos está prometido, sino al hombre responsable que en cada uno de nosotros reside, para que asuma la actitud que le corresponde, que no puede ser sino la del civismo: respeto a la ley, limitación dentro del derecho, superación ante el deber. La unánime dignidad ciudadana que componga la grande y majestuosa dignidad de la patria.

Yo no concibo forma de existencia apetecible sino bajo climas de libertad y de dignidad individual.

Y he aquí la verdadera explicación de mi encuentro en el centro de este movimiento: porque heredé inclinación al magisterio, porque la cultivé en los mejores años de mi vida. Y habiendo aquí una lección por dar, es natural que se haya echado mano de un maestro. Que de la honradez de mi anterior docencia pueden dar fe quienes, habiendo sido discípulos míos, no salieron de allí ni corrompidos ni desorientados.

Yo escribí mis libros con el oído puesto sobre las palpitaciones de la angustia venezolana, y uno de ellos fué leído dentro de las cárceles donde se castigaba con grilletes y vejámenes la justa rebeldía de los jóvenes.

Por haberle dado a mis letras esforzada ocupación en los duelos y quebrantos de mi pueblo, por haber tratado de explorar la raíz enferma de donde nos proviniera tanta hoja marchita en las ramas de la esperanza, por haber explorado también los horizontes por donde pudiese aparecer el anuncio de tiempo mejor, fué por lo que me buscaron en mi país mis compatriotas cuando se necesitó encabezar una buena empresa con un hombre que inspirase alguna confianza.

Yo conservo el derecho de sentarme entre las esclarecidas letras de nuestra América que aquí se han reunido, porque no le he hecho traición a las mías, construídas conforme a las reglas de concordancia entre escritor y pueblo.

...cuando pueda volver a mirar paisaje mío sin menguas de mi dignidad, no haré sino recordar cómo fué sobre las cumbres del monte a cuyas faldas se extiende mi ciudad natal, donde mis letras empezaron a oír la voz de mi tierra sembrada de angustias.

No prostituyas la dignidad intelectual. Letras que deberían grabarse sobre los pórticos de nuestras universidades, a fin de que el ingresante en ellas trasponga sus umbrales con emocionado sobrecogimiento de penetrar moradas de excelencia.

Pero sobre el suelo de mi patria ha quedado en pie una víctima inquietante: el pueblo de Venezuela, al cual se ha tratado de envenenarle las fuentes de su bondad esencial.

Yo no tengo mano conformada para arrojar la brasa del corazón a los incendios de la violencia, ni me muevo entre hombres que les confían a las llamadas de la venganza el cocimiento del pan de la justicia, y sin mengua de la firmeza de la acusación a que estamos obligados, invito a mis compañeros a total presencia de ánimo, en alturas de serenidad responsable ante el destino de nuestro pueblo.

Este es el hombre. Dignidad (palabra tan querida para él), limpio orgullo, amor a su patria y a su continente, fe en su pueblo, desprecio por la violencia y la dictadura, voluntad dura de servir a las causas más nobles.

* * *

Venezuela, como España, es tierra de contrastes geográficos y psicológicos. Llanura y montaña; pecho abierto al Atlántico y encajado entre cordilleras; espalda y corazón cubiertos de selvas e inmensas llanuras fluviales; y una gruesa, lenta y poderosa arteria—el Orinoco—, de alto nacimiento escondido, y de muerte heroica en lucha contra las aguas del Océano, lucha que admiró a Colón cuando descubrió el gran río venezolano.

Venezuela ha sido adelantada de la Independencia, patria de libertadores, país libre y democrático, pero también víctima de la explotación extranjera y de los tiranos nativos. La civilización ha tropezado allí con obstáculos poderosos: la naturaleza exuberante y tropical, la complejidad del alma popular, mestiza de indio, español y negro, poblada de diferentes y opuestas supersticiones, abúlica y violenta. Sin embargo, muy temprano surgieron hombres que sentían dentro

la llamada de la misión civilizadora; llamada que, desde el mismo Bolívar, desde Simón Rodríguez Carreño, ese Sócrates venezolano, pasando por Cecilio Acosta, Juan Vicente González, Andrés Bello... y tantos otros, llega hasta nuestros días, en una línea irrompible de progreso y amor patrio.

La literatura venezolana ha estado marcada en gran parte por un propósito reformista, mantenido como algo inmutable y característico en las diversas épocas, bajo los distintos movimientos y tendencias. La novela, de nacimiento más tardío que la poesía, se consolida bajo el signo del costumbrismo, de la sátira moral y política. El romanticismo, de tanta duración en el espíritu y en la cultura hispanoamericanos, le da un gran impulso. Se escinde luego con el modernismo en una tendencia intelectualista que, por la fuerza del naturalismo y del realismo, llega a incorporarse, como un elemento importante, pero no fundamental, en la corriente primitiva. *Peonía,* de Manuel Vicente Romero García, es la obra donde se funden las diversas tendencias, aunque sin conseguir una altura literaria. Pero sus caracteres esenciales, su fórmula, quedan fijados en ella para la novela posterior. *Doña Bárbara* misma, como ha señalado el gran crítico y novelista venezolano Arturo Uslar-Pietri (1), está dentro de la temática de *Peonía,* si bien a una gran distancia de ésta en cuanto a altura literaria.

La obra de Rómulo Gallegos representa una cima elevada sobre la tradición de las tendencias novelísticas de su país y de su continente; en ella se reúnen y llegan a una perfección superior las características más fundamentales, los elementos constitutivos de la novela anterior.

La naturaleza y la sociedad de sus tierras, principales determinantes de los conflictos novelescos, desempeñan un enorme papel en la novelística de Gallegos. El personaje, a través de una trama que parece como desdibujada en la vas-

(1) *Hombres y letras de Venezuela,* Caracas-Madrid, Edime, 1958.

tedad natural o en la grandeza del problema, lucha contra la naturaleza, contra la sociedad, siendo él mismo parte de esa naturaleza, de esa sociedad. Esta es, quizá, una de las principales razones por las que la novela americana, en general, resulta grandiosa, primitiva, de una emoción virgen

Rómulo Gallegos en su casa en Méjico, D. F., en 1956, con el novelista norteamericano John Dos Pasos y el escritor ecuatoriano Benjamín Carrión.

que no ha podido ser asfixiada por el intelectualismo europeo importado, Novela joven, poderosa, epopéyica, nacida en tierras "de impresionante silencio y trágica soledad, [donde] se siente que todavía no ha terminado el día sexto del Génesis, que aún circula por ellas el soplo creador" (1). A este especial carácter de las tierras atribuye ingeniosamente

(1) Rómulo Gallegos, "Las tierras de Dios", conferencia pronunciada en el Roerich Museum, de Nueva York, el 1 de septiembre de 1931 (tomada de *Una posición en la vida).*

Rómulo Gallegos el fenómeno del caudillismo y el del individualismo de los latinoamericanos del trópico, y, por tanto, gran parte de los conflictos sociales, expresados por las siguientes antinomias: "Civilización y barbarie, novedad y tradición, ideas europeas y realidad criolla, juventud y pasado, liberalismo ideológico y oligarquía de castas" (1).

Prácticamente, todas las novelas de Gallegos están dentro de esta temática, de estas preocupaciones. *Reinaldo Solar,* la primera, es la novela de las inquietudes intelectuales y artísticas de una generación, aunque ya hay en ellas un asomo, un poco idealista, de preocupación social y política. Reinaldo Solar, en su compleja personalidad, con algo de neurótico, llega a pensar en fundar una nueva y extraña religión (2); luego crea un partido político. Pero sus esperanzas, confusas, no llegan a triunfar: parecía destinado a morir antes de lograr realizar cualquier proyecto.

El proceso del acercamiento a la realidad venezolana da un paso importante en la obra literaria de Gallegos con *La Trepadora,* donde se plantea el problema del mestizo, el ascenso en la vida nacional de un nuevo tipo de hombres y el progresivo hundimiento de las familias ricas, ya arruinadas por su propia inutilidad en medio de una vida remozada, joven, anunciadora de formas mejores.

En estas dos primeras novelas existe ya la oposición ciudad-campo, civilización-barbarie, sociedad-naturaleza, aunque sus dos términos están todavía un poco confusamente

(1) Arturo Uslar-Pietri, *op. cit.*

(2) Varios rasgos y circunstancias de la corta vida de Enrique Soublette, el amigo de juventud de Rómulo Gallegos, coinciden con los del personaje de éste, Reinaldo Solar. Sobre todo, este curioso proyecto de fundar una religión, que también sostuvo Soublette en la realidad, según nos cuenta Gallegos en "Mensaje al otro superviviente de unas contemplaciones ya lejanas" (incluído en *Una posición en la vida).* Esta suposición mía, junto con el origen real del personaje de *Doña Bárbara* (véase "Perspectiva de la novela de Rómulo Gallegos", de John A. Crow, en *Humanismo,* cit., y "Cómo conocí a Doña Bárbara", que

definidos. Reinaldo Solar es ya un civilizador, antecedente de Santos Luzardo, el personaje de *Doña Bárbara;* pero su voluntad de civilizar está mezclada con sueños casi místicos,

Rómulo Gallegos en Méjico, D. F., en 1956, al saludar a la esposa del presidente de Costa Rica, José Figueras (al centro), en compañía del presidente de Méjico, Adolfo Ruiz Cortines. Al fondo, célebre mural de Diego Rivera, en el hotel del Prado.

con inquietudes intelectuales y artísticas, que le llevan a idealizar todo lo que toca. Su "dolor de patria" está marcado por el fracaso, por el pesimismo, por la separación radical de

---

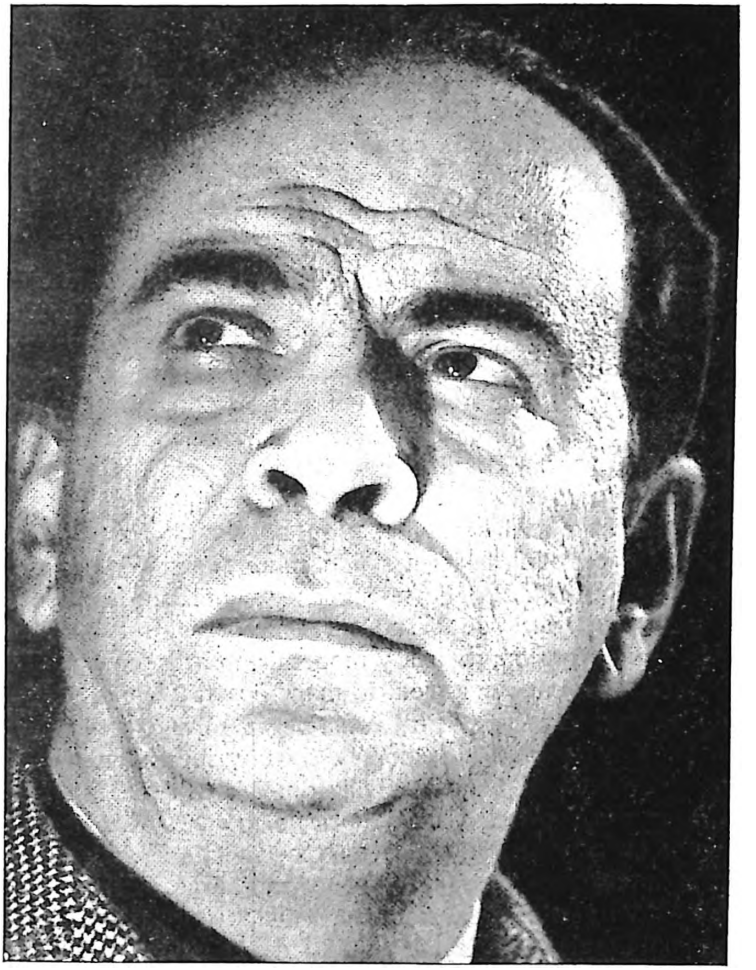
sirvió de prólogo de la edición conmemorativa de los veinticinco años de *Doña Bárbara,* impresa por el Fondo de Cultura Económica en 1954: pueden verse ambos trabajos también en *Una posición en la vida),* revelan el modo en que Gallegos creaba sus personajes. No eran previamente gestados en su mente, sino que los tomaba de la realidad, cuando al conocerlos o saber de ellos, tenía la revelación de su valor simbólico, de su significado humano y prototípico. *Doña Bárbara* se llamó en su primera versión "La Coronela", y parece que ésta era la más firme realidad histórica del personaje central.

la realidad de su país, realizada en él por la formación universitaria y la sociedad caraqueña. El alegato contra la intelectualidad, contra las universidades, incapaces de crear hombres que puedan entender y transformar el país, sin menoscabo de su formación, es claro.

La esperanza está ya en *La Trepadora:* "...hasta ahora —dice el autor en el prefacio de esta novela—nuestra literatura ha sido amarga y desesperanzada, pero ya es tiempo de amar y confiar un poco." Efectivamente, en *La Trepadora,* Victoria, la hija de Hilario Guanipa, realiza en sí misma la fusión de los elementos más puros de la ciudad con la potencia salvaje de la naturaleza, con su alma de mestiza; su nombre es un símbolo de su significado como personaje.

Pero es en *Doña Bárbara* donde los elementos en contraste se definen claramente y la esperanza de progreso y civilización triunfa. Santos Luzardo es un intelectual, pero a la vez tiene algo de llanero que los libros no han podido enterrar en su alma, y que rebrota con fuerza al regresar al Llano. Su epopeya es la del civilizador americano con un sentido exacto de la realidad de su tierra. A la salvaje fuerza de la llanura, "devoradora de hombres", como Doña Bárbara, la "mujerona trágica", símbolo de caciquismo y atraso, de violencia y superstición, Santos Luzardo logra imponerle la ley del progreso. Marisela es arrancada al Llano y salvada de su primitivismo, puro e ingenuo, por la cultura y el amor. La justicia arraiga en la llanura.

Junto a estos personajes—personajes-símbolos han sido llamados por algún crítico—, hay en *Doña Bárbara* un magnífico cuadro de personajes secundarios, populares y reales, trazados con autenticidad psicológica, que dan humanidad a la novela y que han contribuído en gran manera a su difusión entre el pueblo venezolano y americano. Tienen un valor representativo insospechado a veces, casi resultan pro-



Rómulo Gallegos en 1954.

totipos: Míster Danger (míster "Peligro"), Pernalete, Mujiquita, Juan Primito, Pajarote, Balbino Paiba... Los hombres de los pueblos americanos los conocen, saben lances y frases suyos, ríen con sus ocurrencias, los identifican con personajes de actualidad: han calado algunos de ellos en el alma popular, de donde salieron, como en España Sancho o Don Quijote.

Sin embargo, es el poderoso personaje de Doña Bárbara y el conflicto entre ella y Santos Luzardo, magistralmente tratado, lo que le ha valido, sobre todo, la gloria a esta obra. Porque este conflicto, lejos de ser personal y episódico, adquiere grandeza histórica: es el conflicto fundamental de la América latina. A la estirpe de Doña Bárbara pertenecen los tiranos, esos hombres que han aterrorizado, como aquélla el Llano, a las repúblicas latinas del nuevo continente; a la de Santos Luzardo, los defensores de la libertad, de las ideas, del progreso.

Cantaclaro es la segunda gran novela de Rómulo Gallegos. Ciro Alegría la ha definido como "versión llanera del trovador clásico". En ella se funden y equilibran las dos corrientes principales de la novela venezolana, según Uslar-Pietri: criollismo naturalista y modernismo artístico.

Con *Canaima* se completa la magnífica trilogía de Rómulo Gallegos. Aquí es la selva, la feroz selva cauchera venezolana, y los indios, con sus ritos y supersticiones, los que "devoran" al hombre civilizado, Marcos Vargas. Pero la esperanza, es decir, la fusión de lo mejor de los dos elementos en contraposición, en un esquema de acción que en cierto modo recuerda a *La Trepadora,* surge al final: otro Marcos Vargas, hijo del primero, vencido por la selva, y de una india, sale de la selva camino de la ciudad para educarse en ella. Y, curiosa coincidencia, regresa navegando por el río Orinoco, del mismo modo que navegando por el Arauca Santos Luzardo fué de la ciudad a la llanura. Los

ríos son los caminos naturales que comunican la naturaleza y la civilización; su curso lento y poderoso es la imagen de la marcha del progreso: de sus fuentes, de las inmensas galerías de selvas que atraviesan, traen a la ciudad una fuerza primitiva y pura con la que lavarán su corrupción, su extranjerismo, para crear una sola corriente, ancha y segura, capaz de enfrentarse y mezclarse al gran mar de la historia.

Pobre Negro (1937) es la novela de la raza que "lleva la culpa—que no cometió—pintada en la piel". Un vergonzoso problema social, venezolano y americano, se plantea en ella, con la generosidad y la comprensión que caracteriza a Rómulo Gallegos. Con esta novela quedan abordados en su obra todos los elementos étnicos del pueblo venezolano.

Sobre la misma tierra es la novela del petróleo venezolano. Con ella y con *El Forastero,* se completa la visión novelesca que el autor ha dado de su país, visión en la que no falta ninguno de los problemas fundamentales que éste tiene planteados. Y, como ya he dicho, no sólo de su país, sino de toda la América latina, que ve en *Doña Bárbara* "su" novela, la obra literaria que plasma su epopeya y su alma.

Pero aún caben en Rómulo Gallegos otros temas, otras preocupaciones. *La brizna de paja en el viento,* novela de gran fuerza dramática, aborda un tema cubano: el movimiento revolucionario que se produjo entre los universitarios de la Habana bajo la dictadura de Machado.

Rómulo Gallegos escribió también un guión cinematográfico sobre un personaje histórico femenino, que, por su fuerte temperamento, que le identifica en cierto modo con Doña Bárbara, parece destinado a la pluma del novelista venezolano: Juana de Arco. El guión se titula "La Doncella", y fué hecho para un productor mexicano que hasta ahora no ha realizado la película.

Pocos escritores latinoamericanos hay con una obra literaria de la importancia que tiene la suya. Hay, sí, novelistas

de una buena novela, e incluso muy buena; pero una trilogía como *Doña Bárbara, Cantaclaro* y *Canaima* no puede ser presentada más que por Rómulo Gallegos. Sus cuentos son, frecuentemente, verdaderas joyas del arte narrativo. Con una técnica de novela, la mayor parte de las veces, les ha sido señalado por algunos críticos la falta de que son, más bien, apuntes, esbozos de personajes, de situaciones... Mucho puede haber influído en este juicio el curioso error sobre la composición de *Reinaldo Solar* a que ya he aludido. Sus artículos, conferencias y charlas, algunas de éstas muy amenas, poseen un valor importantísimo para la cultura y las ideas contemporáneas de la América latina; con ellos se completa su obra literaria e intelectual, de proporciones inmensas, si no muy vasta. Rómulo Gallegos, clásico de las letras y de la lengua (1), ídolo en vida de un continente, es un caso extraordinario en la literatura de España y América. Como hombre y como escritor. Su obra, humana y literaria, y su personalidad, ya gigantescas ambas, han realizado y mantenido cierta aquella magnífica definición que dió Martí de América: "Continente de la esperanza."

JESÚS LÓPEZ PACHECO.

(1) Su manejo del idioma castellano es de una precisión que pocos escritores, incluso entre los nacidos en España, han logrado. Tiene un vocabulario riquísimo, engrosado con venezolanismos y neologismos que usa con gran acierto; utiliza, a veces, vocablos que los escritores españoles desconocen o, por lo menos, no emplean, a pesar de estar autorizados por el uso y la Academia; su sintaxis es, al mismo tiempo, moderna y clásica, cervantina y venezolana; sus diálogos tienen autenticidad y frescura.

NOVELAS

REINALDO SOLAR

PRIMERA JORNADA

I

APENAS comenzaba a amanecer, cuando Reinaldo estaba de pie, ávido de empezar con el día la nueva vida que se había propuesto.

Por la ventana abierta, la campesina alborada iba esparciendo dentro del cuarto, junto con su hálito generoso, su turbia claridad. De los contornos venían ecos de labor madrugadora: voces del gañán que buscaba por entre los tablones el buey que en la noche se soltó, mugidos de vacas en el ordeño, palabras aisladas en el silencio, el trabajoso rodar de un carro tempranero por los callejones, el sordo rumor de la molienda nocturna, allá en el trapiche. A ratos oíase el griterío de las bandadas de pericos que empezaban a salir de la montaña. Cantaban los gallos: a una bronca clarinada próxima respondía, más allá, otra, clara y vibrante, y otra a lo lejos, apagada y quejumbrosa.

Mientras saboreaba el café que acababan de llevarle, Reinaldo púsose a contemplar, desde la ventana que dominaba los campos de la hacienda, cómo iba amaneciendo en la montaña, sobre el valle y por encima de las colinas circundantes, sobre toda aquella tierra suya, aquel memorable día de marzo que marcaría en su vida tránsito y renovación. Un reborde de luz corría ya por detrás de los montes haciendo resaltar la cresta de los Picos de Naiguatá, las lomas rotundas de La Silla, la línea ondulante de las serranías del Sur, y en el abra próxima donde El Avila sumía sus últimas estribaciones, un alma sin arreboles se iba levantando y encendiendo. Abajo, en la noche remisa del valle, blanqueaban los cañaverales de "Los Mijaos", en torno a la sombra vigilante del torreón del trapiche, en cuyo extremo se alza-

ba un fantástico árbol de humo. En los ranchos comenzaban a brillar los hogares.

Con una prisa infantil, Reinaldo salió al campo, y, al pisar la tierra, como si no la hollara desde mucho tiempo y ella estuviese esperándolo, ávida de sentirlo sobre sus lomos, exclamó:

—Aquí me tienes de nuevo. Ahora te pertenezco, todo entero.

Y echó a andar por el callejón que conducía al trapiche, entre hileras de sauces. El aire sereno del amanecer comenzaba a removerse, oloroso a tierras recién volteadas, a estiércol refrescado al relente de la noche, a bagazo rezumante todavía, y a ratos traía, envuelta en un áspero tufo de alambique y de cachaza, la caliente fragancia del melado que hervía en las pailas de la oficina y el olor agreste de la montaña cercana.

Reinaldo Solar caminaba jubiloso, haciendo frases: volvía a la Naturaleza, al goce de los deleites sencillos, a la vida simple, pero sana e intensa de los sentidos. Aspiraba el olor de los campos y se sentía transportado como en una suave aura de arrobamientos: era la tierra fecunda que le absorbía como a un abono virtuoso que, a su vez, debiera multiplicarle su fecundidad.

Ya aclaraba cuando llegó a un rancho sobre un collado coronado de coposos mangos. Un perro flaco y todo cubierto de peladuras purulentas salió a su encuentro gruñendo de una manera hostil. La asquerosa sarna del animal produjo al joven viva contrariedad. ¿Cómo era posible que la tierra, madre generosa de abundancia y de salud, alimentase aquella podre? Regañó al animal que se le encimaba enseñándole los dientes.

—*¡Clavel!* ¿Qué es eso? ¿No me conoces?

A su voz, salió de un establo vecino al rancho un viejo barbitaheño que tenía un mugriento escapulario terciado sobre el pecho casi desnudo.

—¡Contra! Si es don Reinaldito.

—Yo mismo, Gracián. ¿Pensabas que no volvería por aquí?

—Como hace tanto tiempo que no ha querío pisá su tierra...

—Pues aquí me tienes. Probablemente para siempre.

—Que ansina sea. Que por algo dice el dicho que el ojo del amo es el que engorda al caballo.

—Anda mal esto, ¿verdad?

—Su miajita, don Reinaldito. Que con el descuío pué resultá un mucho pa más tarde. Y no lo digo por mal de naide, que ya sabe usté que a Gracián Sayago no le ha gustao nunca está soplando murmuraciones en los oídos de los amos; contimás que usté no me lo ha preguntao. Pero ya irá mirando con sus propios ojos. Hay mucho barbechal por esos campos; la floramarilla se ha cogío el puesto de la caña.

—Ya se resembrará.

—Esa boca manda. ¿Y la familia? ¡Ah! Conque vino solo. ¿A reponese? Ya le estaba haciendo farta; se ha chupao mucho en esa Caracas, y usté me perdone la licencia. Pero el campo es güeno, don Reinaldito. Aquí me tiene usté a mí, que he perdío la cuenta de los años y todavía doy brega.

—Ya se ve, ya se ve.

—Pero lo tengo de plantón. ¿No gusta sentase un saltico aunque sea?

—No, Gracián, salgo de la cama.

—Es verdad. ¿Y una camasita e leche?

—Eso sí.

Y caminó detrás del isleño hacia el cobertizo donde estaban las vacas. Algunas, ya ordeñadas, pacían la hierba húmeda de rocío de un barbecho cercano; las que permanecían en el establo amarradas a los horcones mugían dulcemente, llamando sus becerros. En el aire matinal flotaba el olor de la boñiga. Dentro del rancho se oía raspar las arepas. Un humo azul se escapaba de la techumbre pajiza, en cuya solera estaba encaramado un gallo, lanzando su canto ufano y desafiador.

Reinaldo quiso ordeñar con sus propias manos la leche que había de beber, y el isleño, asombrado y jovial, al verlo ponerse a la tarea, exclamó:

—¡Usted en esa bajeza! ¡Miren que don Reinaldito tiene

cosas! Me se representa al difunto su agüelo, que también le gustaba jacé too. ¡Qué señor aquel don Hermenegildo, que no me canso de echalo de menos! Me parece está viéndolo en su yegua blanca, recorriendo los campos toas las mañanas. A tal hora como ésta pasaba po aquí a tomase su leche. ¿Se acuerda usté de su agüelo?

—¡Cómo no! No hace tanto tiempo. Juntos hicimos muchas veces esa recorrida matinal.

—El tenía muchas preferencias por usté. ¿Se acuerda de aquel fiestón que dió pa celebrá la llegá del agua de la cequia que él había trazao? No debe acordarse, usté era todavía una criatura.

—Pues me acuerdo perfectamente.

—¿De verdad? Pos mire que pa ese entonces tendría usté cinco años no cumplíos. Fué un treinta de agosto, día de Santa Rosa. Y la mañana metía en agua. El viejo estaba que no le cabía el alma entre el cuerpo; ya le parecía que iba a resultá el pronóstico del ingeniero que le dijo que el agua no llegaría a la represa, polque el trazo y que estaba mal hecho. Y ese gentío. Toa la familia, esperando la cosa. ¡Qué momento aquél, cuando por fin el agua comenzó a voltear la ruea! Al viejo se le salieron las lágrimas y lo cogió a usté en sus brazos y lo levantó parriba, y le dijo, me acuerdo mucho: "Muchacho, aprende, éstas son las verdaderas alegrías de la vida: el fruto de la idea de úno."

Hizo una pausa. Reinaldo, conmovido por la inesperada evocación de aquel recuerdo de su primera infancia, que ahora tenía para él una significación especial, interrumpió su faena, y Gracián continuó:

—Y es la pura verdá, don Reinaldito. Esas son las verdaderas alegrías de la vida: ve el fruto del trabajo de úno.

Y luego, con otro tono de voz:

—No así su taita, el señol don Daniel, a quien Dios tenga también en su gloria. Ese no supo gozá e la vida.

—Papá vivía fuera de la Naturaleza—replicó Reinaldo.

Entre tanto, habían salido del rancho dos mujeres.

—¡Bendita sea la Virgen pura! Aguaita, Plácida. Si es

don Reinaldo. El niño Reinaldito, como lo llamábamos hasta ayer no más. ¡Y que ordeñando!

—Es necesario saber hacer de todo un poco, Efigenia —le respondió el joven, complacido en su tarea, mientras estrujaba torpemente la rosada ubre del animal, que se volteaba a mirarlo con sus ojos húmedos y mansos.

Entre tanto, la rústica familia de Gracián, agrupada en el establo, contemplaba al joven con una cariñosa admiración. Componíanla cuatro arrapiezos, cuyos ojos claros lucían su azorada pureza entre el mugre de las caras pálidas; Plácida, la hija mayor de Efigenia, la mujer, agotada ya por los trances de una maternidad incansable.

Lleno el envase, Reinaldo se incorporó. Gracián le dijo:

—Bébasela toa, que debe está güena polque es postrera.

La leche tibia y olorosa se derramaba bañándole las manos. Manteniendo la vena del buen humor, grato a los campesinos, Reinaldo hizo un gesto de fingido asombro.

—¡Qué acontecimiento! ¿Verdad, chico?—dijo al más pequeño de los muchachos—. Todos han venido a verme ordeñar.

—Farta Tránsito—replicó el interpelado, frotándose la espalda desnuda contra un horcón.

Y la madre agregó, sonriente:

—Ella tiene reparo de que usté la vea asina como está —y soltando una risa franca y gozosa, de ingenuo rubor, agregó—: Como se casó, va pa siete meses...

—¡Ah! Ya comprendo—dijo Romualdo, y luego, alzando la voz, a la manera de los campesinos para hablarse a distancia—: ¡Tránsitoo! ¡Tránsitoo! Anda, mujer de Dios. Déjate ver, que no es ningún pecado lo que has hecho.

Roja de risa y de vergüenza, la muchacha asomó la cabeza por encima de la palizada que festoneaban las últimas campánulas. A través del cañizo se advertía la redondez del vientre grávido.

—¡A la salud del que ha de venir!—exclamó Reinaldo, y levantando la camasa, bebió el contenido a grandes y ruidosos tragos.

Los chicos lo miraban embobados; las mujeres sonreían silenciosas. Gracián se quitó el sombrero y dijo:

—Que Dios se lo pague.

Esto era más de lo que necesitaba Reinaldo para abandonarse a la emoción que le estaba bullendo en el pecho. El también había tomado en serio su jovial ofertorio, a causa de que, cuando levantaba la jícara rebosante de leche, había visto aparecer el sol y su frente había recogido el primer rayo de luz. El natural acontecimiento y el ingenuo ademán del campesino cobraron para él las proporciones de una señal mística: bajo la rústica techumbre del establo, en el bucólico ambiente oloroso a boñiga y a cogollos recién cortados, rodeado de caras humildes que sonreían con una pura sonrisa de asombro, él acababa de celebrar un rito solemne, que tenía el sabor arcaico de las olvidadas religiones de la Naturaleza.

Lleno de esta emoción cuasi mística se alejó del rancho y anduvo a través de los campos de la hacienda, cruzando los rastrojos, de donde se levantaban a su paso bulliciosas bandadas de capanegras y de tordos, metiéndose por entre los cañaverales, evitando el encuentro de la gente que discurría por los callejones, para saborear a solas el interno deleite de sus imaginaciones. Luego remontó el cauce de un arroyo que bajaba del monte trepándose por las piedras bruñidas por las chorreras, hasta un paraje sombrío donde había un ojo de agua.

Manaba ésta en el cuenco de una roca cubierta de musgos y helechos; grupos de bejucos colgaban de los altos y coposos árboles que tendían por encima un toldo de frescura y de recogimiento; atravesado en el cauce pudríase el tronco añoso de un jabillo derribado, y por debajo de él, la hebra del arroyo se deslizaba con un ruido suave hacia un remanso oscuro. El ambiente era frío y denso; la luz, tamizada por el follaje, tenía tonos verdinegros; más allá, cauce arriba de la seca torrentera, lucían manchas de sol en los claros del bosque. Un suave rumor nocturno de élitros en las espesuras marcaba el ritmo apacible de aquel silencio lleno de solemnidad y de misterio.

Era el sitio propicio a la comunicación con la Naturaleza: la fuente, que ha inspirado a los hombres, a través de los siglos, supersticiones diversas. Reinaldo se había acercado a aquélla con una emoción mística.

Aquietó sus pensamientos, buscando el éxtasis, como quien busca el sueño; pero el torrente de sus ideas era incontenible, y turbando el silencio comenzó a declamar:

"Iba a emprender, en el seno de la Naturaleza redentora, la obra de la reconstrucción de su ser moral, como una planta que, deformada por el cultivo, volviese a la selva originaria a recuperar el vigor de su antigua condición salvaje."

Era el primer capítulo de una novela que había concebido días antes y cuyo título, *Punta de Raza,* había estampado ya con gordos caracteres en el croquis de la portada dibujada por él, en la cual se veía un hombre desnudo, de hirsutas barbas a la tinta china, en la linde de una selva inhollada, bajo un largo vuelo de garzas, mirando salir el sol en éxtasis naturalista.

Sacó la cartera para fijar aquella frase; pero en seguida se arrepintió. Una sombra de contrariedad pasó por su rostro; aquel pensamiento literario había roto el encanto de la autosugestión bajo cuyo influjo estaba desde el amanecer.

Barajando en una misma ficción las emociones experimentadas durante la excursión matinal por los campos de la hacienda, con las que desde la víspera había imaginado para su protagonista, y acomodando su espíritu al estado preconcebido en que su héroe debía sentir dentro de su ser cansado y en trance de descomposición, la panteística penetración de las energías eternas de la Naturaleza, había concluído por atribuirse los sentimientos de su persona, punta y remate de una familia histórica, que después de arrastrar por la ciudad una vida de refinamiento y de desviaciones morales, rompía inopinadamente con su pasado para internarse en el corazón de una selva virgen, a emprender la labor prodigiosa de destruir en una sola vida de hombre la obra de varias generaciones que acumularon en su ser el morboso legado de la decadencia. *Punta de Raza*—decíase—

era él mismo, vástago desmedrado de los antepasados que vinieron en las carabelas de los conquistadores, fundaron ciudades y civilizaron naciones enteras de indios; de los próceres que resplandecieron en la epopeya de la Independencia; de los varones austeros que fundaron la República y más tarde sacrificaron el peculio y la vida en aras de la honra y en defensa de la convicción; de todos cuantos fueron muestra del temple y del vigor de la raza, en aquella casa donde hasta las piadosas mujeres tuvieron raptos heroicos de altivez.

Pero sería imposible precisar si se usurpaba los sentimientos de su personaje o, por el contrario, construía éste con los propios, porque Reinaldo Solar vivía la vida de sus ficciones y éstas la tomaban de la suya, en un flujo y reflujo continuo de emociones que salían de los libros y a convertirse en otros libros tendían.

II

Vidas de santos, que fueron sus primeras lecturas, despertáronle un misticismo precoz, allá por los doce años, cuando se preparaba para la Primera Comunión.

Era su "celadora" una amiga de su madre, ya mayor de treinta, acerca de la cual corría una leyenda milagrera. Llamábase Elena, vestía hábito carmelitano y decíase que habiendo sido muy bella y coqueta, como dos de sus muchos pretendientes riñeran a muerte, le pidió a Dios que le quitase la hermosura que había sido causa de aquella desgracia, y así sucedió, en efecto, a consecuencia de una misteriosa y repentina enfermedad que la dejó marchita y estrábica.

Horas enteras, todas las mañanas, pasaban ella y Reinaldo entretenidos en piadosas conversaciones. Generalmente, Elena tejía mientras hablaba; entre tanto, Reinaldo, con los codos apoyados sobre las rodillas, las muñecas juntas y la cara entre las palmas de las manos, se embebecía en la contemplación de aquellos dedos exangües, pero de líneas perfectas, que urdían sabiamente la malla sutil de blanquí-

simos soles, o de aquellos ojos de mirar extraviado por obra y gracia de milagro. Del cuerpo de aquella mujer emanaba una suave fragancia de piel limpia, de ropas olorosas a vetivé, y a Reinaldo se le antojaba que tal perfume debía ser el mismísimo olor de santidad de que hablaban los libros piadosos, y estas impresiones, mezclándose y confundiéndose con las imaginaciones que hacía a propósito del misterioso caso sucedido en la vida de Elena, le producían el efecto de hallarse en presencia de lo sobrenatural y le llenaban el corazón de voluptuosas inquietudes.

A veces este sentimiento religioso se bastardeaba, mezclándose con un infantil, pero violento y turbador deseo: besar aquella boca en cuya excesiva movilidad se condensaba toda la femenil coquetería de Elena, y que se plegaba, en un gesto de succión voluptuosa, al hablar de las dulzuras del divino amor. Dominado por este impetuoso reclamo precoz de su sensualidad, dejaba de escuchar las palabras edificantes de la "celadora" y permanecía largo rato devorándola con los ojos encendidos de deseos.

Atribuía Elena a piadosa exaltación tal enardecimiento, y satisfecha de su elocuencia redoblaba el calor de sus palabras, con lo cual se hacían más provocativos los melindrosos mohines de la boca tentadora y más sugestivo el alucinante estrabismo de los ojos visionarios; pero quizá, allá en el fondo de su ser, ella también sentía rebullir el rescoldo de la voluptuosidad cuando descubría aquella llama en la mirada del bello adolescente, en cuyo rostro se hacía más enérgica la expresión varonil, porque muchas veces éste había podido advertir que la plácida cara se le enrojecía súbitamente y los dedos infalibles anudaban y enredaban la hebra.

Un día fué tan violenta la turbación de Elena, que, abandonando de pronto el tejido, interrumpió su plática y dijo:

—Vamos a rezar.

Reinaldo comprendió y se sintió confundido, avergonzado. Haciendo un esfuerzo sobrehumano por vencer la presión de la garra de llanto que le atenazaba la garganta, púsose

a seguir el rosario que ella guiaba; pero no pudo sobreponerse mucho tiempo y de súbito rompió a llorar.

Ella continuó rezando en voz alta. Concluídas las oraciones, le dijo, pasándole la mano por los ensortijados cabellos:

—Ya es tarde, puedes irte. Y pídele mucho a Dios que te dé la paz del alma, ¿sabes?

Aquel día, al llegar a su casa, Reinaldo se encerró en su cuarto y allí estuvo hasta el anochecer, a pretexto de jaqueca, con la cabeza escondida entre las almohadas, torturándosela con el pensamiento de su pecado. Entre ratos se golpeaba la frente, se mesaba los cabellos, haciendo propósitos de duras y tremendas penitencias; entre ratos, la pueril vanidad se le ablandaba al halago de haber tenido tentaciones, como los elegidos de Dios, y entonces se entregaba a gratos fantaseos: él era un santo; Elena también, y, sin mengua de la santidad, se amaban, con un amor místico que placía al Señor.

En los días siguientes se dedicó con ahinco a la lectura de la *Imitación de Cristo,* que Elena le recomendara como la más eficaz medicina del espíritu. El rudo ascetismo kempiano despertó en él un voraz deseo de sacrificio; se aplicó disciplinas, observó rigurosos ayunos, se entregó a largas y complicadas oraciones que hicieron la delicia de su madre, quien estaba convencida de que su hijo iba a ser un santo, si ya no lo era.

Pero sucedió que un día, al sentarse frente a él, Elena dejó ver una bota sujeta con un solo botón, el único que le quedaba, y a través de la abertura, la media rota. Fué un remedio heroico para el mal de amor; pero junto con éste lo abandonó, de pronto, el sentimiento místico. Poco después, a instancias de su madre, hizo la Primera Comunión, fríamente, como quien cumple un deber trivial. Su displicencia era absoluta: cuando recordaba sus pasadas tormentas espirituales, le parecía que todo aquello había sucedido en otra persona.

El padre Moreno dijo, cuando Ana Josefa le refirió el caso:

—¡Hogueras de papel!... Así lo esperaba yo.

Y la madraza, que se había hecho la ilusión de que su hijo iba a ser santo, suspiró, desconsolada.

Semanas después, Reinaldo ingresaba en un colegio que dirigía un celebrado pedagogo llamado Jaime Payares, personaje todo huesos y severidad, que tenía una exagerada idea de sí mismo, y ejercía una especie de monopolio de la cultura de sus alumnos, burlándose groseramente de toda la que no fuera adquirida extra aulas, porque estaba convencido de que tenía derechos absolutos sobre las inteligencias que se le confiaban.

Este juicio a propósito del maestro lo oyó Reinaldo de boca de un estudiante de Filosofía que se quejaba de haber sido víctima del sarcasmo brutal de aquél, por haberse permitido sostener algo que había leído en una obra que acababa de llegar a la librería de su padre. Era un joven de aspecto reposado y bondadoso, llamado Antonio Menéndez, a quien, por otra parte, no podían tolerar los condiscípulos a causa de su superioridad mental, y sobre todo, a causa de la mirada irónica que solía fijar en quienes dijeran en su presencia alguna atrocidad o alguna simpleza. Sin embargo, Reinaldo simpatizó con él y a los pocos días, y a pesar de la diferencia de conocimientos, ya eran amigos.

Menéndez lo inició en el gusto por las buenas lecturas, prestándole libros que le revelaron la existencia de un mundo desconocido, el primero de los cuales fué *La vida de Jesús,* de Ernesto Renán.

Con resistencias al principio, luego de manera furtiva, al fin franca y triunfalmente, el dulce Jesús de Renán, como si recogiese sus pasos, fué recorriendo los senderos de aquel espíritu por donde la áspera sandalia del Cristo de la Imitación discurriera poco antes, y una emoción nueva, ya no puramente religiosa, sino más bien mística y poética, se adueñó del corazón de Reinaldo. Fué entonces cuando vino a darse cuenta de que en el mundo había una divina cosa que se llamaba Arte y cuando aprendió a sentir la belleza del paisaje nativo en medio del cual había vivido como ciego.

Releyó *La vida de Jesús* en compañía de Menéndez. De corazón a corazón trasegábanse sus sentimientos: los de Menéndez, mesurados y pasados ya por la prueba de su precoz espíritu de análisis; los de Reinaldo, exaltados y violentos, tal como le salían del alma, vehemente, sin freno ni medida.

Una tarde, paseando a través de un mudo paisaje de lomas herbosas que reposaban, ya sin luz, en la dulzura del anochecer, comentaba la trascendencia y el hondo sentido filantrópico de aquella obra que, humanizando a un dios, no había hecho sino demostrar cuánto de divina sustancia encierra el barro humano. Reinaldo, deteniéndose de súbito como si hubiese sentido la brusca revelación de su destino, exclamó:

—Te prometo que entregaré todo mi corazón a una obra sobrehumana. Yo me siento capaz de llevarla a cabo. ¡Yo también llevo un dios en mi interior!

De allí en adelante se entregó a buscar aquella obra sobrehumana, devorando los libros que el amigo le recomendaba, con la esperanza de encontrar en ellos la palabra mágica que le mostrase su camino. Fué la encrucijada de la adolescencia; había cumplido quince años y su naturaleza empezaba a dar la plenitud de sus fuerzas; sus instintos estallaban y ardían en la alta presión de su atmósfera espiritual, como los crepitantes brotes tiernos en la llama que consume al árbol.

Cada libro nuevo le impuso un nuevo rumbo; en perenne búsqueda de lo trascendental, cayó bajo todas las influencias; las teorías más opuestas, exageradas y deformadas por su imaginación, rigieron sucesivamente su conducta. Lee a Tolstoy, y la *Sonata a Kreutzer* lo vuelve misógino y nihilista; las páginas de *El Trabajo* lo hacen irse a la hacienda, y allí, con los pies descalzos, vestido con una burda blusa que llama la atención de los campesinos, se pone a arar las tierras, asesorado por el gañán, que le ríe la extravagancia; las de *El Hombre Libre* lo impulsan a poner en práctica el místico socialismo del gran apóstol ruso, en cuya prédica, que hace por las noches en el plan del trapiche,

en medio de un círculo de peones que le escuchan embobados, se siente un flamante Jesús poeta que habla bellamente de cosas de las cuales empieza a dudar.

Pero fué *Resurrección* la obra de Tolstoy que más le impresionó. Un día anunció a su familia que pensaba repartir la porción de sus tierras entre los campesinos que trabajaban, pues eran ellos sus legítimos propietarios. Al mismo tiempo púsose a recorrer los prostíbulos de Caracas, en busca de una Máslowa criolla a quien redimir. En uno de ellos conoció a una muchacha llamada Vidalina, que se enamoró de él locamente. El la llamaba Vida y le decía cosas edificantes e inútiles, al cabo de las cuales ella saltaba a su cuello y le besaba ruidosamente. Reinaldo jamás devolvía aquellos besos, y en llegando a su casa se daba en la cara fuertes restregaduras con agua de Colonia.

Así pasaron dos años. Rousseau le desorienta, otros le vuelven escéptico y ateo, y cae por fin en manos del energúmeno Nietzsche. La teoría del superhombre encuentra asideros propicios en su espíritu ambicioso y autoritario de hijo mimado y produce en él una feroz explosión de egoísmo. Con esto y con sus lecturas del Darwin de segunda mano de las ediciones baratas, abandona definitivamente su misticismo de pega, y convencido de que su yo es el centro del universo, se traza un violento plan de vida y acción, en el cual había de imponer, implacablemente, el "imperativo categórico" de su voluntad.

Para entrenarse, concibe y pone en práctica una teoría que titula "de los pequeños heroísmos", según la cual el dominio de sí mismo y su secuela, el dominio del mundo, se alcanzaban a costa de un paciente ejercicio de la voluntad de sufrir, que empezaba con el hecho vulgar de chuparse un limón sin hacer grimas y concluía con la heroica impavidez de los estoicos ante el riesgo de la vida.

Consecuente con su principio, participa un día a Menéndez que se va a la costa, porque le tiene miedo al mar y va a quitárselo, arrostrando sus peligros.

Allí pasa, todas las mañanas, horas enteras en el agua, a la cual se arroja temblando de miedo. Lejos de las rom-

pientes, solo y excitado por el imponente silencio de mar adentro, con los nervios vibrantes por la expectativa del torbellino mortal del cantil, o del tiburón que creyó ver cerca de él acechándolo, o de la "manta" que le pareció distinguir bajo su cuerpo, a media agua, experimentaba el intenso deleite de su propia fortaleza y hacía prodigios de audacia y destreza. Entre tanto componía versos, poemas enteros que le salían fáciles de la fantasía exaltada por la voluptuosa atracción del peligro.

Era Byron, en el Cuerno de Oro. Ya había hecho que el barbero le abriese entradas en las sienes, para parecerse más al lord poeta, con quien tenía semejanzas fisonómicas.

Pero otros libros descorren ante sus ojos los tenebrosos velos de la degeneración patológica y entonces saborea el placer malsano de hallar en sí mismo las taras fatales de la decadencia de las razas.

—La familia Solar es un caso típico—dícele a Menéndez—. Conquistadores, fundadores de pueblos, héroes y próceres de la independencia, hombres fuertes y normales hasta mi abuelo, hombres de acción perfectamente equilibrados. De allí en adelante un brusco estancamiento: mis tíos unos desorientados, papá una mezcla de artista y de místico fracasado. Desde niño demostró genio musical, su padre lo envió a los conservatorios de Europa y a poco su nombre figuraba en el número de los pianistas de mejor reputación. Regresado a Venezuela, uno de sus amigos lo invitó a tocar en su casa; él se sentó al piano y comenzó a ejecutar una sonata de Beethoven, pero a los primeros compases observó que unas señoras se entretenían conversando y entonces se levantó violentamente, y sin despedirse ni dar explicaciones, abandonó la sala, renunciando para siempre a tocar en público. En casa se encerró en sus habitaciones, y allí, aislado de la familia, entregado a la morfina y a la teosofía, se fué consumiendo en plena juventud. A medianoche, cuando todos dormíamos en la casa, se ponía a tocar el piano, a la sordina. Tío Valerio, que era el único de la familia que podía penetrar en aquella habitación, me ha dicho que lo que entonces ejecutaba papá, para sí solo, eran trozos de una ex-

travagante composición adaptada a la Biblia, que no había llegado a concluir. Iba por la mujer de Loth cuando le sorprendió la muerte. Luego yo: en mí renacen o quieren renacer los antiguos bríos de la familia; pero son fuerzas que no encuentran su trayectoria.

Menéndez sonríe y él concluye con entonación dramática:

—No. Esto hay que tomarlo en serio, porque es una verdadera tragedia. Estos entusiasmos míos, seguidos inevitablemente de abandonos totales; estas alternativas de consagración y renuncia son los últimos esfuerzos de un organismo que se siente morir y queriendo producir movimientos sólo produce convulsiones.

Y como Menéndez suelta una carcajada, él se separa violentamente del amigo irónico, y para demostrarle que realmente es un degenerado decide entregarse a los placeres carnales con la Máslowa de su fracasado tolstoyanismo.

En realidad era que necesitaba una justificación para saciar sus apetitos contenidos por el hábito de castidad que otros libros le habían hecho imponerse.

Un día, cerca ya del amanecer, regresaba a su casa asqueado de sí mismo y sintiéndose definitivamente envilecido.

—¡Esto era mi verdad!, ¡esto era yo!—decíase—. La vida rota, toda una vida consagrada al perenne afán de perfeccionamiento, que se desmorona de pronto tan sólo porque una mujer se atraviesa en mi camino. Ahora, ¿qué recurso me queda? ¿Cómo podré sobrevivir a mi bancarrota moral, al fracaso de mí mismo?

Atormentado por estas lucubraciones, levantó la cabeza. Desde la calle por donde iba se divisaba una gran porción del Avila, que era todavía una mancha oscura sobre el cielo de la madrugada.

Imaginó la dulzura del amanecer en las alturas, y una idea consoladora atravesó su mente: acaso era posible redimirse todavía; el fondo de su alma no había sido contaminado, puesto que aún era capaz de experimentar emociones puras. Y en seguida, con la rapidez de todas sus decisiones, un nuevo rumbo: el retorno a la Naturaleza. Allí su ser mo-

ral, en trance de descomposición, bebería el agua de la vida y de la fortaleza en las fuentes diuturnas.

Pensó por un momento ir a internarse en el corazón de una selva virgen; pero como no tenía ninguna a la mano, se contentó con marcharse a "Los Mijaos", en donde no dejaba de haber sitios bastante silvestres, como el Ojo de Agua, suficientemente propicios a la panteística compenetración con el alma de la Tierra.

Lleno de júbilo apresuró el paso. Las campanas del templo de Las Mercedes tocaban la misa de alba cuando entraba en su casa. En el patio clareaba la mañana dulce y fría. Las puertas de los dormitorios estaban cerradas todavía y en toda la casa había ese ambiente inefable de los tranquilos amaneceres; los corredores de arcadas chatas se iban llenando de una luz difusa; aún no cantaban los pájaros, pero ya se los veía esponjando sus plumones dentro de las jaulas; un suave soplo de brisa comenzaba a mover las ungidas copas de los cipreses simbólicos.

Aquella paz de su casa caía sobre su espíritu como un agua lustral, lo volvía puro. Se detuvo en el vestíbulo sin hacer ruido. Desfogada la naturaleza en la noche de concupiscencia, apaciguado el ánimo por el saludable estrago de su tormenta espiritual, experimentaba esa deliciosa sensación de cansancio y de abulia que da el abuso de las fuerzas, y sobre esta atonía se esparcía la suave fruición de un vago anhelo místico, que le iba llenando el alma a medida que las campanas que llamaban a misa removían en ella el viejo sedimento de la olvidada religiosidad.

El rechinar de una llave en la cerradura lo hizo volver en sí. Era la hermana, que salía para la misa.

Apresuradamente, Reinaldo se metió en su cuarto para evitar el encuentro. Estaba impuro y le horrorizaba la idea de que su hermana se acercase a darle el beso acostumbrado. Momentos después sus sentimientos, emanados de las lecturas de turno, volvían a adquirir su naturaleza literaria vertidos en el protagonista de *Punta de Raza*.

III

En el corredor del Conventico, sentado en el mismo banco donde se ponía, cuando niño, a contemplar la tranquilidad del patio de los granados, y ante una mesa cubierta de papeles, Reinaldo escribía el capítulo de su novela que había comenzado mentalmente en la mañana, en la soledad propicia del Ojo de Agua.

Era "el Conventico" una de las casas de la hacienda donde se habían refugiado dos hermanas del abuelo de Reinaldo, monjas del antiguo convento de las Concepciones, suprimido, como todas las que existían en la República, por decreto del Gobierno de Guzmán Blanco. Ya aquéllas habían muerto hacía años y la casa, desde entonces deshabitada, sólo se abría para los sermones que un fraile de Las Mercedes, amigo de la familia, predicaba en la hacienda por la cuaresma.

Pero como si en los párrafos escritos hubiese agotado toda la fecundidad de la selva virgen, al final de uno de ellos quedóse largo rato con la ociosa pluma en la mano y los ojos errátiles por las cosas que le rodeaban. Luego, comprobando en la imperturbable serenidad de su espíritu la eficacia de la celebrada terapéutica de soledad y silencio, que en el recinto del Conventico cobraba una mayor virtud tónica y sedante, impregnándose del ambiente de religiosidad que dejaran allí, como una impalpable huella de almas, las beatas mujeres que lo habían habitado, pensó que bien podía su místico héroe de *Punta de Raza* ir a buscar en un análogo retiro de devoción la fortaleza interior, porque indudablemente—y se lo decía a su propia incredulidad, una y otra vez, como para obtener de ella una concesión—, entre todos los ideales que le dan valor sobrehumano a una vida, ninguno más eficaz que el ideal religioso.

Y con esto y con la falta de plan, pues no se había ocupado en trazarse el de *Punta de Raza,* decidió que el primer capítulo se desarrollaría en un convento abandonado. Pues-

to que la acción pasaría en las selvas de Guayana, y en esta legendaria región no deberían faltar ruinas de los conventos o casas de misioneros, no habría en ello incompatibilidad de lugar. Andando a la ventura de su vago propósito de regeneración, bien pudo *Punta de Raza* detenerse a pernoctar al abrigo de alguna de aquellas ruinas que, con un poco de buena voluntad, conservaran la fisonomía doblemente sugerente de la antigua casa de oración. Por otra parte, esto tenía ventajas: así podría el novelista describir mejor el ambiente, puesto que bastaría con desfigurar un poco la arquitectura del Conventico, aunque en realidad no era sino una vulgar casa de campo en estado semirruinoso, mientras que, por mucho que sugiriera, el Ojo de Agua no era lo bastante agreste como para dar la impresión de majestuosidad de una selva virgen.

Estando en estas reflexiones, oyó voces de mujeres que se acercaban y por las cuales descubrió, con sorpresa, que eran su hermana Carmen Rosa y la amiga de ésta, Graciela Aranda.

—¿Qué vendrán a hacer aquí?—se preguntó, contrariado.

Carmen Rosa entró la primera y se le acercó, ofreciendo su frente al beso de costumbre. Detrás de ella entró Graciela.

—Señor cenobiarca, muy buenas tardes.

Y la gallarda figura de la muchacha se dobló en una profunda zalema.

—Buenas—respondió Reinaldo, molesto por lo de cenobiarca, más de lo que ya estaba por la inoportuna invasión.

Era Graciela la amiga íntima de Carmen Rosa. Los Aranda eran vecinos de los Solar, desde tiempo inmemorial, y ambas muchachas habían crecido y se habían educado juntas. La única disparidad que había entre ellas era la fortuna, pues Graciela era pobre, y desde su salida del colegio tuvo necesidad de trabajar, enseñando a las hijas de familias ricas. Este dinero, ganado en el enojoso trajín de las clases a domicilio, no era sólo para sus propios menesteres, sino también para ayudar al sostenimiento de su casa,

porque su padre, Pepito Aranda, como todo el mundo le decía, con ser un activísimo sujeto y gran devorador de calles, pocas veces alcanzaba, en su continuo y desaforado correr de revendedor de mercancías maulas, el diario sustento de su numerosa familia.

Gracias a esto, Graciela poseía ese aplomo de ánimo que distingue a las mujeres que se ganan la vida fuera del hogar y que le comunicaba a la jovialidad esencial de su carácter una virtud mayor. Tenía en los ojos la lumbre inefable del corazón generoso en ternuras, velada por cierto aire de soñadora languidez, en sugestiva antinomia con la expresión del rostro, llena de vida y de risa.

Graciela fingió no haber advertido el disgusto que causaron a Reinaldo sus palabras, y continuó en el mismo tono:

—¿Me da el santo cenobiarca su bendición?

—¡Cómo no, hija mía! ¡Que el espíritu de la discreción sea contigo! Sobre todo para que no incurras en el vano alarde de las palabras recién aprendidas.

—¿Eso va por lo de cenobiarca? Agradezco la lección.

Y el claro batir de la risa de Graciela disipó las reservas de ánimo de Reinaldo.

Carmen Rosa terció:

—Hoy está terrible Graciela.

—Ya se deja ver. ¿Y podría saberse? ¿A qué debo el honor...?

—A que somos vecinos—se apresuró a explicar Graciela, obedeciendo a la insinuación de las miradas de Carmen Rosa—. Hemos venido a pasar unos días en la hacienda.

—¿Solas?

—No, señor. Muy bien representadas: con la respetable madre de usted. Yo he venido invitada. O mejor dicho: invité a que me invitaran.

—¿Cuándo resolvieron eso? Ayer no se pensaba en tal cosa.

—De pensarse, hace tiempo que se pensaba. Pero como tu madre y esta hermanita tuya son dos grandísimas tontas, no se atrevieron a decírtelo, porque tú manifestaste que querías estar solo. Fué necesario que yo hiciera prodigios de

elocuencia para convencerlas de que estando ellas en la Casa Grande y tú aquí, en nada te estorbarían.

—¡Qué necedad!

—Esa es la palabra—y dirigiéndose a la amiga—: ¿Lo oyes, tontísima? El ogro de tu hermano ha resultado una persona sensata.

—Pero ¿qué he dicho yo?

Y ante el manifiesto desagrado del hermano, Carmen Rosa no hallaba qué actitud adoptar. Pero Graciela acudió en su auxilio:

—¡Anda! Anda a cumplir con el encargo de tu madre.

Luego a Reinaldo, cuando Carmen Rosa desapareció de su vista:

—No te imaginas la consternación en que las has puesto.

—¿Con qué?

—Con tu venida para acá. Te aseguro que ni Carmen Rosa ni Misia—así llamaba a Ana Josefa—han pegado los ojos anoche.

—Pues yo no los despegué. ¡Vaya lo uno por lo otro!

—No necesitas jurarlo. Ustedes los hombres son seres privilegiados.

—¡Privilegio de sensatez!

—No sé de qué será. Pero sí sé que si yo tuviera un hermanito déspota, me oiría las cuatro verdades.

—Eso envuelve una acusación bastante arbitraria—dijo Reinaldo, sin ocultar el disgusto.

Pero Graciela volvía a adoptar su primitiva actitud juguetona. Encaróse a él, engallando el busto desafiador:

—Abogo por los fueros de mi sexo! ¡Soy feminista!

—¡Enhorabuena!—respondió Reinaldo en el mismo tono, después de una breve pausa de admirativa turbación ante aquel rostro que embellecía el gesto altanero.

—¡De hoy en adelante no habrá más lágrimas de mujer derramadas por causa de los hombres!

—¡Lo lamento por ustedes!

—Pues por mí puedes ahorrarte la compasión. Todavía no he derramado la primera.

Reinaldo puso en una mirada la interrogación que estuvo a punto de escapársele. Ella apartó las suyas rápidamente.

Habían tenido el mismo pensamiento. Era un recuerdo de la infancia: estaba ella una tarde en el corral de los Solar, en compañía de Carmen Rosa, en la acostumbrada contemplación de las flores, cuando, al hacer un movimiento brusco por librarse del revuelo de un cigarrón, se hirió una mano con una espina. Reinaldo, que estudiaba sus lecciones del día siguiente sentado en el borde de la pila, acudió a sacársela; pero lo hacía tan torpemente, que sólo lograba desgarrar más la herida. Ya la mano sangraba copiosamente; la vista de la sangre produjo al improvisado cirujano un súbito vahido, y al levantar los ojos se encontró con los de ella, arrasados en lágrimas y fijos en él, con una ingenua expresión de resignado y voluptuoso dolor. En aquel momento, Reinaldo no comprendió; pero años más tarde, en la derivación romántica de sus primeras aficiones literarias, este recuerdo le dió asunto para unos versos. Leídos por Carmen Rosa, fueron luego a parar a manos de Graciela, y entonces ella experimentó la mayor y más dulce satisfacción de su vida: eran sus olvidadas lágrimas de niña que tornaban a su corazón, cálidas como si aún las vertiese, pero con calor de otra vida, con sabor de otro corazón.

Procurando zafarse de la dulce violencia de este recuerdo que los retenía en un silencio comprometedor, Graciela comenzó a buscar palabras:

—¡Este..., este... ¿Qué te iba a decir?... ¡Ah, sí! Iba a contarte: anoche hubo escenas graciosísimas en tu casa.

—De sainete. Ya me las imagino.

Consejo de familia. Pleno. Presidió el padre Moreno; asistió Antonio Menéndez.

—¡Qué estás diciendo! A ver. Cuéntame. ¿De que sé trataba?

—Pues del acontecimiento del día: tu venida al Conventico. Tu madre temía que hubiera profanación de lugar bendecido, sobre todo porque ella sabe que cuando tú te

pones a escribir no te alcanza el papel para poner herejías y atrocidades.

—Ya lo esperaba. Naturalmente, el cura le dijo que era necesario hacerme salir de aquí y a eso han venido ustedes. ¿No es cierto?

—Pues te equivocas. El padre Moreno lo que hizo fué soltar la risa. Y había motivos: tus tíos, Agustín y Valerio Allende, estuvieron estupendos. Agustín sostenía que sí; Valerio, que no.

—Y se fueron a las manos, como siempre.

—Para que veas. Estuvieron muy comedidos. Están a partir un confite.

—Conozco la causa. Sé que el arzobispo le dijo hace días a Agustín que la Jerusalén en miniatura de Valerio es como ver la verdadera, y ya sabes: el éxito infunde respeto.

—Sería por eso. Pero estuvieron de alquilar butacas.

—¡Qué lenguas!—dijo por allá dentro Carmen Rosa.

—¡Adiós! Nos estamos luciendo: Carmen Rosa ha oído todo—observó Graciela, apagando la voz. En seguida, con fingido disimulo, comenzó a tararear mirando al techo.

Reinaldo sonreía contemplándola. ¡Estaba linda! En aquella actitud de ingenua coquetería la curva impecable del cuello, torneado y palpitante, era tan sabrosa a los ojos, y a la vez tan llena de gracia y de castidad, que Reinaldo, recordando haber oído decir que las discípulas de Graciela, enamoradas de su suave blancura, saltábanle encima a besárselo, murmuró mentalmente, como si no hallase mejor elogio:

—Bendita sea tu pureza, garganta hecha para los besos de los niños.

Graciela enserió súbitamente:

—¿Y qué haces?—preguntó. Pero en seguida, como si recelase de la intimidad del tuteo, agregó, tornando a su humor bromista—: ¿Qué hace el solitario con tantos papeles por delante?

—Perder el tiempo escribiendo lo que debería vivir.

—Pues el remedio es sencillo—y cogiendo una cuartilla

de las que estaban escritas y haciendo la mención de rasgarla—: ¿Lo aplico?

—En tus manos está.

Soltó ella el papel, enrojeciendo bajo la mirada de Reinaldo, y para disimular su turbación, dió unas palmadas.

—¡Carmen Rosa! Anda, chica, que se nos hace de noche.

—¿Qué hace ella por allá dentro?—preguntó Reinaldo a tiempo que se oía el rechinar de una llave en la cerradura herrumbrosa.

—¿No oyes? Cerrar bajo llave los dormitorios de las monjitas para que no se te ocurra aposentarte en ellos.

—¡Qué superchería tan necia!

—¡Hijo! Cada cual con sus ideas. Así está hecho el mundo, y lo más prudente es no tocarlo.

—Te equivocas, Graciela. El deber es reformarlo, expurgarlo de errores y prejuicios.

—¡Quién lo dice! Un señor que le da la espalda a su casa, es decir, a su mundo chiquito, donde están sucediendo cosas que reclaman su atención, y se mete, muy sí señor, en un claustro. Suponiendo que esto sea un claustro.

Al mismo tiempo, Carmen Rosa volvía a aparecer en el corredor, seguida de la negra Ursula.

—¿Nos vamos?

Reinaldo se puso en pie.

—Sí, vámonos.

Graciela le miró, sorprendida.

—¡Cómo! ¿Abandona el cenobiarca su refugio?

Y Carmen Rosa, simultáneamente:

—¿Por qué no te quedas aquí más bien?

Graciela miró a la amiga con un gesto de protesta que, advertido de Reinaldo, le hizo decir:

—A ver, a ver. ¿Qué tienen ustedes entre manos? ¿Por qué no quieres que me vaya con ustedes?

—Nada, chico, nada—evadía Carmen Rosa.

Pero Graciela se decidió:

—Esto no es natural. Reinaldo debe saberlo. Es una tontería, pero tú debes estar al corriente. Lo que sucede es

que, al llegar esta mañana a la Casa Grande, nos encontramos con que estaba habitada.

—¿Habitada? ¿Por quién?

—Las sospechas no son muy tranquilizadoras. Juan Sevillano asegura que es gente buena; pero no parecían. En fin, el hecho es que la casa estaba habitada sin el consentimiento de ustedes.

—¿Acaso Juan Sevillano se ha atrevido...?

—Eso. Se ha atrevido. Como es el mayordomo...

Reinaldo se mordió los labios. No era la primera noticia que tenía de los abusos del mayordomo.

Graciela seguía explicando:

—Pero ya todo pasó. La gente se fué en seguida que llegamos.

—¡Que todo pasó! Ya veremos lo que falta.

—No intervengas tú, Reinaldo—suplicó Carmen Rosa—. Ya le dije a Juan Sevillano lo que había que decirle.

—¿Tú? Pero ¿qué concepto tienen ustedes de mí? ¿Por qué no me mandaron a llamar inmediatamente?

—Se pensó en eso; pero llegó Juan Sevillano, y Carmen Rosa hizo tus veces, por evitarte un disgusto.

Luego, cambiando de tono:

—Lo extraño es que tú no hayas descubierto nada ayer. Se comprende que no has salido de aquí.

Reinaldo la oía sin protestar. Había en las palabras de Graciela veladas inculpaciones que le avergonzaban, pero de una contundente justicia. Cogió su sombrero y volvió a decir:

—Vámonos. Y tú, Ursula, cierra esto y vete para la Casa Grande.

Graciela mostró los papeles que quedaban sobre la mesa:

—Y eso, ¿se queda así?

Reinaldo chascó la lengua, haciendo al mismo tiempo el ademán de abandono.

Por el camino, Graciela charlaba copiosamente, haciendo esfuerzos por romper el mutismo de Reinaldo. Carmen Rosa, arrepentida de haber dado aquel paso, temerosa de lo que pudiera sucederle al hermano en el encuentro con Juan

Sevillano, dirigía furtivas miradas al caviloso rostro de Reinaldo, como para adivinarle los pensamientos.

Era Juan Sevillano, el mayordomo de "Los Mijaos", un hombre de cara enjuta y afilada, que hablaba con un ceceo infantil y tenía un aire manso y tristón; pero se aseguraba que bajo aquella hipócrita apariencia inofensiva se ocultaba un hombre peligroso, impulsivo y violento, que apelaba muy pronto a la suprema razón del revólver, para suplir la torpeza de la lengua, cuando se la enredaba la ira, y no para ociosas amenazas.

Pensando en esto iba Reinaldo al día siguiente, cuando vió desembocar al mayordomo en el extremo del callejón por donde él se dirigía al trapiche, a tomarle cuenta de lo que Graciela le refiriera la víspera. Un movimiento instintivo le hizo palparse el cinto desarmado, al tiempo que se decía:

—¡Qué torpe! ¿Cómo se me ocurre venir así?

Pero inmediatamente reaccionó, y, pegando los talones inermes a los ijares del potro que montaba, lo lanzó veloz al encuentro de Juan Sevillano, cuyo caballo redoblaba también el paso bajo el apremio de la espuela. Ya pasaban uno al lado del otro, cuando a un tiempo mismo y en un mismo alarde de equitación, sofrenaron las bestias, parándolas en seco.

—¿Cómo estás, Reinaldo? Casualmente iba a buscarte.

—Y yo a ti.

A Reinaldo le pareció que Juan Sevillano, que viniera altanero, se había amansado súbitamente al oír sus palabras. Agregó, haciendo esfuerzos para que no trasluciera su excitación:

—Desde temprano te andaba buscando.

—¿De veras? Mire, pues, como no nos encontrábamos.

Y sonreía como la más apacible criatura del mundo bajó su equívoca máscara de mansedumbre y simpleza de espíritu.

A Reinaldo se le encogió el corazón. Ya había oído decir que cuando Juan Sevillano sonreía de aquella manera estaba más peligroso que nunca: su ira, presta a saltar, se agaza-

paba detrás de aquella sonrisa bonachona. Pero la misma insensatez del miedo le impulsó a provocarla.

—Tenemos cuentas pendientes. Mejor es arreglarlas de una vez.

—¡Ah, sí! Para eso te buscaba. Tu hermanita...

Reinaldo le detuvo la lengua con una mirada.

—Ten cuidado con lo que vas a decir.

—Yo siempre tengo mucho cuidado con lo que voy a decí, Reinaldo. Por eso es que nunca he tenío que recogé mis palabras. Contimás que, tratándose de ustedes... Es la primera vez que hay entre nosotros una desavenencia.

—Por culpa tuya.

Y en seguida Reinaldo se arrepintió de sus palabras: le pareció que comenzaba a flaquear.

Pero Juan Sevillano prosiguió como si no hubiera oído:

—Desde en vida de tu abuelo, que en paz descanse, he sío el mayordomo de "Los Mijaos", y aunque me esté mal el decilo, nunca había habío quejas. Será que ustedes ya se han cansao. Y que cuando las cosas no andan en manos de los hombres...

—¡Alto ahí! Sí andan. Y aquí estoy yo para demostrártelo.

Juan Sevillano fijó en él una mirada intraducible. Luego dijo, sin perder su presencia de ánimo:

—Lo digo porque como tú no has querío intervení nunca en na de lo que se refiere a los negocios de la hacienda... Pero ya veo que tú has venío preparao.

—¿Por quién?

—No lo tomes a mal. Digo preparao contra mí. De seguro que los chismosos, que por ahí abundan como la mala hierba...

—De eso tienes tú la culpa.

—¿De qué?

—De la mala hierba—y Reinaldo lo dijo con una sonrisa francamente claudicante.

—Ahora va a resultá que de too tengo yo la culpa. Si no dan dinero pa sembrá las tierras, ni siquiera pa limpialas, ¿cómo quieres tú que yo vaya a hacé milagros?

—Sin embargo, hay tablones bien cuidados.

—Así pasa en toas las haciendas.

—Este, por ejemplo.

—Está a tu orden.

—¡Ah! ¿Es tuyo? ¿Y aquel otro que ya está de corte?

—También está a tu orden.

La ironía del mayordomo acabó por exasperar a Reinaldo.

—Sí. Todos están a mi orden; pero todos son tuyos, por lo que veo. Sólo los rastrojos son de nosotros.

—¡Guá! Con no habémelo permitío tenían. Ustedes son los amos. Yo los sembré por mi cuenta, porque me daba lástima que se estuvieran perdiendo las tierras. Y como uno se cansa de pedí y de pedí...

—Imagínate cómo no se cansará uno de que le estén pidiendo, sin que nunca se vea el rendimiento. Las cuentas de la Comisión dan tristeza; ya las cañas no producen, cuando no se pierden los tablones enteros por falta de riego, como sucedió con el del matapalo y con los de la Vega del Cedral.

—La culpa de eso la tiene tu tío don Agustín, que por componé la acequia la dejó que el agua corría pa atrás.

—Sí. Unas veces por culpa de uno, otras veces por culpa de otro.

—Pero por culpa mía, nunca, Reinaldo.

Juan Sevillano volvió a mirarlo, pero esta vez Reinaldo soportó la mirada, mientras recalcaba:

—Así como suena: por negligencia tuya. Sólo te ocupas de lo que te interesa, de tus medianerías. Lo demás, ¡que se pierda!

—Está bien, Reinaldo.

Guardaron silencio. Entre tanto, Reinaldo prendía un cigarro. Tirando el fósforo, dijo:

—¿Y lo de la Casa Grande?

—Ya se lo dije ayer a tu hermanita: ustedes me estaban debiendo unos centavos, y como yo los necesitaba y la casa estaba desocupá, se la alquilé a una señora que vino a proponémela,

—¿De modo que también somos deudores tuyos?

—Si tú no lo sabías, dispénsame que te lo haya mentao. Y de eso sólo, no; también hay riales míos gastaos en la composición que hubo necesidá de hacé en las baterías. Yo no los estoy cobrando. Si hice lo de la Casa Grande, que yo sé que estuvo mal hecho y mejor es no mentá más la cosa, fué porque me vi en un apuro.

—Bien. Haz la cuenta de todo lo que se te debe y pásamela hoy mismo. Hasta el último centavo, ¿sabes?

—¿Eso quiere decir que la mayordomía...?

—Desde hoy en adelante, la hacienda no necesita mayordomo.

—Está bien, Reinaldo. Pero...

Y Juan Sevillano se quedó con la palabra en la boca, viendo alejarse a Reinaldo.

A la hora del almuerzo, éste llegaba a su casa rendido de cansancio y de digustos.

—Esto es un desastre. Si no pongo remedio a tiempo, la hacienda hubiera ido a parar dentro de poco a manos de Juan Sevillano; los bueyes son de él; los mejores tablones, de él; las siembras de frutos menores; ¡hasta el agua del río! Todo eso era su feudo.

—¡Dios mío! ¡Quién lo creyera! ¡Un hombre tan bueno como Juan Sevillano, tan cristiano!—lamentó Ana Josefa.

—¡Oh! En eso no ha cambiado. ¡Cristianísimo! Y ahí está la causa de todo este desastre. Como Juan Sevillano carga el palio en las procesiones del Santísimo, no había necesidad de vigilarlo y se le daban amplísimas libertades. Buen negocio estaba haciendo el muy astuto con el tal palio. Las tenía engatusadas a ustedes.

—¿A nosotras, Reinaldo? — inquirió, muy asustada, la madre.

—A ti, principalmente. Si yo conozco el procedimiento; bastante lo he oído: "Misia Anita, ¡si usted viera qué Virgen del Carmen tan preciosa la que hemos comprado para la iglesia del pueblo!" Y en seguida: "Misia Anita, hay un pedazo de tierra que está sin sembrá y yo tengo una poquita semilla, que si usté me lo permite." Y misia Anita, derretida

de admiración y de complacencia ante el cristianísimo vagabundo, accedía a todo. Esa es la historia.

Ana Josefa se desmigajaba de risa oyendo a Reinaldo imitar las maneras tímidas y el ceceo de Juan Sevillano; pero, como advirtiese que el hijo hervía de enojo, recobró la seriedad, para decir:

—No tanto, hijo. Yo, es verdad, convenía en algunas cosas, pero siempre consultaba a Agustín.

—¡Ah! ¡Valiente cabeza de administrador la de Agustín! Pues ¿no se le ocurrió una vez que el papelón tenía mal precio aplazar el corte de un tablón que estaba de tiempo hasta esperar el alza? Naturalmente, la caña, a quien no le había consultado la espera, decidió espigar y se perdió toda.

—¡Ay, pero eso es culpa de Juan Sevillano!—terció Carmen Rosa—. ¿Por qué no le dijo a tío Agustín que eso no se podía hacer?

—¡Ya iba a decírselo él! Todo lo que fuera en perjuicio de la hacienda redundaba en beneficio suyo.

—Ese hombre tiene muy mala fe—concluyó Carmen Rosa, que no le perdonaba que le hubiese dicho, cuando ella le hacía cargos por lo de la Casa Grande, que no quería entenderse con mujeres.

La esencial bondad de Ana Josefa acudió en su descargo:

—Hija, no digas así.

Y Reinaldo, imitándola:

—No, hija. Si ése es un santo varón. Carga el palio. ¡Imagínate!

Graciela, que asistía a la escena, se decidió a intervenir:

—¡Ahora va a pagar el palio todas las fechorías de Juan Sevillano!

Reinaldo comprendió que estas palabras velaban una inculpación contra él, y no fué dueño de disimular su desagrado:

—Bien sé yo de quién es la culpa. Pero de esto no hay que hablar más. Ya sabré remediar el mal. Por ahora se tra-

de conseguir, hoy mismo, seis mil pesos que se le deben a Juan Sevillano.

—¡Seis mil pesos!—exclamó Carmen Rosa.

Y Ana Josefa, apresurándose a resarcir los daños causados por su candidez:

—Mira, Reinaldo. Me parece que a eso alcanza lo que tengo depositado en el Banco. Cógelos y págaselos.

Reinaldo no respondió. A él también le había parecido muy natural, en el primer momento, que aquella suma se pagara con el dinero de la madre; pero ahora, al oír que ella lo ofrecía antes que se lo exigieran, se avergonzaba de su egoísmo. ¿Cómo no se le ocurrió que él también tenía una cantidad suficiente para cubrir aquella necesidad?

—Bien—dijo, cambiando el tema—. Cuando quieras puedes mandar servir el almuerzo. ¡Tengo un hambre atroz!

—¡Ay! Sí, es verdad, hijo. Debes estar molido con tanto trajín y tanto disgusto como habrás tenido. ¡Y tú que no estás acostumbrado a estas cosas!

Y Ana Josefa pasó al interior de la casa, dándole gracias a Dios por haber sacado a Reinaldo con bien del peligroso trance, pues de sobra conocía ella la terrible fama del mayordomo.

Entre tanto, Reinaldo, en su habitación, con las manos olvidadas en la toalla con que se las enjugaba, repasaba mentalmente la escena sucedida con Juan Sevillano, saboreando el sano orgullo de su hombría, sintiendo que sobre él pesaban ya deberes positivos que eran también una buena razón de existir.

Poco rato después, en el almuerzo, como advirtiese que en él estaban fijas las miradas complacidas de las tres mujeres que le acompañaban a la mesa, se dió cuenta de que él era el apoyo y el centro de un pequeño mundo: su casa, y comprendió que hay satisfacciones sencillas que bien pueden llenar toda una vida. Ganas tuvo de bendecir el pan, como antaño lo hicieran sus abuelos, castizamente.

IV

En la tarde, orgulloso de su fecundísima jornada, Reinaldo quiso finalizarla a la manera del laborioso abuelo, dando una recorrida a caballo por los campos de la hacienda, y en este paseo llegó hasta el pueblo situado en los aledaños de "Los Mijaos".

Una torre pintarrajeada de rojo, cuatro airosas cimeras de chaguaramos y un conjunto irregular de tejados patinosos, componían sobre un fondo de cielo resplandeciente la pintoresca silueta del pueblo, encaramado sobre un cerro de poca elevación que dos ríos bordean en el encuentro de sus aguas.

Esta visión familiar avivó el fermento de ambición que hacía rato venía llenando con su hinchado bullir el pensamiento de Reinaldo. En épocas pasadas, los Solar habían sido los caudillos tradicionales de aquel pueblo, de modo que se decía, y era cierto, que bastaba que uno de ellos golpeara el suelo con la planta imperiosa, para que de todas partes brotaran hombres decidíos a seguirlos a donde los llevasen, y mucho después, venida a menos y apartada de la política del país, todavía la familia era acatada y querida, como fué patente en el entierro de don Hermenegildo Solar, detrás de cuyo féretro se agolpó todo el pueblo, disputándose el último honor de cargarlo sobre los hombros, como lo habían cargado siempre sobre los corazones. Pero, muerto el viejo y radicada la familia en Caracas, la popularidad se fué entibiando y desacostumbrando y terminó por desaparecer, sustituída por otra más allanada y cordial: la de Juan Sevillano. Formóse ésta en torno de esa aura de sugestión que rodea a los hombres que esconden valor o fiereza bajo un aspecto apacible y bonachón, y luego se acrecentó cuando lo vieron convertirse, paso a paso, en el verdadero señor de "Los Mijaos", a fuerza de lo que denomínase entre nosotros "chivaterías", ambigua fama de pícaro y de inteligente, que era allí como en todo el país, la mejor creden-

cial que un hombre puede ostentar para el logro de la popularidad. Así, pues, Juan Sevillano, genuino producto de la democracia, había suplantado a los Solar.

Haciéndose estas reflexiones, Reinaldo agregaba:

—Pero ahora yo puedo y debo volver por los antiguos fueros. Ya aquí debe estar corriendo la noticia de la caída de Juan Sevillano; seguramente voy a encontrar hostilidad; pero éste es el momento indicado para acabar totalmente con el prestigio que le quede. Mi presencia aquí confirmará, de manera decisiva, la reivindicación que comenzó esta mañana. ¡Quieran que no, volverán a sentir la garra!

Y con este propósito, Reinaldo hizo su entrada al pueblo por el sitio más concurrido por el peonaje de las haciendas de los alrededores, foco principal del prestigio de Juan Sevillano.

Acudían ya al trago y a la charla vespertina a la ranchería de la salida del pueblo, frente a la cual había un largo convoy de carretas. Los carreteros desuncían las mulas mientras sostenían entre sí una charla bulliciosa sobre asuntos del oficio, cruzada de noticias y de chismes del pueblo nativo, de donde unos venían y adonde otros volvían, salpicada de bromas picantes y de términos procaces. En el interior de la ranchería, a través del ancho portalón empedrado con guardacantones de lajas, análoga animación de los arrieros descargando sus recuas y, en el fondo, en torno al estanque del abrevadero, como una nota de paz, un rebaño de borricos ya libres de sus enjalmas, con los belfos sumergidos en el agua. En la pulpería, el zumbido de los bebedores; en el camino, un grupo de hombres jugando a los bolos.

Reinaldo se detuvo a contemplar este cuadro típico, y cuando fijó los ojos en los que jugaban, olvidóse de sus señoriles reflexiones; la actitud estatuaria y las vigorosas líneas de los torsos de los jugadores al lanzar los bolos, evocaban, en medio de la campiña luminosa, una remembranza de la remota Grecia olímpica. Pero como su atención empezó a atraer sobre sí la del peonaje y ya se dejaban oír, entre el runrún de las voces, inequívocas señales del comentario que el pueblo hacía sobre la noticia de lo sucedido con Juan Se-

villano, juzgó que le convenía hacerse el indiferente, y continuó su paseo.

Luego, ya en el pueblo, dobló por una calle empinada y angosta, en cuyo empedrado antiquísimo crecía la hierba. Viviendas de amplios portones con batientes claveteados, descalabradas y patinosas fachadas, ventanas herméticas con rejas de madera torneadas, algunas, y anchos aleros casi todas, conservaban en algunas partes el aspecto colonial, y en los interiores silenciosos, que sugerían cierta sensación de soledad y abandono, veíanse patios floridos y adivinábase ese ambiente inefable del crepúsculo doméstico en las casas viejas. Por las callejuelas discurría poquísima gente; en la plaza de la iglesia la sombra caía de los altos árboles en medio de una paz que no turbaba un ruido. En un banco, un joven de largas melenas muy negras tomaba el fresco con la cabeza descubierta.

Reinaldo rodeó la plaza. Ya cruzaba la esquina cuando oyó que lo llamaban. Detuvo el caballo. El sujeto de las largas melenas habíase separado del banco y se le acercaba, con paso de enfermo, haciendo visajes:

—¡Reinaldo Solar! ¡Vaya, que por fin veo la cara de un hombre!

Este no sabía quién pudiera ser aquel personaje tan maltratado, cuya fisonomía no le era, sin embargo, completamente desconocida. Lo saludó lo más amablemente que pudo, mientras rememoraba.

—¿No me conoces? Ya veo que no me conoces.

Y por su demacrada faz pasó una mueca de desaliento mortal. Luego agregó, con una voz cavernosa de la cual no parecía capaz su pecho enteco:

—Soy Felipe Ortigales.

—¡Sí, hombre! ¡Cómo no te iba a conocer! ¡Ortigales, cómo no! En el Colegio de Jaime Payares. Sí, sí.

—Es decir, la sombra de Felipe Ortigales. Soy el fantasma de un hombre que no vive hace tiempo. ¿Te acuerdas de aquellos tiempos del Colegio? ¡Qué tiempos aquéllos! ¿Qué se ha hecho aquel Antonio Menéndez? ¿Recuerdas que yo me transaba con él? ¿Y aquel Rafaelito Olmeta? ¿Te

acuerdas de que decías que no estarías tranquilo hasta que supieras más que Menéndez y hasta que no le hubieras pegado a Rafaelito, que era el gallito de la cuerda? ¡Qué tipo eres tú, Reinaldo ¡Qué tipo!

—Y tú, ¿qué tal? ¿Qué te habías hecho?

—Es muy largo de contar, caro amigo. Si fueras tan amable nos podríamos sentar un rato. Yo no puedo estar mucho tiempo en pie.

A Reinaldo no le interesaba en absoluto conocer la vida de Ortigales, que por lo que se dejaba ver no había sido muy risueña; pero comprendió que quería referírsela a todo trance, y resignándose compasivamente, echó pie a tierra para conversar con aquella sedicente sombra, que a duras penas podía mantenerse sobre sus piernas de agudísimas rodillas agresivas. Se sentaron donde lo había estado Ortigales, quien gastó buen espacio de tiempo acomodando sus pobres huesos sobre la dura madera. Y comenzó a declamar:

—Pues ya adivinarás, por el estado en que me encuentras, cuál ha sido mi vida.

—¿Has estado enfermo?

—Mortal.

—No estabas en Caracas, ¿verdad?

—De tumbo en tropiezo por esos pavorosos pueblos del interior, por esa provincia anodina y disolvente, con la farándula aquella de que te escribí. Por cierto que no obtuve contestación a mi carta.

—¡Ah, sí! Ya recuerdo. Andabas de empresario de una compañía de cómicos infantiles. ¿No es eso?

—De apuntador. Con cierta injerencia en la empresa, efectivamente. Aunque, si bien se mira, yo era el alma de la cosa.

—¿En qué paró eso?

—En lo inevitable: el fracaso. El tenor cómico, por sarcasmo del Destino, murió trágicamente, despanzurrado por un caimán del Apure, a pesar de las formidables pancadas del barítono que se bañaba a dúo con él; la tiple concibió, por obra y gracia de un jefe civil, y los demás párvulos,

cansados de pasar hambres cantando, decidieron continuar pasándola de otra manera menos irritante.

Reinaldo se aburría con aquel humorismo forzado, que resultaba doblemente macabro en boca de Ortigales. Al cabo de una pausa, éste continuó su oración fúnebre.

—Luego, dos años sepultado en un pueblo asesino, que me mató el alma y me iba matando el cuerpo, finalmente. Una precaria administración de correos que me daba veinte pesos para plátanos y quinina. Al resto de mis necesidades suplía el exiguo sueldo de maestro de capilla en la iglesia del pueblo, por amor del campechano del cura. Una cosa horrible: ¡fastidio, embrutecimiento, hambre, paludismo! El espíritu vuelto un guiñapo; el cuerpo, un hervidero de parásitos y de bacterias. Hube de abandonar al fin mi violín, mi buen hermano de infortunios; dejé de escribir mis dramas, y así me quedé sin emociones estéticas. Y venga el horrible y cotidiano temblor del paludismo. Al fin, un amigo que me depara el azar: Guaicaipuro Peña. Un ganadero rico y estólido, no sé si más rico que bruto o más bruto que rico. ¡Pero bueno, eso sí! Advierte que me estoy muriendo, y en un viaje que hace me trae entre su vacada como un matute más. Aquí vivo, si a esto se le puede llamar vivir, en su casa, en el seno de su familia, que gasta unos nombres pavorizantes: América, Africa, misia Oceanía, la madre; el padre se llamaba Atahualpa. ¡Héteme, pues, viviendo en un mapamundis!

Fatigado de su parlamento, dobló la cabeza y quedó un rato en silencio, enlazando y desenlazando los dedos flacos, que tenían un color ambiguo de cera y ceniza. Reinaldo le perdonó la actitud teatral y se compadeció de sus miserias.

—Y tú, ¿qué me cuentas?—tornó a declamar Ortigales.

—Pues viviendo, pensando, trabajando.

—¿Para qué todo eso? La felicidad suprema es el nirvana.

—¡Al cuerno el nirvana! La felicidad suprema es la acción.

El enfermo, como si acabara de oír la voz de un oráculo, levantó hacia él los ojos, asombrado:

—¿La acción?

—¡Sólo ella le da valor a la vida!

Y desatando su facundia en cálidas frases que electrizaron a Ortigales, expuso su flamante teoría. Cuando concluyó, Ortigales dijo:

—Sí. Pero para todo eso se necesitan energías, nervio, músculo, que yo no tengo. Mira—y se palpaba los bíceps fláccidos, como demandando compasión.

—No importa. La función hace al órgano.

Y Reinaldo se despidió súbitamente. Ya se alejaba y todavía Ortigales le decía:

—Bueno, Reinaldo. Ya sabes. Aquí está un hombre necesitado de tus palabras. Después de oírte me he sentido mejor. No dejes de venir a menudo a charlar.

Consecuente con su nueva orientación, Reinaldo modificó el plan de *Punta de Raza*. Ahora, el protagonista, lejos de absorberse en una extática contemplación de la Naturaleza, se entregaba a la voluptuosidad sana y generosa de un fecundo empleo de sus energías recuperadas: gemía la selva imaginaria bajo el hacha incansable; rugía la tierra bajo la garra de acero de formidables máquinas que le arrancaban su entraña de oro; emigraban de los pantanos drenados aquellas garzas que eran un símbolo de la hierática contemplación, y por todas partes el augusto silencio secular se llenaba con el poderoso alentar de los férreos pulmones del progreso.

Pero como el novelista no se contentaba con la ficción, sino que necesitaba realizar en la propia vida el plan de su novela, se dió a concebir otro, tan vasto y desenfrenado, de reformas en la hacienda. Sosteniendo una noche, de sobremesa, el aforismo del mejoramiento de la condición moral por el género de trabajo edificante a que se dedique el individuo, pasó a pensar, en una de aquellas subitáneas y fulminantes descargas de sus propósitos, que en vez de sembrar caña era más noble sembrar trigo, porque aquélla, dando origen al alcohol, fomenta un azote social, mientras que del trigo sale el pan, que es cosa útil, y la hostia, que es cosa tenida por sagrada.

—Por otra parte—decía—, considerándolo desde el punto de vista práctico y comparándolo ahora con el del maíz, el cultivo del trigo traería el mejoramiento de la raza, porque es un hecho comprobado por los modernos estudios sociales que los pueblos que se alimentan con trigo son más capaces de cultura que los que se alimentan con maíz.

Y esto bastó para que se decidiera a convertir en trigales los cañamelares de "Los Mijaos". Poniendo manos a la obra, resolvió consultar con cierto ingeniero agrónomo, oriundo de la Argentina, que acababa de establecer en Caracas un instituto de agricultura.

El agrónomo argentino se llamaba Heine Lenzi; era pequeño y redondo como una bola, y Reinaldo lo encontró en la sala de clases del sedicente instituto, metido en un chinchorro, en calzoncillos, chupándose una naranja.

Lenzi mostró a Solar el plantel, diciéndole que era todavía un cotiledón; y le presentó al único alumno que había caído: un joven taciturno, por encima de cuyas ropas trascendía la provincia, que se entretenía leyendo *Tierra,* de Zola, en un rincón de la sala, bajo una enorme sierra de pez que colgaba de la pared.

Enterado del propósito de Reinaldo, el agrónomo fué a "Los Mijaos". Allí pasó seis días, regalándose en la mesa de los dueños a cuerpo de perito, devorando pavorosos alfondoques con queso y anís que le aderezaba el tachero, echándose al coleto frecuentes tragos de aguardiente y charlando incansable con Reinaldo de sus estupendos ideales de la cría de cerdos, a los que llamaba "chanchos". En las horas frescas recorría los campos, agachándose de trecho en trecho a coger un puñado de tierra para analizarla en el instituto, y, por fin, un lunes, se fué con sus tierras y con un alfondoque monumental.

Dos días después reapareció en "Los Mijaos", asegurando que el terreno era propicio para el trigo. En seguida agregó, para mayor abundamiento de razones:

—En mi país, hace unos años, examiné una tierra como ésta; la compré para un amigo, y hoy es una de las más

hermosas estancias. Si viera usted los chanchos que se crían allí... Así de grandes, como borricos.

Y extendiendo en el aire los brazos cortos, que remataban en dos manos casi esféricas, sugería un infinito rebaño de cerdos gigantescos.

Reinaldo temió que Lenzi supiese más de "chanchos" que de trigo, pero, no obstante, le propuso la dirección técnica de las reformas que pensaba llevar a cabo en "Los Mijaos". Lenzi aceptó en seguida, y de regreso a la casa, ante una perspectiva ambigua de trigales y de "chanchos", habló copiosamente, con un entusiasmo que le comunicaba agilidad inusitada.

—¡Che! Créame usted, amigo Solar: si en este país todos los ciudadanos pensaran como usted, Venezuela prosperaría rápidamente. Lo que hace falta es agricultura científica. ¡Nada de escarbatierras empíricos! Agricultura científica. ¿Que la tierra es pobre? ¡Pues se enriquece! ¿Que no hay agua? ¡Pues se la busca! Y ya está todo remediado.

Efectivamente, con tales procedimientos ejecutivos no podía haber tierra pobre ni yermo enjuto; pero Lenzi tenía para Reinaldo el poder fascinante de un espíritu aventurero y fantaseador.

Las reformas proyectadas sembraron el pánico en el ánimo de la familia. Agustín Allende—que desde la muerte de don Hermenegildo Solar ejercía la administración de la hacienda y no le perdonaba a Reinaldo que hubiese despedido a Juan Sevillano sin consultarle previamente—, cuando se enteró de los proyectos del sobrino, aseguró que en "Los Mijaos" no se daba trigo, y con aquel redundante estilo suyo, pronosticó fracaso o bancarrota. Ana Josefa gimoteó inútilmente, pero se resignó al fin, aconsejada por Carmen Rosa, quien, a pesar de la desconfianza que le inspiraba Lenzi, recomendaba que dejaran a Reinaldo hacer el ensayo. En cuanto a Valerio Allende, por contrariar a Agustín y por halagar al sobrino, aseguró buen éxito.

Se fué Lenzi, clausuró el instituto y regresó en seguida. Colgó su chinchorro en la casa donde lo alojara Reinaldo, sacó del baúl varios catálogos de herramientas de labranza

y de maquinarias agrícolas, y en apuntar las que se debían pedir invirtió una semana.

Entre tanto, Reinaldo se ocupaba con otro proyecto de trascendencia mayor, que era toda una empresa de dioses.

Concibiérala una noche, como viese a los labradores de la hacienda congregados en la capilla del Conventico suspensos en la plática que, según la antigua costumbre, predicaba un fraile capuchino, para edificación de las rústicas almas. Eran las "misiones", que removían en el espíritu de Reinaldo el rescoldo de religiosidad de los años de la infancia; y aunque este sentimiento, después de haber corrido una bordada de positivismo, volvía a él, como barca desarbolada, a fuerza de remos, sintió la conmoción de los elegidos que oyen la voz de su destino.

Como oyera al fraile predicar a propósito del pecado, reflexionó sobre la dureza contra humanidad, del ascetismo cristiano, y de pensamiento en pensamiento, llegó a esta conclusión:

—Puesto que todavía la semilla ancestral de religiosidad está germinando en el espíritu humano, es imposible destruir esa Gran Ilusión; pero sustituirla por otra es ya más fácil y quizá más eficaz.

Esta reflexión produjo una larga teoría, y en seguida un nuevo plan de acción que lo absorbió por completo en los días subsiguientes, permitiendo a Lenzi disfrutar a sus anchas de la paz del chinchorro: predicar entre los campesinos la religión "monista", vislumbrada a través de unas cuantas líneas de *Los Enigmas del Universo,* de Haeckel.

Por las tardes iba al pueblo a conversar con Ortigales. El convaleciente, cuya cabeza no estaba firme todavía, se quedaba embobado oyéndolo.

—¡Qué actividad la de este Reinaldo Solar! ¡Qué energía! Reinaldo Solar es un cordial; ¡al lado suyo el más apático se siente sacudido, levantado en vilo, transformado! ¡El trigo regenerador! ¡La religión monista! ¿De dónde sacará Reinaldo tanta idea genial? A mí nunca se me hubiera ocurrido pensar que la indolencia del venezolano se deba a que en Venezuela no se come pan de trigo.

Y el pobre Ortigales se desesperaba por descubrir la fuente de aquella sabiduría de Reinaldo, que lo dejaba deslumbrado.

Le pidió libros y los devoró ávidamente; pero nunca se le ocurrió uno de aquellos brillantes comentarios. La chispa de la idea original no quería brotar en su cerebro. Un día cayó en cuenta de la causa de su esterilidad:

—La culpa la tienen esas malditas arepas de maíz que se comen en casa de las Peña. ¡Y tanto que me gustan!

Y desde entonces, Ortigales exigió que le dieran pan de trigo. Las Peña se sorprendieron de tal cambio en el gusto de su huésped, y mucho mayor fué su sorpresa cuando le oyeron hacer la apología del pan de trigo, glosando las teorías de Reinaldo.

Poco después comenzaron a notar que en la conducta del convaleciente se operaba una verdadera transformación.

Ya no pasaba los días tendido en la cama, con los ojos fijos en aquel agujero del techo, huraño, silencioso, pensando en aquel misterioso nirvana cuyo sentido nunca comprendieron ellas. Se volvió locuaz y jovial, y vivía ahora predicando los milagros que puede hacer la voluntad. Comenzó a tocar el violín, y se quitó la melena. Un día, en el desayuno, después de haber devorado un gran bollo de pan isleño, anunció que iba a escribir una tragedia, titulada *Gesta de Titanes*.

—Es otro—se decían las hijas de Atahualpa Peña.

—Digo yo que será el pan de trigo—advirtió América, la más pizpireta y buena moza de las cinco hermanas.

—Yo me alegro de que ya esté bueno—concluyó la madre—. Porque ya el pobre Gauica no podía con tanto gasto de médico y botica. Que si fuera por un pariente no importaría; pero por un extraño, ya pasa de caridad. Supongo que ahora se irá.

Pero Ortigales no se iba. Por otra parte, se permitía emitir las más extravagantes ideas a propósito de la caridad y del reconocimiento por el favor recibido. Un día, de sobremesa, dijo:

—La caridad es una ofensa. ¡Una porquería! Humilla a quien la recibe y pervierte a quien la hace.

—¿Y los pobres, Ortigales? Los que no tienen familia, ¿qué sería de ellos sin la caridad? Los enfermos...

—Los pobres, señora, los débiles, los enfermos, son una rémora para el progreso de la especie. No se les debe conservar; se les debe destruir, como los destruye la Naturaleza, implacablemente, porque la Naturaleza sólo quiere individuos y especies fuertes.

—Pero eso no es cristiano—objetó América, a quien le era profundamente antipático el dramaturgo.

—Por de contado, puesto que es humano—repuso él—. Humano y cristiano son dos extremos, dos conceptos contrarios que se destruyen uno a otro, como dice mi amigo Reinaldo Solar.

—¡Qué monstruo será ese amigote suyo que dice tales herejías!—exclamó furibundo misia Oceanía, no tanto por lo que de herejía hubiese visto en la frase de Reinaldo, citada por Ortigales, como para aprovechar la ocasión que buscaba de poner a éste en la puerta de la calle.

—¡Señora! Reinaldo Solar es mi amigo de corazón. Hágame el favor de no expresarse de él en esos términos.

—Yo estoy en mi casa, y hablo como me parezca.

Ortigales tuvo un gesto olímpico para aquella grosera salida y se levantó de la mesa.

—¡Habráse visto! Una mujer que tiene un espantoso lunar de pelos en una mejilla y que es viuda de un bárbaro que se llamó Atahualpa, atreverse a calificar de monstruo a Reinaldo Solar. Y todo porque no alcanza a comprenderlo. ¡Qué ha de alcanzar!

Y el flamante propagandista de un nietzcheanismo de segunda mano, no digerido, desahogó en acerbas diatribas a propósito de la grosera mentalidad católica de las mujeres del clan de Atahualpa, que lo habían humillado con su caridad, su inverecundia de superhombre.

Al día siguiente se presentaba en "Los Mijaos", con el rollo de su tragedia por todo bagaje, a contarle a Reinaldo cómo, por haberle defendido "a capa y espada" contra las

furiosas invectivas de la señora Peña, ésta lo había puesto de "patitas en la calle". Y concluyó:

—Me he quedado, pues sin pan ni techo; pero ¡qué diablos! El mundo es grande y ya no me arredra. Empiezo otra vez mi vida trashumante. Sólo te exijo que me dejes estar aquí unos días, en la bagacera o en el muladar, mientras me oriento.

Reinaldo le respondió, conteniendo la risa:

—¡No, hombre! Con Lenzi, el agrónomo, puedes estar el tiempo que quieras. Entre tanto, te buscaré algo que hacer. Ya habrá mucho.

Y desde aquel día Ortigales convivió con Lenzi. El agrónomo, en almillas desde su chinchorro fué iniciando al dramaturgo en el amor a la tierra y a los "chanchos", y éste, en cambio, le leyó su tragedia. Por las noches, sentados hasta altas horas junto a la represa de la acequia, Reinaldo completaba esa iniciación exponiéndole los pormenores de su grandioso proyecto de religión monista. Ortigales lo oía en suspenso, experimentando a veces la emoción de estar en palique con un dios, cuyo apóstol fuera él, y otras veces sintiéndose desgraciado al comparar con aquella exuberante imaginación de Reinaldo la suya, desmedrada y rastrera.

Al mismo tiempo, los propósitos de Reinaldo alarmaron a la familia. Un día, Ana Josefa preguntó a unos peones que bajaban del cerro con el hacha al hombro:

—¿Qué hacen ustedes en el Ojo de Agua?

—Talando el plan de la iglesia nueva.

—¿Qué iglesia?

—¡Guá! ¿Usted no sabe? Esa iglesia que va a hacé don Reinaldo pa esa religión que él dice que hay ahora.

Ana Josefa se alarmó sobre manera, y en la tarde del día siguiente estaba refiriéndoselo al padre Moreno, a quien llamara expresamente para pedirle consejos.

Era el padre Moreno un mestizo de estatura larga y desgarbada, vòz gruesa y presuntuosa y fama de incomparable orador. En su continente duro y soberbio todo revelaba al profesional del púlpito, en quien había desaparecido completamente la emoción del apostolado, dejándole en el co-

razón la sequedad maleante de la misantropía. Metido en su camino sin salida por un impulso de juvenil religiosidad, convirtióse poco a poco en el perfecto tipo del eclesiástico que pierde la fe en la familiaridad con el dogma y la suple con el frío espíritu de casta. Así, jamás se le oía en la boca palabra que denunciase un verdadero sentimiento religioso, y cuando alguien los manifestaba en su presencia, adoptaba una actitud desdeñosa, en lo cual alguien quiso ver una insólita muestra de humildad templada en el molde del más severo ascetismo kempiano: la humildad que desdeña la propia virtud. Gracias a su misma dureza ejercía un gran ascendiente sobre su rebaño espiritual y especialmente en el ánimo de las mujeres de la familia Solar, de quienes era el confesor. Ana Josefa se ovillaba en su presencia, con su perstícioso temor de aquellas humillantes carcajadas con que él acogía siempre las simplezas de su corazón; Carmen Rosa enmudecía, fascinada por aquella absoluta carencia de idealidad que traslucían sus palabras, siempre al ras de las cosas de la vida ordinaria y corriente, porque a ella se le había metido en la cabeza, de la manera más gratuita, que aquel yermo espiritual del cura era la más alta señal de la perfección cristiana.

Cuando Ana Josefa hubo expuesto su tribulación por lo que estaba maquinando Reinaldo con aquello de la iglesia nueva, el clérigo soltó su habitual y vulgarísima carcajada.

—Pero, ¡misia Josefa! ¿Hasta cuándo estará usted haciéndole caso a Reinaldo?

Y como Carmen Rosa, que asistía a la entrevista, hiciera un gesto de contrariedad al oír el tono despectivo con que hablaba de su hermano, el padre contrajo el ceño y dijo, con dureza de reconvención:

—Bien está el amor al niño mimado de la casa; pero no hay que olvidar que, por encima de eso, hay algo que vale mucho más.

Carmen Rosa bajó la cabeza, resentida, pero subyugada.

Entre tanto, Graciela Aranda—que se había alejado de la casa en previsión de que Reinaldo pudiese llegar, para de-

tenerle mientras concluía la entrevista—, reunida con él, charlaba sosegadamente bajo los mangos coposos.

De pronto, le preguntó, con un acento que insinuaba la confidencia:

—¿Qué escribes con tanto misterio, Reinaldo?

—¿Será la novela?

—No. Es otra cosa, a la cual estás muy entregado en estos días.

—A su hora lo sabrás.

—No debe ser cosa buena, puesto que lo ocultas. Bajo llaves metes tus papeles cuando sales.

—¿Quiere decir que has cometido el feo pecado de curiosear?

—Ya sabes que no tengo esa debilidad. Pero, francamente, andas haciendo cosas tan raras. ¿Para qué has hecho talar la montaña del Ojo de Agua?

—Pienso construir allí un quiosco. Es un sitio agradable.

—Hay quien dice que será una capilla. Y ahora que recuerdo: la otra noche me hablabas de una religión natural monista, ¿no es así como se llama?

—Pues ya estás al cabo de la calle. Después de todo, no era tan difícil descubrirlo: ya he hablado bastante a propósito de eso contigo. Ahora comprendo que has oído como quien oye llover.

—Pero, Reinado, ¿te has vuelto loco? ¿Crees que así como así vas a encontrar gente tan cándida que se trague esas patrañas?

—Hablemos formalmente, Graciela. Entre nosotros ha llegado la hora de la absoluta sinceridad. ¿Te atreves a calificar de patrañas al Bien, a la Verdad y a la Belleza?

—¿Qué quieres que te diga?—respondió ella, buscando las palabras?—. Si de eso se tratara...

—Pues de eso se trata.

Y excitado por la misma turbación que le causaba el confesar lo que hasta allí había sido de más íntimo en sus proyectos, hizo una larga y hermosa apología de la obra que intentaba llevar a cabo: hacer que los hombres volviesen a

la Naturaleza, al amor a los verdaderos ideales humanos, de los cuales los han alejado las supersticiones seculares.

Después de una pausa, que Graciela no se atrevió a interrumpir, concluyó:

—Sí, Graciela. Es una locura mía; acaso una locura ridícula, pero te confieso que a veces me siento animado del espíritu de unos dios. Yo he buscado muchos caminos, me he propuesto muchas obras, muchas y estupendas; pero siempre me ha desalentado la pequeñez del esfuerzo necesario para llevarlas a cabo, porque todas eran obras humanas y muchas de ellas realizadas ya por otros hombres. Necesito una que sobrepase la medida de las posibilidades humanas. ¿No crees que por fin la he encontrado? Hacer que los hombres vuelvan al sentimiento de la Naturaleza, a la devoción por los ideales que son la esencia misma de la condición humana en lo que tiene de más puro y de más noble, y de los cuales los apartó una religión de dolor y de renunciación, cuya doctrina toda se resiente del origen esclavo: del odio a la Vida, de la abominación de todo lo que sea una forma de fuerza o de belleza, de la proscripción de la alegría, ¡la santa alegría que no podía conocer ni tolerar el siervo de Roma!

Graciela, que lo escuchaba admirada, sintiéndose por momentos arrebatada por el vuelo de aquel espíritu que se cernía en las regiones de un verdadero iluminismo, se asustó de su pecaminosa complicidad en tales herejías y lo interrumpió para preguntarle:

—¿Cuántos evangelios tendrá esa religión, Reinaldo?

—Tres: el de la Verdad, el de la Belleza y el del Bien.

—Pues falta uno: el de la locura.

Y echó a correr hacia la casa, riéndose de las extravagancias oídas, como para destruir con su burla el encanto de la fascinación que había experimentado en un momento de abandono.

Reinaldo, desairado e iracundo, profirió una frase brutal:

—Imbécil. Me había olvidado de que eres mujer.

Y así se desvaneció de su mente un sueño de amor. Ha-

bía alimentado el propósito de abandonarse al ingenio impulso de su corazón, declarándole a Graciela el amor que siempre sintiera por ella, y bajo la influencia de esta determinación cayó, como siempre le acontecía, en las más exaltadas vehemencias: todos sus estupendos proyectos de aquellos días no habían sido, en el fondo, sino la manera personal y característica bajo la cual se manifestaba en él ese instinto de ostentación que en el pájaro llena de gorjeos la garganta del macho en trance de amor.

Ahora, el desaire sufrido lo alejaba definitivamente de Graciela, y con el brusco movimiento de sus reacciones decidió intentar una aventura, ya entrevista, que acabase de borrar de su espíritu la sandez del casto idilio fracasado.

V

Pocos días después, Ortigales se vió precisado a modificar el concepto en que tenía a América Peña: Reinaldo se había enamorado de ella.

Verdad era que éste juzgaba a la muchacha como un modelo de la perfecta madre: vigorosa, alegre, capaz de concebir y amamantar una numerosa prole de superhombres fuertes y sanos, y este concepto, demasiado naturalista, se rozaba con el de Ortigales, quien llamaba a América la ternera retozona de la vacada de Atahualpa; pero nunca se le hubiese ocurrido al delicado autor de *Gesta de Titanes* que tales brutales facultades pudiesen ser virtudes en una mujer, y mucho menos que despertasen un sentimiento amoroso en el espíritu quintaesenciado de un poeta como el amigo Solar.

Indudablemente, era muy hermoso todo lo que éste decía sobre la necesidad de engendrar hijos robustos y sanos, y Ortigales convenía en que para ello estaba, como de encargo, América Peña; pero él no estaba organizado para esa forma del amor. A pesar de las copiosas raciones de cerdo que devoraba en compañía de Lenzi, y de las incontables rebanadas del auténtico pan de trigo que éste elaboraba para ambos, él no experimentaba los brutales reclamos de la es-

pecie y era de opinión que el amor ha de ser algo puramente espiritual, muy tierno y delicado.

—Yo estoy hecho para las suavidades—confesaba—. Para las ternuras recónditas. Para mí: ¡una noviecita blonda, pura, frágil!

—¡Para mí, una mujer! ¡La más mujer!—replicaba Reinaldo.

Por las tardes, los cascos de su caballo batían incansables el empedrado de la calle de las Peña.

La varonil belleza de aquel joven rico y de buena familia, y sobre todo la elegancia y el aplomo con que sabía tenerse en el brioso potro, cuyos escarceos acreditaban la pericia del jinete, despertaron en el alma llanera de América una pasión tumultuosa.

Los ojos negros, largos, ardientes; la boca carnosa, de labios sensuales, rojos como la pulpa de los cundeamores; la risa sonora; la carne lujuriante; el espíritu inflamable, América Peña era, a la vez, el mejor bocado del pueblo.

Las vehemencias de Reinaldo la volvieron más ardiente de lo que ya era, prendiendo en su imaginación llamaradas sensuales; a su vez, ella lo contagió de su apasionamiento.

Trigos y monismo se desvanecieron de la mente de Reinaldo; Lenzi dormitaba tranquilo entre sus catálogos de herramientas y maquinarias que todavía no se habían pedido; la semilla adquirida en el ensayo era pasto realengo de los ratones; en el Ojo de Agua volvían a crecer y enredarse en paz las malezas, y en la gaveta del escritorio esperaban la polilla los evangelios de la Verdad, de la Belleza y del Bien. América, solamente, absorbía el pensamiento de Reinaldo. Como de costumbre, no faltaron teorías que justificasen el caso: ¡tanto valía educar y moldear un alma virgen como redimir a un mundo!

En cambio, Ortigales sufría horriblemente. A fuerza de oír los elogios que Reinaldo hacía de América, se fué despertando en su corazón un vivo amor a ella; pero amor puro, afección romántica y tierna que lo puso estúpidamente sentimental. Mezclábase con esta pasión un vago sentimiento de odio al amigo, cuya superioridad mental comenzaba a

serle enojosa, y con tan encontradas y absurdas emociones pasaba los días absorto, imaginando el modo de zafarse de Reinaldo, que lo dominaba, como un íncubo, obligándole a oír las más íntimas y crueles confidencias.

Un día quiso rebelarse:

—Y Guaicaipuro, ¿por qué no viene?

—Hombre, ¿por qué quieres que venga?

Y sin darse cuenta de la situación de Ortigales, Reinaldo rió hasta cansarse.

Entre tanto, los ojos enormes del dramaturgo giraban atolondrados. Mil pensamientos de muerte pasaban en tumulto por su cerebro; el dolor y el odio zarandeaban su pobre corazón. Por fin, exclamó anatematizador:

—Eres el anticristo.

En los días siguientes no lo vió más Reinaldo. Horas enteras se pasaba embobado, sobre una mano la mejilla y sobre la frente torva las guedejas de melena, otra vez crecida, viendo los ratones llevarse los granos de trigo del semillero. Así, las confidencias de Reinaldo le quitaban día a día pedazos del corazón platónicamente enamorado de América.

Las procesiones nocturnas de los pasos de la Semana Santa en el pueblo favorecían aquellos amores contrariados por la madre de América, que era llanera zamarra y desconfiaba de los propósitos del patiquincito, como llamaba a Reinaldo. Toda la gente se aglomeraba en las calles por donde pasaba la procesión; aprovechando la soledad en que quedaba lo restante del pueblo, América se separaba del cortejo de rezanderas, y, con una amiga complaciente, acudía al sitio donde la esperaba Reinaldo, bajo la sombra discreta de un bambual frondoso.

En la mañana del Domingo de Resurrección, Reinaldo hablaba con Lenzi cuando se presentó Ortigales, y llamándole aparte, con mucho misterio, le dijo:

—Guaicaipuro Peña acaba de llegar. Lo he visto.

—¿Y bien?

—América te manda decir que no vayas por el pueblo mientras esté aquí. Yo te aconsejo que no te dejes ver con él. Guaica es un hombre terrible: ya ha matado a dos.

Reinaldo sonrió:

—¿Que no me deje ver? ¡Hombre! ¡No faltaba más!

Ortigales se quedó viéndolo, con despecho rabioso, como si le humillara aquella jactancia. En un momento pasaron oleadas feroces de rencor por su espíritu atormentado. Con ironía remota le preguntó:

—¿Vas a provocarlo?

—No. ¿Por qué? No acostumbro a provocar a nadie. Haré lo que siempre he hecho—respondió Reinaldo, y despidiéndose de Lenzi espoleó el caballo al galope.

Ortigales le gritó:

—Esta tarde habrá toros coleados en el pueblo. Guaicaipuro coleará.

Pero ya Reinaldo se había alejado. Ortigales permaneció en la orilla del callejón, siguiéndolo con la vista. Lo odiaba cordialmente. Ya lo veía con un balazo en el pecho, derribado del caballo en mitad de la calle, y a Guaicaipuro Peña, en la mano el revólver humeante todavía, contemplándolo con una sonrisa de triunfo en la recia faz curtida por los soles del Llano. Una alegría feroz le hacía saltar el corazón. Abandonándose al goce malsano de tales imaginaciones, ya no era Guaicaipuro Peña el vencedor de Reinaldo, sino él, en quien, de pronto, por obra de milagro, hubieran nacido fuerzas extraordinarias, y deseando para su rival una humillación mayor, no se lo imaginaba muerto, sino acobardado, huyendo por las calles llenas de gente, perseguido por él que le azotaba las espaldas con la misma fusta que le arrebatara de las manos, en una pasmosa explosión de coraje.

Entre tanto, Reinaldo iba pensando en el probable lance con el temible hermano de América. Experimentaba vagas desazones; por los brazos le corrían sensaciones indescriptibles, que se hacían dolorosas en las palmas de la mano; luego, violentas reacciones electrizaban sus nervios relajados; en seguida sobrevenían crisis de reflexión serena y lúcida.

—¿Por qué he de reñir con Guaicaipuro Peña? No lo provocaré, pero tampoco esquiváré el lance. Seguramente él va a buscarme pendencia. Pero ¿tengo acaso derecho de

arriesgar mi vida por un motivo necio, como lo es el demostrar que no le temo al matachín? ¿No estoy seguro de mi valor y de mi hombría?

De pronto, se dijo en voz alta:

—¡Sofismas, cobarde, sofismas! ¡Si tienes valor, anda a probarlo!

Y decidió ir en la tarde al pueblo a tomar parte en la coleada de toros que se preparaba, en la cual no podía faltar Guaicaipuro Peña, quien, como buen llanero, debía ser buen coleador.

Cuando se disponía a salir pensó llevar el revólver; pero, al cogerlo, se arrepintió. La idea de un arma en sus manos, esgrimida contra alguien, le produjo un movimiento de repugnancia. Iría desarmado, como de costumbre. Para el caso, mejor era la fusta: así probaría su verdadero valor. Era su incurable horror al miedo.

En el pueblo, en la única calle ancha y llana, que era la de la entrada, cuyas bocas estaban cerradas ya por las talanqueras, se sentía el bullicio de la fiesta típica y primitiva. El gentío, encaramado sobre las empalizadas, agrupado en las puertas, excitado por el aguardiente, por el sol y por la expectativa del rudo espectáculo, prorrumpía en gritería, silbaba a los espectadores de a caballo, se agitaba en un júbilo febril o enmudecía de pronto en un silencio unánime que le comunicaba mayor intensidad al cuadro, como si hiciera resaltar más el colorido del sol y la animación de las figuras. Desbordados los instintos, a cada rato, en simulacros de riña al garrote, los hombres se daban acometidas entre las aclamaciones de los espectadores que celebraban los ágiles saltos, las paradas y las puntas de aquella esgrima bárbara y fachendosa, mientras los muchachos, estremecidos de júbilo, aclamaban a los coleadores que iban llegando ufanos, haciendo caracolear los caballos en alardes de destreza y gallardía. En las ventanas y sobre los pretiles de los corredores, jarifos grupos de mujeres reían y se agitaban locamente. Ardía la sangre en todas las venas; chispeaba el sol en el metal de los arneses; gritaba el color en todas partes, y entre el clamor unánime de una embriaguez

dionisíaca, gemía el joropo nativo o vibraba el pasodoble español.

Cuando Reinaldo llegó, un rumor confuso de hostilidad y admiración fué recorriendo el coso de un extremo a otro, y desde la ventana de las Peña, los ojos de América lo saludaron con una mirada cálida que acabó de excitarlo.

Se detuvo frente al tranquero del toril donde se agrupaban los coleadores. Una voz le gritó:

—¿El patiquín, como que va coleá?

—Si se puede.

E instintivamente miró a un jinete que lo veía con fijeza.

Era Guaicaipuro Peña, un indiazo membrudo, de negras patillas que le bajaban hasta las comisuras de la boca, confundidas con el bigote. Un sombrero de "pelo de guama", de anchas alas, le cubría de sombra el rostro bien parecido, en el cual Reinaldo descubrió las mismas facciones de América y la misma expresión sensual.

—Es un bello ejemplar de la raza—pensó, mientras soportaba la mirada buída del hombre temible, satisfecho de sí mismo al comprobar que en sus músculos no había un estremecimiento de miedo.

Transcurrieron unos minutos. Iban a soltar el primer toro. La expectativa hacía enmudecer al gentío que llenaba el coso. Todas las miradas estaban fijas en la puerta del corralón de donde había de salir la res, y los coleadores se apercibían para el arranque de la carrera. La emoción puso trémulo a Reinaldo; bajo sus piernas tensas sentía vibrar los nervios fogosos del potro que paraba las orejas atentas, resoplando y piafando.

De pronto, un estremecimiento, un clamor que se propagó a lo largo de la calle, un súbito arremolinarse del gentío, un bufido del toro y el arranque simultáneo de los coleadores pugnando por apoderarse de la cola, en cuyo extremo la mota de cerdas era un airón que bien valía una vida.

Reinaldo iba entre ellos, ciego, tendido fuera de la silla, la mano izquierda aferrada a las crines del caballo, la de-

recha rozando ya el bárbaro trofeo. En pos de él Guaicaipuro Peña, empeñado en atravesarle la bestia, empujándolo, y detrás, entre la polvareda, un tumulto de brazos que se extendían, de crines que revolaban, de cuerpos que chocaban en un vértigo de lucha y de carrera.

Por fin, Reinaldo se apoderó de la cola del toro; con un solo movimiento se la arrolló en el puño, se tendió sobre el caballo, que saltó al sentir la espuela, y, cargando la res, con un esfuerzo de locura, la derribó patas arriba en mitad de la calle.

La gritería se hizo ensordecedora; el potro, enardecido, se iba tascando el freno. Reinaldo, perdida la conciencia de sí mismo, llegó sin contenerlo casi hasta el extremo de la calle. A pocos pasos de la talanquera recobró las riendas, y empinándose sobre los estribos, con un golpe de consumado jinete, paró en seco a la bestia.

Ortigales no pudo menos de gritar:

—¡Bravo, Reinaldo! ¡Bravísimo!

Reinaldo se revolvió en medio de una ovación, y cuando se acercaba a la ventana de las Peña, Guaicaipuro, que lo esperaba, le gritó:

—¡Así se tumba, compañero!

Y luego a la hermana:

—América: póngale usté misma la mejor cinta que tenga. ¡Eso es coleá!

En la noche, contemplando la montaña, sobre la cual la luna, al salir, iba esparciendo su turbia claridad, Reinaldo le propuso a Ortigales:

—¿Quieres acompañarme mañana a una excursión a Naiguatá? Te prometo un día delicioso.

Ortigales aceptó, no porque le agradase la invitación, sino porque, en el estado de espíritu en que se hallaba, no podía negarse a nada que le propusiera Reinaldo.

La superioridad de éste, de tan diversos modos comprobada, pesaba sobre su alma como una losa inconmovible. En su interior, le decía:

—Haz de mí lo que te plazca. Así lo ha dispuesto la Vida.

Y al meterse en la cama lloró y se mesó sañudamente las melenas. A medianoche despertó sobresaltado: en su oídos zumbaba, como un trueno, una voz formidable, la voz de Reinaldo que había gritado dos veces "¡La vida es del fuerte! ¡El mundo es mío!"

Se incorporó en la cama y aguzó el oído esperando volver a oír aquel grito de triunfo. Afuera, los campos dormían serenos en la callada dulzura de la noche; en la pieza vecina, Lenzi roncaba; de la sala venían ruidos muy tenues: eran los ratones llevándose los granos de trigo del semillero.

En la madrugada, Reinaldo llegó a buscarlo. Cerro arriba, por el camino que se empinaba detrás del trapiche, comenzaron a subir. El caballo de Reinaldo acometía briosamente los repechos, dejando atrás la mula de Ortigales, no acostumbrada a aquellas andanzas. Bajo la claridad sin luz del cielo reposaban las masas informes de la montaña; el aire inmóvil entumecía sin contactos; la voz de los torrentes subía de las hondonadas oscuras, perenne, igual. Oyéndola, Reinaldo pensaba:

"Es la Vida impasible, la actividad imperturbable en medio de una absoluta serenidad. Un curso de agua es el mejor maestro de energía: libre y rebelde en la torrentera, sumisa en la acequia, laboriosa en la rueda hidráulica, fecundante en el surco, soñadora en el pozo escondido que la noche llena de estrellas. El hombre debe hacer como hace el agua inconsciente. ¿Por qué la línea recta de un destino único, de una misma actividad?"

Sólo el imbécil gasta la vida en llevar a cabo un solo propósito. La verdadera constancia está en no perseguir dos días el mismo ideal. La actividad es una, pero la acción ha de ser múltiple.

En pos de él, Ortigales echaba siniestras miradas al fondo de las barrancas. ¿Por qué no terminar de una vez? Ya que la vida lo había hecho presa fácil al zarpazo de los fuertes y una ley inexorable le condenaba a ser absorbido o aniquilado por las energías victoriosas, ¿por qué no se decidía a hundir su miseria esencial en el definitivo derrumbamiento de una muerte que podría redimirlo, dejando impresa en la

memoria de sus flaquezas siquiera la huella de un vigoroso gesto liberador?

Y ante la incapacidad para la resolución suicida, el pobre Ortigales se maceraba el espíritu con desesperantes reflexiones. ¿Por qué aquella sañuda crueldad de la vida, que se complació en hacer de él una absurda antinomia de grandes alientos espirituales, amasados en el más frágil barro humano?

Ya salía el sol cuando llegaron a una ensenada donde había un vecindario compuesto por unos cuantos ranchos esparcidos entre labrantíos. De un caney de bahareque techado de cinc salió a recibirles un montañés recio y jovial.

—¡Guá, don Reinaldo! Ya yo creía que su promesa se iba a quedá en veremos.

Y advirtiendo los trabajos que estaba pasando Ortigales para apearse de la mula, acudió a tenérsela del freno.

—¿Y cómo marcha la cosa?—preguntóle Reinaldo.

—Ya usté vera. Por ahora pasen pa dentro y pidan su desayuno tan y mientras desensillo las bestias, que de aquí pa allá no se necesitan. Digo, polque supongo que ustedes van a pasá el día por aquí.

—No. Seguiremos de largo. Vamos hasta el Pico.

Los jóvenes devoraron el copioso desayuno que les sirvió la mujer del montañés. Cuando hubieron concluído, éste les dijo:

—Bueno. Ustedes dirán.

—Andando—dijo Reinaldo a Ortigales, que estaba mudo y sombrío.

—¿El señor es el ingeniero?—preguntó el hombre, ya en camino.

No, un amigo.

—¡Ah! Pedro Nolasco Fuentes. Pa servirle en lo poco que valgo.

Ortigales musitó su nombre y metió su mano fría y flácida bajo la presión de los dedos recios y encallecidos del campesino.

Al cabo de una corta ascensión llegaron al tope de un

cerro, en donde se veía una casa a medio construir, a la sombra de unos árboles. Pedro Nolasco dijo:

—Aquí la tiene. No dirá usté que no le hemos metío duro.

—No. Bastante adelantada va.

Ortigales, ajeno a cuanto no fueran sus cavilaciones, se tendió en la paja fresca, mientras Reinaldo seguía con Pedro Nolasco hacia la casa que los ocupaba. Al cabo de un rato volvieron a reunírsele. Pedro Nolasco, descubriéndose de nuevo, le tendió la mano:

—Bueno, amigo. No tengo nada que decirle; ya usté sabe. Yo soy lo que usté me ve, y estoy a su mandar. De muy buena gana los acompañaría hasta la fila, pero tengo mucho que hacé por aquí abajo.

Reinaldo le recomendó:

—A los peones que vienen más atrás con las cobijas y el bastimento, que apuren el paso, que aquí los esperamos.

Una vez solos, Ortigales preguntó, sin verle la cara, a Reinaldo:

—¿Cómo que estás fabricando una casa?

—El nido de amor. Aquí será el idilio. En esta altúra solitaria nos amaremos de lo lindo América y yo.

—¿Te casas?

—¡No, hombre! ¿Quién piensa en eso? ¡Amor libre, como el viento que sopla por aquí!

Ortigales palideció de celos. Adoptando una violenta actitud, exclamó:

—¡Reinaldo! ¡Tú te sientes amo del mundo! ¿Crees que tienes derechos divinos para disponer así de todas las cosas? Repara que la honra de esa niña...

—¡Historia antigua!—interrumpió Reinaldo.

—¡Cómo! ¿Qué dices?

—Chico, que te preocupas por la doncellez de América mucho más que ella misma, cuando llegó el caso.

—¿Luego...?—empezó a decir Ortigales, con el semblante demudado por la sospecha que acababa de pasar por su mente.

—"Alea jacta est!" O mejor dicho: "Veni, vidi, vici."

Ortigales acabó de incorporarse, y después de clavar en Reinaldo una mirada hecha de dolor y de odio, se alejó hasta el borde de la loma.

Reinaldo, que recogiera un periódico de la víspera que se le había salido del bolsillo a Ortigales mientras estuvo acostado, fingió leer en tanto que pensaba:

—¡Diablos! Este muchacho está enamorado de América Peña. ¡Y yo que no me había dado cuenta! ¡Pobrecito! Lo quiere así la ley inexorable. En la lucha por la vida y por la especie, la hembra es del macho más fuerte.

Pero, de súbito, su atención se fijo en un retrato que publicaba el periódico, en medio de un artículo titulado: "Manuel Alcor y su libro".

—Si no me engaño, éste es el provinciano que encontré en el Instituto de Lenzi leyendo *Tierra*. Sí, él es.

Comenzó a leer el artículo, que empezaba así:

"He aquí un joven que acaba de imponer su talento literario con la publicación de un libro de cuentos, titulado *Mientras la nube pasa...*"

—¡Bah! Uno de tantos advenedizos, seguramente. Veamos qué trae en el bagaje.

Y saltando los párrafos del juicio, muy ditirámbico, que el articulista hacía de la personalidad del cuentista y de la obra, Reinaldo se puso a leer uno de los cuentos que insertaban en seguida. En concluyendo, dijo:

—Es bueno. Indiscutiblemente, es bueno—y en seguida, tendiéndose sobre la hierba de cara al sol—: ¿De modo, pues, que este joven, que apenas acaba de llegar de su provincia, con un nombre oscuro, ha sabido conquistar ya un comienzo de reputación literaria? ¡Y yo, que tengo más facilidades, permanezco todavía en la sombra! Estoy perdiendo el tiempo miserablemente. Todos se acercan ya a la realización de sus propósitos, todos han encontrado ya su camino; sólo yo ando buscado el mío todavía.

Entre tanto, los peones habían llegado y, aligerados de sus cargas, descansaban mirando el paisaje con un aire estúpido, exento de emociones. Ortigales, volviéndose de pronto hacia Reinaldo, le dijo ásperamente:

—¿Hasta cuándo vamos a estar aquí?

—Cuando quieras seguimos.

—Por mí no esperes—y echó a andar con inusitados bríos, como si la violencia de sus sentimientos le galvanizase los miembros.

Reinaldo lo siguió, guardando un silencio prudente, que, por otra parte, le permitía entregarse a las reflexiones que le sugiriera la lectura del periódico.

La ascensión fué penosa. El sendero se empinaba, intransitable, por un terreno resbaladizo que se desmoronaba bajo las plantas, cerro abajo; luego, por entre tupidos y pendientes arrezafes, cuyas ásperas ramas azotaban y rasgaban los rostros; por inverosímiles cuestas de rocas cubiertas de helechales rastreros, desamparadas de sombra, caldeadas por el quemante sol de las alturas; por vericuetos inaccesibles, en los cuales medraba una vegetación sequiza que sugería y acrecentaba la sensación de la sed.

Al mediodía, ya en la fila, hicieron alto para almorzar en un sitio apacible y fresco. Era un vallecito rodeado por todas partes de topes roqueños y cubierto por un césped de verde tierno, bajo el cual se escondían pequeños cilancos de un agua pura y fría. A un lado había un carrizal; en el centro, un arbusto solitario, de tronco ennegrecido y hojas lúcientes y quebradizas que daban un suave olor de incienso. En aquel sitio parecían condensarse la soledad y el silencio de las alturas en una paz honda, que llenaba el espíritu de vagas melancolías.

—Aquí se siente miedo—dijo Ortigales, receloso del silencio y arrebañando la soledad con medrosas miradas.

Y Reinaldo:

—Efectivamente. Hay aquí algo que desconcierta, que llena el espíritu de vagas zozobras. Ya había hecho la observación otras veces. No sucede así en las cumbres, donde hay la misma soledad y el mismo silencio; allí el espíritu se expande; aquí se recoge, se agazapa.

—¿Verdad que parece que de un momento a otro va a aparecer alguien por allí?—continuó Ortigales, necesitado de locuacidad, señalando con el índice tembloroso una vuelta

tras de la cual se prolongaba el vallecito, bordeando la fila.

Reinaldo asintió con el gesto, sumergiéndose en la voluptuosidad de tales pensamientos. Luego comenzó a decir:

—Es un instinto que no se manifiesta en la vida social. Estos sitios inducen a la penetración dentro de la propia alma, y el hombre le tiene un horror instintivo a la presencia de su alma. Todavía la evocación humana no se ha completado, subsiste la dualidad de la bestia y el ángel, y por eso es que el hombre busca en común. Así no llega a ponerse en evidencia el conflicto, la irreductible antinomia de nuestra naturaleza; pero en la soledad los dos polos se buscan, y, como la bestia se siente menos fuerte, se asusta y trata de evitar el encuentro. Por eso estamos hablando y pensando. Los pensamientos son obra de la bestia; el ángel no piensa, y con pensamientos lo ahuyentamos. Pero la verdadera finalidad del hombre, la más remota, es la soledad. La vida social es un incidente, una etapa de la evolución humana. Cuando la bestia haya sido vencida definitivamente, o mejor dicho, absorbida por el ángel, y el hombre pueda soportar la presencia de su espíritu, abandonará la vida social, se hará solitario. Por eso los que se han adelantado en la evolución se hacen solitarios.

Ortigales le oía embobado. Este sentimiento, mezclándose con las sensaciones corporales del cansancio, le producían el efecto de que lo llevasen a rastras cuesta arriba, en una carrera inverosímil.

—Cállate—le dijo de pronto, parándose, con una lividez mortal en el rostro—. He sentido vértigo oyéndote.

—Es la altura. Siéntate, descansa. Eso te pasará.

Y notando la cara de terror que ponía. Reinaldo experimentó, por primera vez, un sentimiento de generosa compasión hacia él. Luego, mientras Ortigales reposaba, tendido al lado suyo, como puesto bajo su amparo, sintió que del fondo de su ser estaba brotando una emoción nueva, de infinito amor hacia todas las formas de la vida, tanto las pequeñas como las poderosas, las humildes como las altivas. Analizando esta emoción, se turbó profundamente; ¡había sentido su propia bondad! ¡Era bueno!

Repuesto de su desmayo, Ortigales volvió a hablarle, con acento de confidencias crueles:

—Reinaldo, tal vez juzgues una insigne tontería lo que voy a decirte; pero quiero que sepas que podré ser todo lo que tú quieras, mas no un hombre sin idealidad. Dispénsame este preámbulo y no hagas caso de las incoherencias que pueda tener, porque así se me van agolpando las ideas en el pensamiento y no puedo dejar de expresarlas. Yo he sufrido hoy horriblemente, como no te lo imaginas, como tal vez no habrá sufrido jamás hombre alguno en la vida. Y es, porque... Bien. Tengo que decirlo: estoy enamorado de América Peña.

Reinaldo se sentía mal. La absurda situación creada por Ortigales le había despertado en el corazón desagradables impulsos de violencia. Ganas le daban de abandonarlo en aquel sitio y continuar solo la ascensión a las cumbres, o revolverse, desistir de todo, ¡de América Peña, de todo! ¡Miserable corazón humano, sin límites en la pequeñez, cuando dice a ser pequeño! ¡Qué vergüenza ser hombre también como Ortigales!

Este pudo decir, al fin:

—Bien. ¿Ahora, qué me queda a mí?

—América—respondió Reinaldo desdeñosamente.

—¿Así, cuando tú la dejes, perdida la virginidad?

—¡Bah! ¡La virginidad! En cambio te quedaría el inmenso orgullo de haber vencido un prejuicio estúpido y la enorme satisfacción, ¡del más grueso calibre moral!, de redimirla de su caída, casándote con ella. Eso lo han hecho muy pocos hombres en el mundo, y Tolstoy lo recomienda muy formalmente.

Y Reinaldo se horrorizó de sus pérfidas palabras cuando advirtió que la idea diabólica parecía haber infundido a Ortigales una consoladora esperanza.

—En marcha, en marcha—y emprendió la subida de la cuesta que remataba en la fila.

Caminaron largo rato por ella, entre las brumas que se levantaban de la parte del mar, arropando los roquedales, deslizándose por las laderas, envolviendo toda la montaña

en sus velos desvanecentes, a través de los cuales, en paradojas de perspectivas, las cosas cercanas parecían enormes y distantes. Iban por el filo de la serranía siguiendo un vago sendero que apenas se marcaba entre la vegetación rastrera de las alturas, compuesta de frailejones y matojos de hojas extrañas de vivos y variados colores, y que a cada paso desaparecía en las eminencias formadas por aglomeraciones de piedras sostenidas en absurdos equilibrios, o por rocas enterizas, de un vago color rosa o verdusco, limpias de aristas y dentellones, como si el perenne y suave rodar de las neblinas las hubiese arromado.

Al atardecer llegaron a una plataforma rodeada de grandes masas de rocas que la guarecían de los vientos cumbreños. El suelo estaba formado por una greda blanquecina, sembrada de numerosos hoyos de escaso diámetro que parecían huellas de animales que anduviesen en bandadas, y en el fondo de las cuales se empozara el agua de las nubes rastreras. Las piedras, de un tono verdoso, manchadas de líquenes plateados, tenían inscripciones que daban constancia de cuanta gente anónima visitara el sitio, y en las espeluncas, que formaban en su aglomeración ciclópea, veíanse restos del fuego encendido por los excursionistas que habían pernoctado en ellas.

—¡El Lagunazo!—gritó Reinaldo, que iba adelante—. Aquí acamparemos.

Aligeráronse de morrales y chamarras, y mientras Ortigales pagaba la grata sorpresa del agua, bebiéndola en todos los cilancos, Reinaldo recorrió el paraje en busca del sitio más confortable para dormir, dando órdenes a los peones que cortasen la leña para la hoguera nocturna.

Con la puesta del sol reposó el viento que ululaba entre los filos de las peñas, arriando las neblinas, y al descorrerse el blanco cortinaje, surgió la montaña, fantástica imponente. Una luz dorada resplandeció un momento sobre los Picos; luego se deshizo en suaves tintas violadas; lució después el verde espectral de las cumbres musgosas, el azul delicuescente del anochecer de las alturas, la claridad fantasmal de la luna.

En torno a la fogata, cuya lumbre proyectaba en derredor una medrosa danza de sombras descomunales, Reinaldo y Ortigales, con fantásticos reflejos en los rostros, comentaban los incidentes de la excursión y cambiaban sus emociones. Entre tanto, en otro grupo, los peones hablaban de cosas de las tierras zajas; de los vulgares y sencillos suces de sus vidas, llenas de sordidez y de brutalidad, sombras espesas jamás turbadas por el inquietante relampagueo del espíritu; la mujer con la cual vivían, el compadre que les dijo esto o aquello, los centavos que ganaron y que luego perdieron al dado, el joropo, el pasmo que cogieron, el daño que les echaron.

Hablaban lentamente, sin verse las caras, y el rumor igual de sus voces, en el alto silencio del paraje, tenía la indefinible melancolía de las razas fracasadas.

Reinaldo se puso a escucharlos, reflexionando:

—Este pueblo no tiene vida interior. Ni una palabra que revele una noble inquietud espiritual; ni un sentimiento que no sea puramente animal. Tienen el alma sepultada, totalmente abolida. Por eso han fracasado lastimosamente todos los que han tratado de hacer una literatura nacional; falta la materia primara; el alma de la raza. Para suplirla, nuestros literatos han tenido que recurrir a la imitación: de aquí viene ese romántico criollismo que pone exquisitas delicadezas en el corazón de esta gente y que sólo tiene de verdadero los nombres, más o menos pintorescos, de unas cuantas plantas tropicales, hábilmente barajados con la psicología nunca hecha de los tipos característicos: cundeamores y bucares suplen la falta del alma nacional. Del resto, pinturas más o menos adulteradas de la parte externa de la vida popular. De lo interior, de lo hondo, que es lo único verdadero, ni una palabra, ni un vago indicio de penetración en esa alma sepultada.

Así pasó toda la noche, arrullado por la monótona conversación de los peones que velaban en torno a la fogata. Cuando la luna llena rozaba el borde sombrío de La Silla y empezaba a verse las últimas estrellas de la noche, abandonó la gruta donde estaba guarecido, gritando a Ortigales:

—¡Arriba! ¡Arriba! Que nos coge el día.

Ortigales surgió de su guarida, tiritando de frío, y se acercó a la lumbre donde ya los peones calentaban el café. Luego se pusieron en marcha, precedidos por Reinaldo, que quería llegar al Pico antes que saliera el sol.

Coronado el Pico, esperaron el amanecer en silencio, en pie sobre la roca, sin atreverse a turbar la augusta serenidad de las alturas. Abajo, en el mar, un místico sendero de plata se extendía sobre las aguas dormidas y oscuras, hacia el ocaso lunar; de arriba, del polvo luminoso de las constelaciones, caía sobre la montaña una turbia claridad; en los confines del mar comenzaron a encenderse vagos carmines; luego el alba empezó a mover, tras el horizonte, sus maravillosos espejos: primero, un reborde de luz sobre una ceja de monte lejano; en seguida, un jardín de arreboles cambiantes; de súbito, un chorro de oro, ¡y al fin, el sol!

Ortigales dió un grito: a lo lejos, en el mar, sobre el cielo, la silueta del Pico proyectaba un triángulo de sombra.

Reinaldo exclamó, maquinalmente:

—¡Cállate! ¡No hables!

El compañero lo vió transfigurarse, como un iluminado. Sus ojos atónitos recogían la belleza esparcida por el mundo. De un lado, el mar era un inmenso esmalte azul, en cuyo desvanecente confín de suaves amaneceres reposaban vagas sombras violáceas de remotos islotes, como ballenas dormidas hasta el alba; del otro lado, las tierra: los riscachales de la ríspida cresta de Naiguatá, sembrada de rocas sueltas que hacían pensar en el fragor de gigantescos desmoronamientos; el dromedario colosal de La Silla, parado en su marcha hacia el valle de Caracas, con una resplandeciente gualdrapa sobre las gibas; la montaña toda desperezando en la luz su nervura formidable, cortada de abismos vertiginosos, áspera en los fragosos peñascales de los voladeros, suave en las laderas tendidas que bajaban cubiertas del raso joyante de los pajonales, arregazando la felpa azulosa de las hondonadas, dentro de las cuales la voz de los torrentes formaba ese fondo rumoroso de los grandes silencios de las montañas. Abajo, en las faldas, suaves lomas y quietas lla-

nadas, surcadas de sendero, moteadas de cultivos; el valle, en el fondo, cubierto de grumos inmóviles que parecían rebaños dormidos; más allá, las cordilleras de colinas que se metían, tierra adentro, azules, con toques de sol, como un escarceo de otro fantástico mar; los grupos de pueblos y caseríos, pequeños y dispersos a grandes trechos, en los vallecitos por donde iba el alba saltando; la remota franja de dorados celajes de llanuras que cerraban el horizonte... ¡Todo el paisaje de la tierra natal, que es una embriaguez de luz y de color!

Reinaldo tendió los brazos en el aire y gritó:

—¡Allí está mi camino! ¡Mi tierra! ¡La incomparable belleza de mi tierra grita, llamándome en la luz y en el color de su paisaje, en la desolación de su pobreza, en la infinita alegría del sol! ¡En la tristeza de sus ciudades muertas, sin pasado! En la fascinación de sus espejismos; en el silencio de sus desiertos. En el inquietante soplo trágico que flota sobre el abismo de sombras del alma sepultada de mi raza. En el grito de horror del que cayó en la emboscada; en el lamento del que se consume en la lujuria infecunda; en el delirio del que se abraza en la llama invisible de la fiebre; en la voz perdida que canta en la llanura nostalgias de las olvidadas patrias: ¡de los que vinieron en las carabelas y en el barco negro, y de los que vieron destruídas sus tribus y reemplazados sus dioses!

Contagiado de la vehemencia de Reinaldo Solar, Ortigales sentía correr por su espinazo los escalofríos de lo sublime. Pero no se abandonaba por completo a esta emoción; un pensamiento se lo impedía: ¿seguiría Reinaldo pensando llevarse a América Peña? Por fin, se decidió a averiguarlo:

—¿Y América? ¿Desistes de ella?

—¡Bah! He desistido hace tiempo. El amor enerva, y yo necesito todas las fuerzas de mi espíritu. Mi obra las reclama.

Poco faltó para que Ortigales se le echara al cuello. Profundamente emocionado, se quedó viéndolo, sin poder hablar. Al cabo de un rato, murmuró:

—¡Eres el Superhombre!

VI

Saboreando la quietud de los patios, de donde había huído ya la bulliciosa bandada de estudiantes, Antonio Menéndez se paseaba por los claustros de la Universidad cuando vió entrar a Reinaldo Solar.

—¡Tú por aquí! ¿Cuándo llegaste?

—Esta mañana.

—Te ha sentado bien la temporada en la hacienda; tienes mejor aspecto.

Reinaldo encogió los hombros, como para demostrar que no le daba importancia al hecho. Menéndez continuó:

—Casualmente esta mañana hablábamos de ti. Valerio Allende me estuvo contando que te ocupas en hacer reformas en "Los Mijaos".

—Me ocupé. Ya he abandonado eso. Me he venido definitivamente. Tengo otras cosas más interesantes que hacer.

Y cambiando de tema, porque advirtió la sonrisa de Menéndez y comprendió que estaba enterado de todas las extravagancias que había hecho en la hacienda, le preguntó, con un punto de insidia en la intención:

—Y tú, ¿qué has hecho? ¿Sigues dándole vueltas a la noria?

Aludía a los estudios de Derecho que Menéndez hacía, sin el entusiasmo de una vocación verdadera, y hasta convencido de que una vez graduado no ejercería la profesión, incompatible con su temperamento y con sus principios, pero con la paciencia de quien se ha impuesto una tarea y ha de llevarla a cabo. Reinaldo, incapacitado para tal género de esfuerzos, desdeñaba por inútil la perseverancia del amigo, que ahora, más que nunca, se le hacía perfectamente intolerable.

Menéndez penetró la intención. Le respondió reticente:

—Y sacando agua, compañero. Un poquito, pero limpia; potable y absolutamente mía.

—Pues que te aproveche—concluyó Reinaldo, disimulando el disgusto que le causara la intencionada respuesta

del amigo, que de manera indirecta le echaba en cara el poco fruto que él había sacado hasta allí de sus esfuerzos múltiples y discontinuos.

Y como Menéndez le ofreciera cigarrillos, le dijo:

—¡Cómo! ¿Has vuelto a fumar después de aquel firmísimo propósito que hiciste de abandonar el cigarro?

—La vieja costumbre se impone, al fin y al cabo.

—¿Y la voluntad? Para qué sirve sino...

—Para con la voluntad como con el dinero: unos la derrochan en multitud de propósitos para demostrar que la poseen; otros saben que la tienen y la economizan.

Reinaldo sintió el castigo y se mordió los labios. Menéndez se arrepintió de sus palabras. Cambiando de tono, agregó:

—Me cansé de una privación que no valía la pena.

Pero Reinaldo parecía empeñado en darle gran importancia al hecho trivial de que Menéndez hubiera recaído en el vicio de fumar:

—Nadie debe decir que un acto suyo no vale la pena, porque no sabe qué valor representa para los demás. ¿Quién nos asegura que el más insignificante de nuestros esfuerzos no ha llegado a constituir para alguien que esté necesitado de estímulos una posibilidad de regeneración moral? Abandonar un propósito, por personalísimo que sea, es quitarle a los demás la esperanza de realizar los suyos.

—Compañero, te estás contradiciendo. Hace un momento manifestaste el desagrado que siempre te ha causado verme empeñado en continuar los estudios.

—Tú mismo me has dicho muchas veces que por ese camino no pretendes ir a ninguna parte. A eso no lo llamo yo constancia, sino terquedad.

—Cuestión de apreciación—y para cambiar el enojoso tema, Menéndez agregó en seguida—: Pero ya van a cerrar; salgamos a dar una vuelta.

—A invitarte a eso venía. Tengo ahí un coche.

Evitando el fastidioso paseo por las calles de la ciudad, ordenaron al cochero que los llevase al Calvario. La victoria descubierta subía al paso las vueltas solitarias, en pocos si-

tios sombreadas por altos árboles, orilladas de tupidas malezas que crecían en paz afeando el desusado paseo, cubiertas de hojarasca, sin fronda y sin color en su mayor parte.

Reinaldo había vuelto a su tema:

—Pues, precisamente, venía a proponerte que te dedicaras de una vez a algo más cónsono con tu verdadera inclinación. ¿Por qué no escribes?

—Porque no me siento escritor.

—Hay cosas que no entiendo—replicó Reinaldo con violencia.

—Es verdad. Hay cosas que no entenderás nunca; entre ellas, la tolerancia de lo que constituye una personalidad distinta de la tuya. ¿Por qué has de imponerme tu manera de concebir la obra personal? Yo voy por mi camino y en él me siento perfectamente bien. No soy literato; tú, que sí lo eres, debes tratar de serlo resueltamente.

—Pero tampoco serás abogado y, sin embargo, estudias.

—Me propuse llegar al fin. Eso es todo. Por lo demás, no necesitaré de la profesión para vivir. Papá me ha regalado la librería; ella me dará lo suficiente. Déjame ser librero, sencillamente. Ya sabes que no he tenido nunca ambiciones trascendentales.

En seguida, para cambiar de asunto:

—A propósito. Tenía pensado hablar contigo para proponerte un negocio. ¿Quieres poner algún dinero en la librería? Me hace falta capital.

—Cuenta con lo que necesites; pero para eso no veo la necesidad de que yo entre en el negocio. Te presto el dinero.

Guardaron silencio unos momentos. Luego Menéndez dijo:

—Bien. Ya ese problema está resuelto; ahora queda otro, que es un poco más difícil. Dentro de poco no tendré hogar: papá se casará en estos días. Mi futura madrastra es una excelente persona; pero debo procurarme cuanto antes una vida independiente.

Era su conflicto sentimental. Con ocasión de la próxima boda de su padre, Antonio Menéndez sentía más que nunca la nostalgia de la madre, aquella mujer tan inteligente, cuya

fina espiritualidad trascendía hasta en los más mínimos pormenores: en la soberana distinción de las maneras, en el buen gusto con que sabía escoger las personas y las cosas que habían de rodearla, en la discreción de las palabras, en el don de la gracia y de la gentileza que esparcía a su alrededor su virtud cautivante, con todo lo cual ella había sabido hacer que su hogar fuese para los suyos el más delicioso rincón de la tierra. En su compañía pasó Antonio las mejores horas de su vida; ella lo llamaba "su mejor amigo" y ponía una visible complacencia en conversar con él, hasta el punto de que su marido, que era bonísima persona, pero totalmente desprovisto de cuanto en ella constituía el buen tono espiritual, llegó a sentir celos del hijo, que le enajenaba parte de aquel corazón que él quería todo para sí. Aquella mujer murió en plena juventud, conservando hasta el último instante la dulce serenidad de su alma y dejando luego un auténtico vacío en los corazones amados. Don Juan Menéndez sobrellevó durante varios años su llorosa viudedad en el hogar destruído, donde cada objeto conservaba una huella de aquel espíritu exquisito, entregado al cuidado de los hijos, Antonio, Carlota y María, el mayor de los cuales aún no cumpliera los quince años. Pero luego, incapaz de soportar la soledad en que lo dejara la pérdida de la compañera que fué su apoyo moral, dióse a buscar otra so pretexto de que las hijas eran ya unas mujercitas y necesitaban vigilancia maternal. Halló a poco una muy mujer de su casa y por añadidura rica. La futura madrastra, que era buena y amorosa, se esforzó desde el principio en ganarse por adelantado el corazón de los huérfanos, sobre todo el de Antonio, obedeciendo además a las especiales exigencias que le hiciera Juan Menéndez, movido por un sentimiento muy propio de su naturaleza sensible y paternal: que Antonio le perdonase su infidelidad para con la muerta, pues él sabía que en el corazón del hijo el vacío dejado por la madre era más hondo a medida que su espíritu se desenvolvía echando de menos a la que había sido "su mejor amigo". Antonio correspondió a las cariñosas solicitudes de la prometida de su padre con atenciones respetuosas y corteses que eran la mortificación

de don Juan Menéndez; pero cada día era más visible en él la tendencia a alejarse de aquel hogar que iba a dejar de ser suyo. Juan Menéndez se sentía culpable y agotaba todos los recursos del afecto; lo colmaba de atenciones, le adulaba los gustos. Por último, para crearle desde luego una situación independiente y una base para el porvenir, le regaló la librería, de la cual ya no necesitaba y en la que había algo de la muerta, pues fué ella quien lo indujo a establecerla.

Dándose cuenta de la situación del amigo, Reinaldo pensaba aquella tarde:

—¡Cómo es posible que un hombre como Antonio se preocupe de un problema tan insignificante como ése, cuando la vida está llena de cuestiones trascendentales por resolver! No me lo explico. Este Antonio se ha propuesto "simplificarse" y lleva su sistema hasta el extremo de caer en la trivialidad. Valiente misión para un hombre.

Estando en estas reflexiones, vió aparecer al extremo del sendero del jardín por donde iba una señora acompañada de una niñita. La criatura, linda y rubia, en un arranque de infantilidad corrió hacia ellos y, agarrándose a las piernas de Reinaldo, le dijo:

—Yo sé quién eres tú.

Reinaldo se inclinaba para acariciarla, cuando oyó la voz de la señora que llamaba a la hijita:

—¡Olguita, por Dios! ¿Qué haces? No molestes a los señores.

Aquella voz tenía un timbre singular que no era desconocido para Reinaldo. Alzó la cabeza y, al punto, una violenta turbación le empalideció el rostro. Era La Gioconda. Disimulando, volvió a encararse con la niña:

—¿A que no sabes?

—A que sí. A que sí.

—Di, pues. ¿Cómo me llamo?

—Reinaldo. Tú te llamas Reinaldo.

—¡Olguita!—volvió a decir la señora, que ya se había acercado, y cogiendo a la niña de la mano, pasó sonriendo:

—Buenas tardes.

Era una bella mujer, que tenía ojos grandes y claros, lige-

ramente sesgados, que miraban de una manera extraña. Vestía con elegancia un traje costoso, pero sencillo, y lucía en los dedos abundante pedrería. Había en toda su persona un turbador atractivo y tenía en el rostro la marca abismal de las almas ardientes y atormentadas. Pasó dejando en el aire un suave olor de perfumes finos.

Los jóvenes permanecieron un rato en el sitio, viéndola alejarse. Luego, Menéndez preguntó:

—¿Quién será?

Reinaldo explicó, esforzándose en dominar su emoción:

—Es una mujer interesante, a quien vi por primera vez hace poco tiempo en La Guaira. Nadie pudo decirme quién era, y a falta de su nombre verdadero la llamé La Gioconda, porque se me pareció a la de Leonardo.

—Pues no se le parece en nada.

—Así he visto hoy. De todos modos, es interesante, por lo menos desde el punto de vista literario: toca Chopin magistralmente, y lleva por dentro una tragedia.

Reinaldo procuraba dar a sus palabras una entonación de absoluta indiferencia por el asunto; pero no pudiendo evitar que Menéndez se diese cuenta de la turbación en que lo había puesto la mujer, guardó silencio.

Discurrieron así un rato por la soledad de los jardines descuidados, que el sol de la tarde comenzaba a dorar. Entre tanto, Reinaldo meditaba sobre el hecho, bastante significativo, de que aquella niñita, que nunca lo había visto antes, supiese su nombre.

Se detuvieron a contemplar las garzas, hieráticas en el agua escasa y verdusca de un estanque rodeado de barandas herrumbrosas. Menéndez decía algo cuyo sentido no penetraba Reinaldo, absorto en sus reflexiones. Cerca de ellos volvió a pasar la señora, llevando de la mano a la hijita. Esta sonrió a Reinaldo, cubriéndose tímidamente los ojos con las manitas, cuyas uñas aguzadas y pulidas eran un gracioso reflejo de la coquetería materna; la mujer pasó sin mirar a los jóvenes, con un aire de distinguida circunspección que la hacía más interesante.

El corazón de Reinaldo volvió a latir apresuradamente.

Al cabo de un rato hizo el ademán de alejar de sí algo enojoso. Menéndez comprendió y dijo, soltando una carcajada que alarmó a las garzas del estanque:

—Quien lleva por dentro la tragedia eres tú.

—Te equivocas. En punto a amor, yo tengo resuelto el problema. Creo que tenemos deberes más apremiantes que cumplir con nosotros mismos, y juzgo que los problemas sentimentales no son buenos sino para las mujeres y para los simples de corazón.

Y como recordase que Menéndez le había hecho confidencias del conflicto sentimental en que lo ponía la necesidad de amor, agregó, con intención dañada:

—La necesidad de amor es la más estúpida de todas las necesidades. No por lo que tiene de animal, sino, precisamente, por lo que pretende tener de espiritual. Sin duda alguna, el hombre es el animal más imperfecto, porque es el único que ha deformado sus instintos, construyendo sobre ellos teorías que no tienen fundamento natural. El amor es una teoría; la familia, otra.

—Pues no hagas teorías; abandónate a tus instintos.

—Es que las teorías están hechas, y muchos incurren en ellas sin darse cuenta de la simpleza.

Menéndez lo interrumpió:

—Quien las estás haciendo eres tú. No amas, o mejor dicho, no te decides a amar, porque tienes la cabeza llena de mixtificaciones literarias.

—Te equivocas. No amo porque he analizado el amor y lo he encontrado tonto.

Menéndez iba a replicarle, pero comprendió que Reinaldo estaba diciendo todo aquello sin razón ni sinceridad y sólo para que él no pensase que estaba enamorado de aquella mujer.

Era lo de siempre: la preocupación del ridículo, que lo hacía ahogar sus sentimientos naturales bajo un fárrago de metafísicas trascendentales.

Menéndez, fatigado por el estudio, no estaba para tales sutilezas y cambió el tema, poniéndose a hablar de cosas sen

cillas: el desaseo de los jardines, la marchitez de las flores, la tristeza de los árboles tiñosos.

Esto acabó de poner a Reinaldo de mal humor. En aquel momento la presencia de Menéndez le era insoportable. El espíritu mesurado y lúcido, la ecuanimidad, la transparencia del carácter, sin complicaciones, vaguedades ni contradicciones; el absoluto dominio de sí mismo, todo cuanto constituía la personalidad del amigo, se le hacía intolerable.

—Vámonos—le dijo, cortándole la palabra. Y mientras regresaban a la ciudad estuvo sumido en obstinado silencio.

Comieron en una fonda de las menos malas. Durante la comida, Menéndez se esforzó por restablecer la cordialidad, manteniendo la charla sobre motivos joviales, evitando los temas serios, para sortear los rozamientos con Reinaldo, que estaba más vidrioso que nunca.

Ya concluían cuando entraron en el comedor tres parroquianos, dos de los cuales estaban en perfecto estado de embriaguez. El tercero, sosegado y ceñudo, saludó a Menéndez con una ligera inclinación.

—¿Ese es Manuel Alcor?—preguntó Reinaldo, que había reconocido al autor del cuento que leyera en su excursión a la montaña.

—Sí. Una persona interesante, bastante apreciable. Ayer le ofrecí que le haríamos una visita. Le he hablado de ti y desea conocerte.

—Poco simpático, a primera vista.

Menéndez se quedó viéndolo y no le contestó.

Salieron. Reinaldo hablaba de Alcor:

—Mucho me temo que al fin pare en arribista, como todos los advenedizos.

—Mira, Reinaldo—atajó Menéndez—. Estás haciendo juicios temerarios. No eres sincero en lo que dices. Ese joven ha dado muestras de poseer un verdadero talento y, sobre todo, una verdadera honradez fundamental. No es digna de ti esa predisposición gratuita contra él.

—No he aventurado juicios. Por otra parte, hoy se me ha embotado el instinto de sociabilidad. Mis semejantes se

me hacen perfectamente intolerables. Será efecto de la larga permanencia en contacto con la Naturaleza.

Por toda respuesta, Menéndez soltó una risotada que acabó de indisponer a Reinaldo.

—Bueno. Hasta mañana. Esta noche tengo algo urgente que hacer.

Y se separó repentinamente del amigo. Menéndez se quedó pensando:

—Está más loco que nunca. Este no tiene remedio. Es lástima; de él podría decirse como ya se dijo de Byron: a su nacimiento asistieron las hadas de todos los dones, pero faltó la del juicio.

Reinaldo ambuló largo rato por las calles, y luego, con el cerebro fatigado por la continua presión de sus disparatados sentimientos, todos dirigidos contra Menéndez, se recogió a su casa.

Pero al meterse en la cama tuvo un momento de lucidez y se sorprendió de su extraña conducta para con el amigo. Este sentimiento le devolvió la tranquilidad del espíritu, y entonces se repitió mentalmente las palabras de Antonio Menéndez, causa de todas sus insensateces: "Para con la voluntad como con el dienro: unos la derrochan para ostentar que la poseen; otros la economizan porque saben que la tienen."

Y se dijo:

—Ciertamente, yo no he hecho hasta ahora sino derrochar voluntad. Me he prodigado inútilmente en propósitos irrealizables. Quiero una obra grande, sobrehumana; pero lo esencial no es la calidad de la obra, sino dejarla cumplida. Eso es lo que no he querido tolerarle a ese Manuel Alcor, que con menos elementos que yo ha comenzado a realizar sus propósitos.

Pensó que allí, en las gavetas de su escritorio, estaba quizá su obra personal, en las páginas de su novela *Punta de Raza,* que dejara inconclusa, y experimentando una súbita impaciencia de llevarla a cabo, saltó de la cama y se puso a escribir el último capítulo.

Las ideas se agolpaban en su cerebro; bajo su mano fe-

bril las cuartillas se llenaban rápidamente. El silencio de la alta noche aumentaba su excitación, y bajo su imperio, el final de *Punta de Raza* fué una extravagante fantasía, en la cual había momentos verdaderamente sublimes.

Era la hora del alba cuando se separó del escritorio. Había concluído. Su cabeza ardía, se le cerraban los párpados cansados; pero una alegría serena le inundaba el alma: ¡ya tenía una obra!

Se asomó al balcón que daba sobre el corral. Abajo, el jardín que allí plantara su hermana iba surgiendo de la noche y un aroma suave de flores todavía invisibles subía por el aire frío y tranquilo. De codos en la baranda, rendido por el trasnocho fecundo, cabeceó dos veces. Y le pareció que aquel sueño era algo más que necesidad fisiológica: que era el reposo que le otorgaba la Naturaleza complacida en su esfuerzo, como antaño lo otorgaran los dioses paganos a los héroes después de las victorias.

VII

Manuel Alcor era un joven de propósitos firmes y tenaces. Sus simpatías y sus aversiones andaban siempre por los extremos de la vehemencia, pues no conocía las medias tintas del sentimiento; mostrábase remiso a la persuasión y era agresivo con la convicción propia. A estas asperezas del carácter se añadían la desmaña del provinciano y el fondo de recelo del indio que hubo entre sus antepasados.

Nació en una vieja ciudad del oriente de Venezuela que esconde entre cardonales ruinas de un pasado mejor, a orillas de un río que fuera navegable y cerca de unas llanuras de terreno salitroso.

Su padre, don Pedro Alcor, era uno de esos personajes, sin mayor importancia efectiva, que caracterizan tan bien la vida de nuestros pueblos. Pertenecía al partido político del inevitable caudillo regional, y cuando éste, en épocas pasadas que la ciudad recordaba como una edad de oro, subió a la Presidencia del Estado, a raíz de una revolución triun-

fante, don Pedro desempeñó cargos prominentes en el gobierno local, en pago del dinero que puso en la aventura. Años más tarde comprometió el resto de su fortuna en otra revuelta desgraciada, que estuvo a punto de aventar el nombre del ídolo regional al pináculo de la fama y del poder en toda la República, y fracasó lamentablemente, demostrando al país, de una manera evidente, que eran simples mayorales cuantos pasaban por caudillos, y mentidas gloriolas de parroquia cuantos fueron prestigios sonados. Con la derrota y la fuga del ídolo llovieron infortunios sobre el partido. El gobierno triunfante desmembró el Estado y puso en la ciudad, relegada a la categoría inferior de cabeza de sección, gobernadores extraños y enemigos del partido, que oprimieron y persiguieron los restos que de él quedaban, y con esto y con la escisión consecutiva al fracaso, acabó de desaparecer como cuerpo político. Sólo se mantuvieron fieles algunos fanáticos de los más testarudos, y entre ellos, más que todos juntos, Pedro Alcor, cuyo humor atrabiliario se exasperó entonces hasta los extremos de la insensatez.

Esta lealtad indomable, erizada de refunfuñona rebeldía, lo convirtió en centro de un cenáculo de viejos correligionarios, que iban todas las tardes a oírlo vociferar improperios contra los enemigos y a beberle un amargo de cortezas de naranja que fabricaba y al cual llamaba "torco".

Tenía don Pedro una farmacia de pocas ventas, resto de la tiroteada fortuna, y en la rebotica, entre tarros vacíos que conservaban el antiguo olor medicinal, un frasco bocudo lleno de aquel "torco" que enfervorizaba al añoso cenáculo.

La madre de Manuel, bastante menor que el marido, era una mujer silenciosa, dulce y mansísima. Rendíase al peso de una maternidad que la había aniquilado en plena juventud y sobrellevaba con paciencia al áspero don Pedro, quien sólo ante ella se ablandaba, pero no antes de ver lágrimas en sus ojos.

Lidiaba todo el día con la chusma de sus hijos; pero entre ratos ayudaba al marido en la botica, y todavía le quedaban fuerzas—sacadas de flaquezas—para cuidar a un tío

que había sido su amparo cuando quedó huérfana y que vivía con ella.

Y era el tío, don Emiliano, un viejo alto y gravedoso que nunca había sonreído y poseía un carácter hecho de una sola pieza, puntilloso, rectísimo. Fué maestro de todos los hijos de su sobrina Amelia, y tuvo predilección por Manuel, único punto en que estuvieron de acuerdo él y su yerno, porque ambos veían en el carácter del niño los rasgos del propio: don Emiliano, la taciturnidad; don Pedro, la testarudez.

Tenía el viejo, en la casa de la sobrina, una pieza aislada con una ventana a la calle, frente a una plaza sin árboles en la cual se elevaban los escombros de una ruina histórica, que era orgullo, pero no cuidado de la ciudad. En aquella habitación, dormitorio y biblioteca a la vez, había objetos que impresionaban la mente caviladora de Manuel; daguerrotipos borrosos de antepasados maternos; gruesos tomos de amarillenta pasta de pergamino que contenían manuscritos ininteligibles; un sillón de suela estampada con las águilas de Carlos V en el respaldar; un medallón cubierto con un vidrio convexo, en el cual se representaba una tumba, bajo un ciprés, hecho con cabellos de mujer, de una mujer que don Emiliano no había querido decirle nunca quién fué y que a Manuel se le antojaba que debió ser alguna novia cuya muerte fuera causa de la melancólica soltería de aquél, cosas todas que hablaban de un pasado que en la imaginación del muchacho se presentaba revestido de misterio y de dolor.

En aquella pieza, mientras sus hermanos correteaban afuera, pasaba Manuel la mayor parte del día, ya recibiendo las lecciones que el tío le enseñaba, o conversando con él, cuando el estudio concluía, o asomado a la ventana, cuando el viejo, más sombrío que de costumbre, se recogía al sillón de las águilas imperiales y, reclinando la cabeza, dejaba vagar por las cosas que lo rodeaban una melancólica mirada de despedida.

Fueron aquellas horas muertas las que más influyeron en la vida de Manuel. A través de los gruesos barrotes de la

ventana poníase a contemplar el paisaje, largamente. La plaza sin árboles, de tierra dura y sequiza, donde reverberaba un sol tórrido; la ruina histórica del antiguo convento convertido en fortaleza en un trance de la guerra de la independencia, y, por detrás de los muros derruídos, a través de los boquetes abiertos en ellos, las varas desnudas y ríspidas del cardonal, alzándose sobre la tierra brava y yerma como brazos de enloquecida multitud que imploraran el agua del cielo. ¡Aquel cielo impasible, azul!, ¡azul!

Entonces la imaginación de Manuel se abandonaba invariablemente al mismo fantaseo: era una llanura larga, blanca, de salitre, donde centelleaba el sol, como sobre un vidrio; él corría por ella, desesperadamente, volando casi para no sentir el fuego de la tierra que abrasaba sus plantas; a veces pasaba una nube y él se guarecía en su sombra movible, corriendo dentro de ella, hasta que la nube se deshacía, carmenada por el viento de las alturas, y la sombra se desvanecía bajo sus pies.

Don Emiliano, que en sus mocedades fuera poeta, interpretaba este pertinaz fantaseo del muchacho:

—Esa sombra de nube es tu imaginación, que te llevará, tarde o temprano, lejos de nosotros. Tú eres también del número de esos que necesitan irse.

Y fué así como prendió en el cerebro de Manuel, desde muy temprano, la idea de abandonar la ciudad natal.

Por las tardes, a la hora del "torco", los amigos de don Pedro formaban tertulia frente a la botica. Sentábanse en sillas de cuero en medio de la calle, porque allí no había tráfico que pudieran interrumpir, y hablaban generalmente del pasado, puesto que el presente de aquella ciudad, sobre la cual decían que había caído la maldición de Dios, no daba asunto para media hora de conversación, como no fuese sobre un motivo triste o desagradable:

—Ya se está muriendo Juan Alcober. La hematuria está jugando garrote con nosotros. Van siete en este mes.

—Acabo de recibir carta de los muchachos, donde me dicen que en esta semana han muerto treinta reses. El gusano está destruyendo la cría.

—Se declaró en quiebra Cosmito Ruiz.

—Hoy se fué el hijo de Jerónimo Hortal; mañana se van los de Tomás Fuentes. ¡Los pobres viejos! Los muchachos nos están dejando solos.

—¿Y qué hacer? Si aquí el trabajador está condenado a morirse de hambre.

Manuel, como oyera estos lamentos, sentía que el pecho se le oprimía, y se alejaba de allí echando a andar, invariablemente, por un sendero que se perdía entre los cardonales, en donde la brisa del mar cercano parecía cantar motivos de sirenas.

Y don Pedro Alcor, viéndolo alejarse, ahogando en su ira su dolor:

—Este también me dejará. ¡Maldita tierra!

En este ambiente formóse el carácter de Manuel, alimentándose de amarguras, y así llegó a la adolescencia con su inmoderado hábito de soledad y un propósito único, absorbente: escapar de aquella ciudad mortal, de donde emigraban todos los hombres fuertes.

Era una desbandada trágica que iba dejando sin cerebros y sin brazos a la provincia, en la cual, a la postre, sólo quedaría el rezago de los incapaces y de los mediocres. Marchábanse a Caracas los que se encontraban fuertes por la inteligencia y aspiraban a imponerla y triunfar en las ciencias, en el arte o en la política; a las selvas caucheras del interior, los que se sentían aptos para arrostrar peligros y fatigas físicas e iban a exponer en la aventura el riesgo de la vida contra las fiebres, las fieras y los bandoleros de la región malsana y salvaje.

Manuel los veía escapar y esperaba su turno, encerrándose en sí mismo, refugiándose en la esperanza de su liberación para que aquel ambiente letal no alcanzara a su espíritu. Por las tardes se reunía con unos amigos y sentados en el malecón de un antiguo puerto, a orillas del río, hablaban de aquel tema único: la fuga, la imperiosa necesidad de la fuga, mientras el agua dorada de crepúsculo resbalaba suavemente ante sus ojos como una lenta sangría que vaciase el herido corazón de la tierra nativa.

Eran sus amigos: un poeta y juez de distrito, casado y con hijos, que en las horas que la profesión le dejaba libres rimaba versos que nadie conocía, de un poema maeterlinckiano, dedicado a una mujer irreal, a la cual llamara "La Esperada"; un político de la oposición vernácula, y un hombre de acción, que en la ciudad pasaba por chiflado.

El poeta y juez era un producto esporádico de soledad y silencio, que había levantado y nutrido su inteligencia sobre el ras de la incultura ambiente, a costa de un silencioso y heroico tesón, y hablaba dolorosamente de su vida fracasada, de la atrofia de su voluntad depauperada por la falta de estímulos, de la tristeza de su torre de marfil en la cual estaba condenado a vivir, consumiéndose en el místico amor de "La Esperada"; el político era un haz de nervios siempre vibrantes y la persona más cerril del mundo; el hombre de acción, finalmente, era un mecánico, marino en sus mocedades, que merecía las rechiflas de sus conterráneos por haberle dado por construir un barco de vapor en un astillero improvisado por él mismo, a orillas del río. El yate, en el cual trabajaba hacía varios años, estaba casi concluído, y, sin embargo, nadie creía en él.

La diversidad de propósitos no impedía la buena inteligencia entre ellos cuatro, pues los mancomunaba el ansia de más amplios horizontes para sus actividades. Cada cual esperaba su hora: uno, la de la revuelta inminente que había de aventarlo a las alturas del poder regional; otro, la botadura de su yate; Manuel Alcor, la de la muerte del tío Emiliano, que le había suplicado que no lo abandonara mientras él no concluyese su vida. Sólo el juez poeta pensaba sin esperanzas en la imposible liberación: ¡tenía cinco hijos! ¡Su suerte estaba echada!

Así transcurrió el tiempo. El tío Emiliano llegó a su término, con el corazón dilatado por la hipertrofia, y murió agradeciendo a Manuel el sacrificio que había hecho, pues bien sabía cómo era de incontenible su deseo de partir. Días después, éste comunicó a sus padres su determinación de marcharse a Caracas, en busca de más amplio campo para sus aspiraciones. Don Pedro Alcor le contestó poniendo en

sus manos un poco de dinero que sacara de uno de los tarros vacíos de la botica:

—Yo lo esperaba. Toma, hijo. Esto lo he ahorrado para tu viaje. Que Dios te ayude.

Y luego, a su mujer, que se enjugaba las lágrimas:

—Es natural, Amelia. Los muchachos no se pueden inutilizar aquí. Dejémoslo que se vaya a probar fortuna. ¡Yo me alegro más bien!

Pero en la tarde, a la hora del "torco", dijo a sus amigos, restregándose los ojos, que le hacían traición:

—¡Se va Manuel, el mío!

Para entonces, el yate del mecánico acababa de ser botado al agua, y su dueño se proponía hacer un viaje de prueba hasta La Guaira. Manuel aceptó la invitación que le hiciera, pues esto le ahorraba un gasto gravoso para su escaso peculio. Una tarde levaron anclas, ante una multitud de curiosos que todavía no querían convencerse de que la obra del conterráneo fuese una embarcación hábil, y habían acudido a presenciar la tentativa, apercibidos para reírse a sus anchas del fracaso, que daban por seguro.

Entre ellos, sólo uno tenía fe: el poeta de "La Esperada", a quien impidiera emprender aquel viaje, ni siquiera por ida y vuelta, la circunstancia de hallarse su mujer en trance de alumbramiento. Y cuando el barco desapareció, tras una vuelta del río, dejando sobre el agua oscura la humareda que brotaba triunfal por su chimenea, entre los espectadores, burlados y atónitos, se oyó la voz descorazonada del juez, que decía:

—¡Los últimos fuertes! ¡Ya se han ido todos!

Una vez en Caracas, Manuel Alcor empezó a probar su buena estrella. Un paisano suyo, estudiante de Medicina, lo puso en conocimiento con aquel sedicente agrónomo Lenzi, y como éste andaba reclutando alumnos para hacerle propaganda a su instituto y obtener una subvención que solicitaba del Gobierno, le ofreció comida y casa, gratuitamente, si se allanaba a inscribirse como interno. Manuel aceptó sin hacérselo repetir. En cuanto al aprendizaje de la agronomía, ni le pasaba por la mente, y como tampoco a Lenzi le cru-

zaba por la suya la idea de enseñársela, Manuel tuvo sobrado tiempo para dedicarse a corregir y pulir los cuentos que trajera del terruño y que pensaba publicar en cuanto se le deparase la primera ocasión. Atravesóse luego Reinaldo Solar, llevándose a Lenzi a su hacienda, y la clausura del instituto dejó a Alcor sin beca de la noche a la mañana. Se vió entonces en el forzoso caso de gastar el dinero que hasta allí ahorrara, llevando una vida de privaciones absolutas, y buscó una pensión barata.

Temeroso de que el dinero se le acabase antes de que pudiese realizar sus propósitos, que eran, sin ambages de modestias ni dubitaciones de pusilanimidad, hacerse una reputación literaria en los círculos de la capital, porque tenía fe inquebrantable en que las letras le darían para vivir, dedicóse en seguida a buscar la manera de publicar su libro de cuentos *Mientras la nube pasa*. Oyó decir que el director del único periódico que se editaba en Caracas, árbitro del pensamiento de toda la nación, era una generosa persona que tenía siempre la mano abierta y colmada de dádivas para los jóvenes escritores que acudiesen a él, como a un Mecenas, y aunque en seguida le explicaron que lo hacía para ganarse a partido las plumas y ponerlas al indigno servicio de la megalomanía del presidente danzarín, Manuel Alcor, que en un vuelo echara sus planes, como hombre de resoluciones enérgicas, que sabía ir derecho y pronto a su objeto, resolvió acudir al irrisorio e irritante Mecenas, a pedirle el dinero que necesitaba para la edición del libro.

Fuese por natural impulso de verdadera liberalidad, o porque la extremada audacia de aquel joven que llegó y le dijo, sin preámbulos: "Necesito mil bolívares para publicar un libro y quiero que usted me los dé" era tan categórica como una orden, el Mecenas abrió la cartera y le entregó la cantidad exigida. Días después apareció *Mientras la nube pasa*, solo y señero, sin lazarillo de prologuista, ni dedicatoria infamante ni agradecida. Llamó el Mecenas al autor, diz que para felicitarlo, aunque en realidad para manifestarle su extrañeza por la insólita sequedad con que se presentara al pú-

blico, sin una palabra de reconocimiento para él. Pero Alcor le respondió:

—Yo no me comprometí a nada.

Al día siguiente aparecía su retrato en el periódico y uno de los cuentos del libro, precedido de aquel artículo que leyera Reinaldo Solar en la excursión a la montaña. Alcor comprendió el ardid del periodista; pero no cayó en la añagaza. En sus planes no entraba la prostitución literaria.

En la tarde, atravesando la plaza Bolívar, lo detuvo con un gesto tribunicio un sujeto a quien no conocía:

—Es usted Manuel Alcor, ¿verdad?

—Sí, señor. Yo soy.

—¡Venga ese pecho! Yo soy un viejo amigo de su padre: Ulpiano Macías. Conterráneo suyo.

Y antes de que Alcor pudiera decir palabra, continuó:

—¡Ha puesto usted la garra! ¡Ha dado el zarpazo! Así es el talento auténtico. ¡Zas! ¡Y la presa es suya! Su triunfo me ha complacido infinitamente, porque usted es uno de los nuestros, uno de los bravos paladines de esta conquista intelectual del centro que venimos haciendo nosotros, los de la provincia. Porque, convénzase, en Caracas sólo vale la pena lo que la provincia aporta.

Y Ulpiano Macías, con los dedos de la diestra encorvados como garras filosas, hacía un movimiento rápido y aprehensorio, para decir en seguida:

—Yo llegué a Caracas, como usted, sin centavo. Aquello fué una odisea que alguien escribirá algún día. A usted, que le gustan esas cosas, se las contaré detalladamente en otra oportunidad; ahí tiene un buen asunto para una novela. Pues a los siete años de haber llegado, como le digo, y al año apenas de graduado de doctor en leyes, era yo ministro del Ejecutivo. ¡Así se triunfa, compañero! ¡Yo conquisté a Caracas en siete años!

Alcor conocía la historia. Hasta la provincia llegó la fama de aquel conterráneo prevaricador que inició su carrera política, a raíz del fracaso de la revolución del partido al cual pertenecía, dirigiendo al presidente triunfador una ignominiosa carta pública, en la cual exhibía a su partido como

una agrupación de hombres mediocres, alucinados por la fama adventicia de un mercader fracasado, que había resultado ser tan intonso militar, como mal comerciante fué antes de improvisarse caudillo; y aunque Manuel Alcor nada entendía ni quería entender de política, no pudo menos de experimentar violenta repugnancia ante aquel arribista procaz. Este proseguía:

—Tal vez se preguntará usted por qué habiendo llegado yo a ministro necesito trabajar hoy para comer. Pero yo se lo explicaré en pocas palabras: porque no quise prevaricar. Sí, señor. Me pidieron la renuncia; me expatriaron. Pero todavía me tienen en cuenta. ¡No faltaba más! Ulpiano Macías no es hombre a quien se anula de una sola plumada.

Manuel Alcor le tendió la mano, despidiéndose. La avilantez de Macías había rebosado la medida de su tolerancia. Bien sabía él que aquel hombre que se exhibía como una víctima de su probidad y de su integridad, había sido lanzado del ministerio por un chanchullo en el cual estaban en juego unos centenares de bolívares.

Pero Macías le retuvo la mano:

—En mi bufete... No sé si debo atreverme a ofrecérselo, tengo una plaza vacante que, si usted quiere, podría desempeñar. Mi tienda de campaña está abierta para todos mis conterráneos que profesan mi lema: "Dulce et decorum est pro patria mori!"

Alcor parecía reflexionar, y era que no alcanzaba a entender a qué cosa llamaría decoro Ulpiano Macías. Pero éste, creyendo que deliberaba antes de aceptar su ofrecimiento, explicó:

—Es un cargo de escribiente, que le daría lo necesario para vivir con alguna comodidad y libertad suficiente para dedicarse a las letras, que con tanto brillo cultiva usted.

—Acepto—respondió Alcor súbitamente.

—Pues me felicito. Haremos muy buenas migas. Y hasta puede que colaboremos en algo que tengo en mientes: una novela sociológica. Ya conversaremos.

Alcor estuvo a punto de rechazar la oferta aceptada, pero su sentido práctico se sobrepuso a sus escrúpulos. Por el

momento, el ofrecimiento de Macías solucionaba su problema económico. Además, codeándose con él iba a adquirir el justo concepto del pillo, lo cual no deja de ser una experiencia útil para un escritor criollista.

La pensión donde se alojara Manuel Alcor era una antigua casa de dos pisos, en estado semirruinoso. El interior, vetusto y sombrío a causa del verde oscuro de las paredes. Un corredor a la entrada, con pilares chatos y ventrudos, un patio de rotas baldosas, con una gran pila en el centro, y en el contorno, al nivel del segundo piso, las barandas del pasillo, al cual daban las puertas de las habitaciones, componían el cuerpo delantero de la vivienda; daba acceso al posterior un pasadizo angosto que salía a un patinejo empedrado con guijarros y huesecillos bruñidos, y allí acababase toda traza de orden en la construcción y toda apariencia de limpieza; viviendas lóbregas como sótanos, escaleras desvencijadas, la cocina cerca de los retretes, las paredes descalabradas, por los suelos los residuos del fregado y las resultas del barrido, en el sol la trapería de las camas sórdidas y de las andrajosas indumentarias de los inquilinos.

Más que pensión, albergue de nocharniegos y refugio de desamparados y hambrientos, aquella casa alojaba la más heterogénea población. Manuel Alcor había sido instalado en una pieza del alto que tenía balcones para la calle. Era de las más espaciosas y se la habían cedido a precio de las más pequeñas, por tener unas cuantas tablas podridas en el piso, arrancado el techo raso y vuelto trizas el descolorido papel de las paredes; pero Alcor halló compensada esta sordidez por el aislamiento y por el fresco, la luz y las perspectivas de los balcones, desde los cuales se dominaba un irregular y pintoresco panorama de tejados, manchado a trechos por el verdor de fronda de patios y corrales.

En los primeros días, Alcor estuvo siempre solo. Las horas que le dejaba libre su cargo en el bufete de Macías las empleaba en escribir, y cuando el cerebro se le fatigaba, tendíase en el duro camastro y distraíase con el promiscuo bullicio que producía el heterogéneo montón de vidas alber-

gadas en la pensión, pensando en los auténticos dramas que llevarían por dentro aquellos convecinos suyos.

Pero, poco después, la habitación del cuentista se convirtió en cenáculo de regocijadas tertulias. Vivía en la pensión un joven pintor, a quien el gobierno de la provincia de su nacimiento había pensionado para que estudiara en la Academia de Bellas Artes, y como le habían destinado la pieza más oscura de la casa, quejábase a menudo de aquellas tinieblas que no le dejaban trabajar. Alcor le ofreció un rincón de la suya, que era sobrado capaz para su reducido menaje de cama, baúl, perchero y una mesa, que lo mismo servía para escritorio como para el planchado de la ropa, que él mismo se hacía.

Era el pintor un muchacho de buen humor, sumamente inquieto y bullicioso. Tenía un nombre desgraciado para la celebridad: Carlos Cipriano Benítez; pero sus compañeros llamábanlo El Rebullicio, y él había adoptado el apodo y así firmaba las telas que embadurnaba. Aceptando el ofrecimiento de Alcor, intimó pronto con él, e instalando en la sala su caballete y esparciendo por toda ella sus pinceles y sus botes de pintura, la animó con su charla perenne. En pago de la hospitalidad adornó las paredes, poniendo sobre cada desgarradura del papel manchas y cartones suyos, y finalmente llevó a sus compañeros de la Academia, con lo cual la habitación de Alcor quedó convertida en centro de artistas.

Había, entre éstos, un muchacho, de apellido Rivero, tímido en exceso. A fuerza de sentirse cohibido entre los compañeros, de callar y ocultarse cuando se encontraba en reunión, de empequeñecerse y desear anularse para pasar inadvertido, había concluído por juzgarse insignificante, absolutamente nulo. Aplanado por esta deprimente idea de sí mismo, renunció a trabajar. Poseía gran disposición para la pintura. Al año de su entrada en la Academia obtuvo una mención por una mancha, cuyo colorido poético fué objeto de comentarios entusiastas, y en la segunda exposición ganó un premio, con un cuadro que revelaba al artista de alientos; pero luego, una mezquindad del maestro, la envidia de

los compañeros y un desengaño íntimo, que nadie supo nunca cuál fué, le causaron tal descorazonamiento, que abandonó la pintura y renunció para siempre a todo lo que fuese aspiración de gloria o de renombre.

Frecuentaba el círculo por hábito adquirido, pero en las sesiones de dibujo nunca se le vió tentación de ponerse a trabajar. Pasaba la hora de caballete en caballete, apuntando una tímida y siempre justa observación al compañero que le consultaba, y cuando alguno, plantándolo a viva fuerza ante la tela o el papel, le compelía al estudio, él quedábase viéndole la cara, sin decir una palabra ni hacer un movimiento, y en seguida volvía a su rincón.

Manuel Alcor trinaba contra él:

—Es una idiosincrasia mía. Este Rivero, que lo oye a uno bebiéndoselo con los ojos, pero no dice nunca lo que piensa, me pone fuera de mí.

Sin embargo, en el círculo todos querían a Rivero y se empeñaban en sacudir su abulia.

Una tarde, presentado por Antonio Menéndez, Reinaldo Solar visitó a Manuel Alcor. Había sesión plena, y cuando El Rebullicio, al asomarse al balcón, lo vió llegar y lo anunció, Rivero dijo, en un inusitado arranque de humorismo:

—El que ha de venir.

Manuel Alcor—cuyos nervios estaban excitados por la expectativa de la presentación de Reinaldo, ante quien no sabía qué actitud adoptar, pues en su interior sólo tenía para recibirlo un sentimiento de viva y violenta antipatía—, al oír las palabras de Rivero, que parecían sacadas de los Evangelios, soltó una carcajada que se contagió a los demás, y Rivero fué a refugiarse en la penumbra del trozo de pared que separaba dos de los balcones, para que no le viesen el rostro, cárdeno de rubor.

Después del enojoso picoteo de una conversación que se inicia entre recién conocidos, Reinaldo encontró tema propicio, y durante largo rato hizo sobrehumanos esfuerzos de locuacidad para romper el mutismo de Alcor. Verboso aquél, monosilábico éste, mudos y cohibidos los demás, de intérprete Menéndez, hablando por los que no lo hacían, y a ra-

tos El Rebullicio rompiendo con sus desplantes la seriedad que helaba las palabras, poco a poco la charla fué haciéndose cordial, y al cabo, la camaradería quedó establecida.

Capaz, como era, de la generosa justicia al mérito ajeno, Reinaldo apreció en Alcor aquellos valores no comunes de que Menéndez le hablara. Por su parte, Alcor experimentó una inesperada transición de ánimo: depuesto el sentimiento de recelo que lo hiciera ponerse en guardia contra la momentánea sugestión que la exaltada personalidad de Solar pudiera ejercer sobre él, lo acogió como al amigo esperado que ya se sabe quién es y qué trae.

La ubérrima imaginación del nuevo compañero y aquella tensión heroica en que mantenía su voluntad, siempre con una gran empresa entre manos y recomendando a toda hora la virtud del esfuerzo, produjeron en el grupo enardecimiento unánime. Las tertulias se animaron con embriaguez de esperanzas, forjáronse proyectos estupendos, confiábase en el éxito de todos y cada cual trabajaba animosamente en su obra.

Sólo Rivero mostrábase remiso. No obstante, desde un principio fue completamente adicto a Reinaldo. Gustábale pasear en su compañía, oyéndolo hablar honda o superficialmente, pero siempre con una facundia pasmosa, sobre todos los motivos que le salieran al paso; sumergiéndose en aquella atmósfera de idealidad en la cual el espíritu de Reinaldo se cernía habitualmente; saboreando el íntimo y escondido placer de ver reflejado en el carácter del nuevo amigo algo de lo que en lo suyo había. Pero era confusa masa de anhelos tímidos, de vagas aspiraciones, mientras que en el ánimo fuerte del otro cobraba el contorno preciso y vigoroso de una voluntad segura de sí misma y consciente de su empresa.

A veces, después de un largo callar, Rivero parecía querer vaciar, en el íntimo trasiego de una confidencia, algún poco de aquello que le llenaba el pozo escondido del corazón; pero la tentativa fracasaba, se volvía sonrojo el esfuerzo, y Reinaldo nunca lograba saber cuál era la vida interior de aquel pusilánime muchacho que fijaba en él, con una in-

sistencia desconcertante, la mirada azorada de sus ojos grandones, atónitos.

Bohemia sin incuria ni alcohol, fraternizaban en un idéntico y puro sentimiento de la belleza. Buscábanla en jubilosas incursiones por los andurriales pintorescos del arrabal, donde los incomparables crepúsculos de Caracas tenían mayor encanto o por los campesinos aledaños tendidos a las faldas del Avila.

Los pintores abrían sus cajas y poníanse a cazar la mancha fugaz donde el sol presuroso deteníase un momento. Los demás ambulaban entre tanto, aquí, por las pardas sabanas del Lazareto, donde el lánguido canto del saucé diluíase en el vesperal silencio; allí, por el cauce enjuto de las ramblas avileñas, entre taludes fantásticos, donde la deleznable arenisca fingía góticas cúpulas, minaretes, criptas y ruinas; otras veces por las colinas tiñosas de Catia, desde donde se divisaba un desolado paisaje, en cuyo alto silencio flotaban lejanos balidos; o dentro del apacible y umbroso boscaje de Los Mecedores, o en torno al cerrado recinto del viejo cementerio de "Los Hijos de Dios", en cuyas bóvedas murales, la cripta destapada y vacía de alguna, llenábase de poesía si un rayo de sol crepuscular metíase por ella... Todos los rincones pintorescos registráronlos, y exprimiéronles la belleza.

Pero, sobre todo, complacíanse en hallarla en los sitios y cosas que evocaban la vieja Caracas colonial: las casonas antiguas, las ruinas escasas. Un trozo de pared ennegrecida y herbosa, el patio empedrado y los clásicos granados y cipreses de las vetustas mansiones donde vivían viejecitas supervivientes de las familias de antaño, embriagábanlos con ese sabor de la evocación, hermano de la fortaleza de los vinos añejos. Congregábanse a menudo junto a las ruinas del Polvorín o de la Capitanía, y allí, mientras los ojos erraban por la eglógica dulzura del paisaje sobredorado de crepúsculo, las imaginaciones íbanse a los viejos tiempos. Soñaban en voz alta y casi siempre era Reinaldo el adelantado en aquellas incursiones a través del país familiar del fantaseo.

—Imagínese—decía una tarde—que en estos mismos si-

tios estuvieron quizá los pintores y literatos del siglo pasado. Sentirían ante el mismo paisaje las mismas emociones que ahora estamos experimentando, y probablemente pensarían en los que habrían de venir después de ellos, en nosotros. ¿Por qué no conocemos sus nombres? Vinieron, soñaron, pasaron sin dejar una huella. ¿Nos pasará así también a nosotros? ¿Seremos un pueblo que marcha por un arenal seguido de un viento de fatalidad que va borrando sus pasos? Los que vinieron después de ellos, los de las generaciones anteriores a la nuestra, buscaron, sin duda, y tan inútilmente como la buscamos nosotros ahora, esa huella; pero tampoco supieron dejar la suya en la tradición del arte nacional. Y así, uno tras otro, cada cual ha tenido que comenzar siendo a la vez principio y fin de sí mismo.

—No es tanto así—comenzó a objetar Menéndez—. En literatura, por lo menos, sí hay una tradición. Pobre, un poco desajustada...

—Yo no la veo por ninguna parte. Detrás de nosotros no hay nada. Nada que constituya tradición de arte; todas son orientaciones personales, bajo la influencia de modelos extranjeros.

—Esa es la infancia de toda tradición.

—Me parece más exacto calificarla de vida embrionaria.

—Cuestión de palabras.

—No, cuestión de hechos. ¿Dónde está el arte nacional? ¿Cuál es la obra que ha señalado un rumbo, que ha abierto un camino?

—Efectivamente, no la ha habido. Pero eso no es muy frecuente en la historia de las literaturas. Las obras creadoras de tradición son dos o tres en el mundo. Yo creo que todos no están obligados a producir obras maestras.

—Nosotros lo estamos.

—A mí no me metas en tus cosas—atajó violentamente Alcor, rompiendo su mutismo—. Yo no tengo pretensiones al genio; nunca he creído que voy a poner el mundo de cabeza con mis obras. Me contento con que me lean.

—Eso es hacer del arte un instrumento de vanidad.

—Llámalo como quieras.

Y así empezó a manifestarse la antinomia irreductible de aquellos dos espíritus. Aspereza contra aspereza, aquellos dos caracteres opuestos chocaban sin camaradería. Imbuído y enamorado del realismo, Alcor objetaba en la producción literaria de Reinaldo, copiosísima y humeante de sentimiento, el exceso de imaginación y la ausencia del "documento"; Reinaldo afirmaba que todo cuanto escribía era el resultado de una documentación, no apuntada en la cartera de notas, como lo hacía Alcor, pero sí vivida por él hondamente, intensamente, y estas discusiones se encrespaban hasta convertirse en verdaderos conflictos de personalidades. Y todo porque Alcor pedía siempre hechos; mientras que Reinaldo, considerándolos como hechos, andaba siempre entre sueños.

Menéndez terciaba, contemporizador, templando con la frialdad de su criterio claro y certero las vehemencias de uno y de otro, y procurando, a la vez, desbastar el naturalismo de Alcor y poner un lastre de cordura en la aventación alucinante del idealismo de Reinaldo, a quien no veía todavía poner un pie seguro y reposado en un camino definitivo.

Esto, sobre todo, le causaba cierta contrariedad. Tenía absoluta confianza en la inteligencia del amigo, y cifraba en ella un orgullo fraternal. Lo veía dotado de todos los dones, predestinado al éxito, y esa certidumbre era para él una suerte de apoyo espiritual que enfervorizaba su corazón, exento de grandes ambiciones. Decíase a sí mismo que si no hubiera sido por Reinaldo, por el contagio de aquella animosa alma siempre en tensión de ideales, por la sugestión de aquel alucinado que iba por el mundo con la lámpara del encendido corazón, buscando su camino, tal vez su voluntad se hubiera cansado ya de aquel majar en hierro frío, que era su perseverancia en los estudios de una ciencia árida que no lo atraía, o no los hubiera emprendido jamás.

Y en realidad, Antonio Menéndez había escogido aquel camino, el de la jurisprudencia, como hubiese escogido otro cualquiera, sólo porque se propuso fijar a su vida un objetivo cuando conoció a aquel muchacho que, en una de aquellas inolvidables tardes en que leían *La Vida de Jesús*, le

había jurado solemnemente entregar su corazón a una obra sobrehumana.

Pero no era Menéndez solamente quien tenía puesta toda su fe en Reinaldo. El dulce Rivero se afianzaba cada vez más en su adhesión a él.

Una mañana, paseando en compañía de Reinaldo por los campos de Gamboa, volvióse inusitadamente locuaz.

Reinaldo lo interrumpió para preguntarle, por centésima vez:

—¿Tú, por qué no pintas?

Rivero enrojeció y miró a Reinaldo con aquella expresión de sus ojazos azorados que hacían pensar en la mirada de los niños cuando van a echarse a llorar. Reinaldo tornó a decir:

—Comprendo tu caso. Has leído mucho y la demasiada erudición te está haciendo daño. La crítica, como todo vicio solitario, atrofia la función activa: juzgando ejercitas la inteligencia, pero de una manera simplemente pasiva, y nada es más pernicioso, para el que está obligado a crear, que esa apariencia de actividad. Los conocimientos: para aplicarlos a la obra personal; por sí misma, la erudición es placer de castrados y vanidad de impotentes.

De pronto se interrumpió. Una escena imprevista se había adueñado de su atención. Cuatro mendigos de los de un asilo que por allí había, de ellos ciegos, de ellos mancos, trabajaban un pedazo de tierra. Reinaldo experimentó una viva emoción. Aquellos raros sembradores adquirían para él un significado trascendental.

—Mira. Están pidiendo su limosna a la tierra. He ahí un gran asunto para un cuadro original y sugestivo. ¡Lo que significan esos lisiados sembrando! Yo veo en ellos un símbolo del arte nacional: no poseemos recursos, nos falta cultura, tradición, estímulos, somos lisiados; necesitamos pedir todo eso a los demás, copiarlo de los libros, trasplantar el arte ajeno, tirando a ciegas la semilla como aquel sembrador que va por el surco con un lazarillo. Pero esta siembra irrisoria no arraiga en las entrañas del alma nacional, no penetra en el subsuelo inviolado, y por eso es precaria, adven-

ticia. Es un símbolo triste, pero no debe desalentarnos. Ya es hora de que pensemos seriamente en explotar esa alma ignorada y hermética de nuestra raza para exprimirle la belleza auténtica: la de su absoluta desolación. Explotemos nuestro yermo espiritual, mostrando, desnuda y verdadera, el alma abolida de nuestra raza; sembremos nuestro dolor, la incurable melancolía de nuestra incapacidad, para cosechar nuestro arte.

Rivero lo oyó, transportado, y en un arranque de entusiasmo que arrojó sobre su semblante una lumbrarada de alegría y de resolución, le dijo:

—Pintaré ese cuadro.

Y en los días siguientes, con una decisión y una tenacidad que a todos sorprendió, puso manos a la obra.

—¿Ves lo que te he dicho? Eso es Reinaldo Solar. Quizá no llegue jamás a realizar una obra completamente suya; pero haber producido ese entusiasmo, haber devuelto la confianza en sí mismo a quien la había perdido, es también hacer obra.

VIII

Un día, al entrar en su casa, Reinaldo sorprendió un cuadro que lo llenó de indignación. En el recibimiento del corredor estaba el padre Moreno, de pie y con los brazos extendidos, en medio de Ana Josefa y de Carmen Rosa, que le prendían en las bocamangas de la sotana las insignias de la dignidad de canónigo, a la cual había sido elevado días antes. Al ver a su madre y a su hermana en aquella ocupación, Reinaldo sintió dentro del pecho la maretada del odio que desde niño profesara al clérigo.

Este le dijo, con la faz llena de satisfacción:

—¿Qué te parece? Me están crucificando.

—Me parece que, en realidad, están ustedes parodiando la escena del Calvario; pero con los términos invertidos.

—Es decir: ¿un ladrón entre dos Cristos?

—Usted lo ha dicho.

Súbitamente la sonrisa desapareció del rostro del ecle-

siástico, al mismo tiempo que, desemblantadas y atónitas, las mujeres interrumpían su piadosa labor. Pero el clérigo pudo reprimir el impulso de cólera que lo asaltara, y replicó con postiza mansedumbre evangélica:

—¡Hombre! Vienes muy amable.

A tiempo que Reinaldo, volviéndole la espalda, se dirigía a sus habitaciones.

Ana Josefa y Carmen Rosa, llenas de consternación, no hallaban qué hacer ni qué decir. El padre Moreno las sacó de sus apuros:

—Muchachadas. Pero, después de todo, él es quien tiene razón, puesto que está en su casa.

Y cogiendo su manteo y su teja, concluyó:

—Por mí no se preocupen ustedes. Yo sé cómo es Reinaldo. Y la cosa no vale la pena; por otras peores estamos acostumbrados a pasar. Vaya, pues. Queden ustedes con Dios.

Y salió, con su paso mesurado y soberbioso, llevándose en el rostro una sonrisa imperceptible, pero inequívoca, que decía: ya me la pagarás, malcriadito.

Ana Josefa y Carmen Rosa permanecieron en el corredor, viéndose las caras. Pronto la maternal blandura de la primera halló una justificación para el hijo mimado:

—Nosotras tenemos la culpa. Si sabemos que a él no le gustan esas cosas, ¿por qué las hacemos?

—¡Jesús, mamá! Tú te ciegas—exclamó Carmen Rosa. Y separándose de la madre se fué al corral, a regar las matas de su jardín, que era su refugio cada vez que experimentaba alguna contrariedad.

Ana Josefa se quedó refunfuñando:

—Ya lo creo. Si a ti no te importa. ¡Con tal que te des tus gustos, que los demás suframos! Yo no entiendo así la religión. Nuestro Señor no nos obliga al sacrificio. ¿Qué necesidad habrá de estar sosteniendo esta batalla perenne? Primero que todo, tranquilidad de espíritu. Demasiado bueno es Reinaldo.

Era el miedo a la tormenta que ya veía desencadenarse y cuyos presagios eran aquellos violentos portazos que Rei-

naldo estaba dando allá en el alto. Arrepentida de haber provocado los furores del hijo mimado, buscaba justificaciones absurdas, y en su inconsciencia echaba a la hija toda la culpa.

Entre tanto, Reinaldo se decía:

—Yo tengo la culpa. Hace tiempo que he debido poner el remedio. Esta casa se ha venido convirtiendo en una especie de sucursal de la sacristía de la parroquia y yo he venido tolerándolo y soportándolo. Basta de contemplaciones; de ahora en adelante va a saber Carmen Rosa que en esta casa mando yo y no el cura.

Era la explosión aparatosa de una voluntad que desconfiaba de sí misma. Arrebatos análogos había tenido muchas veces por causa de aquel voraz misticismo de la hermana, cuyas creencias religiosas había atacado siempre de manera brutal, con argumentos que tundían y lastimaban, pero que, por razón de su misma violencia, jamás hacían vacilar la fe sólida ni la piedad honda de la muchacha.

Entre tanto, las influencias contrarias hacían su labor sabiamente, con suaves insinuaciones, con discretos apremios, y de este modo subrepticio iban envolviendo a Carmen Rosa en una atmósfera que ella no intentaba romper, porque no llegaba a sentir su presión.

En la casa todo estaba en olor de santidad. Vieja casa de una familia cuya piedad fué tradicional; allí, con la vetustez no remozada y la huella de almas de los parientes muertos, compadecíase muy bien esa atmósfera de sacristía que trasciende a incienso, a pezgua y a olor de vinajeras y de óleos. En las habitaciones que antes ocupara Daniel Solar campaban ahora una porción de cachivaches sagrados: doseles raídos, candelabros inútiles, tabernáculos desvencijados que mostraban una vil madera a través de la carroña del sobredorado antiguo, una infinidad de bártulos de sacristía dados de baja en el templo parroquial. En el extremo de uno de los corredores que rodeaban el patio había un oratorio donde se guardaba, desde tiempo inmemorial, uno de los "Pasos de la Semana Santa", y constantemente entraban en aquella casa sacristanes y monagos de la iglesia

próxima, que iban por brasas para el incensario o por albas y sobrepellices que allí eran lavadas en una especie de santificado lavandero y que luego se oreaban en una cuerda que tenía este privilegio exclusivo.

Carmen Rosa hacía este oficio con una pulcritud devota. En el resto del día refugiábase en su dormitorio, austero como una celda monjil, limpio, claro y lleno del silencio de aquella casa donde sólo era mundana la voz de Reinaldo, cuando allá, en el alto, se ponía a cantar arias y romanzas de ópera. Y allí, junto al lecho virginal y cerca de la repisa de los santos, entregábase a recamar interminables vestiduras para las imágenes de la parroquia y casullas y dalmáticas para uso del padre Moreno.

Todo esto enfurecía a Reinaldo. A veces prorrumpía en espantosas amenazas: que iba a romper violentamente con toda consideración, a limpiar su casa de aquella sagrada inmundicia, a pasear su caballo sobre las albas del embostadero.

Carmen Rosa se estremecía al oírle tales atrocidades, no porque temiese que las realizase, sino por lo que tenían de blasfemias, porque bien sabía ella que todo aquello no era sino vanas palabras, turbonadas del momento.

Pero la madre, que por complacer a su hijo hasta de la salvación de su alma hubiera desistido, si en trance de ello la pusieran, amedrentada con aquellas bravatas, temerosa de que la ira le hiciese daño, comenzaba a suplicarle:

—¡Hijo, por Dios! No te molestes así. Se hará lo que tú quieras.

Y luego, a Carmen Rosa:

—Ya lo estás viendo, niña. Y todo porque te encuentra bordando esa casulla. No te dejes ver; ya sabes que no le gusta.

Carmen Rosa, invariablemente, abandonaba la labor sin responder una palabra; pero íbase al corral a saborear, en la soledad del jardín, el acerbo deleite de su voluntad de sufrir.

Era Reinaldo el mayor afecto de su corazón. Desde pequeñita había tenido para él ternuras exquisitas, y viendo

cómo en la familia todos lo preferían y lo mimaban, acostumbróse a renunciar en su obsequio cuantos fueran derechos suyos. Luego, cuando en el alma del hermano empezó a abrirse la rosa mística de la precoz y vehemente religiosidad y le oyó decir a la tía monja que él iba a ser fraile, y a la madre, después, que iba a ser santo, su infantil predilección se trocó en un inefable sentimiento de admiración y respeto que había de dejar en su espíritu una huella imborrable. Era la época de las voraces lecturas de vidas de santos que Reinaldo hacía en alta voz para que ella oyese, intercalando comentarios que la dejaban admirada y suspensa, sembrándole en el corazón la imperecedera semilla de la piedad.

Después Reinaldo abandonó el sendero místico; ella lo vió, con dolor, alejarse y perderse en la herejía y en la negación, y entonces hizo el voto: le ofreció a Dios su alma entera, en compensación de la que había perdido y para que se cumpliese la parábola del hijo pródigo. En la expectativa del milagro esperó y desesperó, pero se mantuvo fiel al voto: oraciones y quehaceres piadosos eran su única ocupación. Y llegó la edad florida de los quince años; pero en el rosal de su corazón sólo floreció la rosa mística.

Un día, como idea cogida al vuelo y sin intención remota, el padre Moreno había dicho:

—No me sorprendería que a Carmen Rosa la diera, el día menos pensado, por meterse a fundadora de una orden religiosa. Seguramente escogería un nombre poético: María de la Luz, por ejemplo.

—Pero ¿de dónde saca usted eso?—replicó ella, ruborizándose—. Sería una extravagancia.

—A los grandes imaginativos no los seduce sino lo que se sale de lo ordinario. Mientras más fantástico, mejor. Imagíñense—continuó el clérigo dirigiéndose a Ana Josefa y a Graciela Aranda, que guardaba silencio, con visible disgusto—: fundadora de una orden nueva. Ya me parece estar viéndolo. Cuando sor María de la Luz...

Y soltó una risotada, para demostrar que aquella ocurrencia no había sido emitida en serio.

Pero ya la idea insidiosa había encontrado asidero propicio en el espíritu de la muchacha. Sin forma definida, como un producto de esos estados de abandono espiritual en los cuales la fantasía enreda los más caprichosos motivos, aquella idea volvió una y otra vez a su mente.

Muy lejos estaba todavía de ser un propósito resuelto; pero allí estaba la ideíta pertinaz, como levadura en masa fácil de fermentar, turbándole el sueño, empujándola a todo rincón de sombra y de silencio... ¡Teresa de Jesús! Nunca se le había ocurrido que ella pudiese servir para aquello, ni tuvo jamás propósitos de abrazar la vida religiosa... Pero... Puesto que el padre lo decía... ¿Quién sabe?... Cuando sor María de la Luz...

Y era tan pertinaz la dulce violencia de esta obsesión, que a vuelta de poco Carmen Rosa no tuvo vida sino para consumirla en la lumbre voraz de su deseo. La madre y la amiga diéronse cuenta de la situación y le declararon una guerra abierta y sin tregua; pero ni lloriqueos de la una, ni persuasiones de la otra, lograron más sino afirmarla en su terco y escondido empeño, de cuya realización sólo la alejaba el extremoso amor al hermano.

Entre tanto, era el jardín del corral, en la dulzura de las tardes, el sueño que suplía la imposible realidad del huerto conventual.

Allí estaba ahora, rumiando el sinsabor de la escena que acababa de suceder entre su hermano y el padre Moreno, cuando la sorprendió la intempestiva llegada de Clarita Reinoso.

Era ésta una mujeruca insignificante, de piel rosaducha y fina como la de un recién nacido, cabellos descoloridos como hoja de planta que no recibe sol, ojos bailoteantes, agudo mentón, dientes cariados y espalda gibosa. Estaba plantada en la linde de la juventud, más hacia el lado de la vejez, y gastaba la vida terrenal en amontonar merecimientos para la de ultratumba, en abono de la cual ya tenía prendas dadas, pues era proveedora del aceite de las lámparas eucarísticas de la parroquia, hija de María, sierva de San José y hermana de leche de un diácono que estaba para

ordenarse. Representaba un papel ambiguo cerca de Carmen Rosa, quien la llamaba su amiga de prueba, queriendo así significar que no le profesaba amistad, pero soportaba la suya como una de esas tantas cosas desagradables con que acostumbra el buen Dios probar a sus criaturas elegidas.

Pero ahora Carmen Rosa no estaba para merecimientos y la recibió de mal humor. Clarita comenzó a farfullar su habitual andanada de palabras:

—Chica. Vengo a buscarte para que "váyamos" a la iglesia y regañes al sacristán. Acabo de descubrir que se roba el aceite de la Majestad.

Carmen Rosa no pudo contenerse:

—Pues no vengas a buscarme nunca para esas cosas.

—¿Y dejamos entonces que se robe el aceite impúdicamente?

—Impunemente, querrás decir. Que se lo robe, que se lo coja, como te lo coges tú para iluminar los santos de tu casa.

—¡Chica! ¿Ya? ¿Cómo dices eso?

Y la beatuca, sorprendida más que ofendida, pues nunca había visto enojada a Carmen Rosa, comenzó a hacer horribles visajes.

—Ya te digo: que no vuelva a ocurrírsete venir a contarme chismes de sacristía. Ya me tienes hasta la coronilla. Hazme el favor de dejarme tranquila.

Clarita detuvo un momento sobre la amiga el absurdo bailoteo de sus ojos y salió ahogándose de ira.

Cuando Carmen Rosa se halló otra vez sola, se sorprendió de lo que había hecho. Sin duda, aquel estallido de cólera se venía preparando en su ánimo desde hacía mucho tiempo, y era la reacción violenta e inopinada de una voluntad que ha sufrido largas presiones sin protestar, aunque cargándose de rebeldía para dejarla escapar toda de un golpe; pero lo extraño, lo inexplicable, era el pensamiento que había atravesado como un relámpago por su cerebro, cuando dijo, fuera de sí y golpeando el suelo, que la dejasen tranquila: el tirano contra quien se rebelara entonces era el padre Moreno.

Súbitamente rompió a llorar. Un llanto entrecortado de singultos angustiosos, gritando, inquietante, como un preludio de ataque epiléptico, que le estremecía todo el cuerpo. Luego fué un abundoso y sereno correr de lágrimas; finalmente, una dulce melancolía, un sabroso desmadejamiento del cuerpo, una ataraxia del espíritu.

Así era la vida en aquella casa cuando una mañana, de improviso, entró un torrente de alegría. Pablo Leganez, un pariente lejano a quien los Solar no conocían y que había llegado a Caracas por aquellos días, fué presentado por Valerio Allende, y desde el primer momento se captó las simpatías de todos. Era un joven moreno, vigoroso y dotado de un carácter franco, expansivo y bullicioso. Se había educado en el Norte, y de allí venía, ingeniero de minas, en busca de trabajo.

Reinaldo encontró en él preciosas virtudes: era un armonioso, verdadero producto de una civilización superior, activo, audaz, inteligente, tan bien conformado de cuerpo como de espíritu.

En suma: un alma de griego en un cuerpo de yanqui moderno.

Por su parte, Carmen Rosa le encontró otras excelencias: Pablo Leganez tenía un corazón sensible y puro, jugoso en ternuras.

Una mañana llegó, clamoroso, con una niñita en los brazos, rubia y linda como una muñeca, a la cual encontrara jugando en la plaza vecina.

—¡Prima! ¡Prima! Mira lo que te traigo. ¡Qué preciosidad! Es necesario, prima, que en esta casa haya pronto una criaturita tan mona como ésta. Conque, ya lo sabes, manos a la obra.

El intruso alegró la vida de Carmen Rosa. Una alegría fugaz, pero dulcísima. Metiósele alma adentro, como lumbrarada de sol en rincón oscuro y frío, desentumeciendo alborozos y ansias juveniles que se precipitaron ávidamente en aquel rayo cálido, que fué veloz y certero hasta lo hondo del corazón aterido por los grandes hielos del divino amor.

Asimismo, el sol verdadero atezó el blancucho color de

su faz en los paseos que Pablo Leganez inventó para ella en los claros días de abril. Ora en las mañanas por los campos cercanos, ora en las tardes por las barriadas capitalinas o entre días por los poblachos próximos, aquellas jubilosas excursiones donde su hermano hacía de "cicerone" y que para ella eran tan inusitadas como para Pablo Leganez, fueron un brusco paréntesis de su vida casera, semimonástica, una vacación espiritual deliciosa. Corrientes y frescas aguas, cálidos aires y tibias sombras, el caliente color del paisaje y la lumbrarada azul de los cielos, el olor agreste y los campesinos rumores, todo aquello era para ella nuevo y sabroso.

Adobábalo Pablo Leganez con su charla amable y zumbona y saboreábalo ella con fruición golosa, un tanto turbada por el violento cambio de vida, por la repentina sumersión en el mundo, precisamente cuando acariciaba la idea de renunciar a él para siempre. A veces, su hermano y Pablo se engolfaban en serias conversaciones sobre motivos de orden práctico o trascendental, y a ella entonces le tocaba callar. Ella en medio de los dos, silenciosa y sin pensamientos suyos, sólo cruzando por su mente las ideas que ellos expresaban, experimentaba bienestar inefable, hondo y calmoso.

Pero los más dulces y turbadores momentos eran aquellos de la retornada. En el vagón del tren o en el tranvía donde regresaban de la matinal excursión, fatigados ellos del mucho hablar, cansada ella de la larga caminata, quedábanse a menudo en silencio, y entonces Pablo Leganez la miraba largamente, con una sonrisa afable, con una mirada tan honda y luminosa, y preguntábale: "¿Estás cansada?", con un tono de protección, tan insinuante, de ternura varonil, ¡tan subyugador!, que ella se sentía conmovida hasta lo más profundo de su ser y experimentaba un mimoso deseo de perpetuar aquellas puras caricias con que así, tan deliciosamente, un alma fuerte y alegre iba sorbiéndose la suya, tan necesitada del rescoldo de amor.

A veces, Pablo le preguntaba, en un arranque de su humor expansivo:

—Prima, ¿no tienes novio?

Turbábase ella y respondía:

—¿Quién va a enamorarse de mí?

—¡Dianche! ¿Que quién va a enamorarse de ti? Pues cualquiera que tenga ojos y corazón. Hay que buscar uno. A ti te está haciendo falta un novio.

Y soltaba una risotada clamorosa al verla sonrojarse.

Un día, recorriendo el jardín del corral, le preguntó:

—¿No tienes orquídeas? Pues voy a buscártelas. Son preciosas. Llenaremos el corral. Verás qué bosque fantástico voy a formarte.

Y como lo prometió lo cumplió. Compró muchas y encargó a los vendedores que le llevasen cuantas tuvieran. Pocos días después el corral de Carmen Rosa estaba poblado de cepas de orquídeas que florecían profusamente, adheridas a los troncos de los árboles o dentro de rústicas cestas de bejucos, que el mismo Pablo construyó en sabrosa y fraternal colaboración con la muchacha.

—¡Ah prima! Ya tenemos de qué vivir—decíale, elogiando la obra—. Ponemos una fábrica de cestos para matas y te aseguro que no nos moriremos de hambre.

Esta chancera previsión de un porvenir común, de una vida compartida entre los dos, encendía fugaces sonrojos en las mejillas de Carmen Rosa y le llenaba el corazón de una dulce zozobra.

Pero Pablo Leganez debía desaparecer como había aparecido, de pronto, intempestivamente. Un día llegó diciendo:

—Parientes, vengo a despedirme de ustedes. Salgo para Yuruary, como ingeniero de una compañía que se ha formado para la explotación de unas minas de riqueza fabulosa.

Era el primer dinero que le iba a producir su profesión, y esto le llenaba de una desbordante alegría infantil. Habló de su porvenir con optimismo:

—Ganaré mucho dinero. Mucho, prima. Ya verás, ya verás.

Y salió tan clamorosamente como había llegado la primera vez, gritando ya en la puerta:

—¡Hacia el porvenir! ¡Hacia la vida!

Carmen Rosa y la madre volvieron, maquinalmente, a

sentarse en el recibimiento del corredor. Las últimas palabras del ingeniero habían dejado en sus oídos esa intranquilizadora sensación que produce el súbito silencio.

Meses después, Reinaldo recibía una carta de Pablo, en la cual le comunicaba el fracaso de su expedición y su internación en el Brasil. Al final de la carta le dedicaba un largo párrafo a Carmen Rosa, recomendándole el cuidado de las orquídeas y repitiéndole lo que tanto le había dicho a propósito del novio que debía procurarse.

En concluyendo de leer la carta, que fué la triste sobremesa de aquel día, Reinaldo subió a su escritorio. Ana Josefa y Carmen Rosa permanecieron un rato sin hablar. Carmen Rosa, con los ojos bajos, plegando y desplegando alforzas en el mantel, como un símbolo de aquel juego del Destino con sus esperanzas; la madre, con el mentón en el hueco de la mano, pestañeando repetidas veces.

Luego la hija se levantó de la mesa y se fué a su rincón del jardín. La madre la siguió con la mirada y murmuró, moviendo la cabeza:

—No estaba de Dios...

Entre tanto, allá en el jardín lleno de sol y de silencio meridianos, la voz interior tornaba a decir:

Cuando Sor María de la Luz...

IX

Es necesario emigrar.

Era la consigna que pasaba de boca en boca y que había venido pasando de generación en generación, como en la inminencia de un peligro general. Lo decía el bracero sin oficio, el industrial y el comerciante que se afanaban en un trabajo ímprobo, el capitalista que veía en peligro su hacienda, el intelectual que atesoraba los más puros valores espirituales y vivía temeroso de encontrar un día violentada y prostituída su riqueza.

—Es necesario escapar.

Era el estribillo de todo un pueblo que quería disgregar-

se, algo así como el ruido desacorde que advierte en el funcionamiento de una maquinaria la inminencia de la rotura o de la desintegración.

En el círculo de Reinaldo y sus amigos, aquella frase era el corolario inevitable de todas las reflexiones. Venía a la boca, espontáneamente, a cada esperanza frustrada, a cada ensueño desvanecido. Confinados, por voluntario retraimiento, a las paredes del cuarto donde escribían para echar luego sus producciones, que eran pedazos de sus almas, al rincón de la gaveta; devorando la propia energía, que se consumía en quimeras, como una rama tierna, para dar una pobre llama; abominando de la tierra nativa donde no había savia para una buena y pura flor espiritual, aquellos jóvenes vivían proclamando la necesidad de la fuga, el deber de la expatriación.

Acabáronse así las risueñas tertulias de antes, desmembróse el grupo, rezagáronse y dispersáronse los que no tenían voluntad entera y contante para sostener aquella lucha sorda y sin compensación, contra un medio que oprimía con la indiferencia y desalentaba con el escepticismo, y los fuertes, los de energía probada, diéronse por exclusivo ideal artístico exprimir la íntima amargura, hasta la gota más acerba que pudiera dar la herida fibra del alma nacional.

Así, Manuel Alcor hubo de experimentar los mismos sentimientos que ya había experimentado en su pueblo, cuando por las tardes, a orillas del río, hablaba con el poeta de *La Esperada,* sobre cómo escaparían de aquella ciudad que iba dejando sola la desbandada de sus hijos, y a través de sus producciones literarias, saturadas de un pesimismo rudo y fuerte, sentíase la angustia del nuevo desarraigamiento. Su nombre, echado a los vientos de la fama por aquella hiperbólica alabanza que hiciera de su libro el periódico oficial, había vuelto a la primitiva oscuridad a causa de una implacable guerra de vacío y de silencio que le había jurado el desairado Mecenas, cuyo nombre no figuró en la portada de *Mientras la nube pasa* y a cuyos alevosos reclamos de colaboración nunca había querido acceder el huraño cuentista. Y como aquel hombre, monopolizando el periodismo,

se había erigido en árbitro único del pensamiento de la nación, Manuel Alcor quedó irremediablemente postergado.

Pero era Reinaldo Solar quien con más vehemencia proclamaba la necesidad de la fuga:

—¡Es el único camino que nos queda! Es necesario que nos convenzamos de que en este país no hay sitio para nosotros.

—Sí, Reinaldo, sí—observaba Manuel Alcor, mientras repiqueteaba con los dedos de una mano sobre los nudillos de la otra, su ademán habitual de impaciencia—. Pero eso no es tan fácil hacerlo como decirlo.

—No es asunto de facilidad, sino de decisión.

—Pues decídete tú. Tienes dinero para poderlo hacer; pero los que estamos atados por la absoluta falta de recursos, tenemos que resignarnos a vivir de nuestros hígados.

—¡Mejor sería vivir de los propios nervios, del esfuerzo de voluntad!

—Eso no. No me vengas a dar en cara con tus *esfuerzos* de voluntad. Yo sé lo que es eso, por práctica, y te podría dar lecciones; tú no conoces sino la teoría.

—Pues si lo sabes, ¡contigo hablo! ¡Tú no tienes más que hacer sino meter tus papeles en el baúl! ¡Y a España!

—¡Eso es! España entera está esperando que yo llegue con mis papeles para pagármelo a peso de oro.

—Quien tiene inteligencia, y sobre todo quien tiene voluntad, lucha hasta imponerse.

—¡Qué sabes tú lo que se necesita para luchar! Para ti la lucha no es más que una idea que te seduce; necesitas aprender, que es una cosa muy dura. Para ti todo ha sido facilidades.

—¿Porque tengo un pedazo de pan?

—Porque lo posees todo: nombre, dinero, ¡hasta talento!

—Ojalá me faltara todo eso para demostrarte que lo único que hace falta en la vida es voluntad.

Menéndez, que asistía a esta escena sin intervenir, oyéndolos con pesar, dijo por fin:

—Sé sensato, Reinaldo. Haz lo que te parezca que debes hacer; pero no prediques tu ley. No prediques tanto.

—Eso exigen los que quieren que los dejen tranquilos.

—Todo el mundo tiene derecho a exigir que lo dejen tranquilo, sobre todo cuando se oyen decir cosas que desagradan y molestan—replicó Menéndez, comprendiendo que el ataque se volteaba contra él—. A ti te parece que el deber de nosotros es la expatriación, y yo opino lo contrario. Creo que nuestro deber está en quedarnos aquí, para sufrir con todo el corazón la parte que nos corresponde en el dolor de la patria, para desaparecer con ella, si ella perece; para tener la satisfacción de decir más tarde, si ella se salva y prospera: yo tengo derecho a este bienestar porque lo compré con mi dolor.

—¿Crees cumplir tu deber tolerando, encerrado en una olímpica indiferencia, que la patria esté en manos de los peores?

—Ese es un error de perspectiva circunstancial. La patria no está en manos de los malos, sino en el corazón de los buenos.

—¡Bonita frase! Pero temo que no pase de ser una bonita frase.

—Se te permite todo. Hasta que te defiendas con salidas falsas y argumentos de mala ley.

—No. Puntualicemos. Tu teoría...

—Yo no hago teorías, Reinaldo. Y, sobre todo, no trato de imponérselas a nadie.

—Sí las haces. Permíteme que te lo diga. Y lo que es peor: las vives. Tu optimismo o tu persimismo (porque ésta es la hora en que todavía no he logrado ponerlo en claro), te hacen profesar un principio que me parece el más pernicioso para nosotros: el del "laisser faire".

—Sí, es cierto. Dejar hacer; pero hacer. ¿Comprendes? Hacer.

—¡Eso!—interrumpió Alcor, que devoraba a grandes trancos los espacios de su habitación, mientras Menéndez hablaba—. ¡Hacer! No prometer.

Menéndez, concluyendo su pensamiento:

—Yo quiero que cada uno haga lo que debe, que es lo que puede. Tú, por ejemplo, puedes hacer muchas cosas.

Para que tu nombre alcance una buena reputación literaria no tienes más que echarlo a la calle, al pie de una cualquiera de tus obras, porque el apellido Solar ha sonado ya en el país con brillo y fama.

—Por eso, precisamente, me he abstenido de hacerlo. Ese triunfo fácil en el cual, para muy poco, entrarían mis méritos verdaderos, ese éxito sin lucha, es lo que no quiero obtener. Lejos de valerme de las facilidades que me dan mi nombre y mi posición, envidio la oscuridad, la pobreza y la humildad de quien necesita trabajar para ganarse el sustento y luchar mucho y duramente para imponer su nombre desconocido. Envidio a este Manuel Alcor, de quien todavía la gente se pregunta: ¿quién es? Envidio a ese Rivero que se ha superado a sí mismo, sacando de su natural abulia una voluntad perseverante, que se mantiene y crece de una manera heroica en la absoluta ausencia de estímulos. ¡Ellos sí, cuando triunfen, podrán jactarse de que todo se lo deben a sí mismos! Por eso me desterraré voluntariamente; voy a buscar en un medio extraño la indiferencia que aquí no encontraría.

Y Reinaldo, que hasta aquel momento no se había hecho tales reflexiones, salió de allí plenamente convencido de que aquéllos habían sido los verdaderos motivos de su anonimia literaria.

Cuando llegó a su casa encontró al tío Agustín que lo estaba esperando. Temió una entrevista sobre administración de bienes, y le preguntó, sin disimular su disgusto:

—¿De qué se trata?

—Pues se tratará de Lenzi, tu seudoagrónomo, que ha resultado un insigne charlatán.

—De acuerdo.

Pero Agustín Allende no había agotado sus epítetos:

—Un caballero de industria.

—Perfectamente. Ya estoy al cabo de la calle.

—Pues ya que lo estás, te vengo a decir que se va haciendo cada día más intolerable, insoportable, la estada de ese sujeto en "Los Mijaos".

—Despídelo. Haz lo que te parezca.

Agustín se sintió halagado por este reconocimiento de su autoridad de administrador, menoscabada por las intromisiones de Reinaldo en el manejo de la hacienda. Pero no perdonó:

—¡Ah! ¿Desistes por fin de esa peregrina idea del trigo?

—Desisto de todo; renuncio a todo. No quiero ni oír decir que poseo un palmo de tierra. ¡Que se lo lleve el diablo todo!

Y subió a su escritorio, cortando la entrevista con Agustín, quien pocas veces habría sido tan inoportuno.

Una vez solo, como el adolescente que se encierra a llorar el primer desengaño amoroso, se abandonó a los extremos del resentimiento que le causaran las palabras de los amigos. Acababa de sufrir la mayor decepción de su vida, sentía como si un mundo se hubiera desmoronado sobre su alma, como si hubiese perdido la razón de existir, y repetía una y otra vez las palabras de Alcor y de Menéndez: "¡Qué sabes tú lo que se necesita para luchar! Si para ti todo ha sido facilidades."

—¿De modo, pues, que soy yo un mimado de la suerte, que no tiene de qué quejarse sino de su propia holgazanería? Un hombre que ha encontrado todo hecho ya y esperándolo. ¡Un dilapidador de dones! Afortunadamente lo he descubierto a buena hora.

En tanto que así hablaba a solas, buscaba nerviosamente entre la barahunda de sus papeles una libreta de notas que le interesaba sobre manera en aquellos momentos. Por fin la encontró. Contenía los documentos recogidos hacía meses para una tragedia que pensaba escribir. Ahora el propósito olvidado ya volvía a su mente, fortalecido por aquella resolución de marcharse a España. sin más armas que sus papeles, a emprender en un medio indiferente la brava pelea que en el suyo holgaba.

Y en seguida púsose a planear las escenas de la tragedia. Era un asunto que le sedujera desde los comienzos de su afición literaria: la tragedia de la raza, donde celebraría el heroísmo del aborigen americano y el triunfo de la civilización bajo el estandarte de los conquistadores castellanos, y

que sería a la vez, en bizarro despique, el punto inicial de una nueva e incruenta conquista: la conquista del Viejo Mundo, emprendida por el arte americano y para el arte americano.

A él tocaba acometerla con aquella obra suya. Luego iríase en pos la legión, a poso triunfal, por camino trillado.

—Y no me digan que es una de mis utopías. Tengo un plan bien madurado. En España, se lo aseguro, nos espera el éxito.

Concluída la tragedia, Reinaldo se la leyó una noche. Estaba escrita en endecasílabo heroico y constaba de cuatro jornadas, resplandecientes de oro nativo, rumorosa de armas, llena de bravos gestos e hidalgas jactancias, lujuriante como el paisaje de la tierra virgen donde se desarrollaba, audaz como su propio empeño de conquistar con ella la patria de los conquistadores.

Luego Reinaldo expuso su plan. Puesto que era el único que podía disponer de dinero para acometer la empresa, se iría primero a España, a explorar el campo y a poner en escena su tragedia. Después, cuándo él diera seguridades, iríanse los demás. El éxito que alcanzara él era, desde luego, para todos.

Al día siguiente participó a su madre y a su hermana que partiría en el próximo vapor español. Ana Josefa no se hubiera asustado tanto si le hubiese dicho que iba a acabarse el mundo: lloró, suplicó en vano. Carmen Rosa insinuó tímidas objeciones; pero Reinaldo se mostró inexorable, y ella entonces murmuró:

—Hágase la voluntad de Dios.

La noticia de aquella separación era para ella como una catástrofe que hubiera estado esperando mucho tiempo y que por fin veía llegar. No era sólo la ausencia del mayor afecto de la vida: era también su suerte que se decidía de pronto. Ido el hermano, quedaba ella a la merced de aquella suave insinuación del padre Moreno, que a la postre la llevaría al término querido y rechazado al mismo tiempo. Eran, sin duda, designios de Dios, que se cumplen por encima de la voluntad de los hombres.

Entre tanto, Reinaldo, esperando el día de la partida definitiva, pues no pensaba volver a la patria, experimentaba emociones desconocidas. Echaba las últimas miradas al paisaje, la única cosa bella y amable de la patria.

Un sentimiento de ternura le embargaba el espíritu; hubiera llorado de buena gana si el llanto no fuese una puerilidad, una peligrosa blandura de ánimo que podía quebrantar su firme decisión de escapar. Recogiendo sus papeles, lo invadía todo el mismo enternecimiento. Cuentos, novelas, dramas, versos sueltos, todo aquello, inconcluso casi, era el fruto de una labor amable y tenaz. En aquel cuarto de escribir, en aquel rincón del mundo que no tenía una ventana abierta sobre el panorama de la ciudad, había pasado él una hermosa parte de la vida, alimentando un sueño de juventud. Era la "torre de marfil", el antes abominado retiro de abstracciones y quimeras, que ahora se le representaba como un dulce refugio. En el recinto de sus paredes habíase conservado puro, mientras otros iban, placenteramente, poniendo sus inteligencias y sus plumas al servicio de torpes ambiciones en un tráfago de lucha por el pan o la gloria. ¡Amable rincón, desde donde había contemplado con dolor de alma las angustias de la patria, ahora lo dejaba para siempre, para salvar aquella promesa de juventud que estaba en él ocasionada a perderse sin fruto! Y se decía mentalmente: "¡Y va uno!..." Después, como él los otros iguales a él emprenderían, a su turno, el éxodo doloroso. ¡Cuántos habría, asimismo, esparcidos e ignorados por todo el país! ¡Todos se irían, uno a uno, o perecerían en silencio y olvido, sin que nadie supiera nunca quiénes fueron, qué padecieron y qué amaron! Feliz quien podía escapar a tiempo. Ya era hora. No más sueños inútiles. Hasta allí aquel enfermizo divagar entre quimeras, gastando la energía en esfuerzos baldíos; de allí en adelante: la lucha. ¡La hermosa lucha por la vida, a brazo partido, y luego por la gloria, tan legítima y urgente como el pan!

Ella, además, le devolvería la razón de existir. Libre, por fin, de la tutela de su casa, donde hallaba todo sin haberlo ganado, probaría el temple de su voluntad. Renunciaba a

todo lo que poseía en la Patria: al prestigio del nombre y a la facilidad de la fortuna. Iba a luchar entre extraños, donde sería uno de tantos, un aventurero sin nombre y sin fortuna, sin otro apoyo que su voluntad, sin más ventaja que su inteligencia y su deseo de combatir. ¡Quería debérselo todo a sí mismo!

Y para comenzar cuanto antes aquella seductora vida de asperezas y heroísmos, resolvió hacer el viaje como emigrante, en la cubierta, con una manta para las intemperies y un poco de dinero en el bolsillo, el indispensable para no morirse de hambre nada más. ¡Menos tenían los conquistadores y de ellos fué la mitad del mundo!

Pero llegado el momento, en la taquilla de la agencia de vapores, se olvidó de aquel pequeño heroísmo y pidió pasaje de primera.

La víspera de la partida, comían en casa de Reinaldo los tíos Allende, el primo Lorenzo, Graciela Aranda y el padre Moreno, quien había vuelto a visitar a la familia, a pesar de lo que había sucedido entre él y Reinaldo cuando la escena de las bocamangas canonjiles.

Lorenzo Allende, abogado novel en camino de lumbrera y de calvo, estaba recién llegado de Europa y como tal exponía las excelencias de una larga sumersión en aquellos medios cultos. Su voz suave y parsimoniosa de hombre satisfecho de sí mismo tenía acentos doctorales al decir:

—El bárbaro, porque nosotros somos bárbaros, y perdónenme los presentes, se pule y refina en aquel ambiente de civilización. Las asperezas del carácter, las violencias tropicales, se liman allí con el roce.

Agustín Allende campó por el lugar común:

—Sí. Los viajes ilustran.

—Mucho—apoyó con sorna el padre Moreno, frotándose los labios con la servilleta suavemente.

Y Ana Josefa, que no probaba bocado:

—Pues yo prefiero que Reinaldo se quede sin ilustración.

—No se aflija inútilmente—díjole el cura—. Reinaldo no va a dar sino un paseíto. Ya me parece verle regresar, vestido a la moda de París, con monóculo y flor en el ojal.

Reinaldo no pudo contenerse:

—No me sorprende que usted lo piense. Pero le tengo reservada una sorpresa.

Graciela ocudió:

—A ver, ¿cuál es la sorpresa, Reinaldo?

—No se impaciente—díjole Lorenzo Allende—. Las que se anuncian dejan de serlo.

En este punto, Reinaldo intervino para cortar la conversación con el clérigo, cuya presencia allí era una demostración evidente de su debilidad de carácter.

—Dejaría de ser mujer si no fuera curiosa.

—Gracias. ¿Han reparado ustedes que la galantería de Reinaldo tiene más espinas que flores?

—Será porque las flores se guardan—empezó a decir Carmen Rosa.

Pero Lorenzo Allende le quitó la palabra:

—Eso es. Porque las flores se guardan para cuando se está a solas.

Una pregunta del cura a Lorenzo interrumpió el tema frívolo, y entonces, serios y silenciosos, Reinaldo y Graciela cruzaron una mirada que los turbó mutuamente. Pero no tuvieron tiempo de pensar en lo que acababa de pasar por la mente de ambos, porque en el corredor resonó un grito:

—¡Mi café!

Era Pepito Aranda, el padre de Graciela, que desde tiempro inmemorial acostumbraba tomar el café en casa de sus vecinos. Al llegar al comedor se sorprendió de encontrar a su hija.

—¡Muchacha! ¿Tú estabas aquí?

—¿Quiere decir que no notaste mi falta en la mesa de casa?

—Es que tengo la cabeza tan mala. ¡Acaso es poco lo que cavilo!

Era un viejecito menudo, inquietísimo. Hablaba a grito vivo, moviendo los brazos y gesticulando con toda la cara roja y albeada de pelos muy blancos. Los anteojos le cabalgaban en la mitad de la nariz.

—¡Reinaldo! ¡Conque te vas a Europa!

—Sí, Pepito, me voy. Para lo que gustes mandar.

—Gracias. Haces bien. Haces muy bien. En este país no se puede vivir. No se gana ya un centavo.

—Reinaldo no necesita de eso, papá—acudió Graciela.

—Sí, sí. Pero debe irse. Aquí no se pasan sino malos ratos. Europa es otra cosa. Aquello sí es vida. Yo no la conozco, pero me la imagino. ¡París! ¡Berlín! ¡Londres! Dígame. Ese Londres! ¡Y Roma! ¡Ah Roma! Me moriré sin verla.

—Se enfría el café, Pepito.

Deleitóse, bebiéndolo a sorbos menudos y bien paladeados, y luego se fué al corredor, con los hombres, a echar el cigarro.

Ana Josefa pasó al cuarto de Reinaldo a terminar de disponer el equipaje. Carmen Rosa y Graciela permanecieron en el comedor.

Guardaban silencio, sin verse las caras, en ese estado de recíproca certidumbre de unos mismos pensamientos que hace inútiles las palabras. Al cabo, dijo Graciela:

—Conque se va Reinaldo.

—Se nos va.

Y las lágrimas acudieron a los ojos de Carmen Rosa. Graciela hacía esfuerzos por contener las suyas para que no la traicionasen. Pero el colmo doloroso de su corazón volcóse en una frase impensada:

—Indudablemente, no somos afortunadas.

A su vez, Reinaldo pensaba:

—Sólo me faltaba este sacrificio. Ya lo tengo hecho: también he sacrificado el amor.

Y se sintió orgulloso de renunciar a los halagos de un sentimiento que nunca se había atrevido a confesarse. Horas más tarde, a solas con Carmen Rosa, que daba los últimos toques al arreglo de aquel equipaje donde con cada pieza o utensilio parecía que iba poniendo pedazos de su alma afligida, sintió él un súbito descorazonamiento y estuvo a punto de renunciar al viaje. Procurando reponerse, se dijo:

—Las raíces, que se desprenden.

Y le preguntó a la hermana, cuando ésta cerraba ya la maleta de mano:

—¿No has olvidado nada que vaya a hacerme falta?

—Todo va.

Cerró la maleta y, tomándole las manos, le dijo tiernamente, dolorosamente:

—¿Por qué te vas, Reinaldo? ¿Por qué nos dejas?

—Chica, se trata de mi porvenir. Aquí lo estoy perdiendo lastimosamente.

—Pero ¿no volverás?

—¡Quién puede decirlo! Ahora no pienso sino en la ida. Después, ¿quién sabe?, pensaré en el regreso.

La muchacha bajó los ojos. El labio superior le temblaba como el ala de un pájaro herido.

—¡Vamos! No quiero escenas ahora. Sé fuerte. Ya esto es un hecho. Después de todo, lo que sucede es siempre lo mejor. Yo era un estorbo para ustedes y ustedes lo eran para mí.

Pero arrepentido por la dureza de sus palabras, agregó:

—Es necesario que nos separemos, chica. Ahora no podría explicarte por qué lo digo. Te lo escribiré y entonces tú comprenderás mejor.

—Escríbele siempre a mamá y a los tíos. Tú sabes que todos te queremos. Esta casa va a quedar muy triste.

Estas palabras sugirieron a Reinaldo la emoción de la casa abandonada. Imaginóse ausente ya, separado de su hogar por millares de leguas, y presintió las nostalgias.

Cada uno de los detalles de aquella casa iban a ser entonces evocadores de un mundo de recuerdos: la fachada antigua, lisa y austera; el ancho alero festoneado de hierbas que el viento sembraba entre las tejas, las seis ventanas siempre cerradas, el espacioso portón... y el interior silencioso, las viviendas vastas, los muebles viejos que tenían historias, los cipreses centenarios del patio de entrada, las araucarias del corral, ¡aquel corral que era un huerto, donde por mayo florecían las orquídeas de Pablo Leganez! Preimaginaba la vida que de allí en adelante iba a discurrir en aquel caserón: la madre, gimiente, enjugándose una lágrima perenne, por

él, por la ausencia de él; la hermana, apegada a sus santos y a sus recuerdos fraternales, como las cepas de flor de mayo a los naranjos del corral. ¡Qué inútil derramarse el del sol sobre aquellos patios! ¡Tan sólo para secar las albas y sobrepellices del padre Moreno! ¡Ya no habría en aquella casa ojos para la belleza de los rincones sugestivos, ni para la gloria del color en el jardín, ni para el oro de los atardeceres sobre los cipreses y las araucarias!

Pero aquellos pensamientos le hacían daño, y los rechazó enérgicamente.

Carmen Rosa comenzó a hacerle la cama. Lloraba mientras extendía las sábanas o mullía las almohadas. Luego, despidiéndose, presentó su frente al beso fraterno.

—¿El último, Reinaldo?

Profundamente emocionado, con lágrimas en los ojos, él la oprimió sobre su corazón largo espacio.

Media hora después, lleno el espíritu de los más contrarios sentimientos, se metió en la cama. Dejó la luz encendida mientras fumaba el cigarro, y, como de costumbre, púsose a pensar en lo que haría al día siguiente. Al cabo de un rato oyó el paso sigiloso de la madre, y, para evitar una escena dolorosa e inútil, fingió dormir.

Ana Josefa se acercó.

—Ya está dormido.

Un momento se quedó viéndolo. Apagó la luz y salió del cuarto en puntillas.

* * *

Partía. En el muelle estaban Menéndez y Alcor, que habían ido a despedirlo hasta el puerto. La sirena del vapor anunciaba que ya había tomado el cargamento. Chirriaban las gruesas cadenas arrollándose lentamente en las cabrias, como largas serpientes fatigadas; por la cubierta corrían los marineros atareados en las maniobras; el piloto daba órdenes apresuradas, como en la inminencia de un peligro; se soltaban las amarras, el ancla subía destilando agua, festoneada de algas; lento y majestuoso, el navío se separaba del muelle y comenzaba a virar entre un hervor de espumas;

a ratos borbotaba la hélice. Puesta la proa al horizonte, el barco comenzó a andar. Caía la tarde. Detrás del cabo había un resplandor de oro; largos rayos de oro resbalaban sobre el mar; una chispa de oro brillaba como un yelmo sobre el Picacho.

Con el corazón oprimido, el viajero paseaba la vista por aquella tierra querida, en un extremo de la cual quedábanse sus amigos, sin duda con lágrimas en los ojos. Y él pensaba: "¡Qué bella eres, patria, y cómo nos haces sufrir!" Todos alimentamos el mismo pensamiento: abandonarte. Te quedarás sola, al fin, como una madre a quien sus extravíos y desventuras quítanle los hijos. Llegará un día en que por tus playas desiertas correrá desolado el grito del mar, preguntándote: ¿Qué hiciste de los hijos que te amaban? ¿Por qué los dejaste partir? Y el oro de tus entrañas clamará contra ti: ¿Dónde están tus hijos? ¿Dónde está Reinaldo? ¡Reinaldo! ¡Reinaldo!

Era Carmen Rosa que lo llamaba. Se incorporó en la cama. Algo pesaba sobre su corazón y tenía los ojos llenos de lágrimas: ¡había llorado en sueños!

Pocos momentos después arrancaba el tren, llevándoselo. En el andén se quedaron los tíos Allende, tristones, mustios. Menéndez y Alcor, emocionados y silenciosos, lo miraban alejarse. Cuando ya no los vió más, volvió a su asiento, murmurando:

—Y va uno.

Menéndez y Alcor abandonaron la estación. El primero, repuesto de su emoción, comenzó a decir:

—Esa teoría de la fuga no es nuestra ni de ahora. Es una aspiración nacional y tan vieja como la nación. Los venezolanos nunca nos hemos encontrado a gusto en la patria, y ya la literatura nacional ha explotado bastante este tema. En realidad, la vida que aquí se nos ofrece es poco halagüeña; pero la patria no va ganando nada con esta teoría de la fuga tan manoseada. Acaso en todas partes haya descontentos, sin duda los hay, pero en ninguna parte habrá más desertores. No es el caso del que busca un medio más propicio para sus actividades; no me refiero a eso, sino al aspecto de

patriotismo que reviste la fuga entre nosotros. Nuestro patriotismo es negativo. Sólo se manifiesta en renuncia o en despedida. En nuestra literatura, los que se encierran en sí mismo y los que se van son siempre los que más aman a la patria.

Hizo una pausa y luego continuó:

—¿Y por qué se van? ¿Por qué prefieren la lucha y la oscuridad en el país extranjero y no las podemos resistir en el propio? Sencillamente, porque aquello es lo fantástico y esto lo real. Al cabo de cuatrocientos años hacemos lo que hacían los conquistadores, que desdeñaban poblar y colonizar, preocupados solamente de la eterna expedición al Dorado. El Dorado fué la ficción inventada por el indio para internar y perder al español, y la gota de sangre del indio que tenemos en las venas es lo que nos hace pensar hoy en la fuga a Europa, que es otro Dorado.

Nuevo silencio y finalmente:

—Es amor a la aventura, al gran esfuerzo de un momento, por incapacidad para el pequeño de todos los días. Reinaldo Solar caracteriza perfectamente este caso nacional.

SEGUNDA JORNADA

I

Hacía un par de días que Antonio Menéndez trabajaba en su tesis de doctorado. Calmoso y tenaz, laboraba aquel pedazo del yermo de la jurisprudencia, enderezado el rejón de su estilo por la línea severa del concepto justo y conciso, desdeñando galanuras de lenguaje que a ratos tentáronlo, como a un anacoreta, pensamientos de liviandad, complaciéndose en aquella aridez que su pluma roturaba y volcaba en párrafos pesados, que eran como un coronamiento cónsono con la labor entera de sus años de estudio.

Concluyó, por fin, y sin releer el trabajo, guardó las cuartillas y púsose a valorar en seguida una factura de libros que acababa de recibir, sin transición de ánimo, sin detenerse un momento para echar una ojeada por el áspero camino recorrido.

Faltábanle solamente el examen final y la colación de grado; pero bien pudieran faltarle todavía más años de estudio: llegaba al término de la jornada universitaria sin emociones, como sin emociones la había emprendido y sin impaciencias había perseverado en ella.

Al cabo de un rato, concluído el trabajo de cálculo de precios y descuentos, apagó la luz que sobre el escritorio enrojecía la diurna oscuridad de la trastienda, y reclinándose sobre las manos entrelazadas, abandonóse a un reposo mental.

Por sobre los armarios de la librería penetraba un poco de claridad de afuera, y como si flotase sobre la penumbra del recinto de la trastienda, quedábase en la blancura del techo raso y ponía una franja lechosa en lo alto de las paredes.

A ratos, por aquella claridad se deslizaban las sombras desvanecentes de los transeúntes que paseaban frente a las puertas de la librería. Menéndez se entretuvo en contemplarlas, pensando que detrás de aquellos armarios atestados de libros que le impedían ver la realidad de afuera, estaba él como el prisionero de la caverna del Filósofo, ante un mundo de apariencias fugaces que, no obstante, le bastaban plenamente para sus exigencias mentales.

El silencioso deslizamiento de aquella teoría de sombras por el techo raso había sido para él, desde muy niño, un espectáculo curioso primero y luego un entretenimiento agradable.

Las más extravagantes fantasías infantiles ocurriéronsele ante aquel paradójico trajín que animaba la quietud de la trastienda; los más sabrosos sueños de adolescente tuvieron allí su teatro apacible; las más fecundas de sus reflexiones de hombre produjéronse en las horas muertas que consagraba a aquel pasatiempo habitual. Toda su vida interior, la modalidad de su inteligencia y de su carácter, tenían por base aquella costumbre, en apariencia insignificante y pueril. Así aprendió a recogerse en sí mismo y a bastarse a sí mismo, encontrando en el ejercicio del pensamiento la razón de ser y la suprema finalidad de la vida, y pensando, solamente por pensar, se contentó con poseer las ideas, sin experimentar nunca la necesidad de exteriorizarlas en un libro ni la tentación de ponerlas al servicio de un fin práctico.

De aquí que se negara obstinadamente a escribir, como se lo aconsejaran sus amigos, y de aquí también que hubiera estudiado seis años de Derecho sin propósito de ejercer la profesión.

No ejercería, porque para vivir le bastaba con lo que le producía la librería, y no escribiría jamás, porque para ejercitar sus facultades pensantes allí estaba la trastienda penumbrosa, con un techo raso poblado de sombras fugaces.

Aquella tarde, después de concluída su tesis doctoral, la sabrosa costumbre ofrecíale un encanto especial. El cerebro cansado pedíale sosegada divagación; la tarde nubosa, esfumando e inmaterializando aún más las sombras, era propicia

a los pensamientos que, libres ya de los duros moldes de los conceptos jurídicos, querían diluirse, eternizarse, deslizarse sobre motivos sencillos y triviales, así como la esfumada claridad de aquella tarde acariciaba mansamente los objetos familiares de la trastienda.

Entretúvose en estas reflexiones:

—Ahí va un niño. Apenas deja una sombra de sombras... Ahora, una mujer; el color de su traje ha llenado de pasajera alegría el gris de la caverna... Un hombre ahora... Esta sombra no ha pasado al azar; se conoce que venía siguiendo la otra y que irá definitivamente detrás de ella.

Esta idea lo distrajo de su sosegado pasatiempo. Ya no pudo seguir atento al desfile de sombras por el techo raso, sino que, ensimismándose, púsose a buscar en aquella otra caverna de apariencias de su corazón un sentimiento que creía tener, pero que todavía no estaba seguro de poseer en realidad.

Y al sumirse en esta exploración de la propia alma como quien adelanta una lámpara en la sombra para alumbrarse los pasos, pronunció mentalmente un nombre de mujer:

—Graciela.

La súbita llegada de Manuel Alcor interrumpió sus pensamientos.

Plantándosele enfrente, sumamente alterado, Alcor le dijo:

—¿Qué te parece? Acabo de saber que Reinaldo ha regresado.

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¡Cómo es eso! Si apenas hace dos meses que se fué. ¿Viene enfermo?

—De salud, mejor que tú y yo juntos. El motivo de su repentino regreso es seguramente alguna teoría nueva. ¡Ah! ¡Como si lo estuviera viendo! Ya nos la disparará. Y lo que es todavía peor: tratará de imponérnosla.

Entre tanto, devoraba a grandes trancos el reducido espacio de la trastienda, derribando una pirámide de clásicos que acababan de ser desembalados y estaban sobre una silla.

Menéndez sonreía viéndolo:

—¡Quién sabe, Manuel, cuál habrá sido la causa de este intempestivo regreso de Reinaldo!

—Pero ¿es que tú no conoces a Reinaldo? ¡La causa! La misma que tiene la veleta para voltearse para donde sople el viento. Y perdona la novedad de la metáfora.

—Tienes razón.

Hubo una pausa. Luego, Alcor, deteniéndose de pronto, dijo:

—Lo que me sulfura no es que Reinaldo haya desistido de sus propósitos, porque cada uno hace de su saco un sayo, y por otra parte, ya estamos acostumbrados a eso, sino que yo haya incurrido en la imperdonable candidez de creer en la conquista del Viejo Mundo.

—Verdaderamente es extraño.

—Inconcebible. Yo no quería dejarme arrastrar; a ti te consta. Pero me arrastró, me sedujo.

—Oíste cantar la sirena.

Y mientras Alcor volvía a sus desaforados paseos, continuó:

—Después de todo, la cosa no es tan grave como te parece. ¡Quién no se ha parado un momento a oir cantar la sirena! Reinaldo no ha hecho otra cosa hasta ahora, y eso sí es malo. Yo también había puesto una esperanza en ese viaje a Europa: creí que allá, una vida distinta, la necesidad de trabajar formalmente, de hacer y completar la obra, y sobre todo, el roce con las realidades que aquí soñamos como cosas imposibles, contrapesarían el desbordamiento de la imaginación de Reinaldo. Pero tal vez fué eso, precisamente, lo que no pudo resistir; le hace falta esta carencia nuestra de ideales realizados para abandonarse a sus anchas a lo fantástico.

Se interrumpió a una exclamación de Alcor:

—¡Eureka! ¡Canta la sirena! ¡Magnífico!

—¿Qué te pasa?

—Que se me acaba de ocurrir un drama, con título y todo: *Canta la Sirena.*

Y siguió paseándose, presa ahora de un frenesí jubilo-

so. Brillábanle los ojos, y entre ratos, con desgarbados movimientos que hacían sonreír a Menéndez, lanzaba los brazos al aire y se daba violentas palmadas en la frente. Su enojo se había disipado totalmente.

Menéndez pensaba, mirándolo poseído de la febril excitación literaria:

—Este Alcor siente solamente para escribir. Sus sentimientos se están transformando en palabras, y cuando ya estén hechas y escritas, el corazón se le quedará desocupado y frío, como si nunca hubiera experimentado las emociones que ahora lo ponen vibrante. Tal vez eso sea lo que constituye el verdadero temperamento del simple literato y lo que lo distingue del artista. El artista verdadero exterioriza sus sentimientos, pero se queda con ellos, que son su propia substancia; el literato los posee sólo como impulso inicial, como materia prima para elaborar artículos y libros. Esa es la falta de Alcor; su obra será por eso impersonal. En cambio, la de Reinaldo será propia, inconfundible.

—¡He aquí el hombre!—dijo Alcor, anunciando a Reinaldo.

Menéndez se levantó a saludarlo. Alcor lo saludó bromista.

A Reinaldo le pareció poco cordial la acogida. La intranquilidad de su ánimo le hizo sentir esto de manera excesiva.

—Veo que no los ha sorprendido agradablemente mi llegada. Se siente en el aire la tirantez de la situación enojosa. Y eso que pretendí darles una gratísima sorpresa, por lo cual no quise participarles mi regreso.

—No nos ha sorprendido—explicó Menéndez—, porque ya sabíamos que habías llegado. De eso hablábamos, precisamente.

—Y no nos ha sorprendido agradablemente—agregó Alcor, recalcando las palabras—, porque tememos que no hayas podido realizar en tan poco tiempo tantas cosas como te proponías.

—Espero que me harán justicia cuando les haya explicado los motivos de mi regreso.

En apariencia era un fracasado. Regresaba de Europa, en donde apenas estuvo unos días y adonde fué lleno de ilusiones estupendas y de grandes esperanzas, y de esa breve estancia sólo traía, como impresión de viajero, el resabio de unos días invernales y de un tumulto de vida extraña en la cual se sintió descentrado y desorientado.

Alcor le interrumpió para preguntarle:

—¿Y la tragedia?

—Ahí vino en mi maleta, como mercancía maula en el fondo del cajón de un buhonero.

—Pero apenas tuviste tiempo para leérsela a uno.

—Ni siquiera eso hice. Desistí del propósito en cuanto me convencí de que hay cosas que valen mucho más que el renombre literario. Bien vale esta experiencia el dinero y el tiempo que me ha costado.

Y como viese que Alcor sonreía, agregó:

—¿Fracaso? Bien. No negaré que lo hubo. Pero en cambio, ¿cuánto no vale este hallazgo de mí mismo, que me ha hecho regresar de prisa? He comprendido que no soy literato. Mis ideas y mis anhelos van mucho más allá.

—¡Canta la sirena!—murmuró Alcor, aparentemente absorto en la contemplación de las desvanecentes coronas que en el aire formaba el humo de su cigarro.

Al mismo tiempo, Menéndez preguntó:

—¿Quiere decir que renuncias a la literatura?

—Sí. Es fraude gastar en letras la energía que se debe emplear en la acción. Después de todo, una vida activa y fecunda es también bella como una obra de arte.

Alcor estalló:

—¡Frases! ¡Frases efectistas! Aunque no quieras, seguirás siendo literato.

—Esa es una opinión tuya, muy personal. Pero los resultados dirán lo que verdaderamente soy. El hecho es que me he convencido a buena hora de que no vamos a componer este país con versos y novelas.

—¿De modo que tú has venido a componer el país?

—Te advierto que creo que tengo derecho a hacer lo que juzgue mi deber. En Europa sentía la Patria como nun-

ca la he sentido antes. No la nostalgia trivial y cursi, sino la emoción verdadera de eso que se llama el suelo nativo y que me había parecido hasta entonces la frase hecha y lugar común. Sentí que allá no era yo sino una unidad de montón anónimo, desligado de todo vínculo con los demás, impasible hasta para la emoción, el paisaje. Eché de menos mi tierra. Sí, mi suelo, del cual soy un producto genuino y con el cual tengo contraída una obligación histórica. El miedo al ridículo y la manía de análisis nos hacen despreciar cosas que de por sí son respetables, hermosas y verdaderas; pero a pesar del ridículo, lo diré como lo siento: en este suelo ha corrido sangre de la mía; por este país han sufrido y combatido mis antepasados, y si ellos supieron cumplir su deber, yo también quiero cumplir el mío.

Apenas lo hubo dicho cuando Alcor, levantándose de un salto, cogió su sombrero y salió de estampía, sin despedirse.

Hubo un silencio. Reinaldo, iracundo, no encontraba las palabras y se paseaba de un extremo a otro de la trastienda, pálido, tembloroso. Menéndez sufría viéndolo. Lo observó detenidamente, con una mirada paternal.

Reinaldo había adelgazado notablemente; en torno a los ojos se le marcaban profundamente ojeras lívidas; el rostro tenía un tinte amarillento. Receló la enfermedad minando aquella naturaleza, donde cada deseo era un incendio, y sintió un impulso protector hacia aquella vida preciosa y amada que veía en peligro.

Apaciguado un poco el violento enojo que la conducta de Alcor le había causado, Reinaldo se encaró con Menéndez:

—Y a ti, ¿qué te parece? ¿Qué opinión te merezco?

—Hablemos de otra cosa. De tu viaje, de tus impresiones. Es más natural y más agradable.

—No. Es hora de poner esto en evidencia. Yo necesito saberlo de una vez. Me es imprescindible conocer el concepto en que me tienes. Debo decírtelo con absoluta sinceridad: tú me has hecho mucho daño en la vida. Yo siempre he tenido miedo de acercarme a ti a comunicarte mis ideas, mis

proyectos. Miedo a tu manía de análisis, a tu sistema de crítica a todo trance. Mis mejores entusiasmos se han desvanecido siempre apenas te los he comunicado; tienes la propiedad de desalentarme, de descorazonarme totalmente. ¿Es que seré verdaderamente un mentecato, un quijote ridículo? ¿Es que no vale la pena, efectivamente, preocuparse por los idales? ¿Serás tú quien tiene razón, tú, que no crees en nada, que menosprecias las cosas más graves y trascendentales de la vida?

Sorprendido, más que ofendido, Menéndez se quedó viéndole hasta que concluyó de hablar. Luego, levantándose de su asiento y procurando no perder su serenidad, le dijo:

—Me haces cargos injustos. Repara en lo que dices. Y cambiemos de tema; te lo suplico.

—Es que...

—Es que estás hablando como un insensato.

Mantuviéronse buen espacio sin verse y sin hablarse. Reinaldo, paseándose agitadamente; Menéndez, revolviendo papeles de su escritorio, por hacer algo. Entre tanto, pensaba:

"Esto no acaba de ocurrírsele; yo ya había adivinado hace tiempo lo que pensaba y necesitaba decírmelo. ¿Tendrá razón? ¿Será cierto que yo soy quien le hace desistir de sus propósitos, quien destruye sus entusiasmos?"

Mientras tanto, Reinaldo se había sentado, quedando en una actitud de abatimiento, como si la violencia de sus emociones lo hubiese rendido. Al cabo de un rato hizo el ademán de alejar de sí una idea mortificante, y dijo levantándose:

—Bien. Ahora no es oportunidad para desagraviarte, si te he ofendido. Entre nosotros media algo que no se puede destruir con unas palabras dichas en un momento de ofuscación. En realidad, desde hace algunos días, todos mis pensamientos parecer gobernados por una fuerza ciega y loca. No sé adónde me llevará; pero tampoco quiero resistir a su influjo. Muchas veces te he hablado de un sueño habitual que tuve por primera vez a los diez años y que desde entonces se ha venido repitiendo con frecuencia cada vez mayor.

En estos últimos tiempos no he dejado de soñarlo una sola noche.

Menéndez, que lo miraba de reojo mientras tanto, se le encaró interrumpiéndole:

—¿Sabes lo que me parece? Que estás representando un papel.

—Y, sin embargo, te aseguro que soy absolutamente sincero en este momento. Sincero conmigo mismo. Tengo un miedo atroz a sobrevivirme; siento que me sobreviviré, que me quedaré sin una ilusión, sin un ideal, como el árbol de mi sueño se queda sin hojas. Pero así como éste hace esfuerzos desesperados para alimentar la única hoja que le queda, así yo me aferro a este ideal, a este propósito de ahora, que tal vez sea el último.

Había tanta sinceridad en la inflexión de su voz y tanta amargura en sus palabras, que Menéndez se conmovió profundamente.

—Efectivamente, Reinaldo; te has prodigado inútilmente soñando empresas colosales. Pero eso es buen síntoma, porque quien a los veinte años no ha pretendido ser héroe o santo no pasará jamás de ser hombre mediocre. Sólo tengo que advertirte que el heroísmo está en el extremo de muchos caminos y que creo que cada uno debe seguir el de su vocación. No hay vida insignificante si ha sido fecunda y útil. Esa máxima es tuya y me parece justa. Pero te equivocas al creer, como acabas de decirnos ahora poco, que es fraude gastar en letras la energía que se debe emplear en acción. Hombre de acción es todo aquel que trabaja en su obra y la lleva a cabo.

—De acuerdo. Pero mi vocación no es la literatura. Mi temperamento y mis principios me inclinan por otro camino. Creo que en todo literato hay un creador fracasado, porque escribir es una manera fácil de realizar lo que no se ha podido o sabido ejecutar. Ese es el peligro de la literatura: engaña con apariencias de acción. Y en este país, sobre todo, ha sido eminentemente nociva: los hombres capaces de ejecutar se han contentado con escribir.

—Acaso no haya habido otra cosa que hacer por el momento.

—Realizar sueños. Hacer patria.

—Recuerda lo que respondió Goethe a quienes le recriminaban no haber amado a su patria.

—Sofismas, para justificar el egoísmo. El patriotismo es un sentimiento concreto que se debe manifestar en hechos concretos, en acción real.

—Las palabras también son acción, Reinaldo.

—Con palabras no haremos sino marearnos mutuamente.

Menéndez quedóse mirándolo un buen espacio de tiempo, y luego le preguntó:

—Y tú, ¿tienes otra cosa que no sean palabras?

—¡Hechos! Voluntad de hacer. Propósitos de acción.

Y Menéndez pensó:

"Incorregible idealista: llamas hechos a tus sueños."

—En concreto—concluyó Reinaldo poniéndose en pie—. Tengo un plan que te haré conocer otro día, con más calma; pero necesito saber ahora si puedo contar con tu colaboración.

—Veremos. Veremos. Tú me has hecho pensar hoy cosas que no se me habían ocurrido. Tal vez yo no pueda colaborar en esa empresa tuya.

—Lamentaría que un resentimiento injustificable entre nosotros te haya hecho hablar así.

—Te aseguro que no hay resentimiento. Es cuestión de estado de ánimo, nada más. Yo también he tenido mis crisis espirituales. Confieso que en estos últimos tiempos he atravesado períodos de sentimentalismo agudo, de misticismo casi. Más que nunca he anhelado *la escondida senda*. Hasta he sentido la necesidad de creer en Dios, de rezar, de entrar a menudo en las iglesias. Será la desconfianza en el hombre; yo creo que el hombre ha dado ya todo lo que tenía que dar en el orden espiritual.

—¡No! ¡Mil veces no! La fuente humana no se agotará jamás. Cuando el hombre entrega su corazón, sobrepasa la medida de todos los dones y realiza milagros imposibles. Lo

que sucede es que el hombre entrega su corazón muy pocas veces.

—Yo también quiero consagrar el mío; pero ya te digo: silenciosamente, sin aparatos, y a una devoción sencilla: al amor de una mujer.

Reinaldo se quedó mirándolo, y luego, saliendo, dijo:

—Ahora hago yo como Alcor. Indudablemente, el mundo se está volviendo loco.

Menéndez volvió a su rincón de la trastienda. La conversación con Reinaldo le había dejado el espíritu lleno de desapacibles sentimientos. Sin tomar cuerpo, sin adquirir una forma expresable en una idea determinada, las impresiones de aquella escena llena de momentos absurdos le habían dejado en el ánimo el vago malestar que experimentaba cada vez que se encontraba en presencia de algo ilógico o incongruente que alterara las normas de la naturaleza o rompiera la armonía de lo razonable. El espectáculo de la violencia, en cualquier orden que se manifestase, le producía desasosiego y tristeza, y este sentimiento era ahora tanto mayor, cuanto era profundo y tierno el afecto que profesaba al amigo; nada lo afligía tanto como ver a Reinaldo batallando dentro del torbellino angustioso de sus exaltaciones, de sus deseos inconstantes y siempre desordenados, que le producían a él la impresión de un cataclismo espiritual.

Pero ahora una secreta voz de su corazón en crisis sentimental le pedía justificaciones para Reinaldo. En aquellos momentos finales de su carrera de estudiante, cuando el grado de doctor iba ya a coronar una labor ardua, hecha sin cariño, en la cual el hierro de su voluntad, trabajando en frío, había adquirido la forma dura y rígida de la perseverancia sin finalidad, otro que no fuese él se habría envanecido en su constancia y cantado la propia epopeya. Pero no; por el contrario, él echaba de menos esos cambios de dirección, atajos y encrucijadas del destino, que dan variedad y encanto al camino de la vida. Vía férrea y recta había sido hasta allí el suyo, sin una vuelta de sorpresa, sin una derivación pintoresca, sin un salto sobre abismos de imposibles, sin una sumersión en la obscuridad que desorienta y hace sentir la

voluptuosa angustia del extravío; no el camino bordeado de setos vivos por donde va quedando la carrilada del alma, aquí segura y profunda, allí leve, perdida más allá en la charca de azul de los altos cielos, que es remanso de sueños, derecha y firme ahora por la recta de un propósito, desigual y perezosa luego por el sendero abandonado, que es camino muerto de místicos arrobamientos. Tal había sido el de Reinaldo, andado a ratos con prisa de locas carreras, y a ratos desandado en tornadas imprevistas; pero Menéndez, al compararlo con el suyo, pensaba que si el amigo, en su perenne búsqueda de la obra trascendental, había derrochado en vano su voluntad, tampoco él había hecho otra cosa en su larga jornada universitaria, puesto que la carencia de finalidad generosa quitaba a su constancia todo valor.

Por otra parte, esa reivindicación del amigo pedíasela el corazón, como para abroquelarse contra un mezquino sentimiento que las circunstancias podían favorecer. Antonio Menéndez se había enamorado de Graciela Aranda.

A menudo encontrábase en la calle, cuando ella salía a dar sus clases y él a recibir las suyas en la Universidad. La frecuencia de esos encuentros fué estableciendo una deliciosa costumbre, que a vuelta de poco le fué imprescindible. Saludábanse de una acera a otra; al principio con una mirada corta que apenas duraba lo que el ademán del saludo; luego con una mirada larga, pero serena y discreta, y finalmente con una inequívoca turbación mutua. De resto, nada que pudiera dar a entender que aquellos encuentros no eran tan casuales como parecían, pues ella los procuraba haciendo todos los días el mismo trayecto, y él, esperando la hora acostumbrada para hacer el suyo hasta la Universidad. Así pasaron días, meses. Antonio Menéndez, receloso de que Reinaldo hubiese estado alguna vez, como él lo sospechó, enamorado de Graciela, no quiso nunca pasar de allí; pero convencido después de que el amigo no pensaba en la muchacha, decidió abandonarse a la voluntad del destino que regulaba tales encuentros.

Ahora, el regreso intempestivo de Reinaldo volvió a ponerlo en vacilación; pero ya el amor se había formado y cre-

cido, y el natural egoísmo no le permitió, como un momento lo pensara, renunciar a aquello que ya era su vida, en obsequio del amigo.

Con este sentimiento se echó a la calle. De camino iba pensando, con las reminiscencias de sus lecturas de Emerson, que en cada vida hay una hora central, *la hora pensada por Dios,* la única viva y verdaderamente nuestra, en la cual se decide la suerte y se define el rumbo final. Y como el vago sabor místico de esos pensamientos armonizaban perfectamente con su estado de ánimo, se entregó a ellos sin reservas mentales. ¿Acaso aquella dulce hora de la tarde sin crepúsculo no sería su hora pensada por Dios? Si lo era, su destino no tenía, en verdad, nada de extraordinario; aquellos pasos no lo conducían ni al heroísmo ni a la santidad, pero la misma trivialidad en su acto era lo que más grato podía serle entonces. Una vida sin complicaciones, un destino sin trascendencia, serían, en cambio, verdaderamente suyos, los gozaría en más íntima y segura posesión.

II

Como en los generosos días de la adolescencia, Reinaldo saltó del lecho con las primeras luces del alba. Sentía retozar en sus nervios y en sus músculos el ansia de jubilos esfuerzos, y para tal ansiedad deseaba, más que la labor tranquila y pensativa del escritorio, el convite de aquella cresta del Avila que desde su ventana veía, bañada de sol; o de un trozo de mar con vastos horizontes hacia los cuales romper, con la quilla del pecho ufano, la blanda y fresca resistencia del agua; o de una altura erizada de riesgos mortales sobre la cual estuviese la bandera de la Patria, invitándolo al asalto, como una promesa de amor en los ojos de una mujer; o la aventura galante, discreta y escabrosa, en cuyo término él había visto resplandecer una promesa de amor en los ojos de una mujer, como una bandera sobre una cumbre.

Pero había que terminar aquel Manifiesto, darle forma definitiva a la obra que se propusiera al regresar a la Patria.

Su triunfo de la víspera—porque su conferencia había sido un triunfo cabal—y la promesa que hiciera en la última frase le imponía la obligación de presentar cuanto antes, en una forma concreta y precisa, aquel plan de la vasta obra que había de realizar en el país su proyectada "Asociación Civilista": "... y yo prometo grandes cosas". De este modo había rematado su conferencia, entre los aplausos del auditorio que llenaba la sala de la Academia de Bellas Artes y que desde las primeras palabras habíase mostrado subyugado por aquel joven que se erguía, arrogante y tribunicio, sobre el fondo de epopeya de la *Penthesilea,* de Arturo Michelena, diciendo cosas hermosas y audaces.

No estaba Reinaldo bien seguro de lo que prometía cuando pronunció aquellas frases, y ahora, pasada la fiebre de la elocuencia, parecíanle bizarra jactancia, un poco pueril; pero no podía este resquemor tanto como para que le turbase el íntimo saboreo de un sentimiento que estaba llenándole el corazón, bullente como el agua en el cuenco sonoro del cántaro.

Reteníale este sentimiento la pluma en las manos ociosas y parábale el pensamiento en un ápice de orgullo, como un pájaro cumbreño en la cresta del Picacho, en cuya dureza roquiza finca y prueba el temple de la garra. Complacencia de sí mismo, certidumbre del propio valer, sustentábanle el ala de la ambición presta a tenderse por el aire ardiente de la lucha, y dilatábanle la fantasía en perspectivas de fama y de dominio. Ya había dado el zarpazo que le aseguraba la posesión de la presa; su triunfo fué el de un hombre prestigioso en el país y el de una inteligencia cuya revelación causó sorpresa y cuyo señoría afirmóse desde el primer momento en la opinión del auditorio.

Pero no era el halago de la vanidad, sino el orgullo de estar por fin en su camino. Para esto fué necesario—pensaba—el viaje a Europa, con aquella ambiciosa empresa entre manos, cuyo fracaso habría sido definitivo en su vida, si a trueque no hallara, como halló, la obra grande y generosa tras de la cual había corrido siempre, engañado por los espejismos de su fantasía.

Reconstruía mentalmente los acontecimientos que lo desviaron de aquel propósito jactancioso.

Fué en Madrid, en casa del cónsul de Venezuela. Era éste un escritor venezolano, apartado hacía tiempo del ejercicio activo de la literatura, en la cual, decía humorísticamente, había pasado a la clase de reservista después de haber hecho el servicio obligatorio de las letras patrias entre los veinte y los treinta años.

Reinaldo le había leído su tragedia y le acababa de comunicar su propósito.

El le dijo:

—Querido amigo: yo no quisiera desanimarlo. Su tragedia es muy hermosa y su propósito bastante bizarro. Pero no se haga ilusiones; no logrará usted que se la pongan en escena. Aquí, como en todas partes, hay círculos cerrados en los cuales no entra fácilmente el extranjero. Para nosotros los venezolanos esos círculos se convierten en fortalezas inexpugnables. Aquí nadie cree que podamos ser artistas o escritores dignos de atención; el pedestal sobre el cual nos levantamos, nuestra pobre Patria, es demasiado pequeño, demasiado chato. Por otra parte, yo creo que la conquista que debemos emprender nosotros no es la de Europa, donde nunca pasaremos de ser "indiecitos", sino la de nuestro suelo, la de nuestro propio país, donde espiritualmente somos algo menos que extranjeros.

Estas palabras fueron para Reinaldo abrumadoras, decisivas. Todo su entusiasmo se disipó súbitamente y entonces comprendió que su proyecto había sido una jactancia pueril.

Se sintió anonadado, avergonzado de sí mismo. El cónsul advirtió el deplorable efecto que sus palabras habían causado y trató de atenuarlas:

—Esto se lo digo para que se prepare para una lucha brava y tenaz. Yo creo en el éxito de su obra; pero debo advertirle que le costará trabajo llevarla a la escena.

El le respondió:

—Acabo de desistir de ese propósito.

El cónsul trató de persuadirlo; pero lo interrumpió la ile-

gada de una visita, los esposos Mendeville, que iban a despedirse de él, próximos a regresar a Venezuela.

El corazón de Reinaldo dió un vuelco violento cuando apareció en el saloncito la señora de Mendeville; su mano temblaba cuando, presentado a ella por el cónsul, estrechó la de la hermosa mujer.

Luciano Mendeville se lo quedó mirando con una turbia mirada de tardía comprensión, y le preguntó:

—¿Venezolano?

—Sí, señor.

—¡Ah! Pues somos compatriotas. ¡Y a mucha honra!

Y en seguida, dirigiéndose al cónsul, acometió una tesis a la cual llamaba su "ideíta" y que consistía en asegurar que, a pesar de todo cuanto se calumniaba y se despreciaba en Europa a los venezolanos, éstos valían más que cualquier europeo.

Entre tanto, Rosaura Mendeville decía a Reinaldo:

—Ya nos hemos visto otra vez. ¿Recuerda usted a Olguita, mi muchacha? Aquella tarde en el Calvario hace un año más o menos.

—¡Cómo no he de recordarla!

—Pobrecita mi muchacha. ¿Me creerá usted si le digo que la hemos dejado allá?

—¿De veras?

—Quedó con mi hermana, en Caracas. Ya me parece que no llego para abrazarla, para comérmela a besos. Es tan simpática mi muchachita, ¿verdad?

—Y tiene el don de la adivinación. Al ver a alguien, descubre cómo se llama—dijo Reinaldo con intención remota.

Ella se turbó y rió con una risa fresca y musical. Luego dijo:

—¿Está usted recién llegado a España?

—Llegué hace cinco días.

—¿En viaje de estudios?

—En viaje de salud.

—¿Está usted enfermo? Nadie se lo creería.

—Es un mal espiritual; la enfermedad del sol tropical: espejismos.

Y como advirtiera que ella no le entendía:

—Fantasías. Pero ya estoy curado.

—¿Tan pronto? Feliz usted que pudo encontrar la salud con tanta facilidad.

Y la mirada de los ojos ligeramente sesgados se veló de tristeza.

Reinaldo la contempló en silencio. Con emoción, dijo:

—Ciertamente, hay males recónditos y tenaces que no se curan viajando, ¿verdad?

Ella lo miró a los ojos. Reinaldo se turbó hasta el fondo del alma; aquella mirada había de ser decisiva en su vida; sintió que lo había atado para siempre a la fatalidad del amor. Y lo invadió una profunda tristeza. Su vida no tendría de allí en adelante más objeto que el amor de aquella mujer; ¡su vida, que él quiso siempre consagrar a una obra trascendental, digna de dioses!

Era la crisis melancólica de aquel súbito aplanamiento en que lo arrojaron las palabras que antes le había dicho el cónsul.

La conversación se generalizó. Luciano Mendeville seguía dándole vueltas a su "ideíta", con la tenacidad del idiota. La señora hacía esfuerzos desesperados por librar a sus interlocutores de aquel círculo cerrado de sandez que la apenaba. Luego, el cónsul le rogó que los obsequiase, por última vez, con un poco de buena música.

Reinaldo la acompañó al piano. Ella le preguntó:

—¿No toca usted?

—No, señora. Y me avergüenza decirlo.

—Es raro, verdaderamente, habiendo sido su padre un gran pianista. Recuerdo que cuando era pequeña oía hablar mucho de él y no tenía otra ilusión sino oírlo tocar. Usted no sabe cuánto le recriminaba que hubiera abandonado la música. Para mí, estaba cometiendo un pecado, un robo, porque el artista no se pertenece a sí mismo, sino a su arte.

—Papá fué un equivocado—respondió Reinaldo.

Y ella dijo, suspirando:

—Así somos muchos. ¡Y qué cosa tan horrible, amigo mío, es ser un equivocado!

Sus dedos corrieron sobre el teclado ensayando escalas rápidas y juguetonas. Luego adoptó una actitud extática y comenzó a tocar, después de dirigir una breve mirada al joven. Era un nocturno de Chopin.

Oyéndolo, Reinaldo experimentaba contrarias emociones. Súbita, irrefenable, había saltado en su pecho la pasión amorosa.

Comprendía que de allí para adelante su vida estaría encerrada en el círculo de la sensualidad. Asustado ante la brusca presencia del amor, de aquel amor tiránico que amenazaba absorber y consumir todas las fuerzas de su espíritu, sentía al mismo tiempo la voluptuosidad del dolor, el ansia mística del sufrimiento, la sed romántica que nunca había podido aplacar. Eran sentimientos pueriles, crepúsculos del ánimo, que iban envolviéndolo al ritmo de aquella música dolorosa y femenina, en la cual se movía angustiosamente el soplo de la trivial tragedia de amor, de la fatalidad vulgar que ata al espíritu libre en la rueda implacable de la vida. Comprendía que en lo sucesivo el amor de aquella mujer, el ansia de poseerla, iba a ser su único objetivo, a costa del sacrificio de sus ideales, y que esto era sobrevivirse; pero no podía o no quería pensar que estaba en sus manos librarse de esta fatalidad que lo condenaba a hacer de él uno de tantos enamorados vulgares. Y era tan lúcida y vehemente esta visión de su porvenir, que llegó a sentir compasión de sí mismo.

Concluído el nocturno, Rosaura Mendeville dijo:

—¡Ah, Chopin! ¿Qué tendría Chopin cuando compuso este nocturno?

—Estaba enamorado—dijo el cónsul.

Y Reinaldo agregó:

—Y ya que no podía dejar de estarlo, lloraba y se desesperaba. La historia de todos los días, la tragedia cotidiana.

Rosaura se quedó viéndolo largo rato, como si le reprochara sus palabras, y luego comenzó a tocar un vals del mismo Chopin.

Era una música apasionada y voluble, a través de la cual corría una frase que parecía expresar un ansia desesperada de amor, que se repetía en todos los tonos, a veces melodiosa y dulce como una súplica, a veces aguda y ardiente como un grito, a veces grave y dolorosa como un sollozo; todas las modulaciones de la pasión las recorría a lo largo del piano aquella frase inquietante sobre la cual la pianista parecía poner íntegra la desesperación de su alma atormentada.

Enardecida, con los ojos llenos de lumbre, fué a sentarse luego al lado de Reinaldo. Se habló un rato de Chopin y de su música, que Rosaura Mendeville calificaba de enloquecedora. Luciano Mendeville dijo que él la aborrecía, porque su mujer no tenía más ocupación que tocar aquellos nocturnos que la enfermeban, agregando que para quitarle aquella manía había gastado un dineral en viajes.

—Pero todo ha resultado inútil. Ya estoy cansado de andar de la Ceca a la Meca. Rosaura no abandonará al tal Chopin por nada de este mundo. Además, mis negocios reclaman mi presencia. Hace un año que los tengo abandonados, y ya saben ustedes que el ojo del amo es el que engorda al caballo.

Rosaura, con visible mal humor, se dirigió a Reinaldo:

—¿Y usted, piensa pasar mucho tiempo en Europa?

El la miró a los ojos y respondió, bajando la voz, como para que ella sola oyese:

—No. Regreso a Venezuela en la primera oportunidad. Ya no podré quedarme aquí.

Ella se turbó bajo su mirada y dijo, sin darse cuenta:

—No sea loco.

En seguida trató de reparar su imprudencia, pero comprendió que sería inútil y guardó silencio, pensando:

"Lo que tiene que suceder, sucederá siempre."

Días después, Reinaldo regresaba a Venezuela. Durante la travesía tuvo momentos de vacilación. Arrepintióse de haber desistido de sus propósitos por seguir a una mujer y esto empeoró su deplorable estado de ánimo. Una noche, contemplando el mar, tuvo pensamientos suicidas.

Pero al acercarse a las playas de la Patria experimentó una saludable reacción. Pensó en la desairada actitud en que lo pondría entre los amigos aquel absurdo regreso, con el rollo de su tragedia en el fondo de su maleta, como una mercancía maula en el cajón de un buhonero; recordó las palabras del cónsul, y un propósito nuevo se adueñó de su voluntad: conquistar el propio suelo, donde, efectivamente, era él poco menos que un extranjero.

Pero para esta flamante conquista no era la literatura la vía de hecho más eficaz; menester era encontrar una forma de acción personal, concreta, positiva, que correspondiese adecuadamente a las necesidades de su país, abriendo nuevos rumbos, estableciendo nuevas normas.

Apresuradamente dióse a la tarea de concretar en un plan de acción este flamante propósito, temeroso de que el barco arribase a las playas nativas sin que él hubiese encontrado aquellos "nuevos rumbos" y aquellas "nuevas normas", que, por más que quisiese sugestionarse, bien comprendía que no eran aún sino frases hechas, sonoras a fuerza de ser vacías. Ya desesperaba de encontrarlos, cuando una conversación oída a un compatriota que regresaba también a Venezuela después de una larga ausencia, le dió la clave anhelada.

Era el compañero de viaje un celebrado hombre de ciencias que había ganado justos lauros en las Universidades y Academias de la civilizada Europa, adquiriendo una envidiable reputación que era motivo de orgullo nacional. No obstante, quejábase de haber perdido veinte años de su vida, pues aseguraba que si se hubiera quedado en Venezuela, ya sería, por lo menos, ministro del Ejecutivo.

Lo dijo entre chanzas y veras; pero Reinaldo lo interpretó como un síntoma de venezolanismo agudo. Sólo a un venezolano podía ocurrírsele echar de menos el precario éxito del poder político cuando se tenía la satisfacción más levantada y perdurable de poseer una reputación intelectual cimentada en los nobles títulos del saber.

Y de esta reflexión surgió, rápido, el plan de acción concreta y positiva que estaba buscando. Era necesario desviar las energías nacionales de ese cauce único: el logro del Po-

der público, cerrando las avenidas a los arribistas, emancipando las fuerzas vivas de la nación de la voracidad del insaciable Moloch de la política, cuya ración de inteligencia y caracteres sólo deja a las otras formas de la actividad del país un regazo de medianías improductivas.

La idea no era nueva; pero sí constituía un verdadero hallazgo el modo cómo se le ocurrió llevarla a la práctica.

Fundaría una asociación "sui géneris", especie de hermandad neo-mística, cuyo lema sería "Hacer Patria", formada por hombres de buena voluntad de todos los oficios, profesiones, rangos y aptitudes, que estuviesen dispuestos a cumplir este sencillo deber fundamental: trabajar honrada y tesoneramente, cada cual dentro del radio de su acción privada, sin miras políticas, ni bastardas codicias, a fin de que todas las formas de la vitalidad nacional fuesen fecundas, útiles, sanas y fuertes.

El programa de la hermosa utopía acababa de ser lanzado al público; su conferencia había sido la piedra angular del audaz edificio. Razón tenía para estar satisfecho de sí mismo, como en los generosos días de la adolescencia.

III

Puesto a la tarea de buscar los hombres de buena voluntad para formar el núcleo primordial de la asociación civilista, Reinaldo se echó a la calle provisto del Manifiesto que escribiera y que contenía las bases esbozadas en su conferencia.

A poco de andar, alguien que venía siguiéndolo, acortando el paso al ponerse a su lado, le dijo, con aire misterioso:

—Solar. Yo sé dónde están los hombres que usted busca.

Era un joven de contextura atlética, estudiante de Derecho, del cual conocía Reinaldo graciosísimos desplantes que le refiriera Antonio Menéndez.

—Permítame que me presente yo mismo: soy Francisco López.

Reinaldo le estrechó la mano, soportando estoicamente el

efusivo apretón de López. Este volvió a decir, con aire misterioso:

—Yo puedo decirle dónde están los hombres que usted busca. Desde que oí su conferencia he estado pensando en hablar con usted. Los hombres de su proyecto somos nosotros, los jóvenes, los estudiantes. Nosotros le esperábamos a usted. Es decir: esperábamos al hombre de la buena nueva. Yo he visto en usted a ese Mesías. Por el momento no le digo más. Se me espía. Pero si usted quiere conocernos, lo espero esta noche.

Y sin esperar la respuesta de Reinaldo, se alejó de prisa, dejando a éste perplejo.

Aquel Francisco López tenía todo el aspecto de un chusco que había querido divertirse a sus expensas. Esta era, por lo menos, la explicación más sensata.

Con estas reflexiones tuvo Reinaldo sobrada amargura para todo aquel primer día de apostolado. Seguramente estaba corriendo por Caracas un burdo chiste a propósito de su proyectada "Asociación Civilista".

Pero la noche le reservaba una sorpresa. Al salir de su casa se encontró con Francisco López, que estaba esperándolo dentro de un coche.

—Le ofrecí esperarlo. Si usted quiere conocernos, tenga la bondad de acompañarme.

Y como para tranquilizarlo, agregó:

—Está usted con un caballero.

—No lo he dudado un momento, López.

Y conteniendo la hilaridad que le provocaban las misteriosas actitudes y ocurrencias de López, Reinaldo entró en el coche, que partió al galope. En el trayecto, aquél dijo:

—No tema por el cochero. Es uno de los nuestros, disfrazado. Hacemos esto para que nadie se imponga de nuestras reuniones.

—Me hace usted confidencias...

—Sé muy bien a quién se las estoy haciendo.

—Gracias.

Y Reinaldo pensó:

—¡Qué tipo éste! A leguas se advierte que frecuenta el

cinematógrafo. Le ha cogido todos los trucos a los conspiradores de películas. En fin. Veamos qué sale de todo esto.

Después de un breve silencio, Francisco López, que era en extremo locuaz, díjole:

—Le debo una explicación.

—¿Sobre qué?

—De mi conducta de esta mañana. Tal vez le haya parecido a usted extraño. Al citarlo para el encuentro de esta noche, he debido indicarle el sitio. No se imagine que no lo hice por desconfianza.

—No se me ocurrió tal cosa. Puede usted creerlo.

López aguardó un momento la confesión que debería hacerle Reinaldo de la extrañeza que todo aquello le causaba; pero como éste no la hacía espontáneamente, quiso provocarla.

—Seguramente mi conducta "misteriosa" le ha llamado la atención. Un desconocido que sale debajo de la tierra a hablarle de un proyecto que usted no le ha comunicado.

—Ya yo lo había visto a usted otras veces.

Pero a López le cayó como un baño frío esta imprudencia de Reinaldo. El estaba muy orgulloso de haber sido un "desconocido que sale debajo de la tierra". Empezó a desconfiar de Reinaldo, sin otro motivo que aquel despecho pueril, y dijo con el propósito de molestarlo:

—Usted se equivoca de medio a medio si cree que los hombres capaces de realizar ese proyecto son esos que llaman de representación social o política. Esos hombres no representan nada; mejor dicho, sí; representan un papel en la comedia.

Y en seguida agregó:

—Sé que no debo hablarle a usted con esta franqueza; pero es mi lema.

—Me parece muy acertada su observación. Esos no son los hombres de buena fe que yo necesito, y sé que sólo hay que buscarlos entre nosotros, los jóvenes.

López, excesivamente sensible al elogio, se reconcilió con él y retribuyó:

—Su proyecto es grandioso. Por eso me decidí a invitar-

lo a nuestro club. Formamos un círculo que llamamos "Los Subterráneos", porque formamos parte de esa evolución sorda y latente que se agita en el subsuelo de toda sociedad caduca. Nos reunimos en una casa misteriosa, donde es fama que salen espantos. Los espantos somos nosotros. Todo eso es muy interesante; ya verá. Seguramente usted no se había imaginado que aquí, en Caracas, hubiera una asociación como la nuestra.

—Efectivamente. No tenía noticias.

—¡Ah! Es que guardamos muy bien nuestro secreto. Somos carbonarios.

Reinaldo comprendió que lo que seducía a López era el aspecto fantástico de la sociedad secreta y temió que como López fueran todos los "subterráneos". Sin embargo, se propuso sacarles partido; de aquel juego de muchachos podía salir algo serio y útil.

El coche se detuvo y López saltó afuera rápidamente. Reinaldo bajó sin prisa. Estaban en una calle de aceras altas con barandales de hierro y pendientes en graderías, en la cual desembocaba otro lóbrego callejón que conducía a un antiguo campo santo de eclesiásticos. En la esquina, a la lumbre ambigua de un farol de petróleo, estaban erguidos dos arcángeles de cemento, a guisa de centinelas, junto a una hornacina donde se veía una cruz entre guirnaldas de papel.

Francisco López, que llevaba la mente llena de ideas de asechanzas y celadas, dió un respingo al toparse con aquellos espantajos. Reinaldo explicó:

—Son dos ángeles que están de aventuras.

López soltó una carcajada que alborotó a los perros del vecindario. El chiste no merecía tanto, pero así se descargaban sus nervios tensos. Y luego, explorando recelosamente la obscuridad de la calleja, dijo con aparente tranquilidad:

—Por aquí podríamos entrar. Nuestra guarida tiene entrada por los cuatro costados de la manzana. Pero a mí me toca entrar hoy por el portón.

—Entonces—observó Reinaldo, proponiéndose seguirle el humor a aquel diletante de conspirador—de ustedes puede decirse que vienen de todos los puntos del horizonte.

—Exactamente—afirmó López—. ¡Maravilloso! ¡Estupendo! ¡De todos los puntos del horizonte!

Y en su ánimo vehemente se afirmó de una vez por todas la convicción de que Reinaldo Solar poseía una gran inteligencia.

Detuviéronse en mitad de la calle, ante un ancho portalón que daba acceso a una pasarela tendida sobre el cauce de una quebrada que por allí pasaba. Era aquél un pasaje que iba a salir a un boquete abierto en la calle opuesta y formábalo angosto callejón entre dos hileras de sórdidas viviendas. López fingió curiosidad de conocer aquello e invitó a Reinaldo a caminar por allí. Atravesaron la pasarela, que crujía con todas sus maderas y trepidaba bajo los pies como si fuera a derrumbarse. La obscuridad que los rodeaba estaba impregnada de la pestilencia del agua que pasaba sin ruido bajo el puente, y en aquella negrura del ámbito que hacía resaltar la estrellada limpidez de los cielos, producía fantásticos efectos la lumbre rojiza de los interiores abiertos a la quebrada.

Garitos y mancebías, albergues nocturnos de vicio y mendicidad, humildes viviendas, sórdidas barracas; aquí la lámpara familiar alumbrando sencillas escenas de labor mujeril; allí el humoso candil, el bullaje de la promiscua convivencia en el corralón de vecindad, o el fanal eléctrico, la mesa del garito rodeada de tahures; allá la vela ardiendo en el rincón del tabuco ante los santos milagrosos, o errante en las manos de alguien de cuyo cuerpo invisible emergía el rostro en el halo de lumbre con aspecto macábrico; todas aquellas luces volcaban sobre la negrura de la noche pedazos de vidas laceradas, así como los albañiles vomitaban sus inmundicias sobre el cauce de la quebrada.

Detuviéronse en un espacio cubierto de hierba donde había una antigua fuente pública; subsistía el tazón de hierro del surtidor cegado; pero de la pila rectangular sólo quedaban trozos descalabrados. En torno a ella estaban tres jóvenes, a quienes López hizo la presentación de Reinaldo Solar. Este observó que alguien que estaba con ellos había desaparecido en la obscuridad al llegar él.

Después de un momento de vacilación, uno de ellos dijo:

—Bueno. Entremos.

Reinaldo los siguió. Junto a él iba uno conduciéndolo.

Díjole:

—Estamos muy apenados con usted. Este sitio no es a propósito para recibirlo, pero...

—Comprendo. Francisco López me ha explicado el caso.

—No. No es aquí donde acostumbramos a reunirnos; pero Pancho...

Sonrió antes de decir:

—¡Pancho tiene unas ocurrencias! Seguramente le habrá contado extravagancias. Es un entusiasta, pero tiene la cabeza llena de fantasías. Se ha empeñado en que somos conspiradores y que, por tanto, debemos observar el ritual de los conspiradores de novela: capa con embozos, señales extravagantes con linternas que se apagan y se encienden misteriosamente, silbidos que imitan el buho... ¡Qué sé yo!

Rieron un rato a expensas de López. Luego el desconocido agregó:

—Le hablo así, porque seguramente usted se habrá formado de nosotros un concepto erróneo. Esto mismo de recibirlo en este lugar es una inconveniencia en la que no hemos tomado parte. López nos había hablado de usted, pero no nos dijo que lo traería esta noche. Nos encuentra aquí casualmente.

—Ya había supuesto—dijo Reinaldo—que había entre ustedes personas formales.

Y, para ver la cara de su acompañante, encendió un cigarro.

Reinaldo vió un rostro conocido que expresaba jovialidad y franqueza. Era un estudiante de derecho, con quien se encontrara a menudo en la librería de Menéndez, y por éste supo que se llamaba Eduardo Morales y que poseía un humor alegre y chancero.

Por delante de ellos oíase la voz de Francisco López, que discutía acaloradamente. Morales le gritó:

—¡Pancho, cállate! ¡Tú estás loco!

Y dirigiéndose a Reinaldo:

—Es un tipo excelente. ¡Un pedazo de carne!

Rodearon una casa de dos pisos que parecía deshabitada, y por un boquete abierto en un cañizo que había en la parte posterior de ella penetraron uno a uno.

Morales dijo:

—Amigo Solar, siguen los misterios. Prepárese usted a ver cosas sorprendentes. Ya oirá usted una enigmática gota que cae perennemente sobre una plancha de cinc. A Pancho, el gran Pancho López, se le ponen los pelos de punta cuando la oye. Y eso que ya sabe que no es sino la inocente gotera de una filtración del depósito del baño.

—Pues ya está explicado el carácter de López.

—Exacto.

Y cambiando de tono:

—Aquí vive o, mejor dicho, aquí está escondido un revolucionario, mitad poeta y mitad guerrillero. Si usted le inspira confianza, se dejará ver. Hágase el que no sabe nada. Por eso nos encuentra en estos andurriales; habíamos venido a charlar un rato con él. Se llama Vicente Altivas.

Por una escalera gimiente, que López alumbró con su linterna de conspirador, subieron a un mirador abierto hacia el cauce de la quebrada. López desapareció por una puerta y a poco se oyó un rumor de diálogo. Morales y sus dos compañeros introdujeron a Reinaldo en una habitación obscura, y después de cerrar la puerta, hicieron luz para encender la lámpara que había sobre una mesa.

Morales dijo, ahuecando la voz:

—He aquí el tugurio. El antro misterioso de donde saldrá la luz de los venideros tiempos.

Y el que parecía más grave y formal de los "subterráneos":

—Por ahora trabajamos en el subsuelo; pero estamos pensando en salir a la luz con un periódico.

Entre tanto, oyóse la voz de Francisco López que discutía en la habitación vecina:

—¡Cómo no! ¡Sí, jurará!

Acudió el estudiante que acababa de hablar, y a poco se le oyó decir:

—Pancho, convéncete de que esto es una tontería. Vas a ponernos en ridículo.

Morales preguntó al compañero que se había quedado con él y Solar:

—¿Qué pasa?

—Que seguramente Pancho viene ya con su crucifijo y su revólver.

Morales soltó una carcajada. El otro explicó:

—López se empeña en que todo nuevo compañero se juramente según la fórmula sacramental del beso en el crucifijo ante el cañón de un revólver. Es una majadería que no hay cómo sacársela de la cabeza.

Morales gritó:

—Pancho, chico. ¡Válganos Dios! El señor Solar es una persona seria. ¡Qué juramento ni qué calabazas!

Volvió el estudiante que tratara de disuadir a López, pero éste quedóse en la habitación vecina refunfuñando.

—Bien. Ya sabrán ustedes lo que me trae.

—Enterados—dijo Morales—. Pancho nos contó que tiene usted un proyecto estupendo.

—No es sino el prospecto de una asociación que, en el fondo, coincidirá seguramente con los propósitos de la de ustedes.

López, que acababa de agregarse al grupo, irrumpió:

—La nuestra no tiene propósitos, ni ideales, ni nada; porque entre nosotros no hay quien quiera tomar las cosas en serio.

—No tanto, Pancho—replicó Zozalla.

—Sí. El club tiene tres meses de formado, y ¿qué hemos hecho? Discutir. Nada más que discutir. Yo no veo que hayamos hecho nada.

—Pero, chico, sé sensato. ¿A qué viene eso ahora?—observó Dávila, apenado.

Y Morales, siempre en broma:

—¡Unión, unión! ¡O la anarquía os devorará!...

Alguien, que no era de los presentes, recomendó silencio con un siseo. Los estudiantes callaron, viéndose las caras. Francisco López dijo, con aire receloso:

—¿Oyeron?

Morales ahogó la risa:

—Los misteriosos ruidos, Pancho. Oye la gota implacable: ¡tac!, ¡tac!, ¡tac!... ¡Diuturna! ¡Abracadabrante!

López, amoscado, puso fin a la charla exigiendo a Reinaldo que leyera su Manifiesto.

Reinaldo comenzó a leer.

En la habitación paredaña, cerca de la puerta, atendía a la lectura Vicente Altivas, el guerrillero-poeta de quien Morales hablara a Reinaldo. En su actitud y en sus expresiones se revelaban el interés y el entusiasmo que le despertaba el Manifiesto, escrito como una proclama de guerra, en estilo bélico.

Aplaudiron los circunstantes, y Altivas, saliendo de su escondite, se adelantó, diciendo:

—¡Bravo, joven, bravo! ¡Eso es lo que se necesita decir en este país de pusilánimes!

Y como Morales intentara hacer la presentación, agregó:

—No. Entre nosotros huelgan las fórmulas. Aquí tiene usted mi mano. Hoy aquí y mañana donde mi suerte lo tenga dispuesto. Vicente Altivas estará siempre a su orden.

Era un hombre como de cuarenta años, alto, enjuto de carnes, puro haz de nervio y músculo, modales enérgicos y expresión de varonía simpática. Sus ojos fosforecían de una manera singular; tenía el ademán caballeresco; la voz, recia y clara. En el enardecimiento de la pelea, aquella voz debía vibrar como un clarín de batalla. Descendía de próceres, y su perfil severo y correcto y sus cabellos y barba castaños denunciaban la sangre fina y pura.

Reinaldo le estrechó la mano con efusión. Altivas dijo:

—Ahora prosiga usted su lectura. Ardo en deseos de conocer su valiente y patriótico proyecto. Hace mucho tiempo que no oigo expresar ideas de ese temple.

Reinaldo volvió a sus cuartillas, explicando:

—Lo leído es, como si dijéramos, la arenga; ahora viene la exposición del plan.

—Es decir, el grano. Vamos con él—terció uno de los estudiantes, el llamado Dávila, sujeto de temperamento ex-

cesivamente nervioso, según lo dejaba entender el frecuente pestañeo y el ademán vibrátil.

Y el otro, Agustín Zozalla y antítesis de Dávila por el continente reposado y por la extremada macilencia, creyó necesario una rectificación cortés:

—Lo cual no quiere decir que lo leído sea paja.

—"¡Omne vivum ex ovo!"—exclamó Morales—. ¿Verdad, Pancho? Yo no soy fuerte en clásicos latinos, pero eso quiere decir que todo no puede ser grano.

Celebráronle el desplante, y Altivas dijo:

—¿Cuándo querrá usted ser formal, amigo Morales?

—General, el buen humor es don de los dioses y no se debe despreciar. Yo, para mi gobierno, he modificado el conocido refrán así: "mamando gallo" y con el mazo dando.

Francisco López observó:

—Ya lo sabemos. Donde estás tú, ¡adiós formalidad!

—¡Bueno! ¡Bueno, mis amigos! Estamos interrumpiendo.

Y Altivas, enderezándose en el asiento, preparóse a oír.

Reinaldo reanudó la lectura. Exponía el vasto plan de la asociación que, con un carácter franca y absolutamente civil, formada por elementos incontaminados por las pasiones políticas y por la codicia del Poder, echaría las bases de una Venezuela próspera, honrada y laboriosa.

Concluída la exposición, que a todos pareció una obra maestra, de visión clara y de sorprendente madurez, Altivas observó:

—Pero no se forje quimeras. Tendrá usted que luchar mucho, mucho y duramente, porque no encontrará así como así esos hombres de buena voluntad que secunden su idea. No quiere decir que yo crea que no existen. Sí. Hay muchos, muchísimos, porque este país, que por algo se le compara con el infierno, está empedrado de buenas intenciones.

—Sí—dijo el vibrador Dávila, poniéndose en pie como para soltar una larga perorata—. En Venezuela quedan todavía energías, energías latentes...

Pero López le quitó la palabra:

—¡Energía subterránea!

Y Altivas:

—Los que aquí estamos somos buen ejemplo. En el país hay muchos enamorados de los principios nobles y generosos del verdadero liberalismo, como estos jóvenes, que le han oído a usted con entusiasmo.

Reinaldo dijo:

—Siempre había creído que existieran; pero hace mucho tiempo que esperamos su aparición. Por ninguna parte se ven los signos de una verdadera actividad de esos elementos de civismo.

Y como comprendiese que su idea no había sido bien interpretada, pues de los comentarios hechos por los circunstantes se desprendía claramente que consideraban la Asociación Civilista como un cuerpo político, se apresuró a puntualizar:

—Pero esto no es, ni debe ser, una institución de carácter político. Precisamente es contra esta tendencia que van encaminados los propósitos de la Asociación Civilista. La formarán hombres de todos los credos y agrupaciones, sin otra condición que la de la auténtica buena fe. Braceros, intelectuales, comerciantes, industriales, todos caben en ella, siempre que estén dispuestos a cumplir el sencillo precepto fundamental: que cada cual cumpla su deber particular con honradez absoluta en su hogar y en su trabajo personal. Si esto se realiza, dentro de poco tiempo habrá en Venezuela un grupo de hombres bien inspirados que, sin aparatos ni bullangas y trabajando para sí, trabajen de una manera eficaz para el bien común. Los mejores comerciantes, los más honrados e inteligentes, los mejores agricultores, los profesionales y empleados más idóneos en fin, los mejores ciudadanos, se encontrarán en el seno de la Asociación.

Altivas lo interrumpió:

—Amigo Solar, permítame que le diga que se equivoca usted. Es muy hermosa esa visión suya, de una agrupación de hombres de buena fe, trabajando silenciosamente para el porvenir de la Patria; pero muy utópica, muy lírica.

—Sin embargo, es un ideal realizado en otros países. Yo lo creo perfectamente viable entre nosotros, trabajando así, silenciosamente; procurando cada cual el mejoramiento indi-

vidual haremos patria. Sin que se vea que la estamos haciendo, sin que se proclame a los cuatro vientos, pero de una manera eficaz y perdurable.

Morales observó:

—¿Es decir, como si todo el país fuera un convento donde en cada celda hay una abeja mística que trabaja en la propia purificación espiritual?

—Justamente. Sólo que éste sería un misticismo práctico, del cual saldría el beneficio material: el país floreciente, rico, serio, sabiamente organizado.

—A mí me parece un ideal perfectamente realizable—apoyó López—. Lo que pasa es que para eso se necesita una gran fe y una gran voluntad. Y, como muy bien dice el señor Solar, eso se ha hecho ya en otros países.

—No le diré que no—objetó Altivas—; pero en nuestro país hay que trabajar de otro modo. De una manera más humana.

Y Dávila, con las primicias de su sociología:

—De una manera cónsona con el alma nacional. Porque cada pueblo tiene su característica y es necesario amoldarse a ella.

Y Morales:

—Yo creo que no es incompatible con el espíritu de su asociación darle cierto carácter político.

Reinaldo protestó:

—Perfectamente incompatible, puesto que el fin de la asociación darle cierto carácter político.

de la acción civil, abandonando, de una vez por todas, los azarosos atajos de la política, que es por donde nos gusta andar a los venezolanos.

—La política es la única forma viable de acción personal —tronó Altivas.

Y Dávila, disputándole la presa:

—La única vía de hecho para la acción del individuo sobre la colectividad.

Reinaldo insistía:

—Precisamente, eso es lo que necesitamos combatir: la acción del individuo sobre la colectividad, favoreciendo, por

el contrario, la acción dentro de la colectividad. Todos nuestros males derivan de ese afán de todos los venezolanos por imponer la acción personal. Pero el progreso del país no puede ser obra de uno sobre muchos, sino obra de todos a la vez, resultado visible del mejoramiento espiritual. Y éste es el verdadero ideal de la agrupación, un ideal educativo, casi místico. La Asociación acabaría con las tendencias individualistas dando, precisamente, más fuerza a la acción del individuo dentro de la colectividad.

—¿No cree usted que los partidos políticos logran el mismo objetivo?—murmuró el tímido Zozalla.

—Ya esa experiencia está hecha y no ha dado resultados Quite usted las revoluciones armadas y dígame qué han hecho los partidos políticos.

—¿Y qué piensa usted de las revoluciones armadas?—interrogó Altivas.

—No me parece que puedan defenderse.

—Pues yo sí las defiendo.

Dávila lo interrumpió:

—La guerra es la vía de hecho apropiada a la faz del proceso social que atravesamos. La revolución armada a la americana del Sur es, entre nosotros, la única forma de civismo viable.

Reinaldo no le dejó concluir:

—La revolución armada, a la americana del Sur, es barbarie, puesto que no es sino una vía de hecho del individualismo.

Y Altivas, desatando los agudos de su voz bélica:

—No, Solar. ¡Yo sostengo que no! La guerra no es barbarie. ¡Es energía! Yo soy guerrero y no creo ser un bárbaro. ¡Y si lo fuere, aunque lo sea! ¡Caray! Sé defenderme con razonamientos; pero estoy acostumbrado a defenderme a tiros. Y no me diga que así se defienden los bárbaros. ¡Así se defienden los hombres!

Reinaldo trataba de explicarse, pero él no lo dejaba.

—Con razonamientos no vamos a ninguna parte. Con razonamientos nos demostrarán que no tenemos Patria, ni ideales por los cuales combatir.

Se detuvo para coger aliento, y Reinaldo aprovechó:

—No me dejó usted concluir. Pienso que la guerra no es la solución eficaz, porque guerras ha habido siempre; pero, que yo sepa, de ninguna de ellas ha salido el estado de orden y progreso que se desea. Y no ha podido salir porque la revuelta armada ha sido entre nosotros una forma violenta de evolución democrática.

—¡Ah! ¿Y qué más quiere usted? La democracia es el ideal más alto de la humanidad. Todos los grandes acontecimientos que han conmovido al mundo han sido revoluciones democráticas. ¡Buda es la democracia! ¡Cristo es la democracia!

Y Reinaldo, con una sonrisa:

—No creo que se pueda afirmar que una montonera armada es el grupo representativo de nuestro estado social. Me sería muy difícil convencerme de que veinte o treinta aventureros, ávidos de sangre y de botín, son los únicos idealistas de mi país.

Morales gritó, entusiasmado:

—¡Apoyo!

—¡No! ¡No!—exclamó Altivas.

Y luego, saltando por sobre toda consideración razonable:

—Yo comprendo. Nosotros dos no tenemos ni podemos tener una misma opinión a este respecto. Somos dos extremos: usted es el intelectual, que todo lo analiza y lo somete a razonamientos; yo soy el hombre de acción, que se siente impulsado por una fuerza que no razona, pero que conduce también a un fin noble. Pero el porvenir resolverá y dirá de parte de quién está la razón. Usted fracasará con su proyecto. ¡Ah! Sí. Y entonces comprenderá que soy yo quien está en lo cierto.

Reinaldo comprendió que con aquel energúmeno era inútil discutir ideas y guardó silencio.

Recobróse, al cabo, Altivas, y deteniéndose frente a Reinaldo, sumamente apenado, le dijo:

—Perdóneme, Solar. Me he exaltado sin motivo ni razón. Pero dése cuenta de mi situación: hace tiempo que

estoy encerrado en este escondite, devorándome a mí mismo, comiendo de mis hígados, y esto me ha exacerbado el ánimo de tal manera, que ya ve usted: no sé lo que hago ni lo que digo.

Una hora después, Reinaldo regresaba a su casa con el ánimo turbado por las más contrarias reflexiones. El hallazgo de los "subterráneos" hacíale, por momentos, concebir halagüeñas esperanzas. Aquellos diletantes de conspiradores hacían su aprendizaje en lo fantástico de una sociedad secreta que carecía de propósitos definidos, pero sin duda podían encontrarse entre ellos voluntades y condiciones utilizables. Por pertenecer a una época de absoluta desorientación ideal, aquellas energías jóvenes, como las aguas de las ramblas del monte, tenían que buscar y hacerse sus cauces con la violencia y el desorden de los desbordamientos; pero una vez que las canalizara un propósito razonable y enderezado a un fin positivo, los impulsos locos se convertirían en constancia. Bien podría ser la estrafalaria asociación de los "subterráneos" el núcleo inicial de su proyectada agrupación civilista.

Días después, con ocasión del grado de Antonio Menéndez, fué a la Universidad y allí se encontró con los estudiantes a quienes había conocido en el escondite de Altivas. Formaban corrillo y hablaban entre sí en voz baja. Dávila le dijo:

—Graves noticias, amigo Solar.

—¿De qué se trata?

—Vicente Altivas desapareció anoche.

Y López agregó:

—Parece que se fué esta madrugada disfrazado de arriero.

—Parece, no. Positivo. Lo sé por alguien que lo vió y habló con él.

Y Dávila se restregó las manos con un gesto de alegría infantil, para decir:

—La revolución es un hecho. Todo el país está movido.

Con esta noticia, no le fué posible a Reinaldo atender al discurso de colación de grado de Menéndez. Antes que concluyera el acto abandonó el salón y bajó a los patios en

busca de aire y de soledad. Caminó por los claustros silenciosos, meditando:

—Este mal es incurable. Está en la sangre. Somos incapaces para la obra paciente y silenciosa. Queremos hacerlo todo de un golpe; por eso nos seduce la forma violenta de la revolución armada. La incurable pereza nacional nos impulsa al esfuerzo violento, capaz del heroísmo, pero rápido, momentáneo. Después nos echamos a dormir, olvidados de todo. ¡Todo o nada! Pueblo de aventureros que sabe arriesgar la vida, pero que es absolutamente incapaz de consagrarla a una empresa tesonera. Al fin nos quedaremos sin nada.

Por los largos corredores revolaban las golondrinas que venían a guarecerse en sus nidos, entre las maderas de los techos; los pájaros nocturnos, que pasaran el día adormilados en los caballetes de la techumbre patinosa, empezaban a abrir en el aire crepuscular sus alas pardas, punteadas de blanco; un rayo de sol doraba el cimborrio de la iglesia de San Francisco; todo el viejo edificio conventual se anegaba de atardecer. Y aquel aire dorado dentro del recinto del antiguo convento, adecuábase, como una pátina del tiempo, a las masas pesadas y chatas de la arquitectura colonial.

Reinaldo pensaba:

—De aquí salen los segundones de nuestra democracia, aventureros también. El mayorazgo de la energía y de la voluntad va a los campamentos; los demás vienen a esta Universidad a pulirse las inteligencias, para introducirse por asalto o por sorpresa en esa aristocracia del talento, que, como la de la sangre, es, entre nosotros, oclocracia de advenedizos.

Y abarcando con la mirada la masa entera del edificio de la Universidad, la apostrofó:

—¡Casa de los segundones! ¡Hermana menor de la revuelta armada! Tú también tienes la culpa.

IV

—¿Y cómo fué eso? Cuéntame—decíale Carmen Rosa a Graciela, una tarde, mientras discurrían, cogidas de las manos, por un sendero del jardín doméstico.

—¿Qué he de contarte? Yo misma no sé cómo fué.

—Pues ¡mira que es raro! Que una no se dé cuenta de lo que hace a sabiendas.

—Ese es tu error; esas cosas no se hacen nunca a sabiendas. Vienen por sí mismas, como si estuvieran dispuestas de antemano.

—¡Chica! No te remontes por esas filosofías de quinto piso y llama a las cosas por su nombre: que te enamoraste. Eso es todo.

—Pero eso no es explicar, porque yo misma me pregunto: ¿cómo y cuándo empezó a suceder eso?

Y Graciela rió de su propia confusión.

—Yo lo esperaba—dijo Carmen Rosa.

—Tú no podías sospechar nada. Que Antonio Menéndez se detuviera una tarde en una ventana a conversar conmigo, no es motivo suficiente para suponer que había amor de por medio.

—Pues ya ves que lo había.

—No lo había; empezó a haberlo—rectificó Graciela, sonrojándose.

—Lo mismo da—concluyó Carmen Rosa, y soltando la mano de la amiga se acercó a un rosal y púsose a quitarle las flores deshojadas.

Graciela la miró largamente y una sombra de congoja pasó por su rostro.

—Comprendo lo que te pasa—pensó—. Te habías hecho la ilusión de que Reinaldo y yo... Pero, hija, ¿qué le vamos a hacer? Si él no quiso...

Carmen Rosa, sin volver el rostro, tornó a decir:

—Lo esperaba. Y es muy natural. Antonio Menéndez es un joven interesante y amable. Yo sé de positivo que hace tiempo pensaba en ti.

Graciela no respondió y fué a sentarse al borde de la pila que había en mitad del jardín. Hundiendo sus dedos en el agua distrájose en mirarlos, en espera de que se desvaneciese el resentimiento de Carmen Rosa, cuyos ojos, ¡bien lo adivinaba ella!, seguramente estaban humedecidos de lágrimas.

—¿Verdad que hay personas desafortunadas?—dijo Carmen Rosa.

—Según y cómo. Muchos hay que han tenido en la mano todo lo que han podido desear y lo han desechado. Por esto o por aquello.

—Es verdad. A veces sucede eso.

Y después de breve pausa, volviéndose de pronto hacia la amiga:

—Te hice esa pregunta pensando en mí.

—Y pensando en ti te la contesté. Tú también, en un momento, has tenido en la mano lo que después has echado de menos y no supiste adueñártelo.

—Si te refieres a Pablo Leganez, te equivocas.

—No me vengas con cuentos. Estuviste enamorada de Pablo Leganez.

—¡Tonta!

Y acercándose más, le habló en tono confidencial:

—Seamos francas. Has dicho que hay personas que han tenido en la mano todo lo que han podido desear y lo han desechado. No te referías a mí, ¿verdad?

Graciela le respondió, con pleno dominio de sí misma:

—Bien sabes tú que no.

Miróla Carmen Rosa con la expresión de quien quiere ver a través de los ojos el fondo del alma:

—¿Y no te da miedo, Graciela?

—¿Qué estás diciendo?—replicó Graciela con un gesto de dignidad ofendida.

—Que me parece que has jugado con tu corazón.

—Tú no sabes de eso. No juzgues lo que jamás podrás comprender.

Siguió un momento de silencio, que a ambas pareció infinito.

Fué una pausa, una brusca interrupción de la continuidad de aquel afecto que se profesaran desde niñas, y una y otra, temiendo que aquella pausa, como la mancha de aceite en el papel, se extendiera y empañara para siempre la tersura de la amistad profundamente enraizada en sus corazones, atormentáronse la mente buscando la palabra o el ademán que las reconciliase.

Y fué Carmen Rosa quien dijo la primera, con dolorido acento:

—Graciela, no recordemos jamás esto.

—Convenido. Pero antes de olvidarlo, expliquémonos. Tú sabes muy bien que entre Reinaldo y yo no ha mediado jamás sino un cariño de hermanos. Que de este cariño al otro no había sino un paso, no te lo negaré. Pero quien había de dar ese paso era él, y por esto o por aquello, no lo dió nunca. ¿Qué me tocaba hacer a mí? ¿Esperar como las vírgenes prudentes del Evangelio? Además, yo no abandoné un afecto por otro; el que le tenía a Reinaldo, sigo teniéndoselo; el otro se me dió de añadidura. ¿Cómo y cuándo? Ya te digo: no sé. Imagínate que al lado de una mata que tú te la pasas cuidando con mucho cariño, con la ilusión de las flores que te ha de dar, aparece un día una matica que tú no has sembrado y que, sin que te des cuenta, con el agua que riegas a la otra, se alimenta y empieza a crecer y a echar sus pimpollos. ¿La arrancarías? ¿No, verdad? Pues eso es lo que me ha pasado. Un día me encontré con Menéndez en la calle: Adiós. Adiós. Y nada más. Al día siguiente vuelvo a encontrarlo. La misma escena. Otro encuentro y otro y otro, y yo pienso: ¡qué casualidad! Se repite la cosa y yo me digo: ¡hum!, ya esto no es casualidad. Hasta que por fin me doy cuenta de que al salir de casa la primera idea que se me viene a la mente es ésta: ¿lo encontraré hoy? Luego, una tarde, se para en mi ventana; hablamos de cosas indiferentes, y al despedirme me dice: hasta mañana. Hasta mañana, le respondo yo. Ahí tienes tú todo lo que ha sucedido; te lo aseguro que entre nosotros no se ha pronunciado todavía la palabra "amor".

—Ni hace falta, ¿verdad?

—¡Qué ha de hacer!

Y Graciela, sonrojándose, rió alegremente.

Nuevo silencio y un unísono suspiro de ambas, y Carmen Rosa dijo:

—Tienes razón.

Acercóse a un rosal y tomando una que se doblaba bajo el peso de sus pétalos, volvió junto a Graciela y se la prendió al pecho. En un rapto de efusión, Graciela la abrazó y la besó. Luego, Carmen Rosa le dijo:

—Vete. Es hora de que pase y no te va a encontrar.

—Si me echas, no me queda otro remedio que irme.

—Sí. Te echo.

Y Graciela salió de carrera, dejando en el aire la sonora estela de su clara risa.

Carmen Rosa fué a sentarse en el borde de la pila.

Florecían las orquídeas de Pablo Leganez. De las cepas adheridas a los troncos de los árboles o aprisionadas en rústicas cestas que colgaban de las enramadas, surgían profusas corolas de variadas formas y matices: la flor de mayo blanca, rara y preciosa, las del suave color de las amatistas y las lilas, y aquellas donde el oro, desde el más desvaído tono hasta el más vivo y llameante, se iba acendrando; los pelícanos de delicioso y vago aroma; las macetas floridas de los chuchos, como enjambre de doradas avispas; las varas de los mayitos, en cuyas puntas el aire suave hacía temblar una mariposa policroma; la flor lívida, semejante a una araña repleta de sangre succionada, de la mulata, que sólo medra en los claros de sol.

Aquella aparición de las orquídeas que empezaban a abrirse con los soles floridos de abril y duraban hasta que mayo moría, era para Carmen Rosa una vacación espiritual dentro de su monótono vivir casero. Con el alba levantábase y pasaba todo el día en el corral contemplando y cuidando sus flores, recogiendo de cepa en cepa una sorpresa agradable cuando descubría alguna recién abierta, nueva en su colección, o atisbando con impaciencia el lento medrar de las cepas que no habían florecido todavía.

Aquella tarde, como viera doblegarse a un soplo del vien-

to una flor de mayo ya mustia, viniéronsele a la mente pensamientos desapacibles.

—Pasado un mes, nada quedará de todo esto. Todas las flores se habrán caído y volverán a quedar las matas solas, sin adorno, todo el resto del año. Se me acabará, pues, esta distracción tan sabrosa, ¡la única!, y volveré a mi vida de siempre. Es triste tener que llamar una a su vida la de siempre.

Hizo una pausa, y luego, de pronto:

—¡Pero qué tonterías y qué disparates se me ocurren! Como si la del mundo fuera la vida; como si la única verdadera no fuera la otra, la de Dios.

Con este argumento quiso reprimir sus pensamientos, que quién sabe por qué atajo de disipaciones querían desbocarse; pero nunca, como entonces y muy a pesar suyo, le habían parecido aquellas palabras que acababa de pronunciar tan vacías de sentido.

Volvió a decirse, para tranquilidad de su conciencia:

—Será porque uno no alcanza nunca a darse cuenta de lo que debe ser la otra vida. Además, ¿por qué ha de ser pecado que yo piense con tristeza que mi vida sea así?, ¡tan igual siempre, tan monótona!; ¿en qué puedo ofender a Dios con esta simpleza?

Nueva pausa, y otra vez el tenaz escrúpulo:

—Pero ¿qué estoy pensando? ¿No le ofrecí al Señor esta vida en cambio de la que no tuve el valor de abrazar, como se lo había prometido? ¿Qué se me habrá metido hoy en la cabeza? ¿Será el sol que he llevado? Hoy he estado mucho tiempo al sol... Había aporcado el cuadro de las dalias. ¿Qué más hice?... ¡Ah!... Sí. Puse injertos de "Reina de las nieves"... Sembré unas estacas... Quité el gusano a los crisantemos.

Y con este recuento del trabajo del día procuraba sujetar su pensamiento. ¡Bien sabía ella que allá, en la corriente subterránea de su conciencia, había un remolino tenaz, una idea fija, porfiada, perversa como una tentación del Maligno!

—Y después dicen que la soledad es la mejor compañera

del alma. ¡Qué de cosas que nunca se me habían ocurrido! ¡Perdóname estos pensamientos que no son míos, Señor! La cabeza me da vueltas; ya estoy viendo la lluvia de estrellas. ¡Jaqueca segura! Debe haber sido el sol y tanto perfume... ¡La pobre Graciela! Bien se merece ser feliz.

—Fué el sol. Acaso es poco el que has llevado hoy—decía Ana Josefa, en la noche, mientras ponía en las sienes de la hija tiernas hojas de rosa, untadas de un bálsamo anodino, y que al punto se mustiaban como puestas al rescoldo.

Cuando la jaqueca cedió, Carmen Rosa quedóse dormida y tuvo un sueño extravagante:

Era un convento de la orden de Flor de Mayo. Las monjitas vestían hábitos muy raros: blancos, lilas, morados, amarillos, y todas tenían nombres de orquídeas. Todas las mañanas aparecía una nueva monjita, y la comunidad iba aumentando, cubriendo todo el jardín, llenando todos los rincones. Cierto día apareció una nueva hermana de hábitos blancos que imitaban la forma de una paloma: era la hermana Espiritusanto. Aquello anunciaba desgracia, y la campana del convento empezó a doblar. ¿Por qué se había empeñado Reinaldo en que tuviera aquella mata de mal agüero, que florece raramente y sólo para anunciar desgracia? ¡Reinaldo tenía unos caprichos! No la había dejado meterse al convento. ¡Reinaldo era el sol! Era el sol; su madre lo aseguraba...

Al amanecer, Carmen Rosa abandonó el lecho. Sentía la cabeza hueca y vacía, y a cada movimiento brusco sentía un golpetazo de dolor en el cráneo, como si adentro llevase una bola de hierro que rodaba y chocaba contra los huesos lacerados. En busca de la frescura sedante del aire matinal, se fué al jardín, y allí, bajo las últimas estrellas, empezó a hacer sus oraciones.

La alborada sobre el corral le produjo el sentimiento de una serena posesión del mundo, que se otorgaba a ella, como un don gracioso, con el más puro aspecto de su belleza. Y este pensamiento la confortó el espíritu.

Cubrían el cielo menudos cirros que iban poco a poco

coloreándose y desvaneciéndose. Un aire fresco empezaba a moverse entre las ramas, comenzaba la parlería de los pájaros y las copas de las altas araucarias recogían la primera chispa de sol.

Bendita sea tu pureza,
y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea
en tu graciosa belleza.

El surtidor de la pila comenzó a sonar: llegaba el agua. A ratos saltaba un chorro, quebrando en el aire su vara cristalina. Por las ramas de los árboles, dorando los troncos, bajaba el sol.

Terminadas sus oraciones, sereno ya el espíritu, y entregándose a las caricias de la mañana fresca y luminosa, volteó un pensamiento hacia las ocurrencias de la víspera, como se vuelve la vista para mirar a quien pasó y no tornará jamás.

No habían sido delirios precursores de jaqueca. Hacía varios días que venía experimentando el bullir intranquilizador, aunque todavía impreciso, de aquellos pensamientos. Esta era la causa de las repentinas melancolías, de la laxitud de la voluntad, de aquella sensación de desgonzamiento y marasmo de los miembros, de aquellos súbitos accesos de nerviosismo que le hacían experimentar la dulce necesidad del llanto.

El médico de la familia, consultado sobre el caso, dió una explicación materialista: la sangre pobre no irrigaba bien los centros vitales; debía tomar hierro a pasto. Reinaldo, sin duda, comprendió mejor que el médico; pero, por salir del paso, había dicho despectivamente:

—Sensiblerías de mal gusto. Romanticismos.

Pero la verdad era que Carmen Rosa atravesaba una crisis espiritual. El propósito, largamente madurado, de consagrarse a la vida religiosa, había ocupado de tal modo su alma, que en ella no hubo, por mucho tiempo, cabida para ningún otro deseo. La voz interior, que repetía como un ritornelo: "Cuando Sor María de la Luz...", y que al principio había sido la áspera y gruesa voz del padre Moreno, había

ido poco a poco espiritualizándose, como una melaza en una alquitara, hasta convertirse en la de una íntima y deliciosa aspiración de su alma, que resonaba sobre el silencio de las ilusiones ahogadas al nacer, así como en la dulzura triste de una tarde, sobre un paisaje de yermos, resuena el eco de un cantar lejano.

Y de este modo, por virtud de la fantasía, lo que en sus comienzos fué sólo sugestión momentánea de un nombre pintoresco—María de la Luz—, llegó a cobrar la fuerza y la dureza de una firme resolución cristiana.

El propósito fracasó cuando Reinaldo, de vuelta de Europa, y enterado por Ana Josefa, la llamó a su escritorio y poniéndole en las manos un fajo de billetes de banco, le dijo, con una concisión inmisericorde:

—Sé que tienes pensado meterte en un convento. No será por mí que no lo realices. Aquí tienes el dinero que te corresponde. Y te vas cuando quieras. Cuanto antes, mejor.

Aquella brutalidad la había sorprendido y anonadado. Recordó después que, sin saber lo que hacía, había cogido el dinero que el hermano le daba y que, con el haz de pringosos papeles en la mano apuñada, había permanecido, quién sabe cuánto tiempo, enclavada en el sitio, sin noción de sí misma, hasta que la madre, que había presenciado la escena sin intervenir, por imposición de Reinaldo, cuando éste las dejó solas, se echó sobre ella llorando.

¿Por qué al volver de su estupor desistió de su propósito? No podía decirlo. Durante aquella pausa, algo más poderoso que ella le enajenó la voluntad y extirpó de su corazón hasta la más pequeña raíz de aquel deseo místico.

El padre Moreno díjole después que había sido el demonio de la soberbia y del despecho; y así debió de ser—pensaba ella—, puesto que durante los días consecutivos pudo observar que su corazón se había vuelto insensible a toda emoción.

Nada le importaba la tribulación de la madre ni el mal humor del hermano, y cuando Graciela, con sutiles razonamientos se empeñaba en demostrarle que el verdadero sacrificio meritorio a los ojos de Dios lo había hecho al re-

nunciar a su idea de meterse al convento, puesto que sacrificaba el egoísmo en aras de la caridad cristiana, para con la madre que se hubiera quedado desamparada, y, sobre todo, para con el hermano, cuya alma, alejada de Dios, se habría perdido irremisiblemente, ella, hermética y empedernida, la oía sin escuchar y a veces le daban ganas de decirle:

—No me hables de sacrificio ni de merecimientos. Yo no he pensado en nada de eso que dices. Yo no soy la que tú te imaginas.

Aquel estado de ánimo había tenido una crisis inesperada: entonces fué una violenta ansia de gozar la vida, una desazón parecida a la impaciencia y no experimentada jamás. Como un metal precioso que va descubriendo su brillo bajo la mano que frota la costra patinosa, así fué revelándose imperiosamente la sensibilidad de su cuerpo, y fué para ella un goce nuevo e intenso aspirar largamente un perfume, hundir el rostro entre un manojo de flores cuajadas de rocío, sumergir los brazos, lenta y voluptuosamente, en el agua de la pila entibiada por el sol; abandonarse en la hora ardiente del mediodía, después del amuerzo, bajo el toldo de un árbol, y allí, entre el vaho canicular que se levantaba de la tierra y el estridor de las chicharras, que se extendía por el aire resplandeciente como una cúpula de sonoro metal que vibrase, anegarse en aquella sensación de sí misma que le producían el ritmo de su corazón y el calor de su aliento y la presión de su sangre bajo la piel sensibilísima.

De aquel sopor voluptuoso sacábala, a menudo, un sobresalto del alma que se sentía sorbida por la imperiosa materialidad; pero, bajo forma diferente, el tentador no tardaba en volver al asalto de aquella presa apetecible.

Una tarde, Carmen Rosa estuvo largo rato ante el espejo, luchando con la rebelde lisura del cabello acostumbrado a la crencha austera; otro día, remiróse en el sonrosado brillo de las uñas, que se las había pulido Graciela con traviesa intención, y como viese que este afeite asentaba bien en sus manos bonitas, compró un estuche, que fué para la madre motivo de sorpresa y alegría y asunto de misteriosos cuchicheos con Reinaldo.

En esto llegó abril y empezaron a florecer las orquídeas. Como todos los años, trajéronle el recuerdo de Pablo Leganez. ¿No fué, por ventura, un comienzo de amor aquella simpatía que él había despertado en su corazón? Reconstruyó los deliciosos paseos dados al lado de aquel hombre alegre y buen mozo, en cuya mano cálida y vigorosa tantas veces se apoyó ella para salvar la zanja de la acequia o trepar por el empinado repecho, y en cuyos ojos tantas veces sorprendió la mirada honda que la contemplaba largamente.

Reconstruyó, asimismo, las bulliciosas conversaciones con él, en sabrosos coloquios consigo misma, hablando alto, en la discreta soledad del corral, confundiendo el recuerdo con la imaginación, engañando la desesperanza con el ensueño.

"—¿Quién va a enamorarse de mí, Pablo?"

"—¡Diantre! Cualquiera que tenga ojos y corazón!"

Y entonces sobrevino el dulce deseo de estar triste. Buscó los rincones penumbrosos; añoró un poco más; experimentó estados de ánimo inexpresables: la inquietó el oculto sentido de las cosas sencillas, se preguntó por qué y para qué, todos los días, un mismo pajarillo venía y se posaba en silencio en una misma rama.

Pero, al cabo, el curso de sus pensamientos volvió al enajenado cauce. Un viejo amigo, la *Imitación de Cristo,* tornó a decirle olvidadas cosas. El sol del yermo cristiano le mustió la flor del ensueño, mucho antes de que los soles de mayo marchitaran las últimas orquídeas, y ya ni siquiera pudo oir, como voz de promesa, aquella dulce voz del ritornelo místico: "¡Cuando Sor María de la Luz!...", porque ya esto también había dejado de ser esperanza.

V

—Pero ¿te has vuelto loca, Rosaura?—exclamaba la señora de Sojo, alarmada por lo que acababa de confesarle su hermana, la de Mendeville.

—Tú no puedes comprenderme, María.

—¡No, no! ¡Ni quiero comprenderte! Prefiero creer que te has vuelto loca.

—Comprendo. Como tú has encontrado en la vida lo que buscabas, te parece un absurdo que me rebele contra el destino que la sociedad me ha impuesto.

—Pero si esa suerte contra la cual protestas la escogiste tú libremente. Te casaste con Luciano porque lo querías.

—Tú sabes que no es verdad. ¡Cuántas veces me reñiste porque yo me burlaba de él, apenas volteaba la espalda! ¡Cómo me criticabas que me durmiera mientras me hacía la visita de novio! Me casé, como te casaste tú: porque éramos huérfanos y debíamos procurar aligerar a papá de su carga. Pero tú corriste con suerte, encontraste un hombre digno de ti.

—Mejor que Luciano no lo hay en el mundo.

—¡Por Dios, María! No confundas. Luciano no es un hombre bueno, sino un buen hombre. Hay alguna diferencia entre una y otra cosa.

—Te quiere, te idolatra.

—Sí. Pero yo no puedo quererlo.

—Porque se te ha metido en la cabeza el jovencito ese. Bien me lo decía el corazón; desde que conocí a ese joven me pareció sumamente antipático. ¡Si lo tenía pintado en los ojos!

Rosaura Mendeville soltó la risa. La hermana le dijo con indignación:

—No te rías, Rosaura.

—Es que me acuerdo de tu ocurrencia. Me dijiste: "¡Jesús, chica! A ese joven no se le puede ver la boca sin pecar con el pensamiento. Parece que se la hubiera hecho el mismo diablo".

La señora Sojo no encontraba las palabras para expresar la estupefacción que le causaba la tranquilidad, verdaderamente cínica, con que su hermana trataba aquel grave asunto. La veía definitivamente perdida, y aunque no quería pensarlo, la idea se le venía a la mente: pervertida.

Rosaura Mendeville lo leyó en sus ojos, y enseriando súbitamente, se puso de pie y dijo:

—¿Crees que no me doy cuenta de la situación? ¿Te imaginas que soy una mujer corrompida? Tú nunca me has comprendido. A mí nadie me ha comprendido nunca. Primero, todo eran chiquilladas, necedades de niña boba que la daba por ponerse a llorar sin motivo; después, fueron caprichos de muchacha mal criada y voluntariosa que la cogía por burlarse del novio, porque sabía que esto mortificaba a los demás, a papá, que se remiraba y relamía de gusto en presencia del inmejorable Mendeville, que era todo un buen partido; a ti, que pasabas la vergüenza de tener que decirle: "Rosaura no está aquí", cuando yo me acostaba temprano para no recibirle la visita; finalmente, fueron majaderías de mujer sin corazón, que no le importaba hacer sufrir al marido. Nunca se ha preocupado nadie en pensar que yo podía tener mis penas, mis tormentos morales, que no pedían reproches, sino consuelo y ayuda.

—Así dicen todas.

Rosaura se sintió injuriada por la frase de la hermana, que la confundía con una pecadora vulgar, con una viciosa que busca en el amor lo que tiene de más abyecto. Quedósela viendo, sin hallar qué decir.

Entre tanto, la señora Sojo se levantaba dispuesta a despedirse. Rosaura la detuvo.

—María. Me calumnias. Me calumnias.

—Déjame, Rosaura. Mejor es no seguir tratando de esto. No te imaginas la repugnancia que me produce esta escena.

—Pero no me condenes sin oírme. No...

El llanto estranguló su voz. Lloró largo rato, abrazada a la hermana, sacudiéndola bajo la violencia de la pena que agitaba su cuerpo. Luego se desprendió de ella y le dijo, entre sollozos:

—Tú tampoco puedes imaginarte cómo he luchado yo contra esto. Al día siguiente de casada aborrecía a mi marido, y fuí a casa de papá, tú lo sabes, a decirle: ¡líbrame de este hombre a quien desprecio con toda mi alma, con todas las fuerzas de mis entrañas! Papá me habló del deber y me rechazó fríamente. Desde entonces empezó la batalla perenne, de todos los días, de todas las horas, y cada vez se

hacía más grande el aborrecimiento que aquel hombre me inspiraba. Yo no te he dicho nunca por qué lo aborrecía tanto; pero tú has debido adivinar que ese hombre me había injuriado con una sospecha atroz, hasta el punto de...

La señora Sojo hizo un movimiento de repugnancia.

—No lo digas, Rosaura.

—¿Es repugnante, verdad? Comprendes ahora lo que he debido sufrir al lado de ése que tú has calificado siempre de marido ejemplar? Pues bien, yo me sacrifiqué al deber. Me sacrifiqué por ti, que no te habías casado todavía, y por papá. Pero yo había nacido para amar mucho y para ser amada, y como en mi matrimonio no podía haber amor, lo busqué en Dios. Entonces fué aquel meterme diariamente en la iglesia, que tú me censurabas. Hasta que llegué a resolver meterme en un convento. No lo hice porque ya era madre y la esperanza de un hijo me sostuvo. También me has criticado siempre mi extremado amor a Olguita, de lo cual se quejaba Luciano, recurriendo a ti para que intercedieras, porque yo no quería ni verlo. Creí que me bastaría mi hija.

—Y ha debido bastarte. Por eso me parece que es una locura imperdonable lo que estás haciendo.

—Pero ¿tú no comprendes, María, que una mujer como yo no podía, por más que quisiera, renunciar a su juventud? Sin embargo, todavía luché. Me abrecé a la música, como a una tabla de salvación; me enamoré de Chopin para no enamorarme de otro hombre, ¡para serle fiel a Luciano!

—¿Por qué te has cansado de luchar?

—¿Sabes tú, acaso, si me he cansado de luchar? Ahora lucho más que nunca.

—Pero, Rosaura, tú no reflexionas. ¿Crees que es manera de evitar la tentación estar en ella a toda hora? Deberías salirte de esta quinta, cuyo aislamiento te perjudica; irte a Caracas, a una calle céntrica, donde todo el mundo te vea. Necesitas desvirtuar las murmuraciones que puedan correr.

—Que están corriendo.

—¿Y lo dices con esa tranquilidad?

—¿Quieres que me eche a morir porque la gente mur-

mura de mí? Dime tú quien está libre de las murmuraciones del prójimo.

—En este caso son fundadas. Ya que no quisiste irte con tu marido a Ciudad Bolívar, donde sus negocios reclaman su presencia, has debido quedarte a la vista de todo el mundo y no en esta quinta, demasiado discreta. Aunque no tanto para que la gente que pasea por la avenida no haya visto cosas nada regulares.

—¿Cuáles son esas cosas? Di.

—Reinaldo Solar te visita a menudo.

—Viene a oir música. Puedes tener la seguridad de que no ha habido en mi vida horas más puras, más santas, que las que pasamos aquí, olvidados hasta de nosotros mismos. Solamente el arte nos ocupa. ¿Es que no tengo derecho a tener amistades que me comprendan y compartan conmigo mi amor al arte?

—También se ocupan de leer libros perversos, como ese drama cuyo argumento me referiste hace poco, y que te tiene la cabeza llena de atrocidades—díjole mostrándole un ejemplar del drama de Ibsen, *Casa de muñecas,* del cual le hablara Rosaura con entusiasmo dos días antes, y que permanecía allí, en una mesa de la sala. Y concluyó:

—Ya sé cuál es su intención. Te ha traído ese libro para convencerte de que cuando una mujer está en un caso semejante al tuyo, tiene derecho a disponer libremente de su persona, hasta abandonando a sus hijos, para salirse con la suya.

—Chica, eres demasiado perspicaz, demasiado maliciosa.

—Yo no sé lo que soy. Pero sí sé que no deben ser muy santas las horas que ustedes pasan aquí.

Ofendida, Rosaura asumió una actitud de desdén.

—Tú no podrás comprender nunca ciertas cosas, María.

—Te repito que no quiero comprenderlas.

Hubo una pausa. María recorría la salita, deteniéndose en las consolas, para contemplar un retrato o un objeto, que parecían interesarla y que soltaba en seguida sin haberse fijado en él.

—¡En fin!—dijo Rosaura—. Cada una hace de su capa un sayo. Yo estoy dispuesta a no seguir siendo burguesa.

María se detuvo frente a ella, mirándola como si quisiera penetrarla hasta el fondo del alma.

—¿Y qué es lo que vas a ser, desgraciada? ¿No se te ha ocurrido pensarlo? ¿Sabes el nombre que vas a merecer?

—No lo pronuncies, María—atajó Rosaura, temerosa de que su hermana profiriese la palabra atroz.

—Sin embargo, sería bueno que te lo dijera claramente. Te serviría de remedio para curarte de esas fantasías que se te han metido en la cabeza.

—¿Crees que no lo he pensado? Demasiado sé cuál será mi destino; pero es mi destino y es inútil resistir más. Sólo te digo una cosa, María: todavía no he caído. Pero si ésa ha de ser mi suerte, no me culpes a mí sola. En realidad, yo no soy sino una desgraciada mujer que se ha creído con derecho a la felicidad, como todo el mundo y como no la ha encontrado por el camino recto, se ha decidido a echar por el atajo.

Desesperada de no lograr hacerla entrar en cordura, la hermana recurrió a la tentativa suprema: enternecerla para que pudiese oir la voz del corazón, que lo tenía amoroso y vehemente.

—¿Y Olguita, Rosaura? ¿Qué será de ella?

Rosaura permaneció un rato en silencio. Luego respondió, lentamente, fríamente:

—Es el precio de la felicidad.

La señora Sojo se apartó de ella, horrorizada, y salió sin despedirse.

Rosaura permaneció pensativa. Luego salió al balcón para llamar a la hermana que se alejaba por el sendero del jardín sombreado por los pomagás, hacia la puerta, en la cual esperaba un coche; pero comprendió que no tenía nada que decirle, pues entre ellas acababan de ser pronunciadas las últimas palabras.

El sol de la mañana brillaba en las hojas de los árboles y sobre los tejados de la ciudad que se divisaban por entre los sauces que bordeaban el curso del río. En el fondo, el

Avila—el monte que Reinaldo Solar llamaba suyo—reposaba lleno de luz gloriosa, con sus cumbres despejadas en el azul puro.

—¡Quién viviera allí!—murmuró Rosaura—. Lejos del mundo, oyendo perennemente la "armonía de las esferas".

Era una frase que le había oído a menudo a Reinaldo Solar, cuyo sentido ella no comprendía enteramente, pero que le parecía hermosa, como todo lo que él le decía durante aquellas veladas que pasaban allí en el discreto apartamiento de la Quinta de los Pomagás.

Recordó que la víspera, contemplando el paisaje plateado de luna, había concertado un paseo al pueblecito que desde allí se divisaba al extremo de la avenida, y le pareció que no podía negarse a ir, porque, como ya le había dicho a su hermana, si aquello era su destino, era inútil resistir. Abandonó la sala, llamando a la hija, que acababa de atravesar corriendo por el jardín.

Poco rato después, Reinaldo, que venía en dirección contraria a la que ella llevaba, hízose el encontradizo.

—¡Olguita! ¿Vas a pasear?—preguntó a la niña, cuya presencia lo intranquilizaba, despertándole escrúpulos.

—Vamos hasta allí. ¿Tú no quieres venir también?

—¿Quieres que te acompañe?

—Sí. Yo le tengo miedo a los bueyes y por ahí hay muchos. Vente con nosotras para que los espantes si nos embisten.

—Bueno. Vamos.

Rosaura exclamó, disimulando su turbación:

—¡Las cosas de los muchachos! ¡Qué felicidad!

Reinaldo la miró hondamente. Un germen obscuro del cual parecía que por momentos iba a brotar un zarzal de odio, se agitaba en aquel instante en el fondo de su amor a aquella mujer. Era el disgusto, la repulsión de sí mismo, que experimentaba cada vez que se veía en el caso de servirse de la inocente complicidad de la niña.

Caminaron buen espacio en silencio. Olguita iba delante, saltando y charlando. Reinaldo no quitaba de ellas sus ojos y pensaba:

—¡Esto es inicuo!

Rosaura suspiraba a menudo. En su interior resonaba implacable la frase de la hermana: "¿Sabes el nombre que vas a merecer?" Pero al mismo tiempo disfrutaba la voluptuosidad de su locura; como la jovencita con el primer amor, ella se complacía en pensar que estaba locamente enamorada, hasta el punto de no preocuparse por la inconveniencia que cometía.

Llegados al extremo de la avenida, siguieron por un callejón que conducía a La Vega, a través de los cañamelares. A poco de andar, apareció el pueblo, tras un recodo.

El sórdido caserío, formado de ranchos de paja, se desparramaba por un terreno quebrado, entre tunas y cardones que se alzaban como alarde de fertilidad de la tierra rojiza. Circulaba por allí gente desarrapada, en la tierra escarbaban animales y muchachos en hambrienta camaradería. Un perro saludó a los paseantes con un gruñido hostil, mientras un chico, desnudo y horriblemente sucio, corrió a ponerse en salvo en la puerta del rancho donde vivía y desde allí los miró pasar, huraño y medroso.

—¡El salvajito!—exclamó Rosaura contemplando el cuerpo ventrudo y canijo del negrito.

Su voz hizo acudir a la madre del chico. Sus ojos, horriblemente blancos por el contraste con el color de la piel, se clavaron hostiles en los paseantes que iban a turbar la tranquilidad del vecindario.

En las palizadas secábanse sórdidos harapos; en los interiores, diverso trajín e idéntica miseria; aquí una mujer que lavaba, batiendo ruidosamente los trapos percudidos contra las piedras del embostadero; allí otra que, arremangada, amasijaba el pan con rápido movimiento de las manos; a veces, una que se entretenía en hurgarle los piojos a una muchachita de cabellos bravíos y rojizos por efecto del sol y de la intemperie; o una que, más desocupada, sentada a la puerta del cubil, hablaba con alguien que debía estar dentro, pero que no respondía, dando la impresión de que hablase a solas. Entre todos los oficios, esta holganza era lo más frecuente: en casi todos los bohíos había gente ociosa, sentada a la

sombra exigua de los aleros, en los escaños de las puertas mano sobre mano y la mirada hundida en una abstracción de embrutecimiento. Y este sinquehacer de la absoluta miseria condensaba en los interiores un ambiente de paz imperturbable.

Más adelante comenzaba el pueblo, propiamente. Predominaba el ocre, en la calle sin empedrar y en las fachadas de las casas inconclusas, o que nunca serían concluídas, por los huecos de cuyas puertas y ventanas entreveíase un cielo de añil crudo o trozos de un paisaje que adquiría un prestigio singular, por la virtud del marco, evocador de ruinas y tristezas.

Excitado por la presión de sus sentimientos, Reinaldo Solar hablaba copiosa, gallardamente:

—¿Quería usted que yo le sirviese de "cicerone"? Para desempeñar bien mi papel tendría necesidad de mostrarle, como única cosa digna de importancia, la sencillez misma de esta vida y de estas almas. Mire usted. Todas las puertas se abren indiscretas, divulgando el secreto de los interiores llenos de colores obscuros y simples. Al pasar, nos detenemos a mirar hacia adentro, y ya habrá reparado usted cómo el asombro y la curiosidad de adentro proporcionan motivos estupendos que un pintor podía trasladar en cuadros sugerentes. En aquella casa fué un grupo de niños que jugaban en el patio y se detuvieron a vernos. ¿Recuerda cómo les brillaban los ojos en las caritas llenas de sol? Aquí, estas mujeres que hablan con palabras que no oímos, mientras trabajan. ¡Mire, ahora han levantado las caras de la labor! Todas se sorprenden de nuestra curiosidad y se preguntarán, probablemente: ¿qué verán tanto para adentro?

—Sonríen apenadas—dijo Rosaura.

Reinaldo continuó:

—Y nos miran, a su vez, para que no les robemos, sin darse ellas cuenta, el secreto de su vida interior. Nosotros preferimos verlas trabajar sin que se den cuenta de que las contemplamos, porque, indudablemente, tenemos mucho de ladrones. Algunas lo han comprendido y han mandado cerrar las puertas. Otras veces no hemos podido ver la vida;

pero siempre hemos encontrado algo sencillamente bello: ¡patios bañados de sol, un poco de azul por encima de los tejados, un gajo florido en el aire luminoso! Y como nuestros ojos, nuestros oídos también han sorprendido algo al pasar: trozos de conversaciones familiares, de uno de esos diálogos sin asunto, empezados nadie sabe cuándo y que terminan con la vida misma. Rendijas de almas, a través de las cuales vislumbramos interesantes episodios, tragedias quizá, donde seguramente no hubo sino un acontecimiento vulgar. No hemos visto nada todavía y, sin embargo, hace rato que estamos en presencia de la única cosa interesante que existe sobre la tierra: la vida simple, la vida de todos los días, hermética en su sencillez, pero colmada de sugerencias. Lo que no tiene finalidad aparente ni se manifiesta con aparato, la que asemeja al hombre con el tallo de hierba que da su flor sin saberlo ni desearlo. Hace rato que estamos en el corazón de este misterio inefable; sin darnos cuenta hemos tratado de escrutarlo; pero de ese misterio, a la vez interesante y trivial, no poseeremos jamás el secreto. Abriríamos las puertas cerradas, nos insinuaríamos para sorprender en las almas el minúsculo pensamiento que alegra o tortura, la angustia insignificante: por el marido que llegó de la calle sombrío, por el hijo que se demora en el mandado, por el jornal que no alcanzó para el pan de la familia, por la hija malenamorada que está en peligro; la tragedia cotidiana que escarba silenciosamente en el corazón, abriendo las heridas incurables del dolor sin nombre; la alegría pequeñita que apenas hace sonreír y, sin embargo, está allí, sosteniendo la vida, como el agua de los fondos. Trataríamos de descifrar esos sencillos misterios que una mano invisible va grabando en el corazón humano; pero nada lograríamos. La vida huraña se escaparía a sus refugios inexpugnables y no encontraríamos angustia que no sonriera para engañarnos, ni alegría que se atreviese a ser francamente risueña.

Rosaura lo escuchaba embobada. Aquellas palabras le infundían un sentimiento inefable, mezcla de admiración y de respeto. Era el recogimiento que produce la revelación de un alma que se muestra a través de una palabra, que puede

ser sencilla y trivial, pero que trae y despide el olor indefinible de la pura esencia humana.

Así llegaron a una plazoleta cercada con palizada de alambre, entre la iglesia y la jefatura civil. Reinaldo le invitó a sentarse allí un rato.

En la plazuela, sola y silenciosa, discurrían por los senderos abiertos entre la hierba dos palomas picoteando. Ahuyentándolas, traspasaron el cercado dentro de cuyo recinto se hacía más grata la eglógica quietud aldeana. Olguita corrió tras las palomas, cuyo aleteo turbó un momento el silencio. Sentáronse Reinaldo y Rosaura en un canto de piedra tumbado bajo un cedro, a manera de banco.

En la calle, junto a una alcantarilla, esperaban pacientemente mujeres y muchachos, mientras un hilillo de agua, turbio y moroso, iba llenando los cántaros, uno a uno. Los que esperaban su turno miraban en silencio y fijamente el agua. De la iglesia salió una mujer con medallas al pecho; dentro de la Jefatura se conservaba monótonamente, y aquel rumor parecía llenar todo el pueblo; desde las puertas de las casas próximas las mujeres observaban a los forasteros, con la misma expresión azorada y furtiva de las palomas que habían vuelto al sendero. Olguita, con las manos cruzadas bajo la espalda, las contemplaba embelesada. En el aire diáfano, los colores tenían una palidez y una inocencia de cromo.

Reinaldo hizo la observación, y Rosaura agregó:

—Cromo de aldea, donde apenas falta el cura viejecito bendiciendo a un niño arrodillado. He visto tantas veces ese cromito.

Reinaldo volvió a decir:

—¡Qué fracaso si apareciera el cura de este pueblo! Por momentos espero verlo asomar en el altozano: alto, huesudo, huraño, con el ceño fruncido por la elaboración del sermón próximo, porque entre las jactancias de esta parroquia no es la de menos esta de tener un cura elocuente, tribunicio.

—¿De veras? Pues nada más natural que saliera a componer el sermón paseándose por el altozano. ¿Y cómo em-

pezaría ese sermón? "¿La paz sea con vosotros?" Seguramente empezaría así. ¡Es tan apacible este lugar!

—Pero seguramente el orador ha agotado ya ese evangélico motivo y hay que buscar otro, nuevo y más humano.

—A ver. ¿Cuál sería?—preguntó Rosaura, gozosa de provocar la charla de Reinaldo.

—Veamos. Veamos qué se ocurre. Yo sé que el cura trata preferentemente sobre temas de oportunidad, para fustigar a los feligreses empecatados. Imagínese que sucediera un escándalo.

—Eso—interrumpió Rosaura jubilosamente—. Supongamos que un día aparece en el pueblo una mujer hermosa... y...

—Justamente. Una cigarra entre las hormigas.

—¡Anjá!

—La pecadora ha venido en busca de descanso.

—Y en el pueblo no se habla sino de ella: sus trajes vistosos y descocados, sus coloretes, la manera de recogerse las faldas, sus sombrillas rojas como amapolas...

—Perdón. Como las cayenas. Tiene más color local.

—Pues como las cayenas. Las madres cristianas y timoratas temen por sus hijos en peligro.

—Y las muchachas no dejan de pensar en ella y a veces se asustan de sus propios pensamientos. Lo que significaría para estas hormigas esa cigarra. La vida anodina, aburridora, sin amor y sin dolor; la semana para el trabajo, el domingo para la misa y el fastidio...

—Marta y María.

—Y si conocieran la evangélica elección de Jesús, ¡cuántas Marías! A menos que en el sermón el cura se decidiera por Marta, aun a riesgo de desacreditar a Jesús.

—Deje usted quieto a Jesús.

Y Rosaura rió largamente. Luego dijo:

—Pues ya tiene el asunto del sermón del señor cura que tantos quebraderos de cabezas le estaba costando.

—Si no me ayuda usted, no salgo del atolladero. Le doy las gracias en nombre del cura.

Pero Rosaura atendía a otra cosa.

—Mire—le dijo—. Todas las pueblerinas se han asomado a las puertas a vernos.

Una misma idea atravesó la mente de ambos y guardaron silencio. Al cabo de un rato volvieron a un tiempo las cabezas. Miráronse a los ojos y turbáronse como si se hubieran visto las almas. Rosausa dijo la primera:

—¿Nos vamos?

—Si usted lo desea.

—Sí. Creo que ya hemos visto todo lo que había que ver.

Reinaldo volvió a mirarla, para decirle intencionadamente:

—Y hemos sabido todo lo que había que saber, ¿verdad?

Enrojeció ella, y respondió:

—Vámonos. Vámonos.

De regreso, apenas cruzaron algunas palabras. Cuando llegaron al sitio donde Reinaldo se les había reunido, éste se despidió, preguntándole:

—¿Hasta la noche?

Ella asintió moviendo la cabeza.

En el almuerzo no probó bocado. Sentía sobre el pecho una presión agobiadora y a cada momento la asaltaban ganas de echarse a llorar. Luego se encerró en su alcoba y lloró largamente. Olguita, pegada a sus faldas, asustada de aquello no acertaba a comprender, no hacía sino mirarla fijamente. La madre la abrazaba de pronto, en arrebatos frenéticos, y la besaba hasta fatigarla.

Luego, extenuada y con el espíritu más sereno, se salió al corredor que daba al jardín y se puso a leer el *Rafael*, de Lamartine, que era la lectura de sus crisis románticas.

En la noche, después de acostar a Olguita, besándola muchas veces, se aderezó como para una fiesta y se fué al saloncito del piano, a esperar lo que "había de suceder".

Toda su vida giraba alrededor de aquel momento de ansiedad voluptuosamente dolorosa; con la tenacidad de una obsesión, reconstruía una y otra vez las horas vividas al lado del marido y le parecía imposible que no hubiese sucedido antes aquello "que iba a suceder ahora".

Reinaldo llegó, como siempre, furtivamente. Se saludaron en silencio, como si temieran a sus palabras, y ella se sentó al piano.

—¿Beethoven o Chopin?

—Beethoven.

Ella hubiera preferido la música de Chopin, más adecuada a sus sentimientos, y miró a Reinaldo con expresión de mudos reproches y comenzó a tocar "La Appassionata".

Reinaldo experimentaba una pena áspera. Otras veces la soberana belleza de aquella sonata, a través de la cual pasaba el atormentado espíritu del músico genial, lo había transportado a esferas luminosas donde se escuchaba el ritmo inefable del mundo espiritual; pero ahora le era imposible libertarse de la violencia de su propia pasión exasperada.

Y un sentimiento imprevisto, que lo turbó como la presencia de un huésped misterioso, se adueñó de su alma: era una rabia sorda, un odio obscuro hacia aquella mujer que había abolido totalmente su vida interior.

Rosaura concluyó de tocar, casi jadeante. Una oleada de sangre le arrebolaba el rostro; dentro del escote la carne suave del regazo se hinchaba de alientos hondos y angustiosos. Permaneció en el piano, con los dedos inmóviles sobre el teclado y los ojos bajos.

Reinaldo se acercó a ella, le tomó las manos y la hizo ponerse en pie. Un momento llegó a temer de sí mismo, porque se sentía dominado por el bestial impulso de rencor; pero advirtió una sombra de infinito sufrimiento en la faz que acababa de aparecérsele encendida de deseos, y una oleada de ternura humana le brotó del corazón.

Ella lo miraba asustada y esperaba resignadamente. Todavía quiso resistir y echó la cabeza atrás, suavemente; pero los besos de Reinaldo la alcanzaron en los ojos, en la boca, sosegados, casi puros...

VI

El sol de la mañana doraba las copas de los cipreses del patio, aquellos dos cipreses simbólicos que plantaran el día

de su boda los fundadores de la casa; en los caballetes dormían unos pájaros nocturnos; por los corredores discurría un soplo de brisa, sigiloso y suave como el paso de un espíritu. Había un silencio hondo, una paz conventual en toda la casa.

Carmen Rosa levantaba de cuando en cuando la cabeza fatigada, hacía una aspiración larga y profunda, con la punta de los dedos se apartaba de la frente un rizo tenaz y volvía a inclinarse sobre el bordado.

—¿Qué se habría hecho de Pablo Leganez?

Era una obsesión dulce y triste que revelaba el ansia resignada de su juventud en crisis. Por allá dentro, junto al arcón de caoba, Ana Josefa estaba, seguramente, revolviendo sus billetes y listas de lotería; en el alto, Reinaldo escribía; y en medio de estas dos vidas, cada una consagrada a sus preocupaciones: la de la madre, a la infantilidad de sus cábalas; la del hermano, a sus empresas; la suya, pobre vida de mujer sin ilusiones, languidecía, como una flor en jarro seco, en el recuerdo del joven ingeniero que un día trajo la alegría sana y turbadora de su risa.

Avivárase esta nostalgia con la noticia que Graciela Aranda le había dado la noche anterior: el domingo próximo se cruzarían los aros nupciales ella y Menéndez. Por la amiga se había alegrado; pero luego, al meterse en su cama, pensando en ella e imaginándosela casada y feliz, con un niño en los brazos, se le ocurrió de pronto aquella interrogación que dirigía al destino, a la ley inmisericorde de su vida, a Dios:

—¿Qué se habría hecho de Pablo Leganez?...

Entró una vecina. Traía en la mano un libro de oraciones, pringoso por el frecuente manoseo, y en las ropas olor de sacristía. Se sentó. Le preguntó por qué no había ido a misa.

—Porque no. ¡Qué sé yo!

—Te veo y no te conozco—exclamó la beata, abriendo mucho los ojos.

Y ella explicó, sin levantar la vista de la labor:

—Me levanté muy tarde, cuando daban último. Anoche dormí mal. Tuve jaqueca.

La vecina siguió charloteando, y luego, como si no hubiese ido a ello y se le acabase de ocurrir:

—¡Ah! Tengo que darte una noticia: ayer recibí carta de Clarita Reinoso. Está de lo más contenta. ¡Me dice tantas cosas!, ¡tantas cosas!

—Yo también recibí carta suya.

—¿Anjá? Pues que las hermanas y que la quieren mucho. Que el convento es como un pedazo de cielo, que hay un silencio tan grande, ¡tan grande!, que se sienten volar los ángeles.

—Eso mismo me dice.

La vecina agotó el tema; dejó saludos para Ana Josefa y se fué, satisfecha de haber cumplido aquello que creía un deber: el asedio implacable de Carmen Rosa, para despertarle en el corazón el abandonado propósito.

Carmen Rosa se quedó pensando:

—¡Un silencio tan grande que se sienten volar los ángeles! ¡Hasta Clarita Reinoso realiza sus deseos!

Sintió en la escalera los pasos de Reinaldo, que bajaba del alto. Dejó el bordado y salió a su encuentro. El hermano, con un rollo de papeles en la mano, se disponía a salir. Ana Josefa, que saliera de su escondite, le preguntaba cuando ella se les acercó:

—¿Esas son las escrituras?

—Claro está. Estas son—respondió Reinaldo de mal humor.

Carmen Rosa cruzó con la madre una mirada rápida, de reconvención, y acudió a barajar el tema:

—Anoche estuvo aquí buscándote Antonio Menéndez. Le dijimos que creíamos que te habías quedado a comer en el Club. ¿Te encontró?

—Sí.

—Por supuesto, para darte la noticia, ¿no es verdad?

—¿Cuál?

—Su compromiso. ¿No te dijo que el domingo cruzan los aros?

—¡Bah! Había anoche cosas más importantes de qué tratar. Eso me lo había dicho hace días.

—¡Chico! ¿Y no nos habías dicho nada? ¡Si es una gran noticia?

—Para los que se ocupan de esas nimiedades—replicó Reinaldo con supremo desdén, dirigiéndose a la puerta de la calle.

Ana Josefa intervino:

—Dios que los ha premiado, tanto a él como a Graciela.

—Pues a quien Dios se lo da...—concluyó Reinaldo.

Carmen Rosa comprendía que tal conversación no era grata al hermano y guardó silencio; pero Ana Josefa continuaba, sin darse cuenta:

—Y hace muy bien Menéndez en pensar en formalizar eso, porque Graciela es una muchacha que se lo merece.

Ya en la puerta, Reinaldo se revolvió para preguntar a Carmen Rosa:

—¿Vino la mujer de quien te hablé?

—¡Ah, sí! Se me olvidaba decirte. Le di los cien bolívares que le dejaste. Se puso muy contenta; hasta lloró, que su...

—¿Que su qué?

—Bueno, su... compañero. ¿Cómo es que se llama él?

—¡Eso! ¡Su compañero! ¿Te parece calificativo indigno?

—Como dices que no son casados...

—Ni falta que hace.

—Pues te mandaba a decir que quiere que te traigas el cuadro para acá, porque y que ya no tiene esperanza de poderlo concluir. Que se siente muy mal. Y que no dejes de ir a verlo siempre que puedas; que cuando te oye se siente mejor.

—¡Pobre Riverito!

Y Reinaldo salió a la calle pensando en aquel tímido pintor de "Los sembradores", a quien años atrás había galvanizado con su entusiasmo ante el cuadro viviente de los mendigos que cultivaban la tierra detrás del Asilo. Sentía que gravitaban sobre él tremendas responsabilidades. Su prédica del deber de expatriación, que destruyó después cuan-

to en aquella mañana habría dicho sobre la necesidad de echar raíces en el propio suelo, y su viaje a Europa habían caído como una definitiva losa de desengaños sobre el desorientado Riverito. Abandonó el cuadro inconcluso, buscó consuelo en la bohemia tabernaria, donde otros fracasados como él engañaban, con una grotesca parodia de Montmartre, su esencial incapacidad para todo lo que fuese aliento generoso; enamoró a una muchacha que vivía en "Agua Salud" y que pasaba todas las tardes, de regreso del trabajo en la cigarrería, atravesando el Viaducto del Calvario, frente a la capillita de los cipreses, en cuya escalinata él acostumbraba a sentarse a contemplar la gloria, también fugaz y desvanecente, de los incomparables crepúsculos de Caracas; la sedujo y la sacó de su casa; buscó trabajo en una litografía, y se hundió para siempre en la miseria y en la bohemia, en compañía de aquella muchacha, que le resultó buena y honrada y en la cual sembró hijos raquíticos, como los mendigos de su cuadro, porque él también era un lisiado, un mútilo de la voluntad, un escombro que se desmoronaba en silencio, allá cerca de aquellas otras ruinas del Lazareto, donde tantas veces conversaban en las jubilosas tardes de aquellos días de esperanzas. Luego, agotado por el rudo trabajo, por el hambre mal aplacada y por la desbordada incontinencia del tímido que atraca tardíamente su barca de castidad en el ribazo del amor, su miseria fisiológica lo entregó sin defensa al blanco Moloch de la tuberculosis.

—Y todo esto—se decía a sí mismo Reinaldo—es la obra de esos cambios de dirección, de una de esas contradicciones de mi voluntad. Nuestra vida no nos pertenece a nosotros solos; es también una propiedad de los demás. Yo he cometido un verdadero despojo con ese pobre Riverito, que se apoyó en mí para andar su camino.

Entretanto, en su casa, las mujeres se habían quedado haciendo otros comentarios.

Carmen Rosa sentía que en su interior algo muy recóndito se rebelaba contra aquel ciego amor que siempre profesara al hermano.

Reinaldo jugaba con la voluntad de los demás, como las

criaturas con los gatos domésticos que se les apegan, mansísimos, pacientes.

—Bien sabía él que Graciela lo quería, y hasta hubo un comienzo de amores... Y aquella otra pobre América Peña, a quien dejó así... ¡Y ahora esa infeliz mujer de Mendeville, cuya reputación está en boca de todo el mundo, vuelta trizas! ¡Mal hecho, mal hecho! Después vienen los arrepentimientos, cuando se comprende que se ha podido ser bueno y no se quiso ser.

Al cabo de análogas reflexiones, Ana Josefa preguntó:

—¿Hoy es cuando Reinaldo va a firmar el contrato de arrendamiento?

—¿No viste que llevaba las escrituras?

—¡Qué disparate va a hacer ese niño! ¡Al fin y al cabo Yaguarín se quedará con la hacienda, a cuenta de las mejoras que le haga, porque Reinaldo no tendrá con qué pagárselas!

—¡Para lo que está produciendo la hacienda! Mortificaciones y disgustos. Reinaldo le echa las culpas a tío Agustín, y tío Agustín a Reinaldo. Yo no sé quién tenga razón, pero lo que es cierto es que "Los Mijaos" ya no es ni la sombra de lo que era antes. La última vez que fuí me dió dolor ver cómo se habían perdido todos los tablones.

—Pero si Reinaldo no se ocupa de eso. Meses enteros se le pasan sin ir por allá.

—Ni se ocupará nunca. Por eso es mejor acabar de salir de ese quebradero de cabeza. Nos reduciremos a vivir de lo que pague Yaguarín por el arrendamiento. La tranquilidad de la vida vale más que todo.

—¿Nos reduciremos? ¿Acaso Reinaldo es hombre que pueda privarse de ciertas cosas? Y ahora menos, con esos enredos que tiene con la señora ésa. Y para colmo, la fulana Asociación que se le ha metido entre ceja y ceja. Un dineral va a invertir en ella. Ya veo el resultado y no muy lejos: la ruina. Dentro de poco tendremos que vender esta casa para comer y después nos quedaremos a la buena de Dios. Por mí no lo siento. Para los años de vida que me

quedan... Por él es que me angustio. Reinaldo no ha nacido para pasar trabajos.

Y al cabo de un rato:

—Y por ti.

—Por mí no te mortifiques. Lo mismo me da una cosa que otra. ¡A mí no me importa que se pierda todo!

—Eso es. No te importa. Por eso conviniste tan ligero en eso del arrendamiento. Como tú no piensas sino en el convento.

—¡Mamá, por Dios! Lo único que he pedido siempre es que me dejen tranquila. Yo no me meto con nadie, ni exijo nada.

—Como tú no vives en el mundo...

—Será porque me he acostumbrado a que en este mundo no ha habido nunca nada para mí. Pero no me quejo.

—Yo no sé por qué lo dices.

Y en seguida, con lágrimas en los ojos:

—No merezco que me hagas esos cargos. Yo me he desvivido por ustedes dos, sin preferencias. Tú sí que tienes especiales extremos para Reinaldo. Te miras y te deseas para complacerlo en todo; basta que él quiera algo para que tú convengas sin protestar. La prueba es esto del arrendamiento de la hacienda. Has podido oponerte, con perfecto derecho, y no lo hiciste. ¿Y con lo de la ida al convento? Bastante lloré y te supliqué que no me dejaras sola, que esperaras a que yo muriera. Y tú, ¡como si tal cosa! Pero llega él, te tira tus reales en las manos, te dice que te vayas inmediatamente, sin consideración ni lástima de ninguna especie, y tú, ¡más mansa que el Cordero Pascual!

Carmen Rosa se levantó de su asiento súbitamente y se metió en su cuarto, rompiendo a llorar. Ana Josefa permaneció en el corredor, con la frente sobre una mano, llorando también. Luego, alarmada por aquel llanto de la hija, fué allá a consolarla, a tranquilizarla. Sentíase culpable, le parecía que había sido excesivamente dura e injusta, que había dicho palabras muy crueles, y, apesarada, medrosa, con ganas de estallar también en un llanto gritado, de sincero arrepentimiento, como si fuese la más malvada persona del uni-

verso, se acercó a la hija, se sentó a su lado en silencio y al cabo de un rato, insinuando en los cabellos de ella una tímida caricia, comenzó a decir:

—Carmen Rosa...

—Déjame, mamá. Déjame llorar...

Mientras tanto, Reinaldo había llegado al hotel donde se alojaba el general Yaguarín González, a quien arrendaría "Los Mijaos".

Era el hombre un hermoso espécimen de esas razas vigorosas y brutas que se incrustan en la general debilidad fisiológica de la población venezolana, como una cuña inquietante en un leño blando; un indiazo alto, membrudo, que tenía una cara pavorosa, y a lo largo de ella, desde la cabeza, atravesándole la frente, partiéndole la pelambre de la ceja izquierda y bajándole por las mejillas, una espantosa cicatriz de un machetazo. Estaba sentado al borde de la cama, en almillas, limpiando el cañón de un revólver, con un tabaco en la boca, contra la comisura izquierda, mascado, más que fumado. Los gruesos bíceps y los pectorales abultados como mamas, parecía que iban a hacer estallar la franela; el cabello liso, negrísimo y recién cortado, se levantaba recto sobre un cráneo pequeño.

Al ver a Reinaldo dejó el revólver en el velador y le tendió la diestra, en el cual resplandecía un brillante escandaloso. Rió con estrépito:

—¡Ja, caranche! ¡Cómo me encuentra usted! Pero no se preocupe; en un brinco ya estoy aperao. Siéntese. Aquí estamos en campaña. Y pa que usté vea, así es que me gusta a mí. Por eso siempre que vengo a Caracas me hospedo en este hotel, donde le ponen a uno el cuarto pelao, sin ninguno de esos dengues de los hoteles de lujo. Aquí estoy yo como en mi casa; porque yo ando siempre escotero, como decimos allá, ¡pa no pisame el rabo! ¡Ja, ja, ja!

Entretanto, se ponía la camisa, haciendo esfuerzos para reducir a la disciplina del cuello el formidable pescuezo. Con la congestión del rostro el costurón de la cicatriz se ponía tenso y luciente. Comprendió Yaguarín que Reinaldo se fijaba

con espanto en aquello y explicó, con una tranquilidad perversa, que era un abuso de su hombría:

—Un machetacito que me dió el difunto, porque le quité la mujecita.

Aquella sencilla manera de decir que había matado al adversario, aterrorizó a Reinaldo. Yaguarín, como lo advirtiera, soltó una carcajada.

Terminó de vestirse, se puso el revólver al cinto, se asentó en la cabeza el panamá, cogió su bastón, un bastón de palo de oro con un grueso y complicado puño de ese metal, donde lucían sus iniciales, y mientras se aseguraba la leontina de cochanos, dijo a Reinaldo:

—Bueno, amigo Solar. Yo estoy a su orden. ¿Usté trajo los papeles?

—Sí. Aquí está el documento.

—El documento. Anjá.

Lo cogió y comenzó a leerlo mientras salían.

—Bueno, yo supongo que debe está conforme a lo que convinimos ayer con el doctor abogado.

Y luego, ya en el coche que los llevaba al Tribunal.

—Pues sí señol, aquello está muy malo, muy abandonao. Es un puro rastrojo, y perdóneme la franqueza. Se conoce que ha estao en manos de gentes que no saben agricultura. Yo hago negocio polque..., en fin, francamente, polque usté me ha caío en gracia. Soy más ñongo pa meterme en estos negocios de arrendamientos... No me gustan. Prefiero comprá por too el cañón. Pero como usté dice que la finca es un recuerdo de familia...

Reinaldo lo oía con profundo disgusto.

Si el abuelo hubiera sospechado que tal cosa habría de suceder, con sus propias manos le habría dado fuego a la hacienda. El, que se mostraba tan fiero y soberbioso cuando le mostraba los agujeros de las balas en la fachada del antiguo repartimiento de los esclavos de "Los Mijaos", como una muestra de lo cruda que fué la contienda, allá en los tiempos de la Guerra Federal, entre los Solar y los Yaguarín.

Menester era confesar que él no había sido digno de la

herencia del laborioso abuelo; en aquella tierra de sus antepasados él no había hecho sino medrar, como las malas hierbas, lo mismo que a la sombra de la tradicional prestanza de su apellido no había hecho sino dilapidar su juventud en vanos alardes.

Pero no. El sí tenía una obra que bien valía una vida. La Asociación Civilista era ya un hecho y una prueba de su constancia. Precisamente debía reunirse aquella misma mañana para constituir la mesa Directiva.

Y una vez más, Reinaldo hizo el voto de consagrar todas sus fuerzas a la realización del proyecto.

Firmó el documento de arrendamiento y se despidió de Yaguarín, rechazando la invitación que éste le hiciera "a celebrar el negocio con unas copas".

VII

La sesión se efectuaría en el bufete del doctor Lorenzo Allende, y cuando Reinaldo llegó había allí plétora de asociados. Poetas que acreditaban el calificativo de líricos con que se designaba, en bloque, a todos los adscritos al naciente Cuerpo; un abogado que tenía figura y espíritu de ganzúa, pues con las mañas de su ciencia se habían abierto todas las puertas de lo vedado, y que ahora iba allí, pasado por esa agua lustral de nuestro fácil olvidar, en la cual se bañara con una conferencia que tenía escrita sobre las causas ético-sociales del peculado, asunto que, indudablemente, conocía a fondo; historiadores que habían abierto picas de ignominia en el bosque sagrado de las glorias pretéritas, para que por ellas discurriese, de brazo con las sombras augustas de los héroes, el irrisorio procerato de un megalómano, para cuyo allanamiento fué necesario inventar una geometría que se fundaba todo en este axioma: la distancia más corta de "abajo" a "arriba" es un discurso; sociólogos de esos que desempeñan en las "jóvenes democracias" el papel de los antiguos arúspices, sustituyendo la voluntad de los dioses por el "determinismo de la historia", las leyes del "proceso evo-

lutivo", las "características de las razas", etc.; intelectuales de la más variada especie, desde el que lo era de verdad y se movía dentro del reducido horizonte de una reputación modesta, pero auténtica, como un honrado barco mercante con las bodegas abastecidas y el rumbo bien enderezado, hasta el que pirateaba en el mar sin fin de la cultura libresca, al abordaje de toda brillante idea ajena, para desembarcarla de contrabando ante la estupefacción de los tontos; hombres sencillamente serios y bien intencionados que iban con la buena disposición de hacer lo que se pudiese en servicio de aquel ideal de civismo; jóvenes que "debutaban en la actuación pública", como había dicho, alevosamente, un periodista, y que llevaban puestas en la generosidad de su juventud, fe en la obra y confianza en el buen éxito.

Toda aquella legión estaba dispuesta a emprender la gárrula campaña culturista, para propagar las ideas de progreso que, conforme a los ideales de la Asociación, debía esparcirse por todo el organismo nacional, como una substancia de vitalidad imperecedera que llevase a cada célula el elemento adecuado imprescindible.

Indudablemente, corrían tiempos de delicioso candor nacional. Todo el mundo estaba convencido de que, para salvar, restaurar y engrandecer la Patria, bastaba con la prédica constante y elocuente, hecha en toda la República por oradores entusiastas.

De sobra había quienes dijesen las milagrosas palabras; la lista de los conferenciantes asociados crecía por momentos: poetas, novelistas, historiadores, médicos, abogados, ingenieros, todos habían escrito conferencias sobre temas de la respectiva especialidad.

Tan abundante cosecha de palabras hacía que Reinaldo Solar temiese ver sepultadas las ideas esenciales de su proyecto, pues recelaba que después de aquella inquietante facundia que iba a desencadenarse sobre el país, sobreviniese un silencio definitivo, fastidiado el público de oir tanta lindeza sin substancia y cansados los oradores de predicar tanta doctrina que no profesaban. Pero, a falta de cosa más con-

creta y positiva, había que contentarse por el momento con aquello y fomentar la garrulería de los conferenciantes.

Por otra parte, la flora intelectual se había enriquecido por aquellos días con preciosos ejemplares olvidados o ignorados. De todos los puntos del horizonte, del exterior y de las provincias acudían a Caracas genuinos representantes de la intelectualidad venezolana. De muchos de ellos no se sabía hasta entonces que lo fueran; pero la prensa lo afirmaba rotundamente y había que creerlo.

Reinaldo Solar se había impuesto la tarea de conocerlos. Siempre había alimentado la esperanza de ver aparecer algún día toda una pléyade de esta rara especie, seguro de que, cuando tal cosa sucediese, empezarían a palparse, como realidades tangibles, cuantos habían sido hasta allí sueños imposibles: la restitución de la pirámide invertida a su posición normal. Y aunque casi siempre salía descorazonado de tales visitas, su fe no desmayaba. Cualquier día, cuando menos lo pensara, iba a toparse con "El Hombre". El tenía el presentimiento de "El Hombre" y quería creer que las señales del tiempo anunciaban que había llegado por fin la hora.

Al entrar, Lorenzo Allende lo presentó a dos de estos recién llegados famosos.

Era uno de ellos el doctor Andrés Molinos, su compañero de viaje a quien oyera decir la frase que había sido el "deus ex machina" de la Asociación Civilista; y el otro, don Justiniano Olmedo sujeto paquidérmico, acabado de llegar a la provincia.

Olmedo musitó su nombre, y después de dar a Reinaldo una mano muy áspera y sudorosa, enganchó los pulgares en las bocamangas del chaleco y se quedó así, hermético, inquietante. Era un sabio. A nadie le constaba; pero todo el mundo lo decía. Un verdadero y profundo pozo de ciencia, que acaudalara sabiduría en largos años de obscura filtración, allá en su pueblo llanero; pero sabiduría empozada, de esa que no corre, y no corriendo no fecundiza.

Andrés Molinos reconoció a Reinaldo y le estrechó la mano efusivamente, diciéndole:

—Tenía grandes deseos de conversar con usted.

Y en seguida, con un cambio brusco de la atención, dirigiéndose a Olmedo:

—Usted debe tener un libro que me interesa mucho.

—¿Cuál será?

Molinos entornó los ojos como si hiciera memoria; pero de nuevo, súbitamente, cambió de pensamiento y dijo a Reinaldo:

—Me gustó mucho la frase final de su conferencia. "Y yo prometo grandes cosas."

Pero Reinaldo no le dió importancia al elogio, pues comprendió que no había que fiarse mucho del pensamiento saltarín de aquel hombre, que parecía padecer una enfermedad de la atención, si no fuese que la tenía ocupada toda con la idea fija de lograr un ministerio, como tenía que suponerlo por lo que le había oído decir a su regreso de Europa.

Al mismo tiempo, pudo hacer otra valiosa observación: de la inquietante faz de Olmedo acababa de borrarse el gesto de displicente superioridad con que acogiera su presentación, y ahora lo miraba como a una persona cuya importancia no se había tenido en cuenta.

Molinos volvía a decir, después de haber estado unos momentos como en la luna:

—Ya, hablando con el doctor Olmedo, le había dicho que de esta Asociación Civilista pueden salir cosas estupendas.

—Un ministerio—pensó Reinaldo.

A tiempo que Olmedo, moviendo la cabezota atestada de sabiduría:

—¡Ah, sí!

—Yo tengo mi idea—concluyó Molinos, guiñando un ojo con un aire picaresco de mucho cáracter—. Pero no hay que violentar los acontecimientos. Ellos vendrán a su hora. Es cuestión de saber esperar, que en estos casos es la gran ciencia. Por el momento, bien está la cosa así como la vamos a hacer.

—Cuestión de oportunidad—apoyó Olmedo.

—A mí me pareció muy acertado su plan, doctor Olmedo. Sólo le haría unas pequeñas objeciones de detalle.

Y en seguida a Reinaldo, como para enmendar su incorrección:

—Por supuesto que tenemos que ponernos de acuerdo con usted, que es el promotor de la obra.

Pero ya Reinaldo sabía todo lo que le importaba saber: aquellos hombres tenían puestas sobre la Asociación sus miras torcidas, aunque seguramente bien enderezadas al logro de sus ambiciones personales.

Ganas tuvo de decirlo como lo había pensado; pero comprendió que no era prudente precipitar los acontecimientos. Eso sí, se prometió para sus adentros no permitir la intromisión de Olmedo y Molinos en los asuntos de la Asociación. Ya se dejaba ver que eran buenos pájaros de presa y que estaban dispuestos a caer sobre lá que les estaba deparando la buena fe de unos cuantos entusiastas.

Y se separó de ellos para acercarse a otro grupo instalado cerca del balcón.

Estaban allí el poeta José Leonárdez, la más pura, sólida y brillante reputación de su época, y el ironista Rafael Sierralta, para quien no había puesto en el encasillado literario, pues sólo practicaba la literatura hablada, demostrando una gran inteligencia tan desordenada como clara y vivaz, y un fondo de ingénita bondad, salpicada de escepticismo burlón.

Reinaldo les estrechó las manos con verdadero placer. Aquellos dos hombres lo reconciliaban con sus compatriotas. Con ellos estaban Antonio Menéndez y el cronista Gonzalo Andral, gran admirador de Reinaldo, en quien encontrara las características de un Mesías intelectual que, a su decir, hacía tiempo que tenían prometido las señales del tiempo, concretando su pensamiento en esta frase, que repetía en todas partes: Reinaldo Solar, joven señor de familia prócera, es el hidalgo venezolano que, en un rapto de aristocrático capricho, empuña la pluma como sus abuelos la espada, para honra y provecho de la Patria.

Sierralta dijo:

—Aquí, compañero, componiendo el país. En estos días no encuentra usted a un compatriota que no esté haciendo lo mismo. Venezuela es un zapato roto que se lo están disputando muchos remendones.

Gonzalo Andral desmigajóse de risa:

—¡Qué mordacidad la de éste!

—Sí. Esto me hace pensar que no somos tan malos como parecemos. Somos malos, no porque pensemos con malicia, ni porque tengamos mala índole, sino porque comemos muy mal. No somos un pueblo de bribones, sino de dispépticos. Lo que tenemos enfermo no es la conciencia, sino el estómago. Los griegos le pedían a los dioses: griegos y no bárbaros, hombres y no mujeres; nosotros le debemos pedir a Dios una buena mucosa intestinal. Sí, compañero Solar, convénzase: la regeneración de este país no es cuestión de mejoramiento espiritual, como dice usted, sino de mejoramiento de los consumos. La reforma verdadera debe empezar por el Mercado y el Acueducto.

Entretanto, sentados en los sillones del bufete, otros asociados sostenían una tertulia substanciosa, muy apropiada a las circunstancias, que revelaban que estaban en carácter, perfectamente posesionados del importante papel que iban a desempeñar.

Con la cabeza erguida y derecha contra el respaldo de la silla y echando a uno y otro lado reojos de suficiencia que le daban un aire de persona que habla desde un sillón de barbería mientras le rasuran la región carotidea, Andrés Molinos sotenía una "causerie" muy oportuna, con regocijadas anécdotas de las contiendas políticas y militares de años atrás.

El doctor Ganzúa, con feísimos gestos de la cara apajarada, se deleitaba escuchándolas, y cuando Molinos remataba la anécdota con aquella característica risa suya que no sonaba, pura mímica, que hacía más desagradable su natural petulancia, el doctor soltaba una carcajada que era una ampliación sonora del desapacible canto del pavo. Y cuando la facundia anecdótica de Molinos dejaba meter baza, él refería alguna de su acervo; pero sin una chispa de gracia, cuya

carencia en toda su persona era tan absoluta, que alguien pudo decir que la sal que le pusieron en el bautismo fué de higueras.

Entretanto, el sabio Olmedo permanecía silencioso y ceñudo, como un eunuco de la risa, y completando el cuadro, en medio de aquella charla de fuerte sabor picaresco, su hermética sabiduría era algo inquietante, como un enmascarado en sitio peligroso. Pero de pronto, así, intempestivamente, como todas las manifestaciones de las enormes potencias de la naturaleza, rayos, temblores, dejó escapar estas palabras sólidas, pesadas, definitivas:

—La política es una línea de menor consistencia que atraviesa la masa de nuestro conglomerado social, como esas vetas que, en las rocas cuya homogeneidad todavía no se ha formado, constituyen una línea de fractura fácil.

La figura resultó perfectamente adecuada: había en aquel esbozo de tesis mucho de la lenta elaboración geológica de vetas y rocas. Produjose un silencio lleno de sorpresas y de meditación; esperábase, como era natural, que Olmedo acabase de explanar su postulado político-geológico. Pero Andrés Molinos, que era también buen pájaro de presa, cayó rápido sobre la que el colega rodeara con sus preámbulos, demostrando así la eficacia de su pupila sociológica.

—Esa es una característica de la faz del proceso evolutivo que atravesamos. El labriego Attendolo, dejando el hacha sobre el leño que cortara cuando vió pasar la tropa del condotiero, y el muchacho aquel que se puso a contemplar el sable del revolucionario que se alojó en su rancho son el mismo fenómeno que se repite, con quinientos años de intervalo, en dos estados sociales semejantes.

El doctor Ganzúa miró alternativamente a Olmedo y a Molinos, sorprendido de aquella rápida percepción con que el uno había penetrado en el pensamiento esotérico del otro.

Molinos se dió cuenta y sonrió olímpico: allí sólo había dos cabezas bien puestas, la de Olmedo y la suya.

—Pero este Olmedo—se decía mentalmente, rectificando su generoso juicio—es, efectivamente, muy profundo en teoría, pero no sabe ir así, como yo, derecho y rápido al caso

concreto, a la aplicación de la ley social. Porque una cosa es saber sociología en los libros, y cualquiera que se dedique a leer la aprende, y otra cosa es saber encontrar en el hecho histórico, escueto, la verificación del postulado. ¡Eso sí que no se aprende en los libros!

Y de este modo, negándole también el talento sociológico, la única forma de talento que era para él digna de tenerse en cuenta, Molinos llegó a la conclusión tácita, pero inconcusa, que la única cabeza bien puesta que había allí era la suya.

Por su parte, Olmedo monologaba para sus recónditos adentros, con algo de ese rencor del perro que se queda lamiéndose los hocicos cuando otro más hábil le quita el pingajo y sale corriendo:

—Este hombrecito se imagina que saber historia es conocer tres o cuatro anécdotas para soltarlas en público y deslumbrar a los iletrados. ¡Vaya usted a ver la biblioteca que tiene!

Entretanto, en el grupo del balcón, la ironía de Sierralta era una golosina que atraía a los escépticos. Refugiábanse allí como empujados por esa fuerza irresistible que irradia siempre de las voluntades decididas, y que ahora hacía presión, de modo muy significativo, de adentro afuera, hacia la calle, echándolos a ellos, los iniciadores y verdaderos enamorados de la idea que allí los congregaba, hacia un rincón de murmuraciones y de burlas, que eran ya una renuncia tácita, una confesión de la propia impotencia o de la desgana para la lucha abierta y decidida.

Reinaldo observó, como quien aplica un correctivo:

—Estamos cediendo terreno sin combatir.

Sierralta recurrió a las comparaciones grotescas:

—Este es un bailecito que hemos puesto unos neófitos. Las buenas parejas estaban en la barra, y como era una reunioncita de confianza, se fueron colando y se han hecho dueños de la fiesta. Tengamos el valor de decirnos la verdad: nos falta fe. En cambio, ellos sí la tienen. Buena o mala, pero la tienen.

—La fe, como todo en este mundo, es relativo—comen-

zó a exponer uno de los contertulios, que profesaba el escepticismo en su forma más elevada: la filosófica negación de lo absoluto.

Pero José Leonárdez interrumpió:

—La tienen porque saben de una manera cabal a qué han venido. Cada uno de esos señores que ahí están exhibiendo sus sociologías, como cualquier charlatán de feria sus chucherías, ha traído un propósito suyo, personalísimo, que no vacilará ante ninguna consideración; saben qué buscan y cómo han de lograrlo. Nosotros, por el contrario, perseguimos una falsa ideología que no hemos visto nunca realizada y que tampoco sabemos si es posible realizar. Vea las caras de los que aquí estamos, para que se convenzan: los de buena voluntad tenemos en los rostros esa ambigua sonrisa de incredulidad y de rubor que parece decir: aquí estoy, pero conste que no creo en esto. En cambio, los rostros serios, graves, convencidos, son los de los hombres que ya han claudicado o que tienen una idea emboscada, como esa del doctor Molinos que usted acaba de contarnos.

La voz de Lorenzo Allende puso término a las charlas:

—Bueno, señores. Estamos todos; creo que podemos proceder.

Leonárdez dijo, tirando el cigarrillo:

—Sí. Salgamos de esto de una vez.

Y Sierralta:

—Convénzase, Solar: nuestro reino no es de este mundo.

Y fué a sentarse en el ángulo que formaban las paredes cerca del balcón. Reinaldo se sentó al lado de él.

Molinos tomó la palabra para exponer, aunque todos lo sabían, cuál era el objeto de la reunión.

Y Reinaldo se preguntó qué era, en concreto, lo que ellos iban a hacer con aquella Asociación. Sólo él no lo sabía.

Frente a él, en una repisa rinconera, había una miniatura de la Victoria de Samotracia. Aquello era un símbolo que podía aplicarse a todos ellos: "el glorioso vuelo de la minúscula estatuilla decapitada sintetizaba de modo cabal el verdadero sentido del acto que allí se estaba cumpliendo:

parodia de un gran esfuerzo que tendía las alas sin ver hacia dónde, era aquella sesión en la cual unos hombres descreídos y abúlicos y otros hombres de negada moralidad iban a declarar fundada una institución utópica que no pasaría de las páginas del acta de instalación, como no abandonaban la repisa del rincón las alas de la estatuilla".

VIII

Era también un símbolo. Una figura sarmentosa, de rostro cubierto de sórdida pelambre y ojos cavados, con el cuerpo senil derrumbado sobre la diestra apoyada en un báculo de mendigo y la actitud marcando el paso vacilante por el surco, al cual echaba siniestros puñados de semillas, con un ademán suplicatorio; otra figura más allá, larga, trágica, abocetada apenas, con una pierna de palo que hundía en la gleba su contera, reposante sobre el astil del azadón y la mirada vuelta hacia una lumbre que ponía en su faz un livor agónico; un terrazgo pedregoso sobre el cual el rayo sesgado de un sol de oros muertos tumbaba la sombra de los surcos; un fondo inconcluso con la silueta aflictiva de un árbol desnudo, sobre una alucinante lejanía de campiñas desoladas, y en cuyas ramas escuetas un absurdo bando de zamuros alargaban los picos agoreros hacia aquella siembra estrafalaria que unos mendigos hacían en un yermo..., trozos donde vibraba el color felizmente hallado; grandes porciones incomprensibles en las cuales el desdibujo y la falsedad del colorido revelaban incapacidad y cansancio; espacios de tela, ni manchados siquiera, denunciando el súbito abandono; un asunto extravagante, que sólo el genio hubiera podido salvar del ridículo; una tentativa que se quedó en boceto... ¡Todo un símbolo que paró en caricatura!

A Manuel Alcor se le derramaba la risa por encima de la forzada seriedad del rostro.

—Están muy buenos los zamuritos. Muy circunspectos.

—Pues en ellos está el corazón del símbolo—observó,

burlón, Antonio Menéndez, guiñando un ojo por encima del hombro de Reinaldo.

Y éste dijo:

—Una desgraciada ocurrencia que tampoco fué de Riverito. Cuando él estaba componiendo este cuadro, yo tenía una pasión romántica por esos árboles secos en donde pernoctan los zamuros. Me parecía el colmo de la sugerencia.

Menéndez observó formalmente:

—Es una lástima que Riverito no se limitara a pintar; la literatura echó a perder el cuadro.

Reinaldo corrió piadosamente el lienzo que cubría aquel cuadro, como se vuelve a poner el pañuelo mortuorio sobre la faz que se amó bella y la muerte estropeó; allí había muerto algo suyo, un entusiasmo de juventud, uno de aquellos entusiasmos que no sacudían su espíritu con la vehemencia de antes, que ya lo abandonaban para siempre, dejándole en el corazón el temprano estrago de las fuerzas despilfarradas. ¡Qué no daría él por volver a sentir ante la desolación de un árbol seco la ingenua emoción de los veinte años! Para sus ojos empezaba a apagarse, prematuramente, en las cosas sencillas la sobrelumbre del sueño, y así como por el aire desdorado del anochecer volaban hacia el albergue nocturno aquellos zamuros del lamentable símbolo de Riverito, las nostalgias de sus pasados entusiasmos comenzaban a llegar a su corazón para contemplar aquella loca siembra de sueños que no florecieron: ¡su vida!

—¡No! ¡No! Era menester ahuyentar estos pensamientos malsanos. Su voluntad no se había cansado todavía; por lo contrario, ahora era cuando estaba dando sus verdaderos frutos plenos. Su obra estaba realizándose. No era una empresa sobrehumana, como las que antes concibiera, para las cuales se necesitaba la voluntad de un dios, sino una actuación sencilla, un metódico empleo de constancia, que es, precisamente, la plenitud de la energía. La Asociación Civilista luchaba contra enemigos solapados y encontraba a cada paso un obstáculo; pero allá iba marchando, poco a poco...

¡La Asociación!... ¿Era caso su verdadera obra? ¿No sería más bien, uno de tantos pasos dados en falso, por un

camino que no era el suyo? En manos de otros estaba su idea inicial, transformándose en una cosa tan ajena a él como se transformó en las de Riverito aquella otra idea suya, que por ninguna parte veía aparecer en el cuadro de "Los Sembradores". Y, sin embargo, ¡este cuadro y aquella institución eran los únicos sueños suyos que habían tenido realización! ¡Y quién lo creyera! ¡Fueron voluntades atrofiadas, caracteres negados: Riverito, el burlón Sierralta, el escéptico José Leonárdez, quienes la llevaron a cabo!

Unas mujeres hicieron irrupción en el comedor en donde ellos se habían refugiado para ver el cuadro y para alejarse del molesto espectáculo del velatorio. Las mujeres se disponían a aderezar la mesa para la cena de medianoche, y lo hacían con esa ostentosa servicialidad de las personas entrometidas que creen en su deber hacerse dueñas de las casas donde la muerte ha hecho una presa.

Reinaldo y sus compañeros abandonaron el comedor. Luego Menéndez y Alcor se despidieron. Reinaldo quería que lo dejasen solo y dijo que permanecería un rato más en la casa mortuoria.

En la antesala, sobre un catre vestido con una sábana, entre dos velas que parpadeaban angustiosamente, como si las agitase el soplo mortal que por allí estaba pasando, dormía su último sueño Riverito. A la cabecera del lecho mortuorio su mujer le hacía compañía, y de cuando en cuando deslizaba una lenta caricia sobre la frente helada, como si le enjugara el sudor mortal.

Reinaldo se detuvo en el umbral y púsose a contemplar el rostro horriblemente afeado de Riverito, en cuyas consumidas facciones la rigidez cadavérica había dejado una contracción que simulaba una sonrisa macábrica. Se complació en pensar que sonreía realmente, de sí mismo, de lo ridículo que estaba con aquel pañuelo que le sostenía el maxilar, acostado en aquel catre, tan tieso y tan solemne, convertido en centro de un vulgarísimo universo: de gimoteos desapacibles de la mujer, de rezos de las vecinas del barrio, de cuentos grotescos allá en el corredor, donde sus compañeros de trabajos estaban esperando la cena.

Así estuvo largo rato, impasible ante la infinita vulgaridad de la muerte, cuyo espectáculo antiestético, grotesco, apenas le producía ese vago malestar que le causaba toda manifestación del ridículo humano, ese disgusto semejante a la impaciencia que en él tenía una singular repercusión fisiológica: una sensación indiscernible de éxtasis circulatorio a lo largo de la pierna izquierda. De pronto se vió a sí mismo en el puesto de Riverito y llegó hasta sentir el hedor de su propia descomposición cadavérica.

Fué un relámpago alucinatorio que le turbó el ánimo, desatándole en seguida la tornada del humor sombrío que hacía algún tiempo lo asaltaba a menudo.

Abandonó la casa mortuoria. Con el cigarro en la boca y las manos hundidas en las faltriqueras de los pantalones recorrió a pie el largo trayecto desde el barrio hasta el centro de la ciudad.

Olor de humaredas saturaba la atmósfera; hacia el norte veíase un resplandor de quemazones. Eran las rozas que devoraban los bosques del Avila, afeando la belleza del monte tutelar, secando las fuentes de sus escasos regatos.

La enfermiza irritabilidad de los nervios de Reinaldo llegó al colmo de la exacerbación; sin cuidarse de que lo oyeran los que pasaban, exclamó en alta voz, increpando a los que hubieran prendido aquel fuego inútil: ¡Asesinos!

Escasas personas recorrían las calles, lentamente, con pasos lánguidos, con los brazos desgonzados. Reinaldo púsose a observar las expresiones: acusaban una absoluta ausencia de vida interior; en todos los ojos había una mirada torva o mustia y en todos los rostros desemblantados el mismo gesto de mal humor, mezcla de rencor y de fastidio, que los hacía horriblemente parecidos.

—Es que vivimos una vida enojosa—seguía monologando Reinaldo—. Llena de continuas angustias, sobresaltos y desalientos sin fin. Y estas máscaras trágicas van pegadas a unas caras sin fisonomías, en todas las cuales grita la fealdad de la hibridez. No constituímos una raza. ¡Qué rostros! En ninguno se advierte un rasgo varonil que no sea feroz; todos revelan el mismo pavoroso descoyuntamiento del carácter.

Con este pueblo no se puede contar para nada; parece el feto de una nación abortada. ¡En cada uno de nosotros se están disolviendo todas las razas!

El interminable fumar y el continuo monólogo mental le tenían las fauces secas y adoloridas; para refrescárselas entró en una cervecería a la cual afluía la gente que salía de un cine.

En una de las mesas estaba, acompañado de un niño, aquel Felipe Ortigales a quien no había vuelto a ver desde aquella temporada que pasara en la hacienda enamorado del trigo y de la religión monista. Al verlo, Ortigales hizo un ademán de sorpresa agradable; pero en seguida se arrepintió de su espontaneidad y adoptó una actitud reservada y hostil.

No obstante, Reinaldo se acercó a saludarlo. Ortigales le invitó a sentarse, de mala gana. Reinaldo se daba cuenta de la situación: Ortigales, que se había casado con América Peña, cuya doncellez él había gozado antes, no podía menos que odiarlo de todo corazón. Pero ya se había sentado y hubiera sido peor levantarse en seguida.

Hubo una pausa enojosa. Luego, Reinaldo preguntó, viendo al niño:

—¿Es tuyo?

Ortigales clavó en él sus ojazos llenos de lumbre rencorosa y le dijo violentamente:

—¿De quién va a ser? Mira—y levantando la cabeza del niño y mostrándola, agregó—: Mi nariz, mis ojos, hasta lo hundido del mentón, todo es mío.

La absurda situación, complicada por la grotesca violencia de Ortigales, acabó de irritar el ánimo sombrío de Reinaldo. Sin embargo, logró sobreponerse y respondió tranquilamente:

—Efectivamente. Es tu retrato.

Pero Ortigales se levantó bruscamente del asiento y se fué sin despedirse, arrastrando casi al niño.

Reinaldo permaneció reflexionando:

—Este infeliz Ortigales ha debido sufrir horriblemente esperando ese hijo que no sabía si era mío o de él. Y no

queda duda; es de él. Me lo ha echado en cara como una injuria, sin darse cuenta de que cuando me mostraba las facciones suyas en la cara del niño, me estaba diciendo: éste, que debía ser hijo tuyo, no lo es, porque tú eres infecundo, y así como en este caso en ninguna parte dejarás una huella tuya. Por lo tanto, la vida no te debe nada; eres un ser baldío que puede desaparecer sin que nadie lo lamente, como desaparecen las cosas inútiles que no tienen razón de existir... Y es cierto, terriblemente cierto: la Vida no me debe nada.

Bulliciosamente hizo irrupción en la cervecería un grupo donde venía Gonzalo Andral, acompañado de tres literatos perfectamente ebrios, de esos parásitos del periodismo que dícense artistas.

Gonzalo Andral se acercó a saludar a Reinaldo. Avergonzado de la compañía y del estado en que se encontraba, empezó a decir, haciendo un esfuerzo sobrehumano por aparentar lucidez:

—¿Qué le parece? Me encontré con estos amigos...

Hizo el ademán de presentárselos; pero Reinaldo lo disuadió de su propósito. Los borrachos, que se habían sentado en otra mesa, se dieron cuenta de su negativa, y uno le gritó a Gonzalo Andral:

—Mira, poeta, aquí está tu puesto. Y no ahí.

Andral, cohibido por la embarazosa situación, fué a reunirse con ellos, después de rogar a Reinaldo que le perdonase.

Eran: un tal Wladimiro Laínez, ojizaino y bocudo, en cuya alborotada melena, de cabellos lanosos y cobrizos, los reflejos de las lámparas eléctricas mentían una dorada aureola; otro tal Julián Navas, que tenía una voz desagradable, rajada por el alcohol, y la piel grasienta; y un sujeto taciturno, de rostro abotagado y voz cavernosa, a quien llamaban el Filósofo. Navas practicaba la prosa y ejercía de crítico, a falta de uno auténtico; el Filósofo, que no escribía, explotaba la literatura hablada sobre las mesas de las tabernas, ante una copa de cocuy.

Wladimiro Laínez preguntó a Andral, a voz en cuello:

—¿Sigues trabajando en ron o te decides por el cocuy del Filósofo?

—Señores, yo soy abstemio.

—¿Abstemio has dicho? ¡Calla tú! ¿Quién que tenga talento puede ser abstemio?—protestó Navas, dirigiendo sus palabras contra Reinaldo Solar, de manera ostensible.

Y el Filósofo:

—Gonzáliño. Siga usted mis máximas, que encierran la suprema felicidad. Helas aquí: si el aguardiente no te deja pensar, no pienses; si no te deja trabajar, pues no trabajes; si hace desgraciada a tu familia, abandona de una vez a tu familia. De este modo la bebida nunca te causará daños.

La bronca voz del Filósofo fué interrumpida a cada máxima por unánimes risotadas de sus compañeros y de los que bebían en las otras mesas.

Cuando concluyó de hablar, Laínez se paró y le echó los brazos, diciendo:

—¡Estás sublime, Filósofo! Dame un beso.

—Quita allá, borracho sentimental. No desacredites al aguardiente.

Y Julián Navas, mirando a Solar de soslayo, comenzó a hacer el elogio del alcohol:

—El alcohol es un civilizador, ha desbastado al hombre de su animalidad primitiva. Ganivet, que se lo sabía, dióle alcohol a sus salvajes del reino de Maya para despertarles la imaginación, que es la propulsora del progreso. ¡Cuántas obras geniales no se deben al alcohol!

Wladimiro Laínez afirmó, a manera de comprobación:

—Mis versos más bellos los he compuesto en el divino estado de embriaguez. Verlaine también era un borracho. Pero los espíritus burgueses no comprenden esto.

Y Julián Navas, enardecido por el deseo alcohólico de provocar a Reinaldo:

—Yo no he sido nunca avaro de mis adjetivos. Siempre he tenido adjetivos generosos para todos los que empiezan a hacer pinicos literarios. Muchos me deben a mí lo que son. Esto sí que es nobleza, nobleza de alma, que no la de

la sangre que es a veces dudosa, y siempre vanidad sin fundamento.

—¿A qué viene eso ahora, Julián?—comenzó a decir Gonzalo Andral. Pero el Filósofo no lo dejó concluir:

—Eres, pues, una meretriz del adjetivo. Yo no creo en las reputaciones que tú has consagrado, primeramente, porque tú eres un imbécil sin pizca de autoridad para ello, y luego, por lo mismo que no creo en el amor pagado.

En la puerta óyese de pronto la voz escandalosa de un borracho popular:

—¡Aquí está el negro Sotero Ulpín! ¿Quién dice más? ¡Trozo e negro!

Y esta jactancia brutal pareció contagiarse a todos los que la oyeron. Cada cual empezó a hablar de su "yo".

—¡Yo tengo una psiquis muy fina!—clamaba Laínez con una voz doliente, como un balido—. No puedo vivir aquí; mi espíritu no tiene registros para este medio. Estas civilizaciones occidentales son estólidas, anodinas. Yo amo el Oriente refinado y mágico. Quiero morir en una borrachera de "haschid", en un palanquín bajo un quitasol nipón, en brazos de una "musmé". Yo me siento hijo de los Imperios Celestes.

—Tú estás borracho y no sabes estarlo—rugía el Filósofo, agarrado a su copa—. Sí. Perdida y estúpidamente borracho, querido pobre diablo. No leas esas novelas que te hacen daño; ¡ese Pierre Loti, ese Claude Farrere!... Bebe tu cocuy vernáculo, refocílate con tus mulatas y déjate de estar pensando en el "haschid" y en las "musmés". Tú eres bueno y serías inmejorable si no fuera por esos horribles versos que escribes.

Y Navas:

—Oigame esto, Filósofo: Oigame esto. Yo digo que no se puede ser escritor si no se domina un copioso número de vocablos. ¡Yo digo eso! ¡Y puedo comprobarlo!

Laínez le arrebató la palabra:

—¿Recuerdan ustedes aquel soneto mío que empieza: "El carnino aroma de tus henojiles..."?

—"Carnino", de carne. "Henojiles", ligas con que se

sujetan las mujeres las medias. ¡Qué bonita palabra! ¿Ah?

Pero no le hicieron caso. Navas prosiguió:

—Con eso solo podría yo lapidar cualquiera naciente reputación. Pero no lo hago, a fuer de generoso. Porque yo calzo puntos, ¡sépanlo ustedes!

Afuera oíase la voz:

—¿Quién dijo miedo? ¡Yo soy el negro Sotero!

Reinaldo comparó aquellas dos jactancias en las cuales el alcohol abultaba una misma condición característica: la exagerada noción del yo, el sentimiento absorbente de la personalidad. Apenas diferían en el punto de vista; para el hombre del pueblo era la hiperconciencia del valor bruto; para el sedicente intelectual, el excesivo aprecio de su concepto personal, absoluto, irrebatible; pero en ambos era un signo de la total ausencia de verdadera cultura, que es, cabalmente, esmeril para las esperanzas de la individualidad y paliativo de las categóricas afirmaciones del yo.

Julián Navas no habló más. La copa que acababa de vaciar fué el golpe de gracia. Desmazalado el cuerpo sobre la silla, con un brazo péndulo fuera de ella, empalidecido el semblante grasiento, errátil la pupila turbia, como un vidrio empañado, quedóse mirando a Reinaldo con esa insistencia del idiota.

El Filósofo, entero todavía, articulaba unos sonidos broncos como truenos lejanos:

—¡Humanidad pigmea!

Wladimiro Laínez, al cabo de inauditos esfuerzos, púsose de pie y mirando a Reinaldo empezó a decir:

—Ahora y que tenemos arist..., aristo...cracia literaria, Gonzalo ha descubierto a este joven... señor que viene a po...nernos su bota ferrada en la cer...viz.

Reinaldo se le encaró:

—No se intranquilice por su cerviz; ya eso de botas ferradas no se usa, para fortuna suya.

Quedóselo viendo Laínez, con visible esfuerzo mental para comprender lo que le dijeron, pero no lo logró, y, encogiéndose de hombros, volvió a sentarse.

Pero Julián salió en su defensa, y como si hablara con el Filósofo, volcó el resto de sus diatribas:

—Este país es la tierra de los arribistas. Convénzase, Filósofo: arribistas. Cuando usted vea a un individuo diciendo conferencias y promoviendo sociedades, diga: éste busca un consulado.

Reinaldo no pudo contenerse más, y saltando de su asiento se abalanzó sobre Navas. Lo agarró por las solapas del paletó y le dijo, manoteándole en la cara:

—Cuando usted deje de estar borracho repetirá eso que ha dicho y entonces le daré la bofetada que usted se merece.

Acudieron el Filósofo y Andral a quitarle de las manos al pobre Navas, que se había puesto lívido de miedo. Reinaldo lo soltó, tirándolo sobre el asiento, y abandonó la cervecería.

Andral salió con él, rogándole una y otra vez que lo perdonase.

—No se mortifique. Usted no tiene la culpa. Hace tiempo que ese mal nacido viene asediándome con sus reticencias. El es el autor de esos sueltos insidiosos que aparecen todos los días en los periódicos contra mí.

—No lo crea, amigo Solar. Es que está borracho. No vale la pena que usted se ocupe de sus majaderías. Yo me acerco a ellos, a veces, para que no crean que los menosprecio. Yo siento una íntima necesidad de acercarme a esas pobres vidas torturadas y producirles una simpatía, decirles una palabra tierna que los estimule y los conforte, endulzarles la amargura en que se ahogan.

En la puerta, el borracho popular interceptaba el paso:

—¡Aquí está el negro! ¿Quién quiere vé un hombre completo?

Andral proseguía, colgado del brazo de Reinaldo:

—Haciéndolo así, sigo un impulso de mi corazón. Creo que una buena palabra, una sonrisa de hermano, producen en esas almas atormentadas una hora santa, de paz, de esperanza. Ellos serían buenos si hubieran podido seguir siendo inteligentes; pero este trópico, ¡este inexorable trópico

tan hermoso y voraz! ¡Este Moloch resplandeciente devora en flor todo lo que pudiera ser fruto bueno!

—¡Qué trópico ni qué Moloch! Eso es frase hecha. En esos individuos no ha habido nunca ningún germen bueno. Espíritus romos y grotescos en los cuales no despunta jamás una manifestación de verdadero talento, crápula disfrazada de bohemianismo, intelectualidad sin inteligencia, compuesta de advenedizos del arte. Un poco de imaginación y otro poco de lecturas descosidas son lo que produce ese aparato de inteligencia que deslumbra en los primeros momentos. Vomitan lo que no han digerido en tres o cuatro sonetos compuestos subrayando versos ajenos, y naturalmente se quedan vacíos para toda la vida. No es que se malogren, es que, en realidad, no son ni valen nada. Ni pueden valer, porque les falta lo esencial: moralidad y bondad.

Y se separó de Andral sin despedirse.

Una y otra vez se repetía las palabras de Navas: "busca un consulado". Eran los gajes de la publicidad, el primer desgarrón de la honra, el juicio temerario y perverso que lo arrojaba para siempre al montón de los prostituídos. Sintió la necesidad fisiológica de desahogar en llanto su congoja. Sí. ¡En llanto! En abundoso correr de lágrimas buenas que le brotaron del corazón bárbaramente estrujado por aquella garra de pesimismo.

Apurando el sinsabor de estos pensamientos ambuló desesperadamente por las calles desiertas, a lo largo de las cuales sus pasos resonaban en el alto silencio de medianoche, produciéndole la impresión de una marcha sin fin hacia un término que corría delante de él como una pesadilla.

Un perro que dormía en el escaño de una puerta, despertado por el ruido de sus pisadas, saltó a la calle y púsose a ladrarle, primero furiosamente y luego con siniestros aullidos de can visionario. Ya Reinaldo iba lejos y todavía escuchábanse, turbando la paz de la ciudad, los lúgubres ladridos, largos, desmayados, obsesionantes.

Al llegar a una esquina lo hizo detenerse un coche que pasaba. Una mujer que iba dentro trató de ocultarse, reclinándose en el ángulo obscuro; pero ya él la había recono-

cido: era Rosaura Mendeville. Reinaldo ordenó al cochero que parase. Cuando ponía el pie en el estribo oyó que ella decía:

—¡Siga, siga! No se pare.

Pero ya él había subido.

—¿Qué significa esto? ¿Adónde ibas?

Ella se echó a llorar. Por la mente exaltada de Reinaldo pasó un tropel de ideas indiscernibles. Volvió a preguntar:

—¿Qué significa esto? ¿He cometido una indiscreción subiendo al coche? ¿Para dónde ibas?

—No sé.

—Es extraño que no lo sepas. Algún rumbo llevabas.

—Salí de casa sin saber para dónde. Ya no tengo rumbo fijo en la vida.

Reinaldo se impacientaba:

—Explícate. Explícate de manera que pueda entenderte.

Pero en seguida se sorprendió del tono autoritario y casi brutal con que la hablaba, y agregó enmendándose:

—Quiero saber qué te sucede. ¿Puedo servirte en algo?

—Mi marido me ha echado de casa.

—¡Cómo!

—Me puso en la disyuntiva: o me iba mañana mismo con él o cogía la calle inmediatamente. Un amigo suyo le escribió que su honor estaba en peligro y él vino a buscarme. No necesito decirte qué fué lo que respondí. Ya ves: estoy en la calle.

Lo absurdo de la situación acabó de violentar a Reinaldo.

—¡Es odioso! ¡Es odioso!—repetía, protestando contra aquel hecho que añadía a su vida un horror más.

Rosaura creyó que lo decía por su marido, y dijo:

—¡Pobrecito! Al fin y al cabo, él no es sino un pobre hombre. Se imaginó que yo no me atrevería y por eso me dejó salir. De seguro que a estas horas estará desesperado buscándome.

—¿Y por qué lo has abandonado entonces?

Ella lo miró con una expresión de doloroso reproche, y le respondió:

—¡Reinaldo! ¿No era peor irme con él después que lo sabía todo?

Reinaldo se avergonzó de su ocurrencia.

—Tienes razón. Hubiera sido más odioso aún. Perdóname que te haya hecho tal pregunta. He debido comprender que tú no podías irte con él.

—¿Verdad que no?—exclamó ella con súbita alegría, poniéndole las manos sobre los hombros y viéndolo a los ojos—. ¿Verdad que no podía hacer eso? Tú no te imaginas, amor mío, cómo me consuela que lo comprendas así. En esta noche horrible, que es mi noche de perdición, la hora menguada de mi vida, lo que más me ha hecho sufrir ha sido pensar que no hubiera quien dijera de mí: no es una mujer corrompida totalmente, puesto que entre una y otra cosa escogió la menos innoble y tuvo siquiera el valor de sacrificarse.

Y agregó oprimiéndose el pecho con un gesto teatral, pero sincero:

—¡Hace tanta falta el juicio bondadoso de una persona siquiera, así sea la más despreciable, cuando se está en mi caso! Yo no comprendía esto. Te aseguro, Reinaldo, que yo daría la vida con gusto por oir decir: ¡Pobre mujer! No es mala, sino desgraciada.

Entretanto, Reinaldo pensaba:

—¡Qué maldita manía de análisis! Deseo creer en la sinceridad de las palabras de esta infeliz y no creo. ¡Qué no diera yo también por tener esta noche un poco de fe en algo!

Herida por el silencio de Reinaldo, Rosaura le dijo:

—Vete, Reinaldo. Déjame sola, abandóname a mi suerte. Yo no quería encontrarte esta noche.

—¿Qué ibas a hacer?—interrogó Reinaldo tomándole las manos.

—Llegar de una vez al fin de mi carrera. Hundirme definitivamente. Acabar de perderme con el primero que encontrara. ¿Y sabes por qué lo deseaba? Por ti, por salvarte a ti, porque sabía que si te encontraba no me lo ibas a dejar hacer, y yo no quiero atarte a mi desgracia.

Y al cabo de una pausa:

—En esta noche absurda, lo mejor es dejarnos arrastrar por esta fuerza loca que se ha introducido de pronto en nuestros destinos—dijo Reinaldo—. Desde que comenzó esta noche sentí que la lógica de mi vida se había roto; yo también he vagado largas horas por las calles, como si buscara un camino perdido. Era natural que nos encontráramos, estando en el mismo caso. Esperemos que acabe de pasar esta tromba del destino; mientras tanto, es inútil pensar qué se hará.

No obstante, Rosaura experimentaba placer oyéndolo hablar de este modo; la idea de ser víctima de una fuerza ciega y fatal le producía esa rara voluptuosidad de la voluntad de sufrir.

El coche volvió a detenerse. El cochero les dijo, ásperamente:

—Bueno. Ustedes dirán pa aonde los llevo. De aquí pa alante no se puede seguir.

—Bajemos—dijo Reinaldo.

Entretanto habían llegado al extremo y de allí en adelante la calle se prolongaba en un camino que atravesaba terrenos quebrados y cubiertos de hierbas. El Avila, cercano, se erguía negro en la obscuridad de la noche. En el oriente comenzaban a dibujarse los celajes del orto lunar.

—Espere aquí—dijo Reinaldo al cochero, y luego tomó del brazo a Rosaura.

Anduvieron buen espacio en silencio, a través de la sábana tenebrosa, hasta el borde de una barranca cuyos taludes desnudos blanqueaban en la negra oquedad.

El alba lunar se levantaba plateando los bordes de unos sombríos nubarrones, por entre los cuales los trozos de cielo despejado fingían aguas claras, dormidas en la serenidad de fantásticas lejanías. El monte, por detrás de cuyas crestas iba a surgir la luna, recortaba su silueta vigorosa, sobre la mortecina claridad que venía subiendo por los cielos.

Siguieron por el borde de la barranca, llena del rumor de los grillos entre los hierbajos. Pasaron ante una tejería

abandonada. Rosaura comenzaba a sentir frío y propuso guarecerse bajo aquel techo.

Buscando dónde sentarse encontraron una tabla, Reinaldo la colocó sobre unos adobes crudos que por allí había, restos del interrumpido trabajo de aquella rústica fábrica, y en ella se sentaron.

Ella reclinó la cabeza en el hombro del amante, suspiró dulcemente, y cerró los ojos para disfrutar la suavidad de aquel remanso de paz.

Entretanto, Reinaldo se abandonaba a sombrías cavilaciones, y una tristeza infinita, formada de sentimientos indiscernibles, de ideas inaferrables, comenzó a caer sobre su alma, como una lluvia lenta y silenciosa sobre el yermo.

Frente a él, a poca distancia del cobertizo de la tejería, un gran árbol sin fronda trazaba sobre el alba lunar el alucinante arabesco de sus ramas desnudas, en las cuales dormían unos zamuros.

Una aprensión pueril encogió el corazón de Reinaldo: era el árbol de sus sueños, un inquietante árbol en cuyo fatídico ramaje la última hoja estaba siempre a punto de caer, como la última esperanza en un corazón. Previó el fracaso definitivo de su vida, la ruina de sus ilusiones, para cuyo sustento agotara la substancia misma de su ser, y su alma se llenó de mortal congoja cuando comprendió que todos los ideales generosos que enfervorizaron su juventud habían hecho bancarrota; sólo le quedaba el triste amor de aquella mujer que era también una fracasada.

De allí en adelante, vivir consagrado a ella sería un lamentable sobrevivirse...

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos. Una cayó sobre la frente de Rosaura. Incorporóse ésta, y cogiéndole la cabeza entre sus manos, lo besó en los ojos.

La menguante, abollada y mustia, subía lenta por el cielo sembrado de menudos copos de nubes; su lumbre espectral se deslizaba sobre la negrura del paisaje como una lenta procesión de fantasmas...

IX

Pocos días después comenzaron a realizarse los presagios de aquella noche siniestra. La Asociación Civilista había abortado a causa de un cisma suscitado en sus heterogéneas entrañas por un artículo que el sabio Olmedo había publicado alevosamente.

Era éste un monumento de sociología venezolana, en el cual se afirmaba, paladinamente, que nada había sido más perjudicial al país que las utopías de los idealistas, todo encaminado a desacreditar ante el público la quijotesca empresa que estaba forjando aquel puñado de líricos de la Asociación Civilista.

Claro estaba que Olmedo no había escrito aquello a humo de pajas, ni para ocioso esparcimiento de su formidable sabiduría, y aunque todavía no se había descubierto de dónde tiraba el hilo que movió el espantable títere, relleno de ciencia de relance y cargado ahora, además, de maliciosa intención, como un trabuco hasta la boca en manos de un asaltacaminos, ojos zahoríes vislumbraron inequívocas señales del tiempo, tales como los de Molinos, y a remolque los del doctor Ganzúa, e inmediatamente estalló el cisma.

Fué José Leonárdez la causa ocasional, declarando en la sesión que se celebró aquel mismo día que el artículo de Olmedo era una auténtica ganzada, aparte de estar lleno de absolutas ignorancias en punto a la misma sociología.

Aquí intervino Molinos, celoso de que ciencia tan estupenda pudiese estar al alcance de un poeta, para demostrar que allí, el único que podía "saber de eso", era él. A José Leonárdez se le escapó una frase irónica, y la sesión se convirtió en campo de Agramante. Rafael Sierralta intervino para conjurar el peligro, como un pastor que bracea para atajar reses desgarritadas, pero no hizo sino alborotarlas más. Al día siguiente la mayor parte de los correligionarios, y toda la opinión pública estaban con Olmedo, Molinos y Ganzúa.

Acababa de saber Reinaldo lo sucedido, cuando se en-

contró con Olmedo en la calle. Le abordó violentamente.

—Leí su artículo, doctor.

—Anjá.

—Permítame decirle que lo he lamentado mucho, por su reputación.

Engallóse el sabio con altivez descompuesta, y se quedó viendo al joven, con una mirada de suprema compasión, para decir:

—Usted no conoce, como conozco yo, la sociología venezolana.

—Tal vez no. Pero convendrá usted conmigo en que hay verdades de buena y mala ley.

—Joven. Usted ha entrado muy muchacho en estas cosas.

—Ojalá no llegue a viejo en ellas.

—Pues ya sabe usted el camino para no llegar.

—En cuanto a caminos, tengo la esperanza de que algún día vuelva a ser el recto la distancia más corta para lograr lo que se desee en este país; por ahora, el más corto es el que se ha escogido usted: tortuoso y con emboscadas.

Y Reinaldo se alejó, dejándolo con la protesta en los labios. Olmedo sonrió olímpico. Su vanidad de sabio y su rencor de primitivo, las dos mitades absurdamente hermanadas de su psicología, le llenaban el corazón de un violento deseo de venganza. Ya se la pagaría aquel mocito insolente.

En separándose de Olmedo, Reinaldo fué en busca de los compañeros que habían permanecido fieles al ideal; pero ni José Leonárdez ni Sierralta creían ya en la viabilidad del propósito, y el primero le confesó a Reinaldo que, habiendo cumplido ya el deber filial que lo hizo regresar a la Patria, estaba decidido a abandonarla de nuevo y definitivamente.

Sierralta dijo:

—Todo ha sucedido conforme a la más estricta lógica venezolana, que es un capítulo especial de la lógica universal. Ahora cada cual a su guarida. Fué un bello gesto, una jactancia hermosa; hemos embellecido a la Patria con una ilusión más y ella sabrá agradecérnosla. Cumplimos nuestro deber, hicimos acto de presencia y hemos sufrido buenamente nuestra parte de dolor patrio.

Reinaldo protestó:

—No. Ahora es cuando comienza nuestro deber.

Un señor, de dos que allí estaban y acababan de serle presentados, rearguyó en apoyo de Sierralta:

—Convénzase, señor Solar, en este país...

Pero Reinaldo no lo dejó terminar:

—Permítame que no le deje concluir esa frase que no he podido oir nunca sin pensar que somos una nación de Pilatos, donde todos estamos constantemente lavándonos las manos. Hablando así, parece que nos redimimos de la ignominia que debe caer sobre todos, echando la culpa de nuestros males a un vago personaje que no se encuentra en ninguna parte, que no es nadie, que no es ninguno de nosotros, siendo en realidad todos nosotros. Asumamos con valor nuestra responsabilidad, confesemos que cada uno de nosotros ha crucificado muchas veces el ideal y ha sentido hervir en su interior el podrido fondo de tendencias disolventes que hay en el corazón de este pueblo.

Concluyó de pie, con la voz enronquecida y las manos trémulas, mientras el personaje que había dado motivo a esta explosión, avergonzado de sus palabras, se hundía en la poltrona como si quisiera desaparecer.

El otro recién conocido se levantó de un salto, clamando:

—¡Bravo, joven! ¡Bravo! Usted es uno de esos hombres que aparecen en el mundo de siglo en siglo, y con su corazón y con su inteligencia y con su energía ¡rompen el hielo de esa indiferencia nuestra!

Lanzó las últimas palabras con un gesto formidable, estirando los brazos y el mentón, enorme, agresivo, agudo como un espolón de barco que fuese hendiendo auténticos témpanos polares, y en esta actitud de rompehielos permaneció largo rato, inmóvil, con las horribles escleróticas volteadas hacia el techo y la boca despatarrada, mostrando los dientes enormes.

Luego, desconyuntando el cuerpo, completó la frase con una voz fofa, en tanto que arrastraba las piernas temblequeantes:

—¡Los demás vamos por ahí, como unos carneros, dejándonos cortar las lanas!

Una carcajada casi unánime, de la cual sólo Reinaldo no participó, celebró el grotesco desplante de aquel hombre, y así terminó la Asociación Civilista, que nunca fué sino una bella quimera en la cual nadie tuvo fe.

X

Para olvidarse de todo y renunciando a todo, Reinaldo decidió consagrarse al amor de Rosaura.

Como un torbellino de fuego, el alma ardiente de la amante galvanizó su corazón, envolviéndolo en caricias arrebatadoras. Fueron días enteros de amorosas locuras, de éxtasis de voluptuosidad, de absoluta ausencia de pensamientos.

Nocturnos y sonatas resonaban incansablemente en el campesino silencio que rodeaba la quinta. Reinaldo se había aferrado a la música como a la postrera razón de existir, y obligaba a Rosaura a tocar sin tregua. Ella prefería a Chopin, cuya música femenina, llena de dolorida pasión, le hablaba mejor a su espíritu que la atormentada y semidivina de Beethoven; pero Reinaldo pedía siempre de ésta, que le producía una misteriosa sensación de infinito.

Sobre todo, gustábale oir aquellas obras a través de las cuales pasaba el soplo del torturado espíritu del músico genial, que parece haber buscado en el dolor aquel "solo día de alegría" por el cual clamó siempre con toda la vehemencia del atormentado corazón.

Rosaura, que vigilaba con solicitudes maternales las crisis de humor del amante, comprendía que aquella música lo hacía sufrir, y a veces la interrumpía bruscamente para tocar trozos sueltos: un "adagio" sereno, una "arietta" de ritmo apacible en la cual la melodía se deslizara, lenta y dichosa, evocando paisajes bucólicos donde resonaban cornamusas de pastores y claros sones de danza campestre; trozos llenos de animación y de luz, en los que el tono radiante y

las amplias sonoridades de las armonías elevaban, glorioso, el canto a la alegría, la inquietante alegría de Beethoven, o donde el alma del músico, después de una crisis de pesadumbre, reunía todas sus fuerzas indomables para triunfar una vez más sobre el destino.

Reinaldo volvía a sentir la invencible atracción del arte y comprendía que éste era su verdadero camino. Con la impaciencia del que teme que la vida se le agote antes de realizar su sueño, se dedicó al aprendizaje de la música.

Pero no se resignaba al enojoso balbuceo de escalas y arpegios; quería tocar apresuradamente, sin someterse a la disciplina del estudio paciente. Rosaura lo iniciaba en la técnica musical, gozosa de transmitirle sus conocimientos, ayudándolo a descifrar la arquitectura milagrosa de nocturnos, sonatas y sinfonías.

Y así pasaron tardes enteras, dias enteros, olvidados de todo, hasta de su propio amor.

Luego, a la hora del paseo por los solitarios parajes de Gamboa y Anauco, a través de las herbosas colinas sobredoradas de sol o por el cauce enjuto de las ramblas avileñas, llenas de silenciosa tristeza, soñaban en alta voz, forjando planes para una vida errante por el mundo, unidos en el arte y para el arte.

Pero una tarde Rosaura notó que Reinaldo oía con displicencia su jubiloso charloteo.

Rápida, pasó por su mente la idea del temido rompimiento que vivía esperando a cada momento. Le preguntó, dulcificando la voz:

—¿Qué tienes?

—Pensaba en otra cosa, tal vez.

—¿No lo sabes? ¿En qué pensabas?

—Ahora no podría decirlo. Seguramente en nada concreto. Sombras de ideas que a veces le pasan a uno por el cerebro.

—Sombras malas que deben desecharse.

Reinaldo volvió a encerrarse en su mutismo sombrío, inabordable, y ella, despechada, no insistió en hacerlo hablar.

Caminaron en silencio, ella en pos de él, por el angosto

sendero; Reinaldo, en la característica actitud de sus estados de aplanamiento moral, el cigarrillo en la boca y las manos hundidas en los bolsillos; Rosaura, entreteniéndose en arrancar unas espigas bermejas que brotaban de las hierbas altas, para arrojarlas luego que mordía los tallos, distraídamente.

Frente a ellos, un crepúsculo acerado se iba desvaneciendo poco a poco sobre los tejados de la ciudad próxima, cuyas torres escasas alzaban sus negras siluetas contra el resplandor de aquella lumbre.

Reinaldo dijo de pronto:

—Tengo que ir mañana a Caracas. Hace tiempo que no me ocupo de mis asuntos.

Rosaura se sintió herida por aquella manera indirecta de confesar que ella y su amor no entraban en el número de las cosas a que Reinaldo llamaba sus asuntos. Permaneció en silencio, entregada a ese raro deleite de las imaginaciones del despecho, que en el espíritu de ella cobraban, como todas las imaginaciones, lucidez y fuerza de realidades tangibles.

—Tal vez no regrese en varios días—volvió a decir él, con evidente deseo de provocar la escena de la ruptura.

Pero ella supo disimular:

—Verdaderamente, haces mal en olvidar tus asuntos.

A él le pareció que había recalcado insidiosamente la última palabra y se quedó viéndola, para preguntar:

—¿Te molesta que tenga cosas más serias en qué pensar?

—No, Reinaldo. ¿Por qué va a molestarme? Te lo digo sinceramente, como te lo dije el primer día: no debes entregarte demasiado a "esto", olvidando que tienes deberes sagrados que cumplir.

Reinaldo tornó a mirarla mientras buscaba las palabras definitivas. Ella fingía asegurar la rosa que llevaba prendida en el pecho, bajando los ojos para que él no viese que se le habían llenado de lágrimas. El, entretanto, sin atreverse a pronunciar las palabras que debían resolver la situación, se sentía impulsado por contrarios sentimientos: un deseo voraz, impetuoso, y una sorda repulsión que era también un

movimiento que se agitaba en los bajos fondos de su animalidad.

Instintivamente, sin poderlo evitar, miró el vientre de Rosaura, y una repugnancia mayor, ahora puramente espiritual: la de pensar que allí estuviese germinando una simiente suya, acabó por exacerbarlo. Le horrorizó la idea de un hijo, tenido en una hora de amor carnal en una mujer como aquélla.

—¿Qué herencia siniestra traería el ser que pudiese salir de aquella unión?

Por mucho que él hubiese querido justificar la conducta de Rosaura, y por mucho que hubiese hecho por ennoblecer aquella alma devorada por el ansia de amor, ella era una pasional, terreno abonado para las flores del vicio.

Est reflexión le sugirió el deseo sano de tener un hijo que fuese verdaderamente suyo. ¡Acaso, al fin de cuentas, fuera esto lo único que vendría a quedar de él!

Rosaura alzó la cabeza y le dijo con súbita resolución:

—Reinaldo, te repito lo que te dije la noche de nuestra unión: yo no quiero ser un estorbo en tu camino. Piensa bien lo que debes hacer y no te sacrifiques inútilmente. Yo sé que tú me quieres; pero comprendo que hay cosas más poderosas que el amor.

Reinaldo comprendió que era mejor no pronunciar las palabras crueles que estaba buscando y continuó como si no hubiese atendido a las de ella. Al cabo de un rato, ya de regreso a la quinta, se le acercó más y tomándole le mano le preguntó, amorosamente:

—¿Y tú... qué harías?

Ella no esperaba esto y se quedó viéndolo, con los ojos arrasados en lágrimas silenciosas. Reinaldo le oprimió suavemente la mano que tenía entre las suyas y no habló más.

Luego, ella murmuró:

—Tenía que suceder.

En la noche, después de la comida, que fué triste y silenciosa, Rosaura se sentó al piano, como de costumbre. Reinaldo pidió música de Beethoven; pero ella le dijo, dolorosamente:

—Esta noche me toca elegir. Es la gracia del ajusticiado.

Y comenzó a tocar nocturnos y valses de Chopin. Tocaba desesperadamente, poniendo toda el alma transida de dolor en los pasajes apasionados, a cuyo ritmo nació y creció el amor de Reinaldo para ella y que ahora clamaban inútiles, como la voz del desierto.

Reinaldo la separó del piano, diciéndole:

—Chica. Sé razonable.

Ella se enjugó rápidamente las lágrimas.

—Sabes—comenzó a decirle, tratando de sonreír—. Tengo una idea. Me iré a Venezuela a recorrer el mundo. Me ganaré la vida tocando, dando conciertos. ¿Te parece buena idea? Yo no lo hago tan mal como para que no me gane siquiera el pan. ¿Qué me dices?

—¿Qué voy a decirte?

—Es verdad. Tú también sufres.

Deslizó los dedos entre los cabellos del amante, repitiendo:

—Tú también sufres, y quizá más que yo. Ahora comprendo aquello que me decías la otra tarde, viendo las piedras que arrastraba la corriente del río. ¿Te acuerdas? "¿Qué pensarán las piedras—dijiste—cuando sienten que se acercan unas a otras y luego se alejan para acercarse de nuevo?" Ahora me lo explico: estaban pensando en esto que debía suceder tarde o temprano, y te parecía que el destino jugaba con nosotros, como la corriente con los guijarros, y que así como nosotros pensamos que es nuestra propia voluntad quien dispone las cosas, los guijarros podían creer que se acercaban y se alejaban porque querían. ¿No es eso?

—Así es. Pero recuerda que no estás inventando esa explicación: fuí yo quien la inventó, y, por tanto, reclamo la paternidad de la ocurrencia—advirtió Reinaldo, aprovechando la coyuntura para darle un sesgo jovial a la conversación.

—¿Quiere decir que te estaba plagiando?—dijo Rosaura sonriendo forzadamente.

—De la manera más desfachatada.

Pero ella volvió al tema:

—Y es la pura verdad; no somos nosotros, sino el destino quien dispone de nuestras vidas a su antojo.

Y al cabo de una pausa:

—Después de todo, lo que sucede es siempre lo mejor. Yo necesito redimirme, y el arte me purificará. Viviré sólo para el arte, y tu recuerdo me acompañará y me confortará. El dolor mismo, el enorme dolor de haberte conocido para perderte en seguida, será mi consuelo. No, si ahora me parece que mi vida tiene, por fin, un objeto noble y santo: sufrir. ¡Qué hermoso es sufrir por el amor, Reinaldo! ¡Imagínate cómo interpretaré desde ahora a los grandes atormentados del amor!

Hablaba precipitadamente, nerviosamente, como para no dar cabida al llanto que se le venía a los ojos. A través de sus palabras, Reinaldo le vió el alma desgarrada y una emoción humana, ante un dolor humano, se adueñó dulcemente de su corazón. La atrajo sobre su pecho y le dijo:

—No te irás.

Ella se zafó suavemente de sus brazos, y poniéndose de pie, murmuró lento:

—No, Reinaldo. Ya está decidido.

Pocos días después iban en el tren, rumbo a La Guaira, en donde ella tomaría el vapor que debía conducirla a La Habana.

Reinaldo había querido acompañarla hasta el último momento, y ya se arrepentía de haber accedido al desesperado propósito de la expatriación de aquella mujer, a quien debía, tal vez, las horas más intensas de su existencia: las horas de la absoluta posesión de un alma que es el don más precioso que puede hacernos la vida.

Reclinada en el hombro del amado, en la soledad del vagón donde sólo ellos viajaban, Rosaura veía pasar ante sus ojos velados de lágrimas, como en un sueño triste, las masas de luz y de color de la pintoresca serranía por entre la cual el tren se deslizaba, y cuando vió aparecer el mar tras el abra de "Boquerón", un fiero golpetazo de dolor deshizo en un acceso angustioso el llanto contenido.

Reinaldo sufría también, cruelmente: era un sueño más

que se desvanecía. ¡Tal vez la última hoja del árbol fatídico de sus pesadillas!

Deseaba retener a Rosaura; pero su voluntad parecía haber caído definitivamente en un colapso mortal, y el vago deseo se quedaba flotando a flor del alma, produciéndole la impresión de que no era un deseo suyo, sino una ansia errante, un elemento de vidas extinguidas que se hubiera quedado suspendido sobre el mundo en el torbellino de lo invisible y que al pasar cerca de su espíritu gravitó y se inflamó en la llama fugaz de la exhalación.

En silencio y dulcemente enjugó las lágrimas de ella. Rosaura le hizo guardar el pañuelo, diciéndole:

—Consérvalo siempre así. ¿Me lo prometes?

El estado de ánimo de Reinaldo era propicio a los abandonos sentimentales, y lo prometió de todo corazón.

En el puerto, esperando la llegada del vapor, que venía retardado, estuvieron tres días.

La víspera de la partida, en la tarde, iban por la playa de Maiquetía, siguiendo un sendero abierto entre los uveros, que más adelante se borraba sobre los bruñidos guijarros que la resaca amontonaba a lo largo de la costa.

Tras del cabo, el resplandor de la puesta de sol; a lo largo de la costa solitaria, el fragor del pedrusco arrastrado por la resaca, enorme, abrumador.

El agua infinita y resonante se movía bajo el ala del viento, y todo el mar parecía correr hacia el poniente, contra cuya viva lumbre destacaban sus mástiles desnudos dos barcas que estaban al pairo, cerca del Cabo. Reinaldo tendió las miradas sobre la ancha faz del mar. ¡Ni una vela en el horizonte! ¡Ni un rumbo marcado en aquella desolación de infinitos! ¡Ni una actividad que no fuese el atormentado vaivén de las fuerzas que se han quedado encadenadas dentro del colmo de las medidas! ¡Tan sólo aquellas dos barcas cuyos mástiles trazaban sobre el crepúsculo los signos vacilantes de los destinos detenidos!

Interpretando el místico sentido de las cosas, vió en ello un símbolo de su vida. Al mismo tiempo Rosaura, abrumada por el silencio, le preguntó, dolorosamente:

—¿Y tú..., qué harás ahora?

—No sé. Busco todavía el rumbo de mi vida, la definitiva orientación de mi espíritu.

—Me parece haberte oído otra vez esas mismas palabras.

—¡Cuántas veces las habré repetido! Ahora, al cabo de tantos años gastados inútilmente en buscar mi camino, me encuentro otra vez en la encrucijada, ¡en la perenne encrucijada de la incertidumbre de mí mismo! ¡Esto es horrible, atroz! ¡Buscarse a sí mismo toda la vida, por todos los caminos, y no encontrarse! ¡Ser una sombra que no se sabe quién la proyecta! ¡Una voz que no se sabe quién la pronuncia!

XI

Ya el transatlántico había abandonado la rada y se alejaba a marcha franca por el mar abierto y profundo, dejando un rastro de humo negro y denso en el aire inflamado de arreboles, y todavía Rosaura agitaba desesperadamente el pañuelo.

Desde el extremo del rompeolas, entre el fragor de las escolleras y el silencio de la bahía, junto al poste del faro parpadeante, Reinaldo le respondía agitando el suyo, a intervalos cada vez más largos, durante los cuales las brasas del dolor de despedidas, asfixiadas en la atonía de su espíritu, se le apagaban y convertían en frías cenizas de hastío, y ya los ademanes del adiós sin emoción eran pura condescendencia a una pena lejana y extraña de su vida; pero aún no se le había ocurrido, como siempre le aconteciera en las coyunturas de sus propósitos sin continuidad, la teoría trascendental que justificase el rompimiento con la amante y la displicencia con que la veía partir hacia la aventura final de su vida. Por primera vez Reinaldo llegaba al término de un camino y allí se detenía sin inquietudes de encrucijadas, como lo estaba en el extremo de aquel muelle solitario, del cual sólo podría revolverse sobre sus pasos.

Pero en el camino de su vida, a sus espaldas, no había

sino fracasos: la hermana bienamada decidida a meterse en un convento, que era el fracaso de las convicciones que no había sabido implantar en su hogar, la partida ganada por el padre Moreno; Graciela Aranda prometida de Menéndez, imposible ya para su amor, si alguna vez, hastiado de la obra heroica, fuese a buscar la aventura en el discreto reinado de aquel corazón cuyas puertas habían estado abiertas, esperándolo, desde niños; la Asociación Civilista convertida en instrumento de las ambiciones políticas de Olmedo y de Laínez, ya candidatos a ministerios pingües del mismo gobierno contra cuyas prácticas se habían alzado los ideales de aquélla. Almas donde él había reinado y obra suya que se le apartaban y se le enajenaban para siempre, porque no supo hacer el gesto necesario, la afirmación imperiosa que impidiese que ésta le fuera arrebatada y prostituída por los prevaricadores, ni quiso pronunciar la palabra mágica que aquéllos esperaban de sus labios para rendírsele por entero: ya todo esto era predio murado para él, la heredad del pródigo entredicho en manos de los prudentes.

Cierto era que aún tenía toda la vida por delante; pero ésta se había cansado de abrirle los hondos y suaves caminos de la esperanza, y ahora, ceñuda, le mostraba un yermo fragoso para que sus plantas lo ablandasen sangrando: ya no era rico, se le venía encima la necesidad de ganarse la vida y en su organismo ya la polilla de los excesos había comenzado su obra implacable.

Apartando sus miradas del barco que se alejaba con rumbo bien elegido entre los mil rumbos posibles del océano, las llevó a posarse sobre aquellos "signos vacilantes de destinos detenidos", que eran los mástiles de las barcas que aún permanecían ancladas frente a Cabo Blanco. Por detrás de ellas, rojo y enorme, el sol bajaba a hundirse tras el horizonte, y cerca del rompeolas, una boya, mecida por las blandas olas de la rada, sonaba a intervalos con una extraña sonoridad de campana sumergida. Reinaldo Solar recogía aquellas impresiones y pensaba que también en él todo declinaba o ya estaba sepultado.

Una balandra que abandonaba el puerto dobló la punta

del tajamar, hinchadas de viento las velas afanosas, decidida la proa contra el oleaje que le salía al paso. De pie, junto al mástil, un hombre, uno de los tripulantes a juzgar por la indumentaria, agitó su sombrero y gritó, sobre el trueno de las rompientes:

—¡Adiós, Reinaldo Solar! ¡Pronto volveremos a vernos!

—¿Quién es?—interrogó intrigado, alzando la voz.

—Francisco López—respondió a sus espaldas alguien en cuya presencia allí no había reparado.

Era uno de los estudiantes del grupo de "los subterráneos". Acabó de explicar:

—Ha tenido que disfrazarse de marinero para poder escapar, porque lo estaban buscando para meterlo en la cárcel desde que se supo que fué él quien sacó de Caracas, disfrazado de arriero, al general Vicente Altivas. Esa balandra lo dejará en Trinidad, donde están concentrándose los revolucionarios que invadirán por Oriente, bajo el mando de Altivas. Otro grupo que se está reuniendo en Curazao invadirá, simultáneamente, por las costas de Coro.

Luego explicó cómo, gracias a su amistad con el capitán de la balandra, había logrado embarcar a López, burlando la vigilancia de las autoridades del puerto, y finalmente:

—Le hago estas revelaciones porque sé que es usted de los nuestros, y, además, un hombre de honor con cuya reserva se puede contar. Me ve aquí porque en las suertes que nos echamos los del grupo, me tocó quedarme en Caracas dirigiendo la campaña de propaganda; si no, iría ahí con Francisco dispuesto a dar mi sangre por la causa de la libertad. Porque, convénzase, amigo Solar: hoy por hoy, la revuelta armada es la única forma de civismo viable en Venezuela, como le dijo aquella noche el general Altivas.

Reinaldo sonrió, alzando los hombros, y el estudiante concluyó con una vibración de nerviosidad exasperante:

—Veo que aún no se ha convencido usted de esa dolorosa verdad. Desde luego, respeto su opinión, aunque el fracaso de la Asociación Civilista no deja lugar a dudas.

—Tampoco lo dejará el fracaso de esa revolución de la cual esperan ustedes tanto—replicó Reinaldo.

—Puede ser; pero le advierto que no es cosa de muchachos, como dicen por ahí los apáticos. El plan está perfectamente combinado por las mejores cabezas militares del país y disponemos de todos los elementos necesarios para el triunfo.

—Al de las armas se referirá usted, que es una cosa muy diferente, si no completamente opuesta, al triunfo de la idea.

—De que triunfe la idea nos encargaremos nosotros, los puros, que somos el alma de la revolución.

—Convénzase, sigo yo ahora—replicó Reinaldo—: la revolución producirá otro caudillo, otro bárbaro y nada más.

Esta vez fué el estudiante quien sonrió y alzó los hombros para decir su última palabra:

—En todo caso, no negará usted que este que hemos escogido es, por lo menos, un camino de hombres.

—Sí—concluyó Reinaldo—. Pero camino de desesperación.

Pero ya la frase final del estudiante había restallado como un látigo sobre sus impulsos detenidos en la hora crepuscular.

Momentos después pasaba frente al cuartel de la guarnición del puerto, a tiempo que era arriada la bandera al son de la diana de ordenanza.

Descendía el emblema de la Patria a lo largo del mástil, agitado por el viento que soplaba entre el monte empinado y el mar inmenso, y sus colores resplandecían envueltos en los rayos postreros del sol, mientras los clarines y los tambores, como alientos de un esfuerzo desesperado sobre un bronco rumor de despecho, desgarraban la paz de la tarde, arrancándole resonancias marciales, llenas, sin embargo, de melancolía.

Reinaldo se detuvo a contemplar el espectáculo, presa de una emoción angustiosa: allí también declinaba algo hermoso, color y orgullo que debía ser recogido antes de que se extinguiera el día, pues se aproximaba la noche y era cosa sagrada que no podía ser envuelta en sombras... Y la

idea del suicidio rozó el alma que había visto morir sus ideales y estaba detenida en los umbrales del porvenir sin obra. La vida es también una bandera que no puede ondear sino en la luz gloriosa del ideal, y puesto que ya empezaba a abandonarlo el ansia heroica que siempre lo había animado y la voluntad comenzaba a disolvérsele en marasmos invencibles, ya era hora de tomar la determinación suprema: arriar la bandera que había flameado en los grandes vientos de todos los ideales humanos, antes de que viniese la noche de los desalientos definitivos.

Y bajo el aliento trascendental del símbolo, el escozor de hombría que le dejaron las palabras del estudiante tomó cuerpo de propósito: puesto que también, como la muerte, era la guerra un camino de desesperación, podía ser elegida como forma de suicidio: muerte de bala o de barbarie, de la guerra no regresaría el Reinaldo Solar que iba a lanzarse a ella.

La bandera acabó de descender, cayó, se apagó como una llama del cielo al tocar la tierra, y dejando de ser el símbolo de la Patria, se convirtió en un trapo entre las manos de un soldado. Enmudecieron las clarines y a la diana marcial sucedió una charanga burlesca de pitos y tambores...

*

Y el símbolo se cumplió.

Meses después, otra tarde, veinte hombres mal armados, rotos y famélicos, se deslizaban cautelosamente a través de los bosques de cardones del litoral de Maurica. Era una de las numerosas guerrillas que se habían disuelto, un ejército formado con el aporte de todos los caudillos famosos y que, después de haber vencido en todos los combates, no pudo lograr la victoria definitiva porque se anarquizaron sus jefes, cada cual aspirante a la presidencia de la República, y batido en secciones fué derrotado y desbandado, e iban buscando la costa con la esperanza de hallar alguna embarcación pesquera que los trasladase al asilo de una cualquiera de las Antillas.

A la cabeza de aquella montonera, sobre un caballo despeado, iba un joven taciturno, aniquilado por el paludismo y por los rigores de una larga campaña, flaco, macilento, barbudo, infinitamente triste; la ruina de un hombre que era todo lo que quedaba de aquella lozana y generosa juventud de Reinaldo Solar, ruina del cuerpo que habían destruído la enfermedad, el aire y las intemperies, el sobresalto continuo, las jornadas de noches y días a través de montes tupidos o de llanuras desesperantes, con los nervios tensos en la expectativa de la emboscada o del asalto, el enardecimiento agotador de las refriegas, el pánico bestial de las derrotas; ruina del alma quebrantada por la convivencia con la soldadesca, mezclado y confundido en una misma masa de suciedad, abyección y barbarie; perturbada por el desencadenamiento de los bajos instintos que habían destruído en días la obra de años de depuración espiritual; totalmente abatida por el espectáculo del sacrificio de un pueblo, llevado a la matanza en nombre de un ideal que era una irrisión en boca de los bárbaros gamonales que sólo hacían la guerra para repartirse el botín del tesoro público, que otros bárbaros como ellos se estaban repartiendo en el ejercicio del gobierno; vuelta un guiñapo el alma que había sido una bandera de orgullo suelta a los vientos de los grandes ideales como aquella otra tarde la de la Patria en manos del soldado.

Salían ya del cardonal a un paraje descampado, de terreno salitroso, que se extendía hasta las orillas del mar, donde se divisaba una ranchería de pescadores, cuando Reinaldo, abandonando de pronto el camino que los conduciría al sitio que venían buscando para escapar del país, cogió otro que llevaba a una población cercana, ocupada por las fuerzas del gobierno.

Detúvose un momento la guerrilla en la encrucijada, miráronse unos a otros los hombres que la componían y en seguida el teniente, adelantándose, se acercó a Reinaldo y lo interpeló:

—¿Qué es esto, capitán?

Aún no había podido acostumbrarse Reinaldo a la idea de que él fuese una cosa tan absurda como la que expresaba

la palabra final del soldado, y éste tuvo que repetir su pregunta, ya con una acritud de rebeldía insolente:

—¿Qué significa esta contramarcha, capitán?

Saliendo de su ensimismamiento, Reinaldo Solar le clavó una mirada imperiosa y le respondió:

—Significa que vamos a jugar la última carta. Allí está el enemigo y vamos a atacarlo.

Un resto de subordinación hizo vacilar al teniente.

—Somos veinte hombres que ya no podemos con nuestros cuerpos—replicó—. Entre todos no llevamos ni doscientas cápsulas, mientras que el enemigo...

—Ya no se trata de vencer, sino de morir—repuso Reinaldo con una expresión delirante—. Porque el hombre no debe sobrevivir a sus ideales.

Prodújose un murmullo de burla en la montanera, y el teniente, después de haber cruzado una mirada con sus soldados, se decidió:

—Si usted quiere que lo maten como un perro, vaya solo, joven. Lo que somos nosotros no lo acompañamos más, ¿No es así, muchachos?

—Usted lo ha dicho, teniente—respondieron los insubordinados.

Reinaldo se irguió autoritario, espoleando el caballo, sin lograr arrancarle un movimiento de bríos, y se llevó la mano al revólver, con un impulso que no era suyo, sino de aquel personaje absurdo a quien le decían capitán Solar; pero veinte hombres se le arrojaron encima enfurecidos y lo tundieron a golpes con las culatas de los máuseres, y lo derribaron del caballo y todavía siguieron golpeándolo...

Y fué como la bandera convertida en un trapo en manos del soldado...

*

En las afueras de la ciudad, donde mueren las estribaciones del Avila, hay unas barrancas por cuyos cauces hace tiempo que no corre el agua de los regatos de la montaña, y en cuyos bordes no cuelga ningún florido festón. Las lluvias han desmoronado aquellos taludes de greda y arenisca

y en algunas partes han labrado caprichosas formas que presentan aspecto de fantásticas ruinas, entre cuyas grietas crecen retamas y ñaragatos.

Aquellas barrancas están a menudo solas, y apenas, por las tardes, pasan por allí mujeres que bajan del cerro, con grandes haces de chamizas sobre las cabezas. De trecho en trecho se encuentran algunas tejerías, donde ya no se trabaja, abandonadas por sus dueños o reducidas a escombros por el fuego; en sus plataformas, generalmente, se han quedado algunos adobes, un molde, una artesa u otro instrumento del oficio, que le dan sugestivo valor trágico a aquella interrupción del trabajo.

A estas tejerías iba Alcor a menudo. En aquel ambiente de abandono, entre aquellos taludes que parecen ruinas bajo la luz cruda del sol, en medio de aquel silencio que sólo interrumpe el rumor del viento corriendo por la barranca solitaria, y de cuando en cuando, el balido triste de un chivo, cerca de aquellos cauces secos por donde antes corriera el agua que bajara de las quiebras del monte, descuajado ahora por las quemazones, junto al horno frío en cuyo fondo algunos materiales esperaban el fuego que ya no se encendería, sentía Alcor un hálito de la tragedia obscura y silenciosa que había pasado por allí y trataba de reconstruirla componiendo así asuntos para sus dramas. De este modo era como él sentía el dolor de la Patria. El abandono de aquellos tejares, la humilde tragedia de aquel trabajador anónimo, eran para Alcor una tragedia de la Patria. A él no le conmovían tanto las grandes calamidades públicas, el fracaso de las grandes empresas de regeneración nacional, como aquellas angustias cotidianas, humildes y obscuras, pero que juntas componen la tragedia de un pueblo.

Una tarde paseaba por allí, acompañado de Menéndez.

Recordaban los generosos tiempos de las alegres excursiones por los arrabales, a la caza del rincón poético, en las gloriosas mañanas llenas de brisas, de luz y de color, o en las tardes doradas llenas de dulzura, propicias al ensueño.

Menéndez decía:

—Otra vez estamos como entonces: el paisaje vuelve a

ser nuestro refugio. Pero ya el paisaje no es para nosotros lo que era antes: sueño y entusiasmo; ahora es reposo, abandono.

Alcor caminaba, ceñudo, sin hablar. Pensaba en aquel coterráneo suyo, el poeta de *La Esperada,* regresando a su casa, cuando el yate del mecánico, donde escapaban los únicos hombres fuertes de la ciudad natal, se perdió tras el recodo del río. Con igual desesperanza silenciosa caminaban ellos ahora por el cauce de la barranca solitaria. La suerte estaba echada para todos: Reinaldo era una triste memoria en los corazones que lo amaron; Menéndez se había casado y esperaba un hijo; él, convencido de que la literatura no le daría para vivir, se había decidido por fin a regresar a su pueblo a encargarse de los negocios del padre, que estaba viejo y reclamaba su ayuda. Sobre todos ellos había caído "la losa de los sueños"...

Menéndez concluyó:

—Ya hemos dejado de oir el canto de la Sirena; pero hemos cumplido con la juventud, porque hemos sabido soñar, y con la Patria, porque hemos sufrido su dolor.

La noche invadió la barranca solitaria.

FIN DE
"REINALDO SOLAR"

LA TREPADORA

PRIMERA PARTE

EL HOMBRE DE PRESA

1

ENTRE lomas herbosas y laderas pobladas de cafetales, en torno a una iglesia pequeñita levantada sobre un altozano, de humildes muros de bahareque enlucido, espadaña a un costado y atrio de ladrillos musgosos, está acurrucado el pueblecito: unos cuantos ranchos, unas tantas casas, una sola calle que pronto vuelve a convertirse en camino y se va serpenteando por lomas y laderas, entre setos de pomarrosos.

Por detrás de la iglesia y a lo largo del pueblo, la alta y sombría cortina de los guamos y bucares que cobijan los cafetales; frente a ella, la cuesta suave y tapizada de grama del altozano, asendereada por el paso de las recuas que por allí bajan de las haciendas y de los montes vecinos, las negras techumbres de paja de los ranchos y los tejados patinosos de las casas; y a un costado, la dilatada perspectiva de un hoyo de montaña que viene bordeando el camino que conduce al pueblo: verdes lomas, laderas tendidas y hondonadas silenciosas, lomas azules, serranías lejanas.

Paredaña al templo, la casa parroquial y más allá la Jefatura Civil, frente a la cual, arrellanado en una silla recostada al muro, hallábase don Lisandro, viejo corpulento, bonachón y pacienzudo, que llevaba varios años ejerciendo la jefatura de aquel poblado, cuyos moradores, sencillos y pacíficos, poco le daban que hacer. Apenas tenía que afanarse y salirse de su habitual mansedumbre por tiempos de cosecha, cuando de los campos y pueblos del contorno acudían en gran número a las haciendas vecinas los "cogedores" de

café, pues entonces todas las noches había joropos que generalmente terminaban en riñas.

Por causa del de la noche anterior, y, sobre todo, por otro acontecimiento que mucho le preocupaba, había madrugado aquel día. Síntoma inequívoco de su intranquilidad de ánimo era aquel movimiento continuo de sus mandíbulas sin que entre ellas tuviese cosa que masticar.

En la puerta de la casa parroquial apareció el Cura, escarbándose los dientes y chasqueando ruidosamente la lengua, como si saboreara los restos que entre aquéllos le quedasen del copioso desayuno.

—Buenos días, pae Jaramillo.

Era éste un clérigo español, retaco, peludo y nada limpio, de cincuenta años bien conservados, que ejercía el curato de almas de aquella aldea hacía más de veinte. Asperos pelos cubríanle la cara, llevaba puesta una bata de lienzo crudo, alivio de sotana, con lastre de grasienta mugre sobre el abdomen prominente, y en la cabeza un bonete raído.

Tampoco dábanle mucho que hacer sus campechanos feligreses, ni él se preocupaba mayormente de su cuidado espiritual; en cambio, atendía con diligencia sus conucos y potreros, era amigo de parrandas y cacerías y murmurábase que no eran tales ahijados, sino hijos suyos, aquellas muchachos de los campos que lo llamaban padrino y le pedían la bendición, juntando las manos e hincando una rodilla en tierra.

—¡Hermosa mañana! ¿Verdad, don Lisandro?

—Muy bonita. Sí, señor—respondió el Jefe Civil.

El párroco encendió un cigarro, lo chupó enérgicamente hasta hacerlo despedir una espesa nube de humo, volvió a chasquear la lengua y luego, con los brazos en jarras, alzó sus miradas al cielo que lucía con una brillantez de esmalte precioso, las dejó vagar después por el vasto panorama de lomas y laderas resplandecientes de sol que llenaba la hoyada de montaña y, finalmente, las posó sobre los cafetales que llegaban hasta allí, bajo la tierna sombra azul de guamos y bucares, festoneados de campánulas del tiempo.

Espesura adentro, cantaban todavía las guacharacas tempraneras y, oyéndolas, dijo el Cura:.

—Esta mañana no pude resistir la tentación, don Lisandro. Cogí mi escopeta y a poco andar por entre el cafetal, maté cuatro guacharacas.

—Ya me había dicho mi mujer que usted debía de estar cazando, porque hoy no hubo misa.

—Hay que hacer también algo por la vida, don Lisandro. No todo ha de ser para el alma, que al fin y al cabo, sólo la misericordia divina puede salvárnosla.

—Usted que lo dice...—respondió el Jefe Civil, que no estaba aquella mañana para charlas de buen humor, y se sumió de nuevo en su caviloso silencio.

El Cura también calló, y durante un buen rato sólo se oyó el suave rumor de los altos árboles mecidos por el aire blando de la mañana.

A distancia, en el pueblo-abajo comenzó a sonar el yunque del albéitar. A ratos se escuchaba también el mazo del talabartero y una que otra palabra en el interior de las casas vecinas. Monte adentro, por el camino de la hacienda que salía por un costado de la iglesia, venía gimiendo la esquila de una recua. La fresca brisa movía el aroma agreste de los matorrales de romero y albahaca, humedecidos por las lluvias recientes. Resplandecía la blanca fachada del templo bajo los rayos alegres del sol de diciembre.

El padre Jaramillo detuvo ahora sus miradas en lo alto de un riscachal pelado y abrupto que se divisaba en la fila de unos cerros distantes y murmuró:

—¡La Guanipera!

—¡La Guanipera!—repitió el Jefe Civil, con el acento de su preocupación—. Sí, señor. En estos días todo el pueblo está mirando para allá a cada rato.

—Diga usted, don Lisandro. ¿Qué hay de cierto en eso de la vuelta de los Guanipas?

—De cierto, propiamente, no sé nada, porque todos los que han traído la noticia de que los "Barbudos" andan otra vez por sus viejos corredores de la Guanipera hablan por

referencias. Nadie los ha visto hasta ahora. Yo no digo que sea falsa alarma, pero...

—Motivos no faltan para creer que sea cierto—interrumpió el clérigo—. El viajero asesinado en las vueltas del Portachuelo... Esos crímenes no se cometían por aquí desde que ellos abandonaron sus corredores.

—Y el arreo de burros que se presentó ayer—agregó don Lisandro—. Por el camino de la Guanipera llegaron, solos y sin carga, y a la hora de ésta todavía no se ha presentado el arriero. Ni rastros de él se han encontrado.

—¡No me diga, don Lisandro! Ya eso se está poniendo feo. Y usted, ¿qué piensa hacer?

—¿Qué quiere usted que haga? Con cuatro chopos que es todo el armamento que tengo en la Jefatura. Esos cerrajones de la Guanipera son inexpugnables y si es verdad que por ahí andan los "Barbudos", no sale con vida un solo hombre de los que yo pueda mandar a capturarlos. Esos bandoleros son más malos que Mandinga. Acuérdese del noventa y dos.

—No me recuerde eso, don Lisandro, que todavía se me ponen los pelos de punta.

Fué cuando la revolución legalista, el día de la pelea de El Guayabo. Desde el pueblo se había oído el sordo rumor de las descargas y como allí todos eran revolucionarios, y más que todos el padre Jaramillo, éste se paseaba por el atrio de la iglesia esperando la noticia de la derrota del Gobierno para echar las campanas a vuelo, cuando de pronto oyó un tropel de caballerías y en seguida un grito estentóreo:

—¡Viva el Gobierno!

Eran los hermanos Guanipas, apodados los "Barbudos", bien conocidos y temidos por sus fechorías, enemigos jurados del pueblo, cuyas simpatías por la revolución eran el único motivo que ellos tenían para ser gobiernistas.

No le habría producido al Cura—él mismo lo había dicho—más terrible impresión la propia trompeta del Apocalipsis. Corrió a meterse en la casa parroquial; pero ya los "Barbudos" lo habían visto.

—¡Párate, curita!—le gritaron—. No te escondas, que ya sabemos que estabas esperando la noticia de la derrota del Gobierno para repicar tus campanas. Ahora es por la viceversa que vas a tener que repicarlas, si quieres salvar el pellejo.

Y le hicieron dos disparos para amedrentarlo, que bien hubieran podido ahorrárselos, porque ya él, comprendiendo que sólo en el repicar estaría su salvación, subía a zancadas la escalera de la espadaña.

—¡Así, curita! Repica largo y sabroso hasta que te podamos decir que ya basta—dijéronle los Guanipas, entre carcajadas, y se lanzaron al asalto del pueblo.

Y aquellos repiques contribuyeron a que fuera más sangrienta la jornada, pues oyéndolos y tomándolos por anuncio del triunfo de la revolución amiga, como era cosa convenida, la población se echó a la calle desprevenida y confiada, y a los "Barbudos" les fué fácil hacer copiosa matanza.

Como había dicho el padre Jaramillo, aún se le ponían los pelos de punta al recordar la trágica jornada y todavía se daba golpes de pecho por aquel miedo suyo que fué causa de tantas muertes.

—Y entonces los Guanipas no eran ni sombra de lo que hoy son—continuó don Lisandro—. Con decirle que en la Sierra de Carabobo, en la madriguera de bandidos de las Vueltas del Naipe, todos los respetaban y temían.

—Pero de allí los sacaron a tiros.

—¿Y cuánto no costó? Un batallón entero fué a pelearlos. Verdad que no estaban solos. Allí murió el mayor de ellos, que era más malo que "Guardajumo". Estos dos que según los díceres han vueltos a sus antiguos corredores de la Guanipera, no son tan bravos como el difunto; pero no dejan de ser respetables.

—¡Vaya que si lo son! No quisiera yo toparme con ellos por esos caminos.

—Tenga cuidado, pues. Usted que es tan amigo de andar registrando ranchos por esos montes.

—Cumpliendo el deber, don Lisandro: visitando enfer-

mos, confesando moribundos—replicó el Cura entre hipócrita y socarrón.

—A otro perro con ese hueso, pae Jaramillo. Buscando muchachas bonitas.

—¡Válgame Cristo, don Lisandro! Las cosas suyas!—y soltó una carcajada.

Luego se restableció el silencio. En el pueblo-abajo seguía cantando, con un rumor precipitado y alegre, el yunque del herrador.

—Oiga el martillo de musiú Francisco—dijo el clérigo—. Desde temprano está machacando.

Y ambos se olvidaron por un momento de aquella amenaza que estaba suspendida sobre el pueblo y a toda hora hacía volar las miradas inquietas hacia el trágico riscachal de la Guanipera, para contemplar la hermosa luz que brillaba sobre las copas de los árboles y saborear en silencio la dulce quietud del poblacho, donde la vida se deslizaba serena, mansa y calladamente, un día tras otro, todos iguales.

II

Estallaron cohetes, y don Lisandro, como recordase de pronto que así solían antes los "Barbudos" anunciar sus incursiones en el pueblo, dijo, moviéndose pesadamente en el asiento:

—En mentando al rey de Roma...

—¡Quite usted!—exclamó el Cura, que había tenido el mismo pensamiento, dirigiéndose al extremo del atrio desde el cual se dominaba todo el pueblo—. Alguno que habrá amanecido con unos palos en la cabeza. Como se aproximan las Pascuas...

—¡Pascuas! No está la masa para bollos. Las de este año como que van a quedar muy tristes.

—Dígamelo a mí, que no he podido recoger un centavo para las misas de aguinaldos—y en seguida, refiriéndose a lo que veía—: Es en las Cuatro Esquinas. Hay un grupo de

gente rodeando a un jinete que parece acabado de llegar... ¡Pare usté, don Lisandro! Guanipa es el recién llegado.

Y a tiempo que saltaba fuera del asiento la pesada mole del Jefe Civil, agregó con expresión de júbilo:

—¡Pero es Hilarito!—y dirigiéndose a la casa parroquial—: Voy a ponerme la sotana para bajar a darle la bienvenida a ese buena pieza. Falta que estaba haciendo. Ahora sí que tendremos Pascuas alegres, don Lisandro.

Volvió éste a ocupar su asiento, mientras el alma le volvía al cuerpo. Continuaron estallando los cohetes y pronto se extendió por todo el pueblo un inusitado rumor de animación.

—¡Vaya, pues!—murmuró el Jefe Civil—. Ya se alborotó la gente. Ahora empiezan las parrandas.

A poco volvió a aparecer el padre Jaramillo, diciendo:

—Es curioso, don Lisandro. Pensando nosotros en los Guanipas y se presenta Hilarito. Fué como un aviso.

—A mí no me dan buena noticia—replicó don Lisandro—. Porque estando Hilarito en el pueblo hay parranda y joropo y bebedera de aguardiente y ya uno no puede estar tranquilo.

—Pero si fueran los tíos los que hubiesen llegado, habría refriega y sangre y la de Dios es Cristo.

—Sí. Del mal, el menos. A usted sé que le dan en la vena del gusto: cacería, parrandas y hasta su joropito en un rancho de esos que usted conoce.

—¡Ave María Purísima!

Y haciendo cómicos aspavientos de escándalo, bajó a zancadas por el sendero que conducía al pueblo.

Don Lisandro se metió en la Jefatura, murmurando:

—¡En fin!... Vamos también a saludar al muchacho.

Era Hilarito Guanipa un mozo arrogante y simpático, amigo de jolgorios y amoríos, gran coleador de toros, notable tocador de arpa y maracas, y tan activo y competente para el trabajo como bien dispuesto para divertirse y derrochar el dinero a manos llenas, generoso y leal con sus amigos, valiente y emprendedor. Hacía dos o tres años que estaba ausente del pueblo, comerciando en ganados por los

llanos de Guárico y Apure, y ahora regresaba a gastarse en la alegre compañía de sus numerosos amigos las onzas de oro que traía en la faja, hasta que sólo le quedara lo imprescindible para volverse al Llano en busca de otras.

Llegó haciendo caracolear el caballo frente a todas las puertas amigas, que eran tantas cuantas había en el pueblo, y lanzando su interjección habitual:

—¡Jipa! ¿Quién dijo Pascuas tristes? Aquí está Hilarito Guanipa.

Donde primero se detuvo fué ante la talabartería de don Agustín Alcober, viejo bondadoso y jovial, especie de patriarca del pueblo, a quien todos profesaban un cariñoso respeto.

—¡Ya está aquí esta mala ficha!—exclamó con júbilo, abandonando sus bártulos de trabajo al oir el grito de Hilarito, y dirigiéndose a sus hijos—: ¡Muchachos! ¡Se acabó el trabajo!

Hilarito se inclinó sobre el cuello de la bestia para echarle el brazo al viejo. Este le preguntó:

—¿Traes mucha plata?

—¿Plata! Traigo la onza de oro que da grima, viejo. Toque aquí para que le dé un gusto a las manos.

Y se corrió la faja, haciendo sonar el oro.

—¡Caramba! Traes bien forrado el riñón.

—Eso es suyo, viejo. Vaya sacando si quiere.

—Gracias, muchacho. Yo sé que siendo tuyas, son mías. Que las aproveches. ¡Y dicen que en el Llano se acabaron ya las onzas!

—Qué han de haberse acabado. La dilcultad es meterse hasta donde están y no tenerle miedo al trabajo.

—Así es. Yo siempre lo dije: Hilarito consigue plata porque es un hombre muy meneado.

—Siga diciéndolo, viejo, que yo no lo dejo quedar en un feo.

Entretanto los hijos de don Agustín habían rodeado a Hilarito.

Atropellando las preguntas, sin dar tiempo a que se las respondieran, comenzó a pedirles noticias de las muchachas

del pueblo: si Mercedes se había casado ya, si Modesta tenía novio, si Antonia estaba todavía tan buenamoza como él la dejó.

—Por las muchachas de usted no pregunto, viejo Agustín, porque usted es muy celoso con sus hijas y lo puede tomar a mal.

—Es verdad. Eso es lo único en que no tengo ajuste contigo—y luego—: Bájate, pues, para que te eches el trago, que debes venir seco. Tengo por ahí un roncito muy regular.

—No podía faltarle. Y bueno que debe ser. Ya lo tengo dicho: el que quiera beber sabroso, que le haga una visita a don Agustín.

Pasaron a la trastienda, don Agustín sacó del fondo de un gran botijo de barro vidriado una botella de la cual sirvió una copa de ron denso y negro, diciendo:

—Esto no lo has paladeado tú nunca. Ron Carúpano legítimo, de veinte y pico de años. ¿Qué te parece?

—Déjeme gustantearlo—y después de haberlo paladeado largamente—: ¡Muy bueno! Esto sí es darse un gusto.

—Pues ya sabes dónde está. En ese botijo me quedan unas nueve o diez botellas. Cuando quieras, no tienes sino pasar para adentro y servírtelo tú mismo—y en seguida, refiriéndose a los rumores de guerra que empezaban a correr—: ¿Cómo está eso por ahí? ¿Muy revuelto?

—Muy inquietos los ánimos. Todo el mundo se está preparando. Se dice que por el Oriente se está encendiendo una guerra que va a ser muy seria. Ya todo ese llano está infestado de partidas revolucionarias. Aprovechándome de eso es como he podido ganar unos reales; el ganado no vale nada; por lo que uno ofrezca se lo dan.

—Ya lo creo. Para que se lo vayan a comer los revolucionarios—dijo don Agustín—. ¿Hasta cuándo durará la guachafita en este país? El hombre de trabajo se desalienta. Todavía no hay nada por estos lugares y ya se siente que viene la guerra. Aquí tenemos días de no vender un centavo.

Luego Hilarito refirió sus empresas y aventuras por los llanos de Guárico y Apure, sazonándolas con ponderaciones

y mentiras que se le venían fáciles a la cabeza a medida que hablaba con gracejo. Concluyó refiriendo cómo se había perdido en un banco de sabana, por donde anduvo tres semanas caminando sin encontrar ánima viviente. Lo de que hubieran sido tres semanas pareció demasiado a don Agustín; y él, después de jurar que no exageraba, convino:

—Bueno. Me transo. Fueron tres días nomás—y prosiguió su cuento, entre las carcajadas del auditorio—: Una noche, o mejor dicho, una madrugada, porque ya estaban menudeando los gallos...

—¿Pero no acabas de decir que no había bicho viviente por todo eso? ¿De dónde salieron esos gallos?—interrumpió uno de los hijos de don Agustín.

—No los había por allí, pero era la hora en que debían estar menudeando donde los hubiera.

—Ya empiezas a enredarte entre tus propios embustes —dijo don Agustín.

—Esto no es embuste, viejo. Déjeme echar el cacho, que es bueno. Una madrugadita, de pronto, sin yo saber cómo ni cuándo, porque había llegado hasta allí dormido sobre el caballo, me encontré metido en un cañadote donde había agua. Yo, que iba muerto de sed y viendo mirajes de agua por todas partes, al descubrir la verdadera me tiré del caballo y ya me estaba agachando para bebérmela toda, cuando vo que de repente se levanta frente a mí un bulto negro, que resultó ser un toro cimarrón que estaba echado entre el gamelote. Esto fué en el Arauca, ¡más lejos que nunca! Se me queda mirando el bicho y me hace ¡Múuu! ¡Caray, viejo! Yo nunca había querido creer que fuera verdad eso de que el miedo le hiela a uno la sangre de las venas. Pues le aseguro a usted que se le pone a uno más fría que barriga de sapo. Con decirle que del tiro se me quitó la sed y me sentí emparamado, ¡yo que iba quemándome por dentro! Aquel pitido que me soltó el toro ha debido de oírse en el fin del mundo. No me quedó más recurso que contestarle: ¡Biiicho!

—¿Y también se le heló la sangre al toro al oírte?

—¿Helársele? Me barajustó encima bufando y buscándome con las astas. Diga usted que yo soy un lince para taparme

un puntazo, que si no, los que me iba a dar el toro eran por partida doble y de los de requiescatimpace. Me acuerdo mucho de que en la punta de un cacho tenía una macolla de yerba que seguramente había arrancado tirándole cornadas a la sabana, por distraerse. Pues bien: se me vino encima el animal, yo di un salto para atrás y sin saber cómo, me veo de repente con la cobija, que había dejado sobre el caballo, abierta en mis manos en disposición de torear.

—Seguramente fué la Virgen del Carmen quien te la puso en las manos—interrumpió siempre chancero don Agustín—. Como eres tan devoto de ella.

—¿La Virgen del Carmen? No la vi por todo aquello. El miedo, que hace más milagros que todos los santos juntos. Abro yo mi bayeta y me digo: ¡Ahora es cuando te quiero, Hilarito! Vamos a ver si es verdad que tú toreas. Y dijo el bicho a embestirme y yo a sacarle lances. ¡Así, así, así! ¡Jipa! ¡Zambo sabroso bien meneado! Mire, don Agustín, que me caiga muerto, si esto es embuste. Cuando empecé a torear, el sol estaba por aquí—y extendió la diestra horizontalmente—; cuando el toro se echó en el suelo rendido, el sol estaba por allí—y extendió el brazo izquierdo.

—¡Un día entero y toreando!—exclamaron a una los Alcober.

Y don Agustín, sonriendo, maravillado de la estupenda ponderación:

—¿No nos rebajas nada, Hilarito?

—¡Ni un minuto! Con decirles que el suelo del cañadote, que tenía la hierba así de alta, quedó limpio y planito como este piso. El toro había arrancado de raíz las cepas con las pezuñas en las arremetidas que me daba.

Comentaron y celebraron alegremente los Alcober el "cacho" de Hilarito y don Agustín puso fin a la charla empuñando de nuevo la botella.

—Eso merece otro trago, Hilarito.

—Y dos más también—paladeó el licor y dijo, guiñando un ojo—. Y ahora pregunto yo: ¿de los veinte y picos de años de este Carúpano no me rebaja usted nada, viejo?

—¡Ni un minuto! Te respondo yo también.

—Este viejo no pierde nunca la guardia—celebró Hilarito, palmeando las amplias espaldas de don Agustín.

Vaciaron las copas. Hilarito se despidió y partió al trote, calle arriba. De la talabartería a la botica y a la pulpería de las Cuatro Esquinas, sitio denominado así por ser el único donde se cruzaban allí dos calles.

—Aquí está Hilarito Guanipa!

—¡Se salvó la fiesta!—exclamaron sus amigos, abandonando en seguida el trabajo para salir a recibirlo con vivas muestras de júbilo, y el pulpero de las Cuatro Esquinas ordenó a sus dependientes:

—Echenme acá ese mazo de cohetes para celebrar la llegada de Hilarito. Se alegraron las Pascuas, que iban a estar muy frías este año.

—¿Quién dijo Pascuas tristes? Ya vamos a estar poniendo la fiesta. Por ahí traigo unos toros bravos para los coleadores y un joropo nuevo, compuesto por mí, que es un acontecimiento. "¡Jipa!" se llama y ha dado que hacer dondequiera que lo he tocado.

A poco había en las Cuatro Esquinas un numeroso corrillo de alegres camaradas de Hilario, alzando las copas a su salud y escuchando y comentando con ruidosas risotadas los chispeantes cuentos de sus fabulosas aventuras por el Llano, mientras en el aire seguían estallando los cohetes y en las puertas de las casas vecinas las muchachas contemplaban al recién llegado, contentas, porque habría bailes y paseos al campo... y cálidas frases de amor al oído de muchas de ellas, que hacía tiempo suspiraban por escucharlas de boca de Hilarito, el mozo más popular de aquellos lugares, en varias leguas a la redonda.

III

Su padre era don Jaime del Casal, persona de rango y calidad entre la aristocracia caraqueña y propietario de la hacienda Cantarrana, aledaña al pueblo, que era uno de los más ricos fundos cafeteros de los valles del Tuy.

Encargado Jaime de la hacienda, a raíz de la muerte de su padre, llegaron a Cantarrana, entre las cogedoras de café que por la época de la cosecha acudían de los campos y poblaciones del contorno, Gregoria Guanipa y su hija Modesta, apellidada entre los peones, por su rústica belleza y por ser oriundas del aquel pueblo, la flor de Caucagüita.

Apetitosa y sensual como era la mulatica y aburrida la existencia que el joven Casal llevaba en la hacienda, un encuentro en un cafetal solitario, la hora ardiente de la siesta y ese relajamiento de la moral que produce el áspero contacto de la Naturaleza, un requiebro de Jaime y una sonrisa turbadora de Modesta dieron origen fortuito y bastardo a Hilario Guanipa.

Apenas lo supo Gregoria, por la confesión que, mediante amenazas, le arrancó a Modesta cuando descubrió en ella las señales de la maternidad, decidió sacar partido de aquellas relaciones de su hija con el señorito y mandó recado a sus hijos—internados en las montañas de Capaya, propicias a sus nacientes instintos de presa—de que se trasladasen cuanto antes a Cantarrana. Llegados allí los Guanipas y enterados del caso en una entrevista que tuvieron con la madre, mientras Modesta había ido por agua a la quebrada, trazándose rápidamente su plan, y cuando vieron llegar a la hermana comenzaron a dar voces airadas y a jurar que le "beberían la sangre al patiquín" que les había deshonrado el nombre. Modesta, que conocía la sanguinaria índole de sus hermanos, se estremeció de miedo; pero como también tenía en sus venas sangre de aquella brava y resuelta de los Guanipas, se sobrepuso en seguida y entró en el rancho, como si nada hubiese oído.

Increpáronla los hermanos, pidiéndole cuentas de su extravío, y como nombrasen a Jaime del Casal, ella negó rotundamente que aquel hijo que llevaba en su vientre fuera de él.

—¿De quién es, entonces?—interrogó el mayor de los Guanipas, en cuyo pecho ya se había convertido en furor verdadero y terrible lo que al principio fué fingimiento de indignación con miras especulativas.

Pero Modesta no perdió el aplomo y respondió:

—¡Guá! Qué voy a saber yo de quién es. Hay tantc hombres trabajando por esos montes...

Los hermanos se abalanzaron sobre ella; pero Gregori intervino, apaciguadora:

—¡Muchachos! ¿Qué van a hacer? Ese no es el remedic

Cruzaron una mirada entre sí los Guanipas y acto segu do se precipitaron a sus caballos, acordes en el siniestr propósito.

Apenas los vió partir, rumbo a la Casa Grande de la ha cienda, salió Modesta del rancho y echó a correr por un ataj que acortaba el camino a través de los cafetales, para llega a tiempo de prevenir a Jaime.

Llegó a tiempo. Ya los Guanipas se acercaban a la Cas Grande. Modesta abandonó el sendero para lanzarse dere chamente a través de las malezas, a ganar la puerta trasera de la casa. Penetró por allí desolada; cruzó el departament de la servidumbre, atravesó los corredores que rodeaban e patio principal; se metió en las habitaciones buscando a Jai me, llamándolo.

Lo encontró en la sala, dormido en un diván. Pero y se oían los pasos de los Guanipas en la escalinata que dab acceso a la casa. El terror la hizo mover rápidamente la ca beza a uno y a otro lado, y sus ojos tropezaron con la pistol que Jaime se había quitado del cinto y estaba en una sill junto al diván. La empuñó resuelta y salió al encuentro de lo asaltantes. Deteniéndose en el umbral, apuntándoles con e arma, dijo:

—Al que dé un paso, lo mato!

Los Guanipas, que aún no habían esgrimido las suyas, a ver pintada en la faz de su hermana la tremenda resolución se detuvieron un instante, perdiendo así un tiempo que Mo desta aprovechó para cerrar la puerta y echarle el cerrojo

Hecho esto, el coraje que hasta allí había mostrado cedi en su corazón el sitio a un miedo bestial. Presa de un temblo convulsivo tuvo que apoyarse contra la puerta que acababa d cerrar.

Jaime se incorporó sobresaltado. Modesta respondió a la muda interrogación de su mirada:

—Que vienen a matarlo. ¡Escóndase!

—¡Cobarde!—exclamaron afuera los Guanipas, enfurecidos—. ¿No le da vergüenza que tenga que venir a defenderlo una mujer? Salga pa juera, pa que sepa que con la honra de los Guanipas naide se da un gusto sin que le cueste caro.

Jaime acabó de comprender y, sereno y entero el ánimo, se acercó a Modesta, pidiéndole la pistola:

—Dame acá. Abre esa puerta.

—¡No! ¡No salgas! ¡Escóndete!—suplicaba ella, ocultando tras su cuerpo la mano que empuñaba el arma.

—Dame acá la pistola. Tranquilízate. No pasarán de bravatas. Dame acá. Me están desafiando a que salga y debo salir.

Entretanto los Guanipas forcejeaban por derribar la puerta. Jaime, viendo cómo las maderas cedían por momentos y hallándose todavía desarmado, procedió a quitarle la pistola a Modesta. Ella gimió débilmente bajo la presión de su mano y cedió, pero en seguida le echó los brazos al cuello:

—¡No salgas! Por tu hijo te lo pido!

—¿De qué vale que no salga? Ya ellos van a entrar y es necesario que me defienda. Suéltame.

Transcurrieron instantes angustiosos. Los batientes de la puerta no resistirían mucho tiempo. Ya el cerrojo comenzaba a saltar. Modesta, pegada al cuerpo de Jaime, temblaba de pies a cabeza, oprimiéndolo entre sus brazos, comunicándole su temblor, y él forcejeaba por librarse de ella, fija la vista en la puerta.

Inesperadamente, los Guanipas abandonaron el asalto. A distancia se oyeron voces de la peonada de la hacienda que venían en auxilio del señor. Los Guanipas huyeron precipitadamente, no sin antes jurar que aquello no se quedaría así. Pero transcurrieron años sin que se les viera aparecer de nuevo por Cantarrana.

Entretanto, la madre de Jaime, enterada de los aconteci-

mientos, llamó al hijo a Caracas. Este halló perfectamente justas y razonables las reconvenciones que le hizo y accedió a sus ruegos de que formalizara sus amores con Agueda Escobedo. Hecho esto y fijados los esponsales, Jaime regresó a la hacienda. Su natural caballeroso le imponía reparar de algún modo el daño causado a Modesta—quien, por lo demás, se había hecho acreedora a ello por su lealtad—y proveer a la suerte del hijo que iba a nacerle.

Con tal fin separó de Cantarrana una montañuela de café, denominada La Haciendita, y le hizo donación de ella a Modesta. Allí nació Hilarito.

Años más tarde volvieron los Guanipas, pero esta vez en son de paz y diciéndose arrepentidos de su conducta anterior. Más aún: mostrábanse solícitos en servir a Jaime del Casal en lo que él tuviese a bien emplearlos, así fuera el más ruin de los oficios. La verdad era que venían huyendo por los robos cometidos en Barlovento.

Jaime incurrió en la candidez de creer en las protestas de lealtad y en los honestos propósitos de aquellos bribones y consintió en que se instalaran en La Haciendita. Tarde fué cuando quiso reparar su yerro, al ver que los Guanipas eran unos holgazanes que se pasaban la vida en perenne borrachera perturbando el orden. Les pidió la desocupución de La Haciendita. Resistiéronse. Jaime acudió a las autoridades, pero nada logró tampoco.

Desde aquel día se declararon los Guanipas en franco bandoleraje, asaltando a los viajeros para robarlos y dando muerte a quien fuese osado a oponerse a sus desmanes, con lo cual se cubrieron de siniestra fama los peligrosos desfiladeros y vericuetos de la montañuela, que empezó a ser denominada "La Guanipera".

Allí transcurrió la primera infancia de Hilario, y cuando Modesta murió, don Jaime se lo llevó consigo a Cantarrana y lo empleó en labores apropiadas a su edad, para extirparle desde luego los hábitos de holganza y pendencia y los vicios que hubiera podido adquirir del ejemplo de los tíos.

De la convivencia con éstos le quedó a Hilario, en efecto, una insolente jactancia de sí mismo que, a la larga, debía dar

origen al fiero orgullo de su casta; orgullo al cual contribuyó también la comparación que bien pronto comenzó a establecer entre su situación y la de los hijos legítimos de don Jaime. De la madre le quedó, sin embargo, un sometimiento incondicional a la autoridad de aquél

Por temporadas iban a Cantarrana la esposa y los hijos de don Jaime. Hilario conservaba recuerdos desagradables: doña Agueda, una señora muy tiesa, muy encopetada, que no logró hacérsele simpática ni aun cuando lo regalaba con golosinas. Aquella señora tenía para él algo que lo repelía: muchos mandados que hacer y una manera de ordenárselos muy afable, pero, sin embargo, chocante:

—Hilario, ensíllale el burro a Jaimito. Hilario, las niñitas quieren que les tumbes unas guamas. Hilario, cuando tengas que venir a algo por aquí, toca en la puerta y espera a que manden pasar adelante.

Jaimito, un muchacho soberbio, voluntarioso y propenso a la cólera. Un día, como lo injuriara sin necesidad ni motivo, don Jaime lo castigó severamente, pero él no le guardó rencor. En cambio, a Jaimito sí se lo guardó implacable, para toda la vida.

Eleonora, Fernanda: dos niñas muy bonitas, pero muy amigas de reírse de él, sin que supiera nunca por qué ni de qué. Eugenia, en cambio, le sonreía cariñosamente; pero ésta era una criatura que todavía no sabía cómo comportarse con él, pues apenas tenía meses de nacida.

En cambio, a veces iba a Cantarrana con las del Casal una primita de ellas llamada Adelaida, muy simpática. Una niña de trato sencillo, dulce y suave, que no se desdeñaba de reunirse con él y a menudo lo llamaba para que le contase cuentos que la divertían mucho, ya porque Hilario fuese desde pequeño un narrador entretenido o porque ella prefiriera a la actividad demasiado fuerte de los brincos y retozos con las primas, el placer sosegado y pasivo de dejarse llevar la imaginación en pos de las sabrosas aventuras de Tío Conejo y Tío Tigre.

Hilario las contaba con verdadera gracia y sólo entonces se allanaban las del Casal a reunirse con él; pero siempre

bajo la vigilancia de doña Agueda, recelosa de que fuera a contarles villanías propias de su condición plebeya.

A veces Jaimito del Casal se bajaba de su altura y venía a quitarle la palabra a Hilario, para narrar un cuento, aprendido en sus libros o compuesto por él, tomando de aquí y de allá; pero generalmente sus relatos eran tan pedantes y tan ayunos de imaginación que ni aun sus hermanas querían oírselos.

—¡No! No, Jaimito. Deja a Hilario.

Pero cuando el auditorio soltaba la risa, a cada picardía de Tío Conejo o a cada simpleza de Tío Tigre, Adelaida no hacía sino sonreír con expresión de íntimo deleite, mirando fijamente los negros ojos chispeantes de Hilario, puntos inquietos en los cuales, para ella, estaba, más que en lo cómico de la misma aventura, toda la gracia del cuento.

Por su parte, Hilario no hacía, verdaderamente, otra cosa sino inventar hazañas de Tío Conejo, así estuviera ocupado en las faenas que le estaban encomendadas en la oficina, junto a las máquinas de beneficiar café o descansando a la sombra de un árbol, tumbado boca arriba sobre la hierba.

Y mientras componía el cuento de la noche, le parecía estar mirando aquella dulcísima sonrisa de Adelaida. Era como si un delicioso calor le estimulase la sangre; pero esta fiebre sólo le encendía la imaginación. Por su parte, Adelaida no podía encontrarse con él sin acordarse de la última hazaña de Tío Conejo. El también sonreía al verla, y era como si mediara entre ambos un malicioso secreto.

Después pasaron varios años sin que las del Casal fueran por la hacienda. Cuando volvieron, ya Eugenia era una señorita; pero de esta temporada y de las sucesivas sólo podía recordar Hilario que nunca quiso dejarse ver por los alrededores de la Casa Grande.

En el intervalo: el infinito número de cosas grandes y pequeñas de la vida. El trabajo, al cual se le iba tomando cariño. Hoy una novia aquí, mañana otra allá... Parrandas, muchos amigos, un apetito inmoderado de placeres, sed de aventuras, una gran confianza en sí mismo, una enorme am-

bición, que día por día iba tomando cuerpo dentro de su corazón impetuoso.

No obstante, su contracción al trabajo y su natural inteligencia para desempeñarlo, además de su probada lealtad para don Jaime, única ley de su vida, le valieron que éste lo hiciese mayordomo de confianza de Cantarrana.

Pero don Jaime enfermó y los médicos le aconsejaron un viaje a Europa.

Hilario tomó entonces la determinación de abandonar la mayordomía de Cantarrana, pues por nada del mundo se avendría a trabajar a las órdenes de Jaimito, y se marchó a los llanos de Guárico y Apure a probar fortuna en negocios de ganado.

IV

Apenas le dijeron que don Jaime había regresado y estaba en la hacienda, abandonó la compañía de los amigos que festejaban su llegada y fué a saludarlo.

Camino de Cantarrana, en el paso de la quebrada que todavía arrastraba aguas turbias y rápidas de las últimas lluvias, se encontró con Taparita, peón de confianza de la hacienda, que conducía cinco bestias aperadas .

—¡Hilarito!—exclamó el peón, deteniéndose—. ¡Dichosos los ojos que te vuelven a ver!

—¿Para dónde la llevas, Taparita? ¿Cómo que vas a alzarte con esa caballería? Por las monturas, como que es tropa de mujeres la que vas a reclutar.

—Son para la familia que viene de Caracas a pasarse las Pascuas en la hacienda. En coche llegan hasta el pueblo. Misia Agueda con las hijas y Misia Carmelita con la niña Adelaida.

Atropelláronse en la mente de Hilario los rencorosos y los dulces recuerdos, desapareció de su rostro la expresión de buen humor, y, al cabo de una pausa, preguntó:

—¿Y el viejo, cómo está? Me han dicho que no le prestó el viaje a Europa.

—Naitica. Aquí en Cantarrana se ha alentado una miga-

jita. Le vas a dar un gusto con tu llegada, porque se las pasa preguntándonos por ti: que si no habíamos recibido noticias tuyas, que si no sabíamos por dónde andabas. Le estás haciendo mucha falta, porque, además del cariño, Cantarrana está hecha una lástima desde que te fuiste.

—¿Y eso por qué? ¿No la administra Jaimito?

—¡Jaimito! En cuantico nomás se fué el padre, le entregó la administración a uno de sus amigos de Caracas, que no entiende nada de agricultura. Un tal don Carlos Olaizola. Por el camino has debido topártelo, ahí alantico va. Uno que usa un sombrero blanco de musiú con un trapo colgado atrás para taparse el sol y anda siempre muy enguantado para no quemarse las manos.

—¿Conque ése es el administrador de Cantarrana? Acabo de tropezármelo, sí.

—Más que el administrador parece que fuera el amo, ansina manda y patea cuando no le adivinan el pensamiento. Aquí todos estamos disgustados y con ganas de dirnos. Con decirte que la cosecha se ha perdido cosi toda, porque no hay cogedores que quieran venir a Cantarrana, por no tener que sufrirlo...

—Y Jaimito, ¿qué hace?

—Suponte. Ya tú conoces a don Jaimito... Se ha entregado en cuerpo y alma al don Carlos. Y éste, que no es ningún zoquete y que parece que está acostumbrado a darse buena vida, porque y que fué rico y lo botó todo en el juego, vive en Cantarrana como un príncipe. Cajas de buen vino y de buen brandy y mucha cacería y mucha fiesta rumbosa. Casi todos los domingos tiene invitados de Caracas. Y hasta una amiga ha tenido en la Casa Grande. ¿Qué te parece?

—A quien Dios se lo da...—dijo Hilario con perversa complacencia—. ¿Y a ti cómo te ha ido, Taparita?

—Ya lo ves: arreando siempre. ¡En fin! Ya te he metido los chismes. Ahora sigo mi camino porque ya la familia debe estar llegando al pueblo. Hasta otra vista, Hilarito.

—Toma, para que te eches un trago en mi nombre—díjole Hilarito poniéndole en la mano unas monedas.

Y el peón se fué murmurando:

—¡Qué diferencia entre éste y don Jaimito! ¿Por qué no habrá querido Dios que éste fuera el hijo legítimo de su padre?

El camino que conducía a la hacienda serpenteaba bajo la sombra de los guamos que cobijaban los cafetales y luego atravesaba una fila angosta entre setos de pomarrosos, para descender más adelante a una amplia ensenada abierta frente al vaso panorama de serranías, y en la cual se levantaba la Casa Grande.

Pensando en lo que le refirió Taparita, Hilario preveía la ruina de los del Casal, y se complacía en imaginárselos humillados por la pobreza, en cuanto don Jaime cerrara los ojos, y entre ratos murmuraba una frase, expresión balbuciente de un propósito que empezaba a tomar forma en su espíritu:

—Que le pidan a Dios que no se les acabe el viejo, porque entonces el que tenga más saliva será quien trague más harina.

Y en esto, dejando atrás la cuesta umbrosa del cafetal, salió al claro de la fila donde soplaba el viento libre de las lomas. Desde allí se dominaba toda la hacienda extendida por las laderas del monte, y más allá, hasta donde alcanzaba la vista, el vasto panorama de los valles del Tuy.

Detúvose a contemplar las tierras de Cantarrana y esto fué suficiente para que aquel vago pensamiento tomase forma definitiva:

—¡Todo esto será mío dentro de poco!—exclamó.

Y en seguida, espoleando el caballo:

—¡Jipa!

Llegando al término del seto de pomarrosos, divisó abajo la Casa Grande. Era una construcción sólida y elegante que se alzaba en medio de la ensenada, sobre un rellano plantado de parques y jardines. Una gradería de piedra conducía hasta ella y la circundaban corredores de arcadas altas y finas. Sus techumbres estaban cubiertas de una pátina verdinegra; pero brillaba al sol enlucido de los muros, con una

nota alegre, en contraste con la masa sombría de las arboledas que le rodeaban.

Edificada en los óptimos tiempos de la familia del Casal, cuando Cantarrana—rico latifundio de interminables cafetales en las alturas, grandes plantíos de añil y cañaverales en las vegas, fundado en la época de la Colonia—se extendía, por valles y montañas, hasta las márgenes del Tuy; venida a menos después, siguiendo la suerte de la finca, a través de las guerras de la Independencia y de la Federación, convertida en escombros cuando, a causa de las persecuciones políticas que hubo de padecer la familia "mantuana", ya la hacienda no era sino unos cuantos cafetales abandonados a la invasión del matorral silvestre: reedificada más tarde por Jaime del Casal, aquella mansión denotaba riqueza, señorío y buen gusto.

No obstante, su aislamiento en medio de los sombríos y silenciosos cafetales daba ahora una melancólica impresión de cosa a punto de desaparecer.

Por los corredores se paseaba un hombre de aspecto marchito, de rostro fino, alargado por una barba castaña, ya encanecida y recortada en punta, y en el cual ardían, bajo la amplia frente, con un fulgor mortecino, las miradas de unos ojos azules, hundidos en el fondo de las cuencas profundas.

Era don Jaime del Casal. Llevaba un sombrero aludo, de fieltro gris, y se abrigaba con una amplia capa española, a pesar de la hora, cercana al caluroso mediodía.

La inesperada aparición de Hilario le produjo jubilosa sorpresa. Deteniéndose de pronto, extendió los brazos, juntó en seguida las manos y exclamó con una voz pausada, un tanto declamatoria:

—¡Muchacho! ¿De dónde sales tú, que vienes como traído de encargo?

Hilario desmontó al pie de la escalinata y subió de prisa, con el sombrero en la mano. Don Jaime lo recibió entre sus brazos, y luego, retrocediendo un poco, pero dejando sus manos posadas sobre los hombros del mozo, le dijo mirándolo a la cara, complacido, emocionado:

—¿Sabes que te has hombreado mucho en estos tres años? Estás curtido y fuerte. ¡Qué músculos, hijo! ¡Qué aire más saludable tienes!

—La vida del Llano, que tiempla al más flojo. Y usted, ¿cómo se siente?

—¿Yo? Cada día más cerca de la tumba. A lo que colijo, no me quedan muchos en la cuenta de la vida. Tengo toda la máquina echada a perder. Me operaron en París, y de poco o nada me ha servido. Otra vez me siento tan mal como antes del viaje, que más me valiera no haberlo intentado.

Hablaba con una pronunciación correcta y un tono algo enfático; pero no lo hacía por afectación, propiamente. Era su modo natural, de una pulcritud esmerada tanto en las palabras y modales como en la limpieza y cuidado de su persona. A pesar de su aspecto enfermizo y doliente, conservaba todavía el porte distinguido y gallardo y procuraba mantenerse derecho y firme.

—Los aires de Cantarrana le prestarán mucho—díjole Hilario—. Ya verá como aquí se alienta ligero.

—Dios te oiga, hijo. No porque desee seguir disfrutando el don de la vida, más allá del límite que me esté señalado por Dios, sino porque comprendo que todavía soy necesario para los míos y hoy quizá más que nunca. En fin, sentémonos.

Habló un poco más de su viaje y de su dolencia, hizo a Hilario unas preguntas acerca de lo que había hecho en aquellos tres años, se lamentó del estado de abandono en que había encontrado la hacienda, y después de una pausa, dijo:

—Y ya que has regresado cuando menos te esperaba, aunque mucho deseaba verte, quisiera conversar contigo un poco acerca de la administración de Cantarrana. ¿Qué disposición de ánimo traes? ¿Qué propósitos, quiero decir, qué determinaciones?

Hilario tardó un rato, atusándose los bigotes, antes de responder:

—Pues le diré: en este viaje que he hecho hasta el Arauca no me ha ido del todo mal. He ganado plata.

Don Jaime, que movido por el impaciente deseo de hallarle pronto remedio a la peligrosa situación en que quedaría su familia si la muerte lo sorprendía de un momento a otro, había iniciado aquella conversación para proponerle a Hilario que se encargase de la administración de Cantarrana, viendo desvanecidas sus esperanzas, dijo:

—Y, naturalmente, piensas volverte.

—Si usted no dispone otra cosa, por supuesto.

—¡Yo qué he de disponer en contra de tu voluntad! Sólo deseo tu bienestar y me contenta que vayas sacando buen fruto de tu trabajo.

Y al cabo de una pausa:

—¡Conque has tenido buen éxito! Me complace saberlo, hijo. Ahora, hazte hombre formal; ahorra lo que ganes, no despilfarres en francachelas el fruto de tu trabajo, porque mañana se te viene encima la vejez y entonces renegarás de tu loca juventud. Eres un hombre fuerte y bien armado para la lucha por la vida; aprovecha, hijo, aprovecha las buenas condiciones con que te ha dotado la Naturaleza.

Hilario se conmovió al oir estas palabras, que fueron pronunciadas en un tono de consejo postrero, y respondió:

—¡Gracias, Viejo! Yo le agradezco mucho sus buenas palabras. Tanto me amarra usted con ellas, que, mire: si usted me necesita aquí en la hacienda, me olvido de todo y no pienso sino en usted y me quedo ayudándolo en lo que sea menester, pues ya sé que esto anda mal. De modo y manera que ya está dicho: desisto de volverme al Llano. ¡Así me esté esperando allá toda la plata del mundo!

—¡Hilarito!—exclamó don Jaime, sin poder decir otra cosa por el momento, de tal modo le embargaba la emoción de hallar en el corazón de aquel hijo correspondencia al gran afecto que él le tenía. Y al cabo de un rato:

—Hijo, es necesario que otra vez tengamos una conversación formal acerca de ciertos negocios de mi corazón que quiero dejar solucionados. Y ésta es la oportunidad. Tú me

acabas de abrir el tuyo, produciéndome un placer tan grande, que no sé si es placer o dolor.

Se llevó la mano al corazón, hizo un gesto de sufrimiento y continuó:

—Yo me siento morir por instantes y en estos días he pensado en ti, muy a menudo. A cada rato me está diciendo el corazón: repara la falta que cometiste, búscale una buena solución al problema que te creaste sin pensar en las consecuencias.

Hilario atajó:

—Viejo: ya sé de qué va a hablarme y le pido que no toque ese asunto. Usted es mi padre y yo soy su hijo, y ni usted tiene de qué arrepentirse ni yo de qué avergonzarme. Más le digo: si usted me hubiera preguntado—es una suposición—si yo quería ser hijo suyo, le hubiera respondido que sí, sin poner condiciones. De modo y manera que puede estar tranquilo por la parte mía. Ahora, como le digo esto, le digo también lo otro: lo que está usted pensando, que ya se me ocurre, no es posible. No por lo que a usted se refiere, porque yo llevaría con gusto y con orgullo su apellido, sino por los hijos suyos, que son los que tienen derecho a ese apellido y que mañana van a renegar de que usted me lo haya dado a mí. Además, usted no es libre para resolver por su sola voluntad: para reconocerme como hijo necesitaría el consentimiento de su esposa, y si quiere darme un gusto, ni intente pedírselo, porque, últimamente, Viejo—y perdóneme la franqueza—eso no sería sino un remiendo, y yo—usted me conoce—prefiero andar roto que remendado. Todo el mundo lo sabe, porque en todas partes lo digo a boca llena: que soy Hilario Guanipa, hijo natural de don Jaime del Casal. ¡Y adelante con los faroles! Y si es por la parte que quiera dejarme de su herencia, ya se lo he dicho otras veces: le agradezco su buena voluntad, pero no quiero que nadie diga mañana que tengo porque me dieron. Por eso no he querido hacer uso de mi derecho sobre La Haciendita. Y no lo tome a mal. El mundo es grande y está sembrado de plata. De modo y manera que por mí no se preocupe, Viejo.

—Hijo, tú lo dices todo de un modo irrebatible. Recelo que en el fondo de esa jactancia tuya pueda haber un reproche que, por males de mi desprevenida juventud...

—Ya le he suplicado, Viejo, que no hablemos de eso —interrumpió Hilario.

—Bien. No insistiré. Por lo demás, confieso, que me agrada tu orgullo. Un poco rudo, quizá, pero sano y fuerte. Más aún: me siento orgulloso de ti.

Y al decir esto se levantó del asiento, erguido y ágil, como si le hubieran insuflado fuerzas nuevas:

—Me encuentro con ánimos para llegarme hasta el pueblo. ¿Sabes que viene la familia?

—Ya me lo dijo Taparita—respondió Hilario poniéndose de pie para despedirse—: Bueno, Viejo. Lo dejo porque tengo algunas diligencias que hacer.

—Espera. Iremos juntos hasta donde encontremos a la familia. Deseo echar un paseíto a caballo y conversar un rato más contigo. ¡Tanto tiempo sin vernos!

Dió órdenes de que le ensillaran el caballo y pocos momentos después cabalgaba al lado de Hilario, charlando:

—Pues he encontrado esto sumamente descuidado. Jaimito, que no tiene amor al campo, encargó de la administración a un amigo suyo, don Carlos Olaizola, que sabe tanto de agricultura y de manejo de haciendas como tú y yo de chino, amén de otras cosas, que sí sabe hacer a la perfección, pero que más nos valiera que las ignorara. Buena vida sí se sabe dar el don Carlos. ¡Eso sí! Parece que las fiestas que ha dado en la Casa Grande, las orgías mejor dicho, se han hecho famosas en Caracas. Pero, naturalmente, la cosecha se ha perdido casi toda, los suplementos del comercio han colmado la medida del crédito de que podíamos disponer, y todo eso, añadido al bajo precio del fruto, nos ha llevado al borde de la quiebra. Me da tristeza pensar que por desamor de Jaimito a la tierra, vaya a parar a manos extrañas esta finca, cuya restauración es obra mía, lograda a costa de sacrificio de mi juventud. Duros trabajos y largos desvelos me ha costado Cantarrana, y por eso deseo que los

que me aman y son amados por mí la conserven, de común acuerdo, como una reliquia de mi afecto.

A lo que replicó Hilario:

—Le repito lo que antes le he dicho: mientras usted viva y me necesite, estoy a su mandar.

Y luego con una remota intención:

—Y no tenga cuidado: Cantarrana no pasará a manos extrañas.

En esto habían llegado a la quebrada, a tiempo que, en la margen opuesta, se detenía la cabalgata de la familia del Casal.

V

Era costumbre de las del Casal ir a pasar las Navidades en Cantarrana. Generalmente invitaban algunas amigas, para mayor animación de la temporada y, al mismo tiempo, para complacencia de su vanidad de gente de buen tono, pues todo el que visitaba la Casa Grande salía haciéndose lenguas de los deliciosos días que allí se pesaban, gracias a lo confortable de la mansión y a la exquisita hospitalidad de los dueños, además de los atractivos del campo: hermosos panoramas, corrientes aguas, aire fresco y puro, alegres excursiones.

Esto en cuanto a Fernanda, Eleonora y Eugenia, cuya florida juventud se deslizaba en el ambiente refinado de los salones y de los viajes anuales a Europa, en un perpetuo lucimiento de belleza y distinción, pues era fama que en todas partes daban la norma del buen gusto en modas y costumbres.

En cuanto a doña Agueda, el placer era más depurado, más aquilatado. Gran señora, a la manera de los viejos tiempos y acostumbrada a los goces de la fortuna, encontraba una satisfacción sosegada y muy señoril, al verse en la casa de la hacienda, rodeada de todas las comodidades apetecibles y de todos los halagos que hacen grata la vida, en medio a las tierras que, en silencio y con perseverancia de siervo fiel, trabajaban para que ella disfrutase de aquel tran-

quilo bienestar y se adornaban de frondas tiernas y floridos gajos de campánulas, para que ella se deleitase en contemplarlas desde las apacibles galerías de su palacete. Gustábale, además, conservar y cultivar las sencillas costumbres de tiempos pasados, que, con tristeza, veía cómo iban cediendo el sitio a otras, exóticas, con las cuales tenía que avenirse, aunque no le fueran gratas, por imposiciones de su alto círculo social, y para cumplir con aquella devoción al pasado, que juzgaba muy aristocrática, íbase a la hacienda en los días de Navidad, para hacer ella misma las hallacas, como por tradición de familia las habían hecho siempre las señoras del Casal, y oir su Misa del Gallo en el pueblo, pues le encontraba más devoto sabor a la que se celebraba, por Nochebuena, en la iglesia pequeñita y humilde de Cantarrana, con aguinaldos cantados por muchachas pueblerinas al son del furruco y de las maracas criollas.

Pero este año iba contra su voluntad y con el espíritu entristecido, pues presentía que habían de ser aquéllas las últimas Pascuas felices de su vida. La enfermedad del marido y la mala sombra que comenzaba a cernirse sobre el bienestar de la familia, quitábanle toda gana de diversión. Mas don Jaime quiso que fueran, como siempre, y para obligarlas se anticipó a instalarse en la Casa Grande, y ella tuvo que acceder, aunque con esta condición:

—Niñitas—díjoles a Elconora y Eugenia; ya Fernanda se había casado y a la sazón viajaba por Europa—, este año no quiero que invitemos gente extraña; pasaremos las Pascuas en familia. Solamente irán con nosotros Carmelita y Adelaida. Así tendrán ustedes compañeras para divertirse y yo para distraer mis tristezas.

Carmelita era prima de Agueda, viuda de don José Angel Salcedo y relativamente pobre. Agueda la quería mucho por ser la única superviviente de su familia. Además, Carmelita era una mujer que se captaba la simpatía de todos los que la trataban, por su jovialidad inagotable, su carácter animoso, su bondad y su prudencia. Agueda pasaba ratos muy agradables en su compañía y las del Casal la buscaban siempre para divertirse con sus ocurrencias, cuentos y dichos

maliciosos. Sobre todo para una temporada de campo. Carmelita estaba que ni pintada, como decía Eleonora: siempre de buen humor, dicharachera y dispuesta a acompañarlas a paseos y excursiones.

Adelaida, por el contrario, era una muchacha apacible y silenciosa, amiga de divertirse con el espectáculo de la alegría de los demás, pero simplemente como espectador, sin tomar nunca una participación activa en la diversión. Tenía poco más de veinte años, era alta, delgada, de rostro fino y pálido, llenos de dulzura triste los ojos hermosos. Jamás se le conoció novio ni amorío pasajero. Eleonora del Casal, su amiga íntima, era la única persona que conocía la razón de aquello: no se había enamorado porque soñaba con un hombre ideal, perfecto, innominado y seguramente inexistente, al cual, sin embargo, parecía que ya hubiera entregado por completo su corazón. Su única pasión era la música. Tocaba el piano con arte y maestría; pero la buena música, especialmente la de Chopin, su predilecto, la fatigaba mucho, produciéndole misteriosas sofocaciones. Para distraerse con algo más sencillo aprendió a tocar la guitarra. Tenía, además, una voz dulce y bonita y cantaba con gusto. En suma: Adelaida Salcedo era una muchacha romántica.

—Ya eso pasó de moda—advertíale Eleonora—. El romanticismo es hoy de mal gusto.

—Lo comprendo, pero no puedo evitarlo—replicaba ella sonriendo tímidamente, con una sonrisa que apenas se le dibujaba en el rostro seráfico.

Hija única y por lo tanto mimada, de naturaleza débil y enfermiza y temperamento sumamente sensible, Adelaida era una de esas criaturas en quienes toda voluntad extraña hace presa fácilmente y que, por consiguiente, sólo han nacido para sufrir. Su infancia y su primera juvetud estuvieron regidas de modo absoluto por la voluntad recia e intransigente de su padre, que la amaba con extremos, pero nunca supo complacerla, por ser un hombre de una austeridad implacable. Don José Angel "se espantaba de su sombra"—como decía Carmelita—y mantuvo siempre a su hija en un completo alejamiento del mundo, temeroso de que sus livianos

placeres le mancillaran el alma. Amigos, nunca se los consintió, y en cuanto a amiguitas, apenas las del Casal, y eso muy vigiladas las conversaciones, prohibidos los retozos y carreras y duramente reprimidos los secreteos y las risas. A la ventana, en compañía de su madre; a la calle, muy de cuando en cuando; teatro, nunca; novelas, jamás. Era una ley dura y estrecha; pero Adelaida jamás pensó ni siquiera que fuese posible protestar contra ella. Por única diversión, el piano, la música clásica. Fué obra de la madre que aprendiera a tocar la guitarra y esto hubo de hacerse clandestinamente, como si fuese un delito. Muerto don José Angel, Carmelita se propuso abrir a la sana alegría el espíritu de la hija, y fué una verdadera empresa, en la cual le ayudó Eleonora del Casal, lograr que frecuentara la sociedad.

*

Cuando don Jaime apareció en la otra margen de la quebrada, sus hijas lo saludaron con alegres exclamaciones.

—¡Vean al Viejo! ¡Qué buen mozo y arrogante en su caballo! Y tan enfermo como dice que está! Lo que quiere es que lo mimen.

—Dios las bendiga, hijitas. A ti también, ahijada: Dios te bendiga. No sabía yo que fueras tan valiente, Adelaida. ¿De cuándo acá te atreves a jinetear?

Hilario saludó descubriéndose, silenciosamente. De la otra margen le respondieron, con mudas inclinaciones de cabeza, las muchachas, y doña Agueda con una exclamación muy moderada, de puro cumplido.

—¡Hilario! ¿Cuándo viniste?

—Acabo de llegar, misia.

Carmelita fué más amable; pero a Hilario le pareció que toda la amabilidad del mundo había estado, exclusivamente, en la mirada que le dirigió Adelaida.

Contemplando aquella faz dulce y tímida evocó tiempos pasados y olvidadas cosas y se dijo mentalmente, aplicándole el cariñoso mote que, para sus adentros, le había puesto

cuando muchacho, a propósito de aquel cuento a que tan aficionada era ella:

—¡Qué bonita está, Tío Conejo!

Entretanto, las del Casal, precedidas por Carmelita y seguidas por doña Agueda, habían comenzado a atravesar la quebrada, no muy ancha, pero torrentosa y todavía crecida. Eleonora y Eugenio chillaban sin oir las amonestaciones de doña Agueda:

—¡Niñitas! Reparen que no están solas.

Pero ellas seguían lanzando alaridos que terminaban en carcajadas cada vez que las bestias resbalaban en las piedras del cauce. Carmelita las hacía reír más con sus exclamaciones:

—¡Válgame San Rafael bendito que salvó a Tobías! Ya vamos a darnos el gran chapuzón delante de estos señores! Por fortuna yo no tengo nada que ocultar. ¡Allá ustedes!

—Tía Carmelita! ¡Por Dios !

Taparita, arremangado y con el agua hasta las rodillas, conducía el caballo de doña Agueda, la cual, aunque en todo momento procuraba no perder su aplomo de gran señora, no las llevaba todas consigo y recomendaba al peón:

—¡Cuidado, Taparita! No vaya a meterme por lo hondo.

Viéndolas vadear con aquellos sustos y aspavientos dignos de mayor causa, pues la quebrada, aun con el exceso de agua que entonces arrastraba, no ofrecía peligro, don Jaime sonreía divertido.

Entretanto, Adelaida, todavía en la orilla opuesta, sin atreverse a apasar, reclamaba, azorada, bajo la mirada de Hilario:

—Me han dejado sola. Me han dejado sola y este caballo no quiere pasar.

—¡Arrea, chica! ¡Arrea! No tengas miedo.

Adelaida daba palmaditas en la rienda, mas al advertir la sonrisa de Hilario, acabó de perder el poco ánimo de aventurarse sola.

A un movimiento de la bestia, perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer.

Rápido, Hilario se lanzó en su auxilio diciéndole:

—Déme acá las riendas para pasarla a rebiate.

Adelaida sonrió mirándolo, profundamente turbada, y lo dejó caer. Pero al tirar Hilario de la rienda, el caballo opuso resistencia y se salió la cabezada. Llena de miedo lanzó ella un grito y ya iba a arrojarse del caballo, cuando Hilario, empinándose en los estribos y echando el cuerpo afuera, la tomó en sus brazos y la laventó, diciéndole:

—Con su permiso.

Al sentirse levantada en el aire por aquellos brazos, experimentó una emoción confusa y violenta, de miedo, de vergüenza; pero no pudo resistir. Hilario la colocó suavemente sobre la silla de su caballo, haciendo al mismo tiempo una maniobra rápida y agilísima, que dió por resultado que él quedara cabalgando en la grupa, y así, sin cobrar las riendas, pues llevaba ambas manos ocupadas en sostener a la muchacha por los hombros, aplicó espuelas. El caballo atravesó rápidamente la corriente. Adelaida se estremeció al darse cuenta de que las necias manos varoniles la oprimían más de lo necesario.

Al llegar a la ribera, donde esperaba la familia, Hilario depositó a Adelaida en el suelo, suavemente como si nada pesara.

Todo esto fué inesperado, rápido, inevitable.

Don Jaime aplaudió:

—¡Bravo! Muchacho! ¡Eres todo un jinete!

—¡Y qué fuerza tiene! ¡Ave María Purísima!—exclamó Carmelita—. Me levantó en vilo a la muchacha como si fuera una pluma.

Doña Agueda y Eugenia callaban cohibidas, cual si hubieran presenciado un atentado contra el pudor.

Eleonora, en cambio, dirigía maliciosas miradas furtivas a Adelaida, y ésta, advirtiéndolo, sentía que la sangre le abrasaba las mejillas.

Entretanto, Taparita había pasado el caballo de Adelaida y teniéndolo de la brida esperaba a que ella montase de nuevo.

Hilario se despidió, atravesó la quebrada y tomó el camino del pueblo.

Adelaida se decidió, por fin, a volver a montar y la cabalgata prosiguió, camino de la hacienda.

A poco, Hilario volvió la cabeza a tiempo que Adelaida hacía lo mismo, disimuladamente, y sus miradas se encontraron. Entonces él refrenó la bestia, y hasta que no la vió desaparecer tras una vuelta del sendero, no se movió del sitio. Luego oprimió brutalmente los ijares del caballo y, a tiempo que éste saltaba y se lanzaba en carrera, profirió su interjección habitual, como un grito de guerra:

—¡Jipa! ¡Aquí va Hilario Guanipa!

VI

Comenzaron las misas de aguinaldos. Desde la Casa Grande se oía, a ratos, el alegre repique de las campanas de la iglesia, el estallido de los cohetes y la detonación de los petardos.

Ya Carmelita estaba recorriendo las habitaciones.

—¡Niñitas! ¡Alcen arriba! Están dando primero y ya debe venir por ahí Taparita con los burros. Anda, Agueda. Levántate también, mujer de Dios.

—¡Válgame Dios! ¡Dejar yo mi cama, tan tibiecita para echarme al monte esta madrugada tan fría!

Las muchachas saltaron de sus camas, charlando y rebullendo.

Por fin salieron. Afuera esperaba Taparita con los burros enjalmados. Trepáronse a ellos y la cabalgata se puso en marcha.

En el cielo limpio temblaban, friolentas, las estrellas y una a una iban trasponiendo los montes obscuros. La luna se había ocultado ya, pero todavía su fulgor postrero argentaba las lomas más altas. Por el Oriente, el cielo comenzaba a teñirse de rosa. De los campos dormidos subía el canto de los gallos, largo y sonoro, llenando el espacio; un aroma agreste de romero y albahaca se exhalaba de los húmedos matorrales, mezclado con el acre olor de las hojas podridas que alfombraban el camino; goteaba el rocío de las altas

ramas de los árboles; sonaba continua la sinfonía adormecedora de los grillos.

Las muchachas tiritaban, lanzando gritos agudos al sentir las punzadas del frío. Carmelita las animaba:

—¡Arreen! ¡Arreen! Que ya van a dar segundo y todavía nos falta mucho camino. ¡Qué burros tan flojos nos ha conseguido Taparita!

—Burro es burro, misia Carmelita. Yo se lo dije a usté: que mejor era que fueran a caballo.

Ganaron la fila de los pomarrosos. En los ranchos diseminados por una y otra ladera, comenzaban a encenderse los hogares. Cerca oíase el ruido de un pilón; distante, el son de un arpa. Taparita explicó:

—Todavía están bailando en el rancho de Leandro. ¡Buena parranda! Allí debe estar Hilario pegado en el corte. ¡Ah, Hilarito! Anoche andaba junto con los Alcober cantando guacharacas por todos estos montes. Hasta cerca de la Casa Grande llegaron.

—¿A qué llaman cantar guacharacas?—preguntó Adelaida, de modo que sólo Taparita, que iba al lado suyo, la oyese.

—Canciones. Cuando se aproximan los días de Pascua los mozos salen de noche a cantarles canciones a las muchachas que son de su agrado, y lo mientan cantar guacharacas.

Mientras Taparita explicaba, Adelaida miraba de soslayo a Eugenia y Eleonora, y cuando advirtió que ésta sonreía maliciosa, se llenó de turbación y por salir del paso, sin darse cuenta de lo que hacía, azotó con el cabo de las riendas las ancas del burro. Este corcoveó y cogió un trotecito con el cual, si no hubiera acudido a tiempo Taparita, habría dado con la asustada amazona en tierra. Pero, al menos, el cómico espectáculo de su miedo barrió de los ánimos la molesta situación en que los puso su indiscreta pregunta, pues todas habían oído las "guacharacas" que a medianoche fué a cantar Hilario al pie de la ventana del cuarto que ocupaba ella en la Casa Grande.

En esto comenzó a oirse el segundo repique.

—¡Apuren, niñitas! ¡Apuren! A este paso vamos a llegar cuando ya esté terminando la misa. Recuerden que el padre

Jaramillo es muy glotón y no puede estar en ayunas mucho tiempo.

Penetraron bajo la densa arboleda del cafetal que iba a morir en las márgenes de la quebrada. Sobrecogidas por la obscuridad que allí reinaba todavía, las muchachas dejaron de reir; pero, en el paso, volvió a levantarse la cháchara de risas y chillidos. Eleonora, recordando la escena de días antes, gritó:

—¡Hilaritooo! Ven a pasar a Adelaida.

Esta, muy afanada, suplicaba:

—¡Cállate, chica! Mira que puede estar por aquí.

—¡Hipócrita! Eso quisieras tú: que viniera a cargarte otra vez.

Y de allí en adelante, siguieron comentando:

—La cara de terror que pusiste—decía Eugenia.

—¿Y mamá? Nos miró como preguntando: ¿Están viendo ustedes?

—Pero lo más gracioso fue la actitud de tía Carmelita Cuando le vi la cara, fue como si me hicieran cosquillas —agregó Eugenia.

—¡No era para menos!—dijo Carmelita bromeando—. ¡Aquello parecía un rapto! Cuando vi a Adelaida en brazos de Hilario, me dije: ¡Se llevó la muchacha! ¡Y en mis propias narices!

Esto acabó de desatar la hilaridad de Eleonora y de Eugenia. Adelaida, roja de rubor, no acertaba sino a decir:

—¡Mamá! ¡Por Dios! Repara que te oye Taparita.

Cuando llegaron a la iglesia ya la misa estaba comenzada. Desmontaron de prisa, prendiéndose las mantillas, y trataron de enseriarse, con lo cual no lograban sino reir con mayores ganas, penetraron en la nave, llena ya de gente hasta la cancela.

Taparita amarró los burros a los balaustres de la ventana de la casa del cura y fué a quitarse el frío en la pulpería más próxima con un trago de aguardiente.

El padre Jaramillo despachó la misa en un santiamén, y en seguida comenzaron a chischear las maracas y el furruco a roncar, a tiempo que se elevaban voces agudas y vibran-

tes entonando los aguinaldos al Niño Jesús. Era un canto precipitado, alegre y pagano que hacía olvidar que se estaba en un templo. Lo ejecutaban las muchachas del pueblo, en el coro, con un grupo rústico de cabezas tocadas con mantillas blancas, de rostros encendidos en los reflejos de un velón de cera.

Eleonora tocó con el codo a Adelaida, haciéndole señas de que mirase hacia el lugar donde estaban las cantadoras de villancicos. Ella volvió la cabeza y sintió que el corazón le daba un vuelco de gozosa angustia: era Hilario quien tocaba las maracas. Lo hacía sin quitarle la vista de encima, y bajo el hechizo de aquella mirada, un sentimiento hasta allí indefinido—el que le produjeron las palabras de Taparita cuando aventuró, al oir el joropo en el rancho distante: "allí debe estar Hilarito"—tomó forma en su conciencia en esta frase formulada mentalmente: "No estaba allí"

Carmelita también observaba a Hilario, caída en sospecha al advertir las miradas maliciosas que se cruzaban Eleonor y Eugenia, y se decía:

—Ya esto no me está gustando.

Empezó a salir la concurrencia: los hombres envueltos en sus cobijas de bayeta, las mujeres arrebujadas en sus pañolones. Detuviéronse en el altozano a presenciar el lanzamiento de las "bombas", que subían cabeceando lentamente por el aire sereno del amanecer. Campesinos embobados comentaban muy serios y formales, siguiéndolas con las miradas en alto:

—Esa va a caer para los lados de La Mariposa.

—No. El rumbo que lleva es el de Corocito.

Mientras una mongolfiera se elevaba, ya otra se estaba inflando de humo, en medio de un círculo de chicos y gente mayor, en cuyos graves rostros atentos la candileja ponía cárdenos reflejos.

Más allá, en la plaza, detonaban los petardos en hoyos hechos en el suelo y cubiertos de nuevo con tierra, y por sobre todos estos diversos ruidos, las campanas esparcían por el ámbito del pueblo la alegría pascual de sus repiques.

Luego, el paseo matinal, pueblo-abajo. Señoras y mucha-

chas que regresaban de la misa o ya estaban a las puertas de sus casas charlando, saludaban a misia Carmelita con entonaciones cariñosas. Ella acudía a corresponder los saludos y en todos los grupos la recibían con efusivos abrazos.

Las del Casal y Adelaida se quedaban esperándola en medio de la calle o proseguían su paseo, pues sólo en muy contados grupos se detenía a retribuir los saludos, por ser escasas y muy escogidas las relaciones que mantenían con la gente del lugar.

Por su parte, la pueblerinas no las veían tampoco con muy buenos ojos. Algunas se quitaban de las puertas al acercarse ellas, otras interrumpían la charla que entre sí sostuvieran y quedábanse viéndolas, con una mezcla de recelo y de envidia, pues, si no simpatizaban con ellas, tampoco podían sustraerse a la admiración que les inspiraban aquellas mantuanas ricas que vestían con elegancia.

En un grupo cuchicheaban tres muchachas a la puerta de las Alcober:

—La que viste de rosado es Eleonora—decía una—. La de la capa crema es Eugenia. Fernanda se llama la mayor, la que se casó. Ahora está en Europa.

—La más bonita es Eleonora; pero Eugenia es más simpática—agregaba otra.

—De todas ellas la única que me gusta es Adelaida. Parece más sencilla.

—Fíjate en el traje de Eleonora. ¡Elegantísimo! Así voy a hacerme el mío.

—Pero no se te ocurra estrenártelo mientras ellas estén por aquí.

Y la que las había designado por sus nombres parecía muy orgullosa de poder decir: aquélla es Eleonora, la otra es Eugenia.

En otros grupos era la murmuración de la envidia o la amargura del despecho, silenciosa o disfrazada de burla, y así iban quedando en pos de ellas ese murmullo que va detrás del soberbio, como un zarzal errante, borrándole las huellas, hiriéndole el talón. La que les admiraba los trajes costosos sin esperanzas de imitárselos; la que sospechó de que reían

del suyo, hecho de telas baratas, cortado por ella misma según patrones pasados de moda; la que le había hecho creer a sus amigas que lo era también de ellas y quedó en ridículo cuando pasaron y no la saludaron; la que quería serlo, por espontánea simpatía y no se lo permitió nunca el altanero orgullo con que la alejaban; la que las odiaba cordialmente sin preguntarse por qué..., todo lo que tiene de tristeza y de pequeñez la vida de un pueblo como aquél, iba condensando en pos de las orgullosas del Casal esa atmósfera de hostilidad que envenena la admiración del humilde.

Ellas lo comprendían así, pero no le daban importancia porque estaban habituadas a pensar y a sentir a propósito de aquel pueblo como si todavía fuese el primitivo villorrio de indios, señorío del Encomendero don Juan Casal, fundador de la familia.

Así recorrieron la única calle de la población hasta donde volvía a convertirse en camino, y allí, por complacer a misia Carmelita, se detuvieron frente a una pulpería de corredor, donde había un grupo de campesinos oyendo cantar un "corrido".

El cantador, de voz destemplada y aguardentosa, de pie junto al arpa, sacudía las maracas a la altura de sus orejas, a ojos cerrados, tenso el haz de tendones del cuello por el esfuerzo del canto, mientras el arpista punteaba las cuerdas, levantada y bañada en expresión de éxtasis la negra cara lustrosa de sudor.

Había entre el auditorio un peón de Cantarrana que, al ver a las de Casal, dijo algo al oído del cantador, y éste sin interrupción sensible de la disparatada improvisación que venía haciendo, comenzó a dedicarles sus versos:

Aquí está la niña Eleonora
hija de Jaime Casal.
Yo me he lavado la boca
Para poderla nombral.
Para poderla nombral
yo me he lavado la boca,
que al negro, si no es humilde,
el blanco se le alborota.

Y a cada una, según se las iba nombrando al oído el peón, les iba improvisando estrofas, y entre una y otra un escupitajo, y cuando no le venía fácil la ocurrencia se quedaba repitiendo varias veces un mismo verso, con una voz jadeante, acompasada al gemido de los bordones del arpa, hasta que de pronto, apresado el consonante rebelde, atacaban: el arpista a las primas y él, al canto precipitado:

Ah malhaya, quién tuviera
la garganta'el pico e plata
la garganta'el pico e plata
y el canto del turupial
y el canto del turupial
y el canto del turupial.

Ah malhaya, quién pudiera
en un solo verso cantal,
lo que la niña Adelaida
se merece de especial.
Que pa poderle decil
lo que yo no le repito
hace falta un cantador
facurto como Hilarito.

Maquinalmente, cruzaron una mirada Adelaida y Eleonora y en seguida dijo ésta:

—Vámonos.

Emprendieron el regreso. Eugenia dando el brazo a misia Carmelita, Adelaida apoyada en el de Eleonora, silenciosa, con la lánguida cabeza inclinada, preguntándose mentalmente:

—¿Por qué ese hombre habrá nombrado a Hilario?

Y volvió a mirar en el fondo de su alma los ojos de Hilario clavados en ella, tal como los viera en la iglesia, y se estremeció hasta lo más profundo de su ser.

Sin duda, había en aquel sentimiento que le embargaba el ánimo mucho de placentero, pero de un placer tan singular y violento que más parecíale angustia, sobresalto de algo terrible que trastornaría su vida impulsándola por caminos desconocidos y nunca soñados.

VII

Trastornados también, pero de manera desordenada y tumultuosa, estaban el corazón y la cabeza de Hilario Guanipa. Pasaba los días en una agitación continua, bebiendo copiosamente, alborotando el pueblo, no dejando trabajar a los amigos, levantando contribuciones para las fiestas y bailes de Navidad, disparando cohetes, corriendo a caballo de un extremo a otro de la población.

Esta fiesta de actividad y de iniciativas, este impetuoso deseo de divertirse y de imponer su voluntad a todo el mundo, no decayeron un momento durante tres días consecutivos. En vano don Agustín Alcober había tratado de apaciguarlo.

—Déjeme quieto, Viejo—le respondió—. Ya le contaré algún día lo que me sucede. Lo que es por ahora, el mundo es mío y hago con él lo que me dé la gana. No se me atraviese, Viejo. Yo no me salgo de la raya; pero se me ha metido entre ceja y ceja poner el pueblo de cabeza.

—¡Y lo pondrás! ¡Ya lo creo que sí! Te conozco. Mejor dicho: ya lo tienes de cabeza. Desde que estás aquí, los muchachos no trabajan con fundamento. ¡Qué digo los muchachos! Yo mismo no tengo mi cabeza en su puesto: que si el programa de las fiestas, que si el baile de Inocentes... ¡Válgame Dios! Estoy deseoso de que acaben de pasar las Pascuas, a ver si nos dejas tranquilos.

Pero fue el domingo, víspera de Nochebuena, el gran día de Hilario Guanipa.

A su cargo corrían los gastos de la misa de aguinaldos, que fue rumbosa. Ofició el P. Jaramillo, quien, cuando eran cantadas, las celebraba con gusto por lucir su voz de tenor, un tanto escasa, pero todavía bien timbrada. Aquel día, como se trataba de Hilario, sacó un verdadero torrente de voz que maravilló al auditorio. Lo acompañaban dos párrocos de pueblos vecinos, llevados por el "padrino de la misa", según sus propias palabras: "a morocota por corona". En el coro

estaban también ls mejores músicos de la región, bien pagados y obsequiados. Resplandecía la nave profusamente iluminada y los altares desaparecían bajo los enormes mazos de hortensias, gladiolos y azucenas.

Como en las anteriores misas, estaban las del Casal con Adelaida y misia Carmelita y, además, don Jaime y doña Agueda, por ser día de precepto. La lumbrarada de las velas sobredoraban el rostro de Adelaida.

Hilario la devoraba con los ojos y se decía una y otra vez:

—¡Hoy está más linda que nunca! ¡Qué ojos tiene!

Adelaida rebullía intranquila bajo la fascinación de aquellas miradas y las retribuía de cuando en cuando, sin querer hacerlo, pero sin poder evitarlo tampoco, y al terminarse la misa, antes que empezaran a cantar los villancicos, le propuso a Eleonora salirse al altozano, porque se sentía sofocada y su frente ardía.

—Me ahogaba allí dentro—dijo—. ¡Qué gentío y qué atmósfera!

—Muy desagradable, verdaderamente—apoyó Eleonora, aceptando aquella explicación, aunque no se le escapaba cuál era la causa de los ahogos de Adelaida.

Concluída la misa la concurrencia se detuvo en el altozano a presenciar el lanzamiento de las bombas y nunca fue más animado espectáculo tan simple como aquél. Alegría de los pueblos tristes, estallido de cohetes y repique de campanas; pero éstas las repicaba Hilario, como si sacudiera marcas, y aquéllos los disparaba el P. Jaramillo, aplicándoles el fuego de su tabaco, y el buen humor de ambos contagiaba a todos.

Pero allí tampoco pudo hallarse a gusto Adelaida. Las muchachas de la población no hacían sino mirarla y cuchichear entre sí, y ella no necesitaba oirlas para saber qué podían estar murmurando.

—Vámonos—dijo nuevamente a Eleonora, a tiempo que don Jaime proponía un paseo por el pueblo.

—Lleguémonos hasta las Cuatro Esquinas. Quiero saludar a Agustín Alcober, a quien no veo hace tiempo.

Entretanto, Hilario había montado a caballo y recorría la población recogiendo parabienes por su misa y concertando diversiones para el resto del día. Ostentaba en la blusa de hilo una botonadura de oro, lujo del lugar entre mozos de a caballo, y montaba uno que tenía fama de ser la mejor bestia de silla de todos los valles del Tuy. Haciéndolo encabritarse al refrenarlo de repente se detenía cada rato a dirigirle piropos a las muchachas, algunos tan subidos de punto que las hacían sonrojarse.

—Déjate de eso, Hilario, que tú ya eres cohete quemado —díjole una aludiendo a sus amores con Adelaida, que ya eran tenidos como un hecho.

El replicó con un retruécano de sal gruesa, muy guanipa, y se alejó riendo de la turbación de la muchacha.

Al pasar frente a la talabartería vió a don Jaime, rodeado de su familia, conversando con el viejo Alcober. Saludó, descubriéndose, pero mirando sólo a Adelaida. Don Agustín le contestó:

—¡Adiós, picaflor!

Y luego, a don Jaime:

—El muchacho ha resultado competente.

—Un poco tarambana todavía; pero al cabo se le asentará la cabeza y se hará hombre de provecho.

Charlaron un rato más. De pronto aparecieron unas mujeres que se revolvían del pueblo-abajo, corriendo, con la consternación pintada en los rostros.

—¿Qué pasa?—preguntó don Agustín.

—¡Que han llegado los "Barbudos"! En el pueblo-abajo todo el mundo está cerrando las puertas. Los pitahayeros están confabulados con ellos y dicen que han querido saquear la pulpería de los Guitianes.

Don Jaime del Casal contrajo el ceño, cruzando una mirada con don Agustín. Este dijo:

—Mucho habían demorado en aparecer los Guanipas. Aquí los estábamos esperando hace días.

—¿Luego era cierto el rumor de que habían vuelto esos desalmados?—interrogó doña Agueda.

Y misia Carmelita:

—Y las autoridades, ¿qué hacen a todas éstas?

—Tenerles miedo y dejarlos cometer sus fechorías. La historia de siempre.

—¡Buenos estamos!

Exclamó don Jaime, más que preocupado por los resultados de la jornada, mortificado por la parte de culpa que en aquello de los Guanipas tenía él. Volvía a pensar, como antes lo pensó, mucho, que él había sido, aunque de manera indirecta e involuntaria, la verdadera causa de los males que recayeron sobre el pueblo desde que los Guanipas viniron a establecerse en las cercanías de Cantarrana. Hora menguada de su juventud, todo arrancaba de allí: la amenaza constante, la intranquilidad de la vida, la hacienda en peligro, la sangre derramada, y ahora, para colmo de su vergüenza, su familia puesta en grave trance. Al ver los rostros pálidos de sus hijas, sentía como si aquella sangre que el miedo hacía huir, fuese su propia sangre que la estuviera perdiendo por una secreta y dolorosa herida.

Sonaron disparos de revólver hacia el pueblo-abajo, y la alarma cundió rápidamente por toda la población. En el primer momento la gente se había asomado a las puertas, pero al oir: —¡Que han llegado los "Barbudos"!—comenzaron a retumbar los portones.

Corrían de aquí para allá las mujeres que aún no habían alcanzado el seguro abrigo de sus casas; zumbaba, en la velocidad de la carrera, el revuelo de sus faldas almidonadas; arremolinábanse otras en las puertas de sus casas, forcejeando para retener a los hombres que querían salir al encuentro de los asaltantes; el tendero recogía apresuradamente las mercancías que había sacado a exhibir ante las puertas, para atraer a los campesinos que iban de compras, como era costumbre los domingos, y los carniceros se afanaban por dejar limpias las "pesas", que estaban al aire libre, a orillas de la calle real, cargando sobre sus hombros los grandes trozos sanguinolientos para esconderlos aquí o allá; oíase un clamor que iba llenando todo el pueblo y, para colmo de la consternación, al P. Jaramillo se le ocurrió ponerse a tocar a rebato.

Las del Casal se preguntaron, lívidas de espanto:

—¡Y nosotras!, ¿dónde nos metemos?

—¿Dónde? ¿No están, pues, en su casa?—respondió el viejo Alcober—. Si las cosas se ponen feas de verdad nos metemos para dentro y trancaremos las puertas. Aquí estamos dos hombres, ¿verdad, don Jaime? A ahí dentro tengo siempre un parque preparado para lo que pueda suceder, porque no es la primera vez que aquí se ven estos espectáculos.

—Así es. Aquí estamos nosotros para defenderlas a ustedes si es menester. Entren, si quieren, de una vez. Nosotros nos quedaremos en la puerta esperando los acontecimintos. ¿Tienes por ahí un revólver, Agustín? Dámelo acá. Apenas lo había tomado en su mano, cuando aparecieron los "Barbudos" al extremo de la calle. Venían haciendo caracolear sus caballos y dando grandes voces, seguidos por los pitahayeros, vecinos de un caserío próximo al pueblo, gente muy belicosa y enemiga de la de éste por antiguas rivalidades de aldea.

Eran los Guanipas dos hombres corpulentos—el mayor había sido muerto recientemente en las Vueltas del Naipe—, de grandes barbas aborrascadas, todavía negras y de la peor catadura que puede caber en rostro humano.

Forzados a abandonar el siniestro feudo de la Sierra de Carabobo que compartían con otros bandoleros, habían vuelto a refugiarse en La Guanipera, esperando a que estallara la revolución que se estaba preparando, para abrir la nueva etapa de su bandidaje en la región de los Valles del Tuy. Acaso habían juzagdo que ya era hora de comenzar, cayendo sobre el pueblo aborrecido. Revólver en mano, avanzaban profiriendo maldiciones y amenazas tremendas, y dando vivas a la revolución.

Inmediatamente quedó la calle barrida de gente. Don Jaime quiso esperarlos en la acera, pero Carmelita y Agueda y sus hijas lo metieron a viva fuerza dentro de la talabartería. Don Agustín atrancó las puertas, diciendo:

—Si estuviéramos solos sería otra cosa, don Jaime; pero no debemos exponer la familia a una escena desagradable.

—Tienes razón. Otra vez tendré que ocultarme...

Sólo Agustín comprendió lo que quería decir, porque las mujeres tenían demasiado con su miedo y consternación.

Afuera seguían oyéndose las voces de los "Barbudos". Las del Casal, a propuesta de Carmelita, comenzaron a rezar el trisagio, arrodilladas en el suelo de ladrillos de la talabartería, buscando con los ojos desorbitados por el espanto una imagen sagrada, un punto de celestial apoyo para sus miradas implorantes del divino auxilio. Rezaban de prisa, temblorosas las voces:

—¡Santo! ¡Santo! ¡Señor Dios de los ejércitos! ¡Llenos están los Cielos y la tierra de la Majestad de vuestra gloria!

Se oían castañetear los dientes de Adelaida, pálida como la muerte. Don Jaime y don Agustín prestaban oído atento a lo que sucedía afuera y oyeron que los Guanipas detenían sus caballos frente a la talabartería. Un mismo pensamiento se les ocurrió: ¡si aquellos desalmados intentaban derribar las puertas para proveerse de aperos! Se miraron uno a otro y se estremecieron.

Afuera: la calle desierta, todas las puertas cerradas, y los Guanipas esperando a que alguno asomara la cabeza para descerrajarle un balazo. En el corredor de la pulpería de las Cuatro Esquinas, a pesar de que la población no daba muestras de querer resistir, no se sentían seguros en el espacio abierto de las calles y se parapetaban tras los pilares, formando un grupo silencioso y tan inquietante como el de los "Barbudos" atravesados en sus caballos en medio de la calle.

Viendo que nadie se decidía a presentarles pelea, los Guanipas, envalentonados, borrachos y ávidos de sangre, se enfurecían más y más.

—¡Pueblo de gallinas! ¡No somos sino dos contra todos ustedes! ¿Es que no hay aquí un hombre de coraje? ¡Salgan pa juera porque si no, les vamos a tumbar las puertas y a sacar las mujeres arrastradas por los cabellos, para echárselas a los pitahayeros!

Las del Casal se apretaron una contra otra y con redoblada angustia clamaron:

—¡Santo! ¡Santo! ¡Señor Dios de los ejércitos!

Sucedió un silencio más inquietante que las mismas amenazas tremendas de los "Barbudos"...

De pronto se oyó el galope de un caballo que venía del pueblo-arriba y en seguida un grito:

—¡Jipa! ¡Aquí está Hilario Guanipa!

Y un disparo, y otro, y otro.

Respondieron los "Barbudos" con otros tantos a tiempo que se les oyó exclamar:

—¡Malhaya sea! ¡Hilarito estaba aquí!

Inmediatamente empezaron a abrirse los portones y en pos de Hilario salieron, decididos a secundarlo en el ataque, los hombres que, hasta entonces, no se habían atrevido a oponer resistencia.

Al ver esto los "Barbudos" comprendieron que habían perdido la partida. Ahora era todo el pueblo que salía contra ellos: además, los pitahaveros se habían escurrido al hilo de las casas de una callejuela transversal, dejándolos solos. Volvieron grupas, pueblo-abajo.

—Aquí está Hilario Guanipa!

Volvió a resonar frente a la talabartería la voz valiente y alegre. Al oírla, Adelaida se irguió, como una alucinada, sin que su voluntad hubiera intervenido en aquel movimiento, transfigurada, con los hermosos ojos llenos de asombro y de soberana belleza.

Y don Jaime, orgulloso de aquel hijo, que era también obra suya, pensó que ya había pagado la deuda que tenía contraída con el pueblo por los crímenes de los Guanipas.

VIII

Lo que sucedió después lo refirió el mismo Hilario de esta manera:

—¿Qué cómo puede desarmarlos y arrestarlos yo solo? Con astucia y con el favor de Dios, por supuesto. ¿No ha oido usted decir que más vale maña que fuerza? Como ellos y yo éramos los únicos de a caballo, los compañeros que iban siguiéndome se fueron quedando atrás, y en cuanto ellos

se dieron cuenta de que yo iba solo, se revolvieron contra mí, más bravos que unas macaguas, gritando que y que me iban a hacer picadillo; yo que los oigo, y que los conozco y sé que con ellos falla el dicho de que "perro que ladra no muerde", me dije: —¡Ahora es cuando te quiero ver, Hilario! Porque ésos no son mancos ni bocateros—. Pero por lo rápido es que come el tigre. Fué cosa de un momento no más que se me ocurriera lo que debía hacer. ¡Y pensado y hecho! Haciendo como que les tenía miedo, emprendí la retirada hacia el pueblo, porque acababa de dejar atrás un atajo engañoso que vuelve a caer al camino más acá, pero que en lugar de acortar distancia la alarga, por lo cual nadie lo transita, y me dije: —Si yo me meto por el atajo, ellos van a creer que no sé que es más largo que el camino y se van a dividir en dos, uno para perseguirme, por el atajo, como lo hacen los perros a los venados para que caigan en el lance, y otro para salirme adelante por el camino real y así cogerme entre dos fuegos en lo angosto de la vereda. ¡Dicho y hecho! Nolasco, que era el mejor montado, siguió por el camino para salirme al encuentro, después de decirle al otro: —¡Arréalo tú! ¡Ya es nuestro!—. Por poco no les suelto la risa. Eran ellos los que habían pisado el peine, y estaban cantando victoria. Juan de Mata se fue tras de mí por la vereda. Yo que lo veo, me digo: —¡Ya éste es mío! Dios ciega a quien quiere perder—. Y tan ciego iba Juan de Mata, dando por seguro el resultado de la combinación, que me hizo tres tiros seguidos, creo yo que para asustarme y hacerme caer de cabeza en el lazo que me tendería Nolasco, porque él es muy buen tirador, y las balas ni las oí silbar siquiera. Aquello fué su perdición. No le quedaban sino dos cápsulas, cuando más, en su revólver, lo mismo que a mí en el mío. Y pensé: —El todo es hacer que las gaste, porque de no dejarla cargar otra vez me encargo yo. Le hice un tiro, provocándolo, y como no contestó lo apunté de veras y disparé el que me quedaba en el revólver; la bala debió de pasarle cerca porque me respondió con otra. ¡Todavía me parece oirla silbar! Era lo que yo quería: no le quedaba sino una bala. Rastrillé mi revólver, como si no supiera

que estaba vacío; hice como si me papeloneara al verme desarmado; refrené la bestia y quebré el revólver con los dientes, haciendo la mención de cargar. No sabía Juan de Mata que yo llevaba en la zurda, con la que tenía las riendas, la pistola que usted me regaló, viejo, con sus siete cápsulas completas. Una de dos, me dije: o me hace el tiro que le queda para no dejarme cargar, o se me viene encima a soltármelo a bocajarro. Era cuestión de suerte y de arriesgar la vida, porque con aquella bala que le quedaba era más que suficiente para que me cobrara el mal rato; pero se me vino encima gritándome que me rindiera. Representé mi papel de diablo: me tantié la faja, y como si no llevara más cápsulas, solté una maldición y tiré el revólver ladera abajo. Todo eso dejándome alcanzar. Y cuando lo tuve a tiro, ¡zas! Hice lo que mientan los libros del general Páez en las Queseras del Medio. ¡Acaso yo fui hecho de menos, pues! Volví grupas de pronto, rifándome la vida contra aquella bala que le quedaba a Juan de Mata, porque perdida la tenía ya si corría a caer entre las manos de Nolasco, y pasándome la pistola a la diestra y echándome del lado del talud le tiré el caballo encima y un tiro a él para que se asustara y otro a su caballo, no para que se asustara, sino para que rodara muerto, ladera abajo, con Juan de Mata y todo. Cuando él me vió la pistola en la mano echando plomo, se papeloneó todo y disparó sin apuntarme. ¡Y yo encima de él, obligándolo a que soltara la daga! No le quedó más recurso que dejarse amarrar con las riendas de su propio caballo, y después de amarrado, dejarse montar en el mío.

—¿En tu caballo?—preguntó don Jaime—. Ha podido escapar y dejarte a pie.

Hilario sonrió.

—Se conoce que usted no es hombre de averías, viejo. Ya verá para qué lo hice así. Una vez montado Juan de Mata, salté a la grupa y arrié el caballo, paso a paso, las riendas en la zurda, y en la diestra la pistola, para salir al encuentro de Nolasco, que ya debía estar llegando. Ahí mismo apareció, todo receloso, paso a paso también, ¡ojo e garza!, y el revólver alante buscando blanco. ¡Ese sí venía con sus cáp-

sulas completicas! Pero el que va a caer no ve el hoyo. Se conoce que mi tardanza lo había puesto malicioso y que, más que a atacarme, iba a ver qué le habría pasado a Juan de Mata y preparado a defenderse. ¡La cara que puso cuando vió que el que le salía al encuentro era su hermano, amarrado y tapándome con el cuerpazo! Ahí lo aproveché yo.

—Tío Nolasco. Con su permiso. Yo lo voy a hacer preso a usted como ya hice a tío Juan de Mata. Suelte el revólver y el cuchillo y apéese del caballo.

Se me encabritó el hombre y se puso a hablar zoquetadas; pero le dije:

—No se sofoque, tío. Mire que se puede ahogar. Si no lo quiere hacer por las buenas lo tendrá que hacer por las malas, porque en la hora y punto en que estamos, ni usted ni yo podemos echar para atrás con vida; pero si usted me tira a mí, a quien le va a pegar es a su hermano Juan de Mata, que me está haciendo el favor de taparme; mientras que si yo le tiro a usted, la única cosa que lo puede tapar es la tierra que le vamos a estar echando encima, mañana a esta misma hora, porque usted mismo fué quien me enseñó a tirar, cuando yo estaba chiquito, y de entonces acá me he perfeccionado un poquito más. De modo que, déjese de baladronadas, que cuando a uno le llega la hora de perderla, ¡ni ganando se desquita!, y esa hora ya les llegó a ustedes. Haga lo que le digo. Usted sabe que los Guanipas cumplen lo que ofrecen, y yo soy tan Guanipa como usted y ya le he ofrecido enterrarlo mañana a esta misma hora, si se me barajusta.

—¡Muchacho!—exclamó doña Agueda, vivamente interesada—. ¿Y qué te respondió?

—No dijo nada. Pero le comprendí en la cara que le había gustado oirme decir que yo era tan Guanipa como ellos. Creo que fué también porque le recordé que él había sido quien me enseñó a tirar al blanco. Soltó su revólver, se apeó del caballo y se echó a andar por delante de mí, sin pronunciar una palabra. Lo mismo venía Juan de Mata. Apenas bramaban de cuando en cuando. Eso sí, no quisieron que fuera sino yo quien los trajera arrestados. Por compla-

cerlos, yo mismo les puse los grillos en la Jefatura. Bie apersogados los dejé, porque a Lisandro todo le parecía poco Muerto de miedo debe estar allá con esos dos tigres ence rrados en el "cuarto", y deseoso de que acabe de llegar e piquete de tropa que van a mandar de Caracas a buscarlos

Esto lo refirió Hilario a don Jaime en casa de don Agus tín Alcober, de regreso de la Jefatura, donde acababa d dejar a los "Barbudos". Mientras él hablaba, Adelaida ha bía estado pendiente de sus palabras. Cuando él concluyó s relato y se despidió, ella se quedó todavía muda, inmóvil y alelada, como un cuerpo del cual se hubiera ausentado e espíritu, y así permaneció largo rato.

No eran solamente sus nervios, sino todo su ser lo qu estaba profundamente conmovido. Pensando en lo que aca baba de oirle a Hilario, se preguntaba qué clase de hombr sería aquel que se revolvía contra los suyos y al mismo tiem po se jactaba de ser como eran los suyos... "Yo soy tan Guanipa como ustedes..." ¿Cuál sería la ley de aquella alm ruda y violenta? ¿Cómo sería el amor de un Guanipa?

Llegado a este punto de sus reflexiones, su pensamient se desarticulaba en imágenes incoherentes, que convergía desde todas las regiones de su insconciencia a un foco d lucidez donde adquirían tal vivacidad que parecían sensa ciones reales; pero se desplazaban con tanta rapidez que er imposible apresarlas y se interferían unas y otras dándole l impresión deslumbradora de un relampagueo. Tal material mente lo experimentó así, que se llevó las manos a los ojo y se los oprimió con fuerza. Pasado el ilusorio encandila miento, le quedó la impresión de haber contemplado larg rato un paisaje lleno de sol de crudo sol de mediodía.

Fué un recuerdo que trató de volver a su mente; perc antes de manifestarse ordenado y completo, lo reprimieron y rechazaron las ideas predominantes de su educación deli cada, se desarticuló y se rompió en fragmentos incompren sibles; el recuerdo involuntario de ciertas emociones turba doras, experimentadas días antes en presencia de los cam pos de Cantarrana, a la hora ardiente de la siesta: jarale retorcidos y tostados que crujían bajo la acción del calor

un resplandor cegante de luz en las hojas nuevas de los árboles, un áspero olor de fecundidad exhalado por la tierra enardecida, gritos, murmullos, pausas de una sinfonía enervante de cuyo oculto sentido tuvo una intuición momentánea que la hizo ruborizarse, una onda espesa y cálida de sensualidad que recorría la Naturaleza y penetraba en su carne, sumiéndola en invencible y dulce laxitud.

Pero nada de esto, ni el recuerdo, ni el hilo de asociación que lo evocó, llegaron a trasponer los umbrales de la conciencia de Adelaida: las ideas predominantes, los sentimientos habituales de doncella casta, cerraron violentamente el acceso, y el recuerdo se quedó al otro lado, en la porción nocturna del alma, convertido en tendencia reprimida, agria levadura de los sentimientos.

¿Cómo sería el amor de un Guanipa?

IX

Don Jaime del Casal no desaprovechaba nunca ocasión de hablar con elegancia, sobre todo cuando el asunto era propicio a la elocuencia del estilo épico; pero ahora su absoluta discreción de hombre perfectamente dueño de sí mismo y de caballero respetuoso de las conveniencias, máxime en la intimidad de su hogar, le impedían, por escrúpulos de delicadeza con su mujer, desahogar en sonoras frases lo que sentía a propósito de la hazaña de Hilario.

Sin embargo, en tales momentos, siendo tan viva y cálida la impresión que la proeza del mozo acababa de producir en todos los ánimos, callar o hablar de otra cosa resultaba postizo y violento.

Agueda—que nunca fué hostil a Hilario y que ahora no podía por menos que admirarlo y estarle agradecida, pues de no aparecer tan a tiempo, si los "Barbudos" hubieran cumplido su primera amenaza, quién sabe qué espantosa suerte les hubiera tocado a sus hijas—sentía también generosos deseos de romper el incómodo silencio haciendo un cálido elogio del valiente mozo, para que don Jaime pudiese tam-

bién satisfacer sus visibles deseos de hablar del hijo; perc se contuvo, por no violar aquel recuerdo tácito, en virtud del cual nunca se había hablado entre ellos de nada que pudiese tener relaciones con las antiguas veleidades amorosas de don Jaime.

Pero cuando don Jaime se levantó de la mesa, más pronto que de costumbre, y las hijas lo imitaron, llevándose Eleonora a Adelaida, Agueda le dijo a Carmelita:

—Anda tú a soltarle la lengua a Jaime. Quiere hablar de Hilario, y si no lo hace, se enferma. Dentro de un rato te vas allá, como quien no quiere la cosa y le abres el espiche.

—Para espiches estoy yo—respondió misia Carmelita—. En fin. Te complaceré.

También Adelaida tenía necesidad, no de hablar, porque su espíritu reservado y tímido sentía horror a la expansión, sino de estar sola, aislada del mundo, donde nadie la viera.

¡Cómo le hervían dentro del corazón los sentimientos! ¡Y cuántos nuevos, desconocidos, inimaginables, se le habían revelado aquella mañana!

Pero al levantarse de la mesa, Eleonora le propuso:

—Vayamos hasta el quiosco. ¿Quieres?

—Preferiría recostarme un rato. Me duele un poco la cabeza.

—Estaremos un momento nada más. Allí hay fresco y sombra.

Adelaida comprendió que quería hablarle de Hilario y aunque no se hallaba en ánimo de confidencias, accedió. Caminaron bajo los árboles del parque, silenciosas, cogidas del brazo, hasta el rústico quiosco levantado en medio de un solitario paraje de grata sombra y suave silencio. En medio del suelo de tierra apisonada, sobre un tronco enterrado en ella, había una mesa tosca con bancos alrededor. Sentáronse una frente a la otra. Eleonora entró en materia sin ambages:

—Cuéntame tus cosas.

—¿Cuáles?—interrogó, haciendo el último esfuerzo por defender su secreto.

—¿A qué esa reserva? ¿No tengo acaso derecho a pedirte una confidencia?

Nada respondió. Largo rato permaneció en silencio, con los ojos bajos, extendidas sobre la tosca madera de la mesa, en lánguido abandono de belleza yacente, las manos perfectas. Aguardando la respuesta, Eleonora se las contempló y enternecida por aquella blancura y suavidad de azucenas, se las acarició oprimiéndolas dulcemente. Adelaida las retiró luego y hundiendo en ellas la frente, puesta de codos, sacudió la cabeza, como quien trata de alejar un pensamiento doloroso.

—¿De modo que es cierto?—exclamó Eleonora, con un tono afectuoso de sorpresa y reconvención—. ¿Te has enamorado de Hilario?

—Sí.

Horas antes no hubiera podido responder así. Algo de esta verdad categórica había adivinado, es cierto, o mejor dicho, presentido, la mañana del paso del río, cuando Hilario la levantó en vilo entre sus potentes brazos... Pero entonces, fué repugnancia de la brutalidad que se le revelaba en aquella fuerza extraordinaria y en aquella actitud resuelta y luego miedo y horror casi de que aquel hombre pretendiese hacerla suya, porque algo le decía dentro de su corazón que si lo intentaba, ella no podría resistir. Nada de esto era lo que ahora experimentaba; ahora quería, con todas las ansias de su ser, pertenecer a aquel hombre. Su alma tímida, su delicado ser entero, su vida toda, corría hacia Hilario, fuerte, brutal y valiente, como corre el río manso y débil hacia el mar inmenso y temible. Ciertamente que lo deseaba con temor; pero ya no era el miedo frío y feo que encoge el corazón y llena el cerebro de ideas torpes, sino el que, por lo contrario, tiende el espíritu como un arco y lo lanza al encuentro del destino, lleno de hermosos y confiados pensamientos. ¿Tendrían acaso alguna relación éstos que ahora atravesaban por su alma, libres y amplios como el gran viento que sopla sobre las lomas, con aquellos sueños cándidos y vagarosos del hombre perfecto, todo delicadeza?... Ninguna podían tener. La visión que re-

lampagueó ante su alma, horas antes, cuando aquel hombre gritó, alegre y valeroso: ¡aquí está Hilario Guanipa!, en nada se parecía a aquellas vislumbradas a través de brumosos sueños, junto al piano, cuando sus dedos fatigados descansaban sobre el último acorde de un nocturno de Chopin.

Eleonora volvió a interrogar con la entonación que impone la fatalidad de los hechos consumados:

—¿Qué le encontraste a ese hombre que te pudiera agradar?

—Precisamente que no tiene nada de lo que yo buscaba.

Eleonora la miró un rato en silencio y luego dijo:

—Tienes razón. Me explico perfectamente tu caso.

Y Adelaida, después de una nueva pausa que se prolongó mucho tiempo:

—¿Qué irá a ser de mi vida, Eleonora? ¿Qué me tendrá reservado la suerte?

Eleonora tardó un poco en responder:

—Todo, menos lo que tú le pedías.

Después de oir estas palabras, que Eleonora pronunció de un modo extraño, a Adelaida le pareció como si el silencio que la rodeaba se hubiera hecho más hondo, más desolador.

Propuso la vuelta a la casa. Eleonora accedió; ya no necesitaba saber nada más. Por el camino, Adelaida le dijo:

—Voy a pedirte el último favor. Hilario me dijo esta mañana que esta noche, a las diez, venía a hablar conmigo. ¿Quieres acompañarme?

—Bueno. Te acompañaré; pero sin que él sepa que estoy contigo.

—Gracias. Será el último favor que te exijo—repuso con acento de profunda tristeza.

—¿Por qué insistes en que será la última exigencia?

—Porque comprendo que después de haber tomado yo mi determinación de aceptar a Hilario, no podremos seguir siendo lo que hasta ahora hemos sido nosotras. Tú te apartarás de mí.

Eleonora luchó un rato para dominar su emoción. Al cabo pudo decir:

—Te prometo que mientras tú seas Adelaida Salcedo, yo seré para ti la de siempre.

Y después de una pausa dolorosa:

—También tengo que confesarte algo. Estoy resuelta a aceptar a Gustavo Friedel.

Gustavo Friedel era un caballero alemán, ya no muy joven, que había llegado a Venezuela pocos meses antes, como representante de una firma de comercio de Hamburgo que comenzaba a buscar plaza en el país para sus productos del ramo de ferretería. Eleonora lo había conocido en el baile con que la Legación alemana celebraba el natalicio del Kaiser. Gustavo Friedel se enamoró de ella desde el primer momento; pero aunque era un caballero muy distinguido y tenía una posición bastante halagadora, no lograba entusiasmarla. Uno de los motivos de la negativa de Eleonora a aceptarlo era que Friedel radicaría su hogar en Hamburgo y ella no quería ausentarse definitivamente de su patria, más que todo, por no separarse de Adelaida.

Ahora que ésta le confesaba su determinación de aceptar a Hilario Guanipa, lo que implicaba un rompimiento con ella, pues tales amores iban contra los más arraigados principios y escrúpulos de la familia del Casal, Eleonora decidió también aceptar a Friedel. Casándose con él, pondría mundo por medio entre ella y el humillante y doloroso espectáculo del matrimonio de su prima y amiga íntima con aquel hijo de Modesta Guanipa, la cogedora de café.

Así lo comprendió Adelaida y su corazón se llenó de dolor.

—¡Quiere decir que te irás de Venezuela, que no te veré más!

Eleonora no respondió. Siguieron caminando en silencio. Llegadas cerca de la casa, Eleonora, buscando un pretexto para separarse, se quejó de un repentino dolor de cabeza y se fué a su aposento. Adelaida, deseosa de hallarse a solas, se quedó en el jardín.

Pero allí, con análogas ansias, estaba don Jaime, paseándose por los viales. Tropezáronse inesperadamente.

—Tú ibas y yo venía. Sigamos, pues, juntos—díjole don Jaime, agradecido con la coincidencia que los había reunido, porque en aquellos momentos de su espíritu, sólo la compañía de Adelaida podía hacerle grato el silencio, cuando la emoción quería desahogarse en palabras y las conveniencias no se lo permitían.

Caminaron un rato sin hablar, dejando atrás el jardín, por un callejón orillado de caobos centenarios que le hacían con sus entrelazadas ramas alta cúpula ojival; pero don Jaime no pudo contenerse más tiempo y empezó a hablar:

—¡Este Hilario! ¡Cuánto me preocupa el muchacho! De su natural impetuoso y de su corazón vehemente puede esperarse, a la vez, todo lo bueno y todo lo malo. Valiente, audaz, dotado de una naturaleza generosa, sin miedo ni a la vida ni a la muerte, sólo le falta una mano sabia que le vaya desbastando el alma... Me preocupa su suerte. me aflige pensar que esa fuerza que alienta en él se desvíe y lo conduzca a un destino deplorable. Temo por él, como por el fuego, que atendido calienta y alumbra, pero descuidado, incendia y devora. Si Dios quisiera... ¡Si Dios quisiera salvármelo! Una mano sabia, suave y fuerte a la vez, un corazón generoso, capaz de pequeños, pero continuados sacrificios, para un verdadero triunfo final...; una mujer que lo entienda y que lo salve de sí mismo, porque su mayor enemigo es su propio corazón.

Hiza una pausa, alentó hondamente para apaciguar la agitación de su pecho que le quebraba la voz. Y al cabo, recobrando el dominio de sí mismo y temeroso de las consecuencias que pudieran tener sus palabras, concluyó:

—¡Bah! Me exalto. Digo cosas imprudentes.

Suspensa en aquellas palabras encendidas de emoción paternal, Adelaida se había sentido transportada a un plano de elevación de espíritu donde resplandacía su amor con una luz nueva y gloriosa. ¡Ella sería aquella mujer de quien hablaba don Jaime! Ya no iba hacia Hilario empujada por la fuerza ciega de su pasión, ya no preguntaba tampoco qué le

tendría reservado la suerte, si se le encogía el corazón al prever que todos la abandonarían. Su amor brotaba ahora limpio y sereno, de la fuente misma de la bondad. ¡Ella sería la mujer que necesitaba aquel hombre de quien se podía esperar, a la vez, todo lo bueno y todo lo malo!

—Padrino. ¡Yo seré esa mujer!—exclamó decidida.

Don Jaime, que no esperaba eso, se detuvo sorprendido. Luego posó su diestra sobre la cabeza de Adelaida y le dijo:

—¡Hija!... ¡No! ¡No! ¡Tú, no! ¡Para ti sería demasiado!

Pero Adelaida sentía que aquella suerte era para ella y ya no quería trocarla por otra.

X

En la noche, como de costumbre, quiso don Jaime que Adelaida amenizase la velada tocando al piano.

—¿Qué quieres que toque, padrino?

—Tu repertorio romántico: Liszt, Chopin. Lo que más te agrade, hijita; menos nocturnos, porque me entristecen un poco. Hace días que no tocas aquella Berceuse tan delicada. Quiero algo alegre esta noche. Tienen ustedes unas caras tan sombrías. Sobre todo tú, Eleonora. ¿Qué te sucede, hijita?

—Nada, papá. Será de cansancio.

—Recia ha sido la jornada, ciertamente. Vamos, Adelaida, apacíguanos un poco los nervios con tu divina música.

Y Adelaida se sentó al piano. Nunca había tocado como entonces lo hacía: nunca, tampoco, volvería a tocar así. Bajo sus dedos virtuosos, el piano, dócil, tradujo sus sentimientos, llenando de amplias y tormentosas sonoridades la sala, porque los sentimientos que aquella noche dominaban en su alma no eran los habituales, lánguidos y suaves, que gustaban desfallecer en el melancólico sentimentalismo de los nocturnos, sino más bien los que parecen haber inspirado las polonesas y las rapsodias brillantes y las atormentadas patéticas, música fatalista también, pero que hace pensar en luchas valientes de almas trágicas con el inexorable destino.

Oyéndola tocar tal música, cuando, por el contrario, es-

peraba algo tierno y sentimental, cónsono con el estado de espíritu en que las confidencias de la tarde las habían dejado a ambas, Eleonora se sintió molesta y hasta enojada con ella. Había en aquella briosa ejecución cierta altanería—esa altanería con que los caracteres débiles alardean de sus inesperadas e inexplicables determinaciones—que no podía serle grata a Eleonora, que la llenaba de confusión.

Era, en efecto, una desconcertante manifestación de un carácter. Adelaida, la de la voluntad abolida, la del espíritu formado por la obediencia ciega para la sumisión absoluta, la que nunca había sabido decir: esto quiero, asumía de pronto una actitud resuelta y se lanzaba contra el destino, fortalecida por un ideal. Cuando terminó de tocar y dió la espalda al piano, haciendo girar el asiento, mostró su rostro encendido como una bandera de guerra, sus ojos, que fulguraban de una manera extraña.

Don Jaime dijo, poniéndose en pie:

—¡Vaya, pues, hijita! No conocía ese aspecto de tu temperamento de artista. ¡Y has estado admirable! Hasta mañana. Dios te pague el rato tan agradable que me has hecho pasar.

Y bendiciendo a las hijas y a la ahijada, se dirigió a su aposento.

Doña Agueda lo acompañó. Eugenia abandonó la sala, silenciosa y hermética, como había estado durante toda la velada. Luego se levantó misia Carmelita:

—¿No vas a acostarte, Adelaida?

Eleonora respondió por ella, fiel a su promesa de la tarde:

—Adelaida se queda un rato conmigo.

—Hasta mañana, pues. Que Dios te bendiga, hija.

Quedaron solas Eleonora y Adelaida, ésta todavía sentada al piano; aquélla reclinada en una mecedora, con los ojos entornados para que fuese menos violento el silencio. Así transcurrió un rato. Dejáronse de oir los ruidos de la casa. Ya todos dormían, sólo ellas velaban y esperaban. En la araña que pendía del alto techo, en el centro de la sala, también se adormilaban las amarillentas luces de las lámparas.

El teclado silencioso del piano parecía esperar también... Afuera, la suave sinfonía de la noche arrullando el sueño de los campos y un soplo frío que entraba en la sala.

Eleonora dijo, sin abrir los ojos:

—Toca. Pero no como ahora.

Adelaida hizo girar el asiento y del silencio comenzaron a surgir, sin brusca transición, los acordes de un nocturno de Chopin. Fué precisamente cuando Hilario, cansado de esperar en el jardín, se resolvió a acercarse a la casa. En su alma voluntariosa, más que nunca eran aquella noche irrefrenables los propósitos. Quería ver a Adelaida; a toda costa necesitaba hablarle.

—¡Ah! ¡Sí! Es necesario que yo hable con ella. Hasta por encima del viejo si se me atraviesa y trata de impedírmelo.

Desatados, como lo habían sido aquella mañana, sus instintos de presa, dió en concebir un plan insensato: raptar a Adelaida, llevársela aquella misma noche, camino del Llano, al remoto Arauca, adonde nadie había de ir a reclamársela. La pasión que se había adueñado de su alma impetuosa no respetaba ya obstáculos. Comprendía que toda la familia, incluso don Jaime, se opondrían a que Adelaida se casase con él, y puesto que de buen grado no se la darían, resolvió tomarla por la fuerza, en seguida... Después... ¡Qué le importaba lo que pudiera sucederle después! Así le costase la vida, estaba dispuesto a llevar a cabo su propósito. ¿Acaso no la había arriesgado más aquella misma mañana?... Además, Adelaida era suya desde que él la levantó en sus brazos en el paso del río. Ella también quería pertenecerle; se lo habían dicho sus ojos varias veces, se lo confesaron, especialmente cuando él refirió su hazaña en casa de los Alcober. ¡Benditas miradas aquellas que tanto le dijeron!

Atravesó el corredor con pasos sigilosos. Era Adelaida la que tocaba el piano, como él había sospechado, y estaba sola, al parecer. Se detuvo a contemplarla a su gusto. Una señal suya la haría abandonar el piano y venir a reunírsele. Entonces le propondría salir al jardín, más propicio. Ella accedería, sin duda alguna. ¿Y luego?... Allí estaba el caballo

esperándolos. Después, la carrera a través de la noche, el tembloroso cuerpo delicado entre sus brazos... y al fin, ¡la llanura salvaje!..., el lejano Arauca, la posesión tranquila de la mujer amada... ¡Jipa! ¡Cómo devolvería la llanura su grito de triunfo!

Pero... ¡aquella música!... ¿Qué virtud tenía, desconocida para él, que no le dejaba hacer la señal necesaria para que Adelaida fuera a arrojarse a sus brazos? ¿Por qué lo subyugaba hasta el extremo de no poder moverse, de querer retener el aliento para escucharla mejor?... ¿Qué era esto, nunca imaginado siquiera, que de pronto se le manifestaba en los acordes que los dedos de Adelaida producían, acariciando apenas el teclado del piano? ¿De qué mundo misterioso, jamás vislumbrado venían aquellos sonidos que le suspendían el alma en arrobamientos desconocidos, aquel soplo invisible de belleza que le iba apagando dentro del corazón las brasas impuras del deseo?

Adelaida terminó de tocar. Se quedó largo rato con las manos extendidas y posadas sobre el teclado. Hilario la contempló lleno de inefable emoción. Su dulce figura, los dorados reflejos de las lámparas sobre sus undosos cabellos, la languidez de la cabeza inclinada sobre un hombro, la carne blanca y fina del cuello, de los brazos desnudos, sus manos, aquella perfección nunca vista de sus armoniosas manos, todo le produjo un sentimiento singular, el primer sentimiento delicado que experimentaba el alma ruda de un Guanipa... Dió un paso atrás. Luego otro y otro... Ya no veía a Adelaida y le pareció que para nada más necesitaba los ojos aquella noche... Ya estaba a campo raro otra vez... Ya iba por el camino obscuro, solo, despacio, feliz... ¡Singularmente feliz!

XI

¡No! ¡No! Eso no puede suceder. Hay que evitarlo a todo trance. Ese enamoramiento absurdo no pasa de ser un capricho momentáneo de Adelaida. Yo debo hacer todo lo posible por quitárselo de la cabeza. ¡Qué locura!

Esto pensaba Eleonor aquella misma noche, al meterse en el lecho, y a la mañana siguiente, muy temprano, le comunicó a su madre lo que Adelaida le había confesado la víspera.

—Ya me lo suponía—dijo doña Agueda—. Y a Carmelita tampoco se le ha escapado. No me ha querido decir nada, pero sé que "la procesión le anda por dentro". Es necesario que Jaime se entere. Ninguno de nosotros puede ver con ojos de indiferencia esa insensatez de Adelaida. ¡Y tan juiciosa como ha sido siempre!

Pocos momentos después conferenciaban con don Jaime. Este ya se había trazado su plan desistiendo de confiar a Hilario la administración de Cantarrana. En aquella situación las cosas, no era natural ni prudente que el mozo se mantuviera en relaciones con la familia. Por el contrario, era menester que se volviese al Llano, conforme a sus deseos, para que la ausencia y la distancia ayudasen a las persuasiones de la razón en el ánimo de Adelaida. Pena le causaba adoptar esta dura determinación; pero sus particulares afectos no podían prevalecer contra las superiores imposiciones de la tranquilidad de la familia, tanto menos cuanto que tales afectos no tenían, en ese caso, la aceptación de la sociedad y él era muy respetuoso de las conveniencias sociales, con las que estaba comprometido su nombre en pacto de honor tradicional. Hasta allí sus antiguos y menguados devaneos juveniles no habían pasado de la intimidad de la familia; pero si los amores de Adelaida e Hilario se formalizaban, la desagradable historia se haría pública y se suscitaría el escándalo, porque en Caracas, en la esfera social que ocupaba su familia, no había reputación más acrisolada e intachable que la suya, y para mantenerla con verdadero decoro él estaba dispuesto a los sacrificios que fueran necesarios.

Además, no podía consentir en que Adelaida llevase a cabo el romántico holocausto de su vida por cumplir aquella promesa que le había hecho él, cuando la exaltación de su ánimo le hizo proferir las imprudentes palabras relativas

a la preocupación que le causaba el porvenir de Hilario, promesa que, seguramente, era para Adelaida una de esas justificaciones bajo las cuales el corazón enamorado cobija su absurda pasión.

—Dispón la vuelta a Caracas. Telefonearé en seguida a Jaimito que nos mande dos coches a Cantarrana ahora mismo. Llegarán esta noche y mañana saldremos de madrugada. No es prudente esperar a que pasen las Pascuas. Los inevitables encuentros entre Adelaida e Hilario en estos días de fiesta pueden complicar más las cosas. Pero resérvese los motivos. A Carmelita puedes decírselo, si quieres, bajo igual reserva; pero a Adelaida... cualquier pretexto..., que no me siento bien, por ejemplo. Después de todo no es completamente falso.

Así se hizo. Pero Adelaida comprendió cuál podía ser la causa de aquel intempestivo regreso a Caracas. Naturalmente, se guardó bien de darse por enterada.

Sin embargo, Eleonora no quiso ocultarle que ella había sido la causante de tal determinación.

—Tú me perdonarás si te parece que te he traicionado; pero mi deber es ayudarte a que te libres de ese capricho. Porque a pesar de lo que hablamos ayer, yo no puedo creer que sea una verdadera pasión, sino un capricho momentáneo lo que sientes por Hilario.

—No te intranquilices. La culpable no has sido tú. Padrino lo sabe por mí.

—¡Pero, Adelaida! Recapacita. ¡Un hombre tan opuesto a ti! No hablemos de la condición social... Pero las costumbres, el género de vida, el carácter... Eso sería un disparate, Adelaida, una locura...

—Ayer me dijiste que tenía razón. Por otra parte, ahora no es capricho, sino algo más que si te lo explicara, tal vez también me darías la razón como me la diste ayer.

—Pero ayer me encontraba yo en un estado de ánimo fuera de lo natural. Lo que acaba de suceder..., quizá hasta la hora y el sitio donde conversábamos... En fin: ¡que todas tenemos nuestra hora romántica! Pero después recapacité y vi claramente que era un absurdo y me propuse ayudarte

a evitarlo. Tú apenas has visto a Hilario una o dos veces. Todavía no has hablado formalmente con él. Anoche te dejó esperando, por fortuna. Dije a mamá lo que sabía y entre ella y papá han resuelto que regresemos a Caracas. Yo creo que tú debes meditarlo bien, pensarlo mucho, antes de decidirte.

Adelaida la dejó hablar, impasible, como si no se tratara de ella, y cuando Eleonora concluyó, le dijo, mostrándole una esquela:

—Ya es tarde. Mira. Hilario me mandó esta carta esta mañana.

La carta decía:

"Anoche fui a la Casa Grande a hablar con usted, como le había dicho. Estaba usted tocando el piano, sola en la sala, creo que esperándome. Allí estuve un rato, viéndola, y me vine sin llamarle la atención. No le podría explicar ahora por qué me vine; algún día se lo explicaré. Yo no la veré más a usted hasta el día en que vaya a buscarla a su casa para casarnos. Espéreme. Yo iré."

Eleonora se quedó perpleja, con la carta en la mano, mirando a Adelaida. Al cabo habló:

—Yo no entiendo estas cosas. ¡No las entiendo! A mí me consta que ustedes no han tenido todavía una entrevista. Anoche, por primera vez, iban a hablarse. Y ese hombre, sin saber si tú lo aceptas, te escribe estas cuatro líneas, que todo parecen menos una declaración de amor, y te habla de matrimonio y de que lo esperes, sin tomar en cuenta tu voluntad, sin declarársete siquiera, sin dedicarte una palabra cariñosa. ¡No entiendo! ¡No entiendo estos amores! Francamente, Adelaida, tengo que decírtelo aunque te enojes conmigo: este hombre te considera a ti como una cosa suya, como a un objeto, al cual no se le pregunta si quiere o no quiere.

—¿Y para qué va a preguntármelo si ya lo sabe?

—¿Cómo?—exclamó mirándola a los ojos—. ¿De modo que en este asunto solamente él es quien tiene que decidir?

¿Y tu voluntad? ¿Por qué no la usas, aunque sea para decir sí?,

—¡Pero si él lo da por dicho! ¿Para qué se lo voy a decir?

—Mira, Adelaida, una de dos: o no quieres que yo me meta en este asunto y por eso me contestas así, o... te has vuelto idiota. Y dejemos esto.

Momentos después, Adelaida contestaba la carta de Hilario. Comenzó haciéndole las mismas observaciones que le había hecho a ella Eleonora: que no tomaba en cuenta su voluntad, que ni siquiera le preguntaba si ella lo aceptaba, que no comprendía cómo pudieran ser aquellas cuatro líneas, secas y autoritarias, una declaración de amor...

Pero releyó lo escrito y se dijo:

—¿A qué conduce todo esto? Son tonterías de Eleonora.

Rasgó la esquela y, tomando otra, escribió:

"Recibí su carta. Mañana nos vamos a Caracas. Lo esperaré."

Y por conducto de Taparita, que fue quien le llevó la de Hilario, mandó la carta.

Al día siguiente regresaba a Caracas.

*

El tono breve y seco de la carta de Hilario tenía su explicación.

Comenzó a escribir al regreso de la Casa Grande, todavía bajo la emoción de aquel primer sentimiento delicado que su alma ruda experimentó mientras contemplaba a Adelaida al piano. Trató de explicarle cómo el hechizo de la música lo había hecho desistir de hablar con ella; pero, claro está, no le fue posible expresar su pensamiento. Rompió la carta y empezó a escribir otra, llena de alabanzas a la belleza sin igual de Adelaida y de tiernas promesas de amor; pero todo le pareció ridículo, indigno de ella, inexpresivo, porque Adelaida no era para él una de tantas mujeres a quien se le podía decir lo que se dice a todas, sino un ser extraordinario,

sobrehumado, hecho de una substancia diferente a aquella de que están hechas las demás mujeres, y también, porque él no estaba acostumbrado a expresar este género de pensamientos por escrito. El había enamorado a muchas mujeres, a muchas, deslizándoles al oído cálidas frases de amor, tan ardientes, que casi siempre todas se habían ruborizado al oirlas; pero para dirigirse a Adelaida, para expresarle su amor a aquella divina criatura que con sólo deslizar sus maravillosos dedos por el teclado del piano le había hecho sentir lo indecible, a aquel ser casi inmaterial que..., ¿cómo diría él?..., ¡que se parecía a la música que tocaba!..., para eso no tenía él palabras aprendidas, ni se molestaba en buscarlas. Rompió otra vez la carta y escribió aquélla, breve, seca.

Además, la vida se le había vuelto, de pronto, inesperadamente grave. No por reflexiones, porque su espíritu embastecido no era capaz de ellas, pero sí por inexpresables intuiciones, había comprendido, de la noche a la mañana, que su situación en la vida se había transformado desde que se enamoró de Adelaida Salcedo. Ahora su vaga ambición, aquella que lo llevó al Llano en busca de unas cuantas monedas de oro y que, gastadas éstas, lo hubiera hecho ir de nuevo para derrocharlas en seguida, ahora tenía un objetivo preciso y concreto: conquistar una posición sólida que le diese un efectivo dominio de las circunstancias, para aspirar a la mano de Adelaida.

Antes de todo, desistir de la idea de complacer los deseos de don Jaime. El lo respetaba y lo amaba de veras; pero ya no se trataba de él solamente; ahora estaba por medio Adelaida, y no podía consentir en que mañana las del Casal pudiesen decirle que se iba a casar con su mayordomo. Luego, desistir también de aquel vano escrúpulo que le había impedido usufructuar su propiedad de La Haciendita. Aquella posesión era suya, natural y legalmente suya, porque su padre se la donó a su madre cumpliendo un deber que le imponía su conciencia.

Ocuparía, pues, La Haciendita, se consagraría a explotar sus tierras y desde allí..., desde allí vigilaría sobre Cantarrana, y poco a poco..., poco a poco, Cantarrana iría en-

trando en sus dominios. Entonces se casaría con Adelaida.

Al amanecer montó a caballo. Buscó a Taparita, le entregó la carta para Adelaida y cogió el camino de La Haciendita. Tomaría posesión de ella desde aquel mismo día. En el pueblo, sus amigos se quedarían esperándolo para las parrandas concertadas de Nochebuena y Navidad. Que se divirtiesen sin él. Adelaida también se quedaría esperándolo cuando en la Misa del Gallo lo buscase entre la concurrencia; pero ya él le decía en su carta que lo esperase y este plazo comenzaba desde ese mismo día... ¡A La Haciendita! ¡A la Guanipera!

Aquello era un matorral. Los cafetales invadidos por las malezas, los caminos perdidos, la Oficina convertida en escombros. Reunió unos cuantos pesos y ¡a trabajar!

Las onzas de oro que llevaba en la faja desaparecieron muy pronto; don Agustín Alcober y otros comerciantes amigos le ofrecieron el dinero que le faltase, ¡y todo se lo tragó la Guanipera!; pero los cafetales quedaron limpios y bonitos, los caminos abiertos y la Oficina otra vez en disposición de trabajo. ¡Y vengan las cosechas! Mientras tanto, conucos de frutos menores, evoluciones por aquí y por allá y mucho ahorro y la vista puesta en Cantarrana.

XII

Meses después moría don Jaime.

Desaparecido éste, Hilario se consideró completamente relevado de toda consideración para con la familia y vió llegada por fin la hora de comenzar a poner en práctica sus planes respecto a Cantarrana. Las circunstancias habían de ayudarlo: por otra parte, la situación creada por la guerra civil que acababa de estallar; por la otra, las condiciones de su contendor.

Jaimito del Casal era un joven lleno de ideas de grandeza. No le faltaba capacidad para los negocios, tenía inventiva y ánimo emprendedor, pero los empleaba mal y a destiempo, en innovaciones desavenidas con el medio y en

empresas poco seguras, persiguiendo fantásticas ganancias de millones. En sus viajes por Inglaterra y Estados Unidos había sabido introducirse en los círculos de los grandes hombres de negocios, y del trato con ellos sacó la cabeza llena de ambiciosos planes y de ideas innovadoras. Para implantarlas en el mundillo comercial de Caracas, rompiendo con las viejas rutinas estacionarias, a fin de abrir campos más vastos a las transacciones mercantiles, a su regreso al país publicó una serie de artículos bien documentados que llamaron la atención de las personas inteligentes y le crearon un aura favorable; pero no supo aprovecharla, por la falta de sentido práctico ocasionada por su manía de grandeza. Estableció una pedante Oficina de vagas operaciones mercantiles, montada lujosamente, al estilo neoyorquino, con un mobiliario que le costó un dineral, portero de librea y una multitud de empleados que escribían diariamente cartas sobre cartas a los banqueros y grandes comerciantes del orbe entero, todo esto a puertas y ventanas abiertas, a la vista de los transeúntes, para que el efecto fuese mayor; pero pasó el tiempo, los negocios de la Oficina no se veían, o los que se presentaban no eran de los que podían traer los codiciados millones, y entonces, abandonando el comercio, se pasó a la agricultura, o mejor dicho: cambió la gran plancha de cobre de la oficina por otra que decía: Banco Agrícola Venezolano.

A propósito de esto le había dicho don Jaime:

—Hijo, preveo que ese Banco será la tiña que acabará con Cantarrana. Si te interesa la agricultura y te preocupas por su suerte, ¿por qué no te dedicas a ella? Ahí tienes Cantarrana, métete en ella a trabajar y pon en práctica todas esas ideas innovadoras que tienes en la cabeza.

Jaimito replicó que él no se contentaba con ser un simple cosechero de café. Sus aspiraciones iban mucho más lejos: se sentía destinado para ejercer una acción más amplia e inmediata en el desarrollo de la agricultura venezolana, como se había sentido destinado también para ejercerla en la esfera de los negocios, creando la verdadera especulación

mercantil. Quería legarle a su hijo Nicolás, junto con una fortuna apreciable, un nombre comercial famoso.

Cierto era que lo ambicionaba, pero también que la causa de su desdén por la agricultura activa era una de esas pequeñas causas de grandes efectos: le tenía horror al campo. Extremadamente cuidadoso del bien parecer de su persona y de la corrección de su traje, convencido, además, de que a fuerza de darse aires de banquero millonario terminaría siéndolo de veras, y, finalmente, amigo de la vida regalada y exquisita en el gran mundo, la idea de convertirse en un campesino le producía invencible repugnancia.

Muerto don Jaime, comenzaron inmediatamente a cumplirse sus vaticinios: antes que floreara el café ya tenía comprometida la cosecha, y cuando ésta empezó a granear, se vió en la necesidad de hipotecar la finca.

Doña Agueda le atribuía esto a la desgracia que siempre había perseguido a Jaimito. De niño, no logró nunca hacérsele simpático a nadie; hasta don Jaime, que tanto sabía dominar sus sentimientos, dejaba traslucir a veces el disgusto que le producía el carácter del hijo; más tarde, adolescente apenas, se enamoró de una niña de quince años y hubo que casarlo a la carrera; cuando su hijito tenía apenas un año de nacido, perdió la esposa víctima de un segundo parto. Veinte años acababa de cumplir Jaimito cuando volvió a la casa paterna, con Nicolás en los brazos, viudo y desesperado. Y por último, ahora fracasaba en los negocios y se veía en la necesidad de hipotecar la hacienda que no era suya solamente.

Fernanda no opinaba que todo fuera obra de la desgracia y quiso oponerse a que se gravara la hacienda.

—Prefiero que se venda—manifestó en el consejo de familia que, para el efecto, reunió Jaime.

Este objetó:

—Nosotros no podemos deshacernos de Cantarrana, que es algo que está íntimamente ligado con nuestro apellido desde los tiempos de la Colonia. Una familia que ocupa nuestro rango social y que tiene las tradiciones de la nuestra, necesita tener una posesión agrícola. Eso, ¿por qué no decirlo?,

eso forma parte substancial de la nobleza. De Cantarrana y de sus dueños, los del Casal de entonces, habla el barón de Humboldt en sus *Memorias*.

Dijo esto con certeza de que Fernanda no insistiría en que se vendiera la finca, porque ella subordinaba todo a la razón de nobleza, y en efecto, Fernanda no rearguyó por el momento.

Pero Eleonora sí observó, mientras se pulía las uñas, con una vaga sonrisa:

—Yo no he leído dónde dice Humboldt nada de Cantarrana.

—¡Bien! Pon tú que no lo diga. Pero allí se alojó. Esto no me lo negarás. Y que no hubiera estado allí tampoco, ¡qué importa! Creo que las razones que he expuesto son evidentes. Por otra parte, juzgándolo ahora desde el punto de vista material de la renta y a punta de lápiz.

Sacó uno, para no escribir nada, por la fuerza del hábito solamente, y concluyó:

—¿Qué irían a hacer ustedes con ese dinero si Cantarrana se vende? Colocarlo, ¿no es así?—se guardó otra vez el lapicero de oro, dentro de la perfumada cartera, siempre provista de una considerable cantidad de billetes de banco, y agregó—: Pues ya está colocado. Cantarrana paga la renta y yo la garantizo.

Esto sucedía en la biblioteca de don Jaime. Abandonó el asiento del escritorio desde el cual hablaba a su madre y a sus hermanas y comenzó a pasearse ante ellas con el brazo izquierdo doblado a la espalda y la diestra en ángulo recto, haciendo ademanes de echar cartas, mientras explicaba que con el dinero de la hipoteca cancelaría pequeños créditos que obstaculizaban el libre y amplio desarrollo de las operaciones de su Banco, quedando así en capacidad para obtener un crédito, con el cual llevaría a cabo una operación de éxito seguro y enormes ganancias.

Antes de que explicara cuál era esta operación, Eleonora dijo con expresión de hastío, mirándose las uñas:

—Por mi parte, haz lo que te parezca.

Fernanda se encogió de hombros, recordando que su ma-

rido le había aconsejado no demostrar mucho interés en la venta y partición de Cantarrana, pues él era bastante rico y no quería disgustos entre la familia, sabedor de que doña Agueda apoyaba a Jaimito. En cuanto a Eugenia, dió también su autorización para la hipoteca, pero advirtiendo que sólo lo hacía por complacer a su madre, quien les había suplicado convenir en lo que les iba a proponer Jaimito.

Doña Agueda sabía que la situación de éste era bastante apurada, por causa de aquellos pequeños créditos, cuya cancelación le habían pedido en un plazo perentorio.

Se hipotecó, pues, Cantarrana. Era la primera vez que aquella finca sufría un gravamen. Fué dos años después cuando se supo que aquel dinero había salido de manos de Hilario, a las cuales fué a parar el documento de hipoteca, mediante otro, privado, con la persona con quien trató Jaimito la operación.

Las cosas sucedieron así: la firma Hanssen & Co., exportadora de café, había prestado una valiosa ayuda a don Jaime cuando éste emprendió la restauración de la hacienda, abriéndole créditos liberales, y desde entonces recibía todo el café de Cantarrana. Muerto su padre, Jaimito canceló aquel compromiso, que no era solamente comercial, sino también de consecuencia amistosa, por complacer a Olaizola—a tal punto llegaba la sugestión que éste ejercía sobre su ánimo—dejándole absoluta libertad para vender las cosechas a un comerciante amigo suyo, antiguo compañero de andanzas y truhanerías.

Sabedor de esto Hilario, en cuanto descubrió por conversaciones de Olaizola que Jaimito pensaba hipotecar la haciendo, se fué donde los Hanssen y les explicó su plan.

—Lo que quiero es evitar que Cantarrana vaya a pasar a manos extrañas. Haciendo yo la hipoteca, por medio de un amigo que no dirá que soy yo quien da el dinero, puedo mañana impedir que Jaimito le venda mañana la hacienda a un extraño, porque estaré en mejores condiciones que nadie para comprarla.

—Cuenta con el dinero—le prometió don Carlos Hanssen, con quien mucho había hablado don Jaime acerca de

las grandes condiciones de Hilario para el trabajo—. Haz tú la operación y dime a nombre de quién debemos extender el cheque.

Hecho esto, Hilario comenzó a poner en práctica sus planes. Punto previo, ganarse la complicidad de Olaizola.

Sabedor de que la pasión dominante de éste, descontada la del juego, eran las buenas bestias de silla, comenzó a marearla pasando todos los días por Cantarrana con su caballo. Olaizola se enamoró de la bestia y un día dijo a Hilario:

—Vecino. ¡Qué hermoso animal! Yo me sentiría feliz sobre un caballo como éste.

—Pues aquí lo tiene a su orden—le respondió—. Yo a nadie se lo presto. Pero a usted se lo ofrezco con mucho gusto. Cuando lo quiera montar no tiene sino mandar por él. Hágase cargo de que es suyo.

—¡Caramba! ¡Muchas gracias! Y le cojo la palabra, vecino, porque estoy verdaderamente enamorado de su caballo.

Al día siguiente llegó a Cantarrana un peón de Hilario con el caballo para Olaizola, diciendo:

—Le manda a decir don Hilario que si gusta lo deje por aquí unos días hasta que usted quiera, porque él no lo puede montar por ahora y se le pone muy fogoso si no lo ensilla diariamente. Que se haga el cargo que es suyo.

Suyo fue, en efecto, durante varios días y Olaizola, instrumento que Hilario manejaría a su antojo a la hora necesaria.

*

Llegó la cosecha, la primera después de la muerte de don Jaime, y se dió copiosa. Pero el mismo día del comienzo de la recolecta, cuando ya los cogedores, hombres y mujeres, en gran número, se diseminaban por los cafetales cuajados de rojas cerezas, sonaron unos tiros y corrió una voz de alarma: ¡la revolución!

Era una guerrilla cuyo jefe—el comandante Rosendo Zapata, hombre de terrible fama en toda la región tuyera—se había puesto de acuerdo con Hilario para caer por la ha-

cienda en el momento preciso de comenzar la recolección del café.

Naturalmente la desbandada fue completa. A los pocos minutos de sonar los tiros no había en toda la hacienda un solo trabajador: hombres, mujeres y chicos huyeron despavoridos y la guerrilla estuvo acampada en la Oficina durante tres días. Al cabo de éstos se retiró ante un batallón de las fuerzas del Gobierno que avanzaban sobre Cantarrana; pero los trabajadores no se atrevieron a volver a la hacienda, porque se esperaba de un momento a otro una pelea por aquellos sitios.

A todas éstas, Hilario cogía tranquilamente su café en La Haciendita. Un día pasó por Cantarrana, como si fuera de tránsito, pero en realidad para encontrarse con Olaizola. Este le dijo:

—¿Qué hago, vecino? ¡Se me va a perder la cosecha por falta de brazos!

—La cosa es grave, verdaderamente. Si este café no se empieza a coger de aquí a tres días, se pasa el tiempo. Si usted quiere podemos hacer una evolución: véndamelo así en las matas, que yo veré cómo hago para cogerlo. Nosotros dos nos entenderíamos, para que usted no salga perjudicado.

Halagado por esto último, Olaizola aceptó la proposición. Hilario compró la cosecha a precio de cosa perdida, la benefició con sus peones en la misma Oficina de Cantarrana y como subió el precio del fruto, por causa del merodeo de los revolucionarios por toda la región cafetera del Tuy y de Aragua, donde, en varias haciendas, se perdieron las cosechas, Guanipa hizo grandes ganancias que le permitieron cancelar la deuda contraída con la casa de Hanssen & Co.

Al año siguiente, la revolución no había sido dominada aún y cuando llegó la época de la recolección del café corrió la noticia de que Rosendo Zapata marchaba sobre Cantarrana. Además, en el ínterin, Hilario había prestado a Olaizola, en ocasiones frecuentes, cantidades de dinero para cubrir deudas de juego y en pago de ellas Olaizola había compro-

metido, por documento privado, a favor de Hilario, la cosecha de los mejores "cortes" de la hacienda.

Algo de esto debió de barruntar Jaimito, obligado a ocuparse de ello por la apremiante necesidad de dinero para cancelar los créditos consumidos por su Banco, pues cuando iba a comenzar la recolección del café se presentó inopinadamente en Cantarrana y se instaló en la Casa Grande, como para tiempo largo. Olaizola se puso malicioso y se fué a La Haciendita a conferenciar con Hilario.

—Vecino, vengo a pedirle un favor que le sabré agradecer: acépteme que yo le pague lo que le debo en dinero efectivo, con los intereses, por supuesto, y dándome un plazo de tres meses. Y vamos a darle otra forma a esos pagarés que usted tiene en su poder.

Hilario se quedó viéndolo un rato y al cabo le dijo:

—Mire, Olaizola: cuando yo doy mi palabra en un negocio no echo para atrás por nada de este mundo.

—Yo tampoco lo acostumbro, querido amigo; pero las circunstancias me obligan hoy a venir a proponerle esta modificación de nuestro compromiso, a pedirle este favor al amigo. Jaime está en Cantarrana, va a permanecer allí todo el tiempo de la recolecta y beneficio de la cosecha... y usted comprende..., le llamará la atención que usted coja con sus peones un café que es de Cantarrana.

—¡Un momento, Olaizola! El café que yo voy a coger no es de Cantarrana; es mío, porque usted me lo vendió y yo se lo pagué adelantado.

—¡Perfectamente! Usted tiene un derecho, pero...

—Ya comprendo; pero Jaime no sabe que lo tengo. Pues, para que usted vea, yo estaba creyendo que esa evolución la había hecho usted con el consentimiento de él. Por lo menos así me lo dijo usted.

Olaizola no halló qué responder, aunque procuró decir algo; pero Hilario continuó:

—Además, Olaizola: a mí me han dicho que esa venida de Jaimito a la hacienda, tan desacostumbrada, obedece a que usted le mandó a decir que sería conveniente que viniera.

—¡No! ¡No! Le han dado a usted una información falsa. Le diré a usted la verdad de las cosas: Jaime ha venido a quedarse uno o dos meses en la hacienda, para salirse de Caracas, so pretexto de atender a los trabajos de la cosecha. Esto que le cuento es para nosotros dos solamente. Jaime se encuentra en una situación sumamente angustiosa, verdaderamente crítica: le han exigido la cancelación perentoria de un crédito de importancia y no quiere hallarse en Caracas por estos días. Como usted comprenderá, hoy tiene gran interés en que la cosecha le produzca lo necesario para atender a sus compromisos. ¡Es cuestión de vida o muerte!

Oyendo esto, Hilario sonrió con perversa satisfacción. ¡Ya estaba la presa a tiro! Indefensa, atolondrada... ¡Qué pronto iba a caer en sus garras! El nunca creyó que los acontecimientos se precipitaran al encuentro de sus planes. Y decidió ir a conferenciar con Rosendo Zapata, para que volviese a estorbar la recolección del café.

Olaizola continuó:

—Ahora, ya usted se dará cuenta de por qué le he venido a hacer esta exigencia. Si usted insiste en cobrarse conforme a los términos de lo convenido entre nosotros, me va a poner en una situación desagradable. Yo sabría agradecerle y corresponderle el favor que le suplico.

—No se preocupe, Olaizola. Todas las cosas tienen remedio, porque la vida es dar y tomar y en el camino se enderezan las cargas. Yo no cogeré el café. Váyase tranquilo y acuérdese de lo que me ha dicho.

Tanta fue la emoción de contento que experimentó Olaizola, que no pudo saber a qué se refería Hilario con sus últimas palabras. Deshaciéndose en manifestaciones de agradecimiento y en promesas de quedar a la recíproca, se despidió de él.

Pasaron unos días. Ya Hilario tenía cogido casi todo el café de La Haciendita; pero las matas de Cantarrana se doblegaban todavía al peso de su carga en sazón. Nadie quería ir a trabajar en Cantarrana. Los primeros recogedores que habían llegado de los campos y pueblos vecinos, habían desaparecido, como por encanto, de la noche a la mañana, diz

que por temor a la guerrilla de Zapata, que merodeaba ya por allí.

Al amanecer de aquel día, cuando Olaizola supo que los cogedores ya contratados habían abandonado el repartimiento durante la noche, comprendió que detrás de aquello debía de estar la mano de Hilario; pero se guardó de comunicarle a Jaime sus sospechas, y para cumplir con éste, aparentemente—porque en realidad no lo hizo sino por colocarse en una posición ventajosa en el chanchullo que ya columbraba con Hilario—salió a contratar cogedores de café por los pueblos y campos del contorno.

De regreso pasó por La Haciendita a conferenciar con Hilario. Se lo tropezó en el camino y lo abordó, pasándose de malicioso:

—Vecino, usted como que va a tener que comprarnos otra vez el café en las matas.

—¿Yo? No, Olaizola. Este año no hago yo ese negocio —respondió sonriendo.

Olaizola se desconcertó. —¿Qué significaba, entonces, aquello?—se preguntó. Estaba convencido de que la huída de los cogedores de café había sido promovida por Hilario. Si no era para obligarlos a que le vendieran la cosecha en las matas, ¿qué miras podría tener?

Hilario repitió:

—Este año no compro un grano de café a ningún precio. Cotizándose a cuarenta y dos bolívares el quintal no dan ganas ni de coger el de las matas propias. Por eso es que nadie quiere trabajar en el café este año: los jornales que se pueden pagar no le dan la base a los cogedores. Además, esa gente no tiene necesidad de venir a trabajar este año en el café: los nortes han sido muy buenos y todos los conucos de maíz están atestados, en todos esos valles del Tuy. Y ese fruto sí tendrá buen precio, porque la cosecha de Coro se ha perdido casi toda. Contimás con la amenaza de Rosendo Zapata.

Olaizola comprendió que toda su astucia se estrellaría inútilmente contra aquella actitud inexpugnable. Pensó:

—¿Qué será, entonces, lo que está buscando? ¡Este hombre es un abismo!

Se hizo repetir la negativa, buscando por dónde metérsele:

—¿De modo que no hacemos negocio este año?

—Por el café, ninguno. Con decirle que ni el que le tengo pagado ya cogería, aunque usted me lo entregara.

Olaizola tuvo una intuición súbita:

—¿Y por Cantarrana?

—¡Ese es otro cantar!—respondió Hilario.

Olaizola acercó más su caballo y dijo, en el tono confidencial característico del pícaro:

—Compañero, la ocasión la pintan calva. Esta es la oportunidad para que usted compre Cantarrana a precio de gallina flaca. Como usted, en días pasados, me dijo que si Jaimito pretendía alguna vez vender la hacienda le avisara con tiempo, voy a darle esta piedra: hoy por hoy, Jaimito se agarra de un clavo ardiendo. Yo sé de positivo que le han dado un mes de plazo para que cancele las cuentas que tiene en los Bancos. Su única tabla de salvación es la cosecha, de modo que si no la coge está perdido. Yo le voy a confesar a usted una cosa: vengo de tratar con un individuo de por los lados de Torrequemada que se comprometió conmigo a conseguirme los cogedores de café que necesitara, si le pagaba a él un real diario por peón. El negocio es malo; pero como del agua perdida alguna cogida, yo estaba dispuesto a cerrar el compromiso con él. Pero si nosotros dos nos entendemos, le contesto al hombre que Jaime no acepta y a Jaime le digo que no hay manera de conseguir peones que quieran ir a trabajar en Cantarrana y entonces le asomo la idea de que venda la hacienda. ¡Y no hay cuestión! Jaimito, estos momentos, le dice topo a toda parada.

Oyéndolo traicionar así a su amigo, Hilario experimentó un sentimiento de viva repugnancia que le produjo una contracción maquinal del brazo como para abofetearlo. El era capaz de llevar a Jaime a la ruina y para ello venía trabajando, primero de acuerdo con el comandante Rosendo Zapata, y luego, utilizando como un instrumento conveniente

a sus planes la bellaquería a Olaizola; pero al verlo ahora dispuesto a especular con la desesperada situación del amigo que le había confiado sus intereses, el fondo incontaminado de hidalguía que llevaba en su alma se le encrespó, rechazando la ignominia del trato desleal que le proponía aquel bribón.

Dejándolo con la palabra en la boca clavó las espuelas al caballo y dijo al partir:

—Mañana tendrá Jaime en Cantarrana los cogedores de café que necesita.

Olaizola se quedó perplejo. ¿Qué significaba todo aquello? Y temeroso de los resultados que pudiera tener aquella conversación, se encaminó de nuevo hacia Torrequemada, a cerrar el trato con el individuo que le había ofrecido conseguirle cogedores de café.

Hilario tomó su determinación. No le bastaba con rechazar la indigna proposición de Olaizola, quería enterar a Jaime de todo aquello. Para llevar a cabo su propósito de ponerse en Cantarrana no necesitaba la complicidad de aquel tahur en quien Jaime tenía una confianza ciega; quería ganar la partida luchando contra Jaime de quién a quién, para que después nadie pudiese decir que le había facilitado los medios para vencerlo. ¡Hilario Guanipa no quería deberle nada a nadie!

Pasó por su casa, recogió los pagarés de Olaizola y se encaminó a la Casa Grande de Cantarrana.

Jaime del Casal no había experimentado nunca eso que se llama el amor a la tierra; pero en aquellos días, viendo los cafetales de Cantarrana que se venían abajo al peso de los hermosos granos rojos, sin que nadie quisiese ir a recogerlos, recorriendo los cafetales solitarios que ya deberían de estar llenos de la animación de la recolecta, el corazón se le colmó de rabia y de dolor.

—¿Por qué nadie quiere venir a trabajar a Cantarrana? ¿Por qué se han ido todos los que vivían por aquí? ¡Esto es obra de ese bandido de Hilario!

Gritaba iracundo, sintiendo su propia impotencia para luchar con aquel enemigo implacable que se proponía llevarlo

a la ruina. Y en el silencio de los campos desiertos se perdía el eco de sus clamores de vencido.

Cuando Hilario llegó a la Casa Grande, Jaime se paseaba por los corredores, con los puños crispados, en el paroxismo de su rabia impotente, y al ver a su enemigo que dejando el caballo al pie de la escalinata, subía con aire resuelto, levantada la cabeza, duro y terrible el gesto de la faz ceñuda, creyó que venía en son de pelea y, con un movimiento nervioso, se cercioró de que llevaba encima su pistola y dejó la mano dentro de la faltriquera donde la tenía.

Hilario se detuvo al llegar al comedor y dijo, sin saludar:

—Quiero hablar dos palabras contigo.

El tuteo desconcertó a Jaime. Procurando recobrar su aplomo respondió:

—Pasa adelante. ¿En la sala o en mi oficina?

—Me se indiferente. Aquí mismo si quieres—y sacando de su cartera los pagarés de Olaizola se los tendió, diciéndole—: Entérate de esto.

Jaime leyó y, al darse cuenta de su contenido, exclamó:

—¡Cómo es posible! ¿Olaizola me estaba robando? ¡Y yo que lo consideraba amigo mío! ¡Ahora me lo explico todo! ¡Todo! ¡Y yo que estaba tan confiado en su amistad!

Y así que hubo desahogado su indignación contra el amigo desleal, agregó, creyendo que Hilario iba a reclamarle el cumplimiento de lo prometido por su administrador:

—Como tú comprenderás, estos pagarés no tienen ningún valor contra mí. Legalmente Olaizola, ni dadie, puede afectar con sus obligaciones personales sino con sus bienes propios, de ningún modo los ajenos—y devolviéndole los pagarés—: Yo lamento...

Pero Hilario no le dejó concluir:

—No tendrán ningún valor por esto—rasgó los papeles y arrojó al suelo los pedazos—. Y no he venido a cobrarte lo que me debe Olaizola, sino a advertirte que hace poco me ha frecido persuadirte a que me vendas Cantarrana, contando con que yo le pagaría sus servicios, y me ha dicho que tu situación es desesperada, que hoy por hoy le dices topo a cualquier parada. Así mismo, como lo oyes.

Jaime volvió a desatarse en lamentaciones por la traición que le hacía el amigo y luego, parándose ante Hilario:

—¡Hilario! Reconozco que me he equivocado contigo y deseo reparar mi yerro: tú eres hoy el único hombre en quien quiero tener confianza. Ya que lo sabes, no te lo negaré: mi situación es hoy verdaderamente crítica y sólo tú puedes ayudarme a salir de ella. Dime qué negocio quieres que hagamos por Cantarrana. ¿Quieres encargarte de su administración? ¿Quieres arrendármela? Yo te digo: sólo tú puedes ayudarme a salir del apuro en que me encuentro.

Hilario sonrió al responder:

—Te sigues equivocando, Jaime. Yo no he venido a sacarte de tus apuros. De mí no tienes por qué esperar nunca una ayuda.

El ánimo propenso al anonadamiento y la desairada situación en que lo dejaron aquellas palabras inmisericordes, hicieron decir a Jaime:

—¡Hilario! ¿Por qué ese odio implacable?

Pero Hilario sólo respondió:

—El único negocio que yo puedo hacer contigo es comprar Cantarrana.

Jaime hizo un esfuerzo para reaccionar:

—¿Y si yo no estoy dispuesto a vendértela?

—No importa. Si no es hoy será mañana, porque has de saber que el acreedor hipotecario de Cantarrana soy yo. La persona de quien tú recibiste el dinero no es sino una mampara mía—sacó el contradocumento donde constaba la verdad de su afirmación, y mostrándoselo a Jaime continuó—: Ahí está escrito que todos los derechos que tiene don Sebastián Rodríguez por la hipoteca de Cantarrana, me pertenecen a mí. Por consiguiente, yo soy quien tiene la opción a comprar en igualdad de circunstancias, el día que quieras vender.

Jaime comprendió que aquel enemigo era más poderoso que él y no quiso seguir luchando. Además, ya él había intentado vender la hacienda y no había encontrado compradores, a causa del malestar económico del país y de la inseguridad del porvenir.

Procurando hacer el negocio en un terreno de cordialidad relativa, para obtener mayores ventajas, atenuó sus anteriores palabras con éstas:

—Hilario, deploro que nosotros no podamos llegar nunca a tratarnos como hermanos; pero apelo a esa hidalguía que te hizo rechazar la proposición de Olaizola. Voy a entregarme en tus manos con absoluta franqueza: necesito urgentemente cubrir apremiantes compromisos de dinero y para ello he obtenido el poder de mamá y de mis hermanas, autorizándome ampliamente para vender Cantarrana o hacer una segunda hipoteca o arrendarla... ¡En fin! Para hacer la operación que yo crea más conveniente. Es un sacrificio que hacen mamá y mis hermanas para ayudarme a salir dignamente de mis compromisos con los Bancos. Mayor sinceridad que ésta con que te hablo no es posible. Apelo, repito, a tu hidalguía; ponle tú a Cantarrana el precio que honradamente te parezca.

Hilario Guanipa era un enemigo implacable; pero en su corazón había un culto ante el cual se detenían sus pasiones: la memoria de su padre. Sacrificando a esta devoción el buen negocio que podía hacer, ofreció:

—Te doy por ella el valor que le puso el Viejo en su testamento.

Era mucho más de lo que Jaime había pedido al ofrecerla en venta. El halago de poder cubrir con aquella cantidad su deudas, quedándole algo para hacer un viaje a Estados Unidos, en busca de nuevos negocios y para que Caracas se olvidase un poco de sus fracasos; y, por otra parte, la penetración del sentimiento filial que expresaron las palabras de Hilario, conmovieron a Jaime. Respondió tendiéndole la mano:

—Has sido generoso, Hilario. Yo lo esperaba así. Cantarrana es tuya.

Otra vez fué la casa de Hanssen & Co. quien suministró el dinero a Hilario. Pasaron dos años. Ya había cubierto la mayor parte de la deuda y ante él se abría el porvenir lleno de promesas. ¡Ya podía ir en busca de Adelaida!

SEGUNDA PARTE

DE LA VOLUNTAD ABOLIDA

I

AQUELLA noche floreció el cafetal. Al alba aparecieron los gajos floridos y era, bajo la sombra de los altos guamos, como si toda la noche hubiese estado nevando.

Por los caminos de Cantarrana transitaban grupos alegres de campesinos engalanados hacia la casa de Hilario: Damián, el de Loma Larga, con sus hijas Eufrosina y Damianita, dos rústicas de lindos rostros curtidos por el sol y el viento de la loma donde tenía el padre un rancho en medio de sus cebollales; Marcelino, el de El Cedral, con Guadalupe, Candelaria y Modesta, tres de sus ocho hijas, mestizas de morenas caras pecosas, isleño de Canarias el padre, mulata de Cantarrana la madre; y Jerónimo, el vaquero, y Nicomedes, el medianero, y Danielito, el guardabosque. Se dirigían a la Casa de Tejas, situada en la fila de los pomarrosos, invitados por Hilario a la ternera con que celebraría su matrimonio con Adelaida Salcedo. Acudían en cabalgata por las angostas veredas, mientras por el camino del pueblo llegaban don Agustín Alcober, con dos de sus hijas; el Padre Jaramillo y muchos otros de los innumerables amigos que allí tenía el desposado.

Ya en el patio de la casa—un plan de tierra apisonada, cercado de pomarrosos—estaba el enorme caldero donde se freían los chicharrones, que Taparitá iba sacando de la hirviente manteca, con una punta de carrizo, y más allá, colgando de unos botalones, el costillar y los cuartos de la ternera. Un zambo retaco, arremangado hasta los codos, les enjugaba la sanguaza con un trozo de coleta empapada en

agua, mientras los perros se disputaban las piltrafas esparcidas por el suelo, con torva envidia de los zamuros que habían acudido al festín y vigilaban, graznando, desde las ramas de un bucare. En la cocina, entre el humo de la leña, la india Justa mondaba las verduras para el sancocho de gallina; el negro Rufo sazonaba la guasacaca y dos mozas de un rancho vecino iban sacando del budare las doradas arepas, mientras otras aderezaban la mesa en el corredor; un peón preparaba el guarapo fuerte, otro tenía a su cargo el barril del aguardiente y todos trabajaban alegres charlando y contando anécdotas y hazañas de Hilarito.

—¡Ah, Taparita! ¿Cómo jué lo del caballo?

—¡Guá! Que Hilario sabía que a don Carlos le gustaba más una güena bestia que dormir acostado...

Y refería el episodio, ponderando la artimaña de Hilario, que se había hecho célebre por todos aquellos lugares.

Iban llegando los invitados. Entraban al patio por la puerta trasera de la casa a la cual conducía un sendero a través del cafetal, cerrado en su extremo por otra puerta de golpe. Las mujeres venían en burros, los hombres a caballo; desmontaban en el patio e iban arrendando las bestias a los troncos del cercado de pomarrosos.

—¿Cómo están por aquí? ¡Salú, señores!

—Pa servirle, ño Marcelino. Pase palante, don Damián. Sin novedá, señora Pascuala.

—¿Entoavía como que no han llegado los novios?

—Entoavía. Usté sabe que novio no anda nunca de prisa por los caminos solos y oscuritos, como estos de Cantarrana.

Y un coro de groseras risotadas celebró el malicioso dicho.

Unos se acercaban a pellizcar los chicharrones; otros formaban corrillo en torno al matarife y las mujeres se metían en la cocina a gulusmear.

—¡Caramba!—exclamó Pascuala con cantarino acento isleño—. ¡Aquí hay comida pa una tropa!

—Don Hilario quiere que nadie se quede con hambre

—intervenía Taparita—. Usted sabe cómo es él para gastar lo suyo. Contimás un día como hoy.

—Pa eso tiene bastante plata—añadió otro por allá—. Da gusto cómo ha puesto a Cantarrana en obra de nada.

—Y la suerte que le ayuda. Ese nació parado; todo le sale derecho. Mire si no cómo se prepara la cosecha de este año, que es la primera que va a ser suya, verdaderamente, pagados ya los reales que le prestaron para comprar la hacienda. Nunca se había visto en Cantarrana un floreo como éste. Y esa flor cuajá. Fíjese en el tiempo.

—Es que Dios ayuda a los hombres que son como Hilario: trabajador y amigo de ayudá al cristiano.

—Esa es la pura verdá. Caritativo con el pobre y consecuente con el amigo. Aquí estamos viendo la prueba: él ha podido invitar a los mantuanos de Cantarrana, porque con todos se codea y todos lo estiman; pero no, aquí estamos nosotros solamente, que somos los que le servimos a él.

—¿Qué están diciendo de los mantuanos de Cantarrana? —bromeó don Agustín Alcober, apareciendo en compañía del Padre Jaramillo y de sus hijos.

—Con usted no va eso, don Agustín.

Y todos se enredaron en una charla más y más animada, a medida que el peón daba vueltas a la llave del barril del aguardiente. Los jóvenes Alcober hacían la rueda a Eufrosina y a Damianita; Danielito conversaba con Guadalupe, muy juntos los rostros, y el Padre Jaramillo narraba cuentos picantes y apuraba un vaso tras otro, carraspeando y lanzando escupitajos.

Por fin alguien dió la voz:

—¡Ahí vienen los novios!

Hízose un silencio, cruzáronse algunas sonrisas, e imitando a don Agustín, los invitados pasaron al corredor delantero de la casa, atravesando por la sala de recibo, y allí se detuvieron, en una actitud entre respetuosa y cohibida. Las mujeres, ocuparon la primera fila, ansiosas de conocer a la señorita "mantuana" que era ya la esposa de Guanipa.

Más blanca que la flor del café era la palidez de Adelaida y esto aumentaba la belleza triste de sus grandes ojos

negros. Saludó con una sonrisa lánguida, que se quedó un buen rato dibujada en el rostro.

Hilario echó pie a tierra, rápido, y acudiendo a la novia antes que don Agustín pudiera ofrecerle el apoyo de la mano, la tomó en sus brazos y la depositó suavemente en el suelo. Luego, conduciéndola ceñida por el talle, avanzó hacia sus invitados y la presentó:

—Bueno, pues, amigos. Aquí tienen ustedes a mi mujer.

Uno a uno fueron estrechando entre sus manos encallecidas por el manejo de la escardilla o el arado, la mano de Adelaida, la incomparable mano de todas las perfecciones. Las mujeres la saludaron tocándola en el hombro, al musitar sus nombres tímidas y azoradas.

—Adelaida Sal... Adelaida de Guanipa—se presentaba ella, aún no acostumbrada a este áspero nombre que parecía salirle de los labios con dificultad.

Y cuando terminaron las presentaciones, Hilario le dijo:

—Bueno, Adelaida. Esta es mi gente y desde hoy en adelante ésta será también la tuya.

—¡Gracias! ¡Gracias, Hilarito! Se estima el cariño—murmuraron los campesinos, verdaderamente conmovidos.

En cuanto a Adelaida, no supo qué respondió, ni tampoco pudo darse cuenta de lo que pasó por su alma en aquel momento.

Don Agustín Alcober la saludó en último término:

—¿Cómo está, mijita? ¿Cómo dejaste a tu mamá?

—Bien, don Agustín—y se quedó mirándolo, agradecida de aquella delicadeza y de aquel tono paternal.

La casa que habitaría era la misma que ocupó Hilarito cuando fué mayordomo de la hacienda, de tapias de adobes, techos bajos, corredores sostenidos por horcones y piso de ladrillos. En el centro una pequeña sala de recibo y a ambos lados dos viviendas: la alcoba y la Oficina de Hilario. Aunque los muros estaban recién enjalbegados, de los techos colgaban telarañas. Componía el moblaje: un piano colocado en un rincón; una mesa de centro, de mármol amarillento, sembrado de manchas de aceite, sobre la cual había un florero con un mazo de espigas de cañamarga, a guisa

de flores; un espejo que deformaba las imágenes, un sofá y doce sillas nuevas de esterilla. En las paredes, adornos vulgares, hechos con cartulinas de propaganda cigarrera, cromos y almanaques de farmacia y, finalmente, un cuerno de caza y una cornamenta de venado.

A Adelaida acabó de oprimírsele el corazón cuando contempló la pobreza y el plebeyo gusto con que estaba dispuesta aquella sala. Sólo el piano, el viejo piano de la Casa Grande, era allí cosa noble y denotaba un delicado propósito de complacerla, que por lo demás no parecía sino que Hilario se hubiese empeñado en hacerle comprender, desde el primer momento, que al entrar en aquélla, que hasta allí había sido habitación de los mayordomos, y no en la Casa Grande, como ella creía y era natural que hubiese sucedido, debía renunciar para siempre a todo lo que fuesen gustos delicados.

Con los ojos arrasados en lágrimas y lleno el espíritu de dolorosas evocaciones, detúvose ante el piano; pero Hilario la arrancó de allí y la condujo hasta la puerta de la alcoba.

—Este es tu cuarto—díjole—. ¿Qué te parece? La señora Pascuala fué quien te lo arregló. Ella te dirá dónde te puso tus cosas. Mientras tú te cambias de ropa yo voy con los amigos, que me están esperando para echarnos el primer trago a tu salud.

Penetró sola en la rústica alcoba nupcial. Reinaba allí un ambiente desolado, de vacío, de frialdad. Los grandes lienzos desnudos de las paredes encaladas, la fea armazón de viguetas y cañas del techo, el pavimento de ladrillos resquebrajados, los mazos de espigas grises en los floreros ordinarios, la cama vestida con un cobertor de pábilo tejido por manos zafias, las fundas de las almohadas, aquellas horribles fundas de grandes monogramas bordados en hilo rojo, todo aquello acabó de abatirle el espíritu.

Entró Pascuala ofreciéndose a indicarle dónde estaba su ajuar y permitiéndose bromas espesas que la llenaron de sonrojos púdicos. Por librarse de la presencia de aquella mujer ordinaria que ya la trataba de quién a quién, le dijo que nada necesitaba, que le agradecía mucho sus atenciones y la llamó "señora Pascuala", como la había nombrado Hi-

lario, y al oir sus propias palabras tuvo ganas de echarse a llorar: ¡ya ella era otra campesina más en Cantarrana!

Se sentó al borde de la cama y allí permaneció largo rato, alelada, ausente de la dura realidad exterior. Fragmentos del tiempo que acababa de dejar atrás, fugaces evocaciones de las cosas entre las cuales había vivido hasta la víspera, comenzaron a desfilar por su mente, con esa obstinación con que se recuerdan las cosas que no volverán a verse: la casa paterna, con su patio florido y su noble ambiente de antigüedad; la madre que allí se quedó sola y triste; su alcoba desierta; su piano, su mundo, el rincón amigo de los dulces sueños frustrados... La boda triste, a ventanas cerradas: su madre, doña Agueda y Eleonora por únicos testigos, y en seguida la partida, el rapto verdadero, camino de la hacienda, a través de la noche obscura.

Entretanto Hilario apuraba copas frecuentes y cuando se sentaron a la mesa se hallaba sumamente excitado, profiriendo impertinencias que hacían sonrojar a la esposa, provocando ruidosas carcajadas de los comensales, casi todos completamente ebrios ya. Sólo don Agustín y sus hijos no aprobaban aquellos desplantes y cambiaban con Adelaida miradas de contrariedad.

—Come, come, Hilarito. Come para que se te asiente la cabeza, que estás hablando disparates y haciéndole pasar un mal rato a Adelaida—le dijo don Agustín al oído.

Y él le respondió de modo que todos le oyeran, excitándose más a medida que hablaba:

—No se preocupe, viejo, que por causa mía no pasará malos ratos mi mujer. ¡Ni por causa de nadie! Porque, como me llamo Hilario Guanipa, que le costaría caro al que la hiciera derramar una lágrima. ¡Ah, sí! ¡Eso puede usted ponerlo en un bando! ¡Mi sangre la doy por ella, si es menester! ¿Sabe usted lo que significa esta mujer para mí? ¿Lo qu vale para mí esta mujercita? Eso no se lo puede usted imaginar, porque ni yo, que soy quien lo siente, lo puedo explicar. Lo mismo le digo que está muy equivocado conmigo el que pretenda que me va a quitar su cariño. ¿Quién se atreve a quitarle a Hilario Guanipa algo que es suyo?

¡Y esta mujer es mía! ¿Verdad, negra? ¿Verdad, Tío Conejo? Ustedes no saben por qué la llamo así. Cuando ella era una muchachita y yo un zagaletón, le contaba cuentos de Tío Conejo y Tío Tigre, y a ella le gustaban mucho. Entonces comenzaron nuestros amores. ¡Quién lo iba a decir! ¡Las cosas de la vida! Ahora es mía, para siempre. ¡Mía solamente! Ya hubo quienes pretendieron arrebatármela de las manos. Pero ¿qué consiguieron? No sería yo quien soy si me la hubiera dejado quitar. Allá se quedaron rabiando, mientras yo y ella estamos aquí contentos y felices. ¡Jipa!

—Hace tiempo que no se oía ese grito—observó don Agustín.

—Y ésta será quizá la última vez que lo pegue, porque ya he logrado todo lo que me había propuesto. Ahora lo que falta son los hijos; pero de eso se encargará mi mujer, con la ayuda mía, por supuesto.

Un trueno de brutales carcajadas celebró estas palabras, y esto acabó por enardecer a Hilario.

—Sépalo, don Agustín, voy a tener más hijos que ño Marcelino, que está aquí presente; porque lo que somos mi mujercita y yo no vamos a perder el tiempo, ¿verdad, mi Blanca?

—¡Así me gusta, Hilarito!—exclamó el Padre Jaramillo—. Esa es la ley de Dios: creced y multiplicaos.

—Esa es la única ley de Dios que le gusta a usted, pae Jaramillo. ¡Ah, curita éste, bien bribón! Tenga cuidado, don Damián, con sus muchachas. Mire que ya he visto al pae Jaramillo picándole el ojo a Damianita, y ese cura, como buen tirador, donde pone el ojo pone la bala.

Y con estas brutalidades, y el sabor picante de la comida fuerte y el áspero olor cabruno que se exhalaba de los cuerpos campesinos, y los gritos de borrachera y la ruda familiaridad de los peones que devoraban a dentelladas la ternera, en el patio, alzando por la novia sus vasos llenos de aguardiente, Adelaida concluyó por sentirse totalmente abrumada, abolida casi la conciencia de la realidad exterior. Por momentos acudían a su memoria, como una obsesión desconcertante, las palabras que Hilarito pronunció al presen-

tarle sus amigos: "ésta es mi gente y ésta será también, desde hoy, la tuya".

Y este hombre que a su lado estaba, bestializado por la borrachera, avergonzándola con sus alusiones procaces, ¿era aquel de quien se enamoró locamente y en un momento llegó a producirle una emoción de grandeza?... Y esta mujer que ahora estaba al lado de él, en aquella mesa llena de hombres rudos y groseros, ¿era aquella Adelaida de antes, soñadora de románticos sueños cuando sus manos fatigadas reposaban, como algo inmaterial, sobre el último acorde de un nocturno de Chopin? ¿Cómo pudo suceder todo aquello?

Pero recordó también la promesa hecha a don Jaime cuando le dijo: "Yo seré esa mujer", y esto le confortó un poco el espíritu.

Buscando descanso, soledad y silencio, se alejó de la reunión, hasta el borde de la fila.

Desde allí se divisaba la Casa Grande. La blancura de sus muros y columnas al crudo sol del mediodía daba una impresión desoladora. Por sus techumbres comenzaba a extender sus ásperos gajos una trepadora silvestre que subía desde un matorral cercano, revestida de flores de un color violento.

Permaneció largo rato contemplando la noble casa abandonada. En torno reinaba la siesta ardorosa. Un pesado sopor gravitaba sobre todas las cosas. Cerca de ella, entre el ramaje inmóvil de un árbol, temblaba una hoja, con inexplicable vibración. De los cafetales subía el penetrante aroma de las flores recién abiertas. Bajo la hojarasca, entre el alto follaje de los guamos y dentro de los matorrales rastreros, murmullos, gritos silenciosos, pausas de una sinfonía enervante que recorría la brutal naturaleza como una onda turbia y cálida.

Adelaida experimentaba una sensación de laxitud que la iba invadiendo por momentos; bajo sus sienes palpitaban con violencia las arterias tensas... De pronto sintió que un brazo duro y fuerte se enroscaba a su talle oprimiéndola contra un cuerpo musculoso y ardiente... Fue un instante de zozobra. ¡Ya iba a conocer cómo era el amor de un Guanipa!

II

Allí terminó la vida soñadora de Adelaida Salcedo; aquí comienza la vida real y dolorosa de Adelaida Guanipa.

Un largo estupor al despertar, como si su cuerpo hubiese estado esperando a que tornase el alma que huyó en la noche. Poco a poco, la realidad avasallante; imágenes que la hacían sacudir la cabeza, encendiéndola en púdicos sonrojos; cosas que retenían sus miradas largo tiempo; el mazo de espigas, el cromo de almanaque, todos aquellos objetos vulgares, feos, que aplebeyaban su alcoba.

Pero, en seguida, una conformidad absoluta, una aceptación tácita e incondicional de todo lo que pudiera ser la realidad de aquella vida a la cual la ataba el deber, y entonces, como si esta virtud le volviese el alma transparente, limpiándosela de la opacidad del desencanto, una honda serenidad interior en la que se proyectaban formas plácidas de momentos de dicha y un amor que comenzaba a nacerle dentro del corazón. No aquel amor de fascinación, absurdo y ciego como un cataclismo de la naturaleza, que se desató dentro de su alma la mañana de la derrota de los "Barbudos", y que tomó después en la promesa hecha a don Jaime la forma mística del sacrificio, sino un sentimiento apacible que brotaba de todo su ser—del espíritu, que por fin se posaba sobre una realidad viva, y del cuerpo que había conocido las dulzuras inexpresables—de un modo natural y sencillo, como brota de la flor el perfume.

Dejó de parecerle desventura irremediable aquel mazo de espigas: bastaría con que ella saliese al campo y recogiera algunas flores para reemplazarlo. Tampoco consideraba ya como una inexorable crueldad de su destino ni la ruin borrachera de Hilario en el festín de la víspera, ni la bestial caricia con que la hizo suya. También le había deslizado al oído palabras impregnadas de pureza y de noble emoción, al explicarle por qué había desistido de su idea de proponerle la fuga al Arauca, la noche cuando la oyó tocar

aquella música nunca escuchada por él y cuando le dijo que para oirsela tocar de nuevo se había traído el piano de la Casa Grande, único mueble que sacó de allí. Bastaría, también, con que ella se sentase al piano, un rato todas las noches, para que Hilario empezase a ser el hombre que ella quería que fuese.

*

Pero el alma de Hilario Guanipa era un abismo que había de llenarla de consternación cada vez que intentara sondeársela. Muy pronto hubo de adquirir la primera experiencia.

Una tarde, esperando frente a la casa la vuelta de Hilario del trabajo, cuando lo vió venir, salió a su encuentro por el camino bordeado de pomarrosos. Había por allí un rancho a cuya puerta conversaban dos mujeres: la dueña, una vieja larguirucha, comadrona y ensalmadora, y una mulata joven y buena moza, muy emperifollada, que estaba encinta y había ido a consultar a la primera. Cuando vieron a Adelaida interrumpieron su charla y quedáronse mirándola, entre curiosa y compasiva la comadrona, con aire insolente de provocación la moza. Adelaida saludó:

—Buenas tardes.

Sólo le respondió la vieja:

—Salú, señora. Dios la guarde.

Y no se había alejado Adelaida cuando oyó que la otra decía:

—No la guardará mucho tiempo: ésa durará poco.

Sin alcanzar a penetrarles el sentido a aquellas palabras, se dijo:

—¿Qué cara de enferma tendré, cuando ésa cree que me estoy muriendo?

Pocos momentos después volvía a pasar frente al rancho con Hilario, ella montada a caballo, él a su lado sosteniéndola y pidiéndole esa minuciosa cuenta del empleo del tiempo de separación, que es tan interesante para los enamorados. Ella explicaba:

—Dormí la siesta hasta las cuatro.

—¿Y después?

—Después empecé a vestirme para esperarte.

—¿Te dilataste mucho vistiéndote?

—Hasta las cinco.

—¡Una hora! ¿Y para qué tanto tiempo? ¿No quieres decirme? Pues lo diré yo: para que te encontrara buenamoza, ¿verdad? Y lo lograste: esta tarde estás más linda que nunca.

—¿Te parece? Pues yo iba pensando que debía de tener cara de moribunda.

—¿Por qué?

—Porque al pasar por ese rancho oí decir a una mujer que conversaba en la puerta con la vieja que ahí vive: —Esa no durará mucho—. La mujer aquella con quien nos encontramos más atrás.

Observó que Hilario contraía el ceño y crispaba los puños, con un rápido movimiento maquinal, pero lo atribuyó al natural desagrado que le causaría el fúnebre presagio. Sin embargo, una intuición inconsciente la hizo decir, sin que sus palabras expresasen todavía ningún sentimiento suyo.

—La mujer aquella que se quedó viéndote cuando pasamos. ¿No te acuerdas que te dije: esa mujer tiene unos ojos que dan miedo?

Hilario respondió con un sí breve y seco y comenzó a hablar de otra cosa. Pero la conversación decayó muy pronto, porque él parecía distraído. Después de una pausa, Adelaida preguntó:

—¿Qué tienes? ¿En qué estás pensando?

—En nada, mi amor.

—¡Qué amor tan seco! ¿Cómo que te han preocupado los vaticinios de la mujer? ¿Te asusta pensar que yo pueda morirme?

—¡Tonta! ¿Para qué hablar de esas cosas?

—Para saber si me quieres de veras.

Y él respondió con apasionamiento, pero con una pasión rabiosa:

—¡Te quiero por encima de todas las cosas! ¡Por ti sería capaz de matar!

—No hables así. Me da miedo oirte. Ya sé que tú me quieres.

En esto llegaron a la casa. Hilario la bajó del caballo, besándola al dejarla en tierra, y le dijo:

—Te vas a quedar sola un ratico más, porque me acabo de acordar que me he dejado abierta la Oficina. En un salto voy y vuelvo.

Adelaida se quedó preocupada; pero lo atribuyó al miedo que le inspiraba el anochecer en aquel caserón feo y triste y a la mala influencia de las palabras agoreras de la campesina. En tal estado de ánimo la asaltó el recuerdo de su madre.

—¿Qué estará haciendo la pobre mamá a esta hora?

Y cuando el marido regresó la encontró llorando.

—¿Por qué lloras?—inquirió tranquilo.

Ella ocultó la causa, para no herir la susceptibilidad de quien al sacarla de la casa materna, le había dicho: "Ahora, ya sabes, se acabó la familia y se acabó todo; sólo yo debo existir para ti." Y respondió:

—Por nada. Porque me dió tristeza verme sola.

Hilario le cubrió de besos apasionados los ojos húmedos de lágrimas y la oprimió contra su pecho con una nerviosidad extraña.

—¿Qué tienes? ¿Por qué te palpita así el corazón? Parece que hubieras hecho un gran esfuerzo. ¿Y ese botón de la blusa arrancado? No lo tenías así.

—La sofocación será porque vine en carrera, por no dejarte sola mucho tiempo; el botón estaba así, fue que no te fijaste. Manda que sirvan la comida.

En la mesa estuvo hablador y chancero; pero a Adelaida se le ocurrió que aquella alegría tenía mucho de artificial, que hacía esfuerzos por hacerla reir y esta suspicacia reconcentró los sombríos presagios que estaban esparcidos por su espíritu. Receló que aquella salida intempestiva y aquella tumultuosa palpitación del corazón del marido, no eran dos hechos aislados, sino un solo secreto que ella necesitaba conocer y se propuso observar detenidamente al hombre cuya vida anterior era todavía un misterio para ella.

Aprovechando una caricia de Hilario se reclinó sobre su pecho a oirle el corazón que ahora palpitaba acompasado.

—¡Tan cerca y tan distante!—pensó—. Si yo pudiera ver ahí dentro.

Entre ratos Hilario lanzaba un suspiro hondo y ruidoso. Adelaida acomodaba la atención auditiva, como si de veras creyese que iba a oir algo inteligible; pero la víscera recobraba el ritmo momentáneamente perdido y seguía su marcha infatigable, penduleando su carga de secretos.

Aquel misterio comenzó a rondar en torno de Adelaida desde las primeras horas del día siguiente, como negra ave de rapiña que caza describiendo círculos concéntricos sobre la presa, antes de lanzarse a capturarla.

Lo primero fueron palabras sueltas de una conversación que llevaban dos vecinos, por el camino al cual daba la ventana de la alcoba.

—Juanita, la del Cambural... La ensalmadora dice que no llegará a la noche.

Hilario se precipitó fuera del lecho como movido por un resorte.

—¿Qué te pasa?—inquirió Adelaida.

—Que se me olvidaba que le dije a Taparita que me esperara a las cinco para ir hasta la toma.

Y se vistió de prisa y abandonó la alcoba, diciéndole:

—No te levantes todavía. Es muy temprano.

Adelaida permaneció en el lecho, en estado de atención dispersa, contando las vigas del techo; pero de súbito la asaltó una vaga zozobra, que la hizo incorporarse.

Se vistió, arregló la alcoba y al abrir la ventana vió que por el camino iba, en dirección al pueblo, una mujer, de prisa y con el rostro atribulado. Pensó preguntarle qué le sucedía, pero la mujer se alejó sin darle tiempo. Más adelante se detuvo a hablar con un chico que venía corriendo en dirección contraria; cruzaron unas palabras y cada cual reemprendió su marcha apresurada. Cuando el chico pasó frente a la ventana, Adelaida le preguntó:

—¿Qué llevas ahí, muchachito?

—Una pócima que me mandaron que fuera a buscar a la botica. Para Juanita, la del Cambural...

—¿Qué tiene?

El muchacho respondió después de un momento de vacilación:

—Yo no sé. A mí me mandaron a buscar esto a la botica.

—Sigue, pues, tu camino. Te estarán esperando—dijo Adelaida, y abandonó la ventana, pensando, pero sin darle mayor importancia al caso: ¿Quién sería esa Juanita, la del Cambural?

Mas, al salir al corredor oyó que las sirvientas cuchicheaban en la cocina. Una de ellas refería algo que arrancaba exclamaciones de horror a las otras y concluyó diciendo:

—La ensalmadora dice que no llega a la noche.

Adelaida comenzó a sentirse inquieta. ¡Aquel sigiloso cuchicheo! ¡Aquellas exclamaciones de horror!... ¿Quién sería Juanita, la del Cambural, y qué le habría sucedido?

La cocinera dijo:

—Lo que son las cosas del destino. Si la señora no pasa por allí tal vez no sucede nada.

Adelaida hizo un movimiento de sorpresa y asombro: ¿La señora? ¿Ella acaso? ¿Estaba ella mezclada en aquel misterio que era objeto de las murmuraciones de sus sirvientas?

La que había referido el suceso, respondió a las palabras de la cocinera:

—Juanita estaba buscando lo que no se le había perdido. Ayer no más se lo dije: "Mire, mujer, déjate de estar hablando zoquetadas que te pueden perjudicar. ¿Qué ganas con andar diciendo que la señora no durará mucho? Si don Hilario lo sabe te da una paliza, por lo menos." Y le resultó como se lo anuncié.

—¡Celos de mujeres!

Adelaida se llevó las manos a las sienes y se le escapó una exclamación de horror. Aquellas palabras habían levantado una punta del velo. Lo demás se lo figuró su imaginación, súbitamente, organizando en un instante todos los elementos que se habían ido acumulando en su inconsciencia

desde la tarde anterior: Juanita, la de Cambural, era aquella mujer a quien había visto hablando con la ensalmadora; aquel hijo que llevaba en sus entrañas era de Hilario; las palabras que le oyó proferir cuando ella pasó envolvían una terrible amenaza; el rostro sombrío de su marido cuando ella refirió lo que había oído a la mujerzuela, su salida intempestiva, el horrible trastorno de su corazón, al regreso, y ahora aquel rumor que se iba extendiendo por todas partes, de boca en boca: "Juanita no llega a la noche", todo esto componían una fea y espantosa tragedia que giraba en torno suyo.

En el primer momento pensó correr a la cocina a pedirles a las sirvientas que le contaran todo lo que sabían; pero el sentimiento de su dignidad la detuvo a tiempo. ¿Cómo iba a inferirse a sí misma un agravio más, oyendo de boca de sus sirvientas la fea historia, en la cual andaban mezcladas y confundidas ella y la mujerzuela indigna, concubina de su marido?... Pero necesitaba saber qué había sucedido entre la intempestiva salida de Hilario y su regreso, con el corazón trémulo, con el botón de la blusa arrancado; mas, ¿a quién se lo preguntaba, si en torno de ella no había sino peones y mujerzuelas, la gentuza de quien Hilario dijo al presentársela: "De hoy en adelante ésta será tu gente"?

Con el torbellino de las desordenadas ideas dentro del cerebro y la tempestad de los cielos y el frío del espanto en el corazón, vagó de aquí para allá durante una hora larga, y al cabo, rendida, desesperada, se metió en su aposento y arrojándose de bruces sobre el lecho, dió libre curso al llanto apaciguador.

En tal actitud la encontró Hilario. Comprendió que ya la noticia había llegado a sus oídos y se detuvo un momento en el silencio, ceñudo y sombrío, mientras pasaban por su mente ideas brutales de darle una solución violenta a la situación, intimidándola, haciéndole sentir, desde aquella primera oportunidad, que ella no tenía derecho alguno a pedirle cuenta de sus actos y que su conducta al lado suyo debía ser la sumisión absoluta; pero contemplando el frágil cuerpo estremecido por la violencia del sufrimiento, se

le enterneció el ánimo. Se acercó a ella, la retiró suavemente del lecho donde tenía hundida la cara y venciendo la resistencia que ella intentó oponer, la reclinó sobre su pecho.

Así estuvieron un rato en silencio. Ya Adelaida no se debatía entre los brazos que la oprimían con muda expresión de ternura. El le acarició los cabellos y comenzó a decirle:

—Déjame explicarte, Adelaida. Después que me hayas oído...

—¡No! ¡No! No quiero saber nada. Volverme a casa de mi madre es lo único que deseo.

—Pero oye, mi amor. Oyeme primero.

Adelaida logró zafarse, haciendo un movimiento brusco, y le preguntó, con faz altiva y una firmeza de voz inusitada:

—¿Esa mujer es tu...?

El la interrumpió tapándola la boca:

—Tu boca no debe pronunciar esa palabra. Esa mujer fue lo que tú ibas a preguntarme. Pero ya no lo es. Entonces tú no estabas aquí. No tienes, pues, por qué tener celos. Y la prueba de que para mí no hay en el mundo nada más sagrado que tú, te la di anoche, castigando a esa mujer por las palabras que le oiste. No las pronunciará más.

Adelaida se estremeció. Ya no era la esposa ofendida.

—A ver. Cuéntame. ¿Qué le has hecho a esa infeliz? He oído decir que está de muerte.

—Le he dado su merecido: una paliza. Si se me fue la mano, culpa es de ella por haberme amenazado con echarte un daño.

—¡Hilario! ¡Por Dios!—exclamó, sin atender a lo que a ella se refería—. ¿No es tuyo el hijo que esa mujer lleva en su vientre?

—Eso nunca se sabe—replicó Hilario, alzando los hombros.

Adelaida profirió un grito de horror y él concluyó, impasible:

—A ti lo que te importa saber es lo que te he dicho:

que la he castigado porque me amenazó con echarte un daño.

Y fué como si le respondiera a aquella interrogación que tantas veces se había hecho: ¿cómo será el amor de un Guanipa?

III

Un cuarto de paredes encaladas. Una ventana abierta sobre el panorama de lomas y laderas. Silencio y tejidos para la canastilla del que ha de venir. Los dedos virtuosos atormentan la hebra y el pensamiento la atormenta a ella. Del garfio de la aguja la hebra torturada sale en cadenetas; del pecho de la tejedora, la pena en hondos suspiros.

El trabajo creador de sus entrañas le está minando las fuerzas: feas manchas le marchitan la piel, ojos febriles le quebrantan la faz, y la materna expectativa languidece en melancolía. Teje, empeñosamente, finos encajes para la canastilla del primogénito. Ya es mucho lo que tiene concluído, pero nada le parece suficiente. ¡Si tal vez no tejerá más! Que siquiera encuentre el niño una cuna bien adornada, ya que viene a vivir entre asperezas. Que sean tiernos los pañales, ya que habrán de ser burdas manos las que lo maltratarán por acariciarlo, porque ella quizá no alcanzará a arrullarlo en su regazo...

Pero si ha de irse apenas él llegue, bueno es también ir tejiéndole cariños desde luego. En la hacienda hay muchas criaturas, hijos de los peones y de las sirvientas, que más tarde serán los compañeros, los amigos del suyo. Crecen, sucios y desnudos, tiritando a la intemperie, chapoteando en las charcas, llenándose de pústulas malignas y aprendiendo palabras groseras. No han conocido ternuras, porque sus madres, que tampoco las recibieron de las suyas, no han podido prodigárselas. No saben, pues, cómo acarician las manos de una mujer. Si llegaran a sentir, antes de que la intemperie acabara de curtirles la piel, uno de esos contactos suaves, tal vez no lo olvidarían, porque una caricia va derecha al alma del niño y allí se vuelve ternura y se queda para siempre. Si, desde luego, hiciera ella ese tierno depósito

en aquellos corazones, mañana su hijo lo encontraría convertido en afectos. Cuando aquellos chicos fueran hombres verían a su hijo como si todos hubiesen tenido una misma madre: aquella que una vez los tomó en sus brazos y en las mugrientas mejillas les estampó un beso, limpio como una estrella.

Y desde aquel día de tales melancólicas reflexiones Adelaida se rodeó de los chicos que por allí pululaban. Con sus delicadas manos les lavó la mugre de los cuerpos, les quitó las duras costras de fango negro y fétido, les curó las pústulas, les peinó las greñas y les hizo vestidos decentes. A los más grandecitos empezó a enseñarles a leer y a rezar; a los más pequeños se los sentaba en las piernas y los cargaba entre sus brazos, y a todos, uno a uno y todas las noches, como si celebrase un rito, les confió el tierno depósito del beso.

Uno de ellos, la primera vez que lo recibió, corrió donde su madre y le dijo con el dedo en la mejilla y los ojos llenos de un dulce susto:

—¡Mamá! ¡La señora me besó! Aquí, donde tengo puesto el dedo.

Viéndola rodeada de aquellos chicos, Hilario se decía:

—Se está ensayando.

Pero no reparaba en la dolorosa expresión de Adelaida al prodigar aquellas caricias.

El, en cambio, esperaba al hijo con una alegría desbordante. Le pondría su nombre—pues seguramente que sería varón—: haría de él otro Hilario Guanipa, en todo y para todo; sólo que sería un Guanipa más afortunado, que naciendo rico, si heredaba las cualidades de su raza, desarrollaría su ambición en campos más vastos.

—Un Guanipa que llegará a ser presidente de la República, porque desde pequeño le pondré el machete en la mano.

Aprovechando aquella buena disposición de ánimo, Adelaida le manifestó su deseo de que su madre fuese a acompañarla. Hilario dió su consentimiento, pero desde aquel momento se desvaneció su jovialidad: ya Adelaida quería meterle la suegra en casa.

Llegó misia Carmelita, sobrevino el parto y aquí fué la gran desilusión de Hilario. Cuando la suegra le anunció que era una niña, vio burlados sus planes y montó en cólera. Era la primera vez que no se le daba un deseo suyo.

—¡Cuándo no!—dijo, ásperamente—. Ya sabía yo que todo me iba a resultar al revés.

Misia Carmelita adivinó lo que él no se atrevía a decirle y replicó, en su castizo estilo burlón:

—Pero, ¡hombre de Dios! ¿Qué culpa tengo yo de que Adelaida no le haya parido un futuro presidente de la República, cómo usted esperaba?

Por otra parte, la niña prometía parecerse sólo a la madre, y como misia Carmelita se mostrara muy complacida en ello, acabó de indisponerse Hilario. No quiso ni acercarse a la cuna y pasó varios días sin entrar en el aposento de Adelaida por no tolerar la presencia y los comentarios de la suegra a propósito de aquel parecido.

Adelaida lo comprendió así y sintió que se desvanecía para siempre su esperanza de que Hilario consintiese en que misia Carmelita se quedara con ellos. Esta también se dió cuenta de que en aquella casa no había sitio para ella y se resignó a separarse definitivamente de la hija.

Pero Hilario no esperó a que ella manifestase su deseo de volverse a Caracas y le violentó la partida con este pretexto:

—Misia Carmelita, como ya Adelaida se ha levantado, si usted quiere aprovechar un coche que acaba de llegar al pueblo y regresará vacío...

—¡Cómo no he de querer, amable yerno! Lo aprovecharé en seguida.

Y a Adelaida, al despedirse:

—Por mí no te mortifiques, hija. Yo estaré más tranquila allá en mi casa, que al lado tuyo, porque al menos no seré para ti un motivo más de amarguras, que ya me figuro cuántas serán las tuyas, por más que hayas tratado de ocultármelas. Y ya que de esto hablamos, bueno es que sobrelleves con paciencia y resignación cristiana la cruz que tú misma te echaste encima; pero no olvides que también es

tu deber de esposa procurar que tu marido se corrija y se modifique.

—Con Hilario nadie puede, mamá—replicó Adelaida.

—Tú. Tú podrías si te lo propusieras con ánimo. Ya veo que hasta ahora ni siquiera has logrado que se recorte esas uñas de gavilán que lleva en los meñiques; pero, a Dios rogando y con el mazo dando.

Y concluyó en broma:

—Rézale la oración de San Marcos de León, que dicen que es muy eficaz para amansar maridos déspotas. Cada vez que tengas que acercártele, échale encima tres cruces y di: San Marcos de León, aplaca la Hidra y el Dragón. Y ya verás que te lo pone como una seda.

Ya sola, Adelaida díjole al marido:

—Bien hubieras podido esperar a que mamá se fuera. Ella no pensaba quedarse. Materialmente la has puesto en la puerta.

—Si estaba aquí no fue porque yo la llamara—replicó Hilario—. Y, últimamente, suegra es suegra y mientras más lejos mejor.

Y desde aquel día empezó a entregarse a las parrandas con los amigos y a los joropos en los ranchos de la hacienda; pero no con la habitual jovialidad, sino de una manera atormentada y sombría, como para aturdirse.

Adelaida trató de luchar contra todo esto, pero las pasiones y las vehemencias de aquel hombre tenían un ímpetu incontenible. Se declaró vencida, al fin, y perdiendo toda esperanza de recuperar el ascendiente que al principio pareció tener sobre su ánimo, cifró todo su consuelo en la hijita. Al menos reinaría en aquel corazón, que habría de modelar a imagen y semejanza al suyo, sin que Hilario se lo impidiera, pues juraba que no se ocuparía para nada de aquella niña.

Pero cuando se trató de escogerle nombre y ella dijo que la pondría Eleonora, él se opuso violentamente:

—¿Cómo tu prima? Sería menester que no fuera hija mía. Se llamará como yo la ponga. Se llamará Victoria.

Otro derecho que no le reconocía. Y en seguida otro y

otro. Era como si se hubiese trazado un plan de dominio despótico, de posesión tiránica.

Transcurrieron así varios meses. Hilario seguía entregado a sus amigos y a sus mujerzuelas. Pasaba noches enteras fuera de casa y cuando al regresar encontraba a Adelaida esperando en la sala, a la luz agonizante de la lámpara y con señales en el rostro de haber velado llorando, la interpelaba, adelantándose a los reproches que pudiera hacerle:

—¿Por qué no te has acostado? Ya sé por qué lo haces: por echártela de víctima. Te conozco mucho. Lo que quisieras es dominarme, amarrarme a tus fustanes. Pero, tenlo entendido y no pierdas tu tiempo: yo soy dueño absoluto de mis acciones y no tengo que rendirle a nadie cuentas de ellas.

—¿Quién está pidiéndotelas, Hilario? ¿Acaso no sé que no me concedes ningún derecho? Déjame siquiera el de pasar mi angustia aquí en la sala. En nada te perjudico con esperarte aquí y no dando vueltas en la cama sin poder dormir.

Palabras como éstas, de verdadera mansedumbre, tenían la virtud de desatar la cólera de Hilario. Cuando se las oía, tartamudeaba buscando las más brutales, las más crueles que pudieran ocurrírsele, y después de haberlas proferido caía en un estado de ánimo singular: la cólera se le trocaba en resentimiento, en amargura de haber sido injustamente tratado.

Era que se avergonzaba y se condolía de haberla tenido esperando toda la noche, lleno el espíritu de zozobras, mientras él se entretenía con los amigos o con las mujerzuelas; pero no se avenía a darles franco acceso en su corazón a tales sentimientos, porque consideraba que equivalía a deponer su independencia y su autoridad de marido, al concederle a la mujer el derecho de formular una queja. Preparado para ahogar con una palabra dura la que se atreviese a dirigirle, entraba en la sala, y si ella no la formulaba, pensaba entonces que su silencio demostraba menosprecio y se sumía en cavilosos despechos, de una infantilidad ridícula:

—Esto me sucede por haberme casado con una mujer que se cree superior a mí. Bien merecido me lo tengo.

Era, también, la reacción inconsciente de una voluntad subyugada que alardeaba de su albedrío. En el fondo de su alma, allí donde están los sentimientos fundamentales de un ser, pero adonde sólo en los espíritus reflexivos llegan los pensamientos. Hilario Guanipa sentía la superioridad de aquella mujer fina y delicada a quien sus pasiones canallescas debían de inspirarle repulsión; pero como estas pasiones estaban profundamente arraigadas en su naturaleza y, por otra parte, él tenía un fiero orgullo de sí mismo, reaccionaba tiranizando a Adelaida, como si la odiase cordialmente, porque era superior a él y no podía dejar de amarla. En lo cual, por otra parte, no había incompatibilidad, pues en aquella alma elemental, cuyos ímpetus tenían la irresponsabilidad de las fuerzas de la naturaleza, podían albergarse a la vez dos sentimientos contrapuestos, sin que uno estorbase al otro: el odio a la casta de aquella mujer, en la mujer misma, y, al mismo tiempo, el amor. Rudo amor, en verdad, desprovisto de ternura, tiránica posesión del ser querido, que exigía un sometimiento absoluto y nada daba en cambio.

Naturalmente, en presencia de aquella alma bárbara, ante las manifestaciones de aquel carácter indomable, el espíritu delicado y medroso de Adelaida no podía sino sentirse desconcertado. La más imperceptible contracción del ceño, la más leve alteración de la voz del marido, la hacían perder la serenidad y echarse a temblar, como ante una catástrofe inminente; y si, por lo contrario, lo veía alguna vez bajo la faz de su antiguo buen humor, sus risas, su charla despreocupada, hasta sus caricias, bastas como manotadas de fiera que retoza, tenían la virtud de entristecerla.

Todo esto, añadido al agotamiento fisiológico que le producían, simultáneamente, la crianza de Victoria y el nuevo embarazo, minó las resistencias de su sistema nervioso. Con el resto de ellas acabaron otros motivos de terror: las nuevas queridas de Hilario; el recuerdo de las palabras amenazantes que le oyó a aquella Juanita, la del Cambural.

Un día oyó al viejo Taparita conversando con la cocinera:

—¡Que si hay gente maluca en Cantarrana! ¿Usted conoce a los cararosos del alto del Cereipo? Esos le han pegado su carne a muchos cristianos, por el placer de hacer la maldad. Se raspan las costras de las manchas que tienen en las manos o en cualquier otra parte del cuerpo y ese polvito que lleva la enfermedad, el microbio, como dicen los doctores, lo echan en el carato o en la leche que se va a beber un prójimo. A eso lo llaman "componer a un bueno y sano". Y no es necesario que usted sea enemigo de ellos para que lo "compongan", porque a todo el que quiera hacerle un daño a otro, ellos se le prestan voluntarios.

De allí en adelante, Adelaida no tuvo sosiego. Ningún sitio le parecía seguro para ocultar los alimentos y bebidas, desconfiaba de las sirvientas y no podía sentarse a la mesa sin que se le ocurriera que la comida había sido "compuesta" con los asquerosos polvos de que hablaba Taparita.

—¿Te has propuesto dejarte morir de hambre?—la interpelaba Hilario, al verla retirar intacta la comida.

Y como ella atribuyese la desgana al embarazo:

—Pues por lo mismo necesitas alimentarte. La criatura va a ser la víctima de tu capricho. Come. Come, aunque no tengas ganas.

Pero ya no era obsesión mental solamente, sino repugnancia fisiológica, y no pudiendo pasar la comida, se resolvió a explicarle a Hilario su aprensión.

El procuró persuadirla de que no tenía por qué abrigar tales temores; pero como se diese cuenta de quiénes eran las personas que se los inspiraba, se propuso hacerla comer a la fuerza para quitarle la aprensión. Ella obedeció al fin, toda temblorosa, como el condenado a la cicuta; pero su organismo rechazó el alimento aborrecido.

Aun así le pareció que había ingerido lo suficiente para adquirir el mal, y este temor y la violencia que se hizo por obedecer a Hilario le produjeron vómitos incoercibles y una fiebre delirante, que el boticario del pueblo calificó de nerviosa. En sus delirios se veía el cuerpo cubierto por las

horribles manchas del carare y para quitárselas se arañaba la piel hasta hacerse sangre. De resultas de esto tuvo un aborto que la puso al borde de la tumba.

Cuando el médico del pueblo confesó que abrigaba pocas esperanzas de salvarla, Hilario se entregó a la desesperación.

—¡No me diga eso, doctor! Usted tiene que salvármela, y si solo no puede, llame a todos los compañeros que necesite. A los mejores. No se pare en gastos. Soy rico, pero estoy dispuesto a quedarme a pedir limosna con tal de que mi mujercita se salve. ¡No me la deje morir!

Y a misia Carmelita, cuando llegó llamada por él:

—¡Vieja! Haga todas las promesas que quiera, por cuenta mía, que yo las pago todas.

Y a la cabecera de la enferma pasó días enteros y noches completas, sin apartar los ojos de aquel rostro exangüe, vigilando, disputándosela a la muerte, y cuando por fin los médicos dijeron que había pasado el peligro, su alegría fue tan grande, tan impetuosa, que no pudo desahogarla sino en llanto.

Recobrada la conciencia, el primer pensamiento de Adelaida fue:

—¿Qué iba a ser la criatura?

—Varón—respondió Hilario, y al ver que los ojos de la enferma se dilataban en una expresión medrosa, inclinándose a besarla, le dijo—: Pero tú vives y, teniéndote a ti, no me hace falta nada.

A lo cual se dijo misia Carmelita:

—¡Vaya! Como que está haciendo efecto la oración a San Marcos.

Días después, ya restablecida la salud de Adelaida, cuando misia Carmelita se disponía a regresar a Caracas, díjole Hilario:

—Quédese con nosotros. Ya he mandado a componer la Casa Grande para que nos mudemos a ella.

—¡Pues Señor!—se dijo misia Carmelita—. Este yerno mío es el hombre de las sorpresas.

Pero le respondió:

—No, hijo. Suegra siempre es suegra y mientras más lejos mejor. Además, yo no puedo desbaratar mi casa de Caracas. Ya vendré más a menudo por aquí.

Y luego a Adelaida:

—Aprovéchalo ahora que está blandito, antes de que se le pase la corazonada. Dile que te complazca llevándote a vivir en Caracas. ¿Hasta cuándo vas a estar metida en este monte?

—Ay, mamá—exclamó Adelaida—. ¡Cuánto no lo desearé yo! Para estar cerca de ti, porque, por lo demás, mi vida sería siempre la misma. Pero, tú me conoces: a mí no me gusta exigir. El debe de saber que...

—¡El debe de saber!—interrumpió misia Carmelita—. Asimismo decías de tu padre cuando deseabas o necesitabas algo y yo te indicaba que se lo pidieras. Porque a él le agradaba que le pidieras, y, en cambio, tu reserva lo disgustaba mucho. Me parece estar oyéndolo: "No, Carmelita. El no exigir a lo que se tenga derecho, no es humildad: es soberbia."

—Eso mismo, con diferentes palabras, dice Hilario—replicó Adelaida, acompañando las suyas con aquellas sonrisa de aceptación de todo lo que respecto a ella se pensara o se decidiera, velo del santuario de su corazón incomprendido.

Y misia Carmelita concluyó, con gracejo, para que Adelaida sonriera de otra manera:

—Pues ya van dos que lo dicen, y cuidado como no sean tres, porque hasta a Dios le gusta que le pidan y puede resultarte que cuando te presentes en el Cielo, te diga: —Hija, como no me dijiste nunca que querías venir para acá, yo he dispuesto del lugarcito que te tenía destinado.

Pero, ni humildad ni soberbia, la razón que aquella vez tuvo Adelaida para no manifestar su deseo de vivir en Caracas fué que Hilario había tomado a pecho la reparación de la Casa Grande, desistiendo de su rencoroso propósito de no habitarla nunca, llena como estaba para él de recuerdos aborrecibles, y se mostraba solícito en consultarle cómo quería que se refaccionara esto y dónde se colocara aquello, sin escatimar gastos, antes bien, pareciéndole poco todo lo

que se necesitare invertir para que ella se hallase a gusto en la casa, sin echar de menos nada de lo que en comodidades y hasta en lujo había encontrado allí cuando iba invitada por las Del Casal.

Y como todo esto era complacencia, lograda sin haberlo exigido, de uno de aquellos silenciosos deseos que debían adivinar quienes la amaran, ella correspondió mostrándose satisfecha, aunque una vez instalados en la Casa Grande no habría ni que pensar en la ida a Caracas.

Sólo opuso resistencia Hilario cuando, al tratarse de los muebles del salón, Adelaida manifestó su deseo de que se conservaran los que habían dejado allí las Del Casal.

—¿Y por qué no otros que sean nuestros?

—Nuestros son éstos; pero no es porque hayan sido de la familia que querría conservarlos, sino porque son muebles antiguos, de gran valor. Sin embargo, disponlo como te parezca.

—No. Ya te he dicho que quiero...

Todavía le costaba trabajo decir: "que seas tú quien disponga"; pero Adelaida procuraba ahorrárselo siempre, porque frases como ésta en boca de un hombre tan autoritario le producían cierto malestar, mezcla de delicadeza y de rubor, pues no estando acostumbrada a que le concedieran tanto, le parecía demasiado y al mismo tiempo irónico, absurdo.

—Yo querría que los conserváramos porque, como tengo un retrato de padrino, del cual tú podrías mandar hacer una ampliación para ponerla en la sala, y a él le gustaban tanto estos muebles, me parece que..., ¡qué sé yo!..., que se sentiría más a gusto en su sala amueblada como él la tenía.

Y como nombrar a don Jaime era tocar la fibra más sensible del corazón de Hilario, éste accedió:

—Tienes razón—y en seguida, quitándole el tú, que no se lo daba nunca cuando quería mostrarse tierno o le hablaba conmovido—: Mire, mi Blanca; usted no sabe cómo le agradezco que quiera tener un retrato del viejo en la sala.

Y eso de que él se encuentre a gusto... ¡Bueno! ¡Eso no se me olvidará nunca!

Cierto era que con todo esto procuraba complacer a Adelaida; pero también lo hacía para que ella desistiese de proponerle que la sacara de la hacienda y la llevara a vivir a Caracas.

Por otra parte, depuesto aquel celo brutal de su predominio, por fin comenzaba a darle acceso en su corazón al sentimiento de respeto que tenía que inspirarle aquella mujer, superior a él por la delicadeza del espíritu, por la nobleza de la abnegación, por la verdadera aristocracia que trascendía de todo su ser, y aunque tal sentimiento no podía ser tan poderoso y definitivo como para operar una transformación radical de su carácter por lo menos comenzó a manifestarse en el tratamiento afectuoso, y, especialmente, en aquel cariñoso apodo que se acostumbró a darle, remedio jovial del tratamiento que algunos negros de la región daban a la gente de rango.

—¿Mi Blanca, cómo que está enfurruñada? — decíale cuando llegaba a deshoras, para hacerse perdonar—. No se ponga brava conmigo, mi Blanca.

No obstante, era todavía menos de lo que habría ambicionado Adelaida si el hábito de la resignación no le hubiese abolido la voluntad.

IV

Entretanto, Victoria crecía y llenaba la casa con la inquietud de sus travesuras y la jovialidad de su alma expansiva.

Pero, al mismo tiempo y de prisa, iban desapareciendo de su rostro aquellos leves rasgos delicados y finos del parecido materno que tanto había contrariado a Hilario, para ser sustituídos, aunque ganando en hermosura, por las toscas facciones Guanipas, y Adelaida, atenta, día por día, a la transformación de la hija, que era su propia desaparición progresiva, se abandonaba con resignada tristeza a pensamientos fatalistas.

—Así tenía que ser—murmuraba a menudo, al contemplar a Victoria.

Y al ver que nada suyo había ya en aquel rostro, díjole al marido:

—Mira. Ya Victoria no se me parece. ¿Estás contento?

Sin darse cuenta de la dolorosa profundidad que había en aquel reproche y aun tal vez con la intención de desagraviarla, él hizo esta brutal confesión:

—Oiga, mi Blanca, y no se disguste, porque ya eso pasó y es como si nunca hubiese existido; aquello de que Victoria no se pareciera a mí, me hizo pasar muy malos ratos, porque...

El no se atrevió a concluir; pero ya era tarde para enmendar. Un súbito recuerdo había asaltado la mente de Adelaida:

—"¿Y no es tuyo el hijo que esa mujer lleva en sus entrañas?"—le había preguntado ella, a propósito de aquella Juanita, la del Cambural.

E interrumpiéndolo, ahora, dijo lo que no quería oirle, con las mismas palabras con que él le había respondido en aquella ocasión:

—Porque eso nunca se sabe, ¿verdad?

Y los ojos se le llenaron de lágrimas y se le quedaron trémulos los labios que habían formulado la torpe sospecha.

—Oiga, mi Blanca—se apresuró a explicar Hilario—. En primer lugar: si eso que tú has dicho lo hubiera pronunciado otra boca, así fuera la mía, por Dios Santo que a esta hora esa boca no existiría. Además, ya te advertí que no lo tomaras a mal. Ninguno es culpable de que en una hora menguada se le venga un mal pensamiento a la cabeza, como no sea culpa de la mala sangre que uno lleve en las venas sin quererlo. No es que yo haya sido un mal pensado por maldad, es que hay cariños de cariños, y..., ¿cómo lo diré?... Bueno. Es que con el amor pasa como con las telas, que unas son encubridoras porque ya son del color del sucio que les pueda caer; mientras que otras, de puro blancas y finas, parece que estuvieran condenadas a no estar limpias nunca, porque cualquier cosa las mancha. Y eso es lo que

me pasa a mí con su cariño, mi Blanca: que me he vestido de fino, sin estar acostumbrado, y a cada rato me estoy viendo manchas.

Y Adelaida comprendió y perdonó, porque la inclinación al perdón era movimiento natural de su espíritu y porque la ruda explicación le había mostrado el fondo del alma de Hilario, atormentada también por la lucha entre lo plebeyo y lo noble que, en dramático mestizaje espiritual, alentaba en él.

—Además—concluyó él—; quizá de quien verdaderamente estaba celoso era de ti misma.

Pero esto no necesitaba Adelaida que se lo explicara, porque si en ella el amor era siempre una forma de abnegación, en cambio, en Hilario, tenía que ser modo del instinto de presa, expansión avasalladora de sí mismo, que lo hacía aborrecer y lo impulsaba a aniquilar en el ser amado todo lo que no fuese suyo o lo distinguiese de él. Carácter, gustos, modales, todo cuanto hiciese de la persona amada otra persona, lo exacerbaba como una infidelidad. Quería a la esposa mansa y sufrida para moldearla a su manera, pero al mismo tiempo le molestaba que lo fuese, porque así no era él; quería que sus hijos fueran en todo y por todo criaturas suyas, tanto más cuanto que dos castas desiguales iban a disputárselos y de la suya debía ser el triunfo.

—Comprendo—díjole Adelaida—. Querías que Victoria fuese "Guanipa purita", como ya me lo has dicho varias veces. Pero si tú tampoco lo eres.

—Cuando digo Guanipa, digo Hilario Guanipa—replicó él—. Porque yo empiezo en mí mismo.

—Pues ya puedes estar contento—concluyó Adelaida, por donde había empezado—. Guanipa purita va saliendo Victoria.

Sin embargo, una noche, la niñera, como contemplase la faz de Victoria, que se había quedado dormida en su regazo, llamó a Adelaida, diciéndole:

—Venga acá, para que vea una cosa. Aguaite. Esta criatura tiene dos caras: una cuando está despierta, que es la

cara de su pae; otra cuando está dormida, que es mismamente la de usté. ¿No se fija?

En efecto, en la placidez del sueño, se borraban del rostro de Victoria los duros rasgos Guanipas y aparecían los de la madre, delicados y llenos de dulzura.

Una amplia ola de ternura invadió el corazón de Adelaida. Agradeció las palabras de la niñera, que tan oportuno y sabroso consuelo le habían dado, y bendijo los ojos que habían sabido verla a ella en la faz dulce y plácida de la hija dormida.

*

Se propuso educarla como lo había sido ella, y acariciando la esperanza de verse reproducida espiritualmente en la hija, la rodeó de todo género de delicadezas, a fin de formarle el corazón bueno y puro.

Pero empezó a apuntar la mujer y Adelaida vió que sólo iba sacando el carácter del padre: la misma impetuosidad, la vehemencia en el propósito, la obstinación en lograrlo y un temperamento ardiente, una sangre apasionada, pábulo fácil de la llama sensual que ya le brillaba en los ojos.

Y para colmo de su desencanto, Hilario se empeñó en darle una educación que le habría dado al segundo Hilarito Guanipa: la enseñó a nadar, a jinetear a la manera hombruna, a manejar armas de fuego y, cuando salía de cacería, la llevaba consigo y en todo momento estaba dándole consejos según los cuales Victoria debía tener a raya, a pescozada limpia, a los hombres que la codiciaran.

Pronto la niña tomó afición a este género de vida: abandonó las muñecas, aborreció las labores femeniles y las lecciones de piano que le daba la madre y no pensaba sino en el caballo y en la escopeta.

Adelaida intentó un remedio heroico:

—Hilario—lo abordó un día—. Ya Victoria es una mujercita. ¿No te parece conveniente ponerla en un colegio de Caracas? Allí podría estar con mamá, que la cuidaría mucho.

—Estése quieta, mi Blanca—respondió Hilario—. Déje-

me a la muchacha tranquila. En Caracas no la van a enseñar sino a señoritinga vanidosa y coqueta.

—Pero es necesario que convengas en que la educación que está recibiendo Victoria podría ser buena para un hombre, pero no para una señorita.

—Tranquilícese, mi Blanca—repitió él—. Yo sé lo que estoy haciendo. Para que la muchacha me saliera buena, ya le busqué buena madre, que mejor solamente María Santísima; pero para que a ella no le suceda lo que le sucedió a la madre, que se enamoró de quien no se la merecía sólo porque la levantaron en vilo en un paso de quebrada, casi sin pedirle permiso, la estoy enseñando a defenderse cuando un hombre venga a querer disponer de ella como de bienes de difuntos. Porque a ésa no la estoy alimentando yo ni para que se la lleve un patiquincito de Caracas, ni tampoco para que otro Hilario Guanipa venga y diga al verla, así como así y a cuenta de guapo: ésa es mía. A ésa, el hombre que la quiera tiene que merecérsela primero.

Emocionada por lo que de esto se refería a ella, Adelaida oprimió en silencio la diestra de aquel hombre cuya alma le reservaba en todo momento sorpresas desconcertantes. Y así quedó resuelto el problema de la educación de Victoria.

*

¡Dichosa, feliz, contenta! Así se sentía Victoria y no le bastaba expresarlo con una sola de estas palabras, sino que empleaba las tres a cada momento y por todo; porque el padre la mimaba y vivía adivinándole los gustos para complacérselos; porque ella idolatraba en la madre, con un amor expansivo y juguetón, de querer comérsela a besos, fingiendo caricias maternales, como si trocados los papeles Adelaida fuese la hija mimosa, necesitada de ternura y protección; porque las amiguitas la querían mucho y en el pueblo era día de fiesta cuando ella iba a visitarlas; porque era como si le hiciesen cosquillas las ganas de reir que le provocaban las miradas lánguidas de los mocitos que por allí estaban enamorados de ella y no se atrevían a decírselo; porque era

rica y el dinero que su padre iba atesorando para ella, antes de ser riqueza era flor del cafeto que le perfumaba el aire y luego color que le regalaba la vista cuando en rojos racimos el grano en sazón doblegaba las ramas del arbusto; porque al despertarse escuchaba el canto de los pájaros; porque en las diarias cabalgatas el viento serrano le salía al encuentro en las lomas; porque en la obscuridad de los cafetales los grillos se pasaban toda la noche tejiéndole un velo de plata al negro silencio.

Porque el viejo Taparita vivía aprendiendo o inventando cuentos para narrárselos y todos eran por el estilo de éste, que varias veces se lo había hecho repetir:

—Pozo de Rosa lo mientan, y el cuento dice asina: Esta era una india bonita que se llamaba Rosa y que engañó a su marido.

Aquí Victoria soltaba la risa, y el viejo, después de haberse deleitado oyéndola, decíale:

—No se reya, niña, que no lo digo por malicia, sino porque el cuento dice asina... Y sucedió que el indio lo supo, pues nada hay oculto ante cielo y tierra, y se puso primero muy triste y muy rabioso después... No. Viceversa: muy rabioso primero y muy triste después. Asina sucedió la cosa... Y una tardecita la invitó con engaño a pasear por las orillas del pozo, y cuando ella estaba descuidada, viéndose tan linda como era en el fondo del agua, que a eso lo llaman vanidad y es cosa fea en la mujer, el indio la agarró por los cabellos, que los tenía muy negros y le daban a las corvas, y la ahorcó con su mismo moño, dándole siete vueltas—pues siete es siempre el número de las cosas malas desde que fueron siete los puñales que atravesaron el corazón de María Santísima—, y cuando vio que ya no se movía, por estar muerta del todo, la tiró al fondo del pozo... ¡Asina sucedió la cosa!... Porque el indio era muy celoso y quería mucho a su india que lo engañó con el español... Después, y que se fue muy tranquilo para su rancho, pero cuando se vió solo, sin su india bonita que le alegraba la casa, le entró el dolor de haberla matado, y empezó a llamarla, gritando: ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa!... Y dice el cuento que a cada

leco que él pegaba, corriendo desesperado las orillas del pozo, le respondía un quejido dentro del agua y a cada quejido se iba secando el pozo, hasta que se quedó seco del todo, porque el indio estuvo llamando a su india toda la noche: ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa!... Como la soisola, que siempre está llamando a su compañera dentro del monte tupido... ¡Asina sucedió la cosa!... Y cuentan que al amanecer del día el indio vio que ya no había pozo, sino una porción de matas de rosas que habían nacido y crecido en la noche y estaban cuajaditas de botones, y que se puso a contar las flores y vió que eran tantas como voces había dado él llamando a su india bonita: ¡Rosa! ¡Rosa! ¡Rosa!... ¡Asina sucedió la cosa!...

Y se quedaba en silencio el viejo y luego Victoria exclamaba de pronto:

—¡Jipa! ¡Me siento dichosa, feliz, contenta!

Y así vivía Victoria y nada más ambicionaba, hasta que un día...

V

El son de un cuerno anunció la llegada de los cazadores.

Era Guillermo y Federico Hanssen, de la firma exportadora de café que negociaba todo el que producía Cantarrana; Roberto Moraleda, cajero de aquéllos y por afinidad de afición a la cacería gran amigo de Hilario, y dos caballeros más, a quienes éste no conocía.

Moraleda hizo las presentaciones:

—El señor ministro del Uruguay, gran cazador, de quien ya te he hablado y a quien tuve el honor de invitar en tu nombre, como me lo exigiste.

—Antonio Olmedo—dijo el presentado, haciendo un saludo muy diplomático—. Le estoy muy obligado por esta invitación, pues ya le he oído hablar al amigo Moraleda de los deliciosos ratos que se pasan en esta casa.

—El joven Felipe Osuna—continuó Moraleda, presentando al otro.

—Encantado de conocerle—manifestó Osuna, plantándo-

se por delante de Hilario con mucho pecho afuera y un golpe gimnástico de los talones al juntarlos en actitud de firme y sacudiendo fuertemente la mano que le tendían. Seguramente ya había oído hablar del vigor extraordinario de Guanipa y quería demostrarle que él también tenía su poco de atleta, aunque no le favoreciera mucho la estatura.

Mientras tanto, Federico Hanssen bromeaba, explicando:

—El señor Osuna es un pichón de cazador que viene a debutar en Cantarrana.

—¿Cómo va a ser?—replicó el joven atleta, volviéndose a mirar a Federico, todavía con la mano de Hilario entre las suyas y acompañando con una sonrisita zumbona la frase empleada, que era una muletilla con la cual pretendía ser gracioso.

—De todos modos—intervino el ministro, sonriendo—, hay que agradecerle que haya renunciado a los bailes de Carnaval, que es mucho pedirle a un bailarín de la talla del amigo Osuna, por iniciarse en el real deporte de la cacería.

—¿Cómo va a ser, señor?—replicó Osuna.

Por todo lo cual éste quedó, desde luego, clasificado por Hilario como patiquín, que era lo peor que con Guanipa podía sucederle a un hombre.

—Vamos a ver si no lo hacen quedar mal los venados de por aquí—dijo, y enseguida al ministro—: Pues el amigo Moraleda lo ha engañado, señor ministro. Porque aquí no se pasan sino trabajos. Eso sí, voluntad de atender a los amigos nunca falta. Ya les presentaré a mi señora y a mi muchacha: ahora vamos para que dejen la impedimenta y se acomoden de una vez en las habitaciones que les he preparado. En la casa de Tejas, Moraleda. Ahí podrán estar con toda la libertad que quieran.

Y al peón que conducía las traíllas de perros:

—Tú, Miguel, ya sabes dónde queda la perrera. Por allá está Taparita. El te acomodará.

—¿Y qué tal, Hilario? ¿Hay muchos venados por aquí? —preguntó Guillermo Hanssen.

—¡Que si hay! En manadas andan por esos gamelotales, porque desde que ustedes me dijeron que iban a venir, pro-

hibí la cacería por todos estos alrededores para poderlos obsequiar con unos lances que valgan la pena. ¡Ah, Carnavales buenos que van a tener los pobrecitos! Con plomo ya vamos a estar jugando con ellos.

—¿Te acuerdas, Hilario—dijo Moraleda—, del último lance que echamos juntos por los lados de la Guanipera?

—¡Cómo no! ¡Ah, lance bueno que fue ese! Treinta venados en un solo día, señor ministro.

Y fue tema para una hora larga, cada cual recordando los lances en que había tomado parte y Osuna repitiendo lo que le hubiese oido a otros cazadores, y aún no lo habían agotado cuando entraron en la Casa Grande.

Ya instalados en la sala, Guillermo Hanssen preguntó:

—¿Tienes muchos perros, Hilario?

—Cinco perdigueros ¡de flor! y cuatro venaderos que son una notabilidad.

—¿Y el cachorro que te regalé?—terció Federico.

—Ya lo vas a ver. Es ahora un perrazo, bonito y notable. *Catire* lo llamo. Todo el que viene por aquí se enamora de ese perro.

Moraleda habló de los suyos; el ministro, de los que tuvo que regalar en Montevideo a un amigo, cuando se venía para Venezuela; Y Osuna, cazador novicio que hacía su primera salida, expresó su deseo de conseguir un buen cachorro. Hilario le ofreció regalarle uno, hijo de *Catire,* precisamente, con lo cual el joven atleta se deshizo en cumplidos.

En esto se oyó detrás de la puerta que daba a las habitaciones un rumor de risa ahogada. Luego el murmullo de una voz que amonestaba y enseguida una sonora carcajada.

Los cazadores volvieron la cabeza, sonriendo, y a Osuna se le llenó el rostro de contento. Hilario explicó, dirigiéndose a Moraleda:

—Es Victoria. ¡Ah, muchacha tremenda! Ven acá, Victoria.

Osuna irguió el busto al ver aparecer a una joven de poco más de quince años, floridos de belleza, trigueña, de ojos garzos, velados por largas sedosas pestañas, verdaderamente linda. La risa contenida le daba un aire de infantil

travesura que aumentaba las seducciones de su rostro, teñido del cálido y saludable color de la vida al aire y al sol de los campos. Su aparición en la sala produjo una unánime exclamación admirativa.

Avanzó resuelta y sonriente, llenos de lumbre de audacia los ojos turbadores, y retribuyó con enérgicos apretones el saludo de los cazadores que le fue presentando su padre.

—Al amigo Moraleda lo conoces ya.

—¡Cómo no! Hace tiempo que usted no venía por aquí.

—Muy disgustado con... usted. Ya iba a decir contigo. Como decía antes.

—¡Bravo, conmigo! ¿Por qué?

—Porque estaba usted burlándose de nosotros detrás de esa puerta.

Y el ministro, galante:

—El señor Moraleda no dice verdad. No le crea, señorita. Estábamos enojados con usted, porque nos retardaba sin necesidad el placer de conocerla.

—Sobre todo cuando el objeto principal de nuestra venida era conocer a la Flor de Cantarrana—agregó Guillermo Hanssen.

—Esas son cosas del señor Moraleda, que es el único que me llama así—replicó ella, mirándolos con desenvoltura, como si estuviese acostumbrada a estar en sociedad, y riendo y moviéndose continuamente, pues no podía estarse quieta un momento.

—El señor Moraleda inventaría el nombre, pero todos nosotros lo aceptamos incontinenti—dijo Osuna con un tono melifluo plegando los labios chiquitines, como si fuera a silbar y dando un saltito en la silla al pronunciar la última palabra, cual si lo hubiese acometido un acceso de hipo.

—Pues se equivoca usted, porque no ha sido el señor Moraleda quien me ha puesto ese nombre—volvió a replicar Victoria, a tiempo que Adelaida aparecía.

Poco quedaba de la belleza de la juventud en la faz de Adelaida; apenas la dulzura de la expresión, que ya no era

tampoco soñadora, sino resignada. Largo rato se le quedó dibujada la sonrisa de afabilidad con que saludó.

Hilario volvió a plantear el tema de cacería:

—Victoria también es gran cazadora. En un lance de venados no se le queda atrás al tirador más certero.

—¿De veras? Pues encantados de tener tal compañero en la partida—dijo el ministro—. Porque suponemos que usted querrá hacernos el honor de acompañarnos.

—Si papá me deja, con mucho gusto.

—¿Por qué no? ¿Verdad, señor Guanipa?—intervino Osuna, vivamente interesado.

—Vamos a ver.

Adelaida comenzó a objetar:

—¿Y no será demasiado para Victoria? Seguramente ustedes irán muy lejos.

Pero Victoria se apresuró a rebatir sus objeciones, los cazadores la apoyaron y al fin Hilario dio su palabra:

—Bien, irá con nosotros.

Victoria palmoteó, rebullendo en el asiento a impulsos de una alegría incontenible y de allí en adelante ya no tuvo sosiego.

—Tranquilízate, hija—recomendábale Adelaida—. Te vas a enfermar de alegría.

—Déjela usted, señora. Nadie enferma de alegría—observó el ministro.

—Mamá, sí, señor ministro. No digo se enfermaría; creo que si alguna vez llega a ponerse alegre, por un descuido, se cae muerta del tiro.

Tales palabras y el modo como las dijo causaron gracia y fueron celebradas por Osuna con largas carcajadas. Hilario frunció el entrecejo. Moraleda se limitó a sonreir mirando a Adelaida. A ella le produjo una extraña impresión aquella mirada llena de inteligencia y de compasión y se levantó, diciendo:

—Con el permiso de ustedes. Voy a mandar que sirvan la comida.

Victoria la siguió con los ojos y luego, haciéndole a Hilario un guiño que daba a entender cómo eran las relaciones

entre aquella madre triste y apocada y esta hija alegre y juguetona:

—Se ha puesto brava conmigo. Ahora tendré que adularle mucho para que se contente.

—Bien se conoce que es usted la alegría de esta casa —manifestó Osuna.

A Hilario no seguía gustándole el "patiquincito" y se apresuró a volver la conversación al punto de partida, comenzando un relato de cacería en el cual aparecía Victoria llevando a cabo una proeza de valor y de audacia.

—¡Diana cazadora!—exclamó el ministro, cuando Guanipa terminó a tiempo que regresaba Adelaida anunciando que la mesa estaba puesta.

Allí fue Victoria quien hizo una apología calurosa de las hazañas de su padre, y mientras éste la miraba en silencio lleno de complacencia, Osuna trataba de hacerse agradable aparentando asombro por lo que ella refería.

El ministro, como advirtiese que Adelaida no tomaba participación en la charla, procuró, discretamente, que se hablara de otra cosa. Ya Moraleda y los Hanssen lo habían intentado también; pero parecía imposible hallar un tema que hiciese hablar a Adelaida, y al cabo de infructuosas tentativas fue necesario no ocuparse más de ella y seguir el rumbo que Victoria y su padre le daban a la conversación.

En el salón la tertulia se dividió en grupos: Moraleda y el ministro con Adelaida; los Hanssen con Hilario, hablando de negocios; Osuna con Victoria junto al fonógrafo, que era la única cosa moderna entre el severo mobiliario antiguo, examinando los discos y entretanto, bisbiseándole él sus requiebros y ella acogiéndolos con carcajadas de aquel sano humor burlón que la inmunizaba contra el riesgo del galanteo.

Por fin Osuna encontró lo que buscaba: un *foxtrot* que estaba de moda, y en habiendo puesto a funcionar el fonógrafo, se le plantó por delante a Victoria, se entalló la chaqueta y la invitó a bailar, tendiéndole los brazos con ademanes chulescos.

—No sé bailar eso—dijo Victoria.

Y él con su muletilla y su sonrisa y sin cambiar de actitud:

—¿Cómo va a ser? Si eso es lo más lindo de la vida. Además, si no sabe, ya va a aprender conmigo, porque, aunque me está mal el decirlo, como decimos los campesinos, yo soy doctor en *foxtrología*. Hoy, el que no sabe bailar *fox*, hace mal papel en sociedad.

Haciendo un guiño rápido por Hilario, Victoria explicó:

—A papá no le gusta que yo baile.

—Ya ésas son palabras mayores—dijo Osuna, y acercando una silla a la que ocupaba Victoria, se le sentó al lado y siguió calentándole las orejas, mientras el fonógrafo reproducía el *fox*.

Concluído éste, Victoria se levantó a cambiar el disco y darle cuerda al instrumento, y entretanto oyó lo que Moraleda y el ministro conversaban con Adelaida.

—Pues el parecido es exacto—decía el ministro, viendo el retrato de don Jaime que ocupaba el sitio de honor de la sala, copia al óleo de aquella fotografía que conservaba Adelaida—. Diríase que es el retrato de Nicolás, sólo que él no llevaba barba.

—Padrino la llevó desde joven—dijo Adelaida—. Cuando este retrato, o mejor dicho, cuando el retrato de donde ha sido capiado ése, tendría unos veinte años, según me ha dicho mamá.

—Que es, poco más o menos, la edad que debe de tener Nicolás—intervino Moraleda—. Porque Jaimito se casó poco antes que yo y el mayor de mis hijos tiene veinticuatro años cumplidos.

Victoria se quedó viendo el retrato mientras movía la manivela del fonógrafo, y Adelaida, dirigiéndose al ministro, dijo:

—¿Conque conoce usted a toda esa gente?

—Ya le digo: en Hamburgo nuestros mejores amigos eran el señor Friedel y su señora.

—¿Muy buena moza todavía Eleonora?

—Guapísima. Una mujer verdaderamente encantadora.

Tiene dos hijitas muy monas. Adelaida, como usted, se llama la mayorcita, si mal no recuerdo.

—Sí—afirmó Adelaida, con una voz velada por tristes recuerdos, y al cabo de una pausa—: La otra se llama Elsbe.

—Elsbe. Sí, una monada de criatura. También conocí a doña Eugenia, la esposa del doctor Zárate, que era entonces, y todavía lo es, ministro de Venezuela en Francia. Pasaron unos días en Hamburgo, poco antes de yo regresar a mi país, y tuve el honor de serle presentado. Una dama muy exquisita también. Y finalmente, aquí en Caracas, he tenido el honor de conocer a doña Fernanda de Alcoy.

—¿Ah, sí?

—Para mi mujer y para mi no hay tratos más agradables que los que pasamos en Villa Alcoy, que es, sin disputa, la morada más elegante de Caracas. Un verdadero palacio. ¡Y qué buen tono reina allí en todo! Don Leopoldo y doña Fernada son la gentileza en persona, y las muchachas, Antonieta y Carlota, sumamente distinguidas y muy exquisitas. Casi todas las tardes nos reunimos varios diplomáticos en Villa Alcoy, a jugar al tenis y tomar el té, y allí pasamos ratos verdaderamente deliciosos.

Entretanto, Victoria, haciendo girar la manivela del fonógrafo con lentos movimientos de atención distraída.

El ministro concluyó, galante:

—Tan agradables y exquisitos como éste que ahora nos depara usted.

Pero Adelaida no correspondió al cumplido porque su pensamiento erraba por aquel mundo sepultado de los recuerdos de su juventud. Aquellas palabras con que seguramente el ministro quiso darle gusto, le habían despertado, por lo contrario, sentimientos melancólicos. Era como una bruma fría y gris que se interpusiera entre ella y el mundo real y a través de la cual sólo veía una cosa amable: la consecuencia de Eleonora al afecto que antes las había unido, al ponerle su nombre a la primera de sus hijas. Ya ella lo sabía, no porque Eleonora se lo hubiese anticipado, pues desde que se separaron, el día de su matrimonio con Hilario, nunca había tenido otras noticias de las primas que las que le

daba misia Carmelita en sus cartas. Fue ésta quien la comunicó: "de Eleonora sé que no se ha olvidado de ti, pues le ha puesto tu nombre a su primogénita. Tú también quisiste ser consecuente poniendo Eleonora a tu hija; pero ella ha sido más afortunada y ha podido hacerlo".

Pero Adelaida parecía haberse olvidado ya de esto y cuando se lo recordó el ministro la emoción le veló la voz.

¡De cuantas cosas más se había olvidado también! Tan muerto estaba para ella aquel mundo que abandonó para casarse con Guanipa, que nunca habría sospechado que alguien pudiera llegar alguna vez a hablarle de nada que tuviese relación con su vida anterior. De los amigos de entonces, sólo Moraleda iba de tiempo en tiempo por Cantarrana invitado por Hilario a partidas de caza; pero él era discreto y nunca se hablaba entre ambos de nada que se refiriese a las Del Casal o a cosas y sucesos de aquella época feliz.

Y he aquí que unas vagas noticias acerca de la vida brillante y venturosa de sus primas despiertan de pronto los sentimientos que estaban dormidos en su corazón. ¿Por qué recordaba, especialmente, de manera tan viva y lúcida, una escena de su primera juventud, que parecía totalmente olvidada? Fue en las temporadas de la Casa Grande. Moraleda, que acababa de regresar de Alemania, donde se educara, había sido invitado por Jaimito a Cantarrana, y una noche cantó, con su hermosa voz de barítono, la romanza *Eri tu*, de *Un ballo in maschera*. Ella lo acompañaba al piano... ¿Tendría todavía Moraleda aquella hermosa voz de barítono?... Seguramente el tiempo se la había estropeado y gastado. ¡Tantas cosas estropeaba y gastaba el tiempo!...

Entretanto, Osuna perdiendo el tiempo en galantear a Victoria, pues ella no atendía sino a lo que, a ella también, le habían despertado en el espíritu las palabras del ministro.

¡Las Alcoy!... Aquellas orgullosas parientas de las cuales nunca se había ocupado y que, de pronto, se le habían convertido en objeto de envidia o de admiración, pues aún no podía discernir ésta de aquella, en su tumultuoso sentimiento... ¡La casa más elegante de Caracas!... Un mundo desconocido, que de repente se le mostraba lleno de seduc-

ciones que jamás la habían tentado. Un deslumbramiento, no una visión todavía; pero ya un impulso incontenible apuntando hacia la aventura.

—¿Cómo va a ser?—dijo Osuna, una vez más para sacarla de su ensimismamiento.

—¿Qué me decía?

—Que mientras más lo pienso, menos lo entiendo. Una reina como usted, que ha nacido para que todo el mundo la admire, metida dentro de este monte. Pero ¿cómo va a ser señor?

Era, con diferentes palabras, salvo la muletilla, la misma impertinencia que ya le había deslizado al oído varias veces, pero ella no la acogió con la usual carcajada burlona y le hizo esta pregunta intempestiva:

—¿Conoce usted a las Alcoy?

—¡Cómo no! ¿Quién no las conoce en Caracas?

—¿Es verdad que son muy bonitas?

—No tanto como usted.

—Contésteme lo que le pregunto—replicó ella, disimulando la complacencia que ya le producían las galanterías del joven.

—Pues, más que bonitas, muy distinguidas, muy *chic*. Carlota, especialmente, es muy simpática. Casi siempre nos encontramos en los tés danzantes de las Legaciones y pasamos ratos muy agradables, porque Carlota baila divinamente.

—¿Y que tienen una casa muy elegante?

—Suntuosísima. Una quinta en El Paraíso: Villa Alcoy, que es un verdadero palacio, como acaba de decir el ministro. Pero es una gente que vive muy en grande. Demasiado orgullosas. Precisamente esta noche dan un baile de máscaras que dicen que será una maravilla.

—¿Sí? ¿Y cómo es que siendo tan amigos de ellas usted y el ministro no se hayan quedado en Caracas para asistir a ese baile?

—El ministro porque es más cazador que Nemrod. ¿Sabe usted quién es Nemrod?

—No.

—Ni yo tampoco.

A Victoria no le hizo gracia el chiste y Osuna tuvo que reírselo él solo y luego concluir:

—Y yo porque...

Pero como después de haber dicho que era amigo de las Alcoy no podía confesar que no lo habían invitado, remató con un piropo más:

—Porque he preferido venir a conocer a la Flor de Cantarrana.

Y otra vez perdió su tiempo porque ya en el impetuoso corazón de Victoria había estallado la decisión característica de los Guanipas y a esto sólo atendía.

Se acercó al fonógrafo, puso el disco que antes había puesto Osuna y, volviéndose a éste, díjole:

—Enséñeme a bailar el *foxtrot*.

Adelaida, como la oyese, díjole:

—Victoria, acuérdate—a tiempo que hacía un rápido movimiento de ojos hacia Hilario y éste, que ya estaba como sobre ascuas de verla tan entregada a la conversación con el mocito, la clavó una mirada amenazante.

Pero los Guanipas no se detenían, una vez lanzados por algún camino. Por el momento: aprovechar a Osuna para aprender aquel baile, imprescindible para no hacer mal papel en sociedad, según dijo el joven. Lo demás vendría después.

VI

Poco faltó para que Hilario se precipitara a arrebatársela de los brazos de Osuna, tanto más cuanto que éste bailaba muy ceñido a la pareja y con una expresión de voluptuosidad casi obscena; pero se dijo:

—Lo que es a este patiquincito no lo aguanto aquí tres días.

Nunca se había preparado Guanipa con tan buena disposición para recibir huéspedes como lo hizo esta vez para agasajar a los amigos que le habían prometido irse a pasarse a Cantarrana los días de Carnaval; pero hora no pen-

saba sino en hallar la manera de alejarlos de su casa, ya que, por consideraciones con los Hanssen, no podía demostrar el disgusto que le causaba la presencia de Osuna, llevado y presentado por ellos.

—Por fin encontró el amigo Osuna la manera de no pasar el Carnaval sin bailar—dijo el ministro—. Y la señorita es una pareja insigne. ¡Vean ustedes qué virtuosismos de danzarín genial nos está obsequiando el amigo Osuna!

—¡Cómo va a ser!—replicó Osuna, entre amoscado y complacido, porque burlas y elogios eran palabras del diplomático.

Y Moraleda, como advirtiese la violencia que se hacía Hilario por tolerar aquello, no bien hubo terminado el disco, se puso de pie, diciendo:

—Bien, mis amigos. Esto está muy agradable; pero no olvidemos que mañana tenemos que madrugar.

—¡Tan temprano!—protestó Victoria—. Pero si apenas estoy empezando a coger el paso. Dejen que el maestro me dé siquiera una lección más.

—De lo bendito, poquito—replicó Moraleda—. Además, ya tendrá tiempo de aprender. Mañana y pasado, después de la cacería, si no viene muy cansado el maestro, continuará las lecciones.

—Tiene razón Moraleda—intervino Guillermo Hanssen, comprendiendo la que había para ponerle término a la tertulia—. No es prudente fatigarse mucho, pues no sabemos cuánto nos harán caminar mañana los venados.

—Me parece—observó Hilario, reticente, a tiempo que Federico le preguntaba:

—¿A qué hora habrá que levantarse?

—A las cuatro. No es necesario madrugar mucho porque echaremos el lance ahí mismo, en la quebrada de Ojo de Agua. En la Oficina nos reuniremos.

Y así que se hubieron marchado los amigos, encarándose con Victoria:

—Desentiéndete de la idea de ir mañana a la cacería.

Victoria se limitó a hacer un ademán de despreocupación, alzando los hombros, y mientras el padre salía a poner por

obra el plan que se le había ocurrido para evitar que Osuna siguiese calentándole las orejas, se fué a la cama tatareando el *fox* que acababa de bailar.

Pero era imposible que después de aquello no tuviera un sueño agitado, y casi toda la noche estuvo Adelaida sintiéndola: rebullía en el lecho, suspiraba, mascullaba tropeles de palabras ininteligibles, reía a carcajadas.

—¿Qué ideas estarán pasando por esa cabeza?—se preguntaba la madre—. Como no la haya dado por enamorarse del Osunita, que no tiene cara de ser muy bueno, que digamos. ¿Quién aguantaría a Hilario?

Y con esto, añadido a aquel otro intempestivo rebullir de sus recuerdos, ella tampoco pudo dormir tranquila aquella noche.

*

Ya Hilario estaba preparándose para salir cuando Victoria despertó.

—Déjalo que se vaya adelante—se dijo—. Yo llegaré cuando estén todos reunidos y así él no se atreverá a repetirme que no me lleva.

Permaneció en la cama, esperando a que Hilario se marchara y luego se levantó y comenzó a vestirse, de prisa, con el mejor de sus trajes de amazona moderna—que esto de mujeres con pantalones de jinetear a horcajadas era quizá el único modernismo con el cual estaba bienavenido Hilario Guanipa, mientras que Adelaida no podía pasarlo—; pero aunque procuraba no hacer ruido para no despertar a la madre, ésta la sintió, y asomándose a la puerta que comunicaba las habitaciones respectivas, le reconvino:

—¿Qué estás haciendo, Victoria? ¿No te dijo tu papá que no irías a la cacería?

—Sí. Pero antes había convenido en que sí iría y ya él sabe que a mí, cuando me ofrecen algo, tienen que cumplírmelo, porque yo no soy el alma de Dios de mi mamaíta que a todo se somete sin protestar.

—Déjate de eso, niña. Acuéstate. No provoques a tu papá. Mira que está muy disgustado contigo.

—¡Ay mamá!—exclamó ella, sin desistir de lo que hacía—. Tú no conoces a papá: él lo que necesita es, precisamente, que los demás le hagan sentir que también tienen carácter. ¿No le has oído decir que no le gustan las bestias que no tratan de sacudirse al jinete? Pues lo mismo le pasa con las personas.

Entretanto, había concluído de vestirse. Se terció a las espaldas la escopeta y el morral y acercándose a la madre le echó los brazos al cuello y la cubrió de besos, mientras, conduciéndola a su cama, le iba diciendo con aquel juego de papeles trocados:

—Vuélvase a acostar, mijita. Y duérmase tranquila, porque a su madre no le va a suceder nada malo, ¿sabe?

—Déjate de zalamerías y haz caso. Las niñas deben ser obedientes.

—Ya lo sabe, pues. Su mamaíta le dice que se acueste y se quede tranquila y la hijita debe obedecer, porque si no se la lleva el coco. ¡Ajá! Así, acostadita, bien arropadita y ¡a dormir se ha dicho! Dios me la bendiga.

Y saliendo del aposento saltando y brincando, como el cabrito libre al campo abierto.

Ya los cazadores estaban reunidos en el gran patio de secar café de la Oficina, donde el peón de los Hanssen y el viejo Taparita atraillaban los perros. Gañían éstos en torno de aquéllos, y los que ya estaban apareados por las traíllas daban vueltas por el patio con los hocicos a ras del suelo, cual si ensayaran el rastreo de la jornada.

Un ¡hurra! de los Hanssen saludó la aparición de Victoría, e Hilario, saliéndole al encuentro, le preguntó, ceñudo:

—¿Qué significa esto? ¿No te dije que no irías con nosotros?

A tiempo que el ministro se les acercaba, exclamando:

—¡Bienvenida! Ya habíamos protestado contra esa inoportuna jaqueca que nos iba a privar del placer de su compañía; pero veo que más que ella ha podido el deseo de usted de procurarnos ese placer, ¿verdad?

Y Moraleda:

—¿Se ha pasado el dolor de cabeza?

—Sí—respondió ella conteniendo la risa—. Era casi nada y con el aire de la madrugada se me ha acabado de quitar. Es que papá se preocupa demasiado y por cualquier cosa quiere que me quede en cama.

Y para disimular las ganas de reir que le estaban provocando la cara de Hilario, se alejó retozando con los perros que le habían salido al encuentro.

Catire, el predilecto, correteaba alrededor de ella gazapeando, se detenía de pronto a ladrarle, con las patas delanteras extendidas sobre el suelo y en alto el rabo estremecido, y cuando ella hacía ademán de atacarlo daba un salto ágil y caía más allá en la misma posición, provocándola a un nuevo ataque.

—¡*Catire!*—gritó Hilario—. Deja las ganas para más tarde. ¡Ven aquí

—¡Pobre *Catire!*—dijo Victoria entre dientes—. Ya te van a cobrar las que no debes—y en seguida—: Pero aquí faltan perros, Taparita. No veo a *Capitán,* ni a *Campanero,* ni a...

—Ya la niña va a descubrir el patuco—se dijo Taparita, a tiempo que Hilario se apresuraba a darle, ásperamente, la explicación que ya había tenido que hacerle a Moraleda:

—Han amanecido enfermos.

—¡Qué raro!—replicó Victoria—. Ayer tarde estaban muy contentos.

Y como hiciera ademán de dirigirse a la perrera:

—Vente—díjole Hilario, y en seguida a los amigos que estaban más allá en torno a Osuna, diciéndole algo que no se necesitaba oir para saber que eran recomendaciones de que desistiese de galantear a Victoria—: Vámonos, mis amigos, que nos coge el día. Y ya sabes, Taparita: vamos a echar el lance en el Ojo del Agua, ladera abajo hacia la montañita del Corozal. Suelten desde allí, bien arriba para que levanten todo lo que haya por ahí.

—Descuide, don Hilario—respondió el viejo—. Que asina se hará la cosa—y luego para sí mismo—: ¡Ah, don Hilarito! ¡Tiene más vueltas que un cacho!

Rayaba el alba por detrás de los cerros de la Guanipera

y ya los cazadores estaban apostados en los sitios indicados por Hilario. Victoria al lado de éste y a considerable distancia de Osuna—que por lo demás, y sin duda a causa de las advertencias que le hicieran los compañeros, no se le había acercado a aquélla en todo el trayecto—, cuando Taparita y Miguel, faldeando una ladera hasta la altura de una mancha de café abandonada hacía tiempo, cuyos matorrales eran el refugio predilecto de los venados de Cantarrana, llegaron al sitio donde debían soltar los perros.

Mientras les quitaban las traíllas. Taparita murmuraba entre dientes:

—¡Ah don Hilario! Manda anoche a soltar los mejores perros para ahuyentar la cacería y ahora viene muy serio representando su papel de diablo y haciéndomelo representar a mí. ¡Qué se hace! Amo es amo y hay que obedecerlo manque mande disparates. ¡Asina están arregladas las cosas! Vamos a ver, mijitos, si encuentran algo que levantar por aquí. Que me parece muy difícil, porque ya los de anoche dieron una güena batida a todos estos matorrales, y renco o muy zoquete tiene que ser el venao que se haiga quedao por aquí... ¡Je, je! ¡Ah don Hilario! ¡Y que habían amanecido enfermos los perros! ¡Dígame, si la niña Victoria se empeña en dir a la perrera a ver qué era lo que tenían y los descubre cómo estaban, con las lenguas afuera y trozaos de haber estado monteando toda la noche!... Porque ésa no tiene pepitas en la lengua y hubiera descubierto el patuco allí mismo, delante de todos los señores.

Libres de las traíllas, los perros comenzaron a girar en torno al sitio, metiendo los hocicos por entre el pajonal y describiendo círculos cada vez más amplios. Los más jóvenes e inexpertos se enmendaban a menudo, volviendo sobre sus pasos y dando gruñidos como si los aquejara un sufrimiento físico, mientras los veteranos avanzaban confiados en su instinto y alejándose más y más unos de otros.

Viendo a *Catire* buscar el rastro, Taparita y Miguel exclamaban:

—¡Piazo e perro! ¡Mírelo cómo trabaja!

—Ese levanta de donde no hay.

—Ya cogió el rastro. ¡Ahí va empinado!

—¡Oigalo cómo campanea!

En efecto, el perro estaba ya sobre el rastro y se alejaba, ladera abajo, hiriendo el aire con un ladrido frecuente.

Victoria lo vió pasar y sus miradas lo siguieron hasta que se perdió de vista tras una loma... ¿Pero qué le sucedía a ella que no se enardecía ante el espectáculo del animal disparado sobre el rastro de la presa? ¿Por qué le resultaba ahora tan indiferente y hasta aburrido todo aquello que la rodeaba y que siempre le había producido un intenso placer?... El monte dorándose de sol; el vasto espacio por donde corría el fresco viento libre; los alegres latidos de los perros multiplicándose por el eco de las hondonadas silenciosas; la ansiedad de la expectación con el oído atento a los mínimos rumores del pajonal y la mano trémula en el gatillo; la pieza que de pronto se pone a tiro, un instante apenas, el disparo certero, la cabriola mortal del venado herido en el salto... ¡Cuán tonto y fastidioso parecíale ahora todo aquello!

Se tendió sobre la hierba, puso a un lado la escopeta y opoyando la cabeza sobre las manos entrelazadas, de cara al cielo, se abandonó a sus pensamientos, que eran, ahora, lo único interesante sobre la tierra.

Nunca había experimentado emoción comparable con aquella con que dió los primeros pasos del *foxtrot* que iba a enseñarle Osuna; pero no por éste, que seguía pareciéndole ridículo, como se lo pareció desde el primer momento, cuando por la rendija de las puertas se puso a observarlo, ni tampoco por el baile mismo, en el cual, mal que bien, ya se había ejercitado con sus amiguitas, sin encontrarle nunca nada que la entusiasmara; sino por lo que se había propuesto al tomar aquella ingenua decisión, y que desde los primeros compases ya le pareció que comenzaba a lograrlo: la conquista del dorado mundo donde reinaban las Alcoy, que no eran tan bonitas como ella, según afirmaba Osuna, ni quizá tan ricas, porque en su ingenuidad creía que nadie podía serlo como lo era su padre, que tenía un cofre ¡lleno de monedas de oro!... ¡Caracas!... ¡Una quinta suntuosa en

el Paraíso, trajes lujosos, automóviles, muchas amigas que la admiraran, fiestas espléndidas!

Ya el sol caía a plomo sobre las lomas y hondonadas.

¿Cómo había podido estar tanto tiempo tendida sobre la hierba, sin darse cuenta de la realidad circundante? Su padre ya no estaba con ella y era Taparita quien le hacía compañía. Lejos, oíase el ladrido de un perro, *Catire,* seguramente, que había perdido el rastro. Ya ella tenía el oído acostumbrado a distinguir, por el ladrido del perro, cuándo éste iba siguiendo el rastro del venado y cuándo lo había perdido. Hasta entonces no había sonado un disparo en toda la extensión del lance, a menos que hubiese estado tan absorta que no lo advirtiera... Ahora reinaba un vasto silencio, ¡tan hondo, tan triste, pesado y aburridor! Ahora sonaba el cuerno del perrero detrás de los cerros de Torrequemada..., ¡y un grito largo, lleno de melancolía!... ¡Qué lejos estaba el lance!

—¡Qué fastidiosa es la vida del monte!

—¡Vaya que por fin vuelve usted en sí!—exclamó Taparita—. Hace rato que estoy aquí esperando a que se dispierte, sin que haiga estado dormida, para volver a repetirle lo que ya le he dicho varias veces: que le manda a decir don Hilarito que se puede regresar conmigo para la casa, porque él ha seguido con los señores para los lados de Torrequemada y no volverá hasta mañana o pasado.

—¿Y por qué no me lo dijo él cuando se fué?

—¡Cosas de don Hilarito!

—Sí, para que no fuera yo a decirle que quería ir con ellos—respondió a sí misma y en seguida soltó la carcajada—. Papá se está imaginando que yo me he enamorado de Osuna. No sabe de la misa la media.

—¿Y es que hay misa, niña Victoria?—interrogó Taparita, intencionadamente.

—¡Y cantada, viejo!

Se incorporó, se echó al hombro la escopeta y dijo:

—Vámonos, Taparita.

—Vámonos—repitió éste. Y mentalmente—: ¿Ansina es la cosa? Y después dicen que más sabe el diablo por viejo

que por diablo. Viejo soy yo, pero con todas estas cosas del padre y de la hija me estoy quedando en la luna.

VII

Por el momento, Hilario había logrado salirse con la suya, pues gracias al ardid de hacer ahuyentar de por allí la cacería, se había llevado a sus huéspedes al potrero de Torrequemada, que era también de su propiedad, y donde abundaba la caza y había un rancho para pernoctar.

Además, allá tuvo oportunidad de cobrarle a Osuna el mal rato que le había hecho pasar, haciéndole meterse por breñales y despeñaderos y zahiriéndolo a cada momento:

—¡Arriba, amigo! Esto no es tan sabroso como bailar *foxtrots;* pero el cazador tiene que hacerse a todo. No le tenga grima a las garrapatas y rejienda ese pajonal, cerro arriba.

Y con esto y las cuchufletas de los Hanssen y las ironías del ministro, por las noches, en el rancho, purgó sobradamente Osuna su pecado de galanteador. Tan sobradamente, que cuando regresaron a Cantarrana y sus compañeros se dirigiron a la Casa Grande a despedirse de Adelaida y de Victoria, él se quedó en la de Tejas dándose una fricción de aguardiente para quitarse las garrapatas que le chupaban la sangre, y renegando de la hora en que se le ocurrió meterse a cazador.

Pero aún Hilario tuvo que vérselas con Victoria. Lo primero fué encontrarla enfurruñada cuando trató de dirigirle la palabra, pues en sus bravatas con la hija, siempre era él quien daba el brazo a torcer; luego tener que soportar la impertinencia con que ella, cada vez que él entraba en la casa, ponía en el fonógrafo el disco del *foxtrot* que había bailado con Osuna y cogiendo una silla comenzaba a ejercitarse, para darle a entender que sólo en esto pensaba, y finalmente, el estallido de uno y otra:

—¿Es que ya no tienes más pensamientos sino el baile?

—¿Es que también te molesta que baile con las sillas?

—Porque ya veo que no lo haces sino por molestarme.

—No, papaíto—replicó, sarcástica—. Lo que te pasa es que te espantas de tu sombra.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que no te gusta que me agrade el baile, cuando esto, en mí, no es sino herencia tuya, que te la pasas en un solo joropo en todos los ranchos de la hacienda.

—¡Cómo!—rugió Hilario.

—Como estuviste ayer en el del Alto de Urape, muy entusiasmado con la hija de Rosendo.

Y dicho esto, Victoria se retiró de la sala dejándolo entregado a su indignación.

Acudió Adelaida a reprender a la hija y entonces Hilario se encaró con ella:

—¿Has oído la altanería con que me ha hablado tu hija?

—¿Qué es eso de "tu hija"?—protestó Adelaida con su habitual mansedumbre—. ¿Acaso tengo yo la culpa de que no hayas acostumbrado a Victoria a respetarte, a fuerza de tanto mimarla y celebrarle las malacrianzas?

—¿Quieres decir que yo soy el culpable?

—De eso sí—respondió ella con reposada firmeza. Y dulcificando todavía más la voz no acostumbrada a formular reproches—: Y de lo otro también, Hilario. No apruebo que Victoria te haya hablado como lo ha hecho, y ya la castigaré; pero, aquí entre nosotros, tú tienes que reconocer que te ha dicho la verdad. Si tú...

—¿Si yo qué?—atajó Hilario con voz rugiente.

—Nada, nada. Ya he debido comprender que ahora no estabas para oir razones.

—¡Ni ahora ni nunca!—concluyó el marido, y le volvió la espalda.

Aquella misma tarde el arriero que regresaba de Caracas se detuvo al pie de la escalinata de la Casa Grande, donde estaba Victoria entregada a sus sombríos pensamientos, y dijo:

—Niña Victoria. Aquí le manda misia Carmelita.

—¡Cartas de abuelita!—exclamó ella, bajando en carrera los escalones.

—Dos cartas para usted y la señora, y este pequetico que me parece que son periódicos. Me recomendó que se los entregara a usted en sus propias manos.

Victoria abrió la carta dirigida a ella, con gozosa impaciencia, como siempre que las recibía de la abuela, y allí mismo, sentada en la escalinata, púsose a leerla:

"Mi querida nietecita: Ayer estuvo por aquí un joven a quien yo no conocía, de apellido Osuna, hijo de una antigua amiga mía, que se presentó diciendo que venía a conocerme, pues siempre había oido a su madre hablar muy bien de mí; pero desde las primeras palabras se dejó descubrir la hipocresía el muy bribón, pue me dijo: "Hace unos días tuve el gusto de conocer a una nieta de usted, muy simpática." ¡Ah pícaro—le respondí—. ¿Y vienes a conocer a la abuela para hablarle de la nieta, que seguramente te tiene trastornado el juicio? Por supuesto, no se lo dije de veras, sino lo pensé solamente, y ahora te pregunto a ti: ¿qué brujería le echaste a ese muchacho, que estuvo más de dos horas hablándome de lo buenamoza, simpática, inteligente, graciosa, distinguida y qué sé yo cuántas cosas más que le pareciste?"

—¡Abuelita! ¡Abuelita!—exclamó Victoria con la faz encendida en júbilo.

"No te imaginas el placer que me causó el joven con los elogios que hacía de ti, aunque me quitó el sueño para toda la noche, pues no hice sino pensar en ti y en tu mamá. Pero no te cuento esto para hablarte de Osuna—¡cuidado como se te ocurra enamorarte desde tan jovencita!—, sino para decirte que pasé un rato muy agradable oyendo hablar de ti. ¡Conque estás muy bonita! ¡Qué ganas tengo de verte! En tu última carta me dices que por fin tu papá ha convenido en dejarlas venir a pasarse la Semana Santa conmigo. ¡Ojalá no se quede en promesa, como tantas otras veces! Aquí estoy pegada a los Santos, pidiéndoles que le ablanden el genio y las deje venir. Yo, como siempre, entre mis viejas y mis perros, sola y triste en este caserón, pero resignada a la voluntad del Señor. Junto con ésta te mando una revista que me dejó Osuna, para que te la enviara, que publica re-

señas del Carnaval y retratos de las muchachas que formaron las principales comparsas. Ahí verás cómo hablan de tus parienticas, las Alcoy. ¡Qué tristeza me da cuando pienso que tú no conoces todavía el mundo ni sus alegrías, que son un don del Señor, hecho para que todas sus criaturas disfruten de él y alaben a su Autor! Pero me consuela saber que tú te sientes feliz en el género de vida que llevas. Haces bien, hijita, la alegría está esparcida por el mundo, por la mano de Dios, como la luz y como el aire. No vayas a pensar, por lo que más arriba te digo, que sólo se encuentra en la ciudad y en los salones: allí también está... Pero déjate de estar correteando tanto por esos montes para matar animalitos indefensos. Te vas a llenar de garrapatas, mijita. Te besa y te bendice tu abuelita."

—¡Ah abuelita querida!—volvió a exclamar Victoria—. Siempre debe terminar con algo que haga reir.

Y estampando tres sonoros besos sobre la firma de la abuela, oprimió la carta sobre su pecho, murmurando:

—¡Abuelita! ¡Abuelita! ¿Cuándo será que podré abrazarte de veras?

Luego abrió el paquete donde venía la revista que le mandaba Osuna.

En la portada, bajo un letrero que ponía: "Su Graciosa Majestad la Reina del Carnaval", traía un retrato de Antonieta Alcoy.

Victoria sonrió, contemplándola. ¿Era, acaso, Antonieta un dechado de perfecciones, como decía la galante leyenda al pie del fotograbado? Bonita era, indudablemente, y elegante y muy distinguida; pero... "No tanto como usted", había dicho Osuna... Luego, si ella viviera en Caracas y frecuentara aquella sociedad elegante, ¿no la habrían preferido a ella para elegirla reina del Carnaval?

Cerró los ojos y dejó que su pensamiento vagara una vez más por el florido mundo de sus ambiciosos sueños recién nacidos, y así estuvo largo rato, reclinada contra el barandal de la escalinata, hasta que Adelaida fué a sacarla de su ensimismamiento.

—¡Ah! Toma. Carta de abuelita.

Y mientras Adelaida leía la carta de la madre, que no venía sino a renovarle la pena de no estar al lado de ella, Victoria púsose a hojear la revista que reseñaba las fiestas del Carnaval.

En la plana central, otra de sus famosas parientas: Antonieta rodeada de su corte de honor, compuesta por señoritas de la más distinguida sociedad de Caracas; Carlota ostentaba un gracioso disfraz que, según la revista, había llamado la atención por su lujo y buen gusto en aquel baile de máscaras de Villa Alcoy, del cual ya Osuna le había dicho que sería la nota culminante del festival; una fotografía del salón de Villa Alcoy que tenía fama de ser uno de los más suntuosos y de más auténtico buen tono de Caracas, y otra del jardín donde fué servido el obsequio y que el cronista calificaba de "verdadero jardín de hadas", y, finalmente, una reseña del baile en la cual el revistero, después de afirmar a cada momento que no había palabras para describir aquello, le ponía tres o cuatro adjetivos a cada cosa y todavía le quedaban para finalizar: "En una palabra: ¡maravilloso, fantástico, embrujador, miliunanochesco!"

Victoria leía anhelante, encendido el rostro, trémulas las manos, y al concluir tomó entre las suyas las de la madre, y exclamó:

—¡Mamaíta! ¡Cuando nosotros vivamos en Caracas y demos un baile y se diga de nuestra casa todo lo que aquí dicen de Villa Alcoy! ¡Qué dicha! Ya me parece estar viéndolo. Mira, mamaíta: dirá así, lo mismo que aquí dice: Una fiesta de hadas en Villa Guani...

Se llevó las manos a los oídos, con un gesto de dolor lancinante, exclamando:

—¡Huy!

—¿Qué te pasa?—interrogó Adelaida, asustada.

—Que me ha sonado más feo que nunca mi apellido. ¡Qué feo es mi apellido, mamaíta! No me explico cómo conviniste en llevarlo.

—¡Niña!—exclamó la madre—. ¡Si te oyera tu papá!

A tiempo que Victoria rompía a reir del chasco que se

había llevado cuando más encumbrada estaba en sus sueños de grandeza.

Pero al cabo de un rato volvió al lado de la madre, y sentándose junto a ella, le hizo esta pregunta intempestiva:

—Explícame, mamaíta: ¿por qué no quiso papá adoptar el apellido del abuelito?

Nunca se había tratado de este asunto entre ellas y el tema era violento para Adelaida.

—¿Cómo te lo explicaría?—respondió al cabo de un rato—. Caprichos de Hilario. Orgullo.

—¡Ah! ¿Caprichos, orgullo? Pero tenía derecho a llevarlo, ¿verdad?

—¿Derecho?... Pero ¿a qué viene esto, Victoria? Anda. Vete a pasear. ¿No vas a salir esta tarde?

—Es que yo he oído decir que abuelito quiso varias veces reconocer a papá como hijo suyo y papá se negó. ¿Es verdad eso?

—Sí, es verdad.

—Eso era lo que yo quería saber—dijo Victoria poniéndose de pie—. Luego si yo quisiera ponerme Del Casal...

—¿Qué estás pensando, Victoria?

—Tendría derecho, ¿verdad?

—¡Qué sé yo, hija!—replicó Adelaida, llena de confusión y de vagos temores.

Victoria permaneció unos instantes cavilosa paseándose a lo largo del corredor, con los brazos cruzados sobre el pecho, y de pronto, echándolos al aire y transfigurando el rostro, lanzó aquel grito que había aprendido de Hilario, grito de guerra y de triunfo, seña de los Guanipas impetuosos:

—¡Jipa!

Y en seguida una carcajada, bandera desplegada al viento, mientras, ante la mirada atónita de la madre, se precipitaba por la escalinata al jardín que rodeaba la casa.

Y una nueva zozobra se aposentó en el corazón de Adelaida. El ambicioso sueño de Victoria de brillar en la alta sociedad de Caracas, apenas nacido y ya afán impetuoso, la temeraria ingenuidad de adoptar el apellido Del Casal, vis-

lumbrado a través de las palabras que acababa de oirle y, por otra parte, los graves recelos que siempre le habían inspirado los ímpetus de aquella sangre que la hija llevaba en sus venas, sangre de una raza trepadora que ante nada se detenía, todo esto era más que suficiente para que el medroso corazón de Adelaida se colmase de sombríos temores.

Ya reina la noche, fosca sobre los campos, espolvoreada de estrellas arriba, tibia y pesada, Suena sin pausa la melancolía adormecedora de los grillos; dentro de los cafetales vuela, silencioso, el enjambre de las luciérnagas rayando de luz las tinieblas profundas; se oye graznar las lechuzas y de allá abajo, de un rancho distante, sube un cantar melancólico al son quejumbroso de un cuatro.

Y pasan las horas y todavía Adelaida se está preguntando:

—¿Qué suerte le estaría reservada a Victoria? ¿Por qué caminos podría lanzarla aquel inmoderado afán de grandezas que acababa de nacerle dentro del apasionado corazón?

VIII

Entretanto, Hilario empeñado en no escuchar razones.

Porque era cierto que en el joropo del Alto del Urape había estado él muy entusiasmado con la hija de Rosendo Zapata, que después de varios años pasados al arrimo de unas tías maternas en uno de los pueblos de Aragua, había vuelto al lado del padre.

Desde pequeña había sido Florencia una mulatica buenamoza y vivaracha; pero al doblar los quince años se convirtió en un verdadero prodigio de belleza rústica y por eso resolvieron las tías enviársela al padre. Era mucho lo que les daba que hacer el mocerío alborotado por la hermosura de la muchacha.

Y era Rosendo Zapata aquel guerrillero que se había prestado a ayudar los planes de Hilario cayendo con su montonera sobre Cantarrana, administrada por aquel Olaizola

amigo de Jaimito del Casal, en los precisos momentos en que debía recogerse la cosecha de café.

Cansado de andar fugitivo por los montes, después del fracaso de aquella revolución, el comandante Zapata había buscado refugio a la sombra de Hilario, ya propietario de Cantarrana y con ascendiente sobre las autoridades de la región, y éste, que siempre estaba dispuesto a mostrarse agradecido con todo aquel que le hubiese prestado alguna cooperación de sus tiempos de lucha, le brindó amparo, le aseguró la libertad bajo su fianza y luego lo empleó como caporal de sus peonadas, más que por utilizarlo en el trabajo de la hacienda, para lo cual no lo necesitaba, por pagarle una vez más aquellos servicios y, al mismo tiempo, tenerlo a mano para cualquier emergencia de armas tomar.

Pero de la humilde condición de capataz no había logrado elevarse Rosendo en los quince años que llevaba en Cantarrana. Ignorante y cerril, descentrado de su verdadero campo de acción, que eran la revuelta y el pillaje, el terrible comandante Zapata, producto de la guerra y que sólo para ella servía, vegetaba sin gloria bajo las órdenes de Guanipa mientras la paz que reinaba en el país atrofiaba sus virtudes guerreras.

A veces, al contemplar desde la puerta de su rancho del Alto del Urape el monte túpido de sus antiguas correrías que le dieron la siniestra fama de los "quemarranchos", célebres por todos aquellos contornos, sentía la nostalgia de la guerra, que parecía haberse acabado para siempre, y entonces abandonaba el trabajo por espacio de varios días, comenzaba a emborracharse y desaparecía de la hacienda, sin que Hilario, ni nadie, lograra descubrir dónde se metía.

Refugiábase en las montañas túpidas de cereipos y araguaneyes que orlaban las cumbres de la sierra de la Guanipera, y allí, en la espelunca salvaje, dentro del jaral bravío, permanecía solitario hasta que las nostalgias de la revuelta hacían crisis. Entonces, con el ánimo más abatido, con la esperanza casi totalmente perdida, tornaba al Alto del Urape como si regresara de una derrota y volvía a ser el caporal, el mandadero de Hilario Guanipa. . . . . .

Ya del terrible guerrillero inutilizado por la paz sólo quedaba la memoria de sus hazañas. Ahora parecía un viejo bonachón: bajo sus espesas cejas revueltas, sus ojos, que antes despedían miradas relampagueantes de caudillo, tenían un triste mirar de vencido, y aquella barba que antaño le dio a su faz sombría un imponente aire marcial, era apenas, encanecida y mustia, asidero de la diestra inerme en el largo caminar de las nostalgias.

No obstante, la ferocidad no estaba muerta, sino dormida dentro de su corazón y en Cantarrana no había quien se atreviera a provocarlo, sobre todo cuando lo veían quedarse de pronto contemplando el monte tupido y lo oían murmurar:

—¡Ah, malhaya la guerra!

Que eran los síntomas precursores de aquel sombrío acceso de furor, tanto más peligroso cuanto que, no pudiendo lanzarlo a la guerra, por cualquier cosa lo lanzaba a las riñas.

Pero un sentimiento nuevo en aquel rudo corazón comenzó a transformar la vida de Rosendo Zapata.

Ya sé que estás muy contento con la venida de la muchacha—díjole Hilario.

—Contento es poco—replicó—. Ahora sí me voy a componer, don Hilario. Se acabaron para siempre las ideas para el monte y las maluquezas; ahora tengo aquí mi muchacha y necesito hacer con ella las veces de pae y de mae, para que esté contenta de hallarse a mi vera. Y a trabajar se ha dicho, a ver si logro reunir unos centavos para darle los gustos a la muchacha.

En efecto, durante las faenas de la hacienda mostrábase jovial con los peones y ganoso de trabajar, y apenas terminaban aquéllas, cuando antes se iba a la pulpería a jugar bolas y beber aguardiente, ahora cogía el empinado camino del Alto del Urape, a seguir trabajando en la reparación de aquel ruinoso rancho donde hasta entonces había vivido, como una bestia salvaje en su cubil, al inseguro abrigo de las rotas paredes y deshechas techumbres de barro y paja por donde se metían el viento y la lluvia, sin que estas in-

comodidades lo moviesen al más pequeño esfuerzo para evitarlas. En cambio, ahora se afanaba para que su muchacha, si no casa confortable y decente, tuviese, al menos, rancho limpio y bien abrigado, y mientras sus manos hacían de prisa la labor no acostumbrada, convirtiendo el tabuco en vivienda habitable, contemplaba a Florencia de reojo y se sentía feliz oyendo la perenne copla con que ella aligeraba sus trabajos o amenizaba sus ocios.

—¿Cómo mientan eso que estás cantando?

—*Adiós, mi negra.* Un corrido aragüeño que un cantador de allá me dedicó cuando me venía.

—Bonito es y tú lo cantas muy sabroso. Empiézalo otra vuelta.

Ella lo repetía y él volvía a decir:

—Bonito es cantado por ti—y a cada momento—: Da gusto verte trabajar, muchacha. ¡Ligera y contenta! Y todo te queda bien hecho: la ropa, que brilla de limpia y bien planchada; la comida, sabrosa. Hasta los animales se están poniendo más bonitos desde que tú los cuidas. Toas esas gallinas están gordas y buenasmozas. Y si son las matas de flores, ¡no se diga!, too eso que ahora luce tan verdecito y floreao, era un tiestero seco.

—Entonces yo soy la flor de la maravilla. Es que no tengo flojera, taita.

—Digo yo que debe de se también la alegría con que trabajas; porque el trabajo es como las mulas mañoseás, que si le descubren a uno que les tiene miedo, se arrochelan y no salen.

—La alegría es una cosa muy buena, taita. Yo por estar siempre alegre y me he salvado muchas veces de ponerme triste.

—¿Cómo es la cosa, muchacha? ¡Je, je! Ta güeno ese dicho: por estar alegre, te has salvado de ponerte triste. Y mira: se me ha contagiado tu güen humor. Esta mañana se rieron mucho de mí los muchachos. Estaban jalando el monte de un cafetal y yo me sentía tan contento, que cogí también mi escardilla y me puse a jalá, cantando una de esas coplas que has traído de Aragua; y tan entusiasmao

estaba, con mi copla y mi escardilla, que dijeron los piones: "Escuchen al viejo Rosendo, güelto una paraulata ajicera, de puro alegre que cantaba." Yo no pude menos de reirme y seguí callao un rato, ¡pero con más ganas de rompé a cantá otra güelta! Y hasta uno de ellos dijo: "Esa es la alegría de tené otra vez la muchacha en la casa." ¿Qué te parece?

Y al cabo de un rato:

—Oye, Florencia: ahora que está tan bonito el rancho, ¿no quieres que pongamos aquí, el domingo en la tarde, un joropito? Este plan provoca pa echá una güena joropeá.

—No me lo pregunte dos veces, taita.

—Pues vamos a poné un joropo el domingo. Hazte mañana una güena tinaja de carato de acupe. Tengo ganas de acordarme de mi tiempo, a ver si todavía sé escobillá un joropo, como mandan las reglas.

El primer invitado fue, naturalmente, Hilario. Cuando éste llegó, le dijo, al ver a Florencia:

—¡Compadre! Ya me habían dicho que la muchacha había venido muy buenamoza; pero no creí que fuera tanto. Y de un hombre tan feo como usted, ¿cómo ha podido salir esa preciosidad?

—Pues, pa que vea, compadre: a naide le falta Dios. Y no es na lo bonita, sino lo competente y lo hacendosa que es—y a la hija—: Bueno, pues, Florencia, quiero que el primer golpe lo bailes con el compadre don Hilario, que nos ha hecho el honor de vení a esta fiestecita humilde.

¿El primero?... Y el segundo y el tercero. Hilario no la soltaba y ella se sentía muy a gusto bailando con él.

—Mejor es así—se decía Rosendo—. Que baile solamente con el compadre, que es cohete quemado. No vaya a venir uno de estos mozos entradores de por aquí a ponerse a calentármele las orejas a la muchacha y a echármela a perder.

Nada de extraño tenía que Rosendo pusiera tanta confianza en Hilario: se la inspiraba el hábito de servirle con entera sumisión y el reconocimiento instintivo—porque reflexivo no podía ser un hombre como Zapata—de la su-

perioridad de quien se había levantado de la nada a esfuerzos propios, mientras él, por lo contrario, declinaba de guerrillero famoso a caporal anónimo.

Pero en seguida de haberse dicho aquello agregó:

—Además, perro no come perro.

Y ésta fué la primera manifestación de que, bajo aquel sentimiento que hacía que Rosendo viera en Guanipa al jefe natural, alentaba ese obscuro instinto de rivalidad que entre hombres de la especie de uno y otro, da a la amistad más íntima un fondo de odio mutuo e implacable, presto a estallar de un momento a otro.

En efecto, ya receloso, sin embargo, Rosendo se hacía el confiado, obedeciendo, involuntariamente, a una necesidad de la lucha, que era la misma que hasta allí se le disolviera en las nieblas negras de las nostalgias de la guerra, pero que ahora tenía un objeto preciso: la defensa de la hija, y un enemigo localizado: el compadre, por ser éste, precisamente, el hombre de quien más podía temer que se la sedujera.

Pero en el rudo corazón, todavía ganoso de pelea, el recién nacido amor paternal produjo una nueva manera de sentir.

—¡Hum! Mejor es prevenir que remediar. Después de todo, quien tiene la culpa soy yo, por haberle dicho a la muchacha que bailara con el compadre. Pero ya voy a estar acabando esta fiesta.

Invitó al arpista a un trago y momentos después éste decía, ya echándole la colcha al arpa:

—Bueno, comandante. Ya lo complací. Ahora debo irme porque tengo un joropo de compromiso en el pueblo y la hora es nona.

*

Esto fue lo que sucedió en el joropo del Alto del Urape, y decíase Hilario a sí mismo que de allí no habría pasado si Victoria y luego Adelaida no se hubiesen atrevido a echarle en cara su conducta.

En lo íntimo de su ser, avergonzábase de haber dado motivo a aquellos reproches de la hija, pues su mayor satisfac-

ción había sido oirla decir, como a menudo lo manifestaba ella, que estaba orgullosa de su padre. Cierto era que tal satisfacción no había impedido que él continuase observando fuera del hogar la censurable conducta del mujeriego sin escrúpulos a que lo impelían sus pasiones plebeyas, mas como se cuidaba mucho de que Victoria lo ignorase, le parecía que con ello bastaba para que no existiese lo vituperable de tal conducta.

Pero en esto había algo más que una vulgar hipocresía; había—sin que de ello fuese del todo consciente, desde luego—la ilusión de ser cual se lo imaginara Victoria, de que, simultáneamente con el Hilario Guanipa de pasiones bastardas, existiera otro, totalmente diferente y digno de reinar en el corazón puro de la hija. El Hilario Guanipa que él hubiera querido ser para Adelaida; pero no se lo permitió la vida, porque entonces era hora de luchas y para éstas no podían servirle sino sus instintos de presa. El hombre ideal, más o menos frustrado en cada hombre real, pero que en él, dadas las circunstancias de su origen y condiciones de vida, tuvo que quedarse totalmente relegado a la región de los vagos deseos que nunca llegan a convertirse en propósitos, a esa región que es como un limbo del alma donde todo es aliento fallido.

Pero al oir aquellos reproches de boca de la hija bienamada, al convencerse de que no era para ella lo que se había imaginado, sintió, de una manera obscura, pero íntima y dolorosa, que aquel Hilario Guanipa ideal no había existido nunca, y pensó que, siendo ya inútil mantener el engaño, podía entregarse libremente al otro, al de las pasiones plebeyas, al que podía codiciar a la hija de su caporal.

Y este impulso de despecho dio al traste con todo lo que, de vagos deseos, ya se estaba convirtiendo en propósitos a la sombra de aquella ilusión.

Desde la fila de los pomarrosos por donde iba momentos después de aquella violenta escena, veíase, abajo, la Oficina donde se beneficiaba el café, llena de la animación del trabajo; el gran patio enladrillado donde unos muchachos provistos de rastrillos removían el grano recién lavado que

allí se secaba al sol; los corredores del contorno, bajo los cuales un centenar de mujeres, sentadas ante las mesas de escoger, lo iban clasificando a medida que salía de las trillas y descerazadoras; el ir y venir de los peones que lo transportaban en sacos a los depósitos y de los arrieros que de allí lo sacaban para cargar las recuas de mulas que lo conducirían a Caracas donde iba a convertirse en dinero a espuertas, pues la cosecha había sido copiosa como nunca y el fruto había alcanzado aquel año un precio inusitado. Y en torno a esta actividad bulliciosa de los hombres y las máquinas, la otra, callada e invisible, de la tierra que seguía nutriendo los cafetales para la nueva cosecha, bajo la sombra tupida de los guamos y bucares que se extendían por lomas y laderas.

Días antes, en aquel mismo sitio, se había detenido a contemplar el mismo cuadro. Aquello era el producto de sus esfuerzos, la obra de veinte años de trabajo tesonero. Sin embargo, fueron sentimientos generosos los que experimentó:

—No puedo quejarme—se dijo—. La suerte me ha ayudado bastante y ya tengo más de lo que ambicionaba. Ahora, puedo darme el gusto de que mi mujer y mi hija gocen de la vida como merecen. Compraré una buena casa en Caracas y me las llevaré a vivir allá como gente. Así mi Blanca verá cumplido su deseo de estar cerca de su viejecita, que es lo único que ella ambiciona, aunque no lo dice, y Victoria gozará del mundo, con plata bastante para satisfacer todos sus caprichos.

Y como viese a Rosendo Zapata en la Oficina, ayudando a los arrieros a cargar las mulas:

—¡Lo que son las cosas de la vida! ¿Quién le iba a decir al comandante Zapata, cuando le pedí, por favor, que me prestara una ayudita, que al cabo de veinticinco años, él, que era el jefe, iba a estar trabajando de peón en la misma tierra donde, con sólo pegar un grito, ponía cien hombres sobre las armas, dispuestos a morir por él? Allá está ganándose un jornal para comer. ¡El pobre! Hay que ayudarlo, porque me ha servido con buena voluntad. Y ahora que está tan ilusionado con su muchacha, más lo necesita. Le voy a

dar la haciendita de la Guanipera para que la trabaje por su cuenta y gane unos realitos, ahora que el café tiene buen precio.

Y ahora, aunque era el mismo cuadro, los sentimientos fueron otros.

—¡Todo esto es mío y me lo debo a mí mismo! Y de aquí no salgo ni después de muerto, porque aquí me haré enterrar. ¿Quién se mide ahora con Hilario Guanipa? Allá está el comandante Zapata cargando sacos y la muchacha solita en el Alto del Urape. ¡Jipa!

Y cogió el camino que conducía al Alto del Urape.

A la sombra del árbol que le daba nombre al sitio y de cuyas ramas caía constantemente, con blando movimiento, la nieve de los pétalos que el viento deshacía, estaba Florencia junto a la batea, hundidos en el blanco borbollón de la espuma los morenos brazos desnudos, con una cayena en el moño y un cantar en los labios.

Hilario se detuvo a contemplarla tras la palizada. Ella volvió la cabeza, a un resoplido del caballo, y al verlo escondió los brazos desnudos y sonrió turbada.

—Buenos días, don Hilario. ¿Viene usted buscando al viejo, verdá? El estaba en la Oficina. Me dijo que iba a quedá a almorzá por allá porque y que tiene que despachá un café.

—Ya sabía que Rosendo no estaba aquí.

—¡Ah! Creí que venía buscándolo... Pero por ahí mismito vendrá, porque...

—¿No acabas de decirme que almorzará en la Oficina?

—Sí, pero... Como siempre me dice así y luego se presenta de golpe...

Hilario la miró sonriendo. Ella soportó un rato la mirada y luego volvió a su tarea para disimular su turbación.

—¿Es de apuro ese lavado?—preguntó Hilario.

—¿Por qué me lo pregunta?

—Porque no te deja acercarte a oir lo que tengo que decirte.

Después de unos instantes de vacilación, abandonó la ta-

rea y se acercó a la palizada, preguntando, sin dejar de sonreir, entre azorada y complacida:

—¿Qué es lo que tiene que decirme?

—Acércate más. Es un secreto entre los dos.

—Bueno, ya estoy cerquita—dijo, ya sin sonreir y con la soflama de la sangre cálida bajo las mejillas y en la lumbre de los ojos; y como Hilario no hacía sino devorarla con las miradas, volvió a preguntar—: ¿Qué era lo que me iba a decí?

—Que no te veía desde la tarde del joropo.

—¡Ja! ¡Ja! Eso lo sabía yo. ¡Miren qué cosa!

—Pero seguramente no sabías que desde esa tarde no he hecho sino pensar en ti.

Bajó los ojos y balanceando el cuerpo con movimientos de turbación infantil, comenzó a hacer pliegues y más pliegues en su delantal de zaraza roja.

—Déjese de eso, don Hilario. Usté es casao y más gente que yo.

—Contesta lo que te pregunto: ¿sabías que yo estaba pensando en ti?

—No—respondió al fin, sin alzar la vista, pero volviendo a sonreir.

—¿No lo sabías? Esa risa me está diciendo que sí.

—¡Guá! ¿Y por qué había de saberlo? Ni bruja que fuera.

—Estoy por creer que sí eres bruja, porque se me ha metido en la cabeza que alguna brujería me echaste en aquel vaso de carato que nos bebimos entre los dos, la tarde del joropo.

—¡Hoy sábado! No diga eso, don Hilario.

Hubo una pausa. Hilario la contemplaba en silencio, inflamado de deseos, esperando a que ella alzase los ojos y se cruzaran de nuevo las miradas, como quien aguarda, empuñando el acero que ya hirió, que el adversario se incorpore y vuelva a levantar el suyo, ya inofensivo. Así sucedió, al fin, Florencia alzó la cara y lo miró a los ojos. El tornó a preguntar:

—Lo sabías, ¿verdad? Confiesa que sabías que yo estaba pensando mucho en ti.

Ella asintió con un movimiento de cabeza, encendida de rubor gozoso la faz, y se miraron largamente.

Tras una vuelta próxima del camino se oyó un silbido. Florencia dijo:

—Por ahí viene gente. ¡Como no vaya a ser el viejo! ¡Váyase! Hágame el favor de dirse.

—Ya me dijiste que Rosendo no viene a almorzar.

—Pero otras veces me ha dicho lo mismo y siempre se aparece de pronto. El está muy malicioso desde la tarde del joropo. Ese silbido es de él. Acabe de dirse.

Hilario se enderezó en la silla, dispuesto a partir. Rápidamente dijo:

—Necesito hablar contigo, solitos los dos. Esta tarde, en la nochecita, te estaré esperando en Pozo de Rosa. Si te pregunta Rosendo, le dices que vas a buscar agua. ¿Irás?

Y ella, oyendo el silbido que se acercaba por el camino, llena de zozobra, respondió:

—¡Sí!

Hilario prosiguió su camino; ella volvió a su batea.

El Urape continuó desprendiendo su nieve de pétalos blancos.

*

Pozo de Rosa era un paraje sombrío del cauce pedregoso de un torrente que hinchaban las lluvias, pero que en la estación seca quedábase convertido en delgado arroyo. Antiguamente debió ser más caudaloso, pero las quemas de los bosques de las cabeceras lo habían empobrecido y amenazaban secarlo por completo, de donde tal vez se originó aquella leyenda que contaba Taparita, según la cual el pozo se había secado en una noche.

A causa de esta leyenda y por ser sitio apartado, de sombre y soledad impresionantes, corría la conseja de que allí moraba un "encanto": un lamento desgarrador que comenzaba a escucharse en cuanto anochecía. Nadie podía decir quo no lo había oído; pero tampoco había por allí quien se

atreviera a pasar por Pozo de Rosa a la hora del atardecer, y por esto y por ser sitio cercano al Alto del Urape, lo escogió Hilario para la cita dada a Florencia.

Arrendó su caballo al tronco de un árbol; se sentó sobre una piedra, al borde del remanso. Ya comenzaba a perder la paciencia, cuando, por fin, apareció Florencia.

Sin acercársele, desde la orilla opuesta del arroyo, le dijo llena de miedo y de prisa:

—Vine por no dejarlo esperando, pero ya me voy. El viejo está en casa desde tempranito y pa mí que ha sospechado algo. El que venía esta mañana silbando por el camino, ¿sabe?, era el muchacho que iba a llevá el almuerzo, y creo que le llevó el chisme de que lo había visto a usté por cerca de casa.

Hilario la oyó sonriendo, con imperturbable tranquilidad.

—Bueno, pues. Pero ya que viniste, vamos a conversar un poquito.

—No. Yo me voy. A papá se le pué ocurrí vení a ver qué estoy haciendo por aquí. Tuve que simulá que me había tropezado con la tinaja pa botarle el agua y podé tené un pretexto para vení.

—No tengas miedo. Por ahí tengo un vigía que nos avisará si viene Rosendo. Acércate. ¡Acércate, mujer! Siéntate aquí conmigo.

—No. Yo me voy.

Pero no se movía del sitio.

Hilario abandonó su asiento y fue por ella. La tomó una mano y la condujo al lugar donde había estado esperándola y allí, levantándola en sus brazos, la hizo sentarse sobre la piedra. Entretanto ella seguía diciendo:

—No. Yo me voy. Yo me voy.

—No te irás hasta que no te haya dicho lo que tengo que decirte—replicó con el tono imperioso que en aquellos casos empleaba, y al cual quizá debía la mayor parte de su éxito entre las mujeres. Y volvió a sentarse al lado de ella.

Florencia no resistió más. Mirándolo a los ojos, con expresión azorada, preguntó:

—¿Qué tiene que decirme?

—Que estás más linda que nunca y que me tienes loco por ti.

Le rodeó el talle, la atrajo sobre su cuerpo y la besó en la boca hasta que la hizo gemir.

Cuando por fin, sofocada, sin aliento, pudo zafarse de sus brazos, saltó de la piedra al suelo, diciendo otra vez.

—Yo me voy. Yo me voy.

El sonrió, seguro de que no se movería de allí, y le dijo, jugando con la presa, con felina complacencia:

—Anda. ¡Vete, pues!

Pero ella comenzó a lloriquear:

—Es mucha brutalidá mía habé venido. Yo no debo tené amores con usté, sabiendo que usté es casao.

—¿De dónde te salen ahora esos escrúpulos? Eso lo sabías tú desde el principio.

—Pero cuando una se enamora de repente, no piensa na en el primer momento. Después es cuando una viene a catá de ver lo que está haciendo.

Hilario soltó la risa. Ella repitió:

—Yo me voy.

—¿Hasta cuándo vas a estar con esa letanía?—y volviendo a emplear el tono imperioso, despótico—: No te puedes ir. Aquí estarás hasta que yo quiera. Ven acá. ¡Siéntate otra vez!

Florencia se echó a llorar. Gimoteando, decía:

—Usté ha hecho mal en enloquecerme como me ha enloquecío.

—Pues si es verdad lo que me dices, ya me vas a dar la prueba.

—¡No! ¡No! Yo me voy. Mañana...—comenzó a decir, atropelladamente, debatiéndose entre los brazos que habían vuelto a aprisionarla.

—¡Mañana, no! ¡Ahora mismo!

Pero en esto, alguien que acababa de aparecer por allí dio una voz de aviso:

—¡Don Hilario, ahí viene Rosendo!

Era el vigía que había apostado Hilario. Por dos veces había dado la señal convenida, emitiendo un silbido; pero

como advirtiese que don Hilario no abandonaba el sitio, fue a darle el aviso apremiante.

Florencia suplicó angustiada:

—¡Suélteme! ¡Váyase! ¡Escóndase!

Y el peón, por su parte, viendo que Hilario parecía dispuesto a esperar a Rosendo, con Florencia entre sus brazos:

—Sí, don Hilario. Mejor es que se vaya. ¿Quién no sabe aquí que usté es un hombre pa otro hombre? Pero quedándose no gana na, y yéndose ahora, too lo que usté quiera.

—Tienes razón, Severiano—continuó, soltando a Florencia.

Desamarró el caballo, montó y rápido desapareció en seguida por la vereda del monte por donde había llegado al pozo, desechando el camino que pasaba por el Alto del Urape.

Florencia puso en orden, rápidamente, sus cabellos destrenzados, y corriendo a donde había dejado la tinaja, comenzó a llenarla en el pozo. Severiano se quedó donde estaba, fingiendo acompañarla.

Llegó Rosendo. Exploró el sitio con una mirada rápida y al descubrir al peón pareció tranquilizarse.

—¡Guá! ¡Severiano! ¿Qué haces por aquí?

—Iba de paso; pero Florencia me dijo que la esperara mientras llenaba la tinaja, porque y que le tiene miedo al encanto que dicen que sale por aquí a esta hora.

—¡Encanto! ¡Jem!... ¿Hasta cuándo vas a está ahí, muchacha? ¡Anda pa tu casa!

Y entre dientes:

—¿Miedo al encanto? Menos miedo y más cuidao...

*

Aquella noche, Hilario llegó a su casa taciturno y sombrío. La humillación de la fuga ante Rosendo, por prudente que le hubiera parecido en el primer momento, le encrespaba, ahora, la cólera. Por primera vez en su vida había tenido que retroceder ante un hombre. Claro estaba que no lo hizo por miedo, pues había decidido esperar a Ro-

sendo sin soltar a Florencia, dispuesto a todo; pero de todos modos, fue fuga y era ahora vergüenza insoportable, sobre todo si Rosendo había descubierto que él estaba allí y escapó cuando lo sintió llegar, pues éste todavía tenía fama de ser el hombrón más peligroso de aquellos contornos, cuyo cacicazgo, aunque no lo ejerciera como en tiempos de sus terribles merodeos, aún nadie le había quitado, y nada podía ser para Hilario más intolerable, en aquellos momentos, que pensar que Rosendo se hubiese imaginado que él le temía.

Con este reconcomio aquella noche apenas probó dos o tres bocados, y en cuanto tomó el café, apurando la taza de un sorbo, se levantó de la mesa y abandonó la casa acompañado de uno de sus perros para dirigirse a la pulpería de la hacienda, adonde, entre noches, solía bajar Rosendo a la partida de dominó. Necesitaba saber, cuanto antes, si Zapata tenía algo que cobrarle. Pero éste no bajó aquella noche. Estuvo esperándolo largo rato y al cabo regresó a su casa.

En la cama, sin poder conciliar el sueño, lo recapacitó mejor. Más valía emplear la astucia que la fuerza. No era conveniente provocar una ruptura con Rosendo antes de que Florencia se le hubiera entregado. Esta, en verdad, no le importaba mucho en aquel momento, pues lo que le interesaba ahora no era el amor de la rústica, sino realizar su propósito, por el propósito mismo, por lo que tenía de afirmación de su voluntad y de su hombría. Florencia podía irse, indemne, adonde quisiera; pero Rosendo no se iría de Cantarrana sin la marca de la humillación. Ahora más que nunca, le resultaba intolerable la fama de hombrón que tenía su caporal; necesitaba acabar pronto con aquella molesta leyenda: en Cantarrana no había sino un solo hombre: Hilario Guanipa... Y más poderoso aún que todas estas reflexiones: un odio feroz, inexplicable y avasallador, que se le había desencadenado de pronto contra el antiguo cómplice y amigo fiel. ¿De dónde le venía este odio repentino?... Sería tan difícil como explicar de qué punto del espacio sale el viento que se enfurece de pronto, trepa y grita en la loma y se precipita por las laderas y azota y descuaja la montaña y se va silbando ciego y loco.

Al amanecer salió a poner por obra su plan. Contra su costumbre, Rosendo no estaba todavía en la Oficina.

—Esta mañanita estuvo por ahí—explicó Severiano—. Yo lo vi salir con un bojote bajo el brazo. Parece que vino a buscar una muda de ropa que tenía por aquí. Su ropa de trabajo.

Hilario se mordió las guías del bigote.

—Andate allá, Severiano. Dile que le mando decir que pase ahora mismo por aquí, porque me voy para Caracas y tengo que hacerle algunos encargos.

Dos horas después regresó Severiano diciendo que Rosendo no estaba en el Alto del Urape.

—¿Y la muchacha?

—Ella sí está. Por cierto que con los ojos muy coloraos de llorá. Estuve conversando con ella mientras esperaba a ver si llegaba Rosendo. Está muerta de miedo. ¡La pobre! Pa mí que el viejo le ha meneao al guarapo; tiene unos verdugones en los brazos, de chaparro.

—¿No te dijo por dónde andaba Rosendo?

—Que estaba haciendo unas diligencias en el pueblo. A mí se me ha metido en la cabeza, don Hilario, que Rosendo va a cogé hoy mismo su cachachá, rumbo a Aragua, con la muchacha, pa llevársela otra vez pa casa de las tías.

Hilario dio unos pasos, se detuvo, caviló un rato, y luego:

—Vuélvete allá. Embóscate por allí cerca y si notas algún movimiento de viaje, me vienes a avisar.

En seguida cogió el teléfono y llamó al Jefe Civil de Cantarrana, que era gran amigo suyo.

—Oiga, coronel. Creo que voy a tener que arrestar por aquí a una persona que... Bueno, yo le explicaré después. No tengo seguridad todavía; pero sería bueno que me mandara por aquí un policía, o al comisario, más bien. Mándeme al comisario, por si acaso hay que proceder. Yo quiero que sea la autoridad la que practique el arresto.

Se quedó un rato junto al teléfono, cavilando.

—¡No!—se dijo de pronto—. Así, no. De hombre a hombre.

Y telefoneando de nuevo al Jefe Civil:

—Mi coronel. Ya no hay necesidad. No mande al comisario. Ya la cosa está arreglada.

Entretanto, Severiano en su espionaje, rondando por el Alto del Urape, y cerca de allí, monte adentro, Rosendo vigilando.

Esperaba que Hilario, creyéndole ausente, se decidiera a ir al rancho donde Florencia estaba sola. Escondido en un mogote, con una carabina entre las piernas pasó todo el día observando los movimientos de Severiano, y por dos veces se había echado el arma a la cara, apuntando al espía de Hilario, pero reflexionó que ya tendría tiempo para cobrarle a Severiano su tercería y le perdonó la vida, por el momento. Era el compadre quien primero debía caer.

En la acechanza, dentro del jaral silvestre, sus viejos instintos sanguinarios se habían desatado, con toda la terrible fuerza que antaño le dieran la siniestra fama de capataz de los célebres "quemarranchos" y la nostalgia de los tiempos de revuelta volvió a adueñarse de su ánimo.

—¡Ah, malhaya la guerra! Pa probale al compae quién es entoavía el comandante Rosendo Zapata. ¡Maldita sea la paz! ¡Yo, que enantes, con sólo pegá un tiro paraba cien hombres armaos! ¡Ya estarían ardiendo todos los cafetales de Cantarrana! ¡Que un hombre como yo tenga que esconderse pa cobrá una ofensa! ¡Yo que siempre he dao la cara! ¡Ah, malhaya la guerra!

Así transcurrió aquel día. Al atardecer regresó Severiano a la Oficina.

—Aquello estaba tranquilo, don Hilario. No se ve movimiento ninguno de viaje. La muchacha estuvo toda la mañana enjoscá; pero al fin se cansó de está brava y se puso a lavá su ropa, cantando corríos, más contenta que nunca. Eso sí, Rosendo no ha aparecido por too aquello—hizo una pausa, puso una cara maliciosa y concluyó—: Ella le manda a decí que esta tarde lo estará esperando en la quebrá; pero no en el propio pozo, sino en la Cueva del Indio, ¿usté sabe?

—Ese lugar se lo indicaste tú, seguramente. Porque ella no debe de ser todavía tan baquiana.

—Ella me preguntó que dónde lo podía ver a usté esta misma tarde.

Poco después, Hilario cabalgaba camino de la Cueva del Indio. Tras una vuelta se encontró, de pronto, con Rosendo, que estaba preparado al borde del sendero, mirando hacia un sitio poco distante, muy absorto al parecer, pues no sintió llegar a Hilario.

Este dirigió sus miradas hacia donde Rosendo veía y divisó a Victoria que iba a caballo, por un sendero angosto que faldeaba una ladera de suaves pajonales. Le llamó la atención al caporal:

—¡Compadre! ¿Qué se ha hecho usted hoy? Ando buscándolo desde esta mañana.

—¿A mí?—replicó Rosendo abriéndose a un lado con instinto movimiento para quedar en guardia—. Estoy a su orden.

Hilario se hizo el desentendido y continuó con voz reposada sin quitarle la vista de las manos:

—Tenía que hacerte varios encargos, porque quería salir esta mañana mismo para Caracas. Pero como no me pude poner en ti, he tenido que dejar el viaje para mañana de madrugadita. Necesito arreglar las cuentas con la casa Hanssen y tal vez me quede por allá unos días.

—Pues güeno—replicó Rosendo en otro tono—. Ya le digo: estoy a su orden.

—Pásate esta noche por casa. Allá tengo el apunte de las cosas que tengo que encargarte. O mañana bien tempranito.

—Esta noche iré. ¿No dice usté que piensa salí con la fresca? Si lo dejamos pa mañana lo va a cogé el sol.

—Como tú quieras. Bueno. A eso nada más vine hasta aquí. Te vi desde lejos y como te andaba buscando...

La malicia y el rencor sonrieron en el fondo del tenebroso corazón de Rosendo; pero sólo dijo, con su habitual acento de mansedumbre:

—Iba pa casa y me paré aquí a respirá. ¡Ya ni pa caminá un rato largo sirvo! En eso oí que la niña Victoria me decía adiós.

—¡Ah! Sí. Por ahí va Victoria paseando.

Una leve sonrisa se dibujó en el rostro del caporal:

—Por cierto, compae, que estaba pensando que usté como que hace mal en dejá que su hija ande sola por esos caminos de montes.

—¿Por qué, compadre?—interrogó Hilario vivamente.

—Porque nunca faltan abusadores.

Hilario contrajo rápidamente el entrecejo y luego, con una sonrisa jactanciosa, replicó:

—¡Con ésa nadie se atreve, compadre!

—¡Quién sabe, compae! ¡Quién sabe!

Guanipa le clavó una mirada fiera. El la soportó impávido, para decir luego, echando a andar, como si no tuviera importancia alguna lo que acababa de suceder entre ellos:

—¡Güeno! ¿Quedamos en que hasta la noche?

—¡Hasta la noche!—contestó Hilario, como si respondiese a un reto, y castigando cruelmente al caballo, hasta hacerle sangrar los ijares se alejó del sitio.

—¡Ahora sí! ¡Y será esta misma tarde!

*

Rosendo llegó a su casa a tiempo que Florencia salía por agua, con la tinaja al cuadril. Verla dispuesta a volver al pozo, no obstante habérselo prohibido, y abalanzarse sobre ella, aturdiéndola a golpes, fue obra de un momento.

Ella retrocedía, tapándose la cabeza con los brazos, pero sin gemir, y cuando tropezó con la pared del rancho, se descubrió, alzó la cara llameante de cólera y dijo con una voz sorda:

—¡No me pegue más, taita! ¡No me pegue más!

—¿Que no te pegue? ¡Matarte debiera!—bramó Rosendo.

—Máteme si quiere; ¡pero no me pegue más!

Rápido, con un salto de chacal, Rosendo se abalanzó a la pared y sacó y blandió un machete que tenía clavado entre el cañizo del bahareque. Florencia alzó más la cara y desafió, extendiendo los brazos en cruz contra la pared:

—Déme. ¡Acabe de matarme!

Rosendo lanzó un rugido y lanzó lejos de sí el arma, a tiempo que exclamaba:

—¡Perra!

Sucedió un silencio. Florencia, sin cambiar de actitud, respiraba anhelante, con amplios movimientos del busto hermoso, fija la mirada en Rosendo. Este la miraba de pies a cabeza, centelleantes las pupilas, como si le pasara una llama por todo el cuerpo. Así estuvieron largo rato. Al cabo fue Rosendo quien capituló:

—Esto es lo que uno gana con queré a estas malas hembras.

Comenzó a rondar en torno al rancho, gruñendo. Florencia fue a sentarse en el umbral de la puerta, acodada sobre sus rodillas, bajo el mentón las manos apuñadas; y a medida que se le fue apaciguando la cólera empezaron a correr por sus mejillas copiosas lágrimas de un llanto amargo y mudo.

Transcurrió un buen espacio de tiempo. De las ramas del urape caían constantemente los pétalos deshechos, con un blanco movimiento, por el aire sereno del atardecer.

Rosendo monologaba entre dientes:

—¡Hacerme esto a mí el compae!... ¡A mí, que he sío sus pies y sus manos!... Bien sabía él, porque yo se lo había dicho, lo que era pa mí esa muchacha, ¿por qué debía, precisamente, sé ella la que se le antojara, pa dale gusto a su cuerpo?... ¡Caro le va a costá! ¡Como que me llamo Rosendo Zapata!... El, como que no se acuerda que el que me la hace a mí, está bailando en un tusero...

En esto vió, a través de un claro de la palizada, que Victoria venía por el camino del Alto. Súbita, acudió a su mente la frase con que le respondiera Hilario, poco antes: "Con ésa nadie se atreve."

—Esto es: con ésa naiden se atreve, porque es la hija d'él, que es el amo; ¡pero con la mía sí se pué atrevé él!... Porque la mía está rialenga y quizá se ha figurao que ella se debe dar por bien servía de que él se goce con ella... ¡Je! ¡Je!... ¿Y si se trocaran las suertes, compae?...

Al sentir que se acercaba Victoria, Florencia se metió

en el rancho. Rosendo también quiso ocultarse; pero ya ella lo había visto y saludaba:

—Adiós, Rosendo. ¿Cómo está Florencia?

—Alentá, niña Victoria—le respondió al cabo de un rato.

Victoria se detuvo tras la palizada.

—¿Qué le pasa, Rosendo, que está tan serio?

—Nada, niña. Será que no tengo ganas de réime.

—¿Ni de echá una caminadita conmigo? ¿No quiere acompañarme hasta Pozo de Rosa?

—¿Qué va hacé usté por ahí?

—Me ha provocado ir hasta allá. No voy por allí hace tiempo y hoy he oído hablar mucho del encanto de Pozo de Rosa. Ya la gente no se ocupaba de eso; pero hoy todo el mundo está recordando la leyenda.

Rosendo tardó en responder:

—Déjese de eso, niña Victoria.

Creyó ella que lo decía por supersticioso temor y fingió arrepentirse de su propósito, haciendo un mohín de miedo.

—¡Es verdad! Puede salirme el encanto y agarrarme por los cabellos y meterme de cabeza en el pozo. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y Rosendo, enigmático:

—O algo pior toavía, niña Victoria. Lo que está pasando en Pozo de Rosa no es motivo de risa.

Victoria acabó de creer que Rosendo tomaba en serio la superchería.

—Pero si no se atreve a acompañarme iré yo sola—aplicó espuelas y volvió a soltar la risa—: ¡El tigre del Alto del Urape le tiene miedo al encanto!

Cabalgó, cuesta abajo, hacia el pozo. Rosendo permaneció un rato en la puerta viéndola alejarse, y otra vez con la cólera desatada dentro del pecho, murmuró:

—¡Con ésa naiden se atreve!... ¡Pero con la mía sí! Con la mía sí! ¡Maldición!

Y echó a andar en pos de Victoria, sin saber lo que hacía, ni a qué iba...

IX

—Pozo de Rosa lo mientan y el cuento dice asina...

Muchas veces había estado Victoria en aquel sitio, escuchando de boca del viejo Taparita la pintoresca leyenda de amor y venganza, y otras tantas sola, recitándola en alta voz, sin haber experimentado nunca el más leve estremecimiento de miedo, porque no había rincón en Cantarrana que se lo infundiera, por más solitario y sombrío que fuese; pero esta vez no se atrevió a continuar.

—¡Qué tonta soy!—murmuró, tratando de infundirse valor—. ¡Miren que haberme asustado de mi propia voz!

Pero al pronunciar estas palabras volvió a sentir en sus espaldas la oleada del escalofrío del miedo que ya le había impedido continuar el cuento de Taparita, y agregó mentalmente:

—Como no vaya a resultar que, después de haberme burlado de Rosendo, sea yo quien le tiene miedo al encanto.

Había arrendado su caballo al tronco de un árbol y estaba reclinada sobre uno de los peñones del cauce de la quebrada, junto al pozo donde se arremansaba el delgado hilo de agua que por entre aquéllos venía deslizándose.

Nada de singular, ni mucho menos de impresionante, tenía aquel pequeño remanso, tan pequeño que no parecía capaz de contener ni el débil lamento que, según la conseja, salía de allí a la hora del atardecer; ni era, por otra parte, el verdadero Pozo de Rosa de la leyenda, aunque así lo denominaran algunos, pues el sitio que con tal nombre se designaba por allí era una depresión del terreno, algo distante de la quebrada, rodeada de lomas bajas y poblada de rosales silvestres en medio de una enmarañada vegetación de zarzas y helechos; ni era, finalmente, la primera vez que, como oyese hablar de que estuviera "saliendo el encanto", había ido ella a cerciorarse de si en verdad se escuchaban aquellos lamentos del remanso.

Pero una ambición nueva en su alma le había formado

una nueva manera de sentir la Naturaleza, y así como en la mañana de la cacería se le había convertido en objeto de aburrimiento lo que antes le causó entusiasmo, ahora la soledad y el silencio de los parajes sombríos no podían inspirarle sino temores.

No obstante, una vez más se propuso vencerlos, diciéndose, en alta voz y mirando al agua transparente del pozo:

—Ya va a salir el encanto... Ya se va a oir el quejido.

Pero no estaban sus nervios para burlas, y pronto volvió a quedarse en silencio, inmóvil, sin atreverse a cambiar de posición ni decidirse a marcharse, aunque mucho lo deseaba, porque se sentía llena de miedo en tensión, que al más leve movimiento se le convertiría en pánico, y por disimular todo esto se entregó a la contemplación del paraje.

Era verde la sombra bajo los altos árboles, verde y húmeda como un musgo impalpable; arriba, piaban dulcemente unos pájaros; por entre los peñascos del cauce el delgado hilo de agua se deslizaba con suave murmullo y entre los matorrales ya los grillos estaban afinando sus élitros para la nocturna sinfonía del bosque... Pero el silencio era un fantasma que estaba sentado sobre las blancas piedras del cauce escuchando aquellos blandos rumores.

Se incorporó rápidamente y se le escapó un grito de espanto; un hombre acababa de ocultarse dentro de un matorral... Un hombre que, de seguro, estaba acechándola, hacía rato. No pudo distinguir sus facciones; sin embargo, le pareció haber visto un rostro horrible.

—¿Quién está ahí?—interrogó, con voz estrangulada.

Nadie respondió, pero ella no se atrevió a repetir la pregunta, porque su voz medrosa, al turbar el silencio, parecía haber quebrado algo invisible y frágil; ahora todo era misteriosos rumores dentro de los matorrales.

Se le ocurrió que aquello anunciaba la aparición del "encanto" y le pareció que ya iba a oir aquel lamento que según la conseja helaba la sangre en las venas y dejaba convertido en piedra a quien lo escuchara, y ya no pudo contenerse más.

Corrió al lugar donde había dejado el caballo, montó

de prisa y huyó al galope, con el escalofrío del pánico a la espalda.

Momentos después, como la viese Adelaida llegar pálida y demudada, le salió al encuentro interrogando:

—¿Qué tienes? ¿Por qué vienes así?

No pudo contenerse y arrojándose entre los brazos de la madre rompió a llorar, con un llanto nervioso, entrecortado por singultos espasmódicos.

—¡Victoria, por Dios! ¿Qué te ha sucedido?—inquirió Adelaida, atribuladamente.

E Hilario, acudiendo, sobresaltado:

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde estabas? Habla. Cuéntame lo que te han hecho.

—Nada. Nada—respondió, retirándose de los brazos de Adelaida, ya más serena y tratando de sonreir—. Que me he asustado como una tonta.

Y refirió lo que acababa de sucederle.

Apenas dijo que un hombre había estado acechándola en Pozo de Rosa, cuando Hilario exclamó:

—Rosendo, ¿verdad?

Y acto seguido se precipitó a la escalinata, al pie de la cual había dejado Victoria su caballo.

Pero la mujer y la hijita tuvieron tiempo de interponerse, la primera se le abrazó al cuello, suplicante:

—¡Hilario, por Dios! ¿Qué vas a hacer?

—¡Matarlo! Suéltame, suéltame.

A tiempo que Victoria, abrazándose a él, trataba de tranquilizarlo:

—¿Cómo puedes saber tú, papaíto, que haya sido Rosendo, si yo misma no podría asegurarlo? Como tampoco puedo asegurar que realmente fuera un hombre aquello que me pareció ver. Quizá no fuera sino una rama movida por el viento. Con el miedo que yo tenía, cualquier cosa es un espanto. Además, ¿por qué creer que haya sido Rosendo, que siempre ha sido tan cariñoso y tan respetuoso conmigo?

Y Adelaida:

—Así es, Hilario. Tiene razón Victoria. ¿Por qué ha de

haber sido Rosendo, que es el hombre de tu confianza hace tantos años?

Dejó de forcejear Hilario, y dijo, con una voz todavía trémula de coraje, paro ya no amenazante:

—Bueno. Suéltame, mi Blanca. No saldré.

Y después de reprender a Victoria por haberse aventurado sola hasta el Pozo de Rosa, se volvió a su despacho, de donde había salido para enterarse de la novedad. Sólo que no volvía allí a continuar trabajando en los libros de contabilidad de la hacienda, sino a cavilar y a tomar las determinaciones del caso.

En el primer momento había sido aquel ímpetu: apagar para siempre los ojos de Rosendo, que se había atrevido a codiciar a Victoria, y luego saciar el resto de su cólera en la posesión de Florencia; pero como los instintos sanguinarios no eran en él sino momentáneos impulsos que no alcanzaban nunca la fuerza y la persistencia necesarias para que pudiesen determinarlo a obrar, la repentina ofuscación de sangre se desvaneció pronto, rechazada por la natural repugnancia que le producía el homicidio, dejándole el sitio a un instinto más suyo: la astucia, que le daría triunfo y complacencia de sí mismo.

Y volvió al plan de estratagemas, disimulos y alevosías que se había trazado y entre cuyas redes sutiles irían envolviendo a Rosendo.

Primero, alejar a Victoria de Cantarrana. Esta medida no era imprescindible. Otras podía tomar en resguardo de la hija; pero haciéndolo así, por una parte burlaba, de una vez por todas, los planes vengativos que hubiese concebido Rosendo y estando más tranquilo se haría más dueño de la situación; y, por otra parte, alejando de allí a Victoria y con ella a Adelaida, se libraba de los molestos escrúpulos de conciencia de las contemporizaciones que pudiesen detenerlo o apartarlo del camino que ya se había trazado como acababan de detenerlo, más que los brazos de la mujer y de la hija, aquellas preguntas formuladas por ellas, reproches envueltos en interrogaciones a las cuales sólo hubiera podido responder confesando la villanía de los propósitos

que abrigaba contra la honra de la hija de aquel hombre de su confianza que siempre se había mostrado tan respetuoso con la suya, y él no quería hacerse confesiones de esta naturaleza ni brindarle acceso en su espíritu a nada que pudiera disipar la obcecación a que quería abrazarse: no era él quien había ofendido a Rosendo, sino a la inversa, y ya no se trataba de seducir a Florencia, sino de cobrarle a aquél el agravio de Pozo de Rosa, pues tenía que haber sido Rosendo quien allí estuvo acechando a Victoria, y tenía que serlo porque él necesitaba una razón que justificase su conducta. No sabía o no quería confesarse por qué ni para qué la necesitaba; pero ello es que después de haber dicho, como días antes lo hiciera, que no quería oir razones, no había hecho otra cosa más que buscarlas y ahora se aferraba a ésta, que era la sinrazón misma.

Telefoneó a Vicente Alcober:

—Para decirte que acepto el ofrecimiento que me hiciste anteayer de los tres puestos vacíos de tu automóvil. Voy con Adelaida y Victoria.

Y en seguida salió en busca de aquel Severiano que en este indigno negocio venía prestándole su tercería y le dijo:

—Le he dicho a Rosendo que me voy mañana para Caracas y le he dado cita para que venga a casa esta noche a recibir las instrucciones para el trabajo de estos días.

—Y mientras él viene por un camino usted va por el otro—interrumpió Severiano, sonriendo.

—Sí. Pero la cosa está en saber por cuál de los caminos es que viene él.

—Eso es muy fácil. Yo me aposto en la boca de la vereda del Cafetàlito, y si él coge por la vereda hago un disparo, y dos si sigue por el camino real.

—Perfectamente. Eso era lo que tenía que decirte.

—Sí. Pero ahora se me ocurre que falta algo. Esa es la señal de allá para acá. ¿Y la de aquí para allá, cuando Rosendo, no encontrándolo en su casa, se revuelva para el Alto del Urape?...

—De aquí para allá no hace falta—respondió Hilario, de-

mostrando que, una vez logrado su propósito, ya no le importaban las iras de Rosendo.

Entretanto, Adelaida con sus zozobras.

A raíz de la violenta escena, sintiendo que sus piernas flaqueaban y que todo el cuerpo sacudido por un temblor nervioso que le hacía castañetear los dientes, había ido a sentarse en el sofá de la sala, al lado de Victoria, que ya estaba allí, silenciosa, acabando de pasar sus sustos.

Transcurrió así un rato largo y penoso. Adelaida sentía que su corazón quería darle un aviso apremiante; pero no entendía la misteriosa voz, no lograba precisar en ideas justas el vago sentimiento de lo que podía significar lo que acababa de suceder. Sólo comprendía que su hija había corrido un grave riesgo y por una causa que ella necesitaba descubrir.

—¡Gracias a Dios que por esta vez sólo fué un susto! Nada bueno podía resultar de esa libertad en que te ha dejado tu papá de andar sola, correteando por esos montes. Bastante lo había advertido: el día menos pensado vamos a pasar un rato amargo por causa de esas correrías tuyas, impropias de una señorita.

—Tienes razón, mamaíta—dijo Victoria, abrazándola—. Perdóname. No lo volveré a hacer.

—Ya procuraré que no vuelva a presentarse la oportunidad. Esta vez será Hilario quien tendrá que ceder.

Victoria se la quedó mirando extrañada. Era la primera vez que la oía expresarse con el tono de energía con que había pronunciado aquellas palabras.

—Bueno—concluyó Adelaida—. Vamos a comer. Anda a llamar a tu papá. Y pídele perdón también por el mal rato que le has hecho pasar.

En la mesa, como Hilario se manteneía en silencio, se prolongó la violenta situación. Adelaida hacía esfuerzos por aparentar serenidad, pero no se le borraba de la mente el cuadro atroz que se había representado, con lucidez de visión verdadera, al ver el efecto que al marido le había causado el relato de la hija. ¿Sería, realmente, Rosendo el hombre que estuvo acechando a Victoria en la peligrosa soledad

de Pozo de Rosa? Y si fue él, ¿tendría las diabólicas intenciones que Hilario y ella también le habían atribuído? Rosendo, que hasta allí había sido el hombre de confianza de su marido, ¿cómo era posible que de pronto...? ¿Por qué Hilario sospechaba de él?... Algo debía haber sucedido entre ellos que ella ignoraba. ¿Algún disgusto por causa del trabajo?...

Y ya le parecía que empezaba a entender el inquietante mensaje que le estaba enviando su corazón, cuando Hilario dijo, a tiempo de levantarse de la mesa:

—Bueno. Como ya se acerca la Semana Santa, prepárense para que se vayan mañana para Caracas.

Y como advirtiera la mirada de sorpresa que se cruzaban la esposa y la hija, agregó:

—¿No les había ofrecido que se pasarían la Semana Santa con misia Carmelita?

—¿Pero lo dices de veras, papaíto?—inquirió Victoria, ya totalmente olvidada de sus zozobras.

—¿Y por qué no ha de ser? ¿No querían ir ustedes? ¿No les ofrecí que las llevaría?

Adelaida no salía de su asombro. ¿De dónde surgía aquella determinación inesperada? ¿Qué relación tendría con los acontecimientos de la tarde?

—¿Por qué te lo has reservado para última hora? Necesitamos prepararnos. Así, tan de prisa...

—Porque lo resolví ahora rato. Vicente Alcober me llamó por teléfono para decirme que va mañana con su señora para Caracas y para ofrecerme los tres puestos que le quedan desocupados de su automóvil, porque ya me había oído decir que pensaba llevarlas a ustedes en estos días. Además, para arreglar una maleta que será lo que llevaremos, hay tiempo suficiente esta noche.

—¿Tú también irás?—preguntó Adelaida.

—Ya lo creo. Tengo que arreglar mis cuentas con los Hanssen. Me regresaré dentro de dos o tres días.

Victoria rebullía intranquila, trastornada por la alegría, y así que Hilario hubo abandonado el corredor, se arrojó sobre la madre, aturdiéndola a besos.

—¿Qué te parece, mamaíta? No hay mal que por bien no venga. ¿Quién iba a decírnoslo? ¡Cuando menos lo esperábamos!

Pero Adelaida no participaba de su entusiasmo y se limitó a responder:

—Así es tu papá. Nunca se sabe a qué atenerse con él.

*

Momentos después, Victoria en su habitación preparando el equipaje y Adelaida con sus pensamientos en el corredor, apareció Hilario en disposición de salir, diciendo:

—Voy hasta el pueblo a arreglar unas cuentas que tengo pendientes por allá. Si viene por aquí Rosendo, que me espere. Que me interesa darle instrucciones para estos días que estaré en Caracas.

—¡Rosendo!—exclamó Adelaida—. ¿Pero es que va a venir Rosendo después de lo de...?

—De eso no hay que hablar nada. Vendrá porque esta tarde le dije que tenía que darle instrucciones.

Y en seguida, ya en la escalinata:

—Además. ¿No dice Victoria que no fue Rosendo el hombre que estaba en Pozo de Rosa?

Y se dirigió a la pulpería, situada entre los dos caminos que conducían al Alto del Urape reuniéndose en el sitio donde ya debía de estar apostado Severiano, para hacerle la señal convenida.

Adelaida permaneció un rato pensativa, atenta a la misteriosa voz de sus presentimientos. De pronto se oprimió las sienes y exclamó:

—¡Ya complendo! ¡Ya me lo explico todo! ¿Cómo no se me había ocurrido antes, si estaba claro? ¡Claro como la luz del día!

Fué el repentino recuerdo de aquellas palabras de Victoria a Hilario, días antes.

—"Como estabas en el Alto del Urape, muy entusiasmado con la hija de Rosendo."

Era todo lo que quería decirle su corazón. Ahora se lo

explicaba todo y todo era horrible: Rosendo había ido a Pozo de Rosa guiado por un deseo de venganza. ¡Victoria iba a ser el precio de la honra de Florencia!

Se irguió de repente, ya no atormentada, sino transformada como bajo un nuevo soplo creador. Ya no era la Adelaida lánguida que a toda injusticia se había resignado, la esposa ofendida y traicionada que había renunciado a sus derechos, sino otra mujer nueva, animosa y resuelta: la madre que había sido amenazada en la hija propia y ahora quería salvar a la ajena, si era que todavía había tiempo.

*

Una hora después, cansado de esperar la señal convenida con Severiano, Hilario abandonaba la pulpería para regresar a su casa, diciéndose:

—Rosendo ha olido la trampa y no saldrá de su casa esta noche. Pero de ésta no se salva. Lo mejor es dejarlo tranquilo unos días, irme para Caracas verdaderamente, y luego, cuando más confiado esté, dar el golpe. Podría hacerlo arrestar esta misma noche y quedarme con Florencia; pero lo quiero con las manos libres para que después no diga que tuve que valerme de otros. ¡Hilario Guanipa no necesita de nadie porque él solo se basta! ¡Y sobra hombre!

Y en habiendo dicho esto le pareció que necesitaba demostrarlo en seguida:

—¿A qué tanto disimulo? Vamos a ver si es verdad que es tan fiero el león como lo pintan.

Y se encaminó por el atajo que conducía al Alto del Urape, decidido a jugarse la vida contra la de Rosendo.

—¿Severiano?—interrogó, al ver que alguien venía, sendero arriba.

—No es Severiano, don Hilario—respondió Taparita...

—¡Tú por aquí! ¿De dónde vienes?

—Del pueblo, de hacerle una diligencia a la señora.

—¿Del pueblo? Este camino no lleva sino al Alto.

—Jue que dejé el camino y rejendí por entre el monte, pa vení más ligero.

Meditó un instante Hilario y luego:

—Dime la verdad. ¿Qué diligencia de la señora es esa que vienes de hacer? ¿Acaso te ha mandado ella?

—Don Hilario... Piense usted que yo...

—Contesta lo que te pregunto. Quien no está conmigo está contra mí. ¿A qué has ido al Alto del Urape?

—Pues, ya que usted se empeña y es el amo, no me queda más recurso sino decirle la verdad: la señora me ha mandao a decile a Rosendo que se vaya de por todo esto con su hija esta misma noche.

—¿Y tú se lo dijiste?

—No. Porque ya Rosendo se ha día, según parece. El ranchó está desocupao.

Profirió Hilario una palabra colérica y luego:

—¿Y Severiano? ¿No te tropezaste con él por el camino?

—No, señor. No me he tropezao.

Otra vez quedóse Hilario pensativo y luego:

—Bueno. Sigue tu camino. A Adelaida no tienes que decirle que te has encontrado conmigo. ¿Sabes? ¡Cuidado como yo descubra que le has contado esta conversación!

Dejó que Taparita se le adelantara y cuando calculó que ya había llegado y despachado su comisión, se dirigió a la Casa Grande.

Todavía Adelaida estaba en el corredor, en el mismo sitio donde la había dejado una hora antes.

—¿Ya tienes preparado el equipaje?—preguntó con perfecta disimulación de sus sentimientos.

—Creo que ya Victoria haya terminado de arreglar el suyo.

—¿Y el tuyo para cuándo lo dejas?

—Yo no iré—respondió Adelaida, con serena firmeza.

—¿Cómo que no? ¿Por qué no vas?

—Porque he decidido quedarme.

Y aquella palabra "decidido", que jamás la oyera pronunciar Hilario, produjo en el ánimo de éste un efecto imprevisto, también. No se atrevió a insistir y apenas objetó:

—¿Y quién acompañará entonces a Victoria?

—Vicente Alcober y su señora, con quienes ya me he

entendido por teléfono. Porque ya se me había ocurrido que tú tampoco podrías ir.

—Pues si tú no vas no irá tampoco Victoria.

—Victoria sí irá, porque ya lo he resuelto así. Y no hablemos más de esto.

Y en diciendo así se retiró a su habitación.

Hilario hizo un ademán de despecho. Todo podía haberlo previsto, menos la actitud de quien nunca había querido hacer uso de su voluntad, y contra todo se hubiera atrevido aquella noche, menos contra esto.

Transcurrieron las horas y cada cual se fue a su cama: Hilario a desvelarse exprimiéndole todo el áspero sabor a la vergüenza de su derrota; Victoria a no poder dormir a causa del hirviente fantaseo de su imaginación, en vísperas de realizarse el dorado sueño de aquellos atormentados días: sólo Adelaida a dormir serenamente, pues todo lo que podía causarle algún gozo verdadero estaba en ella, era ella misma; el ser nuevo que tenía por delante una vida nueva, todavía de luchas, pero ya de triunfo seguro, porque para que se cumpliese el milagro había bastado que se decidiera a decir: esto quiero, y una vez dicho vió que era la cosa más fácil y sencilla del mundo; la voluntad redimida, aquella del carácter formado por la obediencia ciega para la sumisión absoluta, que ahora se decidía a ejercer su incontrastable dominio espiritual sobre el hombre de presa para librarlo de sus propios instintos y cumplir, así, la promesa que le hiciera a don Jaime.

Y la paz fue con ella, en premio de la fortaleza.

TERCERA PARTE

VICTORIA

I

MISIA Carmelita acababa de llegar de los ejercicios del Vía Crucis y estaba en su aposento despojándose, cuando sintió aquel estrépito que turbaba el habitual silencio de su casa, la entrepuerta del amplio zaguán que se abría de par en par, batiendo contra las paredes.

—¡Válgame el Señor!—exclamó—. ¿Qué será eso?

Se echó encima, de prisa, lo primero que encontró a su mano y asomándose a la puerta de su habitación que daba al patio, a lo poco que le permitía distinguir su vista escasa, preguntó:

—¿Quién es?

—Gente de paz.

—Adelante. ¿Qué se les ofrece?

—Hágame el favor de decirme, señora. ¿Es aquí donde vive una viejecita muy simpática que tiene una nieta en Cantarrana que la quiere mucho?

—¡Bendito sea Dios! ¡Si es Victoria!

Y salió a recibirla con los brazos abiertos, mientras Victoria corría hacia ella riendo a carcajadas.

—¡Abuelita! ¡Abuelita querida!—y sus besos restallaron durante largo rato.

La viejecita, menuda, encorvada y toda blanca la inquieta cabeza, pero todavía ágil y fuerte, en el transporte de su alborozo quería reir y llorar a un tiempo y la oprimía contra su pecho, la besaba en la frente, en las mejillas, en

la boca, en los cabellos, se apartaba para admirarla y volvía a abrazarla en seguida exclamando:

—¡Muchachita! ¡Muchachita! ¡Qué linda estás, criatura! Ya lo sabía por el retrato que me mandaste, pero el original es mucho más bonito que la copia. ¡Ya eres una mujer y no tienes sino dieciséis años! El tres de febrero los cumpliste. No te imaginas la alegría que me causas con tu venida.

Y era tanto su entusiasmo, que no se acordaba de preguntar por Adelaida. Fue después de un rato cuando interrogó, con una sombra de pesar en el rostro:

—¿Y tu mamá? ¿Cómo que no vino Adelaida?

—No quiso venir. Es preciso que te pongas brava con ella y la regañes cuando le escribas. Ahí te traigo una carta suya, donde te explica por qué no vino. Pero no te aflijas, abuelita; aquí estoy yo, y ya verás como dentro de pocos días se nos aparece mamaíta, porque ella no puede vivir sin mí.

—No será que no ha querido, mijita—replicó la abuela con aire apesadumbrado—. Sino que no ha podido, que no la ha dejado venir el ogro.

—Pues, para que veas: esta vez el ogro se ha portado a la altura de su deber—interrumpió Victoria, celebrando el mote que misia Carmelita le daba a su padre—. Fue mamá, que a última hora resolvió no venir. En su carta creo que te lo explica.

—Algún motivo muy poderoso habrá tenido para dejarme con las ganas de verla. ¿Y con quién viniste, entonces? ¿Con tu papá?

—Con Vicente Alcober y la señora.

—¿Por qué no han entrado? Diles que pasen adelante.

—Pero, abuelita, si Vicente está ahí en el corredor. ¿No lo ves? La señora se quedó en el hotel porque ha llegado muy mareada. Hemos tenido un viaje muy entretenío: se nos accidentó el automóvil y hemos pasado todo el día en el camino.

A tiempo que misia Carmelita, acudiendo a saludar a Vicente Alcober:

—¡Válgame el Señor! Perdóneme, Vicente, que no lo

haya visto. Con la alegría de ver a esta muchachita en mi casa me he quedado más cegata de lo que estaba. Siéntese.

Y en seguida comenzó a pedirle noticias de las numerosas amigas que tenía en el pueblo, de cuando iba por allá, muchas de ellas ya muertas.

—Es verdad. También me lo escribió Adelaida. ¡La pobre Concha Ruiz! ¡Tan buena amiga que era! Dios las tenga en su gloria a todas las que se me han adelantado. Como hace tanto tiempo que no voy por allá y como estoy tan vieja, Vicente, ya no sé ni lo que digo.

—Es verdad, misia Carmelita: no ha querido usted volver por allá.

—¿No he querido? No he podido, hijo. Con lo llena de achaques que ando, no estoy para coger caminos que no sean el de Tierra de Jugo. Ya no sirvo para nada, Vicente. Aquí me la paso con mis tristezas. Y con mis viejas, que también son tristezas, hijo. Ahora se me disiparán mientras tenga aquí a esta querida loquita que me ha traído usted cuando menos la esperaba.

Entretanto, detrás de la romanilla del corredor estaban cuatro de las cinco viejas que vivían con misia Carmelita, atisbando por las mirillas. Observaban a Victoria calándose las gafas o subiéndoselas a la frente, según el modo de ser de sus agotadas vistas, y cambiaban entre sí sus impresiones que, para las más de ellas a la distancia a que se hallaban, eran casi puramente auditivas.

—¿Es bonita, Dorila?

—Sí, me lo parece, misia Asunción.

—Pero como que es un poco alocada.

—¡Qué sabroso se ríe! Por la risa parece simpática...

—Ya veremos, misia Asunción. Por lo pronto, silencio como que no va a haber mucho en esta casa de ahora en adelante.

Se retiró Vicente Alcober. Victoria volvió a saltar al cuello de la abuelita, la cubrió de besos y luego, plantándose por delante:

—¿Qué te parezco, abuelita?

—¡Linda, muchachita! Ya te lo he dicho; pero si te gus-

ta oirlo te lo repetiré: preciosa me pareces. ¡Ah, muchachita!

Al mismo tiempo que, detrás de la romanilla una de las viejas, de apellido Yélamo, murmuraba:

—¿Está oyendo, misia Asunción? ¡Vanidosa, vanidosita! Como todas las muchachas de esa edad. A mí no me hacen gracia.

*

—Bueno, mijita. Ven para que te acuestes un rato a descansar de ese viaje tan largo que has tenido.

—¡Acostarme, abuelita! A cambiarme de traje es a lo que voy para salir a pasear contigo por Caracas.

—¡Válgame el Señor! ¿Salir a estas horas? No, criatura. Deja eso para mañana. Ahora te quitas ese traje, te reposas un rato para que no te haga daño la comida, que ya va siendo hora. Ven.

Y la condujo a su habitación.

Pero, ya al entrar, vio Victoria a las viejas que se retiraban del comedor y preguntó al oído de la abuela:

—¿Esas son tus viejas? Preséntamelas. Tengo muchas ganas de conocerlas. No te imaginas lo que me han divertido siempre las cosas que de ellas le cuentas a mamá en tus cartas.

—Ven para presentártelas.

—Dorita Cruz.

—Asunción Sanojo, para servirte mijita.

—Soledad Yélamo.

Y otra, también de apellido Yélamo, cuyo nombre no oyó bien Victoria, por lo cual desde aquel momento la bautizó: "la otra Yélamo".

—La nietecita de quien tanto me han oído hablar. Aquí la tienen.

—Victoria del Casal, para servirles.

Misia Carmelita se quedó boquiabierta al oir aquel patronímico inesperado, pero como advirtiese en seguida la guiñada que le hacía Victoria, nada objetó. Sólo para sí misma se dijo:

—¿Qué significará esto, Dios mío?

Y luego a las viejas:

—Bueno. Por la muestra, ya adivinarán ustedes que ésta es una loquita muy simpática que viene a acabar con la tranquilidad de esta casa. De modo que, vayan preparándose. Y tú, mijita, ven para que tomes posesión de tu cuarto. Te instalaré en la galería junto conmigo. No sé si podré soportar tal compañera; pero ahí veremos. Santa Rita, abogada de lo imposible, me ayudará a salir bien de este trance.

—¡Abuelita! ¡Lo mismo que en tus cartas!

Mientras tanto, "la otra Yélamo", allá en el comedor:

—¡Y qué del Casal! Guanipa, Guanipa es lo que es ella.

—¡Jesús, mujer!—replicó misia Asunción—. ¡Qué tirria le has tomado a la muchacha!

—Esta noche dormiremos en la misma casa—seguía diciendo misia Carmelita—. Mañana te arreglaré la que fue de tu mamá cuando era soltera, que todavía la conservo en la misma pieza que ella ocupaba, pero no tiene colchones. Afortunadamente mi cama es ancha, porque si tienes el sueño como la vigilia son muchas las patadas que voy a recibir esta noche.

—¡Ah! Con eso puedes contar, abuelita. De modo que te aconsejo desde ahora que cojas el lado de la pared, porque yo doy muchas vueltas durmiendo y cuando menos lo pienses te encuentras en el suelo.

La abuela se desmigajaba de risa oyéndola, y volvió a abrazarla y a besarla varias veces.

—Dios te pague la alegría que me traes, muchachita. Bueno. Ahora dame la cartita de tu mamá para leerla mientras tú te cambias de ropa. Cierra bien las puertas no vayas a coger un resfriado.

*

En su carta, después de encomendarle que no dejara que la viese Victoria, pasaba Adelaida a referirle, por primera vez, las veleidades amorosas de su marido y la peligrosa situación en que éste se hallaba; pero no para quejarse de

ello, sino para explicarle por qué juzgó necesario quedarse en Cantarrana. Decíale que ahora comprendía que su deber era permanecer al lado de su marido, no sólo para librarlo del riesgo que corría, sino también para emprender desde aquel momento la tarea de ir dirigiéndolo, poco a poco, por el buen camino, ejerciendo una suave y prudente presión sobre su voluntad.

Misia Carmelita, que había empezado a leer la carta abatida y triste, pensando en su pobre hija, sometida a la tiranía de aquel hombre, concluyó consolada:

—Así me gusta encontrarte por fin, hija. Tienes razón: tu deber está allá, hoy más que nunca. ¡Qué consuelo me produce saber que te encuentras con ánimos de emprender la tarea! No te faltará el apoyo de Dios. Muchas ganas tenía de verte; pero aquí tengo estas palabras tuyas, que me han llenado de satisfacción, y esta muchachita tuya que viene a alegrarme la vida. ¡Alabado sea el Señor que todo lo dispone del mejor modo!

Guardó la carta y fue a reunirse con Victoria, que ya salía vestida con un traje sencillo que realzaba su belleza.

—¡Estás preciosa, muchacha! Ven acá. Sentémonos aquí en el corredor a conversar. Tengo muchas cosas que preguntarte, sobre las personas de allá. Primero que todo de tu mamá y... de tu papá. Cuéntame: ¿cómo está Adelaida?

Y ciñéndole la cintura fue a sentarse con ella en el sofá del corredor.

Muy cerca de la abuelita, echándole el brazo al cuello y con la otra mano acariciándole la blanca cabeza, Victoria comenzó a responder a sus preguntas y a charlar de todo lo que se le iba viniendo a la memoria, con su manera de hablar, precipitada y vivaz.

Y eran su acento y sus risas rumores de juventud que hacía mucho tiempo no escuchaban los muros de aquella casa.

II

Antiquísima, acaso de las más antiguas de Caracas, era la casa de misia Carmelita. Apacibles corredores de techos bajos, sostenidos por pilares, en torno a un patio de tierra, en el centro del cual había un nicho de madera con una imagen de la Guadalupe en medio de una enmarañada vegetación de granadas, crotos y naranjos tiñosos y con muchos tiestos esparcidos por el suelo, los más de ellos con la tierra endurecida y árida, en largo abandono de cuidadosas manos; amplias viviendas dobles cuyos gruesos muros daban seguro abrigo y grata frescura; puertas y ventanas de arcos festoneados de caprichosas líneas, de una construcción primitiva, pobre y presuntuosa; pisos de ladrillos gastados y rotos; techos de obra limpia donde campaba la polilla, y paredes encaladas y revestidas de viejos papeles descoloridos.

La sala principal y la hilera de viviendas dobles que por un costado daban al patio, estaban incomunicadas del resto de la casa y alquiladas a un revendedor de muebles usados. En la salita, de una sola ventana para la calle, zaguán por medio con la principal, conservaba misia Carmelita el escritorio y los grandes estantes de deshechos libros de don José Angel y el resto que le quedaba de sus muebles de sala, austeros, como la lejana época de que databan, de caoba obscura y lisa la armazón, de cerda negra forrados los cojines de asientos y respaldares.

En aquellos muebles, bajo la solemnidad de los retratos de los antepasados, que fueron próceres, recibía misia Carmelita las visitas de etiqueta. Para las de confianza y para su particular entretenimiento, tenía, en el corredor frente a la puerta de entrada, un juego de amarillentos muebles de mimbre, donde se sentaba a disfrutar de la frescura y tranquilidad del patio o a distraerse un rato, por las noches, mirando hacia la calle.

Victoria charloteaba sin descanso y, al mismo tiempo,

desparramaba la atención por todos los objetos y particularidades de la casa y al fin exclamó:

—¡Abuelita! ¡Qué fea es tu casa!

—¿Te parece? ¿Y me lo dices así, sin disimulo?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Pero muy simpática, muy sabrosa. Mamá siempre está recordándola y me la había pintado como una delicia. Y ese viejerío que tienes por allá dentro, ¿de qué te sirve?

—A mí, de poco me sirve tenerlas aquí, como no sea que Dios me lo vaya apuntando en el haber de la cuenta que he de rendirle; pero a ellas, de mucho. Pobres viejas desamparadas, que tuvieron posición en la sociedad, algunas, y otras que rodaron por ahí hasta venir a parar a esta casa. Aquí tienen techo, y mal que bien, de lo que manda tu mamá y de lo que me paga el dueño de la trastovejería a quien le tengo alquilada la sala y esas piezas, reúno un pedazo de pan, que yo comparto con ellas. Aunque es Dorila quien lo reparte y siempre me deja a mí el pedazo más chiquito... Pero ¡las pobres!... Si no fuera por mí, estarían en la Beneficencia. Me distraen un poco: de día se lo pasan peleando y refunfuñando, yo las ayudo también cuando amanezco más chocha que de costumbre, y de noche, cuando Casamellano no está de guardia, jugamos a la lotería, y cuando no viene Casamellano, viene Conchita con el general Solís y ponen tertulia.

—¿Quiénes son ésos?

—Solís, un general colombiano que tiene un sinfín de anécdotas sumamente fastidiosas, de las guerras de su país; Conchita, una antigua amiga mía, muy amiga también de Solís, que se conoce al dedillo la genealogía de todas las familias de Caracas. Ambos vienen cuando Casamellano está de guardia en la fosforería, porque Solís es enemigo acérrimo de él y no quiere encontrárselo aquí. Esta noche no vendrán, porque hoy le toca visita a Casamellano.

—Y ese Casamellano, ¿quién es?

—Es el novio de Cándida, la hija de Dorila.

—¡Ah! ¿También tienes muchachas de novio? No me la has presentado.

—¡Muchacha! Doblando los cuarenta va ya la pobrecita Cándida. ¡Y fea! Lo único que tiene es virtud; porque, eso sí, es muy virtuosa. Ya la conocerás. Por ahí mismo debe de venir. Trabaja en una cigarrería, y Casamellano—su novio desde hace más de quince años—en una fosforería como vigilante nocturno y embalador. Un viudo que tiene tres hijas ya mujeres. De modo que, por cigarros y fósforos, no pasa trabajo Dorila, porque fuma más que un hombre ocioso.

—Dorila es la larguirucha de las cuatro que me presentaste, ¿verdad? ¿La de la nariz picuda?

—Esa. Muy buena mujer. Me cuida mucho; es la única que me sirve. Porque Asunción ya está decrépita; Anastasia, sorda, ciega y desentendida—a ésa no la conoces todavía—y si son las Yélamos, no hacen sino pelear una con otra.

—¿Es muy peleona la otra Yélamo? Ya se me había imaginado.

—¿Quién es la otra, Soledad o Dolorita?

—Pues si se llama Dolorita, será Dolorita. Le digo así porque no le entendí el nombre cuando se me presentó y porque me parece que una persona como ella no puede tener un nombre propio. Desde ahora te advierto que no la llamaré sino "la otra Yélamo".

—¡Je! ¡Je! Llámala como te plazca. Después de todo, no andas muy descaminada, porque ella y Soledad son como la cara y el sello de las monedas; andan siempre juntas, pero no se pueden ver la una a la otra.

—¿Y Casamellano? ¿Cómo es? ¡No! No me digas. Estoy deseosa de conocerlo, a ver si es como yo lo imagino—soltó la risa a lo grotesco y disparatado de su imaginación y agregó—: Te voy a decir cómo me lo figuro: así, largote y triste, como un camello cargado de casabe.

—¡Qué despropósitos se te ocurren! ¿Cómo es un camello cuando está cargado de casabe? ¿Y por qué ha de ser de casabe precisamente?

—Porque si no, no se parece a Casamellano. Yo tampoco sé cómo es un camello, pero me lo imagino.

—Y basta, ¿no es eso? Ya, ya te lo voy conociendo mejor.

Al decir así dejó de sonreir, recordando cuanto Adelaida le había escrito a propósito del carácter de la hija, motivo de sus amargas inquietudes. Dijo, acariciándole la cabeza:

—Vamos a ver si aquí en Caracas se te asienta un poco esa loca imaginación.

—¡No, no, abuelita! Aquí en Caracas voy a acabar de perder el juicio. ¿No te he dicho que traigo muchos planes?

—¡Bah! ¡Bah! No hables así. Mira que allá en el cielo, a todo momento, están los ángeles diciendo: ¡amén! Aquí vas a comportarte como lo que eres, como una señorita muy juiciosa y muy buena, que no quiere hacerle pasar malos ratos a su abuelita.

—¡Abuelita! ¡Si te dijera cómo he pensado yo siempre en ti! Me parece mentira que yo esté aquí contigo, abrazándote y besándote de veras. Porque a tus cartas les he borrado la tinta a fuerza de besos.

—¿Y yo a las tuyas? No las he borrado, porque no beso con esa fuerza con que lo haces tú, ni tengo en mi boca ese fuego de juventud que a ti te la tiene tan roja y bonita; pero, ¿besos? Muchos les he dado a tus cartas y a tu retrato. A mí también me parece que estoy soñando contigo.

En esto apareció Cándida. Era una mujercita insignificante que, como decía misia Carmelita, no tenía sino su virtud; pero Victoria la encontró simpática.

Todavía alumbraba el sol cuando Dorila llamó a comer. Una a una fueron apareciendo en el comedor las viejas de misia Carmelita. Soledad Yélamo trajo del brazo, y la hizo sentarse en el sitio que le correspondía, a una viejecita casi centenaria, ciega y sorda.

—Esta es Anastasia—dijo misia Carmelita a Victoria—. No te presento, porque ella ya no vive en este mundo.

A Victoria le provocó comérsela a besos, y durante toda la comida estuvo contemplándola con ternura y muy divertida, como de infantiles gracias, de verla comer con los dedos, tanteando dentro del plato y refunfuñando por no encontrar los trocitos de alimento, que Dorila le había servido

muy desmenuzado. Cuando la vio más apurada se levantó de su asiento y fue a ayudarla, llevándole la mano. Luego estampó un beso en la frente de la anciana y volvió a su sitio.

La viejecita levantó la cabeza y sonrió, buscando con las temblorosas manos en el silencio y en las tinieblas que la rodeaban al ser desconocido que le había prodigado aquella caricia inusitada.

—¿Quién es? ¿Quién ha venido?

Misia Carmelita se conmovió hasta humedecérsele los ojos. Al cabo de un rato dijo:

—¡Cuántos años hará que Anastasia no recibe un beso! En nombre de ella, hijita, ¡Dios te pague el que le has dado!

Pero la atención inquieta de Victoria ya estaba en otra cosa: fija en los cómicos gestos y movimientos que hacían las Yélamos al comer: Soledad moviendo la quijada horizontalmente—como las vacas, decía Victoria—; "la otra Yélamo", masticando en un solo punto, hundido bajo la mejilla izquierda, allí donde le quedarían algunas muelas "que se olvidaron de caérsele".

—Lo que son éstas no entran en mi reino—se decía—. Es mucho lo que voy a divertirme con ellas. Tienen cara de bravas, y las voy a hacer rabiar hasta decir no más.

Por su parte, el viejerío, excepto "la otra Yélamo", estuvo muy complaciente con Victoria, proclamando que era muy buena moza y simpática, y felicitando una y otra vez a misia Carmelita por la alegría que le traía la nieta.

Terminaron de comer cuando empezaron a pasar por el comedor, uno tras otro, varios perros roñosos que venían de la calle.

—¿Esto qué es, abuelita?

—Pobres animalitos sin amo, que vienen todos los días a comer conmigo. Allá les tiene Damiana, en la cocina, a cada uno un perolito con los sobrados de la mesa. Ya están acostumbrados a venir a la hora de la comida. Comen y se vuelven a ir para la calle. ¡Pobrecitos!

Y mientras ella hablaba así, Victoria se reía a carcajadas. Todavía reía cuando volvieron a pasar los perros, uno

tras otro, indiferentes a todo lo que les rodeaba, camino de la calle.

Después de la comida, el rosario, que guiaba misia Carmelita. Se rezaba en el aposento de ésta, ante la repisa de los santos, y asistían también las mujeres del servicio. Victoria bostezaba y comenzaba a dormirse, cuando oyó que su abuelita decía sin interrumpir la plegaria, a alguien que había tocado a la puerta:

—...entre todas las mujeres—pase Casamellano—bendito sea el fruto de tu vientre, Jesús—siéntese un momento mientras términamos.

Soltó la risa, y en seguida, no pudiendo contener su impaciencia, se asomó a la puerta.

Era Casamellano un cincuentón, catire pelirrojo, de rostro sembrado de pecas y estaba sentado en una de las mecedoras, sobándose la nariz entre el pulgar y el índice derecho. Por lo demás, no tenía nada de singular. Sin embargo, a Victoria le pareció que se hallaba en presencia de un ser raro, perteneciente a otra humanidad.

Terminado el rosario y hecha la presentación de Victoria a Casamellano, pasaron al comedor a jugar a la acostumbrada lotería. Sentáronse en torno a la mesa, se repartieron los cartones, se recogió la puerta, haciendo Casamellano, muy contento, la observación de que había un centavo más, y misia Carmelita comenzó a cantar las fichas. Sólo se oía su voz; los demás callaron, graves y atentos, inclinadas las cabezas bajo la luz rojiza de la lámpara.

—Los dos paticos. Apunta, Victoria. Es el 22. Ya tienes cuaterna.

Casamellano hizo un movimiento de impaciencia y de contrariedad. El también tenía cuaterna. ¡Como no fuera a ganar Victoria! El era quien salía ganancioso siempre. Al despedirse de Cándida le decía:

—Hoy se ganaron seis centavos, Cándida. Toma. Guárdalos en tu alcancía.

Probablemente Cándida atesoraba las ganancias de su novio para hacerse el ajuar de boda y aunque no eran grandes, por lo menos eran seguras: hoy tres centavos, mañana

cuatro, siete u ocho los días de mucha suerte. Casamellano arrasaba todas las noches con los centavos que misia Carmelita sacaba para ella y sus viejas, que nunca tenían con qué jugar. Cuando sacaba la cuenta de sus pérdidas, se decía:

—Para mí que Casamellano hace trampas. Como Dorila es quien le revisa los cartones cuando canta lotería, pueden meterme gato por liebre entre los dos. Porque una suerte tan sostenida, en un infeliz como él, no me la explico.

Pero aquella noche todo parecía indicar que la suerte le volvía la espalda a Casamellano. Ratos largos se le pasaban sin apuntar un número y esto lo fue poniendo nervioso. En cambio a Victoria no le alcanzaban las manos para anotar los que le salían, y misia Carmelita tenía que hacer altos frecuentes para darle tiempo. Además, como no entendía la nomenclatura peculiar que usaba su abuelita para designar los números, se los hacía repetir a cada rato, con lo cual se les fue agotando a Casamellano y a Dorila y a las Yélamos el resto de la paciencia que les dejara la poca esperanza de ganar.

—La edad de Cristo. El 33, Victoria, apúntalo. Tú lo tienes.

—¿Cuál es el que ella no tiene?—refunfuñó Casamellano.

—Me parece—apoyó "la otra Yélamo", con un tono zumbón, que implicaba muchas cosas mezquinas, a tiempo que Dorila y Cándida le decían algo secreto a Casamellano.

—Cuaterna—exclamó éste, cuando misia Carmelita cantó el tres, llamándolo "el triste", y Victoria hubiera podido ver que no tenía tal número en sus cartones y que en vez del tres había apuntado el siete, resuelto a hacer la trampa que le acababa de aconsejar Dorila, si en aquel preciso momento no hubiera exclamado ella:

—¡Lotería!

Casamellano le echó encima una mirada furiosa. ¡Ya él lo había temido! Aquella muchacha tenía cara de afortunada, y desde que la vio sentarse frente a él presintió que la suerte no lo ayudaría aquella noche. ¿Cómo iba a ayudarlo, tampoco, si Victoria no le quitaba la vista de sus cartones,

llevándole, probablemente, la cuenta de los números que le faltaban?

Cambio los cartones y mudó de sitio al otro extremo de la mesa. Pero hasta allí lo persiguieron los ojos inquisidores de Victoria, paralizándole las manos, que ahora le temblaban al intentar hacer una trampa y, por añadidura, la fortuna le dio definitivamente la espalda. Victoria ganó cuatro partidas seguidas.

Casamellano se levantó de la mesa. Era una temeridad seguir midiéndose con aquel adversario que por algo se llamaba Victoria.

—Hoy no podrás echarle nada a tu alcancía, Cándida —dijo apesadumbrado y rencoroso.

Y Cándida, con una filosofía llena de amarguras, toda la amargura de su pobreza, de su fealdad y de sus quince años de amores sin esperanza:

—¿Qué se hace, Mella? ¡Contra la suerte es imposible luchar!

Victoria estuvo a punto de soltar la risa cuando le oyó la cariñosa abreviatura del nombre del novio; pero las palabras que siguieron a aquélla la conmovieron. Con una idea súbita abandonó el corredor.

Se fueron también las Yélamos, gruñendo y manoteándose a las caras, y bajo la vigilancia innecesaria de Dorila se quedaron Cándida y Casamellano en coloquio, comentando, a propósito de las palabras que ella había proferido y a falta de idilio cuyas ternezas habían agotado los quince años de noviazgo sin esperanza, el doloroso caso de la mala suerte que en todo tenían ambos. Victoria se fue al aposento de misia Carmelita, en busca de la cartera donde tenía el dinero que le había dado su padre, sacó todas las monedas de plata que allí había y llamando a la abuela le preguntó:

—¿Dónde tiene Cándida esa alcancía de que habló Mella?

—En su escaparate. ¿Vas a ponerle allí los centavos que no le pudo dar esta noche Casamellano? Sí. Anda, anda. Echaselos en la alcancía; ella lo necesita más que tú. Aprovecha ahora que están en el comedor.

Sigilosa y con grandes precauciones, entró en el cuarto de

Cándida; abrió el armario y echó en la hucha de barro, donde sólo había los centavos mal ganados por Casamellano, un puñado de monedas de plata que la dejaron pesada y repleta. Salió en seguida, con las mismas precauciones, y al ganar el patio le pareció que alguien se había apresurado a esconderse en la pieza vecina. Atravesó el comedor corriendo y en llegando a donde estaba la abuelita se le arrojó al cuello exclamando:

—¡Abuelita! ¡Qué feliz soy! ¡Qué dichosa soy!

—¿Por lo que has hecho con los centavos de la lotería?

—¡Por todo! ¡Por todo! ¡Porque soy rica, porque soy bonita y porque me siento dichosa, feliz, contenta!

—¡Qué explosión, criatura! ¡Qué corazoncito tan vehemente tienes!

Y volvió a acordarse de lo que había escrito Adelaida acerca de sus temores respecto a Victoria.

Cuando Cándida fue a acostarse, "la otra Yélamo" la llamó aparte y con mucho misterio le dijo:

—Cuenta tus reales a ver si te falta algo. Esa niña estuvo ahí curucuteando en tu escaparate y la sentí que te registraba la alcancía. No sabemos si tiene malas costumbres.

III

La primera expresión que le produjo Caracas sólo podía expresarla Victoria, como lo hizo, lanzando aquella interjección peculiar de los Guanipas, cuando al trasponer el Portachuelo, vio aparecer ante sus ojos, acostumbrados a la pequeñez del poblado, la ciudad tendida a las faldas del Avila majestuoso, cubriendo una extensión que tenía que parecerle inmensa, con sus rojos tejados entre los cuales surgía, aquí y allá, la verde fronda de sus plazas y de los jardines de sus patios y corrales, con sus calles largas que iban a morir al pie del monte y las torres y cúpulas de sus templos, toda ella envuelta en una como dorada aureola que le formaban los rayos sesgados del sol de la tarde. Sintió que el corazón le daba un vuelco de asombro y de alegría. ¡Por fin veía

convertido en realidad el sueño de tantos días! Y le pareció que la realidad copiaba fielmente el sueño.

—¡Qué bonita es Caracas! ¡Qué linda!

Exclamaba a cada momento, desparramando la vista por todas partes, sin reparar en la fealdad del arrabal, cuyas calles estaban obstruídas por arreos de burros y convoyes de carretas que entraban en la ciudad o salían de ella por la vía del Tuy, y en cuyas viviendas todas las puertas dejaban ver interiores sórdidos, ni tampoco en la tristeza de las otras calles sin tráfico por donde Vicente Alcober la llevó hasta la casa de la abuelita, sin advertir que nada de lo que iba viendo de la ciudad correspondía verdaderamente a lo que se figuró, como si lo imaginado se superpusiese a lo real, no permitiéndole ver el desilusionante aspecto.

Y si esto fue por las calles humildes y pobres de las afueras, cómo no serían por las del centro de la población, cuando al día siguiente de su llegada, misia Carmelita la acompañaba a las tiendas. La animación del tráfico, el rumor de la ciudad a que no estaban acostumbrados sus oídos, las casas de la gente acomodada: pavimentos de mosaicos de abigarrados colores, bonitos jardines de patios claros, jarrones, espejos, muebles suntuosos, ricas alfombras en las salas, abiertas las ventanas para el aseo del sábado que hacían sirvientas de blancos delantales; todo aquello le daba una impresión de gran ciudad y de lujo y de riqueza deslumbrantes.

—Mira, ¡abuelita! ¡Qué sala tan lujosa!

—Lujo, de quincalla, mijita, ostentación y mal gusto. Sí hay en Caracas casas y salones de verdadero lujo; pero la generalidad: pacotilla. ¡Pura pacotilla!

—La de las Alcoy. ¿No es verdad?

—Sí. Don Leopoldo es un hombre distinguido y de buen gusto. Su madre era una inglesa muy entonada, de la buena sociedad de Londres, y él ha vivido mucho tiempo en Inglaterra, entre la gente de estilo. Y Fernanda del Casal es también una mujer muy exquisita. La casa de las Alcoy es, en Caracas, un modelo que muchos tratan de imitar.

Una súbita idea, o algo que observó en la fisonomía de la nieta, la hizo agregar:

—Yo no conozco la casa de las Alcoy; pero por lo que oigo decir.

—¿No te tratas con ellas, abuelita? ¿Por qué?

—Vieja y pobre como soy, ¿cómo podré codearme con ellas que están por las nubes? Además, son sumamente orgullosas, mijita, y no tienen amistad sino con muy escogidas personas.

Victoria caminó un rato en silencio. De pronto dijo:

—¡Abuelita! Cuando nosotros vengamos a vivir a Caracas y tengamos una casa como ésa, tan celebrada, de las Alcoy. ¡Qué delicia! Porque papá es muy rico y yo no estaré tranquila hasta que no lo haga comprar una casa suntuosa en Caracas.

—¡Caramba! No aspiras a poco, hijita.

Y para distraerla de sus ambiciosos pensamientos, siguió censurando la superficialidad y mal gusto de cuanto a Victoria le parecía lujo deslumbrante y exquisito, y echando de menos los aspectos y costumbres de la Caracas de su juventud: la de las apacibles calles empedradas donde crecía la yerba, la de los Conventos, la de las espaciosas casas solariegas que databan de la Colonia, la de los aleros que daban sombra y defendían de la lluvia.

No se le escapó a Victoria que este discurso iba enderezado a curarla en salud de su manía de grandeza; pero replicó, sonriendo:

—Pues a mí me parece muy bonita. Tan bonita como me la había imaginado. Porque tengo esa propiedad: siempre las cosas me resultan tales como me las he figurado. De veras, abuelita, yo nunca he tenido que decir: me equivoqué; no era como yo pensaba. ¿Por qué será eso, abuelita?

—¿Quieres que te lo explique? Eso, o es una virtud o un defectico que debes procurar corregírtelo: o que tienes un gran sentido práctico y tu imaginación no te pinta las cosas sino como pueden ser—lo que no creo yo mucho, por las muestras de tu fantasía que ya conozco—, o que te sucede lo que a muchas personas que están siempre tan satisfechas de sí mismas, que nunca confiesan: me equivoqué.

—Es eso, abuelita—respondió después de haberlo refle-

xionado un instante, con mucha gravedad—. Yo vivo muy satisfecha de mí misma.

—Me gusta oírtelo decir, para que veas. Porque eso significa que no eres tan frívola, como casi todas las muchachas de tu edad, que ni siquiera saben cómo son. Ya lo dice el proverbio: el principio de la sabiduría...

—¡Abuelita! ¿Te fijaste en la cara de esa muchacha que acaba de pasar? ¡Pintadísima! ¡Ojos, boca, hasta las orejas creo que las lleva pintadas! ¡Y esas cejas tan raras! ¿Por qué todas las muchachas de Caracas tienen esas cejas tan horribles?

—Todas ésas son las costumbres de que te hablé anoche. Así anda ahora en Caracas la gente decente y que se llama de buen tono. Señoras y señoritas, todas pintarrajeadas, como unos payasos, con el pelo corto, como los hombres, y las cejas arrancadas, para adelgazárselas. Todo en ellas es artificio y mentira, hasta la manera de andar. Y para que te convenzas: ahí va una, caminando tongoneadito, como las palomas. Y no creas que ésa es una... No. Es una señorita de lo más distinguido de la sociedad. ¡Ave María Purísima! Las mujeres se están volviendo locas..., y los hombres, idiotas perdidos, para poder consentir en que ellas anden así. ¡Ahí las tienes! Mira cómo está esa peluquería llena de muchachas: cortándose el pelo, dejándose hacer diabluras en las manos, aquella otra, por esa mujercita que llaman manicura. ¡Ave María Purísima! Sigue, mijita, camina. No vaya a ser que te provoque a ti también. Vamos a entrar un ratico en la catedral.

Cuando salieron de la iglesia, misia Carmelita observó que Victoria no llevaba su paso natural.

—Anda como venías hasta hace poco, con tu modo natural. Si supieras lo elegante y graciosa que eres, no tratarías de cambiar tu manera por ese artificio que le estás viendo a las demás.

—Pero, abuelita. ¡Si yo vengo caminando natural!

—No. No. Ya estás cogiendo el andar tongoneadito de las muchachas de Caracas.

Soltó la risa, en parte, por ver tan apurada a la abuelita;

en parte, porque le resultaba verdaderamente ridícula su inconsciente imitación.

—No te rías así por la calle.

Y a poco andar:

—¿Te fijaste en esa muchacha, abuelita? Esa sí va bien pintada.

—¡No te digo! Ya no te parecen tan horribles las caras pintarrajeadas. No te rías, no te rías; eso que ya quieres imitar, aunque lo acostumbre la gente que se llama de buen tono, no es sino vulgaridad de espíritu y mal gusto. En fin, entra. En esta tienda venden muy barato.

—¿No es mejor esa de enfrente, abuelita? Hay ahí mucha gente comprando. Mira cómo están los automóviles frente a las puertas.

—Porque es tienda de lujo y venden más caro; pero en ésta hay lo mismo que en ésa y más barato.

Sin embargo, Victoria no halló nada que le agradara.

—Ya lo esperaba yo—replicó misia Carmelita—. La tienda de enfrente te tiene fascinada. Vamos a complacerte. Compra tus cosas bien caras.

—Por eso no te preocupes, abuelita. Papá me dio bastante dinero y me dijo que si se me acababa pidiera a la casa Hanssen todo lo que necesitara.

—A quien Dios se lo da... Después de todo, tienes razón. Gástale bastante dinero al tacaño de tu padre.

Pasaron a la tienda de lujo. Allí, otro truco muy parecido al de enfrente y las mismas telas; pero Victoria las halló mejores.

—¡Mira, abuelita! ¡Qué preciosidad de tela! ¡Qué encanto! ¡Qué divinidad!

—¡Válgame Dios! Llamar divinidad a un trapo. Que no te oiga el turco, pues por cada una de estas ponderaciones le irá aumentando el precio.

Pero no fue de aquélla solamente, sino de todas las que el tendero le iba mostrando, que quería comprar. Además, se encontraba muy a gusto en aquel ambiente de lujo y distinción que le daban a la tienda las compradoras que tenían automóviles a la puerta. Por otra parte, la retenía la admira-

ción de que era objeto, pues en todos los grupos de muchachas que había frente a los mostradores se hablaba de ella, como se lo daban a entender las miradas y cuchicheos, y finalmente, frente a las puertas de la tienda, se habían detenido grupos de jóvenes a contemplarla.

—Voltee para la calle para que vea cómo están sus admiradores—díjole el dependiente que la atendía.

Ella soltó la risa y misia Carmelita, amoscada:

—Caballero. Me parece que su deber es atender a la clientela; por lo tanto, limítese a eso—y a Victoria—: Anda, hija. Paga y vámonos. Yo no sirvo para estas cosas.

Todavía en la calle, seguía refunfuñando misia Carmelita:

—No estoy acostumbrada a las faltas de respeto de estos mocitos de ahora. ¡Cuándo en mi tiempo iba a permitirse un dependientucho una confianza con una señorita! Y todos son iguales. ¿No ves estos que vienen detrás de nosotras, que se dicen jóvenes decentes? ¿Dónde habrán aprendido estos babosos siguemujeres que son galanterías esas palabrotas que usan para piropear a las muchachas? ¡Cuándo en mi tiempo!

Y Victoria, desternillándose de risa:

—¡Abuelita, por Dios! Será que tú no te acuerdas; pero seguramente bastantes flores te echarían los jóvenes de tu tiempo.

Y ésa fue la primera salida de Victoria.

Para la segunda, aquel mismo día después del almuerzo, cuando Cándida se disponía a marcharse a la fábrica, la llamó aparte y le propuso:

—No vayas esta tarde a la fábrica para que me acompañes a las tiendas.

—¡Ay, señorita!—comenzó a objetar Cándida, cuyas necesidades no le permitían perder medio jornal.

Pero Victoria no la dejó concluir:

—No me digas señorita. Trátame de Victoria, de tú. Quiero comprar un regalo para mi abuelita sin que ella lo sepa... Y, si no te ofendes, quiero hacerte también un regalo; lo que más falta te haga.

Y con esto y el agradecimiento por el dinero que le había puesto en la alcancía, Cándida accedió gustosa.

—Pero no digas que no vas al trabajo por acompañarme —añadió Victoria—. Inventa un dolor de cabeza. Yo haré después mi papel y entonces tú te ofreces a acompañarme.

—Convenido—dijo Cándida, quitándose la mantilla que ya se había prendido a la cabeza.

Momentos después, cuando más quejosa estaba misia Carmelita del cansancio de la salida de la mañana, Victoria puso por obra su plan:

—¡Ay! ¡Abuelita! Yo que tenía que volver a las tiendas, porque se me olvidó un encargo que me hizo mamá.

Cándida acudió:

—Si usted quiere y misia Carmelita consiente, yo puedo acompañarla.

—Bueno, Cándida. Hazme el favor, hija. Acompáñala. Pero ya sabes, Victoria: mucho juicio, mijita.

Primero el pretexto: comprar la tela para el traje que quería regalarle a la abuelita.

—No se lo compré esta mañana porque no me dejó. Por eso quería venir sin ella.

Compró también otro para Cándida, que a ésta le pareció demasiado lujoso, con lo cual acabó de captarse la simpatía de la cigarrera, ya muy decidida por ella.

De regreso, sin decir nada previamente a Cándida, al pasar frente a la peluquería, a propósito de la cual había soltado misia Carmelita aquel espiche contra las mujeres que se cortaban el pelo, propuso:

—Vamos a entrar aquí.

Cándida se alarmó un poco; pero no se atrevió a objetar.

Cuando regresó a la casa estaba misia Carmelita zurciendo unas medias. Le puso por delante la tela que le había comprado y se plantó frente a ella, a esperar que levantara la cabeza, conteniendo la risa.

—¡Cuándo no! ¡Siempre te saliste con la tuya! Muchas gracias, mijita. Dios te lo... ¡Niña! ¿Qué has hecho, criatura? ¡Te hiciste cortar el pelo y pintarrajear la cara! No te lo apruebo, hija, no te lo apruebo. Me has dado una verdadera

contrariedad. Milagro que no te hicieras arrancar también las cejas.

—Me dijo el peluquero que no era necesario, porque y que las tengo muy bonitas y como se usan ahora.

—También tenías muy bonitos los cabellos, y no era necesario, tampoco, que te embadurnaras la cara. Te has puesto horrible y no te lo perdono. ¡No! ¡No! ¡No! A mí no me vengas a besar cn esa boca de payaso. ¡Dígame cuando lo sepa tu papá! Es muy capaz de echarme la culpa.

—Por papá no te preocupes. A esa fiera la amanso yo con una mirada.

—Muy segura estás siempre de ti misma.

—Segurísima, abuelita. Yo logro siempre lo que me propongo. Y ahora que digo esto: todavía no te he contado mis planes.

—¿Planes? ¡Calla, tonta! ¡Qué has de tener tú planes a esa edad! Deseos, cuando más. Humos de los quince años.

—Pues ya verás cómo sí son planes. Y bien madurados.

Y cogiendo el reclinatorio de la abuela para sentarse al lado de ésta:

—Oye, abuelita...

Misia Carmelita le tomó la cara entre sus manos e inclinándose sobre ella la sopló en la frente.

Ella rio y dijo:

—Ya veo que lo sabes. Seguramente mamaíta te ha escrito algo de eso. Pero te equivocas, abuelita: estos planes no son de los que se lleva el viento. Cuando los Guanipas nos proponemos algo...

—Sí—interrumpió la abuela—. Tiembla el misterio, sí. Ven a decírmelo a mí.

IV

Tarde de domingo. Paseo de El Paraíso. Un sueño que ya iba a realizarse.

—¿Es aquélla, abuelita?

—No. Todavía no hemos llegado.

—Estos caballos no andan. Por eso era que yo quería un automóvil.

—Por esto fue precisamente que yo preferí el coche. Eso de andar volando con la vida en las manos de un chófer, no me hace ninguna gracia. Ten paciencia. Ya llegaremos. Detrás de esa vuelta está, si mal no recuerdo. ¡Mira! Allí está. Esa es "Villa Alcoy".

El corazón de Victoria dio un vuelco de alegría. Con desbordante ingenuidad, le dijo a la abuela, tomándole la diestra y colocándosela sobre su pecho:

—¡Abuelita! Toca aquí. ¿No sientes?

—¡Válgame Dios, hija! ¿Y todo eso porque has visto por fin la quinta de las Alcoy? ¡Por poca cosa se te altera el corazón! ¿Qué dejas para los momentos verdaderamente solemnes de la vida?

—¡Si tú supieras, abuelita! ¡Si yo te dijera...! ¡Pero no! Si te lo digo, no resulta.

—No es necesario que me lo digas; lo adivino.

Rodeada de bonitos jardines, plantados con arte y cuidados con esmero, se levantaba, contra el fondo decorativo del Avila decorado por el sol de la tarde y de un trozo de panorama de la ciudad, la construcción elegante y suntuosa de "Villa Alvoy". A un lado, a poca distancia de la casa, veíase la cancha de tennis; y junto a ésta, una glorieta cubierta por los gajos floridos de una trinitaria.

En la cancha, las Alcoy jugaban una partida de tennis con dos caballeros altos y rubios; bajo la glorieta estaban otros, en compañía de varias damas, en torno a una mesa donde era servido el té. Oíase la tertulia y la cuenta del juego. Cerca esperaban algunos automóviles, cuyos chóferes, de librea, charlaban bajo una acacia. Frente a la casa estaba parado otro auto, grande y lujoso.

¡El dorado mundo donde se agitaban las Alcoy! Victoria se confesó a sí misma que, comparado con la realidad que tenía, por fin, ante sus ojos, la imaginación que de ella se había formado era pálida e insignificante.

Ordenó al cochero que se detuviera y le propuso a misia Carmelita:

—Bajemos, abuelita.

Alarmada por el aire y el tono de resolución con que pronunció tales palabras, temiendo que fuera a proponerle que entraran a visitar a las Alcoy, misia Carmelita se opuso:

—¡No! ¡No, hija! Quedémonos aquí. Desde el coche puedes ver. ¡Para lo que hay que ver!

Victoria no insistió; pero misia Carmelita pudo observar que su negativa le había causado honda contrariedad.

En efecto, al proponerle a la abuelita aquel paseo, había comenzado a poner por obra su plan, sencillo, como concebido por un espíritu audaz y lleno de confianza en sí mismo, que sabía lanzarse derecha y rápidamente al objeto perseguido. Sabiendo que misia Carmelta no la llevaría a la casa de las Alcoy, con quienes, por razones de delicadeza, no mantenía relaciones de trato, y decidida, por sobre toda consideración, a entablar amistad con ellas, se propuso llevar a la abuela, con engaño, hasta la puerta de la quinta de las parientas aristocráticas, a fin de que, provocando la coyuntura propicia de un encuentro, al parecer casual, vista por las Alcoy e invitada a entrar, misia Carmelita no pudiera negarse a presentarla. Logrado esto, introducida en aquella casa, por asalto, lo demás corría de su cuenta: la simpatía que ella inspiraba a todo el que la trataba le captaría la voluntad de las primas, en obra de momentos.

Aceptada y reconocida como prima de las Alcoy, todos los salones le abrirían sus puertas y en todas partes la fuerza irresistible de su simpatía y de su belleza le darían el éxito soñado. La dificultad estaba solamente en trasponer los umbrales de la "Villa Alcoy", sellados por la muralla de la soberbia y de los prejuicios de casta; pero aun esto mismo le parecía sencillo y fácil; se trataba, sólo, de trasponer una puerta, la de "Villa Alcoy", que estaba abierta de par en par, y para ello bastaba dar un paso, con ánimo decidido, so pretexto de admirar los jardines.

Pero misia Carmelita le descubrió la intención y no cayó en el engaño. Permaneció dentro del coche y entonces la admiración que le había producido la suntuosidad de "Villa Alcoy" se le fue convirtiendo en envidia, y la envidia en

rencor amargo y negro, mientras la contrariedad sufrida se le trocaba en vergüenza de la desairada situación.

A la distancia en que se hallaban no podía distinguir los rostros de las Alcoy, ni estaba segura de que fueran ellas quienes jugaban; pero su imaginación ofuscada suplió y deformó lo que los ojos no podían ver y le pareció que Antonieta y Carlota eran dos mujercitas insignificantes y, además, profundamente antipáticas.

En esto salió de la quinta el lujoso automóvil que había estado esperando ante la casa. Dentro iba, tumbado en un ángulo, en una actitud muy aristocrática, de soberano desdén, un joven de rostro afilado y feo, elegantemente vestido: sombrero de copa, monóculo, la diestra enguantada sosteniendo un bastón extravagante, una rosa en el ojal del chaqué, un grueso brillante en la corbata. Iba sin mirar ni las cosas que lo rodeaban, ni las personas que encontraba al paso, con ese aire de aburrimiento de quien para nada tiene que ver hacia el mundo exterior, porque todo lo que le interesa y complace, que es su propia vanidad, lo lleva dentro de sí mismo.

Misia Carmelita dijo a Victoria:

—Ese es Federico Alcoy. El mayor de los hijos de Fernanda.

Victoria aventuró en seguida:

—Bien pretencioso debe ser.

Y ordenó al cochero:

—Siga.

Comprendiendo lo que pasaba en el corazón de la nieta, misia Carmelita exhaló un suspiro. Dolíale que un prejuicio de casta levantara aquella valla de orgullo y de soberbia entre Victoria y las Alcoy, pues ya sabía que el sueño dorado de aquélla era introducirse en el mundo brillante donde predominaban éstas.

Viéndola ceñuda y silenciosa, trató de distraerla haciéndole fijar la atención sobre la belleza de la tarde y los pintorescos aspectos del paseo; pero Victoria no tenía ojos ni para su visión interior.

Mas, pasado el monumento de Carabobo, la animación

del tráfico de automóviles, que allí comenzaba a ser mayor, la fue distrayendo poco a poco, y cuando el coche cruzó hacia el puente, el espectáculo del paseo, imponente para ella, y verdaderamente animado y pintoresco, acabó de cautivar su mente. La doble y continuada hilera de vehículos que se deslizaba lentamente a lo largo de la avenida, el lujo de las mujeres que iban dentro de ellos, apreciado en todos sus pormenores, con esa visión rápida y certera que para tales cosas tienen las mujeres, la ilusión de gran ciudad que todo esto daba y, por añadidura, el encanto de la tarde sobre el paisaje: la maravilla de color y de armonía del Avila, limpio y vigoroso el trazo de sus cumbres sobre el azul purísimo del cielo, arrobadora la belleza de aquellas líneas con que iban muriendo las lomas de la serenidad del valle; la dulzura de la luz sobre las vegas silenciosas; la paz de los sauces escoltando al río, todo esto a la vez, sueño de grandeza que de nuevo alentaba y emoción de las cosas bellas que reposaban ante sus ojos, le restituyeron la habitual alegría, desvaneciéndole el rencor amargo y negro.

¡Ella triunfaría al fin! Su belleza y su fortuna le abrirían todos los caminos, a su paso se derribarían todas las murallas de soberbia. Ella también era una del Casal, y Caracas entero se ocuparía y estaría pendiente de ella. Se vio a sí misma dentro de una de aquellas *limousines*, afelpadas de sedas, con una rosa en el florerillo, al lado de Federico Alcoy, que ya no era tan feo como le pareciera poco antes, e iba orgulloso de exhibirse con ella, al día siguiente de sus rumbosas bodas, con su sombrero de copa, su diestra enguantada, su rosa en el ojal, su brillante en la corbata, soberanamente distinguido.

Acasó pensó esto último porque acababa de pasar el automóvil de Federico, y éste, al ver a misia Carmelita, hizo un saludo muy cortés, descubriéndose y sonriendo de una manera muy fea, pero muy amable y distinguida. Sin embargo, volvió a pasar Federico, pero otra vez tumbado sobre los cojines, altanero y desdeñoso, sin dignarse mirar a ninguna parte.

—Que distraído va—se dijo a sí misma.

Se encendieron las luces del puente y a todo lo largo del paseo y en la ciudad distante y comenzó a descender la noche. Ya los transeúntes no se veían las caras. Volvió a pasar Federico y a Victoria le pareció que sacaba la cabeza para mirarla.

Misia Carmelita propuso:

—¿No te parece que ya es hora de irnos a casa?

—Como tú quieras, abuelita.

Los fanales de los automóviles y las farolas de los coches daban al paseo un bonito aspecto que en el ánimo de Victoria acentuó la ilusión de gran ciudad, bajo la cual se le aparecía Caracas como el escenario adecuado a sus ambiciosos sueños, y entregada a estos espejismos de su fantasía, en la sombra propicia del coche, ni atendía a lo que venía diciéndole la abuela ni se dió cuenta de que ya habían llegado a la casa.

*

Aquella noche faltaban en la mesa de misia Carmelita Cándida y Dorila, pues era costumbre, ya un tanto inveterada, que comiesen en la casa de Casamellano, invitadas por éste a fin de que su futura fuera habituándose al mal genio de sus tres hijas con las cuales estaba condenada a convivir, aunque para una época todavía muy dudosa: pero, en cambio, las sustituían Conchita Rendil, aquella amiga sabedora de genealogías, y el general colombiano de apellido Solís, que estaba reñido con Casamellano a causa de una de las trampas que éste hacía en el juego de lotería.

Era Conchita Rendil una mujer como de sesenta años, hija de un literato que nunca publicó sus producciones y del cual había heredado el verbo fácil. Tenía una memoria prodigiosa y su especialidad era conocer al dedillo la historia pública y privada de las principales familias de Caracas, a causa de lo cual solía decirle misia Carmelita:

—Tú podrías ganar mucho dinero ofreciéndote a hacer limpiezas de sangre a domicilio. En estos tiempos de río revuelto hay mucha gente que pagaría lo que le pidieras por

sacarle una de esas genealogías de esas que tú sacas, limpiecitas y completas.

En efecto, la habilidad de la genealogista estaba en no meterse de palabra con árboles donde hubiese injertos de dudosa procedencia, no porque los desconociese, sino porque temía que entre el auditorio hubiera personas descolgadas de estas ramas espurias, con lo cual lograba tener siempre complacidos a los oyentes, familiares y amigos de las catorce casas de Caracas donde hacía las catorce comidas de la semana, sin contar aquella donde tenía una habitación y una taza de café para el desayuno, al arrimo de una sobrina a quien no quería serle demasiado pesada, porque era muy ligera de lengua para sacar favores que hiciera. Y si, para ponerla en apuros o satisfacer perversa curiosidad, alguno de sus oyentes trataba de hacerla hablar de genealogías no limpias, ella respondía invariablemente:

—Sobre esa familia me parece tener algo escrito. Déjeme registrar mis papeles y refrescar mis recuerdos.

Y ya no había que insistir, porque lo que tenía escrito Conchita Rendil era para sus memorias póstumas.

En cuanto al general Solís, que él decía serlo y no era caso de desmentirlo en atención a lo cuidadoso de no desagradar que siempre se mostraba, su habitual era—aparte de la estrategia que decía poseer y haber lucido en las revoluciones de su país—tomar los desperdicios de la conversación de Conchita, muy agradable por cierto, las cosas sobre las cuales ella saltaba por no ser de importancia, y desmenuzarlas minuciosamente hasta formar con ellas, a voz lenta y monótona, una atmósfera soporífera.

Como, por ejemplo:

—Ese don Juan Cisneros que usted acaba de mencionar, tenía, allá por los años del noventa y tres al noventa y cuatro, una sastrería entre las esquinas de Camejo a Colón, y por cierto que con él me pasó una vez una ocurrencia muy divertida. Fui donde él a hacerme un traje, le supiqué que me mostrara el paño de que iba a confeccionármelo, y, en efecto, me mostró uno diciéndome que era de pura lana. Tomo yo el paño entre mis manos, le saco uno de los hilos,

enciendo una cerilla y le aplico el fuego al hilo, para hacer la prueba que todos ustedes conocen, seguramente, y cuando siento el tufillo de algodón quemado, exclamó: ¡Don Juan de mis respetos! Usted perdone: esto no es lana; esto es algodón. Dice él a sostenerme que era lana y yo a replicarle que era algodón, y así estuvimos más de una hora larga. ¡Je! ¡Je!

Sospechábase que, a causa de estas condiciones soporíferas del general Solís, fue que no se decidiera Conchita a aceptarlo como novio, allá por los años del novénta y tres al noventa y cuatro, aunque la maledicencia aseguraba que todavía tenían amores. Pero lo cierto era que el general se presentaba invariablemente a visitar las casas donde Conchita hiciera la comida de la noche, en el preciso momento en que se iba a servir el café, y como lo invitaran a tomarlo pasaba al comedor y contribuía, a su manera, a la charla de sobremesa hasta que, al toque de ánimas en la iglesia de la parroquia, se levantaba Conchita para despedirse. Entonces él se ofrecía a acompañarla y ella aceptaba diciendo:

—Con mucho gusto, general Solís. Es usted muy amable.

El le daba el brazo y se iban.

Aquella noche, y quizá por centésima vez, hizo Conchita Rendil la genealogía de la familia del Casal, desde el Encomendero don Juan, señor de Cantarrana, hasta don Jaime, en quien se detuvo y varió de tema, pasando a otro árbol genealógico, para no tener que apearse delante de Victoria por la rama bastarda de Guanipa. Y ésta fue, tal vez, la única imprudencia que, en punto de genealogías, cometiera Conchita Rendil, aunque, en verdad, la culpable fue la "otra Yélamo", que había sido quien propusiera el tema y nada más que por molestar a Victoria.

Pero ésta tenía, a tal respecto, ideas muy personales y sólidas, y dijo:

—Siga, doña Conchita. Por mí no se pare.

Dominando la situación y por halagar a la muchacha, que le había caído simpática, Conchita replicó:

—Tienes razón, amiguita. En este punto donde me he detenido, nace una nueva familia que, sin duda alguna, lle-

gará a ser, andando el tiempo, tan ilustre como la que más, porque en esto de noblezas una mitad es obra de nuestras acciones y la otra del tiempo. Pero si me he detenido en tu abuelito...

—Es porque de ahí en adelante tiene usted que registrar los papeles donde lo tiene escrito, ¿verdad, doña Conchita?—interrumpió mordaz la virulenta Yélamo.

La hermana le dio con el codo, misia Carmelita se la quedó mirando y Conchita se apresuró a concluir, dirigiéndose a Victoria:

—Es precisamente, porque en ese punto del árbol genealógico de tu familia brota una rama vigorosa que ya ostenta una flor hermosísima, que eres tú y para admirarte me detuve.

—Muchas gracias, doña Conchita—replicó Victoria, que no estaba en antecedentes para entender la reticencia de la Yélamo, pero no se le escapaba que ésta había propuesto aquel tema sólo para molestarla—. Pero no era por esa rama que yo decía que siguiera, porque ésa es cortica y la conozco muy bien.

—¡Qué lista eres, criatura! Tan inteligente como bonita. Dios te guarde. Pero también es corta la otra rama, pues, por línea de varón se detiene, por el momento, en Nicolás del Casal, hijo de Jaimito.

—¿Ese es el que se parece a mi abuelo?

—Mucho. Ciertamente. ¿No lo conoces todavía? ¿No ha venido por aquí, Carmelita?

—Sí. Pero Victoria no lo conoce. Vino a saludarme precisamente la víspera de la llegada de Victoria.

—Un muchacho muy simpático y muy correcto. ¿Verdad, Carmelita? Nada de aquella cabeza a pájaros de su padre. Que en paz descanse. Lo conocí hace tres o cuatro noches en casa de Cecilia Moraleda. Da gusto oírlo hablar. No parece un joven, con lo juicioso y lo sentado que es. Nos expuso el proyecto que trae entre manos. Algo de colonización que me pareció muy interesante.

Misia Carmelita iba a decir algo a propósito de Nicolás del Casal; pero el general Solís ya había cogido la palabra:

—Ahora que usted habla de aquella cabeza a pájaros de Jaimito del Casal. ¡Je! ¡Je! Recuerdo una ocurrencia muy divertida que me sucedió con él. Tenía yo un bastón que me había regalado el doctor Núñez, en Bogotá, allá por los años de...

—¡Ah!—exclamó Victoria, interrumpiendo—. Yo conozco ese bastón.

—¡Niña!—repuso misia Carmelita reconviniéndola.

—Sí, abuelita. Ese es el bastón que llevaba esta tarde Federico Alcoy.

Y el general Solís no se atrevió a continuar, porque todo el auditorio, incluso "la otra Yélamo", estaba conteniendo la risa y no quería exponerse a que se la echaran en cara si volvía a mencionar el bastón que le había regalado el doctor Núñez.

V

Más compras por hacer y otro día de asueto para Cándida que, por cierto, mejor cuenta le dejaba acompañar a Victoria que asistir a la fábrica, e iba aquélla muy entretenida con lo que le refería ésta de su vida en Cantarrana, cuando la interrumpió, exclamando:

—¡Mire! Esas señoritas que acaban de bajar de ese automóvil son las Alcoy.

Aunque no había tenido tiempo de verlas, pues ya entraban en el taller de modas ante cuya puerta se había detenido el automóvil, como de cacerías venía hablando Victoria, experimentó una emoción análoga a la de ver ponerse la presa a tiro cuando menos se la espera.

Procurando disimularla, detúvose ante la muestra del taller que sólo decía "Thérèse", y exclamó:

—Esta es la modista a quien yo quería encargarle mis trajes.

—¡Ay, señorita!—exclamó Cándida—. No se le ocurra. Es la modista más carera de Caracas.

—Pues quiere decir que es la mejor. Entremos.

Un saloncito decorado al estilo parisiense, maniquíes, vi-

trinas con bibelots, perfumes y otras cosas por el estilo. En el fondo una puerta, detrás de cuyas cortinas acababan de desaparecer las Alcoy seguidas de madame Thérèse.

Una empleada criolla, que estaba detrás de un escritorio, salió a atender a Victoria con una cortesía tan francesa, que a la legua se descubría que trataba de imitar a la patrona.

—¿En qué podemos servir a la señorita?

—Quería mandarme hacer unos trajes.

—Tenga entonces la bondad de esperar un momento a madame Thérèse, que se encuentra ahora ocupada con unas señoritas que han venido a probarse trajes. Mientras tanto, si la señorita desea escoger patrones, aquí tienes estos *magazines* que traen la última moda de París.

Victoria púsose a hojearlos; pero, más que examinar los modelos, lo que hacía era trazarse su plan. Para lo de los trajes ya habría tiempo, lo apremiante era aprovechar aquella oportunidad que le deparaba su buena suerte para entablar conocimiento con las Alcoy, buscar la manera de que éstas le dirigieran la palabra. Una sola. Lo demás corría de su cuenta.

—¡Ya está!—se dijo mentalmente. Y en seguida, a la empleada—: Señorita, ¿quiere hacerme el favor de mostrarme los mejores perfumes que tenga?

—Con mucho gusto, señorita. Todo lo que tenemos aquí es de lo mejor.

Y comenzó a sacar de la vitrina, que estaba delante de la puerta del salón de pruebas, los frascos de caprichosas formas, recomendando la clase de perfumes que contenían y dando los precios, a cada uno de los cuales Cándida hacía un gesto de espanto.

Entretanto, detrás de la cortina del salón de pruebas oíase la conversación en francés que las Alcoy sostenían con la modista, y, por deleitarse oyéndolas hablar en aquella lengua desconocida, de la cual sólo llegaba a sus oídos la musicalidad de la pronunciación correcta y del fino timbre de voz, Victoria no atendía a lo que le decía la vendedora.

Ya ésta había colocado sobre el mostrador todos los frascos y estuches que contenía la vitrina cuando madame

Thérèse apareció en la puerta del saloncito, abriendo las cortinas para darle paso a las Alcoy.

El corazón de Victoria palpitó apresuradamente. Ya la presa iba a ponerse a tiro. Eligió uno de los perfumes, uno cualquiera, y dijo:

—Este, señorita. Si usted me hiciera el favor de mandármelo a casa. Mi dirección es: Victoria...

—Permítame un instante. Voy a tomar nota—dijo la empleada, dirigiéndose al escritorio en busca de un trozo de papel.

Y Victoria no pudo contener un ademán de impaciencia; saldrían las Alcoy, no la oirían dar su nombre y, por consiguiente, pasarían al lado de ella sin fijarse, se marcharían y ¡adiós sus planes! ¿Cuándo volvería a presentársele otra ocasión como aquélla?

Pero en esto aparecieron ante sus ojos dos figuras, más que dos personas, que le recordaron cierto cuadro que había en la sala de su casa de Cantarrana: aludos sombreros de paja flexible color de trigo, trajes de fino tafetán, verde claro el de Antonieta, que era rubia, fresa el de Carlota, la morena, originales y graciosos: entallados y sin mangas los corpiños dibujando la esbeltez cimbreante, las faldas casi a los tobillos, amplias y ahuecadas a las cinturas y una sobriedad absoluta de adornos. Dos figuras un tanto excéntricas, según la moda reinante, pero llenas de gracia y distinción.

Quedóse mirándolas Victoria, momentáneamente olvidada de sus planes, y le parecieron encantadoras. Los ojos azules de la abuela inglesa y la línea correcta del perfil de Antonieta sugerían ideas plácidas de un espíritu reposado y pulcro; los ojos negros, cálidos y expresivos de Carlota irradiaban simpatía. A la luz que filtraban los vidrios azules de la cancela, las envolvía ese aire nebuloso que tienen ciertos cuadros y que resultaba muy apropiado a sus figuras un tanto pastoras de Watteau. Las contempló con admiración y simpatía, sin sombra de sentimientos mezquinos, como mira el alma generosa al ideal perseguido, y mientras así se deleitaba, todo lo que hasta allí hubo de asalto y de presa en su empeño de introducirse en la sociedad donde ellas rei-

naban, todo lo que hubo de Guanipa trepador se le desvaneció del corazón cediendo el sitio a un deseo reposado y dignamente sentido, de ser como eran ellas, de moldearse a sí misma a imagen y semejanza de aquella aristocracia de sus personas.

Recíprocamente, las Alcoy se habían quedado mirándola, y aunque Victoria no entendió lo que luego hablaron entre sí, comprendió que se referían a ella y esperó con ansiedad aquella palabra que le permitiera entrar en conversación.

Pero las Alcoy, después de cruzar con la modista unas breves palabras, en voz baja, abandonaron el francés, diciendo:

—¿Sin falta, no?

—No tengan cuidado. Primero que todo, los trajes de ustedes—respondió madame Thérèse. Y en seguida, a Victoria:

—¿Le han atendido a la señorita?

—Sí, señora. Gracias.

Y la empleada:

—La señorita desea encargarse unos trajes.

—¿Me permite usted un instante?—dijo madame Thérèse—. Ya estaré con usted.

—Atiéndale a la señorita, madame Thérèse—intervinieron las Alcoy—. Nosotras vamos a curiosear un poco sus *nouveautés*.

—¡Oh! Tiene usted verdaderas preciosidades en bibelots.

Entretanto, la empleada tomaba la dirección de Victoria.

—¿Cómo me dijo la señorita?... ¿Su nombre?

Una breve vacilación entre el sentimiento con que había entrado en aquel sitio y el que ahora acababa de experimentar. Un temblor de emoción en la voz al decir:

—Victoria del Casal.

Simultáneamente volviéronse a mirarla las Alcoy y luego entre sí:

—*C'est elle!*

—*Quel toupet!*

—*Oh! L'arriviste!*

—*Au revoir, madame.*

Y riendo, con una risa cruel de burla despiadada, se marcharon.

La modista las miró y luego a Victoria con vaga extrañeza.

Y Victoria, que no necesitó entender las palabras porque la risa lo dijo todo, después de un breve desconcierto, sintió que saltaba dentro de su pecho la marejada del rencor amargo y negro.

VI

De este encuentro se habló aquella misma noche en la mesa de las Alcoy.

La mesa de las Alcoy era la suma y el compendio del buen tono tradicional de las dos familias que en aquélla se unían. A ella se sentaban a menudo los diplomáticos y allí fueron obsequiados todos los viajeros ilustres que habían pasado por Caracas.

El mueble, de forma oval, y las sillas que lo rodeaban, de fina marquetería, se hallaban en el centro del espacioso comedor que ocupaba el centro de la casa, bajo una cúpula artesonada, que descansaba sobre un círculo de esbeltas columnas de mármol gris, en torno a las cuales había grandes jarrones decorativos, de historiada porcelana de China, preciosas estatuillas de alabastro, sobre columnas de basalto, finas palmeras enanas de sombra y muebles amplios y blandos, gratos para el reposo de la sobremesa, ante las mesitas de laca donde era servido el café.

Aquella noche comía en "Villa Alcoy" Nicolás del Casal, que había regresado a Venezuela por aquellos días, después de una larga permanencia en Alemania, al lado de su tía Eleonora de Friedel, en donde se educó.

Era Nicolás un mozo de veinticinco años, fuerte, risueño, rebosante de salud y de optimismo, de trato franco y sencillo, de carácter bien equilibrado, de inteligencia sumamente comprensiva. Hijo único de Jaimito del Casal cuando éste se suicidó a raíz del fracaso feo y triste de su ilusorio Banco Agrícola, poco después de la venta de Cantarrana,

Eleonora pidió que le confiasen al huérfano, para librar a este único continuador de su apellido de la lamentable suerte que tal vez le estaba reservada, dándole una educación que supliese lo que descuidó y derrochó su hermano. Al oportuno remedio correspondió la naturaleza bien dotada de Nicolás: en la buena casa y en el buen país adquirió hábitos sanos y una feliz disposición de espíritu para resolver, a su hora, el problema de su vida. Interrumpidos sus estudios por la declaración de la guerra del 14, el señor Friedel pensó enviarlo a Venezuela; pero Nicolás juzgó que debía compartir con los Friedel las zozobras de la guerra, y en el último año de ésta, cuando cumplió sus dieciocho, se alistó bajo las banderas alemanas, que ya no combatían victoriosas, para pagar la deuda de gratitud que tenía contraída con su protector. Terminada la guerra, cuando regresó al hogar adoptivo, se quitó del pecho la Cruz de Hierro que había ganado heroicamente, y prendiéndosela a su protector sobre el corazón, le dijo:

—Ha sido usted quien la ha ganado enseñándome a cumplir el deber.

Restablecida la normalidad del país reanudó sus estudios de agronomía, y una vez concluídos, manifestó a sus protectores que regresaría a Venezuela, donde le esperaba otro deber: reivindicar el nombre, sobre el que las flaquezas paternas habían arrojado la primera sombra que lo obscurecía. Cuando el señor Friedel lo vio partir, dijo a Eleonora, que lloraba, profundamente conmovida:

—Tú debes estar contenta. Yo también estoy satisfecho. Nicolás sale de nuestras manos hecho todo un hombre.

Cuando Nicolás, llevando del brazo a Antonieta y a Carlota Alcoy, entró en el comedor y vio la mesa resplandeciente de plata y de cincelados cristales donde chispeaba la luz que caía enfocada por la cúpula, tras cuyo dorado anillo se ocultaban poderosas lámparas eléctricas, y al mozo, muy orondo dentro de su traje de etiqueta, tieso y erguido detrás de la silla que debía ocupar él, no pudo contener una manifestación de extrañeza:

—¡Oh, no merezco tanto honor! Perdonen ustedes el

desentono de esta americana con que he venido. Ya debí advertirlo, al ver que tío Alcoy y Federico estaban de *smoking*.

—Es nuestra costumbre, Nicolás. No te mortifiques por eso. Allí está tu asiento—díjole el parsimonioso don Leopoldo, muy afablemente.

Y Federico agregó, con risa fea bajo su gran nariz:

—Además, bien merece el tratamiento la calidad del enemigo. A un Cruz de Hierro no puede tratárselo de cualquier modo—y como advirtiese la mirada que le dirigía Fernanda—: Tranquilízate, mamá; de todo hablaremos esta noche, menos de guerra europea y de alemanes y aliados. ¿No es eso, Nicolás?

—Ya sabes que es un poco difícil arrancarme una sola palabra a ese respecto. Mi actitud es la de un desapasionamiento absoluto en esta materia.

—*Au dessus de la melée?*—dijo, interrogando, Antonieta.

—Justamente, prima. Y no ahora, sino cuando era combatiente, también. Sospecho que eso se deba a que tengo una incapacidad fundamental para el odio, porque así me pasa con todo. Necesitaría hacerme violencia para aborrecer a un semejante. Y no crean ustedes que lo cuento entre mis virtudes, porque el odio es la fuerza que anima al mundo y que ha hecho el progreso, etcétera. Pero me estoy poniendo muy pedante y cometiendo además la grave falta de hablar de mí mismo. Esta será otra de mis salidas de tono que ustedes tendrán que perdonarme.

—¡Oh! ¡Primo! Haznos gracia de tus ironías—repuso Carlota, disimulando muy bien la incomodidad que le había causado aquella insistencia de Nicolás en hablar de su desentono entre ellos, sentimiento que también compartían sus padres y hermanos.

—No hay tal ironía.

Pero en realidad sí le había provocado emplearlas, porque le parecía que era un poco excesivo el tono que se daban los Alcoy. Estaba acostumbrado a la llaneza del señor Friedel y de Eleonora y le resultaba sumamente divertida aquella etiqueta en el trato íntimo, desusada también en Ca-

racas, a lo que colegía de sus recuerdos de la infancia, y de lo que ya había podido apreciar en los pocos días que tenía de haber regresado al país.

Comenzó a hablar don Leopoldo Alcoy, cuando terminó el precipitado discurso de Nicolás, y su voz mesurada en tono y cadencia fue esparciendo la tertulia por la mesa—según la comparación que hizo Nicolás, mentalmente—como una mano suave que va dejando caer, aquí y allá, un polvillo muy fino y agradable. Muy azules los ojos, muy fina la nariz, entrecana la barba castaña, bien cuidada y recortada la punta, derecho en el asiento y muy gentil, era la figura de don Leopoldo algo verdaderamente decorativo a la cabecera de aquella mesa suntuosa, donde cabrilleaba la luz en la cristalería y resplandecía la vajilla de plata, ostentando las iniciales del matrimonio bajo el prestigio de la corona de un vago ducado inglés; aquella mesa que recibía la luz cenital de la cúpula, en medio de la vastedad penumbrosa del comedor y en torno a la cual dos mozos de rigurosa etiqueta iban sirviendo, silenciosos y eficaces, uno, los ricos vinos; otro, las olorosas viandas.

Completaban la decoración: la delicadeza de Antonieta, rubia y lilial; la vivacidad de Carlota; el grave continente señoril de Fernanda, todo entero heredado de doña Agueda; y la fealdad, muy bien administrada, de Federico.

Cuando el mozo servía el champaña, dijo Carlota al hermano:

—¿Sabes, Federico? La muchacha aquella a quien viste ayer tarde con prima Carmelita es la hija de Adelaida.

—¡Oh! ¿La Guanipa?

—Por lo menos hay indicios de que sea la misma a quien encontramos hoy donde la modista—agregó Antonieta. Y refirió el encuentro, finalizando con la misma frase que allí había empleado:

—*Quel toupet!*

Se comentó el caso. A Federico le había resultado sumamente graciosa la suplantación de apellido de Victoria. Cada cual dijo algo; sólo Nicolás guardó silencio, fija la mirada

en la espuma que se iba desvaneciendo dentro de su copa. Al cabo se dijo:

—Es tonta esa chica. No cabe duda. En vez de estar orgullosa de llevar el apellido de su padre prefirió...

—No es muy bonito ni muy ilustre, que digamos—interrumpió Fernanda.

—Hay gustos y opiniones sobre todas las cosas—repuso Nicolás—. Los míos son diversos de los tuyos, tía Fernanda. Puede que el apellido Guanipa no sea bonito como dices; pero suena a cosa nuestra, es muy criollo, muy indígena, y esto me lo hace agradable.

—¿Y en cuanto a lo de ilustre?—terció Federico.

—Sobre eso tengo también mis opiniones.

—Te noto muy inclinado a simpatizar con los Guanipas. Con el hombre que fue causa de la desgracia de tu padre —repuso Fernanda.

—Pues... Te diré, tía Fernanda. En toda esa historia, que ya me la ha referido tía Eleonora, no he visto yo sino el resultado natural y lógico de una serie de acontecimientos en los cuales papá y Guanipa no fueron verdaderos culpables. La culpa...

—¿Vas a hablar de papá?—interrumpió Fernanda, asumiendo una actitud de sentimientos heridos—. Te ruego...

—¡No! ¡En absoluto! Te advierto que siempre he sentido una profunda veneración por mi abuelo.

—¡Gran-papá era todo un señor!—interrumpió Federico, y a Nicolás le pareció que lo había hecho nada más que para llamarlo "gran-papá".

—Abuelo, lo llamo yo, que soy más castizo, a pesar de todo—rectificó Nicolás, dejando que se escapara en esta frase el sentimiento que le inspiraba el exotismo de los Alcoy.

Federico levantó las cejas, paseó su mirada por las caras de todos los suyos, como diciendo: ¡qué bárbaro!, y luego encogió los hombros y se bebió su champaña.

Entretanto Nicolás proseguía:

—Y no sólo respeto su memoria, sino en él me apoyo para hacer esta afirmación: la pérdida de Cantarrana fue el resultado moral de las circunstancias. Si abuelo me oyera

diría: tienes razón. El comprendió que papá no era el hombre que podía defender la hacienda de la familia y para mí tengo que tampoco se le escapó que aquel otro hijo suyo, aquel Guanipa, fuerte y semisalvaje, sería, cuando él faltara, el peor enemigo de los del Casal. Prueba de eso, fue aquel empeño que tomó en reconocerlo como hijo suyo, en darle su apellido, como si dijéramos, para obligarlo a hacer causa común con sus hijos legítimos. Pero pongamos a un lado a mi abuelo, para no herir susceptibilidades que respeto. Hablemos de papá solamente, y esto, no por placer maligno de mi parte, porque también respeto profundamente su memoria, sino porque ha venido al caso esta conversación y porque mi presencia aquí, entre ustedes, después de tantos años de ausencia, y las circunstancias actuales de mi vida, y el propósito mismo que me ha hecho regresar a la patria, exigen, imperiosamente, que tengamos el valor de confesarnos la verdad. Y la verdad es ésta: Hilario Guanipa se apoderó de Cantarrana, mediante una serie de estratagemas de pícaro, porque no hubo nadie en la familia que supiera o pudiera oponérsele. Y ese quién, desgraciadamente para él y para mí, fue papá. En aquel momento Guanipa representaba la fuerza, era la fuerza efectiva, el empuje que venía de abajo, abriéndose paso, formidable, brutal, pero al mismo tiempo, hermosamente, como es hermoso el espectáculo de la fuerza dondequiera que se manifieste. Papá, en cambio, representaba..., llamémoslo así, la debilidad. Tampoco le hago cargos, ni me corresponde hacérselos; no tenía culpa, el pobre papá, de que la Naturaleza le hubiera dado aquel cerebro fantaseador, cuyas ficciones no correspondían a la realidad que podía dar él. Guanipa lo venció y lo arrolló, porque en aquel momento Guanipa era el hombre dueño de las circunstancias y papá, la víctima que una ley natural, irresponsable, pero sabia, había escogido para sacrificársela a la Fuerza.

—Desde esa altura de sociólogo todo se justifica—dijo don Leopoldo, levantándose de la mesa a esperar el café en el fumadero.

Antonieta y Carlota se retiraron y Fernanda iba a hacer

lo mismo; pero Nicolás tenía todavía algo que decir, y se quedó a oírselo, aunque no le agradaban ni el tema ni la actitud de Nicolás. Federico fue también a sentarse en el fumadero. Nicolás prosiguió:

—No se justifica; se explica, nada más. Lejos de mí la idea de hacer una apología de Hilario Guanipa, aunque, confieso que hombre y cosas como él cautivan mi admiración. Si he puesto un poco de calor en mis palabras, es porque el asunto me toca muy de cerca y porque, sépanlo ustedes, a quien quiero y necesito reivindicar es a mi padre.

—¿Reivindicar?...

—Sí, tío Alcoy, reivindicarlo. Con mis palabras, ahora, y con mis actos, después. A eso solamente he venido a Venezuela. Los malos negocios de papá no se llevaron solamente mi herencia, de la cual podía disponer él, sino también dinero ajeno; las partes de sus hermanas sobre Cantarrrana.

—Te suplico que no hablemos de eso—replicó Fernanda.

—Sí, tía Fernanda, es de todo punto necesario hablar de eso. Mañana o pasado hubiéramos tenido que tratar este desagradable asunto, porque yo estaba decidido a hacerlo un día u otro; pero ya que el tema ha sido puesto en el tapete, hay que abordarlo con valor. Yo considero que es mi deber pagar las deudas de papá, y a eso he venido. Ustedes dirán que no se explican cómo se me ha podido ocurrir hablar de esto en un momento tan inoportuno.

—Lo que no me explico yo es cómo puedes hablar de ese Guanipa sin indignarte—manifestó Fernanda.

—Ya les he advertido a ustedes que tengo una absoluta incapacidad para el odio. No puedo considerar a Guanipa como enemigo mío. Eso es así y no hay remedio. Para mí, Hilario Guanipa es un hombre que tuvo su hora y la supo aprovechar, a su modo, ¡desde luego!, con sus armas naturales, bárbaramente, ¡claro está!, pero hay que convenir en que no podía emplear otras facultades sino las que tiene: de presa, de asalto. Yo también tendré mi hora y procuraré aprovecharla. Por el momento, no tengo sino planes y propósitos; pero confío en que más adelante tendré cosas más

efectivas. Ya le he dicho a tío Alcoy—así llamaban a don Leopoldo—que mi lema es esta ecuación algebraica: cero, igual infinito. Es decir: en el principio, sólo mis brazos y mis conocimientos; en el término, allá, muy lejos quizá, la esperanza y la confianza, que son infinitos.

A lo que respondió Federico con una sonrisa, primero, y con estas palabras, después:

—Un poco a la manera de Hilario Guanipa.

Y Nicolás, rápidamente:

—Y otro poco a la manera del Encomendero don Juan del Casal, quien, según tengo averiguado, era un paisano zafio y rudo de Galicia, cuya hambre era tanta que se le convirtió en sed de aventuras.

Federico volvió a levantar bruscamente las cejas. En el primer momento pensó debatir la afirmación de Nicolás; pero recordó que se había hecho el propósito de guardar un desdeñoso silencio mientras él estuviera allí, desde que cometiera aquella brusquedad cuando él nombró al abuelo a su postiza manera galicada; y otra vez se limitó a pasear su mirada por los rostros de su madre y de sus hermanas, quienes, hecho ya el retoque de sus pinturas consiguiente a la obra destructora de las servilletas, habían venido a sentarse en el fumadero, graves y silenciosas también.

Antonieta y Carlota respondieron a la mirada de Federico con un leve encogimiento de hombros, que quería decir: no le hagamos caso; doña Fernanda sonrió, dentro de su olímpico orgullo de casta, y puso fin a la charla de Nicolás con estas palabras:

—Has estado ingenioso. Hemos pasado un rato muy agradable oyéndote, Nicolás.

E hizo una seña al mozo para que retirara el servicio de café.

Este apareció a poco con las copas de coñac. Federico mojó en el licor la punta de su habano y haciendo un gesto soslayado, repitió las palabras irónicas de su madre:

—Muy ingenioso. ¡Y después dicen que los teutones no tienen *sprit!*

Nicolás se quedó un rato con la copa entre las manos

contemplando el licor. Luego sonrió a sus propios pensamientos y apuró la copa.

Fue una pausa que parecían pedir, no sólo los ánimos contrariados, sino también las cosas mudas e inmóviles que nunca habían oído, dentro del grave recinto del suntuoso comedor, una voz tan precipitada y vibrante, ni tampoco visto unos modales tan despreocupados, como los de aquel inusitado comensal de americana que ahogó y apabulló la tertulia mesurada que solía implantar don Leopoldo, con sus lentas palabras a la sordina, cual si espolvoreara algo menudo y fino.

Indudablemente, este Nicolás del Casal era algo molesto entre aquella familia.

VII

No era tan fácil como se lo había imaginado Victoria. La ciudad le oponía barreras infranqueables, a lo menos por el momento: las Alcoy le daban la espalda, quitándole toda esperanza de lograr acercarse a ellas por el asalto y, por otra parte, las relaciones sociales de misia Carmelita estaban reducidas exclusivamente al círculo de la Orden Tercera, de la cual era presidenta.

Cierto era que la abuela estaba buscándole amiguitas entre las hijas o nietas de su cofrades, pero lo hacía con tal escrupulosidad, que todas venían resultando niñas demasiado modestas con las cuales era imposible emprender la conquista del gran mundo.

Y ahora se lo proponía con redoblado empeño. Ya no era anhelo de su vanidad, sino desquite de su orgullo, pues si el deseo de brillar en la alta sociedad de Caracas le había llenado la cabeza de sueños ingenuos, ahora, después de haber sufrido el desaire y la burla de las Alcoy, aquel vago deseo había adquirido la forma concreta de un propósito, vengativo hasta cierto punto, y en este camino los Guanipas no cejaban.

Un día, como le preguntase Asunción, que era entre las

viejas que convivían con su abuelita la que más simpatía le demostraba:

—¿Y qué, Victoria? ¿Todavía no has conseguido novio?

—Novio, no; pero ya tengo escogido el hombre con quien me casaré.

—¡Caramba! Eso ya es mucho más que tener novio. ¿Y quién es ese afortunado mortal?

—Federico Alcoy.

Misia Carmelita se quedó viéndola de hito en hito. Aquel empeño de introducirse en la familia de los Alcoy ya asumía caracteres alarmantes. Por el momento, no le dijo nada, pero cuando Asunción las dejó solas, la llamó a cordura:

—Ven acá, muchachita. Vamos a hablar un rato en serio sobre eso que has dicho de que ya tienes elegido el hombre con quien quieres casarte. ¿Por qué ha de ser, precisamente, Federico Alcoy? Desde luego que no es porque te hayas enamorado de él, porque eso se te conoce al oírte nombrarlo. No es que me parezca imposible. No. Tantos méritos tienes tú como la que más: eres virtuosa, eres bonita, hasta eres rica. Pero, repito mi pregunta: ¿por qué ha de ser Federico, precisamente? El es un hombre como tantos otros y menos que muchos, también, pues es vanidoso hasta decir no más y tiene todos los vicios que nunca faltan en los jóvenes ricos.

—¿Quieres que te explique por qué? Pues oye, abuelita. Voy a contarte lo que me pasó el otro día con las Alcoy.

Refirió el caso y concluyó:

—Voy a hacerles sentir que valgo tanto como ellas, por lo menos. Y de la manera que más les duela. ¿No me aceptan como parienta? Pues tendrán que aceptarme como cuñada. Y entonces me sentaré a cobrarles el desprecio que me hicieron.

—Bueno, bueno. Pongamos a un lado ese propósito vengativo, que no me agrada oírtelo expresar, y dime: ¿Y si Federico no se fija en ti?

—¡Abuelita! Tú no me conoces todavía. Cuando yo me propongo úna cosa, la logro; para algo soy hija de mi padre.

—¡Bah! ¡Bah! No digas tonterías. Quiero que seas más

bien como tu madre, que ha sabido sobrellevar con resignación la suerte que le ha deparado Dios. Allá la tienes muy satisfecha de sí misma, cumpliendo con su deber.

—¡Qué gracia! Que mamaíta se haya resignado a vivir en el monte, como un animal salvaje, se explica: ésa fue la suerte que ella misma se buscó. Pero a mí no me preguntaron si aceptaba esa vida. ¡Y no la acepto más! Estoy decidida a no seguir soportándola. Cantarrana otra vez, ¡qué horror! Pero si papá se empeña en meterme otra vez en la hacienda...

Y rompió a llorar.

—¡Válgame el Señor!—exclamó la abuela—. Vamos, no te pongas así, criatura. Todo en este mundo tiene remedio, menos la muerte. Pídele a Dios que te ayude a lograr que tu papá consienta en que se vengan a vivir a Caracas, que es lo que yo también deseo. Anda, sécate esas lágrimas que te ponen tan fea y ve a vestirte, que ya debe de venir por ahí Clemencia a buscarte.

Era Clemencia una de aquellas amiguitas que la abuela le había buscado entre las hijas y nietas de sus compañeras terciarias, ya no muy joven, pero muy formalita—decía misia Carmelita—, pues, además de ser hija de Narcisa, que era un alma de Dios, sostenía su casa con el producto de su trabajo como mecanógrafa de uno de los principales bufetes de Caracas.

Era una amistad que apenas comenzaba, pero que debía ejercer una influencia decisiva en la vida de Victoria. Se habían conocido aquella misma mañana, que era la del Domingo de Ramos, en Santa Teresa, al salir de la misa. Iba Clemencia en compañía de su madre y ésta se acercó a saludar a misia Carmelita. Presentáronse las muchachas, simpatizaron éstas, porque si ya Clemencia no lo era tanto como Victoria, en cambio tenía un carácter muy expansivo y jovial, y al despedirse propuso la primera:

—¿Quieres que vaya a buscarte a las once para que demos un paseo? Por supuesto, si misia Carmelita no tiene inconveniente...

—No, hija. Todo lo contrario; con mucho gusto. Si ando

buscándole buenas amiguitas a esta muchacha para que se distraiga, porque ni yo puedo sacarla a pasear de puro enclenque como estoy, ni andando con viejas se divierten ustedes las muchachas. Ve a buscarla, que te lo agradeceré mucho.

Llegó Clemencia a la hora prometida y Victoria se fue muy a gusto con ella, porque a pesar de lo formalita que le parecía a su abuela, con dos o tres cuchufletas que le deslizó al oído mientras la veía vestirse, comprendió que de gazmoña no tenía un pelo por más hija de terciaria que fuese.

Momentos después entraba Victoria en "La India", invitada por Clemencia a tomar un helado.

Dos señoritas y dos caballeros que ocupaban una de las mesas del fondo llamaron la atención de Clemencia alzando los brazos y moviendo los dedos; ella les correspondió del mismo modo y fue a reunírseles, diciéndole a Victoria:

—Vas a conocer a dos hombres sumamente interesantes. Uno es norteamericano y no entiende una palabra de español, pero puedes hablarle como si tal cosa, porque es tan inteligente, que no necesita entender para adivinar lo que se le quiere decir. El otro es un cubano. Han llegado en estos días a Caracas por asuntos relacionados con la pesca de perlas, según parece. Por lo demás, son dos caballeros muy correctos.

Pero no había dicho toda la verdad, pues el cubano, de apellido Almendáriz, joven y bello hombre que tenía unos ojos negros muy brillantes y una piel fina y bien cuidada, era un actor cinematográfico, imitador de Rodolfo Valentino, y el yanqui, alto, alegre, forzudo, un hombre de vida misteriosa, algo de buzo, un poco de domador de fieras y mucho de aventurero, y el asunto relacionado con la pesca de perlas era una película que se proponían filmar en las costas de Margarita, siempre que el Gobierno conviniese en subvencionar la empresa, a título de propaganda del país, con la cantidad de un millón de bolívares.

Las señoritas, de apellido Antolínez, eran mecanógrafas, como Clemencia, pero de una compañía petrolera, y como

habían vivido algunos años en Nueva York hacían alarde de ser mujeres emancipadas de los prejuicios latinos, es decir: de hacer lo que les diera la gana sin ocuparse del qué dirán.

Ni unos ni otras le agradaron a Victoria. Desde el primer momento le inspiraron recelos que se acentuaron cuando oyó que Almendáriz decía a Clemencia:

—Gracias a Dios, chica, que por fin te veo a gusto. Mira tú que es verdaderamente cargante eso de andar con el chaperone, como viniste ayer tarde. ¡Hombre, por Dios! Una chica emancipada como tú... Ya eso del chaperone no se estila entre gente civilizada. Eso es atraso. ¡Eso es medieval, inaguantable, vamos!

—Tienes razón, chico—repuso Clemencia—. Pero tendrás que explicarle a mi amiguita qué es eso del chaperone, porque ella no lo entiende.

—Es cierto—dijo Almendáriz, y dirigiéndose a Victoria—: El chaperone es la mamá, la tía o la señora de compañía que no le permiten a uno pasar un rato a gusto, de verdadera espiritualidad, con una muchacha inteligente y civilizada, como usted, por ejemplo.

—¡Ah! Ya entiendo—repuso Victoria, refiriéndose, más que a la explicación de Almendáriz, al empeño de Clemencia a invitarla a salir con ella.

Entretanto, el yanqui, mirando fijamente a Victoria, murmuraba, como si le hicieran gracia estas palabras que eran de las cuatro o cinco que conocía en castellano:

—Bonita. Simpática.

Pero como Victoria hiciera un gesto de dignidad, cambió de tono y exclamó:

—¡Oh! Señorrita. ¡Muy señorrita!

Las de Antolínez apoyaron a Almendáriz, haciendo la apología de la civilizada costumbre neoyorquina de que las mujeres anduvieran solas y libres con los jóvenes sin que fuera tomado a mal:

—En Nueva York—díjole a Clemencia la mayor de las dos—, tú tienes un amigo y él te da un telefonazo y te dice: Oye, chica, voy á buscarte para que tomemos el té.

—Y tú te sales con él, tranquilamente—intervino Almendáriz—, sin que en tu casa te pregunten para dónde vas, y te regresas cuando te dé la gana.

No era a ella, sino a Clemencia a quien le dirigía la palabra, y, sin embargo, se sintió incómoda con aquel tuteo.

Clemencia, en cambio, comentó con verdadera envidia, mirando a Victoria:

—¡Qué sabroso! ¿No es verdad, chica? ¡Qué delicia de libertad! ¿No te parece que es delicioso eso de que una pueda gozar de la vida sin tantas tonterías como las que tenemos aquí? Aquí las mujeres vivimos esclavizadas al qué dirán.

Victoria no halló qué responder. La natural vivacidad de su espíritu parecía haberla abandonado totalmente.

Y el yanqui volvió a murmurar, enigmático a causa de sus pocas palabras españolas:

—¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Mientras, la contemplaba con las penetrantes miradas de sus ojos color de acero.

En esto apareció Felipe Osuna e iba ya a sentarse a una de las mesas vacías después de haber saludado a Almendáriz y al americano con aquel ademán que éstos habían empleado para saludar a Clemencia, cuando reparó en Victoria.

—¡Oh!—exclamó, dirigiéndose a la mesa donde ella estaba—. ¡Tanto bueno por aquí! ¿Desde cuándo?

—Hace unos días—respondió Victoria desabridamente.

Osuna saludó con una inclinación de cabeza a Clemencia y a las Antolínez, que le eran desconocidas, y luego a los caballeros con sonrisa maliciosa.

Al yanqui, agotando todo su inglés:

—*How do you do, mister Builder?*

Y al cubano:

—¿Qué tal, valecito? ¿Cómo te siguió yendo?

Se habían conocido, la noche anterior, en un dancing de pésima reputación y la sonrisa con que se saludaban suplía los comentarios del caso, que míster Builder refundía exclamando, por Osuna:

—¡Terible! ¡Terible!

—¿Cómo va a ser, musiú?

—¿Quieres acompañarnos, querido?—invitó Almendáriz.

—Todavía no he sido presentado a las señoritas.

—¡Oh! Perdona. Creí que ya se conocían.

Estrechó las manos de Clemencia y de las Antolínez, dio unas palmadas llamando al camarero y se sentó al lado de Victoria, preguntándole al oído, mientras las Antolínez entablaban conversación en inglés con el americano y Almendáriz se entregaba a Clemencia:

—¿De dónde sacó usted esta gente?

A tiempo que acudía el camarero:

—Mande, señor Osuna.

Y éste a Almendáriz:

—¿En qué están trabajando ustedes?

—Whisky para todos—respondió el cubano.

—No—dijo Victoria—. Para mí un helado.

—Y para mí una limonada—agregó Osuna.

A lo cual replicó Almendáriz, empleando la muletilla de Osuna y luego una frase aprendida en la juerga de la noche anterior:

—¡Cómo va a ser! ¿No me estarás engañando?

Osuna sonrió complacido en oírse imitar, y dijo:

—Bueno. Whisky también para mí.

Y volviéndose a Victoria:

—¿Qué le pasa, Victoria? La veo y no la conozco.

Ella alzó los hombros y sonrió apenas. A las palabras de Osuna todos se quedaron viéndola: Clemencia, como el iniciador al iniciado temeroso; las Antolínez, como a una niña cursi llena de prejuicios latinos; Almendáriz, con su sonrisa ambigua a lo Rodolfo Valentino; el yanqui, con sus pupilas color de acero, bromeando a hipnotizarla.

Por humorada o porque le convenía hacer como si de veras creyese en el poder magnético de la mirada de su compañero, Almendáriz hizo el ademán de arrojarle a los ojos un puñado de polvo, para que dejase de ver a Victoria, y después de cruzar con él algunas palabras en inglés que hicieron sonreir a las Antolínez, dijo:

—¡Qué ojos tiene el condenado, que no se le pueden

mirar! Digo yo que será la costumbre de ver en las profundidades del mar, porque este bruto tiene tal afición a esto de andar bajo el agua, que sin necesidad ni motivo se pone su escafandra y se va a echar un paseíto por el fondo del mar. Acaba de inventar un aparato submarino con el cual se puede bajar a enormes profundidades, y cuando se siente fastidiado de andar por la tierra, se mete en su aparato y se pasa días enteros en el fondo del océano viendo peces.

A las exclamaciones de asombro de Clemencia, el aludido, mirando su whisky, comenzó a proferir raros sonidos que seguramente tenían para él algún parentesco fonético con las palabras de Clemencia, y luego éstas, pronunciadas como si hablara en chino:

—Calzón. Jabón.

—¿Qué dice?—preguntó Clemencia. Y Almendáriz explicó:

—Las que decía primero eran palabras chinas que ¡anda tú a saber lo que significan! Estas de ahora, palabras nuestras, que a él le hacen mucha gracia porque le suenan como otras del chino, que seguramente significan alguna atrocidad. Este ha vivido mucho tiempo en la China. Como en todas partes, porque no hay rincón del mundo que no conozca este bárbaro. Asia, Africa, ¡hasta en la Oceanía! Entre los salvajes zulúes vivió mucho tiempo. ¡Tiene una vida más interesante y pintoresca este tío! ¡Y unas ideas más raras en la cabeza! Dice que anda por el mundo buscando personas que piensen y sientan como él, para irse con ellas a poblar una isla desierta que posee en Oceanía. ¡Mira tú que se necesita ser verdaderamente extravagante para concebir tal proyecto! ¡Oh! Este es un hombre verdaderamente interesante. Lamento que no hable una papa de castellano, para que lo oyeran ustedes, porque cuando dice a contar hazañas y rarezas de su vida, no tiene cuándo acabar. Y cuenta cosas, ¡vamos! ¡Que le paran a uno los pelos de punta!

Cruzó con el aludido algunas palabras en inglés y después de sonreir ambos, volvió a decir:

—Dice que les cuente a ustedes la hazaña que tuvo en

las islas Marquesas, luchando con un pulpo de qué sé yo cuántos pies de largo. ¡Una cosa verdaderamente horripilante! Pero hay que oírselo contar a él.

Apuró a sorbos su copa, sonriendo a sus pensamientos, mientras el americano sonreía también, de una manera enigmática.

Margot confesó que el yanqui era, además de muy interesante, muy simpático, lo cual fue maliciosamente comentado por todos, excepto Victoria, y el aludido, que nada había entendido, pero parecía guiarse por un instinto, dijo, guiñando a Victoria un ojo, por Margot:

—¡Terible! ¡Terible! ¡Caramba!

Almendáriz dio unas palmadas llamando al mozo:

—Whisky para todos.

Victoria protestó; pero Clemencia le dijo:

—Sí, chica. No seas tonta. Para que lo pruebes, por lo menos.

—Bueno. Para probarlo nada más.

Entretanto el americano miraba fijamente a Victoria y ella sostenía la mirada, animada por el deseo de comprobar si en realidad tenían aquellos ojos la misteriosa virtud que les atribuía Almendáriz. Esto sucedía mientras Clemencia hablaba en discreto coloquio con el cubano y Osuna respondía a unas preguntas que le hicieran las Antolínez. Al cabo, el americano, en serio o en broma, hizo un gesto de asombro al ver que Victoria sostenía su mirada sin pestañear y pronunció su breve y enigmático comentario:

—¡Oh! ¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Y cuando el mozo distribuyó las nuevas copas, levantó la suya, invitando a Victoria con un gesto. Victoria lo imitó y ambos bebieron mirándose, serios y graves.

—¿Cómo va a ser?—exclamó Osuna, y volviéndose hacia la más aceptable de las Antolínez se dedicó a galantearla.

Victoria depositó su copa sobre la mesa y experimentó un impetuoso deseo de echarse a llorar.

VIII

¿Qué era esto que había venido de pronto a trastornar su vida? ¿Nueva forma, acaso, del ansia aventurera de su espíritu, o simplemente producto de aquel despecho que tenía asentado en el fondo del corazón desde el día del fracasado encuentro con las Alcoy que se le recrudeció cuando Osuna le preguntó que de dónde había sacado aquella gente con la cual la encontraba reunida?

Ya Clemencia había tenido que explicarle:

—El americano es eso que le has oído a Almendáriz, y éste es un actor de cine que figura en una película que se dará en Caracas después de la Semana Santa. En cuanto a las Antolínez, lo único que te puedo decir es que no son caraqueñas. Dicen que están hablando mucho de ellas, pero tal vez sean calumnias de la gente. A mí, por lo menos, no me consta. La verdad es que de antier a acá es cuando las conozco.

—Ya me había fijado en que toda la gente que estaba en "La India" se estaba ocupando de nosotras—dijo Victoria.

Pero Clemencia replicó:

—No hagas caso de la gente. La mayor parte de esas que nos estaban criticando, porque yo también me fijé, están enamoradas de Rodolfo Valentino. Almendáriz no será tan famoso todavía como Rodolfo, pero como hombre no tiene nada que envidiarle. Deja que se estrene en Caracas esa película que ha venido a *filmar* en Margarita, para que veas cómo todas esas gazmoñas que hoy nos están criticando se vuelven loquitas por él. Y si es el americano, yo te aseguro que con sólo poner un aviso en los periódicos tiene mujeres de sobra, entre esas mismas que estaban ahí despellejándonos, para poblar esa isla de que habló Almendáriz.

Pero de todo aquello, Victoria sólo sacó esta conclusión: buscando introducirse en la alta sociedad había caído en un círculo de gente de reputación dudosa, mal vista hasta

por el mismo Osuna, que no debía de ser muy escrupuloso, y en vez de conquistarse la admiración de Caracas se había convertido en la comidilla de quienes, por haberla visto con las Antolínez, la habrían juzgado igual a ellas. Ya Caracas le había mostrado su faz desdeñosa con la risa burlona de las Alcoy; ahora se ensañaría con su reputación. Era a Clemencia a quien debería hacerle cargos, pero su rabioso despecho pedía un desahogo mayor; el odio a la ciudad orgullosa y pérfida que ella se imaginó dispuesta a abrirle todas sus puertas y a rendirle la admiración que tributaba a las Alcoy.

Pero también había algo mucho más grave.

En presencia de aquel extranjero misterioso que conocía, según las palabras de Almendáriz, todos los rincones del mundo; que tenía, en no recordaba qué mar, una isla desierta para poblar la cual andaba buscando por el mundo gente igual a él; que había combatido con un pulpo monstruoso y tenía unos ojos acostumbrados a mirar en las misteriosas profundidades del océano, unos ojos cuya mirada nadie podía soportar, según afirmaba Almendáriz y que, sin embargo, ella soportó y dominó; en presencia de aquel hombre cuyas hazañas misteriosas excitaron su imaginación, se había sentido fascinada hasta el punto de levantar involuntariamente su copa, atendiendo a la invitación que él le hacía.

Vuelta en sí por la exclamación de Osuna, ya apurada la copa de licor bajo la mirada del extranjero enigmático, le pareció que acababa de sufrir una violencia, que había sido inducida a un acto vergonzoso e irreparable y la asaltó aquel deseo de echarse a llorar.

Luego, un ademán de despreocupación por todo lo que hasta allí la tuviera cohibida: la desconfianza que le inspiraban aquellas personas que la rodeaban y la molestia de los cuchicheos y miradas impertinentes de las que ocupaban las mesas próximas. ¿Otra copa?... Quizá fueron más... Y risas y charla a gusto y el americano no exclamando ya:

—¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Sino:

—¡Terible! ¡Terible!

Nueva York..., las Antolínez..., Rosendo, que era míster Builder, en el fondo del mar, que era Pozo de Rosa...; peces de colores con el cordón de la Orden Tercera, Almendáriz con un chaperone en la cabeza, y Chaplin, dando saltitos y diciendo: ¡Cómo va a ser! ¡Cómo va a ser, señor!

—¿Se te quitó el dolor de cabeza, Victoria?

—Sí, abuelita.

—¡Miren que ocurrírseles darle la vuelta a El Paraíso a pie y con tanto sol! Allá estará también Clemencia con su dolor de cabeza. ¡Ah, muchachas!

Y una profunda melancolía, un gesto amargo, y a intervalos un encogimiento de hombros.

No quiso salir durante los días siguientes, y el Jueves Santo fue necesario que misia Carmelita la obligara a vestirse para llevarla a los oficios del día en la Catedral.

Al entrar en el templo le pareció ver a míster Builder entre la muchedumbre y el corazón le palpitó aceleradamente.

—¡Dios mío, que no se le ocurra acercárseme! Quedémonos por aquí, abuelita.

Poco después se les reunía Clemencia y su madre.

—¿Qué te habías hecho? Ayer nos quedamos esperándote en Santa Teresa. Después del almuerzo voy a buscarte para visitar los Monumentos. Te advierto que ya nos hemos zafado de las Antolínez. Estaremos solas las dos. ¿Quieres que vaya a buscarte?

—Bueno. Ve.

*

Ya al salir dijo Clemencia:

—Misia Carmelita, déle permiso a Victoria para que se quede a comer en casa esta noche. Como el último Monumento que visitaremos será el de Las Mercedes, de allí nos vamos a casa y después de la comida venimos a traérsela mamá y yo.

Una sospecha le cruzó por la mente a Victoria; pero

antes de que tuviera tiempo de formular un pretexto para no aceptar aquella invitación, misia Carmelita dijo:

—Con mucho gusto, hijita. Pero, eso sí, antes de las nueve, están aquí.

Y Victoria mentalmente:

—Bueno. Que sea lo que Dios quiera.

Ya había comenzado la clásica romería del Jueves Santo, piadosa y mundana a la vez, el desfile de toda la población de Caracas por los templos, visitando los Monumentos, y ostentando cada cual lo mejor de su percha, según costumbre tradicional, que todavía no se había perdido del todo, especialmente entre el pueblo, como lo era también que los jóvenes saliesen a ver a las muchachas y a seguir de templo en templo a aquellas que les gustaban y éstas a dejarse mirar con la esperanza de que aquellos sentimientos terminasen en noviazgos, volviéndose, de trecho en trecho, a verlos —que ellos lo llamaban hacer quiebros—y dirigiéndoles, dentro del templo, rápidas miradas entre "por la señal" y la "Santa Cruz".

Pero a Clemencia y Victoria no las siguieron, sino que las esperaron frente al templo de San Francisco.

Volvió a experimentar ésta el desasosiego que la había inquietado en la mañana, al ver a míster Builder, y le preguntó a su compañera:

—¿Tú como que tienes amores con Almendáriz?

—¡No, chica! Déjate de amores. Un *flirt*, nada más. Un poquito más que el que tú tienes con míster Builder.

—¡Yo! Ni sé qué es eso de *flirt*.

—Déjate de hipocresías. Tú no conocerías la palabra; pero la cosa la aprendiste el domingo muy pronto. Aunque, por lo que estoy viendo, lo tuyo como que es algo más que un *flirt*.

—No seas pazguata, chica. ¿Qué vas a estar viendo tú si no hay nada?

—¿Y por qué lo ocultas, tonta? ¿Es acaso un pecado que una mujer se enamore de un hombre interesante?

—Pero sería una locura que yo me fuera a enamorar de un hombre que no sé ni quién es, ni hay manera de entenderse con él; porque él en su lengua y yo en la mía podemos

decirnos atrocidades como si fueran cariños. Además, bonito papel haría yo enamorándome de un hombre de quien cuentan tantas cosas raras.

—Pues ¿quieres que te diga una cosa? Te envidio tu aventura. Porque es una verdadera aventura, de las que no pasan sino en las novelas.

—¿Pero de dónde sacas tú que eso exista?

—De las miradas que le dirigías esta mañana, en la Catedral.

Y cuando se reunieron con quienes las esperaban, Victoria tenía las manos frías y casi no podía hablar.

—Vamos—dijo Almendáriz, dirigiéndose a un automóvil que estaba detenido frente al templo.

—¿Qué es esto, Clemencia?—interrogó Victoria llena de zozobra—. ¿Para qué es ese automóvil, ¿Adónde vamos a ir?

—No pongas esa cara, mujer, que no es nada malo. Vamos a dar un paseo.

—Yo no, Clemencia.

—¿Quieres decir que me vas a dejar sola?

—Es que tú tampoco debes ir.

—¿Por qué no? Yo soy una mujer de mi tiempo, y tengo la verdadera virtud, que no es evitar el peligro, sino vencerlo. Yo puedo ir hasta el fin del mundo con Almendáriz, segura de que no me pasará nada malo, porque sé hacerme respetar. Además, chica, estos señores no son como los jóvenes nuestros, amigos de propasarse; éstos están acostumbrados a respetar a sus amigas y son incapaces de tomarse una licencia con nosotras. Ven. Déjate de prejuicios.

Y como esto sucedía frente a la puerta de San Francisco y los transeúntes, aunque no oyeran lo que decía Clemencia, se estaban enterando, Victoria, azorada y sin saber qué hacía, se metió en el automóvil.

—¡Señorrita! ¡Muy señorrita!—dijo míster Builder, y en seguida, silabeando la frase que parecía haber aprendido sólo para decírsela en aquella ocasión—: Míster Builder lucha con pulpos en el fondo del mar—*all right!*—, pero sabe respetar señorritas muy señorritas como usted... ¿Está bien? *All right!*

—No es por eso. Ya lo sé. Es que...—balbució Victoria.

—*All right!* Yo tener una isla en centro del mar, para llevar señorritas muy señorritas... No. No para llevar... Yo quiero decir otra cosa...

Y Almendáriz, que sonreía oyéndolo ejercitarse en el discurso aprendido, acudiendo a sacarlo del atascadero:

—Lo que quiere decir míster Builder es que él desearía llevar a su isla a las pocas personas correctas que quedan por el mundo, hombres y mujeres, para que allí se formara una humanidad nueva, exenta de los vicios y defectos de la actual. Es una idea muy bonita, ¿verdad?

—Muy bonita, sí—replicó Victoria.

Y con motivo de los trabajos que le había costado al yanqui el expresar aquello tan torpemente como lo hizo y de la cara de terror que puso Victoria al entender que quería llevársela a su isla fantástica, hubo para reir un buen rato.

Al darse cuenta Victoria de que habían dejado atrás la ciudad, preguntó:

—¿Adónde vamos, Clemencia?

—A Macuto.

—¡Chica! Acuérdate de lo que dijo abuelita.

—No tengas cuidado. Todavía no son las cuatro. Hora y media para ir, hora y media para regresar y todavía nos queda tiempo para estar en casa antes de las ocho, que es cuando acostumbramos comer.

Y entre las inquietudes que todo aquello le causaba a Victoria, la idea de que iba a conocer el mar fue alcahueta de la aventura.

¡El mar!... La isla de míster Builder... La idea bonita como dijera Almendáriz... La aventura novelesca... Los ojos familiarizados con los misterios submarinos, los ojos que no se podían mirar sin hacer lo que míster Builder quería... El amor, todo sorpresa; la vida, todo fantasía. El mundo, el vasto mundo, mucho, mucho más grande que Caracas. ¡Qué importaba que se quedara atrás la ciudad mezquina que todavía no había querido abrirle sus puertas!... Artista de cinematógrafo... ¡La fama, el mundo entero admirán-

dola! No un simple retrato en una revista de Caracas, como las Alcoy...

—¡Jipa!

La carretera iba faldeando unos cerros empinados frente a otros cerros áridos y rojos, barranco por medio, por cuyas laderas peladas veíanse, bajando a recogerse a los corrales de palizadas de cardón, numerosos rebaños de cabras. El sol comenzaba a ocultarse detrás de otra serranía distante, apenas entrevista a través del humo de las rozas que ardían en sus flancos, y sus rayos, de un amarillo rojizo, bronceaban aquí una loma, allí el dentellón de una roca, allá una ladera tendida. A trechos, entre camburales, ranchos de techumbre pajiza y otros en la plena aridez de la tierra desamparados de toda sombra. En la carretera, más cabras, trepándose a los taludes al paso del auto. En el fondo, los cerrajones de Boquerón. De pronto, el mar. Victoria se quedó maravillada al ver extenderse ante sus ojos la vasta serenidad azul.

—¡Jipa, Victoria!—dijo Clemencia, provocándola a lanzar aquella interjección que les había causado gracia. Y en seguida—: ¿Qué te pasa, chica? ¿Como que te ha impresionado el mar?

Era que, disipada bruscamente la impresión de asombro ante el espectáculo nunca visto, le había sobrecogido el temor de que aquel paseo hubiera sido un pretexto concertado entre míster Builder y Almendáriz, para embarcarse con ella y Clemencia en aquella goleta donde había oído decir que el primero tenía el aparato submarino de su invención y que seguramente estaba anclada en La Guaira, y de sólo imaginárselo se le había encogido el corazón.

Y a Clemencia se le ocurrió decir:

—¡Dígame, si eso es aquí que se ve tan tranquilo, qué será cuando nos estemos embarcando!

—¡No, chica! ¡Por Dios! Yo me quedo aquí—y al chófer—: Pare, señor, un momento.

—¡Victoria, chica! Si ha sido un juego mío. ¿Cómo se te ocurre que...?

Míster Builder miró interrogativamente a Almendáriz y

éste le explicó en inglés lo que había sucedido, soltando luego la risa.

Pero míster Builder, serio y respetuoso, volvió a exclamar:

—¡Señorrita! ¡Muy señorrita!

Luego en su lengua, a Almendáriz, y éste a Clemencia:

—Dice mi compañero que si quieren ustedes revolverse...

—No sé. ¿Qué dices tú, Victoria?

—No—respondió ésta apenada—. Sigamos. Ha sido una tontería mía, que me harán el favor de perdonármela. Tenga la bondad, señor Almendáriz, de presentarle mis excusas a míster Builder.

Este, una vez oídas las excusas que le presentaba su compañero, se volvió hacia ella haciéndole una inclinación de cabeza. Ella sonrió azorada, mirándolo a los ojos, y al sentir cómo le palpitaba el corazón, comprendió que se había enamorado de aquel hombre.

Y nada más: ni fantaseos, ni ambiciones locas, ni despechos; pero esto sólo era suficiente para que el corazón se le llenara de zozobra.

Ahora la carretera iba faldeando unos cerros feraces, poblados de cafetales, frente al abierto horizonte marino. Ya empezaban a verse las costas ribeteadas de espumas en las rompientes, y la blanca cresta de Cabo Blanco, sembrada a trechos de matojos obscuros, resplandecía bañada de sol. Otra vez los cerros rojos, allá abajo los cocales, y luego, retrepando sobre las falsas áridas del monte, junto al mar azul, el caserío de Maiquetía y más allá La Guaira, con su rada llena de embarcaciones de vela y sus muelles negros y desiertos.

Sobre el mar agitado por el viento de marzo blanqueaban grumos de espuma en las crestas de las ondas y al caer de la tarde el agua tomaba tonalidades violáceas.

Victoria callaba, atenta a sus sentimientos: Míster Builder también guardaba silencio mirando el mar, y mientras ambos se encaraban así con las cosas grandes y misteriosas, Almendáriz y Clemencia, muy cerca las caras, muy juntos

los cuerpos, envilecían la vida con el placer ambiguo del *flirt*.

Atravesaron las calles de Maiquetía y al pasar frente a la iglesia, Victoria se santiguó y rogó mentalmente:

—¡Dios mío, no permitas que esto suceda!

Dejaron atrás La Guaira, que a Victoria pareció fea y triste, con sus calles silenciosas y desiertas en la parte del puerto y sus callejuelas empinadas en el pueblo, y otra vez el auto corrió por una carretera angosta entre el mar y los negros taludes de unos cerros áridos y feos. Cocales, estancias sombrías, apacibles rinconadas al pie del monte, uveros, y, tras una vuelta, Macuto. Las quintas, la playa llena de gente, las calles sombreadas por laureles-matapalos y almendrones, el fuerte olor marino, la brisa cargada de salitre.

Se detuvo el automóvil. Almendáriz invitó a un *cocktail*, pero antes de que Victoria se negara, dijo míster Builder:

—No. Señorrita no quiere beber. Yo tampoco.

Almendáriz se encogió de hombros y dijo a Clemencia:

—Pues nos ha fastidiado la niña cursi.

—¿Quieres que demos un paseo por la playa, Victoria? —preguntó Clemencia desabridamente.

—Bueno. Por complacerte.

—No. Por mí no lo hagas.

—Dispensa. Quise decir con mucho gusto—replicó, aunque ninguno tenía en exhibirse con aquella compañía ante la gente que llenaba el paseo.

Pero al ir a bajar del automóvil vio que pasaba un grupo de muchachas con las cuales iban Federico Hanssen y otro joven, y al fijarse en este último, ya dispuesta a no bajar del automóvil por temor de que la viese Federico, le cruzó por la mente el relampagueo de un recuerdo:

—¿Dónde he visto esa cara? ¡Ah! ¡El retrato del abuelito! ¡Ese es Nicolás del Casal!

Y a Clemencia:

—Perdóname, chica. Hay aquí ciertas personas que no me conviene que me vean. Como he venido sin permiso de abuelita. Tú comprendes.

—¡Qué se hace! — murmuró Clemencia, alzando los hombros.

—Pues vamos nosotros solos, chica—repuso Almendáriz, y en seguida, bajando la voz—. Será que la niña quiere quedarse sola en el coche con míster Builder.

Y tomando del brazo a Clemencia se alejó del sitio donde se había detenido el auto. Míster Builder, receloso de que a Victoria no le agradase quedarse sola con él, fue a pararse junto a la muralla de cara al mar.

Volvió a pasar el grupo donde iba Nicolás del Casal. Victoria se quedó mirándolo y todas sus inquietudes se desvanecieron de pronto.

Bien empleadas habían estado, por lo demás. Puesto que de alguien debía enamorarse aquel día, ¡ya estaba enamorada de Nicolás del Casal!

IX

Una curva violenta, la fricción de los neumáticos sobre el pavimento, el barquinazo de la fuerza centrífuga, y el automóvil cogió la carretera que baja serpenteando, en rápido descenso, por una garganta del monte.

Recuperado el equilibrio y repuesta de la primera impresión de la carrera por el camino en pendiente, misia Carmelita, después de encomendarse otra vez a todos los santos de su devoción, dijo:

—¿Qué necesidad había de exponerse a este peligro? Mañana hubiéramos podido hacer este viaje en tren. Pero ya está visto: cuando a ti se te mete algo en la cabeza, has de verlo realizado en seguida. Lo que menos pensaba yo era que íbamos a dormir esta noche en Macuto. Si no es que nos quedamos a dormir el sueño eterno en el fondo de un barranco.

Tanto miedo y lamentaciones arrancaban a Victoria alegres carcajadas. Después de la taciturnidad y de la inquietud de espíritu de los pasados días había recuperado su natural risueño, y al verse ahora por aquel mismo camino de la vís-

pera parecíale imposible que hubiese sido ella quien había experimentado aquellos extraños sentimientos a propósito del extranjero. Sentía, con una absoluta confianza de sí misma, que ahora todo iba a resultar a la medida de sus deseos, o mejor dicho, de sus sentimientos, porque ya no se trataba de llevar a cabo una idea que se le hubiera metido en la cabeza, plan ambicioso o determinación sugerida por el despecho, sino de entregarse sin propósitos ulteriores a un movimiento espontáneo de su corazón: el amor que por primera vez le inspiraba un hombre.

—¡Mira, abuelita! Aquel ranchito sobre aquella loma. ¡Qué paz! ¡Qué sabroso debe ser vivir así! ¿No te provoca, abuelita?

—¡Vaya, pues!—exclamó la abuela, sorprendida—. ¿Ranchitos ahora, después de tanto soñar con palacios?

Y a cada vuelta del camino una exclamación de sorpresa, porque realmente era un panorama nuevo para sus ojos, por contemplarlo con sentimientos distintos de los de la víspera y nuevos, por otra parte, para su corazón.

—Mira, abuelita. Allá, detrás de aquella punta, está Macuto.

—¿Cómo lo sabes, criatura? ¿Es que lo ves desde aquí?

—No—repuso apresuradamente—. No es que te lo digo, sino que te lo pregunto: ¿Allá, detrás de aquella punta, está Macuto?

—Creo que sí. No recuerdo bien. Hace muchos años que no vengo por aquí y por esta carretera; ésta es la primera y la última vez que me expongo a quedarme en el fondo de uno de estos barrancos.

En "La Alemania" no había sitio. Todas las habitaciones estaban ocupadas.

—¡Esta sí que es buena! ¿No te lo dije, Victoria? Macuto se llena en estos días. Pero no conviniste en esperar a que pasaran los Días Santos y ahora vamos a tener que regresarnos a Caracas, de noche, por ese camino tan peligroso. Bien merecido me lo tengo, por consentirte demasiado.

El chófer les dijo que en el Casino Viejo era posible

encontrar alojamiento y las llevó allá. A Victoria no le agradó la situación del hotel, porque no daba frente al mar, pero tuvo que resignarse. Las instalaron en un cuartucho caluroso, cerca de la cocina.

—Esto es un calabozo—dijo misia Carmelita—. Pero bien merecido lo tengo por sacristana. ¡Quién me manda dejarme traer y llevar por esta loquita!

—¡Por el calor no te preocupes, abuelita! Nos salimos a la playa.

—¡Pero, criatura! ¡Tú crees que yo tengo dieciséis años como tú! A mi edad ya no se puede andar con tantos brinquitos.

Después de la comida se salieron a tomar el fresco en la playa. Caminaron un rato por la ancha avenida del paseo, invadida por la gente que hacía tertulia en círculos de sillas y mecedoras del hotel o en los bancos, bajo los uveros y a lo largo de la muralla, o se paseaban de un extremo a otro.

Victoria dirigía miradas escrutadoras a todos los grupos, y ya se había dicho: —¡Pues me he lucido! De seguro que Nicolás no estaba aquí sino de paseo y ya habrá regresado a Caracas—, cuando de un círculo donde se hablaba alemán, salió una voz:

—¡Prima Carmelita!

A un tiempo que avanzaba hacia ellas un joven vestido de blanco.

—¿Desde cuándo por aquí? ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Esta es tu nieta, seguramente?

—Sí. Esta es la famosa Victoria de quien tanto te hablé.

—¡Caramba! ¡Qué acierto, prima Carmelita! ¡Qué acierto! ¡Qué penetración!

—¿Cuál, Nicolás?

—La penetración y el acierto que tuvo quien le puso tal nombre a esta primita mía. ¿Es necesario que yo me presente? Nicolás del Casal.

—Victoria...

¿Por qué no se atrevió a agregar: del Casal?

Estrechó la mano de Nicolás, sonriendo, y no halló absolutamente nada que decir.

Tampoco era necesario. Nicolás hablaba por los tres, con tanto ímpetu y tan precipitadamente, que era imposible interrumpirlo.

—¿Conocía usted Macuto? ¿No? Pues le va a gustar mucho. Es un sitio verdaderamente pintoresco: un mar muy animado, una naturaleza muy llena de color, una montaña preciosa. Y cuando se vaya toda esta gente, que mañana tocará retirada a Caracas, será más agradable todavía. Porque supongo que no se irán ustedes tan pronto. No. No es posible, prima Carmelita. Es necesario que Victoria vea todo lo que hay que ver por aquí. Ya sé que es usted aficionada a la Naturaleza, gran jinete y excelente cazadora. Y me prometo, con la debida anuencia de su abuelita, por supuesto, hacer en compañía de usted algunas excursiones por los alrededores de Macuto que, ya le digo, son sumamente pintorescos. ¿Le sorprende a usted que sepa tantos detalles de su vida? Pues no le extrañe. En Caracas, ya lo habrá observado usted, todo el mundo conoce la vida privada de los demás y se la cuenta a quien la ignore.

—¡Pero si no he vivido nunca en Caracas!

—Tampoco hace falta. La conocieron a usted los Hanssen; los Hanssen son amigos míos y me contaron todo lo que saben a propósito de usted.

—Y lo que no te contaron los Hanssen te lo contaré yo—interrumpió misia Carmelita—. Porque, abuela al fin, apenas me dan pie para hablar de esta muchachita, ya no tengo cuándo acabar. Además, fue tanto lo que me preguntaste...

—También es verdad. ¿Ve usted, pues, cómo uno siempre encuentra quien lo saque de una ignorancia, molesta como toda ignorancia? Pero caminemos, caminemos un poco. Por ahí debe de haber algún banco donde podamos sentarnos a conversar un poco, mientras sale la luna, que ya viene asomando por allí. ¡Mire usted qué bonito se está poniendo el mar!

—No sólo la luna tendrá tiempo de salir mientras tú hablas—observó, bromeando, misia Carmelita—. Hasta el sol de mañana también.

—Cuando me encuentro con gente a quien quiero, no tengo cuándo terminar, realmente. Tanto más cuanto que he de contarle a Victoria muchas cosas, para que se las transmita a su mamá. Cosas de tía Eleonora, que siempre está recordándolas. Allí hay un banco. Sentémonos allí.

Se sentaron en el banco desocupado, que estaba cerca de las rompientes, donde se estrellaban con un blanco hervor de espumas las negras olas que venían, silenciosas, del mar obscuro.

—Pues bien... ¡Pero no! No hablemos ahora. Contemplemos en silencio esto que va a suceder.

—¿Qué?—interrumpió Carmelita.

—La luna, que va a salir. La Naturaleza, que nos va a hacer el don divino de su belleza.

—¡Me habías asustado, muchacho! Creí que verdaderamente iba a suceder algo extraordinario, que el mar se iba a tragar la tierra, por ejemplo.

—Eso sería muy interesante y muy hermoso, aunque un poco inoportuno; pero contentémonos con esto que, aunque diario y en apariencia tonto, es, sin embargo, muy interesante también. Vean ustedes cómo se va iluminando el mar. Ya viene, ya asoma... ¡Ahí está! ¡Qué bella es la luz! ¿Verdad, Victoria?

—¡Linda!—aprobó ella. Y temió haber dicho una necedad, tanta y tan honda era la turbación que experimentaba.

—¡Qué pureza de atmósfera! ¡Qué esplendor de luz! Miren ustedes: allá arriba, en la montaña, sobre el Picacho. ¡Qué hermosura de luz!

Misia Carmelita sonreía oyéndolo expresar con tan cálido entusiasmo impresiones tan sencillas. Victoria callaba contemplando el orto lunar: el cocal de Puntabrava en la contraluz, la faz resplandeciente del astro surgiendo de las aguas, el vial de halos extendido sobre el mar, como un camino místico. Y le pareció que ella nunca había sentido que la luz era, en efecto, hermosa.

—Pero la luna es triste—dijo misia Carmelita—. Por lo menos a mí me llena de tristeza, me hace pensar en los míos que ya no están conmigo.

—Eso tiene su explicación—repuso Nicolás, bromeando, para disipar el fúnebre pensamiento—. La luna es una historia verdaderamente lamentable en el cielo: su muerte prematura, su vagar errante, como un fantasma. Yo siempre me he preguntado: ¿de qué moriría la luna, tan jovencita?

—De amor—dijo Victoria, con una voz leve. Y en seguida, mentalmente, sintiendo que la sangre afluía a su rostro:

—"¡Qué cursilería se me ha ocurrido! No hablo más esta noche."

—Esa es la explicación que se ha dado desde tiempo inmemorable y la que dan todavía los poetas Yo estoy por creer que tienen razón.

—Pues a mí me parece que ha muerto de un porrazo intervino misia Carmelita, siguiendo la broma—. Véanla cómo está de abollada.

—¡Por favor, prima Carmelita! No nos destruyas el encanto. Eso de morir de un porrazo es lo más grotesco que pudo sucederle a la luna. ¡No, no, no! Rechazo esa teoría y desde ahora en adelante no acepto sino la explicación sentimental que ha dado Victoria. La luna ha muerto de amor; quien tiene razón eres tú, ¡vaya! ¡Por fin lo solté! Ese tú me estaba haciendo cosquillas en la punta de la lengua hace rato. ¡Miren que yo tratando de usted a una prima que me ha sido tan simpática desde antes de conocerla! ¿No te parece un desplante, prima Carmelita?

—¡Por supuesto! Extrañándolo estaba—repuso ésta, mientras Victoria sentía que el corazón se le inflamaba de gozo—. ¡Ah Nicolás! ¡Cómo te pareces a tu abuelo, muchacho!

—Pues bien: mañana tengo que escribirle a tía Eleonora. Le diré que no he visto todavía a Adelaida; pero que he conocido a una hija suya, verdaderamente encantadora. Tienes que darme tu retrato para mandárselo, en prueba de que no pondero. Tía Eleonora se alegrará mucho. Te enseñaré, en cambio, los retratos de sus hijas, Adelaida y Elsbe. Elsbe es una criatura angelical, alemana auténtica; no tiene nada de la madre. Adelaida sí se le parece un poco. Muy simpática también, pero Elsbe es un encanto, verdaderamente.

Una sonrisa nubló el placer que Victoria experimentaba oyéndolo hablar, pero él agregó en seguida:

—Es mi ahijada. Siete años tiene, apenas. Me la encontré en casa cuando regresé del frente, terminada la guerra, y me volví loco con aquella criatura. ¡Qué cabellos tiene! ¡Color de lino, delicadísimos! ¡Un primor de muchachita! ¡Me hace una falta!

Contó después su vida en casa del señor Friedel, los horrores de la guerra, su amor al país donde se había formado y finalmente sus planes al regresar al propio. Pero en llegando a esto se le apagó el entusiasmo con que hablaba.

—¡Imagínate, prima Carmelita! ¡Fundador de pueblos! ¡Qué hermoso hubiera sido! Lo que hoy es desierto y selva virgen convertido en campos cultivados, llenos de la animación del trabajo, y en pueblos alegres, bien organizados y progresando día por día. Ya me veía yo, de aquí a sesenta años, con una barba abrahámica, sentado sobre una colina, contemplando mis pueblos. Porque habría tenido la precaución de fundarlos cerca de alguna colina, para poder contemplarlos desde allí cuando fuera viejo. Pero, desgraciadamente, ni colina, ni barba abrahámica; el proyecto fracasó. No podré llevarlo a cabo porque el Gobierno, lejos de presentarle apoyo a mi plan colonizador del Caroní, le ha puesto obstáculos. Así, pues, aquí me tienes con un pie en la patria y con el otro fuera, quizá para siempre. Probablemente me vaya al Brasil, aceptando una proposición de unos plantadores de café de Sao Paulo que rechacé para venirme a Venezuela.

—¿De veras?—exclamó tristemente Carmelita—. ¡Cuánto lo siento, Nicolás, que no puedas quedarte en tu patria!

Y Victoria vio que el sueño se le iba de entre las manos.

—Aún no es cosa definitivamente resuelta. Espero el resultado de una carta que he escrito a Sao Paulo. Los Hanssen me han hecho también una proposición, que no es tan ventajosa para mí como la de los brasileros; pero si éstos no me ratifican la suya, aceptaré la de los Hanssen.

"No se irá. No se irá", díjose mentalmente Victoria.

—Para un hombre de tus condiciones no hay negocio

malo—observó misia Carmelita—. Con tu deseo de trabajar, tus buenas costumbres y esa confianza que en ti mismo tienes, sólo falta que Dios te ayude un poco y seguramente te ayudará.

—Gracias, prima Carmelita. Sobre todo la confianza en uno mismo que es la mayor fuerza de que puede disponer un hombre. Por ahora no poseo sino una venturosa pobreza, si es que se puede decir poseer, tratándose de una cosa que es la ausencia absoluta de toda posesión; pero tengo una fe ciega en el porvenir.

—Dios te la conserve y ella te dé los frutos que esperas.

Mientras él hablaba, Victoria había experimentado emociones desconocidas hasta entonces. De aquella vida se desprendía, como de una montaña de olorosos bosques, un aire saludable, una impresión de fortaleza y de optimismo, de bondad de corazón sencillo que se llenaba de entusiasmo ante el prodigio cotidiano de la luz, que se enternecía al recordar los cabellos de Elsbe, que refería sus hazañas sin jactancia y sin odio, que llamaba venturosa a su pobreza y hablaba con alegría de los trabajos que le esperaban, de noble elevación de pensamientos y de espíritu amplio y generoso que inspiraba sentimientos confiados. Comparando a Nicolás con todos los hombres que había conocido, incluso su padre, formuló mentalmente esta conclusión: "¡Este sí es un hombre!"

Ya era tarde. La playa había quedado desierta. Abandonaron el banco. Camino del hotel, a un lado, la serenidad del monte bañado de luna, al otro el vasto mar incansable. A Victoria le pareció que andaba en sueños.

X

El primer pensamiento de Victoria al día siguiente fue éste:

—¿Qué concepto se habrá formado de mí Nicolás? Anoche estuve hecha una idiota; no despegué los labios sino para decir tonterías. Pero ¿quién puede, tampoco, decir esta boca

es mía cuando él coge la palabra? ¡Nada! Tengo que hacerle ver que yo tampoco me muerdo la lengua.

Y la primera víctima de este propósito fue misia Carmelita. Una hora después de haberse levantado ya estaba pidiendo tregua:

—¡Mijita, ya me tienes mareada! ¡Qué conversar, criatura!

—¡Es que me siento dichosa, feliz, contenta!

—¡Ya se ve! Con esa manera de expresar tus sentimientos por triplicado, ¡pobre de quien tenga que oírte! ¿No te parece que será suficiente una sola de las tres palabras que has usado para decir lo mismo?

—No, abuelita. Lo que yo quiero decir no cabe en una sola palabra. Además me he propuesto demostrarle a Nicolás que no soy muda, como probablemente lo habrá pensado, después de haberme visto anoche vuelta una pandorga.

—Pero, ¡criatura! ¿Vas a hacer conmigo tus ejercicios? Espera que te encuentres con él y aturrúllalo todo lo que quieras, que por lo menos él sabe defenderse. ¡Buena me ha tocado a mí! ¡Ah! Y desde ahora te advierto: conmigo no cuenten para esos paseos y excursiones que proyectaba anoche Nicolás.

—No te preocupes, abuelita. El debe estar acostumbrado a lo que se estila en Nueva York. Tanto tiempo viviendo allá.

—¿Qué es lo que se acostumbra en Nueva York? Me asombran tus conocimientos, hija. ¿Y por qué tiene que estar acostumbrado Nicolás a lo que se estila en Nueva York? El no ha vivido sino en Hamburgo, ciudad de Alemania, que nada tiene que ver con Nueva York, que es una ciudad de los Estados Unidos. Muy antipática, por cierto, según lo que he oído decir.

Victoria rompió a reir.

—¡Buena la iba haciendo yo! Creía que todo eso era la misma cosa. ¡Dígame! Si se me ocurre soltarlo delante de Nicolás, me luzco.

—Por eso dicen que al buen callar llaman Sancho y que en boca cerrada no entran moscas y tantas otras sentencias

más que recomiendan hablar poco. De modo que si no quieres lucirte, ya sabes a qué atenerte.

Esto fue durante el desayuno, que tomaban a solas en el comedor del hotel.

Victoria adoptó una cómica actitud de seriedad y prometió que no hablaría más. En efecto, permaneció unos minutos en silencio; pero le chispeaban los ojos y le retozaba en los labios la gana de charlar y al cabo preguntó:

—¿Ya se te pasó el mareo, abuelita?

—¿Qué mareo?—y como la viese contener la risa—: ¡Ah! ¿Es que quieres soltar la lengua otra vez? Anda, conversa todo lo que quieras.

*

Mañana de sol y de brisas marinas. El balneario tiene la alegría de un palomar. Los trajes blancos de los temporadistas que aspiran el aire yodado a la sombra de los almendrones; el blanco vellón de espumas que van carmenando el alegre viento marcero sobre el mar azul, bajo el claro sol; las velas de las embarcaciones que salen del puerto o navevan hacia él; las palomas del parque que han salido todas a volar. La brisa peina el cocal sonoro, mece el follaje rumoroso del laurel y por las faldas del monte trepa, levantando tenues neblinas resplandecientes, hacia el Picacho abrupto: la luz brilla en la hoja del uvero y en el cristal de la ola al reventar, y la ola se abre, a lo largo de las rompientes, con un ruido suntuoso de sedas que se rasgan. El alcatraz insaciable acecha en vuelo cernido, se lanza de pronto tras la saeta del pico, se sumerge, engulle y remonta de nuevo, batiendo las anchas alas para pescar más allá; pasa un grupo de bañistas: sombrillas, rostros frescos, risas alegres. El balneario tiene la alegría de un palomar.

Victoria ha logrado que la abuelita consienta en dejarla salir sola con Nicolás. Lleva un traje color de llama; él confiesa que no le había parecido tan bonita la noche anterior. Caminan a pasos largos. Ella va contando cosas de Cantarrana y él no tiene tiempo de hablar. Ya han recorrido las calles de La Guzmania, entoldadas bajo el tupido ramaje de los

matapalos; trasponen el río, de pedregoso cauce amurallado, por un puente angosto, como una pasarela; atraviesan el Parque donde el viento suena sin pausa, y salen a la alameda frente al mar.

El mar está lleno de espumas y de velas. Las espumas no se mueven, pero las velas corren, hinchadas, bajo el viento largo. Unas van, otras vienen. ¿Cómo pueden navegar en tan opuestas direcciones, bajo un solo viento? ¿Por qué permanecen en el mismo sitio los blancos copos de que está sembrado el mar, si éste corre hacia el poniente, como un gran río?

Nicolás apenas ha tenido tiempo de explicar aquello y ya tiene que explicar estotro.

—Vamos por partes, chica. ¿Qué quieres que te explique primero? ¿Lo de las velas o lo de la corriente marina? Porque todo a un tiempo sólo tú serías capaz de hacerlo.

Ella sonríe pensando: "¡Y te habías imaginado seguramente que yo era muda!"

—Lo de las velas.

Nicolás explica el misterio.

—¿De modo que todo depende de la posición que se dé a las velas? Lo mismo que en la vida entonces.

—A ver. Explícame tú ahora eso, que me ha intrigado.

—¡Pero si está clarito! El viento es la suerte, que es la misma para todo el mundo; la vela es lo que uno quiere que suceda; la pones para allá, navegas para allá; la pones para acá, navegas para acá.

—No está mal. Pero tú no cuentas con la calma que puede sobrevenir de pronto. Tú pones la vela para allá y en esto viene una calma, ¡y ni para allá ni para acá!

—Bueno. Eso de la calma no me lo habías explicado. Además, no tiene importancia, porque todo barco llega al fin a donde va. Explícame ahora lo de las espumas. ¿Por qué no las arrastra la corriente del mar?

—No hay tal corriente, por lo menos, esa que ves, que parece tan rápida, no es sino una ilusión que produce el oleaje bajo el viento reinante. La espuma salta de la cresta de la onda cuando ésta sube, se deshace cuando baja; pero al

mismo tiempo otra onda, que venía detrás, ha subido en el mismo sitio de la anterior y vuelve a saltar la espuma, una espuma nueva, que es tan igual a la anterior que parece la misma. Y así sucesivamente mientras esté soplando el viento. Dime ahora tú: ¿así pasa en la vida?

—Lo mismo. Con la diferencia de que ahora todo lo hace el viento: lo que es verdad, como la espuma, y lo que no es verdad, como la corriente.

—Prima, te doy las gracias en nombre de la espuma. Es la primera vez que alguien la compara con la verdad. Desde ahora en adelante no se me ocurrirá llamar espuma a lo que parece ser y no es.

—¡Es la alegría! ¿Cómo no va a ser verdad?

—Y el viento, que antes nada hacía y ahora lo hace todo, ¿qué papel desempeña ahora en tu metáfora?

—El viento varía: unas veces es el odio.

—¡Viento borrascoso!

—Otras, es la ambición.

—¡Viento largo y tendido!

—Otras..., viento alegre y suave.

—¿Que no tiene nombre?

Un leve sonrojo, una sonrisa y un:

—No.

—Sí, lo tiene; pero no quieres decirlo. ¡Picaruela! Te lo estoy viendo en los ojos. ¡Tú estás enamorada, chiquilla!

—Te juro que no.

—A ver. Repítemelo mirándome a los ojos.

Ella lo miró un instante; pero luego, disimulando su turbación, rompió a reir.

—¿Ves cómo era cierto?—y él mismo comprendió que era forzada la sonrisa con que acompañó estas palabras.

Caminaron un rato en silencio. Luego Victoria rompió a hablar de nuevo con alegre retozo de la imaginación, excitada. Sin embargo, a Nicolás ya no le pareció tan frívola como al principio la había juzgado. Todo aquello que dijo a propósito de las velas y de las espumas debía de tener un sentido preciso en su vida, y al expresarlo de aquel modo dio muestras de una inteligencia ingeniosa y reflexiva a la vez. Sintió

que le nacía una curiosidad apasionada de sondear aquel corazón. Ella había hablado de odios y ambiciones, y esto debía de tener una significación concreta. No había que olvidar que era la hija de Hilario Guanipa.

Llegaron cerca de los baños. Victoria se sorprendió de ver hombres y mujeres bañándose juntos.

—Es una costumbre europea que por fin se está implantando entre nosotros—explicó Nicolás—. ¿Te parece mal?

—¿Por qué?—respondió ella interrogando.

Y Nicolás hizo su primera observación: aquella respuesta fue diáfana: en el pensamiento de Victoria no había sombra de malicia alguna. A Nicolás le agradó haber descubierto esto.

—¿Sabes nadar?

—¡Cómo no! En Cantarrana hay un estanque muy grande que mandó hacer papá para que yo aprendiese a nadar. No sé si en el mar me atreva; pero...

—No hay peligro alguno. Yo te acompaño si quieres.

—Así sí me atrevo. ¿Pero el traje?

—Aguarda un momento. En esa tienda los venden. Voy a comprarte uno.

Cuando Victoria—dominando la turbación que le causada la novedad del caso y que, más que todo, se la producían las imprudentes miradas de los hombres que no se bañaban y sólo estaban allí para mirar a las mujeres—apareció en el muellecito donde la esperaba Nicolás, todas las miradas se volvieron hacia ella y se posaron, llenas de admiración, sobre sus formas perfectas.

—¡Al agua!—exclamó Nicolás. Y haciendo trampolín con la sola elasticidad de sus músculos, se lanzó al agua, dando una voltereta de acróbata. Victoria lo imitó, tomando vuelo para una elegante parábola, con los pies unidos y los brazos en cruz.

—¡Jipa!—gritó, al sacudir la cabeza fuera del agua, y comenzó a nadar hacia fuera, donde el oleaje, libre del tajamar de los baños, se empenachaba de espumas bajo el ala del viento.

—¡Hurra!—agregó Nicolás, admirado de su audacia, siguiéndola mar afuera.

Más allá de los baños, a una distancia que pocos nadadores salvaban, estaba anclada una lancha.

—¿Te atreves a llegar hasta la lancha?—preguntó Nicolás.

—Y más allá también. Hasta donde tú llegues.

—Te advierto que soy buen nadador. Ayer llegué hasta Punta Brava.

—Pues vamos hasta allá.

No lo intentó Nicolás, pero quedó convencido de que ella estaba dispuesta a seguirlo.

Llegaron hasta la lancha. Treparon a bordo para descansar un rato a la sombra de la toldilla. Victoria se sentó en la popa y Nicolás fue a tenderse sobre la cubierta de proa.

—Y ahora, prima, ¿si yo levanto el ancla y abro una válvula y la lancha corre mar afuera y la tierra se pierde de vista?

—No importa. La lancha volverá a tierra cuando yo lo quiera.

—¿Sí? Hablas así porque no conoces una historia. Te la voy a contar. Este era un hombre que vino de más allá del mar, un pirata feroz, y ésta era una niña confiada, que no sabía que él había venido en busca de ella..., ¿qué vas a hacer?

—A levantar el ancla para que el pirata feroz cuente su cuento en carácter.

Nicolás celebró la ocurrencia, riendo alegremente.

—Me has estropeado el cuento del pirata. Pero, no. El cuento sigue. Escucha: y sucedió que cuando el pirata feroz ya tenía a la niña en su barco, al verla levantar el ancla para que el barco se hiciera a la mar, le entró un miedo tan espantoso al pobre hombre, que se echó a temblar como un niño, porque la niña no le tenía miedo a nada.

—¡Qué feroz era el pirata!—exclamó ella, soltando la risa; pero en seguida la sombra de un recuerdo ingrato le nubló la faz.

Advirtiendo esta transición, Nicolás dejó de reir, involuntariamente, como si un instinto le anunciase que estaba en presencia de algo de lo que deseaba sondear en aquel corazón. Victoria, imitándolo, dijo de pronto:

—Yo también tengo un cuento que se parece al tuyo. Esta era una niña ambiciosa que buscaba la dicha. Caminando, caminando, llegó por fin a una gran ciudad que no había visto nunca sino en sueños. Un día, una tarde, vio una casa muy bonita, de gente rica y orgullosa, y le pareció que la dicha estaba allí dentro. Tocó y le dieron con la puerta en las narices. La niña se puso muy triste primero y muy rabiosa después...; no, muy rabiosa primero y muy triste después. ¡Así es la cosa! Y tan rabiosa estaba, que un día, por despecho, se le metió en la cabeza enamorarse de un hombre que había llegado de más allá de los mares y que tenía unos ojos que no se le podían mirar; pero le entró un miedo tan grande cuando sintió que se iba a enamorar de aquel hombre, que echó a correr hasta la orilla del mar, temiendo que su suerte la llevara a donde no quería ir. Pero cuando llegó allí le explicaron que los barcos van y vienen bajo un mismo viento y que todo depende de la posición de las velas... Y colorín colorado.

—Un cuento raro, verdaderamente—fue todo lo que pudo decir Nicolás, después de un silencio lleno de graves reflexiones.

Victoria rompió a reir y gritó lanzándose al mar:

—¡Jipa!

XI

—Acuéstate un rato, Victoria. ¿Qué vas a hacer por ahí afuera con ese reventadero de sol? A estas horas todo el mundo está durmiendo la siesta.

—Bueno, abuelita. Por complacerte, voy a acostarme.

Pero apenas lo había hecho cuando saltó de su cama y se arrojó sobre su abuelita, cubriéndola de besos y exclamando:

—¡Abuelita! ¡Abuelita querida! ¡Me siento dichosa, feliz,

contenta! Déjame irme afuera. Este cuarto es muy chiquito.

—Anda. Vete. Así podré dormir tranquila mi siesta.

Y luego, a solas:

—¡Pero qué tonta soy! ¿Cómo no se me había ocurrido todavía qué era lo que venía buscando Victoria con este viaje tan imprevisto? ¡Je, je! ¡Ah, muchachita!... Santa Rita de Casia, tú que todo lo puedes, porque el Señor te ha concedido la gracia de ser abogada de lo imposible, consigue del Señor que Nicolás se enamore también de mi muchachita. El es bueno, y puede hacerla feliz. Ayúdala tú también, San Antonio, que eres tan amigo de alcahuetear amores... Pero, no. No te metas tú en esto, San Antonio, porque los noviazgos que tú arreglas pasan muchos trabajos. Déjame sola a Santa Rita. Ella me ayudará a la muchacha... ¡Je, je! ¡Lo que va a rabiar mi yerno!

*

Después del almuerzo, Nicolás fue a sentarse en uno de los bancos del Parque. Por entre los árboles reverberaba el centelleo del sol sobre el mar; las altas copas cabeceaban con un rumor incesante bajo el viento largo; sonaba sin pausas el canto canicular de las chicharras.

Nicolás del Casal hablaba a solas:

—Un cuento raro que debe tener un sentido preciso. Todo lo tiene en la vida: no hay movimiento que no lleve a alguna parte, ni palabra que no exprese algo... Bajo su apariencia frívola esta niña tiene un fondo complicado e inquietante. ¿Odios y ambiciones? De eso no hay que hablar: ya la he oído nombrar las palabras con una vehemencia muy expresiva, y, además, no hay que olvidar que es hija de Hilario Guanipa... Pero también lo es de Adelaida Salcedo y tiene el alma diáfana como un cristal, deliciosamente ingenua... ¡Aquella ocurrencia de levantar el ancla! ¿Sería solamente un juego?...

Abandonó el Parque, atravesó el pueblo, siguió hacia Punta Brava.

El mar estaba cubierto de copos de espumas. Una ba-

landra salía del puerto vecino, con las velas infladas; otra venía corriendo una larga bordada, proa al puerto. La brisa cargada de salitre se metía tierra adentro, como tenues brumas, y todavía no había acabado de peinar el cocal. Llegado a Punta Brava se sentó sobre un peñón, bajo los uveros. La reventazón del mar contra las rompientes tenía allí un hervor furioso. Una tras otra las olas venían desde lejos, persiguiéndose, a estrellarse contra la punta, confundidas a veces dos o tres en un solo borbollón gigantesco de blancas espumas. Más allá de las rompientes un alcatraz hacía su pesca insaciable. La balandra que acababa de abandonar el puerto, pasó frente a la punta, corriendo la bordada mar afuera.

...Todo depende de la posición de las velas... El viento es la suerte, que es la misma para todos...

—Es lista la chica. No hay duda...

...Sao Paulo... la proposición de los Hanssen...

Eran tres haciendas de café, vecinas a Cantarrana, que reunidas componían una posesión tan extensa como ésta. Habían pasado al poder de la casa Hanssen, en años anteriores, en pago de suplementos e intereses acumulados durante la época de la depreciación del fruto. Los Hanssen le habían propuesto dárselas en arrendamiento con opción a comprar al cabo de diez años; sólo que la cantidad a que aspiraban en pago de arrendamiento era un poco elevada. Verdad que también le habían manifestado deseos de ayudarlo y hablando se entenderían...

—Ven acá, Nicolás. A ti te está sucediendo algo grave: te has enamorado de Victoria. No trates de engañarte: te has enamorado de ella, de golpe y porrazo. La prueba es esta larga cavilación romántica frente al mar. Mira: llegaste a las tres de la tarde y ya son más de las cinco. No te dé vergüenza confesarlo: la muchacha es bonita, interesante, tiene cierta originalidad muy seductora, gracias a la mezcla muy bien equilibrada de lo montaraz y de lo espiritual, es sana y alegre como un trozo de montaña. Todo eso está muy bien y a cualquiera le hubiera pasado lo que a ti te ha sucedido. Porque no es prudente que te entregues a ese sentimiento. Tú siempre

has sido un hombre práctico y no debes comprometer tu porvenir con un amor a destiempo. Recuerda, entre otra cosas, que eres un pelagatos. ¡A trabajar primero!

Y al hablarse así, le pareció que se había aplicado un remedio eficaz, porque sintió que había recuperado el dominio habitual de sus sentidos.

Poco después entraba en la avenida del paseo del malecón, lleno ya de gente. Allí estaba Victoria con misia Carmelita. Fue a reunírseles y comenzó a charlar con ellas, al principio muy animadamente, pero luego entre pausas más y más largas.

Un grupo de muchachas que paseaban por la playa, cogidas del brazo y hablando todas a un tiempo, al pasar frente a ellos miraron a Victoria, dirigiéndole sonrisas de simpatía y se detuvieron más adelante a deliberar sobre algo que deseaban hacer.

—¡Es simpatiquísima! ¡Encantadora!—exclamó una—. Vamos a presentárnosle todas en grupo a invitarla que se venga con nosotras.

—No, chica—repuso otra—. Ahora menos. Ese debe de ser su novio.

—Ese es Nicolás Casal, su primo. Anoche fue que se conocieron. No se habían visto nunca. No creo que ya sean novios.

Observándolas, dijo misia Carmelita:

—Hace rato que están revoloteando por aquí con ganas de acercarse a hacer amistad con Victoria. Cada vez que pasan le echan una flor: ya le han dicho linda, simpática, preciosa, encantadora. Y esta tonta, en vez de brindarles confianza, se hace la desentendida. Más divertida estaría con ellas que contigo.

Victoria expuso vagas razones: no había sido presentada a ellas, seguramente querían llevársela a pasear por la playa y se sentía cansada.

—¿Quieres que te las presente?—preguntó Nicolás—. Conozco a una de ellas, es muy amiga de Carlota Alcoy y todas son señoritas de familias muy distinguidas de Caracas.

—En otra ocasión—respondió Victoria, con singular displicencia.

Y misia Carmelita comentó:

—Así es el mundo: primero, deseosa de tener amiguitas; ahora que ellas vienen voluntariamente, sacándoles el cuerpo.

—Pues sí, prima Carmelita—dijo de pronto Nicolás—. Como te decía anoche, me marcharé pronto y probablemente para siempre. Me iré a Sao Paulo.

Victoria prorrumpió en una carcajada. Nicolás se quedó viéndola extrañado y misia Carmelita interrogó:

—¿De qué te ríes, Victoria?

—Me ha hecho gracia ese hombre. ¡Sao Paulo!

Nicolás sonrió y dijo:

—¿Y qué te parece el de una de las haciendas que me han ofrecido en arrendamiento los Hanssen? "Malpaso".

—Pues no lo des—replicó ella rápidamente.

Hizo Nicolás una pausa y luego:

—Las otras dos tienen nombres más aceptables. Una la llaman "La Bonita".

—La conozco. Es la que linda con Cantarrana.

—Sí. Y por cierto que el lindero pasa por una loma que tiene un nombre muy poético: Loma del Suspiro.

—Le dicen así porque es una cuesta muy fuerte y cuando uno llega allí, llega ahogándose.

—Eso me han dicho los Hanssen y eso es lo que temo: pasarme la vida suspirando.

—Con no pasar por Cantarrana...—dijo Victoria sonrojándose.

—¿Y si se me ocurre subir a la loma para ver hacia Cantarrana?

—¡Hum!—hizo misia Carmelita, mentalmente—. Ya esta bomba va a estallar. Vamos, a quitarme de aquí.

Y se acercó a la muralla a contemplar el mar.

Guardaron silencio en el banco. Nicolás cogió el bolso de Victoria, que estaba en el asiento, lo abrió y como encontrase una de las tarjetas que ella se había mandado hacer po-

niéndose el apellido del Casal, sonrió, sacó un lápiz, tachó el apellido postizo y escribió encima: Guanipa.

Victoria se sonrojó y él comenzó a decir, entre chanzas y veras:

—¡Guanipa! Sabe a tierra nuestra, con ese sabor áspero de fruta silvestre, llena, sin embargo, de dulzura. ¡Guanipa! Oye cómo es sonoro y grato, con la melancólica sonoridad del caramillo del indio triste. Evoca, también, la melancolía del salvaje desierto, el lamento de la tierra deshabitada que gime en la voz del viento, sobre el arenal ardiente por donde corren, silenciosos, anchos ríos de transparentes aguas inútiles. Oye la historia de tu apellido, para que veas que también tiene abolengo ilustre: Guanipa se llamaba una princesa india, hija de un bravo cacique de las mesas ribereñas del Orinoco. Por su hermosura y por su heroísmo, los conquistadores quisieron perpetuar su memoria, poniéndole su nombre a la mesa donde habitaba la tribu del cacique. Andando el tiempo, olvidado el origen, el nombre, que había sido conservado en la tierra como una semilla de la cual brotaría, a su hora, una planta robusta que daría una sola flor de belleza extraordinaria, pasó de la tierra a una familia, recobrando su primitivo empleo, y así llegó hasta ti, que eres la flor de singular hermosura con que se adornó la planta robusta de tu raza, hija genuina de nuestra tierra. De la princesa india de mi cuento hasta ti, ¡cuánto ha recorrido tu apellido, a través de cosas amables: la historia nuestra, la tierra nuestra, la admirable energía del pueblo que tuvo, en tu padre, un empuje avasallador!

Y como hablando así, su discurso, comenzado en broma, terminó emocionándolo de veras, concluyó, riéndose de sí mismo:

—¿Qué tal? ¿Qué te parece la historia?

—Me parece que eso de la princesa india es invención tuya—respondió Victoria, que había permanecido silenciosa y suspensa del discurso.

—¿Quién sabe si no existió, realmente, la princesa Guanipa? La mayor parte de las genealogías ilustres tienen un orden legendario. Por eso te aconsejo que no te cambies el

apellido; bien pudiera suceder que haya existido la princesa Guanipa y que de ella te venga el patronímico conforme a mi historia. Por lo demás, tal vez los del Casal no podamos inventarnos una genealogía tan ilustre.

Y al cabo de un rato:

—Además...

—¿Qué?—interrogó ella, con voz trémula.

—¿Te quedan otras tarjetas de ésas?

—Sí. Casa de abuelita tengo otras.

—Pues no las rompas. Puede que algún día las necesites y ya es gasto hecho.

A tiempo que misia Carmelita se disponía a volver al banco, diciéndose:

—Ya éstos han debido pasar ese mal rato de la declaración porque cuando me vine para acá las cosas estaban muy avanzadas—y dirigiéndose al banco—. Ya no puedo estar de pie largo rato. Aquí vengo a sentarme otra vez.

—Prima Carmelita—díjole Nicolás—. Tengo una noticia muy importante que comunicarte: ya no me voy a Sao Paulo.

Y misia Carmelita, antes de responderle:

—Te ganaste la vela, Santa Rita.

XII

Mientras tanto, también Hilario Guanipa había estado librando sus batallas.

Primero, por una parte: el resquemor de no haber podido lograr lo que se propusiera contra Rosendo, de que éste se le hubiese escapado indemne, dejándolo en la desairada situación de aquella larga espera de la señal convenida con Severiano para ir a apoderarse de la presa que ya daba por segura y frustrándole aquella estratagema de mandar a Victoria para Caracas, que de otro modo no se le hubiera ocurrido, pues creyéndola enamorada de Osuna, menos que nunca iba a consentir en aquel viaje tantas veces prometido y nunca cumplido.

Por otra parte, la violenta situación respecto a Adelaida: vergüenza y pena de que ella hubiese descubierto que la traicionaba, una vez más, dando ocasión, por añadidura, al peligro que había corrido Victoria en Pozo de Rosa, y, para colmo, el haber tenido que plegarse a la voluntad que ella había sacado de pronto, y precisamente cuando él estaba más empeñado en demostrar que nadie podía enfrentarse con Hilario Guanipa.

Debatiéndose interiormente contra este inesperado predominio de la esposa, por momentos intentaba encarársele y, prescindiendo de todo miramiento, interpelarla: —¿Quién te ha dado derecho para inmiscuirte en mis asuntos? ¿Por qué mandaste a decirle a Rosendo que se fuera de Cantarrana?

Pero, después de haber tomado aquellas determinaciones para salvar, primero, a la hija ajena y luego a la propia, Adelaida había vuelto a su acostumbrada actitud de esposa sometida y discreta, sin hacer la más leve alusión respecto a aquello y conduciéndose, en todo y por todo, como si nada hubiese sospechado de la nueva infidelidad del marido, y éste no podía menos que contenerse ante aquella actitud digna y prudente que revelaba una energía muy superior a la que él quería demostrar.

Así las cosas, dos días después de la partida de Victoria apareció el cadáver de Severiano con una puñalada en el pecho y atravesado en el camino del Alto del Urape, y unos vecinos de por allí declararon que en aquel sitio, la noche anterior, habían visto un hombre que les pareció que fuera Rosendo.

Secundando las pesquisas de las autoridades, Hilario, a la cabeza de sus peones, dió una batida por los cafetales de Cantarrana y por los montes y vericuetos de la Guanipera; mas no fueron hallados ni rastros de Rosendo.

—¿Y tú qué opinas?—preguntó Adelaida al marido—. ¿Crees que, en realidad, haya sido Rosendo el asesino de Severiano?

—¿Quién va a ser sino él?

Adelaida se quedó mirándolo un buen rato, y luego:

—¿Ves todo el mal que has hecho? Ya Rosendo empezaba a ser un hombre de bien. Tú mismo me dijiste que estabas dispuesto a ayudarlo porque ahora quería trabajar con fundamento para formarle un patrimonio a su hija, de la cual estaba muy orgulloso. Ahí lo tienes otra vez convertido en un asesino, huyendo por el monte, y ahí está la madre de Severiano llorando al hijo que era su apoyo. Y todo porque Hilario Guanipa necesitaba demostrar que no le temía a Rosendo Zapata.

—¿Tú que sabes?...—quiso protestar él.

—Respecto a ti, más de lo que te imaginas. Aunque hasta hace algunos días nada más, yo misma no sospechaba que supiera tanto y sólo porque te temía. Pero ya no te temo y ahora te comprendo mejor. De otro modo no estaría hablándote como lo hago, después de haber visto todo el mal que ha resultado de tus amores con Florencia.

—Bueno, mi Blanca, no me atormentes más.

—Todo lo contrario: lo que pretendo es ayudarte a que encuentres al verdadero Hilario Guanipa que se te ha perdido, al Hilario Guanipa de quien yo me enamoré, al que hizo prisioneros a sus tíos cuando ellos quisieron incendiar el pueblo y sacarnos a nosotras las mujeres, arrastradas por los cabellos para entregarnos a los pitahayeros. Amárralos otra vez y para siempre. Tus tíos se te han soltado dentro del corazón hace más de veinte años, desde que te propusiste arruinar a los del Casal y hacer de Adelaida Salcedo no tu mujer, sino tu presa. Vuelve a ser aquel Hilario Guanipa de entonces, por quien una mujer podía sacrificarlo todo, como lo sacrifiqué yo.

De una manotada Hilario se enjugó los ojos que se le habían llenado de lágrimas y después de decir:

—Tiene razón, mi Blanca.

Abandonó la sala, porque todavía un falso escrúpulo de hombría no le dejaba exteriorizar la profunda emoción que le habían producido aquellas palabras.

Adelaida lo siguió con una mirada amorosa y luego, po-

sando sus ojos en el retrato de don Jaime del Casal, murmuró:

—Ya he cumplido la promesa que te hice.

*

Días después regresaba Victoria a Cantarrana.

Fue una sorpresa para Adelaida, pues ya Hilario le había mandado a decir que no regresara con los Alcober, pues tenía resuelto instalar casa en Caracas y dentro de algunos días iría con Adelaida a reunírsele.

—Es que tú no sabes las novedades, mamaíta. Aquí donde tú me ves soy la novia de Nicolás del Casal. Y como abuelita no quería tener cuestiones con papa me dijo que mejor era que me viniera.

—¡Muchacha! ¿Y todo eso en unos días nada más?

—¿Y tú no te enamoraste de papá en unas horas, según me has contado?

—También es verdad.

—¿Y tú qué me cuentas, mamaíta? Porque te voy a confesar una cosa, y no lo tomes a mal: leí la carta que le mandaste conmigo a la abuelita y me enteré de todo, de las cosas de papá con Florencia y de lo que te proponías ir haciendo con él.

—Has hecho mal en leer esa carta.

—Bueno. Ya te dije que no lo tomaras a mal. Y cuéntame: ¿qué has logrado? ¿Cómo se está portando contigo papá? Porque te advierto que vengo dispuesta a cantarle la cartilla y me va a oir.

—No, no. Nada de eso. Ocúpate tú de lo tuyo y no te metas en lo que no te corresponde. Tú no eres la llamada a hacerle advertencias a tu padre.

—¿Y si se empeña en oponerse a mis amores con Nicolás?

—Eso también lo arreglaré yo. Tú oye y calla.

Pero junto con Victoria habían llegado a Cantarrana periódicos de Caracas, y en la sección social de uno de éstos, donde el corresponsal de Macuto publicaba los nombres de

los temporadistas que habían visitado el balneario durante los días de Semana Santa, figuraba el de Victoria con el apellido del Casal, como se había hecho inscribir ella en la nómina del hotel.

—Lee esto—dijo Hilario a Adelaida, mostrándole el periódico, con un ademán brusco y una expresión colérica—. Esa es Victoria, porque más arriba está el nombre de misia Carmelita. Se ha quitado mi apellido, lo que significa que reniega de su padre, que se avergüenza de ser hija mía. ¡Caro le va a costar!

—No le des tanta importancia a eso—repuso Adelaida—. Ya Victoria me lo había contado y la he reprendido como es debido. Pero no ha pasado de ser una de esas cosas que hace Victoria por divertirse.

—¡Por divertirse! ¿Crees que no me doy cuenta de lo que significa eso? Y ya se me ocurre quien puede habérselo aconsejado.

—¿Mamá, no es cierto?—interrogó Adelaida, interrumpiéndolo.

No se atrevió a afirmarlo; pero dijo:

—Misia Carmelita nunca me ha querido bien.

—Ni tú a ella, Hilario—replicó Adelaida con aquel tono de firmeza reposada que ya el marido no se atrevía a rebatir. Y luego—: Ya que estamos en esto, salgamos de una vez de las malas noticias: en Macuto conoció Victoria a Nicolás del Casal y, según me ha dicho, tiene amores.

—¿El hijo de Jaimito del Casal? Pues que se prepare a derramar lágrimas de sangre si lo quiere mucho. Porque eso sí que no se lo consiento yo. Primero la vea muerta que casada con el hijo de Jaimito del Casal.

—No digas disparates.

—No, mi Blanca. No me exija que consienta en esos amores.

—Está bien. No te lo exigiré.

Y así fué como Hilario Guanipa se vio herido en el mayor afecto de su corazón: la hija que era su idolatría, renegando de él y aliándose con sus enemigos, porque todavía alentaba en su pecho, inextinguible, el odio a la familia

paterna, y después de haberla reprendido y amenazado sin lograr atemorizarla, comprendiendo que ella no cejaría en su empeño, tomó la determinación de arrancarse del alma aquel afecto, pues Victoria moriría para él desde el momento en que se uniera al hijo de Jaimito del Casal.

En cambio, sentía una necesidad cada vez mayor de estar en la compañía de Adelaida, de compartir una íntima vida espiritual con aquella mujer de tan admirables virtudes: la abnegación sin límites, la bondad inagotable, la dulzura de carácter y, sobre todo, la firmeza inconmovible del afecto hacia él, que había pasado incólume por todas las pruebas. En ella sí podía depositar la más ciega confianza en que jamás lo traicionaría ni renegaría de él, aunque le había dado motivos suficientes para que lo aborreciera. Dolíase de que sus rudos conceptos de hombría no le hubiesen permitido ser amoroso y tierno con ella, y ahora trataba de hacérselo olvidar rodeándola de atenciones y complacencias. Además experimentaba la necesidad de comunicarle todos sus pensamientos, de pedirle su opinión para todo lo que quería hacer. Sentía que en aquel corazón estaban encerradas las soluciones de todos los problemas que se le presentaran y que de aquellos labios nunca saldrían palabras que le hicieran sentir que, comparado con ella, no era digno de merecerla. Sólo aquella mujer lo había comprendido y lo había amado tal como él era; sólo aquel corazón era suyo, verdaderamente suyo.

Días después recibió Victoria una carta de Nicolás, donde le decía que, habiendo hecho con los Hanssen el negocio de arrendamiento con opción a compra de las haciendas de "Malpaso", "Agua Negra" y "La Bonita", en condiciones sumamente ventajosas para él, que le permitirían cumplirle, en tiempo no lejano, la palabra de matrimonio, de paso para aquéllas se detendría en Cantarrana a conocer a Hilario y a Adelaida y a formalizar ante ellos sus amores.

Se la mostró a su madre y ésta al marido; pero ya Adelaida le había explicado de qué se trataba, y él, sin leerla, la hizo trizas y dijo:

—Ya le he dicho, mi Blanca, que en este asunto de los amores de Victoria no quiero saber una palabra.

—Pero Nicolás vendrá a hablar contigo...

—Y no me encontrará.

No quiso decir lo que pensaba: no llegará.

En efecto, desde aquel día apostó a uno de sus peones en la boca del camino que conducía del pueblo a la hacienda, con la consigna de que le telefonease inmediatamente que viera pasar a cualquiera que pudiese ser Nicolás del Casal.

Estaba en la Oficina cuando sonó el teléfono.

—¡Ajá! Está bien. Ya puede venirse.

Soltó el aparato, abrió la gaveta del escritorio donde tenía la pistola, se la puso al cinto, cogió un chaparro que había por allí, montó a caballo y partió al encuentro de quien no debía llegar hasta su casa.

—Un chaparrazo en la cara no más le voy a dar. Buen cuidado tendrá de no volver por otro, y si se enrisca, peor para él. Y si son los Hanssen, ni un grano más de café mío van a recibir.

Iba por un atajo que caía al camino en un paraje propicio a las emboscadas. Allí le saldría de repente a Nicolás del Casal cerrándole el paso, le intimaría que se revolviera y a la primera palabra de protesta le cruzaría la cara de un chaparrazo. Un hijo de Jaimito del Casal no necesitaría más para emprender la fuga.

Hacía rato que estaba emboscado detrás de unas matas de café, en un sitio desde donde se dominaba un buen trecho del camino, con el chaparro en la diestra vibrante de coraje, cuando apareció el jinete que venía del pueblo.

Avanzaba desprevenido, con la bestia al paso, para contemplar los cafetales que se extendían a ambos lados del camino bajo los altos árboles de sombra.

Hilario lo miraba como el tigre a la presa, ya para arrojarse encima, y la vibración del chaparro hacía visible la tensión muscular de su diestra; pero, de pronto, empezó a

mirarlo de otro modo, y mirándolo, mirándolo, lo dejó pasar...

¡Era don Jaime del Casal! La misma gallardía, la misma expresión, el mismo rostro de aquel retrato que estaba en la sala de su casa. ¡Era su padre quien había pasado!

*

Pero si este sentimiento, blando retoño del amor filial, era bastante para contenerlo en el acto de violencia—que por lo demás no pasaba de arrebato de despecho, pasajero en su temperamento—, en cambio resultaba insuficiente para moverlo al acto contrario: a la aceptación de Nicolás del Casal como novio de su hija. Para esto necesitaba sentimientos más suyos, más netamente Guanipas.

Después de todo—pensó—, ¿qué había hecho Victoria que no fuera lo que venían haciendo los Guanipas con los del Casal? Los brazos de Modesta estrechando a Jaime fueron los primeros brotes de aquella trepadora silvestre que venía enroscándose en torno al viejo árbol de la familia ilustre, brotes que ya eran gajos vigorosos cuando sus brazos se apoderaron de Adelaida, gajos que ya florecían en el amor de Victoria triunfante. Lo mejor de la sangre que corría por sus venas lo tomó por asalto Modesta de Jaime del Casal; con el resto de aquélla, con la porción impetuosa, savia de la trepadora, se alimentaron su ambición y su amor: el zarpazo sobre Cantarrana y la presa hecha en la mujer más noble de aquella familia; pero aún faltaba el nombre y ésta había sido la conquista de Victoria.

—¡Jipa!—había exclamado ella cuando comprendió que ya era suyo Nicolás del Casal.

Ahora sí podía pensar que era don Jaime reencarnado en el nieto quien venía a darle a su hija, por derecho de conquista, el nombre que él no quiso legarle como favor recibido.

*

Fue así como lo explicó a Adelaida por qué consentía en aquellos amores.

Ella lo escuchó sonriendo dulcemente. Era natural que Hilario Guanipa quisiese todavía pensar así. Andando el tiempo pensaría de otro modo.

FIN DE
"LA TREPADORA"

DOÑA BARBARA

PRIMERA PARTE

I

¿CON QUIÉN VAMOS?

UN bongo remonta el Arauca bordeando las barrancas de la margen derecha.

Dos bogas lo hacen avanzar mediante una lenta y penosa maniobra de galeotes. Insensibles al tórrido sol los broncíneos cuerpos sudorosos, apenas cubiertos por unos mugrientos pantalones remangados a los muslos, alternativamente afincan en el limo del cauce largas palancas cuyos cabos superiores sujetan contra los duros cojinetes de los robustos pectorales y encorvados por el esfuerzo le dan impulso a la embarcación, pasándosela bajo los pies de proa a popa, con pausados pasos laboriosos, como si marcharan por ella. Y mientras uno viene en silencio, jadeante sobre su pértiga, el otro vuelve al punto de partida reanudando la charla intermitente con que entretienen la recia faena, o entonando, tras un ruidoso respiro de alivio, alguna intencionada copla que aluda a los trabajos que pasa un bonguero, leguas y leguas de duras remontadas, a fuerza de palancas, o coleándose, a trechos, de las ramas de la vegetación ribereña.

En la paneta gobierna el patrón, viejo baquiano de los ríos y caños de la llanura apureña, con la diestra en la horqueta de la espadilla, atento al riesgo de las chorreras que se forman por entre los carameros que obstruyen el cauce, vigilante el aguaje que denunciare la presencia de algún caimán al acecho.

A bordo van dos pasajeros. Bajo la toldilla, un joven a quien la contextura vigorosa, sin ser atlética, y las facciones enérgicas y expresivas, prestanle gallardía casi altaneras. Su

aspecto y su indumentaria denuncian al hombre de la ciudad, cuidadoso del buen parecer. Como si en su espíritu combatieran dos sentimientos contrarios acerca de la cosas que lo rodean, a ratos la reposada altivez de su rostro se anima con la expresión de entusiasmo y le brilla la mirada vivaz en la contemplación del paisaje; pero, enseguida, frunce el entrecejo, y la boca se le contrae con un gesto de desaliento.

Su compañero de viaje es uno de esos hombres inquietantes, de facciones asiáticas, que hacen pensar en alguna semilla tártara caída en América quién sabe cuándo ni cómo. Un tipo de razas inferiores, crueles y sombrías, completamente diferente del de los pobladores de la llanura. Va tendido fuera de la toldilla, sobre su cobija, y finge dormir; pero ni el patrón ni los palanqueros lo pierden de vista.

Un sol cegante, de mediodía llanero, centellea en las aguas amarillas del Arauca y sobre los árboles que pueblan sus márgenes. Por entre las ventanas, que a espacios rompen la continuidad de la vegetación, divísanse, a la derecha, las calcetas del cajón del Apure—pequeñas sabanas rodeadas de chaparrales y palmares—, y, a la izquierda, los bancos del vasto cajón del Arauca—praderas tendidas hasta el horizonte—, sobre la verdura de cuyos pastos apenas negrea una que otra mancha errante de ganado. En el profundo silencio resuenan, monótonos, exasperantes ya, los pasos de los palanqueros por la cubierta del bongo. A ratos, el patrón emboca un caracol y le arranca un sonido bronco y quejumbroso que va a morir en el fondo de las mudas soledades circundantes, y entonces se alza dentro del monte ribereño la desapacible algarabía de las chenchenas o se escucha, tras los recodos, el rumor de las precipitadas zambullidas de los caimanes que dormitan al sol de las desiertas playas, dueños terribles del ancho, mudo y solitario río.

Se acentúa el bochorno del mediodía, perturba los sentidos del olor a fango que exhalan las aguas calientes, cortadas por el bongo. Ya los palanqueros no cantan ni entonan coplas. Gravita sobre el espíritu la abrumadora impresión del desierto.

—Ya estamos llegando al palodeagua—dice, por fin, el

patrón, dirigiéndose al pasajero de la toldilla y señalando un árbol gigante—. Bajo ese palo puede usted almorzar cómodo y echar su buena siestecita.

El pasajero inquietante entreabre los párpados oblicuos y murmura:

—De aquí al paso del *Bramador* es nada lo que falta y allí sí que hay un sesteadero sabroso.

—Al señor, que es quien manda en el bongo, no le interesa el sesteadero del *Bramador*—responde ásperamente el patrón, aludiendo al pasajero de la toldilla.

El hombre lo mira de soslayo y luego concluye, con una voz que parecía adherirse al sentido, blanda y pejagosa como el lodo de los tremedales de la llanura:

—Pues entonces no he dicho nada, patrón.

Santos Luzardo vuelve rápidamente la cabeza. Olvidado ya de que tal hombre iba en el bongo, ha reconocido ahora, de pronto, aquella voz singular.

Fue en San Fernando donde por primera vez la oyó, al atravesar el corredor de una pulpería. Conversaban allí de cosas de su oficio algunos peones ganaderos, y el que en este momento llevaba la palabra se interrumpió de pronto, para decir después:

—Ese es el hombre.

La segunda vez fue en una de las posadas del camino. El calor sofocante de la noche lo había obligado a salir al patio. En uno de los corredores, dos hombres se mecían en sus hamacas y uno de ellos concluía de esta manera el relato que le hiciera al otro:

—Yo lo que hice fue arrimarle la lanza. Lo demás lo hizo el difunto: él mismo se la fue clavandito como si le gustara el frío del jierro.

Finalmente, la noche anterior. Por habérsele atarrillado el caballo, llegando ya a la casa del paso por donde esguazaría el Arauca, se vio obligado a pernoctar en ella, para continuar el viaje al día siguiente en un bongo que, a la sazón, tomaba allí una carga de cueros para San Fernando. Contratada la embarcación y concertada la salida para el

amanecer, ya al coger el sueño oyó que alguien decía por allá:

—Váyase alante, compañero, que yo voy a ver si quepo en el bongo.

Fueron tres imágenes claras, precisas, en un relámpago de memoria, y Santos Luzardo sacó esta conclusión que había de dar origen al cambio de los propósitos que lo llevaban al Arauca. "Este hombre viene siguiéndome desde San Fernando. Lo de la fiebre no fue sino un ardid. ¿Cómo no se me ocurrió esta mañana?"

En efecto, al amanecer de aquel día, cuando ya el bongo se disponía a abandonar la orilla, había aparecido aquel individuo, tiritando bajo la cobija con que se abrigaba y proponiéndole al patrón:

—Amigo, ¿quiere hacerme el favor de alquilarme un puestecito? Necesito dir hasta el paso del *Bramador* y la calentura no me permite sostenerme a caballo. Yo le pago bien, ¿sabe?

—Lo siento, amigo—respondió el patrón, llanero malicioso, después de echarle una rápida mirada escrutadora—. Aquí no hay puesto que yo pueda alquilarle porque el bongo navega por la cuenta del señor, que quiere ir solo.

Pero Santos Luzardo, sin más prenda y sin advertir la significativa guiñada del bonguero, le permitió embarcarse.

Ahora le observa de soslayo y se pregunta mentalmente: "¿Qué se propondrá este individuo? Para tenderme una celada, si es que a eso lo han mandado, ya se le han presentado oportunidades. Porque juraría que éste pertenece a la pandilla de *El Miedo*. Ya vamos a saberlo."

Y poniendo por obra la repentina ocurrencia, en alta voz, al bonguero:

—Dígame, patrón: ¿conoce usted a esa famosa doña Bárbara de quien tantas cosas se cuentan en Apure?

Los palanqueros cruzáronse una mirada recelosa y el patrón respondió evasivamente, al cabo de un rato, con la frase con que contesta el llanero taimado las preguntas indiscretas:

—Voy a decirle, joven: yo vivo lejos.

Luzardo sonrió compasivo; pero, insistiendo en el propósito de sondear al compañero inquietante, agregó, sin perderlo de vista:

—Dicen que es una mujer terrible, capitana de una pandilla de bandoleros, encargados de asesinar a mansalva a cuantos intenten oponerse a sus designios.

Un brusco movimiento de la diestra que manejaba el timón hizo saltar al bongo, a tiempo que uno de los palanqueros, indicando algo que parecía un hacinamiento de troncos de árboles encallados en la arena de la ribera derecha, exclamaba, dirigiéndose a Luzardo:

—¡Aguaite! Usted que quería tirar caimanes. Mire cómo están en aquella punta de playa.

Otra vez apareció en el rostro de Luzardo la sonrisa de inteligencia de la situación, y, poniéndose de pie, se echó a la cara su rifle que llevaba consigo. Pero la bala no dio en el blanco, y los enormes saurios se precipitaron al agua, levantando un hervor de espumas.

Viéndolos zambullirse ilesos, el pasajero sospechoso, que había permanecido hermético mientras Luzardo tratara de sondearlo, murmuró, con una leve sonrisa entre la pelambre del rostro:

—Eran algunos bichos y todos se jueron vivitos y coleando.

Pero sólo el patrón pudo entender lo que decía y lo miró de pies a cabeza, como si quisiera medirle encima del cuerpo la siniestra intención de aquel comentario. El se hizo el desentendido y después de haberse incorporado y desperezado con unos movimientos largos y lentos, dijo:

—Bueno. Ya estamos llegando al palodeagua. Y ya sudé mi calentura. Lástima que se me haya quitado. ¡Sabrosita que estaba!

En cambio, Luzardo se había sumido en un mutismo sombrío y entretanto el bongo atracaba en el sitio elegido por el patrón para el descanso del mediodía.

Saltaron a tierra. Los palanqueros clavaron en la arena una estaca a la cual amarraron el bongo. El desconocido se

internó por entre la espesura del monte, y Luzardo, viéndolo alejarse, preguntó al patrón:

—¿Conoce usted a ese hombre?

—Conocerlo, propiamente, no, porque es la primera vez que me lo topo; pero, por las señas que les he escuchado a los llaneros de por estos lados, malicio que debe ser uno a quien mientan el *Brujeador*.

A lo que intervino uno de los palanqueros:

—Y no se equivoca usted, patrón. Ese es el hombre.

—¿Y ese *Brujeador*, qué especie de persona es?—volvió a interrogar Luzardo.

—Piense usted lo peor que pueda pensar de un prójimo y agréguele todavía una miajita más, sin miedo de que se le pase la mano—respondió el bonguero—. Uno que no es de por estos lados. Un guate, como les decimos por aquí. Según cuentan, era un salteador de la montaña de San Camilo y de allá bajó hace algunos años, descolgándose de hato en hato, por todo el cajón del Arauca, hasta venir a parar en lo de doña Bárbara, donde ahora trabaja. Porque, como dice el dicho: Dios los cría y el diablo los junta. Lo mientan asina como se lo he mentado por su ocupación, que es brujiar caballos, como también aseguran que y que sabe las oraciones que no mancan para sacarle el gusano a las bestias y a las reses. Pero para mí que sus verdaderas ocupaciones son otras. Esas que usted mentó en denante. Que, por cierto, por poco no me hace usted trambucar el bongo. Con decirle que es el espaldero preferido de doña Bárbara...

—Luego no me había equivocado.

—En lo que sí se equivocó fue en haberle brindado puesto en el bongo a ese individuo. Y permítame un consejo, porque usted es joven y forastero por aquí, según parece: no acepte nunca compañero de viaje a quien no conozca como a sus manos. Y ya que me he tomado la licencia de darle uno, voy a darle otro también, porque me ha caído en gracia. Tenga mucho cuidado con doña Bárbara. Usted va para *Altamira*, que es como decir los correderos de ella. Ahora sí puedo decirle que la conozco. Esa es una mujer que ha fustaneado a muchos hombres, y al que no trambu-

ca con sus carantoñas lo compone con un bebedizo o se lo amarra a las pretinas y hace con él lo que se le antoje, porque también es faculta en brujerías. Y si es con el enemigo, no se le agua el ojo para mandar quitarse de por delante a quien se le atraviese y para eso tiene al *Brujeador*. Usted mismo lo ha dicho. Yo no sé qué viene usted buscando por estos lados; pero no está de más que le repita: váyase con tiento. Esa mujer tiene su cementerio.

Santos Luzardo se quedó pensativo, y el patrón, temeroso de haber dicho más de lo que se le preguntaba, concluyó, tranquilizador:

—Pero como le digo esto, también le digo lo otro: eso es lo que cuenta la gente, pero no hay que fiarse mucho porque el llanero es mentiroso de nación, aunque me esté mal el decirlo, y hasta cuando cuenta algo que es verdad lo desagera tanto que es como si fuera mentira. Además, por lo de la hora presente no hay que preocuparse: aquí habemos cuatro hombres y un rifle y el Viejito viene con nosotros.

Mientras ellos hablaban así, en la playa, el *Brujeador*, oculto tras un mogote, se enteraba de la conversación, a tiempo que comía, con la lentitud peculiar de sus movimientos, de la ración que llevaba en el porsiacaso.

Entretanto, los palanqueros habían extendido bajo el palodeagua la manta de Luzardo y colocado sobre ella el maletín donde éste llevaba sus provisiones de boca. Luego sacaron del bongo las suyas. El patrón se les reunió y mientras hacían el frugal almuerzo a la sombra de un paraguatán, fue refiriéndole a Santos anécdotas de su vida por los ríos y caños de la llanura.

Al fin, vencido por el bochorno de la hora, guardó silencio, y durante largo rato sólo se escuchó el leve chasquido de las olas del río contra el bongo.

Extenuados por el cansancio, los palanqueros se tumbaron boca arriba en la tierra y pronto comenzaron a roncar. Luzardo se reclinó contra el tronco del palodeagua. Sin pensamientos, abrumado por la salvaje soledad que lo rodeaba,

se abandonó al sopor de la siesta. Cuando despertó, le dijo el patrón vigilante:

—Su buen sueñito echó usted.

En efecto, ya empezaba a declinar la tarde y sobre el Arauca corría un soplo de brisa fresca. Centenares de puntos negros erizaban la ancha superficie: trompas de babas y caimanes que respiraban a flor de agua, inmóviles, adormitados a la tibia caricia de las turbias ondas. Luego comenzó a asomar en el centro del río la cresta de un caimán enorme. Se aboyó por completo, abrió lentamente los párpados escamosos.

Santos Luzardo empuñó el rifle y se puso de pie, dispuesto a reparar el yerro de su puntería, momentos antes, pero el patrón intervino:

—No lo tire.

—¿Por qué, patrón?

—Porque... Porque otro de ellos nos lo puede cobrar, si usted acierta a pegarle, o él mismo si lo pela. Ese es el tuerto del *Bramador,* al cual no le entran balas.

Y como Luzardo insistiese, repitió:

—No lo tire, joven, hágame caso a mí.

Al hablar así, sus miradas se habían dirigido, con un rápido movimiento de advertencia, hacia algo que debía de estar detrás del palodeagua. Santos volvió la cabeza y descubrió al *Brujeador,* reclinado al tronco del árbol y aparentemente dormido.

Dejó el rifle en el sitio donde lo había tomado, rodeó el palodeagua, y deteniéndose ante el hombre, lo interpeló sin hacer caso de su ficción de sueño:

—¿Conque es usted amigo de ponerse a escuchar lo que pueden hablar los demás?

El *Brujeador* abrió los ojos. Lentamente, tal como lo hiciera el caimán, y respondió con una tranquilidad absoluta:

—Amigo de pensar mis cosas callado es lo que soy.

—Desearía saber cómo son las que usted piensa haciéndose el dormido.

Sostuvo la mirada que le clavaba su interlocutor, y dijo:

—Tiene razón el señor. Esta tierra es ancha y todos ca-

bemos en ella sin necesidad de estorbarnos los unos a los otros. Hágame el favor de dispensarme que me haya venido a recostarme en este palo. ¿Sabe?

Y fue a tumbarse más allá, supino y con las manos entrelazadas bajo la nuca.

La breve escena fue presenciada con miradas de expectativa por el patrón y por los palanqueros, que se habían despertado al oir voces, con esa rapidez con que pasa del sueño profundo a la vigilia el hombre acostumbrado a dormir entre peligros, y el primero murmuró:

—¡Umjú! Al patiquín como que no lo asustan los espantos de la sabana.

Inmediatamente propuso Luzardo:

—Cuando usted quiera, patrón, podemos continuar el viaje. Ya hemos descansado un poco.

—Pues en seguida.

Y al *Brujeador,* con tono imperioso:

—¡Arriba, amigo! Ya estamos de marcha.

—Gracias, mi señor—respondió el hombre sin cambiar de posición—. Le agradezco mucho que quiera llevarme hasta el fin; pero de aquí para alante puedo irme caminando al píritu, como dicen los llaneros cuando van de a pie. No estoy muy lejote de casa. Y no le pregunto cuánto le debo por haberme traído hasta aquí, porque sé que las personas de su categoría no acostumbran cobrarle al pata-en-el-suelo los favores que le hacen. Pero sí me lo pongo a la orden, ¿sabe? Mi apelativo es Melquíades Gamarra, para servirle. Y le deseo buen viaje de aquí para alante. ¡Sí, señor!

Ya Santos se dirigía al bongo, cuando el patrón, después de haber cruzado algunas palabras en voz baja con los palanqueros, los detuvo, resuelto a afrontar las emergencias:

—Aguárdese. Yo no dejo a ese hombre por detrás de nosotros dentro de este monte. O él se va primero o nos lo llevamos en el bongo.

Dotado de un oído sutilísimo, el *Brujeador* se enteró.

—No tengo miedo, patrón. Yo me voy primero que us-

tedes. Y le agradezco las buenas recomendaciones que ha dado de mí. Porque las he escuchado todas, ¿sabe?

Y diciendo así, se incorporó, recogió su cobija, se echó al hombro el porsiacaso, todo con una calma absoluta, y se puso en marcha por la sabana abierta que se extendía más allá del bosque ribereño.

Embarcaron. Los palanqueros desamarraron el bongo y después de empujarlo al agua honda, saltaron a bordo y requirieron sus palancas, a tiempo que el patrón, ya empuñada la espadilla, hizo a Luzardo esta pregunta intempestiva:

—¿Es usted un buen tirador? Y perdóneme la curiosidad.

—Por la muestra, muy malo, patrón. Tanto, que no quiso usted dejarme repetir la experiencia. Sin embargo, otras veces he sido más afortunado.

—¡Ya ve!—exclamó el bonguero—. Usted no es mal tirador. Yo lo sabía. En la manera de echarse el rifle a la cara se lo descubrí, y a pesar de eso la bala fue a dar como a tres brazas del rollo de caimanes.

—Al mejor cazador se le va la liebre, patrón.

—Sí. Pero en el caso suyo hubo otra cosa: usted no dio en el blanco, con todo y ser muy buen tirador, porque junto suyo había alguien que no quiso que le pegara a los caimanes. Y si yo lo hubiera dejado hacer el otro tiro, lo pela también.

—¿El *Brujeador,* no es eso? ¿Cree usted, patrón, que ese hombre posee poderes extraordinarios?

—Usted está mozo y todavía no ha visto nada. La brujería existe. Si yo le contara un pasaje que me han referido de ese hombre... Se lo voy a echar, porque es bueno que sepa a qué atenerse.

Escupió la mascada de tabaco y ya iba a comenzar su relato, cuando uno de los palanqueros lo interrumpió, advirtiéndole:

—¡Vamos solos, patrón!

—Es verdad, muchachos. Hasta eso es obra del condenado *Brujeador.* Boguen para tierra otra vuelta.

—¿Qué pasa?—inquirió Luzardo.

—Que se nos ha quedado el Viejito en tierra.

Regresó el bongo al punto de partida. Puso de nuevo el patrón rumbo afuera, a tiempo que preguntaba, alzando la voz:

—¿Con quién vamos?

—¡Con Dios!—repondieron los palanqueros.

—¡Y con la Virgen!—agregó él. Y luego a Luzardo—: Ese era el Viejito que se nos había quedado en tierra. Por estos ríos llaneros, cuando se abandona la orilla, hay que salir siempre con Dios. Son muchos los peligros de trambucarse y si el Viejito no va en el bongo, el bonguero no va tranquilo. Porque el caimán acecha sin que se le vea ni el aguaje, y el temblador y la raya están siempre a la parada, y el cardumen de los zamuritos y de los caribes, que dejan a un cristiano en los puros huesos, antes de que se puedan nombrar las Tres Divinas Personas.

¡Ancho llano! ¡Inmensidad bravía! Desiertas praderas sin límites, hondos, mudos y solitarios ríos. ¡Cuán inútil resonaría la demanda de auxilio, al vuelco del coletazo del caimán, en la soledad de aquellos parajes! Sólo la fe sencilla de los bongueros podía ser esperanza de ayuda, aunque fuese la misma ruda fe que los hacía atribuirle poderes sobrenaturales al siniestro *Brujeador.*

Ya Santos Luzardo conocía la pregunta sacramental de los bongueros del Apure; pero ahora también podía aplicársela a sí mismo, pues había emprendido aquel viaje con un propósito y ya estaba abrazándose a otro, completamente opuesto.

II

EL DESCENDIENTE DEL CUNAVICHERO

En la parte más desierta y brava del Arauca estaba situado el hato de *Altamira,* primitivamente unas doscientas leguas de sabanas feraces que alimentaban la hacienda más numerosa que por aquellas soledades pacía y donde se encontraba uno de los más ricos garceros de la región.

Lo fundó, en años ya remotos, don Evaristo Luzardo,

uno de aquellos llaneros nómadas que recorrían—y todavía recorren—con sus rebaños las inmensas praderas del cajón del Cunaviche, pasando de éste al del Arauca, menos alejado de los centros de población. Sus descendientes, llaneros genuinos de "pata en el suelo y garrasí", que nunca salieron de los términos de la finca, la fomentaron y ensancharon hasta convertirla en una de las más importantes de la región; pero, multiplicada y enriquecida la familia, unos tiraron hacia las ciudades, otros se quedaron bajo los techos de palma del hato, y a la apacible vida patriarcal de los primeros Luzardos sucedió la desunión y ésta trajo la discordia que había de darles trágica fama.

El último propietario del primitivo *Altamira* fue don José de los Santos, quien por salvar la finca de la ruina de una partición numerosa, compró los derechos de sus condueños, a costa de una larga vida de trabajos y privaciones; pero, a su muerte, sus hijos José y Panchita—ésta ya casada con Sebastián Barquero—optaron por la partición, y al antiguo fundo sucedieron dos: uno, propiedad de José, que conservó la denominación original, y el otro, que tomó la de *La Barquereña,* por el apellido de Sebastián.

A partir de allí y a causa de una frase ambigua en el documento, donde al tratarse de la línea divisoria ponía: "hasta el *Palmar de La Chusmita*", surgió entre los dos hermanos la discordia, pues cada cual pretendía, alegando por lo suyo, que la frase debía interpretarse agregándose el inclusive que omitiera el redactor, y emprendieron uno de esos litigios que enriquecen a varias generaciones de abogados y que habría terminado por arruinarlos, si cuando les propusieron una transacción la misma intransigencia que iba a hacerles gastar un dineral por un pedazo de tierra improductiva no les dictara, en un arrebato simultáneo: "O todo o nada".

Y como no podía ser todo para ambos, se convino en que sería nada y cada cual se comprometió a levantar una cerca en torno al palmar, viniendo así a quedar éste cerrado y sin dueño entre ambas propiedades.

Mas no paró allí la cosa. Había en el centro del palmar

una madrevieja de un caño seco, que durante el invierno se convertía en tremedal, bomba de fango donde perecía cuanto ser viviente la atravesase, y como un día apareciera ahogada allí una res barquereña, José Luzardo protestó ante Sebastián Barquero por la violación del recinto vedado, se ofendieron en la disputa, Barquero blandió el chaparro para cruzarle el rostro al cuñado, sacó éste el revólver y lo derribó del caballo con una bala en la frente.

Sobrevinieron las represalias, y matándose entre sí Luzardos y Barqueros acabaron con una población compuesta en su mayor parte por las ramas de ambas familias.

Y en el seno mismo de cada una se propagó la onda trágica.

Fue cuando la guerra entre España y los Estados Unidos. José Luzardo, fiel a su sangre—decía—, simpatizaba con la Madre Patria, mientras que su primogénito Félix, síntoma de los tiempos que ya empezaban a correr, se entusiasmaba por los yanquis. Llegaron al hato los periódicos de Caracas, cosa que sucedía de mes en mes, y desde las primera noticias leídas por el joven—porque ya don José andaba fallo de la vista—, se trabaron en una acalorada disputa que terminó con estas vehementes palabras del viejo:

—Se necesita ser muy estúpido para creer que puedan ganárnosla los salchicheros de Chicago.

Lívido y tartamudo de ira, Félix se le encaró:

—Puede que los españoles triunfen; pero lo que no tolero es que usted me insulte sin necesidad.

Don José lo midió de arriba abajo con una mirada despreciativa y soltó una risotada. Acabó de perder la cabeza el hijo y tiró violentamente del revólver que llevaba al cinto. El padre cortó en seco su carcajada y sin que se le alterara la voz, sin moverse en el asiento, pero con una fiera expresión, dijo, pausadamente:

—¡Tira! Pero no me peles, porque te clavo en la pared de un lanzazo.

Esto sucedía en la casa del hato, poco después de la comida, congregada la familia bajo la lámpara de la sala. Doña Asunción se precipitó a interponerse entre el marido

y el hijo, y Santos, que a la sazón tenía unos catorce años, se quedó paralizado por la brutal impresión.

Dominado por la terrible serenidad del padre, seguro de que llevaría a cabo su amenaza si disparaba y erraba el tiro, o arrepentido, quizá, de su violencia, Félix volvió el arma a su sitio y abandonó la sala.

Poco después ensillaba su caballo, dispuesto a abandonar también la casa paterna y fue inútil cuanto suplicó y lloró doña Asunción. Entretanto, como si nada hubiera sucedido, don José se había calado las gafas y leía, estoicamente, las noticias que terminaban con la del desastre de Cavite.

Pero Félix no se limitó a abandonar el hogar, sino que fue a hacer causa común con los Barqueros contra los Luzardos, en aquella guerra a muerte cuya más encarnizada instigadora era su tía Panchita, y ante la cual las autoridades se hacían de la vista gorda, pues eran tiempos de cacicazgos y Luzardos y Barqueros se compartían el del Arauca.

Ya habían caído en lances personales casi todos los hombres de una y otra familia, cuando una tarde de riña de gallos, en el pueblo, como supiese Félix, bajo la acción del alcohol, que su padre estaba en la gallera, se fue allá instigado por su primo Lorenzo Barquero, y se arrojó al ruedo, vociferando:

—Aquí traigo un gallito portorriqueño. ¡No es ni yanqui, siquiera! A ver si hay por ahí algún pataruco español que quiera pegarse con él. Lo juego embotado y doy de al partir.

Había terminado ya con la victoria de los norteamericanos la desigual contienda y decía aquello para provocar al padre. Don José saltó al ruedo blandiendo el chaparro para castigar la insolencia; pero Félix hizo armas, a él también se le fue la mano a la suya y poco después regresaba a su casa, abatido, sombrío, envejecido en instantes, y con esta noticia para su mujer:

—Acabo de matar a Félix. Ahí te lo traen.

En seguida ensilló su caballo y cogió el camino del hato.

Llegó a la casa, se dirigió a la sala donde se había des-

arrollado la primera escena de la tragedia, se encerró allí, previa prohibición absoluta de que se le molestara, se quitó del cinto la lanza y la hundió hasta la empuñadura en la pared de bahareque, en el mismo sitio donde la habría clavado, la noche de la funesta lectura, a través del corazón del hijo, pues fue allí, se decía, y en el momento de proferir su tremenda amenaza, donde y cuando había dado muerte a Félix y quería tener ante los ojos, hasta que se le apagasen para siempre, la visión expiatoria del hierro filicida hundido en el muro.

Y, en efecto, encerrado en aquella pieza, sin pan ni agua, sin moverse del asiento, sin pestañear casi, con un postigo abierto a la luz y dos pupilas que pronto aprendieron a no necesitarla durante la noche para ver, todo voluntad en la expiación tremenda, estuvo varios días esperando la muerte a que se había condenado, y allí lo encontró la muerte sentado, rígido ya, mirando la lanza clavada en el muro.

Cuando, por fin, llegaron las autoridades a representar la farsa acostumbrada en casos análogos, ya no había necesida de castigo y costó trabajo cerrar aquellos ojos.

*

Días después, doña Asunción abandonaba definitivamente el Llano para trasladarse a Caracas con Santos, único superviviente de la hecatombe. Quería salvarlo educándolo en otro medio, a centenares de leguas de aquellos trágicos sitios.

Los primeros años fueron tiempo perdido en la vida del joven. La brusca trasplantación del medio llanero, rudo, pero de intensas emociones endurecedoras del carácter, al blando y soporoso ambiente ciudadano, dentro de las cuatro paredes de una casa triste, al lado de una madre aterrorizada, produjole un singular adormecimiento de las facultades. El muchacho animoso, de inteligencia despierta y corazón ardiente—de quien tan orgulloso se mostraba el padre cuando lo veía jinetear un caballo cerrero y desenvolverse con destreza y aplomo en medio de los peligros del trabajo de

sabanas, digno de aquella raza de hombres sin miedo que había dado más de un centauro a la epopeya, aunque también más de un cacique a la llanura, y en quien, con otros conceptos de la vida, cifraba tantas esperanzas la madre, al oírlo expresar sentimientos e ideas reveladoras de un espíritu fino y reflexivo—, se volvió obtuso y abúlico; se convirtió en un misántropo.

—Te veo y no te conozco, hijo. Te has vuelto cimarrón —decíale la madre, llaneraza todavía, a pesar de todo.

—Es el desarrollo—observábanle las amigas—. Los muchachos se ponen así cuando están en esa edad.

—Es el estrago de los horrores que hemos presenciado —añadía ella.

Eran ambas cosas; también la trasplantación. La falta del horizonte abierto ante los ojos, del cálido viento libre contra el rostro, de la copla en los labios por delante del rebaño, del fiero aislamiento en medio de la tierra ancha y muda. La macolla de hierba llanera languideciendo en el tiesto.

A veces, doña Asunción lo sorprendía en el corral, soñador despierto, boca arriba en la tierra dentro de la espesura de un resedal descuidado. Estaba "enmatado", como dice el llanero del toro que busca el refugio de las matas y allí permanece días enteros echado, sin comer ni beber y lanzando de rato en rato mugidos de rabia impotente, cuando ha sufrido la mutilación que lo condena a perder su fiereza y el señorío del rebaño.

Pero al fin la ciudad conquistó el alma cimarrona de Santos Luzardo. Vuelto en sí del embrujamiento de las nostalgias, se encontró con que ya tenía más de dieciocho años y en punto de instrucción, muy poca cosa sobre la que trajo del Arauca; pero se propuso recuperar el tiempo perdido y se entregó con ahinco a los estudios.

A pesar de los motivos que tenía para aborrecer *Altamira,* doña Asunción no había querido vender el hato. Poseía esa alma recia e inmodificable del llanero, para quien nada hay como su tierra natal, y aunque nunca pensó en regresar al Arauca, tampoco se había decidido a romper el vínculo

que la unía al terruño. Por lo demás, administrado por un mayordomo honrado y fiel, el hato le producía una renta suficiente.

—Que lo venda Santos, cuando yo muera—solía decir.

Pero a la hora de morir, le recomendó:

—Mientras puedas, no vendas *Altamira.*

Y Santos lo conservó, por respetar la postrera voluntad materna y porque su renta le permitía cubrir, holgadamente, las discretas exigencias de su vida morigerada. Por lo demás, bien habría podido prescindir de la finca. La tierra natal ya no lo atraía, ni aquel pedazo de ella, ni toda entera, porque al perder los sentimientos regionales había perdido también todo sentimiento de patria. La vida de la ciudad y los hábitos intelectuales habían barrido de su espíritu las tendencias hacia la vida libre y bárbara del hato; pero, al mismo tiempo, habían originado una aspiración que aquella misma ciudad no podía satisfacer plenamente. Caracas no era sino un pueblo grande—un poco más grande que aquel destruído por los Luzardos al destruirse entre sí—, con mil puertas espirituales abiertas al asalto de los hombres de presa, algo muy distante todavía de la ciudad ideal, complicada y perfecta como un cerebro, adonde toda excitación va a convertirse en idea y de donde toda reacción que parte lleva el sello de la eficacia consciente, y como este ideal sólo parecía realizado en la vieja y civilizada Europa, acarició el propósito de expatriarse definitivamente, en cuanto concluyera sus estudios universitarios.

Para esto contaba con el producto de *Altamira,* o, vendida ésta, con la renta que le produjera el dinero empleado en fincas urbanas, ya que de su profesión de abogado no podía esperar nada por allá. Pero, entretanto, ya en *Altamira* no estaba el honrado mayordomo de los tiempos de su madre, y mientras Santos se contentaba, apenas, con echarles una ojeada a las cuentas, muy claras siempre sobre el papel, que de tiempo en tiempo le rendían los administradores, éstos hacían pingües negocios con la hacienda altamireña. Además, dejaban que los cuatreros se metiesen a saco en ella y toleraban que los vecinos herrasen allí, como

suyos, hasta los becerros que aún andaban pegados a las tetas de las vacas luzarderas.

Luego comenzaron los litigios con la famosa doña Bárbara, a cuyos dominios fueron pasando leguas y leguas de sabanas altamireñas, a fuerza de arbitrarios deslindes ordenados por los tribunales del Estado.

Concluídos sus estudios, Santos se trasladó a San Fernando a hojear expedientes por si todavía fuese posible intentar acciones reivindicatorias; pero allá, hecho un minucioso análisis de las causas sentenciadas en favor de la mujerona, si comprobó que todo, soborno, cohecho, violencia abierta, había sido asombrosamente fácil para la cacica del Auraca, también descubrió que cuanto se había llevado a cabo contra su propiedad pudo suceder porque sus derechos sobre *Altamira* adolecían de los vicios que siempre tienen las adquisiciones del hombre de presa, y no otra cosa fué su remoto abuelo don Evaristo, el *Cunavichero*.

Decidió entonces vender la finca. Pero nadie quería tener de vecina a doña Bárbara, y como, por otra parte, las revoluciones habían arruinado el Llano, perdió mucho tiempo buscando comprador. Al fin se le presentó uno; pero le dijo:

—Ese negocio no lo podemos cerrar aquí, doctor. Es menester que usted vea, con sus propios ojos, cómo está *Altamira*. Aquello está en el suelo: unas parapatas es lo que queda en las sabanas. Y reses flacas toditas. Si quiere, váyase allá y espéreme. Ahora sigo para Caracas a vender un ganado; pero dentro de un mes pasaré por *Altamira* y entonces conversaremos sobre el terreno.

—Allá lo esperaré—díjole Santos, y al día siguiente partió para *Altamira*.

Por el trayecto, ante el espectáculo de la llanura desierta, pensó muchas cosas: meterse en el hato a luchar contra los enemigos, a defender sus propios derechos y también los ajenos, atropellados por los caciques de la llanura, puesto que doña Bárbara no era sino uno de tantos; a luchar contra la Naturaleza: contra la insalubridad que estaba aniquilando la raza llanera, contra la inundación y la sequía que se dispu-

tan la tierra todo el año, contra el desierto que no deja penetrar la civilización.

Pero no eran propósitos todavía, sino reflexiones puras, entretenimientos del razonador, y a una, optimista, sucedía inmediatamente otra, contradictoria.

—Para llevar a cabo todo eso se requiere algo más que voluntad de un hombre. ¿De qué serviría acabar con el cacicazgo de doña Bárbara en el Arauca? Reaparecería más allá bajo otro nombre. Lo que urge es modificar las circunstancias que producen estos males: poblar. Pero, para poblar: sanear, primero, y para sanear: poblar, antes. ¡Un círculo vicioso!

Mas, he aquí que un sencillo incidente, el encuentro con el *Brujeador* y las palabras con que el bonguero le hizo ver los peligros a que se expondría si intentaba atravesársele en el camino a la temible doña Bárbara, pone de pronto en libertad al impulsivo postergado por el razonador y lo apasionante ahora es la lucha.

Era la misma tendencia de irrefrenable acometividad que causó la ruina de los Luzardos; pero con la diferencia de que él la subordinaba a un ideal: luchar con doña Bárbara, criatura y personificación de los tiempos que corrían, no sería solamente salvar *Altamira,* sino contribuir a la destrucción de las fuerzas retardatorias de la prosperidad del Llano.

Y decidió lanzarse a la empresa con el ímpetu de los descendientes del *Cunavichero,* hombres de una raza enérgica; pero también con los ideales del civilizado, que fue lo que a aquéllos les faltó.

III

LA DEVORADORA DE HOMBRES

—¡De más allá del Cunaviche, de más allá del Cinaruco, de más allá del Meta! De más lejos que más nunca—decían los llaneros del Arauca, para quienes, sin embargo, todo está siempre "ahí mismito, detrás de aquella mata"—. De allá

vino la trágica guaricha. Fruto engendrado por la violencia del blanco aventurero en la sombría sensualidad de la india, su origen se perdía en el dramático misterio de las tierras vírgenes.

En las profundidades de sus tenebrosas memorias, a los primeros destellos de la conciencia, veíase en una piragua que surcaba los grandes ríos de la selva orinoqueña. Eran seis hombres a bordo, y al capitán lo llamaba "taita"; pero todos—excepto el viejo piloto Eustaquio—la brutalizaban con idénticas caricias: rudas manotadas, besos que sabían a aguardiente y a chimó.

Piratería disimulada bajo patente de comercio lícito era la industria de aquella embarcación, desde Ciudad Bolívar hasta Río Negro. Salía cargada de barriles de aguardiente y fardos de baratijas, telas y comestibles averiados y regresaba atestada de sarrapia y balatá. En algunas rancherías les cambiaban a los indios estas ricas especies por aquellas mercancías, limitándose a embaucarlos; pero en otros parajes los tripulantes saltaban a tierra sólo con sus rifles al hombro, se internaban por los bosques o sabanas de las riberas, y cuando volvían a la piragua, la olorosa sarrapia o el negro balatá venían manchados de sangre.

Una tarde, ya al zarpar de Ciudad Bolívar, se acercó a la embarcación un joven, cara de hambre y ropas de mendigo, a quien ya Barbarita había visto, varias veces, parado al borde del malecón, contemplándola, con ojos que se le salían de sus órbitas, mientras ella, cocinera de la piragua, preparaba la comida de los piratas. Dijo llamarse Asdrúbal, a secas, y propúsole al capitán:

—Necesito ir a Manaos y no tengo para el pasaje. Si usted me hace el favor de llevarme hasta Río Negro, yo estoy dispuesto a corresponderle con trabajo. Desde cocinero hasta contador, en algo puedo serle útil.

Insinuante, simpático, con esa simpatía subyugadora del vagabundo inteligente, prodújole buena impresión al capitán y fue enrolado como cocinero, a fin de que descansara Barbarita. Ya el taita empezaba a mimarla: tenía quince años y era preciosa la mestiza.

Transcurrieron varias jornadas. En los ratos de descanso y por las noches, en torno a la hoguera encendida en las playas donde arranchaban, Asdrúbal animaba la tertulia con anécdotas divertidas de su existencia andariega. Barbarita se desternillaba de risa; mas si él interrumpía su relato, complacido en aquellas frescas y sonoras carcajadas, ella las cortaba en seco y baja la vista, estremecido en dulces ahogos el pecho virginal.

Un día le deslizó al oído:

—No me mire así, porque ya mi taita se está poniendo malicioso.

En efecto, ya el capitán empezaba a arrepentirse de haber aceptado a bordo al joven, cuyos servicios podían resultarle caros, especialmente aquellos, que no se los había exigido, de enseñar a Barbarita a leer y escribir. Durante estas lecciones, en las cuales Asdrúbal ponía gran empeño, letras que ella hacía llevándole él la mano, los acercaban demasiado.

Una tarde, concluídas las lecciones, comenzó a referirle Asdrúbal la parte dolorosa de su historia: la tiranía del padrastro que lo obligó a abandonar el hogar materno, las aventuras tristes, el errar sin rumbo, el hambre y el desamparo, el duro trabajo de las minas del Yuruari, la lucha con la muerte en el camastro de un hospital. Finalmente le habló de sus planes: iba a Manaos en busca de la fortuna, ya estaba cansado de la vida errante, renunciaría a ella, se consagraría al trabajo.

Iba a decir algo más; pero de pronto se detuvo y se quedó mirando el río que se deslizaba en silencio frente a ellos, a través de un dramático paisaje de riberas boscosas.

Ella comprendió que no tenía en los planes del joven el sitio que se imaginara, y los hermosos ojos se le cuajaron de lágrimas. Permanecieron así largo rato. ¡Nunca se le olvidaría aquella tarde! Lejos, en el profundo silencio, se oía el bronco mugido de los raudales de Atures.

De pronto, Asdrúbal la miró a los ojos y le preguntó:

—¿Sabes lo que piensa hacer contigo el capitán?

Estremecida al golpe subitáneo de una horrible intuición exclamó:

—¡Mi taita!

—No merece que lo llames así. Piensa venderte al turco.

Referíase a un sirio sádico y leproso, enriquecido de la explotación del balatá, que habitaba en el corazón de la selva orinoqueña, aislado de los hombres por causa del mal que lo devoraba, pero rodeado de un serrallo de indiecitas núbiles, raptadas o compradas a sus padres, no sólo para hartazgo de su lujuria, sino también para saciar su odio de enfermo incurable a todo lo que alienta sano, transmitiéndoles su mal.

De conversaciones de los tripulantes de la piragua, sorprendidas por Asdrúbal, había descubierto éste que en el viaje anterior aquel Moloch de la selva cauchera había ofrecido veinte onzas por Barbarita, y que si no se llevó a cabo la venta fue porque el capitán aspiraba a mayor precio, cosa no difícil de lograr ahora, pues en obra de unos meses la muchacha se había convertido en una mujer perturbadora.

No se le había escapado a ella que tal fuera la suerte a que la destinaran; pero hasta entonces todo el horror que la rodeaba no había alcanzado a producirle más que aquel sentimiento, miedo y gusto a la vez, originado de las torpes miradas de los hombres que con ella compartían la estrecha vida de la piragua.

Pero al enamorarse de Asdrúbal se le había despertado el alma sepultada y las palabras que acababa de oir se la estremecieron de horror.

—¡Sálvame! Llévame contigo—iba a decirle, cuando vio que el capitán se les acercaba.

Traía un rifle, y dijo, dirigiéndose a Asdrúbal:

—Bueno, joven. Ya usted ha conversado bastante. Ahora vamos para que haga algo más productivo. El *Sapo* va a buscar una poca de sarrapia que deben de tenernos por aquí y usted lo va a acompañar—y poniéndole el rifle en las manos—: Esto es para qué se defienda, si los atacan los indios.

Asdrúbal meditó un instante: ¿Habría oído el capitán lo

que él acababa de decirle a la muchacha? ¿Esta comisión que ahora le daba?... En todo caso, habría de afrontar la situación.

Al ir a ponerse de pie, Barbarita trató de detenerlo dirigiéndole una mirada de súplica; pero él le hizo una rápida guiñada de ojos y, levantándose decidido, abandonó el campamento en pos del *Sapo*. Era éste el segundo de a bordo, mano derecha del capitán para cuantas fuesen comisiones siniestras, y Asdrúbal lo sabía; pero irremisiblemente perdido estaba, desde luego, si demostraba miedo y se resistía a cumplir la orden recibida. Al menos llevaba un rifle y contra un hombre solamente, mientras que allí eran cinco contra él. Barbarita lo siguió con la mirada y durante un buen rato sus ojos permanecieron fijos en el boquete de monte por donde desapareció.

A todas éstas, los tripulantes habían cambiado entre sí miradas de inteligencia, y cuando, pocos momentos después, so pretexto de un posible ataque de los indios ribereños, el capitán les ordenó hacer una exploración playas arriba—ya le había dado una orden análoga al viejo Eustaquio—, comprendiendo que quería alejarlos del campamento para quedarse a solas con la muchacha, respondiéronle al cabo de un murmullo de rezongos:

—Deje eso para más después, capitán. Ahora estamos descansando.

Era la rebelión que hacía algún tiempo venía preparándose por causa de la perturbadora belleza de la guaricha; pero el capitán no se atrevió a sofocarla en el acto, pues comprendió que aquellos tres hombres estaban de acuerdo y resueltos a todo, y aplazó el escarmiento para cuando regresara el *Sapo,* con cuya ciega adhesión contaba.

Barbarita, como se diese cuenta también de las siniestras intenciones del taita, miró a los rebeldes como a sus salvadores y corrió hacia ellos; mas, al advertir cómo la miraban, se detuvo, con el corazón helado por el terror, y maquinalmente tornó al sitio donde la dejara Asdrúbal.

De pronto cantó el "yacabó". Campanadas funerales en el

silencio desolador del crepúsculo de la selva, que hielan el corazón del viajero.

—Ya-cabó. Ya-cabó...

¿Fue el canto agorero del ave o el propio gemido mortal de Asdrúbal? ¿Fue la descarga repentina de la prolongada tensión nerviosa, o la sideración, misteriosamente transmitida a distancia, de un golpe mortal que en aquel momento recibía otro cuerpo: el tajo del *Sapo* en el cuello de Asdrúbal?

Ella sólo recordaba que había caído de bruces, derribada por una conmoción subitánea y lanzando un grito que le desgarró la garganta.

Lo demás sucedió sin que ella se diese cuenta y fue: el estallido de la rebelión, la muerte del capitán y en seguida la del *Sapo,* que había regresado solo al campamento, y el festín de su doncellez para los vengadores de Asdrúbal.

Cuando, ahogándose en la sofocación de la carrera, el viejo Eustaquio llegó en su auxilio al grito lanzado por ella, ya todos estaban hartos y uno decía:

—Ahora podemos vendérsela al turco, aunque sea por las veinte onzas que ofreció enantes.

*

Reflejos de hogueras empurpuran la obscuridad de la noche; óyese salvaje gritería. Es la caza del gaván. Los indios encienden fogatas de paja en torno a los pantanos inaccesibles, el ave levanta el vuelo, asustada por la algarabía, y sus alas se tiñen de rosa al resplandor del fuego entre las tinieblas profundas; pero, de pronto, los cazadores enmudecen y apagan rápidamente las hogueras, y el ave, encandilada, cae indefensa al alcance de las manos.

Algo semejante ha acontecido en la vida de Barbarita. El amor de Asdrúbal fue un vuelo breve, un aletazo apenas a los destellos del primer sentimiento puro que se albergó en su corazón, brutalmente apagado para siempre por la violencia de los hombres, cazadores de placer.

De sus manos la rescató aquella noche Eustaquio—viejo

indio baniba que servía de piloto en la piragua, sólo por estar cerca de la hija de aquella mujer de su tribu que, a la hora de sucumbir a los crueles tratos del capitán, le recomendó que no le abandonase a la guaricha—; pero ni el tiempo, ni la quieta existencia de la ranchería donde se refugiaron, ni el apacible fatalismo que el son de los tristes yapururos removía por instantes en su alma india, habían logrado aplacar la sombría tormenta de su corazón: un ceño duro y tenaz le surcaba la frente, un fuego maligno le brillaba en los ojos.

Ya sólo rencores podía abrigar su pecho y nada la complacía tanto como el espectáculo del varón debatiéndose entre las garras de las fuerzas destructoras. Maleficios del Camajay-Minare—siniestra divinidad de la selva orinoqueña—, el diabólico poder que reside en las pupilas de los dañeros y las terribles virtudes y las hierbas y raíces con que las indias confeccionan la *pusana* para inflamar la lujuria y aniquilar la voluntad de los hombres renuentes a sus caricias, apasiónanla de tal manera que no vive sino para apoderarse de los secretos que se relacionan con el hechizamiento del varón.

También la iniciaron en su tenebrosa sabiduría toda la caterva de brujos que cría la bárbara existencia de la indiada. Los ojeadores, que pretenden producir las enfermedades más extrañas y tremendas sólo con fijar sus ojos maléficos sobre la víctima; los sopladores, que dicen curarlas aplicando su milagroso aliento a la parte dañada del cuerpo del enfermo; los ensalmadores, que tienen oraciones contra todos los males y les basta murmurarlas mirando hacia el sitio donde se halle el paciente, así sea a leguas de distancia, todos le revelaron sus secretos y a vuelta de poco las más groseras y extravagantes supersticiones reinaban en el alma de la mestiza.

Por otra parte, su belleza había perturbado ya la paz de la comunidad. La codiciaban los mozos, la vigilaban las hembras celosas, y los viejos prudentes tuvieron que aconsejarle a Eustaquio:

—Llévate a la guaricha. Vete con ella de por todo esto.

Y otra vez fue la vida errante por los grandes ríos, a bordo de un bongo, con los palanqueros indios.

*

El Orinoco es un río de ondas leonadas; el Guainía las arrastra negras. En el corazón de la selva, aguas de aquél se reúnen con las de éste; mas por largo trecho corren sin mezclarse, conservando cada cual su peculiar coloración. Así, en el alma de la mestiza tardaron varios años en confundirse la hirviente sensualidad y el tenebroso aborrecimiento al varón.

La primera víctima de esta horrible mezcla de pasiones fue Lorenzo Barquero.

Era éste el menor de los hijos de don Sebastián y se había educado en Caracas. Ya estaba para concluir los estudios de derecho, y le sonreía el porvenir en el amor de una mujer bella y distinguida y en las perspectivas de una profesión en la cual su talento cosecharía triunfos, cuando, a tiempo que en el Llano estallaba la discordia entre Luzardos y Barqueros, empezó a manifestarse en él un extraño caso de regresión moral. Acometido de un brusco acceso de misantropía, abandonaba de pronto las aulas universitarias y los halagos de la vida de la capital para ir a meterse en un rancho de los campos vecinos, donde, tumbado en un chinchorro, pasábase días consecutivos, solo, mudo y sombrío, como una fiera enferma dentro de su cubil. Hasta que, por fin, renunció definitivamente a cuanto pudiera hacerle apetecible la existencia en Caracas: a su novia, a sus estudios y a la vida brillante de la buena sociedad, y tomó el camino del Llano para precipitarse en la vorágine del drama que allá se estaba desarrollando.

Y allá se tropezó con Barbarita, una tarde, cuando, de remontada por el Arauca con su cargamento de víveres para *La Barquereña,* el bongo de Eustaquio atracó en el paso del *Bramador,* donde él estaba dirigiendo la tirada de un ganado.

Una tormenta llanera, que se prepara y desencadena en obra de instantes, no se desarrolla, sin embargo, con la vio-

lencia con que se desataron en el corazón de la mestiza los apetitos reprimidos por el odio, pero éste subsistía y ella no lo ocultaba.

—Cuando te vi por primera vez te me pareciste a Asdrúbal—díjole, después de haberle referido el trágico episodio—. Pero ahora me representas a los otros; un día eres el taita, otro día el *Sapo.*

Y como él replicara, poseedor orgulloso:

—Sí. Cada uno de los hombres, todos aborrecibles para ti; pero, representándotelos, uno a uno, yo te hago amarlos a todos, a pesar tuyo.

Ella concluyó rugiente:

—Pero yo los destruiré a todos en ti.

Y este amor salvaje, que en realidad le imprimía cierta originalidad a la aventura con la bonguera, acabó por pervertir el espíritu ya perturbado de Lorenzo Barquero.

Ni aun la maternidad aplacó el rencor de la devoradora de hombres; por lo contrario, se lo exasperó más: un hijo en sus entrañas era para ella una victoria del macho, una nueva violencia sufrida, y bajo el imperio de este sentimiento concibió y dio a luz una niña, que otros pechos tuvieron que amamantar, porque no quiso ni verla siquiera.

Tampoco Lorenzo se ocupó de la niña, súcubo de la mujer insaciable y víctima del brebaje afrodisíaco que le hacía ingerir, mezclándolo con las comidas y bebidas, y no fue necesario que transcurriera mucho tiempo para que de la gallarda juventud de aquel que parecía destinado a un porvenir brillante sólo quedara un organismo devorado por los vicios más ruines, una voluntad abolida, un espíritu en regresión bestial.

Y mientras el adormecimiento progresivo de las facultades—días enteros sumidos en un sopor invencible—lo precipitaba a la horrible miseria de las fuentes vitales agotadas por el veneno de la *pusana,* la obra de la codicia lo despojó de su patrimonio.

La idea la sugirió un tal coronel Apolinar que apareció por allí, en busca de tierras para comprar con el producto de sus rapiñas en la Jefatura Civil de uno de los pueblos de

la región. Ducho en argucias de rábulas, como advirtiese la ruina moral de Lorenzo Barquero y se diese cuenta de que la barragana era conquista fácil, se trazó rápidamente su plan y, a tiempo que empezaba a enamorarla, entre un requiebro y otro le insinuó:

—Hay un procedimiento inmancable y muy sencillo para que usted se ponga en la propiedad de *La Barquereña,* sin necesidad de que se case con don Lorenzo, ya que, como dice, le repugna la idea de que un hombre pueda llamarla su mujer. Una venta simulada. Todo está en que él firme el documento; pero eso no es difícil para usted. Si quiere, yo le redacto la escritura de manera que no pueda haber complicaciones con los parientes.

Y la idea encontró fácil asidero.

—Convenido. Redácteme ese documento. Yo se lo hago firmar.

Así se hizo, sin que Lorenzo se resistiera al despojo; pero cuando ya se iba a proceder al registro del documento, descubrió Bárbara que existía una cláusula por la cual reconocía haber recibido de Apolinar la cantidad estipulada como precio de *La Barquereña* y comprometía la finca en garantía de tal obligación.

Y Apolinar explicó:

—Ha sido menester poner esa cláusula como una tapa contra los parientes de don Lorenzo, que si descubren que es una venta simulada pueden pedir su anulación declarándolo entredicho. Para que no haya dudas, yo le entregaré a usted ese dinero en presencia del registrador. Pero no se preocupe. Es una comedia entre los dos. Luego usted me devuelve mis reales y yo le entrego esta contraescritura que anula la cláusula.

Y le mostró un documento privado cuya invalidez corría de su cuenta.

Ya era tarde para retroceder, y, por otra parte, también ella se había trazado su plan para apoderarse de aquel dinero que Apolinar quería invertir en fincas, y le respondió devolviéndole el contradocumento:

—Está bien. Se hará como tú quieras.

Apolinar comprendió que también se rendía a su amoroso asedio y se complació en sus artes. Por el momento, la mujer que se le entregaba con aquel *tú;* luego, la finca. Y su dinero intacto.

Días después le comunicó a Lorenzo:

—He resuelto reemplazarte con el coronel. De modo que ya estás de más en esta casa.

A Lorenzo se le ocurió esta miseria:

—Yo estoy dispuesto a casarme contigo.

Pero ella le respondió con una carcajada y el ex hombre tuvo que ir a refugiarse junto con su hija, y ahora de veras y para siempre, en un rancho del palmar de *La Chusmita,* que tampoco era tierra suya, en virtud de aquella transacción por la cual su madre y su tío José Luzardo habían renunciado a la propiedad que les asistía sobre aquella porción de la antigua *Altamira.*

Ni el nombre quedó de *La Barquereña,* pues Bárbara se lo cambió por *El Miedo,* denominación del paño de sabana donde estaban situadas las casas del hato, y éste fue el punto de partida del famoso latifundio.

Desatada la codicia dentro del tempestuoso corazón, se propuso ser dueña de todo el cajón del Arauca, y asesorada por las extraordinarias habilidades de litigante de Apolinar, comenzó a meterles pleitos a los vecinos, obteniendo de la venalidad de los jueces lo que la justicia no pudiera reconocerle, y cuando ya nada tenía que aprender del nuevo amante y todo el dinero de éste había sido empleado en el fomento de la finca, recuperó su fiera independencia haciendo desaparecer, de una manera misteriosa, a aquel hombre que podía jactarse de llamarla suya.

Altamira, descuidada por su dueño, en manos de administradores fácilmente sobornables, fue presa predilecta de su ambición de dominio. Leguas y leguas diéronle los litigios, y entre uno y otro el lindero de *El Miedo* iba metiéndose por tierras altamireñas, mediante una simple mudanza de los postes, favorecida por la deliberada imprecisión y obscuridad de los términos con que los jueces comprados redactaban las sentencias y por la complicidad de los

mayordomos de Luzardo, que se hacían de la vista gorda.

A cada noticia de una de estas bribonadas, Santos Luzardo cambiaba de administrador y así, de mano en mano, fue *Altamira* a caer en las de un tal Balbino Paiba, antiguo tratante en caballos que había tenido la oportunidad de ir a comprarle algunos a la dueña de *El Miedo* y la audacia de dirigirle un requiebro en el preciso momento en que ella estaba necesitando un mayordomo para *Altamira,* sin que se sospechase que hubiera inteligencia entre ambos.

Fue a raíz del último pleito ganado a Santos Luzardo, enamorándole al abogado que, además de poco escrupuloso, era blando al amor. Las quince leguas de sabanas altamireñas pasaron a engrosar las de *El Miedo;* pero ella no se conformó con esto e hizo que el abogado recomendase a Balbino Paiba para la mayordomía vacante. Desde entonces y trabajando sin descanso, cuantos orejanos y mostrencos habían caído por allá en rodeos y carreras fueron marcados con el hierro de *El Miedo* y, entretanto, el lindero errante avanzando *Altamira* adentro.

Y mientras las tierras limítrofes iban incorporándose de este modo a su feudo y la hacienda ajena engrosaba sus rebaños, todo el dinero que caía en sus manos desaparecía de la circulación. Hablábase de varias botijuelas repletas de morocotas, su moneda predilecta, que ya tenía enterradas, y era fama que, una vez, cierto dueño de un hato muy rico en cabezas de ganado, sabedor de que ella para apreciar su dinero no lo contaba, sino lo medía, cual si se tratara de cereales, fue a proponerle:

—Présteme una cuartilla de morocotas, doña.

Dice el cuento que ella fue y vino con la medida colmada por encima de los bordes.

—¿Cómo la quiere, ño, con o sin copete?

—Rasita, doña. Porque, a la hora de pagar, el copete me puede salir muy caro.

Ella quitó las monedas excedentes, pasando el ras de los bordes de la medida una regla que al efecto usaba, y dijo:

—Fíjese, ño. Así la quiero cuando me la pague; descopetada de un solo toletazo.

Esto contaban. Tal vez había mucho de leyenda en cuanto se decía a propósito de su fortuna; pero bastante rica y muy avara sí era doña Bárbara.

En cuanto a la conseja de sus poderes de hechicería, no todo era tampoco invención de la fantasía llanera. Ella se creía realmente asistida de potencias sobrenaturales y a menudo hablaba de un "Socio" que la había librado de la muerte, una noche, encendiéndole la vela para que se despertara, a tiempo que penetraba en su habitación un peón pagado para asesinarla, y que, desde entonces, se le aparecía a aconsejarle lo que debiera hacer en las situaciones difíciles o a revelarle los acontecimientos lejanos o futuros que le interesara conocer. Según ella, era el propio milagroso Nazareno de Achaguas; pero lo llamaba simplemente y con la mayor naturalidad: "el Socio" y de aquí se originó la leyenda de su pacto con el diablo.

Mas, Dios o demonio tutelar, era lo mismo para ella, ya que en su espíritu, hechicería y creencias religiosas, conjuros y oraciones, todo estaba revuelto y confundido en una sola masa de superstición, así como sobre su pecho estaban en perfecta armonía amuletos de los brujos indios y escapularios, y sobre la repisa del cuarto de los misteriosos conciliábulos con "el Socio", estampas piadosas, cruces de palma bendita, colmillos de caimán, piedras de curvinata y de centella, y fetiches que se trajo de las rancherías indígenas, consumían el aceite de una común lamparilla votiva.

Tocante a amores, ya ni siquiera aquella mezcla salvaje de apetitos y odio de la devoradora de hombres. Inhibida la sensualidad por la pasión de la codicia y atrofiada hasta las últimas fibras femeniles de su ser por los hábitos del marimacho—que dirigía personalmente las peonadas, manejaba el lazo y derribaba un toro en plena sabana como el más hábil de sus vaqueros y no se quitaba de la cintura la lanza y el revólver, ni los cargaba encima sólo para intimidar—, si alguna razón de pura conveniencia, como la necesidad de un mayordomo incondicional, en un momento dado, o en el caso de Balbino Paiba, de un instrumento suyo en campo enemigo, la movía a prodigar caricias,

más era hombruno tomar que femenino entregarse. Un profundo desdén por el hombre había reemplazado al rencor implacable.

No obstante este género de vida y el haber traspuesto ya los cuarenta, era todavía una mujer apetecible, pues si carecía en absolutò de delicadezas femeniles, en cambio el imponente aspecto del marimacho le imprimía un sello original a su hermosura: algo de salvaje, bello y terrible a la vez.

Tal era la famosa doña Bárbara; lujuria y supertición, codicia y crueldad, y allá en el fondo del alma sombría una pequeña cosa pura y dolorosa: el recuerdo de Asdrúbal, el amor frustrado que pudo hacerla buena. Pero aun esto mismo adquiría los terribles caracteres de un culto bárbaro que exigiera sacrificios humanos: el recuerdo de Asdrúbal la asaltaba siempre que se tropezaba en su camino con un hombre en quien valiera la pena hacer presa.

IV

UNO SOLO Y MIL CAMINOS DISTINTOS

El paso del *Algarrobo* daba acceso al hato de *Altamira* por depresiones de los altos ribazos que allí encajaban el cauce del Arauca.

Al son de la guarura que nunciaba la llegada de un hongo, corrieron a asomarse al borde de la barranca derecha unas cuantas muchachas y bajaron a la playa tres chicos y dos hombres.

En uno de éstos, araucano buenmozo, cara redonda de color aceitunado, Santos Luzardo reconoció a Antonio Sandoval. Antoñito el becerrero, en los tiempos de su infancia en el hato, su camarada de expediciones en busca de panales de aricas y nidos de paraulatas.

Saludó descubriéndose respetuosamente; pero cuando Luzardo le echó los brazos, tal como lo hiciera para despedirse de él trece años antes, el peón, emocionado, murmuró:

—¡Santos!

—No has cambiado de fisonomía, Antonio—dijo Luzardo, apoyadas todavía sus manos en los hombros del peón.

Y éste, volviendo al tratamiento respetuoso:

—Usted sí que es otra persona. Tanto, que si no hubiera sido porque sabía que venía en el bongo no lo habría reconocido.

—¿De modo que no te he cogido de sorpresa? ¿Cómo supiste que venía?

—Parece que la noticia la trajo a *El Miedo* el peón que acompañaba al *Brujeador*.

—¡Ah! Sí. Eran dos, y uno ha debido de venirse anoche mismo por tierra.

—A mí me dio el pitazo Juan Primito—concluyó Antonio—. Un bobo de allá de *El Miedo*, que todo lo descubre y es un telégrafo para transmitir novedades. Por cierto que me he pasado todo el día preocupado por causa de ese empeño del *Brujeador* de venirse con usted en el bongo. De eso estábamos hablando cuando sonó la guarura, yo y mi vale Carmelito.

Referíase al compañero, y en seguida presentándoselo:

—Carmelito López. Un hombre en quien puede confiarse con los ojos cerrados. Es de los nuevos; pero luzardero, también, hasta los tuétanos.

—A su mandar—dijo el presentado, lacónicamente, tocándose apenas el ala del sombrero. Un hombre de facciones cuadradas, cejijunto, nada simpático al primer golpe de vista. Uno de esos hombres que están siempre "encuevados", como dice el llanero, sobre todo en presencia de extraños.

No obstante y a causa de las recomendaciones de Antonio, a Luzardo le produjo buena impresión; pero al mismo tiempo se dio cuenta de que no había sido recíproca.

En efecto, era Carmelito uno de los tres o cuatro peones del hato con cuya lealtad podía contar Santos Luzardo en la lucha que se había propuesto emprender contra los enemigos de su propiedad. Había llegado a *Altamira* hacía poco tiempo y si aún permanecía allí, a pesar de lo mal avenido que estaba con el mayordomo Balbino Paiba, era por com-

placer a Antonio, quien, extremando la tradicional fidelidad de los Sandovales hacia los Luzardos, no sólo soportaba al mayordomo traicionero, sino que procuraba retener en *Altamira* a los pocos peones honrados que allí quedaran, en la esperanza de que algún día resolviera Santos ir a encargarse del hato. Como Antonio, Carmelito se había alegrado con la noticia de la llegada del amo: Balbino Paiba sería destituído y obligado a rendir cuenta de sus latrocinios; se acabarían los abusos de doña Bárbara y todo marcharía en regla.

Pero del concepto que tenía Carmelito de la hombría estaba excluído todo lo que descubrió en Santos Luzardo, apenas éste saltó del bongo: la gallardía, que le pareció petulancia, la tersura del rostro, la delicadeza del cutis ya sollamado por el resol de unos días de viaje, rasurado el bigote, que es atributo de machos, los modales afables, que le parecieron amanerados, el desusado traje de montar, aquel saco tan entallado, aquellos calzones tan holgados arriba y en las rodillas tan ceñidos, puños estrechos en vez de polainas, y corbata, que era demasiado trapo para llevar encima por aquellas soledades.

—¡Hum!—murmuró entre dientes—. ¿Y éste es el hombre de quien tanto esperábamos? Con ese patiquincito presumido no se va a ninguna parte.

Entretanto, el padre de Antonio, un anciano de piel cuarteada, pero con la cabeza todavía negra, bajaba la rampa que conducía a la playa, renqueando y sonriente.

—¡Viejo Melesio!—exclamó Santos, saliéndole al encuentro—. ¡Sin una cana todavía!

—Indio no las pinta, niño Santos—y después de reir un rato, con una risa silenciosa, apenas mueca, que dejaba ver las encías desdentadas y la negra saliva de la mascada de tabaco—: ¡Conque no se había olvidado de mí el niño Santos! ¡Déjeme que lo miente asina, como desde pequeñito lo he mentado, hasta que me vaya haciendo a llamarlo dotol! Usted sabe que los viejos somos duros de boca pa cogé los pasos nuevos.

—Dígame como mejor le parezca, viejo.

—Siempre habrá respeto, ¿verdad, niño? Venga, pa que se repose en casa, un saltico anque sea, antes de seguir pa la suya.

A la derecha de la rampa se extendían, blanqueadas por la intemperie, las palizadas de los corrales donde se reunía el ganado que por allí se sacaba, y a la izquierda se agrupaban las construcciones típicas de la vivienda llanera: dos casas de bahareque y palma, que eran las habitaciones de la familia de Melesio, y entre ambas un caney de gruesa y baja techumbre pajiza, bajo el cual había una mesa larga rodeada de bancos; otro caney, más allá, alto y espacioso, a cuyos horcones estaban amarradas las bestias de Antonio y Carmelito y la que ellos habían traído del hato para Santos; otro, en fin, separado de la casa y de cuyas travesañas de macanilla pendían cueros de venados y de chigüires, recién curtidos, pestilentes todavía.

Detrás de este caney se alzaba una hilera de árboles: jobos, dividives y el alto algarrobo que le daba nombre al esguazadero. Lo demás era llanura despejada, la inmensidad de los pastos, en cuyo remoto confín circular, y como suspendida en el aire por efecto del espejismo, divisábase la ceja de una arboleda, la "mata" llanera, bosque aislado en medio de las sabanas.

—*¡Altamira!*—exclamó Santos—. ¡Los años que no te veía!

De las puertas de las casas desaparecieron las muchachas que poco antes habían asomado al borde del ribazo, y Melesio dijo:

—Son mis nietas. Muchachas cimarronas, como decimos por aquí. En toda la tarde no han hecho sino aguaitar pa el río, esperándolo a usted, y ahora que llega, se esconden.

—¿Hijitas tuyas, Antonio?—preguntó Santos.

—No, señor. Yo todavía ando escotero, a Dios gracias.

—De los otros hijos—explicó Melesio—. De los difuntos que en paz descansen.

Penetraron bajo el sombroso abrigo del caney pequeño. El piso de tierra había sido barrido con esmero y los bancos colocados al hilo de la horcanadura, como para las no-

ches de joropo. Además había un butaque, lujo del rústico mobiliario del llanero, puesto allí para el huésped en sitio de honor.

—Salgan pa juera, muchachas—gritó Melesio—. No sean tan camperusas. Arrímense pa que saluden al dotol.

Ocultas detrás de las puertas y al mismo tiempo deseosas de presentarse, las ocho nietas de Melesio disimulaban su timidez riendo y empujándose unas a otras.

—Salí tú primero, chica.

—¿Guá y por qué no salís tú?

Por fin aparecieron, en fila india, como si marcharan por una vereda angosta, y con una misma frase, pronunciada con un idéntico tono cantarino de voz, saludaron a Luzardo tendiéndole unas manos escurridizas.

—¿Cómo está? ¿Cómo está? ¿Cómo está?

A tiempo que el abuelo iba diciendo:

—Esta es Gervasia, la de Manuelito. Esta es Francisca, la de Andrés Ramón. Genoveva, Altagracia... Las novillas sandovaleras, como les dicen por aquí. En mautes no tengo sino esos tres zagalones que le sacaron sus macundos del bongo. La herencia que me dejaron los hijos: once bocas con sus dientes completos.

Pasada la vergüenza del saludo y de la presentación, se fueron sentando en los bancos, una al lado de la otra, en el mismo orden en que habían salido de la casa, sin hallar que hacer con las manos ni dónde poner los ojos. La mayor, Genoveva, no pasaría de diecisiete años; algunas eran buenasmozas, de tez arrosquetada, ojos negros y brillantes, y todas las carnes macizas y aspecto saludable.

—Tiene usted una familia que da gusto, Melesio—dijo Luzardo—. Fuerte y sana. Se ve que por aquí no reina el paludismo.

El viejo se cambió la mascada de uno al otro carrillo y respondió:

—Voy a decirle, niño Santos. Es verdad que por aquí no es tan enfermizo como por esos otros llanos que usted ha atravesado; pero a nosotros también nos jeringa el paludismo. Yo, que le estoy hablando, once hijos tuve y siete

de ellos llegaron a hombres. Usted debe recordarlo. Pues hoy sólo me queda Antonio. Y asina como le hablo yo, le pueden hablar también muchos otros. Lo que sucede es que habemos personas que le damos fiebre a la calentura. En buena hora lo haiga dicho, por todos los que estamos presentes, con el favor de Dios. Pero con los demás hace su juego el paludismo.

Escupió la amarga saliva de la mascada y, volviendo a su lenguaje metafórico de hombre criado entre reses, concluyó, con fatalismo bromista:

—No tiene sino que mirar cómo me he quedado con el mautaje solamente. El ganado grande: los hijos y las mujeres de los hijos, me lo arrasó el gusano.

Y volvió a soltar su risa silenciosa.

—Pero cuántos abuelos no lo envidiarán, Melesio, al verlo rodeado de tantas nietas bonitas—dijo Santos, desechando el tema aflictivo.

—Con sus favores—murmuró Genoveva, mientras las demás cuchicheaban azoradas.

—¡Hum!—hizo Melesio—. No se esté creyendo que eso es una ventaja. Ojalá me hubieran dejado con un hatajo de feas, porque ésas se pastorean sin mucho trabajo. Visiversa, ni dormir completo puedo. Toda la noche tengo que estar como el alcaraván: ¡óido al zorro! Y de rato en rato me tiro del chinchorro y voy a darles una recorrida, contándolas una por una, a ver si están completas las ocho.

Y la plácida mueca volvió a marcarle las mil arrugas del rostro, mientras las muchachas, rojas de vergüenza y haciendo esfuerzos por contener la risa, refunfuñaban:

—¡Jesús, taita! Las cosas suyas.

Allanándose al tono chanchero de Melesio, Santos charló un rato dándoles bromas a las muchachas. Rebullían ellas, entre complacidas y azoradas, escuchábalo el viejo con la silenciosa risa desplegada en el rostro y lo contemplaba en silencio Antonio con una mirada leal.

Se presentó luego uno de los muchachos con la taza de café, que nunca le falta al llanero para obsequiar a sus huéspedes.

—Va usted a beber en la misma taza en que bebía su padre, a quien Dios tenga en su gloria—dijo Melesio—. Desde entonces, naide más la ha usado.

Y en seguida:

—¡Conque no me morí sin ver al niño Santos!

—Gracias, viejo.

—No tiene por qué darlas, niño. Luzardo nací y en esa ley tengo que morir. Por estos lados, cuando se habla de nosotros los Sandovales, dicen que y que tenemos marcado en las nalgas el jierro de *Altamira*. ¡Je, je!

—Siempre han sido ustedes muy consecuentes con nosotros. Es la verdad.

—En buena hora lo diga, pa que estos muchachos que lo están escuchando sigan siempre por el mismo rumbo. Sí, señor. Consecuentes semos y siempre lo hemos sido: hablando cuando nos toca y callando cuando no nos preguntan; pero cumpliendo siempre el deber en lo que nos corresponde. ¿Que hay cosas de cosas? ¡No, señor! Lo que siempre le he dicho a Antonio: Los Sandovales con los Luzardos, hasta que ellos no nos corran de lo suyo. Porque si...

—Bueno, viejo—intervino Antonio sonriendo—. Todavía no están preguntándonos nada.

Y Santos comprendió lo que quería decir Melesio con aquello de "callando cuando no nos preguntan". Anticipábase a los reproches que él pudiera hacerles por no haberlo tenido al corriente de las bribonadas de los administradores y dejaba traslucir el resentimiento de quienes, a pesar de la probada y tradicional lealtad, se vieron subordinados a advenedizos como Balbino Paiba, a quien ni siquiera de vista conocía Luzardo.

—Comprendo, viejo. Y reconozco que el verdadero culpable de lo que ocurre por aquí soy yo, pues estando ustedes, nadie mejor para haberles confiado mis intereses. Pero la verdad es que nunca me ocupé ni quise ocuparme del hato.

—Sus estudios que no le dejaban tiempo—dijo Antonio.

—Y el despego de esta tierra.

—Eso sí es malo, niño Santos—observó Melesio.

—Y ya me doy cuenta—prosiguió Luzardo—de lo tiran-

te que ha debido ser la situación de ustedes en *Altamira*.

—Sosteniendo el barajuste, como dicen—manifestó Antonio.

Y el viejo, apoyando, en el mismo estilo metafórico de ganaderos:

—Y que no han sido pocas las atropelladas. Antonio, mijo, principalmente, ha tenido que dejarse supiritar, sobre todo por el don Balbino, y hasta aparentarse enemigo de usted pa que no lo despidiera. Que, por cierto, ya estará fijándose usted en que no ha venido a recibirlo a usted.

—Mejor está así—dijo Santos—. Y ojalá se le ocurra marcharse del hato antes de que yo llegue a la casa, pues ¿qué cuentas puede rendirme, que no sean las que siempre me rindieron sus antecesores, todas del Gran Capitán, ni qué cargos puedo hacerle, si de todas sus pillerías el verdadero culpable soy yo?

Al oir esto, Carmelito, que estaba más allá, apretándole las cinchas a los caballos amarrados a los horcones del caney grande, murmuró:

—¿No lo dije? Ya el hombre está deseando que no se le presenten dificultades con el mayordomo. La regla no manca, con los patiquines no hay esperanza. A quien van a tener que arreglar su cuenta, y esta noche mismo, es a mí, porque de madrugada voy a estar ensillando.

Y quizás hasta el mismo Antonio pensó algo semejante, a pesar de la afectuosa adhesión que le profesaba a Santos, al oírlo dispuesto a tolerar que el mayordomo se fuera tranquilo con el producto de sus pillerías, pues arrugó el ceño y guardó silencio de contrariedad.

Santos continuó saboreando, sorbo a sorbo, el café tinto y oloroso, placer predilecto del llanero, y mientras tanto, saboreó también una olvidada emoción.

El hermoso espectáculo de la caída de la tarde sobre la muda inmensidad de la sabana; el buen abrigo, sombra y frescura del rústico techo que lo cobijaba; la tímida presencia de las muchachas, que habían estado esperándolo toda la tarde, vestidas de limpio y adornadas las cabezas con flores sabaneras, como para una fiesta; la emocionada ale-

gría del viejo al comprobar que no lo había olvidado el "niño Santos", y la noble discreción de la lealtad resentida de Antonio, estaban diciéndole que no todo era malo y hostil en la llanura, tierra irredenta donde una gente buena ama, sufre y espera.

Y con esta emoción, que lo reconciliaba con su tierra, abandonó la casa de Melesio, cuando ya el sol empezaba a ponerse, rumbo de baquianos a través de la sabana, que es, toda ella, uno solo y mil caminos distintos.

V

LA LANZA EN EL MURO

Del que seguían las bestias, sendero abierto por las pezuñas del ganado, se levantaban con silencioso vuelo las lechuzas y aguaitacaminos, encandilados todavía por la claridad diurna, y al paso de la cabalgata lanzaban sus ásperos gritos los alcaravanes.

Parejas de venados huían por todas partes, hasta perderse de vista. Distante, en la contraluz de un crepúsculo de colores calientes y suntuosos, se destacaba la silueta de un jinete que iba arreando un rebaño. Reses señeras se engreían, aquí y allá, amenazantes, o se disparaban ariscas, a la vista del hombre, mientras que otras, mansas, se encaminaban paso a paso y por distintos rumbos hacia los corrales del hato, donde ya se elevaban las blancas humaredas de la boñiga seca que era costumbre quemar al aproximarse la noche, para ahuyentar las nubes de mosquitos perturbadores del sueño de gente y ganado. Lejos se alzaba la polvareda de una "rochela" de caballos salvajes. Un bando de garzas se alejaba hacia el Sur, una tras otra en la armoniosa serenidad del vuelo.

Pero era un cuadro de desolación dentro del grandioso marco de la llanura. Ya le habían dicho a Santos Luzardo que en *Altamira* no quedaban sino unas "paraparas" y, en efecto, toda aquella hacienda que se movía sobre el inmenso

paño de sabana sería, apenas, un centenar entre bestias y reses, cuando antes, hasta los tiempos de José Luzardo, eran yeguadas y rebaños numerosos.

—¡Se acabó esto!—exclamó Santos—. ¿A qué he venido si aquí no hay nada que salvar?

—Hágase cargo—dijo Antonio—. Por un lado, doña Bárbara, y por el otro una runfla de mayordomos, a cuál más ladrón, haciendo de las suyas con el ganado de acá. Y, como si fuera poco, los cuatreros del Cunaviche metiéndose en *Altamira* como río en conuco, cada vez que les da la gana; los revolucionarios por un lado y por el otro las comisiones del Gobierno que vienen a buscar caballos y de aquí es de donde se los llevan, porque doña Bárbara, para que no le quiten los suyos, los encamina para acá.

—El desastre—concluyó Santos—. La ruina bien merecida.

—Pero todavía queda, doctor—agregó Antonio—. Puras cimarroneras, y a Dios gracias, porque si no a estas horas también le habrían manoteado esas reses. En *Altamira,* afortunadamente, desde la soltada de las queseras, casi todo el ganado se ha alzado, pero las cimarroneras han sido aquí una salvación, porque, como dan tanta brega, los mayordomos se han contentado con cogerse al ganado manso. Una de estas noches lo voy a llevar al mastrantal de *Mata Luzardera* para que se dé una idea de la plata que todavía tiene que defender. Pero si se hubiera dilatado en venir unos días más, ni eso habría encontrado, pues ya el don Balbino tenía dispuesto empezar a darles choques a las cimarroneras para repartírselas con doña Bárbara. Para algo se ha enredado ella con él.

—¡Cómo! ¿De modo que Paiba es el amante de turno de doña Bárbara?

—Pero ¿usted no lo sabía, doctor? ¡Ah, caramba! Si por eso es que está él aquí. A lo menos, la misma doña Bárbara dice que fue ella quien hizo poner a Balbino en *Altamira.*

Y fue entonces cuando Santos vino a darse cuenta de la traición del apoderado que le recomendó a Paiba, encima

de haber dejado perderse la causa que él le había confiado.

Una leve sonrisa, que sólo la mirada zahorí de Antonio podía percibir, cruzó por el rostro de Carmelito, y ya aquél se arrepentía de las palabras con que había puesto en evidencia la desairada situación de Luzardo, cuando descubrió también en éste, por el fiero gesto, el encabritamiento de la hombría que Carmelito no le reconocía, y de la cual él mismo había llegado a dudar, por un momento, hacía poco.

—Tenemos hombre—se dijo para sus adentros, complacido en el hallazgo—. La raza de los Luzardos no se ha acabado todavía.

Guardó respetuoso silencio el peón leal; Carmelito continuó hermético, y por largo rato se escucharon las pisadas de los caballos. Luego, allá lejos, por donde iba, negra en la contraluz del crepúsculo, la silueta del jinete en pos del rebaño, un cantar de notas largas, tendido en la muda inmensidad.

Y la emoción apaciguante del paisaje natal volvió a apoderarse del ánimo de Santos. Dejó vagar la vista, desarrugando el ceño, por la ancha tierra y fueron acudiendo a sus labios los nombres familiares de los sitios que reconocía a la distancia:

—*Mata Obscura, Uveral, Corozalito,* El *Palmar de La Chusmita.*

Cosa de un instante nada más, al pronunciar el nombre del lugar aciago, causa de la discordia que destruyó a su familia, sintió que surgían intempestivamente del fondo de su ser torvos sentimientos que le obscurecían la recuperada serenidad del ánimo. ¿Acaso el odio de los Luzardos por los Barqueros, la pasión de la cual se creía exento?

Y a tiempo que se hacía la interrogación, reveladora de conciencia alerta, oyó que Antonio, fiel también al rencor de la "familia", como, por antonomasia, decían los Sandovales, murmuraba:

—¡El maldito palmar! Sí, señor. Allá está purgando en vida su crimen el que azuzó al hijo contra el padre.

Referíase a Lorenzo Barquero, instigador de Félix Luzardo la tarde de la monstruosa tragedia de la gallera, y pare-

cía verdaderamente suyo el rencor que le vibraba en la voz.

En cambio, tras una breve pausa, Santos se complació en comprobar que sólo un interés compasivo lo movía ya a hacer esta pregunta:

—¿Vive todavía el pobre Lorenzo?

—Si se puede llamar vida al resuello, que es lo que le queda. El "Espectro de *La Barquereña*", lo mientan por aquí. Es una piltrafa de hombre. Dicen que fue doña Bárbara quien lo puso así; pero para mí que fue castigo de Dios, porque comenzó a secarse en vida desde la hora y punto en que el difunto José lo clavó en el bahareque.

Aunque Santos no comprendió todo lo que quería decir Antonio con la frase final, le repugnó que mezclara a su padre en aquel asunto y cambió el tema haciendo una pregunta relativa al ganado que pacía por allí.

Se ocultó por fin el sol, pero quedó largo rato suspendido sobre el horizonte el lento crepúsculo llanero en una faja de arreboles sombríos, cortados por la línea neta del disco de la llanura, mientras en el confín opuesto, al fondo de una transparente lontananza de tierras mudas, comenzaba a levantarse la luna llena. Se fue haciendo más y más brillante el fulgor espectral que plateaba los pajonales y flotaba como un velo en las hondas lejanías, y ya era entrada la noche cuando llegaron a las fundaciones del hato.

Una casa grande, de bahareque y tejas, torcidas las paredes, despatarradas las techumbres, de cinc las de los corredores que la rodeaban, con un palenque por delante para defenderla del ganado y algunos árboles por detrás, en lo que se denomina el patio, no muy altos, pues el llanero no los consiente cerca de sus viviendas por temor al rayo; al fondo, la cocina y unas piezas destinadas a almacenar las yucas, topochos y frijoles que producían los conucos para el consumo del personal; a la derecha, el caney sillero, y los que servían de dormitorios de la peonada, y entre éstos y aquél, la tasajera, donde se secaba al aire y al sol, pasto de las moscas, la carne salada; a la izquierda, las trojes donde se depositaba el maíz en mazorcas, el totumo y el merecure del gallinero, los botalones de tallar sogas, las maja-

das, medias majadas y corralejas y, finalmente, el chiquero de los marranos, eso era el hato de *Altamira,* tal como lo fundara el cunavichero don Evaristo, en años ya remotos, excepto las tejas y el cinc de los techos de la casa de familia, mejoras introducidas por el padre de Santos. Una fundación primitiva, asiento de una industria rudimentaria y abrigo de una existencia semibárbara del desierto.

Dos mujeres que se asomaron a la puerta de la cocina a fisgonear cómo era el amo, y tres peones que acudieron a recibirlo, era toda la gente que había por allí.

Antonio los fue presentando por sus nombres, oficios y condiciones. A uno de color cetrino y tres o cuatro pelos lacios por bigotes, con estas palabras:

—Venancio, el amansador. Hijo de ño Venancio, el quesero. ¿Se acuerda usted de ño Venancio?

—¡Cómo no voy a acordarme!—respondió Santos—. Gente de la casa desde tiempo inmemorial.

—Pues no tengo nada que decirle—manifestó el presentado; pero Santos volvió a ver en aquel rostro la misma expresión de recelo que ya había descubierto en el de Carmelito

—El cabrestero María Nieves—prosiguió Antonio, presentando al segundo, un catire retaco—. Llanero marrajo hasta en el nombre que parece de mujer. Ya usted se irá dando cuenta de la clase de hombre que es. Yo no le presento sino lo bueno.

—Son favores suyos, Antonio—dijo el aludido, y dirigiéndose a Luzardo, agregó—: Aquí me tiene, pues, para lo poco que pueda serle útil.

En cuanto al tercero, un zambo contento, canilludo y desgalichado, que todo se volvía movimientos, no tuvo tiempo de presentarlo Antonio.

—Con su licencia, doctor. Yo me voy a presentar yo mismo, no vaya a ser cosa que mi vale Antonio le dé malas recomendaciones, porque ya le estoy viendo la bellaquería pintada en los ojos. Soy Juan Palacios; pero me llaman *Pajarote* y así puede mentarme. No soy de la casa desde tiempo inmemorial, como usted acaba de decir, pero conmigo puede contar para todo lo que se le ofrezca, porque

yo no soy sino lo que se me ve por encima. Y con ésta, si no es abuso, le entrego al zambo *Pajarote*.

Diciendo así, le tendió la mano y Santos se la estrechó, complacido en aquella ruda franqueza, tan llanera también.

—Así se habla, *Pajarote*—murmuró Antonio, con agradecida lealtad.

—¡Guá, zambo! Las palabras son para decirlas.

Cruzó algunas Santos con sus peones y luego se retiró a la casa, y entonces Antonio hizo estas preguntas que no le había parecido prudente formular en presencia de aquél:

—¿Por qué está esto tan solo? ¿Qué se han hecho los demás muchachos?

—Se fueron—respondió Venancio—. Apenas habían partido ustedes para *El Paso,* ensillaron y cogieron rumbo a *El Miedo.*

—¿Y don Balbino? ¿No ha estado por aquí?

—No. Pero eso es plan combinado por él. Yo había maliciado ya que estaba sonsacando a los muchachos.

—No se ha perdido gran cosa, pues toda era gente balbinera, bellaca y manguareadora—concluyó Antonio, después de una breve cavilación.

Entretanto, molido el cuerpo por las incomodidades del largo viaje, pero con el espíritu excitado por las emociones de aquella jornada, decisiva en su existencia, Santos Luzardo se había reclinado en la hamaca que encontró dispuesta para él en una de las habitaciones de la casa y analizaba sus sentimientos.

Eran dos corrientes contrarias: propósitos e impulsos, decisiones y temores.

Por una parte, lo que había sido fruto de reflexiones ante el espectáculo de la llanura: el deseo de consagrarse a la obra patriótica, a la lucha contra el mal imperante, contra la Naturaleza y el hombre, a la búsqueda de los remedios eficaces; propósito desinteresado, hasta cierto punto, pues lo que menos contaba en él era el ansia de reconquistar la riqueza dedicándose a restaurar el hato.

Pero en aquella decisión hubo también mucho del impulsivo escapado de la disciplina del razonador, al contacto

con el medio propicio: la llanura semibárbara, "tierra de los hombres machos", como solía decir su padre, pues bastó que el bonguero ponderase los riesgos que corría quien intentara oponerse a los planes de doña Bárbara, para que él desistiese de su propósito de vender el hato.

Finalmente, ¿no fue de aquel mismo contacto con el medio, de donde se originó el intempestivo acceso del rencor de familia, ante la visión del palmar de *La Chusmita,* y no sería esta regresión a la violencia, aunque momentánea, una advertencia que le prevenía contra sí mismo? La vida del Llano, esa fuerza irresistible con que atrae su imponente rudeza, ese exagerado sentimiento de la hombría producido por el simple hecho de ir a caballo a través de la sabana inmensa, pondría en peligro la obra de sus mejores años, consagrados al empeño de sofocar las bárbaras tendencias del hombre de armas tomar, latente en él.

Luego, lo prudente era volver al propósito primitivo: vender el hato. Además, era lo que estaba de acuerdo con sus verdaderos planes de vida, puesto que cuanto pensó a bordo del bongo tal vez no fue sino momentánea exaltación. ¿Estaba acaso preparado para la obra que se proponía? ¿Sabía, realmente, lo que era un hato, cómo había que manejarlo y de qué modo corregir las deficiencias de una industria que había venido pasando a través de varias generaciones sin perder su forma primitiva? Las líneas generales del vasto plan civilizador no podían escapársele; pero los detalles ¿podría, acaso, dominarlos? Desplazada de un momento a otro su inteligencia de aquel espacio ideal de las teorías por donde hasta allí había discurrido, ¿daría algún resultado positivo aplicada a pormenores tan concretos y mezquinos como tenían que ser los de la administración de una finca de aquel género? ¿No estaba ya bastante demostrada su incompetencia por la torpeza con que hasta allí había procedido en todo lo relativo a *Altamira?*

Tal era la falla de aquel carácter, tan bien templado por lo demás: Santos Luzardo no sentía la presencia de las energías que alentaban en él, se tenía miedo y exageraba la necesidad de la actitud vigilante.

La aparición de Antonio, anunciándole que ya estaba servida la mesa, lo sacó de sus cavilaciones.

—No tengo apetito—respondió.

—El cansancio, que quita las ganas—observó Antonio—. Por esta noche tiene que acomodarse a dormir en esta pieza así como está, pues no tuvimos tiempo sino de barrerla. Mañana se procederá a darle una lechada a las paredes y a asearla un poco más. A menos que usted disponga hacerle una reparación general a la casa, porque, verdaderamente, así como está no puede habitarla.

—Por el momento dejémosla así. Quizá venda el hato. Dentro de un mes pasará por aquí don Encarnación Matute, a quien le he propuesto que me compre *Altamira,* y si me hace una oferta aceptable cerraré el negocio inmediatamente.

—¡Ah! ¿Conque piensa usted desprenderse de *Altamira?*

—Creo que es lo mejor que pueda hacer.

Antonio se quedó pensativo unos instantes y luego:

—Usted que lo ha resuelto, así le convendrá—dijo. Y entregándole un manojo de llaves agregó—: Aquí tiene las llaves de la casa. Esta, más mohosa, es la de la sala. Puede que ya ni funcione, porque esa pieza no se ha vuelto a abrir. Ahí todo está tal como lo dejó el difunto, que en paz descanse.

"Tal como lo dejó el difunto. Desde la hora y punto en que el difunto lo clavó en el bahareque."

Y la rápida asociación de aquellas dos frases de Antonio fue un instante decisivo en la vida de Santos Luzardo.

Se levantó de la hamaca, cogió la palmatoria donde ardía una vela y le dijo al peón:

—Abre la sala.

Antonio obedeció y, después de batallar un rato contra la resistencia de la cerradura oxidada, abrió la puerta, cerrada hacía trece años.

Una fétida bocanada de aire confinado hizo retroceder a Santos; una cosa negra y asquerosa que salió de las tinieblas, un murciélago, le apagó la luz de un aletazo. Volvió a encenderla y penetró en la habitación, seguido por Antonio.

En efecto, todo estaba allí como lo dejara don José Lu-

zardo: la mecedora donde murió, la lanza hundida en el muro.

Sin pronunciar una palabra, profundamente conmovido y con la conciencia de que realizaba un acto trascendental, Santos se acercó a la pared y con un movimiento tan enérgico como el que debió de hacer su padre para clavar la lanza homicida, la retiró del bahareque.

Era como sangre la herrumbre que cubría la hoja de acero. La arrojó lejos de sí, a tiempo que le decía a Antonio:

—Así como he hecho yo con esto, haz tú con ese rencor que hace poco te oí expresar, que no es tuyo, por lo demás. Un Luzardo te lo impuso como un deber de lealtad; pero otro Luzardo te releva en este momento de esa monstruosa obligación. Ya es bastante lo que han hecho los odios en esta tierra.

Y cuando Antonio, impresionado por estas palabras, se retiraba en silencio, agregó:

—Dispón lo necesario para que mañana se proceda a la reparación de la casa. Ya no venderé *Altamira*.

Volvió a meterse en la hamaca, sereno el espíritu, lleno de confianza en sí mismo.

Y entretanto afuera, los rumores de la llanura arrullándole el sueño, como en los claros días de la infancia: el rasgueo del cuatro en el caney de los peones, los rebuznos de los burros que venían buscando el calor de las humaredas, los mugidos del ganado en los corrales, el croar de los sapos en las charcas de los contornos, la sinfonía persistente de los grillos sabaneros, y aquel silencio hondo, de soledades infinitas, de llano dormido bajo la luna, que era también cosa que se oía más allá de todos aquellos rumores.

VI

EL RECUERDO DE ASDRÚBAL

Aquella misma noche, en *El Miedo*.

Cerca de la obscurecida llegó el *Brujeador*. Dijéronle que doña Bárbara acababa de sentarse a la mesa, pero como

tenía cuentas que rendirle y noticias que comunicarle, y, además, estaba deseoso de tumbarse a descansar, no quiso esperar a que ella concluyese de comer y se dirigió a la casa, todavía con su cobija al brazo.

Mas, ya al entrar, se arrepintió de su prisa. Doña Bárbara comía acompañada de Balbino Paiba, persona con quien no simpatizaba. Trató de revolverse, a tiempo que ella le decía:

—Entra, Melquíades.

—Yo vuelvo más tarde. Siga comiendo tranquila.

Y Balbino, con sorna y mientras se enjugaba, a manotadas, los gruesos bigotes impregnados del caldo grasiento de las sopas:

—Entra, Melquíades. No tenga miedo, que aquí no hay perros.

El *Brujeador* le arrojó una mirada muy poco amistosa y replicó, mordaz:

—¿Está seguro, don Balbino?

Pero Balbino no entendió la reticencia y el otro continuó, dirigiéndose a doña Bárbara:

—Vine solamente a darle cuenta de que las bestias llegaron bien a San Fernando, y a entregarle lo suyo.

Dejó la cobija sobre una silla, se corrió hacia delante el bolsillo de la faja y sacó varias monedas de oro, que luego puso apiladas en la mesa, diciendo.

—Cuente a ver si está completo.

Balbino las miró de soslayo, y aludiendo a la costumbre de doña Bárbara de enterrar todo el oro que le caía en las manos, exclamó:

—¿Morocotas? ¡Ojos que te vieron!

Y siguió masticando el trozo de carne que le llenaba la boca; pero sin apartar de las monedas la codiciosa mirada.

A la brusca contracción del ceño, las cejas de doña Bárbara se juntaron y se separaron en seguida, con el rápido movimiento del aletazo del gavilán. No acostumbraba tolerarle chanzas al amante en presencia de terceros, como tampoco le consentía ternezas ni nada que pudiese ponerla en condiciones de inferioridad, y no procedía así por espí-

ritu de disimulo, porque en esto, como en todo lo demás, su despreocupación era absoluta, sino por la naturaleza misma de los sentimientos que le inspiraba aquel hombre.

Balbino Paiba no lo ignoraba; pero, como era torpe y jactancioso, no desperdiciaba ocasion de aparentar que tenía un ascendiente absoluto sobre ella, aunque por cada uno de sus alardes ya se hubiera llevado un chasco. La chanza que acababa de permitirse era de las que menos solía tolerar la avara doña Bárbara y se la cobró en seguida.

—Debe de estar completo—dijo, guardándose el dinero sin contarlo—. Usted nunca se equivoca, Melquíades. No tiene esa mala costumbre.

Balbino se manoteó los bigotes, no para limpiárselos, sino como maquinalmente hacía cuando algo lo contrariaba. A él nunca le había dado una muestra de confianza semejante; por lo contrario, siempre contaba minuciosamente el dinero que él debiera entregarle, y si algo faltaba—cosa que ocurría con alguna frecuencia—se quedaba mirándolo sin decir palabra, hasta que él, fingiendo caer en cuenta de su descuido, completaba la cantidad con lo que se había dejado en el bolsillo. Además, claro estaba que aquello de la mala costumbre se refería a él. A pesar de los excelentes servicios que le había prestado en su calidad de mayordomo de *Altamira,* aún no había logrado captarse su confianza. En cuanto a su condición de amante, ni siquiera podía contar con la precaria garantía de un capricho.

—Bueno, Melquíades—prosiguió doña Bárbara—. ¿Qué más me cuentas? ¿Por qué mandaste adelante al peón?

—¿No le contó él?—interrogó, a su vez, tratando de evitar la explicación en presencia de Balbino, ante el cual siempre era sumamente parco en palabras.

—Sí. Me dijo algo; pero quiero que me refieras los detalles.

Estas palabras, así como las que antes le había dirigido, las pronunció sin mirarlo a la cara, atenta al plato que se servía. Recíprocamente, Melquíades también le hablaba sin verla. Brujos ambos, habían aprendido de los "dañeros" indios a no mirarse nunca a los ojos.

—Pues en San Fernando escuché decir que había llegado el doctor Santos Luzardo, a meterle a usted, de atrás palante, todos esos pleitos que usted le ha ganado. Me dio curiosidad de conocer al hombre y por fin logré que me lo mostraran. Pero a luego lo perdí de vista, hasta que, ayer tarde, yo que estoy ensillando para seguir con la fresca de la noche y amanecer aquí con el día, cuando oigo que llega un viajero diciendo que se le ha atarrillado la bestia y contratando un bongo, que estaba allí cogiendo una carga de cueros de chigüire, para que lo trajera hasta el paso del *Algarrobo*. "Ese es mi hombre", me dije, y desensillé otra vuelta, me calé mi cobija y fui a acurrucarme en el caney donde le iban a servir la comida, a escuchar lo que conversara.

—Y oíste muchas cosas, seguramente. Ya me las imagino.

—Pues para que vea: nada que valiera la pena de estar sudando calenturas ajenas, como dice el dicho. Pero, oyendo al doctorcito, que da gusto oírlo cuando se le afloja la lengua, porque conversa muy sabroso, pensé: "Hombre que le gusta escucharse, no puede estar callado mucho tiempo. La cuestión es tener paciencia y la oreja parada." Y anoche mismo le dije al peón: Llévate mi caballo arrebiatado, que yo voy a ver si quepo en el bongo.

Y refirió luego la escena del palodeagua, durante la siesta, pintando a Santos Luzardo como un hombre arriesgado y peligroso.

Era el espaldero de doña Bárbara uno de esos sujetos tortuosos y agazapados que siempre necesitan manifestar todo lo contrario de lo que sienten. Sus ademanes blanduzcos, sus palabras calmosas y su costumbre de mostrarse siempre muy admirado de la hombría de los demás envolvían una maldad buida y fría que traspasaba los límites de lo atroz.

—No se agache tanto, zambo—díjole Balbino, al oírlo ponderar las condiciones varoniles del dueño de *Altamira*—. Ya sabemos que usted no es hombre para achicársele a patiquines.

—Pues, mire, don Balbino. Voy a decirle. No es que me agacho, ¿sabe? Es que el hombre es talludito, y, además, se empina cuando hace falta.

—Si es así, mañana lo rebajaremos un poco, para emparejarlo—concluyó Paiba, quien, por lo contrario, no acostumbraba concederle nada al enemigo.

El *Brujeador* sonrió, y luego, sentencioso:

—Acuérdese, don Balbino, de que siempre es mejor recoger que devolver.

—No tenga cuidado, Melquíades. Yo sabré recoger mañana lo que sembré hoy.

Aludía al plan urdido para imponérsele a Luzardo: sonsacarle los peones, ausentarse de *Altamira* aquella noche, caer al día siguiente por allá, y, con un pretexto cualquiera, provocar un altercado con el primer peón que encontrase y despedirlo del trabajo, todo sin hacer caso de la presencia de Luzardo.

Mas, como al tener una idea en la cabeza, ya no podía estar tranquilo si no la divulgaba, y, además, necesitaba demostrarle a Melquíades que él sí se atrevía con Santos Luzardo, no se contentó con la vaga alusión a sus planes y, tragando de prisa el bocado, comenzó a exponerlos:

—Mañana muy temprano va a saber el doctor Luzardo qué clase de hombre es su mayordomo Balbino Paiba.

Pero se interrumpió para observar lo que, entretanto, hacía doña Bárbara.

Acababa de servirse un vaso de agua y se lo llevaba a los labios, cuando, haciendo un gesto de sorpresa, echó atrás la cara y se quedó luego mirando fijamente el contenido del envase suspendido a la altura de sus ojos. En seguida la expresión de extrañeza fue reemplazada por otra, de asombro.

—¿Qué pasa?—interrogó Balbino.

—Nada. El doctor Luzardo, que ha querido dejarse ver —respondió, mirando siempre el agua del vaso.

Balbino hizo un movimiento de recelo, Melquíades dio un paso hacia la mesa y, apoyando en ésta la diestra, se inclinó a mirar también el embrujado envase, y ella prosiguió, visionaria:

—¡Simpático el catire! ¡Qué colorada tiene la cara! Se

conoce que no está acostumbrado a los soles llaneros. ¡Y viste bien!

El *Brujeador* se retiró de la mesa con estas frases mentales:

—Perro no come perro. Que te lo crea Balbino. Todo eso te lo dijo el peón.

Era, en efecto, una de las innumerables trácalas de que solía valerse doña Bárbara para administrar su fama de bruja y el temor que con ello inspiraba a los demás. Algo de esto sospechaba Balbino, pero, sin embargo, la cosa lo impresionó:

—¡Tres Divinas Personas!—invocó entre dientes, agregando en seguida—: ¡Por si acaso!

Entretanto, doña Bárbara había depositado el vaso sobre la mesa, sin llevárselo a los labios, asaltada por un recuerdo repentino que lo ensombreció la faz:

"Era a bordo de una piragua... Lejos, en el profundo silencio, se oía el bronco mugido de los raudales de Atures... De pronto cantó el yacabó..."

Transcurrieron unos instantes.

—¿No vas a terminar de comer?—inquirió Balbino.

Y la pregunta se quedó sin respuesta.

—Si no tiene nada más que mandarme—dijo Melquíades, al cabo de un rato.

Recogió su cobija, se la echó al hombro y esperó otro rato para agregar:

—Bueno. Con su permiso, yo me retiro. Que la pase usted bien.

Balbino continuó comiendo, mientras la mujerona cavilaba. Luego miró de pronto el plato, se manoteó los bigotes y abandonó la mesa.

Comenzó a parpadear la lámpara. Se apagó por fin. Doña Bárbara estaba todavía junto a la mesa, y su pensamiento, inmóvil, torvo, sombrío, en aquel momento atroz de su pasado.

"...Lejos, en el profundo silencio, se oía el bronco mugido de los raudales de Atures... De pronto cantó el yacabó..."

VII

EL FAMILIAR

Noche de luna llena, propicia para los cuentos de aparecidos. Bajo los techos de los caneyes o encaramados en los tramos de los corrales, siempre hay entre los vaqueros alguno que hable de los espantos que le han salido.

La ambigua claridad del satélite, trastornando las perspectivas, puebla de duendes la llanura. Son las noches de las pequeñas cosas que de lejos se ven enormes, de las distancias incalculables, de las formas disparatadas. De las sombras blancas apostadas al pie de los árboles, de los jinetes misteriosos, inmóviles en los claros de sabana, que desaparecen de pronto cuando alguien se queda mirándolos. Noche de viajar "con el escalofrío de capotera y la Magnífica en los labios"—según decía *Pajarote*—. Noches alucinantes en que hasta las bestias duermen inquietas.

En *Altamira,* siempre era *Pajarote* quien contaba los casos más espeluznantes. La vida andariega del encaminador de ganados y la imaginación vivaz suministrábanle mil aventuras que narrar, a cual más extraordinarias.

—¿Muertos? A todos los que salen desde el Uribante hasta el Orinoco y desde el Apure hasta el Meta, les conozco sus pelos y señales—solía decir—. Y si son los otros espantos, ya no tienen sustos que no me hayan dado.

Las almas en pena que recogen sus malos pasos por los sitios donde los dieron; la Llorona, fantasma de las orillas de los ríos, caños o remansos y cuyos lamentos se oyen a leguas de distancia; las ánimas que rezan a coro, con un rumor de enjambres, en la callada soledad de las matas, en los claros de luna de los calveros, y el Anima Sola que silba al caminante para arrancarle un Padrenuestro, porque es el alma más necesitada del purgatorio; la Sayona, hermosa enlutada, escarmiento de los mujeriegos, trasnochadores, que les sale al paso, les dice: "Sígueme", y de pronto se vuelve y les

muestra la horrible dentadura fosforescente, y las piaras de cerdos negros que Mandinga arrea por delante del viajero y las otras mil formas bajo las cuales se presenta, todo se le había aparecido a *Pajarote*.

Nada tenía, pues, de sorprendente que aquella noche, abandonando de pronto el cuatro que punteaba, anunciara que había visto al "familiar" de *Altamira*.

Según una antigua superstición, de misterioso origen, bastante generalizada por allí, cuando se fundaba un hato se enterraba un animal vivo entre los tranqueros del primer corral construído, a fin de que su "espíritu", prisionero de la tierra que abarcaba la finca, velase por ésta y por sus dueños. De aquí veníale el nombre de "familiar", y sus apariciones eran consideradas como augurios de sucesos venturosos. El de *Altamira* era un toro araguato que, según la tradición, enterró don Evaristo Luzardo en la puerta de la majada, y decíanle también "el Cotizudo", por atribuírsele grandes pezuñas de toro viejo vueltas flecos, como cotizas deshilachas.

A pesar de que allí no era costumbre de tomar muy en serio las apariciones de *Pajarote,* a un mismo tiempo dejaron de oírse las maracas que sacudía María Nieves y se enderezaron en sus chinchorros Antonio y Venancio. Sólo Carmelito permaneció indiferente.

Pero algo más que simple curiosidad revelaba la expresión de Antonio. Hacía muchos años que no se aparecía "el Cotizudo", tantos cuantos eran los de la adversidad que se había ensañado con los Luzardos, de modo que entre los habitantes actuales del hato sólo su padre—el viejo Melesio—recordaba haber oído hablar, allá en su infancia, de las frecuentes apariciones del familiar al propio don José de los Santos, que fue el último de los Luzardos que disfrutó de prosperidad. De atenerse a la leyenda y si *Pajarote* no mentía, la aparición anunciaba la vuelta de los buenos tiempos con la llegada de Santos.

—Echa el cacho, *Pajarote,* a ver si te lo podemos creer. ¿Cómo fue la cosa?

—A la tardecita, cuando venía recogiendo los mautes,

caté de ver por el boquerón de la *Carama,* allá en *Médano El Tigre,* un toro araguato echándose tierra en medio de un espejismo de aguas. Era como oro molido el polvero que levantaba y no podía ser otro sino "el Cotizudo", porque al leco que le pegué desapareció como si se lo hubiera tragado la sabana.

Venancio y María Nieves cambiaron miradas con las cuales cada uno exploraba la credulidad del otro, y Antonio se quedó pensativo:

—Nada le falta al cuento: entre dos luces, echándose tierra en medio de un espejismo de aguas. Así es como dice el viejo que siempre se aparecía el "familiar"... Pero este *Pajarote* no cobra por decir mentiras... Sin embargo, ¡quién quita!... Además, las cosas son verdad de dos maneras; cuando de veras lo son y cuando a uno le conviene creerlas o aparentar que las cree. Eso de que se haya aparecido "el Cotizudo" viene como mandado hacer para que esta gente coja confianza en Santos, sobre todo Carmelito, que es de los hombres más necesarios aquí, contimás ahora que doña Bárbara se va a abrir en pelea, según lo da a entender la sonsacada de los peones balbineros.

Y ya iba a poner por obra lo que se le había ocurrido para aprovechar el cuento de *Pajarote,* cuando María Nieves, incorporándose en su chinchorro, le quitó la palabra:

—Diga, vale *Pajarote;* ¿eso lo vio usted o se lo han contado?

—Con estos ojos que se han de comer los zamuros—prorrumpió el interpelado, con su hablar a gritos—. Porque lo que es a mí no me entra el gusano ni después de muerto, ni tampoco soy de los que se van a pudrir, como Dios manda, quietecitos dentro del hoyo, según me lo tiene anunciado don Balbino, que ahora también se las está echando de brujo, por no quedarse atrás de la mujer, y asegura que voy a morir de mala muerte, en un paso de mata, y todo porque sabe que le estoy llevando la cuenta de lo que se manotea, en una tarja que está cuajadita de rayas.

—¡Ya se le entabanaron los bichos!—exclamó Venancio, por decir que a *Pajarote* se le alborotaban y se le iban las

ideas en cuanto comenzaba a hablar, así como barajusta y se disgrega el rebaño cuando lo acosa el tábano—. No era de don Balbino que ibas a hablar.

—Déjalo quieto—intervino María Nieves—. Es que está corcoveando a ver si se quita la marota.

Aludía, a su vez, con esta frase llena de sentido figurado, al apuro en que había puesto a *Pajarote* al pedirle testimonio personal, pues todo lo que éste había contado respecto al "familiar" no era sino versión desfigurada de algo que él le había referido días antes.

—¿De modo que no crees que sea verdad lo que cuenta *Pajarote?*—interpeló Antonio.

—Voy a decirte. A mí no me coge de sorpresa, porque yo también caté de ver al araguato, hace ya algunos días. No entre espejismos de agua ni echándose tierra con las pezuñas, como cuentan los viejos de antes que siempre se aparecía y como ahora dice que lo ha mirado mi vale, que siempre ve más que los demás.

Dijo esto último con las reservas mentales que *Pajarote* debía entender e hizo una pausa para explorar el efecto que sus palabras le causaran; pero el aludido no se inmutó.

—Siga, pues, vale—le dijo—. Acabe de echar para afuera el cacho. Cuéntenos cómo fue que vio al "familiar". Aunque ahora nadie querrá quedarse sin haberlo visto, porque en el mundo todo pasa como en los viajes, que detrás de un puntero van una porción de culateros.

—Puntero o culatero, yo como lo vi fue asina: parado en la loma del médano.

Se quedó mirándolo en silencio un rato y luego agregó:

—Ansina fue como te lo conté. Tú has agregado lo del espejismo y el polvero para colearme la parada; pero yo te la gano de mano.

Y, prosiguiendo su explicación:

—Un bigarro araguato, bonito y bien plantado. Estuvo venteando para acá un largo rato y aluego se volteó para los lados de *El Miedo,* echó un pitido que debieron de oírlo en las casas de allá y desapareció de repente, como si se lo hubiera tragado el médano.

Pajarote sonrió. Todo era, en efecto, invención suya, a base de lo que refiriera María Nieves y encaminada a producir en el ánimo de sus compañeros las confianzas en que, con la llegada del amo, vendrían buenos tiempos para *Altamira,* pues Luzardo le había caído en gracia, quizás precisamente por haberle producido a los otros—y a él no podía escapársele—la impresión opuesta.

—Del médano a donde yo lo vi no hay mucho trecho. Nada tiene de particular que "el Cotizudo" se haiga aparecido una vez sobre la loma y otra dentro del agua del encanto. Todo eso es su paradero.

A tiempo que Antonio, ya más interesado:

—¿Por qué no habías contado eso, María Nieves?

—Porque como así no es el modo de aparecerse el "familiar" de acá, creí que fuera un toro araguato cualquiera.

—Pero eso de ventear para *Altamira* y después echar un pitido para los lados de *El Miedo* ha debido llamarte la atención, a ti que sabes las cosas—insistió Antonio.

—No te creas que no caté de pensarlo; pero...

Pajarote le quitó la palabra: —Pero es que hay personas que entre pensar y hacer les salen canas.

—¡Arrea, catire María Nieves!—exclamó Venancio—. Mira que ya el zambo te viene pisando los corvejones.

—De alguna manera tenía yo que desquitarme de la punta tapada que me zumbó enantes mi vale—concluyó *Pajarote.*

Amigos dispuestos en todo momento a dar la vida el uno por el otro, *Pajarote* y María Nieves no podían cruzar dos palabras sin trabarse en una esgrima de sátiras y malicias que divertía a los circunstantes. Ya Venancio había comenzado a azuzarlos, como era costumbre; pero Antonio tenía aquella noche un interés especial en que no se desviara la conversación y volvió a preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace de eso, María Nieves?

—¿De eso?... Ya te lo voy a decir... Eso fue el lunes de la semana pasada.

—¡Aguárdate ahí!—exclamó Antonio—. Este fue, precisamente, el día de la llegada del doctor a San Fernando.

—¡Andá viendo, pues!—exclamó *Pajarote*.

Y Venancio, saltando del chinchorro:

—Pues yo también voy a echar mi cacho.

—¿No lo dije? Ahora todos han mirado.

—No es ahora que lo digo. Hace tiempo vengo con mi tema de que por aquí están sucediendo cosas raras.

—Es verdad—apoyó María Nieves.

—Contá, pues. ¿Qué has mirado?

—La verdad sea dicha, no he visto nada; pero sí he venteado. Aquello, por ejemplo, que todos vimos en la vaquería.

—¿El cabildeo del ganado?

—¡Eso! A ninguno de los que estábamos velando allí nos pareció que aquello pudiera ser natural. ¡Ese animalaje arremolineado, llorando y forzando por barajustarse, toda la noche! A mí nadie me quita de la cabeza que allí había algo dándole vuelta al paradero. Más les digo: yo escuché las pisadas y miré cómo la hierba se apretaba contra la tierra, sin que hubiera nada a la vista caminando por allí. ¿Y aquello de que no hubiera forma de parar un rodeo de proporción? Miraba uno la sabana negrita de hacienda y en cuanto se le metían los caballos se regaba como fruta de maraca.

—Eso es verdad—apoyó María Nieves—. No quedaban sino unas paraparas.

Pero *Pajarote* quería decirlo todo, él solo, y alzando todavía más la voz destemplada, de sabanero acostumbrado a hacerse oir a distancia, volvió a coger la palabra:

—¿Se acuerda, Carmelito, de la mañana aquella en que partimos usted y yo, en junto con unos cuantos vaqueros de *El Miedo,* a cortar aquel ojeo que se abrió en la sabana de *La Culata?* Allí no fue posible que los fustaneros enlazaran un orejano, con todo y ser muy buenas sogas. Se desvestían los lazos mejor puestos, les bolereaban los caballos más vaqueros, les hacían de cuanto Dios crió para burlarse del diablo. Con nosotros, entre los de allá, iba el viejo don Torres, que es una de las mejores sogas de Arauca, y en el reparto que en la carrera nos hicimos, le tocó un biga-

rro, araguato, por más señas. Iba el viejo corriendo pareado, entre la costa de monte y el toro, y ya le tramoleaba el lazo, cuando de repente el bigarro se le paró y se lo quedó mirando. Y óigame esto, compañero Antonio. Usted sabe que el viejo don Torres es llanero bragado y hombre de hazañas con la cimarronera de *El Caribe,* que es de las más bravas de Apure. Pues aquella mañana lo vide ponerse jipato, ¡él, que es tan colorado! No se atrevió a largar la soga, ahí mismito recogió su gente y lo escuché decir: "Con las ganas que tenía de anguaralarlo, no me fijé en que era el propio "Cotizudo" de *Altamira.* Lo que soy yo no abro más un lazo en esta sabana."

A todas éstas, Carmelito permanecía encerrado en su mutismo, y Antonio se decidió a sondearlo, preguntándole:

—¿Qué decís tú a eso, Carmelito? ¿Es verdad lo que cuenta *Pajarote?*

Pero él se limitó a responder evasivamente:

—Yo estaba lejos, ¿sabes? O fijándome en otra cosa.

—Todavía el hombre está encuevado—murmuró Antonio.

A tiempo que *Pajarote* decía:

—Permita Dios que no pueda decir más embustes, si no es como lo he contado. Y lo del "Cotizudo" no me lo crean a mí, si no quieren; pero también mi vale María Nieves lo ha visto y él tiene fama de no decir mentiras. Y eso de que esté apareciendo otra vuelta el "familiar" significa que ya se le van a acabar los poderes a la bruja y que ahora nos toca a nosotros los altamireños echar suertes. De modo y manera que, diga topo, vale Carmelito, porque si no, no le pagan la parada.

Carmelito cambió de posición en el chinchorro y replicó ásperamente:

—¿Hasta cuándo irán a estar ustedes con eso de los poderes de doña Bárbara? Lo que pasa es que esa mujer es de pelo en pecho, como tienen que serlo todos los que pretenden hacerse respetar en esta tierra.

—¡Vaya! Ya el enfermo empieza a botar para afuera los malos humores—se dijo Antonio.

Y *Pajarote,* intencionadamente:

—En eso del pelo en pecho tiene usted mucha razón, Carmelito; pero, óigame lo que voy a decir: no sólo los que andan enseñándolo son los que lo tienen, porque a muchos puede ser que les convenga tapárselo y para eso están los trapos. Ahora, que doña Bárbara es faculta en brujerías, eso nadie lo puede negar. Y si quiere convencerse, óigame también esto, que conforme me lo echaron asina se lo voy a echar.

Escupió por el comillo y prosiguió:

—Hace cosa de unos siete días, de madrugadita, cuando ya unos cuantos miedeños se preparaban para salir a parar un rodeo en las sabanas de *Corozal,* que usted sabe que son de las más cazadoras que hay por todo esto, se asomó doña Bárbara a la ventana de su cuarto, todavía en paños menores, y les dijo: "No pierdan su tiempo, porque hoy no se cogerá ni un maute." A pesar de eso, como ya estaban a caballo, los peones salieron. Y resultó como ella lo había dicho: ni un maute pudieron arrear por delante. No había ni una res en aquellos comederos que siempre están cuajaditos de hacienda.

Hizo una breve pausa y continuó:

—Pero eso no es nada todavía. Ahora viene lo mejor. Días después, cosa de trasanteayer, cuando apenas comenzaban a menudear los gallos, dispertó a los peones diciéndoles: "Ensillen ligero y salgan ahora mismo. En las sabanas de *Lagartijera* está una rochela de cimarrones. Son setenta y cinco reses y todas van a caer suavecitas." Y como lo dijo, asina sucedió. Explíqueme eso, Carmelito. ¿Cómo ha podido esa mujer contar desde su casa los cimarrones que estaban en *Lagartijera?* Son dos leguas largas.

Carmelito no se dignó responder y María nieves intervino para que no quedara desairado el amigo:

—Que esa mujer aprendió entre los indios cosas que pueden más que los hombres, ¿para qué negarlo, si ella misma no lo oculta? Yo sé, por ejemplo, que una vez una persona amiga suya le dijo que se avispara con el querido que la estaba robando y ella le respondió: "Ni ese hombre ni nadie saca de aquí una res sin que yo lo permita. Puede amadrinar

todo el ganado que quiera y arrearlo por delante, pero del lindero del hato no le pasa. Se le barajusta y se le revuelve a sus comederos, porque yo tengo quien me ayude."

—Ya lo creo que sí tiene quien la ayude—intervino Venancio—. El mismo Mandinga. "El Socio", como le dice ella. ¿Para qué son, pues, esas conversaciones que tiene todas las noches con él en esa pieza donde no le permite la entrada a nadie?

Y hubiera sido cuento de nunca acabar el de las brujerías de doña Bárbara, si *Pajarote* no hubiese desviado la charla, diciendo:

—Pero ya todo eso se va a acabar. El pitido del araguato que escuchó mi vale María Nieves es el aviso de que ya se le ha llegado su hora. Por lo pronto, aquí hemos ganado mucho con que, por la venida del doctor, se le haya acabado el negocio al ladronazo de don Balbino. ¡Ah, hombre bien lambido para manotear lo ajeno! Con decir que ha robado hasta al Anima de *Ajirelito,* ya está dicho todo.

A lo que acudió María Nieves, en el tono habitual de sus "contrapunteos":

—Por eso no, vale, por que yo sé de otro que también ha metido su mano en la totuma del Anima Santa.

El Anima de *Ajirelito*—muchas otras hay en todo el Llano—era la devoción más popular entre los moradores del cajón del Arauca, quienes nunca se ponían en camino sin encomendársele ni pasaban cerca de la mata de *Ajirelito* sin llegarse hasta allá a encenderle una vela o dejarle una limosna. Al efecto, había al pie de uno de los árboles de la mata un techadillo de palma, bajo el cual ardían las velas votivas y estaba una totuma donde los caminantes depositaban las limosnas, que de cuando en cuando iba a recoger el cura del pueblo inmediato para las misas que se le dedicaban mensualmente al Anima. Nadie custodiaba este dinero y decíase que no era raro ver entre él onzas y morocotas, pago de promesas hechas en grandes trances. En cuanto a la leyenda, nada de fantástico tenía: un caminante que fue encontrado muerto al pie de aquel árbol; otro, a quien un día, en un mal paso, se le ocurrió decir: "Anima de

Ajirelito, sácame con bien". Y como saliera bien librado del peligro, al pasar por *Ajirelito* se apeó del caballo, construyó aquel techadillo y encendió la primera vela.

Lo demás lo hizo el tiempo.

Como oyese la intencionada alusión de María Nieves, *Pajarote* replicó:

—No me zumbe en lo obscuro, vale. Ese que metió su mano en la totuma del Anima fui yo. Pero como los demás que están presentes no conocen la historia, se la voy a echar, para que no crean en los cuentos de los lenguas largas. Fue que yo estaba limpio y con ganas de tener plata, que son dos cosas que casi siempre andan juntas, y al pasar por *Ajirelito* se me ocurrió la manera de conseguirme los centavos que me estaban haciendo falta. Me acerqué al palo, me bajé del caballo, nombré las Tres Divinas Personas y saludé al muerto: "¿Qué hay, socio? ¿Cómo estamos de fondos?" El Anima no me respondió, pero la totuma me les dijo a los ojos: "Aquí tengo unos cuatro fuertes entre esos centavos:" Y yo, rascándome la cabeza, porque la idea me estaba haciendo cosquillas: "Oiga, socio. Vamos a tirar una paradita con esos fuertes. Se me ha metido entre ceja y ceja que vamos a desbancar el monte-y-dado en el primer pueblo que encuentre en mi camino. Vamos a medias: usted pone la plata y yo la malicia." Y el Anima me respondió, como hablan ellas, sin que se les escuche: "¡Cómo no, *Pajarote!* Coge lo que quieras. ¿Hasta cuándo lo vas a estar pensando? Si se pierden los fuertes de todos modos se iban a perder entre las manos del cura." Pues bien: cogí mi plata y en llegando a Achaguas, me fui a la casa de juego y tiré la paradita, fuerte a fuerte.

—¿Y desbancaste?—preguntó Antonio.

—Tanto como usted que no estaba por todo aquello. Me los rasparon seguiditos, porque esos demonios de las casas de juego ni las ánimas respetan. Me fui a dormir silbandito iguanas y de regreso por *Ajirelito* le dije al muerto: "Ya usted sabrá que no se nos dio la parada, socio. Otro día será. Aquí le traigo este regalito." Y le encendí una vela—¡de a locha!—que era toda la luz que, cuando más,

iban a dar aquellos cuatro fuertes, si hubieran caído en manos del cura.

Largas risotadas celebraron la bellaquería de *Pajarote*. Luego se comentaron los milagros recientes del Anima y, finalmente, cada cual volvió a meterse en su chinchorro.

Reina el silencio en el caney. La noche ha avanzado bastante y la luna ahonda las lejanías de la sabana. En las ramas del totumo el gallo sueña con gavilanes y su gritido de alarma despierta y alborota el gallinero. Los perros, que duermen echados en el patio, levantan las cabezas, enderezan las orejas; pero como sólo oyen el vuelo de las lechuzas y de los murciélagos en torno al higuerón, vuelven a meter los hocicos entre las patas. Muge una res en la majada. Distante, se oye el bramido de un toro que tal vez ha venteado al tigre.

Pajarote, que ya estaba cogiendo el sueño, exclama:

—¡Toro viejo! Falto de caballo y de soga. ¡De hombre no, porque yo estoy aquí!

Uno ríe y otro se pregunta:

—¿Será "el Cotizudo"?

—Falta que estaba haciendo—respondió Antonio.

Después no se habló más.

VIII

LA DOMA

La llanura es bella y terrible a la vez; en ella caben, holgadamente, hermosa vida y muerte atroz. Esta acecha por todas partes; pero allí nadie la teme. El Llano asusta; pero el miedo del Llano no enfría el corazón: es caliente como el gran viento de su soleada inmensidad, como la fiebre de sus esteros.

El Llano enloquece y la locura del hombre de la tierra ancha y libre es ser llanero siempre. En la guerra buena, esa locura fue la carga irresistible del pajonal incendiado en Mucuritas, y el retozo heroico de Queseras del Medio;

en el trabajo: la doma y el ojeo, que no son trabajos, sino temeridades; en el descanso: la llanura en la malicia del "cacho", en la bellaquería del "pasaje", en la melancolía sensual de la copla; en el perezoso abandono: la tierra inmensa por delante y no andar, el horizonte todo abierto y no buscar nada; en la amistad: la desconfianza, al principio, y luego la franqueza absoluta; en el odio: la arremetida impetuosa; en el amor: "primero mi caballo". ¡La llanura siempre!

Tierra abierta y tendida, buena para el esfuerzo y para la hazaña, toda horizontes, como la esperanza, toda caminos, como la voluntad.

—¡Alivántense, muchachos! Que ya viene la aurora con los lebrunos del día.

Es la voz de *Pajarote,* que siempre amanece de buen humor, y son los lebrunos del día—metáfora ingenua de ganadero-poeta—las redondas nubecillas que el alba va coloreando en el horizonte, tras la ceja obscura de una mata.

Ya en la cocina, un mecho de sebo pendiente del techo alumbra, entre las paredes cubiertas de hollín, la colada del café, y uno a uno van acercándose a la puerta los peones madrugadores. Casilda les sirve la aromática infusión, y, entre sorbo y sorbo, ellos hablan de las faenas del día. Todos parecen muy esperanzados; menos Carmelito, que ya tiene ensillado el caballo para marcharse. Antonio dice:

—Lo primero que hay que hacer es jinetear el potro alazano tostado, porque el doctor necesita una bestia buena para su silla y ese mostrenco es de los mejores.

—¡Que si es bueno!—apoya Venancio, el amansador.

Y *Pajarote* agrega:

—Como que el don Balbino, que de eso sí sabe y no se le puede quitar, ya lo tenía visteado para cogérselo.

Mientras Carmelito, para sus adentros:

—Lástima de bestia, hecha para llevar más hombre encima.

Y cuando los peones se dirigieron a la corraleja donde estaba el potro, detuvo a Antonio y le dijo:

—Siento tener que participarte que yo he decidido no continuar en *Altamira*. No me preguntes por qué.

—No te lo pregunto, porque ya sé lo que te pasa, Carmelito—replicó Antonio—. Ni tampoco te pido que no te vayas, aunque contigo contaba, más que con ningún otro; pero sí te voy a hacer una exigencia. Aguárdate un poco. Un par de días no más, mientras yo me acomodo a la falta que me vas a hacer.

Y Carmelito, comprendiendo que Antonio le pedía aquel plazo con la esperanza de verlo rectificar el concepto que se había formado del amo, accedió:

—Bueno. Voy a complacerte. Por ser cosa tuya, me quedo hasta que te acomodes, como dices. Aunque hay cosas que no tienen acomodo en esta tierra.

Avanza el rápido amanecer llanero. Comienza a moverse sobre la sabana la fresca brisa matinal, que huele a mastranto y a ganados. Empiezan a bajar las gallinas de las ramas del totumo y del merecure; el talisayo insaciable les arrastra el manto de oro del ala ahuecada y una a una las hace esponjarse de amor. Silban las perdices entre los pastos. En el paloapique de la majada una paraulata rompe su trino de plata. Pasan los voraces pericos, en bulliciosas bandadas; más arriba, la algarabía de los bandos de güiriríes, los roios rosarios de corocoras; más arriba todavía, las garzas blancas, serenas y silenciosas. Y bajo la salvaje algarabía de las aves que doran sus alas en la tierna luz del amanecer, sobre la ancha tierra por donde ya se dispersan los rebaños bravíos y galopan las yeguadas cerriles saludando al día con el clarín del relincho, palpita con un ritmo amplio y poderoso la vida libre y recia de la llanura. Santos Luzardo contempla el espectáculo desde el corredor de la casa y siente que en lo íntimo de su ser olvidados sentimientos se le ponen al acorde de aquel bárbaro ritmo.

Voces alteradas, allá junto a la corraleja, interrumpieron su contemplación:

—Ese mostrenco pertenece al doctor Luzardo, porque fue casado en sabanas de *Altamira* y a mí no me venga us-

ted con cuentos de que es hijo de una yegua miedeña. Ya aquí se acabaron los manoteos.

Era Antonio Sandoval, encarado con un hombrachón que acababa de llegar y le pedía cuentas por haber mandado a enlazar el potro alazano, del cual, poco antes, le había hablado al amansador.

Santos comprendió que el recién llegado debía de ser su mayordomo Balbino Paiba y se dirigió a la corraleja a ponerle fin a la pendencia.

—¿Qué pasa?—les preguntó.

Mas, como ni Antonio, por impedírselo la sofocación del coraje, ni el otro, por no dignarse dar explicaciones, respondían a sus palabras, insistió, autoritariamente y encarándose con el recién llegado:

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Que este hombre se me ha insolentado—respondió el hombretón.

—¿Y usted quién es?—inquirió Luzardo, como si no sospechase quién pudiera ser.

—Balbino Paiba. Para servirle.

—¡Ah!—exclamó Santos, continuando la ficción—. ¡Conque es usted el mayordomo! A buena hora se presenta. Y llega buscando pendencias en vez de venir a presentarme sus excusas por no haber estado aquí anoche, como era su deber.

Una manotada a los bigotes y una respuesta que no estaba en el plan que Balbino se había trazado para imponérsele a Luzardo desde el primer momento.

—Yo no sabía que usted venía anoche. Ahora es que vengo a darme cuenta de que se hallaba aquí. Digo, porque supongo que debe de ser usted el amo, para hablarme así.

—Hace bien en suponerlo.

Pero ya Paiba había reaccionado del momentáneo desconcierto que le produjo la inesperada actitud enérgica de Luzardo, y tratando de recuperar el terreno perdido, dijo:

—Bueno. Ya he presentado mis excusas. Ahora me parece que le toca a usted, porque el tono con que me ha

hablado... Francamente... No es el que yo estoy acostumbrado a oir cuando alguien me dirige la palabra.

Sin perder su aplomo y con una leve sonrisa irónica, Santos replicó:

—Pues no es usted muy exigente.

—¡Tenemos jefe!—se dijo *Pajarote*.

Y ya no le quedaron a Balbino ganas de bravuconadas ni esperanzas de mayordomías.

—¿Quiere decir que estoy dado de baja y que, por consiguiente, aquí terminó mi papel?

—Todavía no. Aún le falta rendirme cuentas de su administración. Pero eso será más tarde.

Y le dio la espalda, a tiempo que Balbino concluía a regañadientes:

—Cuando usted lo disponga.

Antonio buscó con la mirada a Carmelito, y *Pajarote*, dirigiéndose a María Nieves y a Venancio—que estaban dentro de la corraleja esperando el resultado de la escena y aparentemente ocupados en preparar los cabos de soga para maniatar el alazano—, les gritó, llenas de intenciones las palabras:

—¡Bueno, muchachos! ¿Qué hacen ustedes que todavía no han aspeado a ese mostrenco? Mírenlo cómo está temblando de rabia que parece miedo. Y eso que sólo le han dejado ver los aperos. ¿Qué será cuando lo tengamos planeado contra el suelo?

—¡Y qué va a ser ya! Vamos a ver si se quita estas marotas como se quitó las otras—añadieron María Nieves y Venancio, celebrando con risotadas la doble intención de las palabras del compañero, que tanto se referían a Balbino como al alazano.

Brioso, fino de líneas y de gallarda alzada, brillante el pelo y la mirada fogosa, el animal indómito habia reventado, en efecto, las maneas que le pusieron al cazarlo y, avisado por el instinto de que era el objeto de la operación que preparaban los peones, se defendía procurando estar siempre en medio de la madrina de mostrencos que correteaban de aquí para allá dentro de la corraleja.

Al fin *Pajarote* logró apoderarse del cabo de soga que llevaba a rastras y, palanqueándose, con los pies clavados en el suelo y el cuerpo echado atrás, resistió el envión de la bestia cerril, dando con ella en tierra.

—Guayuquéalo, catire—le gritó a María Nieves—. No lo dejes que se pare.

Pero en seguida el alazano se enderezó sobre sus remos, tembloroso de coraje. *Pajarote* lo dejó que se apaciguara y cobrara confianza y luego fue acercándose, poco a poco, para ponerle el tapaojos.

Vibrante y con las pupilas inyectadas por la cólera, el potro lo dejaba aproximarse; pero Antonio le advirtió la intención y gritó a *Pajarote:*

—¡Ten cuidado! Ese animal te va a manotear.

Pajarote adelantó lentamente el brazo, mas no llegó a ponerle el tapaojos, pues en cuanto le tocó las orejas, el mostrenco se le abalanzó, tirándole a la cara. De un salto ágil el hombre logró ponerse fuera de su alcance, exclamando:

—¡Ah hijo de puya bien resabiao!

Pero este breve instante fue suficiente para que el potro corriera a defenderse otra vez dentro de la madrina de mostrencos que presenciaba la operación, erguidos los pescuezos, derechas las orejas.

—Enguarálalo—ordenó Antonio—. Echale un lazo gotero.

Y allí mismo estuvo el alazán, atrincándose el nudo corredizo. María Nieves y Venancio se precipitaron a echarle las marotas y con esto y la asfixia del lazo, el mostrenco se planeó contra la tierra y se quedó dominado y jadeante.

Puestos el tapaojos y el bozal y abrochadas las "sueltas" y la manea, dejáronlo enderezarse sobre sus remos y en seguida Venancio procedió a ponerle el simple apero que usa el amansador. El mostrenco se debatía encabritándose, y cuando comprendió que era inútil defenderse, se quedó quieto, tetanizado por la cólera y bañado en sudor, bajo la injuria del apero que nunca habían sufrido sus lomos.

Todo esto lo había presenciado Santos Luzardo junto

al tranquero del corral, con el ánimo excitado por la evocación de su infancia, a caballo en pelo contra el gran viento de la llanura, cuando, a tiempo que Venancio se disponía a echarle la pierna al alazán, oyó que Antonio decía, tuteándolo:

—Santos, ¿te acuerdas de cuando jineteabas tú mismo las bestias que el viejo escogía para ti?

Y no fue necesario más para que comprendiera lo que el peón fiel quería decirle con aquella pregunta. ¡La doma! La prueba máxima de llanería, la demostración de valor y de destreza que aquellos hombres esperaban para acatarlo. Maquinalmente buscó con la mirada a Carmelito, que estaba de codos sobre la palizada, al extremo opuesto de la corraleja, y con una decisión fulgurante dijo:

—Deje, Venancio. Seré yo quien lo jineteará.

Antonio sonrió, complacido en no haberse equivocado respecto a la hombría del amo; Venancio y María Nieves se miraron, sorprendidos y desconfiados, y *Pajarote,* con su ruda franqueza:

—No hay necesidad de eso, doctor. Aquí todos sabemos que usted es hombre para lo que se necesite. Deje que se lo jinetee Venancio.

Pero ya Santos no atendía a razones y saltó sobre la bestia indómita, que se arrasó casi contra el suelo al sentirlo sobre sus lomos.

Carmelito hizo un ademán de sorpresa y luego se quedó inmóvil, fijo en los mínimos movimientos del jinete, bajo cuyas piernas remachadas a la silla, el alazán, cohibido por el tapaojos y sostenido del bozal por *Pajarote* y María Nieves, se estremecía de coraje, bañado en sudor, dilatados los belfos ardientes.

Y Balbino Paiba, que se había quedado por allí en espera de que se le proporcionara oportunidad de demostrarle a Luzardo, si éste volvía a dirigirle la palabra, que aún no había pasado el peligro a que se arriesgara al hablarle como lo hiciera, sonrió despectivamente y se dijo:

—Ya este... patiquincito va a estar clavando la cabeza en su propia tierra.

Mientras Antonio se afanaba en dar los inútiles consejos, la teoría que no podía habérsele olvidado a Santos:

—Déjelo correr todo lo que quiera al principio, y luego lo va trajinando, poco a poco, con la falseta. No lo sobe sino cuando sea muy necesario y acomódese para el arranque, porque este alazano es barajustador, de los que poco corcovean, pero se disparan como alma que lleva el diablo. Venancio y yo iremos de amadrinadores.

Pero Luzardo no atendía sino a sus propios sentimientos, ímpetus avasalladores que le hacían vibrar los nervios, como al caballo salvaje los suyos, y dio la voz a tiempo que se inclinaba a alzar el tapaojos:

—¡Denme llano!

—¡En el nombre de Dios!—exclamó Antonio.

Pajarote y María Nieves dejaron libre la bestia, abriéndose rápidamente a uno y otro lado. Retembló el suelo bajo el corcovear furioso, una sola pieza, jinete y caballo, se levantó una polvareda y aún no se había desvanecido cuando ya el alazano iba lejos, bebiéndose los aires de la sabana sin fin.

Detrás, tendidos sobre las crines de las bestias amadrinadoras, pero a cada tranco más rezagados, corrían Antonio y Venancio.

Carmelito murmuró, emocionado:

—Me equivoqué con el hombre.

A tiempo que *Pajarote* exclamaba:

—¿No le dije, Carmelito, que la corbata era para taparse los pelos del pecho, de puro enmarañados que los tenía el hombre? ¡Mírelo cómo se agarra! Para que ese caballo lo tumbe tiene que aspearse patas arriba.

Y en seguida, para Balbino, ya francamente provocador:

—Ya van a saber los fustaneros lo que son calzones bien puestos. Ahora es cuando vamos a ver si es verdad que todo lo que ronca es tigre.

Pero Balbino se hizo el desentendido, porque cuando *Pajarote* se atrevía nunca se quedaba en las palabras.

—Hay tiempo para todo—pensó—. Bríos tiene el patiquincito, pero todavía no ha regresado el alazano y puede

que ni vuelva. La sabana parece muy llanita, vista así por encima del pajonal; pero tiene sus saltanejas y sus desnucaderos.

No obstante, después de haber dado unas vueltas por los caneyes, buscando lo que por allí no tenía, volvió a echarle la pierna a su caballo y abandonó *Altamira,* sin esperar a que lo obligaran a rendir cuenta de sus bribonadas.

¡Ancha tierra, buena para el esfuerzo y para la hazaña! El anillo de espejismos que circunda la sabana se ha puesto a girar sobre el eje del vértigo. El viento silba en los oídos, el pajonal se abre y se cierra en seguida, el juncal chaparrea y corta las carnes; pero el cuerpo no siente golpes ni heridas. A veces no hay tierra bajo las patas del caballo; pero bombas y saltanejas son peligros de muerte sobre los cuales se pasa volando. El galope es un redoblante que llena el ámbito de la llanura. ¡Ancha tierra para correr días enteros! ¡Siempre habrá más llano por delante!

Al fin comienza a ceder la bravura de la bestia. Ya está cogiendo un trote más y más sosegado. Ya camina a medio casco y resopla, sacudiendo la cabeza, bañada en sudor, cubierta de espuma, dominada, pero todavía arrogante. Ya se acerca a las casas, entre la pareja de amadrinadores, y relincha engreída, porque si ya no es libre, a lo menos trae un hombre encima.

Y *Pajarote* la recibe con el elogio llanero:

—¡Alazano tostao, primero muerto que cansao!

IX

LA ESFINGE DE LA SABANA

Buen negocio dejaba atrás Balbino Paiba y lo perdía cuando iba a empezar a sacarle verdadero provecho. Hasta entonces había sido doña Bárbara quien realmente se benefició con su mayordomía en *Altamira,* pues mientras ella sacó de allí orejanos a millares marcados con el hierro de *El Miedo,* él apenas había "manoteado" por cuenta propia

unos trescientos, número insignificante para sus habilidades administrativas.

Ahora sólo le quedaba la perspectiva de "mayordomear" en *El Miedo*—como por allí se llamaba el abigeato de los mayordomos—, ya que, por precaria que fuese su condición de amante de doña Bárbara, ésta tenía que resarcirlo de la pérdida de las gangas de *Altamira*, a causa de los buenos servicios que le había prestado.

Pero, además de éstas, Balbino iba rumiando otras contrariedades. Su retirada equivalía a reconocerle a Santos Luzardo las condiciones de hombría que no había querido concederle la noche anterior, y bien pudiera ocurrírsele al *Brujeador* recibirlo con estas palabras:

—¿No le dije, don Balbino? Mejor es recoger que devolver.

Llegaba ya a las casas de *El Miedo* cuando se le reunieron tres hombres que traían la misma dirección.

—¿Qué buscan por aquí los Mondragones?—les preguntó.

—¡Guá! ¿No sabe usted la novedad, don Balbino? La señora nos ha mandado desocupar la casa de *Macanillal*. Parece que ya no nos necesita por allá.

Eran los Mondragones tres hermanos, oriundos de las llanuras de Barinas, a los cuales por su bravura y fechorías apodaban: *Onza, Tigre* y *León*. Fugitivos por crímenes cometidos en los llanos de aquel Estado, pasaron al de Apure y después de haber merodeado y practicado el abigeato durante algún tiempo, entraron al servicio de doña Bárbara, en cuyos dominios hallaban seguro asilo cuantos facinerosos cayeran por el Arauca.

La casa de *Macanillal* estaba situada en el lindero con *Altamira*, establecido de acuerdo con la última sentencia que había obtenido doña Bárbara en su favor; pero tanto la casa como los postes del lindero habían cambiado ya de sitio, *Altamira* adentro, pues para eso estaban allí los Mondragones con la consigna de hacer avanzar, de tiempo en tiempo, la línea divisoria, cuyo punto de referencia, deliberadamente vago en la decisión del tribunal, era la "casa

en piernas" que ellos habitaban, fácil de desarmar y reconstruir en obra de horas, sin que del traslado quedaran muestras perceptibles, a primera vista, en la uniformidad del inmenso paño de sabana. Mediante esta estratagema ya doña Bárbara le había quitado a *Altamira* cerca de media legua más, en espacio de seis meses, con lo cual, al mismo tiempo, preparaba otro litigio.

A Balbino le cayó mal la noticia que le dió el *Onza;* pero fué más sorprendente todavía la que agregó el *Tigre:*

—No fuera nada que nos hubiera mandado a desocupar la casa, sino que esta mañana llegó allá Melquíades con la orden de que la desbaratáramos esta noche y la volviéramos a poner en junto con los postes del lindero, en donde estaban enantes. Como si eso de mudar una casa y cambiar una posteadura fuera cosa de hacerse en una noche. Además, a nosotros nunca nos ha gustado echar para atrás, después que hemos empujado palante. Por eso venimos a decirle a la señora que mejor es que mande a otros a hacer ese trabajito.

Balbino cavilaba, ceñudo, y el *León* concluyó:

—Yo lo que digo es que hay cosas que no entiendo. A menos que la señora la vaya a dar ahora por tenerle miedo al vecino.

—No desbaraten la casa ni muden los postes—díjoles Balbino—. No hablen con ella todavía, tampoco. Dejen eso de mi cuenta.

Y en llegando a los caneyes:

—Quédense por aquí mientras yo converso con la señora.

Los Mondragones se entretuvieron conversando con los otros peones que estaban por allí y Balbino se dirigió a la casa.

La primera impresión desagradable fue el cambio que, de la noche a la mañana, se había operado en el aspecto de la mujerona. Ya no llevaba aquella sencilla bata blanca, cerrada hasta el cuello y con mangas que le cubrían completamente los brazos, que era el máximo de feminidad que se consentía en el traje, sino otra, que nunca le había visto usar Balbino, descotada y sin mangas y adornada con cin-

tas y encajes. Además, llevaba el cabello mejor peinado, hasta con cierta gracia que la rejuvenecía y la hermoseaba.

No obstante, a Balbino no le cayó bien la transformación. Contrajo el ceño y dejó escapar un leve gruñido de desconfianza.

La segunda impresión desagradable fue la sonrisa mordaz con que ella le preguntó, aludiendo a la fanfarronada que le había oído la noche anterior a propósito de sus planes contra Luzardo:

—¿Lo emparejaste?

Molesto y desconcertado por esta acogida burlona, el hombre respondió, bruscamente:

—Del camino me revolví a esperar que él me llame a rendirle cuentas. Ojalá se atreva a pedírmelas, para ver quién es el que va tener que darlas.

Ella se quedó mirándolo, sin dejar de sonreír, y él, después de darse dos o tres manotadas en los bigotes:

—Si yo estaba allá era por complacerte.

Desapareció la sonrisa de la faz de la mujer; pero se mantuvo su desconcertante silencio.

Balbino hizo un gesto de desconfianza y se dijo mentalmente:

—Ya esto no me está gustando mucho.

En efecto, la superioridad de aquella mujer, su dominio sobre los demás y el temor que inspiraba, parecían radicar especialmente en su saber callar y esperar. Era inútil proponerse arrebatarle un secreto; de sus planes nadie sabía nunca una palabra; en sus verdaderos sentimientos acerca de una persona, nadie penetraba. Su privanza lo daba todo, incluso la incertidumbre perenne de poseerla realmente; cuando el favorito se acercaba a ella no sabía nunca con qué iba a encontrarse. Quien la amara, como llegó a amarla Lorenzo Barquero, tenía la vida por tormento.

Muy distante estaba Balbino de una pasión como aquella de Barquero; pero los favores de doña Bárbara no eran despreciables todavía, y, por añadidura, enriquecían. La leyenda de aquel poder sobrenatural que la asistía, haciendo imposible, por procedimientos misteriosos, que nadie le qui-

tase una res o una bestia, era quizás invención de la bellaquería de los mayordomos-amantes que habían hecho sus negocios fraudulentos con la hacienda de ella, pues, sumamente supersticiosa como era, por creerse asistida, en realidad, de aquellos poderes, se descuidaba y se dejaba robar.

Decidió aprovechar lo de los Mondragones para sondear los sentimientos de la enigmática mujer:

—Por ahí están los Mondragones, que acaban de llegar de *Macanillal.*

—¿A qué han venido?—inquirió ella.

—Parece que quieren hablar con usted—ahora le parecía más prudente darle tratamiento respetuoso—. Porque, como que no están muy conformes con desbaratar todo lo que se había hecho por allá.

Doña Bárbara volvió la cabeza con un movimiento brusco y un gesto imperioso:

—¿Cómo que no están conformes? ¿Y a ellos, quién les ha preguntado si les agrada o no? Llámalos acá.

—Es decir: no es que no quieran hacer lo que se les ha mandado, sino que, como son tres hombres nada más, no pueden darse abasto para mudar la casa y los postes en una noche.

—Que se lleven la gente que sea necesaria; pero que mañana amanezca todo donde estaba antes.

—Se lo diré así—respondió Balbino, encogiéndose de hombros.

—Por ahí has debido empezar. Bien sabes que no consiento que se discutan mis órdenes.

Balbino salió al patio, llamó aparte a los Mondragones, y les dijo:

—Ustedes están equivocados. No es miedo al vecino, como se imaginaban, sino un peine que queremos ponerle para que se envalentone y se zumbe contra nosotros. Andense allá y procedan a hacer todo lo que ella les mandó y llévense la gente que necesiten para que mañana mismo amanezca la casa en su puesto de antes y los postes del lindero donde los mandó poner el juez.

—Ese es otro cantar—dijo el *Onza*—. Si es así, ya vamos a estar mudándonos con lindero y todo.

Y regresó con sus hermanos a *Macanillal,* llevándose además la gente necesaria para ejecutar rápidamente el trabajo.

Balbino volvió al lado de doña Bárbara y después de haberle dirigido algunas palabras que se quedaron sin respuesta, resolvió salir de dudas acerca de los sentimientos que ella abrigara respecto a Luzardo, diciendo:

—Ya Melquíades como que está perdiendo los libros. ¡Miren que habérsele ocurrido venirse en el bongo, donde nada podía hacer, habiendo en esa costa del monte del Arauco tanto apostadero bueno para no dejar pasar al doctor Luzardo! Y un río tan caimanoso como ése, que carga con todos los muertos que se le quieran echar. Ahora la cosa va a ser más comprometida, porque, aunque no sea sino por llenar la fórmula, las autoridades tendrán que abrir averiguaciones.

Sin cambiar de actitud y con una mirada lenta y sombría, doña Bárbara replicó a la siniestra insinuación:

—Dios libre al que se atreva contra Santos Luzardo. Ese hombre me pertenece.

X

EL ESPECTRO DE "LA BARQUEREÑA"

Era un bosque de maporas, profundo y diáfano, que cubría una vasta depresión de la sabana y le venía el nombre del de una pequeña garza azul que, según una antigua leyenda, solía encontrarse por allí, único habitante del paraje. Era un lugar maldito: un silencio impresionante, numerosas palmeras carbonizadas por el rayo y en el centro un tremedal donde perecía, sorbido por el lodo, cuanto ser viviente se aventurara a atravesarlo.

La chusmita que le daba nombre, al decir de la leyenda, sería el alma en pena de una india, hija del cacique de cierta comunidad yarura que habitaba allí cuando Evaristo

Luzardo pasó con sus rebaños al cajón del Arauca. Hombre de presa, el *Cunavichero* les arrebató a los indígenas aquella propiedad de derecho natural, y como ellos trataron de defenderla, los exterminó a sangre y fuego; pero el cacique, cuando vio su ranchería reducida a escombros, maldijo el palmar de modo que en él sólo encontraran ruina y desgracia el invasor y sus descendientes, víctimas del rayo, vaticinando, al mismo tiempo, que volvería al poder de los yaruros cuando uno de éstos sacara de la tierra la piedra de centella de la maldición.

Según la conseja, la maldición se había cumplido, pues no solamente no hubo por allí tormenta que no se desgajara en rayos sobre el palmar, matando, en varias ocasiones, rebaños enteros de reses luzarderas, sino que también fue aquel sitio la causa de la discordia que destruyó a los Luzardos. En cuanto al vaticinio, hasta los tiempos del padre de Santos fué voz corriente que, después de aquellas tempestades, siempre se veía por allí algún indio—quién sabe desde dónde venía—escarbando la tierra en busca de la piedra de centella.

Hacía años que no aparecía por allí el yaruro. Tal vez, allá en sus rancherías, se había perdido la tradición. En *Altamira* nadie confesaba creer en la leyenda; pero todos preferían hacer un largo rodeo antes que pasar por el paraje maldito.

Santos bordeó el tremedal por un terreno de limo negro y pegajoso, pero practicable sin riesgo, que retumbaba bajo los cascos del caballo. En torno a la charca mortífera, la tierra estaba revestida de hierba tierna; mas, no obstante la frescura de aquel verdor grato a la vista, algo sombrío se cernía sobre el paraje, y en vez de la chusmita de la leyenda, un garzón solitario en un islote de borales acentuaba la nota de fúnebre quietud.

Iba Santos ensimismado en el propósito que lo llevaba por allí, cuando algo que se movió en la margen de su campo visual lo hizo volver la cabeza. Era una muchacha, desgreñada y cubierta de inmundos harapos, que portaba un haz de leña sobre la cabeza y trataba de ocultarse detrás de una palmera.

—¡Muchacha!—la interpeló, refrenando la bestia—. ¿Dónde queda por aquí la casa de Lorenzo Barquero?

—¿No lo sabe, pues?—respondió la campesina, después de haber proferido un gruñido de bestia arisca.

—No lo sé. Por eso te lo pregunto.

—¡Guá! ¿Y aquel techo que se aguaita allá, de qué es, pues?

—Has podido empezar por ahí—díjole Santos y continuó su camino.

Una vivienda miserable mitad caney mitad choza, formada ésta por cuatro paredes de barro y paja sin enlucido, con una puerta sin batientes, y aquél por otros tantos horcones que sostenían el resto de la negra y ya casi deshecha techumbre de hojas de palmera, y de dos de los cuales colgaba un chinchorro mugriento, tal era la casa del "Espectro de *La Barquereña*", como por allí se le decía a Lorenzo Barquero.

De haberlo visto una vez en su infancia, Santos conservaba de él apenas un vago recuerdo; mas, por claro que éste hubiera sido, tampoco habría podido reconocerlo en aquel hombre que se incorporó en el chinchorro cuando lo sintió llegar.

Sumamente flaco y macilento, una verdadera ruina fisiológica, tenía los cabellos grises y todo el aspecto de un viejo, aunque apenas pasaba de los cuarenta. Las manos, largas y descarnadas, le temblaban continuamente y en el fondo de las pupilas verdinegras le brillaba un fulgor de locura. Doblegada la cabeza, cual si llevase un yugo a la cerviz; sus facciones, así como la actitud de todo su cuerpo, revelaban un profundo desmadejamiento de la voluntad y tenía la boca deformada por el rictus de las borracheras sombrías. Con un esfuerzo visible sacó una voz cavernosa para preguntar:

—¿A quién tengo el gusto?...

Ya el visitante había bajado del caballo y, después de haberlo amarrado a uno de los horcones, avanzaba diciendo:

—Soy Santos Luzardo y vengo a ofrecerte mi amistad.

Pero dentro del escombro humano aún ardía el odio implacable:

—¡Un Luzardo en la casa de un Barquero!

Y Santos lo vio ponerse trémulo y trastabillar, buscando, quizá, un arma; pero avanzó a tenderle la mano:

—Seamos razonables, Lorenzo. Sería absurdo que nos empeñáramos en mantener ese funesto rencor de familia. Yo, porque en realidad no lo abrigo; tú...

—¿Porque ya no soy un hombre? ¿No es eso lo que ibas a decir?—interrogó, con el tartamudeo de un cerebro que fallaba.

—No, Lorenzo. No ha pasado por mi mente tal idea —respondió Luzando, ya con un comienzo de compasión verdadera, pues hasta allí sólo lo había guiado el propósito de ponerle término a la discordia de familia.

Pero Lorenzo insistió:

—¡Sí! ¡Sí! Eso era lo que ibas a decir.

Y hasta aquí lo acompañaron la voz bronca y la actitud impertinente. De pronto volvió a desmadejarse, como si hubiera consumido en aquel alarde de energía las pocas que le quedaban, y prosiguió con otra voz, apagada, dolorida y más tartajosa todavía:

—Tienes razón, Santos Luzardo. Ya no soy un hombre. Soy el espectro de un hombre que ya no vive. Haz de mí lo que quieras.

—Ya te he dicho: vengo a ofrecerte mi amistad. A ponerme a tus órdenes para lo que pueda serte útil. He venido a encargarme de *Altamira,* y...

Pero Lorenzo volvió a quitarle la palabra, exclamando, a tiempo que le apoyaba sobre los hombros sus manos esqueléticas:

—¿Tú también, Santos Luzardo? ¿Tú también oíste la llamada? ¡Todos teníamos que oírla!

—No entiendo. ¿A qué llamada puedes referirte?

Y como Lorenzo no lo soltaba, fija la mirada delirante, y ya no era posible tampoco soportar más el tufo del alcohol digerido que le echaba encima, agregó:

—Pero todavía no me has brindado asiento.

—Es verdad. Espérate. Voy a sacarte una silla.

—Puedo tomarla yo mismo. No te molestes—díjole, viendo que vacilaba al andar.

—No. Quédate tú aquí afuera. Tú no puedes entrar ahí. No quiero que entres. Esto no es una casa; esto es el cubil de una bestia.

Y penetró en la habitación, doblegándose más todavía para poder pasar bajo el dintel.

Antes de coger la silla que iba a ofrecerle al huésped, se acercó a una mesa que estaba en el fondo del cuarto y en la cual había una garrafa con un vaso invertido sobre el pico.

—Te suplico que no bebas, Lorenzo—intervino Santos acercándose a la puerta.

—Un trago nada más. Déjame tomarme un trago. Me hace falta en estos momentos. No te ofrezco porque es un lavagallos. Pero si quieres...

—Gracias. No acostumbro beber.

—Ya te acostumbrarás.

Y una sonrisa horrible surcó la faz cavada del ex hombre, mientras sus manos hacían chocar el vaso contra el pico de la garrafa.

Al ver la cantidad de aguardiente que se servía, Santos trató de impedírselo; pero era tal la pestilencia del aire confinado allí dentro, que no pudo pasar del umbral. Además, ya Lorenzo se empinaba el vaso y a grandes tragos apuraba el contenido.

Luego, haciendo un ademán de niño que todavía no sabe emplear la mano, se enjugó los bigotes restregándoselos con el antebrazo, cogió un butaque y una silla de pringoso asiento de cuero crudo, y salió diciendo:

—¡Conque un Luzardo en la casa de un Barquero! Y todavía viven los dos. ¡Los únicos que quedan!

—Te suplico que...

—No. Ya me lo has dicho. Ya lo sé... El Luzardo no viene a matar y el Barquero ofrece el mejor asiento que tiene: esta silla. Siéntate. Y se sienta él en este butaque. Así.

El asiento, sumamente bajo, lo obligaba a replegar las piernas y apoyar los brazos sobre las rodillas, péndulas las

temblorosas manos, en una posición grotesca que hacía más repulsiva aún la miseria de su organismo, y por todo traje llevaba unos mugrientos calzones de los que el llanero llama "de uña de pavo", abiertos por los lados hasta las rodillas, y una camiseta de listado, a través de cuyos agujeros salíansele los vellos del pecho.

Ante el espectáculo de aquella repugnante ruina, Santos tuvo un instante de terror fatalista. Aquello que estaba por delante de él había sido un hombre en quien se habían puesto orgullo, esperanza y amores.

Por hacer algo que justificara el hablarle sin mirarlo, sacó un cigarrillo y mientras lo encendía díjole:

—Es la segunda vez que nos vemos, Lorenzo.

—¿La segunda?—replicó interrogativamente el ex hombre con una expresión de penoso esfuerzo mental—. ¿Quieres decir que nos conocíamos ya?

—Sí. Hace ya algunos años. Yo tendría ocho, apenas.

Lorenzo se enderezó bruscamente para replicar:

—¿Yo en tu casa? No habría comenzado todavía la...

—No—interrumpió Santos—. Aún no había estallado la discordia entre nosotros.

—Entonces, ¿vivía mi padre todavía?

—Sí. Y en casa, lo mismo que en la tuya, todos hacían grandes elogios de ti, de tu extraordinaria inteligencia, que era el orgullo de la familia.

—¿Mi inteligencia?—interrogó Lorenzo, como si le hablaran de algo que nunca hubiera poseído—. ¡Mi inteligencia!—replicó exclamativamente una y otra vez, pasándose las manos por la cabeza con atormentado ademán y, finalmente, clavando en Santos una mirada suplicante—: ¿Por qué vienes a hablarme de eso?

—Un recuerdo repentino que acaba de asaltarme—respondió Santos, disimulando la intención de provocar en aquel espíritu envilecido alguna reacción saludable—. Yo era un niño, pero a fuerza de oir cómo te elogiaban todos en la familia, y especialmente mamá, que no se quitaba de la boca un "aprende de Lorenzo" cada vez que quería estimularme, me había formado de ti la más alta idea que puede

caber en una cabeza de ocho años. No te conocía, pero vivía pensando en "aquel primo que estudiaba en Caracas para doctor" y no había palabras, modales o gestos usuales tuyos de que oyera hablar, sin que inmediatamente comenzara a copiártelos, ni recuerdo haber experimentado en mi niñez una emoción tan profunda como la que experimenté cuando, un día, me dijo mi madre: "Ven para que conozcas a tu primo Lorenzo." Podría reconstruir la escena: me dirigiste esas tres o cuatro preguntas que les hacen a los muchachos cuando nos los presentan, y a propósito de que papá te dijo, seguramente con un orgullo muy llanero, que yo era "bueno de a caballo", le respondiste con un largo discurso que me pareció música celestial, tanto porque no lo entendía—¡imagínate!—como porque, siendo tuyas, aquellas palabras tenían que ser para mí la elocuencia misma. Sin embargo, me impresionó una de esas frases: "Es necesario matar al centauro que todos los llaneros llevamos por dentro", dijiste. Yo, claro está, no sabía qué podía ser un centauro ni mucho menos lograba explicarme por qué los llaneros lo llevábamos por dentro; pero la frase me gustó tanto y se me quedó grabada de tal manera, que—tengo que confesártelo—mis primeros ensayos de oratoria—todos los llaneros, hombres de una raza enfática, somos de algún modo aficionados a la elocuencia—fueron hechos a base de aquel: "es necesario matar al centauro", que declamaba yo, a solas conmigo mismo, sin entender una jota de lo que decía, naturalmente, y sin poder pasar de allí, tampoco. De más estará decirte que ya había llegado a mis oídos tu fama de orador.

Hizo una pausa, en apariencia para tumbarle la ceniza al cigarrillo, pero en realidad para dejar que Lorenzo manifestase el efecto que aquellas palabras le hubieran producido.

Alguno le habían causado, pues era grande la agitación de que daba muestras, pasándose las manos desde la frente hasta la nuca con atormentados movimientos, y Santos, satisfecho de su obra, prosiguió:

—Años después, en Caracas, cayó en mis manos un fo-

lleto de un discurso que habías pronunciado en no sé qué fiesta patriótica, e imagínate mi impresión al encontrar allí la célebre frase. ¿Recuerdas ese discurso? El tema era: El centauro es la barbarie y, por consiguiente, hay que acabar con él. Supe entonces que con esa teoría, que proclamaba una orientación más útil de nuestra historia nacional, habían armado un escándalo entre los tradicionalistas de la epopeya, y tuve la satisfacción de comprobar que tus ideas habían marcado época en la manera de apreciar la historia de nuestra independencia. Yo estaba ya en capacidad de entender la tesis y sentía y pensaba de acuerdo contigo. Algo tenía que quedárseme de haberla repetido tanto, ¿no te parece?

Pero Lorenzo no hacía sino pasarse las temblorosas manos por el cráneo, bajo el cual se le había desencadenado, de pronto, la tormenta de los recuerdos.

Su juventud brillante, el porvenir, todo promesas, las esperanzas puestas en él. Caracas... La Universidad... Los placeres, los halagos del éxito, los amigos que lo admiraban, una mujer que lo amaba, todo lo que puede hacer apetecible la existencia. Los estudios, ya para coronarlos con el grado de doctor, un aura de simpatía propicia para el triunfo bien merecido, la orgullosa posesión de una inteligencia feliz y, de pronto: ¡la llamada! El reclamo fatal de la barbarie, escrito de puño y letra de su madre: "Vente. José Luzardo asesinó ayer a tu padre. Vente a vengarlo."

—¿Te explicas ahora por qué no puedo sentirme enemigo tuyo?—concluyó Santos Luzardo, tendiéndole un apoyo a aquella alma que batallaba por surgir del abismo—. Tú fuiste objeto de mi admiración de niño, me ayudaste, después, de una manera indirecta, pero muy eficaz, pues muchas de las facilidades con que me encontré en Caracas, en mi vida de estudiante y en mis relaciones sociales, fueron obra del aprecio y de las simpatías que allá dejaste y, por último, en punto a dirección espiritual, tengo una deuda sagrada para contigo: por querer imitarte, adquirí aspiraciones nobles.

Y el tremendo sarcasmo que las circunstancias le daban a estas palabras de sana intención acabó de exasperar al

ex hombre. Se levantó bruscamente del asiento donde estaba encorvado bajo el peso de sus miserias y de sus tormentas y se precipitó a la puerta del cuarto.

A poco se oyó el tintineo del pico del garrafón contra los bordes del vaso, sostenido por las manos trémulas, y Santos murmuró:

—Es inútil. A este infeliz no le queda ya más recurso sino la inconsciencia de la borrachera.

Y ya se disponía a retirarse cuando apareció Lorenzo, con un paso más firme y un aire más inteligente en la fisonomía, galvanizado por el latigazo del alcohol.

—¡No! No puedes irte todavía; tienes que escucharme. Ya tú hablaste y ahora me toca a mí. Siéntate y óyeme lo que tengo que responderte.

—Déjalo para otro día, Lorenzo. Volveré a menudo por aquí a conversar contigo.

—¡No! Ha de ser ahora mismo. Te suplico que me oigas.

Y en seguida, energúmeno:

—¡Te suplico, no! ¡Te ordeno que me oigas! Has venido a provocarme y ahora tienes que oírme.

—¡Vaya, pues! Te complaceré—accedió Santos, tolerante—. Ya estoy sentado otra vez. Habla todo lo que quieras.

—Sí. Hablaré. ¡Hablaré, por fin! ¡Qué cosa tan grande es poder hablar, Santos Luzardo!

—¿Es que no tienes con quién? ¿No vives con tu hija?

—No me hables ahora de mi hija. No hables tú. Oye. Oye nada más. Así. ¡Ajá!... ¡Mírame bien, Santos Luzardo! Este espectro de un hombre que fue, esta piltrafa humana, esta carroña que te habla, fue tu ideal. Yo era eso que has dicho hace poco, y ahora soy esto que ves. ¿No te da miedo, Santos Luzardo?

—¿Miedo, por qué?

—¡No! ¡No te pregunto para que contestes, sino para que me oigas esto otro: ese Lorenzo Barquero de que has hablado no fue sino una mentira; la verdad es esta que ves ahora! Tú también eres una mentira que se desvanecerá pronto. Esta tierra no perdona. Tú también has oído ya la llamada de la devoradora de hombres. Yo te veré caer en-

tre sus brazos. Cuando los abra, tú no serás sino una piltrafa... ¡Mírala! Espejismos por dondequiera: allí se ve uno; allá otro. La llanura está llena de espejismos. ¿Qué culpa tengo yo de que te hayas hecho ilusiones de que un Luzardo —un Luzardo, porque también lo soy, aunque me duela— podría ser un ideal de hombre? Pero no estamos solos, Santos. Es el consuelo que nos queda. Yo he conocido muchos hombres—tú también, seguramente—que a los veinte y pico de años prometen mucho. Déjalos que doblen los treinta: se acaban, se desvanecen. Eran espejismos del trópico. Pero óyeme esto: yo no me equivoqué nunca respecto a mí mismo. Sabía que todo aquello que los demás admiraban en mí era mentira. Lo descubrí a raíz de uno de los triunfos más celebrados en mi vida de estudiante: un examen para el cual no me había preparado bien. Me tocó desarrollar un tema que ignoraba por completo, pero empecé a hablar, y las palabras, puras palabras, lo hicieron todo. No solamente fui bien calificado, sino hasta aplaudido por los mismos profesores que me examinaban. ¡Bribones! Desde entonces comencé a observar que mi inteligencia, lo que todos llamaban mi gran talento, no funcionaba sino mientras estuviera hablando; en cuanto me callaba se desvanecía el espejismo y no entendía nada de nada. Sentí la mentira de mi inteligencia y de mi sinceridad. ¿Te das cuenta? La mentira de la propia sinceridad, que es lo peor que puede suceder a un hombre. La sentí agazapada en el fondo de mi corazón, como debe sentirse en lo íntimo de la carne aparentemente sana la úlcera latente del cáncer hereditario. Y comencé a aborrecer la Universidad y la vida de la ciudad, los amigos que me admiraban, la novia, todo lo que era causa o efecto de aquella mixtificación de mí mismo.

Santos lo escuchaba vivamente interesado y con emoción optimista. Quien así podía pensar todavía y con tal lucidez expresarse no era un hombre irremisiblemente perdido.

Pero esto no podía durar mucho. Era el latigazo del alcohol y aquel organismo habituado sólo respondía a este estímulo durante cortos instantes, seguidos de bruscas caí-

das en la inconsciencia. Y, en efecto, bastó la breve pausa que hizo para que, una vez más, se le desvaneciera el espejismo.

—¡Matar al centuro! ¡Je! ¡Je! ¡No seas idiota, Santos Luzardo! ¿Crees que eso del centauro es pura retórica? Yo te aseguro que existe. Lo he oído relinchar. Todas las noches pasa por aquí. Y no solamente aquí; allá, en Caracas, también. Y más lejos todavía. Dondequiera que esté uno de nosotros, los que llevamos en las venas sangre de Luzardos, oye relinchar el centauro. Y tú también lo has oído y por eso estás aquí. ¿Quién ha dicho, que es posible matar al centauro? ¿Yo? Escúpeme la cara, Santos Luzardo. El centauro es una entelequia. Cien años lleva galopando por esta tierra y pasarán otros cien. Yo me creía un civilizado, el primer civilizado de mi familia, pero bastó que me dijeran: "Vente a vengar a tu padre", para que apareciera el bárbaro que estaba dentro de mí. Lo mismo te ha pasado a ti; oíste la llamada. Ya te veré caer entre sus brazos y enloquecer por una caricia suya. Y te dará con el pie, y cuando tú le digas: "Estoy dispuesto a casarme contigo", se reirá de tu miseria y...

Se mesó los cabellos. La idea fija, que ya poco antes se había deslizado en su discurso, logró, por fin, apoderarse de él. Se le desmadejaron los brazos, con hebras de cabellos entre los dedos, y hundiendo la cabeza en el pecho, se quedó murmurando:

—¡La devoradora de hombres!

Santos Luzardo contempló un rato en silencio y con el corazón oprimido el dramático espectáculo de aquella ruina humana y luego, tratando de reanimarlo, le preguntó:

—¿Y tu hija?

Pero Lorenzo, con la vista fija en el horizonte de la llanura, seguía murmurando:

—¡La llanura! ¡La maldita llanura, devoradora de hombres!

Y Santos pensó:

—Realmente, más que a las seducciones de la famosa

doña Bárbara, este infeliz ha sucumbido a la acción embrutecedora del desierto.

Un súbito destello de lucidez reanimó el rostro del ex hombre. Por un momento desapareció el rictus de la borrachera sombría.

—Marisela—llamó—. Ven para que conozcas a tu primo.

Pero como dentro del rancho nadie respondía, agregó:

—Esa no sale de ahí ni que la arrastren por los cabellos. Es más arisca que un váquiro... Un váquiro.

Clavó otra vez la cabeza y empezaron a manarle de la boca contraída lentos hilos de saliva.

—Bien, Lorenzo—dijo Santos poniéndose de pie—. Volveré por aquí a menudo.

Se incorporó de pronto el borracho y dando traspiés penetró en la habitación.

—Déjala tranquila—díjole Santos, creyendo que iba en busca de la hija—. Otro día la conoceré—y comenzó a desamarrar su caballo.

Ya ponía el pie en el estribo cuando vio que Lorenzo se empinaba el garrafón de aguardiente, derramándoselo encima por no acertar a llevarse el pico a la boca. Se precipitó dentro de la habitación a quitárselo de las manos.

Mas ya el borracho había bebido lo suficiente para caer fulminado. Se asió a los brazos de Luzardo y clavándole una mirada delirante, exclamó:

—¡Santos Luzardo! ¡Mírate en mí! ¡Esta tierra no perdona!

XI

LA BELLA DURMIENTE

De regreso a *Altamira,* bajo la penosa impresión del espectáculo que acababa de presenciar, Santos volvió a encontrarse con la campesina, a quien le había preguntado por la casa adonde se dirigía. Sólo después de haber visto la miseria que reinaba en el rancho de Lorenzo Barquero podía

sospechar que fuera su hija aquella criatura montaraz, greñuda, mugrienta, descalza y mal cubierta por un traje vuelto jirones.

Había depositado en el suelo el haz de chamizas y estaba tendida junto a él, los codos hundidos en la arena, la cara entre las manos, soñadora la mirada.

Santos se detuvo a contemplarla. Bajo los delgados y grasientos harapos que se le adherían al cuerpo, la curva de la espalda y las líneas de las caderas y de los muslos eran de una belleza estatuaria; pero rompían el encanto los pies anchos y gruesos, de piel endurecida y cuarteada por el andar descalzo, y fue en esta fealdad lamentable donde se detuvieron las miradas compasivas.

Un resoplido de la bestia de Luzardo la sacó de su abstracción, y al advertir la presencia del hombre detenido a pocos pasos de ella, se hizo un ovillo para ocultar la desnudez de sus piernas, y después de haber proferido algunos gruñidos de protesta, rompió a reir, de bruces sobre el arenal.

—¿Eres tú Marisela?—interrogó Santos.

Ella se hizo repetir la pregunta y luego respondió, con la rudeza de su condición silvestre reforzada por el azoramiento:

—Si ya sabe cómo me mientan, ¿pa qué pregunta, pues?

—No lo sabía, propiamente. Sospechaba que fueras la hija de Lorenzo Barquero, llamada así; pero quería cerciorarme.

Arisca, como el animal salvaje con el cual la comparó su padre, al oir aquel término, desconocido para ella, replicó:

—¿Cerciorarse? ¡Hum! Usté está mal fijao. Bien pué seguí su camino.

—Menos mal si la cerrilidad le custodia la inocencia —pensó Santos, y luego—: ¿Qué entiendes tú por cerciorarse?

—¡Umjú! ¡Qué preguntón es usté!—exclamó, soltando de nuevo la risa.

—¿Ingenuidad o malicia?—se preguntó entonces Santos

Luzardo, comprendiendo que, lejos de disgustarle le agradaba que él se hubiera detenido a hablarle, y ya sin sonreir siguió contemplando compasivamente aquella masa de greñas y harapos.

—¿Hasta cuándo va a está ahí, pues?—gruñó Marisela—. ¿Por qué no se acaba de dir?

—Eso mismo te pregunto yo: ¿hasta cuándo vas a estar ahí? Ya es tiempo de que regreses a tu casa. ¿No te da miedo andar sola por estos lugares desiertos?

—¡Guá! ¿Y por qué voy a tené miedo, pues? ¿Me van a comé los bichos del monte? ¿Y a usté qué le importa que yo ande sola por donde me dé la gana? ¿Es, acaso, mi taita, pues, pa que me venga a regañá?

—¡Qué maneras tan bruscas, muchacha! ¿Es que ni siquiera te han enseñado a hablar con la gente?

—¿Por qué no me enseña usté, pues?—y otra vez la risa sacudiéndole el cuerpo echado de bruces sobre la tierra.

—Sí, te enseñaré—díjole Santos, cuya compasión empezaba a transformarse en simpatía—. Pero tienes que pagarme por adelantado las lecciones, mostrándome esa cara que tanto te empeñas en ocultar.

—¡Qué mano!—exclamó ella, ovillándose más—. Acábese de dir de una vez, que lo va a cogé la noche por estos montes.

—No me moveré de este sitio mientras no me hayas dejado ver tu cara. He venido sólo a conocerte, porque me han dicho que eres muy fea y no quiero creerlo hasta que lo vea con mis propios ojos. Me cuesta trabajo creer que pueda ser fea una parienta mía. Verdad que no te había dicho todavía que somos primos.

—¡Zape!—exclamó ella—. Yo no tengo más familia que mi taita, porque ni a mi mae puedo decí que la conozco.

La mención de la madre disipó la jovial disposición de ánimo que estaba poniendo Santos en la charla y ella, como temiese haberlo disgustado de veras, después de mirarlo de soslayo por debajo del brazo con que se cubría el rostro, insistió:

—¿No ve que usté no es na mío, como dice? Si juera, no se habría quedao tan callao.

—Sí, criatura—afirmó él, tornando a emplear el término compasivo—. Soy Santos Luzardo, primo de tu padre. Pregúntaselo a él, si quieres cerciorarte. Y no vayas a tomar a mal, otra vez, esta palabra.

—Bueno. Si es verdá que es primo mío... Aunque yo no se lo creo, ¿sabe?... ¡Umjú! Y después dicen que las mujeres somos tan curiosas. Aguaite, pues, pa que se acabe de dir de una vez.

Y sin que Santos hubiera insistido en que se dejara ver el rostro, levantó y bajó en seguida la cabeza; pero con los ojos cerrados y apretando la boca para que no se le escapara la risa, coquetería de azoramiento y de ingenuidad.

Tendría unos quince años, y aunque la comida escasa, el agua mala, el desaliño y la rustiquez le marchitaban la juventud, bajo aquella miseria de mugre y greñas hirsutas se adivinaba un rostro de facciones perfectas.

Pero bastó el breve insante para que los ojos de Santos apresaran la revelación de belleza.

—¡Qué bonita eres, criatura!—exclamó, y luego se quedó contemplándola con una forma de compasión diferente, mientras ella, ya no arisca, sino remilgada, humanizada por el primer destello de emoción de sí misma que aquella exclamación le había producido, decíale, con una voz dulce y suplicante:

—Váyase, pues.

—Todavía falta—replicó Santos—. No me has mostrado tus ojos. Déjame verlos. ¡Ah! Ya comprendo por qué no te atreves a abrirlos en mi presencia. Eres bizca, seguramente. Los tendrás muy feos.

—¿Bizca yo? Aguaite.

E incorporándose, animosa, abrió los hermosos ojos, que eran lo más bello de su rostro, y se quedó mirándolo, sin pestañear, mientras él volvía a exclamar:

—¡Es preciosa esta criatura!

—Váyase, pues—repitió Marisela, cubierta de rubor bajo la pringue del rostro, pero sin dejar de mirarlo.

—Aguarda. Voy a darte, en seguida, la primera de esas lecciones que me has pagado anticipadamente.

Bajó del caballo, se acercó a la muchacha, cuyos negros ojazos expresaron un temor suplicante, y la obligó a levantarse, tomándola por un brazo y diciéndole:

—Ven acá, primita. Voy a enseñarte para qué sirve el agua. Eres linda, pero lo serías mucho más si no te abandonaras tanto.

Repuesta de su instintivo temor, por el tono sin sombra de malicia con que le hablaba aquel hombre perteneciente a un mundo diferente del que ella conocía, Marisela se dejó conducir hasta el borde de una charca de agua clara que había en la orilla del tremedal, ocultando el rostro bajo el brazo siempre libre y riendo, entre avergonzada y complacida.

Llegados junto a la charca, Santos la hizo inclinarse y tomando el agua en el hueco de sus manos, comenzó a lavarle los brazos, y luego la cara, como hay que hacer con los niños, mientras le decía:

—Aprende y cógele cariño al agua, que te hará parecer más bonita todavía. Hace mal tu padre en no ocuparse de ti como mereces; pero es pecado contra la Naturaleza, que te ha hecho hermosa, el que cometes con ese abandono de tu persona. Por lo menos, limpia debieras estar siempre, ya que la tierra no te niega el agua. Haré que te traigan ropas decentes, para que cambies esa que ni siquiera te cubre, y un peine para que te arregles el cabello y zapatos para que no andes descalza. ¡Así! ¡Así! ¿Cuánto tiempo haría que no te lavabas la cara?

Marisela abandonaba el rostro al frescor del agua, apretados los labios, cerrados los ojos, estremecida la carne virginal bajo el contacto de las manos varoniles. Luego Santos, a falta de toalla, sacó su pañuelo para enjugarle la cara, y hecho esto, la obligó a levantar la cabeza, tomándola de la barbilla. Ella abrió los ojos y mirándolo, mirándolo, se le fueron cuajando de lágrimas.

—Bien—díjole Santos—. Ahora te regresas a tu casa. Yo te acompañaré, porque no es prudente que andes sola por estos lugares a estas horas.

—No. Yo me iré sola—respondió ella—. Váyase usted primero.

Y era otra voz aquella con que ahora hablaba.

*

Las manos le lavaron el rostro y las palabras le despertaron el alma dormida. Advierte que las cosas han cambiado de repente. Que ella misma es otra persona.

Siente la limpieza de su piel y oye que dicen: —¡Qué bonita eres, criatura!—, y la asalta la curiosidad de conocerse. ¿Cómo serán sus ojos y su boca y el modelado de sus facciones? Se pasa las manos por la cara, se palpa las mejillas, se acaricia, se moldea a sí misma, para que las manos le digan cómo es Marisela.

Pero las manos sólo le dicen:

—Somos ásperas y no sentimos nada. Las chamizas, las espinas nos han endurecido la piel.

¿Por qué no se sentirá la propia belleza como se sienten los dolores?

El le ha dejado dos cosas tiernas.

La frescura del agua en las mejillas, que ahora le están produciendo sensaciones desconocidas. ¡Sí se siente la belleza! Estas sensaciones nuevas y tiernas no pueden tener otra causa. Así debe de sentir el árbol, en la corteza endurecida y rugosa, la ternura de los retoños que de pronto le reventaron. Así debe de estremecerse la sabana, cuando, un día, después de las quemas de marzo, siente que ha amanecido toda verde. Le ha dejado, también, la emoción de unas palabras nunca oídas hasta entonces. Las repite y oye que le resuenan en el fondo del corazón, y se da cuenta, a la vez, de que su corazón era algo negro, hondo, mudo y vacío. Pero algo sonoro también, como el pozo que está junto a su casa, obscuro, profundo y con espejo de agua allá adentro. "¡Es preciosa esta criatura!"... Y la voz resuena, honda, como en el pozo cuando se habla sobre el brocal.

También fuera de ella ya el mundo no es lo que hasta allí había sido: un monte intrincado donde recoger chami-

zas, un palmar solitario donde era posible estar horas y horas, tendida en la arena, inmóvil hasta el fondo del alma, sin emociones ni pensamientos. Ahora los pájaros cantan y da gusto oírlos, ahora el tremedal refleja el paisaje y es bonito aquel palmar invertido, aquel fondo de cielo que se le había formado al remanso; ahora trasciende de los bejucos que se vieron enredados en el haz de chamizas el silvestre aroma de las flores del monte y es agradable aspirarlo. La belleza no está en ella solamente; está en todas partes: en el trino que trae de la garganta la paraulata llanera, en la charca y su orla de hierba tierna, en el palmar profundo y diáfano, en la sabana inmensa y en la tarde que cae dulcemente, dorada y silenciosa. ¡Y ella no se había dado cuenta de que todo esto existía, creado para que lo contemplaran sus ojos!

Por vez primera, Marisela no se duerme al tenderse sobre la estera. Extraña al inmundo camastro de ásperas hojas, cual si se hubiese acostado en él un cuerpo nuevo, no acostumbrado a las incomodidades; se resiente del contacto de aquellos pringosos harapos que no se quitaba ni para dormir, como si fuese ahora cuando empezara a llevarlos encima; sus sentidos todos repudian las habituales sensaciones que, de pronto, se le han vuelto intolerables, como si acabase de nacerle una sensibilidad más fina.

Además, la desvela el alma de mujer que acaba de despertársele, complicándole la vida, que era simple como la del viento, que no sabe sino corretear por la sabana. Sentimientos confusos empiezan a moverse dentro de su corazón: hay una alegría que tiene mucho de sufrimiento, una esperanza estremecida de temores, una necesidad de sacudir la cabeza para ahuyentar una idea, y un quedarse inmóvil, en seguida, para que la idea vuelva. Hay muchas cosas más que ella no alcanza a discernir.

Ya está cantando el carrao que anuncia la proximidad del día:

—¡Arriba, Marisela! Está fresca el agua del pozo. La enfriaron las estrellas que estuvieron pasando toda la noche sobre el brocal. Todavía quedan algunas en el fondo. Anda.

Sácalas con el cántaro y derrámatelas encima: Te dejarán toda limpia, como siempre están ellas.

A un mismo tiempo estaba saliendo el sol y poniéndose la luna, y el palmar se estremecía como un bosque sagrado en el silencio del alba.

El cántaro del pozo baja y sube sin descanso, y el agua subterránea que no conocía la luz corre encandilada por el núbil cuerpo desnudo.

XII

ALGÚN DÍA SERÁ VERDAD

Grande fue la sorpresa de Antonio, cuando, al día siguiente—como llevase a Santos a *Macanillal* para que viera cómo venía avanzando el lindero de *El Miedo*—, descubrió que la casa de los Mondragones había retrocedido a su primitivo asiento.

—La mudaron anoche—exclamó—. Mire por dónde venía ya el poste del lindero. Ahí está el hoyo todavía.

—Bien—dijo Luzardo—. Ahora está en su sitio y por este respecto no tendremos dificultades, a lo menos por el momento. Para evitar que en lo sucesivo pueda ser trasladado de la noche a la mañana echaremos una cerca por este viento.

Pero Antonio objetó:

—¿Quiere decir que va a aceptar ese lindero? ¿Va a quedarse con los pleitos que tan malamente le ha ganado doña Bárbara?

—Son hechos consumados que tienen ya autoridad de cosa juzgada. De muchas, si no de todas esas decisiones de los tribunales, se habría podido apelar con éxito; pero no me supe ocupar en mis intereses... Además, tierra, todavía hay bastante, a pesar de todo. Hacienda es lo que no veo. Apenas una que otra mancha de ganado.

—Hacienda tampoco falta—replicó Antonio—. Lo que sucede es que se ha alzado casi toda. Son muchas las cimarroneras que hay en *Altamira*, como ya le he dicho, porque

nosotros, los poquitos amigos suyos que hemos quedado por aquí, en vez de procurar que se acabaran, las hemos fomentado. Era la única manera de salvarle el ganado: dejarlo que se alzara todo. Aquí lo que hacía falta era amo y ahora lo que se necesita es gente para trabajar.

—Efectivamente, veo que *Altamira* se ha convertido en un verdadero desierto. Antes, por dondequiera había casas.

—A los poquitos colonos que quedaban los mandó desocupar don Balbino al encargarse de la mayordomía, para que, no habiendo en los linderos gente luzardera que vigilara, los vecinos se pudieran meter a la hora y punto que les diera la gana y arrear por delante todo el mautaje con que se tropezaran.

—¿De modo que el enemigo no era solamente doña Bárbara?

—Ella ha hecho con lo de usted todo lo que le ha pedido el cuerpo, como dicen; pero los otros también han manoteado a su gusto. Así, por ejemplo, han acabado con los bebederos de *Altamira* y los han puesto donde mejor les ha parecido, de modo que el ganado de acá vaya por sus propios pasos a caer en manos de ellos, porque en cada bebedero de éstos encuentra usted, al mediodía, cuatro o cinco peones del hato respectivo cazando a lazo el ganado luzardero. Eche la vista para allá. ¿Aguaita aquella mancha de hacienda? Todo ese animalaje va buscando los bebederos del *Bramador* en tierras que fueron de aquí y hoy pertenecen a *El Miedo,* y orejano que pise la orilla del caño ya se puede contar como perdido. Los mismos peones de doña Bárbara han picado el ganado en esa dirección hasta acostumbrarlo, sin que nosotros hayamos podido impedírselo. Y si es el musiú del lambedero de *La Barquereña,* ¡no se diga! El míster Danger de quien le hablé esta mañana. Ese le ha cogido todos los tiros al llanero bellaco, y res que pase el boquerón de *Corozalito* no regresa más para acá. Yo creo que lo primero que hay que hacer es volver a poner los tapices en los bebederos de antes y acostumbrar el ganado a que no busque los del vecino, y echar otra vez la palizada que hasta en tiempos de su padre de usted tapaba el bo-

querón de *Corozalito*, para impedir que el ganado pase a arrochelarse en los lambederos de *La Barquereña*. Si usted quiere, hoy mismo se puede proceder a abrir los hoyos para la posteadura.

—No hay que precipitarse. Antes necesito estudiar las escrituras de *Altamira* para determinar el lindero y estudiar la Ley del Llano.

—¿La Ley del Llano?—replicó Antonio socarronamente—. ¿Sabe usted cómo se la mienta por aquí? Ley de doña Bárbara. Porque dicen que ella pagó para que se la hicieran a la medida.

—No tendría nada de extraño, según andan las cosas por aquí—dijo Santos—. Pero mientras sea ley, hay que atenerse a ella. Ya se procurará reformarla.

Aquella tarde, previo el estudio de los títulos de propiedad de *Altamira* y de la Ley del Llano, Santos envió aviso por escrito a doña Bárbara y a míster Danger de que había resuelto cercar el hato, a fin de que procediesen en el término legal a sacar los respectivos ganados que pastasen en sabanas altamireñas, pidiéndoles, al mismo tiempo, permiso para retirar los suyos de las de *El Miedo* y del *Lambedero*.

El mismo Antonio llevó las cartas y por el camino se hizo estas reflexiones:

—A doña Bárbara como que le robaron sus reales. Esto de la cerca, que está en su ley, no me gusta mucho; pero menos le va a gustar a ella. Algún día tenía que venir quien le metiera los bichos en el corral.

*

Al anochecer del siguiente día partió Santos en compañía de Antonio, rumbo a *Mata Luzardera* y después de haber cabalgado durante dos horas por sabanas trajinadas, comenzaron a atravesar un campo intrincado de mastrantales secos y escobares amargos, por donde no había huellas de ganado.

Tras el monte obscuro de la mata, se elevaba el disco

de la luna esparciendo una melancólica claridad sobre el vasto campo enmarañado.

Antonio puso su bestia al paso y después de recomendarle a Luzardo silencio y cautela, subieron a la loma de un médano.

—Ponga cuidado—díjole el caporal—. Ya va a escuchar lo que no se habrá imaginado siquiera.

Y haciendo de sus manos portavoz, lanzó desde lo alto del médano un grito agudo que barrenó el silencio de la noche.

Inmediatamente se levantó un vasto rumor creciente y todo el amplio espacio que desde aquella altura se dominaba se agitó y retembló bajo el tropel de numerosos rebaños salvajes.

—¡Escuche!—exclamó el peón—. Esos son millares y millares de orejanos que no conocen al hombre. Hace más de siete años que no entran caballos en este paño de sabana. Y eso que está oyendo es nada comparado con otras cimarroneras que hay, más adentro, hacia el Cunaviche. A pesar de todo, *Altamira* aguanta todavía. Las cimarroneras han sido la salvación; pero ahora hay que acabar con ellas. Yo tengo ganas de empezar a darle unos choques a esta rochela, si le parece. Por el momento nos hacen falta sogueros especiales, porque no todos saben trabajar cimarrones; pero yo sé dónde los hay y los puedo hacer venir. Además, me parece que sería conveniente volver a fundar las queseras, que antes las hubo y daban muy buenos resultados. La quesera es conveniente no sólo porque es una entrada de plata más, sino porque sirve para el amansamiento del ganado, que el de aquí es de más de bravo y es mucha la bestia que mata en el trabajo.

Estas razones prácticas eran motivo suficiente para que se procediese a la fundación de las queseras; pero Santos Luzardo vio también algo más, de un orden diferente y tan interesante para él como el económico: todo lo que contribuyese a suprimir ferocidad tenía una importancia grande para su espíritu.

Finalmente, de otra conversación con el mismo Antonio,

al día siguiente, se le ocurrió una idea, ya más de acuerdo con el plan del civilizador de la llanura.

—Hoy cachilapiamos unos cincuenta orejanos en una sola pasadita de lazo—díjole Sandoval.

Cachilapiar, es decir, cazar a lazo el ganado no herrado que se encuentre dentro de los términos del hato, es la pasión favorita del llanero apureño. Como en aquellas sabanas sin límites las fincas no están cercadas, los rebaños vagan libremente, y la propiedad sobre la hacienda es una adquisición que cada dueño de hato viene a hacer, o en las vaquerías que se efectúan de concierto entre los vecinos y en las cuales aquél recoge y marca con su hierro cuanto becerro desmadrado y orejano caiga en los rodeos, o fuera de ellas, en todo momento, por derecho natural de brazo armado de lazo. Esta forma primitiva de adquirir—única que puede prevalecer dentro de las condiciones del medio y que las mismas leyes sancionan, con la sola limitación de la extensión de tierra y número de cabezas que para el efecto se deben poseer—tiene, sin embargo, algo del abigeato originario, y de aquí que no sea solamente un trabajo, sino un deporte predilecto del hombre de la llanura abierta, donde la fuerza es todavía derecho.

Haciéndose estas reflexiones, Santos Luzardo concluyó:

—Todo esto perjudica el fomento de la cría porque destruye el estímulo, y todo eso desaparecería con la obligación que las leyes del Llano les impusieran a los propietarios de cercar sus hatos.

Antonio objetó:

—Puede que usted tenga razón, pero para eso sería menester cambiar primeramente el modo de ser del llanero. El llanero no acepta la cerca. Quiere su sabana abierta como se la ha dado Dios, y la quiere, precisamente, para eso: para cachilapiar cuanto bicho le caiga en el lazo. Si se le quita ese gusto se muere de tristeza. Un llanero está contento cuando puede decir: hoy cachilapié tantas reses, y no le importa que su vecino esté diciendo allá lo mismo, porque el llanero siempre cree que sus bichos están seguros y que los que se coge el vecino son de otro.

No obstante, Luzardo se quedó pensando en la necesidad de implantar la costumbre de la cerca. Por ella empezaría la civilización de la llanura: la cerca sería el derecho contra la acción todopoderosa de la fuerza, la necesaria limitación del hombre ante los principios.

Ya tenía, pues, una verdadera obra, propia de un civilizador: hacer introducir en las leyes del Llano la obligación de la cerca. Mientras tanto, ya tenía también unos pensamientos que eran como ir a lomos de un caballo salvaje, en la vertiginosa carrera de la doma, haciendo girar los espejismos de la llanura. El hilo de los alambrados, la línea recta del hombre dentro de la línea curva de la Naturaleza, demarcaría en la tierra de los innumerables caminos, por donde hace tiempo se pierden, rumbeando, las esperanzas errantes, uno solo y derecho hacia el porvenir.

Todos estos propósitos los formuló en alta voz, hablando a solas, entusiasmado. En verdad, era muy hermosa aquella visión del Llano futuro, civilizado y próspero, que se extendía ante su imaginación.

Era una tarde de sol y viento recio. Ondulaban los pastos dentro del tembloroso anillo de aguas ilusorias del espejismo, y a través de los médanos distantes y por el carril del horizonte, corrían, como penachos de humo, las trombas de tierra, las tolvaneras que arrastraba el ventarrón.

De pronto, el soñador, ilusionado de veras en un momentáneo olvido de la realidad circundante, o jugando con la fantasía, exclamó:

—¡El ferrocarril! Allá viene el ferrocarril.

Luego sonrió tristemente, como se sonríe al engaño cuando se acaban de acariciar esperanzas tal vez irrealizables; pero después de haber contemplado un rato el alegre juego del viento en los médanos, murmuró optimista:

—Algún día será verdad. El progreso penetrará en la llanura y la barbarie retrocederá vencida. Tal vez nosotros no alcancemos a verlo; pero sangre nuestra palpitará en la emoción de quien lo vea.

XIII

LOS DERECHOS DE "MÍSTER PELIGRO"

Era una gran masa de músculos, bajo una piel roja, con un par de ojos muy azules y unos cabellos color de lino. Había llegado por allí hacía algunos años, con un rifle al hombro, cazador de tigres y caimanes. Le agradó la región, porque era bárbara como su alma, tierra buena de conquistar, habitada por gentes que él consideraba inferiores por no tener los cabellos claros y los ojos azules. No obstante el rifle, se creyó que venía a fundar algún hato y a traer ideas nuevas, se pusieron en él algunas esperanzas y se le acogió con simpatía; pero él se limitó a plantar cuatro horcones, en un terreno ajeno y sin pedir permiso, a echarles encima un techo de hojas de palmera, y una vez construída esta cabaña, colgó su chinchorro y su rifle, se metió en aquél, encendió su pipa, estiró los brazos, distendiendo los potentes músculos, y exclamó:

—*All right!* Ya soy en mi casa.

Decía llamarse Guillermo Danger y ser americano del Norte, nativo de Alaska, hijo de un irlandés y de una danesa buscadores de oro; pero se dudaba de que el apellido que se ponía fuera realmente el suyo, pues en seguida añadía: "Míster Peligro", y como era humorista, a su manera, con la ingenuidad de un niño, se sospechaba que se apellidase así sólo por añadir la inquietante traducción.

Por otra parte, había cierto misterio en torno a su persona. Referíase que, en los primeros tiempos de su establecimiento en la región, varias veces había mostrado gacetillas de periódicos neoyorquinos, titulados siempre *The Man Without Country,* en las cuales se protestaba contra cierta injusticia cometida con un ciudadano a quien no se nombraba, y que, a su decir, era él; y aunque nunca explicó de modo claro y satisfactorio cuál había sido aquella injusticia, ni por qué ocultaba su nombre bajo tal denominación, se le

abrieron todas las puertas en espera de los ríos de dólares que iban a correr por la llanura.

Entretanto, míster Danger, por industria, no hacía sino cazar caimanes, cuyas pieles exportaba anualmente en grandes cantidades, y por afición, tigres, leones y cuantas fieras le pasasen al alcance de su rifle. Un día, como diese muerte a una cunaguara recién parida, se apoderó de los cachorros y logró criar y domesticar uno, con el cual retozaba, ejercitando su perenne buen humor de niño grande y brutal. Ya el cunaguaro lo había acariciado con algunos zarpazos; pero él se divería mucho mostrando las cicatrices y éstas le dieron tanto prestigio como las gacetillas.

Poco después la cabaña del cazador se convirtió en una casa dotada de una instalación interior bastante confortable y rodeada de extensos corrales de ganado. La historia de esa transformación, que parecía indicar que el "hombre sin patria" había echado raíces en la tierra, tenía puntos de contacto con la de doña Bárbara.

Fue en los tiempos del coronel Apolinar y se estaban haciendo fundaciones en el hato de *El Miedo,* recién bautizado así. Míster Danger, enterado de la leyenda de los "familiares", quiso presenciar el bárbaro rito, que no podía dejar de practicar la supersticiosa mujerona, y con tal objeto fué a hacerle una visita, que por otra parte le debía, ya que era propiedad de ella aquel palmo de tierra donde había levantado su cabaña.

Ver al extranjero, oírlo expresar el deseo que lo animaba, enamorarse de él y trazarse su plan, todo fue para doña Bárbara obra de un instante. Hizo que Apolinar lo invitara a comer con ellos, les cargó la mano al servirles la bebida a que ambos eran muy aficionados, y como el criollo era más débil y tenía la borrachera idiota, no se dio cuenta de las guiñadas de ojos con que el invitado y su mujer concertaron durante la comida la traición que le harían.

Entretanto los peones abrían de prisa la zanja donde sería enterrado un caballo viejo y derrengado, que sólo para "familiar" podía ya servir.

—Lo enterraremos a punto de medianoche, que es la hora indicada—había dicho doña Bárbara—. Y nosotros tres solamente, porque los peones no deben presenciar la operación. Así es como debe hacerse, según la costumbre.

—¡Bonito!—exclamó el extranjero—. Las estrellas arriba y nosotros abajo, echando tierra encima del caballo vivo. ¡Bonito! ¡Pintoresco!

En cuanto a Apolinar, ni estaba enterado de la costumbre, ni era ya persona capaz de hacer objeciones, y fue necesario que míster Danger lo cargara en peso para montarlo a caballo, cuando llegó la hora de partir, camino de las fundaciones distantes de las casas del hato.

Ya estaba abierta la zanja y amarrado un poste de los corrales en construcción el caballejo derrengado, víctima del bárbaro rito. Junto a la zanja había tres palas para los enterradores. La noche estrellada envolvía en sombras densas el paraje desierto.

Míster Danger desamarró el caballo y lo condujo hasta el borde de la zanja, dirigiéndole palabras compasivas, entre ruidosas carcajadas que provocaban la hilaridad idiota de Apolinar, y luego lo arrojó dentro del hoyo, de un envión formidable.

—Ahora rece usted, doña Bárbara, las oraciones que sabe para que los diablos amigos suyos no dejen que se escape el espíritu del caballito, y usted apúrese, coronel. Ahora somos enterradores y hay que hacer las cosas bien.

Ya Apolinar se había apoderado de una de las palas y batallaba con las leyes de la gravedad para poder inclinarse a llenarla con la tierra amontonada al borde de la zanja, murmurando entre tanto frases obscenas que parecían causarle gracia, pues se desmigajaba de risa a cada atrocidad que soltaba. Por fin logró llenar la pala y la balanceó torpemente, yéndose detrás de ella a cada vaivén.

—¡Qué borracho estás, coronelito!—acababa de exclamar míster Danger, afanado en su papel de enterrador, paletada sobre paletada, con una rapidez extraordinaria, cuando advirtió que Apolinar soltaba la herramienta y se llevaba las manos a los riñones, cimbrándose y exhalando un gemido

mortal, para caer luego dentro de la zanja, con su propia lanza hundida en la espalda.

—¡Oh!—exclamó el extranjero, interrumpiendo su tarea—. No estaba esta cosa en el programa. ¡Pobrecito coronel!

—No lo compadezca, don Guillermo. El también me tenía sentenciada. Yo lo que he hecho es andarle adelante —dijo doña Bárbara, y tomando la pala que se había escapado de las manos del coronel, agregó—: Ayúdeme. Usted tampoco es hombre a quien se le agüe el ojo por estas cosas. Peores las habrá hecho usted en su tierra.

—¡Caramba! Usted no tiene pepitas en la lengua. Míster Danger no aguársele nunca el ojo; pero míster Danger no hacer cosas que no están en el programa. Yo soy venido aquí para enterrar "familiar" solamente.

Y diciendo así, soltó la pala, montó a caballo y regresó a su cabaña a retozar con el cunaguaro.

Pero guardó el secreto, primeramente, por no verse envuelto en un embrollo que podría complicarse con el misterio del "hombre sin patria", y luego, porque para él, extranjero despreciativo, no había gran diferencia entre Apolinar y el caballo que lo acompañaba en su sepultura, y dejó prevalecer la versión de que el coronel había perecido ahogado en el caño *Bramador* al tratar de atravesarlo a nado, y en apoyo de la cual la única prueba fue el haberse encontrado en el estómago de un caimán cazado en dicho caño, días después, una sortija que doña Bárbara reconoció como perteneciente a aquél.

En pago de su encubrimiento transformó en casa la cabaña, y construyó corrales en tierras de *La Barquereña,* y de cazador de caimanes se convirtió en ganadero, o mejor dicho, en cazador de ganados, pues eran mautes ajenos, altamireños o miedeños, los que él herraba como suyos, y así pasó algún tiempo sin que doña Bárbara lo molestara ni él se ocupara de ella, hasta que un día se presentó en *El Miedo* con este alegato:

—He sabido que usted piensa quitarle a don Lorenzo

Barquero el pedacito de tierra que le dejó junto al palmar de *La Chusmita,* y vengo a decirle que usted no puede hacer esa arbitrariedad, porque yo defiendo los derechos de este hombre. Voy a administrarle esa tierrita, que es lo único que le queda, y usted no puede tampoco meter gente suya para sacar ganados que caminen encima de ella.

Mas los derechos de Lorenzo Barquero no hicieron sino pasar de las manos de un usurpador a las de otro, pues del producto de aquellas tierras no vio nunca sino las botellas de brandy que le mandaba míster Danger cuando regresaba de San Fernando o de Caracas, con una buena provisión de su bebida predilecta, o los garrafones de aguardiente que le hacía enviar de la pulpería de *El Miedo,* y esto mismo, sin pagárselo a doña Bárbara.

En cambio, el extranjero se enriquecía cachilapiando a su gusto. Era el resto del antiguo fundo de *La Barquereña* apenas un rincón de sabanas atravesadas por un caño, seco durante el verano, denominado de *Lambedero,* cuyas barrancas salitrosas atraían el ganado de los hatos vecinos. Numerosos rebaños veíanse constantemente por allí, lamiendo la tierra del caño, y gracias a esto era sumamente fácil cazar orejanos dentro de los límites de aquel pedazo de tierra, que no llegaba al mínimo de extensión que establecían las leyes del llano para tener derechos al común de las greyes no herradas que vagan por la llanura abierta; pero míster Danger podía saltar por encima de las restricciones legales y apoderarse del ganado de los vecinos, porque los administradores de Luzardo siempre eran sobornables y porque la dueña de *El Miedo* no se atrevería a protestar.

Recogida así su cosecha, marchábase a venderla en cuanto entraba el invierno, y como durante la época de lluvias, lleno el caño de *Lambedero,* el ganado no acudía allí, se quedaba en San Fernando o en Caracas, hasta la salida de aguas, tirando el dinero en borracheras gigantescas, porque no le tenía apego, propiamente, y no le alcanzaban las manazas para despilfarrarlo.

*

Ya había resuelto darse aquella escapada anual, cuando recibió la carta donde Luzardo le participaba su determinación de restablecer la antigua palizada de *Corozalito,* sitio por donde pasaban las reses altamireñas a perderse en el *Lambedero.*

—¡Oh! ¡Carramba!—exclamó al leer la carta—. ¿Qué cosa quiere este hombre? Diga usted, Antonio, al doctor Luzardo que míster Danger leyó su carta y dijo esto. Fíjese usted bien. Que míster Danger necesita abierto boquerón de *Corozalito* y tiene derecho para impedir que él levante ninguna palizada.

No lo creyó así Santos Luzardo, y al día siguiente se fue allí a esclarecer el asunto.

Al ladrido de los perros apareció en el corredor la imponente figura del yanqui, con grandes demostraciones de afabilidad:

—Adelante, mi doctor. Adelante. Ya sabía yo que usted iba a venir por aquí. Yo soy sumamente apenado por haber tenido que decir a usted que no puede tapar boquerón de *Corozalito.* Hágame el favor de pasar adelante.

E introdujo a Luzardo en una pieza cuyas paredes estaban tapizadas con los trofeos de su afición cinegética: carameras de venados, pieles de tigres, pumas y osos palmeros y el cuero de un caimán enorme.

—Siéntese, doctor. No tenga usted miedo; el cunaguarito está metido dentro de su jaula.

Y acercándose a la mesa, donde había una botella de whisky:

—Vamos a tomar la mañana, doctor.

—Gracias—repuso Santos, rechazando el obsequio.

—¡Oh! No diga usted que no. Yo soy muy contento de verle a usted en mi casa y quiero que me complazca pegándose un palito conmigo, como dicen ustedes.

Molesto por la insistencia, Santos aceptó, sin embargo, el obsequio y, en seguida, entrando en materia, dijo:

—Pues, creo que usted está equivocado, señor Danger, respecto a los linderos de *La Barquereña.*

—¡Oh! No, doctor—replicó el extranjero—. Yo no soy

nunca equivocado cuando digo alguna cosa. Yo tengo mi plano y puedo mostrárselo a usted. Aguarde un momento.

Pasó a la habitación contigua, de la cual salió en seguida guardándose dentro del bolsillo del pantalón unos papeles, para extender otro que venía arrollado.

—Aquí tiene, doctor. *Corozalito* y *Alcornocal de Abajo* están dentro de mi propiedad y usted puede verlo con sus ojos.

Era un plano, dibujado por él, en el cual aparecían como pertenecientes a *La Barquereña* los sitios a que se había referido. Luzardo lo tomó entre sus manos, por cortesía, pero replicó:

—Permítame que le haga observar que este plano no es prueba fehaciente. Sería necesario cotejarlo con los títulos de propiedad de *La Barquereña* y con los de *Altamira,* que lamento no haberlos traído conmigo.

Sin dejar de sonreir, el yanqui protestó:

—¡Oh! ¡Malo! ¿Cree el doctor que yo dibujo cosas que no están sino dentro de mi cabeza? Yo nunca digo sino lo que soy completamente seguro.

—No debe usted darle esa interpretación a mis palabras. Me he limitado a decirle que esto no es una prueba. No niego que usted posea otras que verdaderamente lo sean, y ya que quiere mostrármelas, le suplico que lo haga.

Y como la actitud del extranjero, atento al humo de su pipa, era francamente impertinente, añadió, con un tono más enérgico:

—Le advierto que antes de dar este paso he estudiado bien el asunto, con mis títulos de propiedad por delante, y me permito observarle que también estoy seguro de lo que digo cuando afirmo que *Corozalito* y *Alcornocal de Abajo* pertenecen a *Altamira,* y que, por consiguiente, me asiste un derecho indiscutible para levantar una palizada en el boquerón. Más aún: hasta en tiempo de mi padre, no hace muchos años, existía allí una, de la cual todavía quedan algunos horcones.

—¡En tiempos de su padre!—exclamó míster Danger—.

Yo no quisiera decir a usted que no sabe lo que dice cuando asegura tener esos derechos todavía.

—¿Cree usted que hayan prescripto?—interrogó Santos, sin hacer caso del tono con que le había dicho aquello.

—¡Oh! Yo no quiero seguir hablando palabras en el aire—y sacando los papeles que se había guardado en el bolsillo, agregó—: Aquí están escritas y usted podrá leerlas. Yo soy muy contento de que usted se convenza con sus ojos de que no puede levantar la palizada.

Y le puso en las manos un documento, suscrito por Lorenzo Barquero y por uno de los administradores que había tenido *Altamira* después de la muerte de José Luzardo, según el cual el propietario de *La Barquereña* había adquirido, por compra, las montañuelas de *Corozalito* y *Alcornocal de Abajo,* comprometiéndose además el de *Altamira* a no levantar cercas ni estorbar con ninguna otra clase de construcciones el libre paso de los ganados por aquel lindero.

El objetivo de tal operación fue, precisamente, hacer desaparecer el obstáculo de aquella palizada a que se refirió Luzardo y que, cerrando el boquerón, impedía que la hacienda altamireña pasase a arrochelarse en los lambederos de la finca vecina; pero Santos no había tenido noticias de aquella venta y obligación consiguiente, así como tal vez ignoraba quién sabe cuántos otros menoscabos y gravámenes de su propiedad, con los cuales se lucraron sus apoderados y de cuyos documentos no había copias en el legajo que él conservaba en su poder.

El que mostraba míster Dinger estaba debidamente autenticado y registrado, y Santos se avergonzó de haber dado aquel paso en falso y de tener que confesar ahora que desconocía la verdadera situación de *Altamira;* pero lo acompañaba otro documento en el cual constaba la venta hecha por Lorenzo Barquero al norteamericano de las sabanas del *Lambedero,* y al ver la firma del vendedor, escrita con caracteres ininteligibles, desiguales y tortuosos, que daban la impresión de haber sido trazados por un analfabeto a quien le llevasen la mano, le pareció que tenía ante sus ojos una prueba material de la coacción ejercida por el extranjero

sobre la abolida voluntad de Lorenzo, pues podía asegurarse, sin riesgo de incurrir en calumnia, que la tal compra no había sido sino un despojo, llevado a cabo a la manera de aquellas otras ventas simuladas que le había hecho firmar doña Bárbara.

—Me he olvidado de mis propósitos—pensó, mientras contemplaba la firma ilegible—. Me dije que venía a constituirme en defensor de los derechos atropellados, y ni siquiera se me ha ocurrido todavía averiguar si son defendibles los de este pobre hombre. Nada de extraño tendría que las tales ventas adoleciesen de defectos que permitieran intentar acciones reivindicatorias.

Entretanto, míster Danger se había acercado a la mesa y servía dos copas de whisky, para celebrar su triunfo sobre el vecino que había venido a reclamar derechos perdidos. Una altanera satisfacción de sí mismo le impulsaba a humillar al hombre de la raza inferior que se había atrevido a discutirle los suyos.

—¿Otro palito, doctor?

Santos se levantó del asiento clavándole una mirada de dignidad ofendida; pero el yanqui no le concedió ninguna importancia a aquella actitud y siguió llenándole su copa tranquilamente.

Luzardo le devolvió las escrituras, diciéndole:

—Ignoraba la existencia de esa venta de *Corozalito* y *Alcornocal de Abajo*. De otro modo no hubiera venido a reclamar lo que no me corresponde. Tenga la bondad de excusarme.

—¡Oh! No se preocupe usted, doctor Luzardo. Yo sabía que usted hablaba sin conocimiento de causa. Pero vamos a tomar otro poquito de whisky para hacer las paces, porque yo quiero ser amigo suyo y el whisky es bueno para estas cosas.

Recobrando el dominio de sí mismo, Luzardo repuso:

—Perdóneme que no se lo acepte.

Míster Danger comprendió que tampoco aceptaba la amistad que él le ofrecía, y cuando Luzardo se retiró, viéndolo alejarse, se dijo:

—¡Oh! Estos hombrecitos. Nunca saben nada de lo que hablan.

*

Camino de *Altamira,* como pasara cerca de la casa de Lorenzo Barquero, Santos decidió aprovechar la oportunidad para pedirle explicaciones precisas de la pérdida de *La Barquereña.*

Hundido dentro del mugriento chinchorro, Barquero dormía todavía su borrachera de la víspera y estaba solo en la casa. Un ronquido de estertores se escapaba de su garganta, una saliva viscosa le fluía de la boca entreabierta, y bajo el sueño profundo de la intoxicación alcohólica la miseria del rostro tenía una expresión agónica. Alarmado por aquel aspecto, Santos se acercó a tomarle el pulso en el brazo péndulo fuera del chinchorro y sintió bajo sus dedos el martillazo de la tensión arterial. Se quedó un rato contemplándolo, compasivamente.

—Poca vida le queda ya a este infeliz; pero es necesario hacer algo por él.

Bajo el chinchorro había una camaza y en el fondo de ella una pichagua, vasija y cuchara rústicas vegetales. Con sólo alargar el brazo y con ayuda de la segunda, Lorenzo había consumido todo el licor que llenaba la primera, echándose dentro de la boca, sorbo a sorbo, "meleadito", como por allí decían de esta bestial manera de emborracharse.

De un puntapié, Luzardo arrojó de allí la vasija, y apoderándose luego de la garrafa colocada sobre la mesa y que contenía una buena cantidad de aguardiente, la lanzó fuera de la casa. Hecho esto, y en vista de que sería inútil despertar a Lorenzo, se disponía ya a marcharse cuando apareció la mole roja y risueña del norteamericano.

Fingió sorprenderse de hallar allí a Luzardo; pero como a éste no se le escapó que había venido siguiéndolo e hiciera un gesto poco afable, interrogó, indicando a Lorenzo con un movimiento de cabeza:

—¿Borracho, eh? Seguramente se ha bebido ya todo el aguardiente que le mandé ayer.

—Hace usted mal en proporcionarle bebida a este hombre—repuso Santos.

—Este no tiene remedio, doctor. Déjelo usted que se acabe de matar. El no quiere vivir. Está enamorado todavía de la linda Barbarita. Terriblemente enamorado, y bebe y bebe para olvidarse de ella. Yo se lo he dicho muchas veces: "Don Lorenzo, te estás matando." Pero él no quiere hacer caso de mí y no se quita la pichagüita de la boca.

Y acercándose al chinchorro y sacudiéndolo por las cabuyeras:

—¡Eh! ¡Don Lorenzo! Que tienes visita, chico. ¿Hasta cuándo vas a estar roncando ahí, metido dentro de ese chinchorro? Aquí está el doctor Luzardo que viene a saludarte.

—Déjelo tranquilo—dijo Santos, disponiéndose a marcharse.

Lorenzo entreabrió los párpados y murmuró unas palabras ininteligibles. El yanqui le dio una cachetada brutal y soltó la risa:

—¡Qué rasca tienes, chico!

Y al volverse se quedó un instante mirando hacia el palmar, luego se encogió, crispó los dedos como para arañar, mostró los dientes y dejó escapar un bufido, cual si imitara al cunaguaro cuando retozaba con él.

—¿Qué le pasa a ese hombre?—se preguntaba ya Santos, extrañado de aquellos desplantes, cuando él soltó la risa y explicó:

—La muchacha, nombre bonito de joropo.

Era Marisela, que venía con el haz de leña, como la tarde del encuentro en el palmar; pero era una persona ya diferente de aquella sucia y desgreñada. Vestía uno de los trajes que Santos le había hecho mandar, confeccionado por las nietas de Melesio Sandoval, y todo en ella daba muestra de aseo y hasta de acicalamiento, a pesar del bajo oficio a que se dedicaba. Santos se complació en esta transformación, que era obra de unas cuantas palabras suyas, y fue entonces cuando vino a fijarse en que la casa tampoco era ya aquel cubil inmundo y maloliente. El piso estaba barrido,

y si todavía reinaba allí la miseria, ya la incuria había desaparecido.

Entretanto, míster Danger continuó:

—Ahora es la señorita Marisela; pero todavía brava como una cunaguara.

Y moviendo el índice en ademán de amonestaciones:

—Ayer me sacaste sangre con tus uñas.

—¡Guá! ¿Pa qué me viene a tocá, pues?—respondió Marisela.

—Ella se pone brava conmigo porque yo digo: yo te he comprado a tu papá y cuando él se muera te voy a llevar conmigo; yo tengo en casa un cunaguaro macho y quiero tener también una cunaguara hembra para sacar cunaguaritos.

Y mientras míster Danger celebraba su brutalidad con estentóreas carcajadas, y Marisela refunfuñaba enojada, Santos se dio cuenta del peligro que corría la muchacha bajo la protección de aquel hombre sin piedad y experimentó una vez más la profunda animadversión que le inspiraba.

—Ya es demasiado—exclamó sin poder contenerse—. Le emborracha usted al padre, la despoja de su patrimonio y por añadidura no tiene usted delicadeza para tratarla.

Míster Danger cortó en seco sus carcajadas, se le obscurecieron los ojos azules y la sangre huyó de su rostro. Sin embargo, no se le alteró la voz al replicar:

—¡Malo! ¡Malo! Usted quiere ponerse enemigo mío y yo puedo prohibirle a usted que pise esta tierra donde está parado. Yo tengo derechos para prohibírselo.

—Y yo conozco la historia de los derechos de usted —replicó Santos, con fogosa decisión.

El yanqui meditó un momento. Luego, desentendiéndose de Santos, sacó su cachimba, la cargó y mientras la chupaba, aplicándole la llama del fósforo, defendida entre sus enormes y velludas manos, repuso:

—Usted no conoce nada, hombre. Usted ni siquiera conoce sus derechos.

Y se marchó, haciendo resonar el suelo duro y sequizo bajo sus anchas plantas de conquistador de tierras mal de-

fendidas. Santos sintió que la indignación se le convertía en vergüenza; pero en seguida reaccionó:

—Pronto se convencerá usted de que sí los conozco y sabré defenderlos.

Y decidió llevarse consigo a Lorenzo y su hija, para librarlos de la humillante tutela del extranjero.

SEGUNDA PARTE

I

UN ACONTECIMIENTO INSÓLITO

ARTERA fué la táctica empleada por doña Bárbara cuando recibió aquella carta donde Luzardo le participaba su determinación de cercar *Altamira*. Nada podía agradarle menos que esta noticia de un límite a quien, cuando se le ponderaba su ambición de dominio, solía replicar socarronamente:

—Pero si yo no soy tan ambiciosa como me pintan. Yo me conformo con un pedacito de tierra nada más: el necesario para estar siempre en el centro de mis posesiones, dondequiera que me encuentre.

Sin embargo, en concluyendo de leer la carta, exclamó con una entonación de voz de mujer bonachona y sencillota:

—¡Bueno, pues! Por fin se van a acabar los pleitos por causa de ese bendito lindero con *Altamira,* porque el doctor Luzardo va a cercar su hato y de ahora en adelante no habrá más equivocaciones. Esto es lo mejor: la cerca. ¡Sí, señor! Así cada cual sabe hasta dónde llega lo suyo y puede estar como dice el dicho: cada cual en su casa y Dios en la de todos. ¡Eso es! Hace tiempo que vengo pensando en la cerca; pero todavía no he podido darme ese gusto porque es mucha la plata que cuesta. El doctor sí puede darse ese gusto porque él tiene, y hace bien en gastarse una poca de plata en eso.

Balbino Paiba, que a la voz de carta de Luzardo se le había acercado, por si de él se tratara, se quedó mirándola de hito en hito, sin comprender que todo aquello eran puras

marrajerías encaminadas a que Antonio Sandoval, que estaba esperando la respuesta, llevase a *Altamira* el cuento de la buena disposición de ánimo con que había acogido la noticia.

Pero como ya Antonio había oído decir que aquella entonación de voz no la empleaba ella sino cuando se proponía un plan artero, se hizo esta reflexión:

—Ahora es cuando está peligrosa la mujer.

—Dígale, pues, al doctor Luzardo—concluyó ella—que quedo en cuenta de lo que se propone; pero que, respective a medianería, por ahora no estoy en condiciones de costearla. Que si él quiere y tiene mucha prisa—pues ya veo que el doctor es de los que llegan tumbando y capando, como dicen vulgarmente—puede proceder a plantar los postes de una vez, que después nos entenderemos. El me dirá lo que haya gastado y no pelearemos por eso.

—Y, respective al trabajo que le pide el doctor—inquirió Antonio, dándole una entonación especial al término empleado por ella—, ¿qué le contesta?

—¡Ah! Se me olvidaba que también me habla de eso. Dígale que por ahora mis sabanas no están en condiciones de permitir trabajos; pero que yo le avisaré en cuanto no más pueda dárselos. Mientras tanto que vaya echando la postedura. De aquí a cuando vayamos a echar el alambre hay tiempo de sobra para que él recoja su ganado de por aquí y yo los mautes míos que anden por allá. Dígale eso. Y démele un saludo de mi parte.

Apenas hubo partido Antonio, Balbino Paiba expresó la idea siniestra que no podía por menos de atribuirle a doña Bárbara:

—Por supuesto, el doctor Luzardo no va a tener tiempo de echar esa cerca.

—¿Por qué no?—replicó ella, mientras doblaba la carta para meterla de nuevo en el sobre—. Eso es cuestión de unas semanas no más. Pero, como no vaya a equivocarse y echarla más acá del lindero.

Y volviendo a su tono natural de voz, sin socarronerías que ya no tenían objeto:

—Llámate acá a los Mondragones.

Al día siguiente amanecieron trasplantados el poste del lindero y la casa de *Macanillal;* pero no *Altamira* adentro, como antes solían moverse, sino en sentido inverso, cediendo terreno a un sitio cuyas señales no pudieran corresponder a las de la demarcación última vigente.

La estratagema tenía por objeto que Luzardo se extralimitara al echar la cerca, ateniéndose sólo al poste y a la casa, que eran los puntos de referencia más ostensibles dentro de la vaguedad de los términos del deslinde. Luego, sería fácil demostrar que la mudanza había sido obra de él, valiéndose de que no había por allí nadie que se lo impidiera, pues hacía tres días que los Mondragones, únicos habitadores del desierto de *Macanillal,* habían desocupado la casa en piernas. Por algo lo había dispuesto ella así.

Y hasta Balbino Paiba, que no solía concederle nada a nadie, tuvo que reconocer:

—¡No hay cuestión! Esa mujer ve el gusano donde uno no ve la res. No sé si serán consejos del "Socio", pero lo cierto es que el plan ha estado bien combinado.

La verdad era que tal orden de desocupación de *Macanillal,* dada junto con la de restituir el lindero al sitio donde lo pusiera la ejecución de la sentencia del último litigio, no había sido encaminada a la estratagema de ocurrencia posterior, pues entonces ni siquiera le había cruzado por la mente a doña Bárbara la posibilidad de que Luzardo quisiese cercar; pero como vino a resultar útil para el ardid recién concebido, ella se engañó a sí misma considerándola como paso previo de su plan, cual si tal se hubiese trazado desde el primer momento, adelantándose a los propósitos del enemigo, por obra y milagro de aquel don de adivinación de los acontecimientos futuros que estaba convencida de poseer, gracias al "Socio". Así, por momentáneos impulsos aislados, que luego circunstancias fortuitas encadenaban, había procedido siempre, y como casi siempre la había ayudado la fortuna, visto por fuera—y era así como ella misma lo veía—aquello parecía efectiva y extraordinaria previsión; mas, visto por dentro, doña Bárbara resultaba in-

capaz de concebir un verdadero plan. Su habilidad estaba, únicamente, en saber sacarles en seguida el mayor provecho a los resultados aleatorios de sus impulsos.

Pero esta vez no acudieron en su ayuda las circunstancias. Avisado por el recelo que a Antonio le había causado la falsa actitud conciliatoria de la mujerona y aleccionado por lo que acababa de ocurrirle con míster Danger, Santos estudió cuidadosamente el asunto antes de proceder a plantar la posteadura de la cerca, y cuando aquélla vió que la plantaba justamente donde debía, sin caer en el ardid, tuvo la intuición de que algo nuevo comenzaba para ella desde aquel momento.

No obstante, ensoberbecida por la desairada situación en que había quedado, optó por la violencia abierta, y cuando Luzardo, días después, le reiteró la petición de permiso para sacar sus ganados de las sabanas de *El Miedo,* se lo negó rotundamente.

—Y ahora, doctor—insinuó Antonio Sandoval—, usted, por supuesto, va a pagarle con la misma moneda echando la cerca sin permitirle que saque su ganado de aquí. ¿No es así?

—No. Por ahora acudiré a la autoridad inmediata para que la obligue a cumplir lo que le ordena la ley. Al mismo tiempo haré citar ante la Jefatura Civil al señor Danger y así quedarán zanjadas de una vez las dos dificultades.

—¿Y cree usted que ño Pernalete le hará caso?—objetó todavía Antonio, refiriéndose al Jefe Civil dentro de cuya jurisdicción estaban ubicados *Altamira* y *El Miedo*—. Ño Pernalete y doña Bárbara son uña y carne.

—Ya veremos si se niega a hacer justicia—concluyó Santos. Y al día siguiente partió para el pueblo cabecera del Distrito.

*

Escombros entre matorrales, vestigios de una antigua población próspera; ranchos de barro y palma esparcidos por la sabana; otros, más allá, alineados a orillas de una calle sin aceras y sembrada de baches; una plaza, como de yerba-

jos rastreros a la sombra de tiñosos samanes centenarios; a un costado de ella, la fábrica inconclusa—que más parecía ruina—de un templo que habría sido demasiado grande para la población actual, y finalmente algunas casas de antigua y sólida construcción, las más de ellas deshabitadas, algunas sin dueño conocido, y sobre una de las cuales, hundidos los techos y desplomados los muros, aún se apoyaba el tronco gigante de un jabillo derribado por el huracán, hacía ya muchos años; una población cuyas principales familias habían desaparecido o emigrado, uno de esos muchos pueblos venezolanos que, guerras, paludismo, anquilostomiasis y otras calamidades más han ido dejando convertidos en escombros a las orillas de los caminos; esto era el pueblo cabeza del Distrito, teatro de las sangrientas contiendas entre Luzardos y Barqueros.

Ya Santos lo había recorrido casi todo sin tropezarse con un transeúnte, cuando por fin vio unos hombres en el corredor de una pulpería, silenciosos, desocupados, pero como si esperasen algo que debiera ocurrir de un momento a otro. Unos hombres ventrudos, de caras macilentas, bigotes lacios y miradas mustias.

—¿Pueden decirme dónde queda por aquí la Jefatura Civil?—les preguntó.

Se miraron entre sí, como disgustados de que los obligasen a hablar, y, por fin, con voz quejumbrosa, uno de ellos comenzaba a dar la indicación pedida, cuando de la pulpería salió alguien exclamando:

—¡Luzardo! ¡Santos Luzardo! ¿Tú por aquí, chico?

Mas, como Santos no correspondiese a sus amistosas demostraciones, ya para abrazarlo, se detuvo frente a él y lo interpeló:

—¿No me conoces?

—Pues, francamente...

—Recuerda, chico. Procura recordar... ¡Mujiquita, chico! ¿No te acuerdas de Mujiquita? Condiscípulos de la Universidad, en el primer año de Derecho.

No lo recordaba, pero habría sido una crueldad dejarlo con los brazos abiertos:

—¡Cómo no! Mujiquita, sí.

Como los hombres que estaban en el corredor de la pulpería, Mujiquita parecía pertenecer a una raza distinta de la que poblaba las sabanas, hombres fuertes y alegres, generalmente. En cambio, estos del pueblo llanero eran tristes, melancólicos, aniquilados por la leucemia palúdica. Mujiquita, especialmente, era una verdadera lástima: los bigotes, el cabello, las pupilas, la piel, todo parecía tenerlo empolvado, con aquel polvo amarillo que alfombraba las calles del pueblo; todo en él daba la impresión de esos pobres árboles de orillas del camino, que no se sabe de qué color son. No era desaseo, propiamente; era pátina, marchitez palúdica y soflama de alcohol. Hasta cuando quería demostrar contento sólo se le escapaban exclamaciones quejumbrosas:

—¡Sí, hombre! Condiscípulo tuyo. ¡Qué tiempos aquellos, Santos! ¡Ortolán, el doctor Urbaneja!... ¡Mujiquita, chico! Así me llamaban ustedes, y así todavía me dicen los amigos. Tú eras el alumno más aprovechado del curso. ¡Cómo no! Yo no me he olvidado de ti. ¿Te acuerdas de cuando me ayudabas a estudiar las lecciones de Derecho Romano, paseándonos por los claustros de la Universidad? *Paters est quem nuptiæ demostrant.* ¡Cómo se le quedan a uno grabadas ciertas cosas! A mí no me entraba el Derecho Romano y tú te calentabas conmigo, porque no entendía... ¡Ah, Santos Luzardo! ¡Qué tiempos aquellos! Me parece estar oyendo aquellas peroratas tuyas que nos dejaban a todos con la boca abierta. ¿Quién me iba a decir que iba a volver a verte? ¿Tú te graduaste ya, por supuesto? ¡Cómo no! Tú eras el mejor del curso. ¿Y qué buscas aquí?

—La Jefatura Civil.

—Acabas de dejarla atrás. No te has fijado porque está cerrada. Como hoy el general no está en el pueblo—ha salido para uno de sus hatos—no la he abierto. Has de saber que estás hablando con el secretario.

—¡Ah! ¿Sí? Pues celebro haberme tropezado contigo—díjole Santos, y en seguida le explicó el objeto de su viaje.

Mujiquita se quedó un rato cavilloso, y luego:

—Has tenido suerte, chico, de no encontrar al coronel, porque con él hubieras perdido tu tiempo. Es muy amigo de doña Bárbara, y si es míster Danger, ya tú sabes que musiú tiene garantías en esta tierra. Pero yo te voy a arreglar la cosa. ¡Cómo no, Santos! Para algo hemos sido amigos. Voy a citar a doña Bárbara y a míster Danger, en nombre del Jefe Civil, haciéndome el que no sé las cosas que median entre ellos, de modo que, cuando se presenten en la Jefatura, ya no haya remedio y tú puedas exponer tus quejas.

—¿De manera que si no me encuentro contigo?...

—Te habrías ido con las cajas destempladas. ¡Ay, Santos Luzardo! Tú estás acabando de salir de la Universidad y crees que eso de reclamar derechos es tan fácil como parece en los libros. Pero no tengas cuidado; lo principal está logrado ya: que se haga comparecer ante la Jefatura a doña Bárbara y a míster Danger. Aprovechándome de que el coronel no está aquí y haciéndome el mogollón, ya voy a mandar un propio con las boletas de citación. De modo que pasado mañana a estas horas deben de estar aquí. Mientras tanto tú te quedas por ahí, sin dejarte ver, no vaya a informarse el coronel de que has venido y tener yo que explicarle antes de tiempo.

—Tendría que encerrarme en la posada. Si es que alguna hay en este pueblo.

—No es muy recomendable la que hay; pero... Si no fuera porque no conviene que el general se dé cuenta de que somos buenos amigos, yo te diría que te quedaras en casa.

—Gracias, Mujica.

—¡Mujiquita, chico! Dime como decías antes. Yo siempre soy y seré el mismo para ti. No te imaginas el placer que me has proporcionado. ¡Aquellos tiempos de la Universidad! ¿Y el viejo Lira, chico? ¿Vive todavía? ¿Y Modesto, siempre rezando? ¡Qué buen hombre aquel Modesto! ¿Verdad, chico?

—Muy bueno. Pues, oye, Mujiquita: yo te agradezco la buena voluntad de serme útil que has mostrado; pero como

lo que vengo a reclamar es perfectamente legal, no tengo por qué andar con tantos tapujos. El Jefe Civil, ese de quien todavía no sé si es general o coronel, pues le das los dos tratamientos, alternativamente, tendrá que atenerse a mi solicitud...

Pero Mujiquita no lo dejó concluir:

—Mira, Santos: síguete por mí. Tú traes la teoría, pero yo tengo la práctica. Haz lo que te aconsejo: métete en la posada, fíngete enfermo y no salgas a la calle hasta que yo te avise.

*

Se parecía a casi todos los de su oficio, como un toro a otro del mismo pelo, pues no poseía ni más ni menos que lo necesario para ser Jefe Civil de pueblos como aquél: una ignorancia absoluta, un temperamento despótico y un grado adquirido en correrías militares. De coronel era el que había ganado en las de su juventud; pero aunque sus amigos y servidores tendían a darle, a veces, el de general, el resto de la población del Distrito prefería llamarlo ño Pernalete.

Estaba despachando con Mujiquita, bajo la égida de un sable pendiente de la pared, envainado, pero con muestras de un uso frecuente en el desniquelado de la tarama, cuando se sintieron en la calle pisadas de caballos.

Empalideciendo de pronto, aunque ya todo lo tenía preparado para aquel preciso momento, Mujiquita exclamó:

—¡Ah, caramba! Se me olvidaba decirle, general.

Y echó el cuento, aduciendo en justificación de la prisa que se había tomado para citar a los vecinos de Santos, el temor de que éste—Luzardo al fin—se hiciera justicia por sí mismo si no encontraba a la autoridad pronta a impartírsela.

—Como usted se había ido para *Las Maporas* sin decirme cuánto tiempo estaría por allá—concluyó—, yo creí que lo mejor era proceder en seguida.

Ño Pernalete lo miró de arriba abajo:

—Ya sabía yo que usted tenía algún entaparado, Mujiquita. Porque desde ayer está como perro con gusano y

en lo que va de hoy, si no se ha asomado cien veces a la puerta, es porque habrán sido más. ¿Conque lo mejor era proceder en seguida? Mire, Mujiquita, ¿usted cree que yo no sé que ese doctorcito que está ahí en la posada es amigo suyo?

Pero ya se detenían en la puerta de la Jefatura doña Bárbara y míster Danger, y ño Pernalete se reservó para después lo que todavía tenía que decirle al secretario. No le convenía que las personas citadas se enteraran de que allí se podía hacer nada sin consentimiento suyo, y salió a recibirlas, aceptando el papel que le obligaba a representar Mujiquita; pero, ¡eso sí!, dispuesto a cobrárselo caro.

—Adelante, mi señora. ¡Caramba! Si no es así no la vemos a usted por aquí. Siéntese, doña Bárbara. Aquí estará más cómoda. ¡Mujiquita! Quite su sombrero de esa silla para que se siente míster Danger. Ya le he dicho varias veces que no ponga el sombrero sobre las sillas.

Mujiquita obedeció solícito. Era el precio, el inevitable vejamen que tenía que sufrirle a ño Pernalete cada vez que se atrevía a meter la mano en ayuda de algún solicitante de justicia; su corona de martirio, hecha de reprimendas insolentes en público, a voz en cuello, para mayor escarnio de su dignidad de hombre. Ya tenía callos en los oídos de tantos recibirlas; pero en aquel pueblo no se daban cuenta de lo que le debían a Mujiquita. —¿Hasta cuándo te estarás metiendo a redentor?—, solía decirle su mujer cuando lo veía llegar a casa, después de aquellos regaños, deprimido, con lágrimas en los ojos. Pero él respondía invariablemente: —Pero, ¡chica!, si no me meto, ¿quién aguanta al coronel?

Y, atolondrado por la vergüenza, estuvo largo rato buscando dónde poner el sombrero.

—Bueno. Aquí estamos a la orden de usted—dijo míster Danger.

Y doña Bárbara, sin disimular el enojo que todo aquello le causaba, agregó:

—Poco ha faltado para que se nos atarrillaran los caba-

llos, por estar aquí, como usted mandaba, al término de la distancia.

Ño Pernalete le echó una mirada furiosa a Mujiquita y en seguida le dijo:

—Ande y búsquese al doctor Luzardo. Dígale que no se haga esperar mucho, que ya están aquí los señores.

Y Mujiquita salió de la Jefatura, diciéndose, bajo el peso del mal presentimiento:

—Lo que soy yo, de ésta pierdo el puesto. Tiene razón mi mujer: ¿quién me manda a meterme a redentor?

*

Momentos después, cuando regresó en compañía de Luzardo, ya la actitud de doña Bárbara era otra: había recobrado su habitual expresión de impasibilidad y sólo un ojo muy zahorí habría podido descubrir en aquel rostro un indicio de pérfida satisfacción reveladora de que se había entendido con ño Pernalete. Sin embargo, tuvo un instante de desconcierto al ver a Luzardo: la intuición fulminante del drama final de su vida.

—Bien—dijo ño Pernalete, sin responder al saludo de Luzardo—. Aquí están los señores que han venido a oir las quejas que usted tiene que formular contra ellos.

—Perfectamente—dijo Luzardo, tomándose el asiento que no le brindaban, pues ni Pernalete estaba por cortesías, ni Mujiquita para demostraciones amistosas que acabaran de comprometerlo—. En primer lugar, y perdóneme la señora que la posponga, el caso del señor Danger...

Y como advirtiese la rápida guiñada de ojos que con el aludido cruzó el Jefe Civil, comprendió que ya se habían entendido entre sí e hizo una pausa para dejarlos gozarse en su picardía.

—Es el caso que el señor Danger tiene en sus corrales —y me sería fácil comprobarlo—reses marcadas con su hierro, pero que, sin embargo, llevan las señales de *Altamira*.

—¿Y eso qué quiere decir?—interpeló el extranjero, sor-

prendido de aquel tema que no era el que esperaba oírle plantear.

—Que no le pertenecen. Simplemente.

—¡Oh! ¡Carramba! Cómo se conoce que usted está tiernito en cosas de llano, doctor Luzardo. ¿No sabe usted que las señales no tienen importancia ninguna, y que lo único que da fe sobre la propiedad de una res es el hierro, siempre que esté debidamente empadronado?

—¿De modo que puede usted cazar orejanos marcados con señales ajenas?

—¿Y por qué no? Yo estoy cansado de hacerlo y usted también lo estaría si se hubiera ocupado antes de su hato. ¿No es así, coronel?

Pero antes de que éste hubiese apoyado la afirmación de míster Danger, Luzardo dijo:

—Basta. Lo que me interesaba era que usted confesara que caza orejanos en *La Barquereña.*

—¿Y no es mía *La Barquereña?* Aquí tengo encima de mi pecho los títulos de mi propiedad. ¿Pretende usted prohibirme que yo haga en mi posesión lo que usted puede hacer en la suya?

—Algo de eso me propongo, realmente. Coronel, tenga la bondad de exigirle al señor Danger que le muestre esos títulos de propiedad.

—Pero, bien—replicó ño Pernalete—. ¿Qué es lo que usted se propone, doctor Luzardo?

—Demostrar que el señor Danger está fuera de la ley, porque no posee la extensión de tierras que la Ley de Llano señala como mínimo para tener derecho a cazar orejanos.

—¡Oh!—hizo míster Danger, a tiempo que palidecía de ira, sin hallar objeción que hacer, pues era cierto lo que afirmaba Luzardo.

Y éste, sin darle tiempo a recobrarse de aquella sorpresa, concluyó:

—¿Ve usted cómo sí conozco mis derechos y estoy dispuesto a defenderlos? ¿Creía usted que yo venía a tratar de la palizada de *Corozalito?* Ahora será usted quien tendrá que

levantarla, porque no teniendo derecho a cazar orejanos, su propiedad debe estar cercada.

—¡Pero, bien!—volvió a exclamar ño Pernalete, descargando un puñetazo sobre la mesa de despacho ante la cual estaba sentado—. ¿Y qué papel hago yo aquí, doctor Luzardo? Porque usted habla en un tono que parece que fuera la autoridad.

—En absoluto, coronel. Hablo en el tono de quien reclama ante la autoridad el cumplimiento de una ley. Y como ya he expuesto el caso del señor Danger, pasemos al de la señora.

Entretanto, doña Bárbara, sin mezclarse en la querella, había demostrado un interés creciente a medida que Santos hablaba. Ya bien impresionada—y muy a pesar suyo—desde que lo vio aparecer en la puerta de la Jefatura, acabó de hacérsele simpática la habilidad con que él le había arrancado al extranjero despreciativo la confesión que necesitaba. En parte, por la astucia misma, que era lo que más podía admirar en alguien doña Bárbara; en parte, porque se trataba de míster Danger y nada podía serle más grato que la derrota de aquel hombre, el único que podía jactarse de no haberse sometido a sus designios, y, finalmente, porque se trataba de un extranjero y doña Bárbara los odiaba de todo corazón.

Pero las últimas palabras de Santos hicieron desaparecer de su rostro la expresión de complacencia y aquél volvió a convertirse para ella en el enemigo de guerra jurada.

—Se trata de que la señora—prosiguió Santos—se niega a darme trabajo en sus sabanas. Trabajo que necesito urgentemente y que la Ley de Llano la obliga a darme.

—Es cierto lo que dice el doctor—manifestó doña Bárbara—. Se lo he negado y se lo niego otra vez.

—¡Más claro no canta un gallo!—exclamó el Jefe Civil.

—Pero la Ley también es clara y terminante—replicó Luzardo—. Y pido que la señora se atenga a ella.

—A ella me atengo, sí, señor.

Sonriendo de la picardía ya concertada entre ambos, ño Pernalete se dirigió al secretario, que hasta allí había estado

como si sólo atendiera a lo que escribía en uno de los libros que estaban sobre la mesa.

—A ver, Mujiquita. Tráigame acá la Ley de Llano vigente.

Cogió el folleto de las manos de Mujiquita, arrebatándoselo casi, lo abrió, pasó unas hojas mojándose de saliva el índice y finalmente exclamó:

—¡Anjá! ¡Aquí está! Vamos a ver qué dice la Ley soberana. Pues sí, señora. El doctor tiene razón; la ley es terminante. Escuche cómo dice: "Todo dueño de hato o fundación está obligado a..."

—Sí—interrumpió doña Bárbara—. Me sé de memoria el artículo ese.

—Entonces—rearguyó ño Pernalete, farsa adelante.

—¿Entonces, qué?

—Que debe atenerse a la ley.

—A ella me atengo, ya lo he dicho. Me niego a darle al doctor el trabajo que me pide. Impóngame usted el castigo que señale la ley.

—¿El castigo? Vamos a ver qué dice la ley soberana.

Pero Luzardo lo interrumpió, diciendo, a tiempo que se ponía de pie:

—No se moleste, coronel. No lo encontrará. La ley no establece para este caso penas de multas ni arrestos, que son las únicas que puede imponer la autoridad civil de que está investido usted.

—¿Y entonces? Le pregunto yo ahora a usted: ¿Qué pretende que yo haga si la ley no me autoriza?

—Ya no pretendo nada. En un principio sí pretendí: que usted le hiciera comprender a la señora que, aunque la ley no determine penas de multas o arrestos, ella obliga de por sí. Obliga a su cumplimiento, pura y simplemente. Y si la señora, por no entenderlo así, no se aviene a lo que exijo, dentro del término de ocho días, la demandaré por ante un tribunal. Como demandaré también al señor Danger por lo que le corresponde. Y basta de explicaciones.

Dicho esto, abandonó la Jefatura.

Hubo un momento de silencio durante el cual Mujiquita se dijo mentalmente:

—¡Ah, Santos Luzardo! El mismo de siempre.

De pronto estalló el Jefe Civil:

—¡Esto no se queda así! Alguno va a pagar la altanería del doctorcito ese. ¡Venir a hablarme a mí de leyes!

Especialmente de leyes que obligasen por sí solas, sin necesidad de la *manu militari,* que era la que él solía meter cuando de leyes se tratare, no podía tolerar ño Pernalete que se le hablase; pero como además de celos de autoridad, a la manera como la entiende el bárbaro, o mejor dicho, a causa de esos mismos celos, ño Pernalete teníale cierta ojeriza a la dueña de *El Miedo* por el tratamiento de potencia a potencia que se veía obligado a darle, en seguida reaccionó contra ella y así que se hubo convencido de que ya Mujiquita—para quien fueron dichas sus anteriores palabras—no tenía más sangre que pudiera afluirle al rostro, agregó, cambiando de tono:

—Ahora le digo yo una cosa, doña Bárbara. Y a usted también, míster Danger. Eso que ha dicho el doctorcito es la pura verdad: las leyes tienen que cumplirse porque sí, pues si no, no serían leyes, que quiere decir mandatos, órdenes del Gobierno de hacer o no hacer tal o cual cosa. Y como parece que ese doctorcito sabe dónde le aprieta el zapato, yo les aconsejo a ustedes que se transen con él. De modo que eche su cerca, míster Danger, porque usted, verdaderamente, no está en ley. Aunque no sea sino para llenar la fórmula. Después, un palo que se cae hoy y otro mañana, y el ganado que para pasar al *Lambedero* no necesita boquetes muy grandes, ¿quién va a fijarse en eso? Vuelve usted a parar los palos, si el vecino reclama, y ellos se volverán a caer, porque esa tierra suya como que no es muy firme. ¿Verdad?

—¡Oh! Muy flojita, coronel. Usted lo ha dicho.

Y descargando sus manazas en los hombros del Jefe Civil, con la familiaridad a que le daba derecho la bribonada que acababa de oir, agregó:

—¡Este coronel tiene más vueltas que un cacho! Por

allá le tengo dos vacas lecheras, muy buenas. Un día de éstos voy a mandárselas.

—Serán bien recibidas, míster Danger.

—¡Ah, coronel bien competente! ¿Quiere ir a echarse un trago conmigo?

—Dentro de un rato. Yo pasaré más tarde por la posada a buscarlo, porque supongo que usted no se va a ir ahora mismo.

—Convenido. Allá lo espero. ¿Y tú, Mujiquita, quieres acompañarme?

—Gracias, míster Danger.

—¡Oh! ¡Esta cosa sí que es rara! Mujiquita no quiere beber hoy. Bueno. Hasta más luego. como dicen ustedes. Hasta más lueguito, doña Bárbara. ¡Ja! ¡Ja! Doña Bárbara se ha quedado muy pensativa esta vez.

En efecto, ceñuda y pensativa, con la mano extendida sobre la Ley de Llano que ño Pernalete acababa de consultar representando la farsa concertada entre ambos para burlarse de las pretensiones de Luzardo, sobre la "Ley de doña Bárbara", como por allí se la llamaba, porque a fuerza de dinero había obtenido que se la elaboraran a la medida de sus desmanes, la mujerona se había quedado rumiando el encono que le habían producido las palabras de Santos Luzardo.

Por primera vez había oído amenaza semejante, y lo que más le encrespaba la cólera era que fuese, precisamente, aquella ley suya, pagada con su dinero, la que la obligase a otorgar cuando se había propuesto negar. Estrujó rabiosamente la hoja del folleto, murmurando:

—¡Que este papel, este pedazo de papel que yo puedo arrugar y volver trizas, tenga fuerza para obligarme a hacer lo que no me da la gana!

Pero estas rabiosas palabras, además de encono, expresaban también otra cosa: un acontecimiento insólito, un respeto que doña Bárbara nunca había sentido.

II

LOS AMANSADORES

Varios días había estado Carmelito poniéndole un veladero a la *Catira* del hatajo del *Cabos Negros*.

No había en *Altamira* padrote más rijoso que este bayo salvaje y por eso era célebre y tenía nombre propio: no podía ver yegua bonita en hatajo ajeno sin que tratara de robársela, ni para impedírselo les era fácil a los demás sementales resistir la carga impetuosa de sus coces y dentelladas. Por otra parte, los hombres no habían encontrado todavía manera de capturarlo. Varias carreras le habían dado; mas por bien disimulados que estuvieran entre el monte los corrales falsos siempre los descubría y escapaba a tiempo.

La *Catira*, blanca y esbelta como una garza, era la potranca más hermosa de su yeguada; pero llegó el tiempo en que, vedada la hija para el amor del caballo salvaje, debía de ser expulsada del hatajo. El *Cabo Negros* le amusgó las orejas le mostró los dientes, haciéndola entender que de allí en adelante no podían continuar juntos, y ella se quedó plantada en medio de la sabana, viendo alejarse la familia de la cual ya no formaba parte, juntos los delgados remos, temblorosos los rosados belfos, tristes los claros ojos.

Vagó sola, desganada y lenta, por los acostumbrados sitios, y de regreso al hato Carmelito la divisó a distancia contemplando la dorada polvareda que allá en el horizonte levantaba el retozo del perdido hatajo.

A la mañana siguiente fue Carmelito a apostarse en el bebedero, encaramado y oculto entre las ramas de un merecure, apercibido el lazo; pero la potranca era tan bellaca como el padre y fue necesario velarla por espacio de una semana.

Al fin cayó en el engaño. Al marotearla, Carmelito la consoló diciéndole: —No te pesará, *Catira*. Estate quieta.

Marisela, como viese el hermoso animal que el peón traía arrebiatado, exclamó:

—¡Qué bestia tan bonita! ¡Quién tuviera una así!

—Te la compro, Carmelito—propúsole Santos.

Pero el peón huraño le respondió secamente:

—No está en venta, doctor.

En el Llano—donde, según el proverbio, propiedad que se mueve no es propiedad—, el dueño de una bestia salvaje es quien la captura, y la costumbre establece que si el propietario del hato la quiere para sí, debe comprársela, por una cantidad que, en realidad, no es sino el pago del trabajo de cazarla y amansarla; pero bien puede aquél negarse a venderla, siempre que la destine a su uso personal.

Laborioso fue el amansamiento, porque la *Catira* tenía un "corcoveo jacheado" que había de ser muy de a caballo para mantenérsele encima; pero bestia que amansara Carmelito, por bellaca que fuese, quedaba como una seda, suave y blanda de boca.

—¿Cómo va la *Catira,* Carmelito?—solía preguntarle Luzardo.

—¡Ahí, doctor! Ya está cogiendito el paso. ¿Y a usted, cómo le va en lo suyo?

Se refería a la tarea de la educación de Marisela, emprendida por Santos.

También Marisela tenía un "corcoveo jacheado". No porque le costase trabajo aprender, sino porque de pronto se enfurruñaba con el maestro.

—Déjeme ir para mi monte otra vez.

—Vete, pues. Pero hasta allá te perseguiré diciéndote: no se dice jallé, sino hallé o encontré; no se dice aguaite, sino mire, vea.

—Es que se me sale sin darme cuenta. Mire, pues, lo que me encontré curucuteando..., registrando por ahí. ¿No le parece bonito para ponerlo con flores en la mesa?

—El florero no es bonito propiamente.

—¿No ve? Ya sabía yo que iba a encontrarle algún defecto.

—Aguarda, criatura. No me has dejado terminar. Que

no sea bonito el florero no es culpa tuya. En cambio, sí me agrada que se te haya ocurrido poner flores en la mesa.

—Ya ve, pues, que no soy tan bruta. Eso no me lo había enseñado usted.

—Nunca he creído que lo seas. Por lo contrario, siempre te he hicho que eres una muchacha inteligente.

—Sí. Ya eso me lo ha dicho bastante.

—Parece que no te agrada oírlo. ¿Qué más quieres que te diga?

—¡Guá! ¿Qué voy a querer yo? ¿Acaso estoy pidiendo más, pues?

—¡El guá, otra vez!

—¡Umjú!

—No te impacientes—concluyó él—. Te llevo la cuenta de los guás y todos los días la cifra va disminuyendo. En todo el de hoy una sola vez se te ha escapado.

Esto en cuanto al vocabulario, corrigiéndoselo a cada momento. Las lecciones, propiamente, eran por las noches. Ya del largo olvido estaban saliendo bastante bien la lectura y la escritura, que fue lo único que, de pequeñita, le había enseñado su padre. Lo demás, todo era nuevo e interesante para ella y lo aprendía con una facilidad extraordinaria. En cuanto a modales y costumbres, los modelos eran señoritas de Caracas, todas bien educadas y exquisitas, amigas de Santos, siempre oportunamente recordadas en las conversaciones con que él animaba las sobremesas.

Marisela sonreía, pues no se le escapaba a su despierta imaginación que todo aquel hablar de las amigas de Caracas era para proponerle a ella algo que debiera imitar. También se enfurruñaba, a veces, si Santos se complacía demasiado en la pintura de los modelos, como generalmente sucedía que empezaran lecciones y terminaran nostalgias de la vida de la ciudad; pero entonces era cuando Marisela aprendía más porque, si el maestro se distraía, su instinto vigilaba. Limpia, presumida ya, todavía silvestre, pero como la flor del paraguatán que embalsama el aire de la mata y perfuma la miel de las aricas, nada quedaba en el aspecto

de Marisela de aquella muchacha que portaba el haz de chamizas sobre la greña inmunda.

Lo mejor que traía en su pacotilla el turco que todos los años, por aquella época, recorría los hatos del cajón de Arauca se lo compró Santos para que anduviese calzada y vestida con decencia. En la confección de los primeros trajes la sacaron del paso las nietas de Melesio Sandoval; para otros hizo de modisto Santos, dibujándole modelos, y esto dio origen a regocijadas escenas, pues si los dibujos no eran del todo malos, los patrones resultaban siempre inimitables y de un gusto deplorable, a veces.

—¡Hum! Yo no me pongo esa mojiganga—protestaba ella.

—Tienes razón—concedía él—. Esto me ha resultado un poco sobrecargado. Tiene de todo, alforzas, faralaes. Quitémosle esto.

—Y esto también. Ese gurrufío por el pescuezo no me lo pongo yo.

—Convengamos en lo del gurrufío, pero di más bien cuello. Y quítaselo también. En esto como en muchas otras cosas tu instinto te dirige rápida y certeramente—concluía Santos, complacido de las felices disposiciones de aquella naturaleza, recia y dúctil a la vez, y viendo en Marisela una personificación del alma de la raza, abierta como el paisaje a toda acción mejoradora.

También le proporcionaba ocupación espiritual, compensadora de las rudas faenas del hato, la empresa de la regeneración de Lorenzo Barquero. Dosificándole la bebida y procurándole ocupaciones físicas y mentales, ya comenzaba a lograr que él mismo se empeñase en quitarse el vicio. Durante el día se lo llevaba consigo a sabanear y en las tertulias de sobremesa se empeñaba en interesarlo con temas que despertasen su aletargada inteligencia, que hacía años no funcionaba sino bajo la acción del alcohol.

Pero, además de producirle las incomparables satisfacciones de toda obra lograda, Marisela le alegraba la casa y le llenaba una necesidad de orden personal. Cuando ella entró en la de *Altamira,* ya ésta no era aquella inmunda madri-

guera de murciélagos donde días antes se metiera él, pues ya había hecho blanquear las paredes manchadas por las horruras de las asquerosas bestias, y fregar los pisos, cubiertos por una capa de barro endurecido, que durante quién sabe cuántos años habían depositado en ellos las plantas de los peones; pero era todavía la casa sin mujer. En lo material, la aguja que no se sabe manejar para zurcir la ropa, la comida servida por un peón; en lo espiritual—que para Santos Luzardo era lo más importante—, la casa sin respeto: el poder estar dentro de ella de cualquier modo, el no importar que en su silencio retumbara la palabra obscena del peón, el descuido de la persona y el enrudecimiento de las costumbres.

Ahora, por lo contrario, después de las rudas faenas de ojeos y carreras, era necesario regresar con un ramo de flores sabaneras para la niña de la casa, cambiarse, quitarse el áspero olor de caballo y de toro que traía adherido a la piel y sentarse a la mesa dando ejemplo de buenos modales y manteniendo una conversación agradable y escogida.

Así, pues, mientras él la iba desbastando de su condición silvestre, Marisela le servía de defensa contra la adaptación a la rustiquez del medio, fuerza incontrastable con que la vida simple y bravía del desierto le imprime su sello a quien se abandona a ella.

Por momentos la discípula se le encabritaba, se le revolvían las sangres, como decía ella, y se negaba a recibir las lecciones o respondía a sus advertencias con aquel brusco:

—"Déjeme ir para mi monte otra vez."

Pero eran arrebatos pasajeros, manifestaciones de carácter que provenían de los mismos sentimientos que Santos estaba despertando en su espíritu. En seguida volvía espontáneamente por lo que había rechazado:

—Bueno. ¿Esta noche no voy a dar lecciones?

Lo mismo que la *Catira,* que después de unos corcoveos cogía el paso por sí sola.

*

Pero Carmelito terminó primero. Con la potranca de diestro se le presentó una tarde a Santos, diciéndole:

—Me voy a permitir una licencia, doctor. Como aquí no hay bestia fina que pueda montar la señorita Marisela, le he amansado la *Catira* para su silla. Aquí la tiene, si quiere probarla usted mismo, antes de que ella la monte. Por eso no se la traigo aperada; pero ahí le tengo también el galápago y su apero completo.

Por el momento, Santos no vio en esto sino una manifestación del carácter de Carmelito, quien en vez de haberle respondido, cuando le propuso comprarle la potranca, que no se la vendía porque pensaba regalársela para Marisela, le dio aquella respuesta brusca. Pero después pensó que el haber escogido Carmelito la persona de Marisela para hacerle a él una demostración de simpatía, en desagravio de la actitud reservada con que lo había acogido, podía significar también que tal vez allá entre los peones se le juzgaba enamorado de la muchacha, y aunque esto nada agregaba a los sentimientos, completamente desinteresados, que ella le inspiraba, no le agradó que pudieran ser interpretados de aquel modo.

Llamó a Marisela para que fuese ella misma quien le diera las gracias.

—¡Qué bueno!—exclamó palmoteando de alegría—. ¡Conque era para mí! ¿Y por qué no me lo había dicho antes, Carmelito? Me ha tenido usted envidiándole esa bestia todos los días. Ensíllemela para dar un paseo.

Y en seguida:

—La cosa es que papá está hoy de mírame y no me toques y no querrá acompañarme.

—Por eso no—díjole Santos—. Puedo acompañarte yo.

Y Carmelito:

—Permítame que yo también vaya, doctor. Quiero ver cómo se desempeña la *Catira* con la señorita. Porque una cosa son las bestias con uno y otra con las mujeres.

La razón era aceptable; pero no la que verdaderamente movía a Carmelito.

Por el camino, dándole conversación, Santos se empeñó

en que acabara de franquearsele. Antonio Sandoval no se cansaba de recomendarle aquel hombre y a él le inspiraba confianza; pero durante largo rato sólo logró arrancarle respuestas breves y secas. Por fin, a una pregunta de Santos, se resolvió a la confidencia que hacía días quería hacerle:

—Yo no nací peón, doctor Luzardo. Mi familia era una de las mejores del pueblo de Achaguas, y en San Fernando y en Caracas mismo tengo muchos parientes que quizá conozca usted—y citó varios, gente de calidad, en efecto—. Mi padre, sin ser rico, tenía de qué vivir. El hato del *Ave María* era suyo. Un día—tendría yo unos quince años, cuando más—asaltaron el hato una pandilla de cuatreros, de las muchas que, por entradas y salidas de aguas, andaban por todo este llano, arrasando con lo ajeno. Venían buscando caballos; pero mi viejo los divisó a tiempo y me dijo: "Carmelito. Hay que sacar de carrera esos cuarenta mostrencos que están en la corraleja y esconderlos en el monte. Llévese los peones que estén por ahí y no regresen hasta que yo no les mande aviso." Sacamos las bestias, después de haberles amarrado a las colas unas ramas, para que ellas mismas fueran borrando sus huellas, y nos internamos en el monte, tres peones y yo. Pastoreando el bestiaje durante el día y velando en la noche, con el agua a la coraza de la silla, muchas veces—porque aquel año fué bravo el invierno y casi todos los montes estaban anegados—estuvimos durante más de una semana pasando hambre. Nos pegó la calentura, y las picadas de los puyones nos pusieron que no nos conocíamos unos a otros, de puro hinchadas que teníamos las caras, y ya las bestias estaban flacas y cubiertas de mataduras, porque las mordió el vampiro y les cayó el gusano, cuando, en vista de que el viejo no me mandaba el aviso de que podíamos regresar, resolví ir hasta la casa, yo solo, a ver qué estaba pasando allá. ¿Pasando? Ya todo había pasado, hacía días. Una zamurada voló de la casa cuando yo pisé el corredor. Los esqueletos, solamente, era lo que quedaba de mi padre y mi madre, y, en mi rincón, Rafaelito, ese hermano de quien le dije el otro día que lo he mandado a llamar para que se venga a trabajar con usted,

Entonces estaba gateando, de meses no más de nacido. Muriéndose de hambre lo recogí del suelo.

Y al cabo de una breve pausa:

—Ese que mientan ño Pernalete estaba entre aquellos cuatreros asesinos. Todavía vive, porque, aunque andaba con los otros, fue el único que no puso sus manos sobre mis viejos, según supe después. Los demás, ya me la pagaron uno a uno. Yo sé que la venganza no es buena; pero es lo único que tenemos por aquí para cobrar deudas de sangre. De más está decirle cómo es que he venido a parar en peón. Aunque de usted lo soy con gusto.

Y volvió a encerrarse en su mutismo, mientras Luzardo hacía los comentarios del caso, con el cálido lenguaje que empleaba cuando se trataba de algo que tuviese relaciones con la violencia enseñoreada de la llanura.

Entretanto, Marisela escuchaba; pero como el tema en que se había engolfado Santos era poco interesante para ella, y, además, no podía perdonar que durante una hora larga todavía no le hubiese dirigido la palabra una sola vez, taloneó los ijares de la *Catira,* haciéndole coger un trote más animado, y rompió a cantar una de esas coplas que para cada sentimiento tiene el cantador llanero.

La letra no se le oía: pero la voz agradable modulaba con gracia la tonada. Santos interrumpió su discurso para prestarle atención, y Carmelito, disipada ya la amargura del recuerdo, se deleitó, también, en el canto bien entonado, y cuando Marisela terminó la copla, dijo:

—¡Ah, doctor! Como que no somos tan malos amansadores, usted y yo. Véale el paso a la *Catira,* por lo que a mí me corresponde. Que tocante a la obra de usted...

III

LOS REBULLONES

Para las puñaladas, Melquíades; para las bribonadas, Balbino; para los mandados, Juan Primito. Sólo que algunos mandados de Juan Primito eran como puñaladas.

Greñudo, piojoso y con una barba hirsuta que no había manera de que conviniese en recortársela, era el recadero de doña Bárbara un bobo con alternativas de lunático furioso, aunque no desprovisto de atisbos de malicia, cuyas manías más singulares consistían en no beber el agua de las casas de *El Miedo,* así tuviese que andar leguas por buscarla en otras, y en colocar sobre los techos de los caneyes cazuelas llenas de los más extraños líquidos, para que bebiesen unos pájaros fantásticos que denominaba rebullones.

A lo que se podía colegir de sus disparatados discursos, los rebullones eran una especie de materialización de los malos instintos de doña Bárbara, pues había cierta relación entre el género de perversa actividad a que ésta se entregara y el líquido que él les ponía a aquéllos para que aplacaran su sed: sangre, si fraguaba un asesinato; aceite y vinagre, si preparaba un litigio; miel de aricas y bilis de ganado mezcladas, si tendía las redes de sus hechizos a alguna futura víctima.

—¡Beban, bichos!—rezongaba Juan Primito al colocar las cazuelas sobre los techos—. ¡Jártense para que dejen quieto al cristiano!

Y como los rebullones casi siempre tenían alguna sed, Juan Primito no bebía el agua de *El Miedo,* no fueran a trocarse las suertes, pues aseguraba que agua donde aquellos pájaros diabólicos metiesen el pico se transformaba en el líquido que apetecieran, y persona que la bebiese inmediatamente recibiría el daño a que otra estuviera sentenciada.

—Ya van a alborotarse otra vuelta los rebullones—se había dicho a raíz de la noticia de la llegada del dueño de *Altamira,* y desde aquel día se le vio a menudo explorando el cielo en espera de la diabólica bandada y ya con sus cazuelas listas para llenarlas con lo que fuese menester.

—¿Qué hubo, Juan Primito?—solían preguntarle los peones de la mujerona, que con aquello se divertían—. ¿Todavía no aparecen?

—Allá como que viene uno—respondíales, poniéndose la mano extendida a la altura de las cejas, como si real-

mente hubiese algo que ver en aquel punto del cielo resplandeciente hacia donde miraba.

No obstante, entre los peones de *El Miedo,* más que por bobo, Juan Primito pasaba por bellaco.

Por fin, una tarde, Juan Primito exclamó:

—¡Ya están aquí los rebullones! ¡Ave María Purísima! Aguaiten, muchachos, cómo viene esa bandada de bichos negros oscureciendo el cielo.

Pero los que estaban en el secreto comprendieron que no era al cielo adonde había que mirar, sino al rostro de doña Bárbara, que regresaba del pueblo con el tajo vertical del ceño bravío en la frente.

Desde aquel momento y durante varios días, Juan Primito se lo pasó, augur de su locura o de su bellaquería —él mismo no habría podido determinar dónde concluía la una y comenzaba la otra—, observando el vuelo de los fantásticos pájaros siniestros para descubrir qué clase de sed traían, en idiota exploración del cielo entre una y otra maliciosas miradas de reojo al rostro de doña Bárbara.

—¿Será aceite y vinagre lo que quieren beber estos bichos? No parece. Porque cuando hay pleito entre manos, ahí mismo hay registradera de papeles. Ese vuelo es muy conocido... ¿Será miel y jiel lo que vienen buscando? Pero si juera asina sería un revoloteo contento, y estos rebullones están volando muy callados... ¡Hum! ¡Como no vaya a ser sangre lo que vengan buscando!

Y así pasaron varios días, sin que tuvieran reposo las cazuelas propiciatorias, de la charca de sangre que dejaban las reses beneficiadas para el consumo del hato a los panales de aricas o a la pulpería por el aceite y vinagre, y a medida que pasaban los días sin que el fiero ceño desapareciese de la frente de doña Bárbara, la idiota manía de Juan Primito se iba convirtiendo en locura frenética.

Parejo frenesí se iba apoderando del ánimo de doña Bárbara, rabioso despecho de no haber podido silenciar para siempre aquella boca que había proferido la primera amenaza que ella escuchara: "y si la señora no se aviene a lo

que exijo, en el término de ocho días la demandaré por ante un tribunal".

Durante las jornadas se entregaba a una actividad febril, a horcajadas sobre el caballo, amazona repugnante de pantalones hombrunos hasta los tobillos bajo la falda recogida al arzón, lazo en mano detrás del ganado altamireño que paciese por sus sabanas, insultando a los peones por el menor descuido y destrozándole los ijares a la bestia con las espuelas, y por las noches se encerraba en el cuarto de las conferencias con el "Socio" y allí permanecía en vela hasta el primer menudeo de los gallos.

—Veremos si se atreve—decíase a menudo, durante el largo soliloquio, paseándose de un extremo a otro de la habitación, detrás de cuya puerta casi siempre estaba Juan Primito escuchando, y éste aseguraba haber oído varias veces el estribillo con que respondía el "Socio":

—¡Se atreverá!

Era la íntima convicción, sentida a pesar suyo y formulada con ronca voz de ira inútil, de que Santos Luzardo cumpliría su palabra.

Ya finalizaba el último día del plazo cuando llamó al recadero.

—Mande, señora—dijo Juan Primito, plantándosele por delante con la sonrisa que en su faz de idiota ponían el pavor supersticioso y la sumisión incondicional, y a tiempo que se hurgaba nerviosamente la inmunda barba con el negro garabato de la uña.

—Vas a ir a *Altamira* ahora mismo. Preguntas por el doctor Luzardo y le dices de mi parte que puede proceder cuando quiera al trabajo que me ha pedido y que me avise hora y punto para mandar mi gente.

Juan Primito le vio fulgurar en las negras pupilas la siniestra intención y antes de ponerse en marcha llenó de prisa todas sus cazuelas en la charca del degolladero y las colocó sobre los techos de los caneyes, murmurando:

—¡Era sangre lo que querían! ¡Beban, bichos! ¡Jártense y dejen quieto al cristiano!

Nadie como Juan Primito para tragarse las leguas al tran-

co precipitado de su marcha, volviendo a cada momento la cabeza, cual si se sintiera perseguido, y murmurando:

—¡Estas mujeres del demonio!

Pero no se refería especialmente a doña Bárbara, ni por el encargo que acababa de darle, sino a la mujer en general, tema de una extraña manía persecutoria que se le iba desarrollando a medida que caminaba por la sabana desierta.

Aquella tarde, además, espoleábalo el deseo de ver a Marisela.

Unico afecto de su espíritu simple, nunca hubo para Juan Primito mayor placer que el de conversar con Marisela; sólo a ella le mostraba la pequeña porción razonable de su alma: las amarguras del hombre que había dentro del bobo. La había visto nacer; ocurrencia suya fue el nombre que a ella le pusieron; entre sus brazos, repudiada por la madre y aborrecida por el padre, la había acunado, aya solícita por tierna ambigüedad de bobería, y si algunas palabras dulces había escuchado Marisela eran las de aquel llamarla: "Niña de mis ojos", que salían de los labios belfos, por entre la pelambre asquerosa, como de los negros panales la miel de las aricas. Dinero que cayera en las manos de Juan Primito fue siempre para regalar a la niña de sus ojos con cuanta baratija vistosa llevaran en sus pacotillas los buhoneros que pasaban por el hato, y después cuando lanzado de su casa Lorenzo Barquero y refugiado en el rancho del palmar se abandonó por completo a la borrachera, si ella no habíá pasado hambre la mayor parte de los días, era porque aquél le llevaba diariamente las sobras de la comida de la peonada de *El Miedo*.

—Aquí te traigo tus retallones, niña de mis ojos—decíale, mostrándole el porsiacaso lleno, quién sabe con cuánta amargura bajo la risa idiota.

Luego, el cúmulo de disparates que él iba ensartando en su charla atropellada y las risotadas con que ella se los celebraba, y el gusto que él ponía en oírselas, y el placer que ella encontraba en hacérselos decir, pero, almas adentro, el afecto recíproco, luz de la vida simple.

Santos Luzardo lo había privado de este placer al lle-

varse a Marisela para *Altamira*. Hasta allá habría ido a verla diariamente, porque para él no existían distancias; pero los peones de *El Miedo*, entre groseras chanzas, le habían dicho:

—Te quitaron la novia, Juan Primito.

Y esto, enfureciéndolo, fue como remover una charca dormida; celos bestiales y pensamientos ruines, fango del alma elemental, turbáronle el puro afecto, y Marisela se le convirtió, de pronto, en una de aquellas mujeres de su manía persecutoria que corrían desnudas detrás de él, visionario, por la sabana desierta.

Atormentado por esta visión cruel, tuvo su paso de luna y poco faltó para que doña Bárbara ordenara ponerle la chaqueta de fuerza.

Pasado el acceso de furia, no volvió a nombrar a Marisela, y cuando le preguntaban por ella respondía:

—¡Guá! ¿No sabe que se murió? Esa que está en *Altamira* es otra persona.

No obstante, aquella tarde no le daban abasto las piernas tragaleguas para la prisa que llevaba por verla. Realmente, parecía otra persona aquella Marisela que le salió al encuentro.

—¡Niña de mis ojos!—exclamó, deteniéndose alelado—. ¿Eres tú?

—¿Quién voy a ser, Juan Primito?—replicó ella, soltando la risa entre azorada y complacida.

—¡Pero si estás rebuenamoza, muchacha! ¡Y hasta has engordado! ¡Cómo se conoce que ahora comes completo! ¿Y ese camisón tan bonito, quién te lo compró? ¿Y esos zapatos? ¡Tú con zapatos, niña de mis ojos!

—¡Umjú!—hizo Marisela, enrojeciendo de la vergüenza que aquellas exclamaciones le sacaban a la cara—. ¡Qué preguntón y qué antipático te has puesto, Juan Primito!

—Es que me da gusto verte asina. Estás más linda que la flor de la maravilla. ¡Lo que pueden los trapos!

—Ya lo sabes, pues, para que te cambies esos que llevas encima, que ya dan grima.

—¿Vestirme yo de limpio? Eso está bueno para ti, que

tienes a quién lucirle. ¿Te quiere mucho? Dime la verdad.

—No seas pajuato, Juan Primito—replicó, enrojeciendo de nuevo.

Pero era otro rubor el que ahora le reventaba en las mejillas y aterciopelaba los hermosos ojos.

—¡Hum!—hizo el bobo con entonación maliciosa—. No me lo niegues, que yo lo sé toitico.

Marisela iba a protestar para que la agradable broma siguiera, pero Juan Primito agregó:

—Me lo contó un pajarito que va siempre por allá.

Y a ella se le ocurrió replicar:

—¿Un rebullón?

Y la palabra maquinalmente pronunciada trajo consigo pensamientos graves. Enseriándose de pronto, interrogó:

—¿Están alborotados los rebullones por allá?

Allá era el término que solía emplear cuando necesitaba referirse a la madre, a quien nunca nombraba.

—¡No me digas, chica!—repuso Juan Primito—. Si en *El Miedo* ya no se puede vivir. Ese alboroto que forman esos bichos, revoloteando todo el santo día por encima de los caneyes. ¡Ave María Purísima! Ya estoy aborrecido de tanto bregar con esos pájaros del infierno. De buena gana me vendría yo para acá, para estar a la vera tuya; pero no puedo, chica. Yo tengo que estar allá, pendiente de los rebullones, para ponerles la bebida a tiempo, porque si no... ¡Ah, caramba! Tú no sabes lo que son los rebullones. Esos bichos son muy malucos, niña de mis ojos. Malos de verdad.

—¿Y en estos días, qué le has puesto para que beban? —inquirió Marisela, con acento intencionado por la preocupación que acababa de asaltarla.

—Sangre, chica—respondió muy sonreído—. Esos rebullones tienen unas cosas, ¡chica! Miren que y que gustales beber sangre, que debe de ser tan maluca, ¿verdad, chica? En denante mismo les llené las perolitas, antes de salir para acá. Ya a estas horas deben de estar jartos.

Y en seguida:

—Antes que se me olvide. ¿Por dónde anda el dotol Luzardo? Traigo un recado de la señora para él.

Y esto, dicho a continuación de aquello, ardid socorrido de Juan Primito para advertir a quien le llevase algún recado de doña Bárbara de las intenciones que a ella le atribuyera, hizo estremecerse a Marisela.

—¿Hasta cuándo vas a estar en ese oficio, idiota?—lo interpeló colérica—. Vas a condenarte por estar trayendo y llevando. ¡Sal de aquí inmediatamente!

Pero en esto intervino Santos Luzardo, que hacía rato estaba por allí, atento a la conversación del bobo con la muchacha.

—Déjalo, Marisela. Diga, Juan Primito, ¿qué recado es ese que me trae?

Se volvió con risueña sorpresa y a tiempo que la emprendía a uñazos con la maraña de la barba, despachó su comisión con las mismas palabras de doña Bárbara.

—Dígale que en *Mata Obscura,* mañana, al amanecer, estaré con mi gente—repuso Luzardo y en seguida penetró en la casa.

Marisela esperó a que no pudiese oírla Luzardo y, agarrando a Juan Primito por los brazos, lo sacudió con furia y le dijo:

—Como vuelvas a venir por aquí con recados de allá, te voy a echar los perros.

—¿A mí, niña de mis ojos?—exclamó él, entre aterrorizado y resentido.

—Sí, a ti. Y ahora quítateme de por delante. ¡Anda vete ya de por todo esto!

Y Juan Primito regresó a *El Miedo* con la tristeza de que lo hubiese despedido así la niña de sus ojos, cuando él había ido tan contento sólo porque volvería a verla. Además, ¿no era un bien lo que había hecho, diciendo aquello de la sangre para que Luzardo supiera a qué atenerse?

Pero cuando llegó a *El Miedo* ya se le había disipado el resentimiento y después de repetirle a doña Bárbara las palabras de Santos Luzardo, rompió a hablar de Marisela:

—¡Si usted la viera, doña! No la conocería. ¡Ah, muchacha para haberse puesto buenamoza de verdad! ¡Esos ojotes tan requetelindos! Más bonitos que los de usté, doña.

Y aseadita que da gusto verla. Bien vestida que la tiene el dotol, desde zapatos p'arriba. ¡Sabroso que debe ser para un hombre—¿ah, doña?—tener a la vera suya una mujer tan bonita como está esa muchacha!

Nada que se refiriera a Marisela le había interesado nunca a doña Bárbara, pues respecto a ella ni siquiera había experimentado el amoroso instinto de la bestia madre por el hijo mamantón; pero de donde no existían sentimientos maternales, las palabras de Juan Primito hicieron saltar, de pronto, impetuosos celos de mujer.

—Bueno. Eso no me interesa—dijo al mandadero impertinente—. Puedes retirarte.

Pero Juan Primito, si se hubiera fijado un poco, habría descubierto en seguida qué sed tenían entonces los rebullones.

IV

EL RODEO

Aquella noche se comentó mucho el caso entre los peones de *Altamira*. Era la primera vez que se tenían noticias de que doña Bárbara diese su brazo a torcer, y a la madrugada siguiente, cuando ya aquéllos estaban ensillando, Antonio les recomendó:

—No sería malo que llevaran sus revólveres, los que lo tengan, porque bien puede ser que no sea con ganado solamente que tengamos hoy que bregar.

A lo que replicó *Pajarote:*

—Yo, revólver no llevo porque el mío lo tengo empeñado; pero, a la casualidad, aquí estoy metiendo bajo la coraza esta puntica de machete. Mide su media vara corridita y lo demás lo pone la estirada del brazo.

Y con esta disposición de ánimos partieron antes de clarear el día, rumbo a *Mata Obscura,* con Santos Luzardo a la cabeza.

Eran, apenas, los cinco peones fieles que a su llegada había encontrado Luzardo y tres sabaneros más, que, a mucho

instar, logró conseguir Antonio, pues toda la gente de trabajo que por allí podía encontrarse había sido contratada por doña Bárbara a fin de que no fuesen a engrosar la peonada de *Altamira;* pero todos eran gente muy llanera, bien montada y dispuesta a multiplicarse en obsequio de aquel que había venido a enfrentársele a la cacica del Arauca.

La sabana dormía aún, negra y silenciosa, bajo el chisporroteo de las constelaciones, y a medida que la cabalgata se alejaba de las casas, la marcha repercutía a distancias en carreras atropelladas de hatajos y de cimarrones que huían a sus escondites al ventear al hombre. Eran apenas masas más obscuras que la noche que se movían por entre los pajonales o leve rumor de éstos, agitados por la fuga de las reses; pero los sentidos sutilísimos del llanero no necesitaban indicios más seguros para permitirles afirmar:

—Esa es la rochela del barroso de *Uverito.* Ahí van más de cien reses huyendo.

—Allá va el hatajo de *Cabos Negros,* rumbeando hacia *Corozalito.*

Con el alba llegaron al sitio de la reunión. Ya los de *El Miedo* estaban allí, capitaneados por doña Bárbara y aleccionados para trabajar de modo de ahuyentar el ganado que Luzardo se proponía recoger, pues entre la hacienda altamireña que se majadeaba por allí había gran cantidad de vacas, cuyos becerros, todavía mamantones, ya tenían marcado el hierro de *El Miedo,* procedimiento predilecto de doña Bárbara para robarse las reses ajenas, al amparo de la complicidad de los mayodomos de las fincas descuidadas por sus dueños.

Pero la astucia de Antonio se adelantó a la bellaquería de la mujerona. Viendo el gran número de vaqueros que con ella estaban, díjole a Santos:

—Ha traído tanta gente para que usted se confíe y se abra con un levante en grande y luego ellos espantar el ganado, picando para afuera, como ya lo han hecho otras veces.

Y a la insinuación de Antonio, una vez más Santos se trazó rápidamente su plan. Saludó a la vecina, descubrién-

dose, pero sin acercársele. Ella avanzó a tenderle la mano con una sonrisa alevosa y él hizo un gesto de extrañeza; era casi otra mujer, muy distinta de aquella, de desagradable aspecto hombruno, que días antes había visto por primera vez en la Jefatura Civil.

Brillantes los ojos turbadores de hembra sensual, recogidos, como para besar, los carnosos labios con un enigmático pliegue en las comisuras, la tez cálida, endrino y lacio el cabello abundante. Llevaba un pañuelo azul de seda anudado al cuello, con las puntas sobre el escote de la blusa; usaba una falda amazona, y hasta el sombrero "pelodeguama", típico del llanero, única prenda masculina en su atavío, llevábalo con cierta gracia femenil. Finalmente, montaba a mujeriegas, cosa que no acostumbraba en el trabajo, y todo esto hacía olvidar a la famosa marimacho.

No podía escapársele a Santos que la feminidad que ahora ostentaba tenía por objeto producirle una impresión agradable; mas, por muy prevenido que estuviese, no pudo menos de admirarla.

Por su parte, al mirarlo a los ojos, a ella también se le borró, de pronto, la sonrisa alevosa que traía en el rostro, y sintió una vez más, pero ahora con toda la fuerza de las intuiciones propias de los espíritus fatalistas, que desde aquel momento su vida tomaba un rumbo imprevisto. Se le olvidaron las actitudes zalameras que llevaba estudiadas; se le atropellaron y dispersaron por el tenebroso corazón los propósitos inspirados en la pasión fundamental de su vida—el odio al varón—; pero sólo se dio cuenta de que sus sentimientos habituales la abandonaban de pronto. ¿Cuáles los reemplazaron? Era cosa que por el momento no podía discernir.

Cambiaron algunas palabras. Santos Luzardo parecía esmerarse en ser cortés, como si hablara en un salón con una dama de respeto, y ella, al oir aquellas palabras correctas, pero al mismo tiempo secas, casi no se daba cuenta de lo que respondía. La subyugaba aquel insólito aspecto varonil, aquella mezcla de dignidad y de delicadeza que nunca había encontrado en los hombres que la trataron, aquella impre-

sión de fortaleza y de dominio de sí mismo que trascendía del fuego reposado de las miradas del joven, de sus ademanes justos, de sus palabras netamente pronunciadas, y aunque él apenas le dirigía las imprescindibles, relativas al trabajo, a ella le parecía que se complaciera en hablarle, sólo por el gusto que encontraba en oírlo.

Entretanto, Balbino Paiba no les quitaba la vista y disimulaba su contrariedad haciendo burlas de Luzardo que hacían sonreir a los peones de *El Miedo,* mientras, más allá, los de *Altamira* se cambiaban sus impresiones acerca de todo aquello.

Luego, Santos comenzó a dar las órdenes relativas al trabajo; pero Balbino, en cuya cabeza ninguna idea perversa podía estarse quieta, se precipitó a interrumpirlo:

—Somos treinta y tres hombres y se puede hacer un buen levante picando bien abierto.

Satisfecho de su perspicacia, Antonio cruzó una mirada con Santos, y éste replicó:

—No hay necesidad de eso. Además, vamos a trabajar por grupos proporcionales: un vaquero de los míos para tres de ustedes, ya que nos llevan triplicados en número.

—¿Y ese entreveramiento, para qué?—objetó Balbino—. aquí siempre se ha trabajado por separado, cada hato por su hierro.

—Sí. Pero hoy se trabajará de otro modo.

—¿Es que tiene desconfianza de nosotros?—insistió Paiba, protestando contra el procedimiento que frustraba los planes de doña Bárbara, pues, controlados por los de *Altamira,* los vaqueros de *El Miedo* no podrían manejarse conforme a las instrucciones recibidas.

Pero antes que Luzardo respondiese a la altanera interrogación, intervino doña Bárbara:

—Se hará como usted disponga, doctor. Y si le parece que sobra gente de la mía puedo hacerla retirarse en seguida.

—No es necesario, señora—repuso Santos, secamente.

Sorprendidos por aquella ocurrencia intempestiva, los de *El Miedo* se miraron entre sí, unos con visible disgusto y otros con expresión maliciosa, según el grado de su adhesión

a doña Bárbara, a tiempo que Balbino Paiba se daba las características manotadas a los bigotes y, en el bando contrario, *Pajarote,* aparentemente distraído, canturreaba entre dientes los dos primeros versos de la maliciosa copla:

El toro pita a la vaca
y el novillo se retira...

Con lo cual expresaba el pensamiento que a todos se les había ocurrido:

—Ya la mujer se enamoró del doctor. Ya Balbino puede ir despidiéndose de sus comederos.

Entretanto, Luzardo había dicho:

—Encárgate tú, Antonio, de dirigir la operación.

Y éste, asumiendo el carácter de caporal de sabana, comenzó a dictar sus órdenes:

—Salga de allá el del caballo marmoleado, con cinco compañeros más para Carmelito y *Pajarote,* a picar por detrás de aquel jarizal. Todo el ganado que se majadea por ahí corre para arriba y así hay que levantarlo. Es con usted, amigo.

Dirigíase al Mondragón apodado el *Onza.* Lo dejaba en libertad de acompañarse con sus hermanos; pero los obligaba a entendérselas con Carmelito y *Pajarote,* que eran tan hombrones como ellos.

—Tengo mi apelativo—replicó, amoscado y sin moverse a cumplir la orden que le daban, y entonces fueron los altamireños quienes se cruzaron miradas de alerta, como diciéndose:

—Ya va a reventar la cosa.

Pero volvió a intervenir doña Bárbara:

—Haga lo que le dicen, y si no retírese.

Obedeció el Mondragón, aunque sin dejar de refunfuñar, y después de haber escogido como compañeros a sus dos hermanos, dijo:

—Hay dos puestos más para los que quieran venirse con nosotros—a tiempo que Carmelito y *Pajarote* se cruzaban una mirada rápida, que el segundo acompañó con esta frase entre dientes:

—Ahora vamos a ver si son braguetas o pretinas.

Antonio siguió distribuyendo los vaqueros en grupos que partieron en distintas direcciones y luego invitó a Balbino:

—Si usted quiere venirse conmigo...

Con esto le guardaba las consideraciones de caporal o mayordomo de *El Miedo,* par suyo en todo caso; pero, a la vez, se procuraba a sí mismo una oportunidad análoga a la que les deparó a Carmelito y *Pajarote,* pues entre él y Balbino se habían quedado pendientes las altaneras palabras del segundo la mañana de la doma del alazán.

Pero Balbino rechazó la invitación, diciendo socarronamente:

—Gracias, don Antonio. Yo me quedo por aquí con el blancaje.

Denomina así el llanero a la reunión de los dueños de hatos que asisten a los rodeos, sin tomar parte en los trabajos y sólo para vigilar sus intereses a la hora del reparto del ganado recogido. En tiempos de José Luzardo, y durante las vaquerías generales, el "blancaje" lo componían más de veinte propietarios de aquella porción del Arauca, de cuyas fincas, englobadas ahora en el latifundio de doña Bárbara, sólo quedaban los nombres para designar matas y sabanas de *El Miedo.*

Haciéndose reflexiones a propósito de esto, Santos permaneció largo rato ajeno al charloteo con que su vecina trataba de iniciar la conversación amistosa, dirigiéndose aparentemente a Balbino, pero con temas que, a fuer de cortés, lo obligaban a intervenir.

Por fin se decidió a dirigirle la palabra francamente:

—¿No ha visto nunca un rodeo, doctor Luzardo?

—Cuando muchacho—respondió, sin volverse a mirarla—. Ahora todo esto es casi nuevo para mí.

—¿De veras? ¿Se le han olvidado las costumbres de su tierra?

—Imagínese. Tantos años fuera de ella.

Se quedó mirándolo un buen rato, con ojos acariciadores, y luego dijo:

—Sin embargo, ya he oído contar su hazaña con el ala-

zano, apenas recién llegado. Como que no es usted tan olvidadizo como se quiere pintar.

La voz de doña Bárbara, flauta del demonio andrógino que alentaba en ella, grave rumor de selva y agudo lamento de llanura, tenía un matiz singular, hechizo de los hombres que la oían; pero Santos Luzardo no se había quedado allí para deleitarse con ella. Cierto era que, por un momento, había experimentado la curiosidad, meramente intelectual, de asomarse sobre el abismo de aquella alma, de sondear el enigma de aquella mezcla de lo agradable y lo atroz, interesante, sin duda, como lo son todas las monstruosidades de la naturaleza; pero, en seguida, lo asaltó un subitáneo sentimiento de repulsión por la compañía de aquella mujer, no porque fuera su enemiga, sino por algo mucho más íntimo y profundo, que por el momento no pudo discernir, pero que lo hizo cortar bruscamente la absurda charla y alejarse de allí en dirección al paraje donde unos peones de *El Miedo* vigilaban los novillos madrineros, núcleo del rodeo.

Balbino Paiba sonrió y se atusó los bigotes, pero, aunque estuvo largo rato observándola de soslayo, no vio aparecer en aquel rostro el aletazo de las cejas que se juntaban y se separaban rápidamente, signo del arrebato de cólera, sino una expresión que él no le conocía, un aire de pensamientos lejanos.

Entretanto, levantada por los vaqueros, la hacienda empezaba a poblar y a animar la sabana, aparentemente desierta hasta entonces. Numerosos rebaños surgían de las matas y de los bajíos distantes, en alegres tropeles los que estaban compuestos por reses acostumbradas al pique, adelante los padrotes y retozando en torno a las madres los becerros mamantones; otros, más ariscos, abriéndose en puntas y lanzando mugidos de miedo.

Oíanse los gritos de los vaqueros. Correteaban ya por todas partes reses señeras, tratando de salirse del cerco que estrechaban los caballos; se engrillaban, aquí y allá, los toros bravos, ganosos de arremeter; pero las atropelladas se hacían irresistibles por momentos, repercutían a distancia lanzando en tropeles las madrinas de mansos, y éstos se lle-

vaban por delante las reses bravas que intentaban defenderse, convirtiéndoles la furia en miedo.

Ya algunas puntas empezaban a reunirse en el sitio donde estaban los novillos madrineros; pero otras se resistían, y los jinetes, que ya venían picando de cerca, tenían que multiplicarse para atropellarlas por distintos puntos, caracoleando los caballos, haciéndolos sentarse sobre los corvejones a la refrenada violenta, en la brusca enmienda de la carrera.

El rodeo crecía por momentos, alborotándose más y más con los torrentes de bravura que por todas partes convergían hacia el paradero. Se levantaban las polvaredas, se encrespaba la gritería de los vaqueros.

—¡Jilloo! ¡Jilloo! Sujeta por ahí, ¡oh! ¡Apretá! ¡Apretá!

Santos Luzardo contemplaba el animado espectáculo, con miradas enardecidas por las tufaradas de los recuerdos de la niñez, cuando al lado del padre compartía con los peones los peligros del levante. Sus nervios, que ya habían olvidado la bárbara emoción, volvían a experimentarla vibrando acordes con el estremecimiento de coraje con que hombres y bestias acudían a la llanura, y ésta le parecía más ancha, más imponente y hermosa que nunca, porque dentro de sus dilatados términos iba el hombre dominando la bestia y había sitio de sobra para muchos.

Ya estaba parado el rodeo. Eran centenares de reses congregadas. La faena había sido recia, los caballos jadeaban bañados de sudor, cubiertos de espuma, ensangrentados los ijares, y muchos habían sido heridos por las cornadas de los toros; pero aún no había concluído, pues eran muchas las reses bravas y estaban inquietas, correteando por las orillas de la madrina o abriéndose paso entre ellas con furiosas arremetidas, venteando la sabana libre, ganosas de barajustarse, sin darles tregua a los sujetadores. Un clamoreo ensordecedor llenaba el ámbito de la llanura; los mugidos de las vacas que llamaban a sus becerros extraviados y los balidos lastimeros de ellos, buscándolas por entre la barahunda; los bramidos de los padrotes que habían perdido el gobierno de sus rebaños y el cabildeo con que éstos les

contestaban; el entrechocar de los cuernos, los crujidos de los recios costillares, la gritería de los vaqueros enronquecidos.

Ya parecía que el ganado empezaba a darse. Comenzaban a reconocerse los padrotes de los distintos rebaños, y a medida que éstos se iban congregando en torno a aquéllos, se arremansaban los torbellinos de bravura y disminuía el cabildeo, dejando oir el canto apaciguador de los sostenedores. Ya éstos se habían acomodado en sus puestos, formando un gran círculo en torno al rodeo, mientras aquellos vaqueros que traían los caballos heridos se encaminaban a una mata cercana a cambiarlos por sus remontas, y ya Antonio iba a dar la orden de sacar los toros madrineros para proceder al aparte, cuando, de pronto, un descuido de uno de los sostenedores, que se había apeado para apretarle la cincha a la bestia, a tiempo que un toro se abría paso en el centro de la madrina con una arremetida impetuosa, precipitó la avalancha del desbarajuste.

—¡Apretá!—gritaron, a una sola voz, todos los que se dieron cuenta del peligro, y muchos vaqueros acudieron en tropel a contener la dispersión inminente.

Pero ya era tarde. Con un empuje formidable el ganado se había precipitado por la brecha en pos del toro que la abriera, y se disgregaba en puntas por la sabana.

—¡Maldita bruja!—exclamaron los peones de *Altamira,* atribuyendo el suceso a maleficios de doña Bárbara. Pero a Antonio no se le escapó que el aparente descuido del sostenedor—que era el Mondragón apodado el *Onza*—había sido acto deliberado.

En efecto, como advirtiese el *Onza* que eran muchas las vacas altamireñas cuyos becerros mamantones ostentaban ya el hierro fraudulento de *El Miedo,* se valió del pretexto de apretarle la cincha a su caballo en el preciso momento en que el toro, abriéndose paso por entre la madrina, amenazaba llevársela en pos de sí.

Cara le resultó su adhesión a doña Bárbara, pues el barajuste lo arrolló con caballo y todo, y cuando se disipó la polvareda levantada por las pezuñas, los que acudieron al

sitio donde él había caído sólo encontraron una masa informe, ya inerte, cubierta de sangre y tierra.

Entretanto, Santos Luzardo, arrebatado por el instinto llanero, le había dado rienda suelta a su caballo, sumándose al tropel de los vaqueros.

Alguien le gritó:

—Por aquella punta de mata va a reventar la hacienda y alante viene un toro de cuidado.

Era *Pajarote* que corría a reunírsele.

Hacia él acudían también Antonio y Carmelito y dos vaqueros de *El Miedo*. Todos traían la soga en la diestra preparados para enlazar al toro que había sido el causante del desbarajuste.

Santos abrió el lazo, buscando el claro de la punta de mata que indicara *Pajarote*.

Inmediatamente comenzó a desembocar por allí el tropel de la hacienda. A los gritos de los vaqueros, rumbeó hacia arriba, buscando el vado de un caño que cortaba la sabana; pero del tumulto de reses se desprendió, ofreciendo pelea, un toro grande y bien armado.

—Ese es el melao frontino que hace dos años nos está dando brega—advirtió *Pajarote*—. Pero esta vez no se nos escapará.

El animal se detuvo un instante, correteó luego, de aquí para allá, con el cuello engrillado y la mirada zigzagueante sobre los hombres que lo acosaban por distintos puntos, y al cabo se disparó a lo largo de la orilla del monte que venía costeando Luzardo.

—Abrale el lazo ligero, que ya lo tiene encima—gritó *Pajarote*.

A tiempo que Carmelito y Antonio, viéndolo en peligro entre la mata y el toro, le aconsejaban, mientras corrían en su auxilio:

—Despéguese de la costa del monte, que el bicho lo va acosando.

—Sáquele el caballo de una vez.

Santos Luzardo no oía las advertencias; pero tampoco las necesitaba: no se le habían olvidado del todo las ha-

bilidades de los quince años. Con una rápida maniobra de jinete experimentado hurtó el encontronazo, cortándole el terreno al toro, y lanzó la soga por encima del anca del caballo. El orejano se la llevó en los cuernos y *Pajarote* exclamó entusiasmado:

—¡Y de media cabeza, por si hay exigentes por aquí!

En seguida, Santos paró en seco el caballo para que templara; pero se trataba de un toro de gran poder, que necesitaba más de una soga para ser derribado, y cuando ésta se tezó, vibrante, al formidable envión del orejano, la bestia, brutalmente tirada de la cola, se sentó sobre los corvejones, lanzando un gemido estrangulado, y ya el toro se revolvía contra ella, cuando Antonio, Carmelito y *Pajarote* lanzaron sus lazos, a un mismo tiempo, y un triple grito al verlos caer sobre los cuernos.

—¡Lo vestimos!

Templaron los caballos, vibraron la sogas y el orejano se aspeó sobre la tierra, levantando una polvareda.

Apenas había caído y ya tenía encima a los peones.

—Guayuquéalo tú, *Pajarote*—ordenó Antonio—, que yo lo mancorno, mientras Carmelito lo barrea.

Y Luzardo, acordándose de sus tiempos:

—Naricéenlo y cápenlo ahí mismo.

Pajarote se apoderó del rabo del toro, se lo pasó por entre las patas traseras y tirando de él con todas sus fuerzas, se le sentó en los costillares, mientras Antonio lo mancornaba contra el suelo. Inutilizado así el orejano, antes de que hubiese tenido tiempo de reponerse del aturdimiento de la caída, Carmelito le taladró la nariz, le pasó por la herida el cabo de la soga nariceadora, lo castró de un tajo rápido y sabio, y le marcó las orejas con las señales de *Altamira*.

—Ya éste no nos dará más guerra—dijo, al concluir la operación—. Por ahora, peguémoslo a la pata de un palo.

—Es que este bigarro es luzardero consecuente y no quería que le fueran a poner otro hierro que el que llevó su mae—agregó *Pajarote*—. Estaba esperando que el amo

viniera para entregársele en sus manos. Por eso no lo pudimos enguaralar en la vaquería pasada.

—Y lo enguaralaron con lujo—concluyó Carmelito—. Si así enlazan los desacostumbrados, ¿qué nos dejarán para nosotros?

Y Antonio Sandoval, complacido de la proeza del amo:

—Llanero es llanero hasta la quinta generación.

Entretanto, doña Bárbara se acercaba, con la sonrisa en el rostro, diciendo:

—¡Ah llanero bellaco que es usted! Y que se le habían olvidado las costumbres de su tierra.

Al hablar así, ni recordaba el desaire sufrido pocos momentos antes, ni tenía presente que ella también sabía, y mucho mejor que Luzardo, enlazar un toro y castrarlo en plena sabana.

Era solamente una mujer que le había visto ejecutar una proeza a un hombre interesante.

—Esto no lo he hecho yo solo, por lo tanto, no tiene mérito—replicó Santos—. En cambio, usted, según ya he oído decir, tumba como el más hábil de sus vaqueros.

Doña Bárbara sonrió y repuso:

—Ya veo que le han hablado de mí. ¿Cuántas cosas le habrán dicho? Yo también podría contarle otras que tal vez no le habrán referido y que no dejan de tener interés. Pero ya habrá tiempo, ¿verdad?

—Tiempo no faltará, seguramente—repuso Luzardo, en un tono que le hiciera comprender el poco gusto que ponía en hablarle.

Sin embargo, doña Bárbara no lo interpretó así y se dijo:

—Ya éste también cayó en el rodeo.

Pero Luzardo, aplicando espuelas para reunirse a sus peones, que ya se alejaban, después de haber amarrado el orejano al pie de uno de los árboles de la mata, la dejó plantada otra vez en medio de la sabana.

Permaneció un buen rato en el sitio, viendo alejarse al hombre esquivo, con la ilusionada sonrisa de triunfo en el rostro, y murmurando:

—Déjalo que se vaya. Ya éste lleva la soga a rastras.

Más allá, humillada la testuz contra el pie del árbol, el toro mutilado bramaba sordamente.

Doña Bárbara sonrió de otra manera.

V

LAS MUDANZAS DE DOÑA BÁRBARA

Las singulares transformaciones que desde aquel día comenzaron a operarse en doña Bárbara provocaban entre la peonada de *El Miedo* comentarios socarrones.

—¡Ah, compañero! ¿Qué le estará pasando a la señora que ya no llega por aquí, como enantes, cuando se le revolvían las sangres del blanco y de la india, esponjada y gritona como una chenchena? Ni tampoco viene a tocar la bandurria y a contrapuntearse con nosotros, como le gustaba hacerlo cuando estaba de buenas. Ahora se la pasa metida en los corotos, hecha una verdadera señora, y hasta con el mismo don Balbino: ¡si te he visto, no me acuerdo!

—¡Ah caramba, compañero! ¿No sabe usted que a conforme es el pez, ansina tiene que ser guaral? Este de ahora no es de los que andan en ribazones y caen de un tarrayazo zumbado de cualquier modo. Hay que trabajarlo fino de guaral, para que muerda la carnada.

Pero pasaban los días y Luzardo no aparecía por todo aquello.

—¿Ah, compañero, ese pez como que no ajila? Ni el aguaje se le ve por todo esto.

—Ese como que es de los que no se emborrachan ni que les embarbasquen el agua—respondía el interpelado, aludiendo al bebedizo embrujador que doña Bárbara les daba a los hombres que enamorara, para destruirles la voluntad.

No faltó tampoco la alusión a las misteriosas veladas del cuarto de las brujerías:

—Y eso que el "Socio" no ha tenido descanso en todas estas noches. Hasta tarde lo han entretenido fuera de sus

infiernos. Cualquier noche de éstas lo coge por el camino el menudeo de los gallos.

—¿Será que del lado de allá tienen la contra?

—O que del lado de acá se están acabando los poderes, a fuerza de tanto usarlos.

—¡Hum! No te creas—replicó Juan Primito—. La señora le dejó allá sus ojos, la mañana del rodeo en *Mata Obscura,* y él por más que se resista, tiene que venir a traérselos.

Todo esto era lo que se les podía ocurrir a los peones de la mujerona, sin mengua del respeto que les inspiraba y de la lealtad con que le servían, para explicarse las mudanzas operadas en ella.

Ella misma tampoco podía explicárselas, pues todo venía siendo obra de unos sentimientos, nuevos en su vida, sobre los cuales aún no tenía dominio.

Por primera vez se había sentido mujer en presencia de un hombre. Había ido al rodeo de *Mata Obscura* dispuesta a envolver a Santos Luzardo en la malla fatal de sus seducciones, a fin de que se repitiese en él la historia de Lorenzo Barquero; mas, aunque creía que sólo la animaba la codicia y el implacable odio al varón, llevaba también, en la vehemencia del alma atormentada por este sentimiento y en los apetitos de su naturaleza, hecha para el amor, el ansia insaciada de una verdadera pasión. Hasta allí todos sus amantes, víctimas de su codicia o instrumentos de su crueldad, habían sido suyos como las bestias que llevaban la marca de su hierro; pero al verse desairada una y otra vez por aquel hombre que ni la temía ni la deseaba, sintió—con la misma fuerza avasalladora de los ímpetus que siempre la habían lanzado al aniquilamiento del varón aborrecido—que quería pertenecerle, aunque tuviera que ser como le pertenecían a él las reses que llevaban grabado a fuego en los costillares el hierro altamireño.

Al principio fue una tumultuosa necesidad de agitación; mas no de aquella, atormentada y sombría, que antes la impulsaba a ejercitar sus instintos rapaces, sino una ansia ardiente de gozar de sí misma con aquella región desconocida

de su alma que, inesperadamente, le había mostrado su faz. Los días enteros se los pasaba correteando por las sabanas, sin objeto ni rumbo, sólo por gastar el exceso de energías que desarrollaba su sensualidad enardecida por el deseo de amor verdadero en la crisis de los cuarenta, ebria de sol, viento libre y espacio abierto.

Al mismo tiempo, sin ser todavía, ni con mucho, la bondad, la alegría la impulsaba a actos generosos. Una vez repartió entre sus peones dinero a puñados, para que lo gastaran en divertirse. Ellos se quedaron viendo las monedas que llenaban sus manos, les clavaron el colmillo, las hicieron sonar contra una piedra y todavía no se convencieron de que fuese plata de ley. Con lo avara que era doña Bárbara, ¿quién iba a creer en su largueza?

Preparó un verdadero festín para agasajar a Santos Luzardo cuando éste concurriese al turno de vaquería en *El Miedo*. Quería abrumarlo a obsequios, echar la casa por la ventana, para que él y sus vaqueros saliesen de allí contentos y acabara de una vez aquella enemistad que separaba a dueños y peones de los dos hatos.

La trastornaba la idea de llegar a ser amada por aquel hombre que no tenía nada de común con los que había conocido: ni la sensualidad repugnante que desde el primer momento vio en las miradas de Lorenzo Barquero, ni la masculinidad brutal de los otros, y al hacer esta comparación se avergonzaba de haberse entregado a amantes torpes y groseros, cuando en el mundo había otros como aquél, que no podían ser perturbados con la primera sonrisa que se les dirigiera.

Por un momento se le ocurrió valerse de sus "poderes" de hechicería, conjurar los espíritus maléficos obedientes a la voluntad del dañero, pedirle al "Socio" que le trajera al hombre esquivo; pero inmediatamente rechazó la idea con una repugnancia inexplicable. La mujer que había aparecido en ella la mañana de *Mata Obscura* quería obtenerlo todo por artes de mujer.

Pero como Santos Luzardo no aparecía por allá, ella andaba cavilosa, aunque siempre adornada y compuesta, pa-

seándose por los corredores de la casa, con la vista fija en el suelo y los brazos cruzados sobre el pecho, o se le iban las horas junto al palenque, la mirada en el horizonte hacia los lados de *Altamira,* o se salía a vagar por la sabana. Pero ya el caballo no regresaba como antes, cubierto de espuma y ensangrentados los ijares. Todo había sido un sosegado errar pensativa.

A veces, no era la sabana el objeto de sus miradas, ni *Altamira* el de sus imaginaciones, sino aquel río y aquella piragua donde las palabras de Asdrúbal la hicieron sentir el primer estremecimiento de esta ansia de bien, que ahora quería adueñársele del corazón hastiado de violencias.

*

Por fin, una mañana vio a Santos Luzardo dirigirse hacia allá.

—Así tenía que suceder—se dijo.

Y al formular esta frase—tal como la pronunció, saturada de los sentimientos de la mujerona supersticiosa que se creía asistida de poderes sobrenaturales—la verdad íntima y profunda de su ser se sobrepuso al ansia naciente de renovación.

Santos se apeó del caballo bajo el cañafístolo plantado frente a la casa y avanzó hacia el corredor, sombrero en mano.

Una mirada debió bastarle a doña Bárbara para comprender que no eran de fundarse muchas esperanzas en aquella visita, pues la actitud de Luzardo sólo revelaba dominio de sí mismo; pero ella no atendía sino a sus propios sentimientos y lo recibió con agasajo:

—Lo bueno siempre se hace esperar. ¡Dichosos los ojos que lo ven, doctor Luzardo! Pase adelante. Tenga la bondad de sentarse. Por fin me proporciona usted el placer de verlo en mi casa.

—Gracias, señora. Es usted muy amable—repuso Santos con entonación sarcástica, y, en seguida, sin darle tiempo para más zalamerías—: Vengo a hacerle una exigencia y una

súplica. La primera, relativa a la cerca de que ya le he escrito.

—¿Sigue usted pensando en eso, doctor? Creía que ya se hubiera convencido de que eso no es posible ni conveniente por aquí.

—En cuanto a la posibilidad, depende de los recursos de cada cual. Los míos son por ahora sumamente escasos, y por fuerza tendré que esperar algún tiempo para cercar *Altamira*. En cuanto a la conveniencia, cada cual tiene su criterio. Pero, por el momento, lo que me interesa saber es si está usted dispuesta a costear a medias, como le corresponde, la cerca divisoria de nuestros hatos. Antes de tomar otro camino he querido tratar este asunto...

—¡Acabe de decirlo, hombre!—acudió ella con una sonrisa—: Amistosamente.

Santos hizo un gesto de dignidad ofendida, y replicó:

—Con poco dinero, que a usted no le falta...

—Eso del dinero, que haya que gastar es lo de menos, doctor Luzardo. Ya le habrán dicho que soy inmensamente rica. Aunque también le habrán hablado de mi avaricia, ¿no es verdad? Pero si uno fuera a atenerse a las murmuraciones...

—Señora—repuso Santos, vivamente—. Le suplico que se atenga al asunto que le he expuesto. No me interesa en absoluto ni saber si usted es rica o no, ni averiguar si tiene los defectos que se le atribuyen o carece de ellos. He venido solamente a hacerle una pregunta y espero su respuesta.

—¡Caramba, doctor! ¡Qué hombre tan dominante es usted!—exclamó la mujerona, recuperando su expresión risueña, no por adornarse con zalamerías, sino porque realmente experimentaba placer en hallar autoritario a aquel hombre—. No permite usted que uno..., digo, que una se salga del asunto ni por un momento.

Santos, reconociéndole un dominio de la situación que él empezaba a perder, obra del cinismo o de lo que fuere, pero en todo caso manifestación de una naturaleza bien templada, se reprochó la excesiva severidad adoptada y repuso, sonriente:

—No hay tal, señora. Pero le suplico que volvamos a nuestro asunto.

—Pues bien. Me parece buena la idea de la cerca. Así quedaría solucionada, de una vez por todas, esa desagradable cuestión de nuestros linderos, que ha sido siempre tan obscura.

Y subrayó las últimas palabras con una entonación que volvió a poner a prueba el dominio de sí mismo de su interlocutor.

—Exacto—repuso éste—. Estableceríamos una situación de hecho, ya que no de derecho.

—De eso debe de saber más que yo, usted que es abogado.

—Pero poco amigo de litigar, como ya irá comprendiendo.

—Sí. Ya veo que es usted un hombre raro. Le confieso que nunca me había tropezado con uno tan interesante como usted. No. No se impaciente. No voy a salirme del asunto, otra vez. ¡Dios me libre! Pero antes de poderle responder tengo que hacerle una pregunta. ¿Por dónde echaríamos esa cerca? ¿Por la casa de *Macanillal?*

—¿A qué viene esa pregunta? ¿No sabe usted por dónde he comenzado a plantar los postes? A menos que pretenda que todavía ese lindero no esté en su sitio.

—No está, doctor.

Y se quedó mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Es decir que usted no quiere situarse en el terreno... amistoso, como usted misma ha dicho hace poco?

Pero ella dándole a su voz una inflexión acariciadora:

—¿Por qué agrega: como yo he dicho? ¿Por qué no dice usted amistoso, simplemente?

—Señora—protestó Luzardo—. Bien sabe usted que no podemos ser amigos. Yo podré ser contemporizador hasta el punto de haber venido a tratar con usted; pero no me creo olvidadizo.

La energía reposada con que fueron pronunciadas estas palabras acabó de subyugar a la mujerona. Desapareció de su rostro la sonrisa insinuante, mezcla de cinismo y de sa-

gacidad, y se quedó mirando a quien así era osado a hablarle, con miradas respetuosas y al mismo tiempo apasionadas.

—¿Si yo le dijera, doctor Luzardo, que esa cerca habría que levantarla mucho más allá de *Macanillal?* En donde era el lindero de *Altamira* antes de esos litigios que no lo dejan a usted considerarme como amiga.

Santos frunció el ceño; pero, una vez más, logró conservar su aplomo.

—O usted se burla de mí o yo estoy soñando—díjole, pausadamente, pero sin aspereza—. Entiendo que me promete una restitución; mas no veo cómo pueda usted hacerla sin ofender mi susceptibilidad.

—Ni me burlo de usted ni está usted soñando. Lo que sucede es que usted no me conoce bien todavía, doctor Luzardo. Usted sabe lo que le consta y le cuesta: que yo le he quitado malamente esas tierras de que ahora hablamos; pero, óigame una cosa, doctor Luzardo; quien tiene la culpa de eso es usted.

—Estamos de acuerdo. Mas, ya eso tiene autoridad de cosa juzgada, y lo mejor es no hablar de ello.

—Todavía no le he dicho todo lo que tengo que decirle. Hágame el favor de oírme esto: si yo me hubiera encontrado en mi camino con hombres como usted, otra sería mi historia.

Santos Luzardo volvió a experimentar aquel impulso de curiosidad intelectual que en el rodeo de *Mata Obscura* estuvo a punto de moverlo a sondear el abismo de aquella alma, recia y brava como la llanura donde se agitaba, pero que tal vez tenía, también como la llanura, sus frescos refugios de sombra y sus plácidos remansos, alguna escondida región incontaminada, de donde salieran, de improviso, aquellas palabras que eran, a la vez, una confesión y una protesta.

En efecto, sinceridad y rebeldía de un alma fuerte ante su destino era cuanto habían expresado aquellas palabras de doña Bárbara, pues al pronunciarlas no había en su ánimo intención de engaño ni tampoco blanduras sentimentales en su corazón. En aquel momento había desaparecido la mujer

enamorada y necesitada de caricias verdaderas; se bastaba a sí misma y se encaraba fieramente con su verdad interior.

Y Santos Luzardo experimentó la emoción de haber oído a un alma en una frase.

Pero ella recobró en seguida su aspecto vulgar para decir:

—Yo le devuelvo esas tierras mediante una venta simulada. Dígame que acepta, y en seguida redactamos el documento. Es decir: lo redacta usted. Aquí tengo papel sellado y estampillas. La autenticación y registro lo haremos cuando usted disponga. ¿Quiere que busque el papel?

Entretanto, Luzardo había juzgado propicio el momento para abordar el segundo objeto de su visita y repuso:

—Espere un instante. Le agradezco esa buena disposición que me demuestra, porque la ha precedido usted de unas palabras que, sinceramente, me han impresionado; pero ya le había anunciado que eran dos los objetos que perseguía al venir a su casa. En vez de restituirme esas tierras, que ya las doy por restituidas, moralmente, haga otra cosa que yo le agradecería más: devuélvale a su hija las de *La Barquereña*.

Pero la verdad íntima y profunda hizo fracasar el ansia de renovación. Doña Bárbara volvió a arrellanarse en la mecedora de donde ya se levantaba, y con una voz desagradable y a tiempo que se ponía a contemplarse las uñas, dijo:

—¡Hombre! Ahora que la nombra. Me han dicho que Marisela está muy bonita. Que es otra persona desde que vive con usted.

Y el torpe y calumnioso pensamiento que se amparaba bajo el doble sentido de la palabra "vive", pronunciado con una entonación malévola, hizo ponerse de pie a Santos Luzardo con un movimiento maquinal.

—Vive en mi casa, bajo mi protección, que es una cosa muy distinta de lo que usted ha querido decir—rectificó, con voz vibrante de indignación—. Y vive bajo mi protección porque carece de un pan, mientras usted es inmensamente rica, cómo hace poco me ha dicho. Pero yo me he equivocado al venir a pedirle a usted lo que usted no puede dar:

sentimientos maternales. Hágase el cargo de que no hemos hablado una palabra, ni de esto ni de nada.

Y se retiró sin despedirse.

Doña Bárbara se precipitó al escritorio en cuya gaveta guardaba el revólver, cuando no lo llevaba encima; pero alguien le contuvo la mano y le dijo:

—No matarás. Ya tú no eres la misma.

VI

EL ESPANTO DEL "BRAMADOR"

Jueves Santo. Día de abstinencia de carne de animales terrestres, porque la tierra es el cuerpo del Señor que está gonizando en la Cruz, y quien come las carnes que de ella se nutren, profana y martiriza con sus dientes el propio cuerpo de Dios. Día de no trabajar; ni en la sabana, ni en el corral, porque esto arruinaría para toda la vida; día de soltar las queseras, porque la leche batida en días santos no cuaja y se convierte en sangre. Día, solamente, de pescar galápagos, cazar caimanes y castrar colmenares.

Lo primero tenía por objeto procurarse la comida predilecta del llanero por Jueves y Viernes Santos, y lo segundo obedecía a la tradicional costumbre de aprovechar el descanso de aquellos días para hacer batidas en los caños poblados de caimanes, tanto por limpiarlos de ellos cuanto porque el almizcle y los colmillos de caimán, cogidos en tales días, poseían mayores virtudes curativas y eran más eficaces como amuletos.

Ya estaba tendida la palizada que, disimulada con ramas, atravesaba el caño de una a otra orilla, dejando en el centro un espacio abierto o "puerta", y ya estaban apostados junto a ella los "porteros", con el agua a la cintura, mientras, cauce arriba, los apaleadores, provistos de largas varillas y gritando hasta desgañitarse, azotaban la superficie del caño, a fin de ahuyentar, curso abajo, cuanto ser viviente ocultasen las turbias ondas.

Agazapados detrás de las ramas, y con las manos dentro del agua, preparadas para juntarlas rápidamente, una sobre la otra, al sentir que entre ellas les pasara la presa codiciada, los "porteros" acechaban en silencio, y a veces una repentina contracción de los músculos de la cara o un fugaz empalidecimiento era cuanto indicaba que un caimán les pasaba por entre las manos inmóviles.

Santos se detuvo a presenciar el temerario deporte, y en obra de pocos momentos vió llenarse de galápagos un jagüey que al efecto había sido abierto en la playa arenosa del caño. Luego se dirigió hacia donde estaba el resto de la peonada entregada a la cacería de caimanes.

Como todos los de la llanura, era aquel caño un criadero de caimanes, a cuyas tarascadas habían perecido varias reses por aquellos días, por lo cual Antonio lo había elegido para la tradicional batida del Jueves Santo.

Los cazaban a tiros o los arponeaban desde la orilla, pero cuando Luzardo llegó hacía rato que habían cesado los disparos, y una gran cantidad de aquellos terribles habitantes del caño esteraban la playa, panza arriba.

—¿Se acabó ya la fiesta?—preguntó Antonio—. El doctor venía con ganas de echar un tirito.

Los cazadores, silenciosos todos y retirados de la orilla, pero atentos a algo que sucedía dentro del caño, hiciéronle señas de silencio, y Antonio, después de haber echado una mirada en la dirección que indicaba aquella actitud expectante, díjole a Luzardo:

—¿Ve aquellas dos taparas que están flotando en medio del caño? Debajo de ellas están dos hombres esperando que se aboye un caimán para alancearlo por el codillo, bajo el agua. Esa es la cacería que tiene más mérito y de seguro que son *Pajarote* y María Nieves esos que ahí están entaparados.

—Ellos son—repuso Carmelito—. Y nada menos que contra el *Tuerto* del *Bramador*, que se ha dejado chusiar hasta por aquí.

Era aquel caimán contra el cual Luzardo había intentado disparar en el sesteadero del palodeagua, el día de su

llegada. Terror de los pasos del Arauca, de sus víctimas —gentes y reses—se había perdido la cuenta. Se le atribuían siglos de vida, y como siempre saliera ileso de los proyectiles, que rebotaban en su recio dorso, se había formado la leyenda de que no le entraban balas porque era un caimán encantado. Su apostadero habitual era la boca del caño *Bramador,* ahora en términos de *El Miedo,* pero desde allí dominaba el Arauca y sus afluentes, haciendo por ellos largas incursiones, de las cuales regresaba con la panza repleta a hacer su laboriosa digestión, adormitando al sol de las playas del *Bramador,* que eran para él seguro abrigo a causa de que doña Bárbara, supersticiosa del embrujamiento que se le atribuía, tenía prohibido que se le atacara, tanto más cuanto que, remontando el caño, eran reses de *Altamira* su ración preferida.

—No ha debido consentir, Carmelito, en que *Pajarote* y María Nieves arriesguen así la vida—dijo Santos—. Hágales señas de que se salgan de ahí.

—Sería inútil en este momento—intervino Antonio—, porque los agujeros de las taparas, que es por donde ellos pueden ver, están para el otro lado. Además, ya es tarde. Ahora no se pueden ni mover siquiera. Cerquita de ellos viene aboyándose el caimán. Mírele el aguaje.

En efecto, a pocos metros de las taparas, la tersa superficie del caño comenzaba a rizarse levemente.

—¡Sh!—hicieron todos los circunstantes, a un tiempo, agachándose, para que no los descubriera el caimán.

Con la majestad de su vejez y de su ferocidad, el caimán sacó a flor de agua, lentamente, la horrible cabeza y el dorso enorme, blindado de recias escamas en cresta.

Las taparas se movieron lentamente hacia la orilla opuesta del caño, como si las arrastrase una suave corriente, y se oyó el desahogo de la respiración contenida de los espectadores, a tiempo que Antonio murmuró, quedo:

—Ya se le pusieron del lado del ojo tuerto.

Las taparas continuaron deslizándose hacia el caimán, y aunque éste no las veía, por estar completamente aboyado y con el ojo sano atento hacia la playa, todavía no había

pasado el peligro, pues ya los hombres estaban al alcance de la tarascada y la más leve imprudencia les costaría la vida.

En efecto, de pronto el saurio volvió la cabeza y se quedó mirando aquello que flotaba a flor de agua. Tres rifles lo apuntaron desde la playa, poniendo al azar de una mala puntería la vida de los hombres próximos a la fiera, y ya ésta iba a sumergirse de nuevo, cuando un brusco vaivén de las taparas indicó que *Pajarote* y María Nieves las abandonaban, jugando el todo por el todo, para lanzarse al asalto, que era la única esperanza de salvación que ya les quedaba.

Se produjo un borbollón de aguas fangosas, se agitó en convulsiones una masa enorme, se levantó varias veces en el aire una cauda formidable, produciendo un estruendo al caer sobre el agua, y, finalmente, el caimán se volteó y se quedó inmóvil, a flote la blanca panza descomunal, sangrante los codillos alanceados, a tiempo que *Pajarote* y María Nieves sacaban por allá las cabezas, exclamando:

—¡Dios y hombre!

Y un clamor unánime en la orilla celebrando la proeza:

—¡Se acabó el espanto del *Bramador!*

—Así se irán acabando todas las brujerías de *El Miedo,* porque ahora aquí tenemos la contra.

VII

MIEL DE ARICAS

El algarrobo del paso vibra como un arpa melodiosa entre el zumbido de las aricas.

Encaramados en las ramas donde ellas han formado sus colmenas, los nietos de Melesio las ahuyentan con el humazo pestilente de unos limpiones encendidos, y los morenos panales van pasando de las manos de los muchachos a las de sus hermanas, reunidas al pie del árbol.

Huyen todas lanzando agudos chillidos si a alguna se le enreda entre el cabello alguna abeja furiosa; pero luego vuel-

ven muertas de risa y disputándose la golosina dulce y picante.

—Ya tú cogiste. Ahora me toca a mí.

—No. ¡A mí! ¡A mí!

Son siete las que están disputándose los panales, porque Genoveva, la mayor, se ha quedado conversando con Marisela en el caney donde están los bancos en torno a la mesa. Mejor dicho, con los codos sobre ésta y la cara entre las manos, se ha quedado oyendo lo que le cuenta Marisela.

—De mañanita me levanto a bañarme. ¡Sabrosa esa agua friita! Si oyeras el alboroto que se forma, porque mientras el agua me cae encima, yo estoy canta que canta, y junto conmigo los gallos y las gallinas, y los patos y las guacharacas que se paran en el samán. Después me voy a la cocina a ver si ya han colado el café, y en cuanto Santos sale de su cuarto, ya le estoy llevando una taza del más tinto, cerrero, porque así es como le gusta. Después a arreglar la casa. Las manos me quedan ardiendo de tanto darle a la escoba. Si hay que remendar, remiendo, y luego me pongo a estudiar las lecciones. Ya cuando va a ser la hora de que él regrese de la sabana, me meto otra vez a la cocina a prepararle su comida, porque le tiene asco a la cocinera y no come sino lo que yo le preparo. Es maniático con la limpieza. Tengo que estar todo el día detrás de las moscas y espantando las gallinas para que no se metan en la casa. Ya las tengo acostumbradas a poner en sus nidales. Siempre trae flores de la sabana; pero ya los floreros están llenos con las que yo recojo por los alrededores de la casa. Al principio yo quería poner flores hasta en el techo. ¡Y ese abejero dentro de la casa! ¡La carcajada que soltó cuando vio aquello! Yo me puse brava, pero después comprendí que tenía razón. ¡Ah! ¿Qué te cuento, chica? ¿No sabes que ayer se me metieron los indios en la casa? Yo estaba íngrima y sola en ese momento, porque él se había ido con papá y los peones, y las mujeres de la cocina estaban lavando en el cañito. Cuando de pronto oigo que dicen: "Comadre, amarra tus perros." Me asomo y veo que son como unos veinte yaruros que se han metido en la sala, muy sí señores.

Ya tenían sus flechas en los rincones y para adentro era que iban.

—¿Y no te dió miedo, mujer?

—¿Miedo? Les salí al encuentro, gritándoles: "¡Fuera de aquí, atrevidos! ¿Por qué se meten sin pedir permiso? Ya les voy a soltar los perros." ¡Los pobrecitos! Eran unos indios mansos que andaban recogiendo changuango por la sabana y se acercaron a la casa a pedir sal y papelón. Tú sabes que para ellos no hay mejor regalo que un pedazo de papelón. Pero ¡ay si se le da a uno más que a otro! Es necesario repartírselo por igual. Pero yo, haciéndome la brava: "¡Cochinos! ¡Atrevidos! ¡Miren cómo me han puesto el suelo con sus pies sucios! Ojalá vinieran los cuibas que andan por ahí." Fue como si les hubiera nombrado el diablo. Pelaron los ojos y me preguntaron: "¿Comadre, tú has visto cuibas?" Pero... ¿por qué te cuento esto? ¡Ah! Ya sé. Si hubieras visto lo preocupado que se puso Santos cuando supo que los indios me habían sorprendido sola en casa. Hasta en la noche, tomándome las lecciones, todavía estaba pensativo.

Genoveva se la queda mirando en silencio. Ella se azora y sonríe.

—No. No es lo que te imaginas. No hay nada de eso. ¡Jesús! ¿Qué me ves tanto, mujer?

—Que estás muy bonita. Aunque no te cogerá de sorpresa, porque ya te lo habrán dicho bastante.

—Pues, para que veas: ni por ahí te pudras.

—No lo creo. Hoy, por lo menos, alguna flor te han echado.

—Las que acabas de echarme tú. Lo que me dice es que soy muy inteligente. Ya me tiene fastidiada de oírselo. A veces me dan ganas de estudiar las lecciones, a ver si así cambia el tono. Pero ¿qué tanto me ves, chica?

—El camisón, que te queda muy bien.

—Con tus favores. Pero no te creas que no sé lo que estás pensando.

En seguida cuenta lo de los dibujos de Santos y ambas ríen durante largo rato del "gurrufío que tenía en el cuello

la muñeca que él pintó". Luego Genoveva baja la vista, tamborilea con los dedos sobre la mesa y al cabo de un rato dice:

—¡Qué afortunada eres, a pesar de todo!

—¡Hum!—hace Marisela—. ¡Cuidado pues!

—¿Cuidado de qué?

—Tú sabes lo que quiero decirte.

—Yo ¿qué voy a saber, mujer?

—No seas hipócrita. Confiésame. Tú también estás enamorada de él.

—¡Enamorada del doctor una percusia como yo!—exclamó Genoveva—. ¿Estás loca, mujer? Es un mozo muy simpático; pero no se ha hecho la miel para el burro.

Y Marisela, preguntando lo que ya le han dicho, sólo por el placer de decirlo ella también:

—¿Verdad que es muy simpático?

Pero involuntariamente sus palabras han tenido la entonación con que se habla del bien imposible y al oírse advierte que ella también se ha estado haciendo ilusiones, pues todo menos amor podía revelar la conducta de Santos para con ella: severidad de padre o maestro, cuando le daba consejos o le hacía advertencias, o camaradería de hermano mayor cuando estaba de humor chancero, y si a veces, por quedarse mirándolo ella en silencio, él también callaba y la miraba a los ojos, la sonrisa que se dibujaba en su rostro tenía tal aire de superioridad que la dulce zozobra de amor se le convertía a ella en vergüenza. Además, y especialmente durante aquellos últimos días, Santos no hablaba en la mesa sino de sus amigas de Caracas, ya no para proponérselas como ejemplo, sino para deleitarse recordándolas, sobre todo a una, Luisana Luján, cuyo nombre no pronunciaba sin que en seguida no se quedara pensativo.

—Yo también digo como tú, Genoveva: no se ha hecho la miel para el burro.

Y ahora son dos quienes tamborilean sobre la mesa, mientras las aricas que revolotean por allí se van apoderando de dos panales, a cuya picante dulzura ya no acuden los dedos golosos.

Carraspea Marisela, disimulando nudos de llanto, y Genoveva pregunta:

—¿Qué te pasa, mujer?

—Que me arde la garganta de tanto panal que he comido.

Y Genoveva concluye:

—Eso malo tiene la miel de las aricas. Es muy dulce, pero abrasa como un fuego.

VIII

CANDELAS Y RETOÑOS

Ya se había escuchado, allá en el fondo de las mudas soledades, el trueno que anuncia la proximidad de la entrada de aguas; ya estaban pasando hacia el Occidente las rumazones de nubes que van a condensarse sobre la cordillera, donde comienzan las lluvias que luego descienden a la llanura, y ya estaba el fusilazo del relámpago al ras del horizonte en las primeras horas de la noche. El verano empezaba a despedirse con el canto de las chicharras entre los chaparrales resecos, amarilleaban los pastos hasta perderse de vista y bajo el sol ardoroso se rajaban como fauces sedientas las terroneras de los esteros. La atmósfera, saturada del humo de las quemas que comenzaban a propagarse por las sabanas, se inmovilizaba en calmas sofocantes durante días enteros, y sólo a ratos, como anhelosos resuellos de fiebre, soplaban breves ráfagas ardientes.

Aquella tarde había llegado a su apogeo la modorra de la canícula. La reverberación solar poblaba de espejismos la sabana y en la abrumadora quietud del desierto sólo se movía la vibración del aire enrarecido, cuando de pronto, y a tiempo que los pastos se abatieron al soplo de una racha huracanada, empezó a suceder algo extraño; bandadas de aves palustres que volaban hacia el sotavento lanzando graznidos de pánico, numerosas yeguadas, reses sueltas o en madrinas que corrían en la misma dirección, unas rumbo a los corrales del hato, otras hacia el horizonte abierto, en precipitada fuga.

Ya para abandonarse al sopor de la siesta a la sombra del corredor delantero de la casa, como advirtiese aquel raro movimiento del bestiaje, Santos Luzardo se preguntó en alta voz:

—¿Por qué vendrá el ganado buscando los corrales a estas horas?

Y Carmelito, que ya por dos veces se había acercado hasta allí a explorar la sabana como si esperase algo, explicó:

—Es que ha venteado la candela. Mire. Por allá, detrás de aquella punta de mata, viene reventando el fuego. Por aquí detrás ya se ve también la humasera. Todo eso viene ardiendo, de *Macanillal* para acá.

Ideas rudimentarias, profundamente arraigadas en el hombre de los campos venezolanos, e impotencia de los escasos pobladores de la llanura ante la enormidad de las tierras que reclaman sus esfuerzos, aconsejan el empleo del fuego, cuando ya se avecinan los primeros aguaceros del año, como único medio eficaz para que renazcan vigorosos los pastos agostados por la sequía y para destruir el gusano y los garrapatales arruinadores del ganado, y es costumbre, casi obligación de solidaridad, que todo llanero le pegue candela a los pajonales secos que encuentre a su paso, así pertenezcan a fincas ajenas.

Pero Santos no había permitido que se hicieran tales quemas en *Altamira,* por considerar perjudicial el rudimentario procedimiento del fuego, y contra las opiniones de Antonio Sandoval se empeñó en hacer la experiencia de recurrir a la rotación de los rebaños, para acabar con los garrapatales, y de esperar a que los pastos se renovasen por sí solos cuando comenzaran las lluvias, para comparar los resultados, mientras estudiaba la manera de introducir un sistema racional de cultivos de las praderas.

Debido a esto, seco todo *Altamira,* el fuego tenía que propagarse con violencia, y en efecto, a poco el rojo anillo se corrió por el horizonte, y cundió en obra de momentos por todo el vasto paño de sabana. Los chaparrales oponían, acá y allá, una desesperada resistencia; pero se precipitaban sobre las llamas, girando y silbando enfurecidas, se encres-

paban en la refriega, se empenachaban de negras humaredas, resonaba el tiroteo del estallido de los bejucos y cuando ya aquel núcleo de resistencia había desaparecido, el fuego victorioso corría a cerrar filas y proseguía el avance rápido, amenazando rodear las casas.

Estas no corrían peligro, gracias a los contrafuegos naturales de los medanales y paraderos de ganado que las circundaban; pero el aire ardiente que soplaba sobre ellas se hacía irrespirable por momentos.

—Parece que esto hubiera sido hecho de propósito—observó Santos.

—Sí, señor—murmuró Carmelito—. Esas candelas como que no vienen para acá por cuenta de ellas solas.

Era el único peón que estaba por allí. Los demás, incluso Antonio Sandoval, se habían ido después del almuerzo a continuar la batida de los caños poblados de caimanes, y se había quedado rondando en torno a la casa, como si montara guardia, porque un veguero con quien se encontró de camino la noche anterior le había comunicado que, estando en la pulpería de *El Miedo*, oyó conversar a los Mondragones de algo que por allá se fraguaba contra *Altamira* para el día siguiente.

Se reservó la noticia, porque quería darle a Santos, él solo, una prueba inequívoca de su lealtad; pero sin hacer ostentación de ella.

—Por muchos que sean los que vengan por allá—se había dicho—, entre el doctor y yo, él con su rifle y yo con mi recortado, no los dejaremos acercarse.

Pero ahora acababa de comprender que eran aquellas candelas lo que debía de venir de *El Miedo*, y se dijo:

—Menos mal, porque a éstas las atajan los peladeros de la sabana.

Las atajaron, en efecto, pero cuando, roto en lenguas errantes por los medanales y abandonado del viento en la calma del atardecer, se extinguió, por fin, el incendio, el vasto paño de la sabana carbonizado que se extendía hasta el horizonte bajo un cielo fuliginoso era un paisaje fúnebre iluminado por una hilera de antorchas agonizantes, allá en

Macanillal, donde habían sido plantados los postes para la cerca. Fue la rebelión de la llanura, la obra del indómito viento de la tierra ilímite contra la innovación civilizadora. Ya la había destruído y ahora reposaba como un gigante satisfecho, resollando a rachas que levantaban torbellinos de cenizas.

Pero al día siguiente y durante varios consecutivos el incendio reapareció por distintos puntos. Las cimarroneras, desalojadas de sus breñales, se regaron por todas partes, aumentando el peligo a que se exponían los sabaneros en el apresurado pique de los rebaños para conducirlos a comederos inaccesibles al fuego; se dio el caso de que se atarrillaran hatajos enteros de bestias salvajes en la huída continua, y el ganado manso que no se alzó al contagio de los cimarrones regresaba por las tardes a los corrales extenuado y hambriento.

Sólo se salvaron del fuego aquellos paños de sabana que estaban defendidos por los caños que surcaban la finca; pero costó trabajos inauditos lograr que se refugiara en ellos la hacienda que no se hubiera dispersado por los hatos vecinos.

—Esto es obra de doña Bárbara—afirmaban los peones de *Altamira*—. Aquí nunca se habían visto quemazones como ésta.

Y *Pajarote* propuso:

—Dénos permiso, doctor Luzardo, y un par de cajas de fósforos, que es todo lo que necesitamos yo y mi vale María Nieves para pegarle fuego a *El Miedo* por los cuatro costados.

Pero, una vez más, el enemigo de las represalias replicó:

—No, *Pajarote*. Procuremos capturar a los culpables, si realmente los hay para remitírselos a las autoridades a fin de que se les aplique el castigo consiguiente.

Y hasta Lorenzo Barquero, saliéndose de su habitual ensimismamiento, aconsejó las represalias:

—¿Si es que los hay, dices? ¿Dudas todavía de que todo esto no sea obra de tu enemiga? ¿No es de los lados de *El Miedo* de donde viene el fuego?

—Sí. Pero para hacer una acusación de esa naturaleza

necesito estar seguro y hasta ahora no tengo sino simples presunciones.

—¿Acusación? ¿Y quién ha dicho que se necesite acudir a las autoridades? ¿No eres un Luzardo? Haz lo que siempre hicieron todos los Luzardos: mata a tu enemigo. La ley de esta tierra es la bravura armada; hazte respetar con ella. Mata a esa mujer que te ha jurado la guerra. ¿Qué esperas para matarla?

Era la brusca rebelión del hombre, el rencor de largos años sepultado dentro del alma envilecida, algo viril, por fin, brutal, pero con todo, menos innoble, menos abyecto que aquella relajación de la dignidad que lo había hecho entregarse al alcohol para olvidarse de su miseria. Ya esta saludable reacción había comenzado desde los primeros días de su estada en *Altamira,* pero hasta entonces no se había atrevido a hacer la más remota alusión a doña Bárbara. Su conversación giraba exclusivamente dentro de los recuerdos de su época de estudiante, y en la minuciosidad que ponía en estas evocaciones, citando nombres y señales fisonómicas de sus amigos de entonces y puntualizando los mínimos detalles de las cosas o sucesos a que se refiriera, se advertía cierto angustioso empeño. A veces se le iban de pronto las ideas hacia el tema que no debía ser tratado; pero cortaba a tiempo las frases y, para que Santos no advirtiese la solución de continuidad, se perdía en divagaciones desconcertantes, y en circunloquios plagados de contrasentidos, dando, con todo esto, la impresión de que las ideas corrieran por entre los escombros de su cerebro como sombras locas, buscándose y evitándose al mismo tiempo. Ahora, por primera vez, aludía a la mujer causante de su ruina, y Santos le vio brillar en las pupilas una ferocidad delirante.

—No es para tanto, Lorenzo—díjole, y en seguida, para desviar el enojoso asunto—: Cierto es que el fuego viene de *El Miedo,* pero también es verdad que de algún modo soy culpable, pues si no me hubiera opuesto a las quemas parciales establecidas por la costumbre, todas las sabanas no habrían ardido a la vez. El ensayo de rotación de los pastos

ha sido una innovación que había de resultarme cara; la llanura ha campado por los fueros de la rutina.

Pero ya Lorenzo Barquero tenía una pasión cuya enardecedora intensidad podía suplir la falta del latigazo del alcohol cuando le fallara la voluntad de reconstruir su vida y le parpadeara la luz de la inteligencia, produciendo aquella danza de sombras locas que se buscaban y se evitaban a la vez por entre los escombros de su cerebro, y fue inútil que Santos se empeñara en disuadirlo de aquella idea homicida.

—No. Déjate de frases. Aquí no hay sino dos caminos: matar o sucumbir. Tú eres fuerte y animoso y podrías hacerte temible. Mátala y conviértete en el cacique del Arauca. Los Luzardos no fueron sino caciques y tú no puedes ser otra cosa, por más que quieras. En esta tierra no se respeta sino a quien ha matado. No le tengas grima a la gloria roja del homicida.

*

Entretanto, en *El Miedo* también retoñaban las viejas raíces. Después de aquel fracasado intento de reconstrucción de su vida, la tarde de la entrevista con Luzardo, doña Bárbara había pasado días de humor sombrío, entregada a maquinar venganzas terribles, y noches enteras en el cuarto de las conferencias con el "Socio"; pero como éste no acudiera al conjuro, su irascibilidad era tal que nadie se atrevía a acercársele.

Interpretando esto como signo de una guerra definitivamente declarada a Santos Luzardo, Balbino Paiba fraguó el plan de las quemas de *Altamira* para recuperar los perdidos favores de la amante, anticipándose a los designios que le atribuía, y encargó la ejecución a los Mondragones supervivientes, que otra vez habitaban la casa de *Macanillal* y eran las únicas personas que en *El Miedo* obedecían las órdenes suyas; pero como mantuvo en secreto su iniciativa por aquello del "Dios libre a quien se atreva contra Santos Luzardo", doña Bárbara, a su vez, interpretó los incendios que asolaban *Altamira* como obra de los "poderes" que

la asistían, puesto que la destrucción de la cerca con que Luzardo pretendía ponerle límites a sus desmanes no había sido sino realización de un deseo suyo, y se apaciguó en la confianza de que así caerían, a su debido tiempo, las otras vallas que la separaban del hombre deseado y que, cuando ella lo quisiese, éste iría a entregársele con sus pasos contados.

Realmente parecía como si una influencia maligna reinara en *Altamira*. Después de la afanosa brega del día, picando los ganados sedientos para acostumbrarlos a los bebederos que no se hubiesen secado, exponiendo la vida entre las cimarroneras esparcidas, aún había que estar alerta por las noches contra el ataque de los zorros rabiosos, que corrían en manadas las sabanas y se metían en las casas, y contra las serpientes, que también las invadían huyendo del fuego. Y como si todo eso fuese poco, al entrar en la casa tener que soportar el desagradable espectáculo que ahora daba Lorenzo Barquero, con su rencor impotente vibrándole en la voz tartajosa y con su empeño de que él se lanzara por el camino de las represalias contra doña Bárbara, para que pusiera su brazo al servicio del deseo vengativo que ahora le hervía en el pecho.

Finalmente, y para colmo, Marisela. Despechos de su ilusionado amor estaban convirtiéndola en una criatura desagradable. En su lenguaje habían reaparecido todas las exclamaciones vulgares y las palabras incorrectamente pronunciadas que tanto trabajo había costado hacérselas abandonar, y era un chaparrón de gruñidos soltados de propósito en cuanto abría la boca para responder a algo que él le preguntara, un plan premeditado de hacer todo lo que pudiese desagradarle, un mal humor perenne y un chocante replicar en cuanto él insinuaba alguna advertencia:

—¿Y por qué no me deja dir otra vuelta para mi monte, pues?

Pero, entretanto, seguían pasando las rumazones de nubes, cada vez más espesas, se iba haciendo más frecuente el fusilazo del relámpago nocturno al ras del horizonte y to-

das las madrugadas se las pasaba cantando el carrao, que nuncia la estación lluviosa.

—Ya está lloviendo en la Cordillera. Ahorita cambia el relámpago y no tarda en venir el barinés.

En efecto, al día siguiente, después de una calma sofocante, empezó a soplar el desagradable viento que baja del alto llano barinés, anuncio seguro de la entrada de las aguas. Cambió el relámpago, se oyó el mugido del trueno hacia el Bajo Apure y pronto empezaron a verse plumas de aguaceros lejanos que corrían por la sabana, allá hacia el Cunaviche, donde se iban condensando y convirtiendo en chubascos acompañados de violentas tempestades. Nubarrones plomizos cubrían de un momento a otro todo el cielo, un viento huracanado los abatía sobre la sabana, se desgajaba entre ellos el árbol del rayo con un continuado estruendo ensordecedor y en obra de instantes toda la sabana se llenaba de charcas.

Y un día amaneció toda verde.

—No hay mal que por bien no venga—dijo Antonio—. Las candelas dejaron nuevecita a *Altamira*. Ahora retoñarán los pastos con fuerza, porque, dígase lo que se quiera, para eso no hay como las quemas, y cuando empiece la vaquería general todo esto estará cuajado de hacienda, porque la propia volverá a sus comederos y la ajena vendrá a pagar las reses que mataron las candelas.

Volvieron las cimarroneras a sus acostumbrados refugios, las greyes mansas al sosegado errar por sus comederos habituales y las yeguadas a los alegres retozos de sus rochelas. Volvió el cuatro a las manos de los peones, por las noches, bajo el caney, y Marisela a los buenos modales y a las lecciones, bajo la lámpara de la sala.

Y todo fue como los retoños después de las candelas.

IX

LAS VELADAS DE LA VAQUERÍA

Ya era tiempo de proceder a la vaquería general de entrada de aguas. La costumbre, creada por la falta de límites cercados y consagradas por las leyes de Llano, establece que los hatos colindantes trabajen la hacienda en comunidad, una o dos veces al año. Consisten estas faenas en una batida de toda la región para recoger los rebaños esparcidos por ella y proceder a la hierra de orejanos, y se van haciendo por turnos en las distintas fincas, bajo la dirección de un jefe de vaquerías, que se elige previamente en una asamblea compuesta por las distintas agrupaciones de vaqueros. Duran varios días consecutivos y constituyen verdaderos torneos de llanerías, pues cada hato se esmera en enviar a aquel donde se haga la batida sus peones más diestros y ellos llevan sus bestias más vaqueras, ostentando sus mejores aperos, y se esfuerzan en lucir todas sus habilidades de centauros.

Empezaban a menudear los gallos cuando comenzó en *Altamira* el bullicio de los preparativos. Pasaban de treinta los peones con que contaba ahora el hato y además estaban allí otros vaqueros de *Jobero Pando* y *El Ave María.*

Ensillaban de prisa, pues había que caerle al ganado en sus dormideros antes de que empezara a disgregarse y, entretanto, se reclamaban a gritos los trebejos que no encontraran a mano.

—¡Mi mandador! ¿Dónde está, que no lo encuentro? Vaya soltándolo el que lo tenga porque es muy conocío: tiene una jachuela en la punta y si se la pican lo conozco por el cortao.

—¿Qué hubo del cafecito?—voceaba *Pajarote*—. Ya el día viene rompiendo por la punta y nosotros todavía dando vueltas por aquí.

Y a su caballo, mientras le apretaba la cincha:

—Vamos a ver, castaño-lucero, cómo te portas hoy. Mi soga está más tiesa que pelo e negro; pero no la engraso, porque la nariz de un salenco viejo que vamos a aspear entre los dos en cuanto rompa el levante me la va a dejar suavecita, que ni pelo e blanco.

—Apuren, muchachos—reclamaba Antonio—. Y los que tengan caballos chucutos crinejeen de una vez porque vamos a llegar picando.

—Ch'acá el cafecito, señora Casilda—decían acudiendo a la cocina los que ya habían ensillado.

Un fuego alegre, de leñas resinosas, chisporroteaba en el fogón entre las negras topias que sostenían la olla. Cantaba dentro de ésta el hervor de la aromática infusión y en las manos de Casilda no descansaba la pichagua con que la trasegaba el colador de bayeta, pendiente del techo por un alambre, mientras las otras mujeres se ocpaban de enjuagar los pocillos y en llenarlos y ofrecérselos a los peones impacientes, y durante un rato reinó en la cocina la animación de las frases maliciosas, de los requiebros crudos y picantes de los hombres, de las risas y réplicas de las mujeres.

Bebido el café—después de lo cual no caería en los estómagos de aquellos hombres, hasta la comida de la tarde al regreso al hato, sino el cacho de agua turbia y la amarga saliva de la mascada del tabaco—, partió el escuadrón de vaqueros, con Santos Luzardo a la cabeza, alegres, excitados por las perspectivas de la jornada apasionante, cruzándose chistes y reticencias maliciosas, recordándose mutuamente percances de anteriores vaquerías donde arriesgaron la vida entre las astas de un toro y estuvieron a punto de morir despanzurrados bajo el caballo, estimulándose unos a otros con hazañosos desafíos.

—Vamos a ver quién se pega conmigo—decía *Pajarote*—. He hecho la apuesta de aspear veinte bichos yo solo, y las gandumbas serán la prueba.

*

Recia fue la brega y duró hasta el mediodía. Los lazos no descansaron en las manos de los vaqueros, muchos ca-

ballos quedaron muertos, y los que no sucumbieron apenas podían sostenerse sobre sus remos calambreados; pero ya el rodeo estaba parado y quieto, porque también las reses estaban despeadas de tanto corretear. Sólo los hombres estaban enteros todavía, derechos sobre las bestias jadeantes, insensibles al hambre y a la sed, roncos de gritar, pero aun cantando, alegres, las tonadas que apaciguaban el rebaño.

Promediaba la tarde cuando Antonio dio orden de que se procediera al aparte. María Nieves penetró en el rodeo gritando a los novillos madrineros, y éstos, que ya conocían la voz del cabestrero y estaban acostumbrados a la operación, salieron del rebaño a detenerse en el sitio donde se formaría la madrina del hato, que era el primer lote que se separaba.

Y como si nada hubiera sido aquella recia brega del levante, todavía el aparte dio ocasión para lucir habilidades llaneras, coleando y tumbando los toros entre madrina y madrina.

Luego se procedió al aparte de reses de *El Miedo* y del hato de *Jobero Pando,* formando así las madrinas llamadas de los vaqueros. Finalmente, como aparecieron algunos novillos y vacas paridas marcadas con el hierro del hato de *La Amareña,* que no había tomado parte en la vaquería, por estar situado a gran distancia de *Altamira,* Balbino Paiba comenzó a apartarlos.

Santos Luzardo presenciaba la operación, sin proferir una palabra, pero cada vez que pasaba una res amareña le miraba el hierro, y en seguida el que ostentaba el caballo que montaba Paiba. Este se impacientó, al cabo, y lo interpeló:

—¿Por qué cada vez que pasa un bicho me le mira el doctor el anca al caballo?

—Porque ese caballo ha venido a correr por su hierro y no me parece que ése sea el que tienen todos los bichos que está apartando usted.

Mas al oir sus propias palabras le parecieron ajenas. Así se hubiera expresado Antonio o cualquier otro llanero genuino; así no hablaba el hombre de la ciudad.

Balbino tuvo que dar una explicación:

—Estoy autorizado para llevarme las reses de *La Amareña.*

Y entonces sí replicó el hombre de la ciudad:

—Muéstrame esa autorización, pues mientras no compruebe que procede en derecho, no podrá sacar de aquí una res ajena.

—¿Se piensa usted quedar con ellas entonces?

—No debería darle explicaciones a un insolente como usted—le respondió—. Pero, sin embargo, se las daré: errando libres por la sabana han llegado hasta aquí esas reses y así se irán hasta *La Amareña,* si de allá no vienen a buscarlas.

—¡Caramba!—exclamó Paiba—. ¿Usted como que piensa cambiar las costumbres del Llano?

—Justamente. Eso me propongo. Acabar con ciertas costumbres del Llano.

Y Balbino Paiba tuvo que conformarse a que Santos, después de haberle quitado el negocio que pensaba hacer con las reses altamireñas, no lo dejaba ahora llevarse aquellas otras, que no eran muchas, pero algo le habrían producido, una vez "cachapeados" los hierros como él sabía hacerlo.

*

Ya venía entrando en la manada la madrina y era el momento más emocionante. El animalaje bravío se arremolinaba dentro de las palizadas, que se iban estrechando en embudo hasta caer en la puerta de la majada, acosado por los caballos, que compartían el ardor del jinete en el dominio de la res, y entre la polvareda que levantaban los cascos y las pezuñas, y por encima del estruendo del entrechocar de los cuernos, de los balidos de los mautes, de los bramidos de los padrotes, del piafar y de las repechadas pujantes de las bestias, se alzaba la gritería ensordecedora de los vaqueros:

—¡Ahacá! ¡Apretá! ¡Apretá!

Atropellaban de cerca, empujando el ganado renuente a

entrar en el corral, metiéndole el anca de los caballos, sin darle espacio para las arremetidas, sosteniendo el empuje de las revueltas, lanzando el grito en el esfuerzo del chaparrazo:

—¡Jilloo!

Terminó el encierro, corriéronse los tranqueros del corral, quedáronse los vigilantes entonando sus coplas y los demás se dirigieron a las casas a desensillar y bañar sus caballos.

—¡Te portaste, castaño-lucero!—díjole al suyo *Pajarote,* palmeándole el pescuezo—. Por tu banda no pasó ni un bicho que no se llevara su merecido. Y eso que esta mañana te llamaron matalón los envidiosos de *El Miedo.* Yo lo que siento es no haber podido descubrir quién fue el que lo dijo, para cobrárselo en tu nombre.

*

La vuelta del trabajo animaba el patio de los caneyes. Al atardecer llegaban los vaqueros en grupos bulliciosos, empezaban a decirse algo entre sí y terminaban cantándolo en coplas, pues para cada cosa que se necesite decir hay en el Llano una copla que ya lo tiene dicho y lo expresa mejor, porque la vida es simple y desprovista de novedades, y porque los espíritus son propensos a las formas pintorescas de la imaginación.

Después de bañar los caballos y acomodarlos donde hubiera buen pasto, volvían al patio, donde ya estaba prendido el fogón y la ternera en los asadores, exhalando su apetitoso olor. En la cocina se proveían de un poco de "ají de leche", unos topochos y unas yucas salcochadas, y con esto y con la carne asada, de pie o acuclillados en torno al fogón, saciaban el hambre de sus estómagos sobrios después de no haber probado durante todo el día sino la taza de café de la madrugada.

Y entre un bocado y otro: episodios de la faena, malicias y fanfarronadas, el dicho hiriente de la broma cordial y la respuesta pronta y aguda, el pasaje de la pintoresca vida

del vaquero y del encaminador, del hombre de los rudos trabajos y las marchas pacientes, con la copla en los labios.

Luego, mientras allá, en torno a los corrales, rondan por turno los veladores, cantando y silbando continuamente, porque todavía el ganado está inquieto, venteando la sabana libre, y un barajuste repentino puede llevarse las palizadas; aquí bajo los caneyes, la otra velada bulliciosa: el cuatro y las maracas, el corrido y la décima. La poesía naciendo.

Generalmente son *Pajarote* y María Nieves, éste con el cuatro y aquél con las maracas, quienes improvisan alternativamente.

Cuando Cristo vino al mundo
fué en un caballo alazano.
Iba perdiendo la vida
por coger un orejano.

Cuando Cristo vino al mundo
fué por el mes de agosto.
¡Cómo se pondría ese Cristo
de manirito y jojoto!

Y así, cada cual apoyándose en un verso del otro y en cada copla la llanura, la musa ingenua y chispeante del hombre en contacto con la naturaleza, saltaba, en la agilidad de las réplicas, de lo tierno a lo picaresco, de lo risueño a lo trágico, sin pausas ni titubeos mientras hubiera cuerdas en el cuatro y capachos en las maracas, pues si el ingenio se agotaba o no venía pronto la ocurrencia, para salir del apuro se echaba mano de Florentino. Florentino el araucano, el gran cantador llanero que todo lo dijo en coplas y a quien ni el mismo diablo pudo ganarle la apuesta de a cuál improvisara más, que una noche vino a hacerle disfrazado de cristiano, porque aquél, cuando ya no le alcanzaba la voz, sobrándole todavía el ingenio, y faltando poco para que los gallos comenzasen a menudear, le nombró en una copla las Tres Divinas Personas y lo hizo volverse a sus infiernos, de cabeza con maracas y todo.

Y los cuentos de *Pajarote*:

—Candela fea la que vi una noche, navegando por el Meta. Asina, sobre un ribazo, miramos de pronto unas lu-

ces, y creyendo que eran casas, nos acercamos a la orilla a ver si se encontraba algo que comer, porque se nos había acabado el bastimento y el hambre nos llevaba trozados. El ribazo era un médano, y las luces ¿qué creen ustedes que eran? Un solo rollo como de mil culebras—¡Ave María Purísima!—que se estaban restregando unas contra otras en el arenal. Eran asina como cuando se frota un fósforo entre los dedos.

—No sea ponderativo, vale—dícele María Nieves.

—¡Ah, caramba! ¡Es que usted no ha visto nada, indio! Métase por esos ríos para que vea cosas raras. Eso es lo mismo que el pasaje que les he contado otras veces, de cuando estuve trabajando en la pesca de la tortuga en el Orinoco.

—¿Cómo es eso?—pregunta uno de los peones nuevos.

—¡Guá! Que un día del año, ahora no recuerdo cuál, al punto de medianoche, pasa un viejecito en una curiara-íngrimo y solo y sin que nadie haya podido descubrir todavía quién es ni de dónde sale. Algunos dicen que es Nuestro Señor Jesucristo en persona. Lo cierto es que se para en una punta de playa y pega un leco, que lo oyen todas las tortugas del Orinoco, desde las cabeceras, allá más arriba del Roraima, hasta las Bocas. Esa es la señal que esperan las tortugas para salir a poner sus huevos en la arena de las playas. Ahí mismito se empieza a oir el trueno de los millones de carapachos tropezando unos contra otros. Y ésa es también la señal que esperan los que saben para salir a cazarlas mansitas.

Y antes de que se rompiese en risas el momentáneo silencio de credulidad:

—¿Y de lo del Dorado que vieron los españoles? Yo también lo he mirado. Ese resplandor que algunas noches se distingue desde aquí, por los lados donde cae el Meta.

—Esas son quemazones de la sabana, *Pajarote*.

—No, señor, vale Antonio. Yo le aseguro a usted que ése es el Dorado que mientan esos libros que usted me leyó una vez. Sobre el Meta se ve clarito y grande, como una ciudad de oro.

—Este *Pajarote* lo ha mirado todo—comenta uno, y los demás sueltan la risa.

—¿Cómo fue, vale, que se salvó usted de que lo fusilaran?—pregunta María Nieves.

—¡Ese es bueno!—exclaman los que conocen el cacho—. Echalo, *Pajarote,* que aquí hay muchos que no te lo han oído.

—Pues que habíamos caído en manos de los revolucionarios del Gobierno, y como nosotros les habíamos dado mucho que hacer en dondequiera que nos los tropezábamos —y *Pajarote* carga la fama—, a mí me habían colgado las mías y las ajenas, y ya estaba resuelto que me iban a fusilar. Eso fue cerca de las bocas del Apure y estaba el río de monte a monte. La gente que me cargaba preso se llegó hasta la orilla, para que bebieran las bestias. Todos íbamos cubiertos de barro hasta las narices y al capitán de la compañía le dieron ganas de bañarse; pero en la orillita, porque no era bueno de agua. Se me ocurrió mi idea y dije, de modo que él me escuchara:

"—¡Ah, capitán, para tener bríos! Yo en el pellejo de él no me estaría bañando ahí tan tranquilo, con la caimanada que hay en ese río."

—Me oyó el hombre y como cuando uno empieza a hacer la diligencia para salir de un mal paso, ahí mismo está Dios haciéndose cargo de lo demás, se le ocurrió también al capitán su idea, que no era muy bendita, y me preguntó:

"—¿Y usted no es llanero, pues?"

"—Sí, señor, mi capitán—le respondí mansito—. Llanero soy, pero a caballo, que no es la misma cosa. A mí búsqueme usted en la tierra; pero en el agua no me encontrará nunca, ni en la orillita."

—Me lo creyó el hombre, porque estaba de Dios que así sucediera, y para divertirse conmigo, o para no tener que pasar el mal rato de fusilarme, mandó que me quitaran el cabo de soga con que me tenían amarrado y me echaran al agua para que me bañara, diciéndome:

"—Acérquese, amigo, para que se lave las patas, no vaya

mañana a ensuciar el cielo cuando San Pedro lo mande pasar adelante."

—Los soldados echaron a reírse, y yo me dije: "Te salvaste, *Pajarote*". Y seguí haciendo mi papel:

"—¡No, mi capitán! ¡Por vía suyita! Yo prefiero que me fusilen, si ésa es mi suerte, antes que morir comido por un caimán."

—Pero él les gritó a los soldados:

"—Echen al agua a ese cobarde."—Y me zumbaron al río para que me ahogara. Eso fue del lado de allá del Apure. Hice como si me hubiera ido de cabeza...

Pajarote deja en suspenso el cuento, y uno del auditorio reclama:

—¿Qué hubo, pues, vale? ¿Va a dejar el cacho sin punta?

—Pero ¿no me está viendo del lado de acá? Vine a sacar la cabeza en la otra orilla y les grité: "—No dejen de hacerme pasar un susto como éste otro día." —Me hicieron qué sé yo cuántos tiros; pero ¿quién alcanza a *Pajarote* cuando es hora de decir: ¡Pata!, ¿pa qué te quiero?

—Y tú, ¿por qué estabas alzado?—pregunta Carmelito.

—Por descansar de la brega con la cimarronera y porque ya las totumas estaban llenas, de tanta paz que había habido, y era hora de repartir los centavos.

Las totumas, es decir: la hucha del llanero. A propósito de la guerra y de la distribución de la riqueza, *Pajarote* tenía ideas muy llaneras.

*

Sábado por la noche.. Velada de amanecer bailando.

Se desocupó el caney sillero, se barrió y se regó convenientemente el piso y en cada horcón se puso un candil. Ya se estaban friendo los chicharrones y Casilda tenía preparados el carato de acupe y el dulce de ciruelas. Había, además, un cuarterón de aguardiente. Ya había llegado Ramón Nolasco, el de *Las Piñas,* que era el mejor arpista de todo el cajón del Arauca; de maraquero y cantador se trajo al tuerto Ambrosio, que, después de Florentino, era el improvisador más competente que por allí se conocía.

Llegaron las alegres cabalgatas de muchachas del paso del *Algarrobo,* del *Ave María* y de *Jobero Pando.* Los bancos, colocados al hilo de la horconadura del espacioso caney, no dieron abasto para el mujerío.

Marisela hace los honores de la casa. Va y viene de aquí para allá. Todas tienen algo que decirle y todas se lo dicen al oído.

Ella se sonroja, suelta la risa y replica:

—Pero ¿de dónde sacan ustedes eso?

Y de grupo en grupo va recogiendo bromas y lisonjas.

—¿De veras?—insiste Genoveva—. ¿Nada?

—Nada. Y ahora menos que nunca. En estos días se ha puesto muy antipático.

—No puedo creértelo. Con lo bonita que estás..

—Ya te contaré.

Ya el arpista está afinando y el tuerto Ambrosio le ha dado dos o tres sacudidas a las maracas.

—¡Oiga, compañero!—exclama *Pajarote*—. Ese hombre es una novedad con los capachos.

—¿Y qué me dices del arpa? ¡Escucha cómo cantan esas primas!

Ramón Nolasco le hace una seña al maraquero. Este tose, para aclararse el pecho, escupe por el colmillo y:

—Ahí va el son de la Chipola—anuncia.

Y rompe a cantar, a tiempo que los hombres se precipitan a los bancos a sacar parejas.

Chipolita, dame el seno,
que yo me quiero ensená.
Antes que otro se acomode
yo me quiero acomodá.

Y comienza el joropo, con un paso animado que hace revolar las faldas de las mujeres.

Sólo Marisela se ha quedado sentada. Santos, que era el único que podía sacarla, porque a tanto no se atrevían los peones, ni se le ha acercado siquiera. El tampoco baila.

Cantan las primas entre el ronco gemido de los bordones, y las obscuras manos del arpista, al recorrer las cuerdas,

son como dos negras arañas que tejen persiguiéndose. Poco a poco el golpe se va asentando en una cadena melancólica de música voluptuosa. Los bailadores no se mueven de un palmo de tierra, marcando el compás con la cintura. El chischear de las maracas milagrosas tiene pausas de angustia y una y otra vez el cantador insiste:

Si el Santo Padre supiera
la revuelta de Chipola,
se quitaría el balandrán,
dejaría la iglesia sola.

Es el anuncio de la "revuelta" que ya está preparando el arpista. Por fin, los dedos virtuosos saltan de las primas a los bordones y de éstos a aquéllas, los bailadores lanzan un grito de placer satisfecho y el joropo vuelve al movimiento primitivo. La tierra retumba bajo el escobilleado frenético y las parejas, sueltas en las figuras, se persiguen por entre la confusión. Se enlazan de nuevo y otra vez revuelan las faldas en los giros finales del golpe.

Las mujeres a los bancos y los hombres al cuarterón de aguardiente. La bebida aumenta la animación y *Pajarote* pide:

—El son del zamuro, Ramón Nolasco. Ya va a ver cosa buena, doctor. ¡Señora Casilda! ¿Dónde está la señora Casilda? Venga acá. Hágase la muerta para que la concurrencia vea cómo este zamuro le come los piazos.

Era el son del zamuro—uno de los muchos que llevan nombres de animales—un baile con pantomima que se toca cuando hay algún gracioso que quiere hacer de hazmerreír. Consiste la pantomima en imitar, al compás de la música, los grotescos movimientos que hace el zamuro antes de lanzarse al festín que le depara la res muerta en la sabana. *Pajarote* tenía fama de ser el mejor bailador de zamuro de todos aquellos contornos, y, en efecto, lo ayudaba mucho lo canilludo y desgalichado que era. En cuanto a Casilda, que en la pantomima hace el papel de muerto, era la única pareja que para ello podía prestarse. Siempre dispuesta a secundar

las humoradas de *Pajarote,* no había baile donde ellos estuvieran y no se tocara aquel golpe.

Les despejaron el caney y el arpista rompió el son:

Zamuros de la barrosa
del alcornocal de Abajo.
Ahora verán, señores,
al Diablo pasá trabajo.

Zamuros de la barrosa
del alcornocal del Frío.
Albricias pido, señores,
que ya Florentino es mío.

Eran las coplas del legendario desafío entre el Diablo y el famoso cantador araucano.

Plantada en el centro del caney, rígido el cuerpo y cerrados los ojos, Casilda llevaba el compás con movimientos de los hombros, mientras *Pajarote* le bailaba en torno, con grotescos movimientos de los brazos y grandes zancadas, que imitaban el batir de las alas y los saltos recelosos del ave inmunda alrededor de la carroña.

Los espectadores se desternillaban de risa; pero Santos no se divertía, y al cabo de un rato dijo:

—Basta, *Pajarote.* Ya nos has hecho reir bastante.

El arpista cambió de son y el baile continuó. Otra vez Marisela se había quedado sentada. Santos oía el cuento que le echaba Antonio, de cierta famosa ocurrencia de *Pajarote,* y éste se había acercado a ellos cuando, de pronto, irrumpió Marisela, proponiéndole:

—¿Quiere bailar conmigo, *Pajarote?*

—¿Muerto, quieres misa?—exclamó el peón, a manera de respuesta; pero, en seguida, a la mirada de Antonio, agregó—: Eso me queda grande, niña Marisela.

—Baila—díjole Santos—. Baila con ella.

Marisela se mordió los labios y *Pajarote* se la llevó entre los brazos, gritándole de paso al arpista:

—Apréciese, Ramón Nolasco, y sacuda bien los capachos, tuerto Ambrosio, que de oro debieran ser. Aquí va *Pajarote* con la flor de *Altamira,* sin tenérselo merecido. ¡Abran campo, muchachos, abran campo!

X

LA PASIÓN SIN NOMBRE

—Genoveva. ¡Chica! ¡Lo que se me ha ocurrido!

—¿Qué, mujer de Dios?

—Ven para contarte. Allí junto al palenque, donde nadie nos oiga. Tócame las manos. Oyeme el corazón.

—¡Ah! Ya sé: que te ha dicho, por fin.

—No. Ni una palabra. ¡Te lo juro! Fui yo quien me le declaré.

—¡Mujer! ¿Los venados corrieron detrás de los perros?

—Lo hice sin pensarlo. Oyeme. Yo estaba muy brava con él porque no me sacaba a bailar.

—Y para darle celos fuiste a convidar a *Pajarote*. Sí. Todas nos fijamos. Y después el doctor le pidió una palomita a *Pajarote* y bailó contigo.

—Pero déjame contártelo. Yo estaba muy brava, como te digo, tan brava que se me salían las lágrimas. De pronto él se me queda viendo, y yo, para disimular, para que no fuera a creer que estaba resentida, me sonreí. Pero no como quería sonreírme. ¿Comprendes?

—Sí. Ya me figuro cómo te sonreirías.

—Pues bien. ¿Sabes lo que se me ocurrió entonces para remediar la cosa? Echarla a perder más de lo que ya estaba: me lo quedé mirando y le dije: "¡antipático!".

Se sonroja y agrega:

—¿Qué te parece, chica? ¿Has visto mujer más lisa que yo?

La exclamación revela ingenuidad; pero a Genoveva le ha cruzado por el pensamiento otra idea: —¡Como no vaya a resultar lo que dice mi taita!: "Quien lo hereda no lo hurta".

—Qué te pasa, Genoveva? ¿Por qué te has quedado pensativa? ¿Crees que he hecho mal?

—No, chica. Esperaba que me siguieras contando.

—¿Qué más? ¿Te parece poco? ¡Si se lo había dicho todo con esa sola palabra!

—¿Y él, lo comprendería así?

—Con decirte que perdió el compás, él, que tiene tanto oído para el baile. No me respondió una palabra, no volvió a mirarme los ojos... Es decir, yo no sé si volvió a mirarme, porque después de aquello no me atreví a levantar más los míos.

Vuelve a quedarse pensativa Genoveva. Marisela guarda silencio también, mientras sus miradas se hunden en las claras lejanías de la sabana, dormida bajo el fulgor lunar. De pronto palmotea y exclama:

—¡Se lo dije! ¡Se lo dije todo! Ya por mí no será.

A tiempo que Genoveva le pregunta:

—¿Y ahora, Marisela?

—¿Ahora qué?—inquiere, como si no entendiera, y, en seguida—. ¡Pero, chica! ¿Qué iba a hacer yo? Ponte en mi caso: todo el día he estado con la ilusión de este baile, pensando: Hoy me dice. Además, ya te repito: se me escapó sin quererlo. Tú misma tienes la culpa, pues cada vez que nos encontrábamos me preguntabas: —¿Todavía no te ha dicho? Y, últimamente, tú lo que estás es celosa.

—No, Marisela. Es que estoy pensando en ti.

—¿Con esa cara tan preocupada, cuando yo estoy tan contenta?

Pajarote, que venía en busca de Genoveva porque ya habían comenzado a tocar la pieza que bailaría con ella, interrumpió la confidencia.

Marisela se quedó junto al palenque esperando a que también viniesen a invitarla; pero como no venían, las palabras de Genoveva aprovecharon la ocasión:

—¿Y ahora, Marisela? ¿Crees que todo puede seguir como venía, después de lo que ha sucedido? ¿Te imaginas que has resuelto la situación con haberte lanzado a decir lo que no se atrevían a declararte? ¿No ves que, por el contrario, la has complicado? ¿Con qué cara te le presentarás mañana a Santos si esta misma noche no se te acerca él a confesarte que te ama? Y no viene. No vendrá en toda la noche. ¡Qué chasco te has llevado! Y todo por no saber di-

simular lo que sientes. Imagínate lo que habrá pensado de ti. El, que es tan... ¡antipático!.

—Ya sé lo que soy. Ya me lo has dicho otra vez.

—¡Ah! ¿Estaba usted ahí?

—Sí. Aquí estoy. ¿No me ves?

—¿Por qué viene en puntas de pie a oir lo que una esté pensando?

—Ni he venido así, ni tampoco tengo el don de oir lo que los demás piensen. Ahora, cuando se piensa en alta voz, se corre el riesgo de que los demás se enteren.

—Yo no he dicho nada.

—Pues, entonces, yo tampoco he oído.

Pausa. Pero ¿hasta cuándo irá a estar callado? No parecía tan tímido. ¿Será necesario sacarle las palabras?

—Bueno.

—¿Qué?

—Nada.

—Pues nada—y se ríe.

—¿De qué se ríe?

—De nada—y sigue riendo.

—¡Guá! Será loco, pues.

—Dicen que las lunas llaneras perturban el juicio.

—Allá usted. Yo el mío lo tengo muy sano.

—Sin embargo, eso de enamorarse de *Pajarote*, así, sin reflexionar, no deja de ser una locura. Bien está *Pajarote* para lo que es; mas, para novio tuyo...

—¡Guá! ¿Y por qué no, pues? ¿No era yo un bicho del monte cuando usted me recogió? "Pa quien es su pae, buena está su mae", como dice el dicho.

—Ya sabía yo que esta noche sería de guás y de refranes vulgares; pero se te descubre a la legua que lo haces de propósito. De modo que, si quieres engañarme, inventa algo más ingenioso.

—¿Y usted por qué no ha inventado, también, algo más ingenioso que eso de que yo esté enamorada de *Pajarote?* Ahora soy yo quien se ríe. ¡La discípula cogiéndole las cáidas al maestro!

—No digas "cáidas".

—Los gazapos, pues... ¿Está mal dicho también?... .

—No—responde él, y se queda contemplándola, y luego le pregunta—: ¿Has terminado de reírte?

—Por ahora sí. Diga otra cosa, de esas tan ingeniosas que a usted se le ocurren, a ver si me vuelven las ganas. Diga, por ejemplo, que ha venido a pararse aquí, junto al palenque, a pensar en una de esas amigas que dejó en Caracas, que no era propiamente amiga, sino novia.

—Pues, si vas a reírte de mí...

—Aunque no lo diga. Ya me estoy riendo otra vez. ¿No oye?

—Sigue. Sigue. Me agrada tu risa.

—Pues entonces me pongo seria otra vez. Yo no soy mono de nadie.

—Y yo me acerco más a ti y te pregunto: ¿me quieres, Marisela?

—¡Te idolatro, antipático!

Pero esto no sucedió sino en la imaginación de Marisela. Quizá habría sucedido realmente si Santos se hubiera acercado al palenque; mas no apareció por todo aquello.

Pero ¿quién ha dicho que sea necesario que él se me declare? ¿No puedo seguir queriéndolo por mi cuenta? ¿Y por qué ha de llamarse amor al cariño que le tengo? ¿Cariño? No, Marisela. Cariño se le puede tener a todo el mundo y a muchas personas a la vez. ¿Adoración?... Pero ¿por qué razón todas las cosas deben de tener un nombre?

Y en la complicada simplicidad de su espíritu así quedó resuelta la dificultad.

Por lo demás, bien podía ser el amor de Marisela algo que estuviera a igual distancia de lo simple, material, del apetito, como de lo simple, espiritual, de la adoración. La vida, inclinándolo a uno u otro lado, determinaría la forma futura, pero en aquel punto de equilibrio entre la realidad y el sueño, era, todavía, la pasión sin nombre.

XI

SOLUCIONES IMAGINARIAS

Lo extraño fue que a Santos Luzardo también se le ocurrieron soluciones imaginarias.

Con la fría imparcialidad de que se revestía para analizar sentimientos suyos y situaciones difíciles que de ellos dependiesen, se planteó el caso, sentándose al escritorio, despejándolo de la barahunda de papeles y libros que sobre él había dejado poco antes, poniéndolos en orden, uno sobre otro y separándolos éstos de aquéllos, como si se tratase de distinguir y analizar lo que eran y contenían libros de Derecho y papeles de la contabilidad del hato, y apoyando las manos sobre unos y otros, cual si necesitara exteriorizar y convertir en cosas inertes los sentimientos sobre los cuales era menester reflexionar, dijo, mirando lo que tenía bajo la izquierda:

—Que Marisela se ha enamorado de mí, es evidente, y perdóneseme la vanidad. Era lógico que así sucediera: "los años, la ocasión...". Es bonita, un verdadero tipo de belleza criolla, simpática, interesante como alma, compañera risueña y sin duda útil para un hombre que haya de llevar indefinidamente esta vida de soledad y de asperezas entre peones y ganado. Hacendosa, valiente para afrontar situaciones difíciles. ¡Pero... esto no puede ser!

Y movió la mano sobre el papel como para borrar lo que allí estuviese escrito. Luego asentando más la diestra sobre los libros:

—Aquí no hay nada más sino una simpatía muy natural, y el deseo, desinteresado, de salvar una pobre muchacha condenada a una triste suerte. Acaso, cuando más, una necesidad, puramente espiritual de compañero femenino. Pero si esto puede dar origen, más tarde, a complicaciones sentimentales, lo prudente es ponerle remedio en seguida.

Retiró las manos de libros y papeles, y reclinándose en

el asiento, con la cabeza echada hacia atrás, prosiguió su monólogo mental:

—Marisela no debe continuar en casa. Claro que volver al rancho del palmar, ni por un momento. Sería entregársela a míster Danger. ¿Si ese par de tías viejas que tengo en San Fernando consintieran en recibirla? Marisela les sería muy útil, y ellas, en cambio, le harían un gran favor. Acabarían de educarla, completarían la obra emprendida por mí, con esos toques que a un alma de mujer sólo manos de mujer pueden darle: esa ternura que le falta, ese fondo del corazón hasta donde yo no he podido llegar. En cuanto a Lorenzo, claro está que no voy a exigirle a mis tías que lo reciban también. Se quedará aquí, conmigo. Ya que me lo he echado encima, con él tengo que cargar hasta el fin. Que no estará muy distante, por lo demás. Por esto, también, hay que ir buscándole soluciones al problema de Marisela. Vivo Lorenzo, aunque sea metido dentro de ese cuarto de donde ya no quiere salir ni para sentarse a la mesa, la convivencia de Marisela conmigo está justificada; pero muerto el padre, las cosas cambiarían de aspecto. Además, Marisela será para mí una impedimenta que no me dejará disponer de mi vida libremente. Si resuelvo, por ejemplo, regresarme a Caracas o irme a Europa, como antes lo pensaba y ya vuelve a ocurrírseme, por momentos, ¿qué hago con Marisela? Abandonarla así como así, no sería humano. Hasta cierto punto, yo he contraído un deber moral al emprender la obra de su educación, he cambiado el destino de un alma. Ella era la presa que ya míster Danger había elegido y por ese camino iba a seguir los pasos de la madre. ¿Voy a decirle ahora: revuélvete, sigue por donde ibas?

Enciende un cigarrillo. Grato es pensar mirando desvanecerse el humo en el aire, sobre todo cuando los pensamientos se van desvaneciendo a medida que son formulados.

—¡Nada! La única solución es que las tías consientan en recibir a Marisela. Pero antes hay que preparar el terreno, personalmente, porque escribirles sería tiempo perdido. Ya me imagino la exclamación al terminar la carta: "¡Una hija de *La Dañera* en casa!". Explicarles el caso y persua-

dirlas de que pueden recibirla sin escrúpulos de conciencia ni temor de maleficios.

Tira el cigarrillo, que ha dado, de pronto, un humo amargo y con movimientos de atención ausente de ellos se pone a arreglar los papeles de modo que no sobresalgan el uno del otro, mientras se dice, ya no mentalmente, sino con palabras emitidas:

—Pero para ir a San Fernando es necesario esperar a que termine la vaquería. Por ahora no puedo moverme de aquí. Entretanto, si a la casita de *El Bruscal* se le pudieran hacer reparaciones, allí podría vivir Lorenzo con su hija.

—¡Antonio!

—Antonio no está por aquí — responde por allá Marisela.

Y—¡cosa extraña!—el problema ha desaparecido de pronto, o, por lo menos, la necesidad apremiante de resolverlo en seguida.

¿Acaso, con lo que había descubierto la noche anterior, al sacar a Marisela a bailar, habían cambiado, realmente las cosas? ¿La ingenuidad misma de aquella tácita confesión de amor que ella hiciera al decirle "¡antipático!" no le daba al amor de Marisela un carácter especial, cierta diafanidad de sentimientos infantiles, ante los cuales resultaban desproporcionados sus escrúpulos?

Quizá, también, la clara voz que le había respondido por allá dentro hízole pensar, involuntariamente, en días venideros de casa sola y silenciosa.

Esto o aquello, o ambas cosas a la vez, lo cierto fue que Santos Luzardo concluyó así sus reflexiones:

—¡Hombre! Bien está que me ocupe en buscarle una solución al problema, pero no con tanta prisa. Un poco más y resulto tan timorato como mis tías. ¿Qué inconveniente hay en que Marisela viva bajo el mismo techo que yo, próxima y lejana, como hasta ahora ha vivido? Hasta cierto punto esto le añadiría un encanto mayor a la vida: un amor que no exija sino la mutua conciencia de que existe, que no cambie las cosas ni él tampoco pueda ser modificado por ellas. Algo suficiente por sí solo, que no necesite con-

vertirse en palabras ni en obras. Algo así como la moneda de oro del avaro, que es quizá el más idealista de los hombres. La riqueza toda sueños, la seguridad de que nunca se comprará con ella una desilusión.

*

Pero en la realidad, cuando no se tiene el alma sencilla, como la de Marisela, o demasiado complicada, como no la tenía Santos Luzardo, las soluciones deben ser siempre positivas. De lo contrario, acontece como le aconteció a él, que perdió el dominio de sus sentimientos y se convirtió en juguete de impulsos contradictorios.

¿Próxima y lejana Marisela? Cada vez más próxima, hasta el punto de que no había manera de estar dentro de aquella casa sin sentir su presencia. ¿Está en la cocina, preparándole la comida como a él le agrada? Pero desde aquí se le oye la voz y la risa o la copla. ¿Se ha quedado en silencio la casa y la mirada se fija en un sitio cualquiera? Es casi seguro que por allí cerca esté una flor, que ella ha puesto. Vas a sentarte y tienes que quitar el libro o la labor que dejó en la silla. Buscas algo y apenas mueves el brazo, allí mismo lo encuentras, porque todo está en su sitio y al alcance de tu mano. Entras y ya puedes contar con que en la puerta te la tropezarás, porque en ese momento sale. Vas a salir y tienes que hacerte a un lado o te lleva por delante en su carrera. ¿Quieres reposar la siesta? Ni el vuelo de las moscas te molestará, porque es tal la guerra que les ha declarado Marisela, que ya no se atreven a meterse en la casa, y mientras tú duermas, ella andará de puntillas y se morderá la lengua para que no se le escape la copla. Eso sí; apenas ya no tengas necesidad de silencio, romperá a cantar, como las propias paraulatas llaneras, que parece que tuvieran de plata la garganta, y todo lo que vaya haciendo se lo dirá a sí misma, en alta voz, y tú no necesitarás verla para saber en qué se ocupa.

—Ahora me pongo a remendar. Ahora barro la sala. Ahora riego las matas, y ahora, a estudiar mis lecciones.

Mas, por esto mismo, era conveniente poner distancias por medio, y olvidando aquel proyecto de llevar a Marisela a la casa de las tías, Santos plantea un día en la mesa esta conversación:

—Bien, Lorenzo. Ya Marisela ha adquirido los rudimentos necesarios para comenzar a recibir una verdadera educación y es conveniente ponerla en un colegio. En Caracas hay buenos colegios de señoritas, y creo que debemos mandarla cuanto antes.

—¿Con qué voy a pagarle la pensión?—pregunta Lorenzo.

—Eso corre de mi cuenta. Lo que te pido es tu autorización para proceder.

—Haz lo que te parezca.

Entretanto, Marisela se mordía los labios y ya iba a levantarse de la mesa enojada, cuando le vino "su idea". Siguió comiendo tranquila, y Santos creyó que también aceptaba su proyecto.

Pero al regresar a la casa, aquella misma tarde, encontró sobre la puerta un trozo de papel donde Marisela había puesto:

"Colegio de Señoritas. El mejor de la república".

Celebró la ocurrencia, quitó el papel y no volvió a hablar más de aquello.

*

Solos en la mesa. Cierto que era más grata, así, sin la repugnante presencia de Lorenzo Barquero. Ella le servía el plato, le estimulaba el apetito diciéndole:

—¡Esto está rico!

Le vertía el agua en el vaso, sin darle tiempo a que él lo hiciera, y entretanto, charlaba, charlaba, charlaba sin tregua.

Agradable la voz, delicioso el reir, pintoresca la conversación, graciosos los gestos y ademanes, ¡y una animación y un chisporroteo de luz en los ojos!

—¡Chica, ya me tienes mareado!

—Pero hable usted también, hombre de Dios.

—¿Al mismo tiempo que tú? Verdaderamente, tendré que resignarme a hacerlo así.

—¡Exagerado! Esta mañana, en el almuerzo, fue usted solo quien habló.

—Pero como si tal cosa, porque tú en otras muy distintas estabas pensando. Te pondría en un apuro si te preguntara qué te dije.

—¡Miren qué gracia! ¿A que usted tampoco puede repetir lo que yo he dicho ahora?

—También es cierto. Pero no porque no te haya prestado atención, sino porque es imposible seguir el hilo de tu discurso. Saltaste de un tema a otro y con una rapidez vertiginosa.

—¿Entonces, todo lo que uno hable deben ser discursos?

—Verdaderamente, resultaría fastidioso. Como lo estuve yo esta mañana.

—No he querido decirle eso, sino que cada uno tiene su manera de pensar y así como piensa, habla. Usted puede estar hablando dos horas seguidas, como un aguacerito blanco.

—Gracias por el símil. No me has dicho fastidioso.

—No es eso, señor. Quise decir: sin que hable de la misma cosa y al mismo tiempo sin que se vea que va cambiando el asunto. Mi manera es otra.

—Sí. Tu conversación podría compararse a una serie de chaparrones uno tras otro. Pero, aguaceros con sol. Para devolverte la metáfora con una garantía.

—¿El diablo y su mujer peleando? Pero nosotros no peleamos. ¡Ay! ¿Qué he dicho?

Se sonroja y suelta la risa.

—Claro está—dícele Santos, mientras contempla sonriente—. Como que ni yo soy el diablo...

Pero ella no lo deja concluir:

—¿Sabe?

—¿Qué?

—Ya se me olvidó lo que iba a contarle.

Y como Santos sigue contemplándola, exclama:

—¡Ah, sí!—pero en seguida vuelve a hacer el gesto de olvido, que era pura ficción, recurso de disimulo.

Santos la imita, exclamando:

—¡Ah! No.

¡Qué linda se estaba poniendo! ¡Todos los días más! No obstante, él se engolfa, de pronto, en uno de aquellos discursos deliberadamente fundados sobre temas áridos o abstrusos que tenían por objeto aburrirla o interesarla intelectualmente, remedios heroicos, ambos, contra el amor.

Pero ella ni se aburría ni tampoco podía interesarse de aquella manera. Mientras él hablaba no le quitaba la vista; mas, entretanto, iba pensando todo lo que se le viniera a la mente.

A lo mejor, interrumpió:

—¿Sabe? La venadita que me regaló no era ninguna bendita: va a tener venaditos.

Santos responde cualquier cosa y sigue comiendo en silencio; mas, de pronto, suelta la risa. Ella no se explica aquella hilaridad y se lo queda mirando extrañada. Al fin cae en malicia y las mejillas se le enrojecen, mientras, por disimular, busca de prisa algo que obligue a pensar en otra cosa; pero lo que se le viene a la boca, de golpe también, es la risa y ya no hay manera de que Santos logre cambiar la situación, pues, en cuanto comienza a decir algo, ella suelta la carcajada y él concluye imitándola.

Pero el reír malicioso de Marisela era algo tan diáfano como lo había sido la frase inocente, tan ajeno a la moral como el pecado de la venadita.

Era la naturaleza misma, sin bien ni mal; pero así no podía tomarla el hombre de la ciudad.

Por una parte, las reflexiones que otro cualquiera, dotado de un mediano buen juicio, se habría hecho: Marisela, fruto de una unión inmoral y acaso heredera de las funestas condiciones paternas y maternas, no podía ser la mujer en quien pusiera su amor un hombre sensato; y, por otra parte, las reflexiones que tenía que hacerse un Santos Luzardo. Sencilla como la naturaleza, pero, a ratos, inquietante, también, como las monstruosidades de la naturaleza, Marisela parecía tener selladas en el corazón las fuentes de la ternura. Alegre, jovial y expansiva, sin embargo en sus relaciones con

el padre, nunca le había visto un movimiento de amor filial. Generalmente, mostrábase indiferente a los sufrimientos paternos, o cuando más, al pasar junto a Lorenzo, le dirigía una frase juguetona, aniñando la voz, pero sin que las palabras dejaran traslucir verdadera ternura.

—Esta muchacha no tiene corazón—decíase a menudo Santos—. No tendrá todavía la crueldad sombría de la madre, pero tiene la crueldad retozona del cachorro, y de esto a aquello, con un poco que intervengan las circunstancias, no hay sino un paso. Tal vez por falta de la educación conveniente, por falta de esos toques a la sensibilidad dormida que sólo manos de mujer pueden darle.

Pero Santos Luzardo se veía obligado a confesarse que estas reflexiones pesimistas le producían un disgusto especial. Las hallaba demasiado severas, crueles, de crueldad consigo mismo. En cambio, postergando al razonador, le era grato poner, de cuando en cuando, un poco poeta el corazón y repetir aquello de la moneda de oro del avaro.

XII

COPLAS Y PASAJES

Pero con todo esto, las soluciones imaginarias no habían hecho sino complicar el problema, pues ya para Santos Luzardo la vida se había vuelto insoportable dentro de aquella casa.

Afortunadamente, fuera de ella todavía había mucho que hacer.

Concluída la recolecta de la hacienda, comenzó la hierra. Con el alba empezaba la algarabía del desmostrencaje, o sea, la separación, en dos corrales contiguos, de las vacas y los becerros.

Mugían aquéllas y lanzaban éstos balidos lastimeros, cual si presintiesen la tortura. Ya estaba candente el hierro que manejaría *Pajarote*. Con una copla lo anunciaba y los peones procedían a barrear los mautes. Los tumbaban en el suelo,

les cortaban en las orejas las señales del hato y les pisaban las cabezas para inmovilizarlos, mientras *Pajarote* les aplicaba el hierro candente, dedicándoles coplas de acuerdo con sus pelos y señales: el comedero habitual, la madrina a que pertenecían, el levante donde cayeron. La historia de cada res, que el llanero conoce como la propia.

Y a cada pasada de hierro trazaba una marca, a punta de cuchillo, en un trozo de cuero donde se llevaba la cuenta, porque todo en *Altamira* se hacía todavía como en los remotos tiempos de don Evaristo, el *Cunavichero.*

Haciéndose esta reflexión, Santos Luzardo se dijo que ya era hora de empezar a poner en práctica los animosos proyectos de reformas del civilizador de la llanura, aplazados todavía.

Concluída la hierra, que duró varios días consecutivos, Antonio le dijo, mostrándole las tarjas del herrador:

—La cosa ha resultado mucho mejor de lo que esperábamos. Tres mil becerros y más de seiscientos cachilapos. Ahora se puede proceder a lo de las queseras.

Apenas fue clavar unos cuantos horcones en la costa del caño *Bramador,* echarles encima un techo de paja sabanera, fabricar, con un cuero de res, el bote donde se cuajaría la leche y con hojas de palma tejida los cinchos donde se prensaría el queso, reforzar las paloapiques de unos corrales abandonados, meter en ellos unas cuantas vacas mansas y otras todavía bravas, recogidas en el rodeo de *Mata Obscura,* y dejar todo aquello al cuidado del viejo Remigio, quesero guariqueño que, a la casualidad, había llegado por allí buscando trabajo, acompañado de su nieto el becerrero Jesusito.

Cuando Santos vio que la obra se reducía a lo rudimentario de aquella "casa en piernas" aislada en medio de un extenso banco de sabanas, en el mismo sitio donde hacía más de veinte años había existido otra construcción idéntica, destinada al mismo uso, y se dio cuenta de que en la quesera actual todo iba a hacerse, como en la antigua, mediante los rudimentarios procedimientos de una industria primitiva, se avergonzó de sí mismo. ¿Sería, acaso, así como *Altamira* se convertiría en un fundo moderno—palabras suyas

cuando decidió dedicarse al hato—dotado de todos los adelantos de la industria pecuaria en los países civilizados?

—Así es como se trabaja de queseras por aquí—replicó Antonio—. Con lo que da el mismo Llano: palos de caramacate o macanilla, hojas de palma, cueros de res.

—Y rutina de siglos—agregó Santos—. Milagro que todavía exista el ganado, que fue innovación introducida por los colonizadores españoles. Duro es decirlo, pero el llanero no ha hecho nada por mejorar la industria. Su ideal es convertir en oro todo el dinero que le caiga en las manos, meterlo en una múcura y esconderlo bajo tierra. Así hicieron mis antepasados y así haré yo también, porque esta tierra es un mollejón que le embota el filo a la voluntad más templada. Con esto de la quesera, y así pasa con todo, otra vez empezaremos por donde mismo estábamos hace veinte años. Entretanto, la cría degenera por falta de cruzamientos y por excesos de plagas que la diezman. Todavía se pretende curar el gusano con oraciones, y como los brujos abundan y hasta los inteligentes terminan creyendo en ellos, no se procuran remedios.

—Todo eso debe de ser como usted lo dice, doctor—repuso Antonio—. Pero póngase a cruzar ganados, ya que mienta lo del cruzamiento, que desde chiquito estoy oyendo decir que se necesita. ¿Para que se lo coman los revolucionarios? Déjelo criollo purito, doctor, porque entonces, como la carne será más sabrosa, habrá más revoluciones. Y otras cosas que no son la guerra: pero que se le parecen mucho, verbigracia las autoridades, que todo se lo quieren coger.

—Sofismas—replicó Santos—. Justificaciones de la indolencia del indio que llevamos en la sangre. Por todo eso, precisamente, es necesario civilizar la llanura; acabar con el empírico y con el cacique, ponerle término al cruzarse de brazos ante la naturaleza y el hombre.

—Ya habrá tiempo para todo—concluyó Antonio—. Por ahora, así como está, la quesera dará sus resultados. Sólo con que se amanse el ganado ya vamos ganando bastante. El todo es que logremos empadronarlo ligero.

Muy práctico en fundaciones de este género era el gua-

riqueño Remigio, pero empadronar una quesera con ganado salvaje como el de *Altamira* era empresa muy ardua.

—*Maravilla, Maravilla, Maravilla.*

—*Punto Negro, Punto Negro, Punto Negro.*

Y así todo el día, manoseando las vacas bravas pegadas a los botalones y sin apearles los nombres recién puestos, para que se fueran acostumbrando a ellos.

Y en los corrales y en el pastoreo, cada vez que él o Jesusito pasaban cerca de alguna:

—*Botón de Oro, Botón de Oro, Botón de Oro.*

Algunas comenzaban a aprenderlos y se les adivinaba en la mansedumbre de los ojos mientras los escuchaban; pero la mayor parte del rebaño tenía todavía en las pupilas inyectadas la bravura intacta.

Y mientras allá en la quesera comenzaba así la civilización de la barbarie del ganado, en las cimarroneras no descansaban los lazos.

Al choque de los vaqueros retemblaba el mastrantal bajo el tropel de los rebaños sorprendidos; pero a veces la rochela se encrespaba, se revolvía contra las bestias y a pesar de la destreza de los jinetes, muchas perecían en los encontronazos o caían fulminadas por el dolor del formidable envión del orejano.

También fueron muchos los toros que murieron calambreados por el furor, al sentirse dominados por el hombre, o sucumbieron a la tristeza de la mutilación, echados dentro de la espesura de las matas, esperando la muerte por hambre y sed y lanzando de rato en rato mugidos sordos, al pensar en el perdido señorío del rebaño salvaje y en la vida libre y fiera de la rochela dentro de la montaña inaccesible.

Santos Luzardo compartió con los peones los peligros de aquellos choques, y las intensas emociones lo hicieron olvidarse otra vez de los proyectos civilizadores. Bien estaba la llanura así, ruda y bravía. Era la barbarie; mas, si para acabar con ésta no bastaba la vida de un hombre, ¿a qué gastar la suya en combatirla?

—Después de todo—se decía—la barbarie tiene sus en-

cantos, es algo hermoso que vale la pena vivirlo, es la plenitud del hombre rebelde a toda limitación.

*

Es María Nieves agigantándose en la empresa de la esguazada de los grandes ríos donde acecha la muerte. Va a exponerse a la tarascada mortal de los caimanes y sólo lleva un chaparro en la mano y una copla en los labios.

Ya están llenos los corrales del paso del *Algarrobo*. Se va a tirar al Arauca una punta de ganado y los jinetes ya están colocados a lo largo de la manga para defenderla del empuje del tropel de reses. Ya María Nieves se dispone a conducirla a la otra orilla, a cabestrearla a nado. Es el mejor "hombre de agua" de todo el Apure y nunca se le ve tan contento como cuando la lleva al cuello, en pos de sí los cuernos, apenas, de los madrineros que guían la esguazada y por delante, allá lejos, porque ya el río está de monte a monte, la orilla opuesta.

Ya está en el agua sobre su caballo en pelo y conversa a gritos con los canoeros que navegarán al costado de la punta para no dejarla regarse río abajo.

En los corrales se oye la gritería de los peones que arrean el rebaño. Ya los bueyes madrineros vienen, manga abajo, y en pos de ellos el tropel de las reses bisoñas. María Nieves rompe el canto y se arroja al agua, porque el caballo apenas le serviría de apoyo para la mano izquierda, mientras con la derecha bracea, empuñando el chaparro para defenderse del caimán. Detrás de él se arrojan al agua los bueyes madrineros y comienzan a nadar, apenas los cuernos y el hocico a flote.

—¡Apretá! ¡Apretá!—gritan los vaqueros.

Los caballos empujan y las reses van cayendo al río. Braman, asustadas; algunas tienden a revolverse, y a otras se las lleva la corriente; pero en la orilla los vaqueros y a lo ancho del río las bogas de las canoas las contienen y las enfilan.

Un caramero de cuernos señala el rumbo sesgado de la

esguazada. Adelante va la cabeza de María Nieves junto con la de su caballo. Se oye su canto en medio del ancho río, en cuyas turbias aguas acechan el caimán traicionero y el temblador y la raya y el cardumen devorador de los zamuritos y de los caribes.

Al fin la punta gana la ribera opuesta, a centenares de metros. Una a una van saliendo del agua las reses, lanzando mugidos lastimeros, y así están largo rato agrupadas en la playa, mientras el cabestrero vuelve a echarse al río a pasar otro lote.

Ya los corrales del paso se van vaciando por la manga, y en la margen opuesta del Arauca, en una playa árida y triste, bajo un cielo de pizarra, se eleva el cabildeo plañidero de centenares de reses que serán conducidas camino de Caracas, a través de leguas y leguas de sabanas anegadas, paso a paso, al son de las tonadas de los encaminadores:

Ajila, ajila, novillo,
por la huella el "cabrestero"
para contarte los pasos
del corral al matadero.

Mientras, otras tantas, por distinto rumbo, han sido despachadas hacia la Cordillera, como en los buenos tiempos de los viejos Luzardos, cuando *Altamira* era el hato más rico del cajón del Arauca.

Es la vida hermosa y fuerte de los grandes ríos y las sabanas inmensas, por donde el hombre va siempre cantando entre el peligro. Es la epopeya misma. El Llano bárbaro, bajo su aspecto más imponente; el invierno que exige más paciencia y más audacia, la inundación que centuplica los riesgos y hace sentir en el pedazo de tierra enjuta la enormidad del desierto; pero también la enormidad del hombre y lo bien acompañado que se halla, cuando no pudiendo esperar nada de nadie, está resuelto a afrontarlo todo.

*

¡Llueve, llueve, llueve!... Hace días no sucede otra cosa. Ya los llaneros que estaban fuera de sus casas han regresado

a ellas, porque los caños y los ríos se desbordarán por las sabanas y pronto no habrá caminos transitables. ¡Ni necesidad de recorrerlos! Ya es tiempo de "mascada, tapara y chinchorro", y con estas tres cosas bajo el techo de palma, el llanero se siente feliz, mientras afuera se van desgajando las nubes en un llover obstinado y copioso.

Con las primeras lluvias comenzó el retorno de las garzas. Aparecieron por el Sur—hacia donde emigran durante el verano, sin que nadie sepa hasta dónde van—y todavía estaban llegando las innumerables bandadas.

Fatigadas por el largo vuelo, se detenían, balanceándose sobre las ramas flexibles del monte del garcero, o llegaban, sedientas, hasta el borde de la ciénaga, y el monte y el agua iban cubriéndose de blancura.

Parecía haber reconocimientos y cambios de impresiones de viaje. Las de este bando miraban a las del otro, que habían emigrado a distintas regiones, alargaban los cuellos, batían las alas, lanzaban ásperos graznidos y luego quedábanse quietas observándose mutuamente, redondas e inmóviles las ágatas de las pupilas. A veces había riña por una rama del dormitorio, por un resto de nido de la estación anterior; pero después se iban acomodando todas en los mismos sitios que siempre habían ocupado.

Los patos salvajes, las corocoras, las chusmitas, las cotúas, los gavanes y los gallitos azules, que no habían emigrado, acudían a saludar a las viajeras, y eran también bandadas innumerables que iban llegando desde los cuatro puntos del cielo. También habían regresado los chicuacos y contaban sus impresiones de viaje.

Ya el estero está lleno, porque el invierno se ha metido con fuerza. Un día asoma a flor de agua la trompa negra de una baba. Ya aparecerán también los caimanes, pues los caños se están llenando de prisa y en la llanura por todas partes se va a todas partes. Los caimanes también vienen desde lejos, del Orinoco muchos de ellos; pero nada cuentan, porque todo el día se lo pasan durmiendo o haciéndose los dormidos. Y mejor es que se estén callados. No podrían contar sino crímenes.

Comienza la muda. El garcero es un monte nevado, al amanecer. Sobre los árboles, en los nidos colgados de ellos y en torno al remanso, la blancura de las garzas a millares, y por dondequiera, en las ramas de los dormitorios, en los borales que flotan sobre el agua fangosa de la ciénaga, la escarcha de la pluma soltada durante la noche.

Con el alba comienza la recolecta. Los recogedores salen en curiaras, pero terminan echándose al agua y con ella a la cintura, entre babas y caimanes, rayas, tembladores y caribes, desafían la muerte gritando o cantando, porque el llanero nunca trabaja en silencio. Si no grita, canta.

¡Llueve, llueve, llueve! Y se desbordan los caños y se inundan los esteros y empiezan a caer los hombres, fulminados por la "calentura", tiritando de frío, castañeteando los dientes, y se ponen pálidos y se van volviendo verdes, y empiezan a nacerle cruces al cementerio de *Altamira* que es apenas un pequeño rectángulo cercado de alambre de púas, en medio de la sabana, porque al llanero, hasta después de muerto, le basta con estar en medio de su sabana.

Pero, al fin, comienzan a cabecear los ríos y a escurrirse los rebalses ribereños, y los caimanes empiezan a abandonar los caños, hacia el Arauca, hacia el Orinoco los que de allá vinieron a hartarse con reses altamireñas y se van alejando las fiebres, y otra vez el cuatro y las maracas, el corrido y el pasaje, el alma recia y risueña cantando en coplas sus amores, sus trabajos y sus bellaquerías.

—¿Que de dónde le viene al llanero su fuerza, así tan jipato como es, para resistirlo todo un día sobre el caballo, detrás del ganado o con el agua a la cintura, y su alegría para ponerle buena cara al mal tiempo? Ya se lo voy a explicar, doctor—dícele Antonio Sandoval—. De la moraleja de este pasaje que le voy a echar: Un día se presentó por aquí buscando trabajo uno de por los lados del Cunaviche. Se ofrecía como cimarronero, nada menos, y venía muy mal montado; el matalón no podía con su alma y el apero era una tereca. Me lo quedé mirando y le dije:

"—Bueno, amigo, bestia le ofrezco: uno de esos mostrencos que andan alzados por la sabana. Póngale un veladero

al que más le guste y luego lo amansa para su silla; pero de aperarlo se encarga usted."

"—Yo tengo apero—me contestó el hombre, poniéndole la mano encima a su tereca—. Me falta el arricés, el guardabastos se me perdió, el fuste me lo robaron y la coraza no sé qué se me hizo; pero me queda el sufridor."

Y Antonio concluyó, sentencioso:

—Así me contestó el hombre, que es nada menos que *Pajarote*. Lo que le quedaba era el sufridor, y él decía que tenía apero. Conque aplique el cuento. El sufridor, es decir: la voluntad de pasar trabajos. De ahí le viene al llanero su fuerza.

En efecto, así los vio vivir Santos Luzardo, al veguero triste y bruto junto al palmo de tierra de su cunuco y al pastor alegre y fanfarrón en medio de su sabana inmensa, luchando con la naturaleza, compartiendo el tasajo de carne y el trozo de yuca de su sobriedad, que sólo se regala con la taza de café y la mascada de tabaco, conformándose con el chinchorro y la cobija—¡eso sí!, siempre que fuera fino el caballo y bonito el apero—, punteando la bandurria, rasgueando el cuatro, cantando hasta desgañitarse, por las noches, después de las rudas faenas de levantes y carreras, y destornillándose en el joropo hasta el amanecer, en las casas donde hubiese muchachas cuyos atractivos merecieren la maliciosa copla que dice:

> Del toro la vuelta el cacho,
> del caballo la carrera,
> de las muchachas bonitas
> la cincha y la gurupera.

Y vio que el hombre de la llanura era, ante la vida, indómito y sufridor, indolente e infatigable; en la lucha, impulsivo y astuto; ante el superior, indisciplinado y leal; con el amigo, receloso y abnegado; con la mujer, voluptuoso y áspero; consigo mismo, sensual y sobrio. En sus conversaciones, malicioso e ingenuo, incrédulo y supersticioso; en todo caso, alegre y melancólico, positivista y fantaseador. Humilde a pie y soberbio a caballo. Todo a la vez y sin es-

torbarse, como están los defectos y las virtudes en las almas nuevas.

Algo de esto lo dejaban traslucir las coplas donde el cantador llanero vierte la alegría jactanciosa del andaluz, el fatalismo sonriente del negro sumiso y la rebeldía melancólica del indio, todos los rasgos peculiares de las almas que han contribuído a formar la suya, y lo que no estuviese claro en las coplas y Santos Luzardo lo hubiese olvidado, se lo enseñaron los pasajes que les fue oyendo contar mientras compartía con ellos los duros trabajos y los bulliciosos reposos.

Y de todo esto y por todas las potencias de su alma, abiertas a la fuerza, a la belleza y al dolor de la llanura, le entró el deseo de amarla tal como era, bárbara pero hermosa, y de entregarse y dejarse moldear por ella, abandonando aquella perenne actitud vigilante contra la adaptación a la vida simple y ruda del pastoreo.

Cierto es que en el Llano no se doma un potro ni se enlaza un toro impunemente; quien lo haya llevado a cabo pertenece, desde luego, a la llanura. Además, ésta no hacía sino recuperarlo. Ya lo había dicho Antonio Sandoval: "¡Llanero es llanero, hasta la quinta generación!" Pero había también algo más, algo sobre lo cual no se reflexionaba; pero que estaba allí, en el fondo del alma, transformando los sentimientos del hombre de la ciudad, derribando los obstáculos: ¡Marisela, canto del arpa llanera, la del alma ingenua y traviesa, silvestre como la flor de paraguatán, que embalsama el aire de la mata y perfuma la miel de las aricas!

XIII

LA DAÑERA Y SU SOMBRA

Cerca de la anochecida, al dirigirse a la cocina para prepararle la comida a Santos, ya al entrar, Marisela oyó que la india Eufrasia le decía a Casilda:

—¿Para qué iba a ser, pues, ese empeño de Juan Primito

en que el doctor se dejara medir? ¿A quién puede interesarle esa medida, si no es a doña Bárbara, que es voz corriente que se ha enamorado del doctor?

—¿Y tú crees en eso de la medida, mujer?—replicó Casilda.

—¿Que si creo? ¿Acaso no he visto pruebas? Mujer que se amarre en la cintura la medida de un hombre, hace con él lo que quiera. A Dominguito, el de *Chicuacal,* lo amarró la india Justina y lo puso nefato. En una cabuya le cogió la estatura y se la amarró a la pretina. ¡Y se acabó Dominguito!

—¡Mujer!—exclamó Casilda—. Y si tú crees eso, ¿cómo no le dijiste al doctor que no se dejara medir por Juan Primito?

—Sí, lo pensé, pero como el doctor no cree en esas cosas y estaba tan divertido con los disparates del bobo, no me atreví. Mi idea era quitarle a Juan Primito la cabuya; pero me echó tierra en los ojos, como dicen, y cuando fui a buscarlo, ¡ni el polvo! Lejos debe ir ya, aunque eso fue ahora. Porque cuando él dice a caminar, no hay quien lo siga.

Aquello era de lo más burdo y primitivo que en materia de superstición pudiera darse; pero Marisela se estremeció al oirlo. A pesar del empeño que había tomado Santos en combatirle la creencia en supercherías, y aunque ella misma aseguraba que ya no les prestaba crédito, la superstición estaba asentada en el fondo de su alma. Por otra parte, las palabras de las cocineras, oídas conteniendo el aliento y con el corazón por salírsele del pecho, habían convertido en certidumbre las horribles sospechas que ya le habían cruzado por la mente: su madre, enamorada del hombre a quien ella amaba.

Ahogó la exclamación de horror que iba a escapársele, tapándose la boca con la mano trémula, y se le olvidó el propósito que la había llevado a la cocina. Atravesó el patio en dirección a la casa, se revolvió, una y otra vez anduvo y desanduvo el trayecto, cual si las horribles ideas, repu-

diadas de la conciencia, se convirtieran todas en movimientos automáticos.

En esto vio llegar a *Pajarote*. Le salió al encuentro preguntándole:

—¿No ha visto por el camino a Juan Primito?

—Me crucé con él más allá del alcornocal. Ya debe de estar llegando a *El Miedo*, porque iba como alma que lleva el diablo.

Pensó un instante y en seguida dijo:

—Necesito ir ahora mismo a *El Miedo*. ¿Quieres acompañarme?

—¿Y el doctor?—objetó *Pajarote*—. ¿No está aquí?

—Sí. En la casa está. Pero él no debe saberlo. Me iré escondida. Ensílleme la *Catira*, sin que nadie se dé cuenta.

—Pero, niña Marisela—objetó *Pajarote*.

—No. Es inútil, *Pajarote*. No pierda su tiempo tratando de hacerme desistir. Es necesario que yo vaya a *El Miedo* ahora mismo. Si usted no se atreve a acompañarme...

—No me diga nada más. Ya voy a estar ensillando la *Catira*. Espéreme detrás del topochal y así no la verán salir.

Algo mucho más grave se imaginó *Pajarote*, y por eso y porque Marisela había dicho: "si usted no se atreve", se decidió a acompañarla sin más averiguaciones. Todavía no había nacido quien pudiera decir: a esto no se atreve *Pajarote*.

Al abrigo del topochal se alejaron de las casas sin ser vistos, cuando ya empezaba a cerrar la noche. El deseo de no tener que encararse con la madre le hizo decir a Marisela:

—¿Cree usted que si apuramos alcanzaremos a Juan Primito antes de que llegue?

—Aunque trocemos las bestias no lo alcanzaremos—respondió *Pajarote*—. Con la ventaja que nos lleva y el tamaño de las zancadas, si no ha llegado todavía será muy poco lo que le falte.

En efecto, en aquel momento llegaba Juan Primito a *El Miedo*. Encontró a doña Bárbara sentada a la mesa. Estaba sola, pues hacía varios días que Balbino Paiba, te-

meroso de provocar con su presencia la ruptura ya inminente, no se dejaba ver por allí.

—Aquí tiene lo que me encargó—dijo Juan Primito, sacándose de la faltriquera el ovillo de cordel y poniéndolo en la mesa—. Ni le falta ni le sobra un pelito.

En seguida refirió las mañas que tuvo que darse para tomarle la medida a Luzardo.

—Bien—díjole doña Bárbara—. Puedes retirarte. Pide en la pulpería lo que quieras.

Y se quedó pensativa, contemplando aquel pedazo de cordel pringoso, que tenía algo de Santos Luzardo y que debía traerlo a caer entre sus brazos, según una de las convicciones más profundamente arraigadas en su espíritu. Ya los apetitos se habían convertido en pasión, y puesto que el hombre deseado que debía ir a entregársele "con sus pasos contados" no los encaminaba hacia ella, de la tiniebla del alma supersticiosa y bruja había surgido la torva resolución de apoderarse de él por artes de ensalmadora.

*

Entretanto, ya Marisela se acercaba a la casa. Rompiendo, por fin, el caviloso silencio en que hizo el trayecto, díjole a *Pajarote:*

—Necesito hablar con... mi madre. Llegaré sola hasta la casa. Usted se queda un poco más acá, de modo que si me veo en un apuro... oiga cuando lo grite.

—Si así lo dispone usted, así será—respondió el peón, complacido en el coraje de la muchacha—. Y no tenga cuidado, que no tendrá que gritarme dos veces.

Se detuvieron al abrigo de unos árboles. Marisela bajó del caballo y avanzó resuelta, al hilo del paloapique de la majada.

Un instante, apenas, le flaqueó la voluntad al atravesar el corredor de aquella casa que por primera vez visitaba. El corazón parecía habérsele paralizado y las piernas le vacilaron. Estuvo a punto de que se le escapara el grito convenido con *Pajarote;* pero ya estaba en el umbral de aquella pieza, sala y comedor a la vez.

Doña Bárbara acababa de levantarse de la mesa y había pasado a la habitación contigua.

Repuesta de su turbación, Marisela adelantó la cabeza. Dió un paso y otro y otro sigilosamente y mirando en derredor. El golpe del corazón le retumbaba dentro del cráneo; pero ya no tenía miedo.

En la habitación de los conjuros, ante la repisa de las imágenes piadosas y de los groseros amuletos, donde ardía una vela acabada de encender, doña Bárbara, de pie y mirando el guaral que medía la estatura de Luzardo, musitaba la oración del ensalmamiento:

—Con dos te miro, con tres te ato: con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. ¡Hombre! Que yo te vea más humilde ante mí que Cristo ante Pilatos.

Y deshaciendo el ovillo, se disponía a ceñirse el cordel a la cintura, cuando de pronto se lo arrebataron de las manos.

Se volvió bruscamente y se quedó paralizada por la sorpresa.

Era la primera vez que se encontraban frente a frente madre e hija, desde que Lorenzo Barquero fue obligado a abandonar aquella casa. Ya sabía doña Bárbara que Marisela era otra persona desde que estaba en *Altamira;* pero a la sorpresa de la aparición intempestiva se añadió la que le produjo la hermosura de la hija, y esto no le permitió precipitarse sobre ella a recuperar el cordel.

Ya iba a hacerlo, pasado el momentáneo desconcierto, cuando Marisela volvió a detenerla, exclamando:

—¡Bruja!

Tal como dos masas que chocan, saltan en el encontronazo y caen luego desmoronadas, confundiendo sus fragmentos, así sucedió en el corazón de doña Bárbara, cuando en los labios de la hija estalló el epíteto infamante, que nadie fuera osado a pronunciar en su presencia. El hábito del mal y el ansia del bien, lo que ella era y lo que anhelaba ser para que pudiese amarla Santos Luzardo, chocaron, se encresparon y se confundieron, deshechos, en una masa informe de sentimientos elementales.

Entretanto, Marisela se había precipitado a la repisa y

echado al suelo, de una sola manotada, toda la horrible mezcla que allí campaba: imágenes piadosas, fetiches y amuletos de los indios, la lamparilla que ardía ante la estampa del Gran Poder de Dios y la vela de la alumbradora, mientras con una voz ronca, de indignación y de llanto contenido, rugía:

—¡Bruja! ¡Bruja!

Enfurecida, rugiente, doña Bárbara se le arrojó encima, le sujetó los brazos y trató de arrebatarle la cuerda.

La muchacha se defendió, debatiéndose bajo la presión de aquellas manos hombrunas, que ya le desgarraban la blusa, desnudándole el pecho virginal, para apoderarse de la cuerda que había ocultado en el regazo, cuando una voz reposada y enérgica, ordenó:

—¡Déjala!

Era Santos Luzardo, que acababa de aparecer en el umbral de la puerta.

Obedeció doña Bárbara y con un sobrehumano esfuerzo de disimulación trató de transformar en afable su faz siniestra; pero en vez de una sonrisa apareció en su rostro una mueca fea y triste, de propósito fallido.

*

Y fue tan profundo el trastorno de su espíritu que ni aun con "el Socio" pudo entenderse aquella noche.

Ya había recogido del suelo y vuelto a colocar sobre la repisa las imágenes piadosas y los groseros fetiches y amuletos que derribó la manotada de Marisela; otra vez ardía la lamparilla votiva, aunque con un chisporroteo continuo de aceite y agua mezclados en la mecha, y una llama vacilante, sin que dentro del cuarto, herméticamente cerrado, se moviera ni el más leve soplo de aire, y ya por varias veces había formulado el conjuro a que tan obediente se mostrara siempre el demonio familiar; pero éste no acudía a presentársele porque, como en la mecha de la lamparilla, también había inconciliables cosas mezcladas en el pensamiento que lo invocaba.

—¡Calma!—se recomendó mentalmente—. Calma.

Y en seguida la impresión de haber oído una frase que ella no había llegado a pronunciar:

—Las cosas vuelven al lugar de donde salieron.

Eran las palabras que había pensado decirse para apaciguar su excitación; pero "el Socio" se las arrebató de los labios y las pronunció con esa entonación familiar y extraña, a la vez, que tiene la propia voz devuelta por el eco.

Doña Bárbara levantó la mirada, y advirtió que en el sitio que hasta allí ocupara su sombra, proyectada en la pared por la luz temblorosa de la lamparilla, estaba ahora la negra silueta de "el Socio". Como de costumbre, no pudo distinguirle el rostro, pero se lo sintió contraído por aquella mueca fea y triste de sonrisa frustrada.

Convencida de haberlas percibido como emanadas de aquel fantasma volvió a formular, ahora interrogativamente, las mismas palabras que, de tranquilizadoras cuando ella las pensó, se habían trocado en cabalísticas al ser pronunciadas por aquél.

—¿Las cosas vuelven al lugar de donde salieron?

Luego, ¿debía desistir de aquellos sentimientos que se trajo de *Mata Obscura,* sentimientos postizos, que nunca llegarían a ser verdaderamente suyos, y en vez de procurar conquistarse el amor de Santos Luzardo, sólo por artes lícitas de mujer enamorada, apoderarse de su albedrío como se apoderó del de Lorenzo Barquero, o suprimirlo a mano armada, como había hecho con todos los hombres que se atrevieran a oponerse a sus designios?

Pero ¿eran realmente postizas aquellas ansias de vida nueva que se habían precipitado dentro de su corazón, con la misma vehemencia avasalladora con que siempre se le desataron los perversos instintos? ¿No estaba ella, tal cual era, con todo el vigor de su naturaleza, en aquel anhelo de sepultar para siempre a la mujerona siniestra de la mano tinta en sangre, a la bruja como acababa de llamarla Marisela?

Y de las dos porciones del alma desdoblada: de lo que era ella y de lo que anhelaba ser—lo que tal vez habría sido

si el tajo del *Sapo* no tronca la vida de Asdrúbal—, de la región tenebrosa donde se alzaba el espectro viviente de un hombre envilecido por sus hechizos y otro que se iba de bruces dentro de una zanja, con una lanza hundida en la espalda, noche cerrada sin un parpadeo de estrella, y de la que aún recibía el resplandor intermitente de aquella luz de buen amor que brilló un instante en la piragua de los sarrapieros; de las dos porciones irreconciliables, levantáronse las réplicas.

—¿Vuelve, acaso, la culebra a su concha, ni el río a sus cabeceras?

—Vuelve la res a la majada, y el perdido a la encrucijada donde erró el camino.

—¿En el rodeo de *Mata Obscura?*

—Entre los brazos de los sarrapieros.

Y no se podía decir cuándo interrogaba ella y replicaba "el Socio", porque ella misma no sabía dónde había perdido el camino.

Se buscaba, y sin dejar de hallarse, no se encontraba. Quería oir lo que le aconsejara "el Socio"; mas apenas comenzaba éste, ella tenía formulada la réplica y las dos frases se encabalgaban y se atropellaban y ambas eran percibidas por sus oídos como ajenas, siendo sentidas como propias, cual si su pensamiento fuera arrastrado, en un flujo y reflujo de mareas tormentosas, de ella al fantasma y de éste a ella.

Era insólita esta conducta del demonio familiar, cuyos consejos y premoniciones siempre los había percibido doña Bárbara claros y distintos, como originados de un pensamiento que no tuviera comunicación inmediata con el suyo, palabras que otro pronunciaba y que ella percibía, ideas que a ella no le habían cruzado por la mente; mientras que ahora sentía que todo lo que decía y lo que escuchaba estaba ya en ella, poseía el calor de intimidad de su espíritu, no obstante lo cual se le volvía incomprensible, como si perdiera todo lo que de suyo tenía al ser formulado por "el Socio".

—¡Calma! Así no podremos entendernos.

Hundió la frente ardorosa entre las manos ateridas y así permaneció largo rato, en silencio y sin pensamientos.

Chisporroteó con más fuerza la llama de la lamparilla, ya para extinguirse, y a los oídos alucinados de doña Bárbara llegó clara y distinta esta frase:

—Si quieres que él venga a ti, entrega tus obras.

Alzó de nuevo la mirada hacia la sombra que por fin le decía algo que ella no hubiera pensado; pero la lamparilla se había extinguido y todo era sombra en torno suyo.

TERCERA PARTE

I

EL ESPANTO DE LA SABANA

A Melquíades podían tenerlo trabajando todo el año sin paga, siempre que fuera en hacerle daño a alguien; pero en cualquiera otra actividad, por bien recompensada que fuese, se aburría muy pronto. La más inocente de las ocupaciones a que lo destinaba doña Bárbara era la de trasnochar caballos.

Consistía esto en sorprender las yeguadas dormidas al raso de la sabana y perseguirlas durante la noche, y a veces durante días y noches consecutivos, de manera que se encaminasen hacia un corral falso, disimulado al efecto entre el monte. De su condición de brujo y por haber sido él quien introdujo en la región este procedimiento que simplificaba las faenas de la caza de mostrencos, decíase de este oficio, indiferentemente, trasnochar o brujear caballos.

Con este trabajo nocturno era, además, muy fácil sacar los hatajos del fundo ajeno, sin riesgo de ser descubierto.

Los de *Altamira* descansaban de la persecución del *Brujeador,* desde la llegada de Luzardo, a causa de la tregua que doña Bárbara juzgó conveniente a sus planes de seducción, y ya Melquíades, en vista de lo mucho que se prolongaba esta paz, en la cual se enmohecía, estaba pensando en irse de *El Miedo,* cuando Balbino le comunicó la orden de ponerse de nuevo en actividad.

—La señora le manda decir que se prepare para que salga a trabajar esta misma noche. Que en la sabana de *Rincón Hondo* va a encontrar un buen hatajo.

—¿Y ella viene de por esos lados?—preguntó Melquía-

des, quien nunca recibía de buen grado órdenes que le transmitiera Balbino.

—No. Pero usted sabe que ella no necesita ver las cosas con los ojos para saber dónde están.

Era él mismo quien había visto, hacía poco, el hatajo a que se refería; pero dio aquella explicación porque así procedían siempre los mayordomos de doña Bárbara, a fin de que no decayese un momento en el ánimo de los servidores la creencia en sus facultades de bruja.

Mas, en materia de brujería, a Melquíades no podían "irle con cuentos, porque él conocía la historia". No negaba que la señora fuese hábil en algo de todo aquello que le atribuían; pero de ahí a que Balbino lo confundiera con Juan Primito, había alguna distancia. Ni necesitaba tampoco creer en aquellos poderes para servirle fielmente, porque él tenía el alma del espaldero genuino, que no es un hombre cualquiera, sino uno muy especial, en quien tienen que encontrarse reunidas dos condiciones que parecen excluirse: inconsciencia absoluta y lealtad a toda prueba. Así le servía a doña Bárbara, no sólo para aquello de brujear caballos, oficio que podía desempeñar otro cualquiera, sino para cosas más graves, y sirviéndole así no lo animaba, propiamente, la idea del lucro, porque la espaldería no es un trabajo, sino una función natural.

Balbino Paiba, en cambio, podría ser todo menos eso, pues no pensaba sino en sacar provecho y era traidor por naturaleza. Otra clase de hombre, por los cuales Melquíades sentía el más profundo desprecio.

—Está bien. Si es orden de la señora nos prepararemos para trabajar esta noche. Y como de aquí a *Rincón Hondo* hay su buen trecho y la hora es nona, vamos a ensillar de una vez.

Cuando ya se ponía en camino, Balbino le salió al paso, diciéndole:

—Vea, Melquíades, si puede meterme unos mostrencos en el corral de *La Matica*. Es para ponerle un peine al doctor Luzardo. Pero no le diga nada a la señora. Quiero darle una sorpresa.

El corral de *La Matica* era el sitio donde Balbino encerraba las reses o bestias que le robara a doña Bárbara, y a estos hurtos, por ser actos de mayordomo, llamábanlos en *El Miedo,* mayordomear.

Nunca se había atrevido Balbino a hacerle tales proposiciones a Melquíades, y éste le respondió:

—Usted como que se ha equivocado, don Balbino. A mí nunca me ha gustado mayordomear.

Y se alejó por la sabana, a medio casco, como andaba siempre su caballo, acostumbrado a llevar encima la calma trágica de aquel hombre, que nunca se alteraba ni se apresuraba por nada.

Balbino hizo su ademán característico y refunfuñó algo que no pudieron percibir los peones, que habían presenciado la breve escena cambiándose miradas maliciosas.

En *Rincón Hondo,* en una depresión de la sabana, encontró el *Brujeador* el hatajo que le indicó el mayordomo. Era muy numeroso y dormía al raso, confiado en el oído vigilante del padrote.

Este lanzó un relincho al sentir la proximidad del hombre, y las yeguas y los potros se enderezaron rápidamente. Melquíades lo espantó de manera que huyese hacia los lados de *El Miedo.*

Excitadas por el fulgor alucinante con que las lunas llaneras perturban los sentidos, desveladas y perseguidas por el jinete silencioso que les inspiraba terror con su insistencia de sombra, las bestias comenzaron a galopar por la llanura, mientras Melquíades, calada la manta para abrigarse del relente, las seguía al trote sosegado de la suya, seguro de que más adelante iban a detenerse, creyéndose libres ya de la persecución.

En efecto, así sucedía. Al principio, cuando les daba alcance, las encontraba ya echadas otra vez; pero a cada uno de estos encuentros iba aumentando el terror de la yeguada, y ya no se atrevían a echarse, sino se detenían, simplemente. Las yeguas y los potros, en un grupo inmóvil detrás del padrote y con los pescuezos estirados y las orejas erectas, todos miraban hacia aquella sombra que venía acercándose des-

pacio, silenciosa, enorme y negra en la proyección contra la claridad del cielo. Y así durante toda la noche.

Ya empezaba a despuntar el día, cuando Melquíades logró encaminar el hatajo por un rincón de sabana, en cuyo extremo, disimulada entre las orillas de monte del boquete que parecía ser la salida de la angosta culata, estaba la manga del corral falso. Para que se precipitara por aquella única salida sin recelar el engaño, lo atropelló corriéndolo y gritándolo.

Ya el hatajo había caído dentro de la manga en pos del padrote; pero éste, como advirtiese un trozo de palizada mal disimulado entre el monte, se detuvo de pronto y lanzando un relincho corto, que la yeguada entendió, se revolvió hacia la sabana abierta. Mas ya el *Brujeador* estaba encima y pudo atravesar la desbandada. Sólo el padrote y dos potrancas lograron escaparse. Melquíades corrió el tranquero y se alejó de allí para que las bestias aprisionadas e inquietas fueran sosegándose.

Cuando ya se marchaba vio al padrote en el extremo opuesto del rincón de sabana, con el cuello erguido, mirándolo, desafiador.

Era el *Cabos Negros*.

—¡Bonito animal!—exclamó Melquíades, deteniéndose a contemplarlo—. Y buen padrote. Es el hatajo más grande que hasta ahora me he traído de por allá. Vamos a ver si lo puedo coger enamorándolo con sus mismas yeguas, porque como que tiene ganas de venir a buscarlas.

Pero el *Cabos Negros* no se había detenido sino para que se le grabara en la memoria la imagen del espanto de la sabana y, en habiéndolo mirado un rato, trémulo de coraje el haz de nervios bajo la piel luciente, rojas las pupilas, dilatados los belfos, volvió grupas y se fue con las potrancas que lo acompañaban.

—Ese vuelve—se dijo Melquíades—. Pero que venga otro de allá a ponerle el veladero. Yo hice ya lo que me correspondía y ahora me toca dormir.

El corral falso estaba en tierras de *El Miedo* y no muy lejos de las casas. Llegando a ellas, Melquíades se encontró

con Balbino, que estaba esperándolo para hacerle olvidar la imprudente proposición de la víspera, antes de que le llevase el cuento a doña Bárbara. Lo recibió con demostraciones de una afabilidad inusitada entre ambos.

Pero Melquíades le respondió con la sequedad habitual de las escasas palabras que se dignaba dirigirle:

—Mande unos peones para que le pongan un lazo al padrote, que logró escaparse, y como que tiene ganas de venir a buscar sus yeguas. Vale la pena tratar de ponerse en él porque es un caballo muy bonito, que a la señora le gustará para su silla.

Más le estaba gustando ya a Balbino para la suya, sin conocerlo todavía. E inmediatamente se encaminó al corral falso a armarle el lazo.

Pero el *Cabos Negros* ya había encontrado manera de ejercer represalias. A poco andar, todavía en tierras de *El Miedo,* divisó un hatajo tan numeroso como el que había perdido, que venía paciendo y retozando bajo la tierna luz del amanecer.

Corrió hacia él, anunciándole al padrote, con su trémulo relincho, que iba en son de conquista. Congregó el otro, rápidamente, sus yeguas y potros, que se habían dispersado por el comedero, y plantándose luego a la cabeza de ellos esperó el ataque. Era un rucio mosqueado.

El *Cabos Negros* cargó impetuoso. Le llevaba las ventajas de la alzada y del coraje duplicado por la rabia del despojo que acababa de sufrir. Se manotearon y, levantando polvareda, vibraron los relinchos y sonó el martillazo de la dentellada del rucio en el aire; la del *Cabos Negros* lo había alcanzado en la tabla del pescuezo. Una segunda arremetida, buscando la nuca, y otra encima sin darle tiempo de rehacerse.

Ya el rucio comenzaba a despernancarse en las atropelladas y por fin fue alcanzado donde el otro quería morderlo. Lo sacudió, con furia. Al fin el rucio logró zafarse y emprendió la fuga.

El *Cabos Negros* lo persiguió un buen trecho y luego se revolvió contra la yeguada, que había presenciado la lu-

cha sin moverse del sitio. Cargó sobre ellas, rodeándolas y mostrándoles los dientes, y así las fue arreando hasta donde había dejado sus potrancas, e incorporadas éstas al nuevo hatajo, rumbeó hacia la querencia de los comederos de *Altamira*.

El rucio lo fue siguiendo un rato desde lejos; pero al fin se quedó parado en medio de la sabana, hasta que vio disiparse en el horizonte la polvareda que levantaba su perdido hatajo.

Algunas noches después, en su tarea de llevarse todas las yeguadas de *Altamira*, el *Brujeador* trasnochó una que le dio mucho quehacer, porque el padrote guiaba por la llanura abierta, evitando la proximidad de las matas, a galopes largos, y además se había metido una niebla espesa, que no permitía ver aun a corta distancia. Cuando empezó a clarear el día, el hatajo se hallaba en el mismo sitio de donde había sido levantado, y Melquíades se dio cuenta de que el padrote era el *Cabos Negros*, que ya se había "bellaqueado".

Era la primera vez que al *Brujeador* lo engañaba un caballo, y como esto le pareciese de mal augurio fue a referírselo a doña Bárbara.

Ella también lo interpretó así. "Las cosas vuelven al lugar de donde salieron", había dicho "el Socio".

Sin embargo, replicó encolerizada:

—¿Usted también, Melquíades? ¿Que el hatajo se le revolvió sin que se diera cuenta? ¡Cómo se conoce que en *Altamira* está ahora un hombre que no les teme a los espantos de la sabana!

Estas palabras traslucían la confusión de sentimientos que reinaba en su espíritu. Melquíades las oyó sin alterarse y luego replicó:

—Cuando usted se quiera convencer de que Melquíades Gamarra no le tiene miedo a otro hombre, no tiene sino que decirle: "Tráigamelo, vivo o muerto."

Y le volvió la espalda.

Doña Bárbara se quedó pensativa, como si tratara de hacerle sitio a un nuevo designio dentro de sus tempestuosos sentimientos.

II

LAS TOLVANERAS

No aquéllas, retozos del viento en los médanos, que una vez le arrancaron a Santos Luzardo una exclamación ilusionada; sino otras, las malas trombas, las que se llevan las esperanzas.

Ya Marisela no es el alma traviesa y risueña de la casa. Cabizbaja regresó de *El Miedo* aquella noche y fue inútil que Santos, después de haberla reprendido, tratara de animarla, diciéndole:

—Bueno. Se acabó el regaño. Levanta esa cabeza. Anímate. En lo único en que verdaderamente has hecho mal ha sido en darle crédito a supercherías tan burdas y grotescas. Ningún daño me podía sobrevenir por causa de ese pedazo de cabuya que traes ahí. Por lo demás, te has portado noble y valientemente y tengo que estarte agradecido. Si así defiendes la medida de mi estatura, ¡cómo defenderías mi vida si la vieras en peligro!

Pero ella permaneció cabizbaja y silenciosa; porque en *El Miedo* había adquirido una experiencia que desvanecía el encanto sobre el cual estaba construida su vida.

Primero en la inconsciencia de la cerrilidad, negrura del alma sepultada, y luego en el deslumbramiento de la nueva forma de existencia y de la posesión de aquel amor, que bien podía ser la pasión sin nombre, pues se apoyaba en un punto de equilibrio entre la realidad y el sueño, nunca se había tenido a reflexionar en lo que significaba ser hija de *La Dañera*. Si tenía que referirse a ella, cosa que muy raras veces le ocurría, la nombraba, simplemente, "ella", y esta palabra no despertaba en su corazón ni amor, ni odio, ni vergüenza. Fue al proponerle a *Pajarote* que la acompañara, cuando, por primera vez, la llamó madre, y tuvo que hacer un esfuerzo para que sus labios emitieran el vocablo

desusado y desnudo de todo sentimiento, como si careciese de sentido.

En cambio, ahora ha adquirido uno atroz y a cada momento se le viene a la boca. Lo acompaña un gesto instintivo de repulsión. Es el alma incontaminada—pero que ya no es como la naturaleza, que no sabe ni de bien ni de mal—que rechaza violentamente todo lo que hay de monstruoso en ser hija de la embrujadora de hombres, que, para colmo, estaba enamorada de aquel a quien ella amaba.

Poco a poco y a fuerza de estar siempre presente en el pensamiento sin mancilla, la idea odiosa fue cubriéndose de sentimientos compasivos. ¿Acaso no fue también víctima su madre? Pero, de todos modos, el encanto se había desvanecido; el punto de equilibrio ya no existía. Ahora no era el sueño, sino la cruel e implacable realidad.

Entretanto, también Santos andaba abismado en reflexiones, y al cabo de ellas le dijo, un día:

—Tenemos que hablar formalmente, Marisela.

Ella creyó que iba a decirle lo que antes había deseado escuchar, y se apresuró a interrumpirlo, tuteándolo—ya podía hacerlo sin ruborizarse:

—¡Qué casualidad! Yo también tenía que hablar contigo. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por nosotros; pero ya papá desea volverse al palmar... y yo también quiero que me dejes ir.

Santos la miró un rato en silencio, y luego replicó, sonriente:

—¿Y si no te dejo?

—De todos modos me iré.

Y rompió a llorar. Santos comprendió, y tomándole las manos:

—Ven acá—díjole—. Háblame con franqueza. ¿Qué te sucede?

—¡Que soy hija de *La Dañera!*

La protesta, justa, pero exenta de piedad, produjole a Santos el disgusto que le causaban las negaciones de la ternura en el corazón de Marisela, y maquinalmente le soltó

las manos. Ella corrió a meterse en su cuarto y se encerró bajo llave.

Y fue inútil que él llamara a aquella puerta para concluir la conversación interrumpida, ni que procurara reanudarla más tarde, pues ella no volvió a salir de su encierro mientras él estaba en la casa.

Incluso que la amaba, nada podía ya decirle Santos que no fuera tardía compensación de la injusticia del destino que la había engendrado en el vientre maldito de la embrujadora de hombres.

Mientras tanto, fuera de la casa, también las tolvaneras se estaban llevando las esperanzas puestas en las cosas materiales.

Ya estaba empadronándose la quesera. Todavía el ganado iba por pique a los corrales, pero cada día era más numeroso el rebaño que se dejaba arrear y ya las vacas atendían a sus nombres, ya la bravura no les escondía la leche en las ubres.

Con el primer menudeo de los gallos comenzaba el ordeño. Jesusito se apostaba friolento en la puerta del corral de los becerros, y los ordeñadores entraban en el de las vacas, rejo y camaza en mano, y con la copla ya pronta en los labios:

Lucerito e la mañana,
préstame tu claridad
para alumbrarle los pasos
a mi amante que se va.

Y el becerrero, con su voz niña en el aire tierno:

—*¡Claridad, Claridad, Claridad!*

Bramaba la vaca del nombre mentado, acudía al reclamo materno el becerro, metiendo la cabeza por entre las trancas de la puerta, las corría el muchacho para dejarlo pasar y comenzaba el apoyo, a golosas trompadas contra le ubre que escondía la leche, mientras el ordeñador, pasándole la mano a la vaca, le iba diciendo:

—Ponte, *Claridad,* ponte.

Y cuando ya la ubre se hinchaba, enrejado el becerro a

la pata de la madre, mientras ésta lo acariciaba lamiéndolo, comenzaba el ordeño hasta llenar las camazas.

Y otra copla:

El que bebe agua en tapara
y se casa en tierra ajena,
no sabe si el agua es clara,
ni si la mujer es buena.

Y el becerrero, guiándose por el consonante:

—*Azucena, Azucena.*

Y otra vaca que acudía a ponerse.

La fría madrugada, olor de boñiga y cantar de ordeño, dentro del vasto silencio de la sabana, a medida que el aire se movía y el alba empezaba a rayar, se iba poblando de olores y rumores diversos: aroma de los mastrantales enternecidos por el relente, perfume de los paraguatanes floridos, áspero canto del carrao en el monte de las orillas del caño, lejano clarín de un gallo, trino de los turpiales y de las paraulatas.

Y en la tarde, la vuelta de los rebaños a los corrales. Vienen con los tendidos rayos del sol sobre la sabana y con el canto de los pastores. Traen las ubres repletas y, en el tranquero de la corraleja donde se agolpan los becerros, hay tiernos belfos ansiosos. Remigio mira las ubres y calcula las arrobas de queso. Jesusito, sobre el tranquero, contempla la sabana y escucha las tonadas. Cantares de notas largas, música de tierras anchas y solas...

Pero un día se presentó Remigio en *Altamira*. Llegó sombrío y se sentó en silencio.

—¿Qué lo trae por aquí, viejo?—preguntóle Santos.

Y el quesero respondió con palabras lentas y graves:

—Vengo a ponerlo en cuenta de que anoche el tigre me mató al nietecito. Los ordeñadores se habían ido para un joropo y estábamos solos en la quesera Jesusito y yo. Cuando me desperté, al grito del muchachito, ya el tigre me lo había degollado de un zarpazo. Pude alancearlo y allá amanecieron muertos los dos: Jesusito y el tigre. Vengo a ponerlo en cuenta de que ya no tengo para quién trabajar.

—Suelte la quesera, Remigio. Aquí no hay quien pued encargarse de ella. Que se quede salvaje el ganado.

*

Terminó la recolecta de la pluma y Antonio le comunic el resultado:

—Dos arrobas. Ahora sí podrá usted darse el gusto de l cerca. Con el precio que hoy tiene la pluma, más de veint mil pesos le van a entrar. Si usted no dispone otra cosa, l voy a mandar con Carmelito. El mismo puede comprar e San Fernando el alambre de púas que se necesite para l cerca, que ya lo tengo calculado. En el ínterin podemos pro ceder a plantar otra vez la posteadura que destruyeron la candelas. Digo, si todavía piensa en eso.

Era la idea del civilizador germinando ya en el cerebr del hombre de la rutina. Antonio Sandoval, convencido de l necesidad de la cerca, era un comienzo de obra, y Santo volvió a sus animosos proyectos postergados por la perentori atención a las faenas cotidianas.

Días después aparecieron a la vista dos jinetes.

—Esa no es gente de por estos lados—observó *Pajarote*

—¿Quiénes serán?—se preguntó Venancio.

—Ellos lo dirán cuando lleguen, porque para acá viene rumbeando—concluyó Antonio.

Llegaron los forasteros. Uno de ellos traía una bestia arre biatada.

—Esa bestia es la de Carmelito—se dijeron los altami reños, a tiempo que Santos salía al corredor.

—¿Es usted el doctor Luzardo?—inquirió uno de lo recién llegados—. Venimos a traerle una noticia desagra dable, de parte del general Pernalete, jefe civil del distrito Allá, por los lados del hato de *El Totuto,* en un chaparral fue hallado muerto un hombre que parece que era de aquí No se le pudo reconocer, porque ya estaba corrompido y medio comido por los zamuros; pero más después fue vist por la sabana este caballo aperado que tiene el hierro de

usted. El general nos ha mandado a traérselo y a darle el parte.

—¡Asesinaron a Carmelito!—exclamó Antonio, con rabioso dolor.

—¿Y el compañero del amo de esa bestia, que era hermano de él? ¿Y las plumas de garza que llevaban, qué se hicieron?—interrogó *Pajarote*.

Los mensajeros se miraron las caras.

—Por allá no se sabe que el difunto fuera acompañado ni que llevara nada de robar. Allá se cree que fue un mal que le dio en medio de la sabana. Pero si ustedes dicen que el difunto llevaba cosas de robar, se lo comunicaremos al general, porque entonces habrá que hacer averiguaciones.

—¿Luego aún no las han hecho?—preguntó Luzardo.

—Ya le digo: allá se cree...

—Sí. No continúe. Allá se cree siempre todo lo que contribuya a que el crimen se quede impune—dijo Santos—. Pero esta vez no se quedará.

Y al día siguiente partió para el pueblo, cabecera del distrito. Ya era hora de emprender la lucha para que en el ancho feudo de la violencia reinase algún día la justicia.

*

Apenas supo Marisela que Santos se había ausentado, decidió llevar a cabo su propósito de abandonar aquella casa donde ya no le era posible permanecer, para regresar al rancho del palmar de *La Chusmita* y a la vida que allá hiciera antes, única digna de ella, según la sentencia que ya no se le caía de los labios:

—Más vale roto que remendado.

Lorenzo Barquero acogió la idea con una decisión delirante. Ya era tiempo de ponerle fin a aquella mentira de su regeneración moral. Su vida estaba irremediablemente destruída. Allá en el rancho del palmar volvería a entregarse a la borrachera, allá estaba el tremedal que debía tragárselo.

—Sí. Mañana mismo nos vamos.

Y al amanecer siguiente, aprovechando la ausencia de

Antonio, que no los hubiera dejado escaparse, padre e hija cabalgaban rumbo al palmar de *La Chusmita*. En silencio hicieron el trayecto, bamboleando Lorenzo al paso de su cabalgadura, sombría Marisela, y sólo cuando llegaron a la linde del palmar volvió ella la cabeza, y al ver que ya no se distinguían las casas de *Altamira*, murmuró:

—Me haré el cargo de que ha sido un sueño.

Llegado que hubo al rancho, cuyo sórdido aspecto ahora repugnaba con los delicados gustos y costumbres adquiridos en la casa de Luzardo, mientras su padre se iba a contemplar el tremedal, como solía hacerlo antes en los intervalos de las borracheras, desensilló las bestias, que estarían allí hasta que de *Altamira* fueran por ellas, y ya iba a amarrar la suya, cuando—como recordase que Carmelito había comparado su tarea de amansarla con la que Santos había emprendido para desbastarla a ella de su cerrilidad—se le ocurrió que también la *Catira* debía volver a su condición primitiva.

Le quitó el bozal, la acarició llorosa, diciéndole:

—Se acabó esto, *Catira*. Tú a tu sabana, y yo a mi monte, otra vez.

Y en habiendo espantado a la bestia, se sentó en el brocal del pozo y dio libre curso al llanto.

La *Catira* correteó un poco, ensayando su libertad con prudentes escarceos, no muy segura todavía de haberla recuperado, se revolcó en la arena, se la sacudió del blanco pelo con un estremecimiento de gozo, lanzó un relincho, correteó un poco más para detenerse luego por allá, erguido el cuello, las orejas juntas y la cabeza vuelta hacia Marisela, hasta que, por fin, se convenció de que realmente era libre y, despidiéndose de la dueña con otro relincho, se perdió de vista por la sabana inmensa.

—Bien—se dijo Marisela—. Ahora, a recoger chamizas, como antes. El que nació para triste, ni que le canten canciones.

Mas si la *Catira* podía volver a la libre vida del hatajo, no así Marisela a la simplicidad de su antigua condición

montaraz. Las necesidades del momento y las preocupaciones por el porvenir le habían complicado la vida.

Las primeras eran tantas y tan imperiosas, que al encontrarse en presencia de ellas se asustó de lo que había hecho al regresar al rancho del palmar. No eran chamizas, solamente, lo que había que procurarse, sino la manera de hacer fuego con ellas y lo que debía cocerse en ese fuego para la hora de la comida, y todo lo que faltaba en aquella vivienda, si tal nombre pudiera dársele a la miserable zahurda del espectro de *La Barquereña*. Obstruída la imaginación por la idea fija que el despecho alimentaba: abandonar la casa de Luzardo, no previó que en el rancho de *La Chusmita* llegaría la hora de comer y no habría qué, y la de dormir sin que hubiese dónde, pues ya para ella la estera no podía ser cama. Ni era, tampoco, estera, de tan deshecha como estaba.

En cuanto a Lorenzo, hacía tanto tiempo que vivía fuera de la realidad, que no era posible que previese el apremio de aquellos menesteres. Por otra parte, siempre que no le faltara aguardiente—y para eso estaba por allí míster Danger—, de lo demás podía carecerse.

Cierto que, ahora como antes, chigas y quereveres del monte daríanles el silvestre pan de su harina, y rebuscando por los rastrojos se encontrarían yucas y topochos; pero ya el paladar rechazaba aquellos groseros alimentos, y para procurárselos ya ella no era aquella criatura bravía como un váquiro, que no le temía a la soledad del monte y se internaba en su espesura, haciendo crujir los abrojales bajo sus anchos pies descalzos, y se trepaba a los árboles, disputándoles a los araguatos el silvestre sustento.

Animo no le faltaba, pero en *Altamira* había aprendido a emplearlo mejor. Ya no era caso de escarbar rastrojos o "monear palos" para aplacar el hambre, sino de procurarse medios de subsistencia seguros y permanentes, pues ahora la imaginación trabajaba, y a causa de ello, la incertidumbre del porvenir hacía más angustiosas las privaciones del momento. Por lo tanto, era necesario crearse una fuente de recursos, y la primera ocurrencia fue ésta:

—Papá. ¿Tengo derechos a reclamar a mi madre que vea por mí? Mientras ella entierra botijuelas de onzas de oro, nosotros no tenemos de qué comer.

Lorenzo Barquero hizo un esfuerzo sobrehumano para coordinar las ideas de esta respuesta:

—Derechos, ningunos, porque en la partida de registro civil no apareces como hija suya. Ella no quiso que la mencionaran y yo te presenté...

Pero ella no lo dejó concluir:

—¿Quiere decir que ni siquiera tengo el derecho de probar que soy hija de *La Dañera?*

El padre se quedó mirándola, largo rato, y luego balbuceó:

—Ni siquiera.

Sin que estas palabras, simple repetición mecánica de las que ella había empleado, fuesen acompañadas del más leve sentimiento de responsabilidad. Y en habiéndolas pronunciado, se alejó del rancho, camino de la casa de míster Danger.

Arrepentida de la crueldad de aquella interrogación acusadora, Marisela se quedó murmurando: "¡Pobre papá!", mientras él se alejaba, incierto el paso, péndulos los brazos a lo largo de aquel cuerpo "sin armadura", como solía decir que se lo sentía.

Pero al darse cuenta de que el padre se encaminaba donde míster Danger, corrió a detenerlo, diciéndole:

—No, papá. No vayas a casa de ese hombre. Te lo suplico. ¿Es licor lo que vas a pedirle? Espera. Yo iré a buscártelo a *Altamira*. Ya estaré aquí de regreso.

Pero mientras ella ensillaba la bestia donde había venido don Lorenzo, éste se fue a aplacar la imperiosa necesidad de alcohol, sin pensar que para pagarle a míster Danger la bebida que iba a pedirle ya no le quedaba sino la hija.

¡Ya las tolvaneras se habían llevado todas las esperanzas!

III

ÑO PERNALETE Y OTRAS CALAMIDADES

Motivos, ya que no razones, tenía Mujiquita para querer esconderse bajo el mostrador de su pulpería cuando vio aparecer a Santos Luzardo. Primero, porque aquella amistosa injerencia suya en la querella que contra doña Bárbara había llevado aquél por causa de los trabajos pedidos y negados le costó que ño Pernalete le había quitado la secretaría de la Jefatura Civil, y luego, porque no se le escapaba lo que ahora pudiera llevar entre manos el antiguo condiscípulo, y ya veía en peligro el sueldito con que, por fin, había vuelto a favorecerlo ño Pernalete, después de muchos ruegos suyos y de su mujer y de muchas promesas de no volver a incurrir en quijotadas.

Pero Santos no le había dado tiempo a ocultarse y tuvo que fingir contento de verlo:

—¡Dichosos los ojos que te ven! ¡Qué caro te vendes, chico! ¿En qué puedo servirte?

—Si no me han informado mal, ya sabrás a lo que vengo. Me han dicho que eres el juez del distrito.

—¡Sí, chico!—dijo Mujiquita, al cabo de una pausa—. Ya sé lo que traes entre manos. El asunto de la muerte del peón, ¿no eso eso?

—De los peones—rectificó Luzardo—. Porque fueron dos los asesinados.

—¡Asesinados! ¡No me digas, Santos! Mira, vente conmigo al juzgado, para que me cuentes cómo fue eso.

—¿Para que te lo cuente yo?

—No. Dispénsame. Para que me des unas luces. Para que me indiques lo que debo hacer.

—Pero, Mujiquita, ¿a estas horas todavía no lo sabes?

—¡Pero, chico!

Y el gesto de Mujiquita al replicar así suplió con una elocuencia aplastante estas palabras inútiles:

—¿No sabes dónde estamos?

Llegaron al juzgado. Mujiquita abrió de un empellón la puerta simplemente cerrada y defendida por su propio desnivel, y entraron en una sala de techumbre pajiza y paredes encaladas, donde había un escritorio, un armario, tres sillas y una clueca echada en un rincón. Para brindarle asiento a Santos, Mujiquita llenó de polvo el recinto, al sacudir el que estaba depositado sobre una de las sillas. Se comprendía que allí nadie tenía costumbre de acudir a aquel tribunal.

Santos se sentó, rendido, más que de cansancio, de desaliento, por la impresión que le producían aquel pueblo, aquel juzgado y aquel juez.

Sin embargo, reaccionó, y procurando sacar todo el partido posible de Mujiquita, le explicó cómo venía Carmelito, acompañado de su hermano Rafael, y qué cantidad de plumas llevaba para San Fernando.

Mujiquita se rascó la cabeza, y luego, tomando su sombrero y disponiéndose a salir, dijo:

—Espérame aquí un momento. Déjame ir a contarle eso al general. El debe de estar en la Jefatura Civil. No te haré aguardar mucho.

—Pero ¿qué tiene que ver el Jefe Civil en este asunto? —objetó Santos—. ¿No han transcurrido ya los días que la ley establece para que el sumario pase al juez competente?

—¡Ah, caramba, chico!—exclamó Mujiquita, y en seguida—: Mira, el general no es malo; pero, aquí entre nos, en todo quiere llevar la batuta. Tanto en lo civil como en lo judicial, aquí no se hace sino lo que él dispone. Al general se le atravesó entre ceja y ceja que el hombre había muerto de un mal, como dice él. Es decir: de un síncope cardíaco. Y a propósito, porque todo puede suceder, ¿tú no habías observado si el peón era cardíaco?

—¡Qué cardíaco de los demonios!—exclamó Santos, poniéndose de pie, violentamente—. Quien va a resultarlo muy pronto, si ya no lo estás, a fuerza de tener miedo, eres tú.

Y Mujiquita, sonriente:

—No te calientes, chico. Ponte en mi caso. Y en el del

general, porque en la vida hay que tenerlo todo en cuenta. Días antes se había recibido aquí una circular del Presidente del Estado a los jefes civiles de su jurisdicción, dándoles una enjabonada con motivo de varios crímenes que se habían cometido en despoblado, sin que se hubiese podido capturar a los autores, y exhortándolos a cumplir mejor con sus deberes, y el general contestó que eso no era con él, porque en el distrito de su mando no existía la criminalidad. Yo mismo le redacté el oficio, y quedó tan satisfecho, que lo mandó a publicar en una hoja suelta, que ya habrás visto por ahí. Todo esto lo converso contigo en grado 33, por supuesto. Como comprenderás, en el caso de tu peón, o de tus peones, mejor dicho, yo no he dejado de pasearme por la presunción de asesinato; pero en estos momentos, acabada de salir la hoja, es impolítico decir que se trata de un crimen y...

—Y como tú estás aquí para complacer a ño Pernalete y no para administrar justicia—atajó Santos.

Y Mujiquita, encogiendo los hombros:

—Yo estoy aquí para completarles la arepa a mis hijos, que la pulpería no me la da completa—y tomando la salida—: Aguárdame un momento. Todavía no se ha perdido todo. Déjame ir a torear mi toro.

Minutos después regresaba con cajas destempladas.

—¿No te lo dije? Yo conozco muy bien mi tercio. Al general no le ha gustado que tú te hayas dirigido a mí y no a él. De modo que te aconsejo que vayas allá y te lo metas bajo el ala. Así es como se consiguen las cosas con él.

Pero antes de que Luzardo pudiera protestar contra el consejo, apareció el Jefe Civil.

Como dijo Mujiquita, no le había agradado que Santos hubiese acudido al juez y no a él, con la agravante de venir a suministrar datos que desvirtuaran la cómoda presunción de muerte natural a que él se había acogido, cosas que, si a nadie solía tolerárselas quien no podía concebir la autoridad sino a la manera despótica como la entiende el bárbaro, mucho menos se las toleraría a quien ya se había

atrevido a invocar contra sus desmanes el imperio de la ley.

Entró en el juzgado con el sombrero puesto y ambas manos ocupadas: en la izquierda, el tabaco, que se le había apagado; en la derecha, la caja de fósforos. Además, portaba bajo el brazo izquierdo aquella espada con vaina de cuero que siempre llevaba consigo sin necesidad ni razón.

No se dignó saludar a Luzardo y se acercó a la mesa, puso sobre ella su machete, y mientras raspaba el fósforo y lo aplicaba al tabaco, dijo:

—Ya le he dicho, Mujiquita, que a mí no me gusta que se me atraviesen en mis asuntos. En ese que trae entre manos el señor, estoy trabajando yo y sé lo que debo de hacer.

—Permítame que le observe que este asunto ya es de la jurisdicción del poder judicial—manifestó Santos Luzardo, haciendo todo lo contrario de lo que le había aconsejado Mujiquita, pues nombrarle a ño Pernalete jurisdicción que no fuera suya equivalía a declararle la guerra.

—Sin embargo, Santos—intervino el juez, tartamudeando casi—, tú sabes que...

Pero ño Pernalete no necesitaba ayudas.

—Sí. Algo de eso como que he oído mentar por ahí —replicó, socarronamente, entre una y otra chupetada al tabaco—. Pero lo que yo he visto siempre es que donde se meten un juez y un abogado, si uno los deja de su cuenta, lo que estaba claro se pone turbio, y lo que iba a durar un día no se acaba en un año. Por eso yo, cuando se presenta por aquí un litigio, me informo por la calle quién es el que tiene la razón y me vengo aquí y le digo al señor: "Bachiller Mujica, quien tiene la razón es fulano. Sentencie ahora mismo en favor suyo."

Y al decir así descargó todo el peso de su dictatorial machete sobre el escritorio del juez, de donde lo había tomado previamente, para reproducir con todos sus detalles la escena que refería.

Perdiendo por momentos el dominio de sí mismo, Santos repuso:

—Aunque yo no he venido a litigiar, sino a pedir que

se cumpla la justicia, me interesaría saber cómo la llama usted cuando de ese modo la trata.

—A eso lo llamo yo poner los puntos sobre las haches —respondió ño Pernalete, que en el fondo era un guasón—. ¿Usted no conoce el cuento? Se lo voy a echar, porque es cortico. Era uno de esos hombres a quienes llaman brutos; pero que tenía el tonto muy lejos. No conocía la ortografía y no decía halar, sino jalar, ni hediondo, sino jediondo, y cuando su secretario—porque era jefe el hombre y tenía su secretario—le ponía con hache una de esas palabras que a él no le sonaban sino con jota, le decía: "Está bueno, pero... ¡póngamele un punto a esa hache!"

A lo cual replicó Santos, mientras Mujiquita le reía la ocurrencia al general:

—Si ésa es la *ortografía* que se usa por aquí, he perdido mi tiempo al venir a impetrar justicia.

Se enriscó ño Pernalete.

—Se le hará—díjole, en un tono que más bien parecía de amenazas.

Déspota por naturaleza, pero taimado al mismo tiempo, si ño Pernalete no aceptaba que se rebatiesen sus opiniones o procedimientos, también era cierto que si encontraba convincentes las razones contrarias, en seguida buscaba la manera de adoptarlas, cuando algún interés tuviera en ello, pero siempre dejando entender que ya se le había ocurrido y presentándolas bajo la originalísima forma que tenían las suyas. En el caso en cuestión, y por aquello de la circular del Presidente, su interés le aconsejaba desistir de la presunción de muerte natural que hasta allí había hecho prevalecer y de aquí que en seguida agregara, pero con el mismo tono insolente:

—No era necesario que usted viniera desde tan lejos para que aquí supiéramos que el hombre venía acompañado. Y ésa es la pista que estamos siguiendo.

Pero Santos, comprendiendo que ahora iba a atrincherarse en la presunción de que hubiera sido Rafael el asesino de Carmelito, se apresuró a replicar:

—El compañero era hermano de Carmelito, ambas per-

sonas de toda mi confianza, y yo no vacilo en afirmar que también fue asesinado.

—Una cosa es que usted lo diga y otra que resulte verdad—repuso ño Pernalete, sintiéndose acorralado en el nuevo desacierto, y después de repetirle al cariacontecido juez—: Ya lo sabe, bachiller Mujica, ¡no me alborote el avispero! —abandonó el juzgado, dejando en pos de sí un silencio que era indignación en Luzardo y miedo en Mujiquita; pero tan absoluto, que permitía percibir los suaves golpecitos con que los pollos que estaba sacando la clueca echada en el rincón comenzaban a romper las cáscaras para lanzarse a disfrutar de aquel mundo de delicias.

Luego Mujiquita, previo un vistazo a la calle para cerciorarse de si ño Pernalete se había marchado de veras:

—¿Dos arrobas dices tú que eran las plumas que traían los peones? Como unos veinte mil pesos, ¿verdad?... Pero eso no está perdido, Santos. El que tenga en su poder esas plumas tratará de salir de ellas ligero, por lo que le den, y por ahí se descubrirá la cosa.

Pero Santos no atendía sino a sus propias reflexiones y las expresó así, poniéndose de pie para retirarse:

—Si en vez de llevarme a Caracas, mi madre me hubiera dejado por aquí, aprendiendo la ortografía del cuento de ño Pernalete, yo no sería hoy el doctor, sino el coronel Santos Luzardo, por lo menos, par de este bárbaro, y él no se habría atrevido a hablarme con la insolencia que lo ha hecho.

—Te voy a decir, chico—insinuó Mujiquita—. El general no es tan...

Pero no se atrevió a continuar, tal fue la mirada que le dirigió Santos Luzardo, y concluyó:

—Bueno, chico. Vamos a pegarnos un palo, que la otra vez, ni tiempo tuve de invitarte.

Tal proposición, en aquellos momentos, revelaba un cinismo absoluto, y Santos, después de mirarlo de arriba abajo, dijo:

—También es verdad que no existirían ño Pernaletes si no existieran...

Iba a decir: Mujiquitas; pero comprendió que aquel infeliz era también una víctima de la barbarie devoradora de hombres, y con la ira ya trocada en compasión le respondió a su invitación de inconsciente:

—No, Mujiquita. Todavía no empezaré a beber aguardiente.

El antiguo condiscípulo se lo quedó mirando, con aquel mismo aire de incomprensión de cuando él trataba de explicarle las lecciones de Derecho Romano, y luego, sonriendo de una manera incierta:

—¡Ah Santos Luzardo! Tú no has cambiado en nada, chico. Tengo tantas ganas de echar una conversada larga contigo... Para recordar aquellos tiempos, chico. ¿No te irás, todavía, por supuesto? No, chico. No vayas a coger camino ahora. Déjalo para mañana. Descansa ahora un rato y luego voy a buscarte a la posada. No te acompaño hasta allá porque tengo que despachar un asunto urgente.

Y cuando Luzardo cruzó la esquina, cerró el juzgado y se dirigió a la Jefatura Civil, a explorar el ánimo de ño Pernalete respecto a él.

Lo encontró solo y muy agitado, paseándose de un extremo a otro del despacho y monologando:

—Por algo no me gustó el doctorcito ese, desde que lo vi por primera vez. ¡Esos picapleitos! En la cárcel los tendría yo a toditos. Mujiquita—díjole, al verlo aparecer—. Tráigame acá el sumario de la... berenjena esa del muerto de *El Totumo*.

Mujiquita fue y vino con el legajo. Todavía ño Pernalete se paseaba.

—Léame eso a ver cómo quedó. Salte los priámbulos hasta donde dice cómo se encontró el cadáver.

Mujiquita leyó:

—"El cadáver presentaba síntomas de descomposición avanzada."

—¿Síntomas?—interrumpió ño Pernalete—. Si estaba podrido de bola. Usted siempre está poniéndole versos a todo para enredarlo más. Bueno, siga leyendo.

—"Y no se pudieron apreciar heridas ni contusiones."

—¡No le digo!—protestó Pernalete, dando bufidos—. ¿No se le pudieron apreciar? ¿Y para qué fué usted, entonces, sino para apreciar lo que hubiere? ¿Cómo sale ahora con que no pudo?

—General—balbuceó Mujiquita—. Acuérdese de que usted me dijo...

Pero el jefe no lo dejó concluir:

—No me venga ahora con que "usted me dijo". ¿Qué necesidad tiene usted de que le diga lo que debe hacer en el cumplimiento de su obligación? Para eso se le paga un sueldo. ¿O es que usted pretende que yo le haga el trabajo que le corresponde como juez? Para que después venga el doctorcito ese a hablarme de jurisdicciones. ¿No leyó usted el oficio que le dirigí en días pasados al Presidente del Estado? Muy claras están expuestas en ese oficio las reglas de mi conducta como funcionario, porque en mis escritos yo no ando con zoquetadas de palabras bonitas, pero digo las cosas claras. Y que después de haber recibido ese papel mío vaya a saber el Presidente que hemos querido echarle tierra al muerto de *El Totumo,* sin haber averiguado bien si el hombre se murió porque se murió o porque lo asesinaron para robarlo... ¡A ver! eche acá el sumario ese.

Se lo arrebató de las manos y comenzó a leer, acompañando el trabajo de los ojos con movimiento de deglución, y Mujiquita, que de todo aquello coligió que ño Pernalete estaba "tendiéndose un puente", se animó a advertirle:

—Fíjese, general, en que ahí no dice que haya sido muerte natural.

Mas, en esto de abandonar una opinión que hubiere sustentado, ño Pernalete era como las bestias que luego de derribar al jinete lo cocean en el suelo, y oir mencionar la explicación que hasta allí había hecho prevalecer, se revolvió contra Mujiquita:

—¿Cómo iba a decir? ¿Acaso puede usted asegurar que el hombre no fue asesinado? ¿Ni qué tiene que meterse en esos particulares un juez de instrucción, que no está obligado sino a poner en el sumario lo que vio con sus propios ojos?

¿O es que usted se ha metido a dar opiniones sobre la causa de la muerte?

—En absoluto, general.

—¿Entonces, pues? ¿A qué viene todo este embrollo? Si usted hizo lo suyo bien hecho, quédese tranquilo. Ya le dije también a su amigo el doctorcito que se fuera tranquilo, porque la justicia se cumpliría. Váyase allá, usted debe de saber dónde se ha alojado, y como cosa suya, repítale eso: que la justicia se cumplirá, porque yo me estoy ocupando del asunto. Así él se irá tranquilo para su casa y no nos jeringará más la paciencia.

—Si usted quiere, general, puedo también preguntarle cuáles son las personas de quien sospecha—propuso Mujiquita.

—¡No, señor! Haga lo que le digo y nada más.

—Como cosa mía, decía yo.

—¿Hasta cuándo será usted pendejo, Mujiquita? ¿No se le ocurre que si nos ponemos a jurungar, nos vamos a encontrar con la mano de doña Bárbara?

—Yo decía por lo de la circular del Presidente—balbuceó Mujiquita.

—¿No le digo? A usted lo van a enterrar con urna blanca, Mujiquita, de puro inocente. ¿No sabe usted que a *El Miedo* no llegan circulares, porque el Presidente del Estado es amigo de doña Bárbara? Le debe favores que no se olvidan: un muchacho que le salvó de la muerte con unas hierbas de las que ella conoce y otras cosas más, que no son hierbas, propiamente. Ande a hacer lo que le mando. Vaya a darle un caldo de substancias a su amigo, para que se largue tranquilo para su casa, mientras aquí brujuliamos la cosa.

Y Mujiquita salió de la Jefatura, convencido de que, por muchos "tiros" que le hubiera cogido al general para estar bien con Dios y con el diablo, a él lo iban a enterrar con urna blanca.

—¡El pobre Santos Luzardo! De esos veinte mil pesos que iba a coger con sus plumas, como que no va a ver ni un real. Y tener yo que decirle que se vaya tranquilo.

Pero cuando llegó a la posada, ya Santos estaba con el pie en el estribo.

—¿Esa prisa, chico? Deja ese viaje para mañana. Tengo muchas cosas que decirte.

—Me las dirás cuando volvamos a vernos—le respondió Santos, ya a caballo—. Que será cuando pueda venir con un machete en la mano y poniéndolo sobre tu escritorio, decirte: "Bachiller Mujica, quien tiene la razón es fulano. Sentencie ahora mismo en favor suyo."

Como si por primera vez oyera cosa semejante. Mujiquita preguntó:

—¿Qué quieres decirme con eso, Santos Luzardo?

—Que el atropello me lanza a la violencia y que acepto el camino. Hasta la vista, Mujiquita. Puede que pronto volvamos a vernos.

Y partió, levantando una polvareda bajo las patas de su caballo.

IV

OPUESTOS RUMBOS BUSCABAN

Uno de aquellos mensajeros que le llevaron a Santos Luzardo la noticia del suceso de *El Totumo* había recibido de ño Pernalete esta consigna privada:

—De paso, acérquese a la casa de *El Miedo,* con un pretexto cualquiera, y en conversación, como cosa suya, échele el cuento a doña Bárbara. Es bueno que ella también lo sepa. Pero a ella sola, ¿sabe?

Lo primero que le ocurrió a doña Bárbara al recibir la noticia fue alegrarse del daño que con aquello había sufrido Luzardo.

Horas después llevároнle la noticia de que Marisela había regresado con su padre al rancho del palmar de *La Chusmita,* y al recibirla acudieron a su mente las cabalísticas palabras de "el Socio", pero con una interpretación esperanzada: Marisela, la rival que le quitaba el amor de Santos Luzardo, regresando al rancho del palmar, eran las cosas

que debían volver al lugar de donde salieron. Vio en esto un signo de que aún no se había apagado su buena estrella, y se dijo:

—Dios tenía que seguir ayudándome.

Y ya se disponía a trazarse el plan adecuado a las nuevas circunstancias, cuando se le acercó Balbino Paiba, diciéndole:

—¿Sabe la noticia?

Rápida como la centella fue la ocurrencia de interrumpirlo:

—Que en el chaparral de *El Totumo* asesinaron a Carmelito López.

Balbino hizo gesto de sorpresa y en seguida exclamó lisonjero:

—¡Caramba! A usted no hay manera de venderle noticias frescas. ¿Cómo lo supo?

—Anoche me lo dijeron—respondió, dejando entender, con el impersonal empleado y con el tono misterioso, que había sido "el Socio" quien se lo comunicara.

—Pero la informaron mal—repuso Balbino, al cabo de una breve pausa—, porque, según parece, Carmelito no murió asesinado, sino de muerte natural.

—¿Y una puñalada por la espalda, o un tiro por mampuesto, en un lugar como el chaparral de *El Totumo,* no es también una manera natural de morirse un cristiano?

Fue tal el desconcierto de Balbino al oir estas palabras, acompañadas de una sonrisa socarrona, que, pareciéndole única manera de salir del apuro hacer como si creyera que doña Bárbara le daba a entender que el crimen había sido obra de ella, cometió la torpeza de decir:

—No hay cuestión: a usted la ayudan cosas que pueden más que los hombres.

Brusco y amenazante fue el juntarse y separarse de las cejas de doña Bárbara al oir aquella alusión a sus poderes de bruja; pero ya Balbino había comenzado y tenía que concluir:

—El doctor Luzardo se propone acabar con el cachilapeo a sabana abierta, y en el chaparral de *El Totumo* se

muere Carmelito, y el viento se lleva las plumas que iban a producir la plata necesaria para la cerca de *Altamira*.

—Así es—repuso ella, asumiendo de nuevo la actitud socarrona—. En esas sabanas de *El Totumo* siempre sopla mucho viento.

—Y como las plumas son livianitas...—agregó Paiba, en el mismo tono sarcásico.

—Me parece—concluyó ella.

Se lo quedó mirando un rato, sonriendo, y luego soltó una carcajada. Balbino se dejó traicionar por el característico ademán involuntario de la manoteada a los bigotes, y como esto hiciera reir a doña Bárbara con mayor ganas, acabó de perder los estribos y preguntó amoscado:

—¿De qué se ríe?

—De lo bellaco que eres. Vienes a contarme lo del chaparral, que ya debías saber que no era noticia fresca para mí, pero tienes buen cuidado de no mentar tus fechorías. ¿Por qué no me cuentas lo que has hecho durante estos días que has estado sin dejarte ver la cara por acá?

Dijo esto entre pausas y sin perder de vista los cambios de color y los movimientos irreprimibles que pasaban por el rostro de Balbino, y cuando ya éste se disponía a dar la explicación del empleo de su tiempo, que tenía preparada para justificar su ausencia del hato, ella concluyó apresuradamente:

—Ya me dijeron también que tienes una rochelita con una de las muchachas de *Paso Real*. Sé que has estado allá poniendo joropos y empatando las noches con las noches en una sola parranda. ¿Por qué no me hablas de eso, grandísimo bribón, en vez de venir a darme noticias que no me interesan?

A Balbino le volvió el alma al cuerpo; pero al recuperar la serenidad no hizo sino volverse más obtuso de lo que ordinariamente era, pues creyó que, en realidad, lo que le interesaba a la barragana eran sus devaneos con la muchacha de *Paso Real*.

—Eso es una calumnia inventada por mis enemigos. Seguramente por Melquíades, que ya me he fijado que anda

espiándome los pasos. Yo sí estuve dos días en un joropo en *Paso Real,* pero ni lo puse yo, ni es verdad que ande enamorando a ninguna de las muchachas de allá. Lo que pasa es que como uno no podía acercársele en estos días sin llevarse un boche, lo mejor que podía hacer yo era no dejarme ver contigo.

Se interrumpió un momento para explorar el efecto que le causara el *tú* que se había aventurado a darle, tratamiento que sólo en raptos de amor solía tolerar ella, y como no la viese manifestar disgusto, se animó más.

—Tan es así, que ya estaba pensando irme de por todo esto, porque no ha sido muy bonito el papel que me has hecho representar desde que ha venido el doctor Luzardo.

Impenetrable el designio y con un perfecto arte de simulación, doña Bárbara asumió una actitud de enamorada celosa y replicó:

—Pretextos. Bien sabes tú qué es lo que me propongo con el doctor Luzardo. Pero están muy equivocados, tú y la muchacha de *Paso Real,* si creen que se van a burlar de mí. Ya le mandé decir a ella que si sigue haciéndote carantoñas la voy a alumbrar.

—Te aseguro que eso es una calumnia—protestó Balbino.

—Calumnia o lo que sea, ya te he dicho lo que tenía que decirte: de mí no se burla nadie. De modo que no se te ocurra volver por *Paso Real.*

Y le dio la espalda, diciéndose mentalmente:

—Ya éste no verá el hoyo donde va a caer.

En efecto, Balbino Paiba se quedó haciéndose estas reflexiones:

—Yo hice muy bien las cosas. Con una sola piedra maté dos pájaros. Los joropos de *Paso Real* me sirvieron para ir y venir hasta *El Totumo,* sin despertar sospechas y para que ésta volviera al comedero empujada por los celos. Ahora vuelvo a ser yo el gallo que canta en el patio de *El Miedo;* pero si ella se va a dar sus artes para hacerse rogar, yo también me voy a dar las mías. Yo hice muy bien las cosas: de Rafaelito no quedó ni el rastro, porque lo que no le gustó al caimán le gustó a la caribera del *Chenchenal,* y

ahora él es quien va a cargar con la muerte del hermano y con el robo de las plumas. Mientras tanto, ahí bajo tierra están seguras y puedo esperar a que pase el tiempo para ir vendiéndolas a pitos y flautas, y mientras tanto, el negocito de *El Miedo* andando.

A la vez doña Bárbara, diciéndose, por allá:

—Dios tenía que ayudarme. Apenas había empezado a preguntarme: —¿Quién habrá sido el asesino?—, viene este vagabundo a contarme el cuento con el crimen pintado en la cara. Ahora, lo vajeo hasta que descubra dónde tiene escondidas las plumas, y una vez que estén en mis manos las pruebas suficientes, lo amarro codo con codo y se lo entrego al doctor Luzardo, para que haga con él lo que le dé gana.

A todo estaba dispuesta: a entregar sus obras y a cambiar de vida, porque ya no la impulsaba un capricho momentáneo, sino una pasión, vehemente como fueron siempre las suyas y como naturalmente lo son las pasiones otoñales, pero en la cual no todo era sed de amor, sino también ansia de renovación, curiosidad de nuevas formas de vida, tendencias de una naturaleza vigorosa a realizar recónditas posibilidades postergadas.

—Seré otra mujer—decíase una y otra vez—. Ya estoy cansada de mí misma y quiero ser otra y conocer otra vida. Todavía me siento joven y puedo volver a empezar.

Tal era la disposición de su ánimo, cuando dos días después, de regreso a la casa ya al atardecer, divisó a Santos Luzardo que volvía del pueblo.

—Espérame aquí—díjole a Balbino, en cuya compañía siempre procuraba estar ahora, y atravesando un gamelotal que la separaba del camino que traía Luzardo, le salió al paso.

Lo saludó con una breve inclinación de cabeza, sin sonrisas ni zalamerías, y lo interpeló:

—¿Es cierto que han asesinado a dos peones de usted que llevaban para San Fernando la cosecha de la pluma?

Después de haberle dirigido una mirada despectiva, Santos le respondió:

—Absolutamente cierto y muy estratégica su pregunta.

Pero ella no atendió al final de la frase por formular ya otra interrogación:

—¿Y usted qué ha hecho?

Mirándola fijamente a los ojos y martilleando las palabras, aquél le contestó:

—Perder mi tiempo pretendiendo que la justicia podría cumplirse; pero puede usted estar tranquila por lo que respecta a las vías legales.

—¡Yo!—exclamó doña Bárbara, enrojeciendo súbitamente, cual si la hubiesen abofeteado—. ¿Quiere decir que usted...?

—Quiero decirle que ahora estamos en otro camino.

Y espoleando el caballo prosiguió su marcha, dejándola plantada en medio de la sabana.

V

LA HORA DEL HOMBRE

Momentos después, Santos Luzardo irrumpía en la casa de *Macanillal,* revólver en mano.

Estaba la casa en el mismo sitio donde mandó a reponerla doña Bárbara, pero no donde, en estricta justicia, debía estar, pues también había sido arbitraria la decisión del juez al establecer aquel lindero.

Hallábanse los dos Mondragones, supervivientes de aquella temible trinidad de hermanos, entretenidos en apacible plática, meciéndose en sus chinchorros, cuando Santos, sin darles tiempo a que se armasen, les intimó la rendición. Cruzaron entre sí una mirada de inteligencia, y el apodado *Tigre* dijo, con alevosa mansedumbre:

—Está bien, doctor Luzardo. Ya estamos rendidos. ¿Qué hacemos ahora?

—Pegarle fuego a la casa—y arrojándoles a los pies una caja de fósforos—: ¡Vamos!

La orden era imperiosa y a los Mondragones no se les escapó pensar que quien se la daba era un Luzardo, hom-

bres que nunca habían esgrimido un arma para amenazas que no se cumplieran.

—¡Caramba, doctor!—exclamó el *León*—. Esta casa no es de nosotros y si le pegamos fuego nos la va a cobrar doña Bárbara con daños y perjuicios.

—Eso corre de mi cuenta—respondió Santos—. Procedan sin chistar.

En esto, el *Tigre* había logrado escurrirse hacia el sitio donde estaba un rifle, y ya se abalanzaba a cogerlo, cuando un disparo certero de Luzardo, alcanzándolo en un muslo, lo derribó por tierra, profiriendo una maldición.

Con un arrebato impetuoso, el hermano intentó abalanzarse sobre Luzardo, pero lo detuvo el revólver que lo apuntaba al pecho, en la diestra cuya eficiencia ya habían experimentado, y volviéndose al hermano, lívido de ira impotente, díjole:

—Ya se nos presentará la oportunidad de cobrarnos ésta, hermano. Levántese del suelo y ayúdeme a pegarle fuego a la casa. Cada hombre tiene su hora, y el doctor Luzardo está gastando la suya. Luego vendrá la de nosotros. Tome la mitad de estos fósforos y usted por esa punta y yo por ésta, hagamos lo que nos mandan. Que bien merecido lo tenemos por habernos dejado coger desprevenidos.

Aplicado el fuego a las barbas de la techumbre pajiza, el viento de la sabana lo convirtió pronto en una llamarada rabiosa que destruyó en instantes aquella casa, que no era sino un techo sobre cuatro horcones.

—Bueno—volvió a hablar el *León*—. Ya la casa está ardiendo como usted quería. Ahora, ¿qué más se le ocurre?

—Ahora se echa usted por encima a su hermano y marcha por delante de mí. Lo demás se lo diré en *Altamira*.

Volvieron a mirarse los Mondragones y como a ninguno de los dos le pareciera que el otro estaba dispuesto a jugarse la vida con una temeraria resistencia, pues además de que Luzardo les llevaba las ventajas de estar a caballo y armado, tenía pintado en el rostro el aire de las resoluciones extremas, el herido dijo:

—No hay necesidad de que me cargue, hermano. Yo voy a pie, así me sangre por el camino.

Oriundos de los llanos barineses, en donde habían cometido crímenes que la fuga al Arauca y el amparo que les brindó doña Bárbara dejaron impunes, ahora iban a purgarlos, pues Santos se proponía remitírselos a las autoridades de aquella región, y así se lo manifestó cuando llegaron a *Altamira.*

—Usted sabrá lo que hace—repuso el *León*—. Ya le digo: está en su hora.

Y como Santos, sin hacer caso de la altanería de tales palabras, le ordenase a Antonio que curara al herido, éste replicó:

—No se moleste, doctor. La sangre que he botado no era sino la que me sobraba. Ahora es que estoy en mi peso.

A lo cual intervino *Pajarote:*

—Pues así no habrá que arriarlo mucho por el camino.

Y, bravuconada por bravuconada, dirigiéndose a Luzardo:

—Déme a mí esa comisioncita, doctor. Yo le respondo de estos hombres. Dos piazos de soga para amarrarlos codo con codo, es lo que necesito. Lo demás lo pongo yo. Y, ¡ah malhaya!, esté el hombre tan livianito como dice, para ver si se le ocurre correr. Supongo que usted los va a mandar con un papel, y si es así, vaya escribiéndolo de una vez, porque es ya que los voy a estar arriando por delante. No es bueno dejarlo para mañana. Aunque no creo que se atrevan los otros fustaneros a venir esta noche por estos dos. ¡Ni malo que sería! Si yo pudiera partirme en dos piazos, con la mitad me llevaba por delante a estos faramalleros y con la otra esperaba aquí a los que vinieran por ellos de *El Miedo.* Pero aquí no hago falta, porque ya usted ha demostrado que con un altamireño basta y sobra para arriar por delante a dos miedosos, y a ese tono van a cantar todos los del lado de acá.

Hacía rato que había entrado en la casa y todavía no se había dado cuenta de que Marisela y su padre no estaban allí.

—Se fueron en cuanto usted partió para el pueblo—ex-

plicó Antonio—. La idea fue de Marisela y perdí el tiempo yendo a buscarla. Por nada quiso venirse.

—Es lo mejor que ha podido ocurrírsele—dijo Santos—. Ahora estamos en otro camino.

Y en seguida ordenó proceder, al día siguiente, a levantar la palizada de *Corozalito,* que míster Danger venía aplazando, valido del ardid que le aconsejara ño Pernalete.

—¿A pesar de aquel documento que le mostró míster Danger?—inquirió Antonio, al cabo de una corta pausa.

—A pesar de todo y contra todo lo que se oponga. Al atropello, con el atropello. Esa es la ley de esta tierra.

Antonio volvió a quedarse pensativo. Luego dijo:

—No tengo nada que decirle, doctor. Por el camino que usted se eche, ya sabe que detrás voy yo.

Pero se retiró, diciéndose mentalmente:

—No me gusta ver a Santos en ese tono. Ojalá sean aguaceros de verano.

Aquella noche, mientras los perros raboteaban en torno a la mesa, una mujer que apestaba de pringue de cocina fue quien le sirvió la comida a Santos Luzardo. Apenas probó unos bocados de los feos guisos de Casilda, y como no podía permanecer dentro de aquella casa, donde, a los tristes reflejos de la lámpara, las cosas que antes brillaban limpias tenían ya una pátina de polvo y estaban cubiertas de moscas, se salió al corredor.

La sabana reposaba, fosca, bajo la noche encapotada. Ni el cuatro, ni la copla, ni el pasaje. Los peones silenciosos pensaban en el compañero taciturno asesinado en el chaparral de *El Totumo;* en el hombre "encuevado", con quien, sin embargo, siempre se podía contar, pues a nadie dejaba nunca en un apuro, así arriesgase la vida; en el hombre bueno que tuvo que hacerse justicia por sí mismo y ni aun después de muerto se le hacía.

Piensan también en el amo, despojado de aquel dinero que iba a invertir en la obra en la cual fundaba tantas esperanzas y que ha regresado convertido en otro hombre, fiero y sombrío.

Oyese a distancia el áspero grito de los alcaravanes y Venancio rompe el silencio:

—Lejos deben de ir ya *Pajarote* y María Nieves, con su arrebiate.

Y otro, refiriéndose a las vías de hecho por donde ahora se ha lanzado el amo:

—Así es como hay que hacer las cosas en esta tierra, porque a conforme es el mal, así tiene que ser el remedio. En el Llano, el hombre debe saber hacer todo lo que hace el hombre. Que se deje el doctor, de una vez por todas, de estar pensando en cercas y en cosas que y que se hacen en otros países de llanos, y haga lo que todo el mundo ha hecho siempre por aquí: cachilapiar, desde mamantón para arriba, todo el ganado sin hierro que le pise su posesión.

—Y meterse en las ajenas—agrega un tercero—y arriar de allá para acá cuando bicho de casco y pezuña se encuentre por delante. Asina están haciendo con lo de él y lo que es igual no es trampa.

—Pues yo no soy del parecer de usted—intervino Antonio Sandoval—. Yo estoy por lo que me hizo comprender el doctor. La cerca en todas partes y cada cual criando lo suyo dentro de lo suyo.

Como oyese estas palabras, Santos experimentó una impresión semejante a la que acababan de producirle los melancólicos reflejos de la lámpara sobre las cosas abandonadas por Marisela. Aquella convicción de Antonio era obra de un hombre que ya no existía, aquel que llegó de la ciudad acariciando proyectos civilizadores, respetuoso de los procedimientos legales, aunque éstos sustentasen sanciones como aquellas con las cuales doña Bárbara venía arrebatándole su propiedad, enemigo de las represalias—cuyas insinuaciones rechazaba su conciencia vigilante, con un sagrado horror de la catástrofe espiritual a que pudiera inducirlo, poniendo en libertad al impulsivo que alentaba en él—, aun a riesgo de convertirse en víctima de la violencia enseñoreada de aquella tierra.

Este que ahora escuchaba la conversación de sus peones

pensaba y sentía como aquel que acababa de decir: "el hombre debe saber hacer todo lo que hace el hombre".

Ya él había demostrado que sabía hacerlo: la casa de *Macanillal* ya no existía y los Mondragones iban a rendir cuenta de sus crímenes ante la justicia, por obra de su mano armada. Al día siguiente le tocaría a míster Danger. Puesto que era la hora del hombre y no todavía la de los principios, ya que para la arbitrariedad y la violencia el desierto no oponía límites la acción individual, el hombre se impondría. Un golpe aquí, otro allá, en seguida una afirmación de fuerza en cada oportunidad que se le deparara, y el ancho feudo sería suyo para la futura obra civilizadora.

Era el comienzo del buen cacicazgo. La hora del hombre bien aprovechala.

VI

EL INEFABLE HALLAZGO

Fueron tres los días que Santos estuvo ausente del hato y, mientras tanto, Marisela alimentó la secreta esperanza de verlo ir en busca suya en cuanto regresara a *Altamira* y no la encontrase allí. Empecinada en el sombrío despecho que la había impulsado a retornar al rancho del palmar, no quería confesarse que abrigaba tal esperanza, pero no se apersonaba tampoco de la nueva situación. Apenas atendía a los menesteres del momento, como si estuviera allí de paso, y el resto del día se le iba sentada en el brocal del pozo o vagando por el palmar, mirando hacia donde podía aparecer gente que viniese de *Altamira*.

A ratos disipábasele la negra melancolía y soltaba la risa al pensar en el enojo de Santos cuando no la encontrara en su casa, pareciéndole entonces que no había querido hacer sino una chiquillada, para cobrarle aquel bárbaro regaño que le dio en pago del amoroso empeño que ella había puesto en librarlo de los maleficios de la madre; pero en llegando a este punto de su soliloquio, las odiosas imágenes de aquella escena volvían a abatirle y ensombrecerle el ánimo.

Finalmente, supo que Santos había llegado y transcurriendo los días se extinguió totalmente aquella lucecita de esperanza que a ratos parpadeaba en su corazón.

—Bien sabía yo que él no vendría a buscarme, ni se ocuparía más de mí—se dijo—. Ahora sí es verdad que aquello no fue sino un sueño.

En cambio, míster Danger caía a cada rato por allí. Menos audaz que antes, contenido por la actitud seria y digna que ella observaba en su presencia, ya no era osado a ponerle encima sus manazas; pero estrechaba cada vez más el asedio de la presa que había vuelto a ponerse al alcance de sus garras, más codiciable ahora, y alternaba las habituales bromas de su perenne buen humor con altaneras actitudes de comprador que ya ha pagado.

Por momentos, el despecho inducía a Marisela a complacerse en pensar que su destino sería caer, tarde o temprano, entre los brazos de aquel hombre; pero en seguida la repugnante perspectiva la impulasaba a buscar remedios eficaces y rápidos a la situación.

Un día vio a Juan Primito, que merodeaba por allí sin atreverse a llegarse hasta el rancho, temeroso de que ella no le hubiere perdonado la injerencia que tuvo en lo de la medida de la estatura de Luzardo. Lo llamó y le dio este encargo:

—Dile a... Bueno. Tú sabes a quién me refiero: a la señora, como tú la llamas. Dile que le mando a decir yo que aquí estamos otra vez en el palmar, pero que quiero irme de por todo esto. Que me mande dinero; pero no una miseria de cuatro centavos, porque no es una limosna lo que le pido, sino dinero suficiente para irme a San Fernando con papá. ¿Cómo le vas a decir? Repite lo que te he dicho. Bien. Así mismo se lo dices, de lo contrario no se te ocurra volver por acá.

Juan Primito se fue repitiendo el recado, para que no se le olvidara una sola de las palabras de la niña Marisela, y así se lo dio a doña Bárbara. En el primer momento, ésta pensó dar la callada por respuesta o contestar con una violencia; pero, recapacitándolo mejor, comprendió que le conve-

nía que Marisela se marchase a San Fernando y cogiendo de su armario un puñado de monedas de oro, de las que acababa de recibir en pago de un lote de ganado, se las entregó a Juan Primito.

—Tom. Llévale esto. Que ahí van quince morocotas. Que se vaya de por todo esto con su padre y que haga todo lo posible para que yo no vuelva a saber de ella.

Ahogándose en la sofocación de la prisa con que recorrió el trayecto y de la alegría que le causaba el éxito de su cometido, Juan Primito sacó el pañuelo donde había envuelto las monedas, diciendo:

—Atoca, niña Marisela. ¡Eso es oro! ¡Quince morocotas te manda la señora! Cuéntalas a ver si están completas.

—Ponlo en esa mesa—díjole Marisela, sintiéndose humillada por haber tenido que recurrir a aquel expediente para librarse de míster Danger y para renunciar a las limosnas de provisiones que Antonio seguía enviándole de *Altamira.*

—¿Es que te da asco el pañuelo, niña Marisela? Aguárdate que te las voy a entregar limpiecitas—dijo Juan Primito, dirigiéndose a lavar las monedas con agua del aljibe.

—Por más que las laves, siempre me dará asco tocarlas. Déjalas ahí. No es tu pañuelo lo que me da grima.

—No seas zoqueta, niña Marisela—replicó el bobo—. Oro es oro y venga de donde venga siempre está que brilla. ¡Son trescientos pesos! Con estos centavos puedes poner un negocio. En el paso del *Bramador,* del otro lado del Arauca, hay una pulpería que están vendiendo. Si tú quieres yo me acerco allá en un saltico a preguntar que por cuánto te la venden. Es un buen negocio, niña Marisela. Todo el que viene para acá se para en esa pulpería y por lo menos un palo de caña se pega. Si tú la compras yo me voy para allá a servirte de dependiente, sin que tengas que pagarme nada. Déjame ir hasta allá a preguntar.

—No. No. Déjame pensarlo primero, y por ahora, vete. Hoy no estoy de humor para conversar contigo. Coge para ti una de esas monedas y déjame las otras sobre la mesa.

—¿Atocar yo una de esas monedas para mí? ¡Qué mano,

niña Marisela! ¡Ave María Purísima! ¡Déjame dirme más bien! ¡Ah! Se me olvidaba que te manda a decir la señora que... Nada. Nada. Haz lo que te digo: compra la pulpería del otro lado del paso y te vas de una vez de por todo esto.

Se fue Juan Primito, se quedaron las monedas donde él las había puesto y se quedó Marisela pensando en lo que le propuso aquél.

—¡Pulpera! Pero ¿a qué más puedo aspirar sino a ganarme la vida detrás del mostrador de una pulpería? ¡Pulpera! Al fin me casaré, o me pondré a vivir con un peón y un día pasará por allí el doctor Luzardo y me pedirá que le venda... aguardiente no, porque él no bebe, pero cualquiera otra cosa, y yo se la venderé y él ni siquiera se fijará en que es Marisela, aquella Marisela, quien le despachará.

Horas después se presentó por allí míster Danger. Bromeó un poco a propósito de aquellas monedas que todavía permanecían en la mesa, y cuando ya iba a retirarse, sacó del bolsillo un papel donde había algo escrito y presentándoselo a Lorenzo, le dijo:

—Firma aquí, chico. Este es el documento del contratico que hicimos ayer.

Lorenzo levantó a duras penas la cabeza y se quedó mirándolo desde el abismo de su borrachera, sin entender lo que le decía: pero míster Danger le puso la pluma entre los dedos y llevándole la mano le obligó a estampar su firma al pie del escrito, aunque con una letra que no tenía de suyo sino el temblor de la diestra por medio de la cual escribía el extranjero.

—*All right!*—exclamó éste, guardándose la pluma en el bolsillo del pecho, y en seguida dio lectura del escrito, en alta voz—: "Por el presente declaro que he vendido al señor Guillermo Danger mi hija Marisela por cinco botellas de brandy."

Era una de aquellas brutales bromas que acostumbraba; pero Marisela la tomó en serio y se precipitó a arrebatarle aquel *documento*, mientras Lorenzo volvía a sumirse en su

letargo, con una sonrisa de inconsciente y un hilo de saliva manándole de la boca.

Don Guillermo se dejó arrebatar el papel, echándose a reir mientras Marisela lo hacía añicos; pero aquella risa no hizo sino exasperarle la indignación.

—¡Salga de aquí, insolente!—rugió, con una voz ronca, llameantes los ojos, y encendido el rostro. Y como don Guillermo, perniabierto y con los brazos en jarras, seguía lanzando sus robustas carcajadas, se le abalanzó encima a echarlo de allí, a empujones.

Pero sus fuerzas no eran suficientes para mover aquella mole sólidamente plantada en el suelo, y esto acabó de enfurecerla, embelleciéndola más. Descargó una lluvia de golpes sobre el sonoro pecho atlético de Danger sin que éste interrumpiera sus carcajadas ni cambiara de actitud, y como no lograba sino magullarse los puños contra los recios pectorales, ya con lágrimas en los ojos, se apoderó de la plumafuente que aquél se había guardado en el bolsillo del pecho, dispuesta a clavársela en el cuello; pero él la inmovilizó, sujetándola por los brazos, riendo siempre, la levantó en el aire y girando sobre sus talones la hizo descubrir círculos vertiginosos. Luego la depositó en el suelo atontada por el mareo y deshecha en llanto y volvió a plantársele por delante con los brazos en jarras, pero ya sin reir, resollando fuertemente y contemplándola con miradas inflamadas de deseo.

Entretanto, despertado por aquellas carcajadas y por los gritos de la hija, Luzardo se había incorporado, a duras penas, en el chinchorro y habiendo logrado apoderarse de una punta de machete que estaba clavada en el bahareque del rancho, se arrojaba sobre míster Danger, con una expresión delirante.

Pero Marisela lanzó un grito de horror, míster Danger se volvió rápidamente y de una cachetada le hizo perder el vacilante equilibrio al borracho, que fue a dar con sus huesos en el suelo del rancho, lanzando un rugido de dolor y de ira impotente.

Míster Danger sacó y encendió tranquilamente su cachim-

ba, y entre una y otra bocanada de humo y dándole la espalda a Marisela, díjole:

—Ha estado un juego mío, Marisela. Míster Danger no gusta tomar las cosas por la fuerza; pero ya tú sabes que míster Danger te quiere para él.

Y ya al salir:

—Y no vuelvas a coger machete para míster Danger, don Lorenzo, porque entonces se acabó brandy y aguardiente y todo.

Así que se hubo marchado el extranjero, Lorenzo se levantó del suelo, trastabilleando, se acercó al rincón donde sollozaba Marisela, y tomándola por un brazo, díjole, con una voz de insensatez y de dolor:

—Vámonos, hija. Vámonos de aquí

Por un momento creyó Marisela que se trataba de regresar a *Altamira,* y se dejó levantar del suelo y marchó, enjugándose los ojos; pero Lorenzo continuó:

—Allí..., allí está el tremedal donde se acaba todo. Vamos a terminar allí esta maldita vida.

Entonces ella, sobreponiéndose a su pena y tratando de sonreir, repuso:

—No, papá Tranquilízate. Ha sido un juego de míster Danger. ¿No se lo oíste decir? Cálmate. Acuéstate otra vez. Ha sido un juego. Pero ofréceme que no volverás a pedirle bebida a ese hombre.

—No. No volveré; pero yo lo mataré... No ha sido un juego... No ha sido un juego... A ver... Dame... ¡Dame acá esa botella!

—No. Ya me has ofrecido que no beberás más. Acuéstate. Duérmete... Ha sido un juego...

Y pasándole la mano por la frente cubierta de un sudor pegajoso y acariciándole suavemente los cabellos, mientras le mecía la hamaca, estuvo sentada en el suelo junto a él, hasta que lo vio profundamente dormido. Luego le secó la saliva espumosa que le manaba de la boca, lo besó en la frente, y al hacer esto sintió que una nueva transformación se había operado en su alma.

Ya no era la muchacha despreocupada y ávida de feli-

cidad que en *Altamira* había podido vivir con la risa en el rostro y una copla en los labios a toda hora, indiferente ante el espectáculo de aquella repugnante y dolorosa miseria física y moral, ajena a las tormentas de aquel espíritu, porque ante el suyo se abría un mundo luminoso, poblado de formas risueñas, resplandeciente hasta deslumbrarla. Este mundo, que era su propio corazón ilusionado, fue Santos quien se lo mostró y sólo él lo llenaba. El le quitó con sus manos la mugre del rostro, con sus palabras le reveló la propia belleza ignorada, con sus lecciones y consejos la desbastó de la rustiquez y la hizo adquirir buenos modales y hábitos y gustos de un espíritu fino; pero, en el fondo de esta gruta resplandeciente que era su corazón dichoso, se había quedado en tinieblas un pequeño rincón; la fuerte de la ternura, y se había quedado en tinieblas porque sólo el dolor podía revelárselo.

Ya le había sido dado conocerlo y de allí surgía ahora una nueva Marisela, deslumbrada por el hallazgo de sí misma, con la divina luz de la bondad en el rostro y con la suavidad de la ternura en las manos que habían acariciado, por primera vez con verdadero amor filial, la frente atormentada del padre.

Ya Lorenzo se había sumergido con sus miserias en el sueño apaciguador que le provocaron las caricias de la hija y aún ella seguía pasándole la mano por los cabellos, mientras sus ojos se posaban distraídos sobre las monedas de oro que brillaban en el ángulo de la mesa donde las colocó Juan Primito, cuando apareció en el umbral de la puerta Antonio Sandoval.

Marisela le recomendó silencio poniéndose el índice sobre los labios, cuidadosa del plácido sueño de su padre, y luego se levantó del suelo y salió a recibirlo afuera, donde la conversación no turbara aquel reposo. Trascendía de la expresión de su rostro y de la calma de sus movimientos el cambio espiritual y profundo, en cierta gravedad que llamó la atención de Antonio:

—¿Qué tiene usted hoy, niña Marisela? Le noto algo raro en la cara.

—Si usted supiera, Antonio; yo también me siento de una manera distinta.

—Como no vaya a haber cogido la fiebre del tremedal.

—No. Es otra cosa. Que por cierto también la tiene el tremedal. ¡Una paz! Una tranquilidad sabrosa. Me siento tranquila hasta el fondo, como debe sentirse el tremedal cuando se pone a reflejar el palmar y el cielo con sus nubes y las garzas que estén paradas en la orilla.

—Niña Marisela—dijo Antonio, más extrañado todavía—. Déjeme que se lo diga como lo siento: yo nunca la había oído expresarse de esa manera. Y me gusta hallarla en ese tono porque ahora sí me atrevo más a decirle lo que me trae hoy a casa de usted. Usted está haciendo falta en *Altamira,* niña Marisela. El doctor se ha echado por un camino que no es el de él y que no lleva a buen fin. Antes, usted lo sabe, se pasaba de amigo de respetar los derechos ajenos, aunque fueran mal habidos y quería que todo se hiciera por las vías legales, y ahora, por el contrario, no hay arbitrariedad que no le provoque hacerla. Eso me tiene preocupado, porque la sangre es una cosa seria cuando dice a dar lo suyo y me dolería verlo terminar como terminaron todos los Luzardos. Yo no digo que no haga respetar sus derechos; pero tampoco hay necesidad de andar atropellando con todo. Todas las cosas de este mundo tienen su más y su menos, y el doctor la ha dado ahora por el más. Eso con don Guillermo, con todo y ser don Guillermo una mala ficha, francamente, estuvo feo. A usted nada más se lo digo; pero es la verdad. Que hubiera mandado a tirar la palizada, aunque ya *Corozalito* no le pertenece, era ya mucho; pero lo de decirle: "¿Viene usted dispuesto a impedírmelo a tiros?", eso no estaba hecho para la boca de Santos Luzardo. No es nada los malos resultados que pueda traerle, porque el extranjero siempre tiene garantías que le faltan al criollo; es lo que significan unas palabras como esas que le he mentado, en boca del doctor. ¿No piensa usted como yo? Y luego, ya van dos veces con esta de ahora poco que se mete a parar rodeos en lo de doña Bárbara sin cumplir el requisito de pedirle permiso primero. Fueron reses de él las que

se llevó; pero lo natural era que le hubiera pedido permiso, como es costumbre que lo haga el que va a recoger ganado suyo en sabanas de otro. No es que yo le saque el caballo, porque ya le dije: por donde usted se zumbe cuente que yo voy detrás suyo. Es que cada palo debe dar sus frutos y no es natural que un Santos Luzardo se empeñe en proceder como procedería doña Bárbara.

—¿Y cree usted, Antonio, que si yo hubiera estado allá no habría sucedido eso?—interrogó Marisela, sonrojándose, pero sin perder aquella grave serenidad del inefable hallazgo.

—Mire, niña Marisela—repuso Sandoval—. Uno no tendrá ilustración, pero no le falta malicia para catar ciertas cosas. Aparte lo que pueda haber entre usted y él, que no me incumbe averiguar si existe o no, lo que sí puedo decirle es que... ¿Cómo se lo dice?... Bueno. Se lo voy a decir a mi manera. Usted es para el doctor, mejorando lo presente, como la tonada para el ganado, que si no la escucha cantar, a cada rato está queriendo barajustarse. ¿Me explico?

—Sí, comprendo—respondió Marisela, cubriéndose de rubor, complacida en la metáfora de Antonio.

—Pues bien. Termino por donde empecé: usted está haciendo falta en *Altamira*.

Marisela reflexionó un rato y luego dijo:

—Lo siento mucho, Antonio; pero, por el momento, no puedo volverme a *Altamira*. Papá no convendría en regresar y, además, tengo otro deber que cumplir. Quiero llevarme a papá a San Fernando, a ver si allá los médicos le hacen remedios que le quiten el vicio y que lo repongan, porque está muy aniquilado.

—No veo que una cosa estorbe a la otra—observó Antonio.

—Sí. Papá no quiere volver a *Altamira* y yo no quiero contrariarlo. Además, ya en *Altamira* se hizo la prueba y ya ve usted que no dio resultado. Véalo cómo está. Puede que yo haga falta allá, como usted dice; pero más falta hago aquí.

—Eso es verdad. Su padre, primero que todo. Pero ¿con qué recursos cuenta usted para irse a San Fernando y ha-

cerlo ver con los médicos? ¿Quiere que le hable de eso al doctor?

—No. No le diga nada. Yo tengo dinero suficiente. Se lo pedí a quien tenía el deber de dármelo.

—Bien—dijo Antonio, poniéndose de pie—. Se quedará Santos sin la tonada; pero usted tiene razón: su padre antes que todo. Ojalá que encuentre esos remedios que va a buscar para don Lorenzo. Pero para hacer ese viaje le harán falta bestias y una persona que la acompañe. Si no quiere que le hable de esto al doctor, yo por mi cuenta puedo mandarle un peón de confianza, con dos bestias buenas para usted y su viejo. Aunque será mejor que se lo lleve en un bongo, porque no me parece que don Lorenzo esté en condiciones de resistir un viaje tan largo.

—Es verdad. Está muy aniquilado.

—Entonces deje eso de mi cuenta. De hoy a mañana debe pasar un bongo que viene de Arauca arriba. Creo que viene en lastre y en él pueden irse hasta San Fernando.

Se fue Antonio, Marisela volvió a entrar en la casa, se detuvo un rato ante el chinchorro donde dormía Lorenzo, contempló con ojos amorosos aquella faz cavada, que nunca había contemplado como ahora lo hacía, y luego recogió de la mesa las monedas de oro que le permitían llevar a cabo su propósito, y al tomarlas en sus manos no experimentó repugnancia alguna. No había llegado a lavarlas Juan Primito, pero de la recóndita fuente de ternura recién hallada, también sobre aquel dinero de su madre caían linfas purificadoras.

VII

EL INESCRUTABLE DESIGNIO

Los rayos tendidos del sol de los araguatos doran los troncos de los árboles del patio, del paloapique, de los corrales y de la horconadura de los caneyes bajo la sombra violácea de las pardas techumbres, y cuando ya el disco rutilante del astro se ha ocultado tras el horizonte, quédanse

sobre el inmenso espacio, más y más obscuro, de la sabana, largas nubes cual barras de metal fundido, arreboles de entonaciones calientes y el trazo firme y negro de la silueta de una lejana palmera solitaria contra el resplandor del ocaso.

Hacia allá cae *Altamira* y hacia allá se hunden en la lejanía las miradas de doña Bárbara.

Tres días hacía que había llegado a *El Miedo* la noticia de la destrucción de la casa de *Macanillal* y prisión de los Mondragones; ya éstos estaban en poder de las autoridades, adonde los remitiera Santos Luzardo, y ya éste se había metido con sus peones en tierra de *El Miedo* a parar rodeos sin cumplir el requisito de pedirle permiso, y aun los peones de ella esperaban sus órdenes para lanzarse a las represalias.

Viendo que no se animaba a darlas, Balbino Paiba se decidió por fin a pedírselas, y se acercó al palenque donde ella estaba abismada en su silenciosa contemplación del paisaje.

Pero antes de abordarla, gastó un buen rato en pretextos de conversación. Ella sólo le respondía con monosílabos y las pausas se fueron haciendo más y más largas.

Entretanto, un rebaño avanzaba hacia los corrales. Oíase el canto de los pastores tendido en la inmensidad silenciosa.

Llegaron las primeras reses. El madrinero, un toro lebruno, se detuvo, de pronto, ante el higuerón plantado cerca de la puerta de la majada y lanzó un bramido impresionante. Había olido la sangre de una res que fue beneficiada allí en la mañana. El rebaño se arremolinó y comenzó a cabildear, mientras el madrinero daba vueltas en torno al árbol, escarbando la tierra, olfateándola, cerciorándose de aquella cosa atroz que había sucedido en aquel sitio, y cuando ya no le quedaron dudas, lanzó otro bramido, que ya no era de miedo ni de dolor, y se llevó el rebaño, en carrera por la sabana.

—¿Quién fue el de la ocurrencia de escoger la puerta de la majada para beneficiar?—gritó Balbino, alardeando de su mayordomía, mientras los pastores le daban rienda a sus caballos y se lanzaban a cabecear por la punta que se abría alborotada.

Por fin la redujeron y otra vez la arrearon hacia la corraleja, situada más allá del higuerón.

Ya estaba encerrado el rebaño, pero aún mugía lastimeramente, y doña Bárbara dijo, de pronto.

—Hasta el ganado le tiene grima a la sangre de sus semejantes.

Balbino la miró de soslayo, con un gesto de extrañeza, y se interrogó mentalmente:

—¿Y es ella quién lo dice?

Transcurrieron unos instantes y Balbino se hizo esta reflexión:

—¡Hum! Con esta mujer no hay brújula. Hasta al caballo, que es bestia, se le descubre lo que esté pensando, sólo con mirarle cuál de las orejas amusga; pero con esta mujer siempre está uno bailando en un tusero.

Y se le quitó del lado.

Mas no solamente Balbino Paiba, que ya era bastante torpe, ni ella misma hubiera podido decir cuáles eran sus propios designios.

Una vez más, sus obras le habían salido al paso, cerrándole el camino que insistiera en buscar. Aún resonaban en sus oídos las fieras palabras con que Santos Luzardo le había arrojado a la cara su sospecha, precisamente cuando ella iba a decirle que creía haber descubierto al autor del crimen de *El Totumo,* y que, de un momento a otro, iría a entregárselo, personalmente, en cuanto estuviese en posesión de la prueba fehaciente. Sospecha injusta y calumniosa esta vez, pero en el fondo de la cual se cumplía la justicia misma, puesto que ¿acaso sólo en *El Totumo* matas y chaparrales guardaban secretos de emboscadas asesinas, y si allí fué Balbino Paiba, obrando por cuenta propia, no había sido, en otros sitios, Melquíades quien descargó sobre caminantes desprevenidos el golpe homicida, fraguado por ella? ¿Y no era, también, Balbino Paiba instrumento de sus tortuosas obras, su obra misma cerrándole el paso hacia el buen camino?

Ramalazos de cólera azotáronle el corazón, uno tras otro, durante aquellos tres días; contra Paiba, cuyo delito le atribuía a ella Santos Luzardo; contra el espaldero siniestro,

que guardaba el secreto de los que había cometido; mandado por ella; contra las mismas víctimas de su codicia y de su crueldad, que se le habían atravesado en el camino, *poniéndola en el caso* de tener que suprimirlos, y contra todos los que, como si no hubiese ya bastante con las obras cumplidas, venían ahora a proponerle represalias, cada uno de sus peones, gavilla de asesinos, cómplices y hechuras suyas, cuyas miradas fijas en ella estaban diciéndole a cada rato: "¿Qué espera usted para mandarnos matar al doctor Luzardo? ¿No estamos aquí para eso? ¿No ha adquirido con nosotros el compromiso de darnos sangre que derramar?"

Y Juan Primito se puso en marcha, camino de *Altamira*, con este recado para Luzardo:

—Que esta noche, a la salida de la luna, estará esperándolo en *Rincón Hondo* una persona que tiene que decirle algo a propósito del crimen de *El Totumo*. Que si usted se atreve, vaya solo a oir lo que le dirá.

Juan Primito fue y vino con la respuesta de Luzardo:

—Dígale que está bien. Que iré solo.

Esto fue en la mañana y hacía poco que había llamado a Melquíades para decirle:

—¿Recuerdas lo que me dijiste hace unos días?

—Todavía lo tengo presente, señora.

—Pues bien. Esta noche, a la salida de la luna, estará en *Rincón Hondo* el doctor Luzardo.

—Y yo se lo traeré aquí, vivo o muerto.

Ya se aproxima la noche. Pronto se pondrá en camino el espaldero siniestro; pero todavía doña Bárbara no ha logrado descubrir cuáles son los propósitos que con aquella emboscada persigue, ni con qué sentimientos espera la aparición de la luna en el horizonte.

Hasta allí siempre había sido para los demás la esfinge de la sabana; ahora lo es también para sí misma: sus propios designios se le han vuelto impenetrables.

VIII

LA GLORIA ROJA

No dejó de ocurrírsele a Santos Luzardo que sólo en una cabeza ofuscada podía haber brotado la idea de invitarlo, de manera tan absurda, a caer en una celada; pero él también daba muestras de haber perdido la cordura al decidirse a aprovechar aquella ocasión para demostrarle a doña Bárbara que no ganaría nada con amedrentarlo, pues si no pudo vindicar ante la justicia subordinada a la violencia sus derechos atropellados, sí sabría defenderlos en lo sucesivo con la fiera ley de la barbarie: la bravura armada. Y con este temerario empeño, al atardecer de aquel día se aventuró solo, camino de *Rincón Hondo,* adelantándose a la hora de la cita para burlar el golpe alevoso al amparo de la noche.

Pero, en llegando a la vista del sitio, distinguió un jinete parado en la orilla del monte que bordeaba el solitario rincón de la sabana y se dijo:

—Siempre se me adelantó.

Luego descubrió que el jinete era *Pajarote.*

—¿Qué haces aquí?—le preguntó al reunírsele, autoritariamente.

—Voy a explicarle, doctor—respondió el peón—. Esta mañana, cuando se le arrimó Juan Primito a darle el recado, malicié que no podía ser nada bueno y me le fui detrás, dejándolo que se alejara de la vista de usted y luego le di alcance y poniéndole el revólver en el pecho, nada más que para asustarlo, porque sé que él se echa a morir cuando ve un revólver, lo obligué a que me repitiera el recado que le habían dado para usted. Por él supe que usted había prometido venir y estuve tentado de decirle: déjese de eso, doctor. Pero le vi pintada en la cara la resolución y me dije: lo único que hay es irse alante y tirar la parada junto con él.

—Has hecho mal en inmiscuirte en mis asuntos—repuso Santos, secamente.

—No le digo lo contrario; pero tampoco me arrepiento. Porque si a usted le sobra arrojo, creo que todavía le falta malicia. ¿Sabe usted si es un hombre solo el que viene a hablar con usted?

—Aunque sean varios. Retírate.

—Mire, doctor—repuso *Pajarote,* rascándose la cabeza—. Peón es peón y le toca obedecer cuando el amo manda; pero, permítame que se lo recuerde: el llanero no es peón sino en el trabajo. Aquí, en la hora y punto en que estamos, no habemos un amo y un peón, sino un hombre, que es usted, y otro hombre que quiere demostrarle que está dispuesto a dar su vida por la suya, y que por eso no ha buscado compañeros para venir a tirar la parada con usted. Ese hombre soy yo, y de aquí no me muevo.

Conmovido por aquella ruda demostración de lealtad, Santos Luzardo se dijo que no era cierto que sólo la bravura armada fuese la ley de la llanura, y aceptó la compañía de *Pajarote,* estrechándole en silencio la mano.

—Y sírvale esto de experiencia, doctor—agregó *Pajarote*—. Llanero puede ir solo adonde le dicen: venga acompañado; pero la viceversa, nunca. Y la picada alante. Ya he registrado todos estos montes. La entrada de ellos debe de ser por esta dirección adonde estamos mirando. Nos emboscamos detrás de estos saladillos y cuando aparezca, a conforme se presenten así les saldremos, pero tumbando y capando, porque el que pega primero, pega dos veces.

Se emboscaron en el sitio elegido por *Pajarote* y allí se estuvieron largo rato vigilando el boquerón de monte por donde debían aparecer quienes vinieran de *El Miedo,* silenciosos bajo el impresionante ulular de los araguatos que acudían en manadas a sus dormideros. Cerró por completo la noche y ya empezaba a rayar el otro lunar en el confín de la sabana, cuando surgió en el claro la silueta del *Brujeador* a caballo.

—Viene solo, efectivamente, y yo estoy acompañado murmuró Luzardo, haciendo un ademán de contrariedad.

Y *Pajarote*, para disiparle los escrúpulos:

—Acuérdese, doctor, de lo que le acabo de decir: la picada alante siempre. Ese hombre viene solo, si es que los compañeros no están emboscados por ahí; pero ése es el *Brujeador*, a quien nunca lo mandan a conversar. Y si viene solo, peor que peor, porque ése no anda nunca acompañado cuando lo mandan a desempeñar ciertas comisiones. Déjele que coja confianza y se salga del claro, para salirle nosotros. Aunque estoy por decirle que me lo deje de mi cuenta. A ese espanto lo desvisto yo solo, con todo y la fama que tiene, porque otros más grandes me han dejado la camisola entre las manos.

—No—protestó Luzardo—. Ese hombre viene por mí y es a mí, solamente, a quien debe encontrar. Quédate tú aquí.

Y se precipitó fuera de la mata a la sabana despejada.

El *Brujeador* avanzó al trote sosegado de su cabalgadura; pero de pronto se detuvo. Luzardo lo imitó y así estuvieron un breve rato, observándose a distancia, hasta que, como aquél parecía dispuesto a no proseguir, enardecido Santos por la expectativa, espoleó el caballo y salvó el espacio que los separaba.

Ya cerca el *Brujeador*, le oyó decir:

—¿Luego a mí me han mandado para que usted y su gente me maten como a un perro? Si es así salgan de eso de una vez.

Santos comprendió que *Pajarote* se había ido detrás de él, a pesar de que le había ordenado permanecer oculto, y ya volvía la cabeza para mandarlo retirarse, cundo vió brillar el revólver que el *Brujeador* sacaba de la cobija atravesada sobre la montura.

Con un rápido movimiento esgrimió el suyo. Sonaron disparos simultáneos. Melquíades se desplomó sobre el cuello de la bestia, y ésta, espantándose, lo derribó por tierra, inerte, de bruces sobre la hierba.

Y para Santos Luzardo, la fulgurante noción fue como un macetazo en la nuca: ¡había dado muerte a un hombre!

Pajarote se le reunió, y después de haber contemplado un rato el cuerpo yacente, murmuró:

—Bien, doctor, ¿qué hacemos ahora con este muerto?

Largo rato invirtieron estas palabras, claramente percibidas, en penetrar hasta la sumidad donde se había refugiado la conciencia de Santos Luzardo, y *Pajarote* se respondió a sí mismo:

—Lo atravesamos sobre su bestia, yo la arrebiato a la mía, y en llegando cerca de las casas de *El Miedo*, la suelto, la espanto para allá y pego un leco: ¡Ahí va lo que les mandan de *Rincón Hondo!*

Saliendo de pronto de su estupor, Santos Luzardo se apeó del caballo.

—Tráete acá la bestia de este bandido. Seré yo quien le llevará su cadáver a quien lo mandó contra mí.

Pajarote lo miró de hito en hito. El acento con que habían sido pronunciadas estas palabras hacía extraña la voz de Santos Luzardo, así como tampoco parecía suya la sombría expresión de fiereza que tenía pintada en la faz.

—Haz lo que te ordeno. Traéte acá la bestia.

Pajarote obedeció, pero cuando Luzardo se inclinaba para levantar del suelo el cadáver, se interpuso, diciéndole:

—No, doctor. Eso no le corresponde a usted. Lléveselo a doña Bárbara, si quiere hacerle ese regalo; pero quien se echa encima este muerto es *Pajarote*. Sujete usted la bestia mientras yo lo atravieso encima.

Hecho esto, arrebiatada la bestia del *Brujeador* a la de Luzardo, *Pajarote* propuso, valiéndose de su baquía, para que no se negase a que lo acompañara:

—Por aquí mismo debe de haber una huella de ganado que lleva ligerito a las casas de *El Miedo*. Vamos a irnos por ella.

Santos convino en que lo acompañara, pero, en llegando a la vista de la casa de doña Bárbara, díjole al peón:

—Espérame aquí.

Por fin y por encima de su voluntad empezaba a realizarse aquel presentimiento de una intempestiva regresión a la barbarie que atormentó su primera juventud. Todos los

esfuerzos hechos por librarse de aquella amenaza que veía suspendida sobre su vida, por reprimir los impulsos de su sangre hacia las violentas ejecutorias de los Luzardos, que habían sido, todos, hombres fieros sin más ley que la de la bravura armada, y por adquirir, en cambio, la actitud propia del civilizado, en quien los instintos están subordinados a la disciplina de los principios, todo cuanto había sido obra ardua y tesonera de los mejores años de su vida desaparecía ahora arrollado por el temerario alarde de hombría que le movió a acudir a la celada de *Rincón Hondo.*

No era solamente el natural escrúpulo de haber tenido que defenderse matando, el horror de la situación brutal que lo puso en el trance de cometer un acto que repugnaba con los principios más profundamente arraigados en su espíritu, sino el horror de haber adquirido una experiencia definitiva, de pertenecer ya, para toda la vida, al trágico número de los hombres manchados. Lo primero, el hecho mismo, aunque en sus manos estuvo el evitarlo, tenía sus atenuaciones: fue un acto de legítima defensa, pues había sido Melquíades el primero en hacer armas; pero lo segundo, lo que no fue acto de voluntad ni arrebato de un impulso, sino confabulación de unas circunstancias que sólo podían darse en el seno de la barbarie a que estaba abandonada la llanura: el ingreso en la fatídica cifra de los hombres que han tenido que hacerse justicia a mano armada, eso ya no podía tener remedios ni atenuaciones. Por el Arauca correría su nombre envuelto en la aureola roja que le daba la muerte del temible espaldero de doña Bárbara y de allí en adelante toda su vida quedaba comprometida con esa gloria, porque la barbarie no perdona a quien intenta dominarla adaptándose a sus procedimientos. Inexorable, de sus manos hay que aceptarlo todo cuando se le piden sus armas.

Pero ¿no se había propuesto, acaso, cuando resolvió internarse en el hato, renunciando a sus sueños de existencia civilizada, convertirse en el caudillo de la llanura para reprimir el bárbaro señorío de los caciques, y no era con el brazo armado y la gloria roja de la hazaña sangrienta como tenía que luchar con ellos para exterminarlos? ¿No había di-

cho que ya aceptaba el camino por donde el atropello lo lanzaba a la violencia? Ahora no podía revolverse.

Y avanzó solo con el trágico arrebiate. Solo y convertido en otro hombre.

IX

LOS RETOZOS DE MÍSTER DANGER

Ya Guillermo Danger se disponía a recogerse a dormir cuando ladraron los perros y se oyeron las pisadas de un caballo.

—¿Quién vendrá para acá a estas horas?—se preguntó, asomándose a la puerta.

Comenzaba a salir la luna, pero sobre las sabanas del *Lambedero* aún se reposaban densas tinieblas, bajo un cielo anubarrado, en una atmósfera sofocante.

—¡Oh don Balbino!—exclamó por fin míster Danger, al reconocer al inoportuno visitante—. ¿Qué lo trae por aquí a estas horas?

—A saludarlo, don Guillermo. Como pasaba cerca de aquí, me dije: déjame llegarme hasta allá a saludar a don Guillermo, que no lo he visto después que regresó de San Fernando.

No podía creer míster Danger en la sinceridad de tales demostraciones de amistad de Balbino Paiba, ni se las estimaba tampoco, pues, aparte ciertas complicidades, Balbino no era sino uno de los que él llamaba amigos de su whisky, y lo recibió con exclamaciones sarcásticas:

—¡Oh! ¡Caramba! ¡Qué honor para mí que usted haya venido a saludarme cuando yo iba a dormirme! Muchas gracias, don Balbino. Eso merece un palito. Entre y siéntese mientras se lo sirvo. Ya no hay peligro del cunaguaro, porque se me murió, ¡el pobrecito!

—¿De veras? ¡Qué lástima!—exclamó Balbino, tomando asiento—. Era un bonito animal aquel cachorro y usted estaba muy encariñado con él. Debe de hacerle mucha falta.

—¡Oh! Usted piense: todas las noches, antes de acos-

tarme, retozaba con él un buen rato—repuso míster Danger, mientras servía dos copas de whisky, de la botella recién descorchada, que tenía sobre el escritorio.

Vaciaron las copas, Balbino se enjugó los bigotazos y dijo:

—Gracias, don Guillermo. Que se le convierta en salud —y en seguida—: ¿Y qué era de su vida? Esta vez se quedó usted mucho tiempo en San Fernando. ¿Para olvidarse del cunaguarito? Ya se estaba diciendo por aquí que usted se había ido para su tierra. Pero yo dije: lo que es don Guillermo no se va más de esta tierra: ése es más criollo que nosotros y le haría falta la guachafita.

—¡Eso, don Balbino! ¡Eso es lo sabroso de esta tierra! Yo siempre digo como aquel general de ustedes, no me recuerdo el nombre... Uno que decía: "si se acaba la guachafita me voy"—y soltó la risa, ancha como su faz rubicunda.

—¿No le digo? Usted es más criollo que la guasacaca.

—También es muy sabrosa la guasacaca. Todas las cosas que empiezan por gua, son muy sabrosas: guachafita, guasacaca, guaricha bonita... ¡Guá, míster Danger! Vamos a pegarnos un palo, como me dicen los amigos siempre que se encuentran conmigo.

—¡Ah míster Danger! ¡Ojalá todos los extranjeros que vinieran por aquí fueran como usted!—dijo Balbino, lisonjero, preparando ya el terreno.

—¿Y usted, qué tal, don Balbino? ¿Cómo marchan los negocios?—preguntó místed Danger, sacando su cachimba y dándole las primeras chupetadas—. ¿Siempre tan buenamoza doña Bárbara? Eso no empieza por gua, pero también es muy sabroso, ¿verdad, don Balbino? ¡Este don Balbino bribón!

Rieron a dúo, como es uso de pícaros celebrar picardías, y Balbino abordó su asunto, previas las características manotadas a los bigotes:

—Los negocios no han estado del todo malos este año. Pero, usted sabe, don Guillermo, pobre es pobre y nunca le faltan apuros de plata.

—¡Oh! No se ponga llorón, don Balbino. Usted tiene plata guardada bajo tierra. ¡Mucha plata! Míster Danger lo sabe.

Balbino hizo un movimiento involuntario y se apresuró a replicar:

—¡Ojalá! Se vive, nada más. Con negocios de a cuatro centavos, que son los que yo puedo hacer, no hay para guardar dinero. Eso está bueno para Bárbara y para usted, que tienen tierras y cogen bastante ganado. Yo apenas he podido recoger este año unos cuarenta cachilapos. Y ya que hablamos de esto; cómpremelos, don Guillermo. Tengo un apuro de unos centavos y se los daría baratos.

—¿Están bien cachapeados los hierros?

Cachapear, o sea, hacer desaparecer el hierro original de una res para venderla como propia, era una de las habilidades mayores de Balbino Paiba, y aunque entre amigos no le molestaba que se hablase de ello, esta vez no le cayó bien la pregunta de míster Danger.

—Son míos por todo el cañón—afirmó con altivez.

—Eso es otra cosa—repuso míster Danger—. Porque si fueran luzarderos, aunque no se les viera el hierro, yo no me metería en ese negocio.

A lo que replicó Balbino:

—¿Y ese resuello, don Guillermo? Usted siempre ha comprado ganado luzardero cachapeado sin ponerle inconvenientes. ¿Es que también a usted le ha metido los bichos en el corral el patiquincito de *Altamira?*

—Yo no tengo que explicar a usted si me han metido bichos en el corral, como usted dice—protestó míster Danger, amoscado—. He dicho que no compro ganados, ni caballos, ni plumas altamireñas. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Plumas no le estoy ofreciendo—se precipitó a observarle Balbino.

Iba míster Danger a replicar cuando sucedió algo que llamó su atención: los perros, que estaban echados en el corredor, frente a la puerta de la pieza donde tenía lugar la entrevista, se levantaron y desaparecieron, sin gruñir y ra-

boteando, como si salieran al encuentro de alguien que les fuera conocido.

Balbino no reparó en esto por hallarse de espaldas a la puerta, y míster Danger, para cerciorarse de lo que pudiera ser aquello, dijo:

—¿Otro palito, amigo Paiba?

Y tomando las copas donde ya habían bebido, con el pretexto de arrojar el resto del licor que en ellas quedaba, se asomó al corredor y echó una rápida mirada de exploración, que le permitió descubrir que quien por allí andaba era Juan Primito, mal tapado detrás de un árbol y rodeado de los perros amigos, como lo eran todos los de las casas de por allí.

Rápida la ocurrencia: "A éste lo han mandado a espiar a don Balbino", y perverso el designio: "Vamos a hacer hablar a este vagabundo"—sin que pasara de ganas de divertirse la intención, volvió a entrar en la sala, sirvió las copas, apuró la suya, se sentó frente a Balbino, permaneció un rato en silencio, dándole repetidas chupetadas a su cachimba, y luego dijo, reanudando la conversación interrumpida:

—He nombrado plumas porque el año pasado me vendió usted algunas. ¿Se acuerda?

—Sí. Pero, afortunadamente, este año no pude comprar. Ya le digo: unos cuarenta mautes es todo mi capital.

—Y dice usted bien *afortunadamente,* porque después de lo de *El Totumo* y mientras no se averigüe qué fue lo que pasó allí, es peligroso ofrecer plumas. ¿No es verdad, don Balbino?

—¡Que si es peligroso!

Míster Danger se arrellanó en el asiento, estiró las piernas y sin quitarse la cachimba de la boca, dijo, como ocurrencia súbita:

—Ya que eso ha venido a la conversación, dígame, don Balbino: ¿no ha pasado nunca usted por el chaparral de *El Totumo?*

Haciendo de tripas corazón, Balbino respondió, con el tono con que se habla de cosas sin importancia:

—Por el chaparral, propiamente, no. Cerca sí he pasado cuando he tenido que ir a San Fernando.

—Es extraño—dijo míster Danger, rascándose la cabeza.

—¿Por qué le extraña?—interrogó Balbino, clavándole una mirada penetrante.

Pero la respuesta fue ésta:

—Yo sí he pasado. Ahora cuando venía de San Fernando, al día siguiente de haber estado allí las autoridades. Registré todo el chaparral y me convencí, una vez más, de que los jueces de este país tienen los ojos por adorno, como dice uno de mis amigos de San Fernando.

Mientras así hablaba, con la cabeza reclinada en el respaldar de la silla de extensión donde se había arrellanado, aparentemente mirando el humo de su cachimba, pero sin perder de vista el rostro de Balbino, abrió la gaveta de su escritorio y sacó algo que su interlocutor no pudo ver, pues se ocultaba dentro de su manaza apuñada.

Balbino perdió la noción del tiempo, y le pareció que había dejado de transcurrir largo rato para replicar, cuando, por el contrario, lo hizo apenas terminara de hablar míster Danger.

—¿Qué fue lo que usted vio que no hubieran mirado las autoridades?

—Vi...

Pero se interrumpió en seguida para observar el objeto que había sacado del escritorio, con el aire de quien se encuentra de pronto entre las manos algo que no cree tener.

—¿Esto no es suyo, don Balbino? Creo que es de usted este corotico de chimó.

Y mostró una de esas cajitas talladas en madera negra de corazón, donde llevan el chimó los aficionados a él.

Con un movimiento maquinal, Balbino se palpó los bolsillos de liquiliqui, para cerciorarse de si llevaba allí aquel "corotico", sin acordarse de que hacía tiempo lo había perdido.

—Sí—concluyó míster Danger, después de haber observado el monograma que ostentaba la tapa del artefacto—. Esto es de usted, don Balbino.

Perdido ya el dominio de sí mismo, Balbino se llevó la diestra al revólver, poniéndose de pie, pero míster Danger replicó, burlón:

—¡Oh! No hay necesidad de eso, don Balbino. Tome su corotico. Yo no pensaba quedarme con él.

Haciendo un esfuerzo visible por serenarse, Balbino interrogó:

—¿Qué significa todo esto, míster Danger?

—¡Es muy claro, hombre! Que usted dejó ese corotico olvidado y que yo me lo encontré y me dije: "Esto es de don Balbino, él vendrá por aquí a buscarlo. Vamos a guardárselo." Pero ya veo que usted se ha imaginado otra cosa. No, don Balbino, no tenga usted cuidado. No fue en el chaparral de *El Totumo* donde encontré ese corotico, ni tampoco al pie del paraguatán de *La Matica*.

Aludía con lo último al sitio donde Balbino tenía enterradas las plumas.

—Yo hice muy bien mis cosas—se había dicho éste—. Ni un rastro mío dejé en el chaparral, y si son las plumas, ni brujos que fueran podrían descubrir dónde las tengo escondidas.

Mas he aquí que ahora, aunque creía no haber llevado consigo al chaparral aquel utensilio que le devolvía míster Danger, tampoco podía asegurar si fue realmente allá donde lo perdió y, por otra parte, la alusión al paraguatán de *La Matica* no dejaba lugar a dudas: míster Danger estaba en el secreto del crimen y sabía dónde había ocultado el cuerpo del delito.

—¡Maldición!—exclamó mentalmente—. ¿Quién me mandó a venir a proponerle a este hombre que me comprara los mautes? ¡La codicia, que siempre rompe el saco!

En efecto, ya Balbino, al separarse de doña Bárbara, momentos antes, después de haberla oído decir aquello de: "Hasta el ganado le tiene grima a la sangre de sus semejantes", había decidido fugarse del hato con su botín, camino de la frontera colombiana, y sólo esperaba la obscuridad propicia de la noche para ir a *La Matica* a desenterrar las plumas; pero como allí también tenía algunos mautes, pro-

ducto de su rapacidad incruenta en bienes de la barragana, la codicia le dictó ir a proponérselos en venta a míster Danger.

Comprendiendo que, ya descubierto, lo mejor era abordar descaradamente el asunto, interrogó:

—Dígame una cosa, don Guillermo, ¿qué me quiere decir usted con eso del paraguatán de *La Matica?*

—¡Oh! Muy sencillo. Una casualidad, puramente. Yo estaba esa noche haciéndole el tiro a un tigre que me habían dicho que estaba cebado por allí y lo vi a usted enterrar un cajón al pie del paraguatán. Yo no sé qué hay dentro de ese cajón.

—Usted sí sabe, don Guillermo. Déjese de disimulaciones conmigo—replicó Balbino, decidido—. En la hora y punto en que estoy yo y con la clase de hombre con quien estoy hablando, "al pan, pan; y al vino, vino". Yo no he venido a ofrecerle mautes, sino plumas de garza. Dos arrobas completas y de primera. Póngase en proporción y son suyas. No serán las primeras plumas manoteadas que usted ha comprado.

Su plan era captarse la complicidad del extranjero, aceptar el precio que quisiera ofrecerle, por irrisorio que fuese, cerrar el negocio para el día siguiente y marcharse en seguida con su botín. Lo interesante, lo apremiante, era salir del atolladero en que se había metido.

Pero míster Danger soltó una carcajada y dijo:

—Usted se equivoca, don Balbino. Místed Danger no hace negocios que no estén dentro de sus planes. Yo no he querido sino divertirme un rato con usted. Ese corotico de chimó lo ha dejado usted aquí, sobre mi escritorio, hace una porción de tiempo. Yo no he estado en el chaparral de *El Totumo.* Todo ha estado un juego mío, menos lo del paraguatán de *La Matica,* ¿eh?

Demudado por la ira, Balbino replicó:

—¿Quiere decir que usted me ha escogido para que le hiciera las veces de cunaguaro? ¿No sabe usted que esos retozos son muy peligrosos?

Pero en esto gruñeron los perros y a Balbino se le fue

del rostro la sangre del coraje. Se asomó a la puerta, exploró la obscuridad, y aunque nada vio, dijo:

—De aquí se acaba de ir alguno que estaba oyendo lo que conversábamos.

Volvió a reir míster Danger y concluyó:

—¿Ve usted, don Balbino, cómo hoy no está bueno para meter miedo? Lo más peligroso que hay ahora es ofrecer plumas. Míster Danger no habla, no porque le tenga miedo a sus amenazas, sino porque a míster Danger no le importa nada de lo que haya sucedido en el chaparral de *El Totumo.* Y ahora...

Y castañeteando los dedos le mostró la salida.

No otra cosa quería Balbino; pero no se marchó sin haberle echado encima una mirada terrible, con el imprescindible acompañamiento de las manotadas a los bigotes, y una vez fuera, le echó la pierna al caballo y cogió el camino del sitio de *La Matica,* diciéndose mentalmente: "Ahora sí que no hay tiempo que perder. Ya voy a estar desenterrando mis plumas, y ¡ojos que te vieron, paloma turca! Viajando de noche y escondiéndome de día en las matas, antes de que puedan ponérseme sobre las huellas, ya habré pasado la raya de Colombia."

Entretanto, míster Danger, a solas y entre carcajadas:

—Ya Juan Primito estará llegando a *El Miedo* con el cuento de lo que ha oído. Ahora doña Bárbara va a querer que Balbino parta con ella las plumas. ¡Pobrecito Balbino!

Y después de ese saludable ejercicio de buen humor se durmió tranquila y profundamente, como en vida del cunaguaro, después de los retozos sobre la estera.

X

ENTREGANDO LAS OBRAS

Hacía rato que se habían escuchado, en el profundo silencio de la noche, las detonaciones de los disparos de *Rincón Hondo,* y todavía doña Bárbara, pendiente de lo que

allí hubiera sucedido y echando de menos aquella extraordinaria facultad de intuición de los sucesos lejanos que se le atribuía, se paseaba, sumamente agitada, de un extremo a otro del corredor, explorando a cada momento las tinieblas de la sabana, cuando llegó Juan Primito con la noticia, entre ahogos de haberla traído en carrera:

—En *La Matica*, al pie ed un paraguatán, están enterradas las plumas.

Y en seguida pasó a explicar cómo lo había descubierto; pero apenas hubo comenzado, cuando doña Bárbara, que ya le prestaba poca atención, se precipitó fuera del corredor, a tiempo que los perros salían, también, ladrando al encuentro de un jinete que traía una bestia arrebiatada a la suya.

—¿Melquíades?—inquirió.

—No es Melquíades—respondió Santos Luzardo.

Y deteniendo su caballo comenzó a desamarrar el arrebiate, con la misma calma trágica con que, trocadas las suertes, lo hubiera hecho el *Brujeador*.

Doña Bárbara avanzó hasta reunírsele, y después de haber echado una rápida mirada al cadáver del espaldero, como a cosa sin importancia, la fijó en aquel que sólo atendía a la operación que ejecutaban sus manos. Aquella mirada expresaba estupor y admiración a la vez. La nueva faz imprevista de la personalidad del hombre deseado revolvía y mezclaba en un solo sentimiento monstruoso todo lo que en ella pudiera haber de amor y de anhelos de bien.

—Yo sabía que usted vendría a traerlo—murmuró.

Santos volvió bruscamente la cabeza. Acababa de explicarse el tortuoso designio de la mujerona: había querido deshacerse del espaldero, cómplice de sus crímenes, y lo había mandado a *Rincón Hondo* para que él le diese muerte; lo había convertido, pues, en instrumento suyo, y ahora tenía la avilantez de hacérselo comprender. Moralmente, ya él pertenecía a la gavilla de asesinos de la cacica del Arauca.

Por un momento lo asaltó el impulso de precipitarse sobre ella, tirándole encima la bestia para que la arrollara

y pisoteara en el suelo; pero en seguida se le deshizo en brusco abatimiento la fiereza que le hervía en el pecho, y arrojándose a los pies la falseta del caballo del *Brujeador*, tiró de la rienda al suyo y partió, sombrío, repitiéndose la reflexión que acababa de hacerse: no la gloria roja de los dominadores a sangre y fuego habíale dado el suceso de *Rincón Hondo,* sino la triste fama del asesino, ejecutor de los designios de la mujerona.

Largo rato estuvo el caballo del *Brujeador* con su carga macabra atravesada sobre la montura, quieto y con la cabeza vuelta hacia doña Bárbara, cual si esperase la determinación que ella debía de tomar. Asimismo los perros, que después de haber olfateado los pies y manos péndulos del cadáver, se habían quedado inmóviles, en un grupo expectante, pendientes del rostro del ama. Pero como ésta permaneciera absorta, mirando hacia donde ya se había hundido en la noche la sombra de Santos Luzardo, la bestia decidió encaminarse al caney sillero, paso a paso, como para no sentir el trágico péndulo que llevaba encima, y los perros se fueron detrás, gruñendo.

Doña Bárbara continuó inmóvil; pero ya había desaparecido de su rostro aquel aire de estupor y de admiración con que se quedara mirando a Luzardo, y ahora su frente ceñuda denunciaba un sombrío trabajo del pensamiento.

Una vez más parecía como si su instinto la hubiera guiado certeramente, pues, a pesar de la manera absurda con que fue urdido el plan de *Rincón Hondo,* había resultado lo que más convenía a sus designios. No porque aquella solución fuese, en realidad, la que ella hubiere perseguido, pues en éste, como en casi todos sus planes, no hubo sino simple provocación impulsiva de un resultado cualquiera, golpe a salga lo que saliere, para ponerle término a una situación complicada. Pero, como siempre le acontecía, en presencia del resultado fortuito se engañaba a sí misma, diciéndose que así lo había previsto, que eso era lo que buscaba.

Por una parte, presa de sentimientos contradictorios respecto a Luzardo: pasión amorosa y deseos de venganza, y por la otra, rabioso despecho ante la fatalidad de las obras

cumplidas que por dondequiera le salían al paso cerrándole el camino, urdió la celada de *Rincón Hondo* sólo por provocar los acontecimientos fortuitos: muerte de Luzardo o del *Brujeador,* soluciones, ambas, de las cuales dependía su suerte. Cierto era que ahora tenía en sus manos la de Santos Luzardo, pues con acusarlo de haber dado muerte a Melquíades y con poner en juego un poco de su ascendiente sobre jueces y autoridades de la región, bastábale para arruinarlo y llevarlo a un presidio; pero esto sería la renuncia definitiva al buen camino, la vuelta a las obras cumplidas, de cuya fatalidad quería librarse.

Ya había comenzado a entregarlas: los Mondragones abandonados a su suerte; Melquíades atravesado sobre aquel caballo...

El alboroto de la peonada interrumpió sus cavilaciones. Del plan de los caneyes venía uno de los vaqueros a darle la noticia.

Al volverse vio a Juan Primito, que había presenciado todo aquello desde el corredor, horrorizado, haciéndose cruces, y con una súbita ocurrencia le dijo:

—Tú no has visto nada. ¿Sabes? Vete de aquí inmediatamente y cuidado como se te ocurra hablar de lo que has visto.

A grandes zancadas el bobo se perdió en la obscuridad de la sabana, y doña Bárbara, como si ignorase el acontecimiento y con la habitual impasibilidad con que sabía ocultar sus impresiones, oyó lo que le refirió el vaquero y luego se dirigió al caney.

Despertados por las voces del peón que había visto llegar el caballo con el *Brujeador* muerto encima, los demás vaqueros, las mujeres de la cocina y los muchachos de unos y otras, éstos medio adormilados todavía, formaban ruedo en torno a la bestia, haciendo comentarios y profiriendo exclamaciones; pero al reunírseles doña Bárbara enmudecieron y se quedaron mirándola, pendientes del mínimo gesto de su rostro enigmático.

Se acercó al cadáver y después de haber visto que tenía

una herida en la sien izquierda, de la cual manaba un hilo de sangre negra y espesa, dijo:

—Apéenlo y pónganlo en el suelo para ver si tiene otras heridas.

Así se hizo; pero mientras uno de los peones registraba el cadáver, ella parecía atender, más que a la operación, al designio que le ensombrecía la faz.

—La de la sien solamente—dijo, por fin, el peón enderezándose—. Una herida muy noble que seguramente lo mató en seco.

Y otro comentó:

—Buen ojo tiene el que lo tiró; pero se conoce que no estaba cara a cara con él. Seguramente lo estaba cazando detrás de algún palo.

—O iba al lado suyo—repuso doña Bárbara, volviéndose a mirar al peón que había formulado el comentario.

—También sirve—murmuró el vaquero, aceptando aquella interpretación que le imponía quien no necesitaba haber presenciado las cosas para saber cómo habían sucedido.

Doña Bárbara volvió a fijar la vista sobre el cadáver, en cuyo rostro exangüe se mezclaban la lívida luz de la luna y los reflejos cárdenos de un candil que una de las mujeres sostenía entre sus manos trémulas. Entretanto, el mudo círculo de espectadores esperaba el resultado de aquella cavilación.

De pronto levantó los ojos y miró en derredor, como si buscase a alguien.

—¿Dónde está Balbino?

Aunque todos sabían que Balbino no estaba entre ellos, todas las miradas lo buscaron en el grupo, con simultáneo movimiento maquinal, y luego, con una sospecha unánime, suscitada en los ánimos hostiles al mayordomo por aquella capciosa pregunta, cruzáronse las miradas que interrogaban: "¿Habrá sido Balbino?"

—¡Ya está!—se dijo mentalmente doña Bárbara, al advertir que sus palabras habían surtido el efecto buscado, y en seguida, con la entonación de visionaria con que administraba su fama de bruja y dirigiéndose a dos de sus peones,

entre los cuales ya podía ir eligiendo el sustituto de Melquíades Gamarra:

—En *La Matica,* al pie de un paraguatán, están enterradas las plumas de garza del doctor Luzardo. Allí debe de estar Balbino, desenterrándolas. Andense allá, ligero. Llévense dos winchesters y... tráiganme las plumas. ¿Comprenden?—y en seguida, a los demás—: Ya pueden llevarse el cadáver. Llévenlo a su casa y vélenlo allá.

Y se retiró a sus habitaciones, dejándole a la peonada un fecundo motivo de comentarios para la tertulia del velorio de Melquíades.

—Yo lo que aseguro es que si fue Balbino, por ahí había palos gruesos con qué taparse, porque de hombre a hombre le quedaba grande el difunto.

Y durante largo rato la expectativa los mantuvo en silencio, atentos a los rumores lejanos. Por fin oyéronse detonaciones hacia los lados de *La Matica.*

—Ya empezaron a trabajar los güínchestes—dijo uno.

—Hay un revólver contestando—añadió otro—. ¿No sería bueno que nos llegáramos hasta allá a ayudar a los muchachos?

Y ya algunos se disponían a encaminarse a *La Matica,* cuando apareció doña Bárbara, diciéndoles:

—No hay necesidad. Ya Balbino cayó.

Volvieron a mirarse las caras los vaqueros, con el supersticioso recelo que les inspiraba la "doble vista" de la mujerona, y cuando ya ella había entrado de nuevo en la casa, uno insinuó la explicación:

—¿No se fijaron en que el revólver se calló primero? Los últimos tiros fueron de güínchestes.

Pero ¿quién les quitaba ya de las cabezas a los servidores de la bruja del Arauca que ella había "visto" lo que estaba sucediendo en *La Matica?*

XI

LUZ EN LA CAVERNA

Era medianoche y hacía más de una hora que cabalgaban en silencio, cuando, a la vista del palmar de *La Chusmita,* observó *Pajarote:*

—¿Luz a estas horas en la casa de don Lorenzo? Algo debe de estar pasando allá.

Santos, que desde *El Miedo* venía cabizbajo y ajeno a cuanto lo rodeaba, levantó la cabeza, cual si saliese de un sueño. Tres días habían pasado desde aquella otra noche cuando Antonio Sandoval le dijo que Marisela se había ido para el rancho del palmar, y ni un solo instante le había cruzado por la mente, ofuscada por los propósitos de violencia que acababan de hacer crisis en el abatimiento que ahora lo traía silencioso y sombrío, la idea de las privaciones y peligros a que pudiera estar expuesta aquella muchacha, que, sin embargo, había llegado a ser la ocupación dominante de su pensamiento durante varios meses.

Reconoció que había hecho mal en abandonarla a su suerte y encontrando alivio a sus tormentos al darles de nuevo cabida en su pecho a los bondadosos sentimientos, torció camino hacia el palmar.

Momentos después se detenía en el umbral de la puerta del rancho, ante el doloroso cuadro iluminado por la luz ya agonizante de un candil: hundido en su chinchorro y con el sello de la muerte en el rostro, yacía Lorenzo Barquero, y junto a él, Marisela, sentada en el suelo, acariciábale la frente, fijos en él los hermosos ojos, fuentes de un llanto silencioso que le bañaba la faz.

Acariciándolo así lo había ayudado a bien morir, con tierno sostén de amor, y aunque hacía rato que la frente había dejado de sentir el suave contacto de la mano, todavía ésta prodigaba la filial caricia.

Más que lo doloroso, la dramática vida que acababa de

extinguirse, la miseria del cuadro y el llanto de la faz atribulada, lo que tocó el corazón de Luzardo fue lo que allí había de tierno: la mano acariciadora, la expresión de amor que tenían los ojos bañados en lágrimas, la ternura para la cual creyó incapacitada a Marisela:

—¡Se me murió papá!—exclamó, con un acento desgarrador, al ver a Santos, y cubriéndose el rostro con las manos se echó de bruces en el suelo.

Después de haberse cerciorado de que, realmente, Lorenzo estaba muerto, Santos levantó a Marisela para hacerla sentarse en una silla; pero ella se le arrojó sobre el pecho, gimiendo y llorando.

Largo rato permanecieron en silencio y luego Marisela, desatada la locuacidad del dolor, comenzó a explicar:

—Yo pensaba llevármelo mañana mismo para San Fernando para que lo vieran los médicos. Yo creía que pudiera curarse y quería llevármelo. Se lo dije a Antonio, que estuvo esta tarde por aquí, y él me ofreció contratarme un bongo que venía de arriba. Acababa de irse Antonio y yo había entrado a darle una vuelta a papá, antes de ir a prepararle la comida, porque desde esta mañana estaba muy hundido y me daba miedo dejarlo solo mucho tiempo, cuando de pronto hizo un esfuerzo por sentarse en el chinchorro y se me quedó viendo con los ojos pelados y gritó: "¡El tremedal! ¡Me traga!... ¡Sostenme, no me dejes hundir!" Fue un grito espantoso, que me parece estar oyéndolo todavía. Después cayó otra vez de espaldas en el chinchorro y empezó a morirse, diciendo a cada rato: "¡Me hundo! ¡Me hundo! ¡Me hundo!" Y me apretaba la mano, con una angustia horrible.

—Era su tema—comentó *Pajarote*—. Que se lo tragaría el tremedal.

Santos permaneció en silencio, haciéndose reproches por el injustificable abandono en que había dejado a Lorenzo y a Marisela, y ésta reanudó el nervioso charloteo, repitiendo:

—Yo pensaba llevármelo mañana mismo para San Fernando. Antonio me había ofrecido conseguirnos puesto en un bongo que iba para allá...

Pero Santos la interrumpió, atrayéndola sobre su pecho, paternalmente:

—Basta. No hables más.

—Pero si he estado toda la noche sufriendo callada. Ingrima y sola toda la noche viéndolo hundirse, hundirse y hundirse. Porque era como si verdaderamente se estuviera hundiendo en el tremedal. ¡Dios mío! ¡Qué cosa tan horrible es la muerte! Y yo, ¡íngrima y sola, ayudándolo a bien morir! Y ahora ¡íngrima y sola para toda la vida! ¿Qué me hago yo ahora, Dios mío?

—Ahora nos volvemos a *Altamira* y luego se verá qué se hace. No has quedado tan completamente desamparada como crees. Anda, *Pajarote*. Andate a buscar la gente necesaria y una bestia aperada para Marisela. Y tú, acuéstate un rato a descansar y procura dormirte...

Pero Marisela no quiso moverse de junto al padre y fue a sentarse en aquel butaque donde tomara asiento Lorenzo la tarde de la primera visita de Santos, dejándole a éste la silla que entonces había ocupado, y así, separados por el chinchorro donde yacía aquél, permanecieron largo rato en silencio.

Afuera, la luna brillaba sobre el palmar silencioso que se extendía en torno al rancho, inmóvil en la calma de la noche, y más allá se reflejaba en el remanso del tremedal. Era honda y transparente la paz del paisaje lunar; pero los corazones estaban atormentados y la sentían abrumadora y siniestra.

Marisela sollozaba entre ratos, Santos cavilaba, ceñudo y sombrío, repitiéndose mentalmente aquellas palabras de Lorenzo la tarde de su primera visita al rancho de *La Barquereña:* "¡Tú también, Santos Luzardo! ¿Tú también has oído la llamada?"

Ya Lorenzo había sucumbido, víctima de la devoradora de hombres, que no fue quizá tanto doña Bárbara cuanto la tierra implacable, la tierra brava, con su soledad embrutecedora, tremedal donde se había encenagado aquel que fue orgullo de los Barqueros, y ya él también había comenzado a hundirse en aquel otro tremedal de la barbarie, que

no perdona a quienes se arrojan a ella. Ya él también era una víctima de la devoradora de hombres. Lorenzo había terminado; ahora comenzaba él.

—¡Santos Luzardo! Mírate en mí. ¡Esta tierra no perdona!

Y contemplaba el rostro desencajado y cubierto por la pátina terrosa de la muerte, suplantando imaginativamente las facciones de Lorenzo por las suyas y diciéndose: "Pronto empezaré a emborracharme para olvidar y pronto estaré así, con la muerte fea pintada en la cara: la muerte del espectro de un hombre, la muerte de un cadáver."

Y suplantándose así a Lorenzo Barquero, le causó sorpresa que Marisela le hablase como a ser viviente.

—Me han dicho que has estado muy raro en estos días, haciendo cosas que no son propias de ti...

—Y aún no te han dicho nada. Esta noche he dado muerte a un hombre.

—¿Tú?... ¡No! No puede ser.

—¿Qué tiene de raro? Todos los Luzardos han sido homicidas.

—No es posible—replicó Marisela—. Cuéntame. Cuéntame.

Y así que Luzardo le hubo referido el mal suceso, tal como se lo representaba su imaginación exaltada, que era cual había sucedido, pero mal interpretado a causa de la ofuscación de ánimo, aquélla repitió:

—¿No ves cómo no era posible? Si la cosa sucedió como la cuentas, fue *Pajarote* quien lo mató. ¿No dices que el *Brujeador* estaba cara a cara contigo y que la herida fue en la sien izquierda? Pues por ese lado no podía herirlo sino *Pajarote*.

Horas de presencia continua del cuadro ante la imaginación y de reflexiones obstinadas en la reconstrucción de todos los detalles del suceso, no habían bastado para que Santos cayera en cuenta de lo que Marisela había inferido en un instante, y así fue que se la quedó mirando con el esperanzado deslumbramiento de quien, perdido en el fondo de tenebrosa caverna, ve acercarse la luz salvadora.

Era la luz que él mismo había encendido en el alma de Marisela, la claridad de la intuición en la inteligencia desbastada por él, la centella de la bondad iluminando el juicio para llevar la palabra tranquilizadora al ánimo atormentado, la obra—su verdadera obra, porque la suya no podía ser exterminar el mal a sangre y fuego, sino descubrir, aquí y allá, las fuentes ocultas de la bondad de su tierra y de su gente—, su obra, inconclusa y abandonada en un momento de despecho, que le devolvía el bien recibido, restituyéndolo a la estimación de sí mismo, no porque el hecho material de que hubiese sido la bala de *Pajarote* y no la suya la que diera muerte al *Brujeador* modificase la situación, de un orden puramente ideal, con que su espíritu había reaccionado contra las ofuscaciones de la violencia, sino porque, viniendo de Marisela, la tranquilizadora persuasión de aquellas palabras había brotado de la confianza que ella tenía en él y esta confianza era algo suyo, lo mejor de sí mismo, puesto en otro corazón.

Aceptó el don de paz, y dio en cambio una palabra de amor.

Y aquella noche también para Marisela bajó la luz al fondo de la caverna.

XII

LOS PUNTOS SOBRE LAS HACHES

Estaban cortando sogas en el patio de los caneyes, ya al caer de la tarde, cuando *Pajarote,* después de haber dirigido una mirada hacia la sabana, dijo:

—Yo no sé cómo puede haber cristianos que les guste vivir entre cerros o en pueblos de casas tapadas. El llano es la tierra de Dios para el hombre de los demonios.

Interrumpieron los demás el trabajo que hacían sus cuchillos en el cuero crudo y pestielnte de donde sacaban tiras y se quedaron mirando interrogativamente al vaquero de las graciosas ocurrencias.

Este concluyó:

—Pero si está clarito, como jagüey de medanal. En el llano se aguaita desde lejos y se sabe lo que viene antes de que llegue, tan y mientras que en las tierras de cerrajones va uno siempre encunado entre las vueltas del camino, que son como las puntas de cachos, y si es en las casas tapadas, está el cristiano como los ciegos, que preguntan quién es después que los han tropezado.

Con una misma suspicacia todos dirigieron simultáneamente las miradas hacia la sabana y divisaron un jinete que traía rumbo a las casas.

Enterados del suceso de *Rincón Hondo,* los peones de *Altamira* habían estado esperando por momentos ver aparecer en el horizonte la comisión que viniera a practicar el arresto del doctor Luzardo, y aunque no era presumible que a ello viniese un hombre solo, la aparición de gente forastera tenía que inspirarles recelos.

En cambio, *Pajarote* daba muestras de una despreocupación absoluta, entregado de nuevo a su trabajo y riéndose para sus adentros del esfuerzo que les estaba costando a los compañeros distinguir quién era la persona que se acercaba. Desde que apareció en el horizonte aquel jinete, lo había estado observando, de cuando en cuando, sin que los demás se diesen cuenta, dispuesto a marcharse al escondite del monte tupido en cuanto descubriese indicios de que fuera gente sospechosa; pero ya sus ojos, acostumbrados a las largas distancias de la sabana, habían reconocido en aquel forastero a un peón amigo, de uno de los hatos de Arauca arriba, que días antes había pasado por allí hacia el pueblo cabecera del distrito.

—El el mocho Encarnación—dijeron, por fin, aquéllos.

Y *Pajarote,* con su hablar a gritos:

—A buena hora lo descubren. Buenos para vigías están ustedes. Y eso que mi vale María Nieves se las echa de anteojo de larga vista.

—Los milagros que hace San Miedo—replicó María Nieves—. Hasta los ciegos ven cuando deben alguna y están esperando que vengan a cobrársela.

—Tápate esa punta, zambo *Pajarote.* Mira que el ca-

tire te está tirando al bulto—díjole Venancio, excitándolo a la réplica, como solía hacerlo para divertirse con las sátiras con que ellos acostumbraban zaherirse.

Pero *Pajarote* no necesitaba que lo animaran:

—De que es milagroso San Miedo, eso nadie lo duda; pero que este zambo sea tan cegato, eso todavía está por verse. Por lo menos a mí no me ha pasado lo que le sucedió a un amigo mío, cabrestero y catire, por más señas, que por encender un tabaco, una noche, lo cogieron encandilado con al cachicamo. Y no por falta de miedo, porque llevaba bastante el catire, según él mismo me lo ha contado, sino porque le faltó la malicia del zambo *Pajarote,* que cuando viaja de noche y tiene que prender un tabaco, deja abierto un ojo solamente, para cuando se le encandile poder seguir sin tropiezo con la remonta del que tenía cerrado y ve clarito en lo oscuro.

—¡Arrea, María Nieves! Mira que el zambo te va echando tierra—volvió a intervenir Venancio, aludiendo con tales palabras a la maña que se daba *Pajarote,* cuando viajaba en verano, para ponerse a la cabeza de la cabalgata y de este modo librarse de las polvaredas que levantaran las bestias de los demás.

En cambio, durante el invierno, procuraba siempre quedarse atrás a fin de que, al esguazar los caños crecidos, fueran los que marchaban adelante quienes pasasen los trabajos buscando los vados; y a este ardid se refirió María Nieves, al replicar:

—Ahora él va en la culata, esperando que otro encuentre el paso.

Pero la réplica de María Nieves tenía un sentido que sólo *Pajarote* podía entender. De la explicación que éste le dio del suceso de *Rincón Hondo,* había deducido aquél que no fue la bala del disparo de Luzardo la que había dado muerte al *Brujeador,* pero que si *Pajarote* no reclamaba esta gloria, por una delicadeza de bárbara hidalguía, pues se trataba de una hazaña que muchos codiciaban y no quería regateársela al doctor, también se la cedía porque

a la hora de las responsabilidades ante la ley, a Luzardo le sería más fácil salir impune.

Ambos estaban acostumbrados a zaherirse sin consideraciones; pero *Pajarote* no esperaba que María Nieves le saliese con aquello y se quedó desconcertado, lo cual hizo exclamar a los circunstantes:

—¡Se aspeó el zambo! Aprovéchalo, catire. Naricéalo ahí mismo, que ya ése es tuyo,

Pero María Nieves, comprendiendo que el juego había resultado pesado, respondió:

—Mi vale sabe que yo y él no nos tiramos.

Pajarote sonrió. Para los demás, María Nieves lo había derrotado; mas, para ellos dos, el amigo sabía que había sido él quien "se pegó" al espanto de la sabana, y con ser el más hombrón entre los que con él estaban allí, lo admiraba y lo envidiaba.

Momentos después llegaba el mocho Encarnación al patio de los caneyes. *Pajarote* y María Nieves saliéronle al encuentro, preguntando éste:

—¿Qué lo trae por aquí, amigo?

—Las ganas de dormir bajo techo, si aquí me lo permiten, y una encomienda que me dieron para el doctor. Una carta del juez.

—¡Ah, caramba!—exclamó *Pajarote*—. ¿De cuándo acá ha tenido usted necesidad de pedir permiso en esta casa para colgar su chinchorro donde le dé gana? Apéese y acomódese donde más le guste y écheme acá esa carta que trae para el doctor.

Con ella en la mano se presentó ante Luzardo, diciéndole:

—Ya como que reventó la cosa, doctor. Esto es del juez para usted.

Era de Mujiquita y refería acontecimientos insólitos:

"Ayer se presentó por aquí doña Bárbara con las dos arrobas de plumas de garza que te fueron robadas en *El Totumo* y declaró lo siguiente: que habiendo caído en sospechas de que el autor del crimen fuera un tal Balbino Paiba, mayordomo de *Altamira*, al cual despediste a tu lle-

gada a ésa, ordenó a varios de sus peones que lo vigilaran; que dos de éstos, cumpliendo aquella orden, lo siguieron hasta el sitio denominado de *La Matica* y allí lo sorprendieron infraganti desenterrando un cajón que resultó contener las plumas de referencia; que le intimaron se diera preso y como hiciera armas contra ellos, dispararon sobre él y le dieron muerte, en seguida de lo cual ella se puso en camino para ésta, con el cuerpo del delito y a dar cuenta a la autoridad de lo sucedido, así como también de la muerte de Melquíades Gamarra (a) el *Brujeador,* asesinado por el mencionado Paiba, pocos momentos antes del suceso de *La Matica* y a causa de la misma vigilancia a que más arriba hago mención."

Terminaba Mujiquita anunciándole que ya doña Bárbara, deseosa de hacerlo todo ella misma, había seguido viaje para San Fernando a entregar las plumas al comerciante a quien se las llevaba Carmelito, y felicitándolo por la solución que había tenido el asunto, tan peliagudo días antes.

La posdata era de puño y letra de ño Pernalete:

"¿No se lo dije, doctor Luzardo? Ya están los puntos sobre las haches. Sus plumas están en buenas manos: en las de su amiga de usted, que le llevará la plata. Eso es lo que usted ha debido hacer desde un principio. Su amigo,

Pernalete."

La lectura de esta carta dejó a Santos sumido en perplejidades. ¡Las plumas recuperadas, Balbino matador de Melquíades y todo esto hecho por doña Bárbara!

—¡Ya ve, doctor, que no había que calentarse tanto la cabeza!—exclamó *Pajarote*—. Ahora que todo se ha arreglado, puedo decirlo: mía fue la bala que mató al *Brujeador,* porque, como usted debe de recordar, usted se le arrimó por el lado del lazo y yo por el de montar, y era por este lado donde tenía la herida. En la sien izquierda. ¿Se acuerda? Pues bueno, fui yo quien acabó con el espantajo; pero ahora el juez dice que fue don Balbino y de don Balbino será el muerto.

—Pero eso es una iniquidad, *Pajarote*—protestó Lu-

zardo—. Nuestro derecho a defendernos era legítimo, puesto que Melquíades fue el primero en hacer armas, y yo, o tú, como ahora puedo decirlo, ya que lo reconoces, podíamos estar con la conciencia tranquila. Pero de ahora en adelante la injusticia cometida con Balbino nos quita el derecho de esa tranquilidad, si en seguida no nos presentamos ante el juez a deponer la verdad del hecho, a poner los puntos sobre las íes y no sobre las haches, como están puestos en esta carta.

—Mire, doctor—repuso *Pajarote,* después de una pausa dubitativa—. Si usted se presenta a confesar la verdad contra lo que allá han sentenciado, se le pone bravo ño Pernalete, y es capaz de mandarlo a condenar para que otro día no sea tan inocente. Y últimamente, todo esto que ha sucedido y que a usted le parece tan feo, no lo han hecho ni doña Bárbara, ni el juez, ni el Jefe Civil, sino Dios mismo, que sabe muy bien lo que hace. Fíjese en esto, doctor: nosotros nos pegamos al *Brujeador,* usted o yo—ahora no le convenía insistir en que había sido él—, porque ¿quién puede asegurar si el difunto no volteó la cabeza en el momento de disparar nosotros? Pero muy bien pegado, de todos modos, y quien carga con la muerte es Balbino, que quién sabe cuántas debía. Dios tiene su modo de El para arreglar sus cosas y es un demonio para castigar.

A pesar de la gravedad del asunto, Santos no pudo menos que sonreír: al dios de *Pajarote,* como al amigo del cuento de ño Pernalete, no le producían escrúpulos los puntos sobre las haches.

XIII

LA HIJA DE LOS RÍOS

Tiempo hacía que doña Bárbara no visitaba San Fernando.

Como siempre, en cuanto corrió la noticia de su llegada, pusiéronse en movimiento los abogados, vislumbrando ya uno de aquellos litigios largos y laboriosos que entabla-

ba contra sus vecinos la famosa acaparadora del cajón del Arauca, y en los cuales, si los pícaros hacían su cosecha —pues para quedarse ella con las tierras ajenas tenía que dejar, en cambio, entre costas y honorarios, sus buenas morocotas en manos de jueces y defensores de la parte contraria o en los bolsillos de los prohombres políticos que le hubieran prestado su influencia—, también los profesionales honrados salían ganando mucho con el acopio de jurisprudencia y el ejercicio de sutilezas que se requerían para defender, contra las argucias y bribonadas de aquéllos, los derechos evidentes de las víctimas. Pero, esta vez, se quedaron chasqueados los rábulas; doña Bárbara no venía a entablar querellas, sino, por lo contrario, a llevar a cabo operaciones insólitas.

Mas, no sólo entre la gente de leyes se alborotaron los ánimos. Ya, al saberse que estaba en la población, habían comenzado a rebullir los comentarios de siempre y a ser contadas, una vez más, las mil historias de sus amores y crímenes, muchas de ellas pura invención de la fantasía popular, a través de cuyas ponderaciones la mujerona adquiría caracteres de heroína sombría, pero al mismo tiempo fascinadora como si la fiereza bajo la cual se la representaba, más que odio y repulsa, tradujera una íntima devoción de sus paisanos. Habitante de una región lejana y perdida en el fondo de vastas soledades y sólo dejándose ver de tiempo en tiempo y para ejercicio del mal, era casi un personaje de leyenda que excitaba la imaginación de la ciudad.

Dada esta ya favorable disposición de ánimos, la noticia de que había venido a entregar, personalmente, lo que su amante le robó a su enemigo y que representaba una suma considerable, y el rumor de que intentaba devolverle a Luzardo las tierras arrebatadas a *Altamira,* tenía que conmover la población. Espíritus impresionables y propensos a las sugestiones de lo extraordinario, como lo son los de la imaginativa gente llanera, inmediatamente comenzaron a buscárseles atenuaciones a las truculentas anécdotas, que la pintaban como un ser siniestro y odioso.

E inventando cada cual lo que se le antojara, pero contra la corriente de las antiguas versiones, empezaron a circular por la población novísimos episodios de la vida de doña Bárbara, edificantes casi todos. No se habló de otra cosa durante toda la tarde: las mujeres, allá en sus casas, en animados conciliábulos de vecindario; los hombres en los corrillos que se formaban en torno a las mesas de los botiquines, y en la noche la calle del hotel donde ella se había alojado estuvo muy concurrida.

Era el hotel una casa de corredor hacia la calle, situada frente a una de las plazas de la población. Doña Bárbara reposaba en una mecedora, al fresco de la brisa que soplaba del río, distante de allí un centenar de metros, sola, reclinada la cabeza en el respaldo del asiento, en una actitud lánguida y con una expresión de absoluta indiferencia por todo lo que la rodeaba.

Y lo que la rodeaba era la curiosidad de la ciudad. En la acera de enfrente, hombres del pueblo se habían detenido a contemplarla y ya era numeroso el grupo mudo y extático, y bajo los corredores del hotel y casas de comercio vecinas, que se prolongaban hasta la orilla del Apure, pasaban a cada rato grupos de señoritas y de señoras jóvenes que habían salido de sus casas sólo para verla. Las primeras, al poner sobre ella sus ojos honestos, se ruborizaban; azoradas por el temor de que los hombres que estaban por allí cerca las sorprendiesen satisfaciendo la maliciosa curiosidad; las segundas la examinaban a sus anchas y se cambiaban sus impresiones entre sonrisas malévolas.

Vestía una bata blanca, adornada con encajes, que dejaba al descubierto sus hombros bien torneados, y como nunca la habían visto con un aspecto tan femenino, hasta las más intrigantes coincidían:

—Todavía da el gatazo.

En cambio, las más espontáneas exclamaban:

—¡Es estupenda! ¡Qué ojos tiene!

Y si alguna comentaba:

—Dicen que está perdidamente enamorada del doctor Lu-

zardo—no pasaba de amargura de honestidad desilusionada esto que otra agregara:

—Y se casará con él. Esas mujeres logran todo lo que se proponen, porque los hombres son todos idiotas.

Al fin se cansaron de admirar y murmurar, y la calle se fue quedando sola.

La luna brillaba débilmente sobre las copas de los árboles de la plaza, lavadas por un aguacero reciente, y se reflejaba en las charcas que se habían formado en las calles. A intervalos un soplo de brisa agitaba las ramas y refrescaba la atmósfera. Ya los transeúntes se habían recogido a sus casas y los vecinos que tomaban el fresco fuera de las suyas, obstruyendo las aceras, en mecedoras y sillas de extensión, empezaban a despedirse de un grupo al otro, con lentas voces y lánguidas entonaciones:

—Hasta mañana, pues. ¡A dormir, que ya esto se acabó!

Y en el silencio que se iba extendiendo por la población, aquellas palabras sencillas, aquella lánguida invitación al sueño, tenían la mansa gravedad del drama de los pueblos tristes, donde es algo solemne el hecho de recogerse a la cama, al cabo de un día sin obras, que era sólo un día menos en la esperanza, pero murmurando siempre:

—Mañana será otro día.

Así pensaba doña Bárbara. Ya había entregado las obras que le cerraban el paso y ahora veía despejado el camino. Soñaba, como una jovencita ante su primer amor, haciéndose la ilusión de haber nacido a una vida nueva y diferente, olvidada de su pasado, cual si éste hubiera desaparecido con el espaldero siniestro de la mano armada y tinta en sangre y con el amante del grosero amor. ¿Cuáles serían sus pensamientos para las cosas que vendrían con aquel mañana? Se preparaba para ella como para un espectáculo maravilloso: el espectáculo de sí misma por un camino diferente del que hasta allí había recorrido, de su corazón abierto a las emociones desconocidas, y esta espera ya era luz sobre la región de su alma que empezaba a revelársele y por donde discurrían formas serenas, sombras errantes del buen amor frustrado de la muchacha que vislumbró

a través de las palabras de Asdrúbal un mundo de sentimientos diversos de los que reinaban en la piragua de los piratas del río.

Mas he aquí que en lo mejor de sus desmemoriados fantaseos una de esas ideas que se deslizan, furtivas, una impresión, tal vez de una palabra inconsciente percibida, un minúsculo cuerpo extraño en el engranaje de la máquina, altera de pronto su funcionamiento y la hace detenerse. ¿De dónde ha venido esta amargura repentina que la ha hecho contraer el ceño involuntariamente, este sabor conocido de olvidados rencores? ¿Por qué la ha asaltado el intempestivo recuerdo de un ave que cae encandilada, al apagarse, de pronto, unas hogueras? Así su corazón, deslumbrado ya por las luminosas ilusiones, se le ha quedado repentinamente ciego para el vuelo del sueño. ¿No bastaba, pues, haber entregado las obras?

Fue la contemplación del populacho agrupado en la acera de enfrente y el ir y venir de las señoras y señoritas de la ciudad. La admiración ingenua y la curiosidad maliciosa; la ciudad que quería hacerla recordar la historia que ella se empeñaba en olvidar. Parecíale que le hubieran dicho al oído: "Para ser amada por un hombre como Santos Luzardo es necesario no tener historia."

Y la suya se le vino a la mente, como siempre, por su punto de partida: "Era en una piragua, que surcaba los grandes ríos de la selva cauchera..."

Abandonó el soportal del hotel y, lentamente, se fue alejando por los de las vecinas casas de comercio que llegaban hasta la ribera del Apure. Una necesidad invencible y obscura la llevaba hacia el paisaje fluvial; la hija de los ríos empezaba a sentir la misteriosa atracción.

Un cielo brumoso cernía sin brillo la luz de la luna sobre las fachadas de las casas ribereñas, sobre los techos de palma de los ranchos, esparcidos más allá, sobre el monte de las costas, sobre la quieta superficie del turbio Apure, cuyas aguas, en máxima bajante por efecto de la sequía, habían dejado al descubierto anchas playas arenosas. En la de la margen derecha, al pie del malecón, estaban varados

desde la creciente anterior una lancha y un alijo, y en la orilla flotaban, amarrados a estacas: la balsa del paso, construída sobre canoas, unas piraguas negras, cargadas de leña y de plátanos, y un bongo en lastre, recién barnizado de blanco, sobre cuya paneta dormía un muchacho, extendido boca arriba.

Ya se habían retirado a sus casas los hombres que habían estado bebiendo y charlando bajo los árboles de la ribera, frente a los botiquines, y los dependientes de éstos recogían las sillas y las mesas y cerraban las puertas apagando así los reflejos de las lámparas sobre el río.

Doña Bárbara comenzó a pasearse por la avenida solitaria.

En la balsa conversan los bogas de las piraguas con los palanqueros del bongo y su charla es algo tan lento como la corriente del río por la horizontalidad de la tierra, como la marcha de la noche soñolienta de brumas, como los pasos de doña Bárbara, sombra errante y silenciosa a lo largo del ribazo.

La costa de monte, quieta y obscura bajo la noche serena; el río, que viene de arriba, desde las remotas montañas, deslizándose en silencio; el graznido de un chicuaco que se acerca, volando sobre el agua dormida, y la conversación de los bogas con los palanqueros: cosas terribles que han sucedido en los ríos que atraviesan los llanos.

Esto, cuando doña Bárbara viene, lenta, bajo la tenue sombra azul que proyectan los árboles. Y esto mismo cuando se revuelve: la costa de monte, la noche callada, el río que se desliza sin ruido hacia otro río lejano, el graznido del pájaro insomne que ya se ha perdido de vista y la charla soñolienta de los palanqueros con los bogas: cosas graves que han acontecido en las tierras bárbaras de anchos y misteriosos ríos...

Doña Bárbara no mira ni escucha nada más, porque para su conciencia ya no existe la ciudad que duerme sobre la margen derecha; sólo atiende a lo que, de pronto, se le ha adueñado del alma: la fascinación del paisaje fluvial, la intempestiva atracción de los misteriosos ríos donde comen-

zó su historia... ¡El amarillo Orinoco, el rojo Atabapo, el negro Guainía!....

Medianoche por filo. Cantan los gallos; ladran los perros de la población. Luego se restablece el silencio y se oye volar las lechuzas. Ya no se habla en la balsa. Pero el río se ha puesto a cuchichear con las negras piraguas.

Doña Bárbara se detiene y escucha:

—Las cosas vuelven al lugar de donde salieron.

XIV

LA ESTRELLA EN LA MIRA

Era la decadencia que ya había comenzado. La mujer indomable que ante nada se había detenido se encontraba ahora en presencia de algo contra lo cual no sabía luchar. El tortuoso designio de *Rincón Hondo* ya había sido tirar zarpazos a ciegas, y el impulso que la movió a hacer recaer sobre Balbino Paiba la muerte del *Brujeador* fue el punto de partida de la capitulación definitiva.

Presentía el fracaso de las esperanzas puestas en la entrega de sus obras, y el fatalismo del indio que llevaba en la sangre la hacía mirar ya, a pesar suyo, hacia los caminos de renuncición. Las evocaciones del pasado, de su infancia salvaje sobre los grandes ríos de la selva, fueron formas veladas de una idea nueva en ella: la retirada.

No obstante, sobreponiéndose al momentáneo desaliento, decidió emprender el regreso al hato, con la carta en la cual el comerciante a quien le entregó las plumas en nombre de Santos Luzardo le participaba a éste haberlas recibido y cotizado al precio del día, más alto que el que tenía la especie cuando Carmelito la hubiera entregado, y con la escritura, redactada por su abogado, de la venta simulada que iba a proponerle, una vez más, a Luzardo, de las tierras altamireñas que le arrebató en pleitos de mala ley. Cifraba en estos papeles las últimas esperanzas que le quedaban, aunque eran esperanzas sin forma determinada, pues ya no aspiraba al

amor que a tanto la moviera. De un momento a otro ante el paisaje fluvial, la imagen de Santos se había confundido en su mente con aquella, borrosa, que conservaba de Asdrúbal, y tan lejano como a éste veía ahora a aquél, sombra que se alejaba desvaneciéndose en la luz incierta de un mundo irreal.

Pero quería llevar a cabo lo que se había propuesto. Lo necesitaba, imperiosamente, porque un propósito truncо en aquellos momentos sería el golpe de gracia para su razón de existir, ya vacilante.

*

Comenzaba a reinar la sequía. Ya era tiempo de picar los rebaños que ignoraban el camino de los bebederos o lo olvidaban en el tormento de la sed. Cangilones de caños ya enjutos atravesaban, aquí y allá, los pardos gamelotales, y a los rayos ardientes del sol, bajo las costras blanquecinas de las terroneras, las pútridas ciénagas eran como úlceras pestilentes que se cicatrizan sin curarse. En algunas quedaba todavía un agua caliente y espesa, dentro de la cual se pudrían reses que, enloquecidas por la sed, infladas de tanto beber, se atascaron y sucumbieron. Grandes bandadas de zamuros, ávidos de carroña, revoloteaban sobre aquellas charcas. ¡La muerte es un péndulo que se mueve sobre la llanura, de la inundación a la sequía y de la sequía a la inundación!

Crujían los chaparrales retostados, reverberaba la sabana dentro del anillo de espejismos, que daban la ilusión de remansos azules, aguas desesperantes para el sediento que marchara hacia ellas, siempre a la misma distancia, en el ruedo del horizonte. Doña Bárbara cabalgaba a marchas forzadas hacia el espejismo del amor imposible.

Llegada al hato, donde, a pesar de las fatigas del viaje y aunque ya se aproximaba la noche, no se detendría sino los momentos necesarios para cambiar la bestia cansada, mudarse y adecentarse para la entrevista con Luzardo, que la impaciencia no le permitía aplazar para el día siguiente,

vio que los caneyes estaban desiertos, cerrada la cocina y vacíos los corrales. Sólo Juan Primito andaba por allí.

—¿Qué pasa aquí?—le preguntó—. ¿Qué se ha hecho la gente?

—Se escabulleron todos—respondió el bobo, sin atreverse a acercársele, temeroso del arrebato de cólera que sus palabras iban a provocar—. Dijeron que no querían servirle más a usted, porque ya usted y que no es la misma de antes y el día menos pensado los iba a ir entregando, atados codo con codo.

Relampaguearon las miradas coléricas de la mujerona y Juan Primito se apresuró a dar las otras noticias:

—¿Sabe que se murió don Lorenzo?

—Ya era tiempo. Mucho había durado. Y ella, ¿dónde está?

—¿La niña Marisela? Otra vuelta en *Altamira*. Se la llevó el doctor para su casa, y según he oído decir, se va a casar con ella en estos mismos días.

Reapareció por completo en doña Bárbara la mujerona de los ímpetus avasalladores y, sin decir una palabra, con un arrebato preñado de intenciones siniestras, volvió a montar a caballo y se encaminó a *Altamira*.

Juan Primito se quedó haciéndose cruces, y luego, asaltado por su manía, corrió en busca de las cazuelas donde acostumbraba ponerles de beber a los rebullones. Entretanto, al galope con que la bestia despeada, sacando fuerzas de flaquezas, respondía al sanguinario apremio de los acicates, doña Bárbara, desvariando, también, monologaba en alta voz:

—¿Quiere decir que he perdido el tiempo al entregar mis obras? Pues las recojo, otra vez, y con ellas, ¡hasta la tumba! Pero veremos quién triunfa. Todavía no ha nacido quien pueda arrebatarme lo que ya he dicho que me pertenecerá. ¡Primero muerta que derrotada!

Así llegó hasta las fundaciones de *Altamira*. Al favor de la obscuridad de la noche se acercó a la casa y, por la puerta que daba al corredor delantero, vio a Luzardo sentado a la mesa con Marisela.

Ya habían concluído de comer; él hablaba y ella escuchaba, mirándolo embelesada, los codos sobre la mesa, las mejillas entre las manos.

Doña Bárbara avanzó hasta el alcance de un tiro de revólver. Detuvo el caballo. Despacio y con fruición asesina, sacó el arma de la cañonera de la montura y apuntó al pecho de la hija, que hacía blanco a la luz de la lámpara.

De pura luz de estrellas era la chispa que brillaba en la mira, entre la tiniebla alevosa, ayudando al ojo torvo a buscar el corazón de Marisela; mas, como si en aquel diminuto destello gravitara todo el peso del astro de donde irradiaba, el arma bajó sin haber disparado y, lentamente, volvió a la cañonera de la montura. Puesto el ojo en la mira que apuntaba al corazón de la muchacha embelesada, doña Bárbara se había visto, de pronto, a sí misma, bañada en el resplandor de una hoguera que ardía en una playa desierta y salvaje, pendiente de las palabras de Asdrúbal, y el doloroso recuerdo le amansó la fiereza.

Se quedó contemplando, largo rato, a la hija feliz, y aquella ansia de formas nuevas que tanto la había atormentado tomó cuerpo en una emoción maternal, desconocida para su corazón.

—Es tuyo. Que te haga feliz.

¡Por fin el amor de Asdrúbal, pura sombra errante a través del alma tenebrosa, se reposaba en un sentimiento noble!

XV

TODA HORIZONTES, TODA CAMINOS

Aquella noche no estuvo la luz encendida en el cuarto de las entrevistas con "el Socio", pero cuando doña Bárbara salió al patio, Juan Primito y los dos peones que la habían escoltado en el viaje a San Fernando—aquellos que habían dado muerte a Balbino, los únicos todavía fieles—no la conocieron. Había envejecido en una noche, tenía la faz cavada por las huellas del insomnio, pero mostraba también, impresa

en el rostro y en la mirada, la calma trágica de las determinaciones supremas.

—Aquí tienen lo que les debo—díjoles a los servidores, pendientes de sus palabras, poniéndoles en las manos unas monedas—. Lo que sobra es para mientras no encuentren trabajo. Ya aquí no hay nada que hacer. Pueden irse. Tú, Juan Primito, llévale esta carta al doctor Luzardo. Y no vuelvas por aquí. Quédate allá si te lo permiten.

Horas más tarde, míster Danger la vio pasar, *Lambedero* abajo. La saludó a distancia, pero no obtuvo respuesta. Iba absorta, fija hacia adelante la vista, al paso sosegado de su bestia, las bridas flojas entre las manos abandonadas sobre las piernas.

Tierras áridas, quebradas por barrancas y surcadas de terroneras. Reses flacas, de miradas mustias, lamían aquí y allá, con una obsesión impresionante, los taludes y peladeros del triste paraje. Blanqueaban al sol las osamentas de las que ya habían sucumbido, víctimas de la tierra salitrosa que las enviciaba hasta hacerlas morir de hambre, olvidadas del pasto, y grandes bandadas de zamuros se cernían sobre la pestilencia de la carroña.

Doña Bárbara se detuvo a contemplar la porfiada aberración del ganado, y con pensamientos de sí misma materializados en sensaciones, sintió en la sequedad saburrosa de su lengua, ardida de fiebre y de sed, la aspereza y la amargura de aquella tierra que lamían las obstinadas lenguas bestiales. Así ella en su empeñoso afán de saborearle dulzuras a aquel amor que la consumía. Luego, haciendo un esfuerzo por librarse de la fascinación que aquellos sitios y aquel espectáculo ejercían sobre su espíritu, espoleó el caballo y prosiguió su errar sombrío.

Algo extraño sucedía en el tremedal, donde de ordinario reinaba un silencio de muerte. Numerosas bandadas de patos, cotúas, garzas y otras aves acuáticas de varios colores volaban describiendo círculos atormentados en torno a la charca y lanzando gritos de un pánico impresionante. Por momentos, las de más remontado vuelo desaparecían detrás del palmar, las otras bajaban a posarse en las orillas del trá-

gico remanso y, al restablecerse el silencio, daba la impresión de una pausa angustiosa; pero en seguida, reemprendiendo unas el vuelo y reapareciendo las otras, volvían a girar en torno al centro de su bestial terror.

No obstante el profundo ensimismamiento en que iba sumida, doña Bárbara refrenó de pronto la bestia: una res joven se debatía bramando al borde del tremedal, apresada del belfo por una culebra de aguas cuya cabeza apenas sobresalía del pantano.

Rígidos los remos temblorosos, hundidas las pezuñas en la blanda tierra de la ribera, contraído el cuello por el esfuerzo desesperado, blancos de terror los ojos, el animal cautivo agotaba su vigor contra la formidable contracción de los anillos de la serpiente y se bañaba en sudor mortal.

—Ya ésa no se escapa—murmuró doña Bárbara—. Hoy come el tremedal.

Por fin la culebra comenzó a distenderse sacando el robusto cuerpo fuera del agua, y la novilla empezó a retroceder batallando por desprendérsela del belfo; pero luego aquélla volvió a contraerse lentamente, y la víctima, ya extenuada, cedió y se dejó arrastrar y empezó a hundirse en el tremedal lanzando horribles bramidos y desapareció dentro del agua pútrida, que se cerró sobre ella con un chasquido de lengua golosa.

Las aves, aterrorizadas, volaban y gritaban sin cesar. Doña Bárbara permaneció impasible. Huyeron definitivamente aquéllas, volvió a reinar el silencio y el tremedal agitado recuperó su habitual calma trágica. Apenas una leve ondulación rizaba la superficie, y allí donde las verdes matas de borales se habían roto bajo el peso de la res, reventaron pequeñas burbujas de gases del pantano.

Una, más grande, se quedó a flor de agua dentro de una ampolla amarillenta, como un ojo teñido por la ictericia de la cólera.

Y aquel ojo iracundo parecía mirar a la mujer cavilosa...

*

La noticia corre de boca en boca: ha desaparecido la cacica del Arauca.

Se supone que se haya arrojado al tremedal, porque hacia allá la vieron dirigirse, con la sombra de una trágica resolución en el rostro; pero también se habla de un bongo que bajaba por el Arauca y en el cual alguien creyó ver una mujer.

Lo cierto era que había desaparecido, dejando sus últimas voluntades en una carta para el doctor Luzardo, y la carta decía:

"No tengo más heredera sino a mi hija Marisela, y así la reconozco por ésta, ante Dios y los hombres. Encárguese usted de arreglarle todos los asuntos de la herencia."

Pero como era cosa sabida que tenía mucho oro enterrado y de esto nada decía la carta, y, además, en el cuarto de las brujerías se encontraron señales de desenterramientos, a la presunción de suicidio se opuso la de simple desaparición, y se habló mucho de aquel bongo que, navegando de noche, ya eran varias las personas que lo habían sentido pasar, Arauca abajo...

*

Llegó el alambre de púas comprado con el producto de las plumas de garza y comenzaron los trabajos. Ya estaban plantados los postes, de los rollos de alambre iban saliendo los hilos y en la tierra de los innumerables caminos por donde hace tiempo se pierden, rumbeando, las esperanzas errantes, el alambrado comenzaba a trazar uno solo y derecho hacia el porvenir.

Míster Danger, como viese que sus lambederos iban a quedar encerrados, y ya no podrían las reses ajenas venir a caer bajo sus lazos por lamer el amargo salitre de sus barrancas, se encogió de hombros y se dijo:

—¡Se acabó esto, míster Danger!

Cogió su rifle, se lo terció a la espalda, montó a caballo y, de paso, les gritó a los peones que trabajaban en la cerca:

—No gasten tanto alambre en cercar los lambederitos. Díganle al doctor Luzardo que míster Danger se va también.

*

Transcurre el tiempo prescrito por la ley para que Marisela pueda entrar en posesión de la herencia de la madre, de quien no se ha vuelto a tener noticias, y desaparece del Arauca el nombre de *El Miedo,* y todo vuelve a ser *Altamira.*

¡Llanura venezolana! Propicia para el esfuerzo, como lo fue para la hazaña, tierra de horizontes abiertos, donde una raza buena, ama, sufre y espera!...

FIN DE
"DOÑA BÁRBARA"

VOCABULARIO

ACUPE.—Bebida fermentada de maíz.

AJILARSE.—Ahilarse, marchar uno detrás de otro. Morder el pez el anzuelo.

AMADRINADOR.—Jinete que acompaña al domador.

ARAGUATO.—Color leonado oscuro. Nombre de una especie de monos de este color.

ARICA.—Abeja silvestre.

ARROSQUETADO. — Color trigueño sonrosado.

ASPEAR.—Derribar una bestia, patas arriba.

ATARRILAMIENTO.—Tabardillo de las bestias.

ATRINCARSE.—Ahorcarse.

ATROPELLADA.—Atropello.

BANCO.—La parte prominente, de mayor o menor extensión, que sobresale de las sabanas.

BANIBA.—Una de las naciones indígenas más importantes del territorio Amazonas.

BARAJUSTAR. — Embestir, arremeter.

BARAJUSTE.—Desbandada.

BARREAR.—Derribar un animal e inmovilizarlo.

BIGARRO.—Toro grande y salvaje.

BOLEREAR.—Hacer caer una bestia enlazándole las patas delanteras. Aplícase también cuando la caída es producida, en el acto de enlazar una res, por el estirón de la soga amarrada a la cola de la bestia.

BOTE.—Depósito donde se cuaja la leche para fabricar el queso.

BRUJEADOR.—Persona práctica en cazar bestias bravías, persiguiéndolas día y noche sin dejarlas ni pacer ni dormir.

CABECEAR *(los ríos)*. — Dícese cuando éstos empiezan a aumentar o a disminuir el caudal de sus aguas.

CABILDEAR.—Hacer *cabildo*. Llámase así en el Alto Llano a las reuniones espontáneas que ejecuta el ganado bajo la acción del miedo bramando y escarbando la tierra.

CABILDEO.—Bramido del ganado que hace *cabildo*.

CABRESTEAR *(una punta de ganado)*.—Guiarla al esguazar un río, nadando delante de ella.

CABRESTERO.—Peón que guía el ganado. (Derívase de *cabresto*, barbarismo de *cabestro.)*

CACHAPEAR *(un hierro)*.—Desfigurarlo, aplicándole otro encima.

CACHILAPIAR.—Cazar cachilapos.

CACHILAPO.—Res desmadrada y sin herrar.

CACHO.—Pequeño cuento anecdótico.

CAJÓN.—Faja de llanura entre dos grandes ríos por donde corren los principales afluentes de aquel que le da nombre.

CALCETA.—Sabana de pequeña dimensión, rodeada de árboles o matorrales.

CAMAZA.—Vasija hecha con una sección de calabaza gigante, denominada en el llano botijón.
CAMPERUSO.—Campesino.
CAPACHOS.—Semillas de la planta del mismo nombre que sirven de sonajas en las maracas.
CARAMA.—Cornamenta del venado. Aplícase a todo lo que presente tal aspecto.
CARAMACATE.—Arbol maderable.
CARAMERO. — Hacinamiento de troncos y ramajes de árboles que arrastran los ríos en la época de las inundaciones de la sabana.
CARIBES.—Peces pequeños y sumamente voraces, que pueblan los ríos de los Llanos.
CARRAO.—Ave zancuda.
CAZABE.—Pan de yuca.
CASTAÑO-LUCERO.—Aplícase a las bestias de color castaño que tienen una mancha blanca en la cabeza.
COROCORA.—Ave zancuda de color granate.
COROTO.—Trasto. Trebejo.
CORRIDO.—Romance popular que se canta acompañado de *cuatro* y *maracas*.
CRINEJEAR.—Tejer en forma de criznejas las cerdas de la cola de un caballo para amarrar a ella la soga del enlazador.
CUIBAS.—Indígenas muy belicosos que habitan en las riberas del Meta.
CULATERO. — Peón trasero que acompaña una punta de ganado.

CHANGUANGO.—Planta herbácea de rizoma comestible.
CHENCHENA.—Ave de la familia de las gallináceas, muy vocinglera.
CHICUACO.—Ave zancuda.
CHIGA.—Substancia feculenta extraída de las semillas del chigo, árbol de la familia de las leguminosas.
CHIGÜIRE.—Carpincho.
CHINCHORRO.—Hamaca tejida en punto de malla.
CHISCHEO.—Onomatopeya del sonido de las maracas.
CHUCUTO.—Sin rabo.
CHUSMITA. — Garza pequeña, de color azul.

DAÑERO, RA.—Persona que, según la superstición popular, causa daños por arte de brujería.
DESMOSTRENCAR.—Separar las vacas de sus becerros.

EMBARBASCAR. — Echar barbasco (barbaris por *verbasco)* al agua donde se va a pescar para adormecer los peces.
EMPADRONARSE *(una quesera)*.— Amansarse el ganado hasta acostumbrarse a buscar por sí solo los corrales de la quesera.
ENGUARALAR.—Enlazar.
ENTABANARSE.—Alborotarse el ganado acosado por el tábano. *Fig.* Aplícase a la persona que padece ofuscación del juicio.

FUERTE.—La moneda de plata de cinco bolívares, semejante al duro español.
GANDUMBAS.—Testículos.
GOTERO *(lazo)*. — Lazo que se arroja sin bracear la soga.
¡GUÁ!—Interjección.
GUACHAFITA. — Embrollo, desorden.
GUARAL. — Cuerda para pescar. También se dice de la soga.
GUASACACA.—Salsa picante hecha a base de ajíes (pimientos).
GUATE. — Calificativo despectivo

que se da en el Llano a los hombres de la Cordillera Andina y a los colombianos.

GUAYUQUEAR.—Sujetar una res o bestia derribada, tirándola de la cola previamente pasada por entre las patas traseras.

GÜIRIRÍ.—Pato pequeño que emite un sonido semejante al de esta palabra.

IR POR PIQUE.—Ser conducido el ganado por pastores.

JARISAR.—Lugar donde abunda el jarillo.

JIPATO.—Color cetrino.

JOJOTO.—Mazorca de maíz tierno.

LAMBEDERO.—Sitio de terreno salitroso que busca el ganado para lamerlo.

LECO.—Grito lanzado para llamar desde lejos.

LEVANTE.—Acción y efecto de levantar el ganado de sus comedores para reunirlo en rodeos.

LOCHA.—Pieza de níquel equivalente a un octavo de bolívar.

MACANILLA.—Palmera de la cual se extrae una madera muy dura.

MACUNDOS.—Trastos y cosas de uso personal.

MADREVIEJA.—Lecho antiguo de un río que a veces tiene agua estancada.

MANCHA.—Reunión de reses que se mueven en la sabana.

MANGUAREAR.—Robarle tiempo al trabajo aparentando hacerlo.

MANIRITO.—Anona.

MARACA.—Instrumento musical de percusión, hecho con una tapara pequeña y redonda, con semilla de capacho dentro.

MARMOLEADO. — Color blanco y negro de las bestias.

MAROTA.—Soga con que se atan las patas delanteras de una bestia para impedirle correr. Manea, en el Apure.

MAROTEAR.—Poner marotas.

MASCADA.—Porción de tabaco que se toma en la boca para mascar.

MAUTAJE. — Reunión de mautes (becerros de uno a dos años).

MEDIO CASCO.—Paso intermedio entre el natural y el paso llano de las bestias.

MELAO FRONTINO. — Caballo de color castaño claro que tiene la cara blanca.

MERECURE.—Arbol frondoso del Alto Llano.

MONEAR PALOS.—Trepar a los árboles a la manera de los monos.

MONTAÑA.—Zona de bosques en los llanos.

MOROCOTA.—La pieza de oro de veinte dólares.

NARICEAR.—Pasar una soga a una res por un agujero que se le hace en la nariz.

NEFATO.—Entontecido. Idiotizado.

ÑARAGATO.—Planta sarmentosa.

PALO A PIQUE.—Cerca hecha de troncos.

PARAGUATÁN.—Arbol de la familia de las rubiáceas, cuya madera tiene gran precio.

PUNTERO.—Peón que guía una punta de ganado.

PORSIACASO.—Alforja.

PALITO *(tomarse un)*.—Beber una copa.

PALODEAGUA.—Arbol alto y frondoso que crece en las orillas de los ríos.

PASAJE.—Cuento anecdótico.

PEINE.—Pieza con que se arman ciertas trampas.

PELODEGUAMA.—Sombrero de fieltro aterciopelado.

PERCUSIO.—Sucio, insignificante.

PICAR *(el ganado).* — Conducirlo por una vía.

PUSANA.—Brebaje afrodisíaco de los indígenas.

QUEREVERE.—Arbol de cuya semilla hacen pan los indios de Apure y Guayana.

¡QUIEN QUITA!—Frase que equivale a: "Bien puede ser" "¿Por qué no?", etc.

REGARSE COMO FRUTA DE MARACA.—Dispersarse el ganado por la sabana como se dispersan las sonajas de una maraca cuando se rompe.

REMONTA.—La bestia que cada jinete lleva para reemplazar aquella que monta.

RETALLONES.—Sobras de la comida.

ROCHELA. — Reunión de ganado inquieto, y también el sitio donde se efectúa.

SALTANEJAS. — Surcos y baches formados por el tráfico de carros o bestias.

SILBAR IGUANAS.—Producir un silbido suave y persistente como el que se emplea para atraer y cazar cierta especie de lagartos llamados iguanas, cuyos huevos son muy apreciados por el llanero. *Fig.* Distraerse con tal silbido de alguna preocupación.

SUELTAS.—Manea larga que une una pata delantera con una trasera de las bestias.

SUFRIDOR.—Sudadero.

SUPIRITAR.—Supeditar.

TAPICES.—Presas para conservar llenos los abrevaderos de agua corriente.

TEMBLADOR.—Pez sin escamas, de color aceituno, que tiene cuatro órganos eléctricos, *Gimnolus electricus.*

TIROS.—Argucias.

TOPO.—Aceptación plena de la apuesta en el juego de dados.

TOPOCHO.—Una variedad del banano.

TRAMBUCADA. — Acción y efecto de trambucarse.

TRAMBUCARSE.—Volcarse una embarcación. *Fig.* Trastornarse, perder el juicio.

VAJEAR *(Valhear).*—Acción que se atribuye a ciertos reptiles de adormecer la víctima arrojándole encima el vaho o aliento. *Fig.* Perturbar a alguien por malas artes.

VALE.—Camarada.

VAQUERÍA.—Conjunto de los trabajos de recolección y hierra del ganado.

VENTANA. — Espacio despejado, abierto en la vegetación que bordea un río o rodea una sabana.

VENTEAR.—Olfatear el viento.

YACABÓ.—Nombre onomatopéyico y contracto de "ya acabó" que se le da a un ave de mal augurio de las selvas del Orinoco.

YAPURURU. — Flauta de bambú con que acompañan sus canciones los indígenas de Guayana.

YARURO.—Tribu indígena que habita en las márgenes de los ríos Capanaporo, Cunaviche, Arauca y Cinaruco.

FIN DEL
VOCABULARIO

CANTACLARO

PRIMERA PARTE

I

LA COPLA ERRANTE

La sabana arranca del pie de la cordillera andina, se extiende anchurosa, en silencio acompaña el curso pausado de los grandes ríos solitarios que se deslizan hacia el Orinoco, salta al otro lado de éste y en tristes planicies sembradas de rocas errátiles languidece y se entrega a la selva. Pero quien dice la sabana, dice el caballo y la copla. La copla errante.

Todos los caminos la oyeron pasar. ¡Y mire que hay caminos en el llano!... Allá va por delante de la punta de ganado, a través de la muda soledad de los bancos y a veces se quita las palabras y se queda en cueros de tonada, silbido lánguido y tendido. Allá viene, compañera del caminante solitario con varios soles a cuestas. Allí entona galerones y corridos al son del arpa y las maracas. Allí llega, rasgueando el cuatro, a la porfía de los cantadores alardosos:

Desde el llano adentro vengo
tramoliando este cantar.
Cantaclaro me han llamado.
¿Quién se atreve a replicar?

Desde las galeras del Guárico hasta el fondo del Apure, desde el pie de los Andes hasta el Orinoco ¡y más allá!, por todos esos llanos de bancos y palmares, mesas y morichales, cuando se oye cantar una copla que exprese bien los sentimientos llaneros, inmediatamente se afirma:

—Esa es de Cantaclaro.

Pero son tantas las coplas que se entonan por allí, todas

con el alma llanera extendida entre los cuatro versos, como el cuero estacado por las cuatro puntas.

Si en oyendo estas trovas, alguien preguntase:

—¿Dónde nació Cantaclaro?

Sin vacilar le responderían:

—Aquí en el llano.

Pero el llano es ancho, inmenso..., y de los Cantaclaros ya se ha perdido la cuenta.

*

Esta vez se llamaba Florentino y él se añadía Quitapesares.

Espíritu errabundo, naturaleza fantaseadora, desmedido amor a la libertad, la suerte siempre en la mano, dispuesto a jugársela, lo de andar siempre a caballo y lo de querer decirlo todo con los cuatro versos de una copla, eso era Florentino, el tarambana de los Coronados de la Concepción de Arauca, que siempre fueron hombres de asiento fijo y cabeza bien puesta en lo positivo del negocio de criar y vender ganados.

Eso y lo de andar siempre con una muchacha enredada en sus coplas, que sólo para tales cargas de amores y no para descanso de su retinto parecía llevar remonta.

Pero así como las tomaba así las iba dejando, cuando el amor que le pusieran amenazara maniatar su albedrío, porque:

Hoy te quiero y hoy te olvido
pa recordarte mañana.
Que si me quedo contigo
yo pierdo y tú nada ganas.

Quizás todo proviniese de que Manuel Coronado, cuando los recogió a su amparo, a él y a su hermano José Luis, ya huérfanos de padre, al querer educarlos como lo habían sido todos los hombres de la familia, mientras que a José Luis, ya zagalón, pudo darle un caballo y un chaparro y decirle, mostrándole la sabana:

—Ahí tienes la escuela donde se forman los hombres y éstos son los instrumentos. Arrea y que Dios te ayude.

A Florentino, que sólo para becerrero podía entonces servir, tuvo que enseñarle:

—Este es el corral de las vacas y ése el de los becerros. Tú te encaramas en el tranquero y te fijas en la copla que cante el ordeñador. Si, por ejemplo, mienta algo de luceros, es porque va a ordeñar la vaca de ese nombre, que es aquella de la mancha blanca en la frente, y te está pidiendo el becerro, que es éste. Tu trabajo es abrirle la puerta al mamantón.

Y su aprendizaje fueron las coplas, que bien pronto supo completarlas, pues si el ordeñador decía:

¡Ah madrugada más fría
cuajadita de luceros!...

El no tardaba en agregar:

¿Quién vendrá por allá arriba,
levantando ese polvero?

José Luis se maravillaba de aquel don extraordinario y él le explicaba:

—Es muy fácil, hermano. Los versos están en las cosas de la sabana; tú te la quedas mirando y ella te los va diciendo.

—No me venga con eso, hermano—replicaba el otro—. Háble me en positivo. ¡Qué va a decirle a uno nada la sabana!

—¡Ah caramba, chico! Tú estás perdiendo la mitad de tu tiempo. Eso es lo mismo que los caminos, que también cuentan cosas y son más de los que se miran, pues si uno se fija en la yerba descubre que por debajo van muchos otros.

—Los caminos del año pasado, que les nació arestín—replica el positivista—. Porque el ganado los abrió por todas partes, a la bajada de las aguas.

—¿No te digo, hermano? Tú no conoces bien la sabana. Yo que la miro y la escucho desde el tranquero de la corraleja, podría enseñarte muchas cosas que todavía no has

aprendido. Y ahora que hablamos de eso, escúchame esta copla, que es todita mía, a ver qué te parece:

La mañana está saliendo,
los caminos van andando
y Florentino está oyendo
sin que le estén conversando.

Ya estaban formadas la propensión fantaseosa y la inquietud aventurera. Lo demás lo harían los viajes, que comenzaron bien pronto.

Del primero que hizo en compañía del tío, fue cuento de nunca acabar el que hubo de oírle José Luis.

—Déjame empezar por el principio, como la semana por el lunes y el corrido por el ¡ah caramba! Tú recuerdas que tío Manuel me puso entre los punteros para que fuera aprendiendo a cabrestear y ya debes de saber que en los viajes de ganado el que va adelante camina más y menos.

—¿Cómo es eso, hermano? Ya le he dicho que me hable en positivo. O es más o es menos.

—Aguárdate. Ya te lo voy a explicar. Más, porque va mirando lo que después caminará y son como dos viajes; menos, porque quien sabe lo que falta para llegar al sesteadero no se lo anda preguntando, que es lo que cansa más, y porque como lleva el canto y el silbido, con ellos les va quitando a las jornadas los pedazos fastidiosos. ¡Que les dicen así! Porque de mí te aseguro que no hay cosa más sabrosa que un camino largo por delante y en la sabana silenciosa, ¡ese canto del cabrestero que se acuesta y se estira!

¡Despidê tu comedero...,
que te llevan pa Caracas
a cambiarte por dinero!
¡Juy, jillo!

—¡Ah cosa buena, hermano!

—No te digo que no lo sea; pero eso ya lo he visto yo, aunque no haya sido sino hasta el paso del Apure. Echame más bien el pasaje de Corozo Pando, que ya me ha dicho el tío que fue famoso.

—¡Que si lo fue! Nosotros que estamos dentro de la pulpería, cuando de pronto sentimos que en el corredor se forma un alboroto de los llaneros. Guariqueños de oriente y occidente y apureños de todas partes que allí se iban reuniendo. —"¿Qué pasa?"—pregunta tío Manuel, creyendo que fuera caso de algún barajuste del ganado encorralado. Y le contestan: —"Nada, don. Rochelas de los muchachos. Un viejito que acaba de llegar, dando lástima de puro parecer que no podía con su alma y como los muchachos quisieron divertirse con él y le tiraron una punta de garrote, de la barajustada que se dio tramoliando el suyo, abrió un claro en el corredor."—Así había sido, y el viejito decía plantado en guardia y buscando pelea: —"A mí no me falten el respeto ustedes, llaneros aguachinaos, porque yo soy llanero de antes y ustedes lo vienen a sé de ahora. Sálganme uno a uno para que aprendan a jugar garrote, que ¡ah malhaya fuera lanza encabá!, como mi taita me enseñó a manejarla, lo mismo que él lo aprendió del suyo, aquél a quien todavía se le está escuchando el grito de Queseras del Medio. Yo a nadie le ando diciendo quién fue mi abuelo cuando no me dan motivo, mas para que otra vuelta no se equivoquen conmigo, aquí les voy a dejar mi apelativo: yo soy José Antonio Páez. Asina, pata en el suelo y arriendo ganado, como me agaitan." —No había terminado de decirlo cuando yo me abría paso entre los llaneros que lo rodeaban y me le plantaba por delante, con mi garrotico en la mano y diciéndole: —Yo no vengo a faltarle al respeto, don; pero quiero aprender a taparme una punta de las de su abuelo de usted—. Se quedó mirándome de arriba abajo y me preguntó:

—¿Y tú quién eres, muchacho?

—Florentino Coronado, para servirle.

—"¿De los Coronados de la Concepción del Arauca?"

—De allá mismo, don.

—"Pues sí mereces que te enseñe, porque ya sé de quién eres hijo. Tápate esta punta."

—Ya está—le dije, quitándome de encima la que me había zumbado, muy suavecita, como para muchacho.

—"¿Y esta otra?"

—Tampoco me alcanzó—le respondí—. Zúmbeme otra más difícil.

—"Allá va. Vamos a ver si te tapas."

—Esa sí me tocó—tuve que decirle.

—"¿Muy duro?"—me preguntó—. Y yo, contestándole:

—No se preocupe, don, que así es como se aprende.

Así había sucedido y aquella noche, ya en su chinchorro, sin poder conciliar el sueño con los deseos de continuar despierto para disfrutar de sus fantasías, Florentino le preguntó al tío:

—¿Será verdad que ese viejito de esta tarde es nieto del General Páez?

—Así dicen y él lo afirma. Nada tiene de imposible.

—¿Quiere decir que yo me he tapado dos puntas de la primera lanza del mundo? Porque si el General Páez se las enseñó a su hijo y éste al viejito, desde allá vienen.

A lo que respondió el tío llaneramente:

—Pero tal vez mermando por el camino, como ganado en viaje.

—El ganado vuelve a su peso en cuanto lo empotreran donde haya buen pasto.

—¿Qué queires decir con eso, muchacho? ¿Es que te imaginas que tú vas a repetir la historia?

—Nada, tío. Cosas que se me van ocurriendo cuando me voy quedando dormido.

*

Fuese o no de tan heroico abolengo aquella lección, de mucho le valió a Florentino haberla aprendido, pues varias veces, a consecuencia de las porfías con los cantadores celosos de su fama o en represalias de novias quitadas, y hermanas burladas, fueron de lanza las puntas que no pudieron alcanzarlo.

Por ello vivía en zozobras la madre y el hermano le decía:

—Algún día menguado te clavan.

Pero él replicaba fatalista:

De lanza o cacho e ganao
según y como barruntas,
o de puntá de costao,
siempre se muere de puntas.

Y continuaba su vida errante en busca de aventuras.

Allá va, esguazando los esteros del Guárico, con el agua a la coraza de la silla, levantando el bullicioso revuelo de las bandadas de patos y de garzas, adormecido por el chapoteo interminable de la bestia en las bombas del fango. Allá cabalga hacia el Alto Apure, a través de la verde inmensidad de los bancos. Salió con la sombra por delante, larga sobre el camino, le pasó por encima y ya la lleva a la espalda, larga sobre el camino. Pero él siempre está en el centro del llano, círculo de espejismo donde se funde la sabana caldeada por el sol antes de convertirse en cielo. Allá atraviesa los palmares profundos, los verdes morichales, cuyas claras aguas duplican el alba de oro y el crepúsculo de púrpura. Allá cruzan las mesas de las desolaciones, páramos de hierbas raquíticas que el sol retuesta y consume... Un grito melancólico, de encaminador de ganados imaginarios, se le convierte en copla y la copla vuelve al grito y éste se tiende y se extingue en el ancho silencio, y así va distrayendo su soledad bajo la obsesión del panorama, siempre igual y siempre interesante.

Por allá viene el viento peinando el pajonal. Pasa de largo junto al viajero y le arrebata el son que lleva encima.

—¡Gracias, compañero!

Y el viento sigue su carrera, peinando el pajonal.

Por allá van huyendo las tolvaneras, como duendes medrosos.

—¿Pero dónde está el ganado? ¿Cuándo se verá una casa? ¡Qué solo te vas quedando, viejo Llano! ¿Qué te pasa?

Y como le han resultado versos, tiene el canto como un lazo:

¡Ah caramba, compañero!
No lo puedo remediar,
que acabe diciendo en versos
lo que empiece a conversar.

Y así, con la comezón del canto en los labios, llegaba a un hato, aunque también con la soga a los tientos para arrimarla al trabajo que allí se estuviese haciendo y eran corridos y galerones hasta el hilo de medianoche, los tiempos de vaquerías.

Pasaba por un pueblo y eran parrandas y joropos hasta que las autoridades a quienes satirizaba en sus coplas, optaban por decirle:

—Sigue tu marcha, Florentino. No me alborotes el avispero.

Se acercaba a un caserío y ya no tenían sosiego las muchachas. Una manotada de agua a la cara, otra al tiesto para prenderse la flor en el moño, otra al clavo para descolgar el traje más presentable.

El se metía de casa en casa, preguntando:

—¿Dónde está Rosa? ¿Por dónde anda Ramonita?

—Ya te van a salir—respondíanle las madres—. Se están vistiendo.

Y empezaban las malicias, alcahuetas de sus amores:

—Dígales que mucho más me gustan entre el quitarse por los pies el camisón de los días de trabajo y el ponerse por la cabeza el dominguero. Pues no vengo a ver trapos, que para eso están las tiendas.

—Y para carne fresca las pesas, relambío—replicábanle por allá dentro, con protestas que reventaban en risas.

—Ese es mi oficio, precisamente. Carnicero me llaman por ahí, de tanta carne bonita como me han visto cargando en peso. Sólo que yo no mato para pesar. Ni nadie se muere de penas conmigo, pues por algo me llaman también: Florentino Quitapesares.

A lo que replicaba una:

—Que le pregunten a Ermelinda si mereces que asina te mienten. Y a María de la O, la del Mal Paso, que fue la última... ¡Que se sepa!...

A tiempo que otra protestaba:

—No hables de oficio, ¡hombre de Dios! Que el tuyo es quitarla a una del que esté haciendo en su casa.

—Con no salirme tienes, que ya entraré a saludarte cuando estés sola en el cuarto.

Y haciendo suya la copla de todos:

¡Ah malhaya si me viera
contigo en el aposento,
que se perdiera la llave
y el herrero hubiera muerto!

Y a las enojadas, si le salían con amenazas de rompimiento de amores, las desbravaba cantándoles:

Ahí te mando tus sortijas,
tus cartas y tus pañuelos.
Espérame en los chaparros
pa devolverte tus besos.

Pues si estas coplas no eran suyas, también se las atribuían, por ser de aquellas de alma llanera extendida, como cuero estacado.

Para ganarse la vida que así de continuo arriesgaba, dejando al hermano todo el producto de *El Aposento,* prefería el trabajo errante del revendedor de ganados. Mulas del Caura para las haciendas de los valles de Aragua y del Tuy; caballos del Guárico para los hatos del Arauca donde el ganado bravío malograba el bestiaje; reses del Apure para los pueblos de la Cordillera, por la montaña de San Camilo... Madrinas y puntas de ganado conducidos de un extremo a otro de la región de sus andanzas, producíanle el placer de las jornadas lentas a través de la desierta inmensidad de la sabana, de los pacientes reposos en los sesteaderos, de las noches a la interperie de las majadas, con coplas y contrapunteos de cuentos inverosímiles entre los peones que le acompañaban. En cuanto al dinero que le producía su comercio ambulante, apenas lo cobraba cuando ya estaba derrochándolo, jugador temerario, parrandero espléndido, amigo generoso, porque:

Dos cosas hay en el mundo
que no sirven pa viajar:
la plata por lo que pesa,
y el no quererla gastar.

Y varias veces, como le saliera al paso alguna aventura amorosa, se dio el caso de que le dijese a sus peones:

—Sigan ustedes, muchachos. Yo me quedo aquí. Vendan el ganado a como se lo paguen y cójanse la plata para ustedes.

Por temporadas complacía a la madre quedándose en casa y compartía con el hermano las recias faenas del hato, no habiendo entonces dificultades que no se allanasen pronto, pues ninguno más empeñoso en el trabajo cuando estaba en vena de meterle el hombro, ni nadie como él para bregar, a pecho de caballo cimarronero, con el ganado bravío, ni había por todo aquello quien se atreviese a tanto cuando fuere menester hacerle frente a un enemigo.

Pero así como le venían ganas de asentarse, así se le iban de pronto y por cualquier cosa. Porque oyó decir que en tal parte había una muchacha bonita que no atendía a requiebros de amores. Porque le oyó cantar a un vaquero una copla de otros lados, obra de un cantador que se reputaba invencible...

Ensillaba su retinto, rabiataba la remonta, por si acaso de aventuras, metía el cuatro en la funda y lo amarraba a los tientos junto con las maracas y la soga, y se ponía en camino, después de decirle a la madre:

—Bendígame, vieja. Que la sabana me llama otra vuelta.

Y al hermano:

—Hasta la vista, José Luis. Que si no vuelvo es porque en alguna parte una mala punta me ha clavado para siempre.

De lanza o cuerno de toro
en alevosas derrotas.
Que para puntas de amores
Cantaclaro tiene contras.

*

Porque una tarde, encaramado en el tranquero de la corraleja como en sus tiempos de becerrero, se quedó contemplando la sabana, camino de largas jornadas y raros encuen-

tros, y se sorprendió a sí mismo murmurando, con un sentimiento que por primera vez lo visitaba:

¡Ah malhaya un trotecito
que no terminara nunca!
¡Ah malhaya quien hallara
aquello que nadie busca!.

II

AL ABRIGO DE LAS MATAS

Esguaza un río, vadea un caño y otro, y otro, atraviesa las duras terroneras de los rebalses ya secos, cruza un banco de sabana y en llegando a una mata, ya al caer de la tarde, rompe el hondo silencio del paraje con su canto solitario:

Mata del Anima Sola,
boquerón de Banco Largo,
ya podrás decir ahora:
aquí durmió Cantaclaro.

Era un bosque de samanes centenarios cuyas amplias copas entrelazadas, no dejando pasar los rayos del sol, no consentían matorrales rastreros y por entre cuyos troncos se extendían umbrosas naves de soledad y silencio, propicias a la conseja del ánima en pena que por allí vagaba. No obstante lo cual y apenas concluída su copla, a poco de haberse internado, oyó que le decían:

—Salú, Florentino.

—Salud, amigo—respondió sin saber a quién, deteniendo la bestia y mirando en derredor.

Y como no acertase a descubrir quién le hubiera dirigido la palabra ya se entregaba a pensar que aquel saludante invisible fuese el propio duende que le daba nombre al sitio, cuando su cabalgadura y su remonta lanzaron trémulos relichos, a los cuales contestó otro de un caballo arrendado al troneo de un samán, y volvió a escucharse la voz:

—Aquí, Florentino: entre los palos, como los monos, Por si acaso el tigre.

Alzó la cabeza y descubrió dos chinchorros colgados entre las ramas del árbol a cuyo tronco estaba sujeto el caballo, uno cubierto por un mosquitero que no permitía distinguir a quien lo ocupase y en el otro un hombre sentado, péndulas las canillas cubiertas de barro seco.

—¿Tan temprano y ya durmiendo?—interrogó, sin saber quién fuese aquel que parecía conocerlo.

—Al compañero se le atarrilló la bestia y además le pegó la calentura—explicó el desconocido, refiriéndose al del mosquitero—. Un caraqueño que no está acostumbrado a estas tierras.

—¿Y usted el baquiano que lo está sacando de ellas?

—Sí, señor. Crisanto Báez es mi apelativo y en el hato de Las Maropas me tiene a su mandar—respondió saltando del chinchorro y acercándosele—. De lejos venimos y pa lejos vamos.

—Pues todavía les falta un trecho.

—Y lo pior es que de aquí palante, planta a pie llaman a mi caballo, porque voy a tener que darle el mío al joven. A menos que usté quiera hacerle el favor, que yo también se lo agradecería por lo que me corresponde de venderle su remonta, que él se la pagaría bien.

—¡Ah, caramba, compañero!—exclamó Florentino—. Creía que usted me conocía verdaderamente. Yo no hago negocios con los apuros de otro. Mi caballo está a la orden, pero después de que usted y su compañero me hayan oído este pasaje que les voy a echar. Una vez, por causas que no vienen al caso, iba yo muy mal montado y por mi propio camino viajaba un blanco con una remonta que daba gusto verle el paso. Lo de siempre, desde que el mundo es mundo: que unos tienen de más y otros de menos. Le puse el ojo al arrebiate y como yo soy de los que creen que las cosas no son de su amo, sino de quien las necesita, me tracé mi plan. Eché por un atajo para salirle adelante al blanco y en llegando a una mata por donde él tenía que pasar, a la hora de éstas, casualmente—dicho sea de paso—, escondí mi matalón que ya me llevaba destrozado, colgué mi chinchorro en-

tre los palos y empecé a temblar de embuste embuste, como ya el paludismo me había enseñado a hacerlo de veras.

—Usté no nos está diciendo perros, Florentino—dijo el boquiano, sonriendo—; pero nos está enseñando el tramojo.

—No me chalequee el cuento. Déjeme echárselo hasta el fin. Llegó el blanco, me hizo la pregunta y yo le di la respuesta que usted se ha imaginado, me creyó que era verdad que se me hubiera atarrillado el caballo y me cedió su remonta, comprometiéndome yo a devolvérsela al día siguiente en Chamariapa, que ahora llaman Cantaura, que era para donde él iba y yo dije que también, sólo que todavía no he llegado.

—¡Ah Florentino bellaco!

—Lo del gasto, nada más. Y como ya el pasaje está echado y al que me entiende no hay que explicarle, desamarre usted mismo el arrebiate.

Pero en esto intervino el enfermo desde su chinchorro:

—Oiga, baquiano. Muéstrele a su amigo mi bestia que acaba de morir, para que se convenza de que no ha sido un ardid de cuatrero como él sospecha. Y dígale, para que lo oiga dos veces, que no me agrada recibir favores de persona a quien no conozca y que si acepto la bestia que me cede, comprometiéndome a devolvérsela en el primer paraje donde pueda comprarme la que necesito, que no será como la Chamariapa de su cuento, es solamente por el deseo de salir cuanto antes de esta maldita tierra.

—¡Ah hombre bravo!—murmuró Florentino sonriendo.

Y el baquiano, en voz baja:

—No le haga caso. Asina viene por todo el camino: maldiciendo de estas tierras.

—Sus razones tendrá.

—Parece que le han sucedío cosas graves. El no las cuenta, pero se le adivina. Ni el nombre le conozco todavía y ya con ésta son cinco las jornadas que he echao junto con él.

Intrigado y puesto que allí había de pernoctar, Florentino resolvió quedarse en compañía de aquellos hombres; mas

para dar ocasión a que se lo propusieran, fingió de este modo:

—Dígame, Cristino. Usted que es baquiano de por aquí. ¿Qué distancia habrá a las casas más cercanas?

—¿Cantaclaro preguntando dónde se halla?—repuso el baquiano, que a malicioso no se le ganaba fácilmente—. De aquí a las casas más cercanas no echa usté menos de seis horas. Y camino malo: puro sartenejal. Yo, como usté, pernoctaba aquí. Digo: si no le disgusta la compañía.

—Todo lo contrario.

—Pues desensille y cuelgue, y asina seremos tres pa los por si acaso.

—Siempre que lo permita su compañero, a quien todavía no tengo el gusto de conocer—dijo Florentino, con una guiñada para el baquiano.

A lo cual repuso el aludido, poniendo una vez más de manifiesto su desapacible estado de ánimo:

—No necesita permiso, pues el dormitorio es más suyo que mío.

—Sí. Ya me ha dicho el baquiano que no es usted de por estos lados.

—Afortunadamente.

—¡Miren qué cosa! Asimismo respondemos los llaneros cuando nos preguntan si somos de por aquí. Pero de todos modos, salud y con su permiso.

Se apeó del caballo, sacó de la capotera el chinchorro y mientras procedía a colgarlo:

—Vamos a ver si nos deja dormir tranquilos el Anima Sola que y que se aparece de noche por aquí. Porque, la verdad sea dicha, de todos los espantos de la sabana, con el que menos ajuste tengo es con esa mujercita rezandera que llaman el Anima Sola.

—¿De veras? Pues yo con la que no me transo es con la Llorona—confesó el baquiano—. Allá por la laguna del Término se aparece una que a diez leguas se le escucha el quejido. ¿Y cree usté que yo me dejo coger con la noche por esos lugares? Porque voy a decirle una cosa, Florentino, que no sé si usté habrá observao: los espantos del agua

son piores que los de la tierra. Yo infiero que sea la humedá...

Se interrumpió al oir que el caraqueño reía y luego concluyó en tono zumbón:

—Manque dicen los que han leído que eso de los espantos son cuentos de camino... ¿Qué dice usted a eso, Florentino?

Y éste, en el mismo tono y mientras se ocupaba en desensillar su caballo:

—Que yo no sé leer, pero me escriben...

—¡Ah Florentino resbaloso! Tiempo hace que deseaba toparme con usté. Con el Florentino de carne y hueso, que ya estaba por creer que no existía, de tanto oir mentar a Cantaclaro en todas partes.

—Pues creí que usted me conociera personalmente.

—¿Porque lo saludé por su nombre de pila cuando entró en la mata? Voy a explicarle. Allá por los lados donde yo vivo, cuando se oye cantar una copla güena, como todas se las endilgan a usté, es costumbre decí: —Escuchen a Florentino—. ¿Me entiende el sentido? Además usté mismo se mentó en denante por el apodo que le dan. Que por cierto no es muy bueno eso de ir regando uno su nombre por el camino.

—También es verdad, viejo. Tengo esa mala costumbre.

—¿Y ahora paonde va rumbiando? Si no es curiosidá.

—Para los llanos de Barinas.

—¡Ajá! Por ahí y que se está haciendo famoso un cantador nuevo. ¿Va a emparejarse con él?

—Dicen que el hombre tiene más coplas que palos el monte tupido. Pero la diligencia se hace.

—¡Güena será esa porfía! Ya quisiera escucharla.

—Lo mejor del caso es que, según cuentan, no es propiamente un hombre, sino el mismo Diablo en figura humana, pues y que las maracas con que se acompaña se quedan impregnadas de olor de azufre.

Y guiñando el ojo al baquiano, concluyó:

—Eso dicen. Por si acaso la risita...

Pero ya el enfermo se había incorporado en el chincho-

rro y asomándose fuera del mosquitero intervino en la conversación, afirmando bruscamente:

—Y usted lo cree.

Era un joven aniquilado por el paludismo, de rostro macilento y ensombrecido por una barba negra y revuelta. El fuego de la fiebre que lo consumía, visible en el fulgor de los ojos cavados, le daba un aspecto delirante.

—¡Salud, amigo!—díjole Florentino, desatendiendo a lo oído por lo visto, que era verdaderamente deplorable—. ¿Cómo se siente?

Pero él insistió, sin hacer caso del saludo:

—Usted lo cree y nada le valdrá convencerse de la realidad humana de este cantador, porque junto con la explicación natural de los motivos que hayan dado origen a la superchería, puede usted admitir la absurda, sin que una y otra se excluyan ni se estorben. Así como tampoco hay ningún inconveniente para que el baquiano sepa, según me lo ha explicado hace poco, que el murmullo que se oye en esta mata al anochecer es producido por los innumerables enjambres de aricas que en estos árboles forman sus colmenas, y crea, al mismo tiempo, que lo produce el ánima en pena que recorre este paraje rezando.

La brusquedad de la intervención y la vehemencia del discurso dejaron perplejo a Florentino. El baquiano murmuró para sí:

—¡Vuelta el hombre con su tema!

Y el enfermo concluyó:

—¿Cómo pueden ustedes darse, simultáneamente, las dos explicaciones contrapuestas: saber la verdad y a la vez creer lo absurdo respecto a un hecho cualquiera?

A lo que replicó el baquiano, quitándole la palabra a Florencio, con una decisión reveladora de que ya estaba harto de oir aquello:

—Mire, joven. Yo no sé explicarme, pero usté procurará comprenderme. Pa entender eso que a usté le parece tan difícil, hay que ser bruto. Porque eso de hombres inteligentes y brutos tiene su según y cómo. Inteligente es el que comprende unas cosas y bruto el que no entiende sino

otras, que puén ser las mismas, aparentemente. Usté se empeña en explicarse lo que no está a su alcance, porque, convénzase: ni el agua corre parriba, ni el inteligente aprende a ser bruto. Usté oye el zumbido de las aricas, ya que las ha mentado, y nosotros también, mejorando la compaña; pero usté nunca escuchará el rezo del Anima Sola porque lo supirita su inteligencia.

Florentino celebró la bizarra explicación y el caraqueño repuso, sonriendo:

—Eso es, más o menos, la teoría de los sentidos desaparecidos...

Pero al baquiano le supo mal el término sabio y lo devolvió, interrumpiendo:

—¿Teoría?... ¡Jum! Su boca sea la medida, pero perdóneme que lo deje de ese tamaño porque las bestias del compañero deben de vení jambreás y voy a cortarles una poca de yerba.

Dicho lo cual se alejó hacia la sabana. Florentino, al cabo de una pausa y dirigiéndose al enfermo:

—Amigo...

—Si no le interesa mucho saber mi nombre, llámeme Caraqueño, como lo hace el baquiano.

—Como usted guste. Pues iba a decirle...

—Perdón. Reconozco que hice mal al incluirlo a usted en lo que tal vez sólo sea aplicable al baquiano, pues a pesar de sus palabras a propósito del cantador con quien va a medirse, puede que exista una gran diferencia de mentalidad entre usted y Crisanto Báez.

—Quizá no tanta, Caraqueño. Y a eso iba...

—Tampoco se imagine que menosprecio a los hombres de la mentalidad del baquiano; por el contrario, me inspiran un gran interés.

—¡Vaya, pues!—se dijo Florentino para sus adentros—. Este Caraqueño como que se cree dueño del hato de la conservadora, porque todo lo quiere arrear para su lado.

Mientras el otro proseguía:

—Nunca había tenido oportunidad de tratarlos de cerca; pero desde que ando por estas tierras el deseo de conocerlos

a fondo no me deja perder ocasión de averiguar cómo sienten y piensan acerca de las cosas que los rodean.

—¿Y lo ha logrado, Caraqueño?—interrogó con sorna el cantador—. Mire que eso de conocer a fondo a un llanero como que es difícil.

—Ya sé que en eso fundan ustedes su mayor orgullo. Todos ustedes, desde el más rudo hasta el más culto, desde Crisanto Báez hasta el doctor Juan Crisóstomo Payara, pongamos por ejemplos. Porque esa tiranía de lo llano que los rodea por todas partes es esencialmente niveladora. Este panorama llanero, esta mezcla absurda de transparencia suma y de misterio—pues lo misterioso y como ustedes dicen, lo espantoso del llano, reside precisamente en su excesiva luminosidad—, este paisaje monótono y obsesionante se repite dentro de ustedes con abrumadora uniformidad. Que usted y mi baquiano, aun no perteneciendo a una misma categoría de personas, sientan y piensen de un mismo modo no puede sorprenderme, pues ya conozco el caso de ese doctor Payara a quien acabo de mencionar...

Se interrumpió bruscamente y volviendo a meterse en su chinchorro, concluyó:

—Pero le estoy fastidiando demasiado... Cosas de la fiebre.

—Por el contrario, me agrada mucho su conversación. Y hasta querría que me echara el caso de ese doctor Payara de quien ya conozco algunos pasajes. Digo, si es el mismo que es también general y a quien, por más señas, mientan el *Diablo del Cunaviche*.

Mas como al Caraqueño ahora le daba por el mutismo, concluyó, al cabo de una pausa:

—Aunque verdaderamente es mejor que sude su calentura callado y tranquilo. Ya tendremos tiempo de darle a la sin hueso.

Y para sus adentros:

—¿Qué le habrá pasado a este caraqueñito? Porque en eso de no querer dar su nombre debe de haber algún entaparado...

*

El sol de los araguatos arranca reflejos de bronce nuevo a los troncos de los samanes y completa la ilusión de bosque metálico el pesado reposo de la mata en la tarde sofocante. Un aire sin transparencia flota sobre la sabana, empañando las perspectivas. Hay un silencio macizo que llega hasta el horizonte...

Pero las palabras del baquiano, murmuradas a media voz, le hacen de pronto un hueco de resonancia inquietante:

—¡Aguaite, compañero!

Florentino mira hacia donde le indica, boquete de la mata sobre la brumosa lejanía de la sabana donde acaba de suceder un sencilla cosa extraordinaria, como lo es toda aparición viviente en el desierto, y a su vez murmura:

—¡Umjú! Ahí viene el perro...

El Caraqueño vuelve a incorporarse fuera del mosquitero y mira hacia el acontecimiento con febril curiosidad.

Pero es un perro vulgar, manso, triste de sarna y de hambre, cuyo aspecto en nada corresponde a la entonación agorera de las palabras que lo han anunciado. Se detiene un momento en la linde de la mata, receloso de la presencia de hombres, y luego se decide a atravesarla, haciendo un rodeo previsivo.

El Caraqueño, defraudada su expectación de lo extraordinario, sigue al can con miradas displicentes y murmura, como quien trata de extraerles a frases que lo intrigan el sentido enigmático que puedan encerrar:

—"Ahí viene el perro"... "Anoche me salió el tigre". ¡El perro! ¡El tigre! Y no simplemente un perro o un tigre.

Y dirigiéndose de pronto a sus compañeros, quienes entretanto han estado comentando su monólogo con recíprocas miradas maliciosas, los interpela:

—¿Por qué hablan ustedes así? ¿A qué misteriosa porción del pensamiento acerca de las cosas que los rodean, corresponde esta tendencia a deformar la realidad, empleando las palabras como ustedes acostumbran? No fue un tigre cualquiera el que se le apareció anoche al baquiano, pues ya me ha confesado que al designarlo "el tigre" le parece haber dicho más y se queda más satisfecho; pero si en el caso

de la fiera se explica la forma enfática como necesidad, muy llanera, de exagerar la aventura, en el de este pobre perro debe de haber algo más. ¿Qué ha visto usted, Florentino, en ese infeliz animal inofensivo y vulgar? ¿Qué ve, habitualmente, para que lo designe "el perro" y no un perro?

Y como a todo esto sonreía el cantador, mientras lo escuchaba con la extrañeza que tenía que causarle, concluyó amoscado:

—¿O es que ha querido hacerme creer que se trata de uno determinado y misterioso, de un duende que bajo esa forma acostumbre aparecerse por estos sitios y a esta misma hora, tal vez?

—¡Un momento, Caraqueño!—repuso Florentino—. Eso será lo que usted se habrá figurado por su cuenta y riesgo. Pues por lo que voy viendo, usted como que se espanta de las palabras.

—Porque las palabras son los espantos de la sabana. Usted lo ha dicho y ya se me venía ocurriendo. No sólo por el sentido enigmático que adquieren de la manera con que al emplearlas como lo hacen, deforman ustedes la realidad sino porque ellas mismas y cualesquiera que sean, resultan inquietantes por estas soledades. Hace poco le advirtió el baquiano que no es bueno "ir regando uno su nombre por el camino", y estoy seguro de que no se refería solamente al peligro de que por ello pudiese identificarlo algún posible enemigo emboscado. ¿Verdad, Crisanto?

—Usté que lo asegura, Caraqueño. Su boca sea la medida, como ya le dije en denante.

—Sí. Para usted el nombre forma parte de la personalidad, y quien lo va dejando por el camino, quien lo pronuncia inútilmente, se convierte en otros tantos fantasmas de sí mismo.

—Si es así—concedió Florentino—, como tengo esa costumbre, ¿cuántos Cantaclaros se estarán apareciendo por todos estos llanos?

—¡Usted mismo entre ellos!

—¿Cómo es eso, Caraqueño? ¡Esa sí que es gorda! ¿Quiere decir que yo soy un duende?

—Uno de sus duendes. Pero no solamente el nombre propio, sino todas las palabras que se pronuncian estando a solas, que es como generalmente se halla el hombre por estas tierras, se convierten en fantasmas. En estos sitios callados y desiertos están suspendidas en el aire, o mejor dicho en el silencio, a orillas del camino, todas las palabras frustradas, por no haber sido recogidas por el interlocutor necesario en toda conversación, que se pronunciaron al atravesarlos pensando en alta voz. Están mudas, pero sentimos que nos hablan, porque son palabras y necesitan ser recogidas por oídos inteligentes. Esas son las almas en pena que, según ustedes, se aparacen por estos lugares pidiendo oraciones que las saquen del purgatorio. Por estas tierras vagan en el limbo del silencio todas las palabras que van dejando por el camino los que viajan hablando a solas. Mañana, cuando usted vuelva a pasar por aquí, oirá estas que estamos pronunciando y dirá que es el Anima Sola que recorre esta mata gimiendo y rezando.

—¿Pero no habíamos quedado en que eso no pasa sino cuando se habla a solas?—inquirió Florentino, ahora entre burlas y veras—. Aquí estamos dos personas recogiendo las suyas. Que por cierto...

—No. Aquí estamos solos, cada cual oyendo una conversación misteriosa que sostienen unos fantasmas en el silencio de la mata.

—¡Ah caramba!—exclamó el baquiano—. ¿No sería mejor, joven, que acabara de pasar su calentura callado y durmiendo?

Pero la peregrina teoría ya le escarabajeaba por dentro a Florentino:

—Sin embargo, Caraqueño, esas palabras que usted llama inútiles de algo sirven a veces, pues ahora que oigo las suyas me explico ciertas cosas que me han sucedido por estas soledades. Esta, por ejemplo. Una vez que se me había mancado el caballo en una bomba de medanal y no llevaba remonta, como iba costeando el monte del Arauca al paso cojitranco de mi bestia, escuché que venía un bongo remontando. Atravesé el monte y caí a la playa junto a una vuelta

del río. Era punto de mediodía, estaba la playa silencia bajo el reventadero del sol y sólo se escuchaba, detrás de la vuelta, el ruido de los pasos de los palanqueros del bongo: tam..., tam..., tam...

Sonríe el baquiano, como de cosa sabida, y Florentino interrumpe el relato para contar la conseja:

—Cuentan que un día un bonguero maldiciente, al separarse de la orilla en aquel sitio, cuando los palanqueros le preguntaron—: ¿Con quién vamos?—y que en vez de responderles: —Con Dios—le contestó: —Con el Diablo—. Y dice el cuento que allí mismo empezó a hundirse el bongo, como si llevara un gran peso a bordo, al mismo tiempo que los palanqueros no encontraban fondo y la espaldilla no le obedecía a la mano del patrón, que no por eso dejaba de maldecir, hasta que reventó a bordo una gran carcajada de un pasajero invisible, que era el Diablo, con cuyo peso se estaba hundiendo la embarcación, como allí mismo se trambucó y desapareció en el agua, con todo y patrón y palanqueros. Y como esto y que sucedió a punto de mediodía, a esa hora siempre se escuchaba el bongo del Diablo remontando detrás de aquella vuelta. Yo entonces no conocía el pasaje, y allí estaría todavía esperando el bongo, si una voz no me dice, cuando ya me disponía a quitarle el apero al caballo: —No desensille, joven—. Volví la cabeza, busqué por todas partes y no vi a nadie por todo aquello, ni en la playa, ni en el monte. A mí no me asustan los espantos cuando se me aparecen de noche, pero si me salen de día todo el cuerpo se me descompone. Sin embargo, haciendo de tripas corazón, comencé a aflojarle la cincha al caballo, para soltarlo allí mismo, ya que para nada me servía, y seguir mi viaje en el bongo. No había hecho sino agacharme, cuando vuelvo a escuchar, entonces ya no como quien aconseja, sino como quien manda: —No desensille, le digo.

—¿Ese paraje queda muy distante de Hato Viejo Payareño?—interroga el Caraqueño, que ha oído con gran interés el relato, sobre todo desde la parte donde el narrador se refirió a la misteriosa voz escuchada.

—Sí. Algo lejos.

Y como el Caraqueño guarda silencio, agrega:

—¿Por qué me lo pregunta?

—Por nada. Dejemos esta conversación absurda—responde el enfermo, metiéndose en su cama colgante.

—Es lo mejor—aprueba el baquiano, imitándolo.

El silencio vuelve a adueñarse de la mata. Los troncos de los samanes arden un rato en luz bermeja del sol rasante. Luego se apagan, se quedan como más inmóviles y así los encuentra y los cobija la noche.

Ya no se distinguían cuando Florentino, como oyese que el Caraqueño roncaba, le preguntó al baquiano:

—Dígame, Crisanto: ¿este joven viene de Hato Viejo Payareño?

—Conmigo, desde Las Maporas, como le dije en denantes... Pero ¿por qué me lo pregunta?

—Porque acaba de mentarlo y antes al dueño.

—No es la primera vez. Y varias veces lo he escuchado referirse al *Diablo del Cunaviche.*

—Algo grave le habrá sucedido con él.

—No sería el primero tampoco, pues por algo le habrán puesto ese apodo muy cristiano al doctor y general Juan Crisóstomo Payaro. ¿Lo conoce usté, Florentino?

—De fama, como todos los llaneros, y de vista un poco; pero no de trato. Hace tres meses, más o menos, me topé con él. O mejor dicho: lo saqué de un atolladero donde se había metido. Acababa yo de dejar el caserío de Mal Paso, donde una muchacha se había empeñado en irse conmigo...

—Y como usté no se hace rogar para esos favores...

—Florentino carga la fama... Ibamos desechando caminos reales, por si acaso el padre y los hermanos querían salir a quitármela, era la noche más negra que he visto en mi vida, y aunque estaba fusiliando era más que encandilarnos que para alumbrar la trocha, cuando empezamos a escuchar unos lecos de: —¡Por aquí va gente perdida!—. Los perdidos íbamos a ser nosotros si nos dejábamos encontrar y así contesté entre dientes a los gritos, creyendo

que fueran trampas que me pusieran el suegro y los cuñados; pero siguieron escuchándose los lecos, cada vez más desesperados, y entonces le dije a mi compañera: —Quédate aquí mientras me acerco a ver qué gente es ésa y si es verdad que andan perdidos—. Sí lo estaban, y eran un blanco y su señora. Los saqué del camino, él quiso pagarme el favor con plata y como eso me ofendió le di la espalda, dejándolo con su nombre en la boca, y seguí mi rumbo, la verdad sea dicha, pensando más en la mujer bien encaminada que en la que iba perdiéndose conmigo, con todo y lo baquiano que soy.

—Asina sería de más bonita la mantuana que la malpaseña.

—De eso era la voz, que fue lo único que pude catarle en la obscuridad de aquella noche. Pero como yo todavía no me he equivocado al pintarme una mujer en cuanto la escucho hablar, tan clara y tan compleja que hasta le podría contar los lunares, me atrevo a asegurar que por lo menos uno y en buen lugar, tiene la señora del *Diablo del Cunaviche.*

—¿La señora? No he escuchado decir que se haiga casado otra güelta. Pero... ¡Ah sueño que hace, Florentino!

Este comprende que el baquiano le insinúa abandonar el tema porque el Caraqueño ya no ronca y probablemente esté despierto, y guarda silencio, afirmándose en la sospecha de que algo debía de haberle sucedido al forastero con el doctor Juan Crisóstomo Payara, hasta que, volviendo a sentirse los ronquidos de aquél insiste en averiguar:

—¿Creerá uted, baquiano, que nunca me he corrido hasta Hato Viejo?

—Raro es, verdaderamente. Pero ni falta que le hace, Florentino, porque esa tierra no aguanta forasteros.

—¿En qué sentido?

—En el que usté saque de este pasaje que le voy a echar, porque sé lo que es necesidá.

—Es que no puedo coger el sueño sino escuchando conversar.

—Pues escuche. ¿Conoce a don Manuel Mirabel?

—De referencias.

—Entonces ya habrá oído decir que ese viejo no es amigo de conversar zoquetadas, ni de los que se les enfría el guarapo, así como asina. Sin embargo, yo le he escuchao este pasaje. Venía él de Cunaviche arriba, en bongo, con la señora y dos de sus hijas, y en llegando a una vuelta del río donde se veían unas fundaciones, que eran las de Hato Viejo Payareño, ya abandonao pa entonces y que le dijo al patrón que atracara pa pernoctar allí. El patrón y que le respondió, sin darle explicaciones, que mejor era seguir más alantico, pues toavía podían bogar con luz de día, pero él y que se empeñó en quedarse allí. Bueno. Desembarcaron, hicieron su comidita y cuando escureció del todo se acomodaron donde ya habían colgao, que era una casa desocupá y medio en ruinas, en dos piezas paré por medio el matrimonio y las niñas. Apenas y que estaban pellizcando el sueño cuando y que pegan un leco las muchachas. Corre pa allá don Manuel y ellas le explican que un hombre, alto él, blanco él, de barba negra muy cerrá, bien vestío y calzao y con espuelas de plata, les había sacudido el chinchorro por las cabuyeras.

—Pero ¿no y que estaban dormidas? Seguramente sin luz en la pieza. ¿Cómo pudieron ver tantos detalles?

—Aguárdese ahí. No me chalequee el cuento le digo yo ahora. Don Manuel y que las regañó y les dijo no habían podío verlo como lo pintaban, y después de haber registrao el cuarto por si acaso, y de haberse cerciorao de que las puertas estaban atrancás por dentro y no había agujero ni resquicio por donde naiden pudiera meterse, se volvió pa el suyo y se acostó. No había pasado media hora cuando y que fue la señora la que pegó el leco. Vuelta a levantarse don Manuel, vuelta la misma explicación que habían ya dao las muchachas y vuelta a acostarse. Bueno. Ya estaba cogiendo el sueño cuando y que le tocan a la puerta.

—Tun, tun.

—¿Quién es?—y que preguntó.

—Yo, don Manuel. El patrón.

—¿Qué se le ofrece?

—Decirle que ya estamos listos.

—¿Cómo listos? Si le dije que saldríamos de madrugada y no es medianoche siquiera.

—¡Guá, don'Manuel! ¿No fue usté mismo a dispertarnos para que saliéramos en seguida?

—¿Yo?

—Usté, don Manuel. Me jamaquió el bongo y me dijo: "¡Alce arriba, patrón, que nos vamos ya!"

El narrador hace una pausa y luego prosigue:

—Bueno. Dice el mismo don Manuel Mirabel que al oir esto ya no le quedaron ganas de esperar a que amaneciera, sino que allí mismito dispertó a la familia y siguió su viaje, Cunaviche abajo.

—No era para menos—observó Florentino, aunque sin haberle hallado mayor interés a la conseja.

Y el baquiano concluye:

—Y como ése, muchos otros pasajes de un blanco que y que se aparece por allí cuando llegan forasteros y los hace seguir su marcha sin dejarlos descansá. Y todos dan las mismas señas: un blanco alto él, de buen plantaje, barba negra cerrá pero no larga, bien vestío y calzao con polainas de patente y espuelas de plata. Digo yo que será pa que naiden se entere de algún misterio que debe de habé por allí.

En esto intervino el Caraqueño desde su chinchorro:

—¿Cómo se explica, entonces...?

—¿Qué dice, Caraqueño?—inquiere Florentino.

Pero el interpelado no responde y el baquiano explica, momentos después:

—Habló dormido. Tiene esa costumbre.

—¡Hum!—hace Florentino.

Luego el silencio, el profundo silencio de las noches del desierto, al abrigo de las matas, posadas de la sabana...

III

JUAN, EL VEGUERO

Por allá se quedaron los caminos que podían llevarlo a los llanos de Barinas; aquí se extienden ahora ante su vista las desiertas llanuras que van a morir en las solitarias riberas del Cunaviche. Más que el deseo de medir sus facultades con el ya legendario cantador a quien iba a desafiar, así fuese el mismo Diablo, como decían, pudo la curiosidad del enigma de Hato Viejo Payareño y hacia allá cabalga escotero, pues la remonta se la cedió al Caraqueño, solo, a través de la muda inmensidad de los bancos.

Humaredas de incendios lejanos que hace días enturbian la atmósfera de la sabana, más densa a medida que se interna hacia el Sur, hacen el aire sofocante y penosa la marcha bajo el sol, sin brisa que lo mitigue. En los matorrales estridulan las chicharras y en los bajíos, donde fueron los bebederos, se resquebrajan las terroneras enjutas. Reina la sequía y los rebaños sedientos caminan hacia el agua ilusoria de los espejismos.

Ya atardecía, en rojo sin brillo, cuando llegó a un rancho solitario, junto a la vega castigada de una madrevieja.

—¡Salud!—dijo, pero no obtuvo respuesta.

Era una choza despatarrada, en parte caney, en parte vivienda con abrigo de techo de palma y paredes de barro. Bajo el cobertizo abierto al viento sabanero, que aquella tarde no corría: un chinchorro mugriento, negras las cabuyeras de chinches repletas de la sangre sin substancia que le chupaban al dueño en aquella yacija; una tinaja sobre una tabla clavada al tope de un palo enterrado en el suelo y más allá un montoncito de cenizas frías entre unas topias ahumadas.

Detrás del rancho, tres cruces de madera sembradas entre el monte, un topochal en torno a una charca, un rastrojo de yucas raquíticas. Y la sabana por todas partes, desierta,

inmensa y melancólica bajo la luz espesa con que se desangraba el sol, degollado por el horizonte, entre la bruma de humareda.

—¡Salud!—repitió Florentino—. ¿Como que no hay gente por aquí?

—¡Sí, señó!—salmodió lentamente, pues aquello no era hablar, una mujer que aún tardó un buen rato en asomarse a la puerta del rancho—. Por aquí anda un piazo.

Pringue de ropas en jirones y miseria vital de un cuerpo sin sangre, hidrópica, abotagado el rostro de color terroso, amarillo el que debiera ser blanco de los ojos, mortecinas las pupilas, bien había dicho que no era una persona, sino un pedazo nada más, un mal resto de ser viviente.

—¿Me permite que cuelgue por aquí, después de obsequiarme con un poco de agua?—le preguntó Florentino.

Y ella tardó en responderle, no porque quisiese negar el hospedaje, sino porque todo vacilaba y se arrastraba penosamente dentro de aquella ruina.

—¡Yo sé Juan! De seguro que él tampoco tendrá inconveniente.

Y esto, que se refería a su hombre, lo dijo sílaba a sílaba, con una lentitud desesperante y a tiempo que se rascaba el abdomen con movimientos tan calmosos como sus palabras.

—¿Y Juan por dónde anda?

—¿El?—interrogó ella a su vez. Y luego, sílaba a sílaba y rasca que te rasca—: El ahorita ta pa la vega, recogiendo unos topochitos y unas yuquitas para la comiíta e mañana. Pero ya no debe de dilatá, porque aguaite el perro que ya viene por ahí. ¿Por qué no se apea? Aquí no tenemos na que ofrecele, pero techo ande colgá tuavía queda un piazo. Digo, si Juan no tiene inconveniente, que a buen seguro que no lo tendrá.

El perro era sarna, y Juan, el veguero, anquilostomiasis y paludismo. Retaco, macilento, canijo, pie en el suelo nidal de niguas, un mandil de coleta cubriendo las partes pudendas, la piltrafa de un sombrero pelodeguama sobre la greña piojosa. Traía una mochila al hombro y un machete rabón

en la diestra, y apenas contestó con un gruñido al saludo insinuante de Florentino. Ni una chispa de inteligencia brillaba en aquella mirada que se posaba sobre las cosas y allí permanecía largo rato inmóvil, inexpresiva, echada como una bestia pesante y despeada.

La acción embrutecedora del desierto, la vida confinada al palmo de tierra de la vega perdida en la inmensidad de la sabana, siervos solitarios de la gleba que sobre aquel mal terrón de ella nacieron y en ella enterrarían sus huesos, el funesto chinchorro siempre colgado, encurvando y reblandeciendo las energías del rudimentario alimento de topocho y de la yuca que degeneraban en la tierra sin cultivo del rastrojo y el agua pútrida de la charca o del jagüey, carato de aquellas larvas que les hinchaban los vientres y les chupaban las fuentes vitales, la miseria sin límites pero sin horizontes, como la llanura en aquella tarde brumosa y la ignorancia absoluta, habían hecho de aquel hombre y su mujer duendes de sí mismos, con cenizas de alma en la mirada.

Florentino no se molestó en repetir la petición del permiso para colgar su chinchorro, sino que procedió a tomar posesión del caney y aunque nada de lo que hubiese en aquel cubil podría ser apetitoso, luego de mitigar la sed con el agua turbia y posma de la tinaja, como llevaba hambre de toda una jornada les pidió de comer.

—¿De comer?—repitió la mujer, con esa costumbre de respuestas interrogativas, doble trabajo de la pereza mental.

—¡De comer!—exclamó Juan, a tiempo que su mirada iba a echarse sobre las tapias del fogón apagado, donde ya lo estaba el perro sarnoso que les servía de guardián.

Y la primera agregó, con su desesperante manera arrastrada de hablar:

—Si se conforma con un topochito asao y unas yuquitas sin sal, porque la última poca que me quedaba se nos acabó trasantiel, le prendo la candela. Pero si me proporciona una rajita e fósforo.

—Me conformo con una taza de café—dijo Florentino.

—¿Café? ¡Ay, mijito! Eso es lujo por aquí.

—O un trago de aguardiente para engañar al estómago.

—¿Aguardiente?—intervino Juan, que en lo preguntón y en lo calmoso para hablar rivalizaba con su mujer—. La cosa es que la última poca que me quedaba me la bebí esta mañana, para sacame el frío de tripas de una cagantinita que me tiene trabajao.

—Pues está visto que he llegado tarde y no me queda más recurso sino echarme otro tarrayazo de agua, que como está cargadita de tierra, con el peso se me aplomará el estómago.

—Lo único que pueo ofresele es una mordiíta de tabaco e vejija—concluyó Juan, quitándose el sombrero bajo el cual llevaba, sobre la greña piojosa, la inmundicia que ofrecía.

—Gracias. No masco—rechazó Florentino. Y luego a la mujer—: Tome el fósforo, comadre. Me transo por el topocho y la yuquita.

Y al cabo de un rato, ya metido en su chinchorro y mientras la mujer le aderezaba el mal paliativo del hambre:

—Dígame, Juan. ¿Cómo pueden ustedes vivir así?

—¿Cómo?

—¿Y todavía lo pregunta?

—¡Ah!... Pues asina, con el favor de Dios, que es muy grande.

—Ya se ve. ¿Pero no pone usted nada de su parte para ayudarlo a que no le siga haciendo esos favores?

—¿Y pa qué, don...?

—¡Hombre! Para que no pase trabajos su mujer. Y no digo sus hijos, porque con lo jambreados que están ustedes no me parece que puedan tenerlos.

Y Juan, palabra a palabra y sílaba a sílaba, cual si fuese contándolas mientras salmoniaba sus negras miserias:

—Ya los tuve y se me murieron. ¿No aguaita esas cruces que están entre el monte? Ahí mismito los juimos enterrando según y como se nos jueron muriendo. Eran tres que cabían bajo un canasto y el mayorcito se nos malogró de una mordía de culebra, un día que lo puse a jalame el monte del rastrojo, en salva sea pa usté la parte más noble del hombre. Al del medio se lo llevó la fiebre esa que mientan económica, porque no da tiempo a gastá en medecinas,

y a la última, una jembrita de tres meses de nacía, nos le jecharon maldiojo y murió de una novedá del estómago, que no hubo yerba ni raíz que pudiera cortársela. Alcaraván la vido y con to lo facurto que es no pudo sacale el daño que le habían echao. De mo y manera que ya le he dicho a la mujé mía, que su gracia es Ufemia; vamos a dejá la paridera porque ya le hemos pagao su tributo a la tierra y por ese lao podemos está tranquilos, pues ya tenemos allí arriba tres angelitos que pidan por nosotros.

—Ya se ve que están pidiendo y consiguiendo mucho.

—Además, don, eso de trabajá no remedia ná, porque si bien se mira desde que el mundo es mundo los que trabajan son los pobres y los que se benefician son los ricos. Yo no me quejo, porque, como dice la copla:

Hasta los palos del monte
tienen su separación:
unos sirven para leña
y otros pa jacé carbón.

¿Pero de qué me ha servío a mí está trabajando desde que me conozco? Yo siembro las yuquitas, y cuando están buenas de comese, vienen del hato y se las llevan toas, que gracias a Dios que nos dejan las zocatas. Y si es lo poquedá de plata que el amo del hato le paga a uno por cuidale la vega, toa se la llevan los frascos de cholagogue y las peslas de quinina, que apenas le queda a uno pa un piazo e tabaco e mascá y pa una poca de aguardiente lavagallo pa calentarse el cuerpo cuando empieza la llovedera. Y de la pulpería del hato viene to eso, porque plata no la mira el veguero, aumentando la palizá de palotes de la cuenta, que ya la mía no la brinca un venao.

—¿Y por qué no arrea usted por delante la mujer y se va a trabajar donde lo traten mejor?

—¡Jum! Mejor estaba yo y como dueño en lo mío, allá por los laos del Yagual. Y ésa jué mi perdición. Tenía un piacito e tierra sembrao y unos cuantos animalitos: unas cuatro vacas lecheras y dos potrancas y con eso vivía tranquilo y contento. Pero como en este mundo na es completo,

había también por allí na menos que un Jefe Civil, más malo que Guardajumo, de apelativo Buitrago. Se enamoró de lo mío—a ellos siempre les sucede eso con lo ajeno—, y hoy con una multa, porque las vacas y que andaban sueltas por la población y mañana con un arresto por unos palos de más que me pegué, como yo nunca tenía plata pa pagá las multas, se jué montando una cuenta y un día jué y vino a embargarme dos vacas pa pagásela él mismo. A lo que me dije yo: —Déjame salí de estos animalitos pa que se le quite al hombre la provocación y vamos a ponenos lejos de poblao, porque en esta tierra pa viví tranquilo, contimás distante de las autoridades. Y vendí lo que me quedaba de lo mío y me vine a trabajá en lo ajeno, pa que otro, más soltario, pudiera seguí siendo rico. Y aquí me tiene, resignao a mi suerte, porque ya lo tiene dicho la copla:

El que nació para pobre
y su sino es niguatero,
manque le saquen la nigua
siempre le queda el aujero...

Así concluyó Juan. Sus miradas se posaron al pie de las cruces sembradas entre el monte. Sus últimas palabras se hundieron en el vasto silencio sin transición perceptible, y Florentino, recordando la peregrina teoría del Caraqueño, se dijo mentalmente:

—¡Ah espantos feos los que van a salir por aquí!

Y la noche se echó sobre el rancho de Juan, el veguero, duende de un hombre que tuvo unas vacas y se las robaron quienes debían protegerlo, y tuvo tres hijos que se los mataron el brujo, la culebra y las fiebres.

IV

EL BLANCO DE HATO VIEJO

Madrugada llanera, escalofrío de la sabana paludosa precursor de la fiebre del día. Llegó sin canto de gallo ni lumbre encendida.

Y allá iba Florentino:

Con la cruz sobre el bostezo
me voy santiguando el hambre...

Y a una sombra destacada sobre las neblinas albeantes de la charca:

—¡Adiós, Juan! Creí que no se había levantado todavía. Muchas gracias por todo, inclusive por la sangría que me hicieron sus chinches, por si acaso el tabardillo...

Mas como no obtuvo respuesta:

—Como que no es Juan... O no le habrá gustado lo de la sangría.

Y fijándose en que la sombra se había desvanecido:

—¿Qué se hizo?... ¿Sería Juan?...

—Ni falta hase, Florentino—se responde, desdoblándose en el habitual interlocutor de sus monólogos dialogados—. Lo que necesitamos es talgo que nos caliente el estómago.

—No se aflija, compañero. Por aquí debemos de encontrar una quesera, según las señas de Crisanto Báez, y por lo menos una camasa de suero podremos echarles a las tripas... ¡Aguaita! Ahí está el hombre, otra vez... ¡Salud, amigo!...

—Tampoco te contestó, Florentino. ¿No será un espanto, más bien?

—Nada tendría de raro. Alguna palabra que se ha quedado penando por aquí, según la teoría del Caraqueño... ¡Ah cabeza para dolerme!... Déjame seguir sin sombrero a ver si con la fresca se me alivia... ¿Qué se hizo la sombra? ¡Humm! Vamos a callarnos, Florentino, porque esto de ir regando espantos no es muy cristiano, que digamos.

Despierta la sabana con sus caminos ya estirados, por si acaso algún viajero. Todos están listos para ponerlo en marcha y todos son iguales: los que conducen y los que extravían. La sabana los ofrece, como una mano sus rayas al abrirse, pero no indica cuál es el mejor. Aunque es ancha y llana la tierra que cruzan, casi todos son senderos angostos para un solo viajero. En algunos, que ya nadie recorre porque desapareció la casa adonde llevaban, ya creció el ares-

tín. ¡Y son muchos estos caminos muertos por donde va muriéndose el Llano!... Un garzón solitario que por allí pernoctó parte con tres aletazos majestuosos el arco del vuelo y vuelve a ponerse su manto negro, más allá, por donde creció el arestín...

Ya la sombra precede al viajero, provocando el graznido de los alcaravanes. Un piar fugitivo suaviza la aspereza que dejaron en el aire. La yerba está emparamada y al sol que trae sed y viene lamiéndola, le perfuma la lengua de oro con olor de mastrantos. Y con esto concluye toda la ternura que le consiente a la mañana el verano severo.

A lo lejos, por entre los pastos castigados por la sequía, se mueve una mancha de ganado: unos cuantos puntos negros—unas paraparas como dice el llanero—, capachos de la alegre maraca de la abundancia que hace tiempo se rompió. Florentino tararea la melancólica tonada de los pastores y toda la tristeza del llano desolado palpita en el ritmo de aquellas notas que hacen gemir el inmenso silencio.

Interrumpe la tonada porque al ponerse el sombrero un trozo colgante del ribete del ala le hace pensar:

—¿No sería ésta la causa de la sombra de esta madrugada?... Lo que diría el Caraqueño: así son todos los espantos de la sabana.

Ya el sol se le encaramó en el anca del caballo, pegado a su espalda, sin que venga el viento a quitárselo de encima. La atmósfera, saturada del humo de las quemas, sofoca y abrasa los pulmones y comienzan a espejear los arenales como charcas azules, para engaño y tortura de sediento.

—¡Allá está la quesera! Tengan paciencia, tripas, que debe de haber algo para ustedes.

Ya el caballo va forreando, bañado en sudor espumoso el pelo negrísimo. Por momentos se va haciendo más densa la niebla de humaredas que invade la llanura.

—¡Llano, llano, llano, llano!

Cuatro veces te he mentado
y a ninguna has respondido...

—Aguárdate ahí, Florentino, que el caso no es de cantar. ¿Qué se hizo la queserita? ¿Como que se la tragó la tierra?... Completica vi la casa en piernas y hasta distinguí al quesero y ahora resulta que no hay sino banco de sabana pelada. Y no fué hilada de sombrero, porque ya se la había arrancado... Espejismos los llaman, Florentino... Bueno, tripas, ¿están oyendo? Por el momento no hay nada de lo dicho. Y apura el paso, retinto... ¡Llano! ¡Llano! ¿Por qué lo hiciste tan grande y tan seco, Dios mío? Y si no fue de propósito, ya que te salió así, ¿por qué no pusiste una mata en este banco de sabana? ¿Verdad, retinto, que no nos vendrá mal? Seis horas llevamos atravesando este reventadero de sol sin una jaciíta de sombra. ¡Llano! ¡Llano!

Cuatro veces te he mentado
y a ninguna has respondido.
¿Quién me manda a estar buscando
lo que no se me ha perdido?

La bestia sacude la cabeza atormentada por la insolación, el jinete le da unas palmadas en el cuello, la reanima con palabras afectuosas y luego se abandona a la modorra del ardiente mediodía.

Largo rato llevaba en silencio cuando de pronto exclamó:

—¡Salud, compañero!

Y en seguida, al advertir que todavía iba solo:

—Habría jurado que alguien se me había puesto al paso... El sol que me lleva ciego.

—¿Ciego y viendo visiones?—profirió el interlocutor ilusorio que con él acostumbraba a dividirse el pensamiento.

—Encandilado, pues, que es lo mismo.

Y al replicar, así, ásperamente, como no solía ser su trato con aquel ayuda de su pensamiento solitario, se sacudió cual para quitarse de encima al que viajara en la grupa, pegado a su espalda, pues no era el escozor de ésta, caldeada por el sol, lo que sentía y lo exasperaba, sino el de un contacto real con cuerpo extraño que lo agobiase y le comunicase su calor.

Un instintivo horror lo hace reintegrarse brucamente a

la total noción de sí mismo, pero aun entonces se le escapa la habitual forma dialogada de su monólogo mental:

—¿Qué te pasa, Florentino?

Y la pregunta, materializando de nuevo al duende, provoca otra vez la áspera respuesta con lo primero que a mano le viene:

—Esta barba que me trae fastidiado. Me parece que no soy yo cuando me siento tan peludo. Si encontrara uno a quien dársela para que se la llavara al barbero...

Oye una risa socarrona y luego, dando rienda suelta al diálogo, deliberadamente:

—No se aflija, compañero. Por las señas de Crisanto Báez ya debemos de estar cerca... A menos que vayamos perdidos, porque con esta humasera... ¡Qué perdidos vamos a ir! Será la primera vez que yo no llegue a donde me haya propuesto. Este es el camino. ¡Arree y no se aflija!

—¿Afligirme yo? ¡Ah caramba, compañero! ¿Usted como que no me conoce? Yo nunca ando preguntando cuánto me falta ni a dónde llevan los caminos, porque cuando tiro un rumbo para ir a reventar a cualquier parte, lo mismo me dan cien leguas por delante que... ¡Arree y no se aflija!

Una brusca interrupción pone fin al diálogo y restablece la completa lucidez de su pensamiento:

—Ahora sí que estoy de cuidado. Se me han revuelto los nombres, y no sé cuándo habla Florentino y cuándo Cantaclaro. ¿Quién fue el que mandó arrear y a quién se lo dijo?... Vamos a seguir callados porque ya esto no me está gustando ni un poquito.

Su sombra había desaparecido bajo las patas del retinto. En su cráneo se hundía vertical el barreno de la insolación.

*

Declinaba la tarde cuando llegó a un sitio donde se alzaba una cerca con puertas de trancas corredizas.

Era un paraje desolado, de pardas sabanas quebradas cuyos pastos ardidos no buscaban los ganados. Un silbo melancólico de tórtola solitaria subía de los tristes bajíos, ya en

sombra, hacia las calladas lomas y estaban quietos los caminos bajo el alto silencio.

El suyo también se había detenido de pronto. Y ya se disponía a apearse de la bestia para correr las trancas que le cerraban el paso, cuando oyó que le decían:

—No se moleste, que ya lo hice.

Era un hombre de aspecto distinguido y acomodado. Vestía de blanco, calzaba polainas de charol y espuelas de plata y usaba un sombrero aludo bajo el cual lo único que se le apreciaba del rostro era la barba negra y tupida. Por otra parte, le daba la espalda ocupado en correr los varales de la puerta y al otro lado de ésta desollaba su fatiga, bañado en sudor y cubierto en espumas, un caballo negro retinto.

—¿Cómo que viene usted de lejos y apurando?—preguntó Florentino.

—De lejos y de cerca, pues un metro de tierra encima es más de mil leguas por el camino.

La voz no le era desconocida y las palabras ya le parecía haberlas oído antes, tanto que habría podido completarlas si las hubiese dejado truncas quien se las dirigía, así como todo lo que en aquel preciso momento sucedía percibíalo doblado con una fugaz noción de cosa pasada. Esto le causaba un malestar intolerable y para desvanecérselo formuló una pregunta cuya respuesta no presintiese:

—¿Por dónde venía usted? Y perdone la curiosidad, pues me llama la atención que no haya catado de verlo acercarse, siendo este paraje tan pelado.

—No pregunte tonterías, que usted no es de los que andan averiguando de dónde traen y a dónde llevan los caminos—le respondió ásperamente y de manera totalmente inesperada el misterioso personaje, sin dignarse darle la cara—. Y pase que ya el suyo está expedito.

Y mientras esto decía pasaba de diestro su caballo al otro lado de la puerta, agregando:

—¿La va a dejar abierta?

—Que la cierre quien la abrió, porque los favores completos son los que se agradecen. Y gracias que se las dé a sus

acciones que son mejores que sus palabras. Pero allá el viento con ellas. Y buen viaje, blanco. Que por mi parte yo procuraré tenerlo, sin que usted me lo desee.

Prosigue su marcha y a solas consigo mismo:

—¡Altanero es el blanco!... Bien distraído debía yo de venir para no haberme fijado en él.

Y en diciendo así vuelve la cabeza.

La sabana estaba sola. Un remolino de polvo al ras del suelo se alejaba por el camino...

Se mira la palma de la diestra que acaba de darle una sensación dolorosa y se encuentra una astilla clavada en la carne. Se queda perplejo, detenida la bestia y sus ojos van y vienen por dos veces de la astilla a las trancas de la puerta cerrada. Luego se extrae el pequeño cuerpo extraño que le escuece y suelta la copla al ancho silencio:

Por ser la primera vez
que yo en estas tierras canto,
me hago la cruz en la frente
por librarme del espanto.

V

LAS SUERTES TROCADAS

Ya el sol moría en el confín de la sabana, desangrándose en los ojos peladeros de los medanales, cuando llegó a un paraje desapacible de la ribera izquierda del Cunaviche, donde había unos corrales abandonados, blanquecinos los tranqueros que aún quedaban en pie, dos caneyes de techumbre raída por el viento y las lluvias y los escombros de una casa, más allá de la cual, arbolada por medio, se alzaba el negro y tiñoso tejado de otra.

Dos bestias aperadas y sudorosas estaban arrendadas a los horcones de los caneyes, y entre éstos, en medio del espacio que los separaba, tres hombres silenciosos sentados en el suelo; uno, ya viejo, sacando sogas de un cuero y los otros, que eran los jinetes de aquéllas, callando, cabizba-

jos, como después de una charla que los dejara pensativos.

Sin ser advertido por ellos llegó hasta el caney donde descansaban las bestias y bajando de la suya avanzó hacia el patio, saludándolos:

—¡Salud, amigos!

—Salud—respondiéronle. Y se quedaron mirándolo con aire receloso.

—Veo que no me conocen y como además parece que no les ha caído en gracia que los haya cogido por sorpresa, sin ser culpa mía pues no venía tapándome, voy a presentármelos yo mismo, como gente de paz. Florentino me llaman y Cantaclaro me dicen y la Coronadeña de la Concepción de Arauca, que también mientan *El Aposento,* aunque es donde menos paro, deja ver cuál será mi apelativo para servirles.

A lo que replicó el viejo, en cuya diestra se había quedado inmóvil el cuchillo de cortar sogas:

—Viene usté con muchas palabras, joven. Con el apodo bastaba para que supiéramos quién era.

—Las que me sobraron de la última conversación con cristiano vivo, que ya ni me acuerdo cuándo la eché. Mas, por lo que acaba de decirme veo que no soy tan desconocido por estas tierras como me lo imaginaba.

—Ya conocíamos algo suyo, sí señor—intervino uno de los jinetes, negro corpulento, cuyos cabellos ya encanecían—. Y la verdad sea dicha: ganas no nos faltaban de ver cómo era el resto.

Estas palabras no expresaban animosidad, sino por lo contrario fueron acompañadas de una sonrisa afable, hasta donde lo permitían los duros rasgos de aquel rostro; pero Florentino las tomó a mal y en seguida repuso:

—Pues aquí lo tiene a su disposición, porque, casualmente, yo siempre ando resteado en esta parada de dado corrido que es la vida del llanero errante por la sabana. Hasta ahora vengo echando suertes...

Quedóse el negro mirándolo con plácida sonrisa inmovilizada en la faz y terció el viejo, a tiempo que volvía el cuchillo a la tarea:

—Que asina sea por muchos años.

—Y usted lo vea, viejo. Pero ya he dicho mi nombre y dado mis señas, ¿yo con quién tengo el gusto?

—Hinojoza es mi apelativo, para servirle.

Y soltando el cuchillo, para el ademán amistoso de presentar a los compañeros, comenzando por el negro:

—Aquí el caporal de sabana del hato...

—Juan Parao—dijo el aludido, quitándole la palabra.

—¿Juan Parao?—repitió Florentino, mirándolo, ya no con la hostil predisposición a que lo movieran sus mal interpretadas palabras, sino como a personaje admirado cuyas hazañas había cantado en sus coplas. Y echando mano de éstas:

—¿El del caballo jerrao
con el casquillo al revés?

Completó el negro la copla que lo envanecía:

pa que lo busquen p'un lao
cuando po el otro se jué.

Y agregó sonriente:

—El cuatrero. Sí, señol. Dígalo sin reparo, que ya de eso hace tanto tiempo que hasta mentira sería.

—¡Juan Parao convertido en caporal de sabana!

—Las vueltas del mundo.

—Por muerto lo tenía yo hace tiempo.

—Y quién sabe, Florentino.

—¡Hum! No me salga con eso, negro. Mire que ya vengo viendo visiones desde esta madrugada y voy a creer que todavía no estoy hablando con cristianos vivos.

En esto se puso de pie aquel cuyo nombre aún no conocía Florentino y que se había mantenido ajeno a la conversación, sin levantar la mirada del suelo.

—Aguárdate ahí—díjole Hinojoza—. Que todavía no sabe Cantaclaro si eres cristiano vivo o espanto de la sabana.

—No hace falta—repuso ásperamente, dispuesto a retirarse—. Ya otra vez nos hemos visto la caras el señor y yo.

Del tono nada amistoso de estas palabras, Florentino coligió que se tratase de alguno de los muchos que tenían que cobrarle agravio por novias quitadas o hermanas burladas y se apresuró a replicar:

—Francamente, amigo, no recuerdo dónde nos hayamos conocido; pero si tenemos alguna cuenta pendiente podemos aprovechar este encuentro para arreglarla de una vez.

—No se sofoque, joven—intervino Hinojoza, conciliadora, pero autoritariamente—. Y vaya diciendo qué lo trae por aquí.

—Pues... Las ganas de buscar lo que no se me ha perdido y la necesidad de perdirles permiso para colgar en estos caneyes, porque vengo con la cabeza que se me revienta del sol que he llevado por estos medanales. *¿Hato Viejo* no llaman esto?

—Sí, señor—respondió Juan Parao, con una sonrisa maliciosa—. *Hato Viejo Payareño.*

Mientras el viejo Hinojoza se tomaba tiempo para decir:

—Lo primero no está muy bueno que digamos, y lo segundo tiene sus peros. Ya se ve que viene usted con la tarantera del sol en la cabeza y que necesita reposarse, mas aunque por aquí no falta dónde colgar, mejor sería que siguiera con los compañeros, que ya se están diendo, hasta el hato nuevo, donde hay más comodidad. Pero, eso sí, siempre que se comprometan usted y el *Guariqueño* a dejar para otra oportunidad las cuentas que tengan pedientes, pues el amo no permite esos arreglos en lo suyo. Y es bueno que usted vaya sabiendo desde ahora y el *Guariqueño* no lo olvide, que el blanco de aquí es muy celoso de que se respete su autoridad y el que por las malas lo busca, ligerito lo encuentra.

Entretanto el *Guariqueño* se retiraba en silencio hacia donde estaba su bestia, y como oyese Florentino el apodo que lo asignaba, lo reconoció y recordó el lance que con él estuvo a punto de tener, años atrás, en el paradero de Corozco Pando, por causa de unas coplas suyas para las cuales no halló réplica aquél, cuya fama de cantador allí mismo se eclipsó.

Pero en seguida se despreocupó de su antiguo rival para atender a lo que Hinojoza decía respecto del propietario del hato y con repentina ocurrencia repuso:

—No tenga cuidado, viejo. No vengo buscando pelea, sino ganado que comprar. ¿Hay mucha hacienda por aquí?

—Alguna—respondió Hinojoza afilando el cuchillo para reanudar su tarea.

—Alguna—repitió Juan Parao, otra vez con la malicia del llanero bellaco en la mirada que no quitaba de Florentino.

Y éste, haciéndose el desentendido:

—Me alegro, pues ya estaba temiendo que hubiera perdido mi viaje, por haberme tropezado con un blanco que salía de por aquí con cara de comprador que no halló lo que buscaba.

Hinojoza detuvo la mano que trozaba el cuero y levantó la cabeza a tiempo que Juan Parao interrogaba:

—¿Un blanco que salía por aquí? ¿Cuándo jue eso?

—Ahorita. Lo que pueda haberme dilatado de la puerta del medanal hasta acá.

El negro y el viejo cruzaron una mirada de extrañeza y el *Guariqueño* prestó atención interrumpiendo el arreglo que hacía de los aperos de su bestia.

—Uno, alto él—continuó Florentino—, bien parecido, de barba muy negra, con polainas de patente y espuelas de plata, que monta un caballo negro retinto. Como el mío, por cierto.

—¡Hm!—hizo Hinojoza, y pasando el cuchillo por la piedra donde lo afilaba, volvió a su ocupación.

—¡Hm!—hizo Juan Parao.

—Digo yo que debe de ser bien parecido, aunque la cara no pude vérsela porque casi toda se la tapaba el ala del sombrero. Pero bien plantado sí puedo asegurar que era el blanco. Y altanero, además. Tan altanero que no pude agradecerle el favor que me hizo corriendo las trancas de la puerta para darme paso.

—¡Cómo! ¿Y jue él quien le abrió la puerta?—inquirió Juan Parao.

—Con sus propias manos. Escúcheme el pasaje.

Y refirió el encuentro con el misterioso personaje, de cuya viviente realidad parecía estar convencido, omitiendo cuanto contribuyese a ponerla en duda, tal como su perplejidad, cuando, al volver la cabeza, se cercioró de que nadie se alejaba por el camino.

—Y todo eso con la luz del sol—comentó Juan Parao—. Pero..., ¿dice usté, catire, que la bestia el blanco era negra?

—Sí. Que por cierto me llama la atención que haya sido del mismo pelo que la mía.

—Más nos extraña a nosotros que no haya sío rucia mosquía—repuso Juan Parao—. Se conoce que usté es forastero po aquí.

—¿Qué quiere decirme con eso, negro?—inquirió Florentino.

A tiempo que Hinojoza abandonaba definitivamente el trabajo que hacía y se incorporaba, interrumpiéndolos:

—Vamos a dejar la conversadera y vaya montando de una vez, Florentino, porque ya la hora es nona y de aquí al hato nuevo hay su piazo. ¿No le parece, compae Juan?

—Como usté diga, compae.

—Pues ya está dicho. Y usté, Florentino, si de algo cree que me valgan estas canas para darle un consejo, siga éste: mientras se halla por aquí no repita ese pasaje que acaba de echarnos y no me pregunte por qué. Usted es llanero marrajo, pero...

Un relincho impresionante lo interrumpe, alarido de bestia enloquecida. Es el retinto que ha reventado las riendas que lo ataban al horcón del caney y cabecea y se desperranca.

Todos acuden a él; Hinojoza recriminando a Florentino:

—Usted, que es tan llanero, ¿cómo no se había fijado que el caballo se le estaba atarrillando? ¡Sujétalo, Juan Parao!... ¡Ch'acá tu cuchillo, *Guariqueño,* que corta más que el mío, a ver si tenemos tiempo de sangrarlo! ¡Arrima aquí la mano!

Pero ya era tarde. Allí mismo el retinto se desplomaba, fulminado por la insolación, rígidos los remos, huídos los

ojos, dilatados los belfos ardientes de donde manaba una sangre negra y espesa...

¡Caballo negro, retinto de tantas noches trotando por la sabana, la oreja alerta al riesgo de la aventura! Nervio noble que no necesitó el apremio del acicate, ni soportó la injuria del chaparrazo; casco fino que no ablandaron los aguazales de los esteros, ni pudieron hacerle mellas las saltanejas empedernidas... Paso llano meciendo coplas por los caminos sin fin, pirueta del corcoveo para que el jinete fanfarrón se conquistase el amor de la hembra, demostrando que era bueno de a caballo brioso y entero... Caballo del recio aguante para derribar cimarrones, mitad de la destreza del coleador de entre madrina y madrina, mitad del centauro llanero... ¡Caballo del relincho de oro, clarín del alba sabanera, que ya más no sonaría!...

Ya se ha ocultado el sol. Es la hora en que las cosas brillan más que la luz envolvente, cual si despidiesen de sí toda la que han absorbido durante el día. La hora en que el árbol solitario proyecta su silueta pensativa y en la serenidad del cielo se pone a contar sus ramas y sus hojas para saber cuántas le habrá arrebatado el viento de la jornada y con cuántos pimpollos tendrá que reponerlas... La hora en que la sabana empieza a recoger sus caminos para tener tiempo de dormir y madrugar extendiéndolos de nuevo, frescos y descansados, para las marchas posibles...

Pero en *Hato Viejo Payareño* se había derramado sangre y éran grandes cuajarones los rojizos peladeros de los medanales, y antes de recoger los caminos era necesario borrar aquellas manchas, para que no las viesen los luceros...

Ya tampoco se distingue la que manó de los belfos ardientes, ahora fríos...

Florentino contempla en silencio al fiel compañero de sus andanzas que ya lo abandonó. Ahora no es aquel de la brusca arremetida y la copla alardosa. Calla, ceñudo y sombrío y hay un dolor de desgarramiento en su corazón de llanero mitad de un ser mitad caballo...

—Consuélese, amigo—le ha dicho Juan Parao—. Piense que tal vez se haigan trocao las suertes, polque quizá era

pa 'usté ese tarascazo e la Pelona, y el retinto le ha sacao prórroga.

Y la copla cae, como una flor en la sabana, sobre la noble bestia exánime:

¡Caballo negro, retinto,
ya están trocadas las suertes,
hasta hoy me cargaste en vida,
desde hoy me cargas en muerte!

VI

EL CORRIDO DEL AHORCADO

Era un caño, era un río, era un inmenso estero de aguas calientes que no aplacaban la sed, de aguas pastosas que se pegaban al paladar..., espesas y ardientes como sangre que fluye de una vena abierta... Era, de pronto, un arenal enjuto en cuya inmensidad resonaba un formidable galope distante y cercano a la vez, que ya no terminaría nunca, carrera del retinto muerto sobre el cual cabalgaba el blanco de *Hato Viejo,* quemándole la espalda, derritiéndole los sesos...

—No pregunte tanto, que usted no es de los que andan averiguando a dónde llevan ni de dónde traen los caminos... No forcejee tanto y déjese sangrar... Que éste es el suyo y ya está expedito.

Era el *Diablo del Cunaviche,* ganándole la porfía, acosándolo con sus coplas recién sacadas del infierno, rojas y quemantes, como la sangre del retinto, como los medanales de la sabana, inmensa lengua seca de tanto cantar..., como la sangre que le estaba chupando de las venas abiertas el blanco de *Hato Viejo,* que se iba volviendo negro a medida que chupaba, que se iba poniendo rojo a medida que obscurecía...

—Déjeme tranquilo, doctor... ¿Quién le ha dicho que yo voy a seguir ese camino? ¿No me ve desechando la puerta?

—Por no apearse a correr las trancas; pero este camino

es el suyo. No hay otro... Si no lo sangro se muere. Arrima aquí la mano, Juan Parao. Sujétalo, Hinojoza.

Y la sangre corría, como un caño...

*

Amanece. En el monte ribereño incian las chenchenas su canto desapacible. Florentino despierta, con conciencia ausente del sitio donde se halla.

—¿Cómo se siente, catire?—pregúntale Juan Parao, que ha velado junto a la hamaca donde él reposa.

—Sabrosito. Como si me hubieran dado una paliza con todos los palos del monte.

Juan Parao sonríe del despropósito y comenta:

—¿Y a eso lo llama usté sentise sabrosito? Usté como que ni sus males los toma en serio.

E Hinojoza agrega:

—Ya puede darles gracias a Dios de poderse burlar de ellos. A Dios y al doctor Payara, que si no lo sangra tan ligero ya usted sería difunto.

—Es verdad—apoya Juan Parao—. ¡Ah tabardillo feo el que le dio, catire! Si no hubiera sío po el dotol, que es como quien dice la providencia de estos desiertos, ya usté le estaría jaciendo compaña a su retinto.

—¿Y dónde está el doctor? Para darle las gracias de una vez.

—Acaba de irse para su casa. Toda la noche la ha pasado a su cabecera, después de haberle sangrado y haberle hecho de cuanto Dios crió para salvarle la vida... Pero siga durmiendo, para que se aliente ligero.

*

Otro amanecer y otra voz, preguntándole:

—¿Cómo se siente, amigo?

Era un hombre de cincuenta años bien llevados, con la contextura recia y magra del llanero de mesa sobria y vida al aire libre, todo el día sobre el caballo. Piel morena de sol,

que sin esto sería blanca y fina, muy limpia y bien rasurada, frente redonda y amplia, nariz de proporciones justas y expresión enérgica, unos ojos duros, de mirada imperiosa. Vestía de dril blanco, pulcramente aplanchado, llevaba sombrero de pelo, negro y aludo, botas altas de charol y espuelas de plata.

—Bien, doctor—respondió Florentino—. Gracias a sus cuidados. Ya Hinojoza y Juan Parao me han referido que, después de Dios, a usted le debo la vida. Y vayan adelante las palabras, que a su hora vendrán los hechos; hasta el momento presente, a Florentino Coronado nadie ha podido llamarlo malagradecido. De modo que cuente con un amigo.

—Habla usted demasiado para decir lo que con una palabra basta. Además, yo le debía un favor, el que me prestó en Mal Paso y no he hecho sino retribuírselo.

Dijo esto procediendo a tomarle el pulso. El tono de su voz era seco y autoritario, como ya lo había sido al dar las gracias, cuando en la ocasión recordaba Florentino lo sacó al buen camino; pero lo interesante de su persona suplía lo afable negado de su trato y el cantador locuaz, ya cautivo por lo primero, repúsole sonriendo:

—¿Quiere decir que estamos en paz?

Un minuto, reloj en mano, tardó Payara en responderle, sin mirarlo:

—Lo importante no es que estemos, sino que nos conservemos en paz.

Y en seguida:

—Puede levantarse para que se vaya conmigo al hato nuevo. Allí estará más cómodo. Ya no necesita guardar cama, pero por el momento no hay que pensar en seguir camino porque no le conviene asolearse. De aquí a *Hato Viejo* es cerca y llegaremos antes que caliente el sol. Luego, cuando esté completamente restablecido, nos ocuparemos en recoger el ganado que desea comprar, según me ha dicho Hinojoza. Mientras tanto habrá que arreglarle una bestia. Por hoy mandaré que le ensillen una de las mías.

Florentino malició que además del deseo de procurarle mayor comodidad, en albergue menos sórdido que aquella

casa en ruinas donde lo habían alojado, Payara tuviese otros motivos para llevárselo a las fundaciones del hato nuevo, como ya se lo hubiese propuesto Hinojoza, y repuso:

—Como usted disponga, doctor. Usted es el médico y además el amo de la casa. En un salto me vestiré para no hacerlo esperar mucho.

—No hay prisa. Levántese y desayúnese con calma mientras le ensillan la bestia. Ya Hinojoza le trae el desayuno.

Dicho esto abandonó la ruinosa vivienda y salió al patio donde había dejado su caballo, y como se inclinase para ajustarle la cincha, Florentino, que lo observaba desde su chinchorro, ya incorporado y disponiéndose a calzarse, se dijo de pronto:

—¡Ese es el hombre que me abrió la puerta del medanal! Visto así, de espaldas, no deja lugar a dudas. El mismo cuerpo, la misma manera de llevar el sombrero... Pero ¿y la barba?

En esto llegaba Hinojoza con la taza de café del desayuno llanero.

—¡Ajá! ¿Como que lo dieron de baja?

—Sí, señor.

—Me alegro, pues. En *Hato Nuevo* estará más cómodo, mientras acaba de alentarse.

—Así me ha dicho el blanco.

Empleó el epíteto con doble intención motivada de la sospecha que açababa de asaltarle, y agregó, insistiendo:

—Y ya van dos veces con ésta que me abre camino expedito.

Hinojoza lo miró de reojo y luego:

—Parece que usted a él le hizo otro tanto.

—Mal Paso llaman el sitio donde me lo topé aquella noche.

—Con tal que no lo sean los de usté de aquí palante.

—¿Qué quiere decirme con eso, viejo?

—Lo que usté a mí con lo suyo. Tómese el cafecito, que se le enfría.

Florentino sonrió, complacido en aquella esgrima de reticencias con que los llaneros se entienden cuando no quie-

ren o no pueden explicarse, y se dispuso a tomar el café, vertiéndolo en el plato. Ya Payara había desaparecido del espacio abarcado por la puerta que daba al patio. De pie y en silencio, Hinojoza aguardaba a que aquél concluyese.

—¡Buen café!—exclamó saboreándolo—. ¿Lo coló usted, viejo?

—No, señor. Lo coló la niña, como el de ayer tarde, que si mal no recuerdo, me hizo usté la misma preguntica. Y se lo manda con sus saludos, que ya se me olvidaba dárselos.

—Buena mano tiene la hija de su padre.

—¿Y de quién va a ser, pues, sino de su padre?

—Quise decir que así como el doctor tiene buena mano para la medicina, la tiene ella, por herencia, para los quehaceres de la casa. Dígale que le agradezco mucho sus saludos. ¡Buena mano y bonita voz! Las dos cosas que adornan más a una mujer.

—Ganas de oir la de usté también le manda a decir que tiene. Porque ya conoce su fama de cantador y quiere ver si la merece.

—Y a usted también se le olvidaba decírmelo.

—Adrede no sería.

—Ni yo lo creo, viejo. No habiendo por qué... Pero para cantarle a la hija del doctor hay que prepararse con tiempo.

—No le faltará mientras se repone para seguir su viaje.

Florentino tomó otro sorbo de café y luego:

—La cosa es que tabardillo como que es contagioso y bien puede ser como las viruelas, que en el descaramiento es cuando más se pegan y la cuarentena es larga.

—¿Quién le dijo que el tabardillo se contagia?

—Perro no me han dicho, pero sí me han mostrado el tramojo. Ni en su casa me ha dado alojamiento el doctor, ni me la ha ofrecido siquiera, de donde infiero que tal vez no convenga en que yo me llegue hasta allá con mis coplas.

—Lo primero tiene su explicación—repuso Hinojoza, después de meditarlo un poco—. Para sangrarlo a usté ligero, como era menester cuando cayó revolcándose en el suelo

sin sentido, lo más a mano que estaba era esta casa y aquí lo acomodamos entre Juan Parao y yo, mal que bien. Lo segundo...

—Si lo he dicho no me acuerdo—interrumpió Florentino.

Y el viejo, después de echar una mirada de precaución hacia el patio:

—Pero sí he de decirle una cosa, joven. Tabardillo no será contagioso, pero serenarlo sí es riesgoso, contimás con lunas claras como la de anoche.

Cantaclaro retiró el plato humeante que se llevaba a los labios y se quedó mirando de hito en hito al peón. Y éste concluyó, al cabo de una breve pausa.

—Anoche lo aguaitaron a usté rondando por la casa grande.

—¿A mí? Seré sonámbulo. Usted que durmió en la pieza de al lado, ¿me sintió levantarme? ¿No sería el blanco, más bien?

—¡Vuelta con el tema!—replicó Hinojoza—. Acabe de tomarse el café, que ya el doctor está aguardándolo para dirse.

Salió Hinojoza. Florentino quedó preguntándose:

—¿Me habré vuelto sonámbulo?

*

Momentos después cabalgaba en compañía del doctor Payara, haciéndose el indiferente a cuanto lo rodeaba, pero fijándose en los caminos que pudiesen llevar a la casa de familia entre los que serpenteaban por la sabana, y no se habían alejado gran trecho cuando su compañero, indicándole un montón de tierra recién removida, le dijo:

—Ahí enterramos su caballo.

—¡Gracias, doctor!—exclamó conmovido—. No se imagina cuánto le agradezco esa delicadeza, pues me afligía pensar que mi pobre retinto hubiera ido a ser pasto de los zamuros de la sabana.

—Una bestia noble merece sepultura y esa suya lo parecía.

—Que lo era, doctor. Si yo le contara algunas acciones de ese caballo se quedaría usted sorprendido de que un animal fuera capaz de tanta nobleza.

Y Payara, con su tono seco y autoritorio:

—Sin embargo, no supo usted correspondérselas, pues por culpa suya ha muerto.

—¡Vaya, pues!—se dijo Florentino—. ¡Ah, hombre cerrero! Apenas empieza uno a pasarle la mano y ya le está soltando la patada! ¡Tan parecido al espanto, que hasta haciendo favores no se le pueden agradecer de un todo!

Y a Payara, con intención surgida de este pensamiento:

—Yo venía ciego, doctor. Ciego y viendo visiones, como dicen. Yo mismo me pregunto ahora al verme aquí, por qué estoy en *Hato Viejo Payareño*. Porque éste no era el camino que venía siguiendo.

—¡Claro que sí!—repuso Payara—. Usted venía para acá y por eso llegó, a pesar de todo. ¿No ha oído decir que más sabe el Diablo por viejo que por Diablo?

—¿Qué quiere decirme con eso, doctor?

Pero Payara dio la callada por respuesta, y luego:

—Yo tuve buena amistad con su padre y con su tío de usted. Tanto el uno como el otro fueron excelentes personas y los estimé como merecían.

—¿De veras? Pues razón de más para que yo sea amigo de usted como ya se lo ofrecí.

—No ofrezca nunca lo que no le pidan. Además, la amistad no se ofrece; se conquista con merecimientos. Le digo que fui amigo de su padre y de su tío para que se explique por qué no me es usted desconocido. Tendría usted diez años, a lo sumo, cuando, sin humor para ello por cierto, tuve que celebrar una ocurrencia suya que me refirió su tío Manuel. Fue en Corozo Pando y a propósito de una lección de esgrima que quiso usted tomar de un viejo que se decía nieto del general Páez.

—¡Ah! Ya recuerdo. Pero no que estuviera usted allí.

—Llegué cuando usted dormía. Iba para Caracas, en circunstancias bien tristes, por cierto. Su tío me echó el cuento, tal vez para distraerme de mi pena que acababa de comu-

nicarle—hacía varios años que no nos veíamos—, y largo rato estuvo hablándome de las grandes esperanzas que tenía puestas en usted. Pero me temo que se haya equivocado Manuel. Desde pequeñito ha sido usted fantaseador, y por lo que lleva andado por tal camino me parece que ya no tendrá remedio, ¡cuando recoge usted tantas leyendas necias y tantas coplas ociosas como las que tiene regadas por todo el Llano! Porque mientras esos productos de su fantasía anden corriendo por ahí, usted no se ocupará en nada provechoso.

—Eso es mi hacienda, doctor—replicó Florentino, concediéndole derecho al reproche—. También la suya anda regada por tierras que no le pertenecen, como toda hacienda llanera, y sin embargo, usted la cuenta desde aquí como dinero en su bolsillo. A mí no me habrán dejado plata mis coplas, pero no puedo quejarme de ellas, pues sí me han proporcionado buenos amigos y algunas mujeres bonitas y como al fin y al cabo para eso es que se necesita plata, me hago el cargo de que he ganado mucha.

Lo dijo en broma, pero Payara lo tomó en serio y replicó:

—Respecto a que mi hacienda ande regada por tierras que no me pertenezcan, se equivoca usted; pero eso no viene al caso, por el momento. En cuanto a lo que pudiéramos llamar filosofía de su vida, puede que estuviese bien para su exclusivo personal, puesto que cada cual es dueño de hacer de su capa un sayo. Pero ¿no siente usted, alguna vez, necesidad de contraer deberes y obligaciones que le impriman a su vida el sentido y la razón de ser de que carece? Y no hablemos de las grandes obligaciones del hombre ante la Humanidad y del ciudadano ante su país, ya que no lo creo a usted capaz de tamañas preocupaciones, sino de los deberes más inmediatos y sencillos: casarse, tener hijos, labrarles una fortuna. ¿Cree usted que a sus hijos, si es que los tiene o cuando los tenga, van a serles útiles sus coplas, única herencia que usted les dejará?

Florentino se rascó la cabeza, diciéndose para allá adentro:

—Me encontré con la horma de mi zapato.

Y luego:

—A mis hijos les darán de comer sus madres, que para eso se las escojo de buenos sentimientos. O los padres de ellas, que también tengo cuidado de entresacarlos de los pocos llaneros con plata que todavía quedan.

—Pues es usted un cínico—replicó Payara, demostrando que no era amigo de celebrar desplantes.

—¡Qué siento, doctor Payara, que así se lo parezca!—repuso Florentino sin perder su natural desenfado—. Pues ya me estaba haciendo a la idea de que íbamos a ser buenos amigos. Sobre todo después de saber que usted lo fue de mis viejos.

—Ellos eran hombres de bien—concluyó Payara secamente.

Guardaron silencio. Porque Payara había puesto punto final a la charla, y porque Florentino acababa de descubrir algo mucho más interesante para su atención: una casa de tejas, espaciosa y de aspecto confortable, surgida detrás de los árboles que circundaban las ruinas del antiguo hato y rodeada de corredores, en uno de los cuales estaba una mujer mirando hacia el camino que ellos seguían.

Y como Payara lo sorprendiese en aquella observación:

—¿Esa es su casa, doctor?

—Esa es mi hija. Que es lo que usted quiere averiguar. Pero quítese de la cabeza, desde luego, la idea de que esa muchacha pueda ser una de las madres de sus hijos.

Este ex-abrupto que rompía de manera desagradable aun para Florentino, la impresión de mesura que acababa de producir Payara con sus palabras anteriores, fue dicho en un tono excluyente de toda posibilidad de atribuirlo a broma; pero como sólo de este modo era aceptable, Florentino fingió tomarlo así y repuso, sonriendo:

—No es tan fiero el león como lo pintan, doctor Payara.

Y éste, sin dignarse mirarlo y acentuando el tono desagradable, casi desafiador:

—Ni yo lo temo tampoco.

Lo primero que le ocurrió a Cantaclaro fue sentirse desconcertado ante aquel hombre que tan pronto daba una im-

presión de cultura y de superioridad como asumía una actitud destemplada y derrotaba a lo bárbaro; mas como para esto último tampoco era tardío Florentino, tuvo que hacer esfuerzos para contenerse y quedarse con aquellas bruscas palabras, diciéndose, todo muy lógico dentro de su concepto de la hombría y de la gratitud empeñada:

—Ahí tienes, Florentino, lo que se gana con ser salidor. Si no te hubieras precipitado a ofrecer lo que no estaban pidiéndote, ahora estaríamos en otro terreno, remitiéndonos a la prueba. Pero ya hablaste más de la cuenta y ahora tienes que quedarte callado.

En silencio recorrieron buen trecho y ya al aproximarse a un grupo de árboles, aislado en medio de la sabana, salió Payara de su mutismo, con esta pregunta, recuperando su aplomo:

—¿Sabe cómo se denomina esa mata, Florentino?

—¿Cómo quiere que lo sepa si es la primera vez que ando por estas malditas tierras?

Y Payara, sin la más leve alteración:

—Pues ha sido usted quien le ha puesto nombre, aunque de modo indirecto. Mata del Ahorcado la designan, a espaldas mías, por supuesto, desde que llegó por aquí cierto corrido o romance de ese título compuesto por usted.

"¿Qué se propondrá este hombre?—se preguntó Florentino—. Vamos a salir de dudas, porque con este blanco lo mejor es saber de una vez a qué atenerse."

Y a Payara, con una calma solapada de resoluciones temerarias:

—¿Ese corrido a que usted se refiere será uno que empieza así?:

Iban los dos caminando
por la orilla del estero,
llevaba el indio la soga
y el blanco el mal pensamiento.
El blanco, que bien sabía
que el indio no era cuatrero,
sino que el hambre le dijo:
"Anda y róbate el becerro."
Iban los dos caminando
a la luz de los luceros.

—Ese. Justamente—repuso Payara con impenetrable naturalidad—. Ganas tenía de oírselo al propio autor.

—¿De veras?—replicó éste socarronamente—. Pues así sigue, ya que es su gusto:

Llegaron hasta una mata
de un nombre que no recuerdo,
llegaron y se pararon
junto a la pata de un ceibo.
Y el blanco le dijo al indio:
"Arrodíllate, cuatrero.
Ya vas a ver lo que cuesta
un mamantón de mi hierro."
Llegaron y se pararon
bajo la copa de un ceibo.

Hizo una pausa y luego:

—Esa es la segunda estancia. ¿Le sigue gustando, doctor?

—Me agrada oírselo porque usted lo recita bien.

—Con sus favores. Y escuche cómo sigue, porque Florentino cuando empieza llega hasta el rabo:

"Encomiéndate a la Virgen,
échate la soga al cuello,
pues sólo te queda vida
pa rezar un Padrenuestro."
Así y que le dijo el blanco,
y el indio así, con empeño:
"Que yo no robando maute,
que yo perdón te pidiendo."
Y esto lo estaban hablando
a la luz de los luceros.

En esto ya entraban en la mata. El rostro de Payara tenía una expresión nueva y tremenda. Florentino concluyó:

—Y escuche cómo termina el romance, como usted lo mienta:

Desde aquel día la mata
del nombre que no recuerdo,
la mientan la del ahorcado,
por el ladrón de un becerro
que aquella noche colgaron
de los copitos de un ceibo.

según lo pone el pasaje:
a la luz de los luceros.
Iban los dos caminando...
Señores, no cuenten esto.

—Pues lo han contado y a mis oídos ha llegado—dij Payara—. Pero nunca había logrado oírlo completo, por ra zones que huelga explicar, y puesto que ha tenido la amabi lidad de recitármelo, voy a retribuírsela mostrándole el árbo del cual fue colgado el infame que hoy le da nombre a est paraje. No de un ceibo, como usted pretende, sino de est paraguatán. Vea el cabo de soga que señala el sitio exact de la horca. Fue aquí donde Juan Crisóstomo Payara se hiz justicia.

Y antes de que Florentino pudiese salir del asombro qu tal impavidez le causara:

—En otras y fundamentales inexactitudes incurre su ro mance, sin contar las deformaciones poéticas, tales como l orilla del estero y la luz de los luceros. Fue a pleno día no por causa de un becerro. Hace poco le he dicho que m hacienda no vaga por tierras que no me pertenezcan, y y ha debido observar que mi finca está cercada y por sus jus tos límites, con una advertencia escrita en cada puerta de qu se prohibe terminantemente el paso a quienes no sean em pleados del hato o vengan a tratar negocios con su dueño No obstante lo cual no tuvo usted reparos en trasponer l puerta del medanal, dejándola abierta, por cierto, y para ma yor perjuicio. Aunque ya ha dicho usted que venía en plan de comprar ganado. Pues bien: así como mi finca está cer cada por sus justos límites, del mismo modo toda mi vid ha estado siempre contenida dentro de los del respeto propi y ajeno, de manera tal que aún nadie puede decir que Juan Crisóstomo Payara atropelló un derecho, ni mancilló una hon ra, ni faltó a una consideración moral o amistosa, por muy mal defendidos que estuviesen.

Ya se exaltaba, pero recobrándose concluyó:

—Pero me estoy extendiendo en consideraciones que so brepasan mis propósitos de momento. Sólo quería que e autor de este romance se cerciorara de que no fue de la

ramas de un ceibo, sino de un paraguatán, donde Juan Crisóstomo Payara, haciéndose justicia por sí mismo, colgó a quien sobradamente merecía muerte infame. Ahora que sabe cuán plagado de inexactitud está su famoso romance, usted verá si vale la pena modificar los versos respectivos.

Aún no había logrado Florentino salir de su asombro y Payara finalizó:

—Y continuemos nuestro camino, que ya el sol está calentando y a usted no le conviene asolearse mucho.

VII

JUAN PARAO

He aquí la sabana donde fueron las correrías del cuatrero famoso. La envuelve la bruma de las humaredas que hace días se deslizan sobre ella, y Juan Parao las contemplaba desde la tranquera de la majada, con nieblas también en el alma.

La llegada del cantador de sus antiguas hazañas lo ha puesto nostálgico de aquellos bravos tiempos.

Fue una vida recia, hermosa, toda libertad y rebeldía. Se llevaba los ganados y dejaba las leyendas y las consejas.

Las del pasmoso atrevimiento con que, a la cabeza de su banda, paraba un rodeo a la vista de sus fundaciones del hato entrado a saco o se llegaba hasta los mismos corrales, en presencia del peonaje contenido por el asombro; las de las mil mañas que se daba para borrar sus huellas y despistar a los perseguidores.

Pero todo aquello había terminado hacía muchos años, y el Juan Parao que ahora recorría los innumerables caminos del Llano era el del corrido que con aquellas leyendas compuso Florentino, mientras el de carne y hueso envejecía sobreviviéndose, degenerado en caporal de sabana que trabajaba para otro, mediante un salario mezquino y reducido a los términos de *Hato Viejo,* bien delimitados y cer-

cados, tal como lo exigía el riguroso concepto de propiedac del doctor Juan Crisóstomo Payara.

Y allí estaba, encaramado sobre la tranquera, la mirad hundida en las brumosas lejanías de la sabana, reconstruyendo su antigua existencia; pero no como realmente fue, sinc como la pintaba la leyenda popular a través de los versos dc Florentino.

Y así lo sorprendió éste, dándole conversación:

—¿Qué dice el gran Juan Parao?

—Aquí, catire. Oyendo la gran discusión de los cristojués, que toavía no se han podío poné de acuerdo porque unc asegura que Cristo jue y el otro que no jue, y en eso están mañana y tarde de todos los días del mundo.

—¡No me diga! Si esos pájaros fueron los que me enseñaron a ponerlo todo en duda. Desde chiquito, cuando era becerrero, escuchando esa gran discusión entre la paja de la sabana, de madrugada y de tarde, aprendí que en esta vida el sí y el no son iguales a propósito de todo, y que si el unc supedita al otro no es porque sea más verdadero, sino porque se le impone a la fuerza. Como sucede con esos pájaros que están discutiendo sin convencerse, hasta que uno se le echa encima al otro y a fuerza de picotazos lo hace repetir lo que él asegura, sea que Cristo fue o que no fue.

—Sí, señol catire. Asina es la cosa y usté lo ha observac bien. ¡Y desde chiquillo! Mire, pues... ¿Y a componé versos, quién lo enseñó, catire?

—También lo aprendí de becerrero, cuando pastoreandc los mautes me quedaba dormido bajo los palos y mi tío me sorprendía y me despertaba a punta de mandador, diciendo:

Pereza por tu picacho
suéltame este muchacho.

—¡Ta güena la cosa!—celebra Juan Parao—. Conque, ¿ésos jueron los primeros versos que usté escuchó?

—Sí. Y tan buena me pareció esa manera de hablar en toletes del mismo tamaño y sacándoles puntas iguales, como decía yo entonces, que me propuse fabricarlos para mi uso y no me salieron del todo malos.

Y en seguida, aprovechando el tema para sus intenciones:

—Aunque eso de componer versos a veces tiene sus inconvenientes, como me acaba de suceder con unos que compuse de un pasaje que escuché andando por esas tierras, y por causa de ellos he estado a punto de tener una cuestión con el personaje del argumento.

—No se referirá usté al corrío de mi nombre, por supuesto—dijo Juan Parao.

—No. Ya sé que a usted no le ha disgustado el suyo. Me refiero a otro que también se me adelantó en este viaje a *Hato Viejo,* que tan caro me ha salido ya. Al del ahorcado, que seguramente usted conoce y que parece no haberle caído en gracia al doctor Payara.

—¡Umjú!—hizo Juan Parao.

—Versos que uno va componiendo con los cuentos que le van echando.

—¿Y han tratao de eso usté y el blanco?

—Por el camino, viniendo para acá me buscó la lengua y me hizo recitarle el corrido y luego, llevándome a la pata del palo que en esos versos se mienta, me demostró que no era un ceibo, como yo decía, sino un paraguatán.

—Conque, ¿él mismo le enseñó el paraguatán jaramillero? ¡Ah dotol Payara y sus cosas!

—También me hizo el reparo de que la causa no había sido el robo de un mamantón.

—¡Umjú!—volvió a hacer el negro, comprendiendo que Florentino quería sacarle explicaciones más precisas y completas que las que le dijera Payara—. Lo de los cristojués, que en todo se repite, conforme usté acaba de decilo. Escúchelos como están, finitos, en su gran discusión.

Florentino sonrió por la evasiva, y amparándose en ella insistió:

—Yo creo que tiene razón el que dice que no fue.

—¡Ah caramba, catire! ¿No habíamos quedao en que tanto vale un sí como un no?

Y como esto afirmase a Florentino en la sospecha de que Juan Parao poseyera los secretos de Payara y, por consiguiente, la clave del misterio reinante en *Hato Viejo:*

—¿Sabe cómo me lo imagino?—le preguntó por sorpresa, refiriéndose al ahorcado—. Un blanco, alto él, bien plantado, de barba negra...

—¿Como el que le abrió a usté la puerta e trancas?—repuso el negro ladino, demostrando, con la sonrisa que acompañó a sus palabras, que no era hombre a quien le arrancasen secretos que no quisiese divulgar.

Y luego:

—No nos zumbemos en lo obscuro, catire. Y vamos a barajá la conversación, porque por ái viene chusiándose el *Guariqueño,* que desde que usté está por aquí anda con el oído parao. Vamos a jacé más bien como si yo le estuviera contando mi historia, pa otros versos que quisiera sacame.

—Que también me interesa mucho, por cierto.

—Y a mí contársela de veras. No sé por qué corazoná.

Hizo una pausa y luego:

—Y como la historia de un hombre no es sino el cuento de los modos que haya tenío que inventá pa ganase la vida, voy a empezá por referile cómo jue que me proporcioné los primeros centavos que me han cáido en las manos.

Ya el *Guariqueño* había pasado de largo y sin demostrar interés por lo que hablasen, pero Juan Parao continuaba:

—Eso jue güeno, catire. No por mío sino por verdadero sin posible discusión de cristojué y merece ponerse en el verso. Eso jue en Calabozo. Antes con antes tengo que advertile que yo no soy llanero de nación, como usté lo presume en el corrío que me ha endilgao, sino oriundo e la costa e Coro o de la e Barlovento—no sé cual a ciencia cierta—, pero sí de una de esas tierras e negros. Que el llano y que no los cría, dicen por ai. De allá me trujeron, tampoco pueo decí cómo ni pol qué motivo, ni es menesté que se lo desplique, porque mi verdadera historia empieza cuando un día me jallé a mí mismo solo y parao en medio e las calles e Calabozo y me dije:

"—Güeno, Juan. Lo primero que tienes que jacé es buscate un apellío, o cosa que se lo parezca, y como aquí estás parao, ponte éste, a falta del que se le olvidó a tu taita

decite cuál debía e ser. Y lo segundo es buscate un acomodo bajo techo, porque en medio e la calle no pues seguí.

"—Pues vamos a buscalo—respondí, porque como estaba solo en el mundo, conmigo mismo tenía que conversalo to.

"Pero yo, que apenas me lo digo, cuando escucho contá que el general Jaramillo que pa ese entonces era presidente del Guárico, o cosa asina, le había dao por la costumbre de sentase, de sobretarde, frente a la Casa e Gobierno, en junto con sus adulantes y con su hijo Carlitos, de la edá mía, más o menos, y a ca muchacho pata en el suelo que por allí pasaba lo llamaba y le decía:

"—Mira, muchacho. Aquí está Carlitos esperándote pa agarrase contigo.

Escupe por el colmillo y prosigue, interrumpiendo el relato para el comentario:

—Ya usté habrá óido hablá de los Jaramillos del Guárico, hombres muy machos, de mucha hazaña y mucha otomía. Liberales amarillos, como salíos que jueron de pata en el suelo desde la federación brava del negro Espinoza y por consiguiente enemigos encarnizaos e los Payaras, que eran mantuanos viejos y más gordos que su sacarrial majestá Fernando sétimo... ¿De qué se réi, catire?

Es costumbre muy llanera valerse de subterfugios para responder a preguntas indiscretas o dar explicaciones comprometedoras, y así entendió Florentino que lo hacía Juan Parao con su cuento, al oírle la alusión a la enemistad entre Payaras y Jaramillos, después de haber denominado jaramillera a la *Mata del Ahorcado*, y por eso fue la sonrisa y luego esta respuesta:

—De nada, negro. Siga por su atajo.

—¿Que ya va cáindo al camino?—repuso el narrador suspicaz—. ¡Hum! Mire, catire, no olvide que el mejor vivo es el que se hace el pendejo. Dije que los Jaramillos jueron hombres muy machos pa que usté se explicara lo de las peleas que a Carlitos le buscaba el general de mi cuento, y pa que se imaginara lo que debió e sufrí cuando descubrió que el muchacho, el cachorro de los tigres de Santa Inés, no

tráiba tabaco en la vejiga. Porque la verdá era que Carlitos había nacío flojo en tierra de hombres machos. Pero ya vuelvo el camino de donde méiba alejando este atajo.

Otro salivazo por el colmillo, una sonrisa de complacencia por la habilidad con que creía haber despistado a Florentino y a la vez por el picaresco episodio de su infancia que iba a narrar, y:

—Yo, que oigo hablá de aquellas peleas y de que el general Jaramillo, así que Carlitos había recibío su conveniente leción diaria de golpes pa que se juera templando, acostumbraba regalale al máistro unos centavos—a pesar de lo cual ya naiden quería pasá de sobretarde frente a la Casa e Gobierno, y con mucha razón, si bien se mira, porque el jefe es jefe, y si un día las jaga otro las cobra y muy caras—; yo, que oigo el cuento, me quito de malos ruíos y me digo, echándomelas de vivo, como más alante verá: "¿Quiere decí que son peleas pagás po el Gobierno?" "Eso es contigo, Juan Parao. Ahí están tus churupos." Y haciéndome el mogollón me dejé chusiá hasta la Casa e Gobierno. ¡Je, je, je! ¡Las cosas e los múchachos! Yo les había óido decir a los máistros las otras tardes que se habían dejao aporreá por Carlitos por miedo al general; pero me dije: "Este lo que quiere es que le enseñen al muchacho y mientras más completa sea la leción, mejol debe sé la paga." Y le mandé de ancho. ¡Je, je, je! Mire, catire, en mi vida he ganao yo centavos más sabrosos que los de esa tarde. Dicen que los pobres negros, cuando juegos esclavos, llevaron mucho vergazo mandao a dar por los amos blancos; pero aquella tarde se trocaron las suertes y de la cuenta que, pa que la juera cobrando, me legaron mis taitas, en ese entonces me jice efectivo unos cuantos guamazos, bien arrequintos, que se llevó el patiquín, y dos riales, me acuerdo mucho, que me pagó el general.

—Que luego se los cobraría con creces—dijo Florentino.

—El no, pa que vea. Pero sí don Carlitos, andando el tiempo. Las leciones fueron varias y siempre güena la paga; pero, ¡lo que son las cosas! Dicen que negro si no la jace a la entrá la jace a la salía, y tan inclinao nace a acatá al

blanco, que aun teniéndolo por debajo lo respeta y propende a sometérsele y yo no sé si jue por eso o por lástima, pero lo cierto jue que a medida que léiba pegando, léiba tomando cariño a Carlitos y llegué a quererlo tan de veras que más alante, ya hombres él y yo—porque he de alvertile que el general me recogió en su casa y nos criamos juntos Carlitos y yo, y a la hora e morir el general me dejó, como quien dice, convertío en espaldero del hijo—, ya hombres, como léiba diciendo, me jugué varias veces la vida por defendé la dél.

—Pero él no echó en olvido los guamazos aquellos...

—Y me los cobró toititos juntos y malamente. Sí, señol. El ya había echao por su camino, apartándose del de los Jaramillos que salieron del pueblo sin alejarse dél por mucho que se encumbraron, tirando hacia el camino de los mantuanos, siempre reunío con ellos en sus salones, y mirando con desprecio al pata en el suelo. En una palabra: convirtiéndose en to y por to en el primer patiquín que producía la familia Jaramillo. Yo detrás dél, cuando tenía, menesté de que le guardase la espalda; pero de resto, ¡si te he visto no me acuerdo! Hasta un día en que, habiendo yo tenía una hora menguá de donde resultó un difunto, tanto se olvidó de mí don Carlitos, que en vez de defenderme, como pudo jacelo con la influencia que tenía y como debió de jacelo, porque el lance jue motivao de causa suya, mandó que aplicaran la ley con todo su rigol. Pero yo anduve alante y cogí la sabana, diendo a tené a la frontera, por los laos de El Viento. Y ¿qué quiere usté que le diga? Me metí a cuatrero, pa ganame la vida. Jue el segundo modo que tuve que inventá. Como quien dice, la segunda parte de mi historia.

Hace una pausa que Florentino no interrumpe, y luego, a media voz, añorante, recita:

De por los laos de El Viento
que es tierra de hombres bragaos,
no hay llanero que no llegue
hablando de Juan Parao.
El del caballo jerrao

con el casquillo al revés,
pa que lo busquen po un lao
cuando por el otro se fué.
Yo canto lo que escuché
de este llanero bragao.

Pero el antiguo cuatrero, que ya no se merece aquellas trovas, concluye de pronto:

—Y por ai sigue... ¡Ah Cantaclaro y sus versos!... Ahora, aquí me tiene, convertido en pión, como si tal cosa. El tercer modo, que tal vez sea el último...

Su rostro se ha puesto más sombrío. Sus miradas van a perderse en el confín de la sabana...

—¿Y cómo fue eso, Juan Parao?—inquiere Florentino, al cabo de un buen rato de silencio—. ¿Por qué abandonó la vida libre del cuatrero?

—Por tantas cosas, catire. ¿Libre la llama usté? Ande a vivirla. El cuatrero se coge el ganao ajeno, llámese toro o caballo. Que le dicen ajeno, porque si bien se mira, tanto jace y con los mismos derechos, el llamao cuatrero como el llamao propietario; enlazá y arriá pol delante lo que cría la sabana y es de todos. Pero como las leyes las jacen los amos, los cuatreros son los ladrones y pa perseguilos están las autoridades y pa especulá con ellos los otros amos, los ricos, a quienes hay que vendeles el ganao a como quieran pagalo. De donde resulta que entre un amo que lo persigue a usté y otro que se aprovecha, el piazo e libertá que a usté le queda no es sino pa andá juyendo, espantao e su propia sombra. Güena es la vida, no digo que no, y muy de macho, pero con sus días de sé, terciaos con otros de jambre y otros de comía sin sal... Además..., ¿cómo le diré?... ¡Güeño! Va a sé usté la primera persona a quien le jaga esta confesión. Yo tenía mi idea. Una gran idea que se me había metío en la cabeza y allí estaba dando vueltas, buscando acomodo, como perro antes de echase. Pero era una idea muy grande, muy grande y como el espacio ande tenía que explayase era pequeño, todo se jue en dar vueltas. Y la idea era ésta, manque usté se reya, catire. Yo había llegao a reuní hasta veinte hombres que me seguían ande yo qui-

siera llevalos, y eso me puso tan ufano que voy y me pregunto un día recoldándome de ciertos libros que me había léido el ya mentao Carlitos Jaramillo:

"—¿Ah, Juan Parao? ¿Quién jue el primer libertador de los negros?

"—¡Guá, chico! Como que jue el negro Miguel.

"—¿Y el segundo?

"—Sería el Negro Primero, que figura entre los libertadores. Pero ninguno logró su orjeto.

"—No estaría de tiempo, como tal vez ahora esté. Por algo dice el dicho que a la tercera va la vencía."

Ríe de sí mismo y luego:

—Polque el general Monagas no lo jue sino de embuste. ¡Y yo con mi gran idea de llegá a selo de veras! Pero dándole vueltas en la cabeza y buscando cómo ponela en una güena proclama de guerra, de esas que entusiasman al soldao, como no podía escribila porque entonces era completamente nalfabeto, tenía que componela y grabámela en la memoria y en eso se méiba to el tiempo. De donde vino a resultá que descuidé el negocio de robá ganao, y cuando caté e ve, ya de los veinte hombres no me quedaban sino cuatro, porque los demás se jueron abriendo a trabajá por su cuenta.

—¡Ah caramba, negro!—exclamó Florentino—. ¿Qué necesidad había de proclamas? La pelea es peleando.

—Sí, catire. Pero yo quería jacé mis cosas con toas las reglas del arte. Como las hacía Napolión cuando las peleas de las pirámides.

—¡Anjá! ¿Y usté conocía la historia de Napoleón?

—De oídas, polque, como ya le he dicho, yo entonces no sabía lé.

—Pero le escribían—agrega Florentino, completando la expresión popular.

—Sí, señol. Por algo sería, ¿verdá, catire? Yo había escuchao decí que las pirámides eran, como si dijiéramos, los méanos de po aquí y ya me veía parao en mi caballo sobre uno de esos méanos, echándole una güena proclama a mi tropa. ¡Je, je, je!... Más le digo, hasta me subía a los que

encontraba po el camino pa ensayá la cosa. Y ésta jue mi perdición, porque los muchachos que me seguían pensaron que me estaba volviendo loco y comenzaron a desertáseme.

—¿Hasta que lo dejaron solo?

—Antes con antes sucedió otra cosa. Pa ese entonces yo había plantao mi cuartel general en las propias fundaciones de *Hato Viejo,* que estaba abandonao de sus dueños hacía mucho tiempo, y me hallaba como en lo mío, cuando llegó el dotol con su señora y con Hinojoza, que le servía de baquiano. Parece que el dotol acababa de casase y que... ¡Bueno! Que venía a pasase aquí, como quien dice, la luna e miel. En ese momento yo no estaba en *Hato Viejo,* pero sí mis muchachos, que, como le digo, eran ya na más que cuatro, y uno de ellos y que le preguntó al dotol, cuando lo vio metese en las casas sin pedí permiso:

"—¿A quién tenemos el gusto?

"—A Juan Crisóstomo Payara, que espera no velos po aquí cuando amanezca el día de mañana—y que le respondió el blanco."

"Los muchachos y que se miraron las caras como preguntándose qué jarían, pero luego resolvieron esperame. Y sucedió que, en medio e la sabana y a la misma hora en que había de está pasando lo que dejo referío, se me pegó a mí una puntá muy fiera entre pecho y espalda, un dolor como pa matame, de esos que llaman anginas y así llegué al hato, cimbrao sobre la bestia y digo yo con la muerte pintá en la cara, polque al veme los muchachos se asustaron tanto que corrieron a llamá al dotol, de quien ya habíamos óido decí que era médico de grandes aciertos. Vino el blanco, me examinó y me dijo estas palabras:

"—Bueno, amigo. Su vida está en mis manos y mi propiedad en las suyas. ¿Qué trato jacemos?

"—Sálveme lo mío, que no es sino el resuello que se me está diendo—le respondí—. Sálveme lo mío y disponga de lo suyo."

"Me puso unas ventosas, me dio a olé asafétida y al día siguiente estaba yo bueno y sano y ensillando pa dime de pol to aquello, conforme a lo prometío. Una puntá de viento,

que con ná se me hubiera quitao; pero el blanco bellaco había aprovechao las armas que tenía, que eran las de la malicia, polque si se me pone de hombre a hombre me lo hubiera llevao por delante, y con eso me había cáido en gracia. Además, yo había dao mi palabra, que es mi ley, catire. Ensillamos y ya estábamos diéndonos, na más que con las bestias que montábamos, cuando sale el dotol y me dice:

"—¿Va a dejá el ganao que tiene encerrao en los corrales?

"—Ese forma parte del trato que jicimos anoche—le respondí.

"—No—me replicó él a mí—. Su compromiso empieza desde hoy. El ganao que usté ya había cogío es suyo y debe lleváselo."

—Mire, catire. Cuando escuché esas palabras, yo sentí que se me voltiaba to po dentro. Eran doscientas reses, que en ese entonces representaban una pila e plata. Me lo quedé mirando, polque pocos hombres eran capaces de entendé de esa manera sus compromisos, y ya no jue que el blanco me cayó en gracia, como enantes por su bellaquería, sino que me inspiró respeto.

—¿Y se llevó el ganado?—preguntó Florentino.

—No hubo manera de que el dotol conviniera en quedase con él. Y además los muchachos que me acompañaban entendían las cosas de otro modo y me obligaron a arriálo. Abandonamos *Hato Viejo,* que había sío nuestra base de operaciones durante cinco años, y otra vez nos lanzamos a la aventura e la sabana. He de advertile antes de seguí mi cuento, que vecino a *Hato Viejo* estaba *El Amparo,* propiedad de Carlitos Jaramillo, pero que yo, por respeto a otra palabra empeñá, la que le di al difunto su paé, de no alzá nunca la mano ni contra él ni contra cosa suya, jamás ni nunca cachilapié en tierras de *El Amparo,* ni las pisaba siquiera, a pesar de los pesares. Y asina lo hice aquel día, dando un rodeo pa no pasá por ellas. Cogimos nuestro camino, rumbo a El Viento. Allí vendimos el ganao, y como e costumbre hice la partición de la plata con mis muchachos. Esto jue de nochecita y al amanecé me encontré solo. Me abandona-

ron mis hombres polque mi procedé con el dotol Payara, y que significaba que ya yo iba palo abajo como jefe y hasta como hombre. Lo cual no me lo dijeron en mi cara, pol supuesto; sino que lo supe después, por trascorrales. Cuando me di cuenta e la deserción, me dije:

"—Güeno, Juan Parao. Se acabó esto. Te has quedao solo otra güelta, como estabas en Calabozo cuando se te presentó el negocio de las agarrás con Carlitos Jaramillo y como te dejó éste, a mercé e la justicia, cuando aquella hora menguá que por culpa suya tuviste. ¡A volvé a empezá se ha dicho!"

Hace una pausa y prosigue:

—¡Lo que es el hombre, catire! Cuando yo estaba boyante y to me salía bien, jamás ni nunca se me ocurrió cobrale a Carlitos Jaramillo la mala jugá que me había jecho; pero en cuanto sentía que la suerte se me estaba voltiando, me dio de pronto tal coraje contra él que allí mismo cogí rumbo hacia *El Amparo,* sin ningún propósito pensao, pero diciéndome por to el camino:

"—El tiene la curpa de to lo que me viene pasando.

"Llegué como llegan las cosas cuando Dios las dispone: a la hora y punto. No a las fundaciones de *El Amparo,* polque sin dame cuenta hice el rodeo de siempre, sino a la mata que ya usté conoce. Llegué en el preciso momento en que el dotol Payara, a caballo y arriando por delante a Carlitos Jaramillo en el suyo, atao codo con codo, llegaba a la pata del paraguatán.

"—¿Eso qué es, dotol Payara?—le pregunté.

"—Un escarmiento que voy a jacé con este ladrón cobarde—me contestó, a tiempo que se inclinaba sobre la bestia a desamarrale la soga de los tientos.

"Carlitos Jaramillo estaba más jipato que lo que hubiera querío sé pa presumí de mantuano. Pero en vez de pedime auxilio me dijo, como si entoavía juera su espaldero:

"—Juan Parao. Cumple tu deber. Acuéldate e lo que prometiste a mi padre.

"Y yo le respondí, preguntándole:

"—¿Cómo te acoldaste tú de la promesa que le jiciste de protegerme cuando lo hubiera menestel?

"Y el dotol Payara—me acueldo como si lo estuviera viendo y oyendo:

—Cobarde y ladrón y traidor. Bien merece la horca—. Y dicho esto, ya con la soga de Jaramillo en la diestra, la lanzó por encima de una de las ramas del paraguatán, pasó el cabo por el lazo, la trozó, le hizo otro lazo corredizo en la punta y se lo echó al pescuezo de Carlitos, ya más muerto que vivo, to esto en presencia mía, pero como si naiden lo estuviera viendo. Mirándolo jacé, yo pensé que to aquello no era sino una comedia pa arrancale a don Carlitos, que tal vez se habría metío en lo suyo a cachilipiá, la promesa de respetale su propiedad, como ya lo había jecho conmigo, aprovechándose de la puntá e viento, y me dije:

—¡Ah dotolcito y lo que inventa pa igualase!

—Luego, lo que usté ha puesto en su corrío. Lo de:

Encomiéndate a los santos
que sólo te queda vida
pa rezá un Padrenuestro...

—Yo reyéndome por dentro, porque bien se merecía don Carlitos siquiera un buen susto como el que estaba pasando. Pero cuando más seguro estaba de que aquello iba de embuste embuste: ¡Juap! Un chaparrazo del dotol Payara al caballo de Carlitos, la bestia que arranca y... ¡Mire, catire!... Ya usté lo dice en sus versos:

Señores, no cuenten esto.

Yo me quedé pasmao, y, la verdá sea dicha, más que por lo que había sucedió en la punta de la soga, por lo que estaba mirando sobre el caballo del dotol Payara. Aquello no era un hombre, Florentino... Yo no sé cómo explicárselo... Aquello era una cosa muy grande, como de otro mundo, que de pronto se había metío en el cuerpo de un hombre y desde allí me miraba y me decía:

—Sepa usted que Juan Crisóstomo Payara hubiera querido morí sin mancha de homicidio:"

—Jueron sus palabras, ni una más ni una menos, y en habiéndolas dicho, me dio la espalda, camino de *Hato Viejo*...

Hace una pausa y luego:

—Y yo me jui detrás de él, como si me arrastrara...

—No era para menos—murmura Florentino, que ya había experimentado la tremenda fascinación de la impavidez con que Payara le mostró el árbol trágico—. Cuando un hombre, se presenta así, no hay quién se le resista.

Y Juan Parao continúa:

—A don Carlitos nadie lo cobró, polque era el último de la familia y tos los Jeramillos se habían muerto en sus camas, debiendo muchas quizá las piores, y porque, como ya venía dando señales de no andá muy bueno de la cabeza, a la hora de las averiguaciones hubo quien declarara que le había escuchao decí que el día menos pensao se iba a poné una soga de corbata. ¿Me entiende el sentío?

—Que tal vez ni lo habría dicho—observa Florentino—. Porque cuando las cosas suceden, nunca falta alguno que ya las sabía de antemano.

—Sí, señol. Y como las mentiras corren más ligero que las verdades... Como la del indio de su corrío, verbigracia, que eso sí no pasó de comedia. Unos indios yaruros que la habían dao por meterse en el hato y ya se habían comío varias terneras. Hace cosa de diez años. Un día logramos echarle mano al que parecía se el capitán, y el dotol, pa metele miedo y quitale la maña lo llevó a la pata el paraguatán paramillero y mostrándole el cabo e la soga le dijo, a la manera d'ellos—: Ahí colgando yo a un hombre por ladrón y ahí colgandote a ti si tú volviendo a robarme terneras.

—¡Ah!—hace Florentino. Y luego—: ¿Por ladrón?...

Pero Juan Parao, como si no lo hubiese oído:

—Y como su corrío de usté es bueno y pinta la casa con tantos detalles, la mentira ha supiritao a la verdá... Que si se la he referío es porque el dotor no se la ha ocultao del to, y pa explicale pol qué me encuentra convertío en pión del blanco. Aquella mañana, como le dije, arrié atrás d'el y aquí me tiene sirviéndole desde entonces.

Hace otra pausa y concluye nostálgico:
—Jue asina como dejó de se cuatrero.

El del caballo jerrao
con el casquillo al revés...

VIII

EL DIABLO DEL CUNAVICHE

Si en alguna parte es cierto que el hombre es la medida de sí mismo, es en la sabana ilímite, en cuya brava soledad cada cual puede construirse su mundo a sus anchas. Pero la sabana entra en los pueblos y se mete en las casas: en cada llanero, aunque viva en sociedad, hay siempre un hombre aislado en medio del desierto, que piensa como dice la copla:

Sobre la tierra la palma,
sobre la palma los cielos;
sobre mi caballo yo
y sobre yo mi sombrero.

Sólo que en Juan Crisóstomo Payara este hombre fiero estaba contenido y reprimido por una alta idea de justicia.

Un tiempo, ya lejano, estuvo unido el patronímico a las bárbaras gestas del individualismo sabanero, cuando la familia detentaba el cacicazgo político de la región y de las montoneras de las guerras federales surgieron los Jaramillos a arrebatárselo, como ya lo habían logrado plenamente hacía varios años; pero desde los del padre de Juan Crisóstomo, los Payaras se habían convertido, a la fuerza, en gente sometida y pacífica, pequeños propietarios de unos palmos de sabanas con unas cuantas reses paciendo por ellas y de modestos comercios al por menor, en cuyas trastiendas y reboticas—el padre de Juan Crisóstomo era farmacéutico—languidecían en rezongos de humillados y enconados los últimos humos de orgullo de la vieja familia oligarca.

Pero de lejos llegábanle sin menoscabo, antes por lo

contrario reforzadas y depuradas, la proverbial rectitud de conducta y la recia intransigencia con lo ilícito. Gente de bien con tradición de señorío local, que en lo doméstico como en la público daban un raro ejemplo intachable, terratenientes que practicaban la probidad como atributo de mantuanismo, por contraposición a la plebeya y absoluta carencia de honestidad que, en lo político como en lo privado, era la característica de los Jaramillos enemigos, de los Payaras nunca pudo decirse, como sí de otros "godos" que alardeaban de correctos, que plantasen los linderos de sus fincas una línea más allá de lo escriturado, ni cobrasen por réditos de su dinero un fisco más de lo estimado por legítimo—ni menos tampoco, es verdad—, y esto aun en los tiempos de manos libres por fueros de caciques. Mas si este apego al formalismo legal y aquella intransigencia con la desmoralización de las costumbres, consiguiente al encumbramiento de los hombres de presa que armó y aventó la revuelta armada, fueron simple actitud social y política de mantuanos contra plebeyos y conservadores contra liberales, en Juan Crisóstomo, primero de la familia en quien asomaba una cultura propiamente espiritual, se elevaron a la categoría de actitud ética, intelectualizándose en un concepto absoluto del deber y de la responsabilidad.

Pero como estas nociones no correspondían a la realidad ambiente sino por modo de reacción, tenían que resultar exaltadas y aun colindantes con la extravagancia. Para él no existían culpas leves ni sanción penal que pudiese parecerle excesiva, precisamente porque hasta las más graves de aquéllas quedábanse impunes en la realidad venezolana, y mientras que en ésta el infractor del deber, violador de la ley o atropellador de la honra o del derecho ajenos, se colaba en la estimación de sus compatriotas bajo la denominación vernácula de "chivato", que es un modo venezolanísimo de hombre superior; para él denominábase el Culpable en absoluto y abstracto y debía desaparecer de la haz de la tierra que deshonraba con su presencia. Pero al mismo tiempo quería que para dilucidar la culpabilidad se pusiese el celo más escrupuloso de la mínima inocencia o vestigio

de razón del acusado, porque también al inocente considerábalo como entidad mística inspiradora de religioso respeto. En una palabra, quería que se administrase justicia, dentro de la más estricta aplicación de la ley, tal como ésta fuese, pero al mismo tiempo subordinándola a aquélla, a la gran justicia, para que le allanase el camino del tremendo escarmiento que debía hacerse en Venezuela.

Y como con tales anhelos no era probable que hiciese carrera por el camino de la jurisprudencia, por donde realmente lo tiraba la vocación científica, el paradójico influjo del medio lo desvió a estudiar medicina.

No tardó mucho en convencerse de que también esta ciencia clamaba por la justicia. En los comienzos de su ejercicio profesional en su pueblo llanero y en un mismo día, se le presentaron dos casos fatales de fiebre amarilla, bien diagnosticada y así extendidos los certificados de defunción. Pero ya el Gobierno había declarado que, gracias a patrióticos esfuerzos suyos, sin precedentes en la historia del país, había desaparecido para siempre aquel azote de todo el territorio de la República y cuando los imprudentes certificados llegaron a manos del jefe civil de la localidad para los efectos del caso, fue tal la contrariedad que le causaron que, entre ajos y bufidos, mandó devolvérselos a Payara para que "procediese" a modificarlos dentro del cuadro de enfermedades de que podían morirse públicamente los venezolanos.

Se negó a faltar a la verdad y a la defensa de la salud pública, desafiando las iras del bárbaro que se lo exigía; pero tampoco faltó médico que, en ejercicio de rivalidad profesional, se ofreciese voluntario a extender otros certificados conforme a lo requerido por la mentira oficial, diciéndole al jefe civil:

—Déme acá, coronel. Yo por usted me echo encima con gusto esos muertos. Payarita confunde el paludismo con la fiebre amarilla.

Y de paludismo fueron oficialmente los muertos.

Elevó protesta ante la Facultad de Medicina, pero como al ilustre Cuerpo no le era hacedero, sin grave amputación,

tomar cartas en el asunto, uno de sus miembros le respondió, particularmente, con el buen humor que lo asistía y siempre había demostrado en cátedra:

"—¿No comprendes, Payarita, que todavía están mandando los amarillos, aunque no lo parezca, y que, por consiguiente, nada de ese color puede ser causa de muerte? ¡Y después no quieres que te tilden de godo!"

Era el chiste, calembur o retruécano por donde se descargaba el espíritu de protesta contra la iniquidad reinante, dicho y propagado el cual ya nadie se preocupaba más de la calumnia pública que le diese origen; pero como Payara tenía un concepto profundamente despectivo de semejante humorismo venezolano, en habiendo recibido aquella carta decidió renunciar para siempre al ejercicio profesional. Como en efecto lo hizo, limitándose, para ganarse la vida, a la farmacia que heredera del padre.

Detrás de las vitrinas de la recetura, parapetos de su inútil rebeldía, se le fueron siete años, cavilando, mientras manipulaba el mortero, acerca de los infinitos males que afligían la tierra venezolana, sin término ni remedio vislumbrados, pues si ya los Jaramillos habían pasado a la historia de las grandes calamidades nacionales, en cambio imperaban otros hombres de presa tan ladrones, despóticos y crueles como lo habían sido ellos y ningún signo de los tiempos indicaba que la bárbara especie estuviese en decadencia. Porque el caso de Carlitos Jaramillo, blandengue, parecía excepcional y, por otra parte, nada podía salir ganando el país con que el último descendiente de los tigres de Santa Inés hubiese venido al mundo sin ferocidad agresiva y por él se pasease con las garras pulidas y perfumadas del trato y manoseo de las innumerables víctimas de la masculinidad ambigua de su donjuanismo.

Consumíase, pues, Juan Crisóstomo Payara, refugiado en un margen penumbroso de su ciencia, pero sin que la dosificación de los potingues innocuos con que el médico de la localidad dejaba correr la fuente de sus provechos, que eran los males de sus pacientes, lo acostumbrase a componendas espirituales con el mal. Porque si en el orden físico se había

retirado ante lo ineluctable, en el interno y moral manteníase firme en su posición, esperando la hora de la tremenda justicia que era necesario hacer en Venezuela, donde el latrocinio y el crimen se habían enseñoreado.

—La pena de muerte—clamaba, mientras pulverizaba, fieramente, las substancias innocuas con que el recetador lo obligaba a llenar el mortero—. Mientras no volvamos a ella no habrá verdadera administración de justicia en este país.

—¿Nada menos, Juan Crisóstomo?—insinuaba bondadosamente el viejo Luján, que había sido su maestro de primeras letras y a charlar con él se iba todas las tardes, cuando terminaba su escuela.

—Nada menos, don Jesús María. La enfermedad de Venezuela no es para paños calientes y bálsamos anodinos, sino para hierro de cirujano. El que quiera redimir a este país de sus males tiene que inmunizarse, primero contra la compasión. Y si no, dígame: ¿qué ha hecho usted, siendo la bondad misma y la rectitud misma, sino criar cuervos para que le sacaran los ojos? ¿Cuántos bandidos no han salido de su escuela?

—Algunos—admitía el buen viejo—. No te lo negaré, pero...

—No hay pero que valga, don Jesús María. Leyes severísimas, sanciones ejemplares y una mano limpia, pero al mismo tiempo férrea para aplicarlas, es lo que necesita Venezuela.

Pero una vez, ya sobre los treinta años, como contemplase el yermo de su corazón donde reinaba el viento ardiente y tempestuoso de aquel trágico concepto de la vida, se asustó de la aridez sin brote de ternura, se vio al borde de la crueldad, ya empedernido, tuvo miedo de sí mismo y pensó que era necesaria la compañía dulcificante de una mujer. Fue una noche lluviosa, en la botica sin tertulia y saturada de los áridos olores que se exhalaban de los tarros... Y como a este menester sentimental se incorporó inmediatamente la noción imperativa de que reproducirse es un deber impuesto por la naturaleza y sancionado por la religión—cu-

yos católicos preceptos observaba al pie de la letra—, decidió tomar esposa.

Pero esta repentina ocurrencia no fue obra de aquella noche solamente, sino de la influencia progresiva de muchas veladas en la casa de don Jesús María Luján, a cuyo arrimo crecía una nieta huérfana que le alegraba la vejez solitaria.

Llamábase Angela Rosa, tendría unos dieciocho años y era hermosa, jovial, ingenua y de temperamento amoroso. El abuelo no había logrado inculcarle por completo sus austeros principios, ya porque todo el tiempo se le fuese en mimarla, saboreando la delicia paternal que ella le producía con su amorosidad expansiva, o porque ella tuviese un espíritu esquivo a las influencias extrañas, aunque sin desagradables manifestaciones de obstinación o rebeldía.

Varias veces el anciano maestro y el médico frustrado habían compartido preocupaciones por el porvenir de Angela Rosa cuando le faltase aquél, y ahora, de pronto, el segundo descubría que estaba enamorado de ella.

Fue un magnífico descubrimiento. La dura peña del corazón ya se cubría de un musgo tierno, la vida toda presentaba otro aspecto bajo el resplandor insólito de las ilusiones amorosas. Al principio, para darle acogida a estos sentimientos un poco extemporáneos, fue necesaria una justificación de orden moral: Angela Rosa, buena, pero frívola, requería, a fin de que no se extraviase, una mano conductora más firme que la del abuelo consentidor. Pero luego admitió que el encanto del caso estaba, por el contrario, en abandonarse a la contemplación de aquella graciosa criatura, tal como la había hecho la Naturaleza. Y no sólo el pasajero encanto del amor algo tardío, sino también la ulterior y más espiritualizada conveniencia, pues precisamente con su ingenuidad de amorosa era como podría resultarle Angela Rosa compañera dulcificante, alma a toda hora en brote de ternura que compensase la adusta sequedad de la suya.

Cuando ella oyó la inesperada declaración de aquel amor, hecha con la sobriedad de las demostraciones sentimentales de Payara, se quedó toda confusa. Aquél no era el hombre con quien ella había soñado. Había unos años de dife-

rencia, pero sobre todo un abismo de disimilitud de caracteres y de conceptos de la vida, dando por sentado que fuese un concepto lo que ella se hubiese formado a propósito del vivir. Había, finalmente, el respeto, el miedo casi, que le inspiraba aquel hombre implacable, que no ponía alma en sus palabras sino cuando hablaba de los tremendos escarmientos que era necesario hacer para limpiar el país de hombres malvados y mujeres livianas.

Pero en seguida surgió de aquella confusión un sentimiento fascinante. De varias de sus amigas ya sabía que estaban profundamente enamoradas de Payara, entre cuyos varoniles atractivos, además de las consideraciones de orden práctico que podían señalarlo como un buen partido para las muchachas casaderas de aquel pueblo triste, la aureola de su rebeldía y su misma adustez misógina eran poderosos estímulos de la romántica curiosidad femenil. Pero si todas habían puesto en juego sus artes para conquistarse el amor del ogro, ella, la única indiferente, había sido la elegida.

Y el halago de vanidad, mezclándose con el travieso propósito de hacer rabiar a las desairadas, costumbre y rasgo de su carácter juguetón, la indujeron a la aceptación irreflexiva del grave amor que se le ofrecía.

*

Ya obscurecida la noche de la boda, el dependiente de la farmacia, ya cerrada, se había marchado a prepararse para asistir a la ceremonia y Payara terminaba de pasar al recetario las fórmulas del día cuando oyó que alguien trasteaba en la rebotica.

—¡Tú! ¿Qué haces?

Era Angela Rosa, cogida in fraganti, con un frasco de sublimado corrosivo en las manos. La casa de don Jesús María Luján y la de la botica, donde a la sazón sólo Payara se encontraba, se comunicaban por trechos caídos de la empalizada que dividía sus corrales y así le había sido posible llegar hasta allí.

Estaba desemblantada, medroso el fulgor de los grandes

ojos negros, y no por el susto de verse descubierta, sino por palidez y mirar desvariado que ya traía desde que se decidió a dar aquel paso.

Ocultó el frasco tras de sí, mirando a Payara con razón ausente; pero lo entregó sin resistencia cuando él se le acercó a quitárselo.

—¿Qué significa esto?—inquirió él, aunque ya poco necesitaba para explicárselo todo.

La cabeza de Angela Rosa, que hasta allí pareciera sostenida por una contracción tetánica, se humilló de pronto, hundiéndosele en el pecho, a tiempo que de éste se le escapaba un sollozo desgarrador.

Obligándola a levantarla, sosteniéndola por la barbilla para mirarla a los ojos, Payara reiteró la inútil pregunta.

—¿Quieres decir que tú...?

Y como ella respondiese con movimientos afirmativos, se la abandonó otra vez a su propio peso.

Súbitamente se había desvanecido el sortilegio. Un buen amor y una experiencia generosa, cordial aprendizaje para una nueva actitud ante la vida, fracasaban en la sima abierta por aquel ademán. La cólera de la confianza traicionada, de la honra ultrajada y la implacable noción de la culpa se precipitaron a recuperar el espíritu que aquellos sentimientos abandonaban para siempre, y en obra de un instante nada quedó del aprendiz de ternura.

Nada tampoco podía ver ya en Angela Rosa, toda transformada en criatura indigna de piedad, de aquella, graciosa, que pudo ser elegida para compañera dulcificante. Ya no era sino la culpable que deshonraba el mundo con su presencia. Pero conteniendo todavía el impulso de echarla de allí, insistió en preguntarle:

—¿Por qué has esperado este momento para esa confesión? ¿Te has imaginado, acaso, que por el temor del ridículo, ya faltando apenas unos momentos para nuestro matrimonio, iba yo a consumarlo a pesar de todo? Porque eso de que hayas venido en busca de un veneno para suicidarte, precisamente a la hora en que sabías que yo estaba solo y metiendo ruido para que te descubriese, no pasa de ser

sino una burda comedia, una farsa tan repugnante como la vergüenza que con ella pretendes hacerte perdonar.

Angela Rosa levantó la cabeza y repuso, con una voz que nunca había sido suya y sibilante:

—¿Quieres convencerte de que no he venido a pedirte perdón? Devuélveme el frasco que me has quitado.

A tiempo que él, para no oírla:

—Responde a lo que te pregunto: ¿Por qué has esperado este momento? ¿Por qué no me confesaste tu indignidad para el matrimonio cuando te lo propuse?

Y ella, mirándolo a los ojos:

—Porque entonces no tenía de qué avergonzarme. Fue después, cuando la desgracia que siempre me ha perseguido...

—¿La desgracia?

Y en el hombre ofendido, en quien por momentos tendía a desatarse el vengador que barrería de la tierra aquella escoria humana, apareció ya inflexible, pero sereno, lúcido, el justiciero que pedía escrupuloso cuidado en dilucidar la responsabilidad.

—¡A ver! Cuenta. Cuenta tu infamia o tu desgracia para que yo pueda saber cómo deba calificarte. Porque habré de ser yo y no tú, quien decidirá si eres realmente desgraciada o simplemente culpable.

Pero ella, encogiéndose de hombros y haciendo el ademán de marcharse:

—¿Para qué?... Ya sabes que no soy digna de ti... Con abandonarme a mi suerte tienes... Nada te lo impide... Nada nos ata todavía.

—Te equivocas. Socialmente nuestro matrimonio es ya un hecho que no puede destruirse sin escándalo y deshonra. Nos ata una promesa espiritual de fidelidad y lealtad y de haber faltado a la tuya después de haber aceptado la mía tienes que darme cuenta, en seguida. No basta llamarte desgraciada, es necesario probar que no has sido culpable.

Y sujetándola por los hombros, sacudiéndola:

—¿Quién es tu cómplice o el autor de tu desgracia? Necesito saberlo ahora mismo, tengo derecho a saberlo.

Ella se obstinaba en callar y ya se volvía colérico el

ademán imperioso con que Payara acompañaba sus palabras, cuando de pronto acudieron a su memoria otras, oídas días antes, que ahora adquirían el sentido que entonces no les penetró: Carlos Jaramillo, que al pasar frente a la botica, como uno de sus amigos le preguntase:

—¿Llegaste anoche y ya te vas?

—Pero algo me llevo en los cachos—le respondió, llanamente.

Ya Payara sabía que Angela Rosa, como casi todas las muchachas bonitas del pueblo, le había pagado el tributo de sus primeros amores a aquel galanteador blandengue; pero ni sospechó nunca que aquellos amores no hubiesen sido castos por parte de ella, que fue la primera en romperlos, ni temió que hubiesen dejado huella en su alma, ni podía atribuirles a aquellas palabras el odioso sentido que ahora le revelaban.

Cedió la presión de las manos que sujetaban y sacudían, como si toda la cólera que tendía a descargarse por ellas se hubiese desplazado hacia la figura aborrecible que acababa de surgir en la imaginación de Payara, y éste, afincando el interrogatorio en la sospecha concreta:

—¿Carlos Jaramillo, verdad?

Ella respondió con ademán afirmativo y rompió a llorar. Ya toda la cólera de Payara tenía objeto suficiente que la retuviese y la reconcentrase: el Jaramillo que siempre había humillado al Payara, y por añadidura el Jaramillo marica.

Pero reprimiendo el impulso de pasión que pudiese obscurecerle el juicio, apuró el interrogatorio, atento a los mínimos movimientos del alma de Angela Rosa, mientras le arrancaba, con jirones de pudor, la cruda confesión.

—En casa. Hace tres semanas... El mismo día en que salía la primera amonestación de nuestro matrimonio..., a la misma hora quizá. Abuelito había salido para misa y yo estaba sola en la casa, todavía en la cama... Yo nada sabía de Carlos desde que rompí con él hace tres años. Ni siquiera sabía que hubiese regresado al pueblo, cuando de pronto me lo veo entrar en mi cuarto... Me juró que todavía estaba enamorado de mí, que quería casarse conmigo... Que te ma-

taría si yo me negaba a ser suya por casarme contigo.... Yo resistí cuanto pude, pero...

—¿Por qué?—interrogó Payara, necesitado de esclarecer minuciosamente hasta dónde llegase la responsabilidad de aquella rendición ante la violencia. Y como ella no respondiese, por no haber comprendido el sentido de la pregunta—. Por que aún lo amabas, ¿no es cierto? Porque al sentirlo cerca de ti volviste a desearlo, como probablemente lo deseaste más de una vez, cuando fuiste su novia, aun a sabiendas de que era un corrompido, y quizá precisamente por eso, ¿no es así?

Angela Rosa levantó la frente, lo miró a los ojos a través de sus lágrimas y con una sonrisa de despecho triste, única protesta que podía levantar su dignidad deprimida, le respondió lentamente:

—Quizá sí. Tengo dieciocho años, soy de temperamento sensual, como una vez te oí decir, y estuve enamorada, muy enamorada de Carlos Jaramillo.

—¿Estuviste?—recalcó Payara, pero con réplica retardada, pues antes de formularla ya su pensamiento había sido interferido por una perplejidad repentina.

Ya Angela Rosa no era la muchacha irreflexiva cuyas palabras nunca fueron sino parloteo de sonido agradable, superficial expresión de un espíritu frívolo. Ahora había puesto en aquéllas toda la sinceridad de que podía ser capaz un alma en plenitud de sí misma; pero quien de ella no había visto hasta entonces sino la apariencia graciosa y el adorno exterior de la ternura risueña, tenía que quedarse desconcertado ante la inesperada visión total y profunda, como se quedó Juan Crisóstomo Payara, mirándola, cual si la desconociese, cuando oyó tales palabras desafiando al juicio con una respuesta que excedía a su interrogación.

Pero el dramatismo de aquella escena tenía ya un ritmo determinado por la burda realidad de que se trataba y aun por el plano moral, pero no espiritual, en que Payara se había colocado, ritmo en el cual no cabía aquel sutilísimo movimiento de alma, y así aquella perplejidad sólo pudo durar un instante.

—¿Estuviste?—repitió, ya discurriendo de nuevo el pensamiento interferido—. Ten cuidado de no aferrarte demasiado a las mínimas posibilidades de inocencia, pues aún no has explicado lo verdaderamente grave, lo más inmoral y exclusivamente tuyo: la ocultación de una verdad que has debido revelármela en seguida, el engaño en que me has tenido hasta este momento extremo.

—Porque el único remedio era quitarme la vida—repuso, sosteniéndole la mirada—. Pronto me convencí de que Carlos no había querido sino saciar en mí el odio que te tiene, el odio de los Jaramillos contra los Payaras, igual al de ustedes contra ellos.

—¿Luego eres víctima de culpa mía? ¡Esto más!

—No he querido decirte eso, sino explicarte por qué te oculté la verdad en el primer momento. Tuve la esperanza de que Carlos no fuera tan malvado, que me cumpliera su palabra de matrimonio, para decirte entonces que no me casaría contigo porque no te amaba. Pero él se regresó a su hato de *El Amparo* aquel mismo día, y hasta tuvo la insolencia de escribirme una carta donde sólo me decía estas palabras: "Ya puedes casarte con Payara. No te preocupes. El no se dará cuenta. Los médicos tienen otras ideas respecto a..."

Ya era suficiente para que la cólera de Payara se cebase en el alevoso enemigo; pero como él no sólo vigilaba los movimientos del alma de Angela Rosa, sino también y muy atentamente los de la suya, donde al menor descuido pudiera deslizarse, para inducirlo a perdonar, alguna sutil partícula del amor bruscamente arruinado, conteniendo todavía el impulso absolutorio preguntó:

—¿Conservas esa carta?

—No. En el estado de espíritu en que me dejó su lectura no se me ocurrió sino destruirla, para que no hubiese constancia de lo sucedido, y mi única esperanza fue que aquello no hubiera tenido consecuencias, y con decirte que había resuelto no casarme contigo, porque no te quería, se remediaría todo.

Ya la abandonaban las fuerzas, pero Payara, sin aten-

der a que vacilaba buscando apoyo, apuró el interrogatorio:

—¿Desde cuándo perdiste esa esperanza?

Un rubor, que no había aparecido ni en lo más escabroso de la confesión, arreboló de súbito la palidez de Angela Rosa, mientras respondía, apenas con un soplo de voz:

—Hace diez días.

—¿Estás segura de no haberte equivocado en las fechas?

Ella movió afirmativamente la cabeza inclinada, ahora encendida la faz.

Pero con aquella pregunta se había deslizado el médico dentro del juez, y fue entonces cuando Payara—ya desplazado, aunque momentáneamente, del plano moral donde reinaba la implacable noción de la culpa, hacia el de la realidad fisiológica donde las vergüenzas y los pecados son cosas de la carne irresponable—advirtió que ya ella no podía tenerse en pie.

—Siéntate—díjole, ofreciéndole uno de los taburetes que había en la rebotica.

Luego volvió a su sitio el frasco que ella había tomado y se quedó ante el estante buscando otros para prepararle lo que habían menester sus nervios deprimidos.

—Desde entonces—prosiguió ella, abandonándose a la incontenible necesidad de hablar—sólo me quedó quitarme la vida sin despertar sospechas, desaparecer del mundo sin que abuelito supiera nunca la verdad. Pero yo no quería morir y aplazaba el momento, haciéndome la ilusión de que no se me presentaba la oportunidad para procurarme un veneno... Ahora dije en casa que me dolía la cabeza y venía a pedirte un remedio... Para decir después que por no molestarte lo había cogido yo misma, en la rebotica, y me lo había tomado sin decirte nada. Así podía parecer que equivocadamente había tomado un veneno y abuelito no sospecharía nada... Ahora tendrá que saberlo todo... Será horrible para él, será peor que la muerte... Solo tú podrías evitarle ese golpe... Dame algo que me haga...

No se atrevió a pronunciar la monstruosa palabra. No se lo permitió tampoco la tremenda mirada que Payara le

clavó, volviéndose, de pronto. Se levantó del asiento murmurando, desgarradoramente:

—Tendrá que saberlo... No hay más remedio... Se lo contaré todo ahora mismo.

—Aguarda—le ordenó Payara, imperiosamente. Y luego, acercándose—: Don Jesús María no debe sospechar lo ocurrido, cuéstenos lo que nos cueste. Su honra no puede ser tirada a la alle. Su vida sin mancha debe terminar dichosa.

Y dándole la bebida que ya le había preparado:

—Toma, para que se tranquilicen tus nervios, y vuélvete a tu casa, como si no hubiera pasado nada. Carlos Jaramillo ha tenido razón: los médicos, cuando se llaman Juan Crisóstomo Payara, tienen otras ideas respecto a la honra y al deber. Nuestro matrimonio se efectuará a la hora fijada.

Y Angela Rosa obedeció, porque no quería morir.

De la palidez de su rostro y de su aire alelado durante la boda murmuraron las amigas, las mismas que estuvieron enamoradas de Payara:

—No es para menos. Casarse con un hombre tan tremendo como Payara, es como ir al patíbulo con pasos contados. Este matrimonio lo ha hecho don Jesús María, por no dejarla en la calle, como quien dice, el día menos pensado; pero ella bien sabe lo que la espera.

Y al día siguiente, unas y otras, en todo el pueblo:

—¿Sabes la noticia? Anoche mismo se la llevó para *Hato Viejo*. Imagínate la luna de miel que tendrá la pobre Angela Rosa. La tumba, como quien dice. Ahora la entierra en vida en esa soledad de *Hato Viejo*. ¡Payara al fin! Celosos y déspotas con sus mujeres todos ellos. ¡El pobre don Jesús María! Dicen que está inconsolable porque lo vino a saber hace poco, cuando vio la botica cerrada... ¡Quitarle la nieta! Se necesita no tener corazón.

—¿Cuándo lo han tenido los Payaras?

Y, por último, meses después, cuando llegó al pueblo la noticia de la muerte de Carlos Jaramillo, atribuída a suicidio:

—Nada de extraño tiene que Carlitos se haya suicidado, porque hace tiempo venía anunciándolo; pero a mí nadie me

quita de la cabeza que allí ha habido algo más. Muy enamorada de Carlitos estuvo Angela Rosa, y como "en conuco viejo nunca faltan batatas", estando él por allí cerca, y ella con un marido tan feroz...

Si estas murmuraciones llegaron a oídos de don Jesús María Luján o si a él también se le ocurrió la sospecha, lo cierto fue que a poco enfermó y murió de tristeza, llamando a la nieta, pero olvidados sus labios del nombre del discípulo predilecto.

Un destino dramático aridecía las obras de Juan Crisóstomo Payara...

*

—No fue el doctor—afirmaba todavía la vieja comadrona a quien Payara le confió que cuidase del sueño de la parturienta, una vez terminado el alumbramiento—. Fue el Blanco de *Hato Viejo* quien puso aquel frasco sobre la mesa de noche. Yo lo vide, con estos ojos que se han de comer los gusanos; pero como la lamparita apenas permitía distinguir el bulto, lo tomé por el doctor que hubiera vuelto a entrar. Además, me había cogido un gran sueño de pronto y se me cerraban los ojos. Cosas del mismo Blanco, para que lo dejara hacer. El Blanco, que nunca ha consentido mujeres en esa casa.

Era una antigua conseja cuyo origen se remontaba a los tiempos de la fundación de *Hato Viejo*. A Aquilino Payara, fundador de la finca, algo muy grave debió de sucederle por causa de una mujer, pues nunca las consintió en el hato; pero además de grave debió de ser incompatible con la ya proverbial rectitud de la familia, pues ésta guardó siempre el secreto y sólo se dijo que Aquilino, como muchos guariqueños, llaneros del llano bravo de estero y calseta, pasó el Apure y el Arauca en busca de sabanas más propicias para el laboreo del ganado y corriéndose hasta las riberas del Cunaviche, allí fundó *Hato Payareño* y de allí no regresó ni volvió a tener trato ni comunicación con el resto del mundo, porque el bárbaro influjo de aquella remota soledad se apoderó de su espíritu.

Muerto Aquilino, heredó la finca su sobrino Demetrio, pero bajo la condición de que nunca llevase ni consintiese mujeres en ella, ni tampoco se lo permitiese a sus herederos, y por esta causa siempre fue *Hato Viejo* tierra de hombres solos.

Internada en el fondo del desierto arauqueño y expuesta a las incursiones de revolucionarios y cuatreros que pululaban por la cercana región fronteriza, tierra de jarizales y medanales que sólo podía alimentar hacienda escasa, aquella finca nunca fue considerada por los Payaras como un peculio, y apenas se radicaron temporalmente en ella cuando las persecuciones políticas los obligaron a buscar refugio en lugar apartado y de difícil acceso, o cuando comprometidos en las revoluciones que se fraguasen, necesitaban reclutar sus tropas en aquel resto del feudo que antes les dieron sus extensas propiedades y de las cuales los habían despojado los Jaramillos. Que si aún no les arrebataron también *Hato Viejo* era sólo para que, teniendo de dónde sacar los contingentes de bestias y de peonadas convertidas en tropas con que se lanzaban a las guerras, éstas acabasen de arruinarlos.

Pero según la conseja, Aquilino Payara no se contentó con la cláusula testamentaria—que por lo demás siempre observaron los herederos en cuanto a sí mismos—, sino que aún después de muerto vigilaba sobre la finca para que en ella no se estableciesen ni se detuviesen mujeres, pues cuando, sin embargo, esto sucedía, no tardaba en aparecer su fantasma a no permitirles reposo; el trote de un caballo que se acercaba, empezando a oírse al punto de medianoche, su brusca parada ante la casa, como fuera costumbre en Aquilino detener sus bestias, el jinete que echaba pie a tierra calzado de espuelas, y sonándolas, a paso imperioso, penetraba, traspasando las puertas cerradas, y se llegaba hasta las camas de las intrusas para echarlas de allí sacudiéndoselas.

Y agregaba la conseja que si la permanencia de aquéllas iba a ser definitiva o de larga duración, antes de que llegasen comenzaba el duende a procurarse bestia para los viajes nocturnos de sus apariciones, lo cual se descubría por la de un caballo que, sin que nadie lo hubiese jineteado—excepto el

duende, por supuesto—, abandonaba su hatajo y su existencia salvaje y veníase a merodear, señero y a paso aprendido, por las cercanías de las fundaciones.

Fue Juan Crisóstomo el primero de los Payaras que faltó a la obediencia de aquella cláusula, llevándose mujer suya al hato que, por lo demás, no conocía ni teníalo en cuenta como de su propiedad, abandonándolo a la reconquista del baldío. Juan Parao, que era el único que de ello podía dar testimonio, no recordaba si tal caballo se había dejado ver por allí antes de la llegada de Angela Rosa; pero a ella, conocedora de la conseja, no le dio sosiego nocturno el terror de aquella aparición espantable y aunque nunca habló de haberla sentido, la superchería tuvo comprobación reiterada y suficiente en el decir de la comadrona:

—Fue el Blanco quien puso el frasco del veneno al alcance de la mano de la señora...

Pocas veces se habrá hecho una exploración tan minuciosa de una conciencia como la que hizo Juan Crisóstomo Payara de la suya para descubrir las huellas de la intención a que hubiese obedecido aquel acto; pero éste siempre se le apareció aislado, sin el mínimo vestigio de relación con propósito voluntario. Aquel frasco había sido puesto sobre el velador como hubiese podido serlo en otro sitio cualquiera, y luego dejado allí por olvido perfectamente atribuíble a la prisa que en aquel momento se daba para asistir a la parturienta, cuya vida corría peligro.

Angela Rosa apuró su contenido, así que él hubo abandonado la habitación, porque en el rótulo eran ostensibles los macábricos signos de la muerte que ella esperaba de manos del justiciero, una vez separada de su cuerpo la criatura inocente contra cuya existencia él no podía atentar. Atormentado su espíritu por esta idea a medida que se acercaba el término de la preñez que la emplazase—según dio en interpretar la conducta de Payara, que después de convenir en casarse con ella nunca le había dirigido la palabra y evitaba su presencia con visible repulsa del espectáculo de su embarazo—, arruinados sus nervios por las zozobras en que vivió durante aquellos meses, ya sabedora del tremendo

fin de Carlos Jaramillo, que Payara no evitó que lo conociese, y, finalmente, perturbada su razón por el agotamiento consiguiente al parto, creyó que él habría dejado al alcance de su mano aquel frasco para que ella misma se aplicase el castigo, merecido por su culpa de traición a la confianza depositada en su doncellez y en su lealtad.

Pero si no lo había hecho adredre, sin embargo, era ya muy significativo, o por lo menos curioso, que hubiese sido precisamente sobre el velador, en el único sitio de donde en aquel momento ella pudiese tomarlo, donde él dejara aquel frasco, después de haber usado parte de su contenido para la antisepsia de sus manos... Y el empeño de reconstruir aquel instante fugaz de su vida interior no le dio sosiego aquella noche, ni lo abandonó durante mucho tiempo.

Mas no así el pensamiento de que, de todos modos, el autor de tal muerte había sido Juan Crisóstomo Payara, existente en el concepto que Angela Rosa se había formado de él y al cual correspondía su realidad más íntima—el de la exagerada noción de la culpa, que ya ni pedía adecuadas sanciones legales porque la vida lo había lanzado a hacerse justicia por sí mismo—, pues contra este Payara tremendo no había reacción espiritual que pudiese atormentarlo, tan lleno como estaba de sí mismo que no admitía ni la imaginación de otro modo de ser y de entender la vida que fuese más justo que el suyo.

Hizo lo posible y lo imposible por salvarla, y cuando ya la muerte le había ganado la partida, cerró los ojos que ya más no verían la luz que alumbra la injusticia, con el corazón traspasado de dolor, pero sin que le cruzara por su mente la idea de que aquel drama habría podido tener una solución piadosa...

*

Aquí se pierde el hilo de la historia de Juan Crisóstomo Payara. Fue al regreso de la capital, donde vivían unas hermanas suyas solteronas, resto de su numerosa familia desaparecida, a las cuales fue a confiarles la niña que Angela Rosa había dejado huérfana. Al partir del hato les entregó su

administración a Hinojoza y a Juan Parao, conjuntamente, dándoles amplia libertad de acción, pero limitándose a decirles:

—No sé cuando volveré.

Y estuvieron esperándole, día por día, durante más de tres años.

De esta porción de su vida nada se sabe de cierto y de ello provenía el aura de misterio que de allí adelante lo rodeó. Se dice que probablemente se internó hasta las riberas del Meta y allí convivió todo aquel tiempo con los indios yaruros, pues viajeros de entonces hablaban de un "racional" misterioso que gobernaba una de las comunidades indígenas esparcidas por las orillas de aquel río y que parecía hombre culto y de grandes conocimientos en el arte de curar, a juzgar por lo que de él contaban los indios, pues su misterio consistía en no dejarse ver por hombre civilizado. Pero aunque después esta versión fue comentada varias veces en presencia suya, con ánimo de sondear su secreto, nunca pronunció palabra ni hizo gesto que suministrasen indicio de certidumbre. De donde, sin embargo, provino que muchos se afirmaran en aquella creencia, atribuyendo tal hermetismo a cosa aprendida de los indios, de alma ignota; sospecha que, por cierto, coincidía con la observación que hicieron Hinojoza y Juan Parao, de que Payara, cuando regresó al hato y durante algún tiempo después, evitaba el encuentro de su mirada con la de su interlocutor, costumbre característica y de origen supersticioso de los indígenas.

Regresado al hato cuando ya menos se le esperaba, por el rumbo del Sur desierto y salvaje, contaba Juan Parao que en seguida se encaminó junto con él a la *Mata del Ahorcado,* que allí estuvo largo rato contemplando en silencio la rama fatídica del paraguatán donde aprendió a hacerse justicia por sí mismo y que luego le dijo:

—No basta hacerse la propia justicia; es necesario tratar de ejecutarla en todo el país. Vengo decidido a dedicarme a la guerra contra los bandidos que se han adueñado de Venezuela. ¿Estás dispuesto a acompañarme?

—¡Guá, dotol!—repuso el antiguo cuatrero—. ¿No le tengo dicho ya que con usté, aonde quiera?

Y allí comenzó la vida militar de Juan Crisóstomo Payara.

Fue una carrera brillante en cuanto a lo rápido y difundido del buen éxito, pero a lo largo de la cual debía rodearse de una aureola sombría. Su bravura, desatada como fuerza mucho tiempo contenida, y su pericia, para la cual bastaron unas cuantas escaramuzas, le allanaron el camino; pero desde un principio advirtió que por él avanzaba señero, cada vez más solo: el trágico concepto de su misión, por una parte, los tremendos escarmientos que se proponía, debían enajenarle la voluntad de los tibios, que eran los más, y por la otra, su intransigencia con el mal, la de los bribones, que eran los fuertes. De donde a la postre sólo vendría a quedarle prestigio entre la minoría de los bien intencionados y todavía íntegros, pero inermes y desconectados de la realidad venezolana.

Un pesimismo desolador comenzó bien pronto a minar su fe inicial. El pueblo que lo seguía, o mejor dicho, que él arrastraba en pos de sí convertido en tropa por la violencia del reclutamiento, era una masa amorfa de forzados sin rebeldía y de incondicionales inconscientes. Iban a la guerra porque los llevaban a ella, pero nada esperaban de ella ni de sí mismos para convertirla en instrumento de sus reivindicaciones. Eran pura y simplemente carne de cañón.

¡Y los caudillos! Una vez el general Fulano mandó a llamar a su amigo el general Zutano, liberales amarillos ambos y caudillos ya históricos, además de compadres.

—Te mandé a buscar—dijo el primero—porque hemos resuelto voltear la tortilla y contamos contigo.

"Voltear la tortilla", derrocar y sustituir a los hombres de presa que se habían apoderado del gobierno, por otros iguales que luego harían lo mismo que aquéllos, era toda la ideología de los revolucionarios venezolanos.

—¡Caramba!—exclamó el llamado—. Si me hubieras encontrado una hora antes te contestaría que podías contar conmigo; pero acabo de comprometerme con el Gobierno, aceptando la presidencia del Estado Bolívar.

Y el general Fulano pudo alzarse sin que el Gobierno recibiese aviso del general Zutano de que iba a estallar aquella revuelta.

—Pero estos hombres—se preguntaba Payara—, ¿qué idea tienen del país y de sus responsabilidades políticas? ¡Pandilla de bandoleros!

Payara militaba en otro bando donde los viejos y desprestigiados principios conservadores se habían disfrazado de liberalismo para allanarse el camino, sin recelos de la democracia, y allí se hablaba mucho y en todos los tonos de honradez política y de patriotismo desinteresado, con una sinceridad subjetiva indiscutible, pero todavía no pasada por los crisoles de la experiencia. Payara, sin embargo, creía en ella, porque necesitaba creer en algo con fe de carbonero y por eso militaba en aquellas filas, además de la consecuencia histórica para con sus antepasados conservadores. Pero la misma fuerza de lo subjetivo incontaminado que alentaba en aquellos hombres, o por lo menos en la mayor parte y en los más destacados de ellos, como producto de reacción individual contra un medio hostil, propendía a desarrollar en tales hombres, y muy especialmente en el caudillo que los agrupaba, las fuerzas y las virtudes de lo personal exclusivo y absorbente, que ya era una raíz de despotismo.

Un día, como tuviesen que retirarse ante la amenaza de una gran concentración de tropas enemigas y en la retaguardia del ejército marchase gente de la región que abandonaba y tenía fama de no pelear sino en su terreno, se permitió Payara criticar aquella disposición del caudillo, diciendo, a tiempo que éste pasaba junto a él:

—Esa gente, en la retaguardia, va a desertar en cuanto abandonemos esta región. Se la debería colocar en el centro del ejército.

Y el caudillo, como nunca admitiese crítica de sus disposiciones, detúvose a mirarlo altaneramente y replicó:

—Todavía no ha nacido el hombre que se atreva a desertar de mi ejército.

Pero no fue un hombre, sino todo el batallón el que abandonó las filas, tal como lo había previsto Payara.

Y entonces fue lo personal del arresto temerario, en apoyo, más que en remedio, de lo personal de la intransigencia. El caudillo, solo, fue a reducir al batallón y lo redujo, por obra del gran ascendiente que ejercía sobre sus subalternos, y al incorporarlo al ejército, como volviese a pasar frente a Payara, volvió a dirigirle aquella mirada altanera, que desafiaba:

—¿Quién más que yo?

Sin embargo, aquè día comprendió Payara que con aquel hombre no se iría a ninguna parte, como no fuese al fracaso. Pero se dijo:

—Puesto que no hay otros, con estos bueyes hay que arar.

Y un día surgieron en el horizonte político otros hombres, que se llamaban nuevos y se apoderaron de la esperanza de todo el país. Payara se decidió a la experiencia y se les incorporó.

Pero a poco de andar reunidos, ya unos y otros habían descubierto que aquella alianza no sería perdurable. En el nuevo ejército victorioso privaba un impulso de horda y los tremendos escarmientos de que hablaba Payara sonaban mal en aquellos oídos. Sin embargo, llegaron juntos y en triunfo hasta la capital.

Se acuartelaron las tropas. Payara comandaba una división de las más reacias a la disciplina que él quería imponerles y entre cuyos oficiales había tres que tenían la consigna de suscitarle dificultades definitivas.

Cerró la noche, sin que el día hubiese sido de saqueo, como quisieran aquellos oficiales, y a poco de sonar el toque de silencio comenzó a oírse un runrún subversivo entre la tropa. Juan Parao, el comandante Juan Parao para entonces, se llegó adonde estaba Payara, ya dentro de su chinchorro, observándole:

—¿Está oyendo, dotol?—a Payara no le agradaba que le diesen tratamiento de general.

—Sí—respondió sin moverse del chinchorro—. Transmítale el capitán García que ordene repetir el toque de silencio.

Así se hizo, pero el murmullo continuó y va se rompía en risotadas cuando reapareció Juan Parao:

—La cosa como que no es de toques, dotol Payara.

—Así parece—repuso con su imperturbable serenidad, pero ya levantándose y ciñéndose el revólver—. Transmítale al capitán García que forme la guardia.

—¿Al capitán García?—objetó Juan Parao—. Pa mí que ése está en la combinación.

—Haga lo que se le ordene, sin chistar. Y prepárese para lo que fuere menester.

—A su orden, mi general—repuso esta vez el negro, llevándose la diestra al arranque de la greña.

Cuando Payara salió al patio del cuartel, sólo con una fusta en la diestra ya la guardia estaba formada y el resto de la tropa en silencio, todavía acostada en el suelo de los corredores del contorno, pero incorporadas aquí y allá algunas cabezas atentas.

Payara avanzó hasta el centro del patio, bajo las estrellas inocentes. Se sentía el empuje contenido de la rebelión.

—¿Quiénes fueron los de las risitas?—interrogó, lentamente.

En silencio, despacio y a distancia unos de otros, se incorporaron los tres oficiales agitadores, respondiendo sucesivamente:

—Yo.

—Y yo.

—Y yo.

Y avanzaron hacia el patio, lentos los pasos, torvas las caras. Juan Parao, detrás de Payara, no los perdía de vista, la diestra en el cinto, cerca del revólver.

—Capitán García—ordenó Payara, con una voz tremenda, pero sin alzarla—. Fusile a esos hombres.

Toda la tropa se incorporó y se alineó en posición de firme, sin que se lo hubiesen ordenado, automáticamente, porque había sentido la imposición del jefe.

Pero el oficial de guardia todavía vacilaba.

—¡Capitán García!—tronó Payara—. Fusile a esos hombres inmediatamente.

Sonrieron los agitadores creyendo que el oficial de guardia, ya confabulado con ellos, desatendería la orden; pero ya

también el alma esclava del capitán había sentido la imposición del jefe y la orden se cumplió, en medio del patio, bajo las estrellas impávidas.

No era la primera vez que Payara ordenaba ejecuciones sumarias como aquélla; pero comprendiendo que el jefe revolucionario no se la perdonaría—pues ya se le había alcanzado que los insubordinados obedecían a un plan superior, con el objeto de desprestigiarlo entre las tropas—, aquella misma noche abandonó el cuartel y la filas de la revolución triunfantes, y renunciando para siempre al propósito de militar en las de ninguna otra, todas iguales, regresó a *Hato Viejo,* acompañado de Juan Parao.

Volvía al desierto y a su aislamiento con todas las esperanzas frustradas y una aureola sombría, por donde se le llamaba el *Diablo del Cunaviche.*

Un destino dramático había regado con sangre las obras de Juan Crisóstomo Payara.

IX

AQUELLA MIRADA...

Otra, en cuyo nombre de Rosángela había querido Payara revocar la triste suerte de la madre al punto donde a ésta le sonreía propicia cuando él se la malogró, hubo de encontrar aquel frasco sobre el mismo mueble donde fue restituído, ya vacío de su contenido mortífero.

Payara no había querido permitirle que entrase en aquella habitación, cerrada y substraída a la vida de la casa hacía más de veinte años; pero ella se dio sus artes, y cuando él regresó de la sabana encontró la dramática alcoba devuelta al uso cotidiano, dentro de ella la luz sencilla y el aire corriente.

—¿Por qué has hecho eso?—le preguntó, deteniéndose, al choque de la novedad que transformaba el aspecto total de su casa y que en el primer momento le había producido la impresión desconcertante de una resurrección, por la vio-

lencia del recuerdo que de nuevo se adueñaba de su alma.

—Porque era tonto, papá; perfectamente tonto lo que hacías.

Todos los músculos de Payara dispararon el ademán y la expresión de protesta. Otra voluntad comenzaba a manifestarse y a imponerse donde la suya había reinado sin estorbos ni limitaciones durante casi la mitad de su vida y un eco de grandes cambios operados en el mundo durante su aislamiento llegábale con aquel reiterado epíteto despectivo que en su tiempo los hijos no se atrevían a aplicarle a sus padres.

—Bien está que conserves la memoria y los recuerdos de mamá—prosiguió Rosángela, sonriéndole—; pero para eso no era necesario que vivieras como junto a su tumba.

Y como entonces fue el parecerle que hubiese sarcasmo en tales palabras, esperó a que ella acabara de expresar todo su pensamiento.

Pero Rosángela había dicho cuanto pensaba y sin ironías ni reticencias

Esto sucedió poco después de la llegada de Rosángela, y fue el momento clave del arco de su vida, el punto donde se unieron su pasado y su porvenir. Juan Crisóstomo Payara tuvo el pensamiento que habría decidido allí mismo aquel destino suspenso, pero no se atrevió a expresarlo, y después de callar durante unos instantes sólo se le ocurrió decir:

—De todos modos me has desobedecido y eso no está bien.

A lo que respondió ella, apoyándose contra su pecho y sonriéndole todavía:

—Hasta ahora sólo he aprendido a admirarte. Ya me iré acostumbrando a obedecerte.

Era cierto. Una profunda admiración había sido la forma del amor filial de Rosángela. Una admiración donde puso toda la vehemencia de un alma generosa, caldeada por una fantasía inflamable.

Desde pequeñita oyó hablar de aquel a quien tenía por padre como un hombre extraordinario.

—¡Ese! Como ése no ha nacido otro y tardará mucho

sin que nazca—solían decir Carmela y Eulogia Payara, en cuya casa y al arrimo de cuyo extremoso amor de solterona creció Rosángela.

Y para que ella aprendiese a admirarlo, una y otra vez le referían episodios de ¡aquella firmeza de carácter, aquella actitud de conciencia, aquella gran nobleza de alma!... Tal vez las Payaras habían vislumbrado la tremenda verdad del drama conyugal del hermano y con aquella admiración querían suplirle amor de hija verdadera.

—¡Ese!—exclamaban ciertos asiduos visitantes de las solteronas, que luego supo Rosángela que eran correligionarios de Payara, que allí acudían a celebrar sus conciliábulos de conspiradores perpetuos—. Si en este país existieran cuatro hombres siquiera del temple de alma, del valor a toda prueba, de la absoluta honradez de principios y del gran sentido de la justicia que adornan al doctor Payara, otra sería la historia de este país.

Y entonces eran las anécdotas de la vida militar de aquel que, aunque ya apartado de la política hacía tiempo, algún día se reintegraría a ella para ser el caudillo de la gente honrada.

Y como esto era por las noches, Rosángela se metía en la cama con el corazón en vivas ascuas de amor filial y la imaginación encendida en el resplandor que irradiaba de la figura de su padre, tal como se lo representaba un retrato que adornaba el testero de la sala, donde aparecía con arreos militares, a caballo y contra el gran fondo sugestivo de la llanura natal, todo hecho por el pintor, por encargo de y al gusto de las Payaras que adoraban en aquel hermano.

Sólo una vez, aún muy niña, había visto a aquel hombre extraordinario, primero bajo su aspecto marcial, cuando las Payaras la llevaron a presenciar la entrada triunfal de aquellas tropas revolucionarias, al frente de una división de las cuales venía él, y luego, al día siguiente de aquel fusilamiento, que fue realmente la primera vez que lo vio. Y una dulce emoción se derramaba de este recuerdo sobre su alma: una mañana en el corredor de la casa, él acabado de llegar, ella sobre sus piernas y él contemplándola en silencio.

Nada más. Ni otra cosa que hiciera su padre mientras estuviera en la casa—que fueron varios días, según le contaban las Payaras—, ni otras veces que se la sentara sobre sus rodillas, que si también fueron varias, a ella se le habían fundido todas en la memoria en una sola, de emocionado silencio y larga contemplación de unos ojos puestos en otros.

Así continuó viéndolo á medida que crecía y su alma se transformaba, todo lo del mundo exterior sintiéndolo y pensándolo ya de otra manera, pero sin que cambiase aquella emoción de la infancia, ella sola perenne, como la eterna dulzura.

Afligíala que no fuese a verla, internado en el hato desde entonces; pero al mismo tiempo y sobre todo cuando entró en la romántica edad que separa la niña de la mujer, hallaba una fuente de gozo más íntimo en aquella ausencia inexplicable que le permitía imaginárselo nimbado de misterio, tal como conviene a la figura de hombre extraordinario.

—El temor de las persecuciones políticas—trataban de explicarle las tías—. Como él es tan rebelde y tan libérrimo, no hay nada que evite tanto como una prisión.

Esto y las anécdotas de su vida militar que referían sus correligionarios políticos y los marciales arreos del retrato, todo contribuía a pintárselo bajo los recios aspectos de la bravura o con los sombríos rasgos de una silueta de justiciero inexorable, pues varias de tales anécdotas eran de castigos ejemplares impuestos por él a los ladrones y asesinos que arrebañaba la revuelta armada; pero ella conocía un aspecto de aquel hombre que sólo a ella le había sido revelado, puesto que nadie refería ni comentaba rasgos de aquel carácter que se compadeciesen con la magnífica ternura de aquella mirada inolvidable, y por la composición de este contraste romántico llegó, más adelante, a representárselo con la majestuosidad dramática de los grandes infortunados cuya existencia iban revelándole ciertas lecturas.

Ya antes se había imaginado grandioso el escenario donde se movía aquella figura. El mucho hablar de las Payaras acerca del Llano, en el cual vivían espiritualmente, más nostálgicas de su paisaje nativo a medida que envejecían;

los ecos de aquellas lejanas tierras que le llegaban con las tonadas que silbaban los pastores llaneros, cuando por la calle de su casa pasaban las puntas de ganado conducidas al matadero próximo y los cuentos de aparecidos del extenso repertorio de las viejas sirvientas quariqueñas, que con las de otra región no se amañaban las tías, fueron los elementos subjetivos con que ella se construyó el panorama de la llanura, sobre cuyo misterioso horizonte se destacaba, envueltas en los fulgores de un crepúsculo dramático, la imponente silueta de su padre, dulce la mirada entre sus obras tremendas.

Desde entonces suspiró por ir a reunírsele y repetidas veces le escribió que fuese a buscarla; pero él le contestaba que se quitase de la cabeza aquella idea, pues la vida del Llano y menos aún la de *Hato Viejo,* no era compatible con las comodidades y delicadezas a que la habían acostumbrado la ciudad y las tías, y, por último, le manifestó que deseaba vivir solo, porque a ello estaba habituado y porque así necesitaba estarlo para cuando, de un momento a otro, resonase dentro de su corazón cierta voz misteriosa cuyo mandato esperaba.

Esto último, leído por las Payaras, las hizo mirarse una a otra con un mismo pensamiento: el de que fuese a repetirse, tal vez para siempre, aquella misteriosa fuga de Juan Crisóstomo a raíz de la muerte de la esposa. Y hasta se atrevió a decirle a Carmela:

—Vete acostumbrando, hijita. Tu padre desaparecerá en el misterio el día menos pensado.

Y aunque esto la llenó de sombrías preocupaciones, o tal vez por eso mismo, Rosángela no insistió más en su deseo de ir a reunirse con el padre.

Para entonces tenía dieciocho años, y como a su hermosura, sin ser extraordinaria, no le faltaban adoradores, las Payaras le aconsejaron que se apresurase a elegir marido porque ya ellas iban para viejas, con muchos achaques encima y querían dejarla bajo amoroso y más estable amparo.

Pero ella no tenía prisa. Tal vez porque ninguno de sus enamorados fuese en realidad interesante, o porque no los

encontrase ajustados a aquella iluminada figura de hombre que, de imaginarse al padre le quedó para elegir marido. Y así pasaron dos años y ya mediaba otro, cuando a causa de una epidemia que azotaba la capital y en obra de ocho días sucumbieron Eulogia y Carmela Payara, dejándola en consternado desamparo.

Acudió Payara en su auxilio. Una interesante figura de hombre, cincuentenario bien conservado, nada de aquella dulzura en la mirada, sino por lo contrario dureza y frialdad; pero la imagen real sustituyó a la interna e ilusoria sin choque ni desconcierto... Acaso porque en el mundo exterior—la casa en duelo y la ciudad consternada—acababan de suceder y todavía acontecían cosas graves que embargaban toda la atención.

Pasaron unos días y llegó el momento de decidir lo que fuese menester.

—Bien, hija—díjole Payara—. Ya hemos hablado bastante de Eulogia y Carmela; ocupémonos ahora de nosotros. De ti, mejor dicho. ¿Tienes novio?

—¿Por qué me lo preguntas?—replicó ella con una sonrisa iluminada de rubor.

—Porque debo buscarle una solución rápida y eficaz a tu problema. Extinguida tu familia materna y ahora también la mía, te has quedado, como se dice, sola en el mundo. Pero si tienes novio y es persona estimable, como tendría que serlo tratándose de una elección tuya, podríamos apresurar la boda y ya estaría resuelto el problema.

Desapareció la emocionada expresión de aquella sonrisa y sobre el gesto inmovilizado vino a posarse el destello de otra alma en hora de desaliento.

—¡Mi problema!—murmuró, amargamente, así que él hubo concluído—. O mejor dicho: el que soy ahora para ti.

—No lo tomes a mal. Quise decir tu caso del momento, la nueva situación en que te coloca la vida. Cada vez que se produce un cambio de las circunstancias que nos rodean, se nos plantea un problema que es neesario resolver de una manera razonable.

Y ella, aceptando la excusa, pero quedándose con el re-

gusto de aquella primera gota de desengaño que alteraba la romántica dulzura de su sentimiento filial, pues si las cartas de Payara siempre le cerraron el camino a su esperanza de reunirse con él, como de ella dependía al leerlas darle la entonación de un amor profundo, nunca le pudieron producir la impresión de aquellas palabras que reducían "su caso" a lo externo y material de su situación en el mundo:

—No tengo novio, aunque podría tenerlo hoy mismo si quisiera, porque enamorado no me falta. Y persona muy estimable y dispuesta a casarse en seguida, porque tampoco carece de recursos económicos. Pero también te tengo a ti y si te quedas conmigo, que ya es tiempo de que abandones la vida que hasta ahora has llevado, o si me llevas a tu lado, si aún no puedes o no quieres salirte del hato, ya estará resuelto el problema.

—No—repuso Payara, al cabo de una corta reflexión, a ojos cerrados y atusándose los bigotes—. Lo primero sería casi imposible para mí. Estoy demasiado acostumbrado a la vida del hato y no podría vivir en la ciudad, cuyo ambiente, tanto físico como moral, es incompatible con mi temperamento y con mis principios. Tendría que convertirme en otro hombre y a mis años no se logran milagros. Soy un bárbaro, porque en eso me ha convertido la sabana; pero de la barbarie franca, no de ésta, mal embadurnada de civilización. Y en cuanto a lo segundo, tampoco puedo prometértelo. Sería un disparate.

—¿Por qué?—insistió Rosángela, mirándolo a los ojos, ya no con la esperanza de persuadirlo, sino para apurar el desengaño total de la negativa rotunda y definitiva.

—Porque...

Iba a repetirle lo que ya le había escrito en otras ocasiones: que la vida del hato, ruda, brutal y llena de peligros, no era posible para ella; pero aquella mirada expresaba amor tan profundo como absurdo y juzgó necesario destruírselo de una vez por todas, minándole la admiración de que se alimentaba, ya que no desvaneciendo la mentira de que había nacido:

—Porque debo regresarme solo. Entre otras cosas, por-

que hay por allá un hombre o, mejor dicho, un ladrón que me ha jurado guerra y ya me ha robado varias reses y tengo que matarlo.

Pero esto—cierto en cuanto al hecho y perfectamente verosímil en cuanto al propósito que se atribuía—, no confesado por monstruoso alarde, sino para que Rosángela lo conociese tal cual era y se quitase de idealizarlo, de una vez por todas, fue dicho con tal naturalidad, con tan sincera afirmación de sí mismo, que a lo inmoral del propósito se sobrepuso en el ánimo de aquélla la impresión subyugadora de la recia personalidad que así se le manifestaba.

Quedóse mirándolo en silencio un rato y luego:

—Si no fueras mi padre, me enamoraría de ti.

Y en seguida, antes de que él pudiese manifestar la impresión que aquello le había causado, añadió, con todo lo femenil de su naturaleza, pero ya sin deformaciones románticas, con todo lo material que aparece en toda mujer verdadera cuando ve criatura abandonada a las vicisitudes de un destino sombrío:

—Tú me necesitas a tu lado y me iré contigo.

Dos ondas de emociones impetuosas, una dimanante de la realidad indeformable, otra proveniente de la mentira creada por el secreto en que Payara quiso que se mantuviese su drama conyugal, se interfirieron y se anularon momentáneamente en el alma de éste al oír aquellas dos frases, dejándosela como detenida, obscura y vacía de sí misma; pero luego de aquella momentánea tiniebla de interferencia comenzó a brotar un fulgor tranquilo, una nueva emoción en la cual aquella verdad y aquella mentira se fundían en un plano de armonías esenciales, más allá del bien y del mal, y al resplandor de aquella nueva luz cándida vio Payara que allí estaban confundidos en uno solo dos momentos de su alma, que fuera de ella separaban veintidós años del tiempo: el ansia de compañera dulcificante para la aridez de su corazón, la misma que experimentó en la crisis de los treinta, al pie de la cuesta de la madurez. Y como ya ésta fuese pina y desde allí sería declinante, halló bueno el calor de aquel

rescoldo para sus años fríos y se abandonó a la ayuda espiritual que se le prometía:

—Tal vez tengas razón y sea posible todavía—dijo, cerrando otra vez los ojos para la interna visión y pinzándose el entrecejo, actitud habitual de sus meditaciones.

Y luego, ya ante un nuevo panorama de sí mismo:

—Te llevaré conmigo. Por este tiempo no es malsano *Hato Viejo*. Después, ya veremos.

*

Durante el viaje, en varias jornadas para que fuese descansado, la novedad del grandioso panorama que se desplegaba ante sus ojos y el íntimo gozo del sueño realizado por fin en la compañía de su padre no le permitieron a Rosángela darse cuenta cabal de lo que significaba internarse en aquellas soledades inhóspitas. Apenas y muy a flor de alma deslizábasele a ratos una sombra de angustia, pero mezclada de placer apasionante, cuando traspuesto el bosque que rodeara una calseta, tendíase de pronto ante su vista, ancha, callada y luminosa, la inmensidad solitaria de la sabana.

—¿Verdad que se siente como si se esperara que de pronto fuera a aparecerse algo extraordinario en el horizonte?

—Es la costumbre de vivir en sociedad—le respondió Payara, que hacía rato cabalgaba silencioso—. El miedo de hallarse solos que experimentan los que nunca han sabido estarlo. Cuando te hayas habituado, cuando formes parte de esta soledad, no la sentirás en torno tuyo.

—¿Quieres decir que tú ya no la sientes?

—No. Para los que formamos parte de ella, la soledad no es sino un concepto, una palabra que podemos emplear. Una palabra muerta, por decirlo así. Algo semejante sucede con todas las palabras cuando nos habituamos a las cosas que denotan, de donde podría decirse que al nombrar una cosa le vamos dando muerte. Para el niño que aún no sabe hablar, el mundo debe ser algo totalmente vivo, y por consiguiente espantoso, que hay que matar nombrándolo. Co-

mo en cierto modo lo es todavía para el salvaje que aún no posee sino un lenguaje rudimentario.

—Siendo así—dijo Rosángela, ingenuamente—, no deberíamos nombrar a las personas a quienes queremos; cuando, por el contrario, tendemos a nombrarlas a cada momento.

—Tal vez para matar en ellas lo que tienen de suyo propio, distinto u opuesto a lo nuestro, lo único que deseamos que viva plenamente.

—No. Para que vivan al lado nuestro. Como me pasaba a mí, que siempre tenía en la boca tu nombre: ¡Juan Crisóstomo, Juan Crisóstomo!...

Payara se volvió bruscamente a mirarla y ella concluyó riendo:

—Con decirte que una vez me regañó tía Eulogia: "¡Niña! Mira que si te oyen nombrando a tu padre por su nombre de pila pueden imaginarse otra cosa."

—Eres tonta—dijo Payara ásperamente—. Tomas el rábano por las hojas.

Ella cortó en seco su risa y en silencio continuaron hasta el fin de aquella jornada, que fue la última.

*

Cuando llegó al hato sorprendióse de encontrar allí a un joven caraqueño que le había sido presentado un año antes, perdiéndolo de vista desde entonces.

Minada por el paludismo su salud que antes pareciera inquebrantable, barbudo el rostro rechupado y cetrino, endurecido el aspecto por la intemperie llanera, y descuidado en el vestir, salía de la casa cuando ella entraba en el corredor y le costó trabajo reconocerlo en el primer momento.

El se turbó al verse sorprendido en tal facha y exclamó:

—¡Usted por aquí, Rosángela!

—¡Martín Salcedo! ¿Quién iba a decírmelo?

Y en seguida, explicando:

—Hacía tiempo que deseaba reunirme con papá. O mejor dicho: unirme, por primera vez.

—¡Ah!—dijo Salcedo, con una sonrisa que la dejó des-

concertada—. No hay duda de que es usted una mujer valiente. Tal vez la primera que de buen grado se aventura por estas tierras de hombres solos.

Creyó que con esto se refiriese a la conseja del duende misógino, ya conocida de habérsela oído a las viejas sirvientas llaneras de las Payaras, y repuso:

—Como usted comprenderá, no creo en supercherías. Y, por otra parte, tengo entendido que ya papá acabó con esa estúpida tradición, habiendo dejado de ser *Hato Viejo*, hace tiempo, esa tierra de hombres solos.

Pero el caraqueño, que no aludía a la conseja, haciendo caso omiso de la réplica, insistió enigmáticamente:

—Solos. Espantosamente solos se hallaban en esta tierra.

Rosángela relacionó estas palabras con las que le oyese a Payara poco antes y una sorda inquietud aumentó la desazón que ya le causaba el deplorable aspecto de aquel joven, víctima de la insalubridad y de la inclemencia de la región adonde ella había venido a internarse.

—¿Y usted, Salcedo?—inquirió, cambiando el tema—. ¿Desde cuándo anda por aquí?

—Hace seis meses solamente y sin embargo...

—¿Aquí en el hato? No sabía que usted fuera amigo de papá.

—Hace seis meses que vivo en su compañía—repuso, evasivamente.

—Entonces ya lo conocerá bien.

—Cada vez menos.

Esto fue en el corredor, mientras Payara, en el patio, hablaba con Hinojoza y Juan Parao.

—¿Cada vez menos?—repitió Rosángela, interrogativamente. Y en seguida—: Bien, Salcedo. Celebro encontrarme de nuevo con usted. ¿Se acuerda de aquella conversación que entablamos la noche de nuestro conocimiento? Nos la interrumpieron cuando más interesada estaba yo, pero aquí podremos continuarla largamente.

—¡Y tan largamente! Como que aquí lo que sobra es tiempo. Tiempo y espacio, los enemigos del alma.

Se les acercó Payara, a quien ya Salcedo le había habla-

do de su conocimiento con Rosángela, y después de haber respondido al saludo de su huésped y de haberse informado por la marcha de su convalecencia durante los días que faltó del hato, que mejor sería decir enfermedad definitiva, todo con muestras de cordial amistad y afable interés, le dijo paladinamente:

—Bien, Salcedo. Rosángela debe de sentirse cansada y con deseos de reposar y usted está reteniéndola más de lo conveniente.

Y sin hacer caso de la situación violenta en que ponía a Rosángela:

—Y como una vez más se ha cumplido el proverbio: "de afuera vendrá..."

Pero el caraqueño le quitó la palabra:

—No continúe, doctor Payara. Ni ésta es mi casa ni habrá necesidad de que me echen de ella. Ya tenía decidido marmarche. Definitivamente, en cuanto pueda tenerme a caballo; pero en seguida, para *Hato Nuevo*. Aún no he olvidado la elemental discreción de no estorbar.

—Pues entonces, no he hecho sino adivinarle el propósito al ordenar que le ensillen su bestia para que se vaya con Juan Parao para *Hato Nuevo,* donde tendrá más libertad.

Y dicho esto pasó al interior de la casa, a tiempo que Rosángela, después de haberlos mirado alternativamente, se preguntaba, estupefacta y abochornada:

—¿Qué es esto?

—No se mortifique, Rosángela—díjole Salcedo—. Acabo de manifestarle que a su padre cada vez se le conoce menos, pero a este rasgo de su carácter ya estoy habituado.

—Tal vez haya usted tomado a mal lo que no sería sino una chanza de papá.

—No. No lo conoce todavía. Además, ya había decidido marcharme para no darle el desagradable espectáculo de la triste condición en que me encuentra... Excúseme... He debido contenerme en atención a usted. Me he conducido como un bárbaro... Pero me será provechoso como advertencia de que debo salirme cuanto antes de esta maldita tierra.

Y bajo la penosa impresión de esta escena, que sentíala proyectada sobre un trasfondo indiscernible, pero inquietante, Rosángela penetró en la casa que nunca a mujeres brindó buena acogida

✲

Tres meses allí parecíanle ya más largos que todos sus años apacibles, bajo el romántico influjo de aquella mirada.

No había vuelto a encontrarla en los ojos de Payara, sino por lo contrario cierta inquietud, fugitivos del tropiezo con los suyos.

La asaltaban fugaces y vagos temores, interna zozobra sin causa manifiesta... Quizás el paisaje...

El vasto horizonte solitario, la sabana inmensa y muda, el río sin corriente visible y su vuelta temerosa, como para una súbita aparición espantable y su lejanía desesperanzada... Le infundía miedo aquel panorama obsesionante que se apoderaba de la mirada, miedo supersticioso de algo tremendo que de un momento a otro fuese a suceder... Un soplo de viento repentino doblegaba los pastos ardidos; gritaban las chenchenas... Luego el silencio, que era más que ausencia de todo rumor, replegándose hasta el horizonte, como una resaca de algo menos que silencio, para el maretazo final del cataclismo.

Le inspiraban recelos los hombres que se movían sobre aquella tierra, "solos, espantosamente solos", cual si fuesen los últimos languideciendo bajo el postrer crepúsculo del mundo, seres de uno tan ajeno al suyo, que no se explicaba cómo podían vivir entre ellos. Aquel *Guariqueño,* de torvo mirar sesgado y, sin embargo, persona de toda la confianza de Payara; aquel Juan Parao absurdo, con su risa tan plácida en el rostro tan fiero; aquel Hinojoza...

Era su guardián taciturno. Sentábase a la vista de la casa, en el suelo, a picar "sogas", o en el sardinal del corredor delantero, cuando nada tenía que hacer y allí quedábase horas y horas con la mirada en el horizonte de la sabana o en las lejanías del río, pero no como si contemplase aquellas

soledades, sino cual formando parte de ellas, a su hondo silencio y de su quietud inalterable.

A veces ella se le acercaba a darle conversación, y entonces él contaba su historia sucinta y sencilla, como las necesidades a que con ella dio satisfacción. Y contándosela le dijo una vez que tenía una hija casada y con hijos, que vivía a una hora de allí.

—¿Y por qué no aquí, cerca de usted?—inquirió, por ver si le respondía que a causa de aquella conseja del duende misógino.

Pero Hinojoza se limitó a contestarle:

—Porque vivimos lejos. Quiero decir: ella, donde su marío tiene su trabajo; yo, donde está mi incumbencia, que es ahora velar por el cuidado de usted.

—Tráigamela por aquí. Quiero conocerla.

—Ahorita, ahorita no puede ser, niña, porque está preñada de siete meses.

Rosángela se sonrojó, pero aún le faltaba que oir:

—Ansina la tiene siempre el marío. Tres muchachos ha parío ya.

Y desde aquel día Rosángela perdió la costumbre de darle conversación a su guardián silencioso.

Dábasela mucho a ella su padre para distraerla y la rodeaba de atenciones y delicadezas, pero tan carentes sus palabras del calor de intimidad, tan semejantes a cumplidos de salón, que no lograba sino hacerla sentirse incómoda.

—¡Claro!—decíase, sin embargo, para disiparse aquella molestia—. Acabo de nacerle como quien dice, y como le he nacido ya mujer no sabe cómo tratarme... Pero es necesario acabar con esto también y cuanto antes. Abrir esta vivienda cerrada, como ya lo hice con la otra, para que entren el aire y la luz del día.

Y una noche, de sobremesa, interrumpiéndolo a lo más postizo de su charla, le preguntó, como disparo a boca de jarro:

—¿Mataste ya a aquel ladrón de que me hablaste en Caracas?

El se quedó en vilo, mirándola. Habiendo desistido de

aquel propósito, en el primer momento le chocó que se lo atribuyese todavía y luego rebotó contra la entonación burlona de la pregunta intempestiva.

Pero ella, sin dejarlo recobrarse, concluyó sonriente:

—Ya sabía que no harías tal cosa.

—¿Por qué?

—Porque no. Porque tú no eres lo que te crees.

Por el rostro de Payara atravesó el relámpago de una decisión extrema:

—Hija. Tenemos que hablar seriamente.

—Hablemos—repuso ella, ya arrepentida de haber provocado aquella explicación, cualquiera que fuese, y haciendo esfuerzos por mantenerse serena y risueña—. ¿De qué se trata?

—De mí y de ti...

—¡Así me gusta!—interrumpió—. Tú adelante, sin cumplidos que no tienen razón de ser entre nosotros. Porque...

Pero Payara le quitó el apoyo que había encontrado en aquello para desviar o por lo menos retardar, aunque sin saber por qué, el grave propósito que él había enunciado.

—Sí. Así será, por necesidad de orden cronológico. De mí y de ti y de cuáles deben ser nuestras mutuas relaciones.

Rosángela sintió que la abandonaba su habitual serenidad de espíritu, y poniéndose de pie atajó la revelación que se quería hacérsele—no podía saber cuál, pero la presentía sumamente grave—apoyando sus dedos sobre los labios de Payara y diciéndole:

—Eso déjalo de mi cuenta. Ya lograré que esas relaciones sean como deben de ser. Las mujeres tenemos una habilidad especial para transformar las cosas sin que se note que lo procuramos.

Payara advirtió que a pesar de su expresión risueña se había puesto pálida, y tomando entre sus manos la que le imponía silencio, la miró a los ojos, como aquella vez lejana, y luego murmuró:

—Tal vez tengas razón.

—Y sea posible todavía—susurró ella, repitiendo palabras de él—. Ya verás que sí.

Nada más aquella noche. Luego la conversación volvió a los temas de afuera donde las palabras ya habían destruído la misteriosa vida que alentaba en las cosas antes de que apareciese el lenguaje.

Rosángela había encontrado por fin aquella mirada perdida; pero bajo la inefable dulzura que anegaba su alma sentía el regusto de aquella zozobra, que fue, como ante el paisaje, cuando un soplo de viento repentino doblegaba los pastos inmóviles y en el silencio de las riberas del Cunaviche alzaban de pronto las chenchenas sus gritos destemplados...

SEGUNDA PARTE

I

CORRIDOS Y CONTRAPUNTEOS

Al traslado de las fundaciones del hato, de su primitivo asiento al lugar donde ahora se hallaban, concurrieron varios motivos: por una parte, el deseo de aislamiento completo de Juan Crisóstomo Payara cuando allí fue a ocultar su drama conyugal; por otra, la superchería que las hacía inhospitalarias para mujeres, de donde no hubo peones que la tuviesen y convinieran en trabajar allí, y, finalmente, motivos de orden práctico, pues además del estado ya ruinoso de los corrales, casas y caneyes, que casi tanto costaría restaurarlos como reconstruirlos de nuevo, el paraje era malsano, así para la peonada como para el ganado al cual castigaba en el verano el tábano, abundante por allí, y en invierno el sabañón que infectaba el fango de los corrales.

No era *Hato Viejo* una finca muy productiva, cosa de poco interés para su dueño quitado de apetencias de fortuna; pero sí bien tenida y bastante modernizada en puntos a cría y sistemas de laboreo, atenciones con las cuales distraía Payara su soledad, y en el *Hato Nuevo* la peonada vivía contenta, bien retribuído el trabajo y disfrutando de comodidades que en ninguna otra parte hallaría, cada familia en su casa, suprimido el convivir de los hombres a la intemperie de los caneyes, que era una raíz de nomadismo que Payara había extirpado de sus dominios, no aceptando, además, solteros a su servicio ni consintiendo amancebamientos, con los cuales no transigía su severa moral formalista, curiosa mezcla de acatamiento a las instituciones sociales y de fiera suficiencia de sí mismo.

En una de aquellas casas, la más confortable, vivía Juan Parao, caporal de la peonada y excepción de la regla de intransigencia con el estado dé soltería, y, por su parte y por obra de admiración, copia de la vida continente y señera del blanco, como a Payara llamaba.

Ya era una muestra de tal adhesión el retrato de cuerpo entero de Payara que adornaba el testero de la sala de Juan Parao, en sitio de más honor que el que ocupaba el de aquel popular caudillo en cuyas filas ambos militaron. Y completaban el adorno de las paredes: una litografía de todo el generalato de la revolución legalista, una caramera de venado, una piel de caimán, otra de jaguar y una soga arrollada y colgada de un clavo, que fue la que usó cuando era cuatrero, negra y por nombre "La Muerte", por decir que todo lo que caía bajo ella dejaba de vivir para su dueño.

Pero había también algo que sorprendió al estudiante revolucionario Martín Salcedo, cuando por allí estuvo: un estante con libros.

—¡Libros!—había exclamado entonces Salcedo—. ¿Y usted lee, Juan Parao?

—Sí, señol—le respondió el negro, sonriendo—. Gracias al blanco que se empeñó en sacame de negro nalfabeto.

¡Libros! Pero no sólo pringosos novelones de capa y espada, sino también un volumen, bien cuidado, de la *Venezuela Heroica* y otro de la *Ilíada,* con dedicatoria de puño y letra de Payara. Martín Salcedo quiso convencerse del uso que hubiese hecho Juan Parao de estos libros, y vio que se los había leído varias veces, pues pudo recitarle páginas y páginas aprendidas de memoria, aunque trabucando un poco los nombres de los personajes homéricos, haciendo hincapié en los versos, de la traducción de Hermosilla, donde se describiesen cosas transportables al llano, tales como aquellos de:

> Por las majadas cuando ya la leche
> los hondos tarros abundosa riega.
> .....
> Y así como en los hatos numerosos,

y aquellos de la descripción de Agamenón—Agamenón era como él podía decir—descollando entre su hueste:

> cual entre todas
> las reses sobresale en la vacada
> el toro corpulento.

Que así también sobresalió él siempre entre su tropa cuando militaba al mando de Payara. Y entusiasmándose por

> el famoso lancero Idomeneo,

que ya era como recitar los trozos de la *Venezuela Heroica* que se refiriesen a Páez.

Pero si en lo épico de lo griego y de lo venezolano le vibraba en la voz un atizado ardor belicoso, para lo segundo tenía una emoción más honda y más suya, orgullo y dolor de su raza, cuando era la batalla de Carabobo, y el Negro Primero, herido de muerte, venía a rendir su vida frustrada a los pies de su jefe, el catire Páez.

En la cerrazón de la existencia de Juan Parao aquellos libros con que Payara le había premiado y estimulado su buena inclinación a desbastarse, eran miradores de maravilla desde los cuales su alma simple y soñadora se asomaba al mundo, todo iluminado por el resplandor diuturno de dos grandes acontecimientos, los únicos que componían la historia: la guerra de Troya y la de la Independencia venezolana. Fuera de esto nada quería saber, porque para su capacidad contemplativa eran ya todo un mundo prodigioso aquellos estupendos sucesos y sumergidos en ellos vivía, encontrando siempre ocasión para proyectarlos sobre la realidad actual y circundante.

Pero no eran solamente remembranzas incidentales, a causa de que, por ejemplo, viese un toro engreído entre su vacada y esto lo hiciese recorrer en sentido inverso la trayectoria de la fantasía homérica, al exclamar:

—¡Aganemón!

Pero que de aquella sumersión salía casi todas las noches chorreando guerra de Troya o Venezuela heroica, en la

tertulia con los peones que para oírsela contar, una y otra vez, se reunían en su casa.

Florentino, a quien ahora había hospedado allí, como meses antes a Salcedo cuando Payara lo abligó a abandonar la Casa Grande, no había demostrado ningún interés por aquellos libros: ni extrañeza de verlos allí, ni curiosidad de averiguar si él se los había leído; pero aun así hubo ocasión para que echase mano a lo homérico, cuando el cantador aventurero, intrigado por el misterio de *Hato Viejo* y con el fin de hacerlo hablar, insistió sobre el extraño caso que le había ocurrido en la puerta del medanal.

—Cosas de los duendes, Florentino, que vaya usté a sabé por qué jacen lo que jacen. Eso es lo mismo que esos dioses o diosas de antes, que como se la pasaban ociosos en sus olimpos siempre estaban buscando metese de entrepitos en las cosas de los mortales. A veces pa jeringales la paciencia y echales a perdé sus planes de batalla; pero a veces también pa ayudarles a salí de los atolladeros ande se hubieran metío, o pa que jueran a ayudá a otros que estuvieran en algún apuro. Y asina mismo ocurre con los espantos e la sabana, que tan pronto le salen a uno na más que pa dale un susto, como tan pronto corren un tranquero pa que pase quien sea menesté en un momento dao.

Y como esto último ya era hablar conforme a la malicia del llanero que siempre dice lo que piensa, pero de modo que no parezca sino ocurrencia incidental, Florentino sonrió y preguntó taimadamente:

—¿No hay en esos libros suyos algún cuento de esos de princesas encantadas y de caballeros que llegan a librarlas de las garras del dragón que las tenga prisioneras? Echeme alguno de esos cuentos que deben estar en sus libros.

Pero Juan Parao no necesitaba que le explicasen que la princesa encantada a quien se refería Florentino era Rosángela y respondió:

—Pa que vea, catire. Yo en eso de encantos y dragones no creo, y en cuanto a lo de caballeros que se haigan llevao alguna princesa cabalgando su remonta no conozco sino la historia de la espantosa guerra de Troya, que tuvo por causa

el que Paris se hubiera llevao consigo a Helena, la mujé de Menelao.

—¿La mujer o la hija, negro?

—Mire, catire... Ahí está el libro. Entreténgase leyéndolo, que pué que de algo le sirva a usté que es del oficio. A menos que prefiera que yo se lo cuente.

—Como usted quiera, negro. Por los atajos se cae a los caminos.

—¡Hum! ¿Porque una vez maté a una vieja me llama mataviejas?

—Me refería a los atajos de la sabana...

—Mire, catire, no nos zumbemos en lo obscuro. Y déjeme echale el cuento e la guerra e Troya.

Pero Florentino se interesaba más por los cuentos llaneros, extravagantes aventuras de río y sabanas. Y así como casi todos los ríos de ésta corren hacia el Orinoco, la mayor parte de aquellos relatos son episodios imaginarios sucedidos en las riberas o sobre las aguas orinoqueñas. Tal como el que refirió el viejo Hinojoza una de aquellas noches.

Unidos por una amistad íntima y antigua, Hinojoza y Juan Parao—distanciados por el espacio que mediaba entre la Casa Grande, donde el primero estaba al servicio personal de Payara, y el hato donde el segundo desempeñaba sus funciones de caporal de la peonada—solían visitarse muy a menudo, siendo por las noches, cuando hacía buen tiempo, las visitas de aquél.

Allí estaban charlando, junto con Florentino y los peones, no en la casa del caporal, sino al aire libre del campo, bajo la noche ardorosa, y como la conversación se deslizó hacia el Orinoco, que parece ejercer fascinación sobre la fantasía del llanero, y entre las particularidades del gran río alguien mencionó el temblador que abunda en sus aguas, Hinojoza, por lo general taciturno y veraz, a lo que se debía el respeto que inspiraba a los payareños, la dio por contar:

—Yo he presenciado muchas anécdotas famosas de la gran particularidá de ese animal, que su verdadero nombre es gimnoto, valga la palabra del blanco; pero ninguna como esta que voy a referir, de habérselas escuchao a un amigo

que merece fe. Dice que andaba él una vez pescando coporos en el Orinoco y ya había cogío varios de esos peces y algunos bagres y cachamas, cuando y que distinguió junto a la canoa un aguaje de gimnoto y se le ocurrió arponearlo, como en efecto lo hizo. Pero al ir a meterlo en la canoa y que se le salió el arpón y el gimnoto cayó sobre los pescados, que ya él los tenía por bien muertos en el fondo de la canoa. Pero no bien y que les había caído encima, cuando allí mismo: ¡chus, chus!; todos los pescados se tiraron al agua vivitos y coliando, quedándose el que esto me contó con la canoa vacía, todo su tiempo perdío y haciéndose cruces de la gran particularidá de tan raro animal.

—¡Mire, pues!—murmuraron los peones, maliciosamente, pero sin atreverse a demostrar su incredulidad, ni mucho menos a hacer chacota de quien nunca daba pie para que se le irrespetase.

Pero Florentino comprendió que todo había sido invención de Hinojoza, que aquella noche se hallaba de humor chancero, y repuso:

—¡Ah caramba, viejo! Ese amigo suyo está deletreando en materia de tembladores. Oigame este pasaje, que se lo cuenta quien ya aprendió a decorar a fuerza de haber visto cosas raras..., pero como ésta ninguna. En una ocasión iba yo para la Urbana, acompañando a un amigo del costo del Orinoco a quien se le había muerto la mujercita, ya para darle a luz su primer hijo, y la iba a enterrar sin más acompañamiento que el de mi persona. Ibamos en una curiara, y como el viudo no hacía sino contemplar en silencio el cadáver acostado en el fondo de la embarcación, yo, por distraerme, me puse a contemplar el agua, y en eso caté de ver, como el amigo de su cuento, un aguaje de tembladores; pero no de uno solo, sino de un camboto de ellos. Cogí el arpón, que usted no me va a preguntar dónde lo llevaba, lo lancé a salga lo que saliere y salió un tembladorcito pequeño, de esos barriga banca que llaman joveritos. Pero el arpón estaba enmachado y al suspenderlo por la guaica se le rompió al gimnoto—como usted dice que se llama, que no me consta, pero su palabra vaya alante—el pellejito por

donde estaba prendido y le cayó al cadáver ya mencionado sobre el vientre. No hizo sino tocarla cuando la muerta se enderezó en la curiara, se pasó la mano por el pecho, exclamó: "¡ay, mi madre!", soltó lo que tenía en la barriga, que era un varoncito, y se volvió a acostar, quedándose otra vez muerta del todo.

Prorrumpieron en carcajadas los oyentes, ninguna más regocijada que la de Juan Parao y entre ellas la del propio Hinojoza, quien luego dijo:

—¡Vaya, pues! Me mató usted el gallo en la mano, catire. Ya me habían dicho que usté era un gran contador de embustes, y pa convencerme por mis propios oídos inventé el de mi pasaje.

Y fueron varios los cuentos de este género, a través de cuyas extravagancias pasaba todo el panorama llanero de ríos y sabanas, que aquella noche contó Florentino.

—¡Ah catire y sus cosas!—exclamaba Juan Parao, desternillándose de risa, porque tenía el espíritu simple y porque la gratitud había hecho que le cayese en gracia el cantador de sus antiguas hazañas—. ¡Llanero cuatriboliao!

Cuatriborlado quería decir, docto en múltiples llanerías. E Hinojoza, ya al retirarse:

—Vamos a ver si mañana demuestra que es tan buen cantador como fabricante de embustes. Y antes de que se me olvide; el blanco que ya dio su consentimiento pa la parranda de mañana, como acabo de transmitírselo a mi compadre Juan, le manda a decir a usté que bien puede cantar lo que le pide el cuerpo, pero que se abstenga de bailar porque todavía no le conviene agitarse mucho. De mo y manera que vaya preparando las coplas que ha de echarnos mañana.

*

Llegaban los invitados. Del vecino hato de *El Amparo*, que ya no era tierra enemiga, cabalgatas de vaqueros jacarandosos; de las vegas payareñas, los vegueros cazurros. Y como todos llegaban preguntando:

—¿Cuál es el hombre?

Juan Parao reía y decía:

—Aquí está sucediendo como en el hatajo, que cuando nace un potro toa la yeguá va a conocerlo. ¡Pasen palante! Están en su casa y ai tienen al hombre de las circunstancias. Ese catire bien plantao que ya está con las maracas en la mano, a punto e rompé el canto. Nos va a cantá un almanaque llanero, cosa de su invención, que es to un año e Llano en un corrío. Arrímense pa que escuchen al turupial del Arauca.

Era en la sala de las veneraciones y de los trofeos de Juan Parao. En un rincón estaba sentado el arpista, ante su instrumento, afinándolo y Florentino de pie junto a él, esperando el son para tender el canto entre el retozo de los capachos. El taciturno Hinojoza, para quien había sitio de preferencia en la casa del caporal, presidía la reunión bajo el retrato de Payara y en bancos al hilo de las paredes las mujeres y las hijas de los peones y vegueros del hato lucían sus trajes nuevos, de zarazas de colores chillones, confeccionados para las parrandas de las próximas vaquerías, y sonreían plácidamente, embobadas en la contemplación del famoso cantador mujeriego a quien por fin iban a escuchar. Los hombres estaban agolpados en la puerta, algunos callados y serios, y entre ellos el *Guariqueño* ceñudo, a quien Hinojoza no perdía de vista. Esparcidas por el piso de ladrillos virutas de esperma para el mejor deslizamiento de los pies, prometían baile después del canto. Una lámpara de kerosene, colgada del techo pajizo, bronceaba la expectación de los rostros risueños o graves.

El arpista hizo un ademán de cabeza. Gimieron los bordones, suspiraron las primas, chischearon las alegres maracas y Florentino rompió el canto por la presentación acostumbrada:

Desde el llano abajo vengo
tramoliando este cantar.
Cantaclaro me han llamado.
¿Quién se atreve a replicar?

—El es—murmuró uno de los vegueros, que por taimado fue a la parranda receloso de que fuese broma de Juan

Parao la autenticidad de Cantaclaro, pero que ya sabía que con aquella copla se presentaba el cantador alardoso.

Pero otro, más desconfiado, le replicó:

—Aguárdese, compañero. Que él lo diga no es suficiente.

Y Florentino alzando su voz sobre el murmullo que levantó su presentación:

¡Ah caramba, compañeros!
El apuro en que me tienen
para cantar desde enero
hasta el último e diciembre,
este almanaque llanero
que a mi cabeza no viene
de cantos de otro coplero
ni de libro que lo enseñe.

—¡Gracia fuera!—murmuró el *Gauriqueño* y el viejo Hinojoza le amarró la cara.

Los días del mes primero
de sabana toda verde,
la hacienda en el comedero
retozando de lo alegre.
Las noches con sus luceros
y luna resplandeciente,
cuando el jazmín del estero
florece sin que lo siembren.

—¡El es!—exclama, ya convencido, el veguero desconfiado.

Mientras el cantador prosigue, sin respiro:

Cuando el caballo cerrero
su claro relincho tiende,
que es un requiebro llanero
que la yegua bien comprende.
Cuando suspira el vaquero
por la amada que no viene.
¡Ah caramba, compañeros,
y el apuro en que los tienen!

—¡Escuchen esa regüelta!—exclama Juan Parao, que descuella entre los hombres agrupados en la puerta.

Murmullos y risas, de los hombres a las mujeres miradas maliciosas que las hacen rebullir.

Cuando brilla el lunacero
en la flor del querevere,
cuando canta el guandalero:
gurrunclún, ñénguere, ñere.

—¡Bueno, pico de oro!—grita Juan Parao.

Y en la orilla del sendero
alcaraván que no duerme,
porque esas lunas de enero
no hay bicho que no desvelen.
¡Ah caramba, compañeros,
y el trasnocho en que los tienen!

Crece el murmullo de aprobación que recorre el auditorio y vuelve a oírse la voz de Juan Parao:

—¡Ah mes bonito que nos está pintando el catire!

Y ya estamos en febrero
con flor de carnestolenda.
Cuando sopla el viento fiero
arrastrando tolvaneras
y del atajo el polvero
que levanta la rochela.
Cuando pita el altanero
cimarrón de la pradera.
Cuando tranquilo el bonguero
sobre su bongo se acuesta,
porque tiene en el garcero
su gallo que lo despierta.
Cuando su canto cerrero
rompe la garza morena,
que es el gallo del bonguero.
Cuando gritan las chenchenas.

—Esto sucede todo el año—replica el *Guariqueño*—. Y además ha cambiado el consonante.

—Cállate la boca, *Guariqueño*—interviene Hinojoza.

Y Florentino, haciendo un alarde de agilidad mental, cambia el tema, sin respiro:

Señores, con mis respetos
interrumpo el almanaque,
pa decirle al compañero
que mis palabras rebate:

Guariqueño, no te espantes
ni me tires por mampuesto,
que si cambié el consonante
fué porque tuve derecho.
Si quieres salirme alante
acércate con tu verso.

—¡Ajá!—prorrumpe la concurrencia—. Ahí lo tienes, *Guariqueño!* Ni siquiera dejó de sacudí los capachos pa recogé tus palabras. Ahí lo tienes, como el cimarrón en medio de la sabana, pitando. ¡A ver si te atreves a meterle el caballo!

—¡Guá, chico! Será la primera vez!—repuso el *Guariqueño,* y sin hacer caso de las advertencias que le hicieron Hinojoza y Juan Parao, a fin de que no se metiese con Florentino, se abrió paso y fue a colocarse frente a éste, diciéndole al arpista:

—Déme la entrada, compañero.

—Ahí la tiene—respondió el músico—. Oiga el son, que es de contrapunteo.

Y con voz trémula, del coraje que lo empalidecía, el *Guariqueño* comenzó así el torneo temerario:

Maraquero, no me asusta
tu orgullo ni tu ambición,
no to lo que barajusta
tiene brava condición.

A lo cual replicó Florentino, con la rapidez característica de sus retruques, de donde provenía lo más celebrado de su fama:

En eso estamos, compadre,
los dos pensamos lo mismo:
no hay perro bravo que ladre
ni quien se asuste de oírlo.
Que baladrón de baladre
viene, si no me olvido.

Una pausa durante a cual sólo se oyó el puntear del arpa, la atención expectante conteniendo la respiración del auditorio, que ya sabía de la enemistad de los cantadores,

y Florentino esperando con las maracas inmóviles, para sacudirlas al tiempo de la contrarréplica, que fue ésta:

Yo no sé de dónde vienen
sus palabras ni sus versos...

Y el araucano, sin dejarlo concluir la estrofa, terminándosela él:

Mis versos de donde quieren;
mis palabras, de mis hechos.

—¡Ah caramba!—murmuró Juan Parao, tratando de abrirse paso por entre el grupo que obstruía la puerta—. Déjame pasá, chico.

A tiempo que el *Guariqueño,* enconado por la interrupción:

—Amigo, no me atosigue
que yo a usté no lo sofoco...
—Pero se para y no sigue
y el tiempo que tengo es poco.
Para decirle en cuartetos
y alzando la voz en alto,
que no me falte al respeto
porque yo no se lo falto.

Y como el otro no acudió a tiempo, prosiguió:

Acerque el oído al arpa
que con mis capachos sigo,
póngase a tono y no cante
lo que no es para entre amigos.

Era la excitación del contrapunteo que enardece y encona a los cantadores; pero allí había además querella pendiente, y para evitar su estallido Juan Parao avanzó hasta colocarse cerca de ellos, diciendo, por la última copla de Florentino:

—¡Muy bien dicho! Esto no es el sitio e Troya.

Mientras Hinojoza, que también abandonó su puesto, se le acercaba agregando:

—Que mejor sería, compadre, que de una vez le dijera al *Guariqueño* que se quite de ahí.

Entretanto las mujeres rebullían inquietas y los hombres

comentaban la rapidez y el empuje de las réplicas de Florentino:

—¡Ah hombre fiero pa atropellá!

—Como que su fuerza está en no dejarle respiro al contrario.

—De algo tenía que venirle su gran fama.

Oído lo cual y como aún el *Guariqueño* tardaba en formular su retruque, inhibida la inventiva por el reconcomio de la ira y del despecho, Florentino siguió cantando:

Zamurro por lo ligero
aunque muerto no se mueva.
Que nunca es buen maraquero
aquel que su tiempo pierda.

Pero ya el contrincante había encontrado su réplica, que tanto servía para responder a esta estrofa como a la anterior de Florentino:

No es menester que me advierta
cómo debo procedel,
pues yo no paso las puertas
que me deban detenel.

Y Florentino, atropellando y socarronamente:

Son muchos debes, compadre,
en pocos versos contaos,
pero aunque todos le cuadren
yo me atengo a Juan Parao.
Que es el amo de esta fiesta
tan cordial y tan rumbosa,
que su bondad nos obsequia
pa que yo cante mis coplas.
Y pregunto a su prudencia
si le puedo contestar,
a quien me busca pendencia
valiéndose del cantar.

—¡Sí! ¡Sí! Que le conteste—pidieron los vaqueros de *El Amparo,* que tenían ojeriza al *Guariqueño.*

Pero Juan Parao, después de cambiar una mirada con Hinojoza, creyó prudente ponerle fin al contrapunteo e intervino:

—Quítate de ai, *Guariqueño*. Suelte las maracas, catire. Más luego continuará su almanaque.

Y en seguida al arpista:

—Cambie el golpe, amigo. Echenos un joropo de esos suyos que jacen bailá a los muertos. Aquí hemos venío a divertirnos, y las muchachas quieren echá una escobillaíta.

Pero después del joropo, ya el *Guariqueño* retirado a su casa, la concurrencia pidió que se reanudase el almanaque y todo el año llanero pasó por los versos de Florentino, hasta el filo de medianoche, embobado el auditorio, murmurando Juan Parao:

—¡Ah malhaya aquí una guerra como la e Troya, pa oísela cantá a este catire pico de oro!

II

COMO ANTE EL PAISAJE

Pero además de estos motivos de diversión, Florentino llevó a la soledad de *Hato Viejo* otro, de mal entretenimiento por haberle dado a la antigua conseja del duende un sentido nuevo y de mayor incentivo para los comentarios maliciosos, a los cuales se entregaron sobre todo las mujeres, tanto del hato como las del servicio de la Casa Grande.

Sólo Hinojoza y Juan Parao podían sospechar que Rosángela no fuese hija de Payara, pues el resto de la servidumbre era de tiempos muy posteriores al drama conyugal de éste, y la fidelidad de aquéllos nunca claudicó en murmuraciones acerca de lo que entonces hubiese presenciado u observado. Ni aun entre sí solos, primero por el mutuo recelo que se tuvieron, y luego, ya íntimos amigos a través de la adhesión a Payara, por obra de una singular rivalidad de a quien más leal fuese para con "el blanco" y más reservado respecto a cuanto pudiera ser mengua de su honra. De donde vino a resultar que, habiendo comenzado por aquella sospecha, ya ni el uno ni el otro la abrigaban, convertida la reserva en convicción de que las cosas eran como

Payara había querido que pareciesen. Que si el negro le había referido a Florentino el episodio de *Mata del Ahorcado,* no fue propiamente con ánimo de murmurar, sino porque entendió que aquél deseaba que lo conociese y con la buena intención de que el autor del corrido alusivo al hecho no continuase juzgando al "blanco" capaz de ahorcar a un hombre por un becerro.

Pero la llegada de Florentino y su cuento de cómo el duende se había empeñado en franquearle el paso—cosa inusitada, pues según la conseja sólo acostumbraba aparecerse para atemorizar a las mujeres y hacerlas abandonar la casa donde les estaba vedado permanecer—dieron pábulo a las murmuraciones, corroborando maliciosos pensamientos que ya se hubieran ocurrido.

—Es ahora que lo vengo a decí, pero ya lo había pensao hace días—aseguraba una de las murmuradoras—. Esa manera de mirá el doctor a la señorita ya se me había metío en la cabeza que no era muy bendita.

—¡Mujé! ¿Qué quieres decí con eso?—replicaba otra, haciéndose la inocente.

—Que asina no miran los padres a sus hijas.

—¿Crees, entonces, que no sea hija dél?

—Ya lo creo que sí, pero...

—¡Ave María Purísima! Cuidao como te oyen decí eso.

—¡Pero si está claro, mujé e Dios! ¿Pa qué se iba a empeñá el espanto en que Florentino pasara el tranquero? Fíjate pa que veas: llega Florentino, lo conoce la señorita y se enamora dél, como toas las mujeres a cuya vera él pase; él también se enamora de ella y como los dos son blancos y puén entenderse, se casa con ella y se la lleva de aquí. ¡Y santas paces!

—¡Mujé! ¿Sabes que como si tienes razón? Pa eso debe de ser que el blanco le haiga abierto la puerta a Florentino.

—Pero lo malo es que Florentino como si no se ocupa de ella, pues a la hora de éstas toavía no ha tratao de acercársele.

—¡Hum! ¡Que te lo figuras tú! Nadie sabe cuándo el

peje bebe agua. ¿Pa qué son entonces las medias noches obscuras?

—¿Crees tú?...

—No es que creo; es que he escuchao caballos trotando a medianoche, rumbo a la Casa Grande.

—¿Luego de ná le ha valío al doctor mandarlo pacá?

—Ni haberle encargao al *Guariqueño* que no le pierda de vista.

—Pero con hacerlo seguí su camino tendría.

—¡Cosas del blanco, que tiene más vueltas que un cacho! Yo lo que te aseguro es que esta mañana le escuché decí a Juan Parao que aquí iba a ardé pronto esa Troya de los pasajes que él cuenta. Que si mal no he escuchao por una mujé jue que ardió.

—¡Hum! ¿De mo y manera que Florentino, haciéndose el mogollón, se da sus saliítas de noche?

—Más te digo: es el mismo duende el que lo viene a buscá pa acompañalo hasta allá, porque son dos los caballos que he escuchao trotá a medianoche.

—¡Ave María Purísima!

—Con decirte que yo me acuesto rezando la Magnífica...

Y así como en los mentideros del hato, también en la cocina de la Casa Grande.

Mientras en ésta vivió solo Payara, la única mujer que tuvo a su servicio fué Evencia, hermana de Hinojoza y ya tan vieja como él, para los cuales hizo construir una casa de baharaque y palmas, a una distancia de la Casa Grande que le permitiese a aquélla sentirse tranquila respecto a las visitas nocturnas del espanto, aunque, además, tuvo que allanarse a persuadirla de que la famosa prohibición de Aquilino Payara no debía entenderse sino al pie de la letra de su testamento y que por lo tanto no se refería sino a las casas construídas por él, la grande y las del hato antiguo. Nunca habló Evencia—ni tampoco la mujer y la hija de Hinojoza, que allí también vivieron—de haber oído el trote de aquel caballo que anunciaba la aparición del fantasma, ni aun cuando ya Rosángela habitaba la Casa Grande; pero noches

después de la llegada de Florentino despertó preguntándole a Hinojoza, de cuarto a cuarto:

—¡José! ¿Estás escuchando?

—¿Qué?

—¿No oyes como si viniera un caballo?

—Déjate de zoquetadas, mujé, que ya estás muy vieja pa esos melindres. Si alguno viniera ya habrían latío los perros.

Sin embargo, Hinojoza se levantó y salió a explorar los alrededores de la Casa Grande, murmurando:

—¡Ah caramba con el Florentino y su empeño de buscarle tres pies al gato! Pa después decir que si será sonámbulo.

Pero si no se acercaba ningún jinete, en cambio sí distinguió alejarse uno y se regresó a su casa preguntándose:

—¿Paonde irá el doctor a estas horas? Y no es la primera vez, porque ése fue el caballo que escuché anteanoche y no en sueños, como creí.

Y ya al entrar en su casa:

—Y lo peor es que deja a la niña sola en ese caserón. Vamos a quedarnos por aquí montando guardia mientras él regrese, no vaya a ser cosa que la niña se dé cuenta de estar sola y se asuste y pida auxilio... ¿Qué significarán esas salidas del doctor a estas horas?... El nunca había tenío esa costumbre.

Pero como en la casa de Hinojoza dormían también dos muchachas del servicio de Rosángela y oyeron la pregunta de Evencia al hermano y sintieron salir a éste, al día siguiente las sorprendió Rosángela, cuchicheando, con una de las mujeres del hato que había ido por allí de exploración, so pretexto de llevar unos quesos.

—¿Tú lo oíste?—preguntaba la del hato.

—¡Guá, mujé! ¿No te digo?

—¿A qué hora fue eso?

—Pues, como a medianoche. Allí mismito empezaron a menudeá los gallos.

—Pues jue él, Alrededor de esa hora lo sentí yo salir de allá.

—Pero no eran dos caballos, como tú dices que y que salieron del hato, sino uno solo el que nosotras sentimos.

Evencia no estaba en la cocina en ese momento y así pudieron entretenerse murmurado, la del hato y las muchachas del servicio de Rosángela, hasta que ésta, como se acercase por allí, oyó que la primera de aquéllas decía:

—Ustedes no habrán notao na raro, ya que lo dicen; pero, convénzanse, por eso fue que el blanco le corrió el tranquero; pa que viniera a evitá lo que no debe de sucedé.

Inmutáronse y cambiaron la conversación al ver a Rosángela, y aunque por el momento ésta no dio importancia a lo oído, bastante vago por lo demás, tales palabras habían de deslizársele por los entresijos de aquella rara inquietud que experimentaba ante el paisaje, obstinada y más poderosa que su voluntad de reprimirla, acaso porque ya fuese modo de represión de otra y más profunda intranquilidad de su espíritu.

Pero a poco de regresar de la cocina oyó voces alteradas y volvió allá.

Era la vieja Evencia riñendo a las muchachas, a quienes había sorprendido comentando las insidiosas palabras de la mujer del hato, que ya se había marchado.

—¡Y se largan ya de por todo esto!—decíales—. ¡Canallas! Grandísimas perras, que asina agradecen el cariño que se les tenga. Se largan ya de aquí porque lo dispongo yo, que tengo derecho a hacerlo. Y ya le voy a mandá a decí a Juan Parao que les ponga preparo a esas zánganas de allá, que na tienen que vení a hacé aquí. ¡Vamos! A recogé sus trapos ligero, porque ya van a está cogiendo camino.

—¿Qué pasa, Evencia?—intervino Rosángela.

—Na, niña—respondió la vieja—. Estas percusias que están de más en esta casa y las estoy poniendo de patas en la sabana. Yo siempre pude con el trabajo de aquí y entuavía puedo, manque esté vieja y carranclona.

Y desentendiéndose de Rosángela continuó con las muchachas:

—¡Alza! ¡A recogé sus trapos! Y que no las vea yo más por to esto porque les voy a echá los perros.

Evencia, por sus años y por la probada lealtad, tenía atribuciones suficientes para proceder a aquel despido; pero, además de que no intentaría discutírselas, tampoco se atrevió Rosángela a insistir en pedirle que le explicase los motivos de aquella determinación y se volvió a su cuarto a continuar su labor.

Pero ya no fue ante el panorama obsesionante de la inmensidad desierta y muda la sorda inquietud, la espera angustiosa, sino en la presencia amiga de las cosas que ya tenían impreso el sello de su espíritu, en su habitación apacible y sencilla, torre de marfil de sus gustos caseros, lo mismo ésta que aquélla de la casa de las Payaras, detrás de cuyos muros siempre se habían detenido y apagado los rumores del mundo, así los placenteros como los inquietantes.

Ahora los traspasaba el cuchicheo de las sirvientas, palabras duendes que la hacían quitar la vista de la labor que hacía para adorno de su cuarto y volverla una y otra vez en torno suyo, como si buscara dónde se produjesen, inquieta, cual de invisible presencia acechante, asqueada como de inmunda vecindad. No tenía en qué fundarse, ni aun después de la indignada determinación de la vieja Evencia, para sospechar que las murmuraciones de las sirvientas se refiriesen a ella, pero se repetía lo que oyó en la cocina, sin darle importancia entonces:

—...a evitar lo que no debe suceder.

No quería admitir la posibilidad de que se refiriesen a ella, pero la alevosa comidilla de la cocina cuchicheaba en el pulcro silencio de su habitación como una advertencia. Y de pronto se le escapó exclamar:

—¡Yo en boca de sirvientas!

Pero en seguida se apresuró a reprimir aquel pensamiento, detrás del cual hacía presión una fuerza que no debía desatarse:

—¿Yo, por qué?

Y luego, procurándose, de prisa, una explicación aceptable de lo sucedido:

—Hablaban del aparecido, que según ya les había oído otras veces, dice ese Florentino que le abrió la puerta y como Evencia sabe que papá tiene prohibido que se hable de esa superchería...

Pero al decirse así recuerda que en la noche anterior estuvo a punto de incurrir, ella también, en aquella superstición, porque sintió llegar un caballo y apearse al jinete y penetrar en la casa, sonando las espuelas, aunque andaba en puntillas.

—¿Quién es?—preguntó, ya con el corazón saliéndosele por la boca.

—Yo, hija—le respondió Payara.

—¡Ah! ¿Tú?... No te había sentido salir.

Payara dio una explicación que por el momento le pareció suficiente: padecía insomnios, acostumbraba a combatirlos cabalgando un rato por la sabana...

Pero hora dudaba y varias interrogaciones se le formularon simultáneamente:

—¿Qué relación existiría entre aquellas furtivas salidas nocturnas y las apariciones del duende de *Hato Viejo?* ¿Por qué los peones de éste designaban con el mismo nombre de "el blanco" a su padre y al aparecido?...

Y una interrogación que, sin haberse formulado, obtuvo respuesta:

—Tal vez habría sido mejor que papá se hubiera vuelto a casar...

¿Acaso pensó que aquellas salidas nocturnas fuesen furtivas visitas a alguna mujer?... La casta disciplina de su espíritu y su romántica admiración filial no debieron darle acogida a tal pensamiento; pero en todo caso la respuesta correspondía a una interrogación formulada en lo insondable del alma... Y ya esto era como ante el paisaje, inmensidad misteriosa.

Volvió a su labor, que era de tejido, en la cuenta de cuyos puntos nunca se equivocaba... Pero la erró varias veces...

Ya los muros de su torre de marfil dejaban pasar los rumores de afuera.

III

LAS HUMAREDAS

Pero no era solamente Rosángela quien vivía como en espera de algo tremendo que de un momento a otro debiese de suceder. Una onda de inquietud se iba extendiendo por el llano y en todas partes miradas recelosas exploraban el horizonte. Aquellas humáredas que hacía días se deslizaban sobre la llanura, ya se volvían tan densas que era casi imposible orientarse por entre ellas y como no podían ser explicadas por incendios de la sabana, no mayores aquel año que los acostumbrados por tal época, el ánimo supersticioso del llanero tendía a atribuírselas a causas sobrenaturales.

En realidad no dejaba de haber trastorno de la naturaleza. Ya era tiempo sobrado de que hubiesen comenzado las lluvias y aún reinaba una sequía tan rigurosa como nadie la recordaba semejante. Los pastos mustios, retostados, los bebederos consumidos, enjutos la mayor parte de los caños, entre anchas playas arenosas secándose los ríos. Un sol rojo desde el nacimiento hasta la puesta, una inmensa luna roja bajo cuyo fulgor medroso se acentuaba la desolación de la sabana. El ganado sucumbiendo de sed, ya muchas osamentas blanqueando en los peladeros; manadas de zorros rabiosos por las noches como ascuas errantes los ojos en la obscuridad; agorero el aullido de los perros desvelados; enervante el grito de las chenchenas, todo el día, y el de los alcaravanes, toda la noche...

En *Hato Payareño* aún la sequía no había hecho sentir todo el rigor de sus efectos, porque el ganado se había recostado a los montes de las riberas del Cunaviche, entre los cuales todavía se conservaban pastos frescos; pero las noticias de los estragos que estaba causando en otros lugares, exageradas por los viajeros, iban esparciendo la alarma:

—Ya son muchos miles las reses muertas. El hambre a la vista. Este año no come sino el zamuro.

Uno de tales viajeros, que venía de arriba, trajo mayores motivos de alarma.

—¿Qué pasa por esas tierras que viene usted dejando atrás?—le preguntó Florentino, abandonando el cuento de sus aventuras que les echaba a los peones.

—Lo que pasa es nada, joven, comparado con lo que se espera. Todo eso está muy revuelto, por ahí p'arriba. No se habla sino del fin del mundo que ya y que se acerca. Y no es para menos, con tanta maluqueza que se comete en la Tierra. Pero ya el Viejito de allá arriba como que ha resuelto acabá con los malucos, porque de eso son las señales que se están viendo por todas partes. Los pejes se están saliendo de los ríos; todas esas playas están esteraditas de bichos muertos. El tigre y el león andan en manadas, buscando los poblados, y si es el ganado no hace sino cabildear con los cachos contra el suelo.

—Mala señal ésa—comentó uno de los peones.

—Dicen que en la cordillera todos los páramos están bramando, día y noche sin descanso—prosiguió el viejo—. Que en Maracaibo y en todo el Zulia la gente y que se está saliendo de las casas, porque el relámpago del Catatumbo está cambiando de color, y que en Guayana, hasta Ciudad Bolívar, llegan los resplandores de una gran candela azul que se eleva sobre el cerro de Duida.

—¡Miren, pues!—murmuraron los peones de *Hato Viejo*.

Y Florentino, sonriendo:

—¿A cómo nos pone las leguas, compañero? Mire que, según he escuchado, se cuentan por cientos las que tienen que recorrer esos resplandores para llegar hasta Ciudad Bolívar.

—A como me las pusieron a mí, que no hago sino repetir lo que he oído—repuso el noticiero, amoscándose—. Por Guayana y que todas las selvas están ardiendo desde el Orinoco hasta el Cuyuni. Según unos, porque el indio, cansado de las otomías y maluquezas de los exploradores del caucho y del purgo, se ha decidido a pegarle fuego a sus montes para acabar con esos palos de goma que son la causa de la esclavitú a que lo somete el blanco; pero, según otros,

porque con la gran calor que está saliendo del centro de la Tierra, todo el oro que hay bajo esos bosques se está derritiendo, y ya son ríos de fuego los que corren por todas partes. Usté dirá si lo cree, joven; pero asina me lo han contado.

—Quiere decir que la cosa es general—apoyó el *Guariqueño,* distante del grupo que rodeaba a Florentino y tanto más crédulo cuanto menos lo pareciera éste, en cuya presencia sólo hablaba para manifestarse en desacuerdo con él y así provocar el choque que resolviese la querella pendiente entre ambos, recrudecida por el contrapunteo de la víspera.

—¡Que si es!—repuso el viajero—. Y no sólo de las cosas de este mundo, sino que también las del otro parecen estar alborotadas. Dicen que por las sabanas de Barquisimeto toda las noches se aguaita pasar el alma del tirano Aguirre, que ya no es simplemente una luz, sino gran llamarada. Y si es la Llorona de la Laguna del Término, respondo yo de que a veinte leguas se escuchan sus quejidos.

Y volviéndose a Florentino:

—Y leguas llaneras, de tamaño bien sabido, por si acaso la preguntica.

—No tenga cuidado, viejo, que esta vez no se la haré —dijo Cantaclaro—, porque eso que usted acaba de decir es la pura verdad: de un tiempo a esta parte andan muy alborotados los espantos de la sabana.

—Sí. Ya he escuchado contar que "el blanco" de por aquí está apareciéndose otra vuelta.

A lo que se apresuró a replicar el *Guariqueño:*

—Esas son conversaderas de los desocupados.

Miráronse entre sí los peones, que ya esperaban, por momentos, el estallido decisivo de aquella tirantez; pero Florentino se limitó a sonreír, y volviendo la conversación a punto de partida:

—Conque, ¿todo eso está muy revuelto esperando el fin del mundo?

—Ya le digo—respondió el forastero—. Esa es la voz que se oye por todas partes y la que anuncia un profeta que viene bajando por el Uribante.

—¿Anjá?—exclamaron los peones.

—Guá! Si eso es lo que tiene más alborotada a la gente. Yo había escuchado el runrún cuando íbamos pa la cordillera conduciendo una poca de ganado. Que por cierto se nos barajustó a la entrada de la montaña de San Camilo y no hubo forma ni manera de poder reunirlo otra vuelta. Por lo que venimos rumbiando p'abajo, ca uno por su lado, como quien dice: derrotados. Por eso y porque me dije: si es verdá que esto es fin de mundo, mejor es que me vaya para casa, a reunirme con la mujé y los hijos para que lo que sea nos coja juntos a todos. Cuando íbamos p'arriba, como les venía diciendo, estaba empezandito el runrún de la aparición del profeta, pero de allá para acá, ya era un clamor lo que encontramos en todas partes. Todo ese llano se está poniendo en marcha detrás de él. Peonadas enteras que abandonan los hatos por donde él pasa, anunciando la apocalisi. Una gran candela que ya está prendida en las cuatro puntas del mundo, de donde viene esta gran humareda que cubre todo el llano. Una gran culebra de fuego que viene rodeando la Tierra, pero que no se empatará por el lugar donde estuvo la puerta del Paraíso, que sólo el profeta sabe dónde es, porque el Señor y que se lo reveló en un sueño muy especial que tuvo, atravesando un páramo.

—Vea, pues—murmuró uno de los peones.

—La verdá es que estas humaseras, de una gran candela tenían que ser—agregó otro.

Y ya se hacía el silencio de las preocupaciones colectivas, cuando Florentino salió con una de las suyas:

—Y pensar que fueron mis manos las que prendieron esa candela en una de esas cuatro puntas del mundo de que habla el Profeta.

—¿Sus manos?—interroga uno.

Y otro:

—¿Cómo fue eso, Cantaclaro?

—Tal como se los voy a contar. Yo había salido de Cordoncito, junto a *El Limón,* como a las cuatro de la madrugada, el dieciocho del mes pasado, que como ustedes recordarán cayó en Jueves Santo. Iba a pescar tortugas en el

charco de *Caujarito,* me amaneció junto a *Los Mautes* y recuerdo que estaban esos dragales amarillitos de flores.

—Usté sí que se fija en las cosas, Florentino—díjole uno de los peones como de bellaquería adivinada—. Hasta de las flores se acuerda.

—Como si las estuvieras viendo. Pero déjeme seguir el cuento, que es historia. Cuando llegué a *Caujarito* tiré mis fondas y ya llevaba dos horas y treinta y siete minutos sin que hubiera aparecido una tortuga por todo aquello, cuando de pronto se forma un aguaje que por poco me trambuca la concha y asoma a flor del charco una tortuga careta, como no la había visto más grande en toda mi vida: "¡Mae Santa!", exclamé yo al ver aquella profundidad de animal. Pero nada era el tamaño, sino que en la cabeza tenía una gran cresta en forma de peineta y tan resplandeciente que parecía de oro.

—¡Ya está!—prorrumpe aquél, que ya le había penetrado la intención chusca del cuento—. ¡Tortuga con peineta! ¿Iba pa un baile, Cantaclaro? ¡Mire que usté sí que inventa!

—Para un baile no sería, compañero, pues ya he dicho que era Jueves Santo; pero sí a visitar los monumentos.

—¿Y no se asustó al ver tan grande rareza?

—Ya lo dije, pero a usted se le ha olvidado. Cogí el arco, me lo llevé al sobaco, lo volví a bajar y lo volví a subir, sin atreverme a largar el flechazo, porque aquella enormidad y rareza de animal me tenían fascinado: "¡Mae Santa!", seguía yo diciéndome. "¿Si estaré soñando?" Pero estaba despierto y por fin me decidí a largar el flechazo. Lo puse donde había puesto el ojo, que era en la peineta que me tenía deslumbrado, pero el clavo chaflanió y produjo un chispero que fue a caer para ambos costos del río Urtaleña.

—Y se prendió la sabana—intervino el peón malicioso.

—¡Tú lo has dicho, zambo! Las chispas que cayeron hacia el naciente fueron las que abrieron el fuego de las sabanas de *Arauquita, Las Mocitas, Araguaquén, Borjas y Bus-*

carruido. Y fíjense en que estoy nombrando sitios que no me dejarán mentir.

Soltaron la risa los peones y, haciendo de su amoscamiento socarronería, el viajero interrogó:

—¿Y las que cayeron hacia el poniente, qué estrago hicieron?

—Esas abrieron el potrero de *Santa Rita de Urtaleña, Santa Rita Torrealbera, Las Topias, Burrón, Santa Rufina, El Milagro, Palambra, San Rafael de Cunavichito*...

—¡Párese ahí, Cantaclaro!—prorrumpieron los peones entre sus carcajadas—. Abrale un contrafuego a esa candela, que vamos a achicharrarnos toítos.

Y largo rato estuvieron celebrando el pasaje de la tortuga careta, no más extraordinario que los ya referidos por Florentino de sus fantásticas aventuras, para amenizar las veladas del hato. Que si no volvió a amenizarlas también con coplas y corridos fue porque Juan Parao le exigió que se abstuviese de ellos a fin de evitar el choque con el *Guariqueño*, ahora más enconado que antes.

Y entretanto el viajero murmuraba, amoscado:

—Esta juventú está perdida...

*

En esto llegó Juan Parao, ausente desde el mediodía. Detuvo su bestia sin el brusco tirón habitual de la rienda, se apeó y comenzó a desensillar en silencio.

—De lo que se ha perdido usté, Comandante—díjole uno de los peones, refiriéndose al cuento de Florentino, que nadie lo habría celebrado tanto como él.

—De lo que nos hemos perdío toos yo lo sé—repuso el negro sombrío.

—¿Qué pasa?—inquirió Florentino.

—Que ya Hinojoza es difunto.

—¡Cómo va a ser!—exclamaron todos a un tiempo—. Pero si esta mañana no más me tropecé con él, camino de *Los Cañitos*.

—Que fue su último viaje. Parece que esta mañana le

dio de pronto una corazoná de di a vé a su hija, que hace días no sabía de ella, y dejando la guardia que montaba en la Casa Grande, al píritu se jue hasta *Los Cañitos*. Ya y que iba llegando, cuando reparó en que la casa estaba cerrá. "¡Qué raro!", y que se dijo: "¿Estará enferma Panchita? Ni a los muchachitos los aguaito pol to eso." Pero luego se fijó en que frente a la casa estaba echado un lión, de cara a la puerta y moviendo la cola, como acostumbran ellos entretenese mientras están jaciendo un tiro. El lión que ventea a leguas a la mujé embarazá, que es bocao preferío. Volando más que corriendo dice Hinojoza que salvó la distancia que lo separaba de la casa. El animal y que se paró a dale pelea en cuanto lo venteó acercarse, y él y que se le jue encima, lanza empuñá en la diestra y garrote en la zurda pa los zarpazos. Era una fiera grande y rabiosa. Pero Dios dijo: "¡Dios y hombre!", y asina resultó. Los tarascazos no pasaban del garrote, pero el jierro sí llegaba hasta ande quería. Reculó la fiera ante el hombre resuelto al sentirse herida y asina llegó hasta el río y se zumbó al agua. Y el viejo atrás de ella, lanza en mano. Le dio alcance en la mitá el río y la alanció po el codillo hasta que la vio voltiase patas arriba. A toas éstas, Panchita gritando en la orilla, rodeá de sus muchachitos, como la gallina e sus pollos cuando siente el gavilán. "Ya está, hija, no te desgañites por gusto", y que le decía Hinojoza desde allá. "Ya éste no volverá a asustate." Y en habiendo güelto la lanza a su vaina comenzó a nadá pa la orilla, mientras el río se llevaba al lión... Pero aquí viene la mala, la que tarde o temprano llega en esta tierra cuando hay mujés en ella. No jue en la vaina, sino entre cuero y calzón donde se guardó la lanza y talmente que al primer movimiento, nadando, se la clavó en la ingle, trozándose una vena, que llaman, según el dotol, la femural. Allí comenzó a esangrase el compai. Panchita, cuando lo vio que no avanzaba, sino braceaba no más, y que el agua que lo rodeaba se iba poniendo colorá, se tiró al río en ayuda suya y lo sacó hasta la orilla. El y que trató de llegase hasta la casa pol sus pies, pero se encontró sin juerzas y se dejó caé en la playa, donde siguió esangrándose. Jue en-

tonces cuando e veras se esgañitó Panchita, Jeronimito, su marío, el dotol y yo estábamos lejos, en *El Tronconal,* curándole la gusanera a un toro que habíamos enlazao, y, sin embargo, escuchamos los lecos. Llegamos a la casa como a las tres e la tarde, y desde entonce se pegó el dotol a tratá e salvá a Hinojoza. Pero ya era mucha la sangre que había perdío y además le falló el corazón, que ya no lo tenía bueno...

Se apagó la voz del negro. Los que oían continuaron callando.

Así concluyó la vida del peón fiel que envejeció trabajando para Juan Crisóstomo Payara y de quien no llegó a descubrir Rosángela que ponía un gran amor en la taciturna custodia que de ella hacía. Sus últimas palabras, inspiradas de este amor y de aquella lealtad, fueron para Payara.

—Despídame de la niña...

Y luego, oprimiéndole la diestra gastó los restos de sus fuerzas y, mirándolo a los ojos, ahincadamente, susurró, ya al expirar:

—¡Cuidado, doctor!...

Y he aquí que al desaparecer Hinojoza, Juan Parao siente como si se hubiese roto y desprendido un eslabón de la cadena que lo unía a Payara. El había compartido con aquél la confianza de éste, correspondiéndosela con fidelidad análoga, suficientemente probada. A su servicio trabajó con ahinco, sin que le pasase por la mente la idea de que fuese discutible el derecho de propiedad de Payara sobre los ganados que para él enlazaba a sueldo, como antes para sí mismo en aquellas mismas tierras; junto con él corrió los azares de la guerra, adelantándose a los peligros que a él lo amenazaran, siempre obscuro y posternado, pero sin envidia ni impulsos de protesta, mientras la fama del jefe brillaba y crecía, y junto con él abandonó aquel camino, ancho y trillado para los hombres de presa, donde se sentía a su gusto, cuando él decidió abandonarlo y llevárselo consigo, otra vez al trabajo del hato, sin haberle consultado si todavía quería desempeñarlo. Nunca se le ocurrió pensar que las cosas hubiesen podido suceder de otra manera. Aquella ciega adhesión

que por modo misterioso se apoderó de su alma cuando bajo el paraguatán de *Mata del Ahorcado,* se le reveló, tremendamente, el jefe que había en Payara—el jefe, ésa era la palabra, la única que podía expresar todo lo que entonces sintió hacia aquel hombre, que no fue sólo obra de particular y precaria inclinación de su voluntad, sino también de ancestral y definitiva elaboración—, un sometimiento incondicional, supersticioso en el obscuro fondo de su alma, habíalo mantenido unido a Payara, como la negra sombra al cuerpo copiando su forma.

Pero ahora la muerte de Hinojoza lo hacía reflexionar:

—Güelles del blanco juimos el difunto y yo, y veinte y pico de años le aramos su campo bajo un mismo yugo. Ahora se descompletó la yunta. Dice el dicho que ande va el güey que no are; pero hay también otro que dice que güey solo bien se lame... Güey que quizá no ha dejao e se toro, polque tal vez no lo caparon bien pue que no le falta sino echase otra güelta a la sabana, pitando...

Era imposible que Juan Parao acertase a descubrir que este comienzo de desligamiento no arrancaba de las reflexiones que, con motivo de la desaparición del compañero de tantos años, pudiera hacerse respecto a la inutilidad de la vida de Hinojoza, y por consiguiente de la suya; sino que había comenzado antes, cuando a la llegada de Florentino, cantador de sus antiguas hazañas, experimentó las primeras nostalgias de sus tiempos de cuatrero indómito; pero había sido necesario que desapareciese el compañero de coyunda para que al sentirse solo echase de menos su existencia señera, con ese reforzado y afanoso impulso con que el instinto de conservación despierta del abatimiento y desconcierto que produce la muerte al desquiciar el equilibrio de una vida.

Y mientras en el velatorio de Hinojoza, los peones, viéndolo apartado y taciturno, lo compadecían diciéndose unos a otros:

—¡El pobre caporal! Buena falta le va a hacer el compañero de tantos años.

—Y como ya va para viejo no se hallará sin él.

El, por lo contrario, comenzaba a hallarse a sí mismo, perdido hacía veinte y tantos años.

*

Pero también la vieja Evencia había oído las últimas palabras de Hinojoza, la despedida para Rosángela y la advertencia para el doctor, después de las cuales el hermano moribundo le hizo a ella muda recomendación, mirándola ahincadamente.

Otra persona que con Hinojoza no hubiese compartido las preocupaciones de aquellos últimos días, como las compartió Evencia, aunque sin comunicárselas entre sí, no habría podido entender qué quiso decirle a Payara el peón fiel ni qué significaba aquella mirada para la hermana; pero ésta, maliciosa además de fiel y como mujer dotada de esa rápida intuición de cuanto se refiriera a otra mujer, penetró el pensamiento del moribundo y aceptó el suyo propio, tal como era respecto a la actitud atormentada de Payara en presencia de Rosángela, quitándose las trabas que su adhesión al "blanco" le opusiera a sus secretos temores, y al día siguiente, cuando ya enterrado Hinojoza regresaba con Payara y Rosángela a su casa, y él le dijo:

—Bueno, Evencia. Búscate por ahí una mujer de tu confianza que quiera acompañarte, para que no te quedes tan sola en tu casa.

Ella le respondió:

—No es menester, doctor. No estaré sola, sino por el contrario, muy bien acompañada y acompañando, además, porque ya he decidío pasarme pa la Casa Grande de un todo. Al lado del cuarto de la señorita hay uno que puedo cogé pa mí.

Rosángela acogió la idea con agrado, y Payara dijo:

—Muy bien pensado. Yo no me atreví a proponértelo porque...

—Sí, ya sé, doctor; pero eso era antes.

Y luego, y a fin de que Payara supiera a qué atenerse respecto a cómo entendía ella la fidelidad y los derechos que

ésta le daba—si acaso a él su conciencia recelosa le permitiese comprender los motivos a que obedecía esta determinación de mudanza, después de haber comprendido lo que quiso decirle Hinojoza con aquel "¡cuidado, doctor!".

—Ahora el espanto no se aparece para echar a las mujeres de la casa.

—¡Bah! ¿Hasta cuándo esa superchería?

Pero si Juan Crisóstomo Payara se limitó a responder así sin calar la reticencia, en cambio Rosángela sintió que las palabras de la vieja debían de tener un trasfondo donde se correspondiesen con aquellas otras palabras duendes que ya deslizaban sus cuchicheos en el silencio pulcro y diáfano que siempre la había rodeado. Y volviéndose de pronto hacia Payara:

—¿Sabes que ya empiezo a aborrecer estos lugares? Es absurdo este empeño tuyo de sepultarte en vida en estas soledades. Me inspiran horror, sin que lo pueda evitar. Es necesario que vayas pensando en llevarme para Caracas. O para cualquier otra parte.

Y como esto lo dijo ásperamente, con una arrebatada vehemencia que Payara no le conocía, éste—por atender a la intempestiva demostración de aquel aspecto de carácter y el impetuoso movimiento con que su propia y señera personalidad reaccionaba, tendiendo a sofocar toda otra que fuese osada a manifestársele—desatendió a lo razonable que hubiera en aquellas palabras y sólo respondió a lo rebelde con una mirada altiva, mientras la vieja Evencia murmuraba:

—¡Umjú! Ahí lo tiene, pues: se le arriscó la muchacha.

Pero ya Rosángela había logrado dominar su arrebato:

—Estoy nerviosa. No sé lo que digo. Perdóname. ¡Este paisaje! Todavía no puedo contemplarlo sin experimentar aquella impresión de algo espantoso que de pronto fuera a suceder, de que te hablé cuando veníamos de Caracas.

Payara le quitó de encima la mirada altiva, pero repuso autoritariamente:

—Nunca hay razón suficiente para perder la ecuanimidad y pronunciar palabras destempladas. En cuanto a lo último

que has dicho, ya hablaremos, a ver de dónde provenga ese temor supersticioso.

Y entretanto la vieja Evencia, para sus adentros y dirigiéndose a la sombra de su hermano:

—Como que te equivocaste, José... Descansa tranquilo en tu fosa. Tú que tanto creías conocer al blanco, como que te equivocaste esta vez.

IV

EL PROFETA

Bajó por el Uribante: de su vida anterior nada se sabía, lo siguieron las gentes, dícese que llegó a arrastrar en pos de sí más de ochocientas personas. Era un hombre vulgar, ya viejo, sin fulgor visionario en la mirada ni acento mesiánico en la voz. Quienes lo conocieron no se explican cómo pudo fanatizar a tanta muchedumbre. Decía, sencillamente:

—Ha llegado la hora de la apocalisi. ¡Llanero, no comas carne, abandona el trabajo que te esclaviza al hombre, ensilla tu caballo y sígueme! Ya está prendida en las cuatro puntas del mundo la candela que lo arrasará todo, pero el que me siga será salvado, porque sólo yo conozco el lugar donde no se empatarán los dos cabos de esa gran culebra de fuego que viene rodeando la sabana.

Y la alarma cundía, preparándole el camino.

*

Era pasado el mediodía, y, como en *Hato Viejo* había poco trabajo, ya los peones habían regresado de la sabana, cuando Juan Parao, que hacía rato exploraba el horizonte, velado por las humaredas, díjole a Florentino:

—¡Aguaite, catire! Aquella mancha dorá, ¿no te parece una nube e polvo?

—Sí que lo es—afirmó Florentino—. Y no es viento lo que la levanta, porque no sopla una garra, sino las patas de muchos caballos, seguramente. Nada tendría de extraño que

fuera ese profeta detrás del cual todo el llano se está poniendo en marcha, según el forastero de la otra noche.

—Eso mismo estoy pensando hace rato.

Asomáronse los peones y momentos después uno dijo:

—El es. Y son más de doscientos hombres de a caballo los que lo siguen.

—Ya vienen del lado de acá de la cerca...

—Ahora van orillando la Laguna del Grito...

—Como que van a pasar de largo, porque no vienen rumbiando p'acá.

—A menos que vayan a acampar en *Mata del Ahorcado*, que es el rumbo que llevan.

Y mientras así seguían los peones la marcha de aquella muchedumbre a través de la nebulosidad de la sabana, que a lo insólito del acontecimiento contribuía dándole aspecto irreal de procesión de fantasma, Juan Parao murmuraba para sí mismo, una y otra vez:

—¡Doscientos hombres atrás de un hombre!... Con menos dio brega durante varios años

el del caballo jerrao
con el casquillo al revés...

Y la gente del profeta hacía alto en *Mata del Ahorcado* cuando el *Guariqueño,* como advirtiera que se acercaba Payara, anunció:

—Aquí viene el blanco. Y como no venga con la camisa de peliar, porque esa gente se ha metido en lo suyo como río en conuco. Contimás si ya sabe que el profeta sonsaca la gente de los hatos por donde pasa.

—Malo sería si viniera en ese son, porque pasan de doscientos hombres y nosotros no somos sino diez.

Y otro:

—Que falta saber si todos estamos dispuestos a tirar la pará.

Pero Payara llegó diciéndoles:

—Ahí tienen ya al profeta, que predica el abandono del trabajo. Si hay aquí alguno que quiera seguirlo, que lo diga, para arreglarle su cuenta en seguida.

Miráronse unos a otros los peones, y luego uno repuso:

—¿Nosotros por qué, doctor? A menos que usté...

—A menos nada—atajó Payara, autoritariamente—. Yo siempre digo todo lo que quiero decir y ya lo he dicho.

Oído lo cual murmuró Florentino para Juan Parao:

—Ya a éste no se le va ni uno.

Y el caporal:

—¡Qué van a dise, si ya les andó alante! Ni aunque lo hubieran pensao.

A tiempo que Payara, dirigiéndose a Florentino—cuyas palabras se le habían alcanzado, sutilísimo su oído y alerta su atención, a lo cual debía buena parte del rápido dominio de las situaciones cuando se enfrentaba con hombres que pudiesen chistarle:

—Será porque no les convenga. Y usted, como veo que ya se encuentra bien y sólo le falta bestia, proceda a escoger el mostrenco que más le agrade para su silla.

Otra vez tuvo y contuvo Florentino el impulso de responder con una violencia a aquella aspereza.

—Ya le he puesto el ojo a uno—repuso, socarronamente—. No crea que yo me duermo en las pajas.

—¡Qué he de creer yo que usted sea tonto! Seguramente habrá sido el mejor, pero disponga de él a todo su gusto.

—Gracias, doctor.

Y Payara, sin concederle importancia a la socarronería con que se las daba y ya volviéndole la espalda para dirigirse hacia donde almacenaban las provisiones del hato:

—No necesita darlas porque ya le incluiré el precio del mostrenco que escoja en el del ganado que piensa comprarme, según dijo.

Y en seguida, llamando:

—Juan Parao.

—Voy, dotol.

Desde que estaba Florentino en *Hato Nuevo,* cinco días ya, era la primera vez que Payara caía por allí y las palabras que acababan de cruzarse demostraban que, tanto el uno como el otro, se mantenían en la misma indefinible disposición de ánimo de cuando el episodio del corrido del ahor-

cado. Respecto a la de Florentino, donde se contraponían y se compensaban una inclinación a plegarse al ascendiente que Payara ejercía sobre los demás y otra a rechazarle violentamente, él mismo tal vez se equivocó al decirse, para sus adentros y mientras seguía a Payara con la mirada:

—Con este blanco altanero y malcriado me la rifo yo hasta el rabo. Muy amigo habrá sido de los Coronados de antes; pero conmigo empiezan otros. No me iré de *Hato Viejo* sin llevarme algo en los cachos. Y algo que le duela para toda su vida.

Respecto a la disposición de ánimo de Payara, Juan Parao se iba diciendo, mientras lo seguía:

—¡Ah, dotol Payara! No quiere confesarse que le ha caído en gracia el catire. ¡Si lo conoceré yo, a pesar de los pesares!

Payara entró en la casa donde se almacenaban las provisiones de boca del hato, y después de haber echado sus cálculos en silencio, díjole a Juan Parao:

—Creo que podemos ofrecerle a esa gente—referíase a la del profeta—algo de lo que seguramente les falta y no tardarán en venir a pedírnoslo. Andate allá y averigua cómo están de bastimentos. Ofréceles también un par de terneras.

—Esa gente, y que no come carne, dotol.

—Eso dicen, pero falta saber si lo cumplen. De todos modos, mejor es ofrecerles las terneras que necesiten, tú verás cuántas, antes de que vayan a robárselas.

Y Juan Parao, a lo que se le decía y a lo que le escarabajeaba por dentro:

—Son más de doscientos hombres, blanco. Digamos doscientos cincuenta, con los que estamos aquí. Justamente los máuseres que tenemos escondíos por ai.

—¿Qué quieres decirme con eso?—replicó Payara.

—Nada que usté no quiera entendé, dotol... Cosas mías. Ya sabe usté que tengo la costumbre e contá unas cosas por otras... Y como los máuseres son justamente doscientos cincuenta, que es lo que yo calculo que sean los hombres.

—¡Dale con los máuseres!—replicó Payara, ya calada la intención del negro—. ¿Y los hombres? ¿Crees que realmen-

te lo sean los que siguen a ese insensato? Hoy son doscientos y más adelante serán más, pero nunca pasarán de ser un rebaño de inconscientes, una manada más en la sabana. Ni siquiera saben por qué van detrás de ese hombre, ni qué se proponen siguiéndolo. Han abandonado los hatos donde trabajaban, unos por holgazanería y por novelería, por inclinación a lo fantástico que ven en ese burdo profeta; pero la mayor parte porque seguramente los dueños de esos hatos los explotaban y los tiranizaban como a esclavos o como a bestias, mal pagados y peor tratados. Pero ellos ignoran que ésta es la verdadera causa que los ha puesto en camino. No se dan cuenta, tampoco, de que al abandonar el trabajo, como se lo aconseja el profeta, que también es un inconsciente de su propia obra, no han hecho sino rebelarse contra el despotismo y la iniquidad de quienes los explotaban.

—¿Y si se les dijera, dotol?—arguyó el negro.

—Se dispersarían inmediatamente y se regresarían a la esclavitud de que se han escapado.

—¿Como el cazador del cuento, que se asustó del cuero después de habé matao al tigre?

—Justamente. Además, cuando renuncié a la guerra, que ya veo que todavía te tienta, no lo hice por despecho, como algunos se habrán imaginado, sino por convicción absoluta de que con este pueblo, con ese rebaño que va detrás de ese hombre, el mismo que siguió al general Páez llamándose patriota, después de haber seguido a Boves llamándose realista y otra vez hubiera seguido a éste si hubiese resucitado, con esa manada de bárbaros no se puede ir sino a la barbarie, que la llaman democracia. Ya la experiencia está hecha, yo mismo la hice, pero no la repetiré.

—Su palabra vaya alante, dotol Payara—dijo Juan Parao, encogiéndose de hombros—; pero...

—Déjate de ilusiones. ¿Qué sacaste tú de la guerra?

Y como el negro sonreía:

—En fin. Haz lo que te dije. Andate allá y ofrécele a esa gente lo que le haga falta y podamos dárselo. No saben lo que hacen, pero tampoco seré yo quien les niegue auxilio para que no continúen haciéndolo.

Dicho lo cual montó a caballo y se fue por donde había venido.

Juan Parao lo siguió con la mirada y se dijo:

—¡Lástima de hombre que ya no es lo que jue en denante!

Era un paso más hacia el desligamiento.

*

Entretanto, el profeta y su gente acampaban a la vista de las fundaciones del hato, al abrigo de la *Mata del Ahorcado,* por donde atravesaba un caño, y mientras unos tomaban posesión de los árboles de cuyas ramas colgarían sus chinchorros, otros bañaban o abrevaban sus bestias en las aguas fangosas del caño, otros llenaban de ella sus taparas y otros se disponían a comer, sacando de los porsiacasos sus provisiones de boca—todo con naturalidad de ocupación en menester cotidiano, en un momento vulgar del tiempo de todos los días que no tendría término sobre la tierra, sin que nada demostrase que aquélla fuese muchedumbre fanatizada en pos de un enviado de Dios y en vísperas de la destrucción del mundo—; el profeta mismo que tal anunciaba, apartándose de su pueblo iba a sentarse en la hierba, recostado al tronco de un árbol aislado de la mata y allí comía de las provisiones de su alforja y bebía agua de su tapara, despaciosamente, sosegadamente, como un hombre sencillo de regular apetito y ánimo sereno, que descansa y toma su refrigerio al fin de una jornada de un viaje sin trascendencia, y entre un bocado y un sorbo deja vagar la mirada por el espacio que recorrerá en la siguiente.

Pero entre lo grotesco supersticioso de su prédica, ya suficiente, sin embargo, para excitar la candorosa imaginación popular y en el momento propicio en que el duro apremio de las necesidades materiales mal satisfechas—el recio trabajo y la paga escasa y la condición de siervo del peón y el profundo malestar económico que por todo el llano se extendía con el latifundio y a causa de las mil trabas que para llegar a éste obstaculizaban la pequeña industria de ga-

nadero sin capital—ya no hacían apetecible la vida sedentaria, aquel burdo profeta deslizaba unas palabras que llegaban, certeras y eficaces, al corazón de aquella gente:

—Llanero, abandona el trabajo que te esclaviza al hombre, ensilla tu caballo y sígueme.

Era una voz antigua, pero siempre oportuna, a cuyo encuentro salía el alma del llanero: la voz de la sabana, del vasto horizonte abierto invitando al nomadismo... Pero quizá también la gran voz que arrebata el corazón de todo el pueblo mesiánico, cuando alguien se le aparece y le dice, como decía aquel visionario:

—Sólo yo conozco el camino y el que me siga será salvo...

*

Y aquella voz tuvo una repercusión inesperada en los laberintos del alma de Juan Crisóstomo Payara.

Allá va, sintiendo cómo se le adentra y se le dispersa en múltiples resonancias imprevistas, la invitación a la guerra, a la vuelta al antiguo camino, que le ha hecho Juan Parao. El fue una esperanza para una gran porción de sus compatriotas y aún lo era, a pesar de su largo alejamiento de la vida pública. Martín Salcedo, estudiante poseído del demonio de aquella esperanza de un futuro próximo de substitución de la barbarie imperante por la legalidad y la justicia que nunca habían reinado en Venezuela, había venido a decirle que un grupo de jóvenes universitarios preocupados por la cuestión política, como hubiesen recogido los ecos dispersos de aquel gran prestigio suyo entre la gente de bien, creían en él y deseaban que acaudillase el movimiento que estaban fraguando. Pero a través de las palabras de Salcedo él no vislumbró sino la nebulosa de las ilusiones juveniles que pronto se desvanecería, insensiblemente, en la atmósfera unánime del pesimismo y de la indiferencia ante la dramática suerte, ya echada, del país, o sería desgarrada y aventada por las furias de la persecución que se precipitaría sobre ella. Ahora, sin embargo, inclinábase a admitir que tal vez no fuese tan precaria la vida de aquel nuevo foco de rebeldías y esperan-

zas. Cierto era, por otra parte, que había sido el mismo Martín Salcedo quien pronto desistió de su peregrina ocurrencia—así la calificó al confesarle que se había equivocado, junto con sus compañeros, al pensar que él pudiese acaudillarlos, porque él todavía vivía en los años de su juventud, pensando en godos y liberales, y su programa político era de una simplicidad cuasi infantil: probidad en el manejo de la renta pública y la pena de muerte para los bribones, mientras que por el de ellos ya corrían aires nuevos que exigían una ventilación más complicada—; pero ahora, pensando en ello, deslizábasele por los entresijos de su intransigencia y de su inadaptabilidad un ansia vagarosa de asomarse con alma joven a los nuevos horizontes de la vida.

Mas, no sólo porque Juan Parao le hubiese insinuado volver a su antiguo camino, sino también por las últimas palabras de Hinojoza, que aún las llevaba clavadas y vibrantes, como una flecha, aunque sin pensar en ellas, para no tener que desentrañarles el sentido.

Fue suyo este símil y en él tomaba forma otra de aquellas múltiples resonancias de la voz que aconsejaba cambio de vida y marcha a la aventura de un horizonte ignoto. ¡Una flecha! Un rasgón instantáneo del velo del olvido sobre una escena sencilla que adquiere en su imaginación la candorosa plasticidad de un cromo: un indio yaruro que regresa a su churuata de las riberas del Meta, después de un larguísimo viaje en busca de esposa, y acompañado de ella, maquiritare de las cabeceras del Orinoco, y con un chigüire al hombro, cuya sangre mana todavía de la herida de la flecha, entra en la vivienda común sin cambiar saludos, como si faltase de ella una hora apenas, entrega la bestia muerta a las mujeres de la tribu para que aderecen la comida de todos y junto con la que ha tomado por esposa en lejanas tierras se siente de nuevo entre los suyos y empieza a contarles cuanto ha visto y le ha sucedido en su viaje de tres meses... Una escena de tiempos tiernos de juventud del mundo inmovilizada, cromo de colores candorosos donde las cosas sucedían como si el tiempo no hubiese corrido o como si desde la mitad de su curso hubiese vuelto atrás, anulando su propia

duración. Como sucedió con la ausencia de aquel mancebo indio, que con la mitad de ella, regresando, destruyó la otra mitad y todos lo vieron llegar como si no lo hubiesen visto marcharse. Ni nadie tampoco le preguntó quién era la guaricha que traía por esposa... Cosas de un mundo donde aún están por formarse prejuicios y escrúpulos...

Reprimió enérgicamente la delectación en tal recuerdo, ladrón furtivo de su conciencia, y apresando aquella ansia de rejuvenecimiento y esta imaginación de un mundo nuevo, les exprimió el sentido que pudiesen tener y ellas le dieron este zumo agridulce: "¡Si se pudiese volver a empezar!... Revocar el curso de la vida, doblar el tiempo sobre sí mismo para anularlo. Retornar al punto de partida de un destino y enmendarlo... Hacer lo que él hizo con aquellos dos nombres que ahora estaban invertidos y contractos en el de Rosángela."

Pero Juan Crisóstomo Payara sabe que un pensamiento no se reprime sino remplazándolo por otro en cuyo contenido se gasten las mismas fuerzas primordiales del alma, y así continúa exprimiendo aquel jugo que era repulsa de la vejez que llegaba y nostalgia de la juventud que no tuvo, hasta que le da una substancia depurada. Lo que origina aquella ansia de renovación de sí mismo y del mundo—dícese—, de la sociedad humana en que pudiera moverse ese personaje viejo y nuevo que él sería si volviese a empezar o si hacia otro mundo se desplazase, no es propiamente el deseo de haber sido otro, uno de la serie infinita de los que no se lograron siendo todos posibles, ni el de recobrar aquella juventud que no disfrutó, ni el de que, cambiando todo en torno suyo, viniese a resultar personaje nuevo, siendo viejo; sino pura y simplemente la irreprimible apetencia de continuar siendo tal como era y que así se le admitiese. La mentira de su parternidad y el falso amor filial de Rosángela que de ella se derivaba suplantaban su personalidad por otra, necesariamente contradictoria, y él, como realidad humana, se sentía poco menos que muerto dentro de la ficción de sí mismo que vivía en el concepto de aquélla; pero a merced de los movimientos del alma que lo llevaba dentro

de sí, no más que como podría llevarlo, cada día menos, olvidándolo, o cada día más, pero siempre recuerdo en una memoria, cuando él hubiese desaparecido realmente. Por lo contrario, él necesitaba vivir, en pleno, su realidad íntima, restituirse al mundo de las verdades de donde desapareció a tomar cuerpo dentro de aquella mentira, recuperar su íntima esencia perdida, o más bien suspensa, como la noción de sí propio durante el sueño. Porque de durmientes era en verdad su caso. Tal como ahora aparecía ante los demás no era sino un ensueño que a otros les ocurría y con el cual lo deformaban: Rosángela, de una manera, idealizándolo; otros... (Aquí el pensamiento de Payara perdía de pronto su contenido substantivo, como pierde ante el ojo lento su apariencia sensible un cuerpo arrebatado de vertiginosa velocidad, y soslayaba rapidísimo su propio abismo.) Pero en todo caso aquellas figuraciones se nutrían de su realidad íntima, le sorbían los tuétanos de su alma y de ella no le dejaban ya sino desapacible oquedad interior por donde a veces se deslizaban aquellos mismos fantasmas. Porque, como cosa soñada, él mismo, venía a resultar ensueño y como tal se sentía: a ratos, imagen idealizada en el dulce dormir de Rosángela; de pronto, pesadilla, no le importaba saber de quién, aunque aquí, al saltar por encima de su propio abismo, parecíale haber visto, un instante no más, los ojos de Hinojoza en su última mirada. Sucedíale como a quien soñara dormir entre muchos durmientes, todos soñándolo bajo una forma distinta y él sintiéndose disgregarse y desvanecerse en otras tantas sombras absurdas de sí mismo. Y quería despertar de aquel horrible sueño de otros sueños.

Rosángela había venido a traerle un amor que buena falta le hacía: apasionado como para que no echase de menos los que no cultivó o no pudo disfrutarlos en su juventud; puro, cual le convenía de allí adelante para sosegada delicia de su vejez. Pero tal como se lo ofrecía no podía tomarlo sino por modo de usurpación, o peor aún, de substitución. Era para Carlos Jaramillo—no podía librarse de este pensamiento—, y él se lo robaba a su memoria como pu-

diese haber despojado de una joya a su cadáver. Sin duda no habría sido tan extremoso-y delicado el amor de Rosángela para su padre verdadero aun en el mejor de los casos; pero ¿continuaría siéndolo para él si llevándola al fatídico paraje le hubiese dicho: "De ese árbol colgué a tu padre"? Pero si habría sido monstruoso someterla a semejante prueba, también lo era mantenerla engañada, admirando y amando, como a la personificación de todas las posibles excelencias humanas, al ejecutor de aquella muerte. De haberlo sido no se arrepentiría jamás, y esto era signo evidente de que las fuerzas de su personalidad estaban íntegramente asistidas del instinto de permanencia en su propia forma, mas, para que pudiese hallar complacencia en aquel amor era menester que su verdad profunda—nunca lo fué más que cuando aquella ejecución—resplandeciese ante los ojos de Rosángela. Ante los suyos propios se veía limpio, todo justicia hasta el fondo del corazón; pero aquel amor no le venía por el camino de sus obras, no se lo había conquistado él, sino que se lo tributaba Rosángela en desbordamiento y objetivación de su gran capacidad amorosa.

Había, sin embargo, dentro de su verdad, algo suficiente para que así se le admirase y se le amase. Rosángela era hija de su mentira, pero también del momento más generoso de su vida, de lo más noble que pudo haber en él cuando mintió. Hija de su espíritu, que significaba mucho más que de su carne, y quizás, quizás si ella conociese la verdad, ya con buena razón para admirarlo, lo amaría más. Todas sus obras habían tenido el sello inequívoco de un egoísmo desmesurado, eran actos de una personalidad que, ejecutándolos, no había hecho sino rendirse tributo y homenaje a sí misma, y todas fueron tremendas; sólo una vez le fue permitido ser generoso, aquélla, y entonces llegó hasta el sacrificio... Pero ni aun entonces faltó a su destino la fatalidad que aridecía sus obras, ninguna inspirada de la apetencia del mal. Ni aun todavía faltaba, porque un brutal sarcasmo y no otra cosa era el gran amor filial de Rosángela. Pero ¿qué pasaría si él le confesase la verdad, aun sin llegar a lo

monstruoso sucedido en *Mata del Ahorcado?*... Ya ella lo había dicho:

"—Si no fueras mi padre, me enamoraría de ti."

¡Y esto no! Esto de ninguna manera. Porque no sería posible dentro de las leyes que habían dado carácter de verdad irrevertible a aquella mentira y porque ni aun rompiendo definitivamente con la sociedad donde tales leyes imperaban, ni aun refugiándose en aquellos rincones del mundo que poco antes habían acudido a su memoria con la tierna plasticidad de un cromo—ahora se preguntaba cómo pudo ocurrírsele semejante ingenuidad—llevaría a ellos nada humanamente nuevo, sino un amor vulgar y además grotesco.

Y era, precisamente, una forma de amor insólita lo que él apetecía. Ni el paternal por engaño, ni el otro, que un hombre cualquiera puede sentir por cualquier mujer. Ambas cosas significarían plegarse a las circunstancias, modificarlas para poder vivir dentro de ellas; mientras que él no se satisfaría con menos de que, siendo tal cual era y habiendo sido su vida tal como había sido, las circunstancias exteriores se allanasen a su voluntad de ser amado como ningún hombre lo fuera, con un amor increado.

Pero en llegando a este punto de su soliloquio, ya sutilísima la atmósfera espiritual donde se movía su pensamiento, cayó de pronto, cual por gravitación de sensatez, en esta sencilla ocurrencia: —¿Y si un simple cambio de vida?

Todo el problema residía, quizás, en que la venida de Rosángela al lado suyo había creado una nueva situación que exigía nueva conducta y hasta nueva actitud ante la vida. Su confinamiento en aquel desierto ya no tenía razón de ser. Había sido una pausa rota ya por el acontecimiento imprevisto. Ahora su vida volvía a tener una finalidad fuera de sí mismo, siquiera la de procurarle a Rosángela una existencia más apetecible que la de la ruda soledad del hato. No era justo, por ejemplo, que todavía no la hubiese complacido llevando a Florentino a su casa para que la entretuviese un rato con sus cuentos y sus cantares... Florentino era un mozo de buena familia, hijo de un buen amigo suyo,

persona muy estimable... Pero ¿a qué venía esto? ¿Qué tenían que ver las condiciones personales y familiares de Florentino con el pasajero entretenimiento que hallase Rosángela oyéndolo cantar sus coplas? ¿Ni por qué, al mismo tiempo—dos imágenes interfiriéndose en un solo pensamiento—se le había venido a la memoria Martín Salcedo, él diciéndole: "de afuera vendrá..."? Estaba en que aquella pausa se había roto y ahora su vida debía echar a andar otra vez, de la finalidad inmediata de procurarle una existencia más llevadera a Rosángela, a la de preocuparse en su porvenir y a una más amplia finalidad de su vida en sus relaciones con la sociedad y con el país. Acababa de decirle a Juan Parao que su pesimismo era absoluto, pero ya no lo sentía así. Tal vez si volviese a asomarse a la realidad venezolana, de que se apartara hacía varios años, sintiera correr por su alma aquellos aires de que le hablase Martín Salcedo. Cincuenta años no podían haberlo hecho definitivamente viejo. Anchos caminos tenía que reservarle aún la vida...

Y desde el fondo de ellos una voz decía:

—Ensilla tu caballo y sígueme.

Una voz llanera, de gran horizonte abierto...

*

Y aquella misma voz traíala Juan Parao en la sordina del corazón.

Regresaban de conocer al profeta, caía la tarde y Florentino comentaba:

—Algo debe de tener ese hombre para poder arrastrar tanta gente detrás suyo; pero yo, francamente, no se lo he visto. Que es un lunático, se cae de maduro. Aquello de no contestar a nuestro saludo y levantando la mirada y clavándola en el horizonte, romper a hablar, como si estuviera solo: "Ya está prendida la candela en las cuatro partes del mundo..."

—Eso pa los muchachos—continúa uno de los peones—. ¿Verdad, Florentino? Yo creí que usté léiba a replicá con al-

gún cuento como el de la tortuga careta, si no quería repetile el mismo.

—Tentado estuve de hacerlo, pero el Comandante me peló los ojos—dice, refiriéndose a Juan Parao.

Y éste sonríe desde su mutismo.

—Sin embargo—arguye otro de los peones—, el cuento del sueño en la pasada del páramo...

—De ésos tengo yo unos cuantos—ataja Florentino—. Ese es el mal del páramo. Un sueño pesado que le entra a uno por todos los poros del cuerpo. Un sueño de estar dormido y despierto, al mismo tiempo, de que se le va el alma y le entra otra, con la particularidad de que la que se le va es caliente y la que le entra, fría, como alma de muerto que se hubiera quedado vagando sobre la cumbre del páramo. Fría como un velo, dice este profeta de pacotilla que era el espíritu del gran profeta Elías que se le metió en el cuerpo durante ese sueño, a la vez que el suyo se le escapaba, y como a mí me ha sucedido lo mismo, pero sin recurrir a la Biblia para explicármelo, no puedo creer en cuentos de camino, porque perro no come perro.

—Pero es que éste dice—rearguye el peón crédulo—que antes de sucederle eso él era un hombre entre los hombres, que pensaba con su cabeza suya, mientras que desde el dispertar de ese sueño, siente que piensa con cabeza que ha sido enantes de otro hombre y ya no vive como uno entre los demás, sino como un resucitado entre los muertos.

—Con agua fría se cura todo eso.

—¿De mo y manera que usté cree, Florentino, que el hombre es sencillamente un loco?

—Cerca de por ahí lo buscan.

—La cuestión es que lo encuentren. Usté mismo acaba de decí que algo tiene ese hombre pa podé arrastrá tanta gente detrás suyo.

Y aquí intervino Juan Parao:

—La cuestión no es que lo tenga, sino que los demás se lo encuentren, o hagan como si se lo encontraran.

A lo que replicó Florentino:

—Voy a decirle como acostumbra responderme mi her-

mano cuando no me le explico muy claro: háblemе en positivo, viejo. Porque algo muy serio debe de venir pensando usted para que lo traiga tan callado, y de ese algo un buen poco deben de ser esas palabras que ha soltado de refilón.

Pero Juan Parao se limitó a sonreír, otra vez desde su silencio.

Ahora está encaramado sobre el tranquero de la majada y tiene por delante la callada inmensidad de la sabana, bajo la noche fosca. Florentino se le acerca y le pregunta:

—¿Qué le pasa, amigo?

—Aquí, catire. Pensando en usté, casualmente. Arrímese, pa que echemos una conversación, ahora que no nos escuchan los muchachos.

Sospechó Florentino que se tratase de algo que le hubiese dicho el doctor Payara para que se lo transmitiera—tal vez la orden de que lo hiciese abandonar el hato aquella misma noche, a pesar de lo que le dijera horas antes, cosa muy propia de aquel hombre con quien nunca nadie sabría a qué atenerse—, y repuso, ya poniéndose al tono de lo que esperaba oír:

—Su boca sea la medida, Comandante. Vaya diciendo.

—Dígame una cosa, Florentino Coronado—¡piazo e nombre pa encabezá una proclama!—. ¿Cuáles son sus planes?

—¡Ah, caramba, compañero! Más valiera que me preguntara:

¿Cuántos palos tiene el monte,
cuántas estrellas el cielo?
¡Cuántas veces me he acostado
contigo en el pensamiento!

—¡Barajo, catire! Conmigo no sería. Pero hablemos en serio y déjese e coplas por ahora, que ya pa versos está bueno con los que ha compuesto. ¿No le provoca a usté jacé una cosa grande, de aquí p'alante en su vida?

—¿Como por ejemplo?

—Como pol ejemplo, redondease ese piazo e nombre suyo pa que un día lo llamen a tambol batiente: General Florentino Coronado.

Florentino se rascó la cabeza, por donde nunca le había

pasado una idea semejante de su exclusiva ocurrencia, y Juan Parao prosiguió:

—Mire, catire. En aquella mata hay doscientos treinta y cinco hombres bien contaos y en pie de guerra. Polque quien dice llanero a caballo y con la sabana por delante, ya dijo la guerra andando. ¿Preguntará usté que ande están las armas? Resérvese esto, catire: doscientos cincuenta máuseres y catorce cajas de tiros pa empezá, yo sé ande se encuentran.

—Pero... ¿Es que el doctor Payara va a echarse al monte otra vez coleándole la parada al profeta, y ya usted está reclutando gente?

—El dotol no. Ya él no cree en nada ni en naiden, contimenos en nojotros, los pata en el suelo, mejorando lo presente. Dice que con este pueblo no se va a ninguna parte, polque y que no semos sino una maná de inconscientes y de otras cosas po el estilo. Pero él está equivocao, Florentino. Se lo dice un hombre de ese pueblo, que se ha quemao muchas veces el pecho po la causa.

¿No le oyó usté en denantes al profeta un decir que no es de lunático?—"Yo vengo a dispertá la palabra que duerme en el corazón de todos."—Ese es un decí muy profundo, Florentino. Po eso es que lo siguen esos hombres, que ya no son cuatro gatos, y po eso jue que yo, y otros muchos como yo, seguimos en denantes al dotol Payara: polque sentíamos que algo dormía en nuestro corazón y teníamos menestel de que alguno, más aprendío, nos lo dispertara. Dicen que revolución se alza al grito de: ¡muera el ganao!; pero eso no es tan verdá como parece. Lo asegura el comandante Juan Parao, que un tiempo jue cuatrero, sí es verdá, pero que en su carrera melitar entoavía no se ha robao la primera gallina.

—Pero es que yo no entraría en esa lista, Comandante. Porque, la verdad sea dicha, ¡ah cosa para gustarme una gallina robada!

—Déjese de guasas, catire. Se trata de una cosa muy seria: ya esta paz va muy larga y hay que jacé algo pa que se acabe. Y además, ha llegado pa usté el momento de

cambiá el menú por la morocota, como digo yo. El menú son sus aventuras de hasta ahora: sus tantos amores como cuantos viajes y sus muchas coplas, que ya éstas no se van del llano y son bastantes; y la morocota, Florentino Coronado, es la parada grande, la que to hombre debe tirá por lo menos una vez en su vida. ¿No me dijo usté, cuando llegó po aquí, que siempre anda resteao?

—Y es la verdad, negro.

—Pues apúntese en ese dao que le están maraquiando. Usté tiene condiciones de jefe, catire. Se lo dice quien, en esa misma mata a que nos venimos refiriendo, descubrió un día un jefe en un patiquín y no se equivocó ni en el canto de una uña.

—Gracias, negro. Pero...

—Esa gente que anda atrás del profeta no está pensando en fines de menúo. No se crea. Muchos de esos hombres—yo hablé con algunos esta tarde, mientras usté se entretenía buscándole la lengua al profeta—, muchos de esos hombres se han puesto en camino solamente po aquello de "arrea y Dios te ayude". Esa gente lo que necesita, y lo que en el fondo, va buscando, es jefe.

—¿Y usted para cuándo se guarda?

Fué entonces Juan Parao quien se rascó la cabeza un rato, para decir luego, con un gran dolor de raza bajo su sonrisa plácida:

—Negro no llega a los postres, catire. Pa abrí boca yo no estaría mal, pero pa después... A mí se me ha metío en la cabeza que usté es el hombre que necesitamos los pata en el suelo pa que nos saque de abajo. De menos hizo Dios al catire Páez y ai ta la historia.

—De menos no sería...

—Acabe de decilo, catire: pero de más tampoco, ¿no es eso?

—¡Caramba, negro! Si yo no tuviera la cabeza bien puesta, a pesar de mi fama de atarantado, tendría miedo de que usté me mareara.

—¡Eso sí que no, catire! Adulante no he sío nunca.

—Ni habría por qué.

—Eso sólo Dios lo sabe. Varias veces le he escuchao decí al dotol Payara que Venezuela está todavía en la madrugá del primer día de la Creación, cuando las cosas empezaron a salí de la nada. Repetío sea, mejorando lo presente. Pero mire, catire, cuando entre los muchos cuentos que ya usté me ha echao de su vida po esos llanos, me refirió el pasaje de aquella leción que le dio en Corozo Pando el nieto del catire Páez, yo, que siempre ando viendo cosas, me dije: ¿No sería ese viejito el mismo general Páez que y que de tiempo en tiempo se aparece po el llano, buscando a quien entregale la lanza de Queseras del Medio?

—Mire, Comandante — dijo Florentino, apeándose del tranquero—. No siga. Yo estoy curado en salud. Déjeme seguir cantandito mis canciones y enamorando a mis indias.

—Está bueno—concedió Juan Parao—. Si a usté le parece que eso es bastante, su gusto sea su medida.

Y al cabo de un rato, otra vez solo:

—¡Lástima de mozo, que no quiera sé lo que tantos otros han sío en esta tierra!

*

Al día siguiente, cuando amaneció, ya no quedaba por allí del profeta y su gente sino la nube de polvo que iban levantando, llano abajo.

Pero en *Hato Viejo* tampoco amaneció Juan Parao. Se lo llevó la sabana, que hacía días estaba llamándolo.

V

EL RUCIO MOSQUEADO

Es superchería muy generalizada en el bajo pueblo venezolano que cuando alguien desempeña con acierto y prontitud los quehaceres de su oficio, sin dar muestras de excesiva laboriosidad, se le crea asistido de la colaboración de un duende familiar y propicio, al cual se denomina su muñeco.

Tal ocurría en *Hato Viejo* con el *Guariqueño,* a quien para desbravar un caballo salvaje y sacarle paso fino le bastaba la mitad del tiempo que otro amansador hubiese empleado. Y no sólo la peonada, sino que también el doctor Payara hablaba del "muñeco" del *Guariqueño* como de la cosa más natural y evidente y por tal misteriosa asistencia parecía sobreestimar sus servicios. Pero como es también muy corriente que aquellos a quienes se les atribuyan semejantes ayudas cultiven la superchería rodeándose de misterio cuando desempeñan su trabajo, aquél no consentía apareadores que, acompañándolo en las carreras que les diese a los mostrencos, pudiesen descubrirle los entresijos de su oficio.

Así se habían explicado algunos—y entre ellos Payara—que, extremando sus reservas, hubiere procedido el amansador en el desbravamiento de aquel rucio mosqueado que un día se vio trotando detrás de la yegua que él cabalgaba, a paso aprendido, pero sin que nadie lo hubiera visto jineteándolo, ni supiese cuándo lo había enlazado y quitado de su hatajo, ya tan hecho a la presencia del hombre y tan dócil que por sus propios pasos se metió en el corral, cuya puerta le abrió el *Guariqueño* diciéndole:

—Entra, pues.

Pero la domadura del rucio era muy relativa, pues sólo se daba con el *Guariqueño,* quien a solas dentro del corral, entablaba con él una conversación misteriosa, indescifrable para los demás y que parecía mitad de un diálogo en el cual llevase la bestia la otra parte. Y si alguien manifestaba deseos de jinetearla, el amansador cazurro se limitaba a decirle:

—¡Guá! Eso es cosa tuya. Ahí está el mostrenco escuchándote. Y si es por falta de tereca que todavía no te has resuelto a echarle la pierna, yo te presto la mía.

De donde coligieron los peones de *Hato Viejo* que muy bellaco había de ser aquel rucio, en cuya mirada creían descubrir algo que no era propiamente animal, y que todo esto y su singular aparición debíase a que tal vez fue amansado por el propio muñeco del *Guariqueño,* que ya era algo más extraordinario que si lo hubiese domado éste con ayuda de aquél, y que, siendo así:

—¿Cristiano montando caballo amansado por duende? Yo, por mi parte, no me expongo a que ese mostrenco me lleve en mi vida pa el otro mundo. Que fue por donde a él le dieron las primeras carreras, y nada tendría de extraño que le haiga quedado esa querencia.

Y ya en esta tesitura, otra versión:

—Para mí que ese rucio no es bestia verdadera, sino algún cristiano encantado. Si no, aguáitenle la mirada, que no es de animal.

Eso fue antes de la llegada de Rosángela, ya olvidada la leyenda del duende familiar de *Hato Viejo*. Ahora el extraño caso del rucio se explicaba de otro modo.

Estaba Payara contemplando la polvareda que había dejado en el horizonte la cabalgata del profeta, en la cual se alejaba de él, quizá para siempre, Juan Parao y estaba el *Guariqueño* dentro de la corraleja platicando con el rucio, cuando Florentino con súbita ocurrencia:

—*Guariqueño*. Como ayer me dijo el doctor que escogiera el mostrenco que más me gustara y el que más me gusta es el rucio amigo suyo, vaya despidiéndose de él, que ya estoy ensillándolo.

—¡Guá! Eso es cosa suya. Ahí lo tiene, escuchándolo —repuso el amansador, cruzando luego una mirada de inteligencia con Payara, quitado de su contemplación por aquellas palabras.

Florentino se dirigió al caney sillero en busca de su montura y allí se le acercó uno de los peones a decirle:

—No monte ese mostrenco, Cantaclaro.

—¿Que no? Ya voy a estar echándole la pierna, a ver si es verdad todo lo que cuentan de él.

—Hágame caso, Florentino. Mire que asina mismo dijo el caraqueño.

—A ver. Echeme ese cuento. Que es raro que todavía no me lo hubieran echado.

—Como Juan Parao no quería que se hablara de eso; pero ahora que él se ha ido, oiga el pasaje. Fue que el caraqueño se empeñó en montá el rucio, porque en ese momento conversábamos de que esa bestia debía de ser la que

habría amansado el blanco de por aquí pa los viajes de sus apariciones, que pronto debían empezá otra vuelta por causa de la venida de la niña Rosángela. Lo cual se ha visto después comprobao, porque casi todas las mañanas amanece ese mostrenco bañao en sudor, sin que se sepa que naiden lo haiga sacao del corral durante la noche, y pa casualidad es mucho que ca vez que eso pasa, alguno diga que se ha tropezado esa misma noche al blanco, sobre un caballo de ese pelo.

—¿Cómo se explica entonces que haya sido negro retinto el que montaba cuando se me apareció a mí?

—Yo no sé cómo podrá explicarse; pero lo que le estoy diciendo es el Evangelio. Y volviendo a lo del caraqueño: Le aconsejamos que se dejara de eso, porque caballo amansado por duende no lo debe montá cristiano; pero él quería demostrarnos que se burlaba de esas creencias y siempre se salió con la suya. Le echó la pierna al rucio, le dimos llano y salió el mostrenco pisando volatería, que naide se la había enseñao. Digo naide de carne y güeso. Y nosotros desde aquí mirándolo, hasta que vimos que el rucio cambiaba el paso y seguía de ahí p'alante como al de otra bestia que se le hubiera aparejado. Sin que por todo eso se viera tal bestia, por supuesto. Y así desaparecieron los dos en la *Mata del Ahorcado*. Porque eran dos, Cantaclaro. Eso se veía clarito. Esto que digo: se comprendía. Bueno, pues. Apenas habían entrao en la *Mata* cuando ahí mismo vuelve a salí de ella el caraqueño rumbo p'acá, y cuando llega se apea del rucio, le quita la montura y se la pone a la bestia de él, que era por cierto un matalón, y sin decí palabra por su boca, coge su camino y se larga de por to esto. Y digo que por su boca, porque si no habló pa explicar lo que había sucedido en *Mata del Ahorcado*, en cambio lo jipato que llegó estaba diciendo a gritos que algo muy espantoso había mirado. De mo y manera que por aquí nos quedamos preguntándonos, to esa tarde y esa noche: "¿Qué sería lo que vio el caraqueño?"

—¿Y nada más, compañero?—pregunta Florentino, al cabo de una pausa.

—Na más, que es bastante.

—Pues ya van a salir ustedes de dudas, porque lo que soy yo monto el rucio, cuésteme lo que me cueste, y desde ahora les doy mi palabra de contarles lo que me suceda.

—¡Qué se va a hacé!—concluyó el peón—. Ya yo he cumplío con aconsejarle que no monte ese mostrenco. Pero si usté se empeña... Ch'acá la montura, pa ensilláselo yo mismo.

*

Fue un ardid para el cual le sirvió de mucho haber oído aquel pasaje; pero el mismo peón que se lo refirió y todos los demás creyeron que las cosas estaban sucediendo tal como le ocurrieron al caraqueño. Incluso Payara parecía sumamente interesado.

Atravesó la mata y aplicándole las espuelas al rucio lo encaminó hacia las antiguas fundaciones de *Hato Viejo,* a donde no había vuelto desde que estaba por allí.

—Dije ayer que no me iría de por estas tierras sin llevarme algo de los cachos y la ocasión la pintan calva. Solita debe de estar la muchacha en la Casa Grande.

Al galope y protegido por la mata que lo ocultaba a la vista del *Hato Nuevo,* llegó a las ruinas de las fundaciones primitivas y ya salía de la arboleda que las separaba de la casa de habitación de Payara, cuando se encontró de manos a boca con el *Guariqueño.*

Refrenó la bestia y se lo quedó mirando.

—¡Qué casualidad!—exclamó el amansador socarronamente—. Que ambos háigamos tenío la misma idea: usté en dar la vuelta por detrás de la mata y yo en cortá derecho pa salile alante.

—Pero supongo que no habrá sido para decirme eso, solamente.

—Pa eso y pa lo que venga después.

Se clavaron las miradas. Algo acababa de agregarse a la antigua querella pendiente... Y de pronto, con simultáneos movimientos, tiraron de los revólveres.

Un grito les contuvo los brazos:

—*¡Guariqueño!*

Era Rosángela, que hacía rato estaba observándolo desde la casa, recelosa de la presencia de aquel hombre inquietante por aquellos lugares.

Florentino la vio avanzar hacia ellos y guardándose el arma dijo a su rival:

—Bueno, amigo. No tenemos suerte para esto. Será otro día.

Se les acercó Rosángela y encarándose al *Guariqueño* le preguntó autoritariamente:

—¿Qué hace usted por aquí? ¿Por qué no está en su trabajo?

—Semos dos para la misma pregunta—refunfuñó el amansador.

—Pero yo se la hago a usted solo y no le acepto que me replique. Retírese de por todo esto inmediatamente.

—Usted perdone, señorita; pero... dos vinimos y dos tenemos que dirnos. Contimás que ya falta por aquí Hinojoza.

—Ya le he dicho que no le admito que me replique. Quítese de mi presencia inmediatamente. Y agradezca que no le cuente esto a mi padre.

Volvió grupas el *Guariqueño,* no sin haber dirigido una rápida mirada a Florentino, como respondiéndole a sus últimas palabras.

—Otro día será.

Y Rosángela lo siguió con la mirada hasta que se hubo alejado buen trecho. Luego, volviéndose hacia Florentino, que entretanto había estado contemplándola en silencio:

—Y usted, ¿qué ha venido a hacer por aquí?

—Ahora no hago sino esperar que usted me ordene que me vaya y mientras tanto corregir la pintura que me había formado de usted. Veo que es usted una mujer valiente que sabe imponérseles a los hombres sin alzar la voz, al revés de casi todas las mujeres que he conocido, que cuando se ponen bravas gritan más que una chenchena. Pero ésa no era la figura que yo me había pintado de usted, de haberle oído la voz no más, la noche de Mal Paso.

—¡Si es verdad! La noche en que usted nos sacó al camino. Que por cierto dice papá que todavía no se explica cómo pudo perderse en un lugar que conoce como sus manos. Ya me olvidaba de...

—No vaya a darme las gracias—atajó Florentino—porque entonces voy a quedar debiendo.

—No se preocupe. Con el mal rato que acaba de hacerme pasar, pocas ganas tengo de dárselas.

—Es verdad, digo yo ahora. Se me olvidaba pedirle excusas. Es una vieja pendencia que tiene el *Guariqueño* conmigo, por causa de unas coplas que a mí me salieron mejores que a él.

—¿Y por eso se matan dos hombres? O mejor dicho: dos bárbaros.

—¿Sin mejorando lo presente, señorita?—y como Rosángela no entendiese—: Es una costumbre llanera de decir que lo que se ha dicho no se ha dicho por la persona a quien se lo dijo... ¡Y he dicho! Por si fueren pocos los decires que he soltado.

—Pues sin mejorar lo presente—repuso Rosángela, y luego, sonriendo—: ¡Qué cara de poca vergüenza tiene usted!

—Poca es mucha, señorita; pero ése es un mal de nacimiento.

—Sin embargo, anoche, casualmente, me hablaba papá de su familia de usted, y como se expresaba muy bien de sus padres y de su tío, que fueron buenos amigos suyos, y él es tan escrupuloso en escoger sus amistades...

—Pero es que mi mal no es de herencia, sino de nación, como decimos los llaneros brutos.

—Y como lo repiten los que no lo son, ¿verdad? Por cierto que esa conversación provino de que papá me ofreció que esta noche vendría usted a cantarme algunas de sus coplas más famosas—y como esto dejase desconcertado a Florentino, tuvo tiempo para proseguir—: Ya le había dicho yo que deseaba oir a ese Cantaclaro, de cuya fama todos los llaneros se hacen lenguas.

Por primera vez se sintió humillado Florentino al oírse tratar como a cantador y sólo se le ocurrió replicar:

—Pues... Pues ahí tiene usted la explicación de mi venida hasta acá. Vine a decirle que esta noche vendrá Cantaclaro a despedirse de usted, cantándole unas coplas.

—¡Ah! Conque ¿ya está en marcha?

—Ahora mismo la emprendería si no fuera porque ya le he prometido venir esta noche.

—Por mí no desista de su viaje si ya lo tenía resuelto.

—Yo nunca he tenido resuelto nada cuando lo he hecho. Todo me ha venido siempre por corazonadas y todavía no me había arrepentido de la primera.

Mas como advirtiese que Rosángela esquivaba sus miradas para fijar las suyas en el camino por donde se alejaba el *Guariqueño,* se interrumpió y concluyó:

—Pero como ya le dije lo que tenía menester y ya el *Guariqueño* va lejos...

—Bien. Ahora sí puede irse—repuso Rosángela, y acompañando la amonestación con el índice—: Pero cuidado como va a darle alcance.

—Despreocúpese, señorita. Cogeré otro camino. Me iré por donde vine, silbandito iguanas, como decimos los llaneros que se van los que han ido por lana y salido trasquilados. Y si el *Guariqueño* me busca, me dejaré pegar.

—No tiene usted cara de eso, a pesar de lo que le dije antes. Ni yo podría exigírselo tampoco.

Florentino se la quedó mirando, y luego:

—A mí puede exigirme usted todo lo que quiera.

—Gracias... Bueno... Váyase a preparar las coplas que me cantará esta noche. Porque supongo que algunas serán inéditas.

Y le tendió la mano.

¿Coplas?

—¡Apréciate, Cantaclaro! Que me da el corazón que esta noche vas a cantar tu última copla.

Por los caminos del llano
fuí mis cantares dejando,
el viento me iba siguiendo...

.....

Por los caminos del llano
voy mis cantares buscando...

—¿Dónde estoy, que no me encuentro?

*

Y aquel día se confirmó la leyenda del rucio mosqueado, que era un caballo sobre el cual se corría el riesgo de transportarse en vida al otro mundo, pues cuando de regreso al hato Florentino le sacó la pierna y los peones acudieron a rodearle, preguntándole:

—¿Qué hubo, Cantaclaro?

El les respondió enigmático:

—Que yo también me voy de *Hato Viejo* ahora mismo.

VI

EL REPUDIO DE LAS POTRANCAS

Porque era realmente otro el mundo al cual se había asomado. Rústicas muchachas llaneras que con una malicia y una copla ya tenían bastante para sentirse enamoradas del cantador mujeriego, habían sido siempre las que cabalgaron su remonta, sabedoras de que así como las tomaba así las iba dejando. Pero que Rosángela fuese una más entre ellas, ni que pensarlo. Ni sombra tampoco en su ánimo de semejante propósito. Marcharse en seguida era cuanto deseaba. Porque tampoco esto era propósito, sino deseo, como de cosa que no dependiese toda de su voluntad.

—¡Y yo que decía que para puntas de amores Cantaclaro tenía contras! Ya esa copla como que voy a tener que borrarla de mi lista. Pero seguro mató a confiado:

Agua clara y hombre libre
no se conservan lo mismo.
Agua clara, en el remanso;
hombre libre, en el camino.

Pero Payara estaba todavía por allí y le dijo:

—Aquí estoy esperándolo para que procedamos a coger el ganado que me comprará.

—¿Qué le compraré?...

—No sería muy correcto que retirase ahora su palabra.

—A usted no le he dado ninguna.

—Pero ayer le hablé de eso y usted nada replicó. Y el que calla, otorga.

—Mire, doctor, las verdades, claras, y el chocolate, espeso. Ni yo he venido a comprar ganado, ni tengo dinero para hacerlo.

—Lo primero ya se me había ocurrido, no obstante lo que acabo de decirle; pero lo segundo no es motivo para que deje de hacerlo si le conviene. Y creo que le convendrá. Dada la paralización de trabajo que habrá por todos estos hatos a causa del paso del profeta, es una buena oportunidad para que usted se gane algún dinero revendiendo el ganado que me compre, en el centro o en la cordillera, donde seguramente habrá escasez. Le advierto que, además de fiárselo, se lo venderé a su precio normal.

Todo menos esto podía esperar Florentino. Quedóse mirándolo con extrañeza y luego repuso:

—¿Y tiene usted tanta confianza en mí, doctor Payara?

—A buen seguro que un hijo de Ramón Coronado no se quedará con un centavo ajeno.

—Eso es verdad.

—Pues procedamos. En las sabanas de Jarizalito se majadean más de doscientas reses gordas que están a su orden. Vamos a cogerlas ahora mismo.

—Pero ¿con qué gente saco yo ese ganado, doctor Payara?—arguyó, sin haber salido todavía de su asombro—. Y además, con ese llano tan seco, ¿quién se aventura a arrear?

—Lo primero está previsto y remediado. Yo le cedo los peones que necesite y todos ellos están dispuestos a acompañarlo hasta donde encuentre otros que quieran trabajarle. En cuanto a lo segundo, si es verdad que es mala época para sacar ganado, también sería usted mal llanero si no supiera

sacar provecho de esa circunstancia, pues la habilidad y el mérito de un hombre consisten en hacer lo que otros no se atreven. Por otra parte, no debe tardar mucho la entrada de aguas.

—¿Y si lo dejáramos para entonces? Porque también es verdad que si ese ganado se me muere por el camino quedo yo embarcado con usted en una deuda grande.

—Para entonces lo haría yo. Y además, para entonces no estaría usted por aquí, ni aunque faltaran pocos días—y en seguida a los peones, cuyas bestias ya estaban ensilladas—: Vamos, muchachos.

Y Florentino volvió a echarle la pierna al rucio mosqueado, diciéndose, mentalmente:

—¡Vaya, pues! Este hombre dispone de uno como si fuera también ganado suyo... ¿De dónde le habrá venido ese arranque de amistad para conmigo? Primero le dice a la hija que yo voy a cantarle canciones, sin haberme tomado mi parecer, como si fuera cantador a sueldo suyo, y después de haberle faltado poco, ayer no más, para echarme de aquí como un perro, ahora me sale metiéndome unos reales en el bolsillo, como quien dice, a la fuerza... Que no dejan de venirme a pelo, por cierto. Porque el que está limpio, ni real tiene, y así ando yo hace tiempo. Que ya está de más que vaya a quitarle plata a José Luis, él sudando para ganarla y yo para gastársela... A menos que éstos sean "planes del viejo", como cuentan que decía aquel llanero a propósito del general Páez... Que según Juan Parao anda buscando a quién entregarle la lanza de Queseras del Medio... ¡Ah negro y sus cosas! ¿Por dónde irá a estas horas?... Pero ¿qué estábamos diciendo, Cantaclaro?... ¡Cantaclaro! ¿Hasta cuándo Cantaclaro? Florentino Coronado, hijo de Ramón Coronado... ¡Gracias, viejo! Hace tiempo que no me acordaba de ti, la verdad sea dicha. Digo, que no me pasaba por la cabeza la idea de que tú hubieras existido. Una misa de tres curas, cruz alta y responso completo te mandaré cantar en cuanto venda el ganado, porque al haber sido tú un hombre honrado y de fundamento parece que le debo este fiado que me van a hacer para que me gane una plata.

¡Digo, si es que me lo hacen! Porque detrás de esta salida por las buenas bien puede venir otra contraria de este blanco, que es más obscuro que un negro a medianoche y con los ojos cerrados, pues nunca sabe uno por dónde le irá a derrotar... Pero una cosa sí está clara: que me está tendiendo un puente para que me vaya en seguida. Falso, para que me enzanjone al pisarlo, o de plata, como dice el dicho que se le debe tender al enemigo para que se vaya contento y no vuelva. Más claro no canta un gallo: que no estaré por aquí para la entrada de aguas, así falten pocos días. ¿Será que el *Guariqueño* le habrá contado...? ¡En fin! Ya estoy otra vez en el rucio. Salga sapo o salga rana, vamos a coger el ganado.

*

Ya éste marchaba hacia los corrales, en pos de la tonada del puntero, tendida al ancho silencio de la tarde declinante, y aún Florentino esperaba por momentos lo que pudiese brotar del caviloso silencio en que venía sumido Payara, cuando, ya cerca de las fundaciones del hato, como oyesen lejanos relinchos, tanto el uno como el otro, buscando de dónde provenían, fijaron sus miradas en una polvareda distante que doraban los rayos del sol de los araguatos.

Levantábala el arremolinamiento de un hatajo de bestias salvajes y Florentino murmuró:

—Una rochela.

Pero en seguida advirtió que no eran simples retozos a que se entregase el hatajo, sino que en él se estaba cumpliendo uno de los más admirables misterios de la vida animal: El repudio de las potrancas ya aptas para el amor... A coces y dentelladas las despedía el padrote de aquella yeguada, porque eran sus hijas y el instinto, vedándoselas, se las hacía aborrecibles.

Y esto bastó para que, de pronto, tomase cuerpo y contornos precisos un pensamiento, o sombra de pensamiento, difuso a través de todas las reflexiones de Florentino desde que se interesase en el misterio de *Hato Viejo*, y especial-

mente de la encontradas inclinaciones que experimentaba respecto a Payara.

—Vamos a reventar esta postema—se dijo mentalmente. Y luego, cual si hablase a solas, pero espiando, de reojos, la actitud de Payara—: El padrote echando a las hijas con las cuales no se debe ayuntar. Hasta los animales respetan esa ley.

Nunca fue suspicaz Juan Crisóstomo Payara cuando en su presencia se hicieron maliciosas alusiones a cosas que se le imputasen, sino más bien obtuso, y ello a causa del macizo sentimiento de sí mismo contra el cual rebotaban insidias y calumnias; pero ahora aquella punta había acertado con rotura insospechada de su coraza y por allí lo hirió al instante.

Palideció de ira y tirando bruscamente de la rienda su caballo, lo hizo girar encabritado sobre las patas traseras, de modo que vino a quedar con Florentino a su diestra, a tiempo que éste, sofrenando su bestia, se llevaba la mano a la empuñadura del revólver.

Fue cosa de un instante. Pero ya todo el ímpetu que iba a desatarse en el arrebato de cólera, blandiendo el chaparro para cruzar el rostro del ofensor insidioso, estaba contenido y dominado por el ofendido, quien decía, con palabras macizas de voluntad en absoluto señorío de sí mismo:

—Sepa usted que Juan Cristóstomo Payara no acata sino las leyes que él mismo se haya impuesto.

Y Florentino, sobrecogido por el respeto que infundía aquella contención y arrebatado su pensamiento a la noción de lo presente por el poder evocador de las primeras palabras de aquella frase, se sintió transportado a la escena imaginada a través del relato que le hiciera Juan Parao, de cuando Payara, ante el cuerpo ya péndulo de Carlos Jaramillo, se apoderó de su voluntad mostrándole el fondo de su alma con palabras que así comenzaban:

—Sepa usted...

Pero antes de que volviese a la noción de lo presente ya aquella fuerza incontrastable que efundía de Payara estaba toda dentro de éste, quien, como si nada hubiese su-

cedido, decíale, indicando con un ademán el rebaño que los peones encerraban en el corral:

—Ese ganado no es que se lo fío, como en un principio le dije, por razones que me reservo, ni mucho menos que se lo regalo; sino que con él pago, ni un céntimo más ni un céntimo menos, intereses incluídos, una deuda que tenía para con su tío Manuel. Es decir, hoy para con usted, su heredero. Hace veinte años, guerreando yo, Manuel Coronado se quitó, como se dice, de la boca, quinientos pesos para que yo racionase mis tropas. Quinientos pesos que al nueve por ciento anual que autorizan la ley y la honestidad a que nunca faltaron los Coronados en sus negocios, hacen hoy mil cuatrocientos. Justamente el precio de ese ganado que ya es suyo. Ahora tócale a usted sacarle mayor provecho. En cuanto a los peones que se lo conducirán, tampoco es favor que le hago. Se los cedo porque ya no los necesitaré y tendría que despedirlos.

Dicho lo cual le volvió la espalda, camino de su casa.

Florentino se quedó plantado en el sitio y allí estuvo un buen rato con su asombro, viéndole alejarse, como a misterioso viviente.

A lo lejos se levantaba todavía la polvareda del repudio de las potrancas.

VII

EL DESVÁN DE LOS SUEÑOS

Se contuvo, ya al blandir el chaparro para cruzarle el rostro a Florentino, porque toda la energía del ímpetu vindicativo se le convirtió de pronto en claridad interior y en voluntad reconcentrada para la experiencia heroica.

Las postreras palabras de Hinojoza, sobre cuyo sentido no había querido detenerse; luego, la determinación de Evencia de instalarse en la Casa Grande, en vivienda paredaña con la de Rosángela, el arrebato de rebeldía de ésta en aquella ocasión y sus supersticiosos temores ante el paisaje, el íntimo motivo que quizá determinase a Juan Parao a pro-

ponerle cambio de vida y vuelta al antiguo camino, y finalmente el insidioso comentario de Florentino, todo revelaba existencia de una atmósfera de sospechas torpes acerca de los sentimientos que él abrigase respecto a Rosángela; pero lo más grave y abominable del caso era que él mismo, en inusitado desdoblamiento moral, había compartido tales recelos, de donde provenían aquellas furtivas salidas nocturnas, cuando en el profundo silencio de la medianoche, desvelado, sentía el tumultuoso palpitar de su corazón colmado de obscuras inquietudes.

Así, pues, lejos de ofenderlo con calumnia alevosa, Florentino lo había despertado de aquel sueño de sí mismo, dándole ocasión para que se reintegrase, y si no le demostró agradecimiento del bien espiritual que le hacía fue porque no llegó hasta la sinceridad plena, como él lo habría hecho en caso inverso con personas a quien estimase; pero tampoco estaba Florentino obligado a tanto y ya bastaba con que le hubiese dejado comprender lo que otros pensaban y se lo callaban.

Todo el mal provenía de que aquella mentira de su paternidad no era obra del momento más noble de su vida, como hasta allí se dijese, sino del temor a la deshonra, del necio respeto al qué dirán, pues todo: su matrimonio, su aislamiento en seguida, la misma justicia que se tomó en *Mata del Ahorcado,* para consentir luego en que prevaleciese la versión del suicidio de Carlos Jaramillo, todo había sido cobarde en el fondo, pura condescendencia con la opinión de los demás y, por lo tanto, engaño y mixtificación de sí mismo. De donde era natural que torpes apetitos, colmándole de pronto el corazón, le adulterasen el puro amor paternal, de paternidad del espíritu, el sentimiento increado a que aspiraba respecto a Rosángela.

Ahora le confesaría toda la verdad, y de aquella revelación saldría o el hermoso sentimiento filial, depurado de mixtificaciones, si Rosángela era capaz de comprenderlo, o su abominación, si el amor que le profesaba era sólo fruto de la mentira; pero en todo caso concluirían las tormentas espirituales, la suya propia y la que presentía que se estuviese

preparando, si ya no estaba desencadenada, en el alma de Rosángela bajo aquella inquietud que ella atribuía a satánica influencia del paisaje. Conquistársela por sus obras verdaderas o perderla definitivamente, éste era el dilema de solución perentoria.

*

No era la primera vez que tal sucedía, según el decir de Evencia. Tres veces—aseguraba ésta—había visto, siempre a la misma hora del anochecer, aquella sombra que atravesaba el patio para ir a sentarse en el sardinel del corredor de la Casa Grande. Pero ahora el decir de la vieja había sido en respuesta a una angustiosa pregunta de Rosángela hacia tal corredor:

—¿Quién es? ¿Quién anda por ahí?

—El difunto José, niña Rosángela. Su centinela que no la desampara. Récele un padrenuestro y no le tenga miedo.

—¿Usted también, Evencia?—protestó Rosángela—. Ya estoy harta de oir hablar de aparecidos. Primero que si el blanco, y ahora que si Hinojoza. Ya me tienen los nervios de punta.

Muy inquieta estaba, en efecto, desde la mañana cuando vió al *Guariqueño* rondando la casa, y el miedo a que volviese por allí aquel hombre malcarado la había hecho sentir pisadas cautelosas en el corredor.

Más que nunca había experimentado aquella tarde la congoja de algo tremendo que fuese a sucederle por momentos, pues lo ocurrido en la mañana no podía significar sino que un grave peligro se cerniese sobre ella, ya que era inadmisible la explicación que le dio Florentino del motivo de su aparición por allí, poco después de la llegada sospechosa del *Guariqueño*. No quería darle acceso en su imaginación a la forma de aquel peligro, pero admitía que había sido salvadora la llegada oportuna de aquél.

Por otra parte, tarde de congoja precursora de tormenta sin una ráfaga de viento, nunca la había impresionado tanto aquel silencio que gravitaba sobre el paisaje, cual ya para romperse en el estruendo final del cataclismo. Y allí

estaba, mirando hacia el camino por donde se marchó el *Guariqueño* y sintiendo a cada momento el espeluzno de un terror supersticioso que le recorría la espalda, cual si se la volviese a la presencia invisible del espíritu de Hinojoza, de quien nunca supo qué sentimientos abrigaría respecto a ella. Allí estaba, sin desearlo, pero también sin atreverse a abandonar el corredor, cuando apareció Payara, que no le llevaba sino tranquilidad efímera, de no sentirse sola ya, al verlo acercarse.

Se apeó Payara de la bestia dejándola al cuidado del muchacho caballericero que allí lo esperaba, y entró en la casa, dirigiéndole a Rosángela, que le salía al encuentro, un seco:

—¿Qué hay?

—¡Gracias a Dios que has venido antes de que obscureciera del todo! ¡Tenía un miedo!

—¿Sí?—repuso, como si se tratase de cosa que nada le importara, y luego, retirándose de ella, que le presentaba su frente al beso ya acostumbrado—: Espera. Déjame lavarme y cambiarme. Vengo hecho un asco, de polvo y de sudor.

Y pasó a su habitación dejándola plantada en la sala, con un torbellino de imágenes interrogantes, todas girando en torno al acontecimiento de la mañana.

Mucho tardó en cambiarse y venir a sentarse en la sala donde ya ella lo estaba en una de las mecedoras, cosa que hizo sin dirigirle la mirada, atento al arreglo que hacía de sus uñas, acaso para que sus ojos tuviesen ocupación y no traicionasen el tono de serenidad que necesitaba imprimirle a su conversación. Y así comenzó, al cabo de un rato:

—Te anuncié el otro día que hablaríamos a propósito de ese raro temor que te inspira el paisaje de la sabana y que, por lo visto, hoy has vuelto a experimentarlo.

—Más que nunca—repuso Rosángela, haciendo esfuerzos por dominar la alteración reprimida y en apariencia inmotivada de sus nervios.

—¿No tendría eso alguna relación con aquel sueño de tu infancia que una vez me referiste?

Segundos apenas duró la pausa que medió entre estas

reposadas palabras y las que hubo de agregar para precisarlas; pero Rosángela los vivió tan intensamente que de allí adelante habría de parecerle su existencia prórroga de un plazo vencido.

—Aquella pesadilla de tu niñez, de unas voces que ya iban a revelarte algo que tú no querías oir. ¿Recuerdas?

—¡Ah! Sí.

—¿Estás segura de que fue realmente un sueño?

—¡Cómo no! Una pesadilla de muchas noches—respondió con alteración vacilante, todavía no bien concentrada por el tema de la pregunta intempestiva.

—Una pesadilla de muchas noches—repitió Payara, atento a sus uñas, como si sólo esto le interesase y el hablar fuese entretenimiento superficial y pasajero—. ¿Siempre la misma, verdad?

Y al cabo de otra pausa y alzando los ojos para mirarla mientras le respondiera:

—¿Estás segura de que era, realmente, un sueño involuntario?

—¿Involuntario?... ¿Por qué no he de estar segura?

—No me respondas con preguntas—y volvió a ocupar su mirada en la atención al arreglo de sus uñas—. Es una curiosidad de médico que me ha asaltado de pronto, hace unos momentos. ¿Estás segura de que no fue, más bien, un sueño voluntario?

Lo reiterado de la pregunta aumentó la sorda inquietud de Rosángela. Su voz tenía una vibración de angustia cuando repuso:

—¡Voluntario!... Recuerdo que le tenía tanto horror a esa pesadilla, que cuando me acostaba me encomendaba a las ánimas del purgatorio para que me librara de ella, como me aconsejó tía Eulogia.

—¿Luego tú, y probablemente Eulogia también, sabían ya lo que querían decirte esas voces?

Rosángela se quedó mirándolo unos momentos en silencio y luego:

—¿Cómo podía saberlo sin haberlo oído nunca?

—¿Y entonces por qué le temías a lo que fueran a decirte?

—¡Qué sé yo! Disparates de los sueños, donde las cosas son y no son al mismo tiempo, y por eso pueden saberse e ignorarse a la vez.

Al replicar así trató de mostrarse despreocupada y risueña, pero en la mirada y en la vibración de la voz advertíase el desasosiego que le causaba aquella conversación, cuya finalidad debía de exceder a la de una simple ocurrencia momentánea, como dijese Payara.

Y éste, al darse cuenta de aquella inquietud, soslayando el propósito que perseguía, a fin de que el espíritu ya prevenido de su interlocutora no se le cerrase rotundamente, exclamó:

—¡Curioso mundo el de los sueños! En ellos, como bien dices, las cosas pueden ser y no ser al mismo tiempo. Y serían mucho más singulares si pudieran contarse tal como se sueñan; pero al referirlos, los deformamos quitándoles lo más característico.

Y luego, volviendo a su plan:

—Pero no todos son tan disparatados como parecen; sino que, por lo contrario, muchos resultan más lógicos que la misma realidad. Unas veces se sueña con lo que se quisiera realizar, pero otras veces los sueños vienen a resultar como desvánes donde se arrumban las cosas que estorban en la casa. Algo de eso he leído hace poco.

Y volviendo a mirarla, escrutadoramente:

—Como probablemente hiciste tú con esas voces que no querías escuchar.

—¿Yo, por qué?

Ya era muy elocuente la ansiedad con que ella formuló esta pregunta que la traicionaba; pero él necesitaba prueba explícita de que las cosas habían sucedido como lo presumía y puntualizó:

—Porque era desagradable la revelación que querían hacerte, odiosa tal vez. O mejor dicho y sin tal vez: que ya te habían hecho, en parte y de manera confusa. Probablemente alguna conversación indiscreta de mis hermanas en presen-

cia tuya, quizá siendo tú muy niña y ellas confiándose en que no entenderías. ¿No recuerdas haber oído, allá en tu niñez, algo que querrías haber ignorado siempre y totalmente? ¿Algo que, por odioso y absurdo, mereciese ser arrumbado en el desván de los trastos que estorban en la casa?

Y como ella no respondiese, desemblantada y anhelante, volvió a soslayar el propósito que perseguía:

—Insisto en explicarte que es una simple curiosidad de médico la que me inspira este interrogatorio. En estos días he leído un artículo científico donde se dice, poco más o menos, que muchas de esas preocupaciones sin motivo preciso, de esos miedos y sobresaltos cuyas causas no nos explicamos bien (como esos que te asaltan ante el paisaje, por ejemplo), generalmente provienen de impresiones de la primera infancia que no queremos recordar, siendo muy frecuente que esas impresiones sean desterradas, como quien dice, al mundo de los sueños. Es decir: que sólo como a recuerdos de pesadillas podemos darle acogida en nuestro espíritu. Y esto me ha hecho pensar que esos temores absurdos que te asaltan, esa expectación de una catástrofe que te sobrecoge ante ciertos aspectos del llano y esas pesadillas de tu infancia provengan de impresiones reales a las cuales no quieres darles acceso en tu alma.

—¿Y si nos fuéramos para Caracas?—replicó Rosángela, con una incongruencia sólo aparente, signo de que su pensamiento ya no atendía a las excitaciones de afuera, sino a las voces interiores, hasta allí reprimidas, que otra vez querían hacerle la odiosa revelación.

A lo cual respondió Payara, al cabo de una pausa, cerrados los ojos y pinzándose el entrecejo:

—Huir no es remedio cuando la curación sólo puede venir de hacerle frente a la verdad. A veces no somos en absoluto responsables de la mentira que nos rodea y a veces sólo a medias y con atenuantes de buena intención; pero la mentira es siempre como el aire confinado y la obscuridad, donde los pulmones se dañan y el alma se llena de absurdos temores y torpes pensamientos. Una mentira, aun en el mejor de los casos, no debe subsistir una vez que co-

mienza a producir trastornos espirituales. Yo pensé como tú en el primer momento, pero luego comprendí que dondequiera que estuviésemos, mientras permanezcamos en la mentira que nos rodea, seguirían mandando en nuestros corazones las fuentes temerarias.

La frase alambicada con que concluyó fue tal vez un velo que se echó de pronto encima su pensamiento, a punto de desnudarse; pero cualesquiera que hubiesen sido sus palabras ya éstas holgaban por completo. Y cuando abrió los ojos ya Rosángela no estaba frente a él.

La vio abandonar la sala, la siguió un rato con la mirada en su ir y venir por el corredor, enajenada de sí, sosteniéndose la frente entre las manos; comprendió que la había perdido para siempre, se levantó de la mecedora y se fue a su habitación.

VIII

UNA SOMBRA ENTRE LAS SOMBRAS

Era ya anochecido. Cabildeaba inquieto el ganado encerrado en la majada, silbaban los peones tonadas de pastores para apaciguarlo, y Florentino, todavía bajo la impresión de la escena que había tenido con Payara, vacilaba entre si debía llevarse aquellas reses, pago de una deuda de que jamás tuviese noticias, o marcharse solo y escotero, aquella misma noche en todo caso, cuando de pronto cesaron los bramidos del rebaño, mas no por efecto del amansamiento, sino de manera tal que a un mismo tiempo exclamaron varios peones:

—¡Se espantó el ganado!

Crujieron las palizadas del corral cediendo al empuje de la espantada, retembló el suelo bajo el tropel del barajuste y el rebaño se dispersó en la obscuridad de la sabana.

—¡El tábano!—dijo uno de los peones, en explicación de la causa de aquella espantada.

Pero otro replicó:

—¡Qué tábano, compae! El blanco. Aguáitelo donde va.

E indicó hacia una sombra blanca que parecía alejarse entre las que cubrían la sabana.

—El propio espanto de *Hato Viejo*. El mismo que le abrió la puerta del medanal a Cantaclaro y todavía no quiere darle llano otra vuelta. Le ha espantado el ganado para que no pueda dirse mañana... Ande usté a ver por qué será.

Florentino oía y callaba.

Ya había cesado el estruendo de la carrera del rebaño; ahora eran otra vez los bramidos del cabildeo aquí y allá y el alboroto de los alcaravanes que dormían al raso y los gañidos lúgubres de uno de los perros del hato, así que los otros se cansaron de ladrar

Y los comentarios de los peones acerca de los designios que persiguiese el blanco para impedir que Florentino abandonase el hato.

Florentino oía y callaba.

La dispersión del ganado había resuelto su anterior disyuntiva: ya podía irse escotero; pero la explicación de los peones no le satisfacía. En un principio había pensado que el causante de aquella espantada hubiese sido el *Guariqueño*, quien faltaba del hato cuando él y los peones regresaron de Jarizalito, y aún no estaba por allí, sin que se supiese por dónde anduviera; pero luego lo asaltó la sospecha, más cónsona con su propensión a lo misterioso y con la incertidumbre ante el enigma de Payara, de que bien podría haber sido éste, quién sabe por qué y hasta bajo la forma del aparecido que le había abierto la puerta del medanal.

—Pero si aquí está el rucio mosqueado—decía uno de los peones, en apoyo de su opinión de que no había sido el espanto el causante del barajuste, sino el acoso del tábano que enloquece al ganado—. De haber sido el blanco no estaría aquí el rucio. Además, esa sombra no parecía de jinete. A menos que fuera montado sobre caballo negro como la noche, para que no se viera sino como suspendida en el aire.

—¿Y es que no hay en *Hato Viejo* un caballo de ese pelo?—le replicó el que sostenía la versión del aparecido—. Sin ir más lejos, por ahí renquea todavía *Azabache*.

Referíase a un antiguo caballo de silla de Payara, viejo

y manco, que su dueño había devuelto a la vida libre de la sabana y del cual ya le había contado a Florentino que cuando Payara pasaba por donde él pastase, al oir el silbido con que aquél lo saludaba, se lo devolvía con un relincho afectuoso y se quedaba mirándolo hasta que lo perdía de vista.

Y ya no hubo razón que le impidiese a Florentino insistir en que bien podían ser el mismo personaje Juan Crisóstomo Payara y el blanco de *Hato Viejo,* que cuando a él se le apareció llevaba caballo negro como *Azabache,* que renco y viejo quizá todavía le servía a Payara para tales cabalgatas. Porque todo esto, lo que pensaba Florentino y lo que los otros decían, estaba sucediendo en aquel plano donde las dos explicaciones de un fenómeno, la racional y la absurda, pueden darse juntas y sin que se estorben en la mente del llanero, como ya había dicho el caraqueño en *Mata del Anima Sola.* Que, por cierto, también dijo y ahora venía al caso, algo relativo a la inclinación de Payara por lo supersticioso.

De todo lo cual concluyó Florentino:

—Todavía me queda este rabo por desollar. Vamos a salir de eso ahora mismo.

Y ensillando de prisa el rucio que ya se había adjudicado, montó y se lanzó en seguimiento de aquella misteriosa sombra blanca.

Nada de este color divisábase en medio de la negrura de la noche, como no fuese un trozo vago y tortuoso del sendero que por entre los pastos conducía a la Casa Grande; pero Florentino lo seguía creyendo correr en pos de una sombra fugitiva entre las sombras, y así llegó hasta la casa de Payara.

Aún Rosángela iba y venía por el corredor, arrebatada de sí, oprimiéndose las sienes, como para impedir la total expansión de la idea atroz que la atormentaba, cuando al advertir la presencia de Florentino, que se había detenido a observarla, corrió hacia él y le dijo:

—Sáqueme de aquí esta misma noche. Haga de mí lo que quiera después; pero sáqueme de aquí en seguida. ¡Ya, si es posible! Se lo suplico por lo que usted más quiera en el mundo. Líbreme de esta cosa horrible que me va a su-

ceder. No me pregunte cuál es. Más horrible que todo lo que pueda sucederme yéndome con usted. ¡Sáqueme de aquí ahora mismo!...

*

Medianoche era por filo. Un cacho de luna asomaba en el horizonte. Atrás, ya lejano, el canto de un gallo; por el camino adelante el áspero graznido de los alcaravanes...

Ya se distinguían la cerca y la puerta del medanal; pero en ésta las trancas corridas franqueaban el paso.

Florentino se preguntó:

—¿Como cuando llegué? Pues está visto que tanto para la entrada como para la salida, en *Hato Viejo* tengo yo portero que me evita el trabajo de apearme.

Pero en seguida distinguió una sombra blanca detenida junto a la cerca, a cierta distancia de la puerta... Acaso uno de los postes de la cerca misma, blanquecinos de intemperie, donde se reflejase, más que en los otros, el menguado fulgor lunar... Pero más bien parecía un jinete.

—Si eres el blanco, toma tu "en paz descanse"—dijo Florentino entre dientes, y echando mano al revólver, agregó—: Y si no, prevenido mató a confiado...

Pero ya habían atravesado la puerta y aún la sombra permanecía inmóvil.

—¡Ah! Ya me lo explico todo—se dijo Florentino, guardándose el revólver. Todo sin que Rosángela se hubiese dado cuenta.

Y luego, siempre mentalmente:

"¡Adiós, doctor Payara! Gracias por la confianza que hace de mí y perdóneme los malos pensamientos."

IX

RECOGIENDO LOS PASOS

Clareaba el alba, ensanchó Florentino ruidosamente su pecho al aire sutil que ya comenzaba a moverse sobre la sabana, lo imitó Rosángela automáticamente, consultó aquél su

exacta noción del tiempo y confesó que acababan de transcurrir las cinco primeras horas de silencio continuo de toda su vida en marcha.

Pero como resultó cual si hubiese hablado a solas, porque más que silenciosa, ausente de cuanto la rodeaba y de sí misma iba Rosángela al lado suyo, en seguida se arrepintió de haber dicho aquella tontería y buena parte de la hora sexta transcurrió como las anteriores.

Hasta allí habían sido las cavilaciones en torno a lo que pudiese haber sucedido, la víspera, en la Casa Grande de *Hato Viejo,* para que Rosángela se decidiese a tomar la temeraria determinación que venía poniendo por obra; pero fuese como se lo imaginaba: Payara confesándole a la hija su amor de hombre "que no acataba sino las leyes que él mismo se hubiera impuesto", y luego consintiendo en que ella se marchase con él, abriendo con sus propias manos la puerta del medanal, que bien podían ser las mismas que a él se la abrieron ocho días antes, y deteniéndose, finalmente, por allí, como una sombra entre las sombras, uno de tantos espantos de la sabana para echarle la última mirada a la fugitiva—fuese así como habían sucedido las cosas, o de otro modo cualquiera, incluso la posibilidad de que Payara, al darse cuenta de la fuga con el día, se lanzase a darles alcance, lo cierto era que, también con el día que ya despuntaba, una vida nueva se estaba abriendo ante él y había que pensar en ello.

Y como sucedió que a poco de haber dicho esto, Rosángela volvió la cabeza para mirar hacia atrás, ya completamente desvanecidas las sombras de la noche, vínosele a la boca una copla de otras veces, en análogos casos de mujeres, cabalgando al lado suyo:

Nunca mires para atrás
cuando vayas caminando.
Ni el agua corre p'arriba
ni el ahora vuelve al cuando.

No podía saber Rosángela que este cantar, entonado a media voz, fuese el mismo que habían oído todas las mu-

jeres que se habían escapado con Florentino, de cuya fama de tenorio errante ya Payara le había hablado; pero aquellos versos con sordina componían un epitafio de su existencia ilusionada y al oírlos comenzó a moverse su pensamiento detenido.

¡Aquel ritmo pausado y armonioso de su vida al lado de las Payaras, agasajada y bien protegida, cuán precipitada y disparatadamente se lanzaba ahora hacia un destino incierto! No porque la víspera, en un crítimo momento de tormenta espiritual—ya toda su alma en la espantosa claridad de aquella horrible intuición del objeto a que se enderezaba la previa exploración de su ánimo que hiciera Payara con lo dicho e insistido a propósito de su pesadilla de la infanca—, no porque entonces le pidiera a Florentino que la sacase de *Hato Viejo,* al precio que quisiera ponerle a su favor, sino porque tres meses antes, en una hora menguada, se empeñó en que Payara se la llevase consigo. Comprendía que la determinación que iba poniendo por obra no había sido la única solución del conflicto, sino la más burda y temeraria de todas, entre varias posibles y sensatas; pero no se arrepentía de haberla tomado, sino que, por lo contrario, apuraba su temeridad como acto de rebeldía contra el destino y modo de expiación, al mismo tiempo, esperando por momentos la hora brutal en que Florentino quisiese cobrarse el favor que le hiciera accediendo a su súplica, para luego abandonarla a su suerte, una de tantas que en su continuo vagar habría tomado y dejado, la menos exigente, la más propicia de todas.

Porque una gran vergüenza irreparable debía caer sobre su vida en castigo de aquella pasión monstruosa—así se complacía en calificarla—que abrigó su espíritu bajo la falsa hermosura de su gran amor filial. Nunca había estado convencida, ni siquiera realmente engañada acerca de que Payara fuese su padre, y tan cierto le parecía esto, con tanta fuerza se aferraba su despecho a lo más odioso que tal afirmación pudiese contener, que ahora todo el proceso de su amor se lo explicaba como monstruosidad y deliberado engaño de sí misma, creyendo recordar perfectamente el preciso

momento en que debió de desplazar hacia el arbitrario mundo de los sueños aquella certidumbre de haber oído inequívocos comentarios acerca de su verdadera filiación, a fin de que, consideradas como pesadillas de su infancia, aquellas voces internas que querían decirle la verdad—que ya se la habían revelado, decíase, pero ella no quiso prestarles atención—no le impidiesen disfrazar de sentimiento filial lo que en realidad no quería ser sino mala pasión.

No advertía, no quería advertir lo que había de contradictorio en todo esto, como pudo suceder y como ahora lo pensaba. Otra cosa habría sido—insistía en atormentarse—si, aun a sabiendas de que Payara no era su padre, aquel sentimiento hubiese nacido de costumbre y reciprocidad; pero ni contribuyeron a lo primero circunstancias exteriores, ni Payara nunca le cultivó aquel afecto, sino que, por lo contrario, hizo todo lo posible por desterrarlo de su corazón. Sólo una vez fue a verla y no propiamente a ella quizá, sino a las hermanas y por hallarse en Caracas, cuando la entrada de aquella revolución victoriosa, que sin esto tal vez no la habría conocido; sólo dos o tres veces le había escrito y apenas para contestar sus cartas, disuadiéndola de la idea de unirse a él, y, finalmente, no pudo ser más explícita su negativa al deseo formulado por ella una vez más, de que se la llevase consigo cuando la muerte de las Payaras. ¿De dónde, pues—se preguntaba—, sino de su corazón solamente, espontáneamente y aun contrariamente a todo lo que se origina de costumbre y reciprocidad, se había originado aquel amor, ya demasiado apasionado y vehemente para ser afecto filial? De la inconsciencia de la niña lo tomó como pretexto la mujer ilusionada—la mala mujer, decíase—, y entre el temperamento amoroso y la imaginación ardiente y la desviación romántica le construyeron, con gran complacencia suya, aquella cosa abominable que un día le permitiría decir "si no fueras mi padre me enamoraría de ti", sabiendo que no lo era aquel a quien se lo decía, y sabiendo, al mismo tiempo, que sí lo era, espiritualmente y ante el mundo, aquel a quien como hombre amaba. Estas eran las temerarias fuentes, como dijo Payara, y para cegar-

las a piedra y lodo una gran vergüenza irreparable debía caer sobre su vida.

No se le escapaba que la determinación tomada no era la única posible, sino la más absurda y temeraria, pudiendo haber sido la más sensata decirle a Payara, y quizá todavía a Florentino, que la llevase a Caracas, donde unas buenas amigas ya le habían ofrecido sus casas, cuando muertas Eulogia y Carmela se quedó desamparada y que aún le brindarían arrimo y protección; pero lo absurdo, fugarse con Florentino mujeriego para que hiciese de ella lo que quisiese, era, a la vez, quemarse en vivo la llaga de su culpa y desafiar al destino a que apurase la crueldad con que la trataba.

Esto ya era como si hubiese sucedido, porque en aquella copla estaba escrito el epitafio de su existencia ilusionada. Y se le desató el llanto contenido desde la noche.

—Ahora sí metí la pata hasta el codillo—se dijo Florentino, arrepentido de su cantar.

Y luego:

—No se preocupe, señorita. Lo que usted ha hecho, mejor no puede estar; pero de *Hato Viejo* no vendrá nadie a impedirle que lo lleve a cabo, porque no fue que usted se vino, la verdad sea dicha, sino que la dejaron venirse. Que es también otra cosa que mejor no puede estar. Dicho sea en bien de quien ya habría tenido tiempo de echársenos encima. ¿No se fijó usted en aquella sombra que estaba cerca de la puerta?

Pero toda la atención de Rosángela se había detenido en la primera frase, y a ella replicó:

—¡Señorita! ¿Y por qué no Rosángela, a secas? Como podría ser Francisca o María de la O... Una más en su cuenta.

—Francamente, no esperé que usted me saliera con eso.

—No he tenido intención de ofenderlo... Pero ¿no le dije ya que hiciera de mí lo que quisiese?

—Y voy haciéndolo. No se crea.

Y esto fue todo lo que se dijeron durante aquella jornada.

*

Otra vez ante el rancho de Juan el veguero, con la tarde que moría.

Ni el perro sarnoso ni la inmunda yacija del chinchorro colgado bajo el techo en piernas, junto a las negras topias sin lumbre. El conuco arrasado, en torno a la chasca pútrida. Un revuelo de zamuros sobre una carroña. A la casa le faltaba la puerta y adentro estaba la obscuridad sola y muda.

—¿Qué se habrá hecho esta gente?—se preguntó Florentino—. ¿Pasaría por aquí el profeta y se irían detrás de él?

Pero en seguida advirtió que las cruces sembradas entre el monte eran ya cuatro, la nueva formada por dos trozos de la madera de la puerta y en el horizontal, con carbón, un letrero casi ilegible que ponía:

UFEMIA

Ufemia, que una mañana, conversando con Juan, en una de sus pausas entre sílaba y sílaba se quedó callada para siempre. Ufemia, que ya no tenía sangre en las venas, hacía tiempo, sino un caldo de larvas inmundas que acabaron con ella. La del rostro de alabastro sucio, que aun así habría sido traslúcido a la interna llama del alma, si ésta no se le hubiera apagado, hacía tiempo, también. La madre, nunca realmente viva, de los hijos muertos de Juan el veguero. La del vientre disforme, que bien pudo ser estéril, pobre mujer del campo venezolano siempre preñada de muerte. ¿Se sabe, acaso, cuánta bondad se perdió con Ufemia?... Se sabe, solamente, que con ella desapareció de la tierra una inmensa capacidad de resignación.

Ya no hablaba Ufemia, pero con el silencio de la tarde bien podían reconstruirse sus palabras, y Florentino las recordó como si las estuviera oyendo:

—Si me pro... por... ciona u... na ra... jita e fós...

Así fue su muerte. Una pausa más larga que las acostumbradas entre sílaba y sílaba. Juan el veguero, como no acabase de oir la palabra completa, volvió despacio su mustia mirada hacia ella y viendo que ya no alentaba, que no

era sino un peso inerte que hundía el chinchorro, se dijo, calmoso también:

—¡Guá! ¿Cómo que se murió Ufemia?... ¡Ufemia, mujé! ¿Como que te has muerto de verdad?

Y después de una pausa, más larga que las acostumbradas:

—¡Se murió Ufemia!... ¡Ah, pues...! Se murió como un pajarito.

Con las tablas de la puerta fabricó el ataúd. El mismo abrió el hoyo. El solo la enterró... Luego sacó de las pajas del techo su machete rabón. Llamó al perro sarnoso:

—*¡Centinela!*

Y lo macheteó hasta descuartizarlo. Allá estaban todavía los zamuros disputándose lo que quedaba de su carroña.

Pasó después al conuco y lo arrasó. Y todo esto lo hizo despacio, callado, impasible... ¿Se sabe, acaso, cuánta mansedumbre se quemó en aquel arrebato de cólera?... Se presume solamente, que desde aquella mañana habría menos resignación sobre aquella tierra... Luego descolgó su chinchorro, se lo echó al hombro y se fue... Dentro de la casa estaba sola y muda de obscuridad de siempre...

—Se fueron con el profeta—dijo Florentino, para que Rosángela no tuviese escrúpulos en pernoctar en casa por donde acababa de pasar la muerte—. Eran marido y mujer, a quienes conocí cuando iba para *Hato Viejo*. La casa no es un palacio, propiamente, pero es la única que hay en varias leguas a la redonda. Usted se acomodará en la pieza, que aunque no tiene puerta es más resguardada, y yo colgaré aquí afuera, bajo el techo en piernas. Duerma tranquila, que yo no tengo sueño y le montaré guardia desde mi chinchorro.

Y mientras velaba el sueño de Rosángela—que fue más poderoso que su voluntad de no quitar los ojos del hueco de aquella puerta por donde las tinieblas malolientes del cubil se continuaban en la temerosa obscuridad del desierto que lo rodeaba—a Florentino le desfilaron por la mente muchas ideas que nunca lo habían visitado. Unas claras, otras confusas; unas que tendrían realización inmediata; otras, lejanas;

otras, que nunca llegarían a tenerla. Pero todas ya generosas, siquiera de algún modo.

Era como si la aventura del rapto de Rosángela, primera con la cual no perseguía un propósito torpe o mezquino o simplemente frívolo, le hubiese comunicado a su existencia —hasta allí sin rumbo ni finalidad útil, fuerza perdida como la del viento en la sabana—una mejor razón de ser, abriéndole ya el alma a otra mejor comprensión de la vida y en particular de su tierra llanera y de la gente que sobre ella amaba, sufría y esperaba..

Hato Viejo, donde había podido darse aquella cosa monstruosa de que un hombre hubiese tenido que decir, al pie de un árbol de cuyas ramas pendía otro hombre: "Sepa usted que Juan Crisóstomo Payara habría querido morir sin mancha de homicidio." Y donde luego una mujer que tenía en los ojos la pureza del alma, hubiese tenido que decirle, al primero que se acercase: "Haga de mí lo que quiera, pero sáqueme de aquí."

Y esto que ahora lo rodeaba: una casa abandonada, cuatro cruces sembradas entre el monte...

—¡La pobre Ufemia—decíase—, que ya estaba muerta cuando me ofreció sancocharme unas yuyitas sin sal si le proporcionaba un fósforo!... ¿Qué se habrá hecho Juan? ¿Adónde va el buey que no are, ni adónde irá ese infeliz que no pase trabajos?... ¿Cómo es posible que yo ande cantando por la tierra donde suceden estas cosas?... ¡Se acabó Cantaclaro! Y se acabaron los amorcitos y los viajes sin rumbo... Hay que hacer algo más serio, Florentino... Hay que hacer algo para que en esta tierra un Juan el veguero no tenga tres hijos y una mujer y se le mueran todos, de hambre y de fiebres y de brujos... Y de jefes civiles, como el que arruinó a Juan el veguero... Hay que hacer algo, Florentino...

*

Otro amanecer sin canto de gallo ni lumbre encendida. Comieron de las provisiones que Florentino llevaba en su porsiacaso; Rosángela, a la fuerza, porque él le había dicho:

—Mientras no coma, algo aunque sea, no seguiremos camino.

Y ya en marcha, dijo Florentino:

—Como usted no me ha manifestado deseos de que la lleve a alguna parte determinada, voy llevándola para mi casa a ponerla bajo el amparo de mi madre, que será sombra humilde, pero mejor no la hay para descansar de una mala jornada. Allí podrá estar mientras no resuelva que la lleve a otra parte donde se crea más segura y mejor representada. Y le digo esto para que sepa de una vez cuáles son mis intenciones respecto a usted y haga el viaje tranquila. No como una Francisca o una María de la O, sino como quien es usted y así se la respeta.

Levantó Rosángela su mirada hacia él y balbuceó emocionada:

—Perdóneme, he debido comprender que es usted un caballero, Florentino.

—Porque vengo a caballo será—repuso, con su habitual humor festivo—. Soy un hombre, nada más. Un hombre que ha enamorado a muchas mujeres para sacárselas y luego abandonarlas. Dicho sea con perdón de usted. Un mal hombre si usted quiere, pero que todavía no se ha aprovechado de una desgracia ajena. Yo nada quiero saber de lo que a usted le haya sucedido; pero sepa que conmigo viene más segura que con su padre, que ya es mucho decir.

Ella le miró un rato en silencio, toda sonrojada, y luego:

—¿Por qué me dice eso?

—Porque ayer me dijo usted lo otro. Y porque el bruto es como el burro, que no sabe dar sino patadas.

Ya reaparecía la Rosángela del ánimo sereno y el espíritu bondadoso y comprensivo y ya anunciaba una sonrisa acompañando esta pregunta:

—¿Vamos a reñir por lo de ayer? Mal viaje haremos entonces. ¿Quiere que le repita que me perdone?

—No haga usted caso. Todo esto lo he dicho por buscarle conversación para que se distraiga un poco. En tal caso perdóneme usted a mí, por haberme atrevido ayer a diri-

girle la palabra, antes de que usted me la dirigiera. Como si se tratara de una Francisca o de una María de la O.

Otra sonrisa, ya más efusiva, y:

—¿Si irá a resultar, Florentino, que no es usted un hombre, sino un niño? Y rencoroso, además.

Fue él quien entonces se quedó mirándola un rato en silecio antes de replicar:

—Todo lo que empieza es niño, si bien se mira. Desde el día, cuando rompe por la punta rosadita del amanecer, como este de ahora que da gusto contemplarlo, hasta el hombre cuando echa a andar por un camino nuevo.

—¿Y es nuevo para usted este camino?

—Completamente nuevo. No el camino de afuera, que ya lo conocía, sino el de adentro, por donde un hombre va recogiendo sus pasos perdidos.

Y volviendo al humor chancero, porque las miradas de Rosángela le penetraban el alma:

—Pero ya se me enredaron las ideas, porque ahora resulta que si el hombre va recogiendo sus pasos, el camino tenía que ser ya trajinado. Que es como decir camino viejo.

Pero Rosángela, sin hacer caso de esto, insistió en aquello:

—¡Todo lo que empieza es niño! Ahí tiene usted un bonito asunto para una copla. Digo, si es que ya no la ha compuesto. Y ahora que las menciono. ¿Por qué no me canta algunas?... Algunas de las que iba a cantarme antenoche.

—¡Coplas! Ni usted ni yo estamos para eso... Pero, sin embargo, para que no diga que no la complazco, allá va ésta, como quien recoge sus pasos. La última que cantaré y porque el caso viene:

Ese cielo tan rosado
es que el día está rompiendo.
Esta fiesta se ha acabado:
Cantaclaro se está yendo.

TERCERA PARTE

I

LA SOMBRA DE DOÑA NICO

NICOMEDES Belisario, viuda de Ramón Coronado, era una mujer bonísima; pero a la manera como son dulces y refrescantes los frutos de las tierras secas y los climas ásperos, que esconden la pulpa jugosa bajo ríspidas cortezas. Cenceña, de rostro apergaminado sin ser demasiado vieja, bozo tupido y algo de barba, entrecejo aborrascado y voz bronca, más que grave, a su retrato hombruno—no marimacho—correspondían sus modales.

Empezaba por reforzar lo ambiguo de su nombre, indistintamente aplicable a varón o hembra—que fue un acierto de sus padres, solía decir—, sufriendo la preposición de, que antepuesta al apellido marital, según costumbre de casadas, pudiese indicar que era o había sido mujer perteneciente a hombre alguno; llamándose Nicomedes Coronado, a secas, desde que murió Ramón, así como en vida de éste y ya su esposa amantísima, se presentó siempre como Nicomedes Belisario, genialidad que siempre le celebró aquel que adoraba en ella y a cuya memoria ahora rendía especialísimo tributo de fidelidad al tomar su patrimonio, mas no como mujer que le perteneció, sino que lo llevaba en sí vivo y perenne y tan hombrón como siempre fue—agregaba—, golpeándose el pecho enjuto como tal vez no lo hiciera, más ufano de sí mismo, el propio Ramón Coronado.

No entendía doña Nico de eufemismos ni de matices, tanto en lo hablado como en lo ejecutado, pues a las cosas las designaba por sus nombres precisos, por rudos que fuesen y a la hora de proceder daba la bondad de sus actos,

pero bondad tácita, de pura substancia sin conocimientos artificiosos, como manjar que alimenta mas no regala el gusto. Caricias, nunca le salían tiernas, si es que alguna vez intentó prodigarlas; consuelos, no sabía darlos, porque no entendía que hubiese necesidad de ellos, ya que verdaderos parecíale que realmente no existían.

Que, por ejemplo, moría uno de los peones del hato—ella a su cabecera disputándoselo a la muerte hasta el último momento—y la atribulada viuda se le arrojaba encima llorando y gimiendo:

—¡Ay, doña Nico! ¿Qué me haré yo sin fulano?

—Por el momento, ayudarme a amortajarlo—respondíale áridamente—. Luego ocuparte más de tus hijos, para que no sientan la falta del padre, y pedirle mucho a Dios que tenga piedad de su alma, que no estaría muy limpia de pecados, seguramente.

Que alguien acudía a ella solicitando consejos:

—¿Qué le parece, doña Nico? Me encuentro en este caso y se me ocurre hacer esto.

Ella no hallaba mejor manera de ayudar al solicitante con su parecer, siempre juicioso y acertado, sino condimentándoselo con alguna aspereza, generalmente ésta:

—¡Pero, alma de cántaro! ¿No comprendes que eso que se te ha ocurrido, de puro bruto que eres, no es sino un disparate? Lo que debes hacer es estotro.

Tal vez semejante farsa de ternura y de delicadeza femenina provenía de que Nicomedes siempre fue la única mujer en su casa, entre hombres enrudecidos por la soledad, las recias faenas llaneras y el íntimo contacto con la Naturaleza bravía: primero el padre viudo, desde recién nacida ella, y los numerosos hermanos, todos ganaderos; luego el marido, después el cuñado que la tomó bajo su protección y finalmente los hijos. Costumbres y preocupaciones masculinas, entre las cuales se le atrofiaron las cualidades del carácter propias de su sexo, hasta el punto que mientras las mujeres evitaban su intimidad, por desapacible, y aun su trato superficial, en cambio gozaba de grandes simpatías entre los hombres. Los hijos adoraban en ella, los amigos de sus hijos

la llamaban madre, dábanle el mismo tratamiento los peones del hato al decirle Vieja, con familiaridad muy llanera, por lo demás, y no había viajeros que no se detuviesen en *El Aposento,* donde se les pasaban las horas charlando con "la madre de los hombres", como le decían, obsequiados con el mejor café que se saboreaba por todos aquellos lugares, exponiéndole los asuntos o negocios que tuviesen entre manos y las dificultades que les ocurriesen y pidiéndole consejos, así por lo sensatos que siempre eran como por el gusto de oírse calificar de almas de cántaro o cosa por el estilo, que para ello nada más parecía estar formada, de la más áspera calidad sonora, aquella voz.

Nunca la alzaba doña Nico, como lo fuese para regañar, que entonces era auténtica voz tonante; pero si en las charlas era sólo trueno sordo, como el que arrulla el sueño del llanero cuando se aproximan las entradas de aguas; si no se le distinguían las palabras a poca distancia, siempre era de presumir que fueran amenas o jocosas, pues a cada momento sus interlocutores soltaban carcajadas, como si les hiciesen cosquillas.

En cuanto al mundo de los niños, doña Nico ejercía un poder de fascinación que es atracción y recelo al mismo tiempo.

A media mañana, ya despachados los quehaceres domésticos, solía sentarse en un butaque de cordobán, en el corredor, frente al patio terrizo que separaba su casa de las viviendas del peonaje y servicio, provista de unos instrumentos de tortura que ya conocían los chicos del hato. Echábase un paño sobre las piernas, lanzaba un silbido inconfundible que valía por toque de comunidad, y allí mismo comenzaban a asomar, aquí y allá, las víctimas de aquella fascinación, que no se hacían repetir el llamamiento, pero obedecían remisas y temerosas, paso entre paso y rezongando, hasta que la rodeaban y en silencio esperaban a que ella eligiese la primera en el diario tormento.

—¡Tú!—decía doña Nico, empuñando ya uno de aquellos instrumentos, que era un peine de dientes apretados y fijándose en la greña más cochambrosa.

La víctima escogida, hembra o varón, que para el caso del duro tratamiento resultaban lo mismo, se echaba sumisamente en el suelo y ofrecía su cabeza al sacrificio, apoyándola sobre las rodillas de doña Nico, que por lo descarnadas ya eran torturantes, y comenzaba el despioje con este acompañamiento:

—¡Sinvergüenza! Te están comiendo los piojos y tú como si tal cosa.

Otras veces era el sacarle las niguas y luego cauterizarles las heridas con kerosene, o curarles los subañones y las pústulas que les salían de chapotear descalzos en el fango de los corrales del ganado ellos berreando y ella bramando:

—¡Grandísimo puerco! Cochina!

Luego les limpiaba los mocos en el ruedo de su bata, se sacudía las otras inmundicias que quedaban en su regazo de la carmenadura de las greñas y daba una palmada anunciadora de la segunda y más encarnizada parte del tormento: la escuela matinal, donde las letras entraban a coscorrones hasta el canto meridiano de los patarucos del gallinero.

Por las tardes, después de la siesta, otro silbido para el reparto de la merienda: leche y miel en panales, de los colmenares de aricas que en los huecos de sus troncos carcomidos criaban los viejos árboles de los alrededores del hato, cavernosos manaderos de silvestre dulzura, de donde doña Nico adusta tomaba la de su tierna hora maternal. Pero a este silbido acudían los chicos tan remolones como al de la mañana, aunque no rezongando, sino sonriendo, entre ariscos y maliciosos, pues si ya sabían de qué se trataba, siempre el acercarse a ella era cosa de fascinación que les daba gusto y miedo a la vez.

Finalmente, a la anochecida, otro silbar para el rezo y los cuentos adormecedores. De Blanca Nieves para las indiecitas de ojos brillantes y labios carnosos, como cundeamores abiertos; de la Cenicienta para que aprendiesen a ser humildes y hacendosas; de la Caperucita Roja, donde la voz estaba en carácter cuando hablaba el lobo, todos adaptados al paisaje y a las costumbres criollas, y cuentos del Tío Tigre y

Tío Conejo, para que los varones fuesen aprendiendo que más vale maña que fuerza. Ingenuos relatos que tenían que ser originales de aquellas tierras donde la ferocidad y la astucia, el hombre de presa y el bellaco, rigen y mandan y componen el fondo del alma popular. Doña Nico imitaba muy bien el hablar de Tío Tigre, pero más se deleitaba en las picardías de Tío Conejo, cada noche una nueva y tan divertida que el sencillo auditorio se desmigajaba de risa. Ella entonces se los quedaba mirando y sonreía, amorosamente.

Sentados en el suelo, desde los grandullones hasta los pequeñitos, fijaban en ella sus miradas ya maliciosas o todavía inocentes, pero al cabo de un rato todos tenían en los ojos un mismo candor y una misma voluptuosidad de animalitos acariciados. Y no por la calidad de beleño de la voz monótona, como trueno lejano y continuo, sino porque sus almas intuitivas recogían los suavísimos efluvios de la ternura recóndita que durante aquellos momentos efundía de la de doña Nico, así como ciertas flores que sólo dan su perfume al discreto aire nocturno—la Dama de Noche de los domésticos jardines criollos—, uno a uno se iban rindiendo los candorosos oyentes a un sueño dulce y espeso, como la miel de la merienda.

Pero aún sucedía algo más extraño, donde todo era obra de aquella apuntada fascinación. A veces, sobre todo al atardecer de los domingos, cuando una rara tristeza se apoderaba del alma de doña Nico, ésta iba a sentarse, silenciosa, en el butaque de cordobán y reclinando la cabeza en el duro respaldo cerraba los ojos. No había emitido el silbido acostumbrado, pero, cual si de modo misterioso sus habituales oyentes lo hubiesen sentido resonar en sus alma, dondequiera que estuviesen allí mismo comenzaba el receloso desfile de los chicos del hato, a través del patio, hacia el corredor de las torturas y las delicias, y cuando doña Nico abría los ojos—ya ella intuía cuándo debía abrirlos—todos estaban sentados en el suelo, contemplándola en silencio. Ella sonreía y comenzaba a dirigirles preguntas a la altura de sus almas y ellos le iban contando sus pequeñas alegrías —porque se estaban estrenando un camisión de zaraza bo-

nita o un par de alpargatas de todos los colores o porque habían descubierto un nido de paraulatas ajiceras en un mogotico—y sus grandes amarguras—porque las madres no les habían permitido ponerse sus vestidos domingueros o porque les habían pegado, a causa de esto o aquello, hecho sin culpa—. Doña Nico los oía y los comprendía, y ya su voz no era áspera...

Doña Nico echaba de menos sus nietos, que ya era hora de que estuviesen rodeándola.

*

Ya estas escenas venían ocurriendo todos los domingos, cuando llegó Florentino con Rosángela.

Este hijo era su debilidad, así como su orgullo José Luis y si cuando departía con el segundo—generalmente sobre asuntos relativos al negocio del hato, que hacía algún tiempo no marchaba muy bien—, cualquiera que la oyese sin mirarla tomaría por un hombre conversando con otro de su amistad no muy íntima, pues ambos dábanse tratamiento de usted, en cambio sus charlas con Florentino eran más cordiales y regocijadas, porque él siempre tenía picardías que contarle y ella se las celebraba y correspondía con otras, llamando las cosas por sus nombres, como entre alegres camaradas, guardándose ambos de que los oyese José Luis, y concluyendo ella siempre de este modo:

—¿Hasta cuándo serás loco, muchacho? ¿Es que no piensas asentar nunca la cabeza?

Acababa de sentarse en el butaque de cordobán—era domingo por la tarde, precisamente—, cuando una de las sirvientas se asomó a la puerta de la cocina y le dijo:

—¡Doña Nico! Envido.

—Quiero—le respondió.

—Pues eche la mirada y aguaite lo que viene allá.

Hizo lo que le indicaba la sirvienta y exclamó:

—¡Válgame el guayuco del Nazareno de Achaguas! ¡Florentino acompañado! ¿Se me habrá casado el muchacho o será ésa una de tantas puticas que siempre lleva en

su remonta y esta vez se ha atrevido a traérsela para acá?

Florentino se apeó en el patio y después de haber ayudado a Rosángela a que descabalgase, la dejó allí conforme a lo ya convenido con ella y se adelantó solo hacia el corredor donde doña Nico lo esperaba. Le explicó en pocas palabras lo más interesante de la singular aventura y concluyó, tomándola del brazo y diciéndole:

—Le ofrecí tu sombra, vieja, y no me harás quedar mal. Te juro que ella se la merece. Ven para que se la ofrezcas tú misma.

Y luego a Rosángela que abochornada y cabizbaja había permanecido junto a su bestia esperando el resultado de aquella entrevista:

—Aquí tiene usted la sombra que le ofrecí, como la mejor para reposar de una mala jornada. No se fíe de las apariencias; esta vieja mía es más buena que el pan y hace tiempo que le está haciendo falta una hija.

—¡Vaya un modo de recomendar!—repuso doña Nico. Y luego, tendiéndole la mano a Rosángela, con la sequedad de un saludo varonil—: Nicomedes Coronado, para servirle. Siempre que usted se lo merezca, por supuesto.

—¡Ay, señora!—gimió Rosángela, abrumada de dolor y vergüenza—. Desaparecer bajo tierra es lo que yo desearía.

—No diga disparates—repuso doña Nico, ásperamente, y asimismo agregó, aunque ya echándole el brazo sobre los hombros—: Camine.

Y fue así como le ofreció su casa y su amparo sin palabras, pero ya con hechos.

José Luis no estaba allí, y cuando regresó de la cacería a que dedicaba los domingos, doña Nico le comunicó la novedad y concluyó:

—Por el momento, ateniéndome a las explicaciones de Florentino, le he brindado hospitalidad, pero ahora le toca a usted, que es el hombre de la casa, decidir si esa hospitalidad puede ser permanente. Yo sé que a usted le molesta el olorcito de las mujeres y sin su consentimiento no me atrevería a apestarle la casa.

Era, en efecto, José Luis misógino empedernido que no

toleraba convivencia con mujer, excepto la madre, desde luego, y tal vez por lo poco o nada femenil que ella era; pero compadecido de la triste situación de Rosángela y satisfecho de la noble conducta de Florentino hacia el cual sentía debilidades paternales, puso a un lado sus caprichos de solterón y accedió respondiéndole a doña Nico:

—Es usted quien manda en esta casa. De modo y manera que a mí no tiene que consultarme para lo que quiera resolver respecto a esa niña. ¡No faltaba más!

Hechura de su madre, también José Luis dábale forma ruda a sus sentimientos bondadosos, y aquélla, que bien se entendía con él, concluyó:

—Pues dejémosla, mientras ella no resuelva otra cosa.

Y en seguida a Florentino, que había asistido a la grave consulta, conteniendo la risa que le causaba la mala cara que la madre y el hermano le ponían a sus propias inclinaciones bonísimas:

—Pero, eso sí: nada de amorcitos. Porque yo me llamo Nicomedes y no Celestina Coronado. Aquí las cosas claras y correctas.

—¡Qué ocurrencia, vieja!—repuso el tarambana—. Para eso no me la habría traído para acá.

Pero Nicomedes Coronado no admitía persona extraña en su intimidad sin una previa total demostración del carácter con que éste tendría que entendérselas. O como decía Florentino: sin caracolearle por delante el caballo para que el intruso se enterase de que no era de los que se dejan echar la pierna así como así. Y estas demostraciones empezaron con lo primero que le vino a mano al comenzar el día siguiente.

Uno de los muchachos del hato, que se había caído de un jobo y venía desgañitándose, arrastrado de un brazo por la madre, quien decía:

—Doña Nico, aquí le traigo este vagabundo para que me lo cure y aluego lo pele bien pelao. Aguaite el chichón que se ha hecho en la frente, por un tris no fue en la sien. Por estar encaramao en la misma mata del jobo de donde usté lo apió ayer.

—¡Ajá! Pues ya vas a saber lo que es bueno—dijo doña Nico apoderándose de la criatura, que más chillaba de miedo al remedio ya conocido que por el dolor del golpe—. Tráete acá un poco de salmuera bien fuerte y dos limones y búscame ahí el frasco del árnica.

Dicho lo cual a la madre del aporreado, continuó dirigiéndose a éste, pero alzando más la voz, a fin que Rosángela se enterase:

—Ya vas a ver cómo se curan en esta casa los porrazos y las heridas: sobándolos y restregándolos con salmuera, porque lo que pica es lo que cura. Así sean chichones del cuerpo como del alma.

Berreaba el infeliz debatiéndose bajo el implacable masaje y suplicando:

—¡Ya está, ya está! ¡Por vía suyita, no me sobe más! ¡Yo no lo vuelvo a hacé! ¡Ay, mi madre, yo no tuve la culpa!

Pero doña Nico no atendía a ruegos cuando estaba aplicando uno de aquellos remedios que producían escozor, únicos que le inspiraban fe, y así continuó impasible hasta que desapareció el chichón. Luego, encarándose a la madre del aporreado:

—Y tú, ¿dónde tienes los chichones de los garrotazos que te arreó anoche tu marido?

—¡Jesús, doña Nico!—balbuceó la mujer—. No fue tanto asina, sino que Encarnación llegó anoche un poco ajumao y...

—No hay Jesús que valga. Ya me lo contaron todo. Que te pusiste a hacerle carantoñas a otro hombre y el tuyo te dio una paliza y bien merecida, grandísima zorra.

—¡Ay, doña Nico! ¡Ave María Purísima! Mire que la está escuchando el niño.

—También me está oyendo Dios, mas no por eso dejo de llamar las cosas por sus nombres. Allá El, que por algo no me puso pepitas en la lengua. ¡Que no vuelva a saber yo que tú insistes en darle motivos de esa clase a tu marido para que te asiente la mano! A la sombra de Nicomedes Coro-

nado no pueden vivir sino los que marchen muy derecho, como Dios manda.

Y momentos después, al autor de aquella paliza tan oportuna, desde el corredor y a voz en cuello:

—¡Mira, so borracho! Ya supe que sacaste anoche tu campaña con Eufrasia. ¿No te da vergüenza?

—Es que Eufrasia no me respeta si no le asiento la mano, vieja.

—¿Y quién eres tú para que te respete? ¿No te la pasas tú también enamorando mujercitas por ahí? Pues donde las dan las toman. Ya a Eufrasia le di su enjabonado y ahora te la doy a ti, porque en toda falta hay dos culpables y cada uno merece lo suyo. Que no sepa yo que vuelvas a levantarte la mano a tu mujer, porque a quien está bajo mi sombra y se conduce como es debido, nadie le toca un pelo de la cabeza sin entendérselas conmigo. Así sean mis propios hijos.

A lo cual se dijo Florentino, que todo esto había oído desde su cuarto:

—Ya la vieja le caracoleó el caballo por delante a la muchacha.

Pero aquella mañana no hubo despioje ni escuela, porque toda se la pasó doña Nico de la cocina a la habitación de Rosángela, preparando un buen almuerzo como lo acostumbraba cuando tenía huéspedes y disponiendo convenientemente aquella habitación, en la cual hasta flores puso, en un viejo florero que si alguna vez las conoció, ya las tenía olvidadas.

Y cuando Rosángela, conmovida por esta delicadeza de la cual no la creía capaz, aunque ya Florentino la hubiese prevenido acerca de las genialidades de su madre, quiso darle las gracias y comenzó balbuciendo:

—Señora...

Ella atajó:

—Déjate de arrumacos conmigo. ¡Qué señora ni qué señora! A mí trátame con confianza. Dime vieja, como todos me dicen. Y prepárate para que me cuentes tu historia, que quiero conocerla de tu propia boca, con todos sus pelos y

señales, porque en casa de Nicomedes Coronado, ni telarañas ni misterios.

—Cuando usted quiera...

—Ya te diré cuándo. Ahora, arrea para afuera, que aquí no te han traído como presa para que te la pases encerrada en este cuarto gimoteando, sino para que dispongas de todo lo que es nuestro, con el favor de Dios.

II

TRUENO ABAJO

Díjole el positivista al fantaseador:

—Tenemos que hablar, hermano.

José Luis, el positivista, en nada se parecía a Florentino, el fantaseador. Ni en lo físico—Belisario purito, como decía doña Nico del primogénito, su copia en lo cenceño, bronco de la voz, aborrascado del entrecejo y moreno de la piel, que el sol llanero le había curtido ya, apergaminándosela; mientras que Florentino era de ese blanco bronceado de resol y viento sabaneros que por allí llaman catire, color de todos los Coronados—, ni en lo congénito del carácter, ya que de lo adquirido no habría que hacer mención, pues dos géneros de vida totalmente diferentes no podían producir semejanzas.

Le gustaban los cantares llaneros, mas se desdeñaba de ocuparse en componerlos, que, por lo demás, para eso estaba ya Florentino; le agradaba viajar, pero detrás de su ganado y con rumbo fijo, cuando iba a venderlo a tal parte; no lo interesaban las mujeres, mientras que Florentino no entendía vida sin viaje, ni éste sin alguna en la remonta; no soportaba injurias ni agravios, pero no barajustaba tan de pronto y por quítame allá esas pajas, como el hermano, y finalmente, era sedentario, en cuanto puede serlo un llanero, le tenía apego al trabajo continuo y sabía administrar el hato de *El Aposento* que heredaran del tío Manuel.

Sin embargo, en *El Aposento* las cosas marchaban mal,

con vistas a peor y de esto era que tenía que hablarle a Florentino.

—Por la cara que pones presumo que no será muy agradable lo que tengas que decirme.

—Se trata, en primer lugar, de saber qué planes trae usted—repuso José Luis, quien por tímido y zamarro disimulaba todos sus afectos bajo tratamiento distanciador.

—Pues, en primer lugar, arrimarte el hombro de veras y con fundamento. O mejor dicho: coger para mí toda la carga del hato a fin de que tú descanses un tiempo y eches un paseo a la capital, o a donde te lo pida el cuerpo, que buena falta te hace complacerlo, pues todo no puede ser rigor.

—¿Paseos?... Pero sigamos con mis preguntas: ¿Y respecto a esa muchacha, qué trae usted entre cacho y quijada?

—Acuérdate, hermano, de que ya te dicho muchas veces que

que para puntas de amores
Florentino tiene contras.

—¡Jm!—hizo el positivista.

Y el fantaseador prosiguió:

—Las ganas de trabajar de veras y con fundamento no me vienen por ese lado, José Luis, sino del haberme convencido de que ya es tiempo de que amarre el bongo en una playa donde haya buen sesteadero, para rato largo. ¿Me explico?

—Como si hablara soñando.

Florentino se volvió para mirarlo y así permaneció un rato en silencio, antes de interrogar:

—¿Y si el sueño fuera de algo grande, José Luis?

—Yo no le haría ruido para que no se despertara.

—Ya hablaremos de eso, hermano. Por ahora mi propósito es, como te digo, arrimarte el hombro para que descanses un tiempo y te des un gusto siquiera, de los muchos que le has negado al cuerpo. Por ejemplo, ese paseo a la capital, que ha sido siempre tu ambición.

—¿Paseos?—volvió a murmurar José Luis—. No están las cosas para eso.

—Estando yo aquí...

—Mire, hermano. Yo no había querido confesarle la verdad para que usted siguiera tranquilo, llevando la vida que le gusta llevar. Porque, ahora que viene al caso voy a referirme a una cosa que no sé si usted recordará. Cuando murió el viejo nuestro, a quien Dios tenga en su gloria, me acuerdo mucho que estaba usted en un rincón del cuarto acurrucadito, llorando, y que yo me le acerqué y le dije: "No llore, hermanito, que a usted no le faltará apoyo en el mundo. Desde hoy en adelante yo voy a ser su padre."

—¿Que si lo recuerdo, hermano?—repuso Florentino emocionado.

—Pues bien—continuó el positivista—: como ésa ha sido mi ley desde entonces, nunca he querido que usted se preocupe por lo positivo de la vida y con gusto he trabajado siempre para que ni a nuestra vieja ni a usted les falte nada. Pero una cosa piensa el rucio y otra el que lo está ensillando, dice el dicho, y conmigo ha resultado. El negocio de ganado, que ya venía malo hace tiempo, ya pasó de peor. Los peajes—que y que ya no los hay—y los pasos de puentes, que por debajo los pasa siempre el ganado, pagando como si fuera por encima acabando con ellos y los derechos de empotreramiento y las mil vagamunderías que todos los días inventa el Gobierno para exprimir al trabajador, se llevan todo el dinero que produce el ganado, sin contar las necesidades de venderlo a como quieran pagarlo los que tienen el monopolio de la matada. Sin embargo, yo me había ilusionado por creer en aquello de que "no hay mal que dure cien años", que lo que está resultando cierto es que no hay cuerpo que lo resista, como termina el dicho. Me había ilusionado, digo, y gasté todos los ahorros que habíamos hecho, por vivir como vivimos sacando del cuero las correas, en comprar las sabanas de los alrededores de *El Aposento* que me fueron ofreciendo en venta sus dueños desesperados, y luego, ilusionándome más, fuí y cogí prestados unos reales que toditos se los tragó la cerca, a estas horas no terminada todavía.

Estos reales, que me los habían dado hasta sin recibo, como ya sabe usted, tuve que pagarlos buscándolos en otra parte, y para eso, como usted también sabe, tuvimos que hipotecar el hato.

—No se aflija, hermano—interrumpió Florentino—. Ya saldremos de abajo otra vez. Ahora seremos dos para meterle el pecho al trabajo. ¡Y con las ganas que yo tengo de pegarme a la brega! En cuanto rompa la entrada de aguas vamos a coger un buen lote de ganado, que yo mismo iré a vender a la cordillera... O mejor dicho, dos buenos lotes: uno que me llevaré yo para la cordillera y el otro que lo arrearás tú para el centro. Y así matarás dos pájaros con una misma piedra: conocer la capital y vender el ganado a buen precio, porque el que madruga coge agua clara y este año antes de que otros hayan terminado de recoger ya nosotros iremos arreando. ¡Eche palante, hermano! Aquí hay hacienda bastante y toda gorda. Cuando las cosas se ponen difíciles es cuando más me gustan y me provocan. Mañana mismo rompemos los trabajos, porque ya no debe de dilatar la entrada de aguas.

—Pero es que hay algo más, hermano—replicó José Luis, pesaroso de tener que destruir aquel entusiasmo explosivo—. Hace dos días que he sabido que la hipoteca que pesa sobre *El Aposento* la va a tomar en traspaso el coronel Buitrago.

Florentino contrajo el ceño al oir mencionar al Jefe civil del distrito, en cuyos términos estaba ubicado el hato, mala persona y peor autoridad con quien ya había tenido rozamientos por causa de algunas coplas, en las cuales satirizaba, aunque sin nombrarlo, su codicia y su brutalidad.

—La operación todavía no se ha efectuado—prosiguió José Luis—, pero me consta que ya es un hecho detrás del cual estaba hace tiempo Buitrago, quien, como ya usted sabe, tiene visteado *El Aposento* y varias veces me ha propuesto que se lo vendamos, por lo que él cree que vale, desde luego, y no por lo que queramos pedir.

—Pues que se siente a esperar.

—¡Ah, caramba, hermano! Con ejecutarnos la hipote-

ca a su hora y punto ya tiene causa para obligarnos a vender.

—Es que a esa hora y punto no se llegará, porque antes tendremos los reales para rescatar la hipoteca.

—¿Y si no los tenemos?

—Ya verás que sí. En último caso hacemos otra operación para pagarle a Buitrago. Todo menos venderle *El Aposento*.

—¡Ah, caramba, hermano! Vuelvo yo a decir. ¿No sabe usted en qué tierra vive? Ese hombre es el mismo que arruinó a los Bejaranos, haciéndolos meter en la cárcel a cuenta de revolucionarios, porque no quisieron venderle *Las Juajuitas* a como él quería pagarlas, que es como él compra.

—¡Ah malhaya se atreva con los Coronado!

—Se atreverá, hermano. No se haga ilusiones. Ese hombre está bien cogido con el Gobierno y así fuéramos las Tres Divinas Personas, dicho sea con el perdón de ellas y contando a nuestra vieja, que para el caso sería un hombre, nos hace meter en la cárcel con tres pares de grillos, como los que les pusieron a los Bejaranos. Ya nos está poniendo dificultades. En días pasados me embargó un lote de ganado porque en él iban dos vacas que le había ofrecido la vieja de regalo al doctor Carrillo y valiéndose de la ley que prohibe beneficiar vacas, Buitrago se quedó con ellas y encima me hizo pagar una multa de cincuenta pesos. Como quien dice, para abrir boca.

Y como Florentino callara, ceñudo, José Luis prosiguió:

—Yo no debiera contarle esto, hermano, porque usted es volado y puede darle por querer arreglar este asunto de hombre a hombre. Pero nada se ganaría con eso, por lo cual le aconsejo que se quede tranquilo, como si nada supiera, como me he quedado yo tragándome la saliva; sino que por el contrario se perdería todo, pues ya Buitrago podría decir, si usted va a pedirle cuentas a las bravas, que somos enemigos del Gobierno. Que es la vuelta que nos anda buscando para quedarse con lo nuestro. Y a usted, principalmente, para cobrarle las burlas que ha hecho de él en sus coplas.

A lo que repuso Florentino, refiriéndose a palabras de Juan Crisóstomo Payara:

—Ya me han dicho que mientras mis coplas anden rodando por el llano yo no haré nada de provecho; pero si de buena gana las recogería todas, como haciendo cimarroneada que nada produce, a esas que le molestan al coronel Buitrago las dejaría solas, pitando en medio de la sabana.

—No vaya a imaginarse, hermano, que con eso de haber mentado sus coplas piense yo que de ahí provengan las ganas que nos tiene Buitrago, pues como el mal viene de su codicia armada de autoridad, con coplas y sin ellas siempre le habría puesto la vista a *El Aposento*, como se la puso a *Las Juajuitas*.

Y al cabo de una pausa y sin darse cuenta de que atizaba un rescoldo:

—Convénzase, hermano: en esta tierra hay que ser Jefe para que lo respeten a uno y lo dejen vivir tranquilo en lo suyo. Ese ha sido el error de los Coronado de antes que estamos purgando nosotros: preferir que fuéramos hombres honrados y de trabajo. Si el viejo o nuestro tío Manuel, en vez de ponernos una soga en la mano para que sabaneáramos, como ellos lo habían hecho, nos hubieran puesto una lanza o un machete para que nos incorporáramos a la primera revolución que nos pasara al alcance, a estas horas usted y yo estaríamos jefeando y nadie se metería con nosotros.

Hasta allí llegó José Luis, porque ya estaban en el sitio a donde se dirigían, a picar para otras sabanas un ganado que se majadeaba por aquellos garrapatales, a los que era menester pegarles candela antes de que comenzasen las lluvias.

Pero durante la faena y mientras arreaban la hacienda castigada por la sequía hacia la querencia de otros comederos y bebederos, las palabras del positivista siguieron trabajando en el ánimo del fantaseador, picándole también hacia el recuerdo de aquellas de Juan Parao que prometían ancha majada y caudaloso abrevadero:

—Usted tiene condiciones de jefe, catire...

El peón puntero guiaba el rebaño silbando una tonada tendida en el silencio. La calma de la atmósfera irrespirable y ardorosa daba congoja. Al ras de los pastos ardidos vibraba un resplandor amarillento. Sentíase la inminencia de la tormenta con que se desata el invierno... Se oyó un mugido lejano.

—Trueno abajo—murmuró José Luis—. No tarda en llover.

Florentino miró en aquella dirección y como hacia allá caía el pueblo donde era autoridad el coronel Buitrago, se quedó pensando en él y en lo que con él habría de ocurrirle si insistía en hostigarlos para que le vendiesen *El Aposento.*

—Trueno abajo—repitió uno de los peones.

Se estremecieron los pastos...

III

LA ENTRADA DE AGUAS

Ya Rosángela había contado su historia como quería oírsela doña Nico, con todos sus pelos y señales y ésta le había dicho, para que pusiese paz en su alma:

—¡Pero alma de cántaro! ¿De dónde sacas que seas tan culpable como te lo imaginas? Me has dejado turulata con todo eso de que sabías y al mismo tiempo ignorabas que el doctor Payara no era tu padre; pero lo que está claro como el sol que nos alumbra, a pesar de la humasera, es que realmente no estabas enamorada de él como mujer, puesto que en cuanto presentiste que te iba a confesar que no era tu padre, allí mismo resolviste quitarte de su lado. Que hasta ahora no he sabido yo que ninguna mujer se quite, sino que por el contrario se arrima al hombre que le gusta, hasta frotarse con él. Lo que te ha sucedido, infeliz, es que se te cayó de pronto el ídolo. O mejor dicho, no tan de pronto como parece, sino que desde que empezaste a tratarlo y a verlo de cerca, con todo lo que una persona tiene de desagradable para otra, desde sus malos olores, por más que se

limpie. Te habías imaginado a tu padre como a un ser d otro mundo y cuando te convenciste de que era un hombr como otro cualquiera, que necesita sonarse las narices y ha cer sus necesarias...

—¡Las cosas suyas, doña Nico!—exclamó Rosángela, son riendo ruborizada.

—No. Las cosas mías, no; las cosas tuyas. Yo las dej donde Dios las puso y no me parecen tan malas, para qu veas; pero tú quisiste enmendarle la plana al Señor y te fa bricaste una figura de hombre maravilloso, según tus propia palabras. Que es una magnífica persona, en realidad y sigu siéndolo para mí el doctor Payara, a pesar de todo lo qu cuenta de él, si es que ahora no lo admiro más, puesto qu quiso revelarte la verdad para que supieras a qué atenerte que es como deben marchar las cosas en este mundo a la claras bajo la mirada de Dios, y porque, además, cuand comprendió que no debía revelártela toda—que a mí no m consta cuál sea, dicho sea de paso, pues si la conociera y te la revelaría yo también—, cuando comprendió que tú n sabrías aceptarla prefirió que te marcharas de su lado, au a riesgo de que, en ese barullo de ideas que tienes en l cabeza, para gozar atormentándote, te imaginaras otra cos peor. Como realmente te has imaginado, aunque no haya querido confesármelo, que el propósito que perseguía co aquella revelación era declarársete enamorado y proponerte ya que no podía ser matrimonio, pues ante la Ley es tu padre amancebamiento.

—¡Por Dios!

—Que afortunadamente metió su mano a tiempo. Bie dices. Que si hubiera sido por el diablo habría resultado l que te imaginaste, aunque te empeñes en no confesarlo. Pue si ya comprendes que no hubo tal intención en el docto Payara—y fíjate en que digo intención y no sentimiento, por que eso, allá su corazón y Dios que se lo está viendo, me jor que él mismo—, ¿por qué te atormentas de esa manera El mérito no está en no haber sufrido tentaciones, sino e rechazarlas cuando se descubre que pueden ser obras de Demonio; pero eso de quedarse diciéndose después: "¡Qu

mala soy, Dios mío!", es, si bien se mira, una ingratitud para con Dios, que te hizo capaz de rechazar la tentación en que hubieras podido caer. ¿Que estabas enamorada de Juan Crisóstomo Payara? Pero ¿de qué otra manera podías quererlo, criatura, si como a padre nunca lo trataste? Y más te diría: ¿quién no está enamorado de la persona a quien quiere? Pero hoy soy yo quien se enreda en la manea, porque empecé diciéndote que no estabas enamorada y ahora salgo con que sí.

Y como Rosángela sonriese, contumaz:

—Pero el que lo hayas estado no importa, ya que ahora no lo estás. A menos que...

—¿A menos qué? Si no es mi padre, sino un hombre que quiso hacerme el favor de darme su nombre...

—¡Ese es el chichón que te duele! Y hay que sobártelo duro con salmuera y árnica, hasta que se te quite, porque lo que pica es lo que cura. ¿Que no eres hija del doctor Juan Crisóstomo Payara? ¿Que era otro el hierro que debías llevar, como decimos por aquí, pero te lo cachapiaron con el payareño? ¡Qué se le hace, hija! Peor habría sido que te hubieran dejado cimarrona. Si bien se mira, las únicas culpables de todo lo que te ha sucedido fueron las lengualargas de las Payara—Dios las haya perdonado—por haberse puesto a murmurar en presencia tuya le que debieron guardar siempre como un secreto sagrado. ¡Mujeres al fin! Que por darle gusto a la sin hueso no reparan en los daños que puedan causar. Yo no las paso, hija. No las puedo pasar, aunque me esté mal el decirlo y mejorando lo presente, por supuesto. Que tampoco se puede asegurar si las Payara conocían la historia de tu origen y de las conversaciones que les oyeras vinieran esas pesadillas de tu niñez. Porque te confieso que yo no veo claro en nada de eso, ni me explico qué relación pueda tener un sueño disparatado, como ese que me has referido, con la verdad de tu historia, sabida por ti y al mismo tiempo ignorada, y todo lo que a propósito de eso me has dicho que te dijo el doctor Payara, que no es sino un zaperoco de cosas que son y no son y ni Cristo las entiende... ¡En fin! Se acabó todo eso. Haz con tu pensa-

miento como hiciste con el cuarto en donde murió tu pobre madre, a quien Dios tenga en su gloria, pues muy buena mujer ha debido de ser para que el doctor Payara conservara sus reliquias con tanto amor. Abre tu alma de par en par a la luz de Dios y verás cómo se te tranquiliza. Aquí vivirás hasta que quieras, que ojalá no dejes de quererlo nunca, ya que eres mayor de edad, dueña de disponer de tu vida. No tendrás tantas comodidades como en tu casa de Caracas, pero si el Señor te la quitó, hazte el cargo de que no la tuviste nunca y para pedirle amparo a unas amigas no necesitas ir más lejos: aquí está Nicomedes Coronado, que es lo que se le ve por fuera. Afortunadamente, aun cuando quieras irte para Caracas, por ahora no podrás, porque ya la entrada de aguas se nos viene encima.

*

La anunció el canto del carrao antes del alba y sobrevino al anochecer, con el formidable aparato de las tormentas llaneras.

Pero aquel año la electricidad acumulada en la atmósfera era enorme y su brusca descarga pronto alcanzó la grandiosidad de un cataclismo. Sobrecogía el ánimo la visión de la llanura iluminada por aquel fulgor magnífico, un solo relámpago de cien rayos continuos, bajo el fragor tremendo del trueno sin fin que la estremecía de horizonte a horizonte.

Gemían los árboles sacudidos por el viento, desgajábase el aguacero tropical en mangas sucesivas, cada vez más recias y copiosas, con estruendos de innumerables rebaños al galope, zigzagueaba el rayo por toda la inmensidad del cielo, cual descomunal cabellera flamígera que desmelenase el huracán, y muchos se hundían en la tierra, ya tan cerca de la casa de *El Aposento,* que a ella llegaban juntos trueno y relámpago, ensordecedor y deslumbrante.

—¡Buena paliza nos le están poniendo al hato!—exclamaba Florentino, quien junto con José Luis contemplaba la tormenta desde el corredor.

Mientras en su habitación, ante la estampa de las Tres Divinas Personas, doña Nico recitaba con voz tonante:

El trisagio que Isaías
escribió con grande celo
lo oyó cantar en el Cielo
a angélicas jerarquías
para que en sus melodías
repita nuestra voz cuanto

y Rosángela coreaba, temblorosa, castañeteando los dientes:

Angeles y Serafines
dicen: Santo, Santo, Santo.

Luego, ésta, despavorida, por semejante espectáculo nunca visto, y no queriendo dar el de su temor, contra el cual nada pudieron los gozos del trisagio, fue a refugiarse en el chinchorro que para las siestas le había colgado doña Nico en su habitación, en tanto que ésta continuaba sus plegarias cotidianas ante los numerosos santos de su oratorio.

Pero no había pasado de Santa Bárbara, que aquella noche merecía preferencias, cuando toda la casa se estremeció y resplandeció en el fragoroso estallido de un centellazo.

Corrió doña Nico hacia la sala adonde salía su oratorio, a tiempo que entraban en ella Florentino y José Luis, éste diciendo:

—Fue aquí. ¿No sienten el olor?

Y en seguida, los tres a un tiempo, gritando:

—¡Rosángela!

Y se precipitaron hacia la habitación de ésta, por cuya puerta salía un resplandor rojizo.

Entraron a tiempo que se extinguía el fuego. Había sido el mosquitero que cubría el chinchorro donde se recogiera Rosángela, sutil envoltura protectora por donde se descargó el flúido hacia la tierra donde aquél arrastraba y del cual ya no quedaban sino unas pavesas en el aire saturado del olor del ozono.

Pero Rosángela estaba de pie junto al chinchorro, inmóvil, rígida y desemblantada, toda ojos llenos de espanto.

Rodeáronla, sacudiéronla por los brazos, diéronle palmamas en las mejillas, llamándola para que volviese en sí y preguntándole:

—¿Qué fué? ¿Qué sucedió?

Pero tuvieron que repetírselo muchas veces antes de que pudiese responder, sin haber salido todavía de su estupor:

—Nada... Nada... El mosquitero...

Luego, de pronto, la acometió un acceso de risa nerviosa.

*

A medianoche cesó la tormenta. Cabeceó el viento, reposó por completo; bramó un rato el trueno en el horizonte, sordo y cansado; persistió apenas un relámpago trémulo y silencioso, como desahogo de pecho oprimido, y el aguacero degeneró en un llover sereno y continuo.

Ya Rosángela se había rendido al sueño reparador de la profunda conmoción de sus nervios y doña Nico volvió a la sala donde aún ardía la lámpara y ante la mesa redonda que la sostenía estaban sentados José Luis y Florentino, cabizbajos y silenciosos, tamborileando y tan absortos que no la sintieron sino cuando tomó asiento entre ellos.

—¡Qué nochecita, Dios mío!—murmuró.

Y fue José Luis el primero en interrumpir el tamborileo de los dedos sobre la mesa para preguntarle:

—¿Se durmió?

—Sí. No quería dormirse, pero el sueño pudo más que el miedo.

—¿No le hará mal, después de una impresión tan fuerte? —intervino Florentino, sin levantar la mirada—. Siempre he oído decir que no es bueno ese sueño que da después de un gran susto.

José Luis miró interrogativamente a la madre y ésta les respondió tranquilizadora:

—Si la hubiera dejado dormirse inmediatamente; pero ya han pasado cuatro horas.

Y luego, apoyando los codos sobre la mesa y hundiendo las sienes entre las manos:

—No gana uno para sustos.

Permanecieron un rato en silencio. Sólo se oía el tamborileo automático de los dedos de los Coronado cavilosos, y afuera el murmullo de la lluvia, ya mansa, ya convertida en el aguacerito blanco del invierno llanero.

Parpadeó la lámpara. Respiró ruidosamente José Luis y expresó el pensamiento que los embargaba a los tres:

—Ahora será difícil quitarle de la cabeza la idea de irse para la capital.

—Me parece—murmuró Florentino—. Horror le habrá cogido al llano después de ese susto y lo que ya le cuesta.

—Me parece—repitió doña Nico—. No es para menos.

Otra pausa, sin tamborileo.

Los Coronado, madre e hijos, ya se habían hecho a la idea de que Rosángela se quedaría con ellos. Tres días apenas llevaba en *El Aposento* y ya les era tan imprescindible como si toda la vida los hubiera acompañado. La hija y la hermana que no habían tenido, algo delicado en la casa ruda.

Y fue doña Nico quien esta vez expresó el pensamiento de todos, pero a su manera:

—No estará de Dios que en esta casa se oigan sino voces hombrunas.

Sonrió Florentino, mirándola afectuosamente; sonrió José Luis, que era algo más tardío para la comprensión de todo lo que había expresado su madre y ésta concluyó, levantándose:

—¡En fin! Vamos a dormir, Dios me los bendiga y me los ampare.

—¡Amén!—respondieron los hijos, imitándola.

Afuera, todavía el relámpago silencioso desvelaba el paisaje cansado y caía suavemente la lluvia menuda y continua.

Cuando escampara ya habrían comenzado a formarse los esteros y poco faltaría para que toda la sabana reverdeciese a un tiempo. Porque en el llano la naturaleza todo lo hace a saltos.

IV

LA ALEGRÍA EN "EL APOSENTO"

Del sueño largo y profundo en que se consumieron los desvelos de las noches anteriores, salió Rosángela nueva y gozosa.

—¡Vieja!—dijo, llamando a doña Nico, como a ella le agradaba que le dijesen—. La recién nacida tiene hambre.

Y poco faltó para que a doña Nico le diera un patatús de emocionada alegría. Quedóse mirándola cual si no hubiese entendido y Rosángela agregó:

—¿No me dijo usted que yo había nacido anoche?

Nicomedes Coronado se había puesto más ronca que de costumbre cuando insinuó:

—Y como naciste en casa, entre nosotros...

—Pues ésta es mi casa y yo pertenezco a ustedes—completó Rosángela—. Como ternera de madre coronadeña, para decirlo en llanero.

Doña Nico le echó los brazos, exclamando:

—¡Muchacha! ¡Qué gusto me das! No te imaginas el placer que nos proporcionas a todos en esta casa. José Luis, cuando lo sepa, va a bailar de alegría.

—¿José Luis?—repuso interrogativamente Rosángela, que no sospechaba que tanto se interesase por ella el Coronado misógino, ni acertaba a imaginárselo tan expansivo como se lo pintaba doña Nico.

—Y el otro también y todos en esta casa, que ya te dábamos por ida. Déjame ir a prepararte el desayuno, porque cuando los recién nacidos piden la teta hay que dársela en seguida, no vayan a descriarse.

Desayuno llanero, rústico festín copioso para agasajar al huésped al mediar de la mañana, ya olvidado el estómago de la taza de café del amanecer. Las doradas arepas redondas, todavía con el calor del negro budare en el corazón blanquísimo y tierno que les amansó el pilón; las negras

caraotas rezumando la manteca de la fritura; la carne asada, gorda y sangrante, sin aliños que alteren su sabor substantífico; el lomo de cerdo o de lapa adobado con orégano oloroso; los huevos recién puestos y ya fritos; la escudilla de suero picante, chireles en leche para la miga de pan; el queso de mano que a las de doña Nico ya había hecho famosas y el orgullo de la mesa del llanero, café tinto y aromoso, que retiñe la taza y difunde por todo el cuerpo en efluvio cordial y alegre el espíritu, vino del trópico sin nieblas de embriaguez.

Humeaba la mesa en el corredor, al aire entumecido por el aguacerito blanco, parloteaba el loro en su estaca, excitado por la algarabía de las chenchenas en el monte vecino e imitando la voz y los decires de doña Nico.

—¡Alma de cántaro! ¡Sinvergüenza!

—¿Qué es esto, vieja?—interroga Florentino, agradablemente sorprendido por el condumio opíparo, que ya se lo condimenta su buen apetito.

—Que hoy es día de fiesta en esta casa, porque Rosángela se queda con nosotros para siempre.

Palmoteó Florentino, lo imita José Luis, los secundan en sus demostraciones de contento las sirvientas de la casa, a quienes ya doña Nico les había participado el buen suceso y estaban todas asomadas a la puerta de la cocina, y el loro se suma al alborozo unánime, no hallando mejor manera de hacerlo sino reconstruyendo una escena muchas veces presenciada desde su estaca; doña Nico en persecución de alguno de los chicos del hato que hubiese hecho alguna barrabasada:

—¡Bandido! ¡Párate ahí, hijo e...!

Pero como doña Nico no le permite concluir la frase castiza, inclina de lado la cabeza y le pregunta, sumamente extrañado de tal interrupción:

—¿Ah?

Florentino suelta una carcajada. José Luis sonríe apenas. Rosángela se sonroja y luego rompe a reir y doña Nico se aplica el proverbio:

—Quien siembra vientos...

Porque ya había en la casa y no de tránsito, quien no debía oir ciertas cosas que el loro decía.

Se sientan. Doña Nico les sirve y Florentino inicia la charla, dirigiéndose a Rosángela:

—¿De modo que ya no hay viaje a Caracas?

—No.

—¿Ni más pensamientos sombríos?—añade José Luis, que con éstas quizá no pasarían de la docena las palabras que habría pronunciado en presencia de ella, siendo las primeras que le dirigía cara a cara.

—Tampoco. Todo eso se quemó con el mosquitero.

No habría podido explicarlo de otro modo, como tampoco acertó a darse cuenta cabal de lo que ocurrió en torno suyo cuando el mosquitero la salvó de la subitánea y espantosa muerte de centella. Sólo podía decir que así como aquel velo sutil ardió de pronto en una gran llama, no como de materia combustible, sino cual de substancia inconsistente y en seguida se convirtió en humo y pavesas, sin que el fuego la hubiese tocado ni siquiera comunicado su calor, así también y en el mismo instante en que su vida corrió peligro y salió ilesa, redoblando el instinto de conservación que gravita hacia la realidad material e inmediata, se había desvanecido el encantamiento de sí misma, obra de su ilusionado y desengañado amor filial, que realmente nunca lo tuvo en el corazón, sino en la fantasía, como un velo tupido, de sutil substancia romántica, gozo y congoja a la vez, que de la cruda verdad de su origen, ya presentida, no le cirniese dentro del espíritu sino una niebla de ensueño.

Pero ahora, desvanecida aquella malla ilusoria, descubría que mientras una parte de su ser se había aferrado al engaño, otra se estuvo preparando para aceptar la realidad más desprovista de encantos en que le aconteciese vivir, y dábase cuenta, por intuiciones, profundas, de que de esta polarización de su alma provinieron aquellas alternativas de querer que Payara se la llevase consigo al hato, donde sólo podía esperar la ruda y aburridora existencia y de arrepentirse después, bajo la forma de aquel temor supersticioso de algo tremendo que fuese a sucederle; de provocar las explicacio-

nes que tuviese que darle Payara—como cuando se empeñó en abrir el cuarto donde había muerto su madre y cuando le hizo todas aquellas preguntas que invitaban a la confidencia—y de impedirla, en seguida, sellando con sus dedos yertos de miedo los labios que iban a romper el encanto.

Esta porción de su ser, este polo de su alma vuelto hacia la más cruda realidad, por estar el otro enderezado hacia el ensueño y saturado de toda la voluntad de ilusión que podía haber en ella, fue lo que la indujo a la temeraria propuesta que le hizo a Florentino; pero ya una y otra tendencias contrarias se habían neutralizado y ahora era toda su alma, sueño y sentimiento de la realidad a la vez, la que aceptaba serenamente la nueva forma de existencia que le deparaba el destino.

Una gente sencilla le brindaba su hogar, y puesto que en verdad nunca lo tuvo propio, ni sería menos extraño el que habrían de ofrecerle aquellas amigas de Caracas, podía aceptarlo, tanto más, cuanto que en este de los Coronado sabría llenar una falta que no existía en el de aquéllas. Ya Florentino le había dicho que en su casa había para ella un sitio de hija y de hermana y ya doña Nico le había manifestado que su felicidad sería perfecta si junto con el recio amor de sus hijos hubiese tenido el tierno afecto de una hija, al contacto de cuya alma se le suavizasen las asperezas de la suya, todas originadas del pensar y sentir como hombre, pues entre ellos le había tocado vivir desde niña, ella la sola mujer de su casa.

Y allí estaban los Coronado con su ingenuidad campesina y ante una mesa colmada de viandas sencillas y substanciosas, disponiéndose a celebrar su determinación de quedarse entre ellos, y allá las mujeres del servicio, en la cocina, chachareando de puro contentas, y aquí el loro en su estaca diciendo sabrosas malicias, y el agua del cielo refrescando la tierra abrasada y el aire liviano que ya no daba congoja, sin tormenta inminente. Y todos alegres.

—Ya puedo decir que me ha caído una hija del cielo—dijo doña Nico.

—Pues hay que bautizarla—agregó José Luis.

—Pónganme cimarrona, que a lo que entiendo viene al caso.

—No, hija—protestó doña Nico—. Tú te mereces un nombre bonito, además del que ya tienes, y te lo va a poner Florentino, que se pinta para esas cosas y en una copla.

—¡Coplas en *El Aposento!*—replicó el mencionado—. ¿No sabes, vieja, que en casa del herrero, asador de palo? Además, ya yo me dejé de eso. ¿Verdad, Rosángela?

Y José Luis, a quien nunca nadie vio tan animado:

—¡Pues se lo voy a poner yo! ¡Y con una copla!

Aquella tormenta fiera
que anoche se desató,
una preciosa Centella
en la casa nos dejó.

Aplaudió Rosángela, con sonrojada complacencia; se le derramó a José Luis, sin estar colmada, la taza de café que se apresuró a llevarse a los labios, habiendo sido siempre muy firme su pulso; prorrumpió Florentino, con afectuoso entusiasmo:

—¡Guá, hermano! Nunca te había conocido esa habilidad. ¿Dónde la tenías escondida?

—Donde se guardan, para el momento oportuno, las que no se deben despilfarrar—respondió el positivista.

A tiempo que doña Nico se decía mentalmente:

"¿Si irá a resultar que cachicamo ha trabajado para lapa?"

Y a tiempo que el loro, aprovechándose del bullicioso regocijo que reinaba en la mesa, soltaba completa aquella frase que doña Nico no lo dejase concluir.

V

MOMENTO SENTIMENTAL

En el reino animal, donde se conservan los esquemas que sirvieron para la construcción de la complicada cosa humana y a donde siempre acude el alma popular, senten-

ciosa y simplista, para fundamentar su experiencia de la vida sobre bases que no sufran intermisión ni cambio; en el mundo animal inmediato al campesino venezolano, el cachicamo hace la cueva y la lapa se apodera de ella, de donde viene el proverbio aplicable a todo caso en que alguien emprenda o ejecute algo de cuyos beneficios otro se aproveche... Pero, sin embargo, doña Nico sabía que José Luis era incapaz de disputarle a Florentino cosa a que tuviese algún derecho, o a ella aspirase aun sin tenerlo, y así empleó aquella sentencia sin darle mayor importancia a la intuición que se la inspirase.

Suponía que entre Rosángela y Florentino mediase ya por lo menos un conocimiento de inteligencia amorosa y deseaba que así fuese, a fin de que el hijo tarambana asentara la cabeza y se dejase de aquel continuo vagar aventurero, ya demasiado impropio de sus treinta años cumplidos, sin oficio ni beneficio.

Rosángela era toda una mujer. Hacendosa y empeñada en serle útil, cuando podría darse vida regalona, pues ella se miraba y se deseaba para complacerla y mimarla y tenerla como a las propias santas vírgenes de su oratorio, quieta y en alto recibiendo el culto que se le tributase; fina y delicada, cual para que a su lado no medrasen asperezas y toda la causa estuviese llena de su dulce femineidad; valiente y segura de sí misma como pocas lo habrían sido en condiciones semejantes a las que la obligaron a exigirle a Florentino que dispusiese de ella, y, finalmente, una mujer en quien la conformidad cristiana—doña Nico no concebía que hubiese otra forma de conformidad ni de virtud alguna—estaba asistida de una entereza y temple de carácter poco comunes, pues con ambas virtudes había aceptado, risueñamente, la vida bien poco apetecible que podía brindarle aquel hogar rústico y pobre, aun cuando aquel probable amor se lo hiciese placentero. Y una mujer así, era precisamente, lo que ella deseaba para su hijo Florentino.

Y no decía que también para José Luis, porque éste nunca había demostrado ni inclinación al matrimonio ni veleidades amorosas, punto en que era tan apático como ya

lo habían sido varios de los Coronado, uno de ellos; su tío Manuel, célibe empedernido y arquetipo de hombre, en todo y por todo, para el que fue su sobrino predilecto y de él aprendió que el buey solo bien se lame.

—No se preocupe, vieja—le había dicho varias veces a la madre en quien adoraba y con quien compartía su ruda intimidad espiritual—. Lo que es por mí no habrá nuera que le dé quebraderos de cabeza, ni venga a echarla para un rincón de su casa, donde usted siempre será la reina en su trono, mientras yo viva.

De todo lo cual y de lo que además, ya habían hablado madre e hijo tocante a la última aventura de Florentino, concluyó doña Nico que si José Luis había compuesto una copla para bautizar a Rosángela con un nombre poético —de donde menos se espera salta la liebre—era porque se trataba de un amor de Florentino, de un buen amor del hermano con quien siempre se había conducido como padre consentidor, y en paternal amor le floreció el corazón en unos versos que ya, ya quisiera Florentino haberlos compuesto, no porque le pareciesen malos los del hijo coplero, sino porque el positivismo prosaico del otro acreditaba la buena calidad de la ternura de donde se originaron aquéllos.

Y en apoyo de esta reflexión que refutaba lo intuitivo de donde se le ocurrió aquel proverbio tomado del mundo animal, vino una conversación que pronto oyó entre José Luis y Rosángela.

Estaba ésta en el corredor delantero de la casa, sola y pensativa ante la obscuridad de la sabana y él se le acercó, preguntándole:

—¿Qué le pasa, Centella? ¿Por qué está tan calladita? ¿Es que todavía el hombre no le ha dicho nada?

—¿Qué hombre y qué tiene que decirme?

—¡Ah, caramba! Ahora caigo en que yo soy bien tonto. Dicho y redicho debe de estar eso ya, ¿verdad, Centella? Que están comiendo chivo es lo que debe de estar sucediendo, para que usted venga a sentarse aquí tan sola y callada.

—Pues... Sigo en la luna, José Luis,

—Déjese de entaparados conmigo, Centella.

Aquí doña Nico, que hacía labor junto a la lámpara de la sala, sonrió de la rusticidad metafórica del hijo mientras éste continuaba:

—Cuénteme lo que le suceda. Abrame su corazón, como dicen, porque si es que realmente el hombre todavía no se ha atrevido a decirle nada—que no sería raro, tampoco, pues el que gasta su pólvora en salvas siempre la echa de menos a la hora de los tiros de verdad—, yo le arreglo eso en seguida, para que usted no siga penando.

—¡Por Dios, José Luis! ¡Cuidado como se le ocurre!

—¡Ah! ¿Conque ya sabe a qué hombre y a qué dicho me refiero?

—¡Claro que sí! Pero lo que no entiendo es en qué pueda fundarse usted para atribuirle a Florentino esas intenciones.

—Voy a explicárselo. Me fundo en una copla, que hoy no más le escuché. Ibamos a mudar un ganado, él muy pensativo y yo callado observándolo, cuando de pronto, como si se hubiera olvidado de que no iba solo, se quedó contemplando la sabana y murmuró:

¡Ah malhaya, quién pudiera
con esta soga enlazar
al viento, que se ha llevado
lo mejor de mi cantar!

—¿Qué dice usted a eso, Centella? ¿No está claro que con esa copla el hombre se lamentaba de que no se le hubiera ocurrido una buena para bautizarla a usted?

—Lo que está claro, pero usted no lo quiere ver, es que Florentino está echando de menos su vida de cantador errante. Que ya quiere irse, otra vez.

—No se lo niego; pero esas ganas de darse llano las interpreto de otro modo. Es que está como el mostrenco, sacudiéndose la tereca que le quieren poner.

—¿Y la tereca soy yo?—replicó Rosángela, soltando la risa.

A tiempo que doña Nico, allá desde donde los oía y para sí misma:

"¡Válgame Dios! ¡Qué maneras tiene este hijo mío!"

E interviniendo en el diálogo:

—Llámela montura lujosa, hijo, ya que lo quiere decir en llanero y agregue que es paso fino el que le van a enseñar al mostrenco.

Con lo cual y el azoramiento de José Luis, pudo Rosángela disimular el suyo riendo largo rato.

*

Pero que Florentino ya padeciese nostalgias andariegas, aun acabado de llegar de un viaje largo y en buena compañía, no tenía nada de extraño; lo singular fue que se hubiese deslizado también en el alma sedentaria y nada imaginativa de José Luis, hasta el punto que se le escapasen estas palabras:

—¿Qué te harás tú, Centella, cuando yo no esté aquí?

Centella, esta vez, era una vaca mohina que tenía una mancha blanca en la frente, algo semejante a las lenguas de fuego que en una de las estampas piadosas veneradas en el oratorio de doña Nico representaban la divina centella del Paráclito bajando sobre las cabezas de los Apóstoles afligidos. Una vaca vieja y achacosa que ya no daba leche, horra y desmerecedora del nombre de *Terciopelo* que le había puesto José Luis, cuando ternera bonita y retozona, a causa de su pelambre suave y luciente, ahora raído, áspero y sin brillo. Un manso animal amigo que al atardecer venía de la sabana, mugiendo dulcemente, a comer sal en la mano de José Luis, quien entretanto le hablaba como a ser comprensivo.

Caía la tarde, había cesado de llover, era dulce el aire en la luz tierna y el horizonte de la sabana se recortaba limpio y nítido sobre celajes de un colorido ingenuo. En las charcas ya las ranas ensayaban su concierto nocturno y por el cielo de plata una bandada de garzas tendía su vuelo sereno.

Terciopelo lamía la sal en la mano de José Luis sen-

tado, allá, solo, en una de las varas transversales de la puerta de la corraleja. Y todo sucedió como la caída del fruto maduro que se desprende de la rama quieta: la mirada a la mancha del testuz, el recuerdo de la estampa, el claro nombre recién encendido...

—¡Centella! ¿Qué te harás cuando yo no esté aquí?

Pero, ¿era que alguna vez hubiera pensado en que un día pudiese no estar allí mientras viviera?... Cuarenta años como un camino árido, traían a este momento sentimental, nunca previsto.

Una vida dedicada a un trabajo tesonero y absorbente cuya inutilidad ahora se le revelaba de pronto, de la mañana a la noche sobre el caballo compartiendo con los peones la ruda faena, privándose de todo género de placeres, ahorrando el dinero para luego invertirlo en el ensanchamiento de la propiedad y todo para que el coronel Buitrago se la codiciase y a fin de ponerse en ella le declarase guerra que quién sabe cómo terminaría. ¿De qué valdríale haber trabajado tanto, sin más horizonte? ¿Quien iría a disfrutar del producto de sus afanes y privaciones, una vez muertos la madre y él, que ya no era joven? ¿Florentino?... Sí, y bien empleado estaba. No se arrepentía de haberse echado encima toda la carga mientras el hermano vagaba y holgaba; pero mejor estaría, ya que a Florentino con su propia parte le bastaba y le sobraba, si también algo más suyo que de él sólo pudiese esperarlo todo, fuese mañana a disfrutar de lo que él adquirió, pegado siempre a la faena, no holgando nunca...

—¡Un hijo!... Un viaje...

Pero ¿qué relación—se preguntaba—podían tener estas dos ideas para que su pensamiento no hiciese sino pasar y repasar de la una a la otra?...

—¿De qué te ha valido, *Terciopelo,* haber tenido tantos hijos? Tú los pariste, yo los vendí como bienes míos, con su producto compré más tierras para que *El Aposento* fuera la finca más grande y bonita de por todo esto; pero esas tierras aquí se quedarán y en quién sabe qué manos... Tú estás vieja y no tienes ya más gusto que el que te propor-

ciona esta sal en mi mano, que otra no te la dará... *¡Terciopelo!...* ¡Centella! ¿Acaso no estarías tan vieja y tan fea como estás si cuando eras ternera bonita se me hubiera ocurrido ponerte Centella en vez de *Terciopelo?* ¿Verdad que sí?... ¡La vida es cruel, *Terciopelo!* Nos volvemos viejos... Se nos pasa el tiempo... Lame tu sal, mi pobre vieja, que me diste tus hijos para que mañana de nada me hayan servido...

La vaca mugía y lamía y ya la tarde se iba convirtiendo en noche sobre la sabana inmensa, donde estaban quietos los caminos de los viajes largos y sin rumbo ni objeto...

—¿Cómo es que dice aquella copla de Florentino?...

¡Ah malhaya un trotecito
que no terminará nunca...

Cuarenta años como un camino árido, caían, de pronto, a esta encrucijada tardía.

VI

JUEGOS DE PALABRAS

Regresaban los vaqueros, José Luis y Florentino a la cabeza de la cabalgata y todos venían alegres. Era sábado, de llanero atardecer suntuoso, habían salido a practicar los ojeos previos para romper los trabajos de vaquerías con el alba del lunes y venían contentos, blancos y peones, porque en todos los paños de sabanas, buenas criadoras las de *El Aposento* y ya reverdecientes, se majadeaba mucha hacienda gorda todavía, a pesar de los rigores del verano ya traspuesto.

Quedáronse los peones en el caney sillero, charlando mientras desensillaban sus bestias y las de los dueños, animándose unos a otros para la fiesta con que aquella noche se celebraría el comienzo de los trabajos de vaquería; procedieron las cocineras a servirles la comida en la mesa común que bajo otro de los caneyes ya estaba puesta, y los

Coronado entraron en su casa, llenándola Florentino con la noticia optimista, a voz en cuello:

—¡Desaflíjase, vieja! Todavía *El Aposento* no está en pico de zamuro, como creían ustedes. Es mucho el ganado que vamos a vender este año y a buen precio. Porque hasta el profeta ese que ya y que se acerca por ahí nos ha ayudado, desvistiendo de gente los hatos para que sólo nosotros podamos recoger y vender.

—¡Dios te oiga, Quitapesares!—dijo doña Nico, por allá dentro.

—¡Quitapesares!—murmuró para sí misma Rosángela, que se paseaba por el corredor.

Dentro de lo normal cotidiano de una vida, el lunes y el martes y todos los demás días de la semana pueden ser siete días idénticos que con un mismo nombre podrían designarse; pero cuando la vida cambia, aunque no sea sino de decoración exterior, de lugar en el espacio, los siete primeros días son inconfundibles y creadores de duración indeterminada como los del Génesis, pues aun cuando estuviesen vacíos de acontecimientos o uno mismo se repitiese a través de todos ellos, siempre serían siete amaneceres y siete atardeceres con siete nombres distintos, como otras tantas interrogaciones abiertas y cerradas. Después, cuando ya se repiten semana tras semana, ya se necesitará del calendario para saber en cuál de ellos se vive y todos tendrán veinticuatro horas.

Yo Rosángela estaba ante el séptimo de sus atardeceres inconfundibles, y desde allí se decía melancólicamente:

—Tal día como mañana llegué a esta casa.

Porque no hay nada que repugne tanto el espíritu como la repetición del tiempo, la vuelta insistente de la misma rueda, que ya no dará, tampoco, el mismo giro, sin traer nada nuevo. Y porque al terminar su semana creadora vio con tristeza que siendo tanto el cambio habido en su existencia, sólo no cambiaba su no ser quien parecía.

En realidad aquella semana había sido de voluntaria inhibición del pensamiento de sí misma, de abandono deliberado a las impresiones de afuera: las nuevas cosas que la

rodeaban y las nuevas personas que habían entrado en su vida, o mejor dicho, de cuya vida participaba por modo casi absurdo; de aceptación irreflexiva de la nueva mentira, creada por las palabras de Florentino cuando le dijo que allí había para ella un sitio vacío, de hija y de hermana. Se aturdió para plegarse a la reiterada ficción, se comportó como si siempre hubiese estado allí y los Coronado, madre e hijos, no fueron personas extrañas, como una vida interior todavía impenetrable y un pasado desconocido, mundo del espíritu y porción del tiempo de donde se originan las mil menudencias de lo íntimo cotidiano que impersonaliza y le comunica un sentido familiar al convivir de varios seres distintos e irreductibles bajo un mismo techo: la frase dicha a medias y ya comprendida por los demás, la palabra que envuelve una intención compartida por todos, lo que significa una sonrisa, lo que apunta en un ademán, la profundidad de tiempo donde bucea un gesto al reproducir otro idéntico, del padre muerto ha muchos años y que de pronto se prolonga en el hijo que tal vez no lo conoció, iluminando de una manera especial la mirada de la madre... Se condujo como si ella entendiese todo esto, sucedido en torno suyo durante aquella semana, años repitiéndose a cada hora de todos los días, siendo lo cierto que, por lo contrario, todo se proyectaba para ella sobre un fondo de misterio o carecía de sentido, mientras más lo tuviese familiar y sencillo.

Como aquellas palabras que acababan de cruzarse madre e hijos, noticia regocijante y afectuoso comentario con que los tres se abrieron sus almas en un trivial momento cotidiano, mientras que para ella, forastera del inefable misterio doméstico, sólo fueron palabras, sonidos casi, una de ellas, la que había repetido, nunca oída hasta entonces.

Siempre se había dicho de ella que era muy mujer de su casa. Lo decían las Payara allá en la de Caracas—¿para qué la recordaba ahora?—, lo repitió a su vez Juan Crisóstomo en la de *Hato Viejo*, no hacía mucho que se lo había oído a doña Nico, todos tributándole el elogio más justo y, sin embargo, todos mintiendo, pues muy mujer de las casas ajenas era como debieron decir. Esta virtud hogareña, amor de

las cosas domésticas, materiales e inmateriales, y gozo del atareado señorío que le daban, amarras del globo cautivo de su vehemencia soñadora que sin ellas quién sabe qué vientos lo habrían arrastrado, ya había dejado sentir su influjo en la de los Coronado: pero aunque doña Nico le hubiese dicho hacía poco que ya no habría para ellos alegría ni tristeza que con ella no tuviesen que compartirlas ahora, como a forastera importuna, la habían dejado en el umbral de aquella intimidad.

Y esta reflexión vino a aumentar la melancolía que ya se había aposentado en su alma, porque con el atardecer de quel sábado terminaba su semana creadora y aún el amor no había sido hecho...

Se paseaba por el corredor, de oriente a occidente, hacia los resplandores suntuosos del crepúsculo, ruedo fulgurante entre la sabana y un largo nubarrón fuliginoso, y hacia el horizonte morado de las lejanías anochecidas; hacia allá, por donde caía *Hato Viejo,* añorante sin saber de qué, hacia acá melancólica y tan absorta a la ida como a la vuelta que de pronto se sorprendió de que al lado suyo ya anduviese Florentino de puntillas.

Y el diálogo procedió por esguinces y juegos de palabras:

—¿En qué piensa?

—No pienso, camino.

—Pues camino yo también.

—Nada nuevo para usted, caminador impenitente.

—¡Si supiera! Tengo miedo de perderme, porque no soy baquiano de este corredor.

—¡Claro! Sus viajes siempre han sido más largos y más interesantes.

—Para que vea: los de ida y vuelta cortica eran los que más me gustaban.

—¡Quién lo oyera! Como si ya hubiera regresado del primero que hizo.

—Sólo regresa el que muere.

—Pues siga su viaje, entonces. Si es que ya usted no está muerto y remuerto.

—Me refería al de la vida, que con un viaje la comparan.

—Y yo a los de sus idas y vueltas corticas, como dice.

—Lo malo que en estas de ahora no sabemos cuándo vamos ni cuándo volvemos, porque las dos puntas del corredor son iguales y todas caen hacia la sabana abierta, que es una misma cosa por todas partes.

—Pues por cualquiera de las dos puntas puede echarse a andar quien como usted no necesita rumbo.

—No será que no lo necesito, sino que no lo he encontrado. O que me han dado señas equivocadas cuando he preguntado: Compañero, ¿adónde lleva este camino?

—A ninguna parte, amigo, le respondo yo ahora. Este se acaba, ahí mismito, como dicen los llaneros.

—¡Ajá! Conque, ¿ya sabe usted imitarnos? Pero ahora yo le replico que el "ahí mismito" del llanero es estrecho que no se acaba nunca.

Mas ya esto no era jugar con las palabras solamente y Rosángela prefirió continuar empleándolas en serio:

—Es verdad. Ya había oído hablar de esa particularidad de los llaneros, para quienes nunca nada está lejos. ¿Será que carecen de la noción de la distancia, o que responden así por maliciosos, para no soltar prenda?

Pero concluyó ruborizándose y riendo como ya lo hacía Florentino mientras no le quitaba la vista, y éste le preguntó socarronamente:

—¿Qué le pasa, compañera?

—Que acabo de hacer una experiencia: no hay nada más ridículo que hablar en serio. A lo menos en ciertos momentos y con ciertas personas.

—¡Cómo es eso! ¿Es que no estábamos hablando en serio desde el principio?

—Yo no, por lo menos.

—Pues he perdido mi tiempo.

—¡Oh! ¡Qué bien finge usted lamentarlo, no habiendo hecho otra cosa en toda su vida!

Pero al cabo de una pausa que le pareció demasiado larga, habiendo sido brevísima, porque Florentino la empleó en contemplarla, agregó con otra entonación de voz:

—¡Qué buen humor tiene usted, Florentino!

Y esto rompió el encanto del juego de palabras, pues Florentino explicó que su buen humor de aquella tarde provenía de las halagüeñas perspectivas que brindaban las próximas vaquerías y, especialmente, de la satisfacción de ayudar a José Luis, cuando más necesitaba de que le arrimase el hombro a la carga y lo animase a hacerle frente a las dificultades que les suscitara el coronel Buitrago, codicioso de la propiedad de *El Aposento.*

Entretanto, José Luis dirigíase hacia la corraleja, con la sal en la mano para *Terciopelo,* que ya lo esperaba, mugiendo, en el sitio acostumbrado y Florentino, abandonando lo útil por lo afectuoso fraternal, llamó hacia aquél la atención de Rosángela:

—¡Mírelo! Primero falta la sal en la mesa de nosotros que en la mano de José Luis para *Terciopelo.* Oigalo.

Y era que José Luis decía, respondiendo a los mugidos de la vaca encerrada:

—Ya va, vieja. Ya vengo. Hoy se me hizo tarde porque había mucho que hacer. ¿Te he hecho esperar mucho por tu merienda?

Detuviéronse a contemplar la bucólica escena. Rosángela, con la sentimental complacencia que para toda cosa de ternura despierta y aviva el amor, y Florentino, sin darse cuenta de que sembraba su generosidad en el campo de José Luis, rompió a hablar de éste emocionadamente:

—Ahí tiene usted, Rosángela, al hombre mejor del mundo. El propio hombre del corazón de oro, de quien todo lo bueno que se diga es poco. Buen hijo, buen hermano, buen amigo. Y lástima que no haya querido que se le complete el elogio agregando: buen esposo y buen padre. Ya quisiera yo llegarle a la suela de sus zapatos. Y no digo yo, que soy una bala perdida, sino otros que mucho más valgan... Pero ahora caigo en que me he puesto demasiado serio, que según su experiencia de hace poco es lo mismo que en ridículo.

—No—repuso Rosángela—. Por el contrario, me ha interesado mucho todo lo que usted ha dicho. Me ha parecido muy justo.

—¿Hasta lo de la bala perdida?

—¡Por supuesto! Eso más que todo.

—Y crea que me quedé corto, por el cariño que no puedo dejar de tenerme, a pesar de todo.

—Se lo creo, se lo creo. No es necesario que se empeñe en convencerme.

Ya la conversación volvía a ser charla juguetona y así, pero al mismo tiempo obedeciendo a una íntima e indiscernible necesidad de su espíritu, la prolongó Florentino:

—Y lo peor es que no tengo remedio porque mi mal es de nación, como decimos los llaneros ignorantes. Presumo que sea causa de que José Luis, como se me adelantó en el reparto llegando primero al lugar donde se majadeaban las buenas y las malas cualidades, todo lo que valía la pena lo arreó para su madrina, dejándome a mí solamente el bichaje malamañoso.

Pero a lo pintoresco de la llanería se sobrepuso lo chabacano de la entonación, que nunca empleara ante Rosángela, y tan chocante que ésta hubo de calarle lo deliberado que había en ello y deteniéndose la advirtió, siempre en juego, pero sólo aparentemente:

—Si continúa hablándome de ese modo tan... llanero, lo voy a dejar con la palabra en la boca.

Las causas de aquel decir que motivaron esta protesta habían operado en lo profundo del ser de Florentino, hasta donde no sabía llegar su conciencia de sí mismo y fueron, a la vez, un deseo de que se le tomase como quien era, y un impulso contrapuesto a destruirse como objeto del amor y de la estimación de Rosángela. Y así continuó:

—Pero ¿cómo quiere que le hable quien entre reses nació y sólo entre ellas sabe estar?

—¡Entre reses! No venga ahora a pintárseme como un llanero muy trabajador, que digamos, cuando hasta ahora su oficio no ha sido sino...

Su natural delicadeza no le permitió concluir la frase; pero él, que ya se la imaginaba, se empeñó en oírla clara y completa:

—¿Por qué se detiene? Déme contra el suelo sin reparos.

—Pues, ¿por qué no? Enamorar percusias, como dice doña Nico. Ese ha sido su oficio.

—Así me gusta oírla. Aunque como dice mi vieja es de otro modo.

Y ella, enrojeciendo hasta la raíz del cabello, porque ya sabía cómo decía doña Nico:

—Pues ya está complacido.

—Pero vuelvo a preguntarle: ¿cómo quiere que la cabra no tire al monte ni al amor de...?

—¿Va a continuar por ese camino?

—No se vaya todavía, Centella. Yo no lo vuelvo a hacer. Digo como los muchachos cuando los van a pelar.

Dos apetencias contrarias disputábanse la voluntad de Florentino cuando le exigió que se quedara: que ella lo dejase con la palabra en la boca, conforme a su amenaza, antes de que a él fuesen a escapársele las definitivamente comprometedoras de su libertad, y que continuase prestándose a aquella conversación para volverla al punto de partida, cuando hablando como de sus viajes y sus amoríos, ya estaba diciéndole que unos y otros, querían decantarse en el remanso de reposo y turbios caños de aventuras fáciles y tontas, ya de amor verdadero a que lo condujera su primera aventura generosa. Pero no se le dió aquello.

Reanudaron el ir y venir, hacia el crepúsculo que ya se extinguía, hacia el oriente ya anochecido de estrellas, y al cabo de un rato advirtió Florentino que iban y venían en silencio y le pareció conveniente reanudar también la charla.

—¿De qué estábamos hablando?

—Yo, de nada.

—No deja de tener razón, pues hablábamos de mí, ahora que recuerdo. A lo menos yo.

—Dicen que hablar de sí mismo es muestra de pésima educación.

—Pues hablemos un poco de usted.

—¡Alto ahí! A mí déjeme tranquila.

—Entonces sigamos hablando de José Luis.

Mas como esto no tenía o no parecía tener sentido alguno, aun dentro de aquella charla por matar el tiempo, Rosángela protestó:

—Pero ¿qué necesidad hay de hablar de nadie?

—También es verdad. Con una tarde como ésta...

—Más triste no puede ser.

—Sin embargo, siempre me acordaré de ella y cuando una tarde bonita, por más linda que sea, me coja en medio de la sabana, echaré de menos ésta y lo diré con esta copla:

¡Ah malhaya quién pudiera...

—¿Con esta soga enlazar?—atajó Rosángela.

Y él, sorprendido:

—¿Cómo lo sabe?

—Me la cantó un pajarito, para que no fuera a creer en palabras de cantadores errantes que digan que ya se dejaron de eso.

—¡Ah pajarito chismoso!

Callaron, soltaron de pronto la risa, continuaron otro rato en silencio y ya a Florentino se le iba a escapar la palabra definitivamente comprometedora, cuando de la sabana vino, de la boca del becerrero que llegaba con los mautes a las corralejas y en melancólico cantar tendido en el silencio de la anochecida, aquella copla suya:

Hoy te quiero y hoy te olvido
pa recordarte mañana.
Que si me quedo contigo
yo pierdo y tu nada ganas.

Rosángela lo miró de soslayo y él, como lo advirtiese y por el coplero importuno:

—¡Condenao muchacho!

Rosángela soltó la risa y como al mismo tiempo doña N:co voceaba desde dentro que la comida estaba puesta, abandonó el corredor. Florentino se quedó pensativo y luego:

—Lo mejor es lo que sucede. ¡Y después dicen que las coplas no sirven para nada!

VII

CUENTOS DE VAQUERÍAS

Las fiestas con que los Coronado, espléndidos, acostumbraban obsequiar a sus peones en vísperas de dar comienzo a los trabajos de vaquerías tenían fama de rumbosas. Torneos de cuentos extravagantes, afición predilecta del llanero fantaseador, con buenos premios para los que refiriesen las más extraordinarias aventuras de su vida real y fantástica de río y sabana, gran comilona a medianoche, buenas bebidas, coplas y corridos de Florentino y baile hasta el amanecer, para lo cual siempre se escogía un sábado. Que ya pasarían todo el domingo siguiente y varios días más saboreando el gusto que se dieron, porque el marrano horneado y las otras viandas estaban de chuparse los dedos, como todo lo que condimentaba doña Nico; porque hubo cola y cerveza y hasta pepermín para las mujeres, y ron, vino y copita de brandi para los hombres, y buen carato y ricos dulces de limón y de lechoza, hechos en miel de abejas; porque la música fue de arpa, cuatro y maracas para el joropo, guitarra grande y bandurrias para las polcas y las mazurcas que se hacían tocar los viejos, dándose de finos, por habérselas visto bailar a los blancos de antes, y para los pasodobles y los foxtrotes con que los jóvenes, criollos parejeros, presumiendo de modernos, ya gustaban entreverar el golpe y el joropo nativos.

Pero la fiesta de vaquerías de aquel año tenía para los Coronado una importancia especial; sería la iniciación de Rosángela en el contacto con el alma popular llanera, pues mientras estuvo en *Hato Viejo* no se lo procuró Payara. Los días pasados en *El Aposento* la habían hecho comprender que sin tal compenetración con la ruda y candorosa existencia del peonaje, nunca compartiría la verdadera intimidad de los Coronado, cuya vida familiar hasta allá se extendía

patriarcalmente, y así manifestó deseos de presenciar aquella fiesta típica desde que oyó hablar de ella.

Ya estaba iluminado y adornado con las flores sabaneras de la estación el caney donde sería, primero, el contrapunteo de cuentos entre los ancianos que concurriesen a la reunión, a disputarse el premio de la novilla ofrecido por José Luis, y luego el de cantadores, en el cual uno de los peones se mediría con Florentino, acompañando con las maracas el joropo de arpa y cuatro. Ya las mujeres del servicio y las de los peones, engalanadas y chachareando, ocupaban los bancos colocados a lo largo del caney, en uno de cuyos extremos estaban las sillas de cordobán que ocuparían los "blancos", mientras los nombres remolineaban en torno a los viejos que tomarían parte en el torneo de anécdotas extraordinarias, animándolos y enardeciéndolos.

Y eran: Tereso Coromoto, el de Paso Armeaño, y Juan Belén, el de El Guamacho, y Efigenio, el de Laguna Guandalera, y Dimas Mangoemé, el de Buscarruidos, llaneros viejos de mucho pasaje sabroso y mucho embuste estupendo.

Llegaron vestidos de gala y a la manera de sus tiempos, con la larga camisa de crea blanca que les llegaba a las corvas, de mil alforjas menuditas en la pechera, espalda y mangas y con botonaduras negras. Llegaron lozaneando, porque eran viejos de buen humor, y el más jacarandoso era el más anciano, Tereso Coromoto, que en sus mocedades fue caporal de sabana de Manuel Coronado, vaquero de treinta toros por día tumbados y capados.

—¡Guá, ño Tereso!—exclamaron los peones del hato al verlo llegar y por buscarle la lengua—. ¿Usté también compite este año?

—¡Y los que faltan! ¿Qué se están imaginando ustedes, mautes culoscagaos? Aquí está el toro de las pampas, que todavía pita. Vengo por la novilla del premio ofrecío por los blancos, que nos la vamos a comé mañana mismo en Paso Armeaño, donde ahora me tienen arrumbao, que y que de veguero, por envidia. Ya van a vé los otros muchachos que se van a pegá conmigo esta noche, si es verdá que entuavía mancha el cambur verde del Paso.

—Escuche, ño Juan Belén—prorrumpieron los peones—. ¿Qué dice usté a eso, ño Efigenio? ¿Y usted, don Dimas?

—¿Yo? Que manque soy de Buscarruidos, no lo formo antes de tiempo, como ese viejo bochinchero, sino que a la prueba me remito, porque ansina mismo llegó lozaneando el año pasado y, sin embargo, no pudo supiritarme.

—El año pasado ya va lejos, compae Dimas—repuso Tereso—. Don Florentino, que es gran perito, dirá esta noche quién es quién.

Y luego a los peones:

—¿Qué hubo, pues? ¿No hay en esta casa quien le haga honores a la concurrencia? Echeme el trago, que se me sangra el gallo.

—Arrímese al botiquín. Por ahí hay una botella de brandi especial pa los cuentaembustes.

—¡Una botella pa cuatro! A menos que los otros no beban. Denme mi parte completa desde ahora.

Y todos los hombres y mujeres celebraban con grandes risas las cosas de ño Tereso, que siempre estaba de buen humor, con sus ochenta y pico cumplidos.

Ya estaban los blancos en el sitio de honor. Tomaron asiento los contendores del rústico certamen, se hizo silencio y Florentino preguntó:

—¿Quién rompe?

—¡Guá, chico!—exclamó Coromoto—. ¿Quién va a sé? El que se llevó la ternera el año pasado, porque la de éste es pa mí y voy de último.

—¡Ah viejo faramallero!—intervino doña Nico.

—Oigan a la blanca echándoselas de muchachita. ¿No le digo? No hay pior cuña que la del mismo palo.

—Bueno—dijo Florentino—. Salga alante don Dimas con lo que traiga en el buche.

Carraspeó el viejo y apoyando sus curtidas manos de veguero sobre el garrote, comenzó así:

—Esto fue en el mes de febrero. Cuando florece el masamoso de la flor rosada en forma de campana y a lo lejos se distinguen los méanos de la sabana, que con el reverberar del sol parecen grandes montones de oro.

Prodújose un murmullo de aprobación y Florentino exclamó:

—¡Acomódense, muchachos! El de Buscarruidos viene arreando bonito.

Juan Belén y Efigenio sonrieron con desdén. Tereso murmuró algo malicioso que sólo oyeron los que estaban junto a él y con grandes risas se lo celebraron y el narrador prosiguió:

—El mes en que al veguero del Orinoco...

—¡Ya salió el Orinoco!—murmuró José Luis.

—...lo obliga el frío a abandonar el chinchorro y acostarse en la arena de las playas. El al levantarse se para, dándole el frente al río, bosteza, se rasca la barriga por encima de la franela, ve la Cruz del Sur, suspira y piensa en el mes de marzo.

—¡Oído al golpe!—exclama uno de los oyentes entre el murmullo aprobatorio que corre por el caney.

Y Dimas continúa, alzando la voz, engreídamente:

—No por el mes, propiamente, sino por los terecayes, que ya saldrán a poner sus sabrosos huevos en la caliente arena de las playas. En una ocasión se fue un veguero orinoqueño a velar unos terecayes en una confluencia del río.

—¿Y ya estamos en marzo, compañero?—interrumpe Tereso Coromoto—. ¡Qué ligero se acabó febrero!

El auditorio suelta la risa, Dimas se amosca, hace:

—¡Jm!

Y prosigue, sin hacer caso de la chirigota:

—Dije mal. No fue en una confluencia del río, sino en una boca seca que por allí daba al Orinoco. El veguero no encontró ná, por más que agujereó toa la playa con su puya y viendo que estaba perdiendo su tiempo, aunque ná de mayor provecho tenía que hacé, se acostó en la playa.

—¿Y se quedó dormío?—insiste el viejo Coromoto—. Yo como si conozco ese pasaje.

Otra vez las risas. Rosángela como si le hiciesen cosquillas. Dimas miró de sosolayo por encima de los hombros, desdeñosamente, al compañero bromista y continuó:

—Tan profundamente dormío que cuando dispertó cre-

yó que tenía una pesadilla, porque sentía un gran peso sobre la boca del estómago; pero al pelá los ojos cató de vé que era un caimán que le estaba pasando por encima.

—¡Ah caramba!—prorrumpe el auditorio—. En buen apuro está poniendo usté a ese veguero.

—El no se asustó, paque vean, sino que se quedó quietecito hasta que el caimán le acabó de pasá. Pero lo grande es que serían como las doce y minutos del día cuando el veguero abrió los ojos y se vio con tan terrible fiera encima..., y cuando dejó de sentí el peso sobre la boca del estómago, ya las cabrillas estaban serenitas donde endenantes estuvo el astro encandilador.

—¡Doce horas pasándole por encima!—prorrumpió el auditorio—. Ave María Purísima! Ansina sería de largo ese caimán.

—Tres leguas por lo menos tendría—comenta Efigenio.

—Tú que lo dices—repuso Dimas—. Tu boca sea la medida.

Y luego, dirigiéndose hacia los Coronado:

—Ahí queda eso, señores peritos, pa el que lo quiera recogé.

—¡Bueno es!—aprobó unánimemente el auditorio.

Pero Tereso Coromoto objetó:

—¿Y la flor del masamoso y los montones de oro, qué tenían que vé con el tamaño del caimancito, ese, compae Dimas?

Ya Rosángela volvía a soltar la risa, por la gracia que le hacía el viejo armeañero, pero hubo de contenerla, pues el de Buscarruidos replicaba, refiriéndose a ella:

—Eso lo van a ilucidá los peritos, compae Tereso. Ca uno se adorna a su manera, contimás que esta noche es menester vestirse de gala porque hay oídos finos escuchando este contrapunteo. Y vamos a callarnos porque ya Juan Belén se está aclarando el pecho.

—Esto jue también en el mes de febrero, pero no en el costo del Orinoco, sino aquí mismito—dijo el de la vega de El Guamacho—. Y advierto desde ahora, por si acaso los preguntones, que mi cuento viene adornao como para

que lo escuchen los oídos finos que acaba de mentá, con mucha sindérise, mi compae Dimas.

—¡Muy bien dicho, compae Juan Belén!—murmuró el aludido y, luego, volviéndose hacia el guasón de Tereso—: Chúpate ésa.

—En el mes en que tiene que está alerta el quesero con los muchachos becerreros, porque esos pajalitos de zaeta de bajío debajo de esos hermosos guayabales, cocodemonales y chigales, invitan al pobre becerrero a tumbarse bocarriba y escuchá el canto del serafín de los cielos, y entonces lo asalta Morfeo y lo cobija con sus alas.

—¡Muy bien!—aprueba el auditorio—. Muy bien, ño Juan Belén. ¡Así se mete el caballo, arrempujando contra el toro!

—Lo cobija en sus alas, pero no lo defiende del quesero, que cuando ve llegar becerro al chiquero antes de la hora, malicia y se va paso a paso, buscando por entre el monte, hasta que encuentra al pobre muchacho en los brazos del sueño y le sacude el mandador, diciendo...

—¡Pereza por tu picacho, suéltame este muchacho!—interrumpe a coro la concurrencia.

Y Rosángela siente que una oleada de emoción le llena el pecho.

—En este mes también florea el árbol de carnestolenda y contemplando sus hermosas flores amarillas pintás en el azul del cielo, me quedé yo dormido esta vez de mi historia, que no es cuento, sino que a mí me sucedió. Me quedé dormío y cuando me dispertó el verso del quesero que me había formao un verdugón en las canillas, jue tanta mi indinación que, olvidándome de que era persona mayor que yo, me levanté furioso y lo primero que vi a mi lado jue una matica de cimbrapotro. Le di un tirón y se la sacudí al quesero con toda mi juerza, que no era mucha, por cierto. Se enfureció él y me sacó el mandador por el cabo, acomodándomelo en la pata de la oreja, que entuavía me dura el zumbido.

—¡No venga, viejo! ¿Con el tiempo que hará de eso? —objeta Florentino.

—Sí, niño. Entuavía me dura. Pero entonces lo que sentí jue que el alma se me separaba del cuerpo. Y aquí viene la gran rareza de mi pasaje. Yo sentía al mismo tiempo mi alma volando hacia el cielo y mi cuerpo tumbao en la tierra patas arriba y al lado dél el quesero sacudiéndome por los brazos, soplándome los oídos y dándome a olé un terrón mojao con sus orines.

Un murmullo de risas recorrió el auditorio, a tiempo que doña Nico, guiñándole el ojo a Rosángela:

—Ya apareció aquello. No podían durar mucho los adornos.

—Pero dejemos al quesero con su terrón—prosiguió el narrador.

A lo que murmuró José Luis:

—Me parece muy bien pensado.

—Lo grande jue que de pronto me jallé en una casa, como si junto al Cunáviche, que tenía en el patio un arbolito de astromelia debajo del cual estaba sentada la más linda mujé que he visto en mi vida. Digo mal. Que había visto hasta esta hora y punto en que la niña Rosángela nos adorna esta fiesta con su presencia.

—¡Ajá!—exclama uno de los peones—. Así se remienda un trapo con una tela de seda fina.

Mientras Florentino:

—¡Guá, viejo! ¿Todavía se acuerda de echar flores?

—¡Je, je!—hace Juan Belén, y prosigue—: Aquella linda mujé, que su color compitía con el del mármol, tenía en sus blondados cabellos negros una diadema de brillantes y en su pecho una estrella de cinco picos. Su calzado eran sandalias con correaje de raso fino y su vestido una túnica de gasa, que dejando ver todo su esbelto cuerpo, nada se traslucía que no se pudiera mentá en esta reunión.

—Pues con no haberlo mentado tenías, Juan Belén—dijo doña Nico, y todos soltaron la risa, incluso Rosángela.

—Es verdá. Y sigo yo mi cuento, que es historia como ya tengo advertío. Me llama aquella lindura y me dice: —Aquí estoy esperándote, Juan Belén.

"—¿Y tú, quién eres?—le preguntó, dándole el tú como muchacho parejero al fin.

"—Yo soy la Muerte—me responde.

"—¡La muerte y tan bonita! ¿Y por qué te pintan entonces como un esqueleto?

"—Cosas de los curas—me contesta—. ¿Crees que si yo juera tan fea naiden se vendría conmigo cuando lo llamo?

—Y en diciendo asina me cogió la mano y me remontó por los aires. En esos momentos recorrí todo mi pasado hasta que llegué donde estaba mi cuerpo, al cual le estaban poniendo unas ventosas y aplicándole unas sajas. Pero de pronto cato de vé que al lao mío estaba parao un anciano, con un manojo de llaves en su mano derecha y preguntándome:

"—¡Guá, Juan Belén! ¿Qué haces tú por aquí, muchacho? ¿Cuándo llegaste?

"—Endenantico—le contesté—. No hace ná que me han traído pacá.

—Y yo que digo esto y el viejo que chasquea la lengua y dice: "¡Miren cómo está mi cabeza! Jue una equivocación, Juan Belén." Y llamando a un jovencito que estaba sentado por allí cerca le dijo: "Mira, muchacho, espanta ese alborotón de perros."

—¿Cómo es la cosa, ño Juan Belén?—interrumpen en el auditorio—. ¿Qué perros eran esos que no nos los había presentao?

—¡Si es verdad, chico! Se me olvidaba decir que cuando llegué a las puertas celestiales me salió ladrando Cancerbero por sus tres cabezas. Que es como si jueran tres perros distintos en un solo can verdadero.

Se propagó un murmullo por el auditorio, hizo Rosángela un gesto de extrañeza y Tereso Coromoto, como lo advirtiese, sopló al oído del narrador:

—Tenga cuidao, compae. Mire que la niña de la capital ha dado un respingo al oírle mentá ese perro.

Pero Juan Belén estaba muy seguro de sus letras, no leídas, porque era analfabeto, pero caídas en El Guamacho

quién sabe cuándo ni cómo y sonriendo de los temores del armeañero zumbón, prosiguió:

—Luego, el hombre de las llaves ordenó al susodicho joven: "Andate en un saltico a casa de Arapo y dile que no corte el hilo de la vida de este muchacho y si ya lo ha cortao, dile a Cloto que lo vuelva a empatá y a Laquesis que lo devane."

—¡Oiga el golpe!—murmuró Florentino, mientras el auditorio exploraba en el rostro de Rosángela si aquella sonrisa era de burla o de admiración.

Pero a pesar de Atropos—alguna alteración debían de sufrir las letras de Juan Belén—éste continuó engallándose:

—En ese momento apareció un hombre bastante blanco, cara redonda, ojos azules y cabellos amarillos, vestido con traje militar a la antigua, túnica roja con botonadura de oro y encima una gorila resplandeciente.

Aquí sí soltó la risa Rosángela y todos la imitaron, por si acaso; pero el narrador no se inmutó:

—Bueno, pues. Vestido como una sota de baraja. Pero tenía en su mano una balanza de esas de botica, pero mucho más grande, y en la otra una espada, sin lomo y sin filo, y le preguntó al de las llaves: "¿Hay que pesar a Juan Belén, Pedro?"

Ya eran carcajadas las que no podía contener Rosángela, pero de buena gracia que le hacía aquella llanera entonación en boca de personajes celestiales.

—¡No, Miguel!—prosiguió el narrador—. Todavía no. Hay que devolverlo pa su casa. Pero aprovecha y dale una carta pa don Manuel Felipe de Tovar y otra pa el mariscal Malcón, que son ahora los chivatos de las circunstancias en Venezuela, recomendándoles que dejen esa guerra y no jeringuen tanto a sus súbditos. Porque esto que vengo refiriendo jue en plena federación, que se me olvidaba alvertirlo.

—¡Ay, Juan Belén!—suspiró doña Nico, entre el coro de exclamaciones aprobatorias—. ¡Qué bueno que hubiera sido más reciente ese viaje tuyo al cielo, a ver si de allá mandaban ahora otras cartas como las de tu cuento, pues si ya no hay

guerras hay coroneles Buitragos, que bien se merecen un regaño de arriba!

Y con esto y los comentarios del caso, concluyó el turno de Juan Belén, el de El Guamacho. Que si no le quitan la palabra habría referido el paseo que San Pedro le permitió dar por los campos celestiales, antes de regresarse a los de su tierra, y en donde se encontró con los libertadores y con ellos departió sabrosamente sobre la política venezolana de los días del cuento, que era la parte de éste que mejor preparada tenía.

Pero Florentino le pasó la palabra a Efigenio, el de Laguna Guandalera, quien después de haberse rascado la cabeza, dijo:

—Mira, Florentino. Yo tráiba también mi cuento pa obsequiá a la niña Rosángela y demás concurrencia. ¡Cómo no! Pero... francamente, se me ha trambucao el bongo al escuchá el cuento del compañero Juan Belén, que está de más de bueno. Que se gane él la novilla. Otro día será pa mí.

En realidad lo que le sucedía al taimado Efigenio era que había visto las barbas del vecino ardiendo, cuando la extrañeza y la risa de Rosángela, pues en el cuento que traía preparado figuraban nada menos que los Doce Pares de Francia y algunos personajes del *Mártir del Gólgota,* conocidos de oídas en boca de otros narradores, y no estaba muy seguro de quiénes eran quiénes y cómo se llamaban realmente, ni quería exponerse a las risas de la "niña de la capital", que con todo y ser muy simpática, burla siempre es burla y sus años no estaban para eso.

—¡Uno que se derrota!—dijo ño Tereso—. Ya esa ternera es mía. Voy por ella, que como ya lo he prometío, nos la comeremos mañana en casa todos los aquí presentes.

—Vamos a verlo. No cante victoria antes de tiempo—murmuraron los que ya habían echado sus cuentos.

Rebulló el auditorio, que ya conocía la especialidad de los de Tereso Coromoto, cambió éste una guiñada maliciosa con Florentino, apoyó sus gruesas manos sobre el garrote de puño de cuero trenzado, una encima de la otra y sobre aquélla la barba temblequeante, quedóse así un rato en silencio, sonrió

de su picardía ya elaborada, se aclaró el pecho y comenzó en tono zumbón:

—¡Señoras y doncellas y caballeros todos! ¡Ejem! He de alvertil, antes de rompé con el cuento, que en el mes de este sin igual sucedió que voy a tené el gusto de referil, no florean sino los caramacatales y los guaterales, que como todos sabemos, la flor de los primeros jiede, más que güele, a cuero seco y la de los segundos... a no se diga...

Y empezaron las risas que ya no abandonarían sus palabras.

—¡Ah caramba!—murmuró José Luis—. Este año Tereso tiene su embolado y nos va a hacer pasar un mal rato.

—Que por cierto entuavía no he podío averigual en qué consiste esa gran particularidá de que las flores del guatero. que como digo...

—No lo repitas—atajó doña Nico, aunque a ella también le hacían cosquillas las malicias que se le adivinaban al viejo—. Deja quietas las flores y sigue adelante.

—Es que sin hablá de ellas no se van a explicá bien ciertos olores que se van a sentí más alante. Pero, bueno. Vamos a complacé a la blanca. ¡Ejem! Eso que voy a referil fue —según la cuenta que tengo llevá en una tarja, allá en casa, donde mañana todos los aquí presentes lo puén comprobá— hace veintidós años, tres meses, catorce días y diez horas, a la de ésta, poco más o menos.

—¡Así se precisan las verdades!—comentaron los oyentes.

—Yo salí como si a matá un venao, en junto con mi compae Agapito, el de Méano Carmonero, que en estos días paraba con nosotros en el Paso. Cogimos un bongo, río arriba y empezamos a canaleteá. ¡Ruás, ruás! ¡Ruás, ruás! ¡Ruás, ruás!

—Basta, viejo—interrumpió uno de los peones—. Suelte el canalete, y acabe de atracá, que se le va a di el venao.

—¡Je, je! Yo con mi escopeta maquiritana y el compae con un machetico tocón y asina nos internamos por el monte del costo, pa dí a reventá a una culata e sabana donde se majadeaban muchos venaos. ¡Ah! Se me olvidaba decí que el venao que yo quería matá era uno blanco que y que estaba

apareciéndose por aquellos comederos, no siendo un venao propiamente, sino un cristiano encantao. Por la trocha del monte que cogimos llevábamos como si a la derecha el caramacatal y como si a la zurda el guateral susodicho, ambos floriaos y yo ya mariao con la jedentinita de los dos. ¡Je, je! Ibamos distraídos, conversandito sin que nos pasara por las totumas de los embustes la idea de que por allí pudiera habé un tigre, como en efecto lo había y cebao, por más señas, y cuando acordamos se estremece el monte que llevábamos a la derecha y se nos barajusta encima esa profundidá de animal como dice mi compae Florentino. Yo, que iba alantico, cuando cato de verme cara a cara con él no pude sino decirle: "¡Tigre el c...!" ¡Je, je! Ya se me iba a escapá la palabra. Bueno, no puedo repetil ahora cómo le dije, porque hay damas escuchándome, pero le solté una palabra fea. De eso puén está seguros todos los que me oyen.

—Y sin necesidad de que lo jures—intervino doña Nico—. Como también lo estamos de que no terminarás tu cuento sin que la hayas soltado. Pero no te preocupes: por mi parte estoy acostumbrada a esas palabritas...

—¿De oílas o de decilas, blanca?

—De las dos cosas. Y si es por Rosángela, ya le advertí que se taponara los oídos.

—¡Ah, blanca y sus cosas! Y sigo mi cuento, antes de que se me vaya el tigre. Yo que digo como queda sobrentendío y mi compae Agapito que empieza a escobillá, como si asustao, sarandeando su tocón y preguntándome: "¿A..de está el tigre, compae, que no lo veo? Yo lo que siento es que el guateral como si ha floriao toitico de un golpe."

—¡Dale con el guateral!—refunfuña José Luis, mientras los oyentes se desternillan de risa, sobre todo Florentino, cuyas carcajadas arrastran el sonreír azorado de Rosángela.

—Bueno, pues, Empezamos a bregá con el bicho y gastamos catorce horas. Fíjese, señor perito. Dos más, sin contá los minutos, que las del caimán de mi compae Dimas. Pero esa maquiritana se portó. ¡Sí, niño! No falló ni un tiro. Pero lo grande no fue eso, sino que cuando regresamos a casa, a la mujé mía le pegó el jedor del tigre y me preguntó: "¿Tú

qué tienes, Tereso, que estás tan jediondo a camaza?" Yo no quería referirle el lance que habíamos tenío, porque como estaba de cinco meses—no de nacía, por supuesto, sino de otra desgracia que le había pasado y muy ñerbosa—me pareció que era una imprudencia. Pero ¿quién pué con la curiosidá de una mujé, contimás si se halla como se hallaba la mía en ese entonces?

—Deja los comentarios, Tereso—intervino una vez más doña Nico—, y sigue con el cuento.

—Si no es mejor que lo deje ya de ese tamaño—agregó José Luis.

—¿Que lo deje? ¿Cuando ya no me falta ganame sino el rabo de la novilla? Yo lo que voy a hacé es precipitá la cosa, que ya está encima. Digo que yo no quería explicá la causa de aquel olor de camaza, pero tanto se empeñó la mujé mía que tuve que decile lo que había ocurrío, pa quitarme de encima tanta jeringa a causa de la jedentinita. Y eso que ya mi compae Agapito se había bañao pa quitarse el perfume de las flores del guatero.

—Basta, Tereso—dijo José Luis.

—Aguárdate áhi, chico. ¿No te digo que ya estoy terminando? No me destocones el pasaje. Referí lo del tigre que habíamos matao, pero más vale que no porque a la mujé me le dio un ataque ñerboso, de imaginase que la fiera me hubiera espiazao y le entró una vomitadera y una chinchurriadera que a la hora de éstas entuavía no se le ha cortao. Que es lo más singular de la gran particuaridá de este pasaje, que ya se ha acabao. Porque hasta aquí me trajo el río y ahora le toca al perito decí si merezco la novilla, pues todo no pué sé poesía, como lo del compae Dimas con sus flores de masamoso y sus méanos de oro. La vida tiene también sus cosas feas y es menestel contalas.

Pero antes de que Florentino dictara su fallo, doña Nico opinó:

—La novilla se la ha ganao Juan Belén; pero a Tereso hay que darle también su merecido y nada más apropiado que un marrano.

—Bueno, blanca—repuso el viejo jovial y redicho—. Co-

mo también es carne que nos podremos comé mañana, venga el marrano. Que en siendo gordo, manque sea grande.

Luego, poniéndose en pie y dirigiéndose a Rosángela, después de haber exigido silencio a la concurrencia que con gran bullicio celebraba su pasaje:

—Usté me perdone, niña, si mis palabras han molestao sus oídos hechos pa escuchá finezas; pero Florentino me picó el ojo pa que soltara la lengua y como ahora vuelve a hacerlo, voy a vé si entiendo lo que me quiere decí:

Pero malicias de viejo
ni ofenden ni mortifican.
Su novio el ojo me pica
pa que le diga en un verso
lo que siente ño Tereso
ante el ángel y la rosa:
gran cariño y gran respeto.
¡Siga la fiesta rumbosa!

VIII

UN ZARPAZO DE BUITRAGO

Pero mientras así reinaban en *El Aposento* la alegría y la confianza, allá en su Jefatura Civil del Distrito en cuyos términos estaba ubicado el hato, Buitrago se desperezaba y distendía la garra.

Era Dionisio Buitrago el mismo Jefe Civil que, antes de arruinar a los Bejaranos, ya había arruinado, entre otros, a Juan el veguero.

—Mire, don José Luis—le había dicho hacía algún tiempo—. Véndame *El Aposento,* pero véndamelo barato.

—Pero, coronel—hubo de replicarle aquél—, si ni barato ni caro quiero yo venderlo. Además, no soy su único dueño y necesitaría el consentimiento de mi madre y de mi hermano, quienes tampoco están dispuestos a desprenderse del hato a ningún precio.

—¡Ah caramba, don José Luis! ¿No ha oído decir que cuando a uno le proponen comprarle algo debe venderlo *in-*

continenti, pues si no después tendrá de qué arrepentirse? Escúcheme si no este pasaje, no más, como dicen ustedes los llaneros, que le ocurrió a un compadre mío, allá por los lados de El Chaparro, donde yo era Jefe Civil en ese entonces, recién empezandita mi carrera política. Tenía el hombre una mula caureña muy buena moza y caminadora, que a mí me gustaba, y le propuse comprársela; pero el compadre se empeñó en no vendérmela y al día siguiente no más le amaneció enferma y allí mismito se le murió.

Dionisio Buitrago no era propiamente un cínico, o a lo menos pura y simplemente un cínico, sino que se las daba de muy ducho en el arte de bellaquerías, imaginándose que nadie sería bastante astuto para penetrarle sus entresijos y así hablaba de ellas con la fruición del disfrazado que se presenta como quien es para desorientar a quien pueda reconocerlo.

Pero ya José Luis estaba en el secreto de aquel ardid, y así repuso, intencionadamente:

—¿De qué moriría, coronel?

—¡Yo qué sé, don José Luis! Cosas raras que pasan en la vida. ¿Sabe? Digo que será por aquello de que las cosas y que no son de su amo sino de quien las necesite.

Y rió sabrosamente, para agregar en seguida:

—Pero no vaya a imaginarse que fuera porque yo le echara maldeojos. Pues por ahí dicen mis enemigos que y que tengo esa propiedad. ¿Sabe? Lo que puedo asegurarle es que partía el alma ver muerto aquel animal tan hermoso.

—Me lo figuro. Muy buena mula sería para que usted se enamorara de ella y barata quería comprársela a su compadre.

—Voy a decirle, don José Luis. Eso de barato y caro es según el cristal con que se mire, como dice el verso. Si no, vea lo que les pasó a los Bejaranos. ¿Sabe? Les pareció poca la plata que les ofrecí por *Las Juajuitas,* que no son sino unos pañitos de sabana, y, sin embargo, van y se meten a gastar un platal en una revolución. ¿No le parece mucha temeridad de hombres, don José Luis? Ellos que siempre habían sido gente de trabajo y de orden, como ustedes los Coronado, ver-

bigracia. O, mejor dicho, como usted, pues Florentino no se ocupa sino de sus coplas. Que son muy ocurrentes y muy sabrosas, por cierto. No se imagina usted lo que me gustan. Con decirle que no hay parranda ni joropo donde yo llegue y no me las haga cantar. ¿Sabe? Hasta ésas donde me zumba unas punticas tapadas, como dicen por aquí, muy ocurrentes también y con mucho consonante bueno. ¿Sabe? Pero, volviendo a lo de los Bejaranos. ¿Qué les sucedió, don José Luis? Que después mandaron a proponerme la finquita por menos de lo que yo les había ofrecido endenantes. Yo sé que por ahí dicen mis enemigos que fueron calumnias mías que les levanté, para hacerlos meter en la cárcel y arruinarlos. Pero yo tengo mi conciencia tranquila. ¿Sabe? No sólo no es verdad eso, sino que no quise aprovecharme de que ya estaban presos y les pagué por *Las Juajuitas* lo mismo que endenantes les había ofrecido, cuando estaban, como dicen ustedes los llaneros, vivitos y coleando. Que también lo decimos nosotros. ¿Sabe?

La última frase fue cabalística, pues quizá aludía a dos campos ya separados hacía poco tiempo: los que querían conservar algo de lo cual viviesen o con lo cual estuviesen encariñados, y los que se proponían despojarlos de ello, a bajo precio y por la fuerza que los asistía. Pero lo original y exclusivo de Buitrago eran aquellos ¿sabe? que intercalaba en sus discursos y que tenían una singular virtud intranquilizadora, pues aunque parecieran completamente superfluos daban la impresión de un relámpago que por momentos iluminase una caverna habitada por seres torvos y acechantes.

Pero si José Luis Coronado no era pusilánime, tampoco carecía de prudencia, y ésta le aconsejó que interpusiese alguna valla entre tal caverna y sus amenazados intereses. Como lo hizo acudiendo al Presidente del Estado en demanda de que le hiciera comprender a su subalterno que *El Aposento* no estaba en venta y, por tanto, debía quitarse de la cabeza la idea de comprarlo.

Nada más inútil, sin embargo, pues lo personal de las apetencias del Jefe Civil ajustaba perfectamente con el engranaje del plan político que a la sazón se venía desarrollando

y que consistía en arrancar las raíces de la revuelta armada mediante la adquisición—por los que componían el Gobierno y sus adictos insospechables—de las propiedades agrícolas y pecurias que habían sido y pudiesen continuar siendo las bases de operaciones del feudalismo caudillista, gracias a las facilidades que brindaban a sus dueños, por lo general caciques políticos, para la tenencia de armas y para el mando que les permitía sobre peonadas que en el momento dado pudiesen convertir en tropas. Ya la revuelta armada parecía definitivamente desterrada del país, pues habían desaparecido todos aquellos caudillos, y, por otra parte, los propietarios de *El Aposento* nunca la dieron por ella, excepto aquella pequeña cooperación monetaria que Manuel Coronado prestase al doctor Payara; pero siempre podría alegar Buitrago que estando la finca en manos suyas, todo posible peligro de alzamiento con peonadas coronadeñas quedaría desvanecido. Y ahora sí que se explicaba aquel "nosotros" que empleó hablando con José Luis.

Y así cuando el Presidente del Estado le dijo:

—Mira, Dionisio. Por aquí estuvo José Luis Coronado. Deja tranquila a esa gente, que es pacífica y de trabajo—, pudo replicarle.

—No digo que no lo sea, General; pero seguro mató a confiado, dice el dicho, y en *El Aposento* se pueden movilizar algunos hombres en un momento dado. Además, yo lo que quiero es comprarles y a buen precio. Que si les parece poco lo que les he ofrecido no veo que haya motivo de queja, porque en materia de negocio todo se puede proponer y con no aceptarlo basta.

—También es verdad—dijo el Presidente.

Y así quedaron las cosas peor que antes, pues Buitrago se propuso adquirir *El Aposento* como había adquirido *Las Juajuitas.*

Ya con este plan supo que los Coronado habían hipotecado el hato, y desplegando todo lo tortuoso de sus habilidades logró que el acreedor hipotecario se allanase a venderle su acción; pero diciéndole:

—Eso sí, aunque ya es negocio cerrado entre nosotros,

del cual usted no se echará para atrás, avísele a los Coronado que va a traspasarme la hipoteca y así cumple con la amistad que tiene con ellos. Que también podría suceder que ellos encontraran manera de rescatarla antes con antes, si no les conviene o no les agrada tenerme por acreedor. Que no sería imposible, pues ya sé que en este año se disponen a coger mucho ganado.

José Luis recibió aviso, pero condicionado por un plazo de rescate tan perentorio que muy pocas esperanzas de parar el golpe podría abrigar, y, por su parte, ya Buitrago había encontrado la manera de defraudárselas. Había recibido órdenes del Presidente del Estado para que, de concierto con los demás Jefes Civiles de la región, procediese a la captura de aquel agitador de la tranquilidad pública que, llamándose profeta, hacia allá se encaminaba, y dispersase la gente que lo seguía, obligándola a regresarse a sus hatos respectivos, propiedad de amigos del Gobierno la mayor parte. Y esto le deparó la ocasión para impedirles a los Coronado los trabajos de vaquerías a que se perparaban, con la esperanza de que el producto del ganado recogido en ellas les permitiese rescatar la hipoteca.

Llamó al comisario Cardona y le ordenó:

—Necesitamos reclutar unos veinte y pico de hombres y en *El Aposento* los hay. Llévese diez bien armados, mañana antes de que amanezca, con cabestros suficientes como para amarrar a los que se resistan y arréeme para acá a los coronadeños con todo y sus bestias respectivas, porque mañana mismo tenemos que ponernos en campaña contra el profeta ése que y que viene acercándose por ahí.

Las noticias llegadas al pueblo aquel mismo día eran de que, desvanecidos junto con las humaredas de la sabana los temores de fines de mundo, a causa de la entrada de aguas que ya no consentirían candelas, todos los secuaces del profeta se habían dispersado y regresado a sus hatos respectivos, y que él mismo había embarcado en un bongo, Arauca abajo, hacia el Orinoco, y así repuso Cardona:

—¡Guá! ¿No y que se había desperdigao toa esa gente?

—Haga lo que le ordeno y no replique. Mañana al amanecer debe estar usted cayendo sobre *El Aposento.* Allá están emparrandados esta noche y cuando usted llegue probablemente estarán durmiendo y así los cogerá mansitos. Lléguese con tiento, de todos modos, no vayan a enmatársele si lo descubren.

Así lo hizo el comisario Cardona, que era un zambo peón de los Bejaranos, a quien por sus buenos servicios en la intriga mediante la cual se apoderó de *Las Juajuitas,* Buitrago había investido de autoridad, poniéndole un sable en la mano, con lo cual ya podía desatársele todo lo que de déspota tuviese por dentro esperando su hora.

Afortunadamente no estaban por allí los Coronado, quienes, como de costumbre los domingos, habían salido desde el amanecer a cazar tigres a lazo, su deporte favorito; ni tampoco todos los peones—los más de los cuales se habían ido con Tereso Coromoto a empatar el baile con la parranda en Paso Armeaño—sino unos seis sobre quienes cayó el comisario por sorpresa.

Ya los tenía sobre sus propias bestias, maniatados, cuando a las voces que daban sus mujeres apareció doña Nico y encarándose con el comisario lo increpó:

—¿Y eres tú, hijo del pueblo y llanero de por aquí mismo, quien viene a cumplir esa orden arbitraria contra tus iguales? ¿Por qué no amarraste más bien con esos mismos cabrestos al que te mandó a cometer esa otomía?

—Ansina es la cosa, vieja—dijo uno de los coronadeños, ya indefensos—. ¿No has oído decí que no hay pior cuña que la del mismo palo?

Mientras Cardona replicaba:

—Subalterno es subalterno, señora, y no le toca sino obedecé. Vaya si quiere a quejarse ante el superior, que manda y no ruega.

—¡Subalterno!—rebatió doña Nico arriscándose—. ¡Esclavo es como debieras llamarte, zambo traicionero!

—No ofenda, señora. Mire que zambo y todo soy la autoridá en este momento—repuso el comisario, y luego, dándole

la espalda, mientras doña Nico todavía desahogaba su cólera, le ordenó a su gente—: Arreen palante!

*

Nada extraordinario en la vida del campesino venezolano, de llanura y monte. La recluta forzada que se lleva al peón, dejando el campo sin trabajo y a la familia sin sustento. Eran muchas las "comisiones" como aquella capitaneada por Cardona, que doña Nico había visto llegar al hato, reclutando a plan de machete y amarrando a los peones que no tuviesen tiempo de coger el monte, codo con codo sobre sus propias bestias, como a facinerosos, ya porque hubiera malos gobiernos—que nunca fueron buenos—y era menester derrocarlos, ya porque la revuelta armada hubiese estallado y fuese necesario sofocarla. Unos y otras se llevaban al peón, lo arrebataban de su trabajo y de su familia y por allá lo dejaban tendido en el monte, pasto de los zamuros, o lo devolvían enfermo, herido y llagado y con la tempestad de la barbarie desatada dentro del alma, porque lo habían obligado a matar sin saber por qué ni para qué, y así mató, perdiendo la repugnancia que tuviese para el delito de sangre y robó y violó y se acostumbró al atropello y ya no le encontraría gusto a otra cosa.

Pero entonces no había guerra—pensaba doña Nico—sino un hombre codicioso y arbitrario que disponía de todos los medios para ejercitar sus represalias y sus desmanes contra quienes fuesen osados a satirizarlo, como lo hiciera Florentino en sus coplas, a no querer venderle sus propiedades por lo que él quisiera pagar, y doña Nico comprendió que después de aquel zarpazo de Buitrago vendría otro y otro y quién sabe cuántos atropellos peores, mientras no se decidiesen a venderle *El Aposento.*

Allí había transcurrido casi toda su vida y allí quería morir, pues cuando se trataba de la posibilidad de trasladarse a otra parte, así fuese a lugar más halagüeño, siempre había dicho:

—¡Qué mano! Yo, de *El Aposento* al Cielo y allá un agujerito para mirar para acá toda la eternidad.

Ahora contemplaba su tierra querida, de donde Buitrago acabaría por desterrarla, y comenzaba a despedirse de ella, abatida, melancólicamente. Era en el corredor, sentada en el butaque de cordobán, ante la sabana por cuya anchura reverdecida pacían los rebaños contentos bajo la luz matinal y era polvareda de oro la que allá lejos levantaba el retozo de una yeguada cerril. Rosángela estaba en su habitación, pensativa también, temerosa de las consecuencias que pudiese traer el reclutamiento de los peones cuando José Luis y Florentino regresasen y se enterasen del atropello. Era como antes, día de nostalgias de doña Nico, y los chicos del hato, cual si hubiesen oído aquel silbido con que ella solía congregarlos atravesaron el patio, uno a uno, y fueron a sentarse en el suelo del corredor en torno a ella, silenciosos, contemplándola.

—¡Ah! ¿Ya están ustedes aquí?

Pero fueron ellos quienes esta vez le dirigieron preguntas:

—¿Pa onde se llevaron a mi taita? ¿Ah? ¿Es verdá que se lo llevan pa matalo?

—¿Quién te ha dicho eso?

—¡Guá! Mi mama lo dice. Allá está llorando y diciéndolo.

—No hagas caso. Fue un juego del comisario Cardona. Tu papá volverá pronto.

—¿Y el mío?

—Y el tuyo también y el tuyo y el tuyo... Esta vez no va contra ellos el zarpazo del coronel Buitrago.

IX

UNA CACERÍA DE TIGRES

En un palmar apretado de maporas jóvenes que a poca altura del suelo entrelazaban sus copas, sobre las más cogolludas de éstas, solían agazaparse los jaguares que merodeaban por *El Aposento,* y a los cuales los llaneros llaman ti-

gres y consistía la cacería de la predilección de los Coronado en levantarlos, entrándoles a caballo, a gritos, perseguirlos por la sabana abierta y en teniéndolos al alcance de las sogas lanzarlas de modo tal que, a un tiempo y uno por encima del otro se abriesen los lazos y cayesen sobre la cabeza de la fiera, lo que requería una especial destreza y gran precisión y concierto de movimientos a fin de que aquéllos no chocasen en el aire y simultáneamente "vistiesen" la presa, logrado lo cual los jinetes abrían rápidamente sus caballos y a uno y otro flanco de modo que en el tirón de las sogas quedase el jaguar estrangulado.

Muchos eran ya los que Florentino y José Luis, enlazadores diestrísimos, habían cazado así y allá iban aquella tarde en pos del tigre de la pinta menudita, que a sus gritos saltó fuera del palmar donde estaba cebado, pues cerca de allí había un bebedero al cual solían acudir los venados y que por las señas de la pinta y del gran tamaño debía de ser el mismo que ya se había comido varios becerros del ganado que se majadeaba por aquellas sabanas.

—¡Ahora!—gritó Florentino, cuando creyó oportuno lanzar los lazos y tendió el suyo sobre el cual debía abrirse el de José Luis, sacando ya su caballo por su flanco, con la rapidez y precisión con que había de hacerse todo aquello.

Pero no acudió a tiempo el del hermano y la fiera, ya con la soga de aquél ciñéndole el pescuezo, mas no tanto como para estrangularla, se revolvió y se lanzó sobre la bestia que ya tiraba de ella.

Dos saltos agilísimos había dado ya y con el tercero caería sobre la grupa del caballo de Florentino, pues no se defendía sino atacaba enfurecida y fue entonces cuando José Luis vino a lanzar el lazo, a tiempo que el hermano le gritaba:

—¿Qué te pasa?

Templándose las sogas, se estranguló el bramido de la fiera, detuviéronse las bestias y el tigre de la pinta menudita se debatió unos momentos y luego se quedó inmóvil, afuera la lengua enorme, saltados los ojos.

Y como era la primera vez que José Luis se quedaba

tremolando su soga después que él había lanzado la suya, Florentino lo atribuyó a deliberado alarde de destreza y se lo celebró diciéndole:

—Ahora sí me quito el sombrero ante usted, hermano, pues se necesita que esté uno muy seguro de su pulso para reservarse hasta el último momento. Pero ¿por qué no me dijo que iba a ensayar esa innovación en el lance? Así hubiera gozado yo con la emoción, mientras que, francamente, estuve a punto de papelonearme viendo esa profundidad de animal que se me venía encima.

Pero José Luis callaba, sombrío, mientras recogía su soga, y como hecho esto procedió a amarrarla a los tientos, Florentino le preguntó:

—¿Qué haces, hermano? ¿Cómo que te das por satisfecho? Por aquí deben de haber otros tigres que se merecen igual suerte que éste. Vamos a buscarlos, a ver si yo puedo repetir la lección que me has dado.

José Luis lo miró a los ojos, como para calarle la intención de aquellas palabras y comprendiendo que en la mente de Florentino no hubo sino lo que se había expresado, repuso, ya con el pie en el estribo:

—No. Se me han quitado las ganas de seguir cazando. Vámonos para casa.

Emprendieron el regreso más temprano que de costumbre. Florentino, locuaz, comentando todavía el incidente. José Luis silencioso y ceñudo, hasta que, habiendo callado aquél, salió éste de su mutismo preguntándole:

—¿Recuerda el cuento de los Caurimares, hermano?

—¿El de las dos mitades de un solo hombre?

—Sí.

—Sí lo recuerdo. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Porque se me acaba de venir a la memoria.

Los Caurimares eran dos hermanos gemelos, llamados José Francisco y Francisco José, que decíanles Pepe Pancho y Pancho Pepe, como para que fuese mayor la extraordinaria semejanza que ya existía entre ellos. Uña y carne en todo y para todo, aunque el primero, más inteligente, supeditaba al segundo, tuvieron una juventud borrascosa, siempre coinci-

diendo al concebir sus fechorías y llevándolas a cabo conjuntamente, por lo cual se les llamaba "las dos mitades separadas de un solo hombre malo".

Dice el cuento que, perseguidos por la justicia, tuvieron que abandonar la población de donde eran oriundos y fueron a internarse en las soledades de más allá del Cunaviche, donde fundaron un hato y vivieron varios años dedicados al trabajo y en la perfecta armonía en que siempre habían estado, hasta un día en que, como Pancho Pepe hubiese tomado una querida, estando a la mesa los tres, ya anochecido, vino a caer en que el hermano se la miraba codiciosamente y en seguida le propuso:

—¿Qué te parece, hermano, si fuéramos a ponerle una celada al tigre que se nos está comiendo los mautes de La Rinconada?

Quedóse mirándole un rato Pepe Pancho, hasta sondearle el pensamiento y como lo hallase a la medida de recónditos deseos suyos, le respondió:

—Pues no me parece mal. Vamos ya si quieres.

—Queriéndolo estoy hace rato.

—Pues haciéndolo, hermano. Haciéndolo ahora mismo.

Salieron. Transcurrió una hora durante la cual la barragana estuvo paseándose intranquila por el corredor delantero de la casa, ante la noche negra, y al cabo regresó Pancho Pepe solo.

—¿Qué has hecho de tu hermano?—dice el cuento que le preguntó la mujer horrorizada, al verle la sombra del crimen en la faz.

Y el Caurimare respondió:

—Dos Caurimares iguales eran una repetición contra por gusto. Con uno basta y sobra.

Pero lejos de bastar y sobrar, quedó tan incompleta aquella mitad de la singular hechura, tan necesitada de la que no regresó de La Rinconada, que nada pudo de allí en adelante llevar a cabo Pancho Pepe por sí solo, para todo se buscaba y no se encontraba, acometido de una extraña perplejidad ante las cosas más triviales, hasta que paró en loco, temeroso de que le arrebatasen la otra mitad de sí mismo y

para defenderla se aculó contra un rincón de su cuarto y se abrazó y así enflaqueció tanto, que cuando murió ya sus manos se tocaban sobre sus espaldas consumidas.

Así terminaba el cuento, tradición verbal de un suceso lejano que ya se estaba perdiendo en el olvido, y a Florentino, que hacía tiempo no oía mencionar a los Caurimares, el intempestivo recuerdo le causó, primero, extrañeza y luego repugnancia de haber comprendido.

*

¿Acaso toda una vida de rectitud moral, de generoso afecto y de paternal abnegación había fracasado en aquel momento en que su diestra, debiendo lanzar el lazo, lo retuvo inhibido el movimiento? Fue, más que una distracción ya inexplicable, una repentina imposibilidad de arrojar la soga, como si el brazo se hubiera olvidado de cómo se hacía, un agolpamiento de toda la voluntad sobre el músculo que debía distenderse y, sin embargo, se mantuvo contraído, por el exceso mismo de la volición que trabajaba sobre él; pero José Luis, al tratar de explicarse cómo pudo haber sucedido aquello que nunca le ocurriera, partió de lo exterior y objetivo: Florentino en peligro por causa de su dilación, y al adentrarse en su alma, ya con el resquemor de la culpabilidad, le salió al encuentro la imagen de Rosángela y se le formuló de pronto en la mente, sin vestigios conscientes de la asociación de ideas que la hubiese evocado, la pregunta acusadora de la mujer del Caurimare fratricida.

Y se horrorizó por sí mismo hasta el fondo del alma al descubrir que todo esto había pasado porque estaba enamorado de Rosángela, simultáneos el encanto y la abominación, confundidos en un solo hallazgo de sí mismo.

Ya había purgado su culpa al confesarla, aunque de manera indirecta, haciéndole recordar a Florentino el caso atroz de los Caurimares, a fin de que atase los cabos y no continuase atribuyendo a alardes de destreza el no haber acudido a tiempo con el lazo y le retirase su afecto y abominase de él, y ya tenía tomada su determinación definitiva.

Cabalgaba en silencio, ceñudo y sombrío, pero luego se sobrepuso, y con una voz sin repercusiones de tormenta interior, dijo:

—¿Sabes, Florentino, que como que voy a seguir tu consejo?

—¿De qué?

—De echarme un paseíto a Caracas. Verdaderamente me hace falta descansar un poco de esta vida, que ya se me va haciendo pesada. Ya ni a esto de la cacería le cojo gusto y es que estoy cansado de la sabana y sus cosas por todo espectáculo. Además, aprovecharía el viaje para ver si acercándome a las alturas del Gobierno nos quitamos de encima esta amenaza del coronel Buitrago, que ya pasa de la cuenta. En este país hay que metérsele bajo el ala al jefe para que el subalterno no dé con las espuelas. El día menos pensado Buitrago nos chismea de enemigos del Gobierno y a la cárcel vamos a parar, sin recurso de pataleo. Aquí vengo pensando hace rato que ésa es la única solución. ¿No te parece?

—Sí—respondió vagamente Florentino, a quien por primera vez dábale el tú José Luis—. Eso es verdad. El día menos pensado...

—Además, de paso por San Fernando haré una diligencia que se me acaba de ocurrir, a ver si conseguimos el dinero necesario para rescatar la hipoteca con tiempo.

—¿Y cuándo sería ese viaje?

—Mañana mismo, de madrugada, porque si lo pienso mucho no lo hago. Ya que estás por aquí, con plan de quedarte largo tiempo, no hago tanta falta. ¿Ne te parece?

—Tú siempre haces falta, hermano, dondequiera que no estés; pero no seré yo quien se atraviese en cosa que te convenga—repuso Florentino, ambiguamente, por lo que decía José Luis y por lo que ya él tenía resuelto también.

Y como el hermano guardase silencio, tal vez a causa de su actitud nada efusiva, se entregó a su soliloquio, interrumpido por aquellas frases:

"Tenía que suceder. Una chispa basta para incendiar toda la sabana cuando está seca y tostada y el viento sopla con

fuerza. ¡Y con qué fuerza, hermano, se te desató ese barinés! Pero no te imaginas la alegría que me ha causado ese descubrimiento. Serán dos pájaros que mataré de una sola pedrada. Yo tenía para conmigo una deuda de toda la vida: me has dado tu cariño y tu trabajo y ahora se me proporciona la aportunidad de pagártela con creces. Y si es la deuda que pueda tener para con Rosángela por el amor que me haya puesto, que ya lo pondrá en ti, donde estará mejor colocado, ahora me obligan a repetir aquello de

hoy te quiero y hoy te olvido...

que muy a tiempo me lo cantaron ayer. Mientras que haciéndolo como lo haré, será ella la que ganará, que ya es una buena manera de quererte, pues entre José Luis y Florentino la que dude en quedarse con el primero muy bruta mujer tendrá que ser... Y luego, por si fuere poco, quedarme otra vez libre y escotero. Porque, la verdad sea dicha, ya estaba enamorándome de Rosángela... ¿Estabas? Las verdades claras, Cantaclaro: enamorado hasta los tuétanos estás sin querer reconocerlo, desde que te la trajiste de *Hato Viejo*... Pero José Luis necesita de ella para que le alegre su vida y le adorne su casa... Tú tienes la sabana, que es ancha. ¡Mírala cómo te ofrece sus caminos!"

X

AL AZAR DE LOS CAMINOS

Se los ofrecía cual sus rayas una mano extendida para el vaticinio, y los caminos le decían, al serpentear por entre los pastos reverdecidos:

—Rumbo a los llanos de Barinas, que abandonaste por el de *Hato Viejo*. Camino de Mal Paso, de donde te llevaste a Ramonita; sendero del caserío donde te espera Ermelinda.

Porque en la sabana por dondequiera se va a todas partes.

Pero era la historia de su vagar sin rumbo ni objeto, al azar de una aventura fácil, dejando por el trayecto sus cantares y sus fantasmas, cada vez que a solas se nombraba, desintegrándose a fuerza de andar señero bastándose a sí mismo y ahora las voces de los caminos parecíanle que le contaran, no su historia vivida, sino su leyenda soñada.

De los peladeros donde cabildeaba el ganado y ya nunca la hierba crecería, partían en todas las direcciones trochas angostas, así como de su voluntad aventurera partió siempre la dispersión de sus propósitos, aunque ahora también la determinación generosa, y en las encrucijadas de los caminos anchos—todos se cortan en la sabana—ésta continuaba insinuándole:

—Camino de tal parte; camino de cual otra... Camino que no lleva a ninguna...

Trajín recién nacido que allí mismo moriría entre los pastos reverdecientes. ¿Propósito de un momento que no tardaría en desvanecerse?

No le agradó haberse formulado esta reflexión y se apresuró a buscar en derredor otros motivos sabaneros que se las sugiriesen optimistas. Y uno de los senderos le dijo:

—Trocha de la casa de Tereso Coromoto, donde están esperándote para que animes la parranda con tus cantares.

—¿Vamos a casa de Tereso?—le preguntó a José Luis.

—No me provoca. Ve tú si quieres... Aunque sería mejor que no fueras, no vayas a emparrandarte y olvidarte de que mi viaje es para mañana de madrugadita y aquello no puede quedarse solo.

—No te preocupes que no se quedará solo. Ya estoy de regreso. Voy a echar una cantadita casa de Tereso Coromoto.

Y ya volviendo la rienda a su caballo:

—Hasta la vista, hermano. Que si no vuelvo... Ya tú sabes lo demás.

Referíase a la frase con que acostumbraba despedirse de él cuando le entraban aquellas ventoleras de vida errante, y José Luis, volviendo también la rienda a su caballo. se le atravesó en el camino que ya tomaba y le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—¡Guá, chico! ¿No te lo dije ya? A echar una cantadita casa ño Tereso, como le ofrecí anoche.

Y como José Luis continuaba mirándole de hito en hito:

—¿Qué te pasa, chico? ¡Qué raro estás hoy!

—Nada—respondió aquél, tratando de recobrar su serenidad y su reserva—. Que te conozco demasiado y sé que cuando te despides así...

—Pues ahora viene al caso aquello de: las caras nos vemos, pero no los corazones.

Y aplicándole las espuelas a su bestia:

—Fue un decir. Ya vuelvo. Vete tranquilo.

José Luis permaneció en el sitio viéndolo alejarse y al cabo de un rato prosiguió su marcha, pero diciéndose:

—Seguro mató a confiado. No será mañana cuando cogeré camino, sino hoy mismo, en lo que tarde para cambiar bestia y meter en los bolsones unas mudas de ropa, de modo que cuando él regrese de casa de Tereso Coromoto ya no me encuentre y tenga que quedarse para hacer mis veces... Que después de todo, quién sabe si realmente no piensa sino en pasar un rato en casa de ño Tereso...

Abrigaba la esperanza de que Florentino no hubiese entendido lo que quiso decirle al hacerle recordar el episodio de los Caurimares; deseaba creer que, no habiéndole calado el sentimiento que le retuvo el brazo, no le perdería el afecto y todo resultaría como lo esperaba de su determinación de alejarse de *El Aposento* por tiempo indefinido, o por lo menos hasta que aquél se hubiese casado con Rosángela.

Pero ya Florentino cabalgaba otra vez al azar de los caminos, por donde su historia se perdería en la leyenda.

*

A la casa de Tereso Coromoto llegó, como éste a la suya la noche anterior, pidiendo:

—¡Echeme el trago, viejo, que se me sangra el gallo!

—Pues te voy a correspondé con lo mismo que me obsequiaron anoche en tu casa, porque ahí tengo una botella

de buen brandis, destiná pa ti y José Luis. ¿Acaso yo soy más menos, pues? Arrímate pa que lo pruebes, a ver si es del legítimo.

Y luego, viendo cómo lo tomaba:

—¿Cómo que no crees que sea brandis de verdá? Te has echao el tarrayazo al fondo del guargüero como si juera aguardiente lavagallo.

—Echeme uno, entonces, para paladearlo... Bueno es, de veras. Repítame la cucharada. Lléneme el vaso, viejo. No sea tan pichirre.

—¿Qué te pasa, Florentino?—inquirió el viejo, extrañado—. ¿Cuándo has sío tú borracho?

—¡Ch'acá la botella y no averigüe! Algún día tenía que ser.

—Ni digas eso, muchacho. Que la juerza del hombre está en contimenos vicios y si algo bueno has tenío tú es que ni fumas.

—¡Quién lo dice!

—Sí, es verdá, chico, pero por eso mismo es que puedo aconsejarte. Que si no hubiera sío por ese mardito lavagallo y ese fulano café y ese confiscao tabaco, juera ya más rico que el Gobierno. Pero ya no es tiempo, Florentino, porque loro viejo como si no aprende a hablá. ¿Pero tú que estás muchacho?

—Da lo mismo, viejo. De todos modos vamos para el hoyo. Echeme otro trago.

—No, Florentino. Manque te pongas bravo conmigo no te sirvo más. Anda pa que te comas unos chicharrones, que ya los están sacando del caldero, pa que tengas juerza pa pegate a cantá. Que me se olvidaba decirte que ahí te están esperando pa medirse contigo.

—¿Quién?

—Pues no puedo darte el apelativo porque a mí no me lo dio. Uno que se presentó hace rato por ahí, preguntando que si aquí era aonde tú ibas a cantá hoy y pidiéndome permiso pa pegase contigo. Uno que no parece de por estos laos. Me dijo que venía desde lejos buscándote pa conocerte y medirse contigo. Ahí está en la sala, aguardándote junto al

arpa. Pero antes ven pa que te comas unos chicharrones y se te asienten esos tarrayazos que te has echao.

Bajo los árboles, junto al ribazo del Arauca, estaba puesta la mesa que las hijas de Coromoto aderezaban para la comilona, con hojas de plátano que harían las veces de platos y manteles, y junto a cada una el pan de cazabe. Más allá humeaba el caldero, donde se freían los chicharrones, con los cuales ya se regalaba la concurrencia bulliciosa y golosa.

—¿Qué se han hecho don José Luis y los otros muchachos que todavía no han aparecío?—preguntáronle a Florentino los peones de *El Aposento* que allí estaban.

—José Luis no viene, pero de los otros muchachos no sé nada. Creí que todos estuvieran por aquí.

—Seis se quedaron allá porque y que estaban muy cansados. Pa venirse más tarde. Pero si no apuran no van a encontrá qué comé, porque ya el marrano va a está y el hambre está jugando garrote en esta parranda.

Y Tereso Coromoto, a una de sus hijas:

—Anda y llámate al forastero ese que está en la sala esperando a Florentino. Dile que ya ha llegao y que se acerque acá pa que lo conozca y se eche un trago pa que se tiemple el cuerpo.

La muchacha fue y vino diciendo:

—Ahí no hay nadie, taita. Ni en la sala ni por todo esto.

—¿Cómo va a sé? ¿Tú registraste bien?

—Toa la casa. Tampoco está el caballo. Se cansaría de esperá y siguió su camino.

—Pero ¿por dónde se ha ido ese hombre, que naiden lo ha visto?

Y Florentino:

—¡Ah caramba! Ya sé quién era ese forastero misterioso. Ese es el Diablo, el cantador que y que se estaba apareciendo por los llanos de Barinas, que como yo no fui a buscarlo ha venido por mí.

—¡Arrenuncio!—exclamó ño Tereso—. Mandinga en mi casa! Ya le voy a está haciendo la cruz a la silla ande lo mandé sentarse. ¡Por si acaso!

Y Florentino, siempre de broma, pero ya también bajo los primeros efectos de la bebida:

—No fue que se cansó de esperarme, sino que le dieron las doce, hora en que empezó la pasión de Jesucristo, con la cruz a cuesta por la calle de la Amargura, y el canto del gallo que la anunció lo hizo volverse a sus infiernos. Pero ya volverá, después de las seis de la tarde, cuando haya pasado el tiempo que el Señor estuvo en la cruz, y cargará conmigo...

—¡Hoy sábado! ¡Ave María Purísima!—exclamaron las mujeres, entre las risotadas de los hombres—. Déjate de hablar disparates, Florentino. Mira que allá arriba a toda hora están diciendo amén.

—No se preocupe que si vuelve no podrá entrá, porque ya le voy a está poniendo la cruz de palma bendita en la puerta—dijo ño Tereso.

Pero aún no habían concluído los comentarios provocados por las palabras de Florentino, cuando ya éste tenía ocupación más interesante: Justina, nieta de ño Tereso, fresca y sabrosa, en cuyos cálidos ojos ya brillaba el sensual efecto de las palabras que aquél acababa de deslizarle al oído.

—Lo que soy yo me llevo de aquí, hoy mismo, este pimpollo.

Así las había enamorado siempre a todas las que cabalgaron su remonta.

—Déjese de eso. Mire que lo acuso con quien usted sabe —díjole la rústica, refiriéndose a Rosángela, pero sin poder disimular el perturbador halago de aquellas palabras que le habían soflamado las mejillas arrosquetadas.

—Déjate de remilgos te digo yo. Bien sabes que anoche no hice sino mirarte y que si he venido hoy aquí es para decirte que esta noche, cuando todos se hayan acostado, estaré en los chaparros esperándote, para que eches un paseo junto conmigo por esos llanos que todavía no conoces.

—¡Hoy sábado! Mire que mi abuelo se está fijando en nosotros.

En efecto, a poco se le acercó ño Tereso, diciéndole:

—No me le calientes la oreja a la muchacha, Florentino. Y anda pa que nos eches la cantadita que me ofreciste anoche.

—Ya voy, viejo. No se preocupe, que más vale que Justina hable conmigo y no con otro.

—También es verdad, Florentino... Pero es que ya el arpista está templando.

—Ande pues, y tráigame otro trago, que aquí lo espero.

Y cuando ño Tereso se le apartó:

—Bueno, pimpollo, quedamos en lo dicho: esta noche en los chaparros.

—¡Umjú con el hombre tan atacón! ¿Se atrevería uté de verdá a hacerle eso a mi abuelo, que lo quiere tanto?

—¡Guá! ¿Y él no se lo hizo a tu bisabuelo, que también lo quería mucho? Además, cariños se pagan con cariños y tú vas a recoger los que en mí ha sembrado tu abuelo.

Acaso Justina no se hubiese atrevido, así de buenas a primeras; pero Florentino hablaba en serio y en aquel momento el rapto de la nieta de Tereso Coromoto ocurríasele como la mejor solución de su conflicto espiritual, pues en cuanto Rosángela lo supiese no podría dejar de aborrecerlo y despreciarlo para siempre y así José Luis no tardaría en conquistarse su amor.

Pero ya se dirigía a donde lo esperaba el arpista cuando llegaron los peones reclutados por el comisario Cardona.

—¿Por qué se dilataron tanto?—les preguntaron los otros, creyendo que venían del hato donde los habían dejado.

Explicaron cómo habían sido reclutados y luego puestos en libertad, cuando al atravesar una mata, a medio camino del pueblo, una partida revolucionaria había caído por sorpresa sobre Cardona y su gente, desarmándolos y haciéndolos prisioneros.

—Nos salvamos en lo labrao, porque ya los revolucionarios nos habían incorporao en sus filas y gracias a que dijimos que éramos peones de los Coronado, y el jefe conocía a Florentino, pues inmediatamente nos puso en libertad y

nos dio este recado: "Dile al catire que aquí voy cambiando el menú por la marocota."

—¡Juan Parao!—exclamó Florentino.

—El mismo que viste y calza, que va a la cabeza de unos cuarenta hombres, marchando sobre el pueblo.

—¿Cuarenta hombres, nada más? ¿Eso fue todo lo que le pudo cachapiar al profeta?

—Sí. Los demás y que se revolvieron pa sus hatos en cuanto se acabó la humasera. Y gracias que ahora tienen diez máuseres más, los que les quitaron a los gobierneros, porque no traía sino unos quince o veinte. Pero van decidíos a darle un susto al coronel Buitrago, porque todos son hombres de averías.

—Junto con ellos—agregó—o mejor dicho a la cabeza de ellos también, va un patiquín a quien tú le prestaste tu remonta, Florentino, que ahí te la devuelve con nosotros y te manda a dar las gracias.

—¿El caraqueño también cambiando el menudo por la morocota?

Y con una resolución fulminante se dirigió al sitio donde estaba su caballo.

—¿Qué vas a hacé, Florentino?—preguntáronle los peones.

—Eso es cosa mía—les respondió—. Ustedes váyanse para casa en cuanto hayan almorzado. Váyanse todos y no se muevan de allá. Y si José Luis y la vieja les preguntan por mí, díganles que aquí me dejaron.

Cuando ya ponía el pie en el estribo se le interpuso Tereso Comoroto, diciéndole:

—No seas loco, muchacho. ¿Qué vas a ganá con incorporártele a esa gente que está tirando una pará de desesperaos? No cometas disparates, que tú tienes qué perder.

—Agradézcalo, viejo—le repuso, rechazándolo—. Que si no es por esto, maldiciones me echaría usted mañana.

Y se lo llevó el camino que acababa de abrirse ante él.

XI

EL MENUDO POR LA MOROCOTA

Cuando llegó, ya todo había sucedido y las sombras de la noche cubrían el desolado escenario de la tragedia.

Era un caserío cercano al pueblo capital del distrito. Uno de esos caseríos llaneros por entre cuyos míseros ramchos de palma entra, circula y allí mismo sale la sabana pelada; pero de las que fueron moradas humanas ya no quedaban sino escombros humeantes. Una charca, a la entrada del caserío, era como un ojo abierto de espanto en la obscuridad de la noche.

Cabalgó por entre los ranchos destruídos por el fuego, Vio cadáveres tendidos en la tierra y junto a algunos de ellos, perros echados. Los perros del caserío, tristes y fieles acompañando a sus amos muertos y abandonados. Vio unas sombras que huían de él, perdiéndose entre las de la noche tenebrosa. Reinaba un silencio impresionante.

Echó pie a tierra, aquí y allá, se inclinó sobre los cadáveres, volvió de cara los que yacían de bruces, buscando a Juan Parao o al caraqueño Martín Salcedo, pues ya daba por segura la destrucción de la partida revolucionaria. Gruñían y le mostraban los dientes algunos de los canes celosos y los que se apartaban de él, con el rabo entre las piernas, se detenían más allá, alzando el hocico al cielo y gruñían lastimeramente.

Volvió a montar. Ni Juan Parao ni el caraqueño habían caído por allí y aunque entre los cadáveres había algunos de desconocidos que debían de pertenecer a la partida revolucionaria, los más eran de vecinos del caserío, amigos suyos varios de ellos.

—¡El menudo por la morocota!—se decía, una y otra vez—. ¿Habrá derecho a esto?

Vagó por el caserío desierto por donde habían pasado la muerte y el fuego. Volvió a distinguir las sombras fugi-

tivas al cruzar una de las callejuelas. Oyó de pronto una voz de mujer, gimiente, desgarradora. Luego un murmullo como de rezos, acercándose; otra vez el silencio y finalmente un grupo de negras siluetas calladas, como procesión de fantasmas, marchando hacia él.

Eran unas mujeres que conducían un cadáver. Detúvose a esperarlas y les preguntó:

—¿Qué ha sucedido aquí?

Y una de ellas, alta, vieja, cenceña y de voz cavernosa como doña Nico, se detuvo para responderle, creció en la obscuridad al erguirse y encarársele y le dijo:

—¡Asesino! ¿Todavía preguntas qué sucedió aquí?

Y prosiguió su marcha espectral en pos de las que conducían el cadáver de su hijo, que era su único apoyo.

Florentino se pasó la mano por la frente atormentada por el martillazo de la intoxicación alcohólica a que no estaba habituado y se restregó los ojos como si soñara y quisiese despertar, porque le parecía haber oído a su madre llamándole asesino.

Ya el grupo de sombras se había sumido en las tinieblas del caserío, reinaba de nuevo el espantoso silencio y Florentino tuvo la impresión terrible de haberse quedado solo sobre la tierra muerta, obscura y callada para siempre.

De pronto, sintió galope de caballerías y ya se volvía la rienda a la suya para abandonar el trágico caserío, temeroso de que fuesen tropas del Gobierno que se aproximaran y lo tomasen por uno de los revolucionarios, a quienes él atribuía aquellos horrores de incendio y matanza, cuando advirtió que era un caballo aperado, pero sin jinete, tal vez perteneciente a alguno de los muertos que yacían por tierra, bestia enloquecida que corría por las tenebrosas callejuelas y se revolvía de pronto, cual si no encontrase la salida que buscaba en la sabana libre, prisionera del espanto que reinaba en la población arrasada.

Detuvo un momento su carrera y se acercó al caballo de Florentino. Belfo a belfo estuvieron un rato, como si se cruzaran impresiones, hasta que el segundo dio un respingo de miedo y el que ya no cargaba hombre encima lanzó un

relincho doloroso y reemprendió su atormentado galope.

Y he aquí que de pronto advierte Florentino una sombra detenida junto a él. Una sombra loca que rompe a hablar:

—Llegaron al oscurecé. No se divisaba naitica en el camino, sólo se escuchaban los gruñidos de los cochinos y la voz del que los arreaba: ¡Cochi! ¡Cochi!...

—¡Alto! ¿Quién vive?—gritó el centinela apostado en la salía del pueblo—. Un hombre con unos cochinos—le contestaron del camino—. ¡Avance!—dijo entonces el centinela. Y se volvió a escuchá la voz que venía por el camino, entre la escuridá de la noche—: ¡Cochi! ¡Cochi!...—y los cochinos hacían...

Imita el gruñido de los cerdos, suelta de pronto una carcajada que luego se convierte en imitación de un toque de corneta y prosigue:

—¿Cochinos?—en la boca, sujetándolos con los dientes, tráiban los machetes amolaítos y cuando estuvieron cerca del retén se alzaron de pronto del suelo y cayeron sobre los soldados, espiazándolos a machetazos—. ¡Chas! ¡Chas!... —¡Mijito! No se oía sino el espiace del güesero y el ¡ay mi madre! Y esos machetes roznando—: ¡Juip, juip!... ¡Tararí, tarí, tatarí!

Era una loca a quien por esta manía imitativa apodaban la *Corneta*. Loca de locura pacífica, que antes fue furiosa, y lo que refería era una escena de años atrás, en otra revuelta armada, cuando por haberla presenciado perdió la razón. Una mujeruca horrible, bizca, desdentada y cochambrosa, con una greña hirsuta, como siempre la tuviera erizada el terror que le produjo el sangriento episodio cuyo recuerdo no la abandonaba.

Florentino, que ya la conocía, le dijo:

—Ya eso me lo has contado otras veces, *Corneta*. Cuéntame ahora lo que ha sucedido hoy.

—¿Hoy? ¡Ah, batalla buena, Florentino! ¡Imagínate, chico! Estaba prendío ese joropón y el Coronel pegao al corte, bailando, después de haberse comío la ternera con que lo obsequió Evaristico Bejuma. Y de pronto: ¡Pim, pim! ¡Viva la revolución! Y ese negro alante e su gente, vuelto un de-

monio, echando ajos por la boca y candela de los infiernos por los ojos y plomo por el revólver. ¡Se formó ese barullo, chico! ¡Y esa corneta sonando, sabrosa! ¡Tararí! ¡Fuego y adentro! El Coronel, que se le echaba de guapo pa el plomo, se papeloneó todo y no hallaba por dónde salí. ¡Por aquí, coronel Buitrago!—le gritaba Evaristico, aconsejándole que saltara la palizá del corral de su casa, pa que cogiera el monte por la calle de atrás. ¿Por aquí? Por ahí venía otra guerrilla revolucionaria, y en cuanto el Coronel saltó a la calle le cayeron encima y lo espiazaron a machetazos antes de que pudiera decí—¡ay mi madre!—. Si es que la tenía el codenao, que bien remaluco era. Lo espiazaron y luego uno llamado Juan, lo roció con kerosén de la misma pulpería de Evaristico y le pegó fuego. Uno llamao Juan, que parecía que no podía con su alma y fue el amo del machete que más roznó. Uno a quien el coronel Buitrago y que le había quitado unas vacas, allá por los laos del Yagual. ¿Qué te parece, Florentino? Y después dicen que en esta vida y que no se paga lo que se debe. ¡Ah, pelea buena, chico! ¡Ja, ja, ja! ¡Tararí! ¡Fuego y adentro, muchachos! ¡Ataja ese que se va por ahí! ¡Pégale el machete por el tronco del pescuezo! ¡Juap! Ya está mi jefe. ¡Tararí, tarí, tatarí!

Y la *Corneta* se enardece y salta de aquí para allá, como una sombra loca en las tinieblas de la noche, y se revuelve y se agazapa y se encrespa, reconstruyendo el torbellino de la refriega.

—¡Y esos piazos del Coronel ardiendo en el medio de la calle!, lo trincó uno llamao Juan, que fue el amo del machete que más roznó.

Juan, el veguero, con el mismo machete con que arrasó su conuco y descuartizó su perro. Aquel hombre paciente y pacífico, de hablar calmoso y mansa mirada bestial, que se embraveció de pronto y como una fiera muda y sombría se incorporó a la gente del profeta y luego se vino con la montonera de Juan Parao a saciar su hambre y su sed de venganza, para morir en seguida, harto de ella. Aquella ruina humana a quien primero sostuvo una inmensa resignación y luego una cólera inmensa.

La *Corneta* describe su furia sombría, su ensañamiento terrible, y calmoso, el fuego infernal que le brillaba en los ojos, antes de mansa mirada que se echaba sobre las cosas como una bestia pesante y despeada, sus palabras lentas, sílaba a sílaba, mientras contemplaba los descuartizados miembros del coronel Buitrago consumiéndose entre las llamas:

—A... si... na se es... té que... mando tu al... ma en las pai... las de los quin... tos in... fiernos.

Y al reconstruir aquella calma tremenda se hace más impresionante la sombra loca de la *Corneta*. Luego suelta una carcajada y el tararí de su manía y prosigue:

—Y cuando ya del Coronel no quedaba sino el olor de carne chamuscá, soltó el hombre fiero su machete rabón, dio unos pasos, calambriao por la furia, se echó en el suelo contra la paré de un rancho y se quedó muerto como si tal cosa. Muerto del todo y sin decí ni ñé, como un pajarito.

Porque en habiendo saciado su venganza ya aquella ruina humana carecía de aliento que la sostuviese. ¡Juan, el veguero, que habría sido un hombre bueno y paciente hasta el fin, si el destino y los hombres lo hubiesen dejado vivir tranquilo, con su mujer y sus hijos y sus cuatro vacas y sus dos potrancas!... Soltó el machete homicida, se echó en el suelo y se quedó muerto, como se había quedado Eufemia, como un pajarito.

Florentino lo reconoce, a través de las palabras de la horrible mujer de la greña erizada de espanto, y transportándose con el pensamiento al sórdido sitio donde lo conoció, se imagina la sombra irredenta de su ánima en pena, vagando en torno a las cuatro cruces sembradas entre el monte. ¡Juan, el veguero, que era bueno y manso!

Ahora la *Corneta* describe, entre carcajadas y tararíes y otra vez revolviéndose como una furia entre las sombras de la noche trágica, la pelea que luego tuvieron que sostener los revolucionarios contra las fuerzas del Gobierno, que acudieron al atardecer a recuperar el caserío.

—¡Ah negro bravo pa peliá, ese comandante Juan Parao! ¡Y ese patiquín que lo acompaña, pa dentro también, sin miedo al plomo! ¡Esos máuseres: pim, pim! ¡Esas balas

silbando! Y ellos, palante, metiéndole el pecho al plomo. Per la gente se les papeloneó cuando vieron que los gobiernero eran más y estaban mejor apertrechados y empezó a recul y casi los dejaron solos.

Y la derrota y la fuga, al favor de las sombras de l noche y las represalias del jefe de las fuerzas del Gobierno

—Mandó pegale fuego al caserío, porque la ternera y e joropo y que fueron un lazo que le tendieron al coronel Bui trago, Evaristico Bejuma y todos los hombres de aquí, qu estaban de acuerdo con los revolucionarios. Con el kerosé que quedaba en la pulpería de Evaristico rociaron todos lo ranchos y les pegaron candela por las cuatro puntas de pueblo, y a los hombres que no habían caído en la pele se los llevaron amarraos pa la capital del distrito, y a la mujeres las arriaron pal monte, en junto con sus muchachi tos. Por ahí están toas, escondías entre el monte, sin atre verse ni a vení a recogé sus muertos. Ya yo he arrastra varios por las patas, para la sabana, pa que no se vayan pudrí en el pueblo.

Y mientras así hablaba la loca, los perros guardianes d sus amos muertos lanzaban impresionantes gañidos y el ca ballo sin jinete relinchaba y corría por entre los negros es combros, enloquecido por el terror.

—Bueno, *Corneta*. Dime ahora por dónde se retiraron lo revolucionarios. ¿Qué rumbo cogieron?

—¿Qué rumbo?

Pero se interrumpió, prestó atención auditiva y le dijo

—¡Escucha!

Ahora oíanse galopes de numerosas caballerías.

—¡El Gobierno!—exclamó la *Corneta* y desapareció en tre las sombras de la noche, saltando por encima de los es combros humeantes.

Era, en efecto, la gente del Gobierno que regresaba d la persecución de los revolucionarios, cuyo rastro habían per dido. Florentino se refugió, a caballo, dentro de uno de lo ranchos de techumbres derruídas por el fuego, a tiempo qu desembocaban en la callejuela los autores de aquel tremend escarmiento, y desde allí oyó al jefe de la tropa, vociferante:

—En uno de estos ranchos debe de estar escondido ese vagabundo, porque por aquí fue donde lo vio la vieja Rufina. Ya las salidas están tomadas y no podrá escaparse. Registren todo el caserío y sáquenlo muerto o vivo de donde se haya metido. En el retén del camino del pueblo los espero.

Partió el que había hablado, echaron pie a tierra los demás y procedieron a cumplir la orden recibida.

Ya uno se acercaba a la puerta del rancho donde se había refugiado Florentino, que era a quien buscaban, sin que él se explicase por qué, cuando se oyó el galope cercano del caballo sin jinete.

—¡Allá va!—gritaron los de afuera y montando de prisa en sus bestias se lanzaron a la persecución del supuesto fugitivo.

—Todavía no se ha apagado mi estrella—díjose Florentino—. Si yo amarro ese caballo, como en un momento pensé cuando se me acercó, a estas horas no habría tenido quien me salvara de las garras de esos bandidos.

Y luego a su bestia:

—Vamos, *Quiebracacho*. Vamos a romper el cerco que nos han puesto esos guates. ¡En el nombre de las Tres Divinas Personas!

Y pasó como una tromba ante el retén desprevenido, por creer que fuese otra vez el caballo sin jinete que acababa de cruzar por allí. Pero al romper el cerco se le ocurrió gritar:

—¡Viva Florentino Coronado!

Lo persiguieron. Le hicieron varios disparos, él respondió con otros de su revólver y al tercero oyó el gemido mortal del que había sido alcanzado por su bala.

—¡Su primera víctima! Ya había sangre en su rastro. Ya estaba en plena aventura sangrienta, cambiando el menudo por la morocota.

La noche protegió su fuga. Sus perseguidores lo perdieron de vista y uno de los caminos de la sabana se los llevó por un rumbo cuando él se alejaba por otro...

*

Los efectos del alcohol desacostumbrado, el estropeo de la fuga y las violentas emociones de aquel día atormentaban su cabeza. Ya *Quiebracacho* marchaba al paso, atravesaban una mata y anunciaba tempestad la calma de la noche fosca.

—¡Cochi..., cochi!

Una sombra le caminaba, por delante. ¿Mandinga arreando su piara de cerdos? Por las trochas que atraviesan las matas, en las obscuras noches, una sombra va diciendo:

—¡Cochi..., cochi!

—¡Toma la cruz, perro sucio!

Tong... Tong... La mula maneada, paciendo el pasto negro de la noche, la bestia espantosa que es otra forma del Diablo.

—¡Toma la cruz, perro sucio!

Grazna y tiende su vuelo sigiloso el guaitacamino guandalero. Se detiene más allá y vuelve a graznar:

—Gurrunclún, ñénguere, ñénguere...

Y la Llorona mete su gemido impresionante en el canto del pájaro nocturno.

¡Cochi, cochi!... Gruesos goterones que preceden el chubasco hieren el follaje de la mata.

Florentino sacude la cabeza, se endereza en la silla y *Quiebracacho* cambia el paso.

Arpa, cuatro y maracas. Un hombre que hacía rato estaba sentado silenciosamente en el rincón de la sala, uno que no era de por aquellos lados y llegó sin decir su nombre, ha cogido de pronto las maracas y ya rompe el canto:

Desde el alto llano vengo
desafiando a Cantaclaro...
—Espérate, *Quiebracacho*,
que me está retando el Diablo.

Vamos a ver si me aguanta esta copla en que le miento las Tres Divinas Personas, la Virgen y San José con su santo Niño en brazos.

Se oye un alarido espantoso, de rabia y de quemadura de brasa viva en la carne, ruedan por el suelo las maracas

y en el rincón, junto al arpa, donde estaba el cantador, se desvanece en el aire una humareda de azufre. Y la concurrencia exclama:

—¡Ten cuidado, Cantaclaro! Era el Diablo y se ha ido porque escuchó el canto del gallo que anuncia la hora en que empezó la Pasión de Señor; pero ya volverá a buscarte en cuanto los sayones apeen a Jesucristo de la cruz.

Ríe de la advertencia, porque no le teme al Diablo ni a sus artes y se queda dormido sobre *Quiebracacho* en el rancho de la techumbre en escombros humeantes.

—Por aquí debe de estar ese vagabundo que se me escapó esta mañana. Registren bien todos estos ranchos, pues su misma madre me dijo que por aquí lo había visto, y sáquelo muerto o vivo de donde se haya metido. En la puerta del infierno los espero.

Y los diablos de Lucifer, negra piara de cerdos salvajes, hozan gruñendo los escombros humeantes y al respirar sobre ellos atizan el rescoldo y se levantan las llamas y el incendio destruye el caserío.

Una sombra se crece en la obscuridad de la noche, una mujer alta, vieja y enflaquecida por el sufrimiento, vaga en silencio por entre las ruinas, y otra, sombra loca que salta por encima de los escombros, bizca y con la greña erizada de espanto, se acerca y le pregunta:

—¿A quién busca?

—A mi hijo Florentino.

La loca se ríe a carcajadas y vuelve a preguntarle:

—¿No sabe que se lo llevó el Diablo?

*

En un paraje desierto de las riberas del Arauca encontró Florentino a Juan Parao y su gente. Tumbado en la playa, herido y bañado en sangre, el negro ardía en fiebre y deliraba y una lividez cenicienta desteñía su rostro.

Los diez hombres que todavía le acompañaban, resto de su montonera derrotada y dispersa, de pie y en silencio lo rodeaban contemplándolo, y más allá el caraqueño Martín

Salcedo atizaba el fuego donde, en una cacerola, hervía agua turbia del Arauca para lavarle la herida. Sobresaltáronse al sentir las pisadas del caballo de Florentino, pero como a éste todos lo conocían, tranquilizáronse y saliéronle al encuentro.

—¿Qué pasa?—les preguntó, echando pie a tierra.

—Que se nos muere Juan Parao—respondiéronle—. Ahí está el bachiller viendo a ver cómo le cura la herida. Un balazo que le ha destrozado el hombro izquierdo.

Se acercó al herido, diciéndole, para infundirle alientos:

—¿Qué hubo, Comandante? Aquí me tiene, dispuesto a cambiar el menudo por la morocota.

Pero Juan Parao no lo reconoció y continuó murmurando su delirio indescifrable.

Martín Salcedo, si no tan barbudo tan aniquilado por el paludismo como la vez de Anima Sola, se acercó a saludar al recién llegado y en seguida le preguntó:

—¿Recibió su caballo?

—Sí. Muchas gracias. ¿Qué esperanzas tiene de salvar a ese hombre?

—Soy profano en esta materia—respondió el estudiante de ingeniería—. Pero no creo que se puedan abrigar esperanzas: ha perdido mucha sangre y temo que se le haya infectado la herida. Un balazo le ha destrozado el omóplato izquierdo, anoche, durante la retirada. Bala explosiva, seguramente.

—Si se pudiera traer un médico.

—Sí. ¡Si se pudiera! Pero estamos en pleno desierto salvaje. ¡El desierto! ¡El enemigo contra quien primero debemos luchar! La causa de todos nuestros males.

Y al decir así volvió a brillar en las pupilas de Salcedo aquel fulgor delirante que Florentino observó en Mata del Anima Sola.

—No me ha preguntado usted por qué estoy aquí, mezclado en esta aventura insensata—prosiguió—; pero voy a explicársela. Ya iba a emprender la última jornada del viaje en que nos encontramos en Anima Sola, para dirigirme a Caracas a continuar mis estudios, fracasado mi intento de

persuadir al doctor Juan Crisóstomo Payara, a fin de que acaudillase un movimiento revolucionario que proyectábamos algunos jóvenes de mi generación contra la iniquidad y la ignominia reinantes en el país, cuando oí hablar de un profeta detrás del cual todo el llano se estaba poniendo en marcha. Pensé que bajo tal apariencia de superstición se ocultase quizás un propósito revolucionario positivo o que, en todo caso, sería posible imprimirle este carácter a aquel movimiento, y decidí regresarme a incorporarme a él. Lo del profeta y la muchedumbre que lo seguía, realmente no era sino pura superstición, sino simple deseo de vagar un poco a la aventura; pero allí me encontré con este hombre, hijo genuino del pueblo, que también había pensado como yo y decidí secundarlo y seguirlo como a caudillo, precisamente porque era un brote popular, con un poco de romanticismo por mi parte, por no decir de insensatez. Le propuse que enviásemos comisionados al doctor Payara, pidiéndole que nos cediese las armas y municiones que tenía en *Hato Viejo,* ya que no había querido lanzarse al movimiento, y a orillas de este mismo río, esperando ese parque estuvimos varios días. Pero comenzaron las lluvias, empezó a dispersarse la gente que seguía al profeta, desapareció éste cuando se vio abandonado por su muchedumbre—un pobre hombre chiflado y nada más—; supimos que el Gobierno se preparaba a atacarnos y resolvimos dar nosotros el primer golpe. Le añadimos una página más a la pavorosa historia de la revuelta armada, no pudimos resistir luego el ataque de las fuerzas del Gobierno, más numerosas y mejor armadas; nos derrotaron, se dispersó nuestra montonera y aquí estamos, esperando que termine esto—e indicó al herido con un movimiento de cabeza—para coger cada cual por su lado.

Hizo una pausa para atender a lo que parecía decirle Juan Parao, pero como éste continuaba murmurando su delirio indescifrable, concluyó:

—Varias veces me habló de usted, Florentino. Me contó que le había propuesto que se lanzara a la guerra a cambiar el menudo por la morocota, como él decía. Estaba firmemente convencido de que usted sería el hombre que nece-

sitábamos para que todos los llaneros nos siguiesen. ¡Todos habíamos perdido el juicio! ¡Todos corríamos perturbados en pos de la sombra del caudillo muerto! ¡Y en buena hora!

—¡Escuchen!—murmuró Juan Parao, haciendo un esfuerzo por incorporarse. Y luego, con voz clara y hasta con una sonrisa entre las cenizas del carbón ya quemado de su rostro—. ¡Ahí viene! ¡Ahí viene el parque, muchachos! ¡Escuchen el bongo!

Se hizo el silencio en torno a él, se distinguió, tras la vuelta cercana del río, un ruido semejante al que producen los pasos de los palanqueros sobre la paneta de un bongo.

Se miraron unos a otros, con sonrisa triste, los hombres que rodeaban al herido delirante, y uno murmuró, para explicar a Florentino la causa de aquel ruido:

—El bongo del Diablo.

—Sí. Ya otra vez he estado aquí y lo he escuchado.

Y Salcedo, sonriendo como en Anima Sola:

—Pero, naturalmente, no trató de averiguar la causa de semejante fenómeno.

—Usted sí, por supuesto—repuso Florentino.

—¡Claro! Y ya sé que ese ruido lo producen, chocando entre sí al vaivén de la corriente, las raíces descubiertas por el agua, de los árboles cercanos a la barranca del río. Pero bien están ahora lo ilusorio y lo supersticioso: en el bongo del Diablo viene el parque que estamos esperando para derrotar al Gobierno.

Resonaban en el ancho silencio los pasos que nunca llegarían. Caía a plomo el sol sobre el desierto impasible. Reinaba la desolación en torno al pesaroso grupo de ilusos vencidos...

Ahora pasaban por el delirio de Juan Parao los personajes homéricos:

"Agamenón"..., el famoso lancero Idomeneo..., el rubio Aquiles..."

Transformándose de pronto en el catire Páez y éste en Florentino:

—Aquí vengo, catire..., a morirme junto a usté...

Como el Negro Primero en Carabobo.

—Unos versos suyos me lanzaron otra güelta a este camino. "El del caballo jerrao con el casquillo al revés"... le dice adiós, catire... ¿No se acuelda de que una vez le dije que negro no llega a los postres?... Siga usté, catire. No se desaflija: cambie su menúo por la morocota...

Y la voz tartajosa vuelve a sumirse en el murmullo indescifrable.

—Ya está hirviendo el agua—dice uno de los diez de la montonera.

Pero Salcedo responde:

—Ya no se necesita.

Ya era ceniza todo el carbón del rostro de Juan Parao.

Salcedo le cierra los ojos. Florentino se enjuga los suyos con manotada rabiosa, los diez de la montonera sin jefe lanzan a un tiempo un recio suspiro de hombres y todos se quedan contemplando el rostro exánime con un mismo pensamiento, compasión y dolor acerbos.

*

¡Negro bueno, pobre negro de mi pueblo venezolano, que supiste ser sufrido y rebelde al mismo tiempo! La traición de una injusticia te lanzó a cuatrero, fuiste ladrón y valiente y acariciaste tu idea, tu gran idea que no te cabía dentro del espíritu rudo y obscuro. Una voz de tu sangre, religión de tu raza mesiánica, te hizo luego seguir a un hombre en quien viste un jefe. ¡Pobre pueblo mío que siempre andas buscándolo! Y guerreaste con él, exponiendo tu vida para que fuese de él la fama del triunfo y para él trabajaste. ¿Quién canta el heroísmo negro de tu sumisión y la clara virtud de tu lealtad y el drama doloroso de tu culto al hombre, que siempre te traicionará o te abandonará? ¿Quién expresará sin humillarte, el ideal—¡tu gran idea!—que perseguiste cuando buscabas un jefe? ¡Negro bueno, sufrido y rebelde! ¡Pueblo mío que lo llevas en tu sangre como una vergüenza, y en tu pecho como una tormenta! ¿Hasta cuándo estarás muriendo a los pies de tu jefe? Un canto te lanzó a la muerte. Juan Parao, idealista que quisiste ser héroe, soñador fatalista que

de antemano sabías que no sería para ti la gloria que tu brazo conquistara... Sobre el carbón de tu vida, todo quemado, ya están las cenizas lívidas, las horribles cenizas...

*

¡Ah malhaya, quien pudiera
con esta soga enlazar
al viento, que se ha llevado
lo mejor de mi cantar!

Otra vez el vagabundo señero por la muda inmensidad, el cantador ya sin canto. Los diez de la montonera se dispersaron, cada cual a la esclavitud de su trabajo, frustrada la aventura. Martín Salcedo, el estudiante ilusionado, también desistió de ella, después de decirle:

—Este no es el camino; por aquí no saldremos nunca de la barbarie. ¡Basta ya de correr en pos de la sombra siniestra del caudillo muerto! ¡Y bien muerto! Pero no me arrepiento de haber intentado esta experiencia temeraria, pues he presenciado dos cosas sumamente interesantes: la rabia heroica y tremenda de Juan el veguero, sobreponiéndose a la muerte que ya llevaba en su organismo aniquilado, y el candoroso idealismo de Juan Parao, cuyo espíritu sólo se alimentó de epopeya y quiso ser héroe, él también, para merecer otro canto de usted. Son dos fuerzas muy nuestras que es necesario desviar de este camino para siempre. Otra empresa es la que hay que acometer y quiero intentarla.

Y abandonó el camino de la revuelta armada.

Florentino, que no llevaba ninguno determinado, siguió solo y se perdió en las desiertas lejanías de la sabana...

Y penetró en la leyenda. Tiempo después llegó a *El Aposento* la noticia.

—A Florentino se lo llevó el Diablo...

FIN DE
"CANTACLARO"

CUENTOS

SOL DE ANTAÑO

I

CIEGO, ni un rayo de luz penetraba en su cerebro y en torno suyo llovía sol profusamente. Estaba de pie, a la vera del camino, extendiendo la mano implorante hacia el ruido de todos los pasos y formaba un claroscuro sugerente y trágico aquella su tiniebla interna en mitad de la campiña coruscante..."

Y, terminando de escribir las anteriores palabras, al pie del boceto que del aludido mendigo hiciera al pasar, Hilario Altares, se hundía en la hamaca que acababa de ser colgada para él, en la menos sucia y más ventilada pieza de la posada "El Mamoral" donde se alojaba aquella mañana cuando el cansancio de las anteriores jornadas forzosas le impidiera continuar el viaje.

"Ni un rayo de luz penetraba en su tiniebla..."

Murmuró con vago acento, sumergiéndose en la calma bochornosa de la hora, voluptuosamente, entrecerrando los ojos ofuscados por el intenso resplandor que arrojaba el trozo soleado de paisaje que ante él recortaba el marco de la puerta.

Era un mediodía de agosto; un pesado sopor caía sobre todas las cosas y de todas las cosas brotaba una reverberación ofuscante: de la ebriedad de los campos subía un gran silencio que parecía extenderse a lo largo de la carretera polvorienta, en cuya blanca modorra diluía su quejumbre la esquila de un arreo; rumoroso silencio sobre el cual se erguía, como el dardo aún vibrante sobre la carne muerta, el agudo estridir de las chicharras, interminablemente. Y ante el cuadro exuberante de vida, ebrio de sol, del cual fluía una virtud mareante y enardecedora que hacía ebullir

su sangre inusitadamente, Hilario Altares se adormecía siguiendo el hilo del mudo coloquio interno comenzado con las frases alusivas al pordiosero del camino, en cuya trágica actitud había visto simbolizada la de su propia alma.

"...y en torno suyo llovía sol profusamente. ¿Y no estaré yo como el mendigo en medio a una belleza que se vierte pródiga y fácil, ciego, extendiendo la mano implorante hacia los que sólo pueden darme un poco de su miseria...? ¡Acaso he sabido exprimir una gota siquiera a esta hinchada ubre que me ofrece la Vida, en vez de succionar la savia enferma de todo lo que se exhausta, muere y se pudre ante mis ojos...! Si yo hubiera probado de copiar en mis cuadros lo que canta, lo que ríe porque está sano y fuerte, lo que es fiesta y vigor en los rostros y en las cosas, más bien que el trágico rictus que deforma la faz de los que sufren..., pero yo he preferido el olor de las drogas y las lacerias pestilentes, al suave perfume de las flores y al sabroso aroma incitador de las frutas maduras... Sin embargo, hubo un tiempo en que un ramo de flores o un cesto de frutas me hacían saltar de alegría como si oyera músicas... entonces era niño y recuerdo que estaba enamorado del sol... y de la hija del mayordomo..., Marcolina..."

Luego un silencio interno, después un largo desperezamiento de recuerdos emergiendo de la obscuridad del alma:

...Luciana: la pobre niña tísica, sacrificada en tres días, a quien encontró en las calles de una gran ciudad, implorando una limosna de pan para su hambre y una limosna de amor y de piedad... ¡Flor de desventura...! Luego, dos flores de vicio, una joven y hermosa con sugerentes manchas color de fresas en la piel alabastrina, lasciva, febricitante de deseos...; la otra: una cortesana vieja de repugnante aspecto de ruina, arrugada como una odre vacía, mostrando en contorsiones de mueca la desdentada boca que semejaba una úlcera recién cicatrizada... Los gestos..., un desfile espeluznante que pasaba como un calofrío de terror a lo largo de una médula, dolores humanos, deformidades, todas las formas de la disolución que tanto le habían seducido y que desde el fondo de sus cuadros despedían una maléfica ema-

nación, maleante, turbadora..., y allá, remiso y mustio en el fondo de los recuerdos evocados, un rayo de luz, lejanísimo, tenue rayo de sol sobre un manojo de rosas, que él, siendo casi un niño había pintado para regalárselo a la hija del mayordomo, la rústica novia de cuyo amor gozara después.

II

De pronto, como un grito, surgió la nota roja de la falda sobre el tono verde de los herbazales.

Fue una luminosa aparición que encendió un súbito destello en la pupila somnolienta del pintor. Hilario Altares se incorporó de un salto, como si algo nuevo y vigoroso hubiera penetrado en su organismo, luego avanzó unos pasos hasta colocarse bajo el dintel de la puerta que daba al camino, murmurando:

—Va a incendiarlo todo.

Gallardeaba bajo el haz de centellas que arrancaba el sol al bruñido espejo de la cántara, que rebosante de agua sostenía sobre la cabeza colocando debajo los desnudos brazos, apoyadas ambas manos en la nuca para soliviar la carga, la campesina se detuvo un momento, luego abandonó el sendero que traía, ahuyentando a sus pasos vocingleras bandadas de capanegras y tordos, ascendió por el repecho que subía al camino y se dirigió hacia la puerta donde la observaban atentos los ojos del pintor.

Era una sabrosa muchacha de vigorosas formas, apenas mujer, con una flor de sangre por boca y dos ojos negros, vivarachos e inquietos que en la trigueña faz parecían dos tordos retozando en un maizal. En una gruesa crineja caía el cabello revuelto sobre sus espaldas, y, como con ambos brazos levantados sostuviera la cántara, bajo la cota prensada se evidenciaba la graciosa ondulación del naciente seno y la curva del talle gallardo y vigoroso.

—Buenos días.

Dijo con gárrula voz al pasar junto a Altares, erguida,

con la altivez a la que la obligaba la carga, y mirándolo a la cara valerosamente.

—Buenos días: ¿qué traes ahí, niña?

—Agua, señor.

—¡Agua! ¡Qué agua más dulce!

Respondió el pintor después de un momento de súbita perplejidad, viéndola alejarse, todo el cuerpo estremecido por las ondulaciones que su menudo y majestuoso andar producía en su apretada carne rozagante. Y como para saborear la exquisita sonoridad que había en la voz de la zagala, Hilario Altares quedó repitiendo sus palabras, modulándolas voluptuosamente:

—¡Agua! ¡Agua! ¡Qué voz más sabrosa!

De pronto, como si algo hubiera estremecido en su interior, una expresión de sorpresa se marcó en su rostro y, mordiéndose el índice derecho en su habitual actitud evocadora, se dijo:

—Yo conozco esa voz, la he oído mucho... pero, ¿cuándo... y en dónde...?

III

Hilario Altares, el pintor "de cuyas lívidas tintas parecía brotar un fuerte olor de recinto clínico"—al decir de un camarada suyo—regresaba a la casa paterna después de una ausencia de varios años. Un grave incidente ocurrido en la familia le había hecho acceder a las reiteradas súplicas de la madre, que, en cada una de sus cartas, le manifestaba los grandes deseos que tenía de verle antes de morirse, pues ya ella estaba poco menos que vieja. Pero todas aquellas cartas tan llenas de amorosos requerimientos se quedaban sin respuesta o la tenían lacónica y defectuosa, cuando no eran rotas sin ser siquiera leídas. La última, escrita con mano más temblorosa que de ordinario y en papel enlutado, conservaba huellas de lágrimas vertidas al escribirla y le daba noticia de la muerte del padre a quien la edad y la malaventura habían rendido finalmente en un pueblecito de provincia, sobre el último palmo de tierra que de sus antiguas y extensas po-

sesiones le dejaran los azares de la guerra y sus fracasos políticos.

Y sea que juzgara deber suyo acceder al materno llamamiento, o que el hastío de la vida ociosa y libertina le hubiera mordido en el alma y anhelara un poco de paz en un ignorado rincón, Hilario Altares se resolvió a partir. Vendió muebles y cuadros, todo cuanto formaba sus escasos haberes de artista mediocre y despilfarrador y sin despedirse de los amigos, se embarcó, rumbo a la tierra nativa donde le esperaban en el apacible rincón provinciano los brazos de la madre; ¡y quién sabe qué más! Tal vez el último, definitivo hastío liberador.

Durante la travesía, la misma que hiciera quince años atrás, entre nostálgico y ansioso, por la sabrosa vida abandonada y la nueva halagadora y arcana, asaltáronlo inusitadas reflexiones.

¡Cómo se había ido! ¡Cómo regresaba ahora! ¡Cuántos sueños, esperanzas y proyectos! ¡Qué confianza en sí mismo, a los dieciocho años, en la plenitud del aliento, pura el alma todavía...! ¡Qué sordidez ahora...! ¡Qué desgana de todo: de su arte, de la gloria, de la vida, de sí mismo...! Sobre todo, qué profundo disgusto de sí mismo... Defraudada la esperanza de su talento, depravado a fuerza de refinamientos malsanos el sentimiento artístico, la vida gastada en orgías, corrompida el alma, el hastío sobre ella...

Y por primera vez el diente de una duda dolorosa ataraceó su alma. Una interrogación abrumadora, en un momento de rara lucidez, surgió de su conciencia, y por largas horas gravitó sobre él como un remordimiento: había perdido toda una vida. Experimentó una inenarrable sensación de vacío, sintió que sordamente se derrumbaba en su alma algo por mucho tiempo querido y en la oquedad repentina vio cómo se hundían los que una vez habían sido su entusiasmo, su aspiración y su fe.

IV

Varios días llevaba invertidos en el viaje por caminos escabrosos, jornada tras jornada, que hacían interminables el sol y el cansancio producido por la cabalgadura y aumentado por el mal dormir sobre los duros lechos que le proporcionaban en los parajes del camino, cuando se alojó en la ranchería de "El Mamoral", solitario paraje que heredaba el nombre de una antigua hacienda de caña, cuyo derruido torreón alzaba su ruina vertical en medio de las vegas que un tiempo fueron propiedad de don Eleuterio Altares, el padre de Hilario. Y ya porque todas las cosas circunstantes le hablaran de tiempos pasados, o porque la sonora voz de la muchacha a quien viera auroleada de sol atravesar la campiña incendiada, hubiera puesto a vibrar en su alma, súbitamente, olvidadas músicas, Hilario Altares, reconstruía su antigua vida, su vida de niño: las diurnas correrías por entre los tablones ahuyentando los pájaros con su algarada, en compañía de sus hermanos y Marcolina; las deliciosas noches pasadas en los corredores de la casa, sentados en redor de la vieja sirvienta que les refería enmarañados cuentos y leyendas de encantamientos, de dulce sabor dilecto para su joven fantasía, o cuando había molienda, en la sala vetusta y penumbrosa llena de rumor de las pailas donde, bullendo, acendraba sus oros el melado bajo la mortecina luz de los candiles, mientras en un rincón la yunta perezosa de bueyes, volteando, hacía girar con sordos crujidos el primitivo trapiche.

Y más tarde, sus primeros balbuceos de artista; su cuadro primero: *El Gallo,* luego *La Aurora,* una tela abigarrada y chillona como un alma de niño, y *Las Rosas... Las Rosas,* el manojo de rosas bañado de sol que regaló a la que después fue su novia... Y revivía sobre todo el olvidado idilio, llama fugaz que un instante abrazó sus dos almas: la suya, sedienta de belleza; la de la rústica, ávida de amor. El tenía entonces dieciocho años, aún no quince Mar-

colina. Fue un amor que había venido incubándose en sus almas desde niños y al que exprimieron dulce jugo de deleites la tarde última, víspera del día en que muy de mañana partió con su padre hacia el lejano puerto donde lo esperaba el trasatlántico.

De aquel amor él apenas conservó por unos días un lazo de cintas. ¿Y ella...? Hilario ignoraba que ella había guardado toda una vida: un cuadro de rosas y una hija...

—¡Bah! ¡Puerilidades! ¡Si querré volver a tener dieciocho años!

V

Bajo la frondosa enredadera florecida, en medio de los fresales que tapizaban el patio y sobre la mesa cubierta con pulcrísimo mantel, humeaba el colmado plato. Hilario Altares comía aquella vez con inusitado apetito. Alrededor de la mesa el ir y venir de Eugenia servía el almuerzo, y sus airosos ademanes y gárrula voz, con las hebras de sol que hilaba la enramada, parecían tejer una urdimbre de encanto en el ambiente iluminado. Hilario la miraba furtivo, experimentando una inefable sensación de recónditas suavidades. De aquel cuerpo sano y fresco fluía algo que penetraba en el alma fatigada del pintor, alegremente, como un pájaro en la fronda, cantando. Se sentía puro y renovado como si una alma joven e improvisa animara su cuerpo consumido: tal vez su propia alma de adolescente hallada al fin de quince años y que parecía haber estado esperándolo en la juguetona mirada de Eugenia.

Fue un resurgimiento; sobre su habitual gravedad, desdeñosa, se extendió un estremecimiento jovial y le dieron ganas de saltar y palmotear como un niño a quien se da un juguete.

Eugenia volcó en el centro de la mesa un plato colmado de fresas. Altares tomó la más hermosa y roja de ellas y suspendiéndola por el tallo la ofreció a la muchacha. Ella la aceptó dando las gracias y la llevó a la boca, y al exprimirla, el jugo de la fruta pareció ensangrentarle los labios.

—Te has roto la boca—le dijo Altares—. Tienes sangre.

Eugenia, rápidamente, levantando el brazo, se secó los labios con la manga y como no viera en la tela mancha de sangre, exclamó, sonriendo:

—Mentira...

—¡Tienes una boca más roja!...

—¿De veras?

—Tanto, que de vértela se me han quitado las ganas de comer fresas.

—¿Quiere usted que la tape entonces?

—No. Entonces no comería, de tristeza.

—¡Cómase sus fresas, hombre! ¿O es que no le gustan?

—Muchísimo, y éstas más.

—Si quiere más, mire, hay bastantes—y extendió el brazo mostrando los fresales frutecidos.

—¿Las cultivas tú misma?

—Sí señó, no tiene trabajo.

—Por eso están tan hermosas, tus manos las embellecen.

—Con sus favores—contestó turbada la mujer y salió para llenar de nuevo el plato vacío.

Cuando regresó, Altares le preguntó de súbito:

—Eugenia, ¿por qué te llamas así?

—Guá..., qué sé yo...

—Quiero decir: ¿es que así se ha llamado otra de tu familia?

—No, señor; mamá se llamaba Marcolina...

VI

—¿Es su hija?

Preguntaba Altares luego que hubo concluído de almorzar al dueño de la posada, refiriéndose a la muchacha, que en un extremo del corredor cosía rodeada de otras chicas menores que ella y que la importunaban con sus preguntas.

—Es decir, es como si juera, la he tenido conmigo dende pequeñita y además es hija de mi mujé, a quien Dios tenga en descanso

Respondió el hombre descubriéndose a la última frase.

—¿Es usted viudo?

—Sí, señó, hace una año que me dejó solo ella.

—Por fortuna, Eugenia es ya una mujer.

—Y muy hacendosa y sufría, como la madre, manque mesté mal el decilo. Cuida los chicos como si juera Marcolina, y se le parece más...

—Es buenamoza, de veras...

—Sí, eso dicen toos...—y después de un silencio agregó—: Por parte e pae, Ugenia es de sangre fina, como se dice.

—¿Lo conoció usted?

—No. Cuando yo vine a "El Moral", que era del pae dél, ya él se había díо pal extranjero. Ugenia tenía pa entonces dos años.

Y cambiando el acento súbitamente continuó:

—Mire usté, ella es, como si dijésemos, hermana de aquella pintura.

Y mostró un cuadro que, entre una colección de estampas de reyes y cromos anunciadores de productos industriales, adornaba los encalados muros del corredor.

Irrefrenable impulso llevó a Hilario Altares a mirar más de cerca el cuadro hermano de Eugenia, la muchacha cuya sonora voz cantaba aún en sus oídos remembrando viejas cosas amadas.

El cuadro ostentaba, bajo una capa de polvo, un manojo de rosas bañadas de sol, un sol desvaído que parecía enfermo.

El posadero terminó de hablar:

—Y pa que vea usté cómo son las cosas de la vida; son dos hijos de otro hombre que no doy por ná del mundo.

Con la punta del pañuelo, tembloroso de emoción, Hilario Altares limpió el ángulo de la tela donde, bajo el tamiz de polvo, parecían adivinarse un nombre y una fecha, y allí sus ojos ansiosos leyeron: Hilario Altares...

VII

Una hija y un ramo de rosas bañadas al sol; sol de antaño, mustio y remiso que desde el fondo de un cuadro desvaído, calentaba de nuevo su alma aterida. Una flor de su sangre; otra flor de su arte; lo mejor de sí mismo: su alma de adolescente, su antigua alma pura, sana y alegre, encontrada al azar, cuando agobiado bajo las tristezas y el hastío de su nueva alma enferma pensaba en la muerte como una liberación.

Abandonadas las bridas, lentamente iba la cabalgadura por la carretera sobre la cual la occidua luz desmesuraba las sombras de las cosas, y apoyadas ambas manos sobre las piernas, Hilario Altares rumiaba antiguos placeres disfrutados, con un poco de nostalgias, con algo de escozor de remordimientos... Pero ya no surgía en su conciencia la interrogación abrumadora ni experimentaba aquella pesadumbre que gravitara sobre su alma largas horas. El pasado le redimía, de él brotaba iluminado aquella oquedad tenebrosa donde una vez viera perderse su entusiasmo, su aspiración y su fe..., un rayo de sol...

FIN DE
"SOL DE ANTAÑO"

LA LIBERACION

I

RICARDO Fariña estrujó rabiosamente la carta que acababa de leer, y luego, hecha añicos, la arrojó por el balcón a la calle.

Arrebatados por el viento, voltejeando sobre las cabezas de los transeúntes, habían desaparecido ya todos los pedazos y aún la cólera del frenético Fariña se desataba en súbitos puñetazos sobre la mesa y en violentos empellones que hacían rodar las sillas, produciendo sobre el entablado tal repetido y furioso golpeteo, que hubo de acudir la señora Gertrudis a enterarse de lo que arriba acontecía y por ver de salvar con su presencia lo que, de su propiedad, pudiera estar en tris de ser destruído.

—¿Qué le pasa, amigo Fariña?—preguntó la patrona deteniéndose en el umbral, y mirando por encima de las gafas a su energúmeno inquilino.

—¡Nada, señora!

—¡Ah!, dispense usted, creí que algo le había sucedido y que podía serle útil.

—En realidad, algo me ha sucedido o, más bien, me sucederá—dijo Fariña maquinalmente, sin volverse a ver a su interlocutora.

—¡Le ha de suceder, dice usted!—y la señora Gertrudis, fingiendo asustarse con aquel pronóstico, avanzó unos pasos en la habitación haciendo grandes aspavientos oficiosos.

—No quiera usted saberlo, no podría explicárselo, y, además, usted no comprendería—explicó Fariña para rechazar las impertinencias de la anciana, quien, un tanto corrida y contrariada, salió del aposento dejando a Fariña un poco más sosegado.

De repente—como si una idea hubiera logrado atravesar por su cerebro—se dibujó en su rostro el gesto de una resolución e inmediatamente se sentó al escritorio disponiéndose a escribir. Mas, su mano temblaba con tanta presteza que no le fue posible trazar sobre el papel un rasgo siquiera y por fuerza hubo de esperar que se atenuara el espasmo de la violenta emoción. Y entonces sucedió que, como si a medida que el efecto fisiológico iba desapareciendo, se debilitara el impulso de la irreflexiva resolución, o que recobrada la cordura juzgara su acto inadecuado e inoficioso, cuando su mano estuvo en disposición de escribir, falló la voluntad de hacerlo, e irremisiblemente vencido se levantó del asiento y se asomó al balcón. Allí estuvo largo rato observando con pertinaz fijeza la avenida llena de paseantes, y cada vez que su atención se apartaba de la pasiva expectación, arrastrada irremisiblemente hacia aquel punto de su conciencia donde parecía haberse formado un absceso doloroso, al choque de la noticia contenida en la carta, él, sacudiendo la cabeza obligaba su atención a obedecerle, poniéndola sobre un detalle insignificante o una pueril reflexión que de intento se sugería. Mas, por mucho que lo deseara, no lograba vencer la pertinencia de su mente que, obcecada, remolineaba sin cesar en torno a la idea ingrata, y aquel día, cuando la campana del comedor anunció la comida, todos los inquilinos se sentaron en redor de la mesa presidida por la huésped, como era costumbre, y el puesto de Fariña permaneció desierto.

—¿Qué le habrá sucedido a Ricardo Fariña?—dijo uno con marcado acento oriental, pronunciando el nombre y el apellido del aludido, como si ambas palabras formaran una sola.

Y antes que las conjeturas de los circunstantes intentaran explicar la ausencia del compañero, la señora Gertrudis, como la llamaban sus pensionistas, dijo cuanto sabía acerca de lo ocurrido a Fariña, agregando—su inevitable parte de conjetura—que para ella la causa de aquel desasosiego, había sido una carta de la novia que él recibió esa tarde.

Con ruidosas risotadas fue acogido el cómico relato de la anciana y aquella vez la personalidad de Ricardo Fariña fue

tema obligado de la charla de sobremesa. Ricardo Fariña es un tipo—insinuó alguien— y aquí fue el referir anécdotas y episodios, curiosos unos, triviales los más, según la relativa agudeza de los narradores y que evidenciaban el carácter extraño y morboso del provincial a quien sus aberraciones daban un perfil de desequilibrio bastante definido.

Luego que hubo concluído la comida y que cada cual se retiró a su cuarto para disponerse al acostumbrado paseo nocturno, Lisandro Anzola subió a la habitación donde a obscuras permanecía Fariña, inquiriendo, entre curioso y cortés, el motivo de aquella conducta.

—¿Es que estás enfermo?

—Un poco...

—¿Qué tienes?

—Malhumor—y luego, apartando la conversación del punto que Anzola quería esclarecer, le preguntó—: ¿Qué hora es?

—Las ocho. ¿No sales esta noche?

—No sé...

—¿No te toca visitar hoy a tu novia?

—Más bien haría otra cosa..., más amena... ¿Hay zarzuela?

—No... Si quieres, daremos un paseo en coche; la luna está bonita.

—Bueno..., pero..., no, más bien me quedo aquí. Veré si puedo escribir... Hombre, a propósito..., ¿sabes que me escribió Venancio Branto?

—¿De veras? ¿Y qué dice?

—Que viene.

Y tirando el cigarro que acababa de encender, agregó:

—No salgo esta noche, no me esperes.

II

En mala hora había caído en sus manos aquel papelejo doblado, pringado y mal escrito, cargado de soserías, en el cual Venancio Branto le comunicaba su viaje a la capital,

donde se pasaría todo el tiempo necesario para gastar en despilfarros lo que él, con su característico descaro, llama el fruto de sus ahorros y privaciones, adquirido en los tres meses que estuvo desempeñando un cargo en la Administración de Aduana. Sin embargo, la noticia era para alegrar al más sombrío, pues el adinerado Branto prometía expresamente de antemano costear él solo lo que ambos, reviviendo la antigua camaradería, derrocharon a tajo y destajo, lo cual no era protemerle a quien, como Fariña, se veía constreñido a equilibrar sus dispendios con la mezquina pensión que en su calidad de estudiante percibía de sus padres. Pero otras más poderosas razones pesaban en el ánimo de Fariña, convirtiendo aquella promesa en aciaga amenaza de males incalculables...

Branto, Branto, suerte de demonio tentador que venía a destruir lo que era preciosa conquista de su voluntad: la normalidad de la vida a costa de tantos esfuerzos lograda; el íntimo contentamiento de sí mismo y su libertad sobre todo... ¿Por qué venía otra vez y quizás cuando más peligrosa podía serle su compañía? Y Fariña tuvo tentaciones de escribirle diciéndole que no aceptaba su ofrecimiento, que bien podía irse a despilfarrar su dinero a otra parte...

Luego pensó que más prudente era ponerse en guardia contra el advenedizo, y formuló la resolución de no ir a recibirlo cuando llegara, organizando un plan de conducta según el cual a cada atención y deferencia del amigo, habría de corresponder él con un desaire. Y en tales elucubraciones estuvo hasta mediar la noche. Preimaginaba las oportunidades que habían de presentársele para poner en práctica su proyecto de represalias; evocaba actitudes y palabras con las que él, siempre insolente y altanero, humillaba al pobre Branto y gozaba con esto de tan intenso placer que todos sus nervios vibraban sacudidos por la exacerbación, ciego frenesí que rayaba en insensatez cuando un momento se hacía luz en su cerebro la certidumbre de la superioridad que el valiente y vigoroso Branto tenía sobre él, medroso y débil, mal que pesara a su excitada fantasía. Entonces, en su desvarío establecía que, como por virtud de hechicerías se ha-

bía operado en él una transformación prodigiosa y se veía dotado de descomunal vigor y coraje, ahogando entre sus manos al robusto amigo que nunca era, por otra parte, lo bastante audaz para inferirle la más leve ofensa.

III

Sin embargo, Branto había sido una vez su salvador. De eso hacía mucho tiempo. El tendría entonces de diez a doce años. Fue el día de su ingreso en la escuela, allá en la ciudad natal. Cuando Ricardo entró en el salón lleno de alumnos se hizo un repentino silencio y todos se fijaron en él y fue como si mil avispas le picaran el rostro. El maestro, un viejo larguirucho que tenía un lobanillo en mitad de la frente, lo miró de pies a cabeza como si fuera a valorarlo y luego, satisfecho de su experticia, le asignó un puesto, allá en el fondo del salón, el último. Y Ricardo, con la cabeza encajada sobre el pecho, sin atreverse a ver a nadie, tuvo que atravesar entre dos filas de colegiales atentos, que por reglamentario deber de cortesía se habían puesto de pie. ¡Qué largo le pareció el trayecto! Andaba y nunca llegaba al lugar señalado; le parecía que su andar era torpe, se veía a sí mismo dando traspiés de ebrio y su turbación crecía de punto. Cuando iba llegando tropezó con un banco y estuvo en riesgo de caer; entonces oyó un murmullo de risas ahogadas que, leve al principio, fue creciendo hasta convertirse en deshecha algarada de pitos y zumbidos. Aquello fue el rebosamiento: sintió dentro del cráneo la percusión violenta de la sangre, todo su cuerpo se bamboleó y hubiera ido a dar de bruces sobre el suelo enladrillado a no ser que unos brazos lo sostuvieran en el aire.

Venancio Branto, un muchacho fornido, chato y moreno que representaba algunos años más que Fariña, sentó a éste al lado suyo en el lugar señalado por el maestro, luego le recogió los libros que se habían dispersado por el suelo y entre indignado y pesaroso le preguntó:

"—¿Qué te ha pasado?"

Fariña respondió inconscientemente algo de lo cual jamás se pudo acordar, y mientras guardaba los libros que le devolviera su inesperado protector vio de soslayo que éste, alzando el puño cerrado en actitud de amenaza, retaba a los que aún reían. Desde aquel día Ricardo Fariña y Venancio Branto fueron inseparables camaradas: zozobras y alborozos se compartían entre ambos por igual y una misma travesura les acarreaba común reprimenda porque, aunque Ricardo protestara de los riesgos a que lo exponía el carácter audaz y camorrista de Venancio, no se dio barrabasada que a éste se le antojara y de la cual se excluyera aquél, más prudente o pusilánime.

—Yo te defiendo de los golpes de los demás y tú me libras de los palmetazos del maestro—había propuesto Venancio—y cerrado el pacto desde aquel día Ricardo estudió por los dos y por ambos peleó Venancio, y como quiera que éste sentaba plaza de peleador y gastaba fama de guapo, entre la rapacería de Santa Luz, Ricardo Fariña, acogido al prestigio del amigo gozaba de absoluta impunidad. Pero, si bien es verdad que el tal procedimiento lo libró en muy difíciles trances de la vindicta de los puños suspendidos sobre él, cierto es también que produjo desgarraduras dolorosas en el alma de Fariña, de natural orgulloso y altivo, despertando en él aquel sentimiento de conmiseración y menosprecio de sí mismo, como una interna rebeldía de los nobles ímpetus de su espíritu contra la fatalidad abrumadora de la propia flaqueza. Y aunque por instintiva delicadeza nunca Venancio hiciera alarde de su valor o audacia de modo que se resintiera la susceptibilidad en exceso quisquillosa del amigo, éste, poco a poco, y a medida que se daba cuenta de lo poco digno de su actitud, fue experimentando un sentimiento de humillación cada vez más oneroso y pensó romper pacto y amistad definitivamente. Pero una irresistible influencia parecía ejercer sobre él el atolondrado Branto y siempre Ricardo, después de haber sufrido la férula y el arresto que casi diariamente y de común acuerdo le propinaba la madre y el maestro, hacía entre escarmentado e iracundo, juramento de no reunirse más con Venancio un cie-

go impulso le traicionaba obstinadamente y al fin y al cabo Ricardo hacía lo que Venancio se antojara, eso: fingiendo hacerlo con el mayor placer.

De este modo conoció el azaroso deleite de jubilarse de la escuela, yéndose a la escapada de un merodeo angustioso por los campos cercanos, armado de la china, al acecho de los pájaros o de las frutas y aunque nunca pudo habituarse al raro placer de aquellas jornadas de expectativa que producían en Venancio una suerte de embriaguez, al cabo de tres meses había perdido todo el prestigio de alumno estudioso y contraído y hubiera llegado a mayor descrédito a no haber sido expulsado Venancio de la escuela, como lo fue a especiales instancias del padre de Ricardo, que era persona de influencia en el lugar.

Sin embargo, y a pesar de cuantas otras medidas de precaución se tomaron para disolver aquella perniciosa camaradería, Ricardo continuó siendo el inevitable inocente cómplice de Venancio, y poco después apareció en él la primera manifestación de aquella terrible enfermedad que siempre estuvo aferrada a su organismo. Para entonces, las versiones populares acerca de aparecidos y fantasmas habían desarrollado en Venancio una macabra afición. Le comunicó su nuevo proyecto a Ricardo; éste le rechazó aterrorizado; aquello era una cosa horrible y peligrosa; a Venancio únicamente le parecía divertido y muy sencillo además. No se necesitaba gran aparato, apenas un par de sábanas blancas y unos zancos altos; y así se irían luego a la calle trasera del pueblo, una calleja estrecha y obscura, sembrada de baches y llena de monte; el efecto sería sorprendente, y Venancio saltaba de alegría al imaginarse el espanto de los transeúntes en presencia de los desmesurados fantasmas blancos, y como agregara para tranquilizar al amigo, que sólo asustarían a mujeres y muchachos, Ricardo cedió al fin tocado en su amor propio, y fue.

Pegados a la pared, en un estrecho donde no había casas, se apostaron los pseudofantasmas. Debajo de la sábana blanca, aterido de miedo, se estremecía Ricardo. Venancio también temblaba sacudido por la ansiedad lancinante y pla-

centera del momento esperado. De pronto apareció una silueta humana al extremo de la calle, avanzó, se acercó silbando a los fantasmas inmóviles.

—Es un hombre—dijo Ricardo—. Vámonos.

—Cállate—respondió Venancio.

Y cuando el transeúnte estuvo cerca dio un paso y estiró el cuerpo encogido, agrandando su estatura espectral. El hombre dio un gran grito y retrocedió espantado, desapareciendo en la sombra; al mismo tiempo, como fulminado por el grito, Ricardo cayó presa de un ataque epiléptico.

IV

Aquel ataque se repitió pasado un año, más o menos. Según el plan concertado desde la tarde, Venancio y Ricardo debían salir de sus casas a las diez, hora en que todos dormían en el pueblo, y reunirse en la plaza de la Iglesia. Se trataba de despertar, al mediar la noche, a los moradores de Santa Luz, con un furioso repique de campanas. Para Ricardo aquello alcanzaba las terribles proporciones de una profanación, de un sacrilegio, y trató de disuadir a su compañero, pero, como siempre, fue él quien a última hora cedió.

—No subamos; eso es malo...—dijo cuando se hubo reunido con Venancio.

—¿Tienes miedo? Si tienes miedo iré yo solo.

Y Ricardo, como si hubiera sentido un espolazo, gritó casi, con voz de insensato: "¡Miedo! ¡Miedo!" y miraba a Venancio como una bestial expresión de espanto y odio.

—Vamos, pues — contestó Venancio, poniéndose en marcha.

Y tras él se fue Ricardo, fascinado, inconsciente.

Dieron la vuelta al templo hasta llegar a la parte posterior, donde había un jardincillo con una cancela de madera, hacia la cual se abría la puerta de la sacristía. Venancio sabía que esta puerta se cerraba por dentro con una viga que era fácil derribar empujando con fuerza desde fuera; para esto, así que hubieron llegado hasta ella, ambos empujaron

con cautela. La puerta cedió de pronto, al caer ruidoso de la viga en el silencio interior, y se abrió dando paso a una bocanada de aire cálido impregnado de aroma de incienso y pezgua.

Venancio entró; Ricardo se detuvo en el umbral transido de miedo; del interior salió la voz de Venancio exhortándole a entrar; la voz parecía distante y cavernosa:

—¿Tienes miedo?

Ricardo sintió otra vez el espolazo y entró.

—Cierra.

—No...

—Cierra, te digo que cierres...

Ricardo obedeció.

—Por aquí..., ten cuidado..., hay una silla.

—¡Ah!—gritó de nuevo Ricardo.

—¿Qué es?

—Una cosa fría... Una persona... Un... Un...

Y Ricardo no se atrevía a pronunciar la palabra, como si temiera que su voz hiciera brotar de la tiniebla la visión del muerto que le parecía haber tocado.

Venancio rascó una cerilla y la acercó al sujeto aludido. Era una Magdalena de yeso que alargaba en el aire los brazos suplicantes. La luz de la cerilla proyectó en las paredes y en el techo sombras desmesuradas que al temblar de la llama se entrelazaban en una silenciosa danza fantasmal. Luego entraron en el recinto del templo; frente al tabernáculo ardían las lámparas eucarísticas; un rayo de luz evidenciaba el blanco velo inmóvil de la paloma simbólica sobre el púlpito. Venancio pasó frente al Sagrario, haciendo la genuflexión de costumbre. Ricardo no se atrevió a volver la cara y pasó sin inclinarse musitando trozos de oraciones, desordenadamente. Por fin ganaron la escalera del campanario; Venancio comenzó la ascensión salvando dos peldaños a cada paso; Ricardo en pos de él subía aferrándose al pasamanos y mirando atrás a cada momento, como si alguien le siguiera. De pronto, un escalofrío le recorría toda la médula, y sentía que detrás de él una mano se alzaba en la sombra y en la inminencia del contacto todos sus músculos

se contraían y daba un salto violento. Cuando llegó al primer descanso, se detuvo a tomar aliento y llamó con voz estrangulada al compañero que se había adelantado, pero nadie respondió. De súbito las tres campanas, sacudidas por Venancio, percutieron locamente sobre su cabeza erizada. Fue el toque de rebato para sus alborotados nervios, ya no tuvo dominio sobre sí mismo y corrió... corrió...

V

A la mañana siguiente, pasado el coma epiléptico, tenía la lengua ataraceada y en redor del cuello varias incisiones menudas y sangrientas que le escocían horriblemente.

A resultas de esto guardó cama por varias semanas; después su padre le envió a la capital a terminar sus estudios en un colegio de internos.

Venancio se quedó en Santa Luz. Algún tiempo después recibió el interno la noticia de que su amigo andaba guerreando por los alrededores de Santa Luz en la cuadrilla que con el timbalesco nombre de ejército mandaba un temido cacique del lugar. En una refriega recibió una herida y fue hecho prisionero. Aquella herida le sirvió de presea cuando triunfó la revolución; hizo viaje a la capital y se presentó al jefe triunfante reclamando el galardón a que lo hacía acreedor la pierna no bien curada aún. Logró un buen puesto.

Desde entonces el maestro pudo observar que decaían el entusiasmo y la contracción del más aprovechado cursante del tercer año de filosofía. Una noche, como era de costumbre, al dar las diez se cerraron las puertas del Instituto sin que hubiera llegado Fariña. Al día siguiente apareció; tenía el cabello despeinado, abotagados los ojos y el traje en desorden; el maestro lo comprendió todo y, aunque ya Ricardo no era un niño, le hizo una severa reprimenda. Dos días después Ricardo Fariña salió del Instituto para alojarse en la casa de pensionistas donde lo estaba Branto. Cuando llegó el tiempo de rendir examen Fariña se excluyó de ellos pretextanto enfermedad. Sólo al cabo de tres meses, cuando Ve-

nancio, ya cesante, abandonó la capital, pudo examinarse Fariña. Luego se graduó de bachiller; después cursó medicina. Al fin del primer año gozaba la fama de ser el más aventajado del curso.

VI

Ricardo Fariña cursaba cuarto año de medicina y disfrutaba de gran reputación entre profesores y compañeros. Además había contraído compromiso de matrimonio con una distinguida señorita de la capital, hermosa ella y recientemente graduada de maestra, y como complemento a su prestigio de hombre correcto de toda rectitud escribía semanalmente en la página de honor del periódico más serio, largas y eruditas disertaciones sobre higiene y moral. De este modo, su presente impasible le redimía con creces de lo que de borrascoso pudiera haber tenido su pasado. Su vida se deslizaba apacible entre obligaciones atendidas y deberes parsimoniosamente observados a los cuales el hábito hacía fáciles y gratos, como un agua mansa lamiendo en silencio un escollo revestido de musgo en mitad de la corriente. El estudio absorbía toda su atención, y apenas, como solaz, se permitía saborear el sano deleite del amor de Olimpia, la erudita prometida y aun esto, a fuer de hombre sesudo, con una gravedad doctoral.

Por lo demás, para el íntimo contentamiento de sí mismo había puesto en práctica una táctica hábil hecha de transigencias y contentadizas sutilezas, de lo que resultaba una suerte de armonía en la que la vanidad daba una apariencia de autodominio consciente. Pero como una leve sacudida bastaba para romper aquel equilibrio, Ricardo Fariña, ante la noticia de la próxima llegada de Branto, experimentó la sensación de vaga zozobra que se revela en la subconsciencia del que duerme, próximo al despertar de un bello ensueño. El espejismo se desvanecía, un momento tuvo la certidumbre de lo que había de suceder y sintió sobre el alma la presión de algo inconmovible.

Luego hubo en su mejoría un recrudecimiento doloroso.

A la semana siguiente un lector suspicaz hubiera calado en un párrafo de su artículo sobre la educación en el hogar, una desgarradura sangrienta en el alma del autor. Una noche Olimpia intentó penetrar la razón de aquella extraña irascibilidad que lo dominaba, y le preguntó insinuante:

—¿Qué te pasa?

—Nada.

—No; tú tienes algo.

—Bueno.

—Pero ¿por qué no me lo dices?

Y las palabras fueron pronunciadas con tan humilde acento, que Fariña, conmovido y por salir del paso, comenzó a explicar:

—Es una cosa fatal que se acerca; yo siento que poco a poco se va apoderando de mí... Imagínate: es como si fueran dos manos poderosas e invisibles que me fueran apretando el cuello, así—y hacía con las suyas, largas y huesudas, el gesto aludido, mirando hacia el techo fijamente.

—¡Jesús! Déjase de eso—exclamó ella con la expresión de aquel rostro anguloso al cual el reflejo purpúreo de la pantalla daba el aspecto de congestión, como si en realidad las manos invisibles apretaran...

Tres días después la señora Gertrudis le entregó un telegrama dirigido a él. Era de Branto que, ya en viaje, le anunciaba que esa tarde llegaría a la capital. El telegrama corrió la misma suerte que la carta anterior, y cuando la patrona volvió a la habitación, fingiendo buscar en el suelo algo que no se había caído, Fariña le preguntó:

—¿Tiene usted alguna habitación desocupada?

—No, ninguna. Pero ¿para quién es?

—Para un amigo que tal vez se hospede aquí.

—¡Ah! Si es un amigo suyo, yo veré de habilitar la de al lado.

—Pero él llega esta tarde.

—Bueno, cuente usted con ella.

Y la huéspeda salió precipitadamente dando voces a una mujer del servicio.

En la tarde, cuando Branto bajó al andén, buscó inútil-

mente a Ricardo entre los que esperaban la llegada del tren. Por primera vez Ricardo había faltado.

—¡Qué raro!—se dijo Branto, y luego entró en un coche dirigiéndose al centro de la ciudad.

Ya el coche llevaba recorrido largo trayecto y Venancio, cansado de ver a todos lados, se resignaba a no encontrar al amigo, cuando, al doblar una esquina, descubrió a Ricardo, que al reparar en él bajó precipitadamente la vista fingiendo leer en un libro que tenía abierto, mientras escudriñaba de reojo desde la puerta de un botiquín situado en el trayecto de la estación el interior de los coches que pasaban cargados de viajeros y equipajes.

Ricardo entró en el coche; respondió con frialdad a las expansiones del amigo, contestando con evidente malhumor las preguntas que éste le hacía. Al pasar por el hotel dejaron los equipajes en la habitación preparada para Branto y siguieron el paseo recorriendo la ciudad. Al día siguiente regresaron; Branto, ebrio aún. Ricardo apenas podía tenerse en pie y tenía en la mejilla izquierda una huella amoratada con la forma de un paréntesis muy cerrado. Aquel paréntesis volvió a aparecer por todos los días consecutivos en diversas partes de su cuerpo. Poco después el nombre de Fariña rodó hecho una piltrafa en una crónica de escándalo.

VII

Las campanas de Santa Luz repicando en la noche; el agudo grito del hombre despavorido ante el fantasma blanco, repercutían al cabo de doce años en el alma de Ricardo Fariña. Inútilmente la flaca voluntad del estudiante había pretendido rebelarse; aquella lucha de largos días había sido el último esfuerzo desesperado, la vergonzosa derrota definitiva tras de la cual sólo había puesto para la abdicación de la propia personalidad. Al principio se debatió bajo la presión de las invisibles garras, luego no pensó más en resistir y dejó que se cumplieran en él los designios fatales. Estaba abrumado; aquella caída, la última, había sido el remate

del eterno bamboleo de su vida, el derrumbe final de lo que había vacilado en él continuamente. Después no sintió nada, no experimentó ninguna interna zozobra, ningún escozor; fue como si le hubieran amputado algún miembro dolorido. Nuevamente había perdido los exámenes del curso y esta vez el amor de Olimpia además y la salud... Y en sus horas de atonía pasaban por la memoria los recuerdos de estas cosas perdidas y quizás para siempre, borrosamente, como pudieran pasar los restos del navío destrozado, sobre la pupila inerte del náufrago, abierta en el fondo del agua.

Y Ricardo Fariña, aligerado del peso de la conciencia que había gravitado hostilmente sobre su vida, experimentaba un horrible bienestar, una liviandad de cosa vacía por dentro.

Una noche bailaba en un prostíbulo en compañía de Venancio. Un pendenciero, famoso entre los frecuentadores del sitio, comenzó por lanzarle soeces indirectas. Fariña, un tanto amilanado, fingió al principio no haberse percatado de ello y luego, como para desarmar al chocarrero, tomando a chanza lo que era abierta provocación, le dijo con acento que se había esforzado en ser amable: "Está bueno, compañero"; y al mismo tiempo vio que Venancio, soltando de pronto la pareja, con un tremendo puñetazo, despachurraba sobre la boca del patán el dicterio hiriente y vil que éste había comenzado a proferir.

Otra vez había caído en su defensa la mano que se irguiera amenazante en la escuela de Santa Luz, y Ricardo Fariña volvió a sentir con más violencia que nunca aquella impresión de un golpe en el cerebro que era en él característica.

VIII

En el silencio de la noche se escuchaba el ritmo singular de la respiración de Branto, que en la habitación contigua a la de Fariña dormía profundamente. Las dos piezas estaban comunicadas por una puerta siempre abierta. Ricardo tendió los oídos hacia aquel ruido intermitente y un es-

peluzno le recorrió todo el cuerpo... "Si yo lo hiciera esta noche", y se dio a imaginar el acto liberador de aquella larga servidumbre. Muchas veces había pensado lo mismo, pero aquella noche, el resquemor de la reciente humillación y el alcohol ingerido hicieron estallar brutalmente en su desvarío de sangre su viejo encono y sus imaginaciones tuvieron una plasticidad inusitada.

Se vió a sí mismo tanteando en la sombra la puerta que comunicaba con la suya la habitación de Venancio, luego agacharse y pasar arrastrando frente a la ventana abierta hacia el patio; incorporarse de nuevo, llegar conteniendo la respiración al borde de la cama, inclinarse sobre el durmiente, agarrarlo de pronto por el cuello y apretar..., apretar..., apretar.

IX

A la mañana siguiente—como si la energía de aquel esfuerzo mental, exprimida a la impotencia de toda una vida, hubiera aniquilado su organismo—le hallaron muerto sobre el lecho, en todo el cuerpo estereotipado el último estremecimiento agónico, y en una crispadura espantosa aferradas las manos al cuello ensangrentado.

FIN DE
"LA LIBERACIÓN"

LAS NOVIAS DEL MENDIGO

I

TENÍA una singular manera de pedir limosnas; jamás imploraba exponiendo su miseria del modo como suelen hacerlo los mendigos vulgares para apiadar a las gentes, ni propiamente las imploraba nunca, porque él no era un pordiosero vulgar que suplicaba un pedazo de pan o un centavo para su hambre, sino un mendigo de oraciones; y aun éstas no las pedía para servirse de ellas en su propio provecho, sino para hacerles la caridad de enseñárselas a las muchachas de su campo, siempre expuestas a las malignidades de los echadores y a las mordeduras de los animales venenosos.

Por este motivo muchos le cobraron recelo y hasta mala voluntad algunos, pero a él no se le daba cuidado porque en cambio muchas también lo querían, y el cariño de éstas, como que era de almas puras y tiernas, tenía que ser para él más dulce que amarga era la malevolencia de los otros. Estos, los hombres, por natural condición recelosos y mezquinos, le tenían ojeriza; menos por aquel aspecto suyo de vagabundo y embaucador, tan sospechoso, que por el cariño que le profesaban las mujeres, a quienes el mendigo sabía interesar en su favor, explotando la natural curiosidad de ellas, con aquel mismo aspecto suyo y aquella costumbre, tan inusitada como aquellas palabras que empleaba en su conversación siempre disparatada y pintoresca. Y como él sabía que los hombres le aborrecían, esperaba que ellos no estuvieran en sus casas para ir a ellas, donde siempre era bien recibido por las mujeres que invariablemente acogían su aparición con grandes clamores y aspavientos de burlona jovialidad, y se sentaban luego en torno suyo haciéndole preguntas diversas para hacerle hablar y gozarse con oirlo,

a lo que él correspondía gustoso y satisfecho, mirándolas a la cara y sonriendo con una evidente expresión de voluptuosidad que le remozaba de modo singular la faz vetusta, como si aquellos agasajos que ellas le hacían y con los que él les retribuía llamándolas cariñosamente mis niñas, disfrutara de un placer idéntico al que proporciona a un niño el furtivo saboreo de una golosina mal habida.

De esta manera tomaba el mendigo la revancha contra la malquerencia de los hombres, regocijándose de su artería con un sentido no exento de innobleza, porque si bien había mucho de niño en el modo candoroso como se preciaba de aquel amor de las mujeres, había también mucho de seductor en la maña que se daba para lograrlo.

II

Mas, como siempre sucede, no todas le querían con igual entusiasmo, ni a todas él de la misma manera. Tenía sus preferidas, suerte de favoritas de aquel raro amador, para las que reservaba como dones especiales los más bonitos cuentos de encantamientos y las anécdotas más inverosímiles de cuantas le habían sucedido, y con las que ellas se divertían lo indecible. En cambio, ellas le tenían siempre oraciones muy curiosas y eficaces amuletos propicios contra toda maligna asechanza, con la añadidura de algo que comer y una que otra prenda de vestir de cuando en cuando; todo lo cual, aunque nunca lo exigiera, aceptaba él gustosamente. Las otras, las indiferentes, nunca le tenían una oración ni una reliquia bendita, cuando más un pedazo de pan o un centavo era lo que le daban, y esto, sacando apenas el brazo por la puerta entornada, sin invitarle a entrar y muchas veces sin detenerse a escuchar el cariñoso saludo y los votos con que él retribuía la limosna que le daban. Verdad que tampoco él tenía para ellas cuentos ni anécdotas; pero esto mismo más que suya era culpa de ellas que nunca tenían tiempo ni paciencia para oírlos. ¡Tan ocupadas estaban siempre! La razón era obvia, pero él atribuía a desamor aquella desatención y

siempre salía refunfuñando sin agradecer la limosna que se le daba tan desabridamente, como a un pobre cualquiera, y que él aceptaba por no desairar.

—No tienen caridá. Como si uno por más pobre que juera no le tuviera más estima al cariño que al piazo e pan.

Y una vez le dijo a otra:

—Mi niña; su perdone consuela más que too el pan de la tierra. Dios le bendiga la boca.

Sin duda, aquella boca había sabido darle la verdadera limosna porque no era sólo pan lo que necesitaba aquel mendigo. Y como no lo estimara por sobre toda otra cosa, en el pueblo se decía que no era tal pobre, sino un avaro que se estaba pudriendo de sordidez y dinero, por lo que muchos señores prohibieron terminantemente en sus casas que se le dieran limosnas. Otros decían que era un truhán, un redomado embaucador, y muchos lo tenían por brujo por el hecho, así explicable, de mendigar oraciones; y así, unos por sólo esto, otros por aquello, todos le tenían aprensión.

III

Y era que, en efecto, aquel hombre tenía una cosa extraña que inspiraba recelo; cierta dureza en la mirada, más propia del malhechor que de pordiosero, su mismo aspecto bien pareciente de persona de rango venida a menos, nadie sabría por qué, aquella pulcritud y cuidado de las manos y de la cara que se avenía tan mal con los harapos del vestido y la tosquedad de los pies maltratados por el andar descalzo, y sobre todo, aquella manera picaresca de guiñar los ojos como si se burlara de los que le compadecían, y aquel gesto notoriamente lascivo de enarcar la boca haciendo converger en los pómulos agudos todos los pliegues de la cara, en una sonrisa de sátiro en acecho, expresión de senil voluptuosidad que ponía escuchando a las mujeres que le agasajaban y que se le quedaba en el rostro, largamente, como estereotipada.

Este gesto había sido en veces tan decidor que muchas se

ruborizaron de haberlo provocado y desde entonces tuvieron más comedimiento en su trato con el mendigo a quien creyeran incapaz de un pensamiento impuro. De esta manera fue perdiendo el favor que un tiempo le dispensaron todas las muchachas del pueblo, hasta que al fin eran muy contadas las que le permanecían fieles a pesar de la sonrisa.

Entre éstas las más eran temporadistas de las que todos los años por la época de los calores iban al pueblo, para quienes el raro mendigo era uno de tantos motivos de esparcimiento, una de las tantas cosas que había que ver en el lugar. Y como le descubrieran la graciosa chifladura, se divertían a más y mejor haciéndose las enamoradas de él, tanto por la fruición que les procuraba alimentar una hoguera que no habría de quemarlas, como por preciarse de listas y pulidas no incurriendo en la pudibundez cursi de las muchachas del pueblo a quienes asustaba un amor tan inofensivo como el de aquel pobre hombre.

IV

De aquí que el mendigo terminara no bajando al pueblo sino por la época de la temporada. Todo el resto del año se lo pasaba en el campo, enseñándoles a las muchachas de allá las oraciones que a su vez aprendía de boca de las señoritas de la capital, y esperando la estación calurosa como un enamorado el regreso de la novia. Y en realidad era un enamorado en la espera de muchas novias; algunas, ya conocidas y no olvidadas todavía; otras, ignoradas y de antemano queridas, todas las que por agosto venían a las quintas de los alrededores del pueblo a congregarse, como en un serrallo, para aquel peregrino sultán, y a quienes él aguardaba ansioso, allá en su campo, contando los días y mirando continuamente hacia el camino desde la puerta de su rancho.

Esto le valía la diaria y continua regañina de los de su familia, que no podían ver con agrado que él se estuviera todo el día, mano sobre mano y entretenido en tan ociosos

pensamientos, mientras ellos, encorvados sobre el barbecho, soportaban, abrasador y pesado, el azote del sol y la carga de la casa. Verdad que ya él estaba viejo, pero en el campo muchos había tan viejos como él y de mayor provecho; y además, si no lo era para el trabajo tampoco dejaba de serlo para no estar sirviendo de diversión a los vecinos que se le reían en las propias barbas, cuando él les contaba lo mucho que lo querían *sus niñas* y las cosas tan buenas que le decían; y si bien era cierto que la amistad con tales personas le producía beneficios efectivos para los hijos, tenía que ser bochornoso que su padre las mendigara.

Pero ni la reprimenda de los suyos ni la burla de los extraños le hacían apartar la vista del camino ni el pensamiento de la grata abstracción, y así estaba, hasta que en el camino aparecían los carros colmados de muebles, anunciando el advenimiento de la temporada, y los trenes más llenos que de costumbre, pasaban hacia el pueblo llevando gente siempre alegre que agitaba las manos fuera de las ventanillas en un tropel de adioses para todos los que veían pasar, adioses que eran para el mendigo saludos de buen augurio. Entonces tomaba su bastón y se iba al pueblo, a pesar de las protestas de los hijos que de buena gana lo encerrarían en un manicomio, todos los años por aquel tiempo, y en el pueblo reemprendía su romería de todos los años, en busca de novias, de casa en casa. A muchas de las ya conocidas encontraba transformadas: en mujeres, las que niñas dejara de ver en el pasado año; en enfermas, las que se despidieron buenas y sanas, y como por una y otra causa habían cambiado mucho, a menudo le costaba trabajo recordarlas, mientras que ellas lo reconocían al punto.

—¡Crisanto! ¡Todavía vive usted!

—Entoavía, mi niña, a pesar de toas las fragilidades que he atravesao este año.

En todas partes encontraba gentes desconocidas con quienes entablaba amistad prontamente y cuando regresaba a su campo se llevaba, junto con algunas oraciones aprendidas y algún dinero que nunca dejaban de regalarle, un nuevo amor dentro del alma por una novia nueva; porque su alma

era pavesa de pronto arder en toda chispa de mirada femenina, como si la edad en vez de aterírsela se la hubiera retostado hasta el punto de hacerla prodigiosamente inflamable.

Este amor era para él como una reencarnación; de tal manera le animaba que sólo con ver la soltura y presteza con que se empinaba cuesta arriba hacia su campo, podía asegurarse que lo llevaba en el pecho, y quien hubiera ido al lado suyo le habría escuchado musitar: "mi niña, mi noviecita", mientras la mirada se le enardecía y se le contraía la boca enarcándosele hacia los pómulos agudos.

V

A veces, más bien, se llevaba una profunda tristeza y cuando llegaba al rancho se sentaba sin decir palabra en el tronco donde solía pasarse los días enteros, mirando el camino, y tapándose con ambas manos la cara, echaba a llorar como un niño. Era que había perdido una novia: una de las del año anterior que se había casado en la ciudad o que había muerto, o que había dado un mal paso.

Esto último no sucedía con frecuencia, pero había ocurrido ya dos veces, precisamente las dos a quienes había querido más porque habían sido las más afectuosas y caritativas con él, la primera de las dos, sobre todo. ¡Lo que sufrió el pobre Crisanto cuando supo la determinación que había tomado aquella muchacha tan virtuosa al parecer! Varios días estuvo tumbado en un rincón del rancho, sin hablar a nadie, sin mirar a nadie; llorando a veces, a veces bramando como una bestia herida, imaginando venganzas insensatas, como sólo un loco podía imaginarlas, afligido con dolor verdadero y avergonzado como si el desliz de la soñada prometida el hubiera menoscabado su honor en realidad. Igual le aconteció cuando la segunda, y como alguno, por mortificarlo, asegurara que esto pasaba porque él era un hacedor de daños, el pobre hombre se exasperó de modo tal que fue necesario vigilarle porque en dos ocasiones atentó contra su vida.

¡Un echadaños él, que pedía limosnas de oraciones para enseñar a las gentes a librarse de las asechanzas del Enemigo Malo y de la mordedura de los animales venenosos! Y se dolía de que alguien le quisiera tan mal para calumniarle así, y como la versión se generalizó entre los campesinos y en el pueblo mismo, al fin Crisanto concluyó por temer que fuera cierto lo que se murmuraba.

VI

No obstante, cuando vino la temporada y empezaron a ocuparse las quintas con familias de la capital y al alegrarse los paseos con la ingenua explosión de las femeniles charlas, Crisanto quebrantó el juramento que hiciera de no volver a poner más sus ojos malignos sobre mujer alguna, bajando de su montaña, como de costumbre, en busca de novias nuevas. Y, como siempre, encontró muchas, porque él tenía la propiedad de agradar a las mujeres, en cambio de aquella otra correspondiente de desagradar a los hombres; y entre todas las que encontró una fue la escogida, de cuyo hallazgo se hubiera alegrado tanto como se afligió con la pérdida de las otras, si no fuera por aquel decir de las gentes, a lo que él no daba ya crédito, pero que sin embargo le tenía caviloso, porque quieras que no, estas cosas de superstición pueden a la postre más que uno. Y de esta manera, por primera vez, concibió el amor con zozobra, tanto que cuando en la tarde regresó a su casa, no supo decir si estaba alegre o triste.

Sin embargo, era para alegrarse hasta enloquecer porque ninguna como aquella novia había sido hermosa y amable; jovencita, porque en los ojos se le veía la ternura de la edad; buena, porque tenía una sonrisa más fresca y una voz, tan sabrosa, que daban ganas de quedarse sordo después de haberla oído.

La gracia que le hizo el curioso mendigar de Crisanto, cuando éste, llegándose al corredor donde ella junto con las hermanas charlaba, dijo:

—Buenas niñas, a vé si tienen una oración pa el viejo, pa llevala pa mi campo.

Ella no se explicaba lo que podía hacer un limosnero con una oración y le dijo:

—¡Ay, mi niña! Cómo se devina que usté nunca ha conocío otra cosa que su ciudá y la sabrosura de su riqueza. Quiera el buen Dios que nunca vaya usté a los campos, buena niña, polque en el campo hay muchos animales dañosos, y como no hay iglesia, anda el Enemigo suelto. Yo pido las oraciones pa enseñáselas a las muchachas de allá, que no son tan civilizás como ustedes, que tienen más desplicación. Usté no sabe, mi niña, las fragilidades que tiene uno en el campo; el campo está malo, buena niña; tres fanegas y media de maí sembró el hombre y tres y media perdió; allá le pasan a uno cosas que no son contables de contá; yo en veces digo: ¡qué trabajo el mío...! y en el campo todos dicen: ¡qué trabajo el mío...! El año pasado, una buena niña que vivió en esta quinta, que era quinta de verdá entonces y ganaba hasta veinte pesos, porque ahora no es sino escombro; a pué, la buena niña, le digo, me hizo una caridá muy buena; me dio hasta cuarenta y siete reales juntos de una vez, pa que yo comprara gallinas y pusiera un comercio: yo hasta me asusté cuando me los vide en la mano, pero ella me dijo: ésos son pa usté; y con ellos fui y consolé a la mujé que estaba enferma y a un hijo de la mujé que también estaba dolía del reuma; ¿no es verdad, buena niña, que hice una vida mejor? Dispués la buena niña se prestaba siempre con una peseta, y pa que usté vea, dispués paró en mal. Así es la fatalidad de las personas, que no sólo los malos paran, en mal sino que muchos buenos van a tené a malas partes, caminando su vida.

VII

Desde aquel día, todas las mañanas iba Crisanto a la quinta a referirle sus raros cuentos a las muchachas que se los retribuían luego con oraciones que le enseñaban recitán-

dolas, porque él no sabía leer, y era de admirar la maña que se daban unas y otras por sobrepujar en lo revesado y absurdo, los cuentos con las oraciones y éstas con aquéllos. Los de Crisanto versaban casi siempre sobre un obligado tema de apariciones y encantamientos, referidos como casos sucedidos a él, y con los cuales las prevenía de los riesgos que tiene el campo; como el de bañarse en los ríos, con prendas de oro o plata, porque en todo río hay siempre un encanto que por robarse las prendas estrangula dentro del agua a las personas que las cargan; o el de pronunciar ciertas palabras, sitios y momentos que nunca decía cuáles eran por más que los preguntaran. A su vez las de ellas eran disparatadas advocaciones a deidades de una extraña mitología imaginadas para el caso, y que le recomendaban como eficaces contra todos aquellos mismos riesgos. Y de todas las oraciones eran las más estrambóticas las compuestas por aquella a quien Crisanto prefería a todas las hermanas. A ella, en tratándose de imaginaciones no había quien le igualara, siendo tales las atrocidades que se le ocurrían que de ordinario las hermanas tenían que hacerle señas para que se refrenara, mientras Crisanto la escuchaba alelado y sonriendo, con su sonrisa terrible.

Pero nunca era tan expresiva esta sonrisa como cuando ella, la novia, por darle broma, le hablaba de amor, mirándole a los ojos fijamente como para marearlo, y sosteniendo con toda su juventud, de una manera afrentosa para aquella senilidad estremecida e impotente. Entonces la dura mirada habitual del mendigo se iba enterneciendo como acero que se fundiera, en dos crisoles tan hondos como aquellos ojos de cuencas amplias, calentado por una llama arrancada a aquella friáldad senil en un supremo espasmo de ardimiento. Y viendo cómo se derretía dentro de los ojos del viejo aquella dureza impalpable, y cómo se iba estirando hacia los pómulos agudos aquella boca de repugnante elasticidad, la muchacha se deleitaba de manera diabólica, enardeciéndole para luego reírse de él, con una risa que tenía mucho del chisporroteo del agua sobre las ascuas.

Así pasaron unos días, con lo que ya la flaca razón del

mendigo se fue debilitando hasta el extremo, para quebrantarse de un todo el golpe con que por tercera vez le hiriera la fatalidad.

Una semana, cuando Crisanto llegó a la quinta, encontró cerrada la cancela y en inusitado silencio la casa. Sólo estaba el corredor donde acostumbraban estar de charla las hermanas, y adentro, el sol, como más blanco. Crisanto saludó dos veces inútilmente y cuando ya se iba vio que se asomaba un señor huraño, y saludó por tercera vez, preguntando por sus buenas niñas. El señor le respondió de mala manera y le volvió la espalda dejándolo con la palabra en la boca. Luego vino una de las niñas de la casa, y al acercarse al mendigo soltó ruidosamente el llanto que trajera contenido.

Crisanto la dejó llorar y luego le preguntó:

—¿Qué tiene mi buena niña? ¿Qué cosa mala le ha pasao, pa vé si pué consolala su pobre?

Y como la llorosa no respondiera, volvió a preguntarle:

—¿Y ella dónde está? ¿Por qué no viene a recibirme?

—No está ya, Crisanto, no está ya...

VIII

Cuando Crisanto llegó a su rancho, se tiró al suelo y lloró largamente. En torno suyo se reunieron los de la familia, no a consolarlo, sino a reprenderlo con dureza, amenazándolo con encerrarlo como a loco si se le antojaba irse otra vez al pueblo. Ninguno se informó por el motivo de su duelo, porque ya se lo suponían sobradamente, ni él se lo hubiera comunicado tampoco, para que no fueran a reirse de él otra vez, y cuando cansados de amonestarle le dejaron en paz con su dolor, él se quedó pensando:

—¿Por qué los que son buenos van a pará también a mala parte, caminando su vida, como los malos? Una niña tan caritativa, que le gustaba tanto protegé a los pobres, y quererlos con too su cariño, terminá en la fragilidad en que ha terminao...

Luego, convertido en ira el dolor, estremeciéndose como un energúmeno continuó:

—¿Por qué me ha dejao? ¿Por qué me ha dejao...? La muy zafá...

Recordó entonces a las dos que habían precedido a esta última en aquella fuga de novias tan inexplicables, y de súbito le asaltó un pensamiento cruel: tenían razón los que le aseguraban que así sucedía porque él era un echadaños... Y se dolió sinceramente de no haber cumplido el juramento que hiciera de no mirar a ninguna mujer, y en un supremo arranque de ira se introdujo en las cuencas profundas los dedos crispados, como para sacarse aquellos ojos malignos, mientras allá, en su interior, daba su último parpadeo la razón.

FIN DE
"LAS NOVIAS DEL MENDIGO"

LOS AVENTUREROS

I

A la legua trascendía que el doctor Jacinto Avila no estaba hecho para aquella suerte de andanzas; peñas arriba, por un camino angosto y fragoso, sobre una mala bestia alquilona, bajo un sol que abrasaba, a mediodía en punto, Avilita—como le llamaba todo el mundo—debía sufrir mucho con el zangoloteo de la cabalgadura, el rigor del meridiano, la desazón del fastidio, y con aquellas ingratas caricias que al pasar le hacían en el rostro las ásperas ramas de la maleza que tapaba el sendero de la montaña, por el que iba, paso entre paso, y tal debía de tener de quebrantados los miembros y molidas las carnes, que no hallaba ni qué cara poner ni cómo acomodarse en la silla. Además, no parecía llevarlas todas consigo, cual se colegía por las recelosas miradas que a menudo echaba en derredor y por la significativa precaución de llevar la mano a la cañonera de la montura cada vez que se acercaba a algún recodo o desfiladero sospechoso del camino o percibía rumor como de acecho entre los jarales.

Sin embargo, Avilita no iba todo lo mohino que fuera esperarse. Por momentos se le desenfadaba la faz, iluminándosele con una expresión de complacencia maligna, como quien se regodea con el pensamiento de la propia maldad. A veces el contentamiento subía hasta entusiasmo, y dejando el arzón y la rienda, con perjuicio del equilibrio, se restregaba las manos, con lo que dejaba ver a las claras que algo llevaba entre ellas, y luego, olvidando los riesgos y molimientos que le traía el andar por aquellas escarpas, se engolfaba en gratos pesares, a media voz y risueño, dejando a la mal andariega mula concertar el paso a lo que buenamente

le dieran sus flaquezas, hasta que uno de los peor dados de ella le devolviera en sí con gran sobresalto. Pero entonces le acontecía descubrir a uno que lo observara desde lejos y que de pronto desaparecía, como por encanto, con lo que volvía Avilita a la querencia de su recelo y por buen espacio se mantenía sobre aviso.

Iba este que lo espiaba, a lo que la distancia dejaba ver, montado en una mula blanca, tan diestra en el encaramarse sobre los más eminentes riscales como ágil en el desaparecer por no sospechados atajos, de la baquía de cuyo jinete era la suya señal poco tranquilizadora, dada la circunstancia de que, según todos los indicios, éste no hacía camino determinado, ni andaba por ninguno propiamente, sino por arrezafes y vericuetos y con el solo objeto de espiar al que venía por el sendero. Así, unas veces aparecía a buena distancia por delante de Avilita; otras a sus espaldas y tan próximo que era como estar entre sus manos; y tan pronto estaba a la derecha como a la izquierda del camino, sin que nunca pudiera descubrirse cuándo ni por dónde lo cruzara. La última vez que apareció pasó tan cerca de Avilita, que éste recibió en la cara el resoplido caliente de la bestia que, como un disparo, saltó de improviso de entre la maleza del camino, ágil lo atravesó como al vuelo, de un salto ganó el talud opuesto, y desapareció otra vez, hendiendo el gamelotal, tan alto y tupido que tapaba al jinete.

Tan brusco y rápido fue todo esto que Avilita apenas si tuvo tiempo de refrenar su bestia para no ser arrollado en el ímpetu de la otra; y lejos iba ya ésta y su jinete, mientras él, no bien repuesto de la sorpresa, permanecía en el propio lugar de ella, esperando por momentos el asalto inminente, sin quitar la vista del gamelotal que ya no se movía. Y así estuvo hasta que a lo lejos, sobre una cumbre rotunda, apareció la mancha roja de la cobija que llevaba extendida sobre el arzón el supuesto espía, cuya silueta luego desfiló sobre el cielo a todo lo largo de la cresta roqueña en que remataba por aquel lado la serranía, y desapareció, finalmente, entre las neblinas cimeras.

II

El doctor Jacinto Avila tenía sobradas razones para temer una asechanza en aquellos apartados parajes por donde a la sazón merodeaba en son de guerra el famoso y temido insurgente Matías Rosalira, cuyo feudo y correderos eran desde mucho los riscos, vertientes, caminos, bosques, rastrojos, caseríos y todo cuanto se encerraba en la vasta serranía, en la que, mejor conocido con el nombre de *El Baquiano,* gozaba de mucho prestigio.

Decíase de él que tenía un exterior atractivo, y que por las buenas era una excelente persona, afable en su trato, medido con los extraños, generoso con los suyos y hasta noble y leal: y aun bien que por lo que se daba a entender tales lealtad e hidalguía no le obligaban a mucho y sólo consistían en no haber herido nunca a mansalva, ni cometido traición o alevosía, ni en el débil haberse ensañado, a ellas debía el gran ascendiente que tenía sobre los montañeses. Además, era gran derrochador, servicial, obsequioso y tan amigo de tener la casa llena de los suyos en fiesta, como de acudir donde las ajenas con su socorro cuando fuera menester. Todas las que, con otras cualidades suyas, le hacían tan popular que no había persona de las que le trataran que no le fuera afecta, no siendo parte a disminuirle el que le tenían sus adictos, ni la autoridad que sobre ellos ejercía, ni el vasallaje a que los obligaba. Disfrutaba, asimismo, del favor de las mujeres, aunque era cosa sabida que no las trataba blandamente así que le pertenecían, ni les era fiel por mucho tiempo; mas, como era insinuante, buen mentidor y amigo de enamorarlas y adquirirlas por modos extraordinarios, casi siempre novelescos, nunca hubo una a quien requiriera inútilmente.

Su última aventura galante tuvo gran resonancia. Era ella de una de las más acomodadas y campanudas familias de un pueblo de los que había a las faldas de un monte, y enamoróse de él con tanta vehemencia que no valieron razo-

nes, ni ruegos, ni amenazas de los suyos, y así, cuando *El Baquiano* quiso tomarse lo que no querían darle buenamente, encontró la voluntad de la muchacha tan rendida a la suya, que a poco de proponérselo ya estaba ella con él, camino de la montaña.

En ésta la noche era tan cerrada y tan espesa, que daba trabajo avanzar por entre ellas; largos truenos rebotaban de cumbre en cumbre y caían dentro de los barrancos rebosándolos de ruido, por las torrenteras bajaban mugidoras aguas, llovía, y a ratos se oía venir derrumbes. Con tales rigores, además de sus zozobras, iba la robada transida de pavor y lloriqueando para que no siguieran, con cuyos melindres y el continuo resbalar de las bestias, que repinaban trabajosamente la cuesta barrial, comenzaba Rosalira a perder la paciencia y a renegar de la aventura. De pronto un derrumbe. Matías, más experto, obligando a la bestia a un salto desesperado, púsose en salvo, pero la mujer fue arrollada por el alud y arrastrada al barranco entre un fragor de peñascos que rodaban desgajando los matorrales. Fue la única vez que la montaña estuvo en contra de *El Baquiano;* pero él no le guardó rencor por ello.

Por lo demás, era en extremo supersticioso, buen devoto de la Virgen del Carmen, en cuyo nombre lo mismo daba una limosna que una puñalada y se sabía una porción de oraciones y ensalmos en cuya eficacia creía a pie juntillas; profesaba un respeto inviolable a la madre, a quien nunca hablaba puesto el sombrero ni alterada la voz, y un odio profundo, feroz e invencible, al extranjero. Podría tener cuarenta años y nunca se le conoció padre, lo que daba pie a multitud de curiosas versiones a propósito de su origen, siendo voz general que descendía de gente de rango venida a menos, y los más fantaseadores aseguraban que venía, por línea de varón, de un remoto señor que según las leyendas, de la montaña, habitó en un castillo roquero, ya en ruinas, y que, aunque nadie lo había visto, existía entre unos riscos inaccesibles que a manera de almenas había en las crestas más altas de la sierra entre nieblas perennes. Y como Matías desaparecía de tiempo en tiempo, sin que se su-

piera dónde se metía, los montañeses aseguraban que era en el castillo fantástico, cuyo camino sólo él conocía y donde, naturalmente, había tesoros escondidos.

III

Revelóse la hombría de *El Baquiano* cuando tenía veinte años, por Pascuas, una tarde de joropo, embriaguez y sangre. Dividíanse para entonces las montañas en dos bandos hostiles: los *guarubas* de un lado de la fila y del otro los del Riscal. Reunidos estaban éstos, desde la Noche Buena, en uno de los ranchos del caserío, donde bailaban, cuando a cosa de las tres, apareció por los alrededores una partida de los *guarubas,* entre los cuales venía Cupertino, negrazo feroz y sanguinario, cacique de ellos y terror de todos los contornos. Traían mal disimulados bajo las cobijas los relucientes *linieros,* y una intención manifiestamente hostil, con todo lo cual se acercaron a la puerta del rancho a ver el joropo.

En el caney bailaban desprevenidos; en un rincón Matías descabezaba el sueño y punteaba el arpa a la vez, tan suave y dormidamente que apenas se oía, chischeaban las maracas unísonas con los pies de los bailadores y al compás, a intervalos una voz desapacible canturreaba el pasaje intrincado y sin fin... De pronto cunde un murmullo: el aire que respiran produce escozor. Estornuda uno, y luego otro, todos después. Los de la *barra* les hacen corro de chacotas, provocativamente; la refriega se viene encima, las mujeres tratan de retener a los hombres que ya no bailaban, sino forcejean; por momentos la atmósfera se hace irrespirable, es fuego en las fauces y en los cuerpos sudorosos; el barullo se crece de pronto y ya se oyen afuera ruido de armas que se aperciben ostensiblemente.

—Pare el golpe, compañero—le grita uno a Matías, que no se había dado cuenta.

—¿Qué pasa?

—Qué han echao ají.

Soltaron el trapo a reir los de afuera y sus parejas los de adentro, y pronto en todos los ojos relampagueaban miradas feroces, y en las manos fierros siniestros. Abriéronse los *guarubas* a pocos pasos del rancho en espera del ataque, y como los de adentro no salían, comenzaron luego a desafiarlos con insultos y rechiflas; y, entre todos, el que más voces daba y mayores improperios decía era el negro Cupertino, enemigo jurado de los *risqueros* y ahora más que nunca por el desaire que le habían hecho no invitándolo al joropo; como era costumbre y ley de todos los moradores de la montaña. Oíanlo los de adentro y mirábanse unos a los otros, conteniendo el aliento, fijos los ojos en la puerta por la que entraba el vozarrón del Negro, a cuyo reto no atendían aunque amenazaba ya pegarle fuego al rancho para obligarlos a salir, tal era la sugestión de pánico que ejercía sobre todos, cuando de pronto Matías, sin decir palabra, de un salto se puso fuera del caney y tan luego estuvo sobre el Negro, que por no creer que le salieran perdió la serenidad, que era fama que nunca le había faltado, y con ella la vida en un santiamén. Desplomóse el Negro, rebanada la cabeza, por cuya ancha herida se le iba a borbotones toda la sangre, y viéronle caer los suyos que a pocos pasos más allá se agrupaban, sin que ni uno se moviera a acudir en su defensa, tal estaban de asombro, mudos y clavados en el suelo, como de la misma manera en la puerta del rancho los amigos de Matías. Con lo que había tan gran silencio y tal ansiedad, que daba miedo pensar en lo que sucedería cuando volvieran en sí.

Y lo que sucedió fue que de repente, a un mismo tiempo, todos se abalanzaron unos contra otros y se acuchillaron encarnizadamente. El que más cuchilladas dio fue Matías, y cuando derrotados los *guarubas* emprendieron la fuga, él se ensañó en perseguirlos, y los llevó hasta sus propios ranchos a plan de machete.

Los persiguió luego, a su vez, la Justicia por la muerte del Negro, que era Comisario de la Montaña, y Matías, seguido de unos cuantos, huyó a los bosques y se hizo bandolero.

Muerto el Comisario, los odios que éste había sembrado y los que suscitó su muerte, comenzaron a estallar, y se formaron tantos bandos como caseríos había en la montaña, con lo que empezaron a surgir capataces y montoneras, y al poco tiempo hubo tantos que no fue posible transitar sin riesgo por aquellos parajes.

De todos los caciques el más famoso era Matías Rosalira, a quien llamaban ya *El Baquiano*. Partía para él la fila de la montaña en amigos y enemigos a todos sus moradores, pero todos lo acataban como a más fuerte, más audaz, más aguerrido y baquiano entre todos. Fatigada tenían ya a la Justicia sus depredaciones y fechorías, pero como no había esperanzas de cobrárselas, y además, podía ser que conviniera más hacer las paces con él, la misma autoridad que lo perseguía resolvió hacerlo suyo nombrándolo como al Negro Cupertino, Comisario General de la montaña.

Juró lealtad Matías, que en el fondo no dejaba de tenerla, a su manera, y tomó tan a pecho la comisión de pacificar que se le había encomendado, que no se dio tregua hasta someter a los cabecillas facciosos. Y como tenía don de mando, y se daba tanta maña para atraer la voluntad de los hombres, a vuelta de poco no había en todos los contornos sino amigos suyos, porque a los que por las buenas no habían querido serlo, los exterminó sin piedad, con lo que quedó la montaña en paz y sólo él dueño de ella.

A fuero de tal, dirimía las querellas, administraba justicia, cobraba impuestos a los terratenientes, y sin reparo ni consulta, sino a todo su talante y beneficio, dictaba leyes y repartía privilegios sin que nadie se atreviera a discutirle el suyo, porque las contadas veces que esto quiso suceder, dióle al insubordinado tan contundentes razones que por muchos días le duró el dolor de ellas. Y hasta tanto llegó su señorío que edificó su casa en el preciso punto por donde pasaba el único camino que era de recuas, sobre una loma tan escarpada y angosta, que no era posible hacer rodeos para evitar la casa, por dentro de la cual Rosalira permitía el paso mediante un peaje estipulado. Quejáronse algu-

nos y las autoridades se vieron en el caso de amonestarle, a lo que contestó Matías que lo había hecho para ejercer mejor la policía de la región y que lo del derecho de puerta podía ser que fuera más bien de agredecérsele que lo cobrara, como que era para conservar y mejorar los caminos, con lo que dichas autoridades se hicieron las convencidas, y lo dejaron en paz y a sus anchas.

IV

En tan buen acuerdo se pasaron algunos años, hasta que una mañana se presentaron en sus dominios varios individuos provistos de instrumentos, cintas y otros accesorios, y comenzaron a echar visuales, tomar medidas y apuntar cifras. Todo lo cual visto por Rosalira se puso sobre aviso, y al día siguiente cuando los intrusos volvieron a sus mirares y sus medires, él se encaminó donde ellos y les preguntó quiénes eran y qué lo que hacían por allí. Dijéronle que eran ingenieros de una compañía extranjera que hacían el trazo de un ferrocarril que pronto atravesaría la montaña, con lo que Matías se enfureció tanto que por poco abofetea al que tal dijo, pero no se quedó sin jurarles que no llevarían a cabo su empresa.

Terminado su quehacer se fueron los ingenieros, mas no por esto se tranquilizó *El Baquiano,* sino que se lo pasaba preocupado con la idea del ferrocarril. Era éste un enemigo inusitado para él y comprendía que el día que entrara en la montaña se acabaría su dominio sobre ella y hasta tendría que abandonarla. Y tan cierto estaba de que por más que se lo estorbara terminarían los extranjeros saliéndose con la suya—cosa que le exasperaba hasta el extremo—que aquel año, último quizá de su señorío, dobló los derechos de paso a los traficantes y cobró adelantados los impuestos de bosques y cultivos del año próximo. Además se la pasaba vagueando por el monte, explorando veredas y escudriñando los bosques; y a veces se pasaba los días enteros metido entre ellos, sin que se supiera por dónde andaba ni qué hacía,

aunque se sospechaba que se ocupaba en desenterrar y reunir el armamento y municiones de guerra que tenía escondidos por allí.

Entre tanto, de la ciudad venían noticias alarmantes: el ferrocarril adelantaba, los trabajos iban ya entrando a la montaña. Y entraron por fin. Fue una invasión inusitada: todo el día estuvieron llegando cuadrillas de peones y se diseminaban por las laderas, a lo largo del trazo, y comenzaron a plantar campamentos. Después empezaron los trabajos: centenares de picos rompían las tierra, los petardos explotaban a cada rato despedazando los macizos roqueños; talaban las selvas, en los barrancos comenzaron a levantarse parapetos audaces, por las laderas bajaban continuamente aludes devastadores, con un clamor como de aplausos formidables que subía hasta las cumbres. En las noches, en los campamentos había algazara y guitarras, hasta que Matías empezó a cumplir lo que había prometido, y ya no los hubo más sino expectación y silencio, porque desde entonces no hubo noche sin asalto. Todo el día se lo pasaba *El Baquiano* viendo los trabajos desde su alto riscal, maquinando planes para la noche, y cuando ésta cerraba, él bajaba con su montonera a atacar los campamentos, o a destruir las obras, muchas veces con los mismos petardos de los que las construían. Después, ya no esperaba la noche, sino que los atacaba en pleno día, con lo que se pasaba la mayor parte de éste en expectación y refriega, y el trabajo no adelantaba, y a poco se suspendió por falta de braceros. Matías parecía salirse con la suya. La Compañía envió comisionados a ofrecerle acciones de la Empresa para que la dejara en paz, pero él no las aceptó; llegaron a ofrecerle una suma considerable y la rechazó también. Lo que quería no era dinero, con lo que le daba la montaña tenía de sobra; su punto era no dejar pasar el ferrocarril, porque era cosa de extranjeros, y él los odiaba cordialmente. Recurrieron éstos a otros arbitrios, y el Gobierno mandó gente armada para proteger las obras. Recomenzaron éstas y con ellas el estado de guerra en la montaña. Matías Rosalira fue declarado faccioso.

V

Avilita lo sabía. La fama del caudillo montañés había cundido por todas partes y sus hazañas y fechorías eran objeto de toda suerte de comentarios. Conocía también el peligro que había en aventurarse por sus correderos en tiempos como aquéllos, de guerra sin cuartel, y aunque las cosas que se contaban de *El Baquiano*, eran para atemorizar al más impávido, así las oyera en poblado y a buen recaudo, a Avilita no le asustaba la idea de encontrárselo, sino más bien lo deseaba, como que iba en busca de él.

Atravesaba a la sazón una enmarañada selva; sin sendero y tan pendiente, que por aliviar a la rendida bestia echóse a pie, y a más andar ganó la linde, en la cumbre misma. La neblina era tan densa que a pocos pasos apenas se distinguían siluetas borrosas; subía de los barrancos, cálida como un aliento, en borbollones silenciosos, desflecábase contra los riscos de aristas cortantes, rodaba sobre las lomas, y se metía, bosque adentro, blanqueando la sombra azul o violada de la umbría. De entre ella, en una engañosa perspectiva de lejanía emergían afilados picachos, roquedos colados sobre el abismo blanco, aguileras crispadas sobre las cuales se cernían grandes aves rapaces, en un vuelo avizor, lento y majestuoso. A veces, cortado por las alas, vibraba el aire sonoramente, como una clarinada; del mar venía, con las brumas, un viento recio y crudo que pasaba sobre las lomas y se sometía por los quebrajones, tal una manada de lobos marinos, todos blancos, que invadiera la montaña.

Avilita, al azar cogió hacia la derecha; caminaba sobre el filo de la montaña por un terreno de rocas entre las que crecían frailejones y helechos, tan pulidas como si el suave y perenne rodar de las nieblas las hubiera aromado. De allí a poco, desvaneciéndose las brumas, apareciendo primero el mar, a lo lejos, desmesurado y azul, y luego el macizo de montañas: las hondonadas vertiginosas, los cangilones donde

se apretujaban almácigos de selvas vírgenes, los caseríos esparcidos por las laderas, los plantíos surcados de valladares de piedras, y luego, por encima de la cresta ríspida, hasta donde alcanzaba la vista, la formidable cordillera que se metía, tierra adentro, en una sucesión de cumbres y de azules, hasta el más desvaído sobre la más remota; y la llanura urente, al fin, como un celaje.

De pronto, detrás de un peñón que lo guarecía de los vientos marinos, un paraje donde había casas, al extremo de la travesía que de allí para adelante, dejando la fila, descendía hacia los lados del mar. Pasaba el camino por dentro de una de las casas, cerrada a la sazón, y estaba ésta en lo más escarpado y angosto del sitio, plantada de tal manera que no había otra de pasar sino por dentro de ella. Reconoció Avilita por estas trazas el lugar en que estaba, que no era otro que el paradero de Matías Rosalira, y aunque parecía deshabitado, tan cerradas estaban las puertas y en silencio las casas, se decidió a llamar. Al cabo de un rato abrióse el portalón, que dejaba el paso del camino franco, y apareció un hombre, hasta de cuarenta años, vigoroso, alto y bien plantado en quien Avilita reconoció al punto al espía de antes. Sonrióse éste como para inspirarle confianza viendo la turbación en que su presencia lo puso, y le preguntó si quería pasar, pidiéndole excusas por haberse demorado en abrirle. Repuesto, Avilita le contestó que mejor quisiera no pasar todavía, porque iba muerto de cansancio y con mucha hambre, como que era bien pasada la hora del almuerzo, y así más le agradecería que le dijera si podía encontrar en la posada algo de comer.

Mirólo el otro de pies a cabeza, y luego, sin verle la cara, contestó:

—Lo que es aquí no hay gente y no se halla nada; pero véngase conmigo. Puede ser que por ahí se encuentre.

Volvió a cerrar la puerta así que pasó Avilita y luego acudió a abrir otra que había al extremo del pasadizo, que no más era aquello, y mientras pasaba el cerrojo le dijo:

—Vaya andando, joven..., por ahí, a su derecha, yo voy con usté.

Comprendiendo el otro que quería conservarse a sus espaldas y aunque tal espaldero no era para inspirar confianza, echó a andar con todo el recelo que era del caso. A poco, su acompañante le preguntó:

—Dígame una cosa, joven, y usté perdone el entrometimiento: ¿qué busca usté por aquí?

—Busco al General Matías Rosalira.

—Entonces ya pué usté parase.

—¿Es usted?

—Pa servile. Pero nada más que Coronel, por lo pronto.

—Jacinto Avila, doctor en leyes.

VI

El doctor Jacinto Avila devoraba el almuerzo que le habían aderezado en el rancho donde lo llevara Matías Rosalira. Acompañábale éste y lo servía una vieja india, cantinera desde moza, abotagada y aguardentosa, que no cesaba de gruñir y mirarlo con malicia. Entre tanto, en torno al rancho, que parecía cuartel, tal estaban los trojes llenos de armas, merodeaban hombres mal encarados, que tenían aspecto de perros de presa.

—Son mis muchachos.

—Creí que usted tenía su cuartel en la casa del paso de la fila.

—¿En "El Respiro"? Es que ahora tengo la gente *trabajando* del otro lao.

—Raro es que no hayan intentado ocuparla sus enemigos.

—Lo que es intentao, no se esté usté pensando que no les ha faltao ganas, la cosa es que, como dicen vulgarmente: toavía no estaban maduras y se han fruncío al clavarles el diente.

—Es inexpugnable, verdaderamente. Y como usted es tan conocedor de la región...

—Alguna ciencia debe tené uno, doctorcito; pa algo ha vivío uno toa la vida en estos espeñaeros.

—Debe de ser muy agradable vivir en estos lugares altos.

—Según y conforme. Todo está en el acomodo de uno; pa usté, en comparación, no sería muy propio, acostumbrao a las comodidades de la ciudad.

—Tal vez...

—¡Eso sí! Pa la salú le sirve hasta más útil que la ciudad; aquí tiene uno el pulso y la juerza que estorba. Yo, le soy franco, el día que tuviera que irme de la montaña, me moriría de rabia, como el querrequerre enjaulao.

—Depende de la manera como salga usted de ella.

—Ahora parece que me quieren sacá por la juerza. Pero, ¡caray!, como que no les va a sé muy fácil. Usté perdone la interjección, pero es que cuando me acuerdo... Mire, es que me dan ganas de..., de estrangularlos a todos... Usté sabe..., los de abajo, los *musiúes* esos.

—Los del ferrocarril. Sí.

—Jé..., jé... Esta risa no es ni mía...

Y Matías Rosalira se paseaba atusándose el bigote. Luego salió del rancho llegando hasta el borde del despeñadero, desde donde se veían, allá abajo, el peonaje del ferrocarril perforando la montaña y los campamentos de la tropa que protegía las obras, bajo banderas extrañas.

—Pero, señor, es mi cuestión: por qué vamos a dejar que los *musiúes* se cojan la tierra de uno.

—Ahí tiene usted una bandera prestigiosa para una revolución.

—Ahora todos la han cogido con lo de la civilización; como si la civilización no pudiera andá sino en ferrocarril. Lo que pasará es que se morirán de hambre los pobrecitos arrieros, para que los *musiúes* se lleven todos los riales pa su extranjero. ¡No digo una revolución!

—¿Por qué no la hace usted?

—¿Yo?

—Es el único que puede hacerla hoy.

—¡Ah! ¡Malaya!

—Si usted quisiera, al dar el grito tendría sobre las armas un pie de ejército de flor.

—¿Usté lo cree?

—¿Cómo no? Estoy segurísimo; yo sé por qué lo digo.

—La verdad es que yo tengo muchos amigos, aunque me esté mal en decilo.

—Y los que tiene sin saberlo. Hoy es usted el Caudillo más popular, todas las esperanzas del país están puestas en usted. Mire, yo vengo de recorrer la República y sé que toda ella, como un solo hombre, se levantaría por usted.

—Yo sí lo creo, porque son muchos los descontentos. Pero la cosa es que eso de una revolución son palabras mayores.

—No hay tal. *Audaces fortuna juvat*. Quiere decir: que la fortuna ayuda a los audaces.

—No es que yo le tenga miedo a la guerra, porque en ella he echao los dientes y las barbas, sino porque después no me hallaría. Yo no sirvo pa lo civil.

—Ya encontrará usted colaboradores. Desde luego, me pongo a sus órdenes. Yo he estudiado mucho, he penetrado las entrañas de este país y sé cómo se puede gobernar.

—Gracias, doctor.

—Además, que no se dará el caso de que usted necesite de consejeros. Usted tiene cualidades maravillosas y da lástima que las pierda usted en escaramuzas sin gloria ni provecho. Usted perdone que se lo diga.

Guardaron silencio un momento. Matías Rosalira se hurgaba la barba pensando:

—¿De modo que usté cree que la parada es tirable, como dicen?

—Con los ojos cerrados. La patria se lo está reclamando.

—Por ella lo haría, y por ella es que lo hago, créame usté; yo estoy en guerra porque eso del ferrocarril es contra las leyes; todos los pueblos de la montaña se arruinarán, y se morirán de hambre los pobres que no viven sino de sus cargas.

VII

Para Rosalira la Patria era su montaña y el patriotismo no dejar pasar el ferrocarril. El doctor Jacinto Avila fue a decirle que aquélla era algo más que la montaña: las ciu-

dades que blanqueaban allá abajo; las llanuras inmensas que reverberaban a lo lejos; y lo que no se veía: la Patria de extramuros que estaba detrás de las barreras azules de los montes sin sospecharlo Matías. Para hacérselo comprender comenzó por despertarle una ambición que hasta entonces no había tenido, y lo hizo tan mañeramente que el Caudillo no distinguía cuándo le hablaba de la Patria y cuándo del rico botín que le aguardaba en la aventura, y lo hizo con tal éxito que a poco rato no era posible saber quién inducía a quién.

Terminado el almuerzo, Avilita se puso a escribir la proclama de guerra del General Matías Rosalira, mientras éste recorría la montaña en todas direcciones convocando a sus amigos.

VIII

El doctor Jacinto Avila estaba ya en su camino; y tal vez muy cerca de realizar la única y grande aspiración de su vida: llegar.

¡Llegar! Por ello había abandonado su provincia nativa cuando comprendió que en su pobre ambiente jamás pasaría de ser un talento sin gloria ni provecho, si era que no se quedaba en la obscura mediocridad, y enderezó sus pasos a la Capital propicia, y ya en ella, en la Universidad que da prestigio y esplendor vinculados a un título que abre todas las puertas y allana todos los caminos; y por ello padeció necesidades; comió mal, vistió peor, sufrió humillaciones y desprecios, ambicionó mucho y envidió más. Y logró llegar hasta el título. Graduóse de doctor en leyes y al despedirse de las aulas donde segara fácil laurel a fuerza de imponer a todo trance el imperativo categórico de su vanidad inflada de suficiencia, no tuvo palabras de gratitud sino de encono para aquello que él llamaba *fatalidad de su medio,* que le había impuesto aquel áspero noviciado de seis largos años de inactividad y enojoso estudio que pusieron a prueba su energía. Encono que era tan sincero como había sido insolente y que siempre fue, contenido, el acicate de su volun-

tad, y a la hora del triunfo, libre y desbordado, la natural revancha de su alma en violento desquite por las humillaciones y sinsabores padecidos.

Graduado ya acudió al periódico y a la tribuna propicios y tanto escribió y declamó tanto, con el solo objeto de hacer ruido, para lo que era bastante hueco y vacío, que a vuelta de poco ya tenía una gloriola y era acatado en todos los círculos de la Capital. Pero no era este llegar a medias todo lo que él aspiraba, y siguió trabajando con tesón por llegar de un todo hasta donde fuera posible llegar en su país, sin que su delicadeza estableciera distingos de escrúpulos que más tarde fueran a amargarle el saboreado disfrute de sus triunfos. Y con esta acomodada determinación a poco estuvo en la asendereada política y por ella anduvo buen espacio con éxito bastante prometedor. Pero, reveses de la fortuna o torpeza para calcular, hiciéronle dar un paso imprudente y cayó en desgracia.

Entonces fue cuando llegó a sus oídos la fama que cobraba Matías Rosalira y resolvió ir en su busca para intentar junto con él, y a su amparo, la gran aventura. Buen conocedor de su medio, por instinto y por experiencia, sabía que sólo con un apoyo de esta suerte podría hacerse carrera por los caminos del éxito y para lograrlo resolvió hacerse espaldero del Caudillo. Este era la fuerza, el instinto cerril, impetuoso y dominador, la energía acostumbrada a imponerse; la única energía de la raza blindada de barbarie pero íntegra, pura como un metal nativo; a su vez él se reconocía el aliento de la gran aspiración, de la audacia aventurera, que también es fuerza, y si el otro tenía con su instinto la fortaleza de la garra dominadora, él podía prestar con su inteligencia el ímpetu del vuelo que levanta y dilata la potencia de la garra.

IX

Esto era lo que el doctor Jacinto Avila venía a proponerle al cacique de la montaña.

Cayóle bien al montaraz en su ánimo aventurero la pro-

puesta y la condición del ciudadano, y como además, según era fama, profesaba aquél un gran acatamiento al saber, Avilita, que se lo sabía de antemano, hizo alardes del suyo, con lo que desde el primer momento cobró ascendiente sobre él.

Ya estaba en su camino. Acordóse de los que le negaban méritos, de los que le escatimaron su aprecio, de los orgullosos que habían sabido estarse en retiro de dignidad, mientras él iba placenteramente con la maltratada y peor tenida suya, en subasta, y se complació en pensar que pronto podía pasearles su triunfo por delante y humillarlos, y no sólo a ellos, sino a la sociedad entera, a los mismos que le habían dado la mano, porque Avilita tenía un profundo rencor contra todos, gratuito al parecer y que en el fondo no era sino un deseo de represalias, en el que se revelaba inconscientemente la aspiración de virtud que la vida no le había dejado tener: grandeza de alma, hidalguía en el corazón, ideales, integridad, orgullo.

X

Al día siguiente, con las primeras sombras de la noche, comenzaron a llegar a la posada de la cumbre los amigos del *Baquiano*. Eran muchos, de todos los contornos y venían sin armas algunos, pero todos en tren de campaña. Así que estuvieron reunidos, Avilita, a nombre del General Matías Rosalira, les explicó el motivo de la convocatoria y les leyó la proclama de guerra, en el cual se mentaban las Instituciones, la Soberanía nacional, los fueros sagrados de la Patria y otras cosas más, altisonantes y arrebatadoras, que nunca habían oído nombrar los montañeses, a quienes, sin embargo, les pareció muy bueno todo. Pero no dieron muestras de entusiasmo, sino que se quedaron viéndose unos a otros, aprobando con la cabeza y a regañadientes, hasta que Matías tomó la palabra y les dijo, lisa y llanamente:

—Muchachos, lo que les ha dicho el doctor es la pura verdad, y por eso yo los he convocao pa que nos alcemos contra el Gobierno, porque el Gobierno ha faltao a las leyes

y nos quiere quitá la montaña de nosotros pa vendésela a los *musiúes*.

—¡Abajo el ferrocarril! ¡Muera el Gobierno! ¡¡Mueran los *musiúes!!*—gritaron entonces los amotinados, y con gran tumulto salieron al camino.

Luego, armados ya los que no estaban y borrachos todos, se pusieron en marcha, apenas comenzaron a perfilarse sobre la incierta claridad albar las recias siluetas del monte, y con esto empezó la aventura.

Matías a la cabeza y a su lado el doctor Jacinto Avila, ahora bien montado y convertido en respaldero intelectual del Caudillo, bajaba la horda por los senderos fragosos como un alud que nadie sabía adónde iría a parar, ni cuántos estragos haría, mientras que en la noche remisa de las hondonadas los gallos desperezaban sus clarines en dianas triunfales.

Sobre los picos enhiestos en la fría claridad, suaves oros de sol; abajo: la madrugada azul, blancura de brumas sobre la llanura y sobre las ciudades hacia donde bajaba la montonera bisoña, ávida de sangre y botín...

FIN DE
"LOS AVENTUREROS"

EL APOYO

I

En las afueras de la ciudad, en el campamento de los lazarinos, sobre un collado donde había una tumba solitaria entre cactus y abrojos, dominando el mudo paisaje crepuscular, los dos minoristas se detuvieron.

—¡Conque nos deja, Francisco!

—¡Qué se hace, Manuel! No hay remedio. Yo no sirvo para la vida militante; lo comprendo. Necesito vivir más dentro de mí mismo; en la concentración del claustro. Será porque la fe y la vocación son en mí algo tan personal, que casi llegan a ser formas de egoísmo. ¿Me comprendes? De aquí que no me halague la misión de predicador. Cosas de mi temperamento. Nuestro Señor me llama por otros caminos. Por eso me había demorado tanto en recibir las órdenes mayores.

—Tienes razón; debes irte. Yo lo único que te digo es que me vas a hacer mucha falta. Si tuviera recursos abandonaría también el seminario y me iría contigo al monasterio, que también me atrae. Pero soy pobre; tú lo sabes.

—Tampoco resistirías, Manuel; la regla es dura.

—También es duro el aislamiento en que me dejas.

—No digas así.

—Ya no tendré quién me aliente cuando me vengan mis vacilaciones; esos desmayos de la voluntad, tan frecuentes en mí.

—Nuestro Señor estará contigo y te dará fuerzas. Escríbeme siempre, con frecuencia; confíame tus angustias y procura ser fuerte. Yo te escribiré también, tan a menudo como me lo permitan en el monasterio. Y allá veremos si andando el tiempo podremos reunirnos otra vez.

—Me vas a hacer mucha falta, Francisco.

—¡Vaya! No te desalientes así. Es la voluntad de Nuestro Señor. Ofrezcámosle esta amargura.

De las barrancas, en la tranquilidad de la tarde subía el monótono canto del sauce, ululaba el viento sobre las lomas y por entre los enjutos arcaduces del monte. En su recinto de colinas azules, la campiña, joyante al capricho pintoresco del sol de los araguatos; sobre el claro ocaso la silueta de la ciudad: cimeras de chaguaramos, geométricos perfiles de cipreses y araucarias, distantes, dos cúpulas gemelas; una ceja de monte en la brusca fuga del abra. Sobre el panorama, altanero y jarifo, el Avila en reposo.

—Tu monte, Francisco; tu símbolo de la voluntad serena y fuerte.

—¡Mi montaña querida! Hoy se ha puesto la estameña franciscana. Ya no volveré a verla. Ahí te dejo mi monte, Manuel.

II

Al día siguiente, Francisco partía para un lejano monasterio. El joven minorista, camino de su ideal, tenía más bien un aire resignado y estaba más taciturno que de costumbre, de manera que, cuando Manuel, conmovido hasta las lágrimas, le tendió por última vez los brazos, ya en marcha el tren, apenas le dijo:

—Adiós, y procura ser fuerte.

De regreso al seminario los compañeros comentaban:

—Es una verdadera amistad.

—¿Qué hará ahora Manuel sin Francisco?

—Era su apoyo en todo.

—No me extrañaría que abandonara el seminario.

—Ese Manuel es un pobre muchacho.

—Se ha propuesto ser místico. Como si eso fuera cosa de proponerse.

Todo el día se lo pasó Manuel encerrado en su celda, sumido, en una obstinada taciturnidad, esquivando la compañía de los que querían hacérsela para disiparle aquel hu-

mor melancólico, lo cual le importó una áspera reprimenda del Rector, que no hallaba motivo para tanta aflicción en la partida de un amigo, por íntimo y querido que fuese.

Y con esta primera amargura empezó el minorista a apreciar la falta del compañero y la dureza de la disciplina, cuyo rigor no le dejaba sentir hasta entonces el apoyo que su espíritu vacilante hallara siempre en el de Francisco, sereno y fuerte.

III

A éste le debía su vocación que se le reveló como leyera unos escritos empapados de misticismo que por aquel tiempo publicara Francisco.

Fue en su pueblo, seis años hacía. Sin duda ya existía en su alma aquella propensión mística, bebida con el aliento de la desolación de su paisaje llanero; aquella vaga tendencia a lo sobrenatural y misterioso, que es como un deseo de andar y que adquirió con el hábito de mirar horizontes, mientras el lendel de la noria paterna volteaba el jamelgo taciturno exprimiendo a la tierra la frescura del agua.

Teníala el padre para regar el pegujal de que viviera la familia, y era el oficio de Manuel, desde muy niño, arriar la bestia para que no parara de sacar agua. Y allí, bajo el cobertizo, frente a la llanura estuosa, se pasaba toda la mañana imaginando extraordinarias andanzas por aquellas veredas sin fin, mientras la tibia agua llenaba en silencio el congilón.

Desde entonces era místico. Sí. Indudablemente, lo era. Misticismo eran aquellos deseos imprecisos que le absorbían el alma haciéndolo olvidarse del caballo que, aprovechándose de su ensimismamiento, se paraba a soñar con la llanura, tal vez con el regalado trotecito de la libertad, a escape por la tangente del círculo que lo uncía. Y el minorista se complacía en descubrir en sí mismo, desde la infancia más remota, aquella propensión mística que es señal de distinción en un espíritu. Recordaba que más tarde, cuando se preparaba

para la primera comunión, la vaga tendencia se convirtió en deseo, bien preciso, de dedicarse a la Iglesia, de meterse a sacerdote. Poco después llegaron a sus manos los escritos de Francisco. Prestóselos el cura de su pueblo recomendándoselos como cosas muy bellas y piadosas que escribía, allá en la capital, un joven de mucho talento y ejemplar vocación que tenía un nombre escogido para la santidad. Y con esto se decidió su vocación. Dijo en la casa que su voluntad era irse a la Capital porque tenía determinado ingresar al Seminario, y que quería que se lo permitieran, y que le dieran algo para el viaje. Complacióse la madre, desaprobó el padre, pero terció favorablemente el cura, y Manuel obtuvo el permiso y algo, muy poco, para los menesteres del viaje. Con lo cual y con una grande ansiedad, púsose en camino en la compañía de un amigo de su padre que llevaba un ganado a vender.

IV

Evocaba aquel viaje interminable a través de la pampa, por los largos caminos, entre el polvo y el sol, al amoroso andar de la vacada, el quejumbroso cantar de los llaneros en el silencio de los campos; las garzas junto al agua dormida del caño; la maja a la intemperie bajo el relente de la sabana; las siestas a orillas del turbio cilanco del abrevadero; la res desgaritada que se volvía a la sabana bebiéndose los aires, altiva la cornamenta, y la que caía a orillas del camino, cansada, aturdida del sol; el paso por los pueblos del tránsito, melancólicos, desiertos y pobres; la llegada, por fin, a la Capital. Tenía fresca en la memoria la impresión gratísima que le produjera la ciudad, al arrimo de su montaña azul, con las torres y cúpulas de sus templos doradas al sol, con sus almácigos de fronda por encima de los rojos tejados. Y la noche en la posada, noche más larga que todas las noches; y el amanecer por fin, y su llegada al Seminario. La primera conversación con el joven del nombre ungido para la santidad, los grandes ojos plácidos de

Francisco; su hablar reposado entre sonrisas de una ironía tierna que él no comprendía, aquella manera suya, tímida y persuasiva, y las cosas que decía a propósito de la vocación.

Y toda su vida de seis años en el Seminario, su vida íntima, la atormentada vida de su espíritu. Las emociones del día en que vistió por primera vez el traje talar; la impresión imponente que le produjeron los primeros oficios a que asistió en la Catedral, su perplejidad al ver los canónigos en el semicírculo del coro, graves y lívidos en sus sitiales, casi fantásticos con aquel aparato litúrgico, misterioso para él, en aquel ambiente que llenaba la rotundidad del canto gregoriano, aquel canto que despertaba en su alma remembranzas del paisaje nativo. La exaltación de los primeros meses, las vidas de santos devoradas en las largas vigilias; la noche en que por fin, después de haberlo meditado mucho y tomado precauciones para no ser descubierto, se decidió a aplicarse unos disciplinazos para dominar ciertos ímpetus pecaminosos de la carne, como era uso y costumbre de santos en tales casos, según lo que había leído. Y el doloroso desencanto que tuvo al día siguiente cuando contó a Francisco su proeza, mostrándole las azotadas espaldas, y éste se lo desaprobó, sonriendo con aquella ironía tierna que tenía para todas las ocurrencias de su amigo. Y después de aquel desencanto que tan profundamente lo afectara; la primera duda, la duda perenne ya: el horrible miedo de no servir para aquella altura que se proponía.

V

Con estos ingratos soliloquios ocupaba Manuel la ausencia del amigo, a la que no acababa de acostumbrarse. De tiempo en tiempo recibía cartas suyas, en las que había siempre una oportuna palabra que reanimaba en su alma el amortiguado rescoldo de la vocación, y, a su vez, él se las escribía largas y minuciosas.

En una le decía:

"Es horrible esto. Querer andar y saber que no se puede. ¿Comprendes lo que te quiero decir? En estos días me he acordado mucho de los tiempos de mi niñez cuando era mi oficio arriar el caballo de la noria de papá, para que no dejara de sacar agua. Así estoy otra vez: arriando la flaca bestia de mi noria espiritual. ¡Qué trabajo, Francisco! ¡Qué trabajo tan arduo! Los desmayos aquellos que se han hecho más frecuentes y más agudos. En veces me paso días, semanas, meses enteros, abandonado de Dios, sin fe, sin voluntad para nada. Sufro lo que no te imaginas. El mes pasado había hecho la resolución de abandonar el Seminario; ya no podía más e iba a comunicárselo al Rector cuando recibí tu carta. ¿Para que la escribiste? Si no, a estas horas estaría yo en mi pueblo, ocupado en un bajo oficio cónsono con mi condición, como un campesino cualquiera, obscuro, ignorado, pero tranquilo el espíritu y no con este áspero camino, con esta aspiración mayor que mis fuerzas. Y todo porque leí tu carta. ¡Qué virtud la tuya de saber encontrar la palabra que llegue al alma, que decida un destino! ¿Crees de verdad, que mi fe es superior a la tuya, que mi vocación es más fuerte que la tuya, por lo mismo que lucha? ¿Lo crees de verdad, o lo dices para darme bríos tan sólo? Si no lo crees ingenuamente, no debes decírmelo; podría hacerme un mal muy grande, hacerme tomar un camino por el cual no pudiera andar después. En todo caso yo prefiero tu serenidad. ¿Que la lucha es más meritoria? ¡Ah! ¡Francisco, Francisco! Veo tu sonrisa. No debieras jugar así con esta pobre alma mía. ¿Para qué escribiste eso? Aquí estoy otra vez arriando la flaca bestia de mi noria espiritual, a ver si puedo al fin sacar un poco de agua para regar mi huerto, mi pobre huerto místico, abrasado y mustio. ¡Vano empeño! Pero tú lo quieres. ¡Sea pues! ¿De manera que he de continuar? ¿Y la voluntad? Tú no la tienes nunca en cuenta, no reparas que a la mía no se le pueden pedir grandes esfuerzos porque es débil y vacilante, y cada vez que me detengo me dices: sigue, sigue. ¡Cómo si yo tuviera! ¿No será más bien una crueldad lo que haces conmigo? Tu confianza me fortalece, pero es cosa de momentos; ahí mismo

se me cansa la voluntad, me viene el desmayo mortal. Francisco, yo no podré resistir mucho tiempo; en este abandono en que me has dejado sólo me sostiene el saber que en un rincón del mundo hay una voluntad impasible y fuerte, un alma grande que espera algo de mí; pero en veces se me ocurre escribirte que me hagas el favor de no esperar nada de mí, porque yo no sirvo para nada. Mi alma es una pobre alma vulgar, incapaz de esas elevaciones. ¡No me pidas heroísmos! Soy un palurdo que apenas posee una humilde fe de carbonero a quien tiene deslumbrado tu misticismo. ¡Qué miseria la mía! ¡Si supieras el trabajo que me ha costado componer unas alabanzas de la Eucaristía! ¡Un mes entero! ¡Y si vieras lo que resultó! ¡Qué ira contra mí mismo! Me parecía estar viendo tus ojos serenos y tu sonrisa. ¡Soy un pobre diablo, Francisco! No se me ocurren sino vulgaridades. ¡No esperes nada de mí!"

Y en otra, meses después:

"Hace tiempo que no recibo una sola letra tuya y no sé decirte qué te agradecería más: que me siguieras escribiendo o que no te ocuparas más de mí. No te enojes porque te lo diga así, lisa y llanamente. Son cosas que se me ocurren en este continuo batallar conmigo mismo. Las pienso, las escribo y luego me arrepiento de ellas. ¿Dirás que soy un neurasténico? Si te parece no me hagas caso y escríbeme, pero si te cuesta dificultades o si no te provoca no lo hagas. ¿Quién sabe qué será lo que me conviene? Otra vez te repito que soy un desgraciado. Mi salud se empeora cada día, ya no puedo trabajar ni siquiera dos horas de seguida; me acometen vértigos. Tengo mucho que contarte pero los insomnios y estas *batallas* mías no me dejan poner orden en mis ideas. En veces se me ocurre matarme. No lo haré; no hay cuidado. El otro día me subí a la azotea resuelto. El Avila estaba precioso, tenía unos efectos de sol tan suaves y dorados. Me acordé mucho de ti. ¡La herencia que me dejaste! ¡Qué horrible es no tener voluntad! Ahora estoy ocupado en prepararme para la ordenación. *Alea jacta est.*"

VI

—Padre Manuel: una carta para usted.

—A ver. ¡De Francisco! ¡Por fin! ¡Por fin!

"Ya sé que has llegado al fin de tu camino, a pesar de todos los desmayos y vacilaciones. Te imagino ordenado ya y me acuerdo del día que tocaste a las puertas del Seminario, temblando de miedo. ¡Cómo ha pasado el tiempo! ¡Cómo hemos cambiado nosotros! Tú. Ya te veo: convertido en el ermitaño del paseo: Así te llamo desde que sé que luego de ordenado pediste que te pusieran de Capellán de la ermita, nuestra ermita en cuyo altozano tantas veces hemos soñado juntos. ¡Qué dulces y tristes los recuerdos del paisaje familiar que tus cartas evocan! Veo la capillita sobre la colina, con tu pintoresco ciprés, viejo y siempre verde, el caserío al caer la tarde, Caracas todo, y el Avila, el querido monte sereno y fuerte. ¡Qué nostalgia al recordar aquellos tiempos en que te hablaba de mi monte nativo, proponiéndote como una norma de vida interior su fortaleza tranquila! ¡No se me quita de la memoria la línea reposada y vigorosa de su contorno! Y te veo a ti, en el altozano de la ermita, delgado como siempre con tu cara larga y pálida y tus ojos asombrados detrás de los cristales desagradablemente blancos, contemplando el crepúsculo, el estupendo crepúsculo de nuestro cielo taumaturgo, o viendo el caserío animado con el trajín de la gente que regresa del trabajo, mientras en la espadaña de la ermita la campana hacer bajar la bendición del Angelus sobre la paz del barrio. ¡Manuel! ¡Manuel! ¡Qué ganas de llorar tengo! ¡Cómo pasa el tiempo! ¡Cómo se va la vida y se lleva lo mejor del alma!

> En los zarzales del camino deja
> una cosa cada cual: la oveja
> su blanca lana; el hombre su virtud.

¡Qué verdaderos son estos versos bellos y amargos! Por eso te admiro; tú has salvado tu virtud. A fuerza de arriar

la bestia de tu noria espiritual tienes agua para regar tu huerto. ¿Dices que reconoces que es un romanticismo pueril lo que has hecho encerrándote en una ermita que no es sino uno de tantos adornos de un paseo? Bien; romanticismo es, como también lo es encerrarse en un claustro e irse a la China a convertir infieles. Ese es tu huerto místico; cultívale con amor y no te importe pasar inadvertido, porque a veces la obscuridad y el silencio son garantía de virtud. En cuanto a tus sermones, que he leído con cariño, tú sabes mi opinión, Manuel. Efectivamente, no eres predicador. En el estilo te descuidas mucho. Por lo pronto he de decirte que haces mal en incluir el rocío entre los elementos naturales. El efímero y frágil sudor de la noche ha debido asustarse mucho al encontrarse en la intranquilizadora compañía de entes tan terroríficos como son los elementos naturales. Cuídate más el estilo, carísimo Manuel, y perdóname esta humorada perversa. Por lo demás, describes bien. Tus cartas me hacen ver el cuadro: el sol de la mañana dentro de la ermita, el grupo de rústicas mujeres de las del barrio y alguna señorita del centro que fue de paseo y entró a la ermita porque la vio abierta, con la misma curiosidad indiferente que la llevara a pararse ante el estanque de las garzas o las jaulas de las fieras, y sobre el auditorio tu palabra inflamada de misticismo franciscano, en tanto que en la vaga lontananza se yergue la cumbre avileña, diáfana y joyante. En cuanto a lo que me dices de tu incapacidad para las altas concepciones místicas, ya te he dicho que no debieras mortificarte tanto por ello, primero: porque ya me pareces bastante místico; y luego: porque tu verdadero valor no estaría en esa capacidad que tanto te obsesiona, sino en tu deseo de perfección y en la virtud de esa tenacidad obscura y heroica con que has venido dándole a tu alma la forma de tu ideal. ¿Que tu obra es pequeña, inútil? ¿A qué llamas tu obra? ¿Crees acaso que tu obra debe andar por el mundo alborotándolo, pasmándolo con tus portentos, llenándolo de tu nombre? ¿Crees que sólo a una grande empresa puede llamarse obra? Pues mira: la tuya es meritoria sin ser sonada, y por lo mismo que ha pasado inad-

vertida para el mundo yo admiro la tenacidad y tu heroísmo. Has sido un obscuro escultor de tu alma, paciente y fuerte. ¡Cuánto te envidio, Manuel! Siempre había reconocido y admirado en ti esa rara forma de la voluntad enérgica: la forma de la debilidad, de la aparente falta de carácter. En cambio, yo, el fuerte, el impasible. ¡a qué miseria he venido a parar! Es el socorrido caso de la paradoja de las tormentas del agua tranquila. Eran corrientes silenciosas y traidoras que en el fondo de mi alma pasaban hacia una vorágine mientras en la superficie el más leve rizo no denunciaba la recóndita violencia. Comprendo que esto que te digo tiene que ser tremendo para ti, y reconozco que hago mal en quitarte tu mentira. Tú te habías formado una gran idea de mí, de la energía de mi carácter, de la elevación de mi alma, y en esa mentira te habías apoyado, confiado y tranquilo. Yo te la dejé formar sin atreverme a desvanecértela, pero ya no necesitas de sostén extraño; has probado ser fuerte. Lo que tenías era miedo de acometer la empresa. Si te hubiera dicho que hicieras solo el camino que has hecho, seguramente no te habrías atrevido. Yo lo comprendí así desde el principio. Pues bien, solo lo has hecho; el compañero que traías, tu sostén y tu guía era una vana sombra, un espejismo de tu propia voluntad. Entre nosotros—¿quién lo creyera?—, el fuerte, el capaz de grandes cosas eres tú. Hazme justicia creyendo esto que te digo: yo nunca me engañé respecto a nuestra mutua situación en el mundo. Has de saber que abandoné el claustro y por lo mismo que abandoné el Seminario: por no haber encontrado tampoco en él lo que buscaba. ¡No encontrar lo que se busca! Parece que esto quisiera decir que el Ideal que perseguimos es tan alto que en ninguna parte se alcanza. Ahora bien: ¿sabes por qué no encontré en el claustro lo que buscaba? Por lo que no lo encontré tampoco en el Seminario: porque yo no busco nada. Soy una voluntad muerta que va por el mundo sin rumbo fijo, sin objeto ni fin, haciéndose la ilusión de que persigue alguno inalcanzable. ¡Y tú creías que lo horrible era tener luchas! ¡Cómo envidio las tuyas! ¡Cuánto no daría yo por una de esas torturas que

ocupan toda una vida, en cambio de este atroz vacío del alma! Así, pues, no creas más en mí, no pienses más en mí, deséchame, como se desecha por roto e inservible el bordón en que nos hemos apoyado alguna vez."

VII

Las últimas frases de la carta cayeron abrumadoras y desesperantes en el alma del pobre ermitaño del paseo. Inclinó la cabeza sintiendo el acorador desaliento que deja un largo esfuerzo inútil, y aquel día la ermita no se abrió.

FIN DE
"EL APOYO"

EL PIANO VIEJO

ERAN cinco hermanos: Luisana, Carlos, Ramón, Ester, María. La vida los fue dispersando, llevándoselos por distintos caminos, alejándolos, maleándolos. Primero, Ester, casada con un hombre rico y fastuoso; María, después, unida a un joven de nombre sin brillo y de fama sin limpieza; en seguida, Carlos, el aventurero, acometedor de toda suerte de locas empresas; finalmente Ramón, el misántropo que desde niño revelara su insana pasión por el dinero y su áspero amor a la soledad; todos se fueron con una diversa fortuna hacia un destino diferente.

Sólo permaneció en la casa paterna Luisana, la hermana mayor, cuidando al padre, que languidecía paralítico lamentándose de aquellos hijos en cuyos corazones no viera jamás ni un impulso bueno ni un sentimiento generoso. Y cuando el viejo moría, de su boca recogió Luisana el consejo suplicante de conservar la casa de la familia dispersa, siempre abierta para todos, para lo cual se la adjudicaba en su testamento, junto con el resto de su fortuna, a título de dote.

Luisana cumplió la promesa hecha al padre, y en la casa de todos, donde vivía sola, conservó a cada uno su habitación, tal como la había dejado, manteniendo siempre el agua fresca en la jarra de los aguamaniles, como si de un momento a otro sus hermanos vinieran a lavarse las manos, y en la mesa común, siempre aderezados los puestos de todos.

Tú serás la paz y la concordia, le había dicho el viejo, previendo el porvenir, y desde entonces ella sintió sobre su vida el dulce peso de una noble predestinación.

Menuda, feúcha, insignificante, era una de esas personas de quienes nadie se explica por qué ni para qué viven.

Ella misma estaba acostumbrada a juzgarse como usurpadora de la vida, parecía hacer todo lo posible para pasar inadvertida: huía de la luz, refugiándose en la penumbra de su alcoba, austera como una celda; hablaba muy poco, como si temiera fatigar el aire con la carga de su voz desapacible, y respiraba furtivamente el poquito de aliento que cabía en su pecho hundido, seco y duro como un yermo.

Desde pequeñita tuvo este humildoso concepto de sí misma: mientras sus hermanos jugaban al pleno sol de los patios o corrían por la casa alborotando y atropellando con todo, porque tomaban la vida como cosa propia, con esa confianza que da el sentimiento de ser fuertes, ella, refugiada en un rincón, ahogaba el dulce deseo de llorar, único de su niñez enfermiza, como si tampoco se creyera con derecho a este disfrute inofensivo y simple. Crecieron, sus hermanas se volvieron mujeres, y fueron celebradas y cortejadas, y amaron, y tuvieron hijos; a ella, siempre preterida—que hasta su padre se olvidaba de contarla entre sus hijos—, nadie le dijo nunca una palabra amable ni quiso saber cómo eran las ilusiones de su corazón. Se daba por sabido que no las poseía. Y fue así como adquirió el hábito de la renunciación sin dolor y sin virtud.

Ahora, en la soledad de la casa, seguía discurriendo la vida simple de Luisana, como agua sin rumor hacia un remanso subterráneo; pero ahora la confortaba un íntimo contentamiento. ¡Tú serás la paz!... Y estas palabras, las únicas lisonjeras que jamás escuchó, le habían revelado de pronto aquella razón de ser de su existencia, que ni ella misma ni nadie encontrara nunca.

Ahora quería vivir, ya no pensaba que la luz del día se desdeñase de su insignificancia, y todas las mañanas, al correr las habitaciones desiertas, sacudiendo el polvo de los muebles, aclarando los espejos empañados y remudando el agua fresca en las jarras; y cada vez que aderezaba en la mesa los puestos de sus hermanos ausentes, convencida de que esta práctica mantenía y anudaba invisibles lazos entre las almas discordes de ellos, reconocía que estaba cumpliendo con un noble destino de amor, silencioso, pero efi-

caz, y en místicos transportes, sin sombra de vanagloria, sentía ya su humildad había sido buena y que su simpleza era ya santa.

Terminados sus quehaceres y anegada el alma en la dulce fruición de encontrarse buena, se entregaba a sus cadenetas; y a veces turbada por aquel silencio de la casa y por aquel claro sol de las mañanas que se rompía en los patios, se hilaba por las rendijas y se esparcía sin brillo por todas partes arrebañando la penumbra de los rincones; mareada por aquella paz que le producía suavísimos arrobos, se sentaba al piano, un viejo piano donde su madre hiciera sus primeras escalas, y cuyas voces desafinadas tenían para ella el encanto de todo lo que fuera como ella, humilde y desprovisto de atractivos.

Tocaba a la sordina unos aires sencillos que fueran dulces. Muchas teclas no sonaban ya; una, rompiendo las armonías, daba su nota a destiempo, cuando la mano dejaba de hacer presión sobre ella; o no sonaba, quedándose hundida largo rato. Esta tecla hacía sonreír a Luisana. Decía:

—Se parece a mí. No servimos sino para romper las armonías.

Precisamente por esto la quería, la amaba, como hubiera amado a un hijo suyo, y cuando, al cabo de un rato, después que había dejado de tocar, aquella tecla, subiendo inopinadamente, daba su nota en el silencio de la sala, Luisana sonreía y se decía a sí misma: "¡Oigan a Luisana! Ahora es cuando viene a sonar."

Una mañana Luisana se quedó muerta sobre el piano, oprimiendo aquella tecla. Fué una muerte dulce que llegó furtiva y acariciadora, como la amante que se acerca al amado distraído y suavemente le cubre los ojos para que adivine quién es.

Vinieron sus hermanos; la amortajaron; la llevaron a enterrar. Ester y María la lloraron un poco; Carlos y Ramón corrieron la casa, registrando gavetas, revolviendo papeles. En la tarde se reunieron en la sala a tratar sobre la partición de los bienes de la muerta.

La vida y la contraria fortuna habían resentido el lazo

fraternal, y cada alma alimentaba o un secreto rencor o una envidia secreta. Carlos, el aventurero, había sido desgraciado: fracasó en una empresa quimérica, arrastrando en su bancarrota dinero del marido de Ester, el cual no se lo perdonó y quiso infamarlo, acusándolo de quiebra fraudulenta; María no le perdonaba a Ester que fuera rica y no partiera con ella su boato y la estimación social que disfrutaba; Ester se desdeñaba de aceptarla en su círculo, por la obscuridad del nombre que había adoptado; y todos despreciaban a Ramón, que había adquirido fama de usurero y los avergonzaba con su sordidez.

Pero todas estas malas pasiones se habían mantenido hasta entonces agazapadas, sordas y latentes, pero secretas; había algo que les impedía estallar, una dulce violencia que acallaba el rencor y desamargaba la envidia: Luisana. Ella intercedió por Carlos, y porque ella lo exigía, el marido de Ester no le lanzó a la vergüenza y a la ruina; ella intercedió siempre para que Ester invitase a María a sus fiestas; ella pidió al hermano avaro dinero para el hermano pobre, y a todos amor para el avaro; pero siempre de tal modo, que el favorecido nunca supo que era ella a quien le debía agradecer, y hasta el mismo que otorgaba se quedaba convencido y complacido de su propia generosidad.

Ahora, reunidos para partirse los despojos de la muerta, cada uno comprendía que se había roto definitivamente el vínculo que hasta allí los uniera, y que iban a decirse unos a otros la última palabra; y en la expectativa de la discordia tanto tiempo latente, que por fin iba a estallar, enmudecieron con ese recogimiento instintivo de los momentos en que se va a echar la suerte, y al mismo tiempo la idea de la hermana pasó por todos los pensamientos, como una última tentativa conciliadora a cumplir el encargo paterno: ¡Tú serás la paz y la concordia!

Entonces comprendieron a aquella hermana simple que había vivido como un ser insignificante e inútil y que, sin embargo, cumplía un noble destino de amor y de bondad, y fue así como vinieron a explicarse por qué ellos inconscientemente

le habían profesado aquel respeto que los obligaba a esconder en su presencia las malas pasiones.

En un instante de honda vida interior, temerosos de lo que iba a suceder, sintieron que se les estremeció el fondo incontaminado del alma, y a un mismo tiempo se vieron las caras, asustándose de encontrarse solos.

Pero fue necesario hablar, y la palabra dinero violó el recogimiento de las almas. Rebulleron en sus asientos, como si se apercibieran para la defensa, y cada cual comenzó a exponer la opinión que debía prevalecer sobre el modo de efectuar el reparto de los bienes de la hermana y a disputarse la mejor porción.

La disputa fue creciendo, convirtiéndose en querella, rayando en pelea, y a poco se cruzaron los reproches, las invectivas, las injurias brutales, hasta que por fin los hombres, ciegos de ira y de codicia, saltaron de sus asientos, con el arma en la mano, desafiándose a muerte.

Las mujeres intercedían suplicantes, sin lograr aplacarlos, y entonces, en un súbito receso del clamor de aquellas voces descompuestas, todos oyeron indistintamente el sonido de una nota que salía del piano cerrado.

Volvieron a verse las caras y, sobrecogidos del temor a lo misterioso, guardaron las armas, así como antes escondían las torpes pasiones en presencia de Luisana: todos sintieron que ella había vuelto, anunciándose con aquel suave sonido, dulce, aunque destemplado, como su alma simple, pero buena.

Era la nota de Luisana, sobre cuya tecla se había quedado apoyado su dedo inerte, y que de pronto sonaba, como siempre, a destiempo.

Y Ester dijo, con las mismas palabras que tanto le oyera a la hermana, cuando en el silencio de la sala gemía aquella nota solitaria:

—¡Oigan a Luisana!

FIN DE
"EL PIANO VIEJO"

EL MILAGRO DEL AÑO

I

El alba. Regresaban las barcas. Todos los años, por aquel tiempo, se las veía venir desde todos los puntos del mar; aquella vez por el Sur aparecieron las primeras.

Mala temporada habían tenido los pescadores, escasa pesca y mucho dolor, que es pesadumbre ingrata, traían a bordo las barcas. Eran muchas: balandras, trespuños, faluchos, piraguas veloces; todo el mar cubierto de velas: blancas rosadas o de un suave tinte violeta o de oro violento algunas: el alba de las velas.

Desde el otro lado del horizonte las avienta el Sur, fresco y sutil; enfrente a las proas la isla en el amanecer: oro y rosa. Cercana la tierra frente al abrupto riscal en que remata un cabo que se interna mar adentro como un brazo de nervuda anatomía que enseñara a las olas el puño crispado, el agua hace danzar los bajeles a compás de crujidos. A bordo los pescadores atentos a la maniobra; en el timón de la *María del Mar* que estela el rumbo de la flotilla, *el Chavalo,* absorto, bajo el amplio sombrero de palma la dura mirada fija en el oleaje que tiene reflejos de aceros y se encresta aguzando afiladas aristas, como un airado blandir de hachas contra las bordas. La recia mano aferrada a la barra pone rumbo al cabo, inconscientemente.

Diez voces gritan:

—¡Eh, Chavalo! ¡El cabo!

El patrón, sin decir palabra, le quita la barra, y el hombre, mohino, se retira.

—¿Qué iría a hacer por ahí?—murmura uno.

Otro agrega:

—Este no está bueno.

Y otro:

—¿Cuándo lo ha sido él?

Y uno que sobre unas redes está tendido, todo cubierto de vendas y quejumbroso y con muchas manchas de sangre, ya negra, en la ropa, se lo queda viendo largamente.

II

Doblado el cabo: la ensenada sembrada de islotes. Sobre el agua obscura y profunda, la blancura del escarceo; en el fondo la playa como una herradura de plata, a ras del agua el manglar exuberante y encima, en un azul de montaña, el pueblo, blanco, en las primicias del orto.

Aparecidas en el abra las barcas, un claro repique de lejanas campanas resbala sobre el mar; son las campanas del pueblo que saludan el retorno de los pescadores. Ellos las oyen con emoción y sonríen como a las caricias de una persona querida. Pero alguien las oye con tristeza y piensa:

—Si supieran, más bien doblarían.

Ganada la bahía donde el mar se apacigua y aviva su zafiro a la sombra de los islotes, una a una se enriscan las barcas. ¡Qué azules están las avenidas del mar! ¡Qué blancas resultan las velas! Por detrás de la isla el sol cercano desparrama rútilo haz estriado de sombras, como un enorme abanico, y a la luz creciente los escollos—vagas manchas—van tomando extrañas formas caprichosas; a flor de agua algunos, suaves a la vista que materialmente los palpa blandos y tibios, como ballenas dormidas hasta el alba; o de violentos cortes otros, en los que rojea, como si sangrara, la entraña de la roca. En uno el talud evidencia los diferentes estratos del risco que bajan hasta el mar como una inmensa gradería, las olas quieren treparla y estallan en un desesperado fracaso de espumas; en otros el agua obscura y untuosa lame con menudas lenguas los acantilados profundos, bruñidos y rojizos como de bronce reciente; en otros la escarpa almenada finge muros derruídos de atalayas, o aguzándose como góticos campaniles sugiere ideas de antiguos tem-

plos abandonados al mar, ante los cuales se eleva, todavía, una blanca plegaria de grumos.

Súbito, por encima de la isla salta un celaje vivaz cual una llama. Luego: el sol. Tajante, echa su espada sobre el mar. Despiertan las aristas dormidas en la penumbra de los taludes; los mástiles de las barcas funden sus puntas de oro improviso, y fundido, el oro resbala por las velas hasta el agua que se incendia. Ahora también deben ser de oro las campanas que celebran el regreso de la flota, así vibran, claras y triunfantes en la onda luminosa las ondas sonoras, tenues o intensas, como mecidas al vaivén de las olas. ¡Cómo pasan, atropellándose, empujándose, como niños en festivo tropel las alegres campanadas sobre el sordo murmullo del mar, sobre el áspero crujir de los bajeles, sobre el monótono tumbo del viento que tropieza contra las velas como un ciego que no encontrara su camino en toda la anchura del cielo!

Ya llegan las barcas. Rota por las quillas van quedando sobre la seda del agua el rasgón de la estela que viene zurciendo el alba con su pespunte de oro. Ya se distingue claramente en la playa el alegre gentío que espera a los pescadores: son mujeres y muchachos casi todos, algunos viejos apenas. Otros se han echado al mar en sus cayucos al encuentro de los bajeles y ya los rodean y van de unos a otros, resbalando sobre el agua clarísima.

Se cruzan saludos y preguntas. Los de la flota traen malas noticias: ha sucedido una desgracia; viene poca pesca.

III

Arriadas las velas clavadas las anclas. Los pescadores saltan a tierra con sus caras sombrías y sus infaustas noticias.

Cuenta uno:

—Estábamos calando una mancha de jurel que acababan de voceá, cuando se apareció un bote en que venían el Chavalo y Andrés, que venía como está, too herío, y luego que arribaron dijeron que cuando pasaban por la Escollera, de vuelta pal Morro donde estábamos arranchaos, a media

noche la *Gaviota* en que venían, trompezó contra un recife y empezó a hundirse ahí mismo. En la *Gaviota* venían: Antoñico, el hijo de don Antonio, el Ñato y Pedro Gómez, junto con el Chavalo y Andrés; y dice el Chavalo que él se salvó porque la Virgen del Mar le hizo el milagro de sacarlo del mal paso y que encontró a Andrés que nadaba pa tierra y lo recogió en el bote de la balandra. Que a Antoñico y el Ñato no los oyeron gritá.

—En la *Gaviota* venía la plata del pescao que había dío a vendé Antoñico, y la plata no ha aparecío...

—¿Y por qué viene herío Andrés?

—Dice que fue en las ansias de la desesperación que el mar lo tiró contra las peñas.

—¿Las peñas? Afilás debían de está pa cortalo como lo han cortao, que más parece jierro.

Primero: la unánime exclamación de sorpresa; luego la explosión de los llantos; luego el silencio; después, poco a poco, los murmullos de comentarios.

Ya se han callado las campanas que repicaban como locas. Por la cuesta que conduce de la playa al pueblo suben grupos cabizbajos: el dueño de la flota a quien acompaña y consulta el cura; el Chavalo rodeado de mujeres curiosas que quieren saber cómo fue el milagro; el herido, en una camilla improvisada; algunos pescadores; todo el pueblo que había bajado a la playa.

IV

Encaramada sobre un peñascal que a manera de bastión se levanta frente al mar, en un fresco vallecito que apretuja su fronda entre los fragosos collados, como un almácigo en un cangilón, está la aldea arribeña. Manan del áspero peñón que la sustenta claras aguas que mantienen en perenne lozanía el apañusco de fronda, única en todos aquellos contornos, y formando remansos, le dan frescura al suelo y nombre a la aldea. Llamábanla: Pozuelos, y en ocasiones solemnes: Santa María del Valle de los Pozuelos.

Santa María del Valle de los Pozuelos es una aldea toda blanca, con una Iglesia antiquísima, toda de piedra y muy grande, entre un monte riscoso y un mar muy azul. Puéblala gente marina, ruda y cazurra, pero de muy apacible condición y muy devota de la Virgen del Mar a quien Pozuelos debe el favor del agua, brotada por obra de milagro de la sequedad del risco bravío. La mayor parte del año se lo pasa la aldea muy sola, porque casi toda la gente anda por el mar en el oficio, pero terminada la temporada, a vísperas de la fiesta patronal, que es rumbosa, el pueblo se llena de propios y extraños, porque de todos los contornos de la isla empiezan a llegar muchedumbres de devotos. Y con el regreso de las primeras barcas comienza la fiesta.

Pero las primeras barcas, este año, habían traído una carga ingrata, y en Pozuelos no se hablaba sino del siniestro de la Escollera.

Referíalo cada cual a su manera, y a su guisa lo comentaba, y así había mil versiones diferentes a propósito del caso. Para algunos era cosa cierta que el Chavalo había metido su mano en el sedicente naufragio, fundando sus sospechas en el hecho de que con éste fueran dos los siniestros en que se encontrara, y saliendo siempre ileso, y en las mismas heridas de Andrés, que lo eran de hierro cortante, por más que él mismo lo negase. Y aunque esta supuesta culpabilidad no le pudo ser probada en el indagatorio a que lo sometiera esa misma tarde el Juez de la Parroquia, muchos de sus compañeros lo tenían por culpable, fuera de toda duda, debido a que el Chavalo no era bienquisto entre los hombres de Pozuelos, por la aspereza de su genio sañudo y rencoroso, y por aquello que se le adivinaba en la mirada, indudablemente lucubradora.

Pero el Chavalo era hermano del bueno, del santo cura de la aldea, a quien el filial cariño de los arribeños llamaba Payito, y al arrimo de la querida virtud de Payito la malhombría del pescador cazurro se amparaba como en recinto sagrado. Y como por añadidura era muy probado devoto de la Virgen del Mar, en cuya fiesta siempre cumplía promesas ejemplares, el Chavalo tenía partido entre las mujeres de Po-

zuelos, para quienes todas aquellas murmuraciones eran pura y gratuita malquerencia de aldea. Y prueba certísima de que no era tan mal hombre, sino, por el contrario, muy devoto cristiano, y por ende, muy bueno, era el que la mismísima Virgen del Cielo se le hubiera aparecido y tomando con sus santísimas manos los remos, con los cuales en la desesperación de la muerte golpeaba locamente las olas el pescador, bogara por él toda la noche hasta sacarlo de entre los arrecifes de la Escollera a la mar libre, sano y salvo, mientras los otros perecían porque no habían tenido fe.

Así refería el Chavalo que había sido salvado por obra y milagro de la Virgen de su devoción a quien se había encomendado, ofreciéndole, si lo sacaba con bien y con vida de aquella hora menguada, un rico exvoto que debía ser una barca de plata maciza y grande como un puño. Y como se aproximaba la fiesta de la milagrosa Virgen, tan pronto como hubo llegado encargó el exvoto a un extranjero que tenía tienda en el pueblo y los hacía muy famosos. Divulgólo el joyero—que no fuera menester que lo divulgara—y con esto pareció garantizar el Chavalo la verdad de su versión. Con todo lo cual tenía ocupados los pensamientos y las lenguas y turbada la paz de la aldea.

V

Y la paz espiritual del bueno del cura.

—¿Será cierto, Dios mío, lo que murmura esta gente? Lo dicen tantos, don Antonio mismo que no es ningún malhablado; hasta yo, en veces, me inclino a creerlo, porque la verdad es que ese muchacho no inspira confianza... ¡Pero eso, eso! Yo sé de las que puede ser capaz el Chavalo, porque mira que es maluca tu criatura, mi Dios, pero esto sería el colmo... No, no debe ser verdad. Un hermano mío. No, no puede ser.

Y después de una pausa llena de pensamientos dolorosos, como lanzadas, agregaba para tranquilizarse y por no incurrir en el pecado de los juicios ligeros:

—Y lo que él cuenta, ¿por qué no va a ser verdad? ¿Qué tiene de extraño? Un sitio peligroso, un descuido... Y del milagro mismo, ¿por qué no va a ser como él dice? El le tiene devoción a su manera, pero la tiene.

Y como lo asaltara súbita duda:

—¿Por qué va a juzgar Dios las cosas como las juzgamos nosotros que no vemos las almas?...

Pero la paz perdida no renacía en su alma.

En vano la tarde muere dulce y apacible en un suave desleírse de amatistas crepusculares, sobre el mar en calma, por encima de los cerros erizados de cardones, entre los cuales el viento marino ulula quejumbroso; sobre el silencio y la paz de la barriada que se apretuja en torno a la iglesia vetusta. La dulcedumbre sedante del atardecer no llega sino como una vaga congoja hasta el corazón del sacerdote.

Terminada la jornada en el aduar de la playa, los pescadores se encaminan al pueblo por la cuesta de los uveros. Desde el atrio se ve cómo van apareciendo, al extremo de la única calle del pueblo, sobre el repecho que recorta su trazo violento en la suave desavenencia crepuscular. Payito los va nombrando uno a uno a medida que aparecen, como buen pastor que recuenta su rebaño: faltan algunos: los que todavía no han regresado a la isla, pescadores de otros trenes que aún no han terminado su cosecha, perleros que se han ido con sus bajeles al otro lado de la isla donde se crían ostrales; y otros que no regresarán ya más: Antoñico, el Ñato, los que se quedaron para siempre en el mar de la Escollera; y el que se está mustiando, malherido y quejumbroso...

Los que llegan se van reuniendo a sus mujeres, que, apurando la escasa luz que va quedando en la calle, tejen o hilan los alares; éstas: la cabuya para las redes; aquéllas, esteras o caireles. Sobre el pueblo: humo y paz de atardecer aldeano; balidos de chivos que vuelven a los apriscos saltando por las laderas peladas; abajo: murmullo de mar y algún grito largo, que llama a alguien que no responde. En el ambiente apacible el afilado campanil de la iglesia dora

su ápice negruzco bajo el creciente lunar remoto y mustio.

En la calle aparece el Chavalo. Trae al hombro un rollo de cuerdas y un canalete; Payito lo ve venir y se dispone a llamarlo, pero lo deja pasar. No sabe por qué.

La Oración. Reza el cura por los que ya no volverán y por el hermano. ¡Cuántas veces, en el día, ha rezado y cavilado el pobre hombre!

A la postre, fatigado de tanto cavilar inútil, salióse al altozano para que el aire fresco de la tarde le oreara la frente martirizada a golpes de pensamientos acerbos, y abrumado, se recostó en el pretil que rodea el atrio.

La iglesia está edificada en lo alto de un peñasco y de tal manera que los muros de aquélla no parecen sino un alisamiento de la peña o ésta un descalabro del muro que bajara a humedecer la aspereza de sus adarajas en el agua escasa y clara que surte abajo con un suavísimo murmullo.

Por distraerse de su congoja interior pónese el buen cura a oírla surtir, y poco a poco se le va serenando el alma. Piensa que aquellas gotitas que destila la peña son como pensamientos buenos salidos de un corazón amoroso, y así sucede porque la Virgen, cuya es el agua del milagro, quiere enseñarle a tener más caridad con el prójimo para que no se deje arrastrar de su celo, tal vez pecaminoso, hasta los extremos de la inmisericordia, sino que, por el contrario, ablande su corazón al amor, que es delicioso manar de sabrosas aguas que solazan la santa sed del Señor.

Y entonces fue que la paz de la tarde penetró en el corazón del hombre de modo que, cuando vino la noche, lo encontró tranquilo, absorto junto al barandal, y puso sobre él la suave luz de las estrellas, como una madre que besa, ya dormido, al niño que ha llorado mucho.

VI

Se acercan los días de la fiesta patronal. Ya han regresado a la isla casi todos los pescadores y perleros que se habían ido en la acostumbrada temporada a establecer sus

rancherías en las costas vecinas, donde por entonces era la pesca copiosa. La bahía está llena de barcas; algunas hay en la playa, con las quillas al aire. Arde el arenal al sol mañanero; en la estacada del tendero se secan redes enormes; a trechos rebrillan sobre la arena, como planchas de acero, cuadros de pescado tendido al sol; en otras partes hay montones de escamas; en otras blanquea el nácar de las ostras desbulladas, y por todas partes: grandes coágulos pútridos, sangrientos, viscosos; entrañas de peces, carne de ostras, horruras del mar; en un lienzo de la playa donde hay un uvero solitario cerca de unas ruinas de antigua atalaya o prisión, un grupo de hombres sentados en la arena candial, urden una red. Los campanudos sombreros arrebujan en una sombra azul, azul como el mar, los rostros fuertes y rudos, como tallados en piedra, lampiños y curtidos al rojo de las solanas marinas. Encima de los cuerpos doblegados: el sol ardiente; detrás del grupo: la ruina, el uvero rugoso y torcido y fondo de mar, de un azul implacable. A la sombra del uvero un pescador muy viejo remienda una vela que desgarraron los dientes del viento.

VII

La paga del ajuste. La temporada ha concluído. Todos los trabajos se han suspendido y los dueños de los trenes van a repartir entre los pescadores el precio de las cosechas.

Tarde sin escrúpulo. En la playa hay algunas mesas; en torno los ajusteros esperan la paga. Algunos chinchorreros han hecho pingües ganancias; forman grupos alegres; otros no lo están tanto. Don Antonio tuvo la peor suerte del año; para pagar su tren hubo de recurrir a sus ahorros anteriores. Alrededor de su mesa, donde el dinero es poco y no suena con el alegre tintineo que se oye en las otras, hay un run-rún de enojo.

Pregunta uno:

—¿Y se atreverá a vení?

—Ese es muy lavao.

—El y que iba a vení por su paga, pero Payito y que le dijo que más vale que no viniera, porque don Antonio y que le dijo que no le quería vé más y le mandó lo suyo con Payito.

—¿Lo suyo?

—Pero si ya él no es necesitao, dicen que va a dejá el oficio de chichorrero pa meterse a perlero.

—Pues ya y que le tiene apalabrao a don Clemente el armador, un bajel grande, con escafandro.

—Oye tú pues.

—Mirá pues.

—¿Qué están desvariando ustés? Pues el Chavalo no viene, eso lo aseguro yo, que relejo debe está a estas horas que lo digo. Esta madrugada estaba cariteando cuando me lo vide pasá. Y buen noroeste iba corriendo y que fue largo, sí, señó.

—Ahora está contrabandeando. Tres noches lleva saliendo, y anoche me formó una ley cuando la botá e la piragua porque le pregunté pa onde iba.

—Pue que ahora pague las que no se le han podío cobrá.

—Ya se las cobraremos: la ley es la ley y el que la ifringe se acarrea su castigo.

—Ese siempre sale bien; nadie le escucha hablá, pero los siete lenguajes los sabe él.

VIII

Andrés moría. Mal curada, la herida se le había gangrenado y agonizaba entre espantosos dolores. En su cerebro, ardido de fiebre, surgían visiones espeluznantes:

El paso de la Escollera... Noche de luna... Mar tranquilo... La *Gaviota* sin gobierno, barquinea entre los arrecifes, que son enormes caras monstruosas que sonríen... Sobre cubierta hay dos cadáveres...

Atormentado, pidió le llevaran el sacerdote.

IX

Vísperas de la fiesta. El pueblo está lleno de gente que ha venido de todos los contornos a la romería. Por las calles discurren, desde el anochecer, grupos de pescadores ebrios. Todos vestidos de limpio, con sus amplios sombreros de palma, membrudos y cazurros, forman pintorescas comparsas, tantas como rancherías tiene la isla, y ya del altozano a las tabernuchas improvisadas en la calle, de un mismo espectáculo al regodeo de un trago siempre igual. En el altozano atestado de muchedumbre bulliciosa, estalla ante el asombro aldeaniego una pirotecnia trivial que apesta el ambiente.

Payito escucha desde su casa la alegre alarida que antes le fuera grata. El año atrás no hubo noche de ferias en que no se viera al bueno del cura, confundido con el pueblo, prendiendo él mismo con el fuego de su inseparable tabaco los cohetes, o insuflando, hasta con la propia teja, una vez, las panzudas bombas que se elevaban en la serena atmósfera nocturna en candoroso homenaje a la Reina de los Cielos. Este año de buena gana hubiera impedido la feria, pero todo Pozuelos clamó por su fiesta patronal y no hubo forma de disuadirlos.

Hundido en la sombra de su cuarto, el pobre cura saborea el ámago de su íntima congoja.

—¡Qué malucas, qué malucas, mi Dios, son tus criaturas! ¡Pobrecito! ¡Por un puño de centavos, por una miseria de reales, echarse ese pecado sobre el alma! ¡Qué bruto! Porque lo hace por bruto, por salvaje más que todo. ¡Ay, mi hermanito, hermanito! Lo que has hecho... ¿Y no habrá, Virgen Santísima, manera de que se arrepiente ese desgraciado? Dime qué debo hacer, ilumíname, ilumíname...

Avanzada la noche, poco a poco se ha ido extinguiendo el bullicio callejero; otra vez domina el murmullo del mar haciendo el silencio nocturno...

—Ilumíname, ilumíname...

Sobre el horizonte marino despunta incierta alba lunar; culmina la medianoche sobre la paz de la aldea dormida; vacila una estrella y desciende trazando un rasgo azul y silencioso...

—Ilumíname, ilumíname.

La puerta se abre empujada con sigilo.

—¿Quién es?

—Yo.

—Chavalo, ¿tú?

—Yo; sí.

—¿De dónde vienes a estas horas, hombre de Dios?

—De la mar.

—¿Y qué hacías por el mar? Nadie trabaja hoy.

—Guá, lo que se hace en la mar.

—A veces se hacen cosas malas. ¿Qué traes ahí?

—Contrabando.

—¿Contrabando? Anoche también llegaste tarde. Chavalo, dime la verdad, ¿qué hacías en el mar?

—Contrabandeá, Payito, ¿no te lo estoy diciendo?

—Mentira. Espérate, no te vayas; si tenemos que hablar.

—¿Ahora?

—Sí, ahora; te estaba esperando. Ven acá.

Y llevándolo a viva fuerza, frente a la repisa, donde se apabilaba una lamparita ante un crucifijo de palo, le dijo, sacudiéndolo por los brazos:

—Confiesa, infeliz, tu pecado, para que Dios te lo pueda perdonar.

—Yo no tengo pecado, Payito.

—Sí lo tienes, alma del diablo, y muy horrible. Yo lo sé todo; ya no se sospecha ni calumnia. Me lo ha confesado Andrés, que murió esta tarde, y los moribundos no mienten.

En vano buscó Payito en la faz del hermano la señal de la impresión que debiera producirle aquella revelación, la recia cara, afilada como un hacha, no se turbó un momento.

Viéndolo, el bueno del cura se desesperaba.

—Me lo contó todo, esta tarde, antes de morir: que era medianoche, clara y muy tranquilo el mar, que Antoñico mismo gobernaba porque venían atravesando la Escollera; que

tú llegaste y de un hachazo en la cabeza lo asesinaste; que él, Andrés, te vió con sus propios ojos; que entonces corriste a donde estaba él y como te comprendió la intención se tiró al mar; que entonces la balandra sin gobierno barquineaba como loca entre los escollos; que después no supo nada más porque la corriente lo arrastró lejos, pero que oía los lamentos de los demás compañeros que te rogaban que no los mataras; que luego no los oyó más sino unos golpes como de hacha que él cree que serías tú echando a pique la balandra; que después te vio que venías en el bote, que él te gritó que lo salvaras porque ya no podía luchar con la corriente; que entonces te acercaste y cuando él se agarró de la borda le caíste a machetazos, pero que él te suplicó que no lo mataras y te ayudaría y que tú lo perdonaste porque era compadre tuyo; que él vio en el bote unas cajas que eran las que traía Antoñico con el dinero del pescado que había ido a vender; que en la mañana arribaron a un islote y enterraron el dinero... ¡Asesino, ladrón, monstruo, desgraciado! ¡Desgraciado!

—No grites, no grites así.

—Ah, malvado. Malvado. ¿Por qué hiciste eso? ¿Tú no tenías todo lo que necesitabas? ¿No te lo doy yo todo? ¿Cómo te atreviste? ¡Matar a un compañero por robar unos reales! ¡Miserable! Y eso que traes ahí es el precio de tu crimen. Pero no lo gozarás, no; yo te denunciaré.

—Tú no puedes; te lo han dicho en confesión.

Exasperado el cura sacudía al hermano, gritándole:

—¡Demonio! ¡Demonio!

Luego lo soltó y aplomándose en el reclinatorio lloró como un niño por largo rato. Frente a él el Chavalo inmóvil, con la perplejidad del hombre primitivo que repara el daño que ha hecho, murmuraba:

—Todo esto me sucede por habé querido hacé un bien.

—¿Cuál es el bien que has hecho?

—Perdonale la vida al compae Andrés.

—Criminal, ¿qué estás diciendo? Tú no eres un hombre, sino un monstruo, un aborto del infierno. Y has cogido el sagrado nombre de la Virgen para ocultar tu crimen, has con-

tado un milagro. ¿Sabes lo que has hecho? Pídele perdón porque la has agraviado.

—Yo le tenía pedío a la Virgen del Mar que me facilitara una plata pa comprá un bajel perlero, y ella...

—¡Cállate, cállate!

Y volviéndose hacia el amoratado crucifijo clamó, desgarrada la voz:

—¡Perdónalo que no sabe lo que hace!

Entre tanto, sobre el brumoso mar, apuntaba el primer arrebol.

X

El día, afanoso, ha sido de tormenta interior. Payito no ha hecho sino pensar en el pecado del hermano, sin segundo en la apacible historia de Pozuelos, que sólo él conoce y que le pesa sobre la conciencia como propio, y entre los extremos de una disyuntiva martirizante se debate desesperadamente. Reconoce que por una parte su deber de hombre le impone el denunciar al hermano para que sea castigado conforme a la humana justicia, pero un escrúpulo le detiene y es que el crimen le fue revelado en confesión. En tal alternativa se decidió por consultar al Obispo de la diócesis, y muy temprano despachó un encomendero a toda prisa; mas, por mucha que se diera no podría regresar antes de dos días. Entretanto, ¿qué hacer? Si la Virgen hiciera un milagro, el milagro del año: que el mismo delincuente confesara su delito y se entregara a la Justicia. De todos modos sería muy doloroso para él tener que acusar al hermano.

Y el bueno del cura, en medio de su angustia, piensa que la Virgen hará el milagro de encender la llama del arrepentimiento en aquella alma cerrada a todo calor que emane del almo fuego del amor divino, porque lo que él quiere no es solamente que el hermano sea castigado por los hombres, sino que, sobre todo, sea perdonado por Dios. Y en espera del milagro se pasó todo el día en una grande y acoradora ansiedad.

En la mañana, en el serón de la misa solemne, habló de

un prodigio que debía realizar en aquel día de su fiesta mayor, la milagrosa Virgen del Mar, patrona del pueblo y socorro de los afligidos, y fue tal la elocuencia que le diera la sinceridad de sentimiento, que al clamar el divino auxilio, gritaba, rota la voz y deshecho en llanto verdadero que se comunicó a la muchedumbre que llenaba el recinto y que repitió con él, en unánime rumor de tumbo marino: ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!

Aquel sermón extraño, como nunca lo hubo en la sencilla aldea, arrebatador a puro grito y llanto de sincero dolor, exaltó de tal manera los ánimos de aquella ruda gente, que al salir del templo en todos los ojos había un relampagueo inusitado y en todos los rostros una ansiedad que acentuaba a punta de espasmo febril la dureza de las facciones, y cuando se hubo añadido a la fanática la embriaguez del aguardiente profuso, un gentío exaltado y tambaleante llenaba el pueblo comentando la frase con que el predicador imploraba el milagro.

XI

Pero el delirio fanático no vino a culminar hasta la tarde cuando apareció en el altozano la imagen de la Virgen del Mar, sobre la simbólica barca resplandeciente, que traían en hombros diez pescadores fornidos. La imagen, negruzca y contrahecha, apenas se distinguía entre los pomposos arrequives recamados de oro y aljófares, y extendía los brazos sobre la constelación de los candelabros sosteniendo los innumerables exvotos entre los que abundaban las perlas nativas, de clarísimo oriente. En una de las manos, colgaba de una cinta azul el del último milagro: la barca de plata, minuciosa y grande como un puño.

—¡La Virgen del Mar! ¡La Virgen del Mar!

La muchedumbre, la misma de todos los años, acogía con entusiasmo siempre igual la aparición de la querida imagen, suerte de Venus cristiana, que un día, muy romoto, llegó del mar, señeramente, en una barca azul que nadie gobernaba, y que vino a encallar frente al pueblo. Y cosa cierta es esto

que cuentan las tradiciones, porque allí mismo, en el acantilado, se ven a flor del agua los mástiles de la barca escotera, y cuando la marea baja, asoma una punta de la proa, todavía azul.

Hacia allá se dirige la procesión, como siempre.

A todo lo largo de la calle se extiende la doble hilera de cirios; por delante de la imagen vienen regando puñados de flores silvestres rústicas canéforas ataviadas de Hijas de María, en tanto que, otras de ellas, con improvisados turíbulos inciensan el ambiente en el que flota una polvareda de oro crepuscular. Al tardío paso de los anderos la muchedumbre se mueve rumorosamente.

Detrás de la imagen, desmarrido y pálido, viene el atormentado cura; untuoso sudor cúbrele la frente a la que se pegan los aladares grises y mustios; dentro de las cuencas huesudas, profundas como nunca, arden los ojos febriles. Seis marinos endomingados, de lo mejor del pueblo, lo cobijan bajo el áureo palio que al desigual andar de los que lo sustentan se arruga lastimosamente como un pellejo. Cerca del cura el Chavalo camina de rodillas. En torno suyo se apiñan las mujeres comentando con aspavientos la extremosa piedad del pecador, al paso que los hombres lo miran de soslayo, hostilmente.

Míralo Payito, de cuando en cuando, y en la incoherencia de la fiebre que zumba dentro de su cráneo va pensando:

—Dios mío. ¿Será esta criatura tuya o hechura del demonio? ¿Cómo es posible? Cualquiera que lo ve lo toma por santo, y en el fondo, mi Dios, es el mismísimo Satanás. ¿O será que se habrá arrepentido de su crimen? Todo el día ha hecho penitencia, ¡y qué penitencia! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Permite que sea verdadera esa piedad. ¡Permite que se cumpla el milagro!

En vano ha esperado el pobre hombre; durante todo el día no ha apartado los ojos del Chavalo, atisbando aquella expresión de piedad, arcana para su sencillez y que sólo se explica como artimaña diabólica, sin ver aparecer en la recia faz del hermano la blandura que indique el abrirse del alma a la contrición verdadera, y a medida que se acerca el tér-

mino que la fe le dio a su esperanza le va invadiendo una recóndita tristeza. El milagro no se realizará.

La procesión atraviesa el pueblo, desciende la cuesta, llega a la playa.

Sobre el mar: el crepúsculo. Resplandece el ocaso como una enorme plancha de oro bruñido. En medio: el sol, sangriento. Oro y sangre es todo: el arenal, la multitud; las ríspidas crestas de los escollos en la bahía, el fastigio del monte, más allá del pueblo.

La procesión avanza con un gran silencio, solemne como un atardecer, hacia el acantilado donde está la barca legendaria encallada. Cruje la arena. El Chavalo desfallecido cae de bruces; algunas mujeres acuden a levantarlo y una le enjuga el rostro.

—El Demonio... El mismísimo Demonio que imita a Cristo. Las pezuñas, el rabo. *Vade retro!* ¡Ave María Purísima!

La multitud corea maquinalmente:

—Sin pecado original concebida.

XII

El acantilado. La barca sagrada bajo el agua.

Se detiene la procesión. Los anderos depositan en la playa el mesón que soporta la imagen y se hacen a un lado enjugándose los rostros sudorosos. Se hace un gran silencio. El sermón de la playa. Payito sube a lo alto del risco y comienza a hablar, de espaldas al crepúsculo:

—Madre mía. Reina de los Cielos. Aquí estamos ante tu presencia esperando el milagro. Haz el milagro, haz el milagro, Santísima Virgen del Mar.

Habla sin quitar los ojos del Chavalo que lo oye impávido. La voz aguda y vibrante turba la augusta solemnidad del atardecer. Gesticula extendiendo los brazos temblorosos como un poseído, luego, de pronto, rompe a llorar, y entonces, como en el sermón de la mañana, el auditorio exaltado corea:

—¡El milagro! ¡El milagro!

Repuesto, el predicador continúa; pero ya no se doblega como pobre ser agobiado, sino se yergue amenazante, súbitamente transformado en fuerte, y mientras habla, sin apartar la vista del hermano, sorda de ira la voz, con la sangre y el oro del crepúsculo a cuestas, va tomando un aspecto apocalíptico. Ya no habla de amor ni de perdón, motivos predilectos de sus pláticas candorosas, sino de la ira divina, de los castigos, de una sañuda e insaciable sed de venganza que otra vez perseguirá a Caín por todo el ámbito del mundo, por la haz del mar, por entre las breñas y espeluncas de la tierra.

Un frémito de espanto sube del gentío. Instintivamente todas las miradas se clavan en el Chavalo que se incorpora pálido y azorado.

—Lo dice por el hermano—murmura alguien, y todo el mundo lo repite.

Bajamar... Surge en el estuario el roto esperón de la legendaria barca. Suaves chasquidos del agua contra la horda surgiente. Anochece: ya hay violetas sobre el mar.

El cura prosigue en el silencio:

—La sangre se ha puesto entre Dios y nosotros; no veremos el milagro. Un gran crimen nos priva de la gracia divina. Desagraviemos al Señor.

—¡Desagravio, desagravio!

—¡Perdón, Señor, perdón!

Súbito recrudecimiento crepuscular aviva el amortiguado incendio de la tarde. El gentío se estremece. ¡Qué sangriento está el oro! ¡Qué dorada la sangre!

Una voz ha gritado:

—El Chavalo.

Previendo la escena había intentado escapar, pero era tarde. Uno lo detiene y todos se aprestan a no dejarlo huir.

Entonces Payito comprendió que se iba a consumar por el odio el milagro que él le pidiera al amor, y vencido por el dolor cayó de hinojos en el risco, gritando entre singultos:

—¡Caín, Caín! ¡Perdón mi Dios, perdón!

Fue la chispa. Súbitamente estallaron el odio y la ven-

ganza contenidos, y la muchedumbre azuzada se precipitó sobre el Chavalo que se debatía blandiendo su cuchillo.

Otros aceros, muchos a la vez, se ensangrentaron, primero en la dorada sangre del ambiente, luego en la tibia sangre del pescador.

Las mujeres pedían misericordia, sobrecogidas de espanto; los hombres jadeaban ensangrentados...

Alguién gritó:

—El milagro. La Virgen no quiere tenerlo.

—Quítenselo; miren cómo estira la mano; no quiere tenerlo.

—¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro!

—¡Es plata maldita!

—¡Es precio de sangre!

—¡Misericordia, Señor!

—La sangre se paga con sangre.

Ultimado Chavalo, los matadores se desplegaron simultáneamente dejando libre un espacio en medio del que estaba, tendido sobre un charco de sangre, el cuerpo destrozado.

—¡Qué horror!

Y entonces se hizo un silencio mortal.

Sobre el risco, abatido, con la sangre del crepúsculo a cuestas, Payito lloraba.

FIN DE
"EL MILAGRO DEL AÑO"

ESTRELLAS SOBRE EL BARRANCO

I

LLEGARON al anochecer bajo una lluvia clamorosa que arrastraba con fragor los pedruscos, cuestas abajo. Los vecinos los oyeron lamentarse de la malaventura cuando bajaban por el sendero que se desgajaba bajo sus pasos: él maldecía el agua y la obscuridad y la flaqueza traicionera de sus piernas; ella le ofrecía sus hombros para que se apoyara y le suplicaba que se callara, no fuera a castigarlos Dios. Llegaron al rancho de la cañada: un cobertizo escombroso, resto de una tejería que destruyera el fuego y que estaba en el fondo de una barranca caliza junto a una vieja acacia que ya no daba flores. Por lo que hablaron al llegar se entendía que el agua llovediza se había metido al rancho antes que ellos. El inquilino reanudó su salmodia maldiciente, renegando del rancho y del mendigo que se lo alquilara; la mujer se impacientaba y gemía llamando a Dios... Encendieron luz y el viento que se metía zumbando por las rendijas de las paredes se la apagó... Encendiéronla de nuevo... Unos murciélagos que allí tenían su guarida huyeron chillando... Asustada, la mujer dio un grito y rompió a llorar.

A poco llegó quien les traía los pocos cachivaches de su mensaje y los fue tirando al suelo, renegando también de la hora, de la lejanía de donde los trajera, y de aquella tierra escurridiza que se le iba bajo los pies; y así que los hubo arrumbado todos, cuando fueron a pagarle, protestó alzando la gruesa voz aguardentosa, por la miseria con que le salían después de tanto trabajo como habían tenido su bestia y él.

—Mire; es que no tenemos sino esto... Haga el favor.

Insistía la mujer con la suya suplicante, velada de an-

gustia y vergüenza, mientras su compañero, en un rincón, mascullaba sus vagas maldiciones.

Fuese por fin el carretero iracundo y pesándose de haberse metido con gente muerta de hambre como aquélla; oyóse luego en el camino que por arriba pasaba el ruido desapacible de la carreta que se alejaba; rodó perdido entre el susurro de la lluvia apaciguado el bronco rumor del último trueno lejano... Sobrevino la noche de un todo, y se cerró espesa y fría sobre el rancho de la cañada.

Después escampó. Sopló un viento crudo barriendo el nublado. Por el naciente, detrás de las siluetas obscuras de las lomas, una vaga claridad anunció el orto lunar. Oíase el fragor del agua llovediza por las torrenteras de la montaña próxima... Sobre los cerros apareció el menguante abollado y mustio... Subió por el cielo donde el viento había asendereado un camino de nubecillas redondas y blancas, como guijarros lavados... Azuleó las sabanas ateridas, lució sobre las lomas en el pedrisco de los peladeros, sobre los tejados del caserío... Resbaló por los taludes..., a media noche alumbró las hondonadas, donde haciendo el silencio nocturno, cuchicheaba el murmurio de los arrecifes.

El tronco desnudo y rugoso de la acacia de la cañada brillaba iluminado suavemente..., en torno revoloteaban sin ruido una bandada de murciélagos... Lejano oyóse el gañido de un perro y el canto de un gallo... De la puerta del rancho se quitó una forma blanca de mujer.

II

Al día siguiente se supo en el vecindario que los que habían llegado durante el chubasco del anochecer eran dos hermanos de buena gente descaecida que venían huidos de la ciudad, a refugiarse, por hambre y por desventura, en aquel arrabal apartado y en aquel rancho miserable, guarida de murciélagos, que les alquilara, por catorce reales al mes, un ciego mendicante, cuyo había sido el antiguo horno de tejas. El hermano padecía una terrible dolencia y estaba

a punto de volverse idiota: era un joven avejentado que andaba arrastrando los pies, apoyado en un palo, y tenía la mirada torcida y sin expresión: la hermana era una muchacha en quien maduraba la mujer, con unos ojos zarcos y serenos velados de una sombra dulce de taciturnidad. Ambos tenían hambre y dolor de vivir; efectivo dolor de la carne lacerada el hermano gafo; tristeza recóndita la hermana a quien abandonara el novio por aquellos mismos días porque ella también, como le dijo, debía tener la sangre propensa al mal de la familia. Vivían de lo poco que ella ganaba en un taller donde trabajaba, ayudándose con la escasa caridad que unos amigos le hacían al enfermo. Este dinero apenas daba el acedo pan que se comían, adobado con maldiciones de él y lágrimas de ella, y así, entre azares y vergüenzas, arrojados de todas las casas, que nunca podían pagar, habían ido, por fin, a parar a una de vecindad donde convivieron con rufianes y toda suerte de gente de la peor condición, en una pieza que les alquilaran. Pero de allí mismo tuvieron que salir muy pronto, debido a que la dolencia del hermano era tan notoria y repulsiva que nadie quería vivir en su compañía. Despidiólos la dueña de la casa a pretexto de que tenía noticias de que la higiene iba a buscarlo para recluirlo en el hospital, y ante la inminencia de este peligro aquel día lo pasaron en la más angustiosa ansiedad, llorando y abrazados, en un abrazo angustioso, como si fuera el último que se dieran en su vida. Al día siguiente la hermana se echó a la calle, anduvo por los arrabales y recovecos, y escudriñó los más apartados escondrijos, hasta dar con aquel rancho de la cañada, adecuado a su menester por lo apartado de toda otra vivienda, como estaba entre aquellas breñas.

III

—Hizo muy bien, niña—decíale una vieja de por allí a quien le contaba sus desventuras.

—Dios se lo conserve por muchos años, que enfermo y todo le servirá de mucho su hermanito. Y no se apene usté,

que ha caído entre gente que no es mala, por más pobre que sea, y no dejará que le hagan ningún daño.

Y otra agregaba, suspirando:

—Lástima si es que haya venío a pará a este lugar que está como maldecío de Dios, asina como se lo digo y El me perdone. Contimás que usté no está hecha para esto.

—Por eso le digo, vecina: que Dios le guarde a su hermanito.

—Usté no sabe, niña, aquí habemos muchas madres desgraciás. Por estos andurriales como que anda suelto Mandinga: toas las muchachas se pierden en cuantico no más se les proporciona la mala manera.

—Y no está de más que se lo digamos, niña, porque, como dicen, la mocedad es creída y no malicia de la maldad del mundo, que es mucha, sí, señó. Mire: si, en una comparación, algunas de estas noches tardes, más que otras, se presenta por aquí una mujer que va ya para vieja y anda todavía muy peripuesta y le viene a dar conversación, no se la oiga, niña, que esa mujer es muy mal intencionada y muy perdicionera...

Fuéronse las viejas como oyeran al enfermo que rezongando sus habituales denuestos, llamaba a la hermana para que le diera de comer. Sirviólo ésta y luego salió a la cañada invadida del dulce atardecer y se puso a pasear llevada de un recóndito deseo de soledad. Caminando, pronto su pensamiento recayó en el amor acabado días antes de manera tan cruel, y viniéronle ganas de llorar, de llorar mucho hasta secar la fuente de sus lágrimas a ver si con ellas también se secaban y ya secas, se desprendían las raíces de aquel amor que tenía clavadas en el alma como unas garras... Después, sosegada, se acordó de lo que le habían dicho poco antes las vecinas y procuró distraerse de ello, porque en aquella soledad del barranco por donde iban tales pensamientos le daban miedo. Pero ¿en qué podía pensar que no fuera su desamparo, la desgracia contumaz que desde niña se ensañara con ella, su orfandad, su miseria, su rango perdido, el amor frustrado, la pena siempre renovada de aquella enfermedad del hermano?

Y por este camino de pensamientos crueles ¿adónde iba a parar sino al miedo al porvenir, al horror de lo que sería de ella cuando el hermano hubiera muerto o cuando se lo hubieran llevado al hospital?

Así, la idea loca y tenaz que venía amenazándola desde que oyera la conseja de las viejas a propósito de las mozas idas o descarriadas acabó por dominarla:

—¡Quien sabe lo que tendrá dispuesto Dios que me puso en este lugar...!

De pronto, volteó, asustada de unos pasos que la seguían; por la arena húmeda del cauce, arrastrando los pies venía el hermano gafo. Acercósele sonriendo como un idiota. Ella lo cogió del brazo y siguieron mudos y fraternales por la barranca silenciosa en la dulzura de la tarde...

Unos bueyes lentos atravesaron la cañada seguidos del gañán que los picaba apurándolos a subir por un martillado hacia una loma donde lucía un maizal pardisco y un rancho entre naranjos. A ratos traía el viento un hedor de curtiembre o un son de bocinas broncas... Una mujer voceaba sobre el barranco llamando a sus gallinas... Se oía la voz del gañán persuadiendo a los bueyes... Apurando la cuesta, uno de ellos daba ya cornadas en el cielo zarco con la enorme cornamenta taciturna... En el aire tranquilo reposaban las aspas inmóviles de unos molinos.

Caminando, caminando, el enfermo y la hermana llegaron a un recuenco donde había un pozo de agua clara y profunda. Los altos taludes de greda llenos de curiosos relieves de estalactitas y vagas arquitecturas, resquebrajados y yermos, con sus matojos saliendo de entre las grietas y con su soledad de abandono, remedaban enormes ruinas fantásticas. Encima, un borrico taciturno enjaezado de crepúsculo caminaba mordisqueando el pajonal; sobre el cual se levantaban al borde del barranco, magueyes en flor, como candelabros encendidos... Algunos zamuros iban llegando a sus dormideros; otros estaban ya sobre unas escarpas blanquecinas que parecían grandes osarios, peleándose a picotazos los mejores sitios.

Los hermanos se detuvieron cerca del pozo bajo las tor-

vas miradas de los zamuros... Un grillo rompió a cantar... El enfermo, dando un gemido de dolor, se extendió por la arena, húmeda y blanda, mientras la hermana, distraída, miraba los arreboles que teñían la tajada de cielo volteada sobre el barranco.

—Petra, ¿por qué no te sientas? Mira: la arena está sabrosa.

—No. Vámonos. Es de noche ya.

Y echaron a andar, de regreso a la casa, por el barranco anochecido, bajo las primeras estrellas...

IV

Muy de mañana salió Petra a su quehacer. Por el camino encontró unas muchachas del lugar que iban a lo mismo: eran unas compañeras del taller con quienes hasta entonces no había querido amistar. Hízose que no las veía para no verse en el caso de atravesar junto a ellas la ciudad, pero pensó que ya más no era prudente seguir dándose aquellos humos de señorita orgullosa, puesto que con ellas trabajaba y entre ellas, como una de ellas, vivía. Al fin tendría que prescindir de aquellos escrúpulos, única cosa que le restaba de su antiguo rango social. Y por delante de ella caminaban dos de sus rústicas compañeras, riendo por adelantado se resignó. ¡A tantas cosas había aprendido a resignarse!, y de prisa. Petra se acordó de la conseja que la víspera le refirieron las vecinas. Tal alborozo camino del trabajo, al amanecer de un lunes, con toda una semana por delante de largas caminatas y enojosas tareas, dióle que pensar y no pudo menos que hacer malos comentarios: seguramente eran muchachas casquivanas, ocasionadas a caer a la primera tentación, no tanto por la humildad de su rango como por su índole. Y aunque la frescura del amanecer, como un sabroso cosquilleo, a ella misma venía provocándola a risas. Petra enfoscaba el ceño y evadía ostensiblemente toparse con las que ya juzgaba livianas y perdidizas.

Esta preocupación le duró varios días y ya le importaba

la malquerencia de muchas de sus compañeras de taller y vecindario. Pero, en el fondo, Petra se interesaba más y más y hasta simpatizaba con muchas de aquellas con quienes la vinculaban unos mismos azares, y tal vez, un idéntico descarrío al término de iguales caminos de desventura, porque a fuerza de pensar en lo que le refirieran las vecinas, concluyó temiéndolo para sí y este temor se agarró a su alma como una superstición. Tales pensamientos la volvieron más cavilosa que siempre lo fuera y de sólito la invadían unas sensaciones muy vagas y confusas que le arrasaban en silenciosas lágrimas los ojos, no obstante le produjeran cierto bienestar, que era, en presencia de aquella expectativa de su desvío, ya tenido como cierto, como una tranquila y dulce resignación que le iba brotando de la natural bondad del alma pura y serenamente, como brota de la sombra una estrella.

Al fin amistó con las compañeras. Había entre ellas una isleñita vivaz que se llamaba Aurora y que tenía unos ojos bulliciosos y una perenne sonrisa, como un cofre abierto para exhibir una joya, enseñando un diente todo de oro entre los otros menudos y blancos. Era muy presumida y melindrosa y no dejaba de la boca el cuento de sus amoríos con mozos de lo *principal*. Una tarde, cuando regresaba del taller en compañía de Petra, hablóle de una *señora* que le hacía muchos cariños y siempre que la encontraba por la calle la invitaba a ir a su casa. Conocióla esta amiga una vez que estuvo paseando por el barrio donde Aurora vivía, y desde entonces no pasaba día sin que la encontrara y la parara a hacerle mil preguntas; a veces al salir del taller la encontraba esperándola y Aurora, con grandes reservas, le comunicó a Petra que la víspera no había ido al trabajo porque su amiga se había empeñado en que se fuera con ella a dar un paseo en coche. Y como a la sazón pasaban cerca de donde aquélla vivía, Aurora le propuso a su compañera ir a su casa y con eso se la presentaba, porque, según le dijera la víspera, tenía también muchos deseos de conocerla.

Indignada la oía Petra y no hallaba qué contestarle, y al llegar a su casa lloró como si ya le hubiera acontecido la esperada desgracia. Y más que todo humillábale el saber que ella también, como una palurda cualquiera, estaba en la mente y en los cálculos de una alcahueta, con la reputación a precio y perdida de una vez.

V

—Pues no vuelves más. No vuelves más a la fábrica. Aunque nos muramos de hambre. ¡Maldita sea!

Decíale el hermano, trémulo de dolor y rabia, bailoteando los ojos estrábicos y llorando casi.

Aquel acceso acabó de exasperarle los nervios sobreexcitados de sólito, y en la noche tuvo una crisis aguda y febril. Medio incorporado en el catre, en el rincón obscuro, el pobre hombre gritaba traspasado de dolores terebrantes, ardido de fiebre, como si por las venas no le corriera sangre, sino metal fundido, y levantaba los brazos clamando misericordia, aquellos brazos crispados y enjutos como ramas de árboles secas.

¿Por qué no venía de una vez la muerte, el supremo descanso, la final podrición insensible de aquella carne torturada?

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Acaba de quitarme esta maldita vida!

Petra no hallaba qué hacerle ni podía acercársele porque en tales accesos la sola idea de que se le aproximara alguien le producía dolorosas hincadas en los miembros, locamente sensibles. Además, él no quería verla ni oírla siquiera y había puesto al alcance su bastón para tirárselo si ella entraba al cuarto. Después comenzó a desvariar: amenazaba matar a su hermana, a aquella mujer asesina que no hacía sino provocarlo, despertarle deseos insaciables para que sufriera más, para que acabara de condenarse en vida. Cerca del amanecer, rendido al fin, se quedó dormido,

y entonces fue que Petra pudo acercársele. Respiraba fatigosamente, saltábale la carne estremecida por los rebrincos de los nervios, dos gruesas lágrimas corríanle de los ojos cerrados por la cara abogatada, lívida y convulsa. La hermana se las enjugó con ternura.

Por fin amaneció. Petra, que no había dormido en toda la noche, pensó no ir al taller, pero él no quiso que se quedara en casa y tuvo que salir.

VI

Ida la hermana, el enfermo se echó a andar por el barranco, cauce arriba. Saltábanle los nervios todavía, sentía el resquemor de la fiebre pasada y en el cerebro le remolineaban ideas confusas y absurdas. La brisa que venía de la montaña producía espeluznos sabrosos. Caminaba olvidado de sí, insensible al sol ya alto; internándose por las escarpas por donde unos chivos ariscos iban a saltos ramoneando su áspero pábulo, escudriñando los mogotes, oteando el cauce silencioso, en un atisbo faunesco, ávido y jadeante; o por entre el pajonal, furtivo, saboreando lascivamente el cosquilleo de las espigas sobre la cara... Por fin, tras un recodo descubrió a una mujer. Al verla sintió dentro del pecho el golpazo del corazón como un pataleo de bestia fogosa y se le fue acercando, con angustia y cautela. Descubriólo la mujer y púsose precipitadamente a recoger el haz de chamizas que cortara. Era una zamba membruda, desgreñada y cubierta de sucios argamandeles. El enfermo la alcanzó cuando ya ella se echaba a la cabeza la fagina y quiso agarrarla, estirando los brazos secos y trémulos como ramas sin savia sacudidas de un viento.

—Estése quieto.

Gruñó la moza, y con todo el cuerpo poderoso lo empujó para que la dejara pasar.

Cayó él sobre el pedrusco, quejándose como un animal acosado, mientras ella, gallardeando bajo el haz de chami-

zas, hirsutas como una cabellera salvaje, se escapaba desgalgándose por los atajos.

Era lo de siempre. En estas caminatas en pos del amor vedado huía de él desdeñoso e insultante, pasaba el enfermo días enteros, cauce arriba, cauce abajo, por su barranco solitario erizado de tentaciones y crueldades, y en las tardes, al regresar a casa, llevaba el deseo mortificado y más voraz, y muchas veces heridas en las manos, sangrando los pies y el cuerpo magullado.

Y entonces su amor atrabiliario estallaba en un implacable enojo contra la hermana. Encerrábase en su cuarto, y no quería que ella le hablara, ni que se dejara ver, siquiera. Molestábale el ruido de sus ropas, el olor de su persona, y no hacía sino denostar de ella que con saña minuciosa lo iba matando a disgustos: con su manera de hablar, con su silencio, con su risa cuando reía, con su tristeza y sus lágrimas si lloraba, con sus solicitudes y ternuras humillantes para él.

Afligíase con esto Petra, y aunque ya estaba acostumbrada a aquella acrimonia que le venía del sufrimiento mismo, cada vez que lo oía maldecirla se ponía a llorar, y por las noches, temiendo que en uno de aquellos arrebatos realizara sus amenazas, se encerraba en su cuarto paredaño al de él y aseguraba la puerta con muchas precuciones.

Pero esta acrimonia del hermano no venía ahora propiamente de su nerviosismo, sino de fuente más recóndita y temible, y era como el último parapeto con el cual se defendía el alma en agudo trance de depravación. Detrás de aquel odio mordaz estaba el amor insaciado, el deseo acicateado hasta el vértigo de la locura, acechando el alma reducida a un punto de pureza que se defendía con la propia substancia incontaminada, como se defiende entre la zarza devorada por el fuego un arbusto tierno, con la savia que mantiene su verdura.

—¡Petra! ¡Petra! Pídele a Dios que muera de una vez antes que llegue a suceder...

VII

Un día Petra amaneció quebrantada. Sentía todo el cuerpo magullado y una desazón de cabeza como si la tuviera hueca y rumorosa como un caracol. Tenía sed y escalofríos frecuentes. Durante la noche había tenido fiebre alta y se la pasó delirando y en un continuo temblor que no podía dominar. Quiso levantarse, pero se encontró sin fuerzas. Sobrevínole una profunda tristeza y se puso a llorar. Oyóla el hermano que despertaba de un sueño tranquilo y al saber que estaba enferma se angustió hasta la desesperación. En un momento se disiparon los rencores contra ella y en accesos de ternura, su gran ternura de enfermo, la rodeó de atenciones, lamentándose de aquella desgracia, mayor que todas: que Petra fuera a enfermarse, a morirse tal vez.

—Es que trabajas mucho. Ya te he dicho que no debe ser así. Y no comes, y te lo pasas triste. Yo sé que soy la causa. Yo tengo la culpa. Soy un desgraciado, debiera morirme de una vez.

Y lloraba como un niño.

Para tranquilizarlo, Petra se levantó. La frescura de la mañana le hizo bien: se sintió más despejada. Al mediodía se encontró mejor; sólo le quedaba un desgonzamiento, una laxitud agradable más bien. El hermano, solícito, la cuidaba del sol y del aire y cada momento le preguntaba cómo se sentía. En los días siguientes no la dejó ir al trabajo. Para distraerse, ella bordaba o tejía durante el día. En las horas frescas de la mañana, se sentaba fuera de la casa, en la puerta, donde cultivaba sus almácigos floridos, junto al cañizo festonado de pascuas recién abiertas. El hermano, desde la puerta, la miraba plácidamente y conversaba con ella en paz y cordialidad. Sus conversaciones eran siempre a propósito de las compañeras del taller; deleitábase él con las cosas que de ellas le refería Petra y no quería que le hablara de nada más. A veces le hacía preguntas que la hacían ruborizarse; entonces tenía invariablemente una son-

risa golosa y los ojos bizcos le bailoteaban. Petra se callaba o desviaba la conversación, entre contrariada y compasiva.

Poco a poco el reposo del cuerpo y el sosiego moral, sobre todo, fueron devolviéndole a Petra la salud y la presencia de ánimo perdidas. Desaparecían de su rostro amusgado los lívidos círculos de las ojeras y la mustiedad del semblante, y recobraba la serenidad del alma enajenada de sí por aquellos sobresaltos de los últimos días.

VIII

Pero este binestar no había de durar mucho. Los fraternales coloquios fueron acortándose y agriándose paulatinamente. Volvían los silencios repentinos y las regañinas por motivos fútiles. A veces el enfermo evadía ostensiblemente la presencia de la hermana y se iba a merodear en torno al rancho por entre los escombros del viejo horno derruido o se encerraba en su cuarto, obstinado y huraño. A veces se iba por el barranco, cauce arriba, cauce abajo.

Una mañana, jubilosa de sol, fresca y sonora de brisas la cañada, Petra hacía labor junto a la vieja acacia. Tenía los ojos encarnizados por el llanto reciente, y pensaba, como siempre, en el amor defraudado, en aquel recuerdo de ilusión a que se agarraba su alma, desesperadamente. Detrás de ella, desde el quicio de la puerta, el hermano la devoraba con la torva mirada de sus ojos rampantes de deseo. El desgaire del traje delatando la frescura de la carne, el sonrojo del llanto, reciente, la misma actitud de sufrimiento de la hermana, tan adecuada a aquella morbosa necesidad de él de poseer mortificando, hasta el asco y el horror que le producía su propio apetito monstruoso—acicates en carne rebelde—encabritábanle la torpe sensualidad, exasperada de continuo con locas imaginaciones en la soledad propicia del barranco, alimentada con hambres voraces, como una llama con ráfagas. Y no era que se dejara llevar de ella, sin resistir. Demasiado había luchado contra aquellos ímpetus desordenados de la carne que le enajenaban el alma de

todo otro pensamiento. Había sido una lucha continua en la cual se había relajado, a fuerza de resistir, su energía nerviosa y sus principios morales, y ya sentía cómo le faltaban aquellos apoyos, roídos también por la podre, como su carne, y que ya no era ésta solamente la que lo ponía en el trance de aquel monstruoso deseo de la hermana, sino el alma, el alma empecinada de lascivia, depravada ya de un todo. Y pensando que ya había roto definitivamente con toda ley moral, sentía una horrible satisfacción. Sosteníalo apenas el miedo al temblor de sus piernas, no atreviéndose a dar un paso hacia la hermana, y así hubo tiempo para que el último esfuerzo de la voluntad lograra suspender y salvar la partícula de un alma incontaminada que pudiera quedar en él.

Y se sobrepuso al fin. Fue la última victoria. Loco, desalado, a toda prisa de sus piernas entorpecidas y temblequeantes, ya en la inminencia de la parálisis, echó a andar por el barranco, cauce arriba, cuace arriba...

Petra, que de nada se había dado cuenta, lo llamaba para que no se fuera así, descubierta la cabeza, por aquellos reventaderos de sol. Pero él no la oía y continuaba caminando, cauce arriba, cauce arriba...

IX

A la hora del almuerzo no había regresado. Esperándolo, Petra no quiso almorzar y estuvo todo el mediodía en la puerta mirando al barranco que reverberaba al sol.

Cerca del atardecer llegó el mendigo que les había alquilado el rancho. Venía por sus catorce reales del primer mes ya vencido. Petra no tenía para pagarle: no había trabajado en la semana. El hombre se empeñaba en que debía pagarle porque él no estaba para hacer caridad a nadie, puesto que de ella vivía, y empezó a rezongar:

—¡Ah! pícaros... Pícaros... ¡Ja, cariño! Ahora sí se embrolló to esto. Si yo hubiera devinao...

Era un ciego mal encarado que tenía una barbilla áspera y rala y usaba anteojos obscuros para taparse las cuen-

cas vacías. Conducíalo un negrito canijo y dormilón que al llegar se echó al suelo. El ciego se quedó parado frente a la puerta. La sombra de un aludo sombrero de cogollo le caía sobre la cara enjuta y cetrina, como de momia: mascujaba una rama negruzca de tabaco; apoyaba ambas manos en el garrote y se entretenía frotando el índice derecho contra la palma de la mano, obstinadamente. Después se acercó al rancho: tanteó las paredes, sobajeó las puertas, alisqueó dentro de los cuartos, con su palo hurgó los rincones, preguntando por todo lo que tropezaba a su lazarillo, que le iba respondiendo de mala gana. Petra lo dejaba hacer entretanto. Fuese por fin, ofreciendo que volvería en la semana siguiente y que entonces, si no le pagaban, los echaría de su casa.

Veíalo alejarse Petra y se intrincaba en sus habituales cavilaciones:

—Menos que un limosnero... Más desgraciada que todo el mundo... Miseria, sufrimientos de todo género... Su pobre hermano empobreciéndose, alejado del mundo, olvidado en aquella barranca solitaria. Ella, desvanecido el amor, frustradas las ilusiones, torturada su juventud, en peligro de perderse...

Absorta, no sintió llegar al hermano.

Volvía el mísero empecinado y sangrando por los rasgones que en la carne túmida le hicieron las asperezas del barranco y con la señal amoratada de un porrazo en la frente. Y volvía como siempre: ávido y mortificado de deseo, y más que nunca desbaratada el alma después de una lucha de todo el día, inútil, porque en aquel organismo empobrecido, o en aquellos nervios deshechos, no existía ningún apoyo para la voluntad.

Detúvose un momento, el último de vacilación. Luego dio un paso hacia la hermana... Ya estaba en poder de la fuerza ciega..., temblaba como aterido..., poco a poco, con cautela felina, se fue acercando a la mujer vuelta de espaldas.

De pronto el resuello cálido y jadeante de él le dio en la nuca, produciéndole un espeluzno que la hizo brincar a

tiempo que él alargaba, para agarrarla, los brazos carroñosos y trémulos como ramas podridas. Mirólo entonces a la cara asustada de aquella expresión, y al punto se dio cuenta de todo. Quiso huir, pero la turbación entorpecíale las piernas y él logró agarrarla. Entonces empezó una lucha jadeante y desesperada. Forcejeaba ella para zafarse de aquellas manos que la apretaban con rabia, y al fin logró dominarlo. En un arrebato de indignación, violento e inconsciente, sujetándolo por los brazos. Petra empujó al hermano al interior del rancho y allí lo tumbó al suelo y lo acogotó en un rincón...

Soltólo al fin. El enfermo se quedó sin moverse y en silencio, acurrucado en el rincón obscuro, ya al anochecer. Petra, enloquecida, caminaba por el cuarto llorando. Ocurrióseles que debía irse de aquella casa donde ya no había seguridad para su virtud, y al momento pensó en lo que le refirieran las vecinas aquella vez, y en Aurora, y en la amiga cariñosa que, según ella le dijera, tenía muchas ganas de conocerla... En el vértigo del pensamiento, se vio a sí misma descarriada ya, hecha una perdida...

X

Lloró largo rato. Como siempre, el llanto le hizo bien; pasado el acceso le invadió el bienestar del cansancio, y poco a poco la dulce y tranquila resignación fue brotando en su alma, como una luz de estrella...

El hermano permanecía inmóvil en un rincón. Petra aguzó el oído hacia él. No oyó nada. Asustada, corrió al rincón olvidándose de todo.

—¡Genaro! ¡Genaro!

El pobre hombre sonreía plácidamente. Ya no tenía en la cara aquella expresión de sátiro; los ojos miraban serenos, y de aquel rostro y de aquellos ojos subía hasta la hermana inclinada sobre ellos ansiosamente, como una súplica propiciatoria, la dulce sonrisa de la demencia.

Gritando, Petra salió del cuarto.

Anochecía. Del barranco subía con el canto de los grillos la solemnidad de la sombra, por el ambiente mortecino del cielo, donde lucían como refugios de toda luz condensada las claras estrellas...

FIN DE
"ESTRELLAS SOBRE EL BARRANCO"

LOS MENGANEZ

I

VENDIÓ unos cocales que poseía en las costas del Golfo de Paria y compró en Caracas, en la parroquia aristocrática de Altagracia, una casa antigua, para reformarla y constituirla en hogar de su familia. Al estudiar las escrituras resultó que la casa había sido solar ilustre, fundado por un auténtico marqués de la Colonia y este descubrimiento llenó de legítimo orgullo a don Alberto Mengánez.

No era don Alberto persona propensa a la vanagloria del linaje. Sus manos habían encallecido en el laboreo de la tierra y la acomodada situación monetaria que derivara de él ni lo desbastó completamente de la esencial campechanía, ni mucho menos lo hizo olvidar el origen humilde. Cifraba su orgullo en esos rudos conceptos de la hombría de bien y del esfuerzo propio, pecualiares de las razas trabajadoras, y esto era como un callo más en su persona, un callo del espíritu, con todas las ventajas y los inconvenientes de estas excrecencias córneas con las cuales la piel se defiende endureciéndose; pero por muy curado que estuviese de vanidades mobiliarias, el abolengo de su casa fue para él motivo de justas satisfacciones: en primer lugar porque un marqués es siempre para un plebeyo algo que inspira cierto supersticioso respeto y porque al adquirir la mansión marquesil su instinto democrático se complacía, como si ejerciese represalias por resentimientos dormidos en la inconsciencia, pero latentes en su sangre; en segundo lugar, y esto sí era perfectamente consciente y justificado, porque sabía que su mujer, "la incomparable Suncha", como la llamaba cariñosa y respetuosamente, iba a darse el mayor gusto de su vida, habitando en la casa que fue solar de un marqués.

Era Asunción Sotomayor de Mengánez una de esas matronas que saben hacer valer sus merecimientos y que están siempre como sentadas en un trono, recibiendo el homenaje de propios y extraños. Poseía el arte de la amabilidad lisonjera y vivía decantando las ejemplares virtudes que resplandecían en su hogar, hecho en el molde de los hogares antiguos; modelos de hijos respetuosos y amorosos eran, en su boca, los suyos, y dechado y pasmo de maridos el sin par Alberto. De esta manera, retenidos y obligados por la suave violencia de la lisonja, hijos y esposos estaban siempre prosternados ante la mayestática persona de doña Suncha. Hablaba ésta en verso—como decía don Alberto para ponderar la propiedad y corrección gramatical, cuasi castiza, de los parlamentos, que no simples conversaciones de su mujer—y poseía una evidente debilidad por los achaques de linajes. Aseguraba que descendía de cierto vago y remoto noble español, un tal de Sotomayor, de quien venía hasta ella un claro chorro de sangre azul, tan derechamente que no había necesidad de demostrarlo; aunque en realidad no lo hacía jamás a causa de un abuelo pulpero que estaba atravesado por allá y mejor era no menearlo, porque no sabía lo que podía haber detrás de él.

Seguíala don Alberto, sumiso, en estas incursiones genealógicas y cuando la veía sortear el abuelo pulpero, acudía, con muestras de exquisita delicadeza, a cambiar el tema de la conversación pesaroso de aquel contratiempo que impedía a su incomparable Suncha pasarse a sus anchas, cauce arriba, hasta las propias fuentes del claro chorro de sangre azul que llevaban las venas de los Sotomayor, porque, aunque a su manera de ver, eminentemente práctica, esto de las genealogías le parecía cosa muy discutida y sin mayor valor efectivo, también era cierto que a una mujer como Suncha, *tan persona,* debía perdonarle cualquier debilidad él, que se sentía reconocido hacia ella, y hasta cierto punto se avergonzaba por haberla hecho madre de una chusma incontable de hijos, lo que, viéndolo bien, era una brutalidad de su parte.

Así pues, pensando en la satisfacción que iba a experi-

mentar Suncha, don Alberto estaba que no cabía en sí con la adquisición de la casa del marqués. Gastó un dineral en las obras de modernización y bajo una profusión de molduras, relieves, adornos y pinturas de pésimo gusto, desapareció el noble aspecto de la sencilla construcción antigua. Reemplazó a la comodidad la lindura; las gruesas paredes que mantenían en las habitaciones un confortable frescor fueron substituídas por delgados y calurosos muros de cemento armado; en el patio donde había cuadros de tierra para el jardín, reverberaba ahora el sol tórrido de los mediosdías el mosaico abigarrado y reluciente; costosas romanillas con escandalosos vidrios rojos y azules y exceso de carpintería de pura apariencia, centelleaban en la cruda luz y le daban al interior un aspecto de jaula de fantasía; la fachada, más que obra de arquitecto parecía de repostero, y en todas partes había sobrado sitio para que el polvo se depositase. Luego los muebles por el mismo estilo: mucha vanidad de enchapado, mucha ebanistería barata, exceso de dorado y sobra de cortinaje impropio del clima, mucho cuadro de quincallería, entre los cuales estaban los inevitables Napoleones, mucha estatua de falsa terracota y fementidos jarrones chinescos. Pero todo aquello estaba hecho a la medida del gusto de los Mengánez.

Llegaron éstos a Caracas cuando la casa estuvo concluída. Eran cuatro muchachas—la menor de las cuales rayaba en los quince años—, dos niñas en edad escolar y un jovencito que se afeitaba el naciente bigote. Ponderaron el exquisito gusto con que don Alberto había decorado y amueblado la casa, haciendo coro a los gramaticales elogios de doña Suncha, quien prudentemente dejaba los reparos que tenía que hacer para el cordial palique que, según costumbre, mantenían ella y su marido en el lecho conyugal mientras venía el sueño; pero el júbilo de los Mengánez desbordó en cantarinas exclamaciones cuando don Alberto les dijo que les había comprado un soberbio automóvil de siete pasajeros, con resplandecientes farolas de cobre que parecían de oro y lujosa carrocería de color broncíneo. En la tarde del mismo día de la instalación de los Mengánez abrieron

las ventanas y en dos de ellas, en sendas parejas, se sentaron a exhibirse, cruzando entre sí miradas tímidas y maliciosas, que indudablemente decían:

—¡Qué te parece! ¡Estamos dando el palo!

En la ventana de romanilla, a guisa de guardián, se estableció doña Suncha con su marido. Estrenaba éste un gorro de paño negro con vistosos bordados de seda; aquélla atisbaba entre las celosías la impresión que sus niñas estaban causando en los transeúntes, y cuando alguno, varón en edad nupcial, y de aspecto distinguido, se volteaba a mirar los graciosos rostros desconocidos, ella sentía un delicioso escarabajeo en las entrañas maternales. Pero decía a don Alberto:

—¡Estos jóvenes de Caracas! Parece que se imaginaran que las muchachas son objeto de exhibición. ¡Cómo se las quedan viendo! ¡Seguramente no abundan aquí las muchachas bonitas!

Al día siguiente estrenaron el automóvil. Doña Suncha atrás, entre las hijas mayores, las otras dos en los *asientícos* y don Alberto al lado del *chauffeur*. A las pequeñas les ofrecieron llevarles dulces a cambio del paseo. La velocidad de la máquina les producía angustia fisiológica y sobresalto: respiraban afanosamente, temían volcarse a cada momento, se garraban con disimulo a las bandas del carro, no hallaban qué hacer con los sombreros. Doña Suncha fingía admirablemente estar acostumbrada a aquel género de locomoción. Eso sí, juraba que no lo usaría más.

—Una y no más, Santo Tomás.

Entraron en la Avenida del Paraíso. Don Alberto ordenó al *chauffeur* que disminuyese la velocidad para que la familia pudiese admirar las bellezas del paseo; pero las Mengánez se limitaron a mirar con los rabillos de los ojos, por temor a que la admiración las hiciese parecer como pueblanas. Sólo en los sitios donde no había transeúntes aventurábanse a contemplar las *quintas* aristocráticas que lucían su arquitectura exótica entre jardines bien cuidados. En cambio, miraban con un aire de suprema distinción a las personas que paseaban en otros automóviles o en coches y con

esa eficacia de la rápida atención femenina a trajes y maneras de moda, aprendieron, a las primeras ojeadas, que las mujeres de tono cruzaban las piernas y adquirieron la dolorosa convicción de que sus vestidos y sombreros estaban demodados y no eran lo bastante lujosos. Desde entonces acabóseles el placer del paseo y quisieron volver a casa. Pero don Alberto, que iba orgullosísimo de su familia y de su automóvil, se empeñaba en que debían continuar *cogiendo aire.*

Alguien que pasaba en un coche les gritó manoteando:

—¡Adió!

Doña Suncha inquirió, dignísima:

—¿Quién es ese negrito que las saluda con tanta confianza?

—¡Mamá! ¡Si es José Luis!

—¿Mi hijo? ¡Ay Dios grande! ¡Cómo he podido confundirlo! Es que esta carrera no le deja a una ni ver las personas.

Rieron las Mengánez: pero doña Suncha se puso muy seria. El haber confundido a su hijo José Luis con un negrito no le hacía gracia. Instintivamente miró a don Alberto, al mismo tiempo que pasó por su mente el pensamiento de aquel abuelo que estaba tan inoportunamente atravesado con su pulpería en la línea genealógica de los Sotomayor.

Entre tanto José Luis Mengánez se sentía poeta: mejor dicho; era poeta. Paseaba las errabundas miradas por los suaves lomos de las colinas dormidas, en una dulce paz eglógica, en la luz espesa y dorada del crepúsculo de enero y echaba el alma a derretirse de emociones estéticas en lo que él llamaba muy orgulloso de la novedad de la metáfora, la copa volcada de los cielos.

Tenía apremiantes urgencias de concebir su poema, pues por aquellos días acababa de promover una revista de Caracas un certamen literario. Era necesario que él concurriese, estaba seguro de que iba a triunfar y a imponerse. El necesitaba imponerse. Ya sus hermanos mayores, el médico y el abogado, habían ganado para el apellido Mengánez sendos lauros que hicieron época en los anales universitarios

y a consecuencia de ello estaban en Europa, perfeccionando los estudios, pensionados por el Gobierno. El también era un Mengánez, poseedor de un positivo talento, en cuya alma ardía el fuego sagrado de la poesía.

II

Automóvil propio, abonos a las temporadas del Municipal, vecindario aristocrátiso y un decidido propósito de llegar a las más altas esferas sociales, sin parar mientes en escrúpulos ni en delicadezas, allanaron a los Mengánez todos los caminos. Aprendieron a jugar al tenis, a dar las gracias en inglés, a beber té sin hacer grimas, aunque les parecía un brebaje horrible, a andar candenciosamente, como la Bertini, y a llevar con una relativa elegancia un bastón casi tan grande como el de Fiera Tosca. Y con esto, y con la gracia de las caras bonitas, a poco llegaron a ser algo así como las niñas mimadas de la *high life* caraqueña.

Pero fue José Luis el factor principal de aquella benévola acogida que hallaron desde un principio en los salones del buen tono. Obtuvo el poeta en agraz una plaza de cronista galante en uno de los periódicos más leídos y halagando desde allí la vanidad de la gente anónima que se desvive por ver publicada en los periódicos sus idas y venidas, quebrantos y convalecencias, José Luis se convirtió en un personaje importantísimo del pasatiempo social y al arrimo suyo introdujéronse las hermanitas, y naturalmente, doña Suncha. En cuanto a don Alberto, éste procuraba estar fuera de Caracas el mayor tiempo posible. No se sabía en dónde, ni por qué; pero es lo cierto que don Alberto casi siempre estaba ausente.

Llegó el término del plazo señalado para el concurso literario, al cual envió José Luis Mengánez un poema en alejandrinos titulado "Ambares resplandecientes" y por uno de tantos motivos que hacen en estos casos salir premiada una obra, el poema de José Luis obtuvo el primer premio. Un día aparecieron su nombre y su retrato en todos los pe-

riódicos de la capital y quedó consagrada su reputación de altísimo poeta.

El triunfo coincidió con la vuelta de Europa del Mengánez médico y del Mengánez abogado. Los amigos de ambos les hicieron un suntuoso recibimiento en el Club Venezuela y los periódicos echaron a volar los nombres famosos, afirmando que de ahí en adelante iba a haber en el país verdadera ciencia, porque los Mengánez venían a romper la cerrazón intelectual y los moldes caducos en los cuales yacía, con siglos de atraso, el aprendizaje de la medicina y de la jurisprudencia, divulgando los avanzadísimos conocimientos que habían adquirido en el íntimo contacto con las eminencias mundiales, durante su estada en Europa.

Bajo el influjo de esta aura favorable que cargaba sin fatiga el glorioso peso del apellido Mengánez, aumentó el prestigio social de que ya gozaba la familia. Recibos y saraos congregaban en la antigua casa del marqués a lo más florido de la sociedad de Caracas, y Mengánez para acá, y Mengánez para allá, este nombre estaba "en el vuelco de todos los corazones", como dijera un *croniquier* de una de aquellas fiestas, profanando la divina frase del Libertador.

Pero transcurrió el tiempo y a pesar de los Mengánez, la medicina y la jurisprudencia permanecían en el mismo estado de antes, y se descubrió y se divulgó que el médico no había hecho sino pasear los bulevares de París y a la hora del regreso comprar aparatos e instrumentos para montar en Caracas una de tantas clínicas; y el abogado otro tanto, o acaso menos, pues en su maleta sólo trajo dos o tres ejemplares de esos que se venden en los muelles para matar el fastidio de los viajes y de los cuales libritos de bolsillo el Mengánez jurista sacó, sin más trabajo que el de una traducción galicada, un artículo sobre penalogía que sorprendió a los incautos.

En cuanto a José Luis, su altísimo numen, después de un tiroteo de sonetos insustanciales y de páginas de álbumes donde había muchos cisnes, cayó en un irremediable mutismo que no permitió ni darle la bienvenida a María Guerrero ni ponerle letra a las danzas de la Pawlova.

De este modo, ya porque el *positivo* talento de los Mengánez hubiera dado todo lo que podía dar en aquella momentánea conflagración de hogueras de papel que fue el éxito de los Mengánez doctores y del que alcanzó José Luis con su poema en esa faz del proceso de indigestión literaria, en la cual se vomitan, tal como se ingieren, todas las lecturas; o ya porque la inconstancia característica de nuestros entusiasmos apartara de la casa de los Mengánez aquella corriente de admiración que fuera hacia allí, como los ríos hacia el mar, lo cierto fue que la ciudad empezó a fastidiarse de no verles hacer nada notable y con la misma facilidad con que cerró en torno a ellos las filas del prestigio, le hizo el juego del vacío.

Disminuída la clientela, el médico tuvo que mudar la clínica a una casa menos lujosa y más pequeña; el abogado, cansado de perder pleitos defendiéndolos, se dedicó a sentenciarlos, como Juez de Primera Instancia; José Luis perdió su plaza de cronista galante porque ya sus crónicas se estaban haciendo fastidiosas y nadie las leía, y de este fracaso de la familia, ni siquiera se salvaron las muchachas. A fuerza de aspirar a maridos ideales, naturalmente extranjeros, porque, con razón o sin ella, todos los "jóvenes de aquí" les parecían "cualquier cosa", se quedaron sin pretendientes y hasta sin amigos. Empezaron a correr a propósito de ellas especies maliciosas, ahora se las encontraba ridículas y se las calificaba de advenedizas. Sus recibos y saraos empezaron a quedarse desiertos; ya había personas que no las trataban.

A todo esto se añade el desmejoramiento de la situación económica. Don Alberto vendió el automóvil y para hacer ahorros se vio en el caso de alquilar la casa del marqués y mudarse a una más pequeña. Doña Suncha sufrió por sí y por las hijas; pero como siempre sabía hacerse dueña de la situación, soltó una máxima edificante.

—Esto les prueba, hijos míos, que todo en el mundo es vanidad de vanidades y pasa como el viento.

Poco más o menos al mismo tiempo decía un joven en el Club Paraíso:

—¡Cómo se acabaron los tes de las Mengánez! ¡Tanto que nos divertíamos en la casa del marqués!

Y otro, mordaz:

—Ya ellas no toman té. Ahora lo que toman es café. Como antes: su cafecito aguarapado.

FIN DE
"LOS MENGÁNEZ"

UNA RESOLUCION ENERGICA

I

MARTÍN Garcés se separó de sus compañeros cerca de la medianoche. Como de costumbre, se había quedado hasta tales horas bebiendo *bocks* y refiriendo, entre bocanadas de "egipcios" sus aventuras amorosas, que eran muchas y diversas, pues él se jactaba de tener un gran partido entre las mujeres y vivía para eso solamente.

Dos cocheros de esos coches que en el *argot* caraqueño se denominan "lechuzas" y que estaban apostados a la sombra de la Catedral, le ofrecieron sus servicios.

—¿Te llevamos, Martincico?

—Estoy a tu orden, Martín.

—Hum, valecitos—les respondió el elegante—. Lo que es a mí no me sacan esta noche ni agua.

—¿Estás limpio? Eso no importa.

—¡Guá, chico! Pagas después. Tú sabes que...

—No, no. Me voy en mi auto; de dos cilindros. ¡De lo más famoso!

Celebraron los cocheros el burdo gracejo en el cual el joven había agotado todo el ingenio de eso que llaman *sprit* caraqueño y uno le gritó:

—¡Cuidado como pierdes la dirección!

—Yo no la pierdo ni perdiéndola, vale. ¡Está siempre como un *chey!*

Y continuó pedestremente, calle abajo, muy orondo de su popularidad, como oyera a uno de los cocheros hacerle el elogio:

—¡Ah Martincico! ¡Es un tipazo! Y tan decente. No tiene nada suyo; cuando uno lo necesita siempre lo encuentra.

Una leve sonrisa dio a la faz barbilinda de Martín un

aire de superioridad. Sus acompasados taconazos resonaban imperiosos en las aceras que el silencio nocturno hacía sonoras y, aunque no era capaz de sutilezas mentales, se complacía en oir el ruido que su marcha levantaba en la soledad de las calles. Esto le producía la vaga conciencia de una afirmación de su personalidad sobre el alma de la ciudad natal, cuyo carácter burlón y alegre, chispeante de ingenio y de mordacidad, se condensaba en el suyo.

Para Martín Garcés esto era uno de los más sabrosos fundamentos de su orgullo. Llenábase la boca con decir que él era un caraqueño neto, que no tomaba nada en serio y que vivía en una perenne "mamadera de gallo", gastando la vida donosamente, en alegría y en francachela, tirando el dinero a manos llenas y captándose las simpatías de todo el mundo. Prueba de ello era aquella popularidad que tenía entre chóferes y botiquineros.

Hubiera podido agregar: tahures y rufianes, pues si las palabras no acudieron a su mente en aquella revista que pasaba a las filas de su prestigio, sí se le ocurrieron las ideas; pero un imprevisto pudor, uno de esos chispazos del alma que atraviesan por momentos las vidas más obscuras y envilecidas que podía ser la instantánea rebelión de alguna ancestral nobleza, dormida en su sangre, lo hizo agregar, siempre para sus adentros y a manera de desagravio:

—Y entre la gente *chic* también tengo mi cuartel. Si no, que lo diga Luisa Teresa Avila, que es de lo mejor de Caracas, y está *chinga* porque yo le diga algo. Y Altagracia Arguíndegui, y la otra..., y la otra.

Efectivamente, era un predilecto. La correción en el vestir, la inmaculada pulcritud de su persona, la soberana elegancia de sus maneras, hacían de él una gentilísima figura que volvía en seso a las jovencitas que atraviesan esa edad pizpireta, en la cual se oyen los primeros galanteos y se paladean, a hurtadillas, los primeros amoríos; y como para complacer el gusto goloso de tales criaturas se requiere, precisamente, la almibarada insustancialidad de un bombón, nada más natural que esta confitura fuese Martín Gar-

cés, el peripuesto y amartelado Martincito, tan cuidadoso de su traje, en el cual nunca se podía encontrar ni una arruga ni una mota, que fumaba cigarrillos egipcios y olía a las propias rosas.

No obstante, Martín Garcés no iba aquella noche todo lo satisfecho que a tan privilegiado caraqueño convenía. Uno de sus amigos, Joaquín Arizaleta, su mejor compañero de parrandas, lo había dejado esperando. Díjole que pasaría por la cervecería a buscarlo, en su automóvil, entre las nueve y las diez de la noche, y no fue.

Esto lo contrariaba, no sólo por la frustrada noche de jolgorio, sino también porque ya él venía notando que, desde algunos días atrás, Arizaleta evitaba su compañía. Algo se le alcanzaba de la causa de esta conducta, tan extraña en el amigo; pero Martín hacía esfuerzos para no pensar en aquello.

Mas, como no hay peor manera de librarse de una idea que negarle acogida en la mente, el ingrato pensamiento que no quería pensar Martín, estaba allí dándole vueltas, acosándolo, metiéndosele de lleno y por sorpresa en la plena luz de la conciencia: Arizaleta evitaba su encuentro porque estaba enamorándole una hermana, Clarita, la menor de las Garcés.

Ante esta certidumbre—que adquiriera una noche sorprendiendo a Arizaleta parado en la ventana de su casa, conversando con Clarita—Martín no había sabido qué actitud adoptar. Hacer el hermano celoso era soberanamente ridículo—pensaba—en un hombre civilizado como él; continuar en la camaradería de antes era también hacer un papel desairado.

—¡Qué diablos! Después de todo a mí no me corresponde. Ahí está el viejo, que es el representante de las niñitas. Y el responsable.

—¿Y el responsable? ¿Por qué pronunció esta palabra? ¿Había acaso algo de qué responder? Arizaleta era un caballe... ¡Hum! Arizaleta...

Y al cabo de un indescriptible vaivén de pensamientos, concluyó a media voz, tirando el cigarrillo y encogiendo los

hombros, como para echar lejos de sí aquella inoportuna preocupación, incompatible con la esencia caraqueña de su carácter:

—Lo dicho: ahí está el viejo... A mí no me corresponde meterme en estos líos. No tengo el derecho...

Como todo buen venezolano, confundía la noción del deber con la del derecho. Mejor dicho: no pensaba que tenía deberes, sino derechos.

II

Llegado a su casa se sorprendió de encontrar el portón abierto a tales horas. Un súbito terror, completamente inconsciente, lo hizo detenerse en la acera. Espió ruidos interiores. ¡Nada! En la sala, que estaba iluminada, no se oían voces. Luego no había visitas. El corazón se le encogió, sin que él supiese por qué. Buscó qué pensar, pues aquella ausencia de ideas le producía una angustia mortal. Comprendió que tenía miedo de sus pensamientos. Por fin, una idea:

—¿Será que le ha dado otra vez el síncope al viejo?

La sospecha no tenía nada de tranquilizadora y, sin embargo, se sintió aliviado cuando la formuló. Al cabo se resolvió a entrar.

En el corredor estaban las dos hermanas mayores. Con las mejillas en las manos, doblaban las cabezas abrumadas, manteniendo fijas en el suelo las miradas que no veían. Se sentía en torno de ellas un hálito siniestro: algo estaba pasando sobre aquellas frentes abatidas: el vuelo invisible de la vida trazaba allí agoreros círculos de fatalidad.

Martín se detuvo en el umbral de la antepuerta, sin atreverse a trasponerlo, presa de un súbito temblor de todo el cuerpo. Era un frío mortal, convulsivo, que le estremecía los miembros y le clavaba en la garganta una garra dolorosa.

Una de las hermanas salió a su encuentro, como si tuviera algo que decirle; pero no hizo sino quedárselo viendo

a los ojos, con una expresión animal, indescriptible. Martín hizo un esfuerzo enorme para preguntarle:

—¿Qué pasa aquí?

Y la hermana respondió con voz velada, como un tambor funeral, a la sordina:

—Que Clarita salió después de la comida, diciendo que iba ahí mismo, casa de las Orozco, y no ha vuelto.

—¿Y por qué no la han mandado a buscar? Ya son más de las doce.

Replicó Martín sin saber lo que decía, pero movido por una secreta necesidad de creer que su hermana estaba todavía en casa de las Orozco, a pesar de que acababa de ver que la casa de éstas, situada frente a la suya, estaba cerrada.

La hermana estalló sollozante:

—¡Clarita se fue, Martín!

Martín permaneció clavado en el sitio, con la boca entreabierta, como si las inútiles palabras que iba a decir se le hubiesen helado en los labios. Ya no sabía para qué engañarse con pensamientos tranquilizadores; la verdad estaba dicha. El vago presentimiento que lo asaltara al llegar a la casa, se acababa de confirmar plenamente. Tuvo una idea absurda: preguntar con quién se había ido la hermanita; pero se arrepintió cuando ya iba a formularla. ¡Bien sabía él con quién se había ido! ¡Ese canalla de Arizaleta!

Vaciló un momento, todavía en la entrepuerta; luego echó a andar, como un autómata hacia su cuarto. No se atrevía a arrostrar la presencia de sus padres; tenía una vaga noción de la culpabilidad que le pertenecía en lo que acababa de sucederles a todos. Al cabo de un rato oyó la voz paterna que decía:

—Bien. Cierren el portón.

Un sentimiento filial le llenó de lágrimas los ojos. Rauda y eficaz como una centella, había pasado por su mente la comprensión de la horrible significación de aquella frase de su padre: ¡Ya pueden cerrar la puerta! Es decir: ¡Ya no hay nada que esperar; ya está consumada la desgracia irremediable!

Sintió un impulso generoso: acercarse a los padres, echarse en sus brazos, llorar con ellos el infortunio de todos. Pero algo más recóndito, más firmemente afincado en su ser se lo impedía. No quería pensar por qué, pero se reconocía culpable.

Fumó copiosamente, sentado en la orilla de la cama, todavía con el sombrero puesto. Su pensamiento era una rueda movida por una fuerza loca. A ratos giraba frenéticamente, abriendo en su alma vértices de locura; a ratos se detenía de súbito y era entonces como si toda su vida se hundiese definitivamente en vorágines de absoluta indiferencia, de total abyección... ¡La honra! La reparación del agravio sufrido, la infamia lavada con sangre, con la sangre del traidor Arizaleta, con quien había parrandeado tanto. Ya una vez, completamente borrachos ambos, se lo había dejado entender aquel canalla.

—No, valecito. Yo no me caso ni a tiros. La vida es para gozarla y las mujeres son una parte de la vida.

—¿Todas, Arizaleta?

—Todas, todas. Uno propone y la que acepta es porque quiere. Y la que no acepta lo agradece.

¡Qué vergüenza! ¡Qué ignominia! Cómo no le dio entonces una bofetada a aquel depravado que, sabiendo por quién se lo preguntaba, le había respondido: ¡Todas...! Su deshonra, la de él, estaba consumada desde entonces... Esto era evidente. No era ahora cuando venía a comprenderlo; él lo había sentido con toda la fuerza de una convicción; pero no había querido nunca proceder en consecuencia. ¡Qué miserable era!

Y entonces Martín Garcés, por primera vez en la vida, sintió que del fondo de su alma envilecida por los hábitos licenciosos surgía, como aguas claras de un pozo obscuro, un deseo de purificación espiritual.

Pero no fue sino un deseo fugaz. Inmediatamente se desvistió y se metió en la cama.

III

Al día siguiente, bastante avanzada la mañana, despertó de un sueño lleno de terribles pesadillas, muchas de las cuales eran de la cerveza que había ingerido en la noche. Se lavó, se empapó la cabeza con agua de colonia, experimentando la deliciosa sensación del desembargamiento del cerebro y comenzó a afeitarse. De pronto se dió cuenta de la situación. ¿Para qué se afeitaba si no iba a salir a la calle?

Y fue entonces cuando el verdadero Martín, el Martín Garcés de todos los días, apreció la magnitud de la desgracia que había caído sobre ellos. ¡No salir a la calle! Privarse de la exhibición dominical de su persona, en la Plaza Bolívar en la mañana, en la vespertina del cinematógrafo o en el paseo por el Paraíso en un automóvil, en la retreta de la noche; renunciar, quién sabe por cuánto tiempo, a la compañía de sus amigos, enterrarse en vida, anularse tal vez para siempre... ¡Qué lata!

La entrada de la madre interrumpió su soliloquio. La atribulada mujer, con los ojos encarnizados por el llanto y por el insomnio, se echó en sus brazos, deshecha en lágrimas.

Entonces, como si en el tibio contacto del pecho materno el dolorido corazón de ella hubiese transfundido en el del hijo la sangre generosa, Martín exclamó:

—¡Mataré a ese canalla!

—No, hijo, por Dios. Ni lo pienses. Dios te libre de hacerlo.

—¿Y la deshonra, mamá? ¿Crees que yo podré soportarla?

—¡Ay hijo! No harás sino añadir una sobre otra. Y me matarías. Me acabarías de matar. No se te ocurra tal cosa.

—Eso es. ¡Que no se me ocurra! ¡Que se ría de nosotros el muy canalla! No, mamá: me pides un imposible. Mi dignidad se rebela. ¡Se rebela!

Y, repitiéndolo, Martín acabó por creer que era verdad. Luego, con reminiscencias de sus escasísimas lecturas, comenzó a declamar: "¡La vida rota! ¡La vida rota!", mientras se paseaba por el cuarto, como un actor por la escena para oir mejor al apuntador.

Pero como los hombres no son de una sola pieza, ni para el bien ni para el mal, Martín tuvo de pronto un acceso laudable: ¡pegarse un tiro!

Saltó la madre al oírselo decir y echándose encima empezó a suplicarle:

—Martín, ¡por Dios! Evítame este sufrimiento más. Mira que ya tenemos bastante con lo que nos ha sucedido. Piensa en tu pobre padre, que está enfermo. Le darías una puñalada.

—No me queda otro camino, mamá. Piensa tú lo que será la vida para mí, de ahora en adelante. Yo no puedo dejarme ver con nadie. Yo no puedo vivir más aquí.

—Te irás, Martín. Te irás de Caracas.

—¿Y para dónde voy a irme? ¿A meterme en un pueblo de ésos? No. Prefiero pegarme un tiro.

—Te irás al extranjero, a Europa. Anoche hemos estado hablando de eso tu padre y yo. Comprendíamos que para ti iba a ser muy duro quedarte en Caracas. El hará un sacrificio; te dará lo necesario para el viaje. Aunque nos lo quitemos de la boca. Yo sé cómo eres tú, y si te encuentras con ese bandido, ¡quién sabe qué desgracia va a suceder! Ya sabes, hijo, no te opongas; lo hacemos por tu bien. Te suplico que no te opongas.

¡Irse a Europa! ¡A Europa! ¡Su sueño dorado! ¡Cuántas veces suspiró por aquello, cuando la vida anodina, aburridora, vulgarísima, de Caracas, pesó sobre su espíritu como duras prisiones! Precisamente la noche anterior, en la Cervecería, había estado hablando de eso con sus amigos. Quién le iba a decir que horas más tarde se decidiría contra su voluntad.

Frunció el ceño, adoptó una actitud desolada y exclamó:

—¡Mamá!

Y le salió como un balido, triste, quejumbroso.

—Sí, hijo. Tu padre lo ha resuelto, después de haberlo pensado mucho. Fue la Virgen quien se lo inspiró.

Martín pareció reflexionar. Al cabo, dijo:

—Está bien, mamá. Me iré.

Y continuó afeitándose...

FIN DE
"UNA RESOLUCIÓN ENÉRGICA"

EL CUARTO DE ENFRENTE

I

La noticia voló de boca en boca: hacía varios días que venía apareciendo en Caracas un tipo raro. Una tarde le vieron en El Paraíso cruzar veloz el paseo, jineteando a la europea y con un traje exótico, un caballo enjaezado de la manera más pintoresca; otra tarde recorría las calles de la urbe en un victoria de lujo, en compañía de un hermoso galgo blanco.

—¿Te fijaste en ése que va ahí?—preguntó una, desde su ventana a la vecina de enfrente.

—Sí. Ese debe de ser el extranjero de quien tanto se habla en Caracas.

—¿No sabes cómo se llama?

—No. Parece que nadie lo conoce.

—Dicen que es argentino o mexicano y muy rico y de lo principal.

—¡Anjá!

—El padre y que es millonario. Dicen que lo mandó a viajar porque y que tenía unos amores con una mujer inferior a él.

—Pero, si nadie lo conoce, ¿cómo saben esos detalles?

—¡Ay chica! Tú sabes que en Caracas todo se descubre al vuelo.

Y así comenzó la leyenda que dio al extranjero una buena porción de su resonante fama.

El resto de ella debióselo a la intachable elegancia de su persona. Curiosos hubo que se pusieron a la tarea de contar los diversos ternos que ostentaba, siempre adecuados a la hora y a las circunstancias y todos flamantes, de esmerado corte y finas telas de buen gusto; pero perdieron la

cuenta. Renunciando entonces al deseo pueblano de inventariarle la percha, concluyeron imitándosela, con lo cual vino a ser el elegante desconocido algo así como un maniquí que divulgó por Caracas la moda de los paltos cortos y entallados y de los pantalones de vuelos vueltos.

Imitáronse también sus maneras peculiares: su andar mesurado, con el busto ligeramente inclinado hacia adelante, apoyándose a cada paso en el bastón que siempre llevaba en la diestra, con los guantes manteniendo el brazo izquierdo en flexión, la mano casi a la altura del pecho portando el cigarro con el fuego vuelto hacia arriba, lo cual lo obligaba a hacer complicadas pero airosas manipulaciones para llevárselo a la boca.

No obstante, el extranjero no gozaba de simpatía general entre los jóvenes de Caracas. Todavía no se le había visto darle a nadie una hermosa bofetada que acreditara su hombría; se sospechaba que, con aquella cimbreante figura tan análoga a la de la galga, no podría ser capaz de semejante proeza, y como entre nosotros todo se le perdona al valiente y nada se le concede a quien no ha demostrado serlo, negáronsele cualidades varoniles y pusiéronsele injuriosos remoquetes.

En cambio, la fama de *dandy* fue entre las mujeres sol sin mancha. Rebullían en sus femeniles corazones deliciosas esperanzas y después de exhibir su gallarda persona por calles, paseos y salones, el extranjero adquiría vida ubicua y fantástica en los ensueños de las muchachas que vieron en él una promesa de marido ideal.

Eran, sobre todo, los de Marisa Reinoso los sueños más tenaces.

Pertenecía ésta a una larga familia de muchachas casaderas y todas muy aceptables. Marisa era bonita y graciosa, pero la habían echado a perder a fuerza de tanto decirle que tenía una nariz griega y unos ojos enloquecedores. Un poeta de postales la llamó princesa y ella se lo creyó. Cuando iba al teatro procuraba llegar tarde, cosa de que la sala estuviese llena y entonces atravesaba taconeando fuerte, con el busto erguido y la mirada desafiadora, concediendo mi-

mosas sonrisas a las amigas que la saludaban y graciosas inclinaciones de la cabeza griega a los jóvenes, que la envolvían con sus miradas no siempre exentas de maliciosos pensamientos, a tiempo que se decían unos a otros y no tan callado que no los oyera ella:

—¡Qué buena es! ¡Hoy está imperial!

Intimas afinidades, perfectamente comprensibles, hicieron que el extranjero se enamorase de Marisa. Por otra parte, obra fue de ésta que puso todas sus armas a la conquista de aquel árbitro de la elegancia cuyo nombre, Lope Arriolas, andaba envuelto en una sabrosa leyenda de millones y aventuras donjuanescas. Y las manejó con tanta destreza que, a poco, Lope Arriolas visitaba la casa de las Reinoso. Agitóse en torno a ella el desapacible escarceo de las envidias y hasta hubo quienes la enviaran pérfidos anónimos aconsejándole desistir de aquellos amores peligrosos, pues ya se comenzaba a murmurar que Arriolas era un aventurero que había salido de su país huyendo a las persecuciones de la justicia a causa de un sucio asunto de fraude y seducción. Pero, naturalmente, Marisa atribuyó tales maleantes especies al despecho de las otras que, junto con ella, emprendieron el asedio del extranjero.

Y a trueque del sinsabor que aquello le causaba, se entregaba a deliciosas preimaginaciones de su porvenir. Veíase recorriendo el mundo del brazo de Arriolas, agasajada y admirada de todos, opulenta en su riqueza, feliz en su amor.

II

Así transcurrió el tiempo y llegó el que había sido señalado para la boda. La casa de las Reinoso andaba toda revuelta con los preparativos que se hacían. Una cuadrilla de artesanos pulía los suelos, pintaban o empapelaban las paredes, barnizaban los muebles, tendían una complicada red de cables para la suntuosa iluminación eléctrica que convertiría la morada nupcial en una mansión de hadas. La modista iba casi a diario, a probar a la desposada las pren-

das del ajuar, las vecinas acudían a curiosear las novedades y en la sobremesa de la familia no se hablaba sino de las familias que debían asistir a la boda clasificándolas cuidadosamente en las dos categorías de padrinos y simples invitados. Todo esto costaba al señor Reinoso un ojo de la cara, pero estaba dispuesto a hacer mayores sacrificios a fin que la fiesta resultase digna de la altísima calidad del novio y de la elevada posición social que la familia ocupaba en el "mundo elegante" de Caracas.

Entre tanto Gertrudis, tía materna de Marisa, que la había tomado a su cargo desde la temprana orfandad de ésta, erraba mustia, suspirante. Abandonados de la diaria mano de cosméticos, sus cabellos encanecían de las noches a las mañanas, grandes ojeras de inquietos tasnochos cercaban sus ojos miopes en los cuales asomaban a menudo lágrimas furtivas que se enjugaba con la punta de un pañuelo que no dejaba de la mano, como si estuviera en un mortuorio. Cuando entraba la noche su cuerpo empezaba a sufrir sacudimientos de miedo, en previsión de los que la asaltarían cuando faltándole la compañía de Marisa se acostara sola a dormir en aquel cuarto de enfrente en cuyo techo raso los ratones emprendían carrreras pavorizantes.

A veces hacía fúnebres reflexiones que encogían los corazones excitados, y don Juan Reinoso, que profesaba una aversión incontenible e injusta a la cuñada que lo había ayudado a sobrellevar la carga de la viudedad, la mandaba a callarse ásperamente.

En cuanto a Arriolas, no se le veía hacer mayores preparativos a causa de que no pensaba fundar por el momento casa en Caracas, pues el mismo día de la boda emprenderían viaje a Italia, bajo la legendaria belleza de cuyo cielo pasarían la luna de miel.

La víspera de la boda fue a casa de las Reinoso y llamando a parte a don Juan le exigió una entrevista, pues tenía algo grave que comunicarle. Encerróse con él el señor Reinoso en su escritorio y allí estuvieron largo espacio.

Cuando salieron de allí y Arriolas se hubo despedido,

don Juan congregó a las hijas y a Gertrudis, la cuñada, para decirles:

—¿Saben lo que pasa? Este Arriolas ha resultado ser un aventurero, un vagabundo.

—¡Cómo va a ser posible, Juan!—exclamó Gertrudis, sintiendo que el mundo se desplomaba sobre las cabezas de todos ellos.

—¡Siéndolo! Me ha confesado que todo lo que nos ha contado de su familia es pura leyenda. Que su padre no tiene más dinero que el que le produce una *charcuterie,* es decir: una salchichería. Que lo mandó a Venezuela porque las autoridades mexicanas lo perseguían a causa de una locura que cometió por allá. Imagínense lo que será. Que no tiene un centavo para hacer los gastos del civil, porque su padre no le manda sino lo necesario para comer. En fin, que es un bribón, un caballero de industria.

Estas palabras, dichas con voz trémula de ira, cayeron abrumadoras sobre las Reinoso. Sucedió un silencio mortal. De pronto Marisa rompió a llorar, con un llanto entrecortado de singultos angustiosos, estrangulado por la violencia misma de su fuerza, gritado, inquietante como un preludio de ataque nervioso. Acudió la tía a consolarla, mientras las hermanas, con los ojos arrasados en lágrimas, no se atrevían a mirarla siquiera.

Don Juan Reinoso apretaba los puños hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos, en el cuello congestionado la yugular se le brotaba de una manera alarmante.

Las solicitudes maternales de la tía Gertrudis y un poco de valeriana apaciguaron al cabo de un rato la dolorosa tormenta de Marisa. Cerró los ojos y reclinando la cabeza en el pecho de la tía, duro y estéril como la tierra del yermo, se abandonó a la implacable realidad de sus desengaños.

—Bien, Juan. ¿Qué has pensado hacer?—preguntó luego Gertrudis.

—¡Mandarlo a paseo con mil demonios! ¡No faltaba más! Lo que es ese bribón no pisa más esta casa.

Saltó Marisa:

—No, papá. No. Así y todo, yo lo quiero y estoy dispuesta a casarme con él.

—Pero, hija..., ¿te has vuelto loca?

—Yo lo quiero, papá. Yo lo quiero y me caso con él, cueste lo que cueste...

—¡Lo que cueste! ¡Qué sabes tú lo que me va a costar a mí!

—Lo quiero y me caso, me caso, me caso.

—Sí. Ya comprendo lo que te sucede. Por no dar tu brazo a torcer, por no quedar en ridículo entre tus amiguitas, serías capaz de sacrificar tu felicidad, hasta tu vida. Así son ustedes las mujeres. Y después se quejan.

—Yo no me quejaré nunca. Acepto la vida que él me ofrezca; si es necesario trabajar como una negra, trabajaré.

—Muy laudable resolución. Eso se llama hacer sacrificios.

—Los haré y si tú no convienes en el matrimonio, yo...

—¡Cállate! ¿Qué vas a decir, desgraciada?

—¡Papá...!—comenzaron a suplicar las otras...

Y Gertrudis intervino:

—Reflexiona, Juan. Ella está enamorada. Porque sea pobre no va a ser malo Arriolas. El la quiere y trabajará; tú mismo, en el almacén, puedes emplearlo. Quién te asegura que ésa no sea la felicidad de tu hija.

—Tú también le temes al qué dirán.

—Y es natural que se le tema. Es muy desagradable saber que la gente está haciendo chacota de uno. A ti mismo no puede agradarte pensar que si este matrimonio se desbaratara mañana tu familia estará en ridículo, siendo objeto de murmuraciones y de calumnias.

Hubo una pausa.

Don Juan se debatía como bajo el imperio de una lucha interior. Al cabo, preguntó:

—Bien. ¿Y qué hacemos?

—Hacer como si no hubiera pasado nada.

—¿Y dónde va a vivir esta infeliz? Porque ya he dicho que Arriolas me ha confesado que no tiene un centavo.

—¿Y el viaje a Italia?

—¡Qué viaje de los demonios! ¿Eres sorda? ¡Que no tiene un centavo!, ¿lo oyes bien?, ¡ni un centavo! ¡Ha tenido la desvergüenza de confesarme que tuvo que vender el galgo para pagar la quincena vencida del hotel, porque en este mes todavía no ha recibido la pensión que le manda el padre. ¡El padre! ¡Ni padre tendrá ese badulaque!

Nueva pausa y luego Gertrudis providente:

—Ya encontré la solución. Se quedan a vivir aquí. Se les arregla el cuarto de enfrente. Yo paso mi cama para la piececita de los corotos viejos. El cuarto de enfrente es muy cómodo. Y para un matrimonio está que ni mandado hacer.

Marisa pensó en el soñado viaje de bodas bajo el cielo de Italia y rompió a llorar de nuevo.

Una hora después la tía Gertrudis pasaba su cama para el cuarto de los trastos viejos.

FIN DE
"EL CUARTO DE ENFRENTE"

EL CREPUSCULO DEL DIABLO

I

En el borde de una pila que muestra su cuenca seca bajo el ramaje sin fronda de los árboles de la plaza, de la cual fuera ornato si el agua fresca y cantarina brotase de su caño, está sentado el Diablo presenciando el desfile carnavalesco.

La turba vocinglera invade sin cesar el recinto de la plaza, se apiña en las barandas que dan a la calle por donde pasa "la carrera", se agita en ebrios hormigueos alrededor de los tarantines donde se expenden amargos, frituras, refrescos y cucuruchos de papelillos y de arroz pintado, se arremolina en torno a los músicos, trazando rondas dionisíacas al son del joropo nativo, cuya bárbara melodía se deshace en la crudeza del ambiente deslucido por la estación seca, como un harapo que el viento deshilase.

Con ambas manos apoyadas en el aguaraney primorosamente encabullado, el sombrero sobre la nuca y el tabaco en la boca, el Diablo oye aquella música que despierta en las profundidades de su ánimo, no sabe qué vagas nostalgias. A ratos melancólica, desgarradora, como un grito perdido en la soledad de las llanuras; a ratos, erótica, excitante, aquella música era el canto de la raza obscura, llena de tristeza y de lascivia, cuya alegría es algo inquietante que tiene mucho de trágico.

El Diablo ve pasar ante su mente trozos fugaces de paisajes desolados y nunca vistos, sombras espesas de un dolor que no sintió su corazón, relámpagos de sangre que otra vez, no sabe cuándo, atravesaron su vida. Es el sortilegio de la música que escarba en el corazón del Diablo, como un nido de escorpiones. Bajo el influjo de esos sentimientos

se va poniendo sombrío; sus mejillas chupadas se estremecen levemente, su pupila quieta y dura taladra en el aire una visión de odio, pero de una manera siniestra. Probablemente la causa inconsciente de todo esto es la presencia de la multitud que le despierta diabólicos antojos de dominación; sobre encabullado del araguaney, sus dedos ásperos de uñas filosas, se encorvan en una crispatura de garras.

Al lado suyo, uno de los que junto con él están sentados en el borde de la pila, le dice:

—Ah, compadre Pedro Nolasco, ¿no es verdad que ya no se ven aquellos disfraces de nuestro tiempo?

El Diablo responde malhumorado:

—Ya esto no es carnaval ni es ná.

El otro continúa evocador:

—¡Aquellos volatines que ponían la cuerda de ventana a ventana! ¡Aquellas pandillas de negritos que se daban ese agarrás al garrote! ¡Y que se zombaban de veras! ¡Aquellos diablos!

Por aquí andaban las nostalgias de Pedro Nolasco.

Era él uno de los diablos más populares y constituía la nota típica dominante, de la fiesta plebeya. A punto de mediodía echábase a la calle con su disfraz infernal, todo rojo, y su enorme "mandador" y de allí en adelante, toda la tarde, era un infatigable ambular por los barrios de la ciudad, perseguido por la chusma ululante, tan numerosa que a veces llenaba cuadras enteras y contra la cual se revolvía de pronto blandiendo el látigo, que no siempre chasqueaba ocioso en el aire para vanas amenazas.

Buenos verdugones levantó más de una vez aquella fusta diabólica en las pantorrillas de chicos y grandullones. Y todos la sufrían como merecido castigo por sus aullidos ensordecedores, sin protesta ni rebeldía, tal que si fuera un flagelo de lo Alto. Era la tradición: contra los latigazos de los diablos nadie apelaba a otro recurso sino al de la fuga.

Posesionado de su carácter, dábalos Pedro Nolasco con verdadera indignación, que le parecía la más justa de las indignaciones, pues una vez que se vestía de diablo y se

echaba a la calle, olvidábase de la farsa y juzgaba como falta de lesa majestad los irreverentes alaridos de la chiquillería.

Esta, por su parte, procedía como si se hiciese estas reflexiones: un diablo, es un ente superior; todo el que quiere no puede ser diablo, pues esto tiene sus peligros y al que sabe serlo como es debido hay que soportarle los latigazos.

Pedro Nolasco era el mejor de los diablos de Caracas. Su feudo era la parroquia de Candelaria y sus aledaños y allí no había muchacho que no corriese detrás de él aullando hasta enronquecer y arriesgando el pellejo.

Respetábanlo como a un ídolo. Cuando se aproximaba el carnaval empezaban a hablar de él y su misteriosa personalidad era objeto de entusiastas comentarios. La mayor parte no lo conocían sino de nombre y muchos se lo forjaban de la manera más fantástica. Para algunos, Pedro Nolasco no podía ser un hombre como los demás, que trabajaba y vivía la vida ordinaria, sino un ente misterioso, que no salía de su casa durante todo el año, y sólo aparecía en público en el carnaval, en su carácter absurdamente sagrado de diablo. Conocer a Pedro Nolasco, saber cuál era su casa y estar al corriente de sus intimidades, era motivo de orgullo para todos; haber hablado con él era algo como poseer la privanza de un príncipe. Se podía llenar la boca quien tal afirmaba, pues esto solo adquiría gran ascendiente entre la chiquillería de la parroquia.

Aumentaba este prestigio una leyenda en la cual Pedro Nolasco aparecía como un héroe tutelar. Referíase que muchos años atrás, en la tarde de un martes de Carnaval, Pedro Nolasco había realizado una proeza de consagración a "su cuerda". Había para entonces en Caracas un diablo rival de Pedro Nolasco, el diablo de San Juan, que tenía tanto partido como el de Candelaria y que había dicho que ese día invadiría los dominios de éste para echarle cuero a él y a su turba. Súpolo Pedro Nolasco y fue en busca de él, seguido de su hueste ululante. Topáronse los dos bandos y el diablo de San Juan arremetió contra la turba del otro, con el látigo en alto; acudió en su defensa el de Candelaria y antes que

el rival bajase el brazo para "cuerearlo" le asestó en la cara un formidable cabezazo que a él le estropeó los cuernos y al otro le destrozó la boca. Fue un combate que se hubiera desdeñado de cantar el Dante.

Desde entonces fue Pedro Nolasco el diablo único contra quien nadie se atrevía, temido de sus rivales vergonzantes, que arrastraban por las calles apartadas irrisorias turbas, admirado y querido de los suyos, a pesar del escozor de las pantorrillas y quizás por esto mismo, precisamente.

Pero corrió el tiempo y el imperio de Pedro Nolasco empezó a bambolear. Un foetazo mal dado, marcó las espaldas de un muchacho de influencia, y lo llevó a la policía; y como Pedro Nolasco se sintiese deprimido por aquel arresto que autorizaba el hecho insólito de una protesta contra su férula, hasta entonces inapelable, decidió no disfrazarse más, antes que aceptar tal menoscabo de su majestad.

II

Ahora está en la plaza viendo pasar la mascarada. Entre la muchedumbre de disfraces atraviesan diablos irrisorios, puramente decorativos, que andan en comparsas y llevan en las manos inofensivos tridentes de cartón plateado. En ninguna parte el diablo solitario, con el tradicional mandador que era terror y fascinación de la chusma. Indudablemente el Carnaval había degenerado.

Estando en estas reflexiones Pedro Nolasco vio que un tropel de muchachos invadía la plaza. A la cabeza venía un absurdo payaso, portando en una mano una sombrilla diminuta y en la otra un abanico con el cual se daba aire en la cara pintarrajeada, con un ambiguo y repugnante ademán afeminado. Era esto toda la gracia del payaso y en pos de la sombrilla corría la muchedumbre fascinada, como tras un señuelo.

Pedro Nolasco sintió rabia y vergüenza. ¿Cómo era posible que un hombre se disfrazase de aquella manera? Y sobre todo, ¿cómo era posible que lo siguiera una multitud? Se

necesita haber perdido todas las virtudes varoniles para formar en aquel séquito vergonzoso y estúpido. Miren qué andar de un payaso que se abanica como una mujerzuela! ¡Es el colmo de la degeneración carnavalesca!

Pero Pedro Nolasco amaba su pueblo y quiso redimirlo de tamaña vergüenza. Por su pupila quieta y dura pasó el relámpago de una resolución.

Al día siguiente, martes de Carnaval, volvió a aparecer en las calles de Caracas el diablo de Candelaria.

Al principio pareció que su antiguo prestigio renacía íntegro, pues a poco ya tenía en su seguimiento una turba que alborotaba las calles con sus siniestros *¡aús!* Pero de pronto apareció el payaso de la sombrillita y la mesnada de Pedro Nolasco fue tras el irrisorio señuelo, que era una promesa de sabrosa diversión sin los riesgos a que exponía el mandador del diablo.

Quedó solo éste y bajo su máscara de trapo coronada por dos auténticos cuernos de chivo, resbalaron lágrimas de doloroso despecho.

Pero inmediatamente reaccionó y movido por un instinto al cual la experiencia había hecho sabio, arremetió contra la turba desertora, confiando en que el imperativo legendario de su látigo la volvería a su dominio sumisa y fascinada.

Arremolinóse la chusma y hubo un momento de vacilación: el Diablo estaba a punto de imponerse, recobrando, por la virtud del mandador, los fueros que le arrebatase aquel ídolo grotesco. Era la voz de los siglos que resonaba en sus corazones.

Pero el payaso conocía las señales del tiempo y tremolando su sombrilla como una bandera prestigiosa, azuzó a su mesnada contra el diablo.

Volvió a resonar como en los buenos tiempos el ululato ensordecedor que fingía una traílla de canes visionarios, pero esta vez no expresaba miedo sino odio.

Pedro Nolasco se dio cuenta de la situación; ¡estaba irremisiblemente destronado! Y, sea porque un sentimiento de desprecio le hiciese abdicar totalmente el cetro que había pretendido restablecer sobre aquella patulea degenerada, o por-

que su diabólico corazón se encogiese presa de auténtico miedo, lo cierto fue que volvió las espaldas al payaso y comenzó a alejarse para siempre a su retiro.

Pero el éxito enardeció al payaso. Arengando a la pandilla, gritó: "¡Muchachos! ¡Piedras con el diablo!"

Y esto fue suficiente para que todas las manos se armasen de guijarros y se levantasen vindicatorias contra el antiguo ídolo en desgracia.

Huyó Pedro Nolasco bajo la lluvia del pedrisco que caía sobre él, y en su carrera insensata atravesó el arrabal y se echó por los campos de los aledaños. En su persecución la mesnada redoblaba su ardor bélico, bajo la sombrilla tutelar del payaso. Y era en las manos de éste el abanico fementido el sable victorioso de aquella jornada.

Caía la tarde. Un crepúsculo de púrpuras se desgranaba sobre los campos como un presagio. El diablo corría, corría, a través del paraje solitario por un sendero bordeado de montes de basura, sobre los cuales escarbaban agoreros zamuros que al verlo venir alzaban el vuelo, torpe y ruidoso, lanzando fatídicos gruñidos, para ir a refugiarse en las ramas escuetas de un árbol que se levantaba espectral sobre el paisaje sequizo.

La pedrea continuaba cada vez más nutrida, cada vez más furiosa. Pedro Nolasco sentía que sus fuerzas le abandonaban. Las piernas se le doblaban rendidas; dos veces cayó en su carrera; el corazón le producía ahogos angustiosos.

Y se le llenó de dolor, como a todos los redentores cuando se ven perseguidos por las criaturas amadas. ¡Porque él se sentía redentor, incomprendido y traicionado por todos! El había querido libertar a "su pueblo" de la vergonzosa sugestión de aquel payaso grotesco, levantarlo hasta sí, insuflarle con su látigo el ánimo viril que antaño los arrastrara en pos de él, empujados por esa voluptuosidad que produce el jugar con el peligro.

Por fin una piedra, lanzada por un brazo más certero y poderoso, fue a darle en la cabeza. La vista se le nubló, sintió que en torno suyo las cosas se lanzaban en una ronda vertiginosa y que bajo sus pies la tierra se le escapaba. Dio

un grito y cayó de bruces sobre el basurero. Detúvose la chusma, asustada de lo que había hecho y comenzó a desbandarse.

Sucedió un silencio trágico. El payaso permaneció un rato clavado en el sitio, agitando maquinalmente el abanico. Bajo la risa pintada de albayalde en su rostro, el asombro adquiría una intensidad macabra. Desde el árbol fatídico los zamuros alargaban los cuellos hacia la víctima que estaba tendida en el basurero.

Luego el payaso emprendió la fuga.

Al pasar sobre el lomo de un collado, su sombrilla se destacó funambulesca contra el resplandor del ocaso.

FIN DE
"EL CREPÚSCULO DEL DIABLO"

EL PARENTESIS

I

En la casa todo estaba en olor de santidad. Vieja casa solariega de una familia cuya propiedad fuera tradicional, allí, con la vetustez no remozada y la huella de almas que conservaban algunas viviendas que tenían historias piadosas, compadecíanse muy bien esa atmósfera de sacristía que trasciende a incienso, a pezgua y a olor de vinajeras y de óleos.

En las habitaciones que no ocupaba la familia campaban una porción de cachivaches sagrados: doseles raídos, candelabros inútiles, tabernáculos desvencijados que mostraban la vil madera a través de la carroña del sobredorado antiguo, una infinidad de bártulos de sacristía dados de baja en el templo parroquial. En el extremo de uno de los corredores había un oratorio en donde se guardaba, desde tiempo inmemorial, uno de los "Pasos de la Semana Santa" acerca del cual corría entre el beaterío de la parroquia una leyenda milagrera, y constantemente entraban en aquella casa sacristanes y monagos que iban por brasas para el incensario o por albas y sobrepellices que se lavaban en una especie de santificado lavadero y que luego se oreaban en una cuerda que tenía este privilegio.

Carmen Rosa hacía este oficio y lo hacía con una pulcritud devota. En el resto del día refugiábase en su dormitorio, austero como una celda monjil, limpio, claro y lleno del silencio de aquella casa donde vivía con su madre y su hermano, y allí poníase a recamar interminables vestiduras para las imágenes de la parroquia y casullas y dalmáticas para uso del párroco.

Todo esto enfurecía al hermano incrédulo. A veces le da-

ban ganas de romper violentamente con toda consideración. Pero no hacía sino enfurecerse, gritar, amenazar.

La madre, que hasta la salvación de su alma desistiera, si en trance de ello la pusieran, por complacer a su hijo, amedrentada con aquellas bravatas, temerosa de que la ira le hiciese daño, empezaba a suplicarle:

—¡Hijo! ¡Por Dios! No te molestes así. Haz lo que quieras. Di tú lo que debe hacerse.

Y luego a Carmen Rosa:

—Ya lo estás viendo, hija. ¡Y todo porque te encuentra bordando esa casulla!

Carmen Rosa, invariablemente, abandonaba la labor sin responder palabra.

Cierta vez, a raíz de una de estas escenas se presentó Clarita Estévez. Era ésta una mujeruca insignificante, de piel rosaducha y fina como la de un recién nacido, cabellos descoloridos como hoja de plata que no recibe sol, ojos bailoteantes, agudo mentón, dientes cariados y espalda gibosa. Estaba plantada en la linde de la juventud más hacia el lado de la vejez y gastaba la vida terrenal en amontonar merecimientos para la de ultratumba, que ya tenía por segura, pues era proveedora del aceite de las lámparas del Santísimo, esclava de la Virgen, sierva de San José, y hermana de leche de un diácono que estaba por ordenarse. Representaba un papel ambiguo cerca de Carmen Rosa, quien la llamaba su *amiga de prueba,* queriendo así significar que no le profesaba amistad, pero que soportaba la suya como una de esas tantas cosas desagradables con que acostumbra el buen Dios probar a sus criaturas elegidas.

Sin embargo, aquel día Carmen Rosa no estaba para merecimientos y la recibió de mal humor.

Clarita comenzó a farfullar su habitual andanada de palabras:

—Chica, vengo a buscarte para que *vayamos* a la iglesia y regañes al sacristán. Se roba el aceite de la Majestad.

Carmen Rosa no pudo contenerse:

—Pues no vengas nunca a buscarme para esas cosas.

—¿Y dejamos que el sacristán se robe el aceite impúdicamente.

—Impunemente, querrás decir. Pues que se lo robe, que se lo coja como te lo coges tú para alumbrar los santos de tu casa.

La beatuca, sorprendida más que ofendida, pues nunca había visto enojada a Carmen Rosa, empezó a hacer visajes y a balbucir:

—¡Chica!... ¿Yo?... ¡Cómo me dices eso...!

—Ya te digo: que no se te ocurra más venir a contarme lo que pasa en la sacristía. Ya me tienes hasta la coronilla.

Clarita detuvo un momento sobre la amiga el absurdo bailoteo de sus ojos y salió ahogándose de ira.

Cuando Carmen Rosa se halló otra vez sola, se sorprendió de lo que había hecho. Sin duda aquel estallido de cólera se venía preparando en su ánimo desde mucho tiempo. Era la reacción inopinada y violenta de una voluntad apática que había sufrido varias presiones, sin protestar, pero cargándose de rebeldía para dejarla escapar de un golpe.

Desde algún tiempo venía advirtiendo que su confesor redoblada para con ella su celo de director espiritual, y tenía condescendencias respetuosas para sus pecadillos, como si le reconociera una grandeza de alma que supliera por las pequeñas flaquezas, llegando a veces hasta la adulación, aun a riesgo de envanecerla de su piedad. Al principio no se dio perfecta cuenta del hecho, pero cierto era que había caído en el halago de aquello que había venido a convertir la confesión en un *flirt* raro y grato, donde su mística, pero siempre femenil coquetería, se holgaba sobradamente. Poco después el confesor había empezado a insinuarle la idea de coronar con una acción de mayor merecimiento ante los ojos de Dios la devota vida que hacía en su casa. Un día en la sobremesa —pues el Cura de la parroquia comía una vez a la semana en casa de la familia—dijo, como idea cogida al vuelo y sin intención remota:

—No extrañaría que Carmen Rosa la diera, el día menos pensado, por meterse a fundadora de una orden reli-

giosa. Seguramente escogería un nombre poético: ¡María de la Luz!

—Pero ¿de dónde saca usted eso?—replicó Carmen Rosa ruborizándose—. Sería una extravagancia.

—A los grandes imaginativos no los seduce sino lo que se sale de lo ordinario. Mientras más fantástico, mejor. Imagínese: fundadora de una orden nueva. Ya me parece estar viéndolo: Cuando Sor María de la Luz...

Cambió Carmen Rosa la conversación, temerosa del ceño que ponía su hermano, pero ya la idea insidiosa había encontrado asidero propicio en su espíritu. Muy lejos estaba todavía de ser un propósito definido; sólo era una grata ensoñación a la cual se entregaba en esos estados de abandono mental en los cuales la fantasía enreda los más caprichosos motivos; cuando más, vago anhelo, como de cosa imposible; pero allí estaba la idea aquella, como levadura en masa fácil de fermentar, turbándole el sueño, empujándola a todo rincón de sombra y silencio... ¡Teresa de Jesús! Nunca se le había ocurrido que ella pudiese servir para aquello... Pero... Puesto que el padre lo decía... ¿Quién sabe...? ¡Cuando Sor María de la Luz...!

Y era tan pertinaz la dulce violencia de esta obsesión, que a poco andar Carmen Rosa no tuvo vida sino para consumirla en la lumbre voraz de su deseo.

La madre y hermano diéronse cuenta de la situación y le declararon una guerra abierta y sin tregua; pero ni amenazas del uno, ni súplicas ni lloriqueos de la otra, lograron más sino afirmarla en su terco y escondido empeño.

¿De dónde salía ahora, a raíz del disgusto que por causa de su hermano acababa de tener, aquel impulso de rebeldía que la hizo ser injusto y brutal con Clarita?

*

Era así la vida en aquella casa, cuando una mañana, de improviso, entró la alegría.

Pablo Lagañez, un pariente lejano a quien la familia no conocía y que se había educado en el Norte desde niño, ha-

bía llegado a Caracas por aquellos días. Era un joven moreno, vigoroso, casi hercúleo y tenía un carácter franco, expansivo y bullicioso.

Desde el primer momento Carmen Rosa experimentó viva simpatía hacia aquel joven que tanto elogiara su hermano. Por otra parte, ella encontró otras excelencias: Pablo Lagañez tenía un corazón sensible, jugoso de ternura.

Una mañana llegó clamoroso, con una niñita en los brazos, rubia y linda como una muñeca.

—¡Prima! ¡Prima! Mira lo que te traigo.

La había encontrado al pasar, jugando en la plazoleta de la iglesia cercana. Y sin cuidarse del rubor que hacía estallar en las mejillas de Carmen Rosa, le dijo maliciosamente:

—Es necesario, prima, que en este patio haya pronto una criaturita tan mona como ésta...

El intruso alegró la vida de Carmen Rosa. Una alegría fugaz, pero dulcísima, metiósele alma adentro, como una lumbrada de sol en rincón obscuro y frío, desentumeciendo alborozos y ansias juveniles que se precipitaron ávidamente en aquel rayo cálido, que fue veloz y certero hasta lo hondo del corazón aterido por los grandes hielos del divino amor.

Asimismo, el sol verdadero creó el blancucho color de su faz en los paseos que Pablo Lagañez inventó para ella en los claros días de mayo. Ora en las mañanas en los campos cercanos, ora en las tardes por las barriadas capitalinas; o entre días por los pueblecitos próximos, aquellas jubilosas excursiones, donde su hermano hacía de Cicerone y que para ella eran tan inusitadas como para Pablo Lagañez, fueron un brusco paréntesis de vida casera y una vacación espiritual deliciosa. Corrientes y frescas aguas, cálidos aires y tibias sombras, el caliente olor del paisaje y la lumbrada azul de los cielos, el olor agreste y los campesinos rumores, todo aquello, contemplado y sentido otras veces como recóndita invitación al arrobamiento místico, era entonces nuevo y sabroso. Adobábalo Pablo Lagañez con su charla amable y alegre y gustábalo ella con fruición golosa, un poco turbada por aquel violento cambio de vida, por aquella repentina

sumersión en el mundo, precisamente cuando acariciaba la idea de renunciar a él para siempre. A veces su hermano y Pablo se engolfaban en una conversación seria sobre motivos de orden práctico o trascendental y a ella entonces le tocaba callar. Ella en medio de los dos, silenciosa y sin pensamientos suyos, sólo cruzando por su mente las ideas que ellos expresaban, experimentaba bienestar inefable, hondo y calmoso.

Pero eran los más dulces y turbadores momentos aquellos de la jornada. En el vagón del tren o del tranvía donde regresaban de la diaria excursión, fatigados ellos del mucho hablar, cansada ella de la larga caminata, quedábase a menudo en silencio y entonces Pablo Lagañez la miraba largamente, con una sonrisa tan afable, con una mirada tan honda y luminosa y preguntábale luego: ¿estás cansada? con un tono de protección ¡tan insinuante!, de ternura varonil ¡tan subyugador!, que ella se sentía conmovida hasta lo más profundo de su ser, y experimentaba un mimoso deseo de perpetuar aquellas puras caricias con que, así, tan deliciosamente, un alma fuerte y alegre iba sorbiéndose la de ella tan necesitada del rescoldo de amor.

A veces Pablo le preguntaba en un *improntus* de su humor expansivo:

—Prima, ¿no tienes novio?

Turbábase ella y respondía:

—¿Quién va a enamorarse de mí?

—¡Dianche! Cualquiera que tenga ojos y corazón. Hay que buscar uno. A ti te está haciendo falta un novio.

Y soltábale una risotada clamorosa al verla sonrojarse.

Un día, recorriendo el jardín del corral, le preguntó:

—¿No tienes orquídeas? Pues voy a buscártelas. Son preciosas: llenaremos el corral. Verás qué bosque fantástico voy a formarte.

Y como lo prometió lo cumplió. Compró muchas y encargó a los vendedores que le llevasen cuantas tuvieran. Pocos días después el corral de Carmen Rosa estaba poblado de cepas de orquídeas que florecían profusamente, adheridas a los troncos de los árboles o dentro de rústicas cestas que el

mismo Pablo construyó en sabrosa y fraternal colaboración con la muchacha.

—Ah, prima. Ya tenemos de qué vivir—decíale elogiando la obra—. Ponemos una fábrica de cestos para matas y te aseguro que no nos morimos de hambre.

Esta chancera previsión de un porvenir común, de una vida compartida entre los dos, encendía fugaces sonrojos en las mejillas de Carmen Rosa y la llenaba el corazón de una dulce zozobra.

Pero Pablo Lagañez debía desaparecer como había aparecido: de pronto, intempestivamente. Un día llegó diciendo:

—Parientes, vengo a despedirme de ustedes. Salgo para el Yuruary, como ingeniero de una compañía que se ha formado, para emprender la explotación científica, en grande, de una vasta región cauchera.

Era el primer dinero que le producía su profesión y esto le llenaba de desbordada alegría infantil. Habló de su porvenir con optimismo entusiasta y luego salió, tan clamorosamente como llegara la primera vez, gritando, ya en la puerta:

—¡Adiós! ¡Hacia el porvenir! ¡Hacia la vida!

Carmen Rosa y la madre, que habían ido a despedirlo hasta la puerta, volvieron maquinalmente a sentarse en el recibimiento del corredor. Las últimas palabras del ingeniero habían dejado en sus oídos esa intranquilizadora sensación de súbito silencio. Permanecieron un rato sin hablarse. Carmen Rosa con los ojos bajos, plegando y desplegando alforzas en la tela de su falda como un símbolo de aquel juego del destino con su vida; la madre con el mentón en el hueco de la mano, pestañeando repetidas veces. Luego la hija se levantó de su asiento y se fue, a lo largo del corredor, a su rincón de bordar: la madre la siguió con las miradas y murmuró, moviendo la cabeza:

—¡No estaba de Dios!...

Meses después recibían cartas de Pablo. Dábales noticia del fracaso de su empresa y de su internación en el Brasil, en busca de campo más propicio a sus ambiciones.

Al final de la carta dedicaba un largo párrafo a Carmen

Rosa, recomendábale el cuidado de las orquídeas y recordándole lo que tanto le había dicho, a propósito del novio que debía procurarse.

Después no se supo nada más de él. ¿Sería el amor lo que había pasado? Carmen Rosa volvió a sus labores y a sus pensamientos piadosos, que recuperaron todo su corazón con una violencia desesperada. Al año siguiente, por mayo, cuando florecieron las orquídeas, se nombró en la casa a Pablo Lagañez: luego murieron las flores y nadie volvió a nombrarlo.

Entre tanto, la voz insinuante volvía a decir:

—Cuando Sor María de la Luz...

FIN DE
"EL PARÉNTESIS"

LA CIUDAD MUERTA

I

MANUEL Alcor era un joven de propósitos firmes y tenaces. Tenía veintiún años; era recio, fuerte, de facciones angulosas, corazón ingenuo y pocas palabras. Sus simpatías y sus aversiones andaban siempre por los extremos, pues no conocía las medias tintas del sentimiento, mostrábase remiso a la persuasión y era agresivo con la convicción propia. A estas asperezas del carácter se añadían la desmaña del provinciano y el fondo del recelo ingénito del indio que hubo entre sus antepasados. Pero Manuel Alcor era una excelente persona.

Nació en una vieja ciudad del oriente de Venezuela que se esconde entre cardonales y ruinas de un pasado mejor, a orillas de un río que fue navegable y cerca de unas llanuras de terreno salitroso.

Su padre era uno de esos personajes sin mayor importancia efectiva que caracterizan tan bien la vida de nuestros pueblos. Asistió cuando era adolescente a las postrimerías de la guerra federal, de la parte de los vencidos. Por esto, y por practicar una intolerancia implacable para con hombres, sucesos y cosas, tenía fama de godo. Llamábanle don Pedro el *Godazo*. Pero su intolerancia era hija genuina de su temperamento atrabiliario; no tenía de convicción política sino el cariz que le daban las palabras con que la expresaba, para don Pedro Alcor todo lo malo era federación y con la misma facilidad llamaba *federalote* a un enemigo político como a un objeto inservible o a una cliente maula.

De este modo venía a resultar chusco este hombre que era la hosquedad en persona y a este contraste debíale la mayor parte de la popularidad de que disfrutaba; el resto de ello

debíaselo a un amargo de cortezas de naranjas que fabricaba y al cual llamaban *torco*. Tenía don Pedro una farmacia de pocas ventas y en la rebotica el expendio del famoso torco, centro y calor de una tertulia de elegidos, porque en aquel sagrado lugar sólo penetraban las contadas personas a quienes don Pedro tenía por amigos.

La madre de Manuel, bastante menor que el marido, era mujer angelical, silenciosa, dulce y mansísima. Rendíase al peso de una maternidad que la había aniquilado en plena juventud y sobrellevaba con paciencia al áspero de don Pedro, quien sólo ante ella se ablandaba, pero no antes de ver lágrimas en sus ojos. Lidiaba todo el día con la chusma de sus hijos; entre ratos ayudaba al marido en la botica y todavía le qudaban fuerzas, sacadas de flaquezas, para cuidar a un tío que había sido su amparo cuando quedó huérfana y que vivía para ella.

Y era el tío don Emiliano, un viejo alto y grave que nunca había sonreído y poseía un carácter hecho de una sola pieza, puntilloso y rectísimo. Fue el maestro de todos los hijos de su sobrina Amelia y tuvo predilección por Manuel, punto el único en que estuvieron de acuerdo él y su verno, porque ambos veían en el carácter del niño el propio: don Emiliano, la gravedad; don Pedro, la adustez.

Tenía el viejo en la casa de la sobrina una pieza aislada, con una ventana para la calle, frente a la plaza sin árboles frente a la cual se elevaban los escombros de una ruina histórica, que era orgullo pero no cuidado de la ciudad. En aquella habitación, dormitorio y biblioteca a la vez, había muchos objetos que impresionaron la mente caviladora de Manuel: daguerrotipos borrosos de antepasados maternos; gruesos tomos de amarillentas pastas de pergamino que contenían manuscritos ilegibles; un sillón de suela estampada con las águilas de Carlos V en el respaldar; un medallón cubierto con un vidrio convexo en el que representaba una tumba, bajo un ciprés hecho con cabello de mujer—de una mujer que don Emiliano no había querido decirle nunca quién fue y que a Manuel se le antojaba debió ser alguna novia cuya muerte fuera causa de la melancólica soltería de

aquél—cosas todas que hablaban de un pasado que en la imaginación del muchacho se presentaba revestido de misterio y de dolor.

En aquella pieza, mientras sus hermanos correteaban afuera, pasaba Manuel la mayor parte del día; ya recibiendo las lecciones que le daba don Emiliano; o conversando con él, cuando el estudio concluía; o asomado a la ventana, cuando el viejo, más taciturno que de ordinario, se recogía al sillón de las águilas imperiales, y reclinando la cabeza, dejaba vagar por las cosas que le rodeaban una tierna mirada de despedida.

Fueron aquellas horas muertas las que más influyeron en la vida de Manuel. A través de los gruesos barrotes de la ventana poníase a contemplar el paisaje, largamente. La plaza sin árboles, de tierra seca y dura donde reverberaba un sol tórrido, la ruina histórica del antiguo convento convertido en fortaleza en un trance de la guerra de la Independencia, y por detrás de los muros derruídos, a través de los boquetes abiertos en ellos, las varas desnudas y ríspidas del cardonal, alzándose sobre la tierra brava y yerma, como brazos de sedienta multitud que implora el agua del cielo. ¡Aquel cielo impasible! ¡Azul! ¡Azul!

Entonces la imaginación de Manuel se abandonaba invariablemente al mismo fantaseo; era una llanura salitrosa donde centelleaba el sol como sobre un vidrio; él corría por ella, aprisa, desesperadamente, para no sentir el fuego de la tierra que abrasaba sus plantas; a veces pasaba una nube y él se guarecía en su sombra movible, corriendo dentro de ella, hasta que la nube se deshacía carmenada por el viento de las alturas y la sombra se desvanecía bajo sus pies.

Don Emiliano, que en sus mocedades había sido poeta, interpretó este pertinaz fantaseo del muchacho:

—Esa sombra de nube es tu imaginación que te llevará tarde o temprano lejos de aquí. Tú eres también del número de esos que necesitan irse.

Y fue así como prendió en el cerebro de Manuel, desde muy temprano, la idea de abandonar la ciudad natal.

Por las tardes, a la hora del torco, los amigos de don Pedro Alcor formaban tertulia frente a la botica. Sentábanse en sillas de cuero en el medio de la calle, porque por allí no había tráfico que pudiera interrumpir y hablaban generalmente del pasado, puesto que el presente de aquella ciudad no daba asunto para media hora de conversación, como no fuera sobre motivo triste o desagradable.

—Se está muriendo ya Juan Alcober.

—La hermaturia está jugando garrote con nosotros: hoy cayó enfermo Matías Hernández.

—Este verano nos va a dejar en la ruina: se han perdido todas las siembras.

—Acabo de recibir carta de los muchachos donde me dicen que en esta semana han muerto treinta reses. El gusano está destruyendo la cría.

—Se declaró en quiebra Cosmito Ruiz.

—Hoy se fue el hijo de Jerónimo Hortal. Mañana se van los de Tomás Fuentes. ¡Los pobres viejos! Los muchachos nos están dejando solos.

Manuel, como oyera estos lamentos, sentía que el pecho se le oprimía y se alejaba de allí, echando a andar invariablemente por un sendero que se perdía entre los cardonales, en donde la brisa del mar cercano parecía cantar motivos de sirena.

Y don Pedro Alcor, viéndolo alejarse, decía, ahogándose en ira su dolor:

—Este también me dejará. ¡Federación! ¡Federación!

En este ambiente formóse el carácter de Manuel, alimentándose de amarguras; así llegó a la adolescencia con un inmoderado hábito de soledad y un propósito único, absorbente: escapar de aquella ciudad mortal de donde emigraban todos los hombres fuertes.

Era una desbandada trágica que iba dejando sin cerebro y sin brazos la provincia, en la cual, a la postre, sólo quedaría el regazo de los incapaces y de los mediocres: marchábanse a las selvas caucheras del interior los que se sentían aptos para arrostrar peligros y fatigas físicas e iban a hacerse ricos, poniendo en la aventura el riesgo de las vidas; a Cara-

cas, los que se encontraban fuertes por la inteligencia y aspiraban a imponerla y a triunfar en las ciencias, en las artes o en la política.

Manuel los veía escapar y esperaba su turno, encerrándose en sí mismo, refugiándose en la esperanza de su liberación, a fin de que aquel ambiente letal no alcanzara su espíritu, lleno de grandes ambiciones para las cuales era irrisorio teatro el mezquino recinto de la ciudad muerta.

Por las tardes se reunía con unos amigos y sentados en el malecón de un antiguo puerto, a orillas del río, hablaban de aquel tema único: la fuga, la necesidad de la fuga, mientras el agua dorada de crepúsculo resbalaba suavemente ante sus ojos, como una lenta sangría que vaciase el herido corazón de la tierra.

Eran sus amigos un literato y Juez de Distrito, casado y con hijos, que trabajaba hacía años, en las horas que la profesión le dejaba libres, en una novela de la época de los solitarios de la Tebaida, y un hombre de acción que en la ciudad pasaba por chiflado. El novelista y juez era un producto esporádico de soledad y aislamiento que había levantado y nutrido su inteligencia sobre el ras de la incultura ambiente, a costa de un silencioso y heroico tesón, y hablaba dolorosamente de su vida fracasada, de la atrofia de su voluntad depauperada por la falta de estímulos, de la tristeza de su *torre de marfil,* en la cual estaba condenado a permanecer, como los solitarios de Tebaida, viviendo de la aspereza del yermo. El hombre de acción era un haz de nervios siempre vibrante y la persona más cerril del mundo. Marino en sus mocedades y de profesión mecánico, merecía las rechiflas de sus conciudadanos por haberle dado por construir un barco de vapor en un astillero improvisado por él mismo a orillas del río. El yate, en el cual trabajaba hacía varios años, estaba concluído y sin embargo nadie creía en él; el escepticismo de la ciudad no permitía dar crédito a los ojos y a la obra del compatriota que era comidilla de las burlas de todos.

La diversidad de propósitos no impedía la buena inteli-

gencia entre Manuel, el novelista y el armador, pues los mancunaba el ansia de los más amplios horizontes para sus actividades. Cada cual esperaba su hora: el mecánico, la de la botadura del yate que lo llevaría río abajo, hacia el mar libre; Manuel Alcor, la de la muerte del tío Emiliano que le había suplicado que no los abandonara mientras él no concluyese su vida... Sólo el novelista pensaba sin esperanzas en la posible liberación: ¡tenía cinco hijos! ¡Su suerte estaba echada.

Así transcurrió el tiempo. El tío llegó a su término con el corazón dilatado por la hipertrofia y murió, agradeciendo a Manuel el sacrificio que había hecho, pues sabía cómo era de incontenible su deseo de escapar. Días después éste comunicó a sus padres su determinación de marcharse a Caracas, en busca de su porvenir.

Don Pedro Alcor le respondió, poniendo en sus manos un poco de dinero que sacara de uno de los tarros vacíos de la botica:

—Ya lo esperaba. Toma, hijo. Esto lo he ahorrado para tu viaje. Que Dios te ayude—y luego a su mujer, que se enjugaba las lágrimas—: Es natural, Amelia. Los muchachos no se pueden inutilizar aquí.

Pero a la tarde en la hora del torco, dijo a sus amigos, restregándose los ojos que le hacían traición:

—¡Se va Manuel el mío!

Para entonces el yate acababa de ser echado al agua y su dueño se proponía hacer un viaje de prueba hasta La Guaira. Manuel aceptó la invitación que le hiciera, pues esto le ahorraba un gasto gravoso para su escaso peculio.

Una tarde levaron anclas ante una multitud de curiosos que todavía no querían convencerse de que la obra del coterráneo fuese una embarcación como otra cualquiera y habían acudido a presenciar la tentativa, seguros del fracaso, y apercibidos para reírse a sus anchas.

Entre ellos sólo uno tenía fe: el novelista de Tebaida, a quien impidiera emprender aquel viaje, ni siquiera por ida y vuelta, la circunstancia intempestiva de hallarse su mujer en trance de alumbramiento; y cuando el barco desapareció

tras una vuelta del río, dejando sobre el agua obscura la humareda que brotaba triunfal por su chimenea, entre los espectadores burlados y atónitos, se oyó su voz descorazonada que decía:

—¡Los últimos fuertes! ¡Ya se han ido todos!

FIN DE
"LA CIUDAD MUERTA"

PATARUCO

I

PATARUCO era el mejor arpista de la Fila de Mariches. Nadie como él sabía puntear un joropo, ni nadie daba tan sabrosa cadencia al canto de un pasaje, ese canto lleno de melancolía de la música vernácula. Tocaba con sentimiento, compenetrado en el alma del aire que arrancaba a las cuerdas grasientas sus dedos virtuosos, retorciéndose en la jubilosa embriaguez del *escobillao* del golpe aragüeño, echando el rostro hacia atrás, con los ojos en blanco, como para sorberse toda la quejumbrosa lujuria del pasaje, vibrando en el espasmo musical de la cola, a cuyos acordes los bailadores jadeantes lanzaban gritos lascivos, que turbaban a las mujeres, pues era fama que los joropos de Pataruco, sobre todo cuando éste estaba medio "templao", bailados de la "madrugá p'abajo", le calentaban la sangre al más apático.

Por otra parte el Pataruco era un hombre completo y en donde él tocase no había temor de que a ningún maluco de la región se le antojase "acabar el joropo" cortándole las cuerdas al arpa, pues con un araguaney en las manos el indio era una notabilidad y había que ver cómo bregaba.

Por estas razones, cuando en la época de la cosecha del café llegaban las bullangueras romerías de las escogedoras y las noches de la Fila comenzaban a alegrarse con el son de las guitarras y con el rumor de las "parrandas", al Pataruco no le alcanzaba el tiempo para tocar los joropos que "le salían" en los ranchos esparcidos en las haciendas del contorno.

Pero no había de llegar a viejo con el arpa al hombro, trajinando por las cuestas repechosas de la Fila, en la obscuridad de las noches llenas de consejas pavorizantes y cuya negrura duplicaban los altos y coposos guamos de los ca-

fetales, poblados de siniestros rumores de crótalos, silbidos de macaureles y gañidos espeluznantes de váquiros sedientos que en la época de las quemazones bajaban de las montañas de Capaya, huyendo del fuego que invadiera sus laderas, y atravesaban las haciendas de la Fila, en manadas bravías en busca del agua escasa.

Azares propicios de la suerte o habilidades o virtudes del hombre, convirtiéronle, a la vuelta de no muchos años, en el hacendado más rico de Mariches. Para explicar el milagro salía a relucir en las bocas de algunos la manoseada patraña de la legendaria botijuela colmada de onzas enterradas por "los españoles"; otros escépticos y pesimistas, hablaban de chivaterías del Pataruco con una viuda rica que le nombró su mayordomo y a quien despojara de su hacienda; otros por fin, y eran los menos, atribuían el caso a la laboriosidad del arpista, que de peón de trilla había ascendido virtuosamente hasta la condición de propietario. Pero, por esto o por aquello, lo cierto era que el indio le había echado para siempre "la colcha al arpa" y vivía en Caracas en casa grande, casado con una mujer blanca y fina de la cual tuvo numerosos hijos en cuyos pies no aparecían los formidables juanetes que a él le valieron el sobrenombre de Pataruco.

Uno de los hijos, Pedro Carlos, heredó la vocación por la música. Temerosa de que el muchacho fuera a salirle arpista, la madre procuró extirparle la afición; pero como el chico la tenía en la sangre y no es cosa hacedera torcer o frustrar las leyes implacables de la naturaleza, la señora se propuso entonces cultivársela y para ello le buscó buenos maestros de piano. Más tarde, cuando ya Pedro Carlos era un hombrecito, obtuvo del marido que lo enviase a Europa a perfeccionar sus estudios, porque, aunque lo veía bien encaminado y con el gusto depurado en el contacto con lo que ella llamaba la "música fina", no se le quitaba del ánimo maternal y supersticioso el temor de verlo, el día menos pensado, con un arpa en las manos punteando un joropo.

De este modo el hijo de Pataruco obtuvo en los grandes centros civilizados del mundo un barniz de cultura que corría pareja con la acción suavizadora y blanqueante del clima so-

bre el cutis, un tanto revelador de la mezcla de sangre que había en él, y en los centros artísticos que frecuentó con éxito relativo, una conveniente educación musical.

Así, refinado y nutrido de ideas, tornó a la Patria al cabo de algunos años y si en el hogar halló, por fortuna, el puesto vacío que había dejado su padre, en cambio encontró acogida entusiasta y generosa entre sus compatriotas.

Traía en la cabeza un hervidero de grandes propósitos: soñaba con traducir en grandiosas y nuevas armonías la agreste majestad del paisaje vernáculo, lleno de luz gloriosa; la vida impulsiva y dolorosa de la raza que se consume en momentáneos incendios de pasiones violentas y pintorescas, como efímeros castillos de fuegos artificiales, de los cuales a la postre y bien pronto, sólo queda la arboladura lamentable de los fracasos tempranos. Estaba seguro de que iba a crear la música nacional.

Creyó haberlo logrado en unos motivos que compuso y que dio a conocer en un concierto en cuya expectativa las esperanzas de los que estaban ávidos de una manifestación de arte de tal género, cuajaron en prematuros elogios del gran talento musical del compatriota. Pero salieron frustradas las esperanzas: la música de Pedro Carlos era un conglomerado de reminiscencias de los grandes maestros, mezcladas y fundidas con extravagancias de pésimo gusto que, pretendiendo dar la nota típica del colorido local sólo daban la impresión de una mascarada de negros disfrazados de príncipes blondos.

Alguien condensó en un sarcasmo brutal, netamente criollo, la decepción sufrida por el público entendido:

—Le sale el pataruco; por mucho que se las tape, se le ven las plumas de las patas.

Y la especie, conocida por el músico, le fulminó el entusiamo que trajera de Europa.

Abandonó la música de la cual no toleraba ni que se hablase en su presencia. Pero no cayó en el lugar común de considerarse incomprendido y perseguido por sus coterráneos. El pesimismo que le dejara el fracaso, penetró más hondo en su corazón, hasta las raíces mismas del ser. Se

convenció de que en realidad era un músimo mediocre, completamente incapacitado para la creación artística, sordo en medio de una naturaleza muda, porque tampoco había que esperar de ésta nada que fuese digno de perdurar en el arte.

Y buscando las causas de su incapacidad husmeó el rastro de la sangre paterna. Allí estaba la razón: estaba hecho de una tosca substancia humana que jamás cristalizaría en la forma delicada y noble del arte, hasta que la obra de los siglos no depurase el grosero barro originario.

Poco tiempo después nadie se acordaba de que en él había habido un músico.

Una noche, en su hacienda de la Fila de Mariches, a donde había ido a instancias de su madre, a vigilar las faenas de la cogida del café, paseábase bajo los árboles que rodeaban la casa, reflexionando sobre la tragedia muda y terrible que escarbaba en su corazón, como una lepra implacable y tenaz.

Las emociones artísticas habían olvidado los senderos de su alma y al recordar sus pasados entusiasmos por la belleza, le parecía que todo aquello había sucedido en otra persona, muerta hacía tiempo, que estaba dentro de la suya emponzoñándole la vida.

Sobre su cabeza, más allá de las copas obscuras de los guamos y de los bucares que abrigaban el cafetal, más allá de las lomas cubiertas de suaves pajonales que coronaban la serranía, la noche constelada se extendía llena de silencio y de serenidad. Abajo alentaba la vida incansable en el rumor monorrítmico de la fronda, en el perenne trabajo de la savia que ignora su propia finalidad sin darse cuenta de lo que corre para componer y sustentar la maravillosa arquitectura del árbol o para retribuir con la dulzura del fruto el melodioso regalo del pájaro; en el impasible reposo de la tierra, preñado de formidables actividades que recorren su círculo de infinitos a través de todas las formas, desde la más humilde hasta las más poderosas.

Y el músico pensó en aquella obscura semilla de su raza que estaba en él pudriéndose en un hervidero de anhelos im-

posibles. ¿Estaría acaso germinando, para dar a su tiempo, algún sazonado fruto imprevisto?

Prestó el oído a los rumores de la noche. De los campos venían ecos de una *parranda* lejana: entre ratos el viento traía el son quejumbroso de las guitarras de los escogedores. Echó a andar, cerro abajo, hacia el sitio donde resonaban las voces festivas: sentía como si algo más poderoso que su voluntad lo empujara hacia un término imprevisto.

Llegado al rancho del joropo, detúvose en la puerta a contemplar el espectáculo. A la luz mortal de los humosos candiles, envuelto en una polvareda que levantaba el frenético *escobilleo* del golpe, los peones de la hacienda giraban ebrios de aguardiente, de música y de lujuria. Chischeaban las maracas acompañando el canto dormilón del arpa, entre ratos levantábase la voz destemplada del "cantador" para incrustar un "corrido" dedicado a alguno de los bailadores y a momentos de un silencio lleno de jaleos lúbricos, sucedían de pronto gritos bestiales acompañados de risotadas.

Pedro Carlos sintió la voz de la sangre; aquélla era su verdad, la inmisericorde verdad de la naturaleza que burla y vence los artificios y las equivocaciones del hombre: él no era sino un arpista, como su padre, como el Pataruco.

Pidió al arpista que le cediera el instrumento y comenzó a puntearlo, como si toda su vida no hubiera hecho otra cosa. Pero los sones que salían ahora de las cuerdas pringosas no eran, como los de antes, rudos, primitivos, saturados de dolorosa desesperación que era un grañido de macho en celo o un grito de animal herido; ahora era una música extraña, pero propia, auténtica, que tenía del paisaje la llameante desolación y de la raza la rabiosa nostalgia del africano que vino en el barco negrero y la melancólica tristeza del indio que vio caer su tierra bajo el imperio del invasor. Y era aquello tan imprevisto que, sin darse cuenta de por qué lo hacían, los bailadores se detuvieron a un mismo tiempo y se quedaron viendo con extrañeza al inusitado arpista.

De pronto uno dio un grito: había reconocido en la rara música, nunca oída, el aire de la tierra y la voz del alma

propias. Y a un mismo tiempo, como antes, lanzáronse los bailadores en el frenesí del joropo.

Poco después camino de su casa, Pedro Carlos iba jubiloso, llena el alma de música. Se había encontrado a sí mismo; ya oía la voz de la tierra...

En pos de él camina en silencio un peón de la hacienda. Al fin dijo:

—Don Pedro, ¿cómo se llama ese joropo que usted ha tocao?

—Pataruco.

Abril de 1919.

FIN DE
"PATARUCO"

PEGUJAL

I

PEGUJAL es un poblacho triste y pobre, lleno de polvo y de moscas, lleno de silencio y de modorra, lleno de infinitas amarguras grandes y pequeñas. Lo rodean unos cerros tiñosos, de tierra empedernida y rojiza que van morir allí en la entrada de los llanos, lo atraviesa un camino por donde se siente pasar la taciturnidad de las pampas desiertas y antaño estuvo sentado en las márgenes de un río que arrastraba un limpio caudal de mansas y abundosas aguas.

En los cerros, mientras dura la estación de las lluvias, verdean y se doran precarios maizales; por el camino transitan, de cuando en cuando, quejumbrosos convoyes de polvorientas carretas, tardos arreos de burros cansinos que marchan dejando en el aire un son de cencerros llenos de melancolía o morosas *puntas* de ganado, con el cantar de cuyos pastores pasa por el pueblo el alma doliente de las llanuras; del río, que buscó otro cauce por tierras más generosas y se fue por él, sin que de la negligencia de los pegujaleros pudiese salir un pequeño esfuerzo para retenerlo, poniendo una mala estacada en la orilla que las aguas desbordadas lamieron y desmoronaron durante años y años del río que espejeó la riente verdura de la tierra feraz y por cuyas ondas se deslizaron las canoas colmadas como cuernos de abundancia, sólo queda el lecho enjunto y fangoso que las avenidas del invierno anegan de mortíferos cilancos.

La gente de Pegujal es gente hosca, pachorrenta, roída por minúsculos rencores de una hoguera de odios ancestrales en cuyo rescoldo escarban los espectros de las razas irreductibles, minada por un pesimismo hecho de indolencia y misantropía, propensa a las marejadas de las pasiones violentas y fugaces, trágica hasta en la alegría.

La vida de Pegujal es como un mollejón donde se amellan los filos mejor templados del espíritu. Dentro de las casas: la muda tragedia de las mujeres marchitas que tienen el aire triste de los animales amansados y sufren, sin darse cuenta, la nostalgia de la ternura que no conocen; fuera de las casas, la taciturnidad de los hombres royendo el hueso del trabajo sin fruto; un perezoso golpe de azadón, de rato en rato, allá en el soleado silencio del conuco; un sofocante trajinar por la encendida soledad de las sabanas apacentando el rebaño famélico, a lo largo de los polvorientos caminos conduciendo el arreo; un caviloso sinquehacer detrás del mostrador de la pulpería por cuyas desiertas armaduras corren en paz los ratones.

Un día:

Honda modorra bajo la cruda luz canicular: la hoja está inmóvil en la rama del árbol, se hace visible la reverberación de la tierra pedriscosa, se siente cómo se va cerrando en torno al poblado el anillo de silencio de los desiertos circundantes. Adormecen los perezosos ruidos que ahondan la quietud aldeana: el mozo del talabartero; el canto del martillo sobre el yunque del herrador; una conversación soporosa, que no se sabe de dónde sale y parece llenar todo el pueblo, confundida con el bordoneo de las moscas en el bochorno del resol; el monótono tictaqueo del telégrafo denunciando el paso de mensajes que nunca se detienen allí, porque Pegujal está olvidado del resto del mundo; el soñoliento tintinear de los cencerros de las recuas que van levantando el polvo del camino; la honda melancolía del cantar de los llaneros que vienen del llano adentro conduciendo la vaca cansina:

¡despídete de tu comederooooo!.
que te llevan pa Caracas a cambiate por dineroooo...

Y así todos los días.

Una noche.

Es la noche de las tierras misteriosas bajo cuyo feérico esplendor duerme la pampa solitaria y resuena la salvaje melodía de las selvas vírgenes, la inquietante noche de las tierras

malditas en cuyo alto silencio se oye el gañido de la fiera en la espelunca, el grito de la víctima que cayó en la emboscada, el anheloso reclamo de la lujuria infecunda y en cuya negrura fosforecen los espantosos dientes de la sayona que aguarda al nocharniego a la orilla del camino y lo invita a seguirlo.

Los hombres forman corrillos en los corredores de las pulperías. Se cuentan sus trabajos: el arriero habla de los que pasó en los barrizales donde se le atascaron los burros; el ganadero de las reses que se desgaritaron en la sabana y de las que dejó despeadas a lo largo de su viaje de días y días desde el hato remoto; el conuquero, de la candelilla que le destruyó las siembras o del maizal que no cuajó las mazorcas porque no llovió demasiado.

Y así todas las noches. Y cuando se recogen a sus casas, por el camino que blanquea a la luz de las estrellas, alguno va diciendo:

—Pues sí, *cámara,* las mujeres son malas. Yo a la mía la quiero, pero le ando adelante pa que no se me enrisque. Porque a las mujeres haceles sentí la condición del hombre. ¡Ah, sí! Esa que le digo me tenía miedo: la condená cargaba amarrá en la pretina una cabulla de mi tamañó, pa que no me le juera. ¡No me venga! Le saqué la zurda y toavía se está sobando la jeta. Las mujeres son malas.

Así se ama en Pegujal.

Otras veces es una escena de sangre:

—Pues el hombre llegó y dijo: ¿Por aquí y que anda un tal Gregorio Pinto, a quien no hay quién se le pare? ¡Ja, caramba! ¡Más vale que no lo hubiera dicho! El indio Gregorio se le encimó y le dijo: Ese tal Gregorio Pinto es éste. Y diciéndolo le zumbó el puñal por aquí, Dios me salve el lugar. No dijo ni ñé... Pero digo yo: ¿qué necesidá tiene nadie de injuriá a los hombres?

Así se odia en Pegujal.

Otras veces, camino del velorio del amigo que ha muerto:

—Eso fue daño que le echaron. Dicen que fue el brujo de "Los Lechozos".

Así piensan en Pegujal.

II

Por mayo, cuando la Cruz del Sur se endereza en los cielos y con las primeras lluvias comienza a llenarse el antiguo cauce del río y los cerros carbonizados por el fuego de las rosas a revestirse del verde tierno de los maizales, Pegujal sacude la murria que pesa sobre él durante todo el año, como la pátina de polvo sobre las techumbres hasta que llega el invierno y las lava.

Las campanas repican alborozadas y de los contornos acuden romerías jubilosas. Es la fiesta del Santo Patrono. Fiesta religiosa y pagana a la vez, que enfervoriza los ánimos taciturnos, provocando inquietantes explosiones de alegría. En la iglesia el mujerío atento al sermón o al gangoso canturreo de la misa; en la calle la fiebre del regocijo, amenazando a cada momento convertirse en tragedia: gritos de borrachera, zumbido del populacho en los garitos improvisados por dondequiera, en torno a las ruletas y montes de dado, la algarabía de las galleras en las mañanas, la embriaguez de la coleadera de toros en las tardes, el estruendo de los fuegos que se queman por las noches en el altozano de la iglesia, dentro de un círculo de palurdos que contemplan embobados la elevación de las bombas cuyas candilejas les llenan de lívidos reflejos los rostros de pómulos filosos, el rumor de las parrandas que recorren las calles al son de *cuatros* y *maracas,* hasta el filo de medianoche.

Una vez llegó a Pegujal una cuadrilla de toreros trashumantes de esos que van de pueblo en pueblo, poniendo el miedo al servicio del hambre. Eran matarifes desarraigados a quienes la casualidad de un lance feliz que nunca pudieron repetir, sacó de sus mataderos. Entre ellos iba un español que hacía el *Tancredo.*

Era un hombre bonito y presumido que gastaba perfumes, hablaba con voz cantarina y tenía ambiguos modales afeminados. Por otra parte, era lo que en Pegujal se llamaba un pretencioso: se desdeñaba codearse con el populacho y

hacía ascos a las groseras bebidas que le ofrecían, jactándose de no tomar sino brandy *Biscuit.* A causa de esto le cambiaron el alias torero que usaba, por el mote despectivo de *El Biscuí.*

Y comenzaron a odiarlo con la vehemencia de sus pasiones violentas, que eran como el fuego sobre las sabanas tostadas por el verano rápido: rápidas, arrolladoras, fugaces.

Tenían los pegujaleros un rudo concepto de la hombría y jamás se había dado allí el caso de un varón que no lo fuese plenamente, con toda la aspereza de los machos bravíos y por lo tanto no podían soportar los ambiguos modales del *Biscuí;* pero menos que todo podían perdonarle la desdeñosa petulancia que usaba para con ellos, porque allí todo el mundo tenía una exagerada noción de sí mismo y una idea brutal de la dignidad. Así, pues, cuando supieron que el españolito haría al día siguiente la suerte del Tancredo, suerte que, por lo demás, ellos no conocían y por lo tanto no les parecía que valiese la pena, decidieron jugarle una broma pesada para ponerlo en ridículo, que le sirviese de escarmiento para toda la vida, "porque a los hombres no se les injuria así".

Poniendo manos a la obra, una vez enterados del truco de la suerte, fuéronse al corral donde estaba el ganado que los toreros habían de lidiar al día siguiente, provistos del Judas de trapo que, según costumbre tradicional, se quemaba en el pueblo para fin de las fiestas patronales, y escogiendo el toro más bravo, que era el que le iban a soltar al *Biscuí,* pusiéronse a amaestrarlo a fin de que embistiera al bulto inmóvil y blanco que le inspiraba instintivo recelo.

La lumbre espectral de la luna bañaba el corral, en cuyo recinto el toro embravecido derrotaba al espantajo, sostenido en el medio por una cuerda amarrada en los tranqueros, sobre los cuales estaban los iniciadores de la *broma,* restregándose las manos, satisfechos de su ingenio, experimentando por adelantado la bestial voluptuosidad de la escena que al día siguiente habrían de presenciar todos.

III

Y fue como lo habían previsto. Todo el pueblo se apiñaba sobre las empalizadas coreando los lances de los toreros, celebrando con frenéticas griterías las intenciones asesinas del toro que buscaba el cuerpo del lidiador tras el engaño de la *capa,* insultando al que huía ante las astas mortales, como si experimentasen la necesidad del espectáculo de la sangre saltando en chorros hasta salpicarles las caras.

Por fin tocó el turno al *Biscuí.* Apareció envuelto en un capote de seda roja recamado de oro que lanzó, a la usanza toreril, a una ventana colmada de mujeres bonitas, quedando en un traje de malla todo blanco que le ceñía el cuerpo gallardo y bien formado.

De las empalizadas salió una lluvia de silbidos y de invectivas procaces; pero el *Biscuí* no se inmutó y con una desdeñosa sonrisa en los labios fue a subir en un escabel de madera también blanca que había hecho colocar en mitad de la calle, frente a la puerta del toril.

Hubo un momento de expectativa; palpitaban los recios corazones de los pegujaleros apercibidos para la emoción desconocida. De pronto un estruendo de maderas que ceden a un empuje formidable: ha salido el toro.

Un toro lebruno, de enhiesto testuz coronado de astas agudas como puñales. Se detiene un momento como si buscara al adversario, le vibra el cuello en una crispación de los nervios tensos, le salta en los ojos la lumbre de la fiereza; pasea las miradas por el gentío encaramado en las talanqueras y las fija por fin en la estatua inmóvil que se levanta en mitad de la calle. Es el adversario, lo reconoce: el mismo que excitó su furor en el claro de luna del corral. Rápido se lanza sobre él, al acercarse vacila un momento, gazapea, parece que va a huir, pero de súbito engrifa el pescuezo, se recoge sobre sí mismo con los cuernos a ras del suelo, se dispara sobre el bulto inmóvil y lo lanza por el aire...

Una gritería de espanto..., otros gritos que no se oyen..., la mueca de la risa estereotipada en un gesto de horror..., un tropel de gente que se desgaja de las talanqueras...

Unos, los que prepararon la broma, bracean y gritan al toro que acude a recoger al *Biscuí*. El toro se detiene para encarárseles y los derrota contra la empalizada; saltan los hombres atemorizados.

Fue cosa de segundos, pero bastaron para que los compañeros del *Biscuí* le recogiesen del suelo y se lo llevasen al burladero manando sangre.

La noche. Se comenta el suceso. Uno pregunta:

—¿Tú lo viste?

—Sí. Está destrozado. No amanece.

Y otro, el que dio la idea de adiestrar el toro:

—Es que con los toros de aquí no se pueen hacé morisquetas. Ese toro lebruno es una fiera.

Y los que sostuvieron la cuerda de donde pendía el Judas:

—Y diga usté que si no es por nosotros que le llamamos la atención al toro, lo suelta frío ahí mismo.

Caracas, abril de 1919.

FIN DE
"PEGUJAL"

LA HORA MENGUADA

I

¡Qué horror! ¡Qué horror!

Clamaba Enriqueta, con las manos sobre las sienes consumidas por el sufrimiento, paseándose de un extremo a otro de la sala, impregnada todavía del dulce y pastoso aroma de nardos y azucenas del mortuorio reciente.

—Ya me lo decía el corazón. No era natural que tú te desesperaras tanto por la muerte de Adolfo. Si parecía que eras tú la viuda y no yo. ¡Y yo tan ciega, tan cándida! ¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta de lo que estaba pasando? ¡Traicionada por mi propia hermana, en mi propia casa...!

Amelia la oía sin protestar. Tenía el aire estúpido de un alelamiento doloroso; sus ojos, que un leve estrabismo bañaba de languidez y dulzura, encarnizados por el llanto y por el insomnio, seguían el ir y venir de la hermana con esa distraída persistencia del idiotismo. Parecía abrumada por el dolor de su culpa; pero no reflexionaba sobre ella; ni siquiera pensaba en el infortunio que había caído para siempre sobre su vida.

Atormentada por los celos, trémula de indignación y de despecho, Enriqueta escarbaba con implacable saña en aquella herida que era dolor de ambas, arrancándole las más crueles confesiones a la hermana, quien las iba diciendo dócilmente con la sencillez de un niño, llegando a un inquietante extremo de exageración cuando Amelia le confesó que era madre.

¡Ella, que tanto lo deseara, no había podido serlo durante su matrimonio! ¿No era el colmo de la crueldad del destino para con ella, que tuviese que amargar más aún, con

el despecho de su esterilidad su dolor y su ira de esposa ofendida, de hermana traicionada? ¡Esto sólo le faltaba: tener de qué avergonzarse!

Al cabo, la violencia misma de sus sentimientos la rindió. Lloró largo rato, desesperadamente; luego más dueña de sí misma y aquietada por el saludable estrago de su tormenta interior, le dijo a la hermana con una súbita resolución:

—Bien. Hay que tratar ahora de ver si se salva algo: siquiera el concepto de los demás. Nos iremos de aquí, donde todo el mundo nos conoce y nos sacarían a la cara esta vergüenza. Nos instalaremos en el campo hasta que tu hijo haya nacido. Y será mío. Yo mentiré y me prestaré a la comedia para salvarte a ti de la deshonra... y...

Pero no se atrevió a expresar su verdadero sentimiento, agregando: y para librarme yo de las burlas de la gente. Porque en aquel rapto de heroica abnegación no podía faltar, para que fuese humana, el flaco impulso de una pequeña pasión.

Amelia la oyó con sorpresa y se le llenaron de lágrimas los ojos que parecían haber olvidado el llanto: su instinto maternal midió un instante la enormidad del sacrificio que se le exigía. Respondió resignada:

—Bueno, Enriqueta. Como tú lo digas. Será tuyo.

II

Confundiéndolas en un mismo amor creció Gustavo Adolfo al lado de aquellas dos mujeres que se veían y se deseaban para colmarlo de ternuras.

Era un pugilato de dos almas atormentadas por el secreto, para adueñarse plenamente de la del niño que era de ambas y a ninguna pertenecía.

—¡Mi hijo! ¡Mi hijito...!

Decía Enriqueta, comiéndoselo a besos, con el corazón torturado por el anhelo maternal que se desesperaba ante la evidencia de su mentira.

—¡Muchacho! ¡Muchachito!

Exclamaba Amelia, sufriendo la pena de Tántalo por no poder satisfacer su orgullo materno ostentando la verdad de su amor.

Y a medida que el niño crecía aumentaba el conflicto sentimental que cada una llevaba dentro del alma. Celábanse y espiábanse mutuamente: Enriqueta siempre temerosa de que Amelia descubriese algún día la verdad al niño; Amelia de continuo en acecho de las extremosas ternuras de la hermana para superarlas con las suyas.

Por momentos esta perenne tensión de sus ánimos se resolvía en crisis de odio recíproco. Acontecíales muy a menudo pasar días enteros sin dirigirse palabra, cada cual encerrada en su habitación, para no tener que sufrir la presencia de la otra, y cuando se sentaban a la mesa o, por las noches, se reunían en la sala en torno al niño que charlaba copiosamente hasta caer rendido de sueño sobre el sofá, una y otra lanzábanse feroces reojos a hurtadillas de la criatura que hacía las veces de intérprete entre ambas. A veces un simultáneo impulso de ternura reunía sobre la infantil cabecita las manos de ellas que se encontraban y tropezaban en una misma caricia: bruscamente las retiraban a tiempo que sus bocas contraídas por duros gestos de encono, dejaban escapar gruñidos que unas veces provocaban la hilaridad y otra la extrañeza del niño.

Pero la misma fuerza de la abnegación con que sobrellevaban la enojosa situación no tardaba en derramar su benéfico influjo sobre aquellos espíritus exasperados por el amor y roídos por el secreto. Bastaba que un donaire del niño sacase a las bocas endurecidas por la pasión rencorosa, la ternura de una sonrisa; mirábanse entonces largamente, hasta que se les humedecían los ojos, y reconociéndose mutuamente buenas y sintiéndose confortadas por el sacrificio, olvidaban sus mutuos recelos para decirse:

—¡Lo que debes sufrir tú...!

—¡Tú eres quien más sufre... y por mi culpa!

Eran momentos de honda vida interior que a veces no llegaba a sus conciencias bajo la forma de un pensamiento;

pero que estaba allí, como el agua de los fondos, dándoles la momentánea intuición de algo inefable que atravesara sus existencias revelando cuanto de divino tiene la entraña de la grosera substancia humana; instantes de una intensa felicidad sin nombre que les levantaba las almas en una suspensión de arrobamientos. Eran horas de santidad.

Y eran entonces los ojos del niño los que parecían que acertasen a ver mejor estos relámpagos del ángel en las miradas de ellas, porque siempre que aquello aconteció, Gustavo Adolfo se quedó súbitamente serio, viéndolas a las caras transfiguradas, con un aire inexpresable.

III

Así transcurrió el tiempo y Gustavo Adolfo llegó a hombre.

Mansa y calmosa, su vida discurría al arrimo de las extremadas ternuras de aquellas dos mujeres que eran para él una sola madre y en cuyas almas el fuego del sacrificio parecía haber consumido totalmente las escorias del recelo egoísta y del amor codicioso. Pero un día—él nunca pudo decir cuándo ni por qué—, una brusca eclosión de subconciencia le llenó el espíritu de un sentimiento inusitado y extraño; era como una expectativa de algo que hubiese pasado ya por su vida y que, de un momento a otro, hubiera de volver.

De allí en adelante aconteciole *sentir* esto muy a menudo, sobre todo cuando viniendo de la calle, ponía el pie en su casa. En veces fue tan lúcida esta visión inmaterial que llegó a adquirir la convicción de que toda su vida estaba sostenida sobre un misterio familiar, que él no podía precisar cuál fuese, a pesar de que, en aquellos momentos, estaba seguro de haber tenido en él inequívocas revelaciones, allá en su niñez. Sobrecogido de este sentimiento, que no se ocupaba de analizar, cada vez que entraba en su casa deteníase en el zaguán, con el oído contra la puerta, espiando el silencio interior, convencido de que algún día terminaría por oir

la palabra que descorriese el velo de su inquietante misterio.

Y la escuchó por fin.

A tiempo que él entraba en el zaguán oyó la voz airada de Enriqueta diciéndole a Amelia:

—Y si no hubiera sido por mí, ¿qué sería de ti? Ni tu hijo te querría, porque Gustavo Adolfo no te hubiera perdonado el que lo hayas hecho hijo de una culpa. Me traicionaste, me quitaste el amor de mi marido...

—Pero te di mi hijo..., ¿qué más quieres? Te he dado lo que tú no supiste tener. Me debes la mayor alegría de una mujer; oir que la llamen madre. Y te la he dado a costa mía...

—¡Traidora...! ¡Mala mujer...!

—¡Estéril...!

IV

Han pasado años y años... Están viejas y solas... Gustavo Adolfo las ha abandonado... Se revolvió del zaguán donde oyó la vergonzosa revelación de su misterio y no volvió más a la casa... Lo esperaron en vano, aderezado el puesto en la mesa, abierto el portón durante las noches... ¡Ni una noticia de él! Tal vez había muerto...

Todavía lo aguardaban. El ruido de un coche que se detuviera cerca de la casa les hacía saltar los corazones..., esperaban conteniendo el aliento, aguzados los oídos hacia el silencio del zaguán... y pasaban largos ratos bajo las puertas de sus dormitorios que daban al patio en una espera anhelosa..., luego se metían de nuevo en sus habitaciones a llorar...

¡La vida rota! Destrozada en un momento de violencia por un motivo baladí: años de sacrificio, dos existencias de heroica abnegación frustrada de pronto porque a una se le cayó una copa de las manos y la otra profirió una palabra dura. Así comenzó aquella disputa vulgar y estúpida en la cual se fueron enardeciendo hasta concluir sacándose a las caras la mutua vergüenza; y así terminó para ellas, de una

vez por todas, la felicidad que disfrutaban en torno al hijo común, y la santa complacencia de sí mismas, que experimentaban cuando medían el sacrificio que cada una había hecho y se encontraban buenas.

Ahora las atormentaba la soledad..., el silencio de días enteros, martirizándose con el inútil pensamiento:

—¿Por qué se me ocurrió decir aquello?

—¡Dios mío! ¿Por qué no me quitaste el habla?

—¡Y todo por una copa rota! ¡Quién pudiera recoger las palabras que no debió pronunciar!

—¡La hora menguada...!

FIN DE
"LA HORA MENGUADA"

MARINA

La costa, calcinada por el sol, se extiende larga y solitaria entre unos cerros de tierra roja y árida como el yermo y el mar azul, de un azul pastoso que, en violento contraste, luce sombrío bajo el resplandor del cielo blanquecino y ardiente como una cúpula de zinc.

Más allá de los cocales, más allá de los uveros, cerca de la mole blanca del cabo, en un paraje desolado y aspérrimo donde sólo medran recios cardonales y breñas rastreras, cerca de la desembocadura de un torrente que en la estación de las lluvias baja las montañas arrastrando un fango rojizo, hay una vivienda solitaria con techumbre de palmas y cercado de tunas bravas que la guarecen de los vientos del mar.

Cae a plomo la lumbre estante del meridiano: centellea en la arena de la playa, vibra en el aire que tiembla a ras del suelo por entre las varas espinosas de los cardos, reverbera en el caliche del promotorio, blanco y siniestro como un osario y en el ocre violento de los cerros que, secos, desnudos y agrietados, se internan costa adentro, y bajo aquella luz cruda la salvaje majestad del paisaje desolado sugiere la abrumadora impresión de las tierras por donde ha pasado el soplo de las maldiciones bíblicas.

Llena el ámbito el trueno del mar; a lo largo de la playa resuena interminable el fragor del pedrusco arrastrado por la resaca... A intervalos reposa el oleaje y entonces se oye hervir la espuma en las rompientes, y se siente, tierra adentro, el angustioso silencio que asusta: por momentos parece que se va a escuchar el terrible grito de un enorme dolor humano.

En la desembocadura del arroyo, semienterrada en el

fango que arrastra la última avenida, está la osamenta de un asno. En los costillares descarnados quedan todavía adheridos unos cartílagos sanguinolentos, las cuencas vacías de los ojos están vueltas hacia el mar, la dentadura enorme sugiere la dolorosa expresión del último rebuzno. En torno crascitan y sacuden las alas unos zamuros disputándose las últimas piltrafas. El hedor de la osamenta se mezcla en el aire con las emanaciones marinas. Zumba en el sol un enjambre de moscardones verdes.

En la orilla del mar están tres cabras negras: sus torvas pupilas exploran el horizonte atentamente.

En el rancho, cerca de la puerta, está una mujer con las mejillas en las manos, viendo hacia el mar, con la misma expresión estúpida de las cabras. Como éstas, ella también se encuentra en presencia del misterio que no escrutará jamás.

Adentro, tendido sobre una estera, yace un hombre muerto. La lumbre vacilante de una vela le arroja sobre la faz, ya surcada de manchas violáceas, una temblorosa claror macilenta y dentro de aquel halo espectral que flota en la diurna obscuridad del cubil, como una aguamala, se levanta bajo el sórdido harapo de la mortaja la comba del vientre, enorme, rotunda, inquietante...

De cuando en cuando la mujer voltea para mirarlo y dice invariablemente con la persistencia del idiota:

—Ya él descansó. Los pobres jacemos carrera muriéndonos.

Y vuelve a sumirse en su absorción, con las consumidas mejillas entre las palmas de las manos y la vista clavada en un vago punto que parece no estar en el espacio.

Bajo la garra de la tragedia no sentía la tortura del sufrimiento que acelera y agudiza la vida espiritual; su alma primitiva y ruda como el paisaje permanecía impasible en presencia del dolor y no había en su corazón una fibra que diese la nota humana. Había sido la compañera de aquel hombre que estaba pudriéndose ya sobre la estera, con él había compartido la sórdida miseria y de él había tenido hijos; luego, cuando él comenzó a tullirse y a hincharse, porque a causa de aquel *daño* que le *echaron* las carnes le cre-

cían día por día hasta reventar, ella trabajó por ambos sin rebelarse, y, sin embargo, cuando lo vio morir no sintió que la muerte le había arrebatado un amor. Ella no sabía lo que era un amor; su vida estaba regida por instintos puramente animales; sobre su alma pesaba el embrutecimiento de una raza que no tiene vida interior.

Así, cuando vio muerto al compañero, le echó encima todo cuanto poseía, que era aquella colcha de retazos, encendió la vela del alma que para el caso le había dado la comadre que vivía en el cerro y se sentó a velar el cadáver, rezando de cuando en cuando el Credo, que era la única oración que medio sabía. Así pasó la noche, sola, porque los muchachos estaban muy pequeños y se echaron a dormir desde que obscureció, y la pasó escuchando el tumbo del mar impasible y obscuro como su alma sepultada, y pidiendo—no sabía precisamente a quién—que le deparase la manera de enterrar al marido, cada vez que veía una exhalación desprenderse del cielo y apagarse en el silencio al caer en el agua, porque ella había oído decir que las exhalaciones son las almas que se escapan de los cuerpos de los que se mueren y que, si al verlas se les pide algo antes de que se apaguen, siempre lo conceden.

Pero ya había pasado el mediodía y aún no se lo habían concedido. Ni un alma había transitado por aquellos sitios y ella había estado horas sobre horas a la puerta del rancho esperando a que alguien pasase para suplicarle que la ayudara en aquella necesidad.

Era todo cuanto se le había ocurrido para salir del trance.

Por otra parte, no podía hacer otra cosa: los muchachos estaban muy pequeñitos y no sabían ir solos hasta el pueblo, muy distante de allí, y en cuanto a ir ella misma a hacer las diligencias necesarias para el enterramiento no era posible. ¿Cómo dejar solo al cadáver? Ella había oído decir que cuando al lado de los muertos no hay una persona que rece "para ahuyentar al enemigo malo". éste se apodera del alma que ronda en torno de la casa mientras está el cuerpo en ella.

Por momentos le asaltaba un miedo bestial. Sentía pasar por encima de su cabeza algo así como una racha helada

y silenciosa que no soplara ni de la tierra ni del mar, como un viento de otro mundo lleno de horribles alaridos que no se oían y que le hacían la impresión de una ronda de espectros que volaran en torno del rancho, con las siniestras bocas airadas, gritando sin voz...

Sobre el cráneo se le erizaban las ásperas greñas y un friolento temblor le sacudía el cuerpo sarmentoso; sus pupilas, dilatadas por el terror, arrebañaban la soledad del paraje y se fijaban luego en el cuadro interior, en el centro del cual iba creciendo y creciendo la comba del vientre del muerto...

El viento marino había caído y la calma se hacía cada vez más pesada y bochornosa. Las olas se retiraban antes de estrellarse en las rompientes con un receloso murmullo de aguas prestas a hervir: la lumbrarada del sol iba palideciendo en el aire; en la montaña se arremolinaban vapores caliginosos; el vaho de la tierra sofocaba como el aliento de un horno; en el ambiente aplomado las varas espinosas de los cardos se erigían más rectas; más inmóviles... A lo lejos se escuchaban medrosos balidos de chivos que bajaban corriendo por los peladeros... Dentro del rancho la llama de la vela se alzaba derecha y larga, estremecida de abajo a arriba por una alucinante vibración.

—¡La caldereta!—murmuró la mujer con un acento de angustia, presa del malestar fisiológico de la sofocación que exacerbaba sus nervios tensos.

Se estremeció el aire; se levantaron de la tierra pequeños remolinos fugaces de polvo; comenzó a hervir el agua en las rompientes, gimió el cardonal y empezó a pasar la racha violenta y ardorosa...

La vela se apagó... En la semiobscuridad del rancho se destacaba enorme la comba del vientre...

La mujer huyó atemorizada y corrió desesperadamente en busca de alguien que la ayudase a salir de aquel trance. ¡Nadie! La costa solitaria se extendía como el yermo bajo el soplo infernal de la caldereta. ¡Tan sólo aquellas tres cabras negras que permanecían mirando el mar de una ma-

nera enigmática, que llegaba a ser inquietante a fuerza de ser absurda!

La mujer sintió que el espanto le helaba la sangre en las venas, y sin poder quitar los ojos del extraño cuadro que formaban aquellos animales, que no recordaba haber visto nunca por allí, comenzó a vocear llamando a los hijos, que seguramente andaban por entre el cardonal, recogiendo las frutas caídas para matar el hambre de dos días. Entretanto, adelantaba la diestra hacia las cabras haciendo con los dedos la señal de la cruz.

—¡Bicho! ¡Bicho! ¡Toma la cruz!...

A sus voces acudieron los chicos. Eran dos arrapiezos ventrudos y canijos en cuyas cabezotas se erizaban salvajes cabelleras de greñas hirsutas y rojizas. Tenían los cuerpecitos cubiertos de costras de mugre y las caras llenas de jugo meloso de las pitahayas. Uno de ellos traía en las manos varias, que ofreció a la madre.

Esta los cogió por los brazos y le dijo al mayorcito, mostrándole las cabras que eran para ella animales diabólicos:

—Tírales piedras pa que se vayan. A ti te juye el "enemigo malo" porque eres inocente.

El niño no entendió las extrañas palabras y comenzó a lanzar piedras contra las cabras; mas como no las alcanzara, éstas seguían inmóviles de cara al mar.

—Vamos a rezá—dijo entonces la mujer, temblando bajo la violencia de aquel terror supersticioso.

Arrodillada en la tierra y oprimiendo contra su pecho los fláccidos cuerpecitos de los hijos, que la miraban asombrados de aquel espanto que tenía pintado en el rostro salvaje, farfullaba con voz atropellada y anhelosa la única oración que sabía, mirando alternativamente hacia el diabólico grupo de la playa y hacia la puerta del rancho, a través de la cual se veía el cuerpo tendido sobre la estera, con el enorme vientre creciendo, creciendo...

Y en torno al grupo, la ardiente ráfaga del terral, maligna, ponzoñosa...

Cayó la tarde, el añil crudo del mar se trocó en púrpu-

ras, en ópalos resplandecientes, en suaves violetas, en opaco color plomizo, y vinieron las sombras resbalando sobre las aguas y envolvieron la costa y treparon por la montaña, hasta los picos más altos que se cernían allá, serenos y firmes, en el azul puro del anochecer de las alturas...

Ya las cabras se habían ido a su aprisco y había acabado de pasar la caldereta; una brisa fresca soplaba de nuevo sobre la costa abrasada; pero dentro del rancho, en torno al cadáver solitario, se espesaba la noche horrible.

La mujer permanecía afuera, abrazada a sus hijos, viendo en su imaginación enloquecida la comba fatídica del vientre, creciendo, creciendo...

Sobre el mar, dulcemente, caían exhalaciones...

Caracas, mayo de 1919.

FIN DE
"MARINA"

PAZ EN LAS ALTURAS

I

En un paraje agreste y montuoso, al borde de una profunda barranca festoneada de bravas malezas, hay una cabaña destartalada sobre cuya pajiza techumbre hace tiempo que no se eleva el humo del hogar. En el umbral está sentado un muchacho.

Es una criatura miserable y lastimosa: una cabezota sostenida por un pescuezo inverosímil y erizada de sórdida pelambre sobre un cuerpo desmirriado; el abdomen abultado, los brazos esqueléticos, las piernas llenas de costras purulentas, con las rodillas enormes y los pies deformados por el edema palúdico; el rostro impresionante, de piel mortecina y pegada a los huesos, la boca descarnada y descubriendo la dentadura, las escleróticas horriblemente amarillas en el fondo de las cuencas clavadas y una sombra de dolor sordo y rabioso en las pupilas terrosas.

Permanece inmóvil y silencioso mirando por encima del mar de lomas que llenan la inmensidad de la hoyada que se extiende ante su vista, hasta una barrera de montes azules, lejanos y esfumados en los dorados celajes del horizonte. Una pena agria y tenaz escarba implacablemente su pequeño corazón, ya maleado por un odio irreflexivo a todo lo que vive y se agita en torno suyo. Este sentimiento mantiene perennemente en su garganta un nudo como de llanto presto a correr, pero las lágrimas nunca asoman a sus ojos. A menudo salta de su pecho una oleada de rabia y entonces se le ve crispar los puños y castañetear los dientes de una manera inquietante, hasta que destrozando lo que cae al alcance de sus manos, el feroz acceso se aplaca dejándole en un estado de somnolencia; otras veces son días enteros de hu-

mor sombrío que los pasa sin hablar, sentado en el quicio de la puerta o tendido sobre la dura tierra, mirando derecha y fijamente algo fascinador y terrible que parece estar delante de sus ojos. En tales estados de hipocondría las sensaciones de su cuerpo minado por la enfermedad se atropellan en su conciencia y acaban por hacerle perder la noción de sí mismo. Primero un hormigueo que empieza en las plantas de los pies y va invadiéndole todo el cuerpo, y son miríadas de bichos que le devoran ya muerto; luego una sensación horrible de plenitud interior, cual si las entrañas empezaran a crecerle de pronto y aprisa, como él oye crecer los cerros dentro del barranco en el silencio de las noches obscuras, cuando la sofocación de su abdomen no le deja dormir; finalmente el vacío dentro de su cabeza: un chirrido de millones de grillos que se van acercando, una ronda loza de estrellas en torno de sus ojos; por último, un silencio repentino, definitivo, que parece que no se va a acabar nunca... Y en medio de todo esto, la visión pertinaz de un hombre, el carbonero, abrazando a la madre de él que está tirada en un rincón del rancho, tiritando con el frío precursor de la calentura...

Esta escena, presenciada por Felipe poco después de la muerte de su padre, se había grabado en su memoria de tal manera, que, sin saber por qué—puesto que nunca había reflexionado sobre lo que aquello significaba—no podía ver a la madre sin que se le representase como aquella noche la vio, estrechada entre los brazos del carbonero, que le tenía las negras manazas puestas sobre la espalda.

De aquí la sorda repulsa que Felipe abrigaba contra su madre, en su pequeño corazón ya maleado. En vano se esforzaba ella por sacarlo del mutismo en que se encerraba y como, por otra parte, jamás lo procuraba de manera afectuosa, sino dirigiéndole palabras duras o descargando recios golpes sobre sus quebrantadas carnes, la secreta repulsa del muchacho se fue convirtiendo en odio feroz, que a veces se le encrespaba dentro del pecho con una violencia tal que lo lanzaba contra ella, enceguecido con los puños crispa-

dos y mostrando los dientes que le crujían con un ruido siniestro.

Al principio, cuando esto sucedía, la madre le sofocaba la ira bajo una lluvia de golpes que, por fuertes que fuesen, no le arrancaban nunca una lágrima: aullaba como un animal acosado y se revolcaba en el suelo, al cabo de lo cual se quedaba horas enteras inmóvil como un muerto; pero después la madre adoptó otra actitud que lo exasperaba más; dejó de pegarle, limitándose a cogerle los brazos, hasta que vencido por la violencia de la cólera que derramaba en su organismo un soporoso tóxico, se desplomaba sobre la tierra y caía en su enfermiza somnolencia. Entonces la mujer se alejaba de él, murmurando con un acento medroso:

—¡Ave María Purísima!

Al mismo tiempo comenzaron a ser más y más largas las ausencias de la mujer fuera del rancho. Días enteros se pasaba en el monte, adonde se iba de mañana en busca de un haz de leña o de los jojotos que robaba en los conucos para venderlos en el poblado próximo y muchas veces regresaba al anochecer, con el exiguo producto de sus ventas convertido en ásperas tortas de cazabe y uno que otro pedazo de pescado salado, sobre lo cual Felipe se lanzaba con la voracidad de su hambre, aquella hambre insaciable y nunca satisfecha que ocupaba la soledad de sus días y los insomnios en las noches con la torturante imaginación de fantásticos y sabrosos hartazgos.

Un día Felipe adquirió un amigo. Desde la mañana había estado oyendo ladrar un perro que vagaba por el monte, olisqueando los senderos como si buscase al amo perdido. En la tarde se acercó al rancho y viéndolo a él sentado en el umbral de la puerta, se le plantó enfrente moviendo la cola y luego se echó a sus pies, jadeante, sin apartar los ojos de la contemplación compasiva de la horrible carita del enfermo. Era un perro negro, de largas y lustrosas lanas. Felipe lo miró, a su turno, largamente, pero como a un amigo que se está esperando y cuando llega se le recibe sin sorpresa. No se movió para acariciarlo, ni le dirigió una palabra; para él era lo más natural que aquel perro hubiese

llegado y se hubiese echado en su presencia. No lo pensaba, pero lo sentía: el amo a quien buscara todo el día a través de los sembrados y a lo largo de los senderos era él. Ya lo había encontrado y estaba seguro de que el perro no se separaría jamás de él. Al cabo de un rato una reflexión inusitada rozó la inmovilidad de su pensamiento: ideas inaferrables, de esas innominadas que se sienten pasar por la conciencia, sin que se las vea, como se siente que se acerca en la sombra la mano que va a acariciarnos o a hacernos daño. Pensó, sin darse cuenta de que estaba pensándolo, que aquel perro había venido de lo desconocido, de aquello que se cernía sobre su cabeza y que él no había podido verlo, pero sí lo había visto el gallo que lanzaba entonces un grito medroso estirando el cuello y siguiendo con la asustada pupila el vuelo agorero; y pensó que había venido en busca suya para salvarlo de algo que le iba a suceder.

Rompiendo su mustismo dijo por fin:

—Ya te oí ladrar esta mañana en aquel conuco; yo sabía que tú me estaban buscando.

El perro comenzó a latir y su latido era amistoso y juguetón. Pero de pronto se paró y empezó a gruñir recelosamente. Felipe, que también había oído el ruido de pasos por entre el matorral, le dijo:

—Es mamá. Quédate quieto.

A Plácida no le agradó encontrar aquel perro allí y quiso ahuyentarlo, pero el animal se acurrucó entre las piernas de Felipe gruñéndole y mirándola con ojos amenazantes. Ella le tuvo miedo y no insistió en espantarlo; pero se veía que no estaba tranquila.

Depositó en el rancho el envoltorio de las provisiones para la cena frugal, poniéndolo fuera del alcance de Felipe, sacó de él una torta de cazabe, y fue a comérsela al fondo del barranco.

El muchacho, excitado por el hambre, se le acercó ávidamente. Ella no lo dejó llegar, arrojándole, para detenerlo a distancia, un trozo de cazabe que fue a caer cerca del matorral, que festoneaba el barranco. Felipe lo recogió y se sentó en el suelo a comérselo. A su lado el perro movía la

cola. El muchacho le ofreció un pedazo de lo que comía, pero el animal, después de chisquearlo, se echó a un lado y se echó despreciativamente con la cabeza vuelta hacia la mujer.

Entretanto ésta no apartaba la vista de la cara del hijo, afeada más por los gestos grotescos que hacía al masticar. Parecíale horrible como nunca; y a medida que lo contemplaba, su pecho se iba llenando de un rencor bestial. Aquella repugnante criatura, que parecía un pingajo suspendido del garfio de la muerte y sin embargo no cesaba nunca de vivir era la causa de su miseria. Por el no encontró colocación cuando fue al pueblo ofreciéndose para servir, porque nadie quería tener en su casa un ente tan repelente y a causa de él, Crisanto, el carbonero que la requebraba de amores, no había querido unírsele. Aquel mismo día le había dicho:

—Negra, si no juera por ese muchacho, tú no estarías pasando trabajos, porque a mí no me falta la comía y la casa, y si tú te resuelves a viví conmigo no tienes necesidá de andá po el monte robando jojotos o recogiendo chamizas por esos espeñaeros. Pero lo que es ese muchacho, ni que me lo pinten de oro. ¡Ja, nicho malo ese carricito! Si no aguaitate los ojos. Tiene la malignidá pintá en ellos... ¡Pa mí que ese carricito es hijo de Mandinga! ¡Ave María Purísima! Si no es un muchacho; tiene cosas de hombre. A los muchachos no se les ocurren los pensamientos que se le ocurren a ése. A mí me hace el efecto de un hombre agazapado dentro del cuerpo de un muchacho pa que uno se descuide con él y entonces saltále. Si, en una comparación, yo me lo topo de noche en un camino de esta montaña, te aseguro que no me lo paro... ¡Ah! ¡Sí!... Ese es hijo de Mandinga. Yo como tú...

Llegando a este punto de su discurso, apareció en el fondo del barranco donde se encontraban aquel perro que ahora encontraba allí echado al lado de Felipe. El animal, que parecía que hubiese perdido de vista al amo y lo buscaba desesperadamente, se había acercado a ellos y después

de olisquearles los pies se había puesto a ladrar rabiosamente, a tiempo que Plácida respondía a Crisanto:

—¿Y si me descubren, chico?

—¡Qué van a descubrirte! Lo más fácil es que un muchacho que ni puee sostenerse sobre sus piernas se esbarranque por aquel espeñaero...!

Ahora, contemplando la faz cadavérica del hijo aborrecido a quien le atribuía la miseria de su vida, Plácida rumiaba la insinuación de Crisanto:

—¿Quién lo va a descubrir?...

Echó en torno miradas recelosas. Todo por allí parecía solo y vacío. La inmensa hoyada llena de lomas verdeantes se extendía silenciosa hasta los remotos confines. Abajo, muy lejos, se veían unos ranchos esparcidos entre los sembrados y matorrales, pero estaban tan distantes que era imposible distinguir personas cerca de ellos; sólo se alcanzaba a ver los tenues humos de los hogares elevándose lentos en el aire, por encima de las techumbres.

Esta exploración del solitario paisaje apretó en su garganta un nudo de angustia. Sobre el barranco pesaba una atmósfera pesada que le producía anhelos de asfixia; por el cielo rodaban negras masas de nubes que iban llenando de sombras violáceas la cuenca de la hoyada; allá en el horizonte, sobre la barrera de las últimas lomas, se veía correr la mancha azulosa de la lluvia que venía acercándose; un sordo rumor de truenos lejanos gemía en el ámbito cargado de presagios.

Plácida se sentía irremisiblemente atraída hacia la vorágine de un mal pensamiento.

—¿Verdá que parece que dentro de ese muchacho estuviera agazapado el mismo diablo? ¡Cómo me ve! ¡Cómo le blanquean los ojos y le crujen los dientes! ¡Dios me salve el lugar! ¡Y pa lo que gana viviendo así, que es un pudridero de enfermedades...! ¡Esos bichos que tiene en el estómago se lo están comiendo vivo! Y ese frío que le da cuando le va a entrá la calentura. Pa viví siempre así, mejor es morirse...

El perro la miraba, gruñendo.

—¿Y este perro quién será...? ¡Ave María Purísima! Miren que la vida tiene cosas que una no se explica.

Felipe acababa de devorar el pedazo de cazabe y encarándose con la madre le dijo ásperamente:

—Dame más. ¡Yo tengo hambre! ¡Yo lo quiero todo porque tengo hambre!

La mujer lo miró asustada. Las escleróticas horribles habían relampagueado de una manera siniestra. Sintió que una fuerza misteriosa rebosaba imponente en las palabras del muchacho; al mismo tiempo que la imperiosa exigencia de éste coincidía con un pensamiento que acababa de cruzarle por la mente.

Anhelante, temblorosa, arrojó el pedazo de cazabe que le quedaba en la mano, de modo que fuera a caer sobre el matorral suspendido en el vacío al borde del despeñadero.

Felipe se puso en pie y clavó en los ojos de ella una mirada rabiosa, penetrante, que la hizo turbarse. Había comprendido la intención; si se acercaba a coger el trozo de cazabe el matorral cedería bajo su peso y se despeñaría en el barranco. Transcurrió un instante infinito. Plácida sintió girar en torno suyo la ronda de la locura. Luego Felipe con una súbita resolución dio un paso hacia el matorral.

Al mismo tiempo el perro saltó rápidamente sobre el trozo de cazabe suspendido en la maleza, lanzando un aullido extraño. Cedió el matorral bajo su peso y el cuerpo del animal rodó barranco abajo.

La noche horrible. Cae furiosamente la lluvia bajo los campos lóbregos; un interminable fragor de deslumbrantes centellas tabletea en la soledad de la hoyada; se oye rodar el agua por las torrenteras, como serpientes rabiosas... Durante largo rato se estuvo escuchando el ladrido lastimero del perro, que tal vez quedó enredado en las malezas del barranco, pero hace tiempo que ha dejado de latir...

En el rancho por cuya techumbre se filtra a chorros el agua que cae de las nubes, están Plácida y Felipe distanciados y silenciosos. A la lumbre de los relámpagos que esclarecen el interior, Plácida ve brillar siniestramente las ho-

rribles esclerótica de Felipe. No se atreve a dormir; le teme a aquel muchacho que lleva dentro, agazapado, algo que asusta y fascina.

Y éste dice, de cuando en cuando, con una insistencia implacable, que la tiene ya a punto de enloquecer:

—Mamá, ¿por qué quiere tú que me muera...?

FIN DE
"PAZ EN LAS ALTURAS"

UN MISTICO

I

CONQUE decididamente te quedas entre nosotros?—decía el padre Juan Solís a su amigo el doctor Eduardo Real, reanudando la amigable plática que sostuvieran durante el almuerzo con que obsequiara al médico, recién llegado al pueblo.

—Sí. Hay aquí una buena calidad de enfermos que prometen abundante clientela.

—Desgraciadamente, es así. Este es un pueblo de enfermos. El nombre poético con que lo has designado le viene de perlas: Valle de los delirios. ¡Y qué delirios, querido Eduardo, qué delirios! Ya irás viendo.

—No podía ocurrírseme otro nombre mejor. Imagínate: los primeros seres vivientes que encuentro a mi llegada son tres enfermos que están tendidos en la tierra, a orillas del camino, delirando. ¡Qué cuadro!

—Y los que te quedan por ver. Pobre gente. Pero créeme a mí, ellos mismos son la causa de sus males. Tú dices que la causa de esta mortífera enfermedad está en el agua que bebemos; yo creo que por detrás de esta causa material e inmediata, hay otra, la verdadera: estos desgraciados viven así porque no tienen un momento de elevación espiritual que los limpie de la podre en que se revuelcan. Si lo sabré yo que les hurgo la conciencia. Son unos infelices. No voy a hablarte de la fe de esta gente, que es una horrible mezcla de burdas supersticiones que ni siquiera se pueden justificar por el lado poético; tampoco quiero referirme a la pecaminosa indiferencia con que miran los deberes de su religión. Nada de esto sería para ti—positivista y posiblemente incrédulo—, razón de peso; me limito a echar de menos en-

tre mis feligreses eso que se llama idealidad. Son almas privadas del don de la visión superior que va más allá de las cosas materiales.

—Observo que no se ha extinguido en ti el aliento místico.

—A Dios gracias.

Respondió el sacerdote reclinando la cabeza, ya pintada de canas precoces que brillaban como hilos de plata, y guardó un prudente silencio.

Eduardo Real lo imitó, entreteniéndose en contemplar las desvanescentes coronas que el humo de su cigarro iba formando en el calmoso ambiente del caluroso mediodía, bajo el verde y sombroso toldo de la troje de parchas granadinas que se rendía al peso de sus olorosos frutos en la huerta de la casa parroquial.

Un mismo pensamiento los ocupaba. Evocaban los años de la adolescencia, cuando se conocieron en el colegio. Juan Solís era objeto de burla de sus condiscípulos, a causa de la angelical delicadeza de su espíritu y su acendrada piedad; pero atraído por la beata dulzura que bañaba la faz cavada de aquel joven, en el fondo de cuyos ojos había un brillo singular, Eduardo Real se aficionó desde el primer momento a su apacible compañía. Recíprocamente Solís le cobró afecto, tierno y extremoso, y se consagró a ayudarle en el aprendizaje de las materias inaccesibles para Real, y en fraternas confidencias, tímidas y unciosas, fue abriendo ante los ojos de éste místicas puertas de relampagueantes claridades.

Pero fueron emociones fugaces que otras influencias más largas y más enérgicas borraron bien pronto del alma de Eduardo Real. Concluídos los estudios en el colegio, cada cual escogió el camino de su vocación: Solís pasó al Seminario; Real ingresó en la Universidad a cursar Medicina.

Ahora se encontraban de nuevo. Una irreductible antinomia de principios separaba sus espíritus. Ejerciendo el curato en aquel pueblo internado en el corazón de fragosas y desoladas tierras, Juan Solís había aquilatado su misticismo de tal modo que Eduardo Real no dudaba que aquellos ojos febriles estuviesen acostumbrados a la celeste vi-

sión; por su parte el médico ajustaba su vida a las claras normas de la ciencia y creía que sólo este camino era terreno firme y transitable.

Rompiendo la pausa dijo, como si respondiera a las reflexiones que debía estar haciendo el sacerdote:

—Al fin y al cabo, el positivismo tiene también su idealidad. No todos servimos para los grandes vuelos del espíritu; pero todos tenemos una hermosa misión que cumplir en este valle de los delirios.

—Así es—asintió el cura, dando suaves golpecitos a su cigarro para tumbarle la ceniza—. Y la tuya, a más de útil es en este caso necesaria: en este pueblo la muerte ha sentado sus reales y no hay quien le dispute sus víctimas.

—¿Y el doctor Artemio?

—Que mi lengua no quite honras ni mengüe reputaciones; pero parece que el doctor Artemio no ha encontrado todavía el remedio para esa fiebre que está diezmando la población. Quiera Dios que tú seas más afortunado. Eso sí, dinero no le falta, porque se hace pagar caro. Pero te advierto que aunque los enfermos abunden no te será fácil allegarte clientela, porque tu rival es hombre de recursos y mantiene buenas relaciones con los personajes de la localidad. Andate, pues, con tiento, que no sea que vayas a caer en un mal paso. No quiero desalentarte, pero la empresa en que te has metido es muy escabrosa; veo tu camino sembrado de contratiempos y de peligros.

Hizo una pausa. Eduardo Real permaneció pensativo, dejando vagar las miradas por el panorama que desde allí se divisaba. En redor de la huerta del cura, arbolada y jugosa, se extendían las vegas de las márgenes del río, llenas de silencio y de sol, hasta una barrera de pardas colinas en cuyos flancos lucían los rojizos tajos de solitarios caminos. El vaho caliente de la tierra soleada, el campesino silencio y la cruda luz que caía a plomo sobre todas las cosas producían en la sensibilidad del médico una sabrosa sensación, tónica y soporosa a la vez, que, acelerando el ritmo de su juvenil vitalidad le llenaba la conciencia con el sano deleite de la propia fortaleza. A través de este sentimiento de sí

mismo, los sombríos presagios del sacerdote se trocaron para él en enérgicos estímulos: veía desarrollarse ante sus ojos una perpectiva de luchas y de victorias.

El sacerdote volvió a hablar, ahora de pie, con el brazo vibrando en el aire, como una rama sacudida por el viento que precede a las tormentas y el rostro lleno de verdes reflejos, súbitamente transfigurado por la violencia de la cólera mística:

—Quién asegura que nuestro deber no sea aumentar los males que afligen a este pueblo, en vez de disminuirlos. Nuestra desgracia no es el hambre ni la peste, sino la falta de vida espiritual. Este pueblo tiene el alma sepultada, totalmente abolida. Los males del cuerpo son males precarios de los cuales no vale la pena ocuparse: lo que debemos procurar es sacar el espíritu del letargo en que duerme, insuflarle la vida que se le extingue gradualmente por falta de ideales. Tráigannos ustedes ideales, cualesquiera que ellos sean, y ya verán cómo los cuerpos sanan y se fortalecen. La salud y el bienestar no son el remedio que necesitamos; por el contrario, siempre ha sido el dolor el abono de las mejores flores espirituales. ¡Que siga echando Dios dolores en el surco hasta que revienten las semillas! Pero ésa es nuestra desgracia, nuestro mal incurable; por más sufrimientos que haya, en este pueblo no acaba de surgir el alma sepultada.

Eduardo Real lo miró sin decir palabra. Parecía acometido por una fiebre violenta; en el fondo de sus ojos negros y circundados de ojeras violáceas relampagueaba una lumbre alucinante; su silueta alargada y escuálida, iluminada por los reflejos de la huerta bañada de sol, se agrandaba trémula bajo la enramada, como si el soplo místico que agitaba su espíritu lo levantase del suelo en ascensión de arrobamientos.

II

Días después, el nombre de Eduardo Real era en el Valle de los Delirios una bandera suelta al viento de las vehementes pasiones de aldea. Había asegurado el médico,

en una conferencia, que el agua que allí se bebía era algo comparable a un caldo de cultivos bacteriológicos a fuerza de estar plagada de infinito número de gérmenes nocivos. Esto no había sido afirmado nunca en el Valle de los Delirios en lenguaje categórico y científico, pero estaba en la convicción de todo el mundo; sin embargo, bastó que el médico lo dijera para que todos dejasen de creerlo.

Por otra parte, el doctor Artemio salió en defensa de lo que él llamaba los fueros del lugar, desvirtuando la afirmación de su colega fundada en estudios hechos con buena voluntad y proclamando—sin dar razones—que el agua que allí se bebía no sólo era buena, sino que era la mejor del mundo.

Naturalmente el pueblo se puso de su parte y so capa de indignación patriótica desatáronse contra Real las iras populares, hasta el punto de formarse motines para apedrear al forastero que pagaba con la injuria la hospitalidad que se le había brindado.

No obstante, Eduardo Real no desistió de su empeño de procurar el mejoramiento del agua que bebían y que era causa de aquella fiebre mortífera que diezmaba la población. Buen conocedor del medio y suficientemente sagaz para que no se le escapase cuanto había de bribón en aquel doctor Artemio, llamólo un día a su casa y le dijo, sin preámbulos:

—Colega, usted está cometiendo una tontería impropia de un hombre de sus alcances. En esto del agua no hay de mi parte nada de lo que usted ha querido ver. Tan forastero es usted entre estas gentes como lo soy yo, por lo tanto no tiene motivos *patrióticos* para tomar la cosa a pechos. Yo voy a decirle la verdad sin eufemismos: mi conferencia no ha sido una propaganda comercial. Dije que el agua del río no es potable y usted sabe que no lo es...

—Pero esto equivale a una injuria lanzada a la faz de un pueblo hospitalario... — comenzó a declarar el medicacho.

—Dejémonos de sentimentalismos, estimable colega. Y déjeme decir lo que tampoco me dejaron exponer en mi conferencia. Cuando ustedes se levantaron indignados dejándo-

me con la palabra en la boca, iba a decir que más arriba del pueblo cae al río un arroyo de agua excelente...

—La quebrada que nace en la posesión de don Luis López.

—Justamente.

—¡Ah! En efecto, es excelente.

—Pues bien: si don Luis López, que por su riqueza es, como si dijéramos, el amo del pueblo, tiene el agua verdaderamente potable y suficiente dinero para construir un acueducto que la traiga hasta aquí, lo más natural es que pretenda venderla para el consumo de la población. Pero habría necesidad de obligar a la gente a comprársela y eso es lo que he tratado de hacer yo: recabar de la autoridad la prohibición terminante de coger el agua del río para el consumo. Usted con sus réplicas ha echado a perder el negocio...

Artemio se rascó largo espacio la áspera pelambre de sus barbas y al fin dijo:

—No se ha perdido nada, colega. Al contrario, se ha ganado. Ya verá usted: mañana o pasado daré yo una conferencia y diré que, habiendo estudiado bien el asunto mediante análisis bacteriológicos, he encontrado que efectivamente el agua del río es un caldo de cultivos, es decir: veneno líquido.

Eduardo Real se quedó viéndolo, admirado de la estupenda desvergüenza de aquel bribonazo.

Y Artemio se apresuró a agregar:

—Con lo cual no traiciono a mi conciencia, doctor. Porque como usted ha comprendido perfectamente, yo sé que el agua del río no es potable y la prueba es que en mi casa no se bebe; pero usted se da cuenta, este pueblo ha sido muy generoso conmigo y no podría faltar a los dictados de la gratitud. Sabía que decirles que estaban bebiendo un agua emponzoñada era avergonzarlos; yo los conozco muy bien: tienen una susceptibilidad excesivamente quisquillosa y lo tomarían a injuria.

—Pues bien: ya está usted al cabo de la calle. Yo me voy de aquí muy pronto y usted se quedará; justo es que

sea usted y no yo quien se beneficie con la participación que don Luis López me ha ofrecido en el negocio.

—Es demasiada generosidad la suya, querido colega. Yo...

—Sí. Usted es el hombre—le dijo Eduardo Real tocándolo en el hombro y cortando así aquella lamentable entrevista, en la cual él había tenido necesidad de exhibirse como un pícaro para desarmar al que lo era de veras.

III

Al día siguiente, listo ya para marcharse del pueblo, le contaba a su amigo el cura el resultado de sus gestiones. Y finalizó, parándose para despedirse:

—No había más remedio, querido amigo. Hay que combatir con las armas que nos ponen en las manos. En cuanto que me di cuenta de que por el camino recto no iba al resultado apetecido, porque a estas gentes nadie las convencería con razones desinteresadas, me dejé de lirismos y me fui al tal don Luis López a desarrollarle la perspectiva del pingüe negocio del acueducto. Maneras había de procurar agua buena y gratuita para el consumo de la población, a costa de un pequeño esfuerzo de todos; pero habría sido necesario el poder de Dios para entrar en cordura a tan obcecados feligreses. Ahora la tendrán que pagar a la fuerza; don Luis la suministrará a buen precio, de acuerdo con Artemio, que va a dedicarse a buscarle milagrosas virtudes medicinales para todas las dolencias. Ya lo creo que las encontrará, y todos creerán en ellas. Ha sido necesario que un bribón las pregone y que un poderoso se las imponga como una obligación ineludible. Allá ellos se las entiendan. Yo me marcho en seguida.

—¿Con la conciencia tranquila, Eduardo?—preguntó el sacerdote, clavando en él la mirada buida de sus ojos febriles.

—¿Por qué no? Me llevo las manos vacías. Les dejo un beneficio que me ha costado algunos días de estudio y otros tantos de sinsabores, sin que me haya reportado ni un centavo.

—Pero tú lo acabas de decir: cuando te diste cuenta de que por el camino recto no irías al fin deseado.

—Culpa mía no es que no haya bastado mi buena intención para llevar a cabo una empresa de utilidad general. Fue menester que un bribón metiera las manos en el negocio. Después de todo, lo mismo da: lo que interesa a la salud de la población es que el agua que se beba sea potable. Y es justo que se la compren a quien la ofrece.

—Después de todo y antes de todo lo que interesa es que los corazones no se perviertan más de lo que están—replicó el padre Solís con una voz que resonó de una manera extraña en la umbrosa paz del jardincillo, al cual los muros del templo paredaño, patinosos y dorados por un sol suave, comunicaban una unciosa quietud de rincón sagrado.

Y continuó con acento velado de melancolías:

—Y ésa es tu obra, querido Eduardo. Me duele decírtelo, porque tú no has tenido mala intención. Nos dejas un beneficio precario en cambio de un daño irreparable: has añadido un horror más a la suma, ya enorme, de los males que nos afligen. ¡Qué importa el bien si viene de manos del mal! Sanarán los cuerpos, pero para eso ha sido necesario que una persona abyecta se hunda un poco más en el lodo donde se revuelca, como un cerdo impuro, y que otras criaturas, todo un pueblo, acepte como tiránica imposición lo que han debido recibir de buen grado, como un don o como un derecho. ¿No ves cómo has pervertido los corazones, en vez de levantarlos?

En seguida, volviendo sus miradas hacia la informe masa de tejados del pueblo:

—¡Valle de los Delirios! ¿Hasta cuándo serás desdichado? ¿Por qué será que en tu suelo toda semilla de bien se pudre y se malea? ¿Qué mano diabólica se entretiene en torcer tu destino, que sólo tú te alejas de la verdadera salud cuando todos marchan hacia ella derechamente? ¡En vano he esperado año tras año que tu alma sepultada surja y florezca! ¿Será que todavía no ha caído en el surco todo el divino abono de dolor necesario? ¡No te canses de llover saludables calamidades sobre este pueblo impuro!

Eduardo Real interrumpió sus imprecaciones para despedirse; pero cuando hubo traspuesto la cancela, el alma se le llenó de desapacibles pensamientos: aquellos ojos del padre Solís, ojos febriles de criatura torturada por una idea fija, ¿no serían aquellos ojos videntes que habían alcanzado la inaccesible visión espiritual?

Se volteó para mirar por última vez al pueblo. Una luz suave y dorada flotaba sobre sus obscuros tejados tiñendo las copas de los árboles de los corrales; entre la verdura de las vegas el río arrastraba mansamente su agua mortífera, llena de azul de los altos cielos.

Vínosele a la boca la imprecación del cura:

—¡Valle de los Delirios! ¿Por qué será que en tu suelo toda semilla de bien se pudre o se malea?

Y en la soledad del paraje sus extrañas palabras tuvieron el melancólico acento de los clamores inútiles...

FIN DE
"UN MÍSTICO"

LA FRUTA DEL CERCADO AJENO

I

ACODADO en la ventanilla del vagón, Reinaldo contemplaba la mancha azul y serena del mar que se extendía al pie de la montaña, ribeteando de blanquísimas espumas la costa yerma y sinuosa. Por su mente pasaban, como bajo arcos de triunfo, ideas de victoria y de dominación; iba a la costa a emprender el más heroico combate de su vida: a luchar contra su propia flaqueza. El mar le inspiraba un miedo bestial y él iba a desafiar sus peligros para vencer definitiva y radicalmente el ciego instinto. El se había propuesto un hermoso plan de acción y de luchas en las cuales habría de imponer, inexorablemente, el imperativo categórico de su voluntad y aquella flaqueza de ánimo, si no la combatía y la domeñaba a tiempo, concluiría por reflejar en su espíritu incapacitándolo para todo cuanto requiriese temple y fortaleza varoniles.

Pero, entregándose a estas especulaciones, gratas para él, trataba de engañarse diciéndose mentalmente que ése era el único verdadero motivo de su viaje a la costa. En realidad, también iba por una mujer; pero no quería confesárselo a sí mismo.

Algunas semanas antes, Antonio Menéndez, su íntimo amigo, había empezado a cortejar una mujer que tenía una cara fresca y pícara y unos ojos largos que miraban a veces con la expresión de la Gioconda, de Vinci, y que era esposa de un hombrecito enclenque, abogado de pocos y torcidos pleitos: el doctor Orosimbo Sojo. De pronto aquella mujer desapareció. Un día Menéndez encontró cerrada la casa, pensó que se habrían mudado y no se ocupó más de la

aventura. Poco después Reinaldo descubrió que temperaban en Maiquetia; pero se guardó de decírselo al amigo.

Rumbo al pueblecito costeño, veníasele a ratos a la mente el pensamiento de que estaba cometiendo una deslealtad con el amigo; pero inmediatamente musitaba para alejar de sí tímidos escrúpulos:

—*Struggle for life!*—y se quedaba en paz.

Llegado al pueblo, bajó por la calle que conduce al mar. Se sentó en una peña, encendió un cigarrillo y echando la vista por toda la anchura del agua, empezó a decir:

—Nos veremos. ¡A ver quién de los dos podrá más!

Una risa de mujer interrumpió su monólogo. Volvió la cabeza: era la Gioconda que paseaba la playa del brazo de Orosimbo. Quedósele viendo ella y, continuando su paseo, todavía volteó dos veces para mirarlo por encima del hombro del marido. Reinaldo se dijo: "¡Esto también es un hecho!"

Al día siguiente al amanecer bajó a la playa provisto de su traje de baño, "a tener la primera entrevista con el espantajo". Caminaba por entre uveros buscando un sitio cómodo para desnudarse, cuando volvió a oir la risa de la víspera y una voz masculina que gritaba: "¡Romelia! ¡Ah, caramba, niña! ¡Mira que te va a llevar la ola!"

Era el doctor Orosimbo Sojo. Estaba acurrucado al abrigo de una peña por encima de la cual rebosaba de cuando en cuando el espumarajo de las olas, y como el agua apenas le cubría las piernas, se bañaba el resto del cuerpo con una totuma. Más adelante la mujer se entregaba a las caricias del mar, que se arrojaba sobre ella bramando, como macho en celo. A intervalos la envolvía en blancura la reventazón del oleaje, arrancándole gritos de júbilo infantil y cuando la resaca bajaba, quedábansele temblando en el regazo unos grumos que hacían pensar en el divino cisne de Leda.

Viéndola Reinaldo sintió unas ganas atroces de saltar a las rompientes, cogerla entre sus brazos y escapar con ella, mar afuera, hacia el horizonte, ante el marido estupefacto, a quien ya se imaginaba recorriendo la playa, furibundo y desnudo con la totuma en la mano pidiendo socorro.

Pero no era él tan excelente nadador como se requería para tamaña empresa, y hubo de continuar su camino, por entre los uveros, en busca de un sitio apartado y discreto. Detúvose en uno donde había ropas de hombres que se bañaban. Su inusitado traje de baño encargado a Europa, llamó la atención de los que tomaban el suyo en cueros y la palabra "patiquín" llegó distinta a sus oídos desde el mar. Se arrepentía ya de haberse detenido allí, pues no estaba seguro de sí mismo y temía quedar en el mayor ridículo si el horrible miedo instintivo lo asaltaba a las primeras brazadas, como siempre le acontecía, cuando oyó que uno de los bañistas gritaba, afanándose para acercarse a la orilla: "¡Una manta! ¡Una manta!", con lo cual sus compañeros comenzaron a nadar hacia tierra. Reinaldo se dijo: "Ahora es cuando te quiero, Voluntad." Y sin más pensar se arrojó al agua y nadó hacia el sitio del peligro a grandes y veloces brazadas.

Momentos después, sin haber visto por ninguna parte al temible animal, abordó un peñón que se alzaba más allá de las rompientes, en agua honda, y sobre el cual un enjambre de cangrejos tomaba el sol. Se extendió supino, abandonándose a la plenitud de la intensa emoción de sí mismo que estaba experimentando: ¡Se sentía héroe! ¡Se había vencido definitivamente! El sol ya alto le calentaba los miembros calambreados envolviéndolo en una deliciosa sensación, y Reinaldo pensó que aquel día no podía tener mejor ocupación la lumbre del mundo: ¡él también era un centro de gravitación universal!

Luego evocó el cuadro presenciado desde los uveros y al pensar en el invencible miedo al mar de Orosimbo Sojo, una perversa satisfacción le hizo pararse, brusco, sobre el limoso lomo del escollo.

En la playa la gente lo miraba. Sin duda habían acudido a la voz de su hazaña. Resplandecían los blancos trajes de las mujeres en un grupo, cerca de la caseta de los baños; un poco más allá, bajo una sombrilla roja, distinguió a la Gioconda, del brazo de Orosimbo. Volvió la cara al sol, arqueó el tórax, se golpeó los pectorales tensos para eviden-

ciar su fortaleza, y con un salto acrobático, se zambulló al agua gritando:

—¡Hurra! ¡Por *struggle for life!*

En la tarde fumaba su eterno cigarro sentado en la misma piedra donde la víspera lanzara su reto al mar; pero ahora lo contemplaba con olímpico desdén. ¡Bien vencido estaba el espantajo! ¡Y bien puesta había quedado, de una vez por todas, con aquel triunfo, su garra imperiosa sobre todo lo que pudiese ser, de allí en adelante, presa de orgullo o de dominación!

Entretanto, los temporadistas acudían a la vespertina contemplación del mar. Bulliciosos grupos de muchachas esparcíanse por las rocas de la playa, ahogando en risas el malicioso rubor de la marcha contra el viento, bajo las miradas de los jóvenes que iban a la caza de aquellos revuelos de faldas. Muchas de ellas volvíanse a mirar a Reinaldo y hablaban entre sí, bajando la voz; él lo advertía y hacía verdaderos esfuerzos heroicos para no decirse: "Están hablando de eso."

La aparición de Romelia le puso toda la sangre en un solo vuelco del corazón. Y cosa extraña, al ver a Orosimbo, que venía agarrado del brazo de ella, no sintió la tentación de risa que él esperaba de sus recuerdos de la mañana, sino un sentimiento de malestar intraductible, mezcla de compasión y de odio. Orosimbo quería seguir adelante; pero Romelia se detuvo cerca del joven diciendo al marido, con una voz melindrosa:

—¿Nos sentamos aquí? Más allá no hay piedras.

—Como tú quieras—le respondió de mala gana.

Ella escogió sitio la primera en la piedra más próxima a Reinaldo. Se pasó las manos por el peinado, hecho con esmero, moviendo mucho y sin necesidad los dedos empedrados de cuanto era o parecía piedras preciosas; se alisó la blusa una y otra vez, con un malicioso correr de las manos por el pecho opulento y alzando los ojos de la contemplación de lo que dejaba ver el descote, lanzó un suspiro para decir:

—¡Ay! ¡Qué divino es el mar! ¡Me trastorna! Te ase-

guro, Orosimbo, que yo sería feliz si supiera nadar. ¡Qué rico debe de ser! Yo envidio a los que saben nadar. ¡Si yo supiera, me iría lejote, lejote...!

Orosimbo, con las miradas clavadas en el horizonte, parecía no escucharla. Reinaldo comprendió que aquellas palabras habían sido dichas para él y esto le causó un vago sentimiento de repulsa. Había en todo aquello, en la elección del sitio y en el tema de la conversación, cierto descaro irrespetuoso, tanto para con el marido como para con él. Pero se dijo en seguida: es una ingenua. Entretanto, ella, excitada por el ambiente marino y por la presencia del joven que no quitaba sus ojos de la contemplación de toda su incitante persona, seguía despotricando con ese afán característico de las mujeres insubstanciales por lucir gracia y agudeza de ingenio en presencia de los varones de quienes pueden esperar algo. Pero no acertaba con nada que no fuese de una infinita vulgaridad:

—Cuando veo el mar me dan ganas de ser pescado.

Y como todavía no había logrado su objeto y no se le ocurrían otras cosas más eficaces para romper el silencio de Reinaldo, volvió a su tema, mirándolo a los ojos abiertamente:

—No hay nada como el mar.

Reinaldo vaciló, sorprendido y cohibido. Luego musitó:

—Nada.

El sonido de su voz sacó a Orosimbo de su obstinada contemplación. Miró a Reinaldo con un gesto intraductible. Reinaldo lo saludó descubriéndose. Ella le devolvió el saludo doblando la cabeza de una manera que le parecía la pura esencia de la gracia y de la gentileza. Para entonces comenzaban a hacer furor en Caracas los dramas de alcoba de las "películas finas". Luego, Orosimbo, que estaba sobre espinas, se paró y le ofreció el brazo. Ella se colgó de él, echando otro suspiro que le salió muy romántico. Mientras se alejaban, Orosimbo le decía algo, sin mirarla, y Reinaldo la oyó responder:

—¿Y eso qué tiene? ¡Jesús contigo!

Reinaldo se quedó reflexionando; pero seguramente sus pensamientos no lo complacían, porque luego dijo:

—A la vida hay que tomarla como es. Además, ¿qué otra cosa se puede dar a la convivencia con un hombre como ese Orosimbo, que, indudablemente, no es una octava maravilla? La mujer es un reflejo del hombre que la desea.

Y Reinaldo se complació con preimaginar los inusitados destellos que iba a tener el alma de Romelia cuando penetrase en ella la lumbrada de su idealidad, y se decía a sí mismo, con una insistencia sospechosa, que la deseaba más pura para un puro acercamiento espiritual que para una posesión torpe.

Otra tarde iba ella por el sendero costeño que conduce a Cabo Blanco, acompañada de una niña como de diez años. Reinaldo se hizo el encontradizo, y reuniéndosele, la abordó:

—Hoy se ha decidido usted a pasear largo.

—Sí. ¡Está tan sabrosa la tarde! Pensamos llegar hasta Cabo Blanco.

—Es lejos. Pero, de todos modos, es un bonito paseo.

Romelia preguntó a la niña:

—¿Quieres, Teresita?

La niña, roja de rubor, escondió la cabeza bajo el brazo de ella, riendo. Romelia explicó:

—Es mi sobrina, hija de una hermana mía que vive aquí en Maiquetia. Es mi compañera cuando Orosimbo está en Caracas. Aquí donde la ve, con su carita de mosca muerta, no se puede imaginar lo tremenda que es, señor...

—Reinaldo Solares...

—Ya lo había oído nombrar; pero no hallaba cómo decirle.

Y dulcificando la voz:

—Como no hemos sido presentados...

—Una buena amistad siempre comienza bien y a su hora.

—Es verdad—asintió amablemente. Luego, con un mohín de timidez—: Pero...

Ahora se hacía la timorata. Sin duda le agradaba pensar que Reinaldo se había atrevido a mucho; para ella esto debía de tener su voluptuosidad. A su vez, Reinaldo se hizo

el desentendido y cambió la conversación, movido por un sentimiento de delicadeza: no quería que Teresita se diera cuenta de la situación. Se dirigió a ella aniñándose:

—Teresita va a divertirse mucho. Cuando se oculte el sol empieza a oírse el canto de las sirenas. ¿No las has visto nunca? Las sirenas son unas mujeres muy bonitas que viven en el fondo del mar.

—¡Adiós, Coroto! Si en el fondo del mar no vive gente. Se ahogarían.

—Gente como tú y como nosotros no puede vivir; pero sí otra gente que no se ahoga porque es inmortal. Vive en palacios de perlas y corales...

—¡Qué va! Acaso yo no sé.

Y Reinaldo se entretuvo buen espacio en este diálogo infantil que en aquel momento le era singularmente grato. Romelia lo interrumpió, diciendo:

—¡Ay Dios! Los muchachos son una diversión.

El observó con intención remota:

—Una diversión de la cual, desgraciadamente, nos fastidiamos muy pronto. La vida nos estraga el gusto de las cosas puras y sencillas.

—Pues para que vea; a mí me gustan mucho los muchachos. Y desearía no haber pasado nunca de esa edad. ¡Son tan felices! No se dan cuenta de nada.

—Eso creemos nosotros; pero hay que ver cómo miran los niños; ¡tienen una manera de fijarse en las cosas! Seguramente las ven tales como son; nosotros somos los verdaderos inconscientes.

De pronto, zafándose del brazo de Romelia, Teresita echó a correr por la playa. Reinaldo enmudeció: aquel acto de la niña a raíz de sus palabras, ¿sería una simple coincidencia, un movimiento impulsivo de la intranquilidad infantil o un acto producido por una secreta intuición de lo que iba a suceder?

Romelia se quedó esperando sus palabras, y, atribuyendo a timidez su silencio, sonrió con maligna complacencia la supuesta cortedad del galán primerizo que, al hallarse a solas con ella, enmudecía asustado de sus propias audacias, pro-

metía a su sagaz instinto de amorosa futuras y arrebatadoras vehemencias. Aquel joven era todo un buen mozo, tenía en el rostro un signo inmancable: una nariz que sorbía el aire de una manera provocativa y sensual que hacía pensar que tenía todo el aire olor de voluptuosidad, y una boca... Tenía razón aquella amiga de su hermana—que por cierto nada tenía de gazmoña—a quien oyera decir: "¡Jesús, niña! A ese joven no se le puede ver la cara sin pecar con el pensamiento. Parece que la hubiera hecho el mismo diablo."

Por su parte, Reinaldo pensaba que "era llegado el momento de pronunciar las palabras decisivas", cosa que parecía tener para él una trascendencia como seguramente no la tuvo para Dios el "hágase la luz", y en la inminencia de aquel supremo instante recogía toda su lucidez mental para hacerse esta pregunta: "¿Soy perfectamente libre?"

Con estos mutuos pensamientos caminaron buen espacio sin verse las caras y ya llegaban a una punta de la costa detrás de la cual había desaparecido Teresita. Romelia arrebató con las impacientes miradas la soledad del paraje; Reinaldo advirtió la insinuación y sintió que las ideas que ya iban a convertirse en palabras, se le helaban súbitamente.

Y como en la alta presión de su atmósfera espiritual la brizna del sencillo acontecimiento estaba ocasionada a inflamarse y a resplandecer como una estrella, aquel vulgar entibiamiento del desencanto producido por la evidente urgencia de la mujer, fue interpretado en estilo místico: una negación de la "hora llegada", un salto del destino por encima de su vida.

Era la influencia de lo subconsciente, el halo de pensamientos inaferrables producidos por la distraída contemplación del paisaje marino. En aquella actividad del mar, sin término ni confín, ¡ni un movimiento que no fuera la inmensa inquietud de las ansias que se han quedado irrealizadas dentro del colmo de las medidas!

Romelia murmuró, aburrida del silencio:

—¡El mar!

Y Reinaldo, con un vago acento de trasueño:

—¡Sí! ¡El mar! ¡El mismo mar de siempre!

—¡Guá! ¿Y cuál quiere usted que sea?

Reinaldo experimentó algo semejante a lo que siente el que, habiendo reunido todas sus fuerzas para levantar un objeto que juzga de hierro macizo, se encuentra con que es de cartón hueco. La supina estolidez de aquella mujer se había escapado, toda entera, en aquellas palabras.

La vuelta de Teresita resolvió la embarazosa situación. Venía jadeante y jubilosa, gritando:

—¡Tía Romelia! ¡Mira qué preciosidades!—y mostraba una porción de piedras y caracoles que traía en el regazo.

Romelia entregóse a la contemplación de ellos, con mimosos aspavientos de admiración. Teresita hizo que Reinaldo se acercase también a admirar sus preciosidades. Puestos a complacer el deseo infantil, las piedras y los caracoles iban pasando de las manos de Romelia a las manos de Reinaldo, y esta inocente ocupación que él contemplaba con visible agrado, los retuvo buen espacio, en absoluto olvido de sus mutuos pensamientos. Al cabo, movidos por un idéntico impulso y a un tiempo mismo, sus manos fueron a posarse sobre los cabellos de la niña. Los dedos de Reinaldo quedaron sobre los de Romelia. Ella hizo el gesto reflejo de los contactos voluptuosos y sin retirar la mano, buscó los ojos del joven; él apartó la suya, súbitamente; ¡resultábale indecorosa aquella impensada caricia sobre la inocente cabeza!

Romelia dijo, disimulando:

—¿Nos revolvemos, Teresita?

—Espérese. Déjeme coger unas conchas de erizo que hay por allí. Ya vengo.

Ambos guardaron silencio, siguiendo con las miradas a la niña, que se alejaba, dejándolos otra vez solos. Reinaldo volvió a entregarse a sus cavilaciones, experimentando una desgana invencible del amor que se le ofrecía fácil; su consustancial misoginismo le hacía arrepentirse de su estúpida aventura. Entretanto, Romelia, con una visible impaciencia de las frases de pasión que Reinaldo no quería pronunciar, clavaba en el mar las miradas incitadoras que sublevaban su dignidad de varón. Luego, convencida de la inutilidad de

sus esfuerzos, haciendo un gesto de despecho, gritó a Teresita:

—¡Vente, chica; es mejor que nos vayamos!—y en seguida, a media voz—: ¡Ya esto fastidia!

Reinaldo tuvo un impulso de ira y acercándose a ella con súbita decisión, comenzó a decirle, reticente y mordaz:

—¿Revolvernos? ¿No sería desaprovechar esta soledad tan discreta, este apartamiento tan propicio?

Ella no comprendió, pero sí se dio cuenta de que empezaba a requerirla de amores. Quiso entonces adoptar una actitud inabordable de honestidad, pero no encontró las palabras apropiadas y al cabo de una corta vacilación, en la cual, sin embargo, perdió mucho terreno ante el asedio de las miradas de Reinaldo, dijo, enrojeciendo súbitamente:

—Es que ya va a ser de noche.

Fue una desgraciada ocurrencia que la traicionó y la entregó.

Reinaldo se enardeció más, como el combatiente ocasional a la vista de la sangre derramada por sus manos, y exclamó, ya con la voz enronquecida y casi sobre el rostro de ella:

—¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor!

E inclinábase ya para estampar dos besos restallantes, como dos bofetadas, sobre la boca de la mujer, en despique de lo que para él había sido un ultraje a su dignidad de varón; pero, como si el caliente olor de aquel rostro—en el cual un anhelo de emoción entreabría la boca carnosa y tentadora, así como la plena madurez revienta la pulpa rezumante de las frutas—hubiese clavado súbitamente un eficaz acicate en el moroso ijar de su deseo, doblóse rendido también y apretó sus labios contra los de aquélla en un beso largo y ardiente, su primer beso de amor.

Luego una pausa espiritual, una total ausencia del ángel. Al cabo, una deplorable reacción.

.....

El canto de las cosas se extendía sobre los árboles como una cúpula sonora, el aire ardiente de la siesta vibraba so-

bre la tierra rojiza de los cerros costeños. El taladro de una idea fija torturaba la mente de Reinaldo:

—¡Y esto era lo que había oculto en mí! ¡Esto era mi verdad! ¿Cómo ha sido posible que yo estuviese engañándome a mí mismo tanto tiempo? ¡Estoy irremisiblemente perdido!

De pronto Teresita interrumpió, roja y jadeante, en la soledad de la plaza. Traía un libro en las manos.

—Señor Solares. Aquí le manda mi tío el libro que usted le prestó.

—¿Tu tío? ¿De cuándo acá tienes tío?

La niña soltó la risa que contenía sujetándose el mentón.

—Es mi tía Romelia. Pero ella me dijo que si usted estaba acompañado le dijera que era mi tío el que se lo manda. A mí me da risa porque yo no sé qué tío será ése. Cosas de ella, que se la pasa inventando para que yo me ría.

Reinaldo puso el libro sobre el banco y, cogiendo las manos de la niña, la miró fijamente a los ojos.

—¡Jum! ¿Por qué me ve usted así? ¿Yo le debo algo?

—¡Quizás, Teresita! ¡Ojalá me equivoque!—y luego, soltándola—: Mira: por allí acaban de caer unos almendrones. Ve a recogerlos.

La niña salió de estampía en dirección al sitio señalado. Reinaldo abrió el libro y buscó entre las páginas. Dentro de ellas había una tira de papel manuscrita que decía: "Orosimbo no viene hasta mañana."

—¡Esta mujer no respeta nada! ¡Servirse así de esa criatura!

Teresita volvió diciendo:

—¡Embustero! No hay ningunos almendrones.

—Los habrán recogido.

—¡Sí, oh! Déme el libro, pues.

—¿Cuál?

—El que le va a mandar a ella. ¿Usted no sabe?

Y como Reinaldo volviera a clavar en sus ojos la mirada escrutadora:

—¡Ah, caramba! ¿Por qué me ve así? ¿Tengo algo en los ojos?

—No, Teresita. No tienes nada. Todavía no tienes nada.

La niña volvió el índice en ademán de advertencias:

—¡Jum, cuidado pues! Ustedes van a parar en locos.

—¿Quiénes?

—Tú y mi tía Romelia. ¿Acaso yo no sé?

—¿Qué sabes, Teresita?—y la voz de Reinaldo se quebró en un anhelo angustioso.

—Que tú y mi tía son novios y se besan cuando están solos. Yo los he visto. Yo los he visto.

Reinaldo sintió la subitánea impresión de los cataclismos mentales: primero, un brusco aceleramiento de la vida interior, un torbellino de ideas inaferrables, en seguida una violenta sumersión en una vorágine de inconsciencia. Se levantó del banco y echó a andar como un autómata.

De aquella sumersión abismal su pensamiento salió, al cabo de un rato, con un recuerdo de olvidadas impresiones: *¡Ay de aquel que escandalice a un niño!* Experimentó el fanático horror de las culpas que no tienen remisión: el tremendo anatema del Cristo que había caído sobre su vida: ¡había corrompido a un niño! Representábase a Teresita perdiendo la inocencia en el infantil atisbo de aquellas escenas de concupiscencia; aquella prematura visión del pecado no se borraría jamás de la memoria de la niña, cuya suerte estaba echada. ¡Y él había sido el corruptor de su alma! ¿Qué hacía el rayo de las tremendas iras divinas, que no acababa de caer sobre su cabeza? De allí en adelante, ¡para toda su vida, estaba condenado a llevar en el pensamiento el recuerdo de aquella cosa execrable!

FIN DE
"LA FRUTA DEL CERCADO AJENO"

EL MAESTRO

I

HABÍA en la ciudad un hombre a quien todo el mundo conocía y celebraba; llamábanlo el *Maestro*. Era un truhán desharrapado, gran bebedor y amigo de exhibir a todo trance su trasnochada erudición. Arrastraba por plazas y cantinas su bohemianismo nocharniego y en el día recogíase a dormir sus borracheras en la caseta donde el vigilante de un paseo guardaba sus herramientas, cerca de las jaulas de los tigres.

De las piltrafas destinadas a éstos reservábale el guarda algunos trozos, que él guisaba en la tarde, cuando se levantaba, con abundante cantidad de ajos, diciendo que para que no fuese de bofes y asaduras todo el mar olor que aquello exhalaba. Y mientras engullía su pitanza, peroraba invariablemente así:

—He aquí el tributo de la ciudad que me alimenta en este jardín, como antaño hiciera Atenas con sus héroes en el Pritáneo. La Municipalidad me sostiene lo mismo que a las fieras, porque ellas y yo desempeñamos una idéntica función social, imprescindible para la ética colectiva: recordarle a nuestros semejantes cuanto tienen de felinos y de simios.

Con esta sal prieta de cinismo y de erudición barata acababa el *Maestro* de adobar sus manjares, y fue tan ponderado el humorismo que dieron en ver en ello quienes lo escuchaban y presumían de zahoríes, que había gente que subía todas las tardes a los jardines de la colina a presenciar el banquete del cínico, alabar sus deliciosas paradojas y desmigajarse de risa con sus crudos sarcasmos. Y aunque en realidad en las sátiras del *Maestro* el humorismo remaba

como forzado en galeras, su regocijante fama se extendió por todas partes, y llegó a decirse que en aquel burlón descreído y escéptico se encarnaba el alma deliciosamente frívola de la ciudad, que siempre había tenido un famoso epígrafe en despique de las calamidades de todo género que lloviesen sobre ella.

Dicho y creído esto, la ciudad se sintió orgullosa de poseer tal representativo. Mimábasele y agasajábasele en todas partes; tolerábase su mordacidad y muchos erigieron en norma de la propia conducta su cinismo y su desdén por todo lo que fuese cosa digna de meditación y respeto.

Y era en los barrios habitados por la hez de la ciudad, en los corrillos nocturnos de pícaros y matones, donde el *Maestro* ejercía con mayor imperio su grotesca hegemonía. Su parla enfática y llena de sabiduría de relumbrón embobaba a los palurdos; su brutal mordacidad les halagaba el grosero gusto; su absoluta amoralidad era para ellos una justificación y consuelo que parecía pedirles el alma envilecida.

Pero una tarde, al descender de la colina, el *Maestro* sintió que el alma se le llenaba de tristes presentimientos: algo flotaba sobre la ciudad que le anunciaba que su grotesco reinado bamboleaba en sus cimientos.

Los últimos resplandores del crepúsculo se deshacían en suaves tintas sobre los patinosos tejados; apenas quedaban algunas chispas de sol en las torres y sobre las copas de los árboles. Las calles se veían solas y quietas, y se sentía subir un beato silencio.

Algo grave debía de estar sucediendo allá; en la ciudad disipada y burlona la vida parecía haberse retirado a las insondables profundidades donde impera el ritmo solemne del universo invisible.

El *Maestro* atravesó las avenidas desiertas, encaminándose al centro de la población. Allí también la soledad y el silencio. Las calles estaban sembradas de pétalos de flores; en el aire flotaba un dulce olor de nardos y todo tenía un sello de inusitada austeridad, de religioso recogimiento. Era

el alma de la ciudad que había surgido por fin, estampando en las cosas más vulgares su inefable fisonomía.

El *Maestro* experimentó la angustia que produce la presencia del misterio, pero hizo un esfuerzo supremo por librarse de aquella inquietante presión de su propia vida interior y preguntó a un tullido que estaba en el escaño de una puerta:

—¿Qué se ha hecho la gente de la ciudad?

—¡Qué! ¿No sabe usted? Todo el mundo se ha ido al cementerio a enterrar al santo.

Y como por la abotagada faz del *Maestro* pasase un gesto de extrañeza, el mendigo continuó:

—¿No sabe usted que ha muerto un justo? Dicen que era la misma virtud. Mientras vivía parece que nadie se ocupara de él, pero al morir todo el mundo ha sentido que lo llevaba dentro de su corazón. ¡Era de verse! ¡Era de verse! Hoy han sucedido cosas estupendas; se han oído palabras que ya no se pronunciaban; ha hablado el dios mudo que cada uno lleva dentro de sí mismo.

—Vaya, vaya, buen hombre. Usted debe ser presa de la fiebre: está delirando. Quede usted con Dios. Es verdaderamente lamentable lo que me ha referido. ¡Toda la ciudad! ¡Quién iba a decírmelo!

Y se alejó con la mueca del sarcasmo en los labios, monologando: "¡Un homenaje a la virtud! Me habría gustado ver las caras de los ejecutores de la justicia divina. Indudablemente el mundo se acerca a su fin; ya empiezan a trastornarse las leyes naturales. ¿Quién iba a creer que la ciudad escéptica y burlona cayera en la sandez de tomar algo por lo serio?"

En la noche lo vieron abandonar la ciudad. Un hombre que estaba a orillas del camino gozando de la tibia dulzura de las sombras, le dijo al reconocerlo:

—*Maestro,* ¿para dónde la lleva?

—Acaba usted de repetir en sabrosa jerga vernácula la evangélica interpretación de Pedro—le respondió—. Y a fe mía que viene aquí de perlas, pues me acontece algo muy semejante a lo que pasaba por el alma del divino andarín:

abandono la ciudad porque mis discípulos me han traicionado: se han vuelto personas formales.

Sucedía esto en un barrio donde el *Maestro* tenía sus mejores admiradores. Garitos y mancebías arrojaban sobre la obscuridad del camino la lumbre rojiza de sus sórdidos interiores; pero no se sentía esta vez la típica animación de los lugares del vicio. No se oía el zumbido de los garitos y de las cantinas, ni el desapacible canturreo de las mozas turbaba el recogimiento de la noche. Seguramente hasta allí había llegado el misterioso soplo que pasara sobre la ciudad, haciendo huir la vida al fondo de las almas.

El *Maestro* proseguía su perorata:

—Ganas he tenido de sacudir el polvo de mis zapatos, a la manera de los profetas bíblicos, así que hube traspuesto los términos de la ciudad, para que sobre ellos recayesen, no las iras, porque no son, ciertamente, las históricas lluvias de fuego el castigo que la necia ciudad merece, pero sí el desdén y el sarcasmo de los dioses de la olímpica carcajada que saque a los rostros de sus pobladores el resquemor de la vergüenza de la estupenda sandez en que han incurrido.

Y, soltando una ruidosa risotada, prosiguió su camino.

—Ahí viene ése.

Oyó que alguien decía a un grupo instalado en medio de la carretera, dentro del halo mortecino de un farol.

Componíanlo rufianes y truhanes de los que por allí merodeaban; una moza en cuyo rostro soflamado por los coloretes quedaban restos de frescura juvenil y una vieja de facha repelosa, mitad bruja, mitad celestina, que miraba torvamente y llevaba sobre las espaldas, a manera de alforja de sus pecados, una giba que armonizaba bien con el andar camelluno.

El *Maestro* los interpeló:

—¿Por ventura fueron ustedes del número de los que llevaron a hombros la urna del santo?

—Sí. ¿Por qué?—contestó uno de los rufianes encarándosele.

—¡Bienaventurados los limpios de corazón! Ustedes verán a Dios, porque han sido purificados.

—Mire, *Maestro,* no se juegue con estas cosas—atajó el hombre ásperamente.

Y otro agregó con acento de franca hostilidad:

—Sí. Mejor es que se vaya con su música a otra parte. Hoy no estamos para burlas.

El *Maestro* se quedó mirándolos buen espacio. Algo inusitado había en aquellos rostros: una huella del alma, un destello de luz interior, algo que parecía anunciar que una humanidad nueva estaba naciendo en ellos. Y el *Maestro* volvió a sentir el sobresalto que produce la brusca aparición de lo sobrenatural.

Se habían congregado allí a comentar el suceso. Hacía rato que no hablaban, pero ninguno se atrevía a separarse del círculo que formaban, como si una fuerza misteriosa los retuviese. Sentían que una vez que se dispersaran cada uno volvería a su vida manchada y envilecida y experimentaban un supersticioso temor de encontrarse a solas con sus obras, fuera de aquel círculo donde habían pasado una hora pura, comentado las virtudes del justo a quien llevaran, sobre los hombros, a enterrar. Sabían que en torno de ellos rondaba el horror de sus existencias abyectas y que al separarse unos de otros volverían a ser presa de las bestias invisibles que habían alimentado con sus acciones y con sus pensamientos en los sitios de disolución donde siempre vivieran. Era imposible librarse definitivamente de la lógica que regía sus destinos; pero al menos querían retardar el momento de la vuelta al camino trazado. Hablando de cosas puras y hermosas habían visto un rayo de la lumbre espiritual que a ratos brillaba sobre el mundo y querían prolongar el hechizo, seguros de que jamás volvería a encenderse para ellos.

Con esta mezcla inefable de sentimientos que no habían experimentado antes, cada cual cuidaba del silencio como de un frágil cristal que amenaza romperse. Presentían que la primera palabra que alguno pronunciase desvanecería el encanto y los arrojaría otra vez, definitivamente, al cieno donde los retenía el lazo de las obras cumplidas. Por eso cuando oyeron la voz del *Maestro* que se acercaba por el

obscuro camino sintieron miedo. Aquel hombre que se burlaba de todo venía a romper el encanto.

Molestos y apercibidos contra él, oyeron en silencio las sátiras que destilaban los labios ponzoñosos. No sabían por qué, pero sentían que comenzaban a odiar a aquel hombre que había ejercido sobre ellos una dominación incontrastable.

De pronto un brazo se alzó en el aire y cayó, airado, sobre la boca del humorista que acababa de proferir un sarcasmo atroz.

Fue la señal. Todos los brazos se levantaron movidos por un impulso unánime, y el cuerpo del *Maestro,* tundido a golpes, molido a palos, se desplomó sobre el camino.

Sorprendidos de su obra, los ejecutores de aquel inexplicable desagravio la interrumpieron súbitamente y se miraron unos a otros, como si no se conociesen. Luego uno formuló una interrogación que había en las miradas llenas de asombro:

—¿Por qué hemos hecho esto?

Entonces se produjo un fenómeno misterioso· comprendieron que habían sido instrumentos ciegos de una fuerza avasalladora; en un instante de honda vida interior sintieron la presencia del alma que acababa de resurgir en ellos y asaltados por el miedo bestial ante aquel huésped de otro mundo que se aposentara en sus corazones inopinadamente, pusiéronse en fuga.

Al fin se detuvieron. Tornaron a mirarse las caras demudadas por el espanto, y uno exclamó:

—¿Y ahora cómo viviremos?

Nadie respondió. Cada cual presentía que su vida había sido transformada; pero ya la luz interior se había extinguido y sólo veían sombras dentro de sus almas.

Rompiendo el silencio, alguien preguntó, sin saber si lo deseaba o lo temía:

—¿Habremos muerto al *Maestro?*

FIN DE
"EL MAESTRO"

LA REBELION

I

MANO CARLOS

ESTO fue cuando Juan Lorenzo tenía cinco años.

Una noche, a las primeras horas, estaba él en las piernas de la madre, que le cantaba para dormirlo, cuando llegó un hombre a la puerta y dijo:

—Señora, dígale a Mano Carlos que aquí está Julián Camejo que viene a cumplile lo ofrecío.

Efigenia dejó al niño en la mecedora y entrando en el cuarto del marido se acercó a la hamaca donde él estaba y le dijo, con su voz de sierva sumisa que habla al amo que acaba de azotarla:

—Que ahí está Julián Camejo que viene a cumplirte lo ofrecido.

El hombre saltó de la hamaca y se precipitó fuera del cuarto a grandes pasos, a tiempo que desabrochaba la tirilla del revólver en la faja que llevaba siempre al cinto.

Efigenia comprendió entonces lo que iba a suceder, pero no hizo nada por evitarlo, paralizada por el terror. Juan Lorenzo, que estaba mancornado en la mecedora, se enderezó rápidamente, cuando el padre atravesó el corredor, dirigiéndose a la calle.

Transcurrieron los instantes precisos para que el comandante Carlos Jerónimo Figuera atravesara el zaguán; pero a Efigenia le parecieron infinitos, porque durante ellos estallaron en su cerebro un tropel de pensamientos que, para sucederse unos a otros, habían requerido largo espacio de tiempo. Esperando oir el disparo inevitable le pareció que

se dilataba tanto, que se preguntó mentalmente: "¿Cuándo sonará?"

Por fin oyó. Algo espantoso que no se borraría jamás de su memoria: un quejido estrangulado, corto, angustioso como un hipo mortal, y luego el ruido del portón contra el cual había caído algo muy pesado.

Mucho tiempo después Efigenia recordó que entonces había dicho ellá, lentamente y a media voz: "¡Ya lo mataron!", y que afuera, en la calle, en todo el pueblo, en el aire, había un silencio horrible.

Luego comenzaron a oírse voces de los vecinos agrupados en la puerta. Lamentaciones de mujeres que parecía que hablaban tapándose las bocas con las manos trémulas de espanto:

—¡Ave María Purísima! ¡Dios me salve el lugar!

Un hombre que decía:

—¡Lo sacó de pila!

Una voz autoritaria:

—No lo toquen. Hasta que no venga el Juzgao no se pué levantá el cuerpo.

Voces lejanas:

—¡Cójanlo! ¡Cójanlo!

Poco después, Juan Lorenzo, que se había quedado inmóvil en su asiento del corredor, vio que unas mujeres abrían la entrepuerta para dar amplio paso a los que traían el cadáver del comandante Figuera. Cautelosamente fue deslizándose en el asiento hasta alcanzar el suelo y sin quitar la vista de la puerta por donde iba a aparecer aquella cosa horrible. Luego echó a correr hacia donde estaba la madre.

II

LA OTRA EFIGENIA

Han transcurrido unos días. Un viajero que viene de Caracas se detiene en la casa de Efigenia y habla con ella.

—Bueno, comadre. Yo cumplí su encargo. Pero franca-

mente le digo que me ha pesao, porque aquellas señoras tías suyas, en cuanto no más les dije a lo que iba me saltaron encima, como unas macaureles. Y usté perdone la comparación.

A Juan Lorenzo le hizo mucha gracia y estuvo riendo largo rato.

—¡Como unas macaureles! ¡Ja, ja, ja!...

El hombre sonreía mirándolo tan regocijado.

—¡Ríete! Que ya vas a sabé tú pa qué naciste.

Efigenia sonreía también; pero su sonrisa era algo muerto sobre su rostro alelado. Luego dijo, sin haber recogido todavía aquella sonrisa que se le había quedado olvidada en la faz triste:

—¿Quiere decir que no están dispuestas a recibirme?

—Tanto como dispuestas no creo yo que puea decí; pero después que me tupieron con sus desahogos contra usté y contra el difunto mi compae, que en paz descanse, me dijeron que podía decirle a usté que qué iba a hacé; que por lo visto ellas no tenían más misión en el mundo que estala recogiendo a usté y a lo que usté quisiera llevarles pa su casa. Porque sin yo estásela preguntando me soltaron toa la historia suya: que si su padre de usté se enredó con una mujer que no era igual a él y la tuvo a usté por trascorrales; que si un día se presentó caje de ellas con usté chiquitita, porque se le había muerto la mujé y que ellas, como al fin y al cabo eran las hermanas d'él y les dio lástima vela a usté desampará, la recibieron y la criaron como hija, pa que después usté y que les pagara too el cariño que le tuvieron saliéndose de la casa con el zambo Carlos Jerónimo. Asina mismo me lo dijeron.

Chupó el tabaco, haciéndolo girar entre los dedos, y concluyó:

—Francamente, son bien espesas las señoritas esas.

A lo que respondió Efigenia:

—En el fondo no son malas.

—Ya ve, lo que es en eso ni quito ni pongo. Lo que hago es decile lo que me dijeron, sin ganale naa, pa que

mañana no tenga usté que haceme cargos por no habele hablao con franqueza.

Guardó silencio. Efigenia lo miraba, con su mirada fija y distraída a la vez de persona ausente de la realidad exterior. Cohibido, el hombre bajó la suya, y luego, poniéndose de pies, dijo, sin ver la cara de Efigenia, con la áspera voz enternecida:

—¿Quiere decí que usté está dispuesta a dirse pa Caracas?

—¿Qué voy a hacer?

—Bueno. Que le resulte bien, comae. Yo sentiré mucho perderla de vista, porque la noche del velorio se lo juré al difunto que no la abandonaría a usté y al muchacho; pero no es de mi incumbencia atravesame en su voluntad. Y naa más tengo que decile, sino que si, en una comparación, alguna vez necesita usté de mí no tiene sino que llamame.

Y ya en la puerta, despidiéndose:

—El mes que viene tengo viaje pa Caracas. Como usté y el chavalo no pueen hacé el viaje a caballo, si usté quiere dirse conmigo, yo le hago prepará una de las carretas pa que vaya más cómoda.

—Si usted quiere también hacerme ese favor.

—Es mi deber. Naa tiene que agradecerme.

Desde aquel día, Juan Lorenzo, ajeno al sufrimiento perennemente pintado en el rostro de la madre, no hace sino anhelar por el viaje a la capital y se ríe sabrosamente cuando piensa que va a conocer a las macaureles, que sólo de este modo llamaba ya a las tías de su madre.

Por fin llegó el día de la partida. En una lluviosa madrugada salió de Villa de Cura el convoy de carretas de Ramón Fuentes que hacía el tráfico entre los pueblos más próximos del llano y Caracas. Iban cargadas de quesos y de cueros de ganado, menos una en la cual, bajo un toldo formado con el encerado y sobre colchones que amortiguaban los batacazos, se colocaron Efigenia y su hijo.

Estuvo lloviznando casi toda la mañana. La marcha era lenta y trabajosa. Los carreteros corrían continuamente a lo largo del convoy acudiendo a sacar las carretas de los atolladeros o a ayudar a las mulas a repechar las cuestas

resbaladizas. El tintineo de los arneses, el traqueteo de las ruedas en los baches, el perenne caer de la llovizna lenta y menuda; el dejo melancólico de los cantos de la tierra, a ratos en boca de los carreteros, aumentaban la monotonía del camino. A mediodía levantó el tiempo y roto el brumoso velo de la llovizna lució el verde tierno de los sembrados y el suave azul de los montes lejanos. Luego comenzó a calentar el sol, con lo cual se hizo más fuerte la pestilencia de los cueros que iban en las carretas.

Bajo el toldo de la última del convoy, caliente como un horno, Efigenia y Juan Lorenzo, molidos por el traqueteo de la marcha, entontecidos por la modorra, guardaban silencio. En pos de ellos iba Ramón Fuentes, en un macho rucio. Durante las primeras horas del viaje había ido hablando con Efigenia cosas de su negocio, cosas del camino; pero ahora callaba también, bajo el peso del mediodía. De pronto dijo, dando curso a sus pensamientos:

—Comadre. ¿Y cuando Julián Camejo llegó proguntando por el compadre, usté no cayó en malicia?

—No.

—¡Caramba! ¿Y usté no sabía que ellos tenían un pique viejo?

—Yo nunca supe nada de las cosas de Carlos Jerónimo.

—Sí. Ellos tenían un pique desde cuando Mano Carlos fue jefe civil de la villa. Parece que el Julián Camejo ese tenía una mujercita y el compadre se la enamoró.

Y después de una pausa:

—¡Caramba! Si usté cuando vio que Mano Carlos salió acomodándose el revólver, se le atraviesa y no lo deja salir, quizá se evita la desgracia.

Efigenia lo miró largo espacio, y al cabo murmuró:

—Ya no era tiempo.

Nuevo silencio. Ramón Fuentes no se explicaba cómo Efigenia podía hablar de aquello con tanta impasibilidad.

—¡Caramba! No me explico yo cómo un zoquete como Julián Camejo haya podido pegase al compadre. ¡Un hombre como Mano Carlos, tan defenso! ¡Ah, hombre macho y facultado que era el compadre! ¡Y pa que vea! Vino a pegá-

selo un zoquete que era la sopa de too el mundo en La Villa.

Efigenia oyó aquel bárbaro panegírico del marido como si se tratase de persona extraña. ¡Estaba tan distante de participar, ni aun de comprender aquella admiración del carretero!

Y sin embargo, aquel hombre de quien se trataba había sido su compañero durante seis años, y, lo que era todavía más absurdo: ¡había sido el amor de su corazón, la ilusión de su vida, durante algún tiempo! ¿Dónde había estado ella, la verdadera Efigenia, durante todo ese tiempo? ¿Quién había reemplazado a la ausente, a la verdadera Efigenia, a la que se crió en la casa de las tías Cedeño, en Caracas, que tocaba el piano, por fantasía, la *Serenata* de Schubert y cantaba con verdadero sentimiento romántico aquello de "Volverán las obscuras golondrinas", de Bécquer? ¿Cómo era posible que fuesen la misma persona aquella muchacha sentimental de antes y esta mujer embrutecida que venía ahora de La Villa, entre carreteros, en una carreta, con un hijo tenido de la unión con el zambo Carlos Jerónimo Figuera, hombre rudo y brutal a quien asesinaron de un lanzazo en la puerta de su casa por haber quitado la mujerzuela a otro?

Entretanto, Juan Lorenzo ha estado oyendo la conversación; pero aunque sabe perfectamente de qué se trata tampoco se da cuenta cabal de la situación. La muerte de su padre lo impresionó por su aparato trágico, pero luego se convirtió para él en un hecho tan sencillo o tan sorprendente como son para los niños todo los hechos. En realidad, para él nada había cambiado en la vida: antes había en su casa un hombre que llenaba el ámbito con sus interjecciones groseras y en las horas de buen humor se las enseñaba a proferir a él; ahora ya no estaba; pero para él las cosas esenciales seguían como antes: su pensamiento incansable, el espectáculo del mundo siempre atrayente, su pequeño cuerpo ávido de correr, saltar, su risa siempre dispuesta a derramarse en carcajadas..., y allá, en el término de aquel viaje que por más aburrido que fuera nunca llegaría a fastidiarlo, unas perspectiva nueva: Caracas, y en ella una cosa

sumamente divertida: las tías Cedeño, ¡bravas como macaureles! ¡Ya tenía maquinadas una buena porción de travesuras para hacerlas rabiar!

Al atardecer el convoy se detuvo en una ranchería del camino. Ramón Fuentes se ocupó en preparar cómodo alojamiento para Efigenia; los carreteros despegaron las bestias y luego acudieron al trago en la pulpería, dejando a la orilla del camino la hilera de carretas cargadas. Efigenia se embelesó en la contemplación del plácido crepúsculo que doraba la jugosa campiña aragüeña.

Entretanto, Juan Lorenzo andaba por los corrales, conversando con unos arrieros que lo conocían. Cacareaban las gallinas, subiéndose a las ramas de un totumo; un arreo de burros se abrevaba plácidamente en torno al estanque; las mulas de Ramón Fuentes se refocilaban en el revolcadero; el acre olor del estiércol saturaba el aire; cortando malojo en los pesebres, unos arrieros cantaban un corrido aragüeño.

Tal espectáculo removía dentro del alma de Juan Lorenzo obscuras afinidades, burdos anhelos de la sangre plebeya. Para expresarlos fue en busca de Efigenia, y le dijo:

—Mamá: cuando yo esté grande, voy a ser arriero. ¿Sabes?

—Véalo, pues—dijo Ramón Fuentes—, cómo desde chiquito tiene inclinación al trabajo. ¡Eso está bueno!

Contemplando la estrella de la tarde, Efigenia, la otra Efigenia, la que cantaba antes la *Serenata* de Schubert, le pidió a Dios que no se realizara el deseo del niño.

III

LAS MACAURELES

Las Cedeño estaban en la ventana de su casa de la calle de San Juan cuando vieron detenerse junto a la puerta el convoy de carretas de Ramón Fuentes, en la última de las cuales venía Efigenia, bajo el aparatoso toldo que llamó la atención del vecindario.

Reconocer a la sobrina y cerrar la ventana, con gran estrépito y demostración de desagrado, todo fue uno. Antonia, la mayor de las dos solteronas, con las venas del cuello ingurgitadas, decía, ahogándose, mientras se alisaba el cabello, que parecía que se lo hubiera despeinado el viento de la cólera que respiraba:

—¡Esto es el colmo! ¡Presentarse en una carreta, en una cuadra como ésta!

—¡Y a la hora en que todo el vecindario está en las ventanas!—agregó Mercedes, completando el pensamiento de la hermana, a tiempo que revisaba apresuradamente el orden y limpieza de la sala, como si preparase recibimiento a persona de categoría.

Entretanto, Ramón Fuentes decíale a Juan Lorenzo, al bajarlo de la carreta:

—Ahora es que te quiero, ahijado. Prepara las nalgas que ya vas a sabé lo que es bueno.

Cosa extraña, Juan Lorenzo se había puesto muy serio, tal vez a causa de lo mucho que le había recomendado la madre que no fuera a reírse de las tías, y parecía emocionado.

En cuanto a Efigenia, no podría asegurarse lo que pasaba en su alma, porque su rostro conservaba puesta aquella máscara de impasibilidad que le daba un aire de total embrutecimiento. Con la mayor naturalidad penetró en la casa, como si volviese a ella al cabo de una corta visita al vecindario.

Pero cuando vio el patio familiar, fresco y penumbroso, con los viejos granados floridos, los ladrillos cubiertos de musgo, y en los tiestos de barro esparcidos por el suelo las macetas de novios del humilde jardín de la tía Mercedes, todo tal como estaba cuando ella abandonó la casa, la madrugada de aquel funesto día remoto, para irse con el comandante Figuera, dilató los ojos dolorosamente, como si fuese a echarse a llorar, y cuando llegó al umbral de la entrepuerta su corazón palpitaba con violencia esperando el asalto de las tías.

Pero las Cedeño no estaban en el corredor. Dominado el

golpe de emoción, Efigenia tocó la puerta como una extraña. Nadie le respondió. La casa parecía sola, las puertas de los dormitorios estaban cerradas y no se apercibía un rumor.

Ramón Fuentes acudió:

—A ver, comadre, déjeme tocá a mí, pa que vea si lo que hace falta en esta casa es mano de hombre.

Y golpeó tres veces la puerta con los recios nudillos de sus dedos de carretero. El silencio de la casa retumbó, y oyóse dentro la voz de Antonia Cedeño:

—Están tumbando la casa. ¡Qué escándalo!

A tiempo que aparecía en el corredor, poniéndose los espejuelos para preguntar:

—¿Qué se les ofrece?

—Gente de paz—respondió Efigenia—. Soy yo.

Y Antonia, con un olímpico desdén:

—¡Ah! Eres tú. Pasa para adentro.

Detrás de Antonia acababa de aparecer Mercedes. Parecía muy ocupada en arreglarse una boa de plumas engrifadas que llevaba al cuello, aunque en realidad lo hacía para no ver a los recién llegados.

Juan Lorenzo, pegado a las faldas de la madre, pasaba y repasaba sus miradas de una a otra de las Cedeño. Y observó que Antonia tenía cara de pájaro picudo coronada de un copete de cabellos revueltos y mal teñidos, y que a Mercedes le acontecía más o menos lo mismo en cuanto al cabello, pero tenía más tersa y suave la piel de la cara y un aire más dulce en la fisonomía. Pero lo que estuvo a punto de desbordar su contenido deseo de reírse de las tías fue el haber descubierto la cantidad de venas que se marcaban, gordas y tensas, en el pescuezo de Antonia. Seguramente era por aquello que su padrino decía que se parecían a unas macaureles, porque, en efecto, aquel pescuezo era un haz de culebritas paradas.

Mientras él estaba en esto, Mercedes había iniciado la conversación, preguntándole a Efigenia, por decir algo:

—¿Y tú viniste desde La Villa en esa carreta?

A lo que respondió Antonia, antes que lo hiciera la in-

terpelada, con un tono sarcástico verdaderamente inaguantable:

—¡Guá! ¿Y por qué te extraña, niña? ¡Es una carreta muy bonita y muy limpia, con su toldo muy gracioso! ¿No te has fijado? Es un lujo. Hasta tiene unas ramas de sauce que la adornan mucho.

Ramón Fuentes intervino, porque ya no podía contenerse:

—De sauce, no, señorita; de lecherito. Usté como que no conoce las matas.

—¡Ah! ¿Tú ves, Mercedes? De lecherito. Son de lecherito las ramas esas.

Plantándose de un modo que parecía que ahora pesaban más sobre el suelo, con las piernas separadas y flexando las rodillas, Ramón Fuentes buscaba pelea, dispuesto a no quedarse con aquellas pullas:

—Sí, señor. De lecherito.

Efigenia oía el diálogo, inmóvil en medio del corredor y sin que un gesto se dibujase en su máscara trágica. Más que nunca parecía el cuerpo vacío de una persona ausente.

Mercedes Cedeño fingía estar muy interesada en quitarle algo que tuvieran las hojas de una mata de novios; pero se llevaba las manos a los ojos muy a menudo.

—Bueno, comadre—dijo, por fin, Ramón Fuentes—. Yo ya cumplí mi misión. Le digo adiós. Quizá no nos volvamos a vé más.

La abrazó campechano sin verla a la cara, dio unas palmadas en las mejillas de Juan Lorenzo, mientras sacaba de la faja del cinto unas monedas que puso en las manos del ahijado, diciéndole:

—Tome, pa que tenga pa sus dulces.

Y tomó la salida, soltando a las Cedeño un áspero:

—Buenas tardes.

—Que lo pase usted bien—respondió Antonia, con afectada cortesía.

Entretanto, Efigenia le decía a su hijo:

—Pídele la bendición a tu padrino.

—Que Dios lo bendiga—contestó Ramón Fuentes desde el zaguán.

Y ya en la calle:

—Y lo saque con bien.

Juan Lorenzo seguía observando a las tías, y como reparase que a Antonia se le estaban poniendo más gordas y tensas las venas del cuello, se dijo, mentalmente:

"¡Concho! ¡Mírale las culebritas!"

Y estuvo a punto de soltar la carcajada.

Pero algo inesperado y sorprendente acababa de suceder. Las Cedeño rompieron a llorar simultáneamente y se precipitaron en los brazos de Efigenia, que por fin lloraba también.

Luego, sonándose, Antonia dijo, con una voz nueva en ella, mientras se llevaba a Efigenia hacia adentro, todavía abrazada:

—¡Muchacha! ¡Tú no sabes lo que nos has hecho sufrir!

Mercedes cargó con Juan Lorenzo y se lo llevó al comedor, comiéndoselo a besos:

—¿Quieres comerte un bizcochito?

Juan Lorenzo se dejaba besuquear dócilmente. Aquello no era lo que él esperaba de las tías. ¿Por qué habría dicho su padrino que eran bravas como macaureles?

IV

QUESADILLAS DE LAS CEDEÑO

Ha pasado esa hora viva y profunda de la cual toda alma da la suma entera de su bondad esencial en una acción, en una palabra, en un gesto. Las Cedeño vivieron esa hora cuando se arrojaron en los brazos de la infeliz Efigenia, olvidando lo pasado y poniendo por encima de los prejuicios que les endurecían los corazones un noble y generoso sentimiento humano. Ahora rueda la turbia corriente de las horas muertas, en las cuales el alma yace sepultada bajo esa corteza que forma la vida y que se llama el carácter.

Pasaron los días de llantos y ternuras. Efigenia ha contado parte de sus tristezas, pero se adivina que no ha que-

rido volcar completamente todo su doloroso secreto conyugal, y por más que las tías la han acosado con sus preguntas, todavía lo guarda, con un noble pudor, en el fondo del hermético corazón dolorido.

Esto aviva la curiosidad de las Cedeño. A menudo se las hubiera podido oir, cuchicheando entre sí acerca de lo que ellas se imaginaban que haría con Efigenia aquel bárbaro comandante Figuera, siendo tan firme la convicción que fundaban de sus gratuitas hipótesis, que cuando a una se le ocurría decir:

—A mi nadie me quita de la cabeza que cuando el demonio ese salía a sus fechorías en la calle le metía a Efigenia el moño entre las hojas del escaparate y se llevaba la llave, para que no pudiera moverse mientras él estuviera afuera.

La otra comentaba, como de cosa perfectamente averiguada:

—¿De veras, niña? ¡Lo mismo que el viejo Guzmán!

Y cuando hubieron inventado una buena porción de estas especies quedáronse satisfechas como si ya conocieran el íntimo secreto de Efigenia.

Por su parte, las Cedeño tampoco han referido a la sobrina muchas novedades.

—Nosotras, lo mismo que siempre. Llevando nuestra vida, que es muy tranquila, y, a Dios gracias, no tiene capítulos feos.

Y Antonia Cedeño, revistiéndose de fiera majestad, reforzaba el pensamiento insidioso de Mercedes:

—Eso sí, tendremos que agradecerle siempre a la Divina Providencia: nos moriremos sin dejar una historia.

Y miraba de soslayo a Efigenia para cerciorarse del efecto que le produjeran sus palabras.

Pero Efigenia no se daba por aludida y permanecía en su actitud enigmática, mirándolas serenamente, con aquellos ojos que habían presenciado el horror indecible.

Sin embargo, las Cedeño tenían también su misterio: un misterio de orden económico que administraba Antonia. Sin haber abundancia de nada, en aquella casa de mujeres solas

no se sufrían privaciones mayores. El diario amanecía todos los días en poder de Antonia; pero no se veía por dónde entraba en la casa aquel dinero tan oportuno, que nunca faltaba ni sobraba. Si alguien hubiese intentado averiguarlo, Antonia Cedeño habría respondido, echando a andar, como para evitar preguntas indiscretas:

—Esos son unos realitos que me quedaban por ahí.

Y siempre le quedaban precisamente los del día siguiente. Habría de ser Juan Lorenzo quien descubriera que con este misterio administrativo tenían relaciones las visitas que, entre semanas, hacía aquel señor Noguera que, siempre cerrado de negro, de paltó-levita y pumpá, se presentaba con pasos menuditos y en llegando al corredor, de ordinario solo, tocaba con el bastón en la mesa, y decía:

—Por aquí estoy yo, doña Antonia.

Antonia—nunca era Mercedes quien lo recibía—dejaba lo que estuviera haciendo, se alisaba el pelo, cambiaba los espejuelos de diario, que tenían aros de alambre, por los que lo tenían de oro, y hacía pasar al señor Noguera a la sala. Allí estaba largo rato hablando paso, de manera que ni detrás de la puerta se podía descubrir lo que se decían, al cabo de lo cual salía el señor Nogueras diciendo, invariablemente:

—Despídeme de Merceditas y de la muchacha.

Al oírlo por primera vez después de su regreso a la casa, Efigenia pensó que durante seis años el señor Noguera había tenido que suprimir en su despedida aquellas palabras que se referían a ella: y la muchacha. ¡Y esto le pareció tan doloroso! No por ella, sino por el señor Noguera, a quien tal cambio debió hacerlo sufrir mucho, pues era de esas personas inmutables a quienes no se puede concebir sino como son y repitiendo toda la vida unas mismas palabras y unos mismos gestos.

Ahora el señor Noguera se había visto obligado a agregar unas palabras más en su despedida; pero para no modificar su costumbre las añadía cuando ya estaba en la puerta, poniéndose el pumpá:

—¿Y el trivilín? ¿Muy travieso?

—¡Insoportable!

Acto seguido aparecía Mercedes, porque se trataba de Juan Lorenzo y éste era su debilidad:

—¡De comérselo crudo! ¿Sabe usted lo que se le ocurrió ayer a esa criatura?

Y contaba la última travesura del muchacho.

El señor Noguera se desmigajaba suavemente de risa.

—¡Ji, ji, ji! Vaya, pues, ya tiene ustedes con qué divertirse. Dénmele un coscorroncito de mi parte.

Y el señor Noguera se iba.

Pero llegó un sábado—era su día habitual—y el señor Noguera no apareció en la casa de las Cedeño. Tres días después, Juan Lorenzo vio que las tías se vestían de negro para salir y notó que Antonia tenía los ojos encarnizados.

Cuando ellas salieron, preguntó a la madre:

—¿Para dónde van?

—¿No sabes? El señor Noguera se murió. Van al entierro.

Juan Lorenzo permaneció un momento reflexionando, y al cabo dijo:

—Y ahora, ¿quién va a traer los churupos?

—¿Qué es eso? ¿Qué estás diciendo?

—¡Guá! ¿Tú no sabes? Los churupos de la comida. El señor Noguera era el que los traía.

—Qué sabes tú. No hables tantos disparates.

—¿Que no? Yo lo vi un día. Me asomé por el agujerito de la llave y vi que él daba a mi tía Antonia un paquetito de riales.

En los días siguientes flotó en el aire de la casa de las Cedeño una sombra de singular tristeza. Parecía que faltaba algo esencial, sin lo cual no era posible la existencia, como si el señor Noguera hubiera pasado allí todos los días de la suya, ocupando un amplio espacio, desempeñando una importante función.

A menudo decía Antonia, enjugándose una lágrima tenaz:

—¡Dónde volveré a encontrar otro señor Noguera!

Y Mercedes se entregaba a una inquietante actividad que tenía interesado a Juan Lorenzo. Abría baules que siempre estuvieron cerrados, sacaba objetos nunca vistos por él: cucharillas de plata, pertenecientes a una fantástica vajilla que, según ella contaba, figuró en el banquete que un vago antepasado de ella dio en obsequio del general Boves, el año catorce; un cofrecito lleno de corales y azabaches, trozos de prendas viejas, hasta un pañolón de seda negra con grandes y descoloridas ramazones bordadas, que era precisamente el mismo que lucía en los hombros la abuela materna de las Cedeño, en el retrato que estaba en la sala.

Exhumando aquellos objetos que tenían historias, Mercedes hacía largas excursiones por el pasado brillante de las Cedeño para que Juan Lorenzo fuera conociendo los anales de la familia, que un tiempo fuera de las más mantuanas de Caracas.

Juan Lorenzo, con ambas manitas entrelazadas y metidas entre las rodillas, la escuchaba embobado, mientras la traviesa imaginación se le iba tras las sombras de los fantásticos abuelos de los cuentos de Mercedes, que tenían sangre azul en las venas, cosa que le parecía sumamente divertida, y dejaron enterradas botijuelas repletas de onzas de oro, cosa que lo hacía olvidarse de que la tía Mercedes era muy embustera.

Por su parte, Efigenia, dándose cuenta de que aquel continuo rebuscar de Mercedes en los baúles objetos de algún valor era el anuncio de malos tiempos que habían de venir, se entregó también a la misma inquietante actividad. Una vez se presentó en el cuarto donde estaba la tía Antonia revolviendo un fajo de papeles, y le dijo, mostrándole un collar de oro, grueso y pesado, que era el único regalo que le había hecho el comandante Figuera:

—Madrina, aquí tengo yo esto, que debe valer algo y no me sirve a mí para nada. Disponga de él.

—No, hija. Guarda tus cositas. Todavía no hay gran necesidad; por ahí me quedan unos realitos. Aquí estoy jurungando estos papeles a ver qué es lo que se puede cobrar. Yo tenía unos centavitos de mis ahorros y el señor Noguera

me aconsejó que los pusiera a premio. El mismo hacía las evoluciones y con el producto de eso es que hemos ido viviendo hasta ahora. ¡Imagínate la falta que nos irá a hacer el señor Noguera!

Efigenia tuvo una idea:

—Y por qué no buscamos, madrina, algún trabajo que podamos hacer en la casa. Yo sé coser de sastre y eso lo pagan bien.

—No, hijita. ¡Trabajar tú! ¡Y con lo delicada que andas siempre!

Mercedes acudió providencial. Las quesadillas que ella hacía cuando necesitaba dar una cuelga tenían fama de ser las mejores de Caracas. Ya una amiga del vecindario le había insinuado la idea de hacerlas para la venta.

Antonia rechazó, orgullosa. ¡Las Cedeño haciendo quesadillas! ¡Ella sabía ser pobre sin perder la dignidad!

—¡Cuándo! ¡Ni por un pienso!

Mercedes dijo que ella conocía muchas familias muy decentes y de lo principal que vivían de hacer hallacas para la venta y afirmó que no encontraba diferencia entre una hallaca y una quesadilla; pero todo fue inútil: Antonia no convenía en que anduviera rondando por las calles su apellido, que era de los pocos apellidos respetables que quedaban en Caracas.

—¡Imagínense! ¡Que vayan a saber las Perales, esa gentuza de aquí al lado, que nosotras estamos haciendo granjerías! ¡Cómo se reirían de nosotras, que no hemos querido hacerles la visita de vecinas, para no enguachafitarnos! ¡No, no! ¡Déjense de eso!

Pero transcurrieron unos días, se fueron mermando los realitos que *le quedaban por ahí* y la perspectiva de amanecer un día sin el diario le quebrantó el orgullo. No obstante, como ella no daba nunca el brazo a torcer, esperó a que Mercedes insistiese en lo de las quesadillas, dispuesta—¡qué iba a hacer!—a dejarse convencer, de que no era deshonroso aquel trabajo.

Insistió Mercedes. Antonia se defendió débilmente. Efigenia adujo razones muy sensatas y el punto previo quedó

resuelto: nada de particular tenía que se ganaran la vida haciendo granjerías.

—¿Y ustedes creen que eso dé para vivir?

—Por lo menos para ayudarnos.

—Pero, ¿quién las saca a vender?

—Juan Lorenzo.

—¡Pobrecito!—dijo Antonia, pasando la mano por los cabellos del niño—. Quién iba a decirle que la muerte del señor Noguera...

Pero se enterneció hasta el extremo de no poder continuar la frase.

Mercedes completó el pensamiento trunco:

—Ahora va a ser él el hombre de la casa.

Y quedó decidido que desde el día siguiente comenzarían a hacer quesadillas que Juan Lorenzo sacaría a la venta.

Este acogió el proyecto con muestras de entusiasmo y prometió que iba a vender una cantidad fabulosa de quesadillas. En la noche, al dormirse, soñó que iba por unas calles nunca vistas, muy largas y muy anchas, gritando su mercancía, con un canto muy bonito, parecido al que entonaba aquel muchacho que pasaba al obscurecer por la calle de San Juan pregonando pandehorno, abizcochado, caliente. Un canto de notas largas y melancólicas que le recordaba también el cantar de los llaneros que pasaban por La Villa con puntas de ganado.

Al día siguiente, después del almuerzo, le puso Mercedes en las manos un platón colmado de doradas y olorosas quesadillas.

—Ya sabes—le dijo, mientras le abrochaba el saco para que no se pareciera a los muchachos del pueblo y establecer con la compostura del traje la conveniente distinción del rango social—. Ya sabes. No te vayas muy lejos. Coges por la acera de enfrente y caminas hasta la acera de Los Angelitos; de allí te devuelves por esta acera. No se te ocurra cruzar en las esquinas, porque te pierdes.

Y Efigenia:

—Mucho fundamento, Juan Lorenzo. Ten cuidado con el platón, no lo vayas a tumbar.

Y Antonia:

—Oye una cosa: no entres a las casas de esta cuadra, porque en todas te conocen y van a descubrir que son de aquí las quesadillas. Ya lo sabes. Y cuidado como se te ocurra decir en alguna parte que las hacemos nosotras.

Juan Lorenzo sentía palpitar con violencia su pequeño corazón. Era un momento decisivo de su vida y él lo vivía con la honda emoción de su trascendencia.

Todavía Antonia lo amonestaba, a punto de arrepentirse de haber convenido en aquella vergüenza:

—Oyeme bien. Casa de las Perales, aquí al lado, no entres ni que te llamen.

—¡Sí, hombre! ¡Yo sé! ¡Hasta cuando!

Por fin se vio libre del asedio de las mujeres y salió a la calle. Todo cuanto le habían recomendado se le olvidó. Tomó una dirección que no era la que le había dado la tía Mercedes y en el primer portalón que encontró—¡ en el de las Perales!—pegó un grito:

—¡Quesadillas de las Cedeño!

Las Cedeño lo oyeron claramente y les pareció que el mundo se les venía encima.

V

EL ESCULTOR INVISIBLE

—¡Pónganle preparo a su muchachito!

Era la queja perenne en la puerta de las Cedeño, en la boca de todos los chicos que para vengarse de las maldades que les hacía Juan Lorenzo corrían detrás de él, y cuando no lograban alcanzarlo, porque se metía veloz en la casa, pegaban en la puerta aquel grito para que la familia lo castigase.

—Juan Lorenzo: vente para acá. ¿No te he dicho que no te metas con los muchachos de la calle?

—Esos son embustes, mamá. Yo estoy aquí muy tranquilo.

Efectivamente, cuando lo decía estaba muy quieto y fundamentoso, haciendo como si leyera en un libro que encontrara en la mesa del corredor, o como si contemplara las matas de novia de la tía Mercedes.

Esta, riéndole la travesura, acudía siempre en su defensa:

—Es verdad, niña. El está aquí muy tranquilito.

Y luego, a Juan Lorenzo, bajando la voz:

—¿Qué le hiciste, mandinga?

—Que le metí una zancadilla, porque me estaba trabajando, y lo tumbé patas arriba.

—¡Ah diablito!

Pero cuando no estaba Mercedes por allí y era Antonia la que intervenía, el diablillo las pasaba amargas.

—¡Sí, muy tranquilo que estás, grandísimo hipócrita! Siéntate aquí, en mi cuarto, y ponte a leer.

Y lo hacía sentarse al lado suyo, en el dormitorio donde ella pasaba horas enteras, revisando una y mil veces los vales y pagarés que le otorgaron las personas a quienes ahora ella prestaba dinero directamente y con mayores ganancias que las que obtenía cuando era el señor Noguera el intermediario.

Entretanto, Juan Lorenzo, sometido a la tortura del Mantilla, bostezaba y desperazábase, sintiendo picazones en todo el cuerpo desde las primeras líneas. Para vengarse de la tía interrumpía a menudo la lectura verdadera y comenzaba a silabear, como si le costase trabajo leer la palabra que no estaba en el libro.

—U-na ma-cau-rel. ¡Una macaurel!

—¿Dónde dice eso?—inquiría Antonia severamente, intrigada ya por aquellas macaureles que a cada página estaba viendo Juan Lorenzo, en tanto que Efigenia, que estaba en el secreto de la ocurrencia, soltaba la risa, tapándose la boca para que no la oyese la tía y cayese en la bellaquería del muchacho.

Este leía unas líneas más, y de repente preguntaba, invariablemente:

—Y hoy, ¿no voy a sacar las quesadillas?

—¡Eso sí te gusta a ti, vagabundito! Para estar en la calle reunido con todos los percucios, aprendiendo picardías.

En efecto, Juan Lorenzo había hecho rápidos progresos en la materia. Conocía ya todos los juegos plebeyos, de lo cual daban fe metras, chapas, bonetes y baratijas de cigarrillos que llenaban sus faltriqueras. Y había adquirido un extenso y procaz repertorio de refranes y calembures, que escandalizaban a las mujeres de su casa, especialmente a Efigenia, que veía con horror casi supersticioso cómo estaban apareciendo en su hijo, bajo la acción del ejemplo callejero, los mismos modales groseros del padre.

Un día llegó a la puerta un muchacho preguntando por Juan Lorenzo:

—¿Quí está Mano Juan?

En la conciencia de Efigenia se produjo una aberración inquietante. Aquel momento presente había sido vivido por ella hacía mucho tiempo. Y hasta las mismas palabras con que respondió: "No, él salió desde esta mañana", aunque eran sencillas y apropiadas a las circunstancias actuales, le parecieron que estaban ya pronunciadas en su vida.

En efecto, era el pasado que volvía. Al día siguiente de haberse instalado en La Villa, en la casa del comandante Carlos Jerónimo Figuera, su marido, había llegado Ramón Fuentes, preguntando:

—¿Aquí está Mano Carlos?

Y ella había respondido:

—No. El salió desde esta mañana.

La coincidencia no tenía nada de misteriosa, salvo que los amiguitos de Juan Lorenzo, casi todos de la granujería de la Cañada de Luzón, por llamarlo hermano le dijesen Mano Juan: como al comandante Figuera decían Mano Carlos los suyos; pero sí era extraño que fuese ahora cuando ella venía a darse cuenta cabal de lo que pasó por su espíritu cuando oyó llamar de ese modo a su marido.

En realidad, desde aquel momento comenzó a comprender qué clase de hombre era aquel a quien ella se había entregado; pero entonces estaba bajo la misteriosa acción de

aquella fuerza que le enajenara totalmente la voluntad desde el día en que, estando ella de visita en casa de unas amigas de El Empedrado, le acompañó en la guitarra una canción a Carlos Jerónimo Figuera, que se hallaba también allí.

Ahora recomenzaba la historia. ¡Ya su hijo era también Mano Juan! ¡Y cómo iban apareciendo, día a día, en la faz del niño, los rasgos paternos, reveladores del alma burda y brutal! ¡Ya ella había experimentado vagas zozobras desde que empezó a darse cuenta de que, sobre el rostro del niño, estaba trabajando un escultor invisible para reconstruir la obra destruída por el puñal de Julián Camejo!

La noche de aquel día, cuando desnudaba a Juan Lorenzo para que se acostara, le preguntó, tímidamente:

—¿Por qué dejas que te llamen Mano Juan?

—¡Guá! Me dicen así por cariño.

—¿Y es que te quieren mucho esos muchachos?

—Sí. Pero es porque yo les tengo a monte a todos.

—¿Qué quieres decir con eso? Tienes unas maneras de hablar que no me gustan.

—¡Guá! Eso quiere decir que les mando grueso. ¿Tú crees que si yo no fuera así con ellos me querrían? Harían su sopa conmigo.

—¿Y por qué no buscas otros amiguitos? Hay por aquí muchos niñitos decentes que te querrían sin que tuvieras necesidad de ser malo con ellos.

—¿Los patiquines? ¡Hum! Esos no sirven pa na.

Efigenia pensó, con dolor: "¡Lo mismo que su padre!"

Y le pareció que era inútil insistir en arrancarle de aquellos sentimientos plebeyos que estaban ya tan profundamente arraigados. Por otra parte, no se atrevía tampoco a hacerlo, asaltado de pronto su ánimo por el temor supersticioso a la presencia invisible del comandante Figuera, redivivo en las palabras del hijo.

Y mientras éste dormía, siguió cavilando ella. Nada de su ser había puesto para formar el del hijo. Sólo la sangre paterna estaba ejecutando la obra.

Y no podía ser de otro modo—pensaba—, si cuando ella

lo llevaba en sus entrañas no era propiamente una persona, sino un cuerpo vacío, en el cual el alma—totalmente abolida la voluntad—era tan inútil como una luz que se queda olvidada en una sala cerrada y sola. ¿No había renunciado ella a sus derechos más legítimos sobre el hijo que iba a nacerle, puesto que había aceptado, sin protestar, que fuese su marido quien dispusiera de él, como si fuera suyo solamente, para escoger el nombre que había de llevar, la educación que se le daría y hasta el oficio a que se dedicaría? ¡Natural era, pues, que Juan Lorenzo no tuviese nada de ella, ni un rasgo en la fisonomía, ni un sentimiento delicado en el alma!

Y pensando así, Efigenia tuvo, por la primera vez en su vida, la clara noción de su responsabilidad respecto al destino del hijo.

Mercedes Cedeño se acercó a ella, y púsose a contemplar la cara de Juan Lorenzo.

—¡Qué cosa más rara!—dijo—. ¿Tú no te has fijado en que este niño tiene dos caras? Una cuando está despierto: cara de malo; otra cuando está dormido. Entonces se parece mucho a ti. Fíjate. Es tu vivo retrato cuando estabas pequeña.

Una amplia ola de ternura maternal llenó el corazón de Efigenia. Agradeció las palabras de la tía, que tan sabroso y oportuno consuelo habían venido a darle, y bendijo los ojos que habían sabido verla a ella en la faz dulce y plácida del niño dormido.

VI

MANO JUAN

El escultor invisible que tallaba en el alma del niño los duros rasgos paternos ha concluído ya su obra. Juan Lorenzo es ahora un muchacho fornido, malcarado, de trato áspero y violento. Las riñas callejeras le han endurecido hasta volverlo cruel; las costumbres plebeyas lo han convertido en una criatura desagradable, ante quien su madre ha

terminado por adoptar la misma actitud medrosa que observaba con el comandante Figuera; le apuntaba el bozo, está mudando la voz y ya tiene el gesto desfachatado y en las maliciosas miradas la marca ruin de los torpes apetitos, de los vicios precoces.

A pesar de las reprimendas de Antonia Cedeño—única que se atreve a encarársele—, ha adquirido una fiera independencia y se pasa todo el día en la calle. Ya no es útil para nada y sólo ocasiona disgustos y sobresaltos a la familia: varias veces ha estado en la Policía, y una noche se presentó con el paltó cortado por navajazos que le tirara un muchacho a quien poco antes había aporreado.

En la parroquia su nombre de guerra es una voz de alarma: "¡Que viene Mano Juan!", y ya las madres están llamando a sus hijos, temerosas de que se los maltrate por quítame allá esas pajas.

Entre la granujería camorrista de El Guarataro, la Cañada de Luzón, Palo Grande, El Calvario, su personalidad era discutida y convertida en bandera de discordias: "¡A que tú no te pegas con Mano Juan!—se le responde siempre a las bravatas de los fanfarrones—. ¡Qué vas a agarrarte tú con Mano Juan! ¡Con ése sí que se acabó el carbón!"

Y no pasa día sin que venga uno a decirle:

—Por allá por donde yo vivo hay uno que dice que tú y que le tienes miedo.

Juan Lorenzo no respondía una palabra; pero ya era cosa sabida: no pasaría mucho tiempo sin que el que tal dijese tuviera la nariz rota o un ojo hinchado por los tremendos cabezazos que tan famoso lo habían hecho.

No era menester tampoco que viniesen a azuzarlo: bastaba con que descubriese que en alguna parte había un guapo, así fuera de la cuerda de otro barrio de la ciudad, para que él se encaminara en su busca y, en topándolo, se le encaraba y le decía, de buenas a primeras:

—¿Tú y que eres el más guapo de por aquí?

—¡Guá, chico! ¡Yo no sé leé, pero me escriben! A mí todavía nadie me ha pisao el petate.

—Pues mira que yo te lo puedo pisá. Soy Mano Juan.

¿No me has oído nombrá? ¿Quieres echate una agarraíta conmigo?

A veces se iban en seguida a las manos; pero, generalmente, se daban cita para un lugar solitario, fuera del poblado y en campo neutral, donde ni hubiese el peligro de la Policía ni el singular combate degenerase en una riña de *cayapas* a causa de la intervención de las respectivas cuerdas. Pero cuando trascendía la noticia de estos desafíos, los amigos de ambos contendores se trasladaban al sitio convenido para presenciar la pelea.

Juan Lorenzo solía presentarse vestido de limpio y con lo mejor de su indumentaria, como para darle al acontecimiento toda la importancia que para él tenía. Y como alguno de sus amigos le dijese:

—¡Vale! ¡Vienes como un papel de cogé moscas!

El respondía, fanfarrón:

—¡Es que yo me enjoyo pa peleá!

Del sitio casi siempre regresaba vencedor, seguido de la turba de los admiradores, que iban comentando a grandes voces su habilidad y destreza de gran tirador de cabezazos. Fiero y ceñudo, vibrantes los músculos de la cara por la contracción tetánica del maxilar, caminaba largos trechos todavía con los puños apretados y el pecho hirviente de cólera. Un día, después de una riña difícil y encarnizada que duró cerca de dos horas, cayó en medio de la calle presa de un ataque de epilepsia, a consecuencia del cual estuvo una semana en cama con un mareo constante y una absoluta pérdida de voluntad.

De este modo, Juan Lorenzo acabó con todos los prestigios parroquiales y llegó a ser, él solo, el guapo caraqueño, en torno de cuya fiera personalidad se formó muy pronto una pintoresca leyenda. Eco de ella se hacían especialmente los chicos que se iniciaban en la vida azarosa de las cuerdas; en el calor de sus ponderaciones. Mano Juan aparecía con las características del bandido generoso: protector de los débiles, amparo de los pequeños, terror de los *roncones,* azote de las *cayapas,* pasmo de los policías, de cuyas manos —decíase—había arrebatado muchas veces a los muchachos

que llevaban arrestados, así fuesen enemigos suyos; hazañas éstas que principalmente fueron las que más simpatías le conquistaron en el ámbito de la chiquillería sediciosa. En los juegos, todos querían ser manojuanes, y hubo muchos que, para conocerlo, se aventuraron a internarse en sus peligrosos dominios de la parroquia de San Juan.

Sólo de uno se sospechaba que podía rivalizar con él: Gregorio el Maneto, un zambo de más edad y cuerpo que Juan Lorenzo, muchacho de verdaderas averías, más malo que *Guardajumo,* capataz de una de las cuerdas de El Teque, nombre que se le daba a un barrio de la parroquia de Altagracia, donde tenían su feudo los más temidos facinerosos de Caracas. Pero ambos habían hecho siempre buenas migas, porque el Maneto era hijo de una antigua lavandera de las Cedeño y desde chicos habían sido *vales corridos,* suerte de pacto de alianza contra la cual nada habían podido insidias de sus respectivos secuaces, por mucho que vinieran azuzándolos.

—Ese es vale corrido mío—respondía siempre—. Nosotros no nos tiramos.

Sin embargo, en el fondo de esta camaradería existía un mutuo recelo: ambos se temían y se vigilaban, y ya esto era una semilla de odio que un día u otro habría de reventar.

El curso de los acontecimientos dio lugar a ello muy pronto. Un día fueron a decirle a Maneto:

—¿Tú sabes? Mano Juan como que se quiere volteá pa los patiquines. Hace noches que están yendo a la plaza de los Capuchinos unos de la cuerda del Capitolio, que le hacen muchas fiestas y él se las deja hacé.

Nombrarle al Maneto la cuerda del Capitolio era tocarle en lo más vivo y vehemente de sus odios. Movido por los implacables instintos de su sangre mulata, había jurado guerra sin tregua a los jovencitos de aquella cuerda aristocrática que se reunían en los alrededores del Capitolio, y casi todas las noches, a la cabeza de la horda de El Teque, los atacaba en sus dominios, sin que todavía hubieran podido parársele una sola vez: tal era la violenta pedrea con que les caía encima por sorpresa. Ahora venían a decirle que Mano

Juan, que al fin y al cabo era su rival, ¡hacía causa con sus enemigos naturales! Y el Maneto respondió, con una sonrisa siniestra:

—¡Ah, malaya sea verdá! Eso va a sé su perdición.

VII

LA REBELIÓN

Era cierto. Y no sólo que Juan Lorenzo recibía con agrado las visitas de aquellos parlamentarios que le enviaba la cuerda del Capitolio para ganárselo a partido, sino también que hubo noches que faltó al corrillo de la plaza de Capuchinos para asistir a la del Capitolio.

Entre éstos había muchos jóvenes que conocían por propia experiencia lo tremendo de los cabezazos de Mano Juan, no obstante lo cual lo recibieron con grandes agasajos. El se dejó seducir y le cogió el gusto a las tertulias de aquella granujería más refinada y hasta más audaz que tenía el campo de sus fechorías en el corazón de la ciudad y era el azote de los transeúntes y el brete de la Policía.

Frecuentándolo, sufrió la influencia del grupo que a la larga lo descentraría de su medio natural, que era el pueblo, y adquirió compromisos que modificaron su conducta. Las Cedeño se sorprendieron grandemente un domingo como le viesen muy empeñado en sacar lustre a los zapatos y dispuesto a ponerse el flux de casinete que ellas le habían regalado el día de su santo y todavía no había querido estrenarse, receloso de que lo llamasen patiquín de orilla sus desharrapados amigos.

Estos, cuando lo vieron con aquel flamante traje ominoso, decidieron separarse de su amistad y camaradería, y, en efecto, cuando Juan Lorenzo, en la noche, pasó por la plaza de Capuchinos, los que allí estaban se dispersaron al verlo, con lo cual él comprendió que ya no eran amigos suyos. Por su parte, el Maneto, sintiéndose fieramente dueño absoluto de todas las voluntades agresivas de su cuerda, pla-

nea el golpe definitivo y acecha la ocasión. Un día se le vio acompañado de su estado mayor, recorriendo el campo que ya había escogido para el avance de piedras decisivo, al cual desafiaría a la cuerda enemiga, sitio que era la Sabana del Blanco. Tomaba posiciones, trazaba el plan de asalto, y en lugares disimulados por mogotes hacían esconder buenas provisiones de guarataras. Su mesnada le obedecía sin discutir sus órdenes, entusiasmada, fanatizada por el rencoroso ardor en que hierve el caudillo.

No así Juan Lorenzo. En aquel grupo de jovencitos de familias distinguidas y adineradas hay dos que son los que verdaderamente ejercen el mando de la cuerda: los Arizaleta. Ellos son los que dan la orden de salir a batir esta o aquella parroquia, y en las noches de paz ellos son quienes ponen los juegos y dirigen el tema de la conversación Por tradición de familia, los Arizaleta estaban acostumbrados a dominar en las agrupaciones de que formaban parte. En la cuerda del Capitolio se les calificaba de recalcitrantes.

Como todos los demás de aquel grupo, Juan Lorenzo se sometió al dominio tácito de los Arizaleta, y aunque no se les escapaba que él era allí una fuerza efectiva, especie de brazo armado que la cuerda tenía dispuesto a esgrimir contra el enemigo natural que era el Maneto, cosa que le ponía en verdaderos compromisos, pues no quería verse en el caso de pelear con aquel compañero de la infancia, aceptaba que lo postergaran y hasta prescindieran de él cuando no se trataba de repartir cabezazos o entendérselas con agentes de Policía.

Sin embargo, a veces se le encrespa la índole levantisca y dominadora e intenta imponer su voluntad; pero se discuten sus ideas, se rebaten sus argumentos, se le acorrala con razones más elocuentes, se le aturde haciéndole notar los disparates que sostiene, y entonces, reconociendo su inferioridad, abochornado de la pobreza de su inteligencia, calla y se plega a la voluntad autoritaria de los Arizaleta.

En estos momentos experimenta la nostalgia de su an-

tiguo señorío de la plaza de Capuchinos, donde no había quien le chistara, y echa de menos la reunión de la plebe zafia y brutal, como un váquiro enjaulado la compañía de la manada cerril; pero no es capaz de las resoluciones enérgicas; ni imponerse ni liberarse. Algo le han echado allí dentro del alma que lo está transformando y produciéndole sentimientos que él no podría discernir, pero que le dejan en el ánimo un fondo turbio de inquietudes sin nombre, de anhelos sin forma, de aspiraciones concretas, de áspera taciturnidad, de tristeza de sí mismo.

Una noche dice uno de los Arizaleta, contemplando la fachada de la Universidad:

—Dentro de dos meses estaremos nosotros ahí, estudiando Derecho.

Juan Lorenzo no sabe lo que es eso de estudiar Derecho, y lo pregunta ingenuamente.

—¡Guá, chico! Lo que se estudia para ser abogado. Para defender pleitos, ¿no sabes? Con esa profesión se gana mucha plata. Si no, que se lo pregunten al viejo de nosotros, que con tres pleitos que defendió en Barlovento se puso en las tres mejores haciendas de cacao de por allí. ¡A hacienda por pleito!

La marejada de la ambición comienza a subir en el corazón de Juan Lorenzo. Después de los Arizaleta, todos los de la cuerda han ido exponiendo sus aspiraciones para el porvenir: uno va a trabajar en la casa de comercio de su padre, que es de las más fuertes de Caracas; otro se propone hacer un viaje a Europa; otro tira hacia la política, y asegura que llegará a ministro, por lo menos, como su tío... Juan Lorenzo se pregunta interiormente: "Y yo, ¿qué seré?" Pero no halla qué responderse, y la marejada de la ambición sin propósitos concretos se le encrespa y le pone el humor áspero y sombrío.

Otra noche faltan a la tertulia los Arizaleta porque hay baile en su casa. Casi todos los compañeros han sido invitados. Juan Lorenzo va a verlo por la barra.

El lujo de la casa lo deslumbra, el espectáculo de las mujeres lujosamente aderezadas lo turba, la animación de

sus postizos compañeros que están en el baile le produce envidias que lo deprimen; pero todo se lo hacen olvidar las miradas dulces y las ingenuas sonrisas que le dirige Mary, la hermanita menor de los Arizaleta, que está sentada, junto a otra niñita, en la ventana donde él forma barra.

La había conocido una de aquellas tardes. Iba con él Manuel Arizaleta y entró en su casa a dejar los libros. Mary se asomó al portón. Era una chiquita encantadora, de ocho o nueve años a lo más. Rubios crespos le bailaban en torno al gracioso cuello; llevaba un traje color crema, con una faldita muy corta con muchos pliegues y faralaes, que hizo pensar a Juan Lorenzo que se parecía a un pollito. Mary, que ya sabía por su hermano quién era él, le preguntó, candorosa e ingenua:

—¿Tú eres Mano Juan?

Lorenzo le había respondido, todo cortado:

—Así me llaman.

Y ella:

—A mí me dicen Mary; pero mi nombre es María Margarita.

Aquella tarde a Juan Lorenzo le había acontecido algo muy singular: se había quedado viendo el crepúsculo, que tenía unos colores muy tiernos, de oros pálidos, rosas suaves y dulcísimos azules, y no sabía por qué, pero le recordaron a Mary.

Ahora ella le dice a su amiguita, en secreteos que Juan Lorenzo oye claramente:

—Mira. Ese es Mano Juan.

Y sonríe, viéndolo con inocente picardía.

Cuando ella se quita de la ventana, Juan Lorenzo abandona la barra. Calle abajo se va cavilando cosas gratas, cosas desapacibles, que le forman en el alma una sola masa turbia de sentimientos melancólicos. A intervalos experimenta oleadas de ternura hacia la niñita que lo admira y le sonríe cariñosa; luego le pasan por el ánimo tufaradas de amargura, de tristeza de sí mismo, de rabia insensata que él no sabe contra quiénes la siente.

De pronto, al doblar una esquina, se encuentra con el Maneto, que viene con unos de su cuerda, seguramente de alguna fechoría:

—¡Guá, Mano Juan! ¡Qué caro te vendes ahora!

—¡Chico! Me vendo por el mismo precio.

—¡Jummm! ¿No me estarás queriendo ganá mucho?

Y lo mira de pies a cabeza con aire insolente.

—¿Qué me quieres decí con eso?

—Que como tú ahora andas reuniéndote con la crema, se me figura que debes creé que estás montao al aire.

—¿Y a ti qué te importa?

—No es que me importe; es que me da risa.

Pero como advirtiese que Juan Lorenzo, movido por un reflejo maquinal, con un golpe eficaz y rápido del índice se había echado hacia atrás el sombrero, lo que anunciaba que estaba presto a disparar el célebre cabezazo volado con que se abría siempre en pelea, agregó, tratando de coger algo del veneno de sus insidias:

—Yo no comprendo, valecito, cómo un muchacho tan completo y tan macho como tú se pué encurruñá con esos patiquines que no paran ni papelón.

Juan Lorenzo se ablandó al halago, y el turbio despecho de sí mismo, que ya lo traía propenso, estuvo a punto de salírsele en una explicación de la conducta que le vituperaba el Maneto y que en aquel momento valía por su arrepentimiento de haberse alejado de su medio natural que era el pueblo; pero su interlocutor, que ya se había preparado y cambiado con los suyos una mirada inteligente, volvió al terreno de las provocaciones:

—¡Busca tu cuerda, chico! Ca uno debe andá con los suyos y no está echándosela de que pué mirá más arriba de sus ojos. Esos patiquines te quedan grandes. Sapo no vuela ni que gavilán lo eleve.

La injuria era de las que debe despachurrar sobre la boca del que las profiere; pero Juan Lorenzo vaciló y perdió tiempo, por primera vez en su vida.

Viéndolo tan indeciso y turbado, el Maneto lo atribuyó a miedo, y cargó resuelto:

—Acuérdate del dicho: Cuando un blanco se encuentra de un negro en la compañía...

—Eso es contigo.

—¡Y contigo, valecito! ¿Qué te estás pensando tú? ¿Tú crees que todos no sabemos quién eres tú?

Juan Lorenzo tuvo una nueva debilidad:

—¿Quién soy yo? ¿Qué saben ustedes?

Y el otro, manoteándole en la cara:

—En tu casa hacen dulces, como en la mía, y tú los sacabas a vendé a la calle, como yo. Bastantes quesadillas te compré. Y, últimamente, tu familia no es mejor que la mía.

—No te metas con mi familia, porque no te lo aguanto.

—¡Que no me lo aguantas! ¿Tú quieres que te hable más claro? Tu taita no era sino un cantador de canciones de El Empedrado.

Juan Lorenzo sintió en el rostro como si lo picasen avispas. Su historia estaba en boca de aquellos muchachos de la calle, rodando por la calle, y algo que no era miedo, pero que era más poderoso y abrumador que el miedo, detuvo el impulso que iba a lanzarlo contra el Maneto.

Este seguía diciendo, envalentonado y con la mala sangre hirviente de odio:

—¿Qué vas a hacé? Zúmbame pa que te saques tu lotería. Si hace días que yo andaba buscándote para decite too esto. Y más te digo: tu mamá...

Pero no concluyó la frase, porque Juan Lorenzo se le arrojó encima, lívido de cólera y de dolor, y sujetándole por las muñecas le descargó dos tremendos cabezazos que le imposibilitaron para defenderse.

Aturdido, gemía cobarde el zambo:

—¡No me tires más, valecito!

Juan Lorenzo lo soltó con un gesto de asco. Y encarándose con los compañeros del Maneto:

—¡Sálganme ahora ustedes uno a uno!

—No, Mano Juan. Nosotros no nos metemos contigo.

Viéndoles las caras lívidas de miedo, Juan Lorenzo les volvió la espalda, diciéndoles:

—Eso es lo que son ustedes. ¡Cobardes! ¡Faramalleros!

Y fue así como Juan Lorenzo Figuera, el hijo de Mano Carlos, que era un hombre de la plebe, rompiendo con el Maneto, se rebeló contra su casta.

Caracas, 1922.

FIN DE
"LA REBELIÓN"

LOS EMIGRANTES

I

VINIERON, expatriados por la miseria, en busca del oro de América: Abraham, del monte Líbano; Domenico, el calabrés. Ambos eran fuertes, jóvenes y capaces de amontonar fortunas y fundar razas nuevas y vigorosas.

Abraham se alojó en el barrio turco de Camino Nuevo, donde, en viviendas comunes, hacían vida promiscua, sórdida y laboriosa los buhoneros de Caracas, Domenico fue a vivir, con otros compatriotas suyos, en una casa de vecindad, llena también, a toda hora, de la bulliciosa confusión de los varios oficios de los inmigrantes.

Pocos días después Abraham apareció por las calles de Caracas con el cajón de buhonero a cuestas. Sabía decir, apenas: *quincalla, marchante, bonito y barato;* pero con estas cuatro palabras y con su infatigable caminar de puerta en puerta, a pasos lentos, pero seguros, de bestia fuerte, bajo su carga pesada, y con la extenuada sobriedad de su vida, sólo enderezada al propósito de hacer dinero, fue amontonándolo día tras día.

Luego extendió el radio de su actividad a las parroquias foráneas y pueblos cercanos de la capital: los lunes El Valle y Baruta, los miércoles a Petare y los pueblecitos del trayecto; los viernes a Antímano y Macarao.

De madrugada abandonaba su tugurio de la turquería de Camino Nuevo, y por las carreteras, sabrosas de andar en la frescura del amanecer, que a todas aquellas poblaciones conducen por entre haciendas de caña y de café, a cuestas el cajón de las baratijas y el fardo de las telas, balanceando el andar ligero con el apoyo de la vara de medir terciada sobre los hombros y sostenida con ambas manos por los extremos, el inmigrante recorría las distancias tara-

reando un aire suave y dulzón de su remota montaña legendaria, a tiempo que iba soñando con el oro fantástico de América.

En la mañana recorría el poblado y los caseríos del contorno, vendiendo su mercancía cara y fiada para que se la pagasen por cuotas semanales de un real, o de dos, o de cuatro, a lo sumo, sin tomar otra preocupación que la de anotar en una gruesa y mugrienta libreta de bolsillo tantas rayas como reales fuese el importe de la venta y bajo una denominación arbitraria, en caracteres hebraicos, y que sólo para él equivalía al nombre, casi siempre ignorado del cliente. Así explotaban ellos el inmoderado gusto del criollo por comprar al fiado y con una confianza inconcebible iban dejando su mercancía como en manos seguras, en las del primer comprador que, a cambio de las facilidades del pago y casi siempre con la dolorosa intención de no acabar de satisfacerlo, apenas regateaba el precio excesivo.

A mediodía el almuerzo frugal bajo los árboles de la plaza del pueblo o a la sombra de algún zaguán espacioso. A veces se reunían varios buhoneros que por allí anduvieran de recorrida o que vinieran de pueblos más distantes: armenios corpulentos, sirios de cráneos cortos y rostros cuadrados, sombríos y feroces, judíos de tipos bíblicos, turcas de ojos hermosos, árabes de rostro cálido y miradas soñadoras. Platicaban en su lengua ruda y sonora mientras almorzaban con pan y aguacates o cambures; alguno que venía de tierra adentro, a través de los desiertos de los llanos, refería las zozobras del viaje, pero sus fabulosas ganancias, y cuando pasaba el bochorno del mediodía y comenzaba a caer la tarde fresca, emprendían juntos la tornada hacia la vivienda común, alegres, optimistas. Abraham caminaba siempre alejado y silencioso, más ligera la carga de los hombros, tintineando en sus bolsillos el producto del trabajo del día, y mientras las mujeres de la pequeña tropa bohemia, tocadas por la dulzura del dorado atardecer, iban murmurando cantares melancólicos del lejano y fantástico país natal, él iba contando mentalmente, como tesoro que ya empezaba a ser suyo, el oro fácil de América.

Después, la animación de la anochecida en la barriada turca de Camino Nuevo. De todos los extremos de la ciudad y de los pueblos de los alrededores van llegando los buhoneros. Depositan su mercancía bajo el camastro propio del dormitorio común. Algunos salen a cenar en la posada que por allí tiene un turco viejo en el país; otros se quedan aderezándola en la casa, en el patio, en anafes encendidos y puestos en el suelo, sobre los cuales las ollas de barro criollo, llenas de la humilde comida exótica, despiden el olor penetrante del aceite cocido. Satura este olor el ambiente ya cargado con el pastoso aroma de los perfumes ordinarios que exhala la tienda del buhonero y con las emanaciones de los cuerpos sudorosos y el tufo acre de las cáscaras de frutas que se pudren en el suelo y de la mugre de la vida promiscua en la sórdida vivienda.

Luego que cenaba, Abraham, el taciturno, solía alejarse un poco del barrio bullicioso e iba a fumar su pipa de oloroso tabaco turco sentado en el pretil de un puentecito que por allí había, en el camino de Agua Salud. Allí permanecía horas enteras contemplando el pintoresco caserío suspendido al borde del camino, sobre los taludes, o diseminado aquí y allá, sobre rojas colinas desnudas de vegetación que al atardecer iba ungiendo de dulzura y de paz y que, cuando la noche ya era entrada, comenzaban a decorarse con luces de oro de las lámparas encendidas en los interiores humildes, mientras arriba fulgía, callado y misterioso, el polvo de plata de las constelaciones del trópico.

Y mientras la pipa se consumía en los labios pensaba en su aldea del Líbano y se preguntaba qué estarían haciendo allá los que quedaron. Mitigábale, es cierto, el acerbo dolor de las nostalgias, tanto como el halago de la fortuna que ya comenzaba a amasar, la emoción de un amor nuevo que le estaba naciendo en el alma, gustábale aquel paisaje y miraba con simpatía el espectáculo de la vida, todavía extraña para él, de los hombres de la raza autóctona, en el torrente de cuya sangre la suya estaba destinada a confundirse y transformarse.

II

Domenico, el calabrés, recorría todas las mañanas las calles de Caracas, cargado con dos grandes cestas, rebosantes de frutas.

Duraznos de las montañas de Galipán, piñas y naranjas de los cerros de El Hatillo, cambures de las tierras ardientes de la costa, aguacates de Guarenas, mangos de las riberas del Sebucán, olorosos membrillos de Los Altos, fresas de los cangilones del Avila, húmedos y sombrosos, donde la sinfonía de los grillos prolongaba el suave rumor de la noche hasta la mitad del día... Todo el dulce jugo de la tierra nuestra, que el sol nuestro cuaja y acendra, iba despidiendo su olorosa madurez en las cestas del inmigrante, llenas de todos los encendidos colores, por las calles de Caracas, de puerta en puerta, al grito musical y gracioso de: ¡Frutero, marchante!

Y a medida que se vaciaban, el dinero iba cayendo, fácil y abundante, en los bolsillos del amplio pantalón de pana burda de *musiú* Domingo.

En las noches el calabrés infatigable se echaba a cuestas un organillo y emprendía otra vez la corrida de la ciudad, ahora por las parroquias de las afueras, por las calles humildes de los arrabales, de esquina en esquina, dándole al manubrio para solaz de la chiquillería y gusto de la plebe. A veces los pulperos le pagaban algo, o lo obsequiaban con un vaso de vino para que tocase más de las dos piezas con que él solía regalar al vecindario, y con este menudeo de centavos y con la ganancia de mayor monto que hacía cuando lo llamaban en alguna casa de la vecindad o de familias humildes para que tocase un bailecito de santo o amenizase un velorio de cruz, la hucha del inmigrante se iba inflando rápidamente.

El pianito de *musiú* Domingo era el preferido. Los muchachos lo conocían desde lejos y lo anunciaban con gritos de júbilo, y para oírlo tocar se formaban corrillos en las

esquinas. Las estampas de vivos colores que lo decoraban, entre ellas una grande de los reyes de Italia que *musiú* Domingo había rodeado de flores de trapo y cintajos de la bandera de su patria, traían y embelesaban la curiosidad de los pequeños; su música sencilla, su variado repertorio y, sobre todo, la jovialidad simpática y atrayente de su dueño y el gusto *artístico* con que éste le daba al manubrio, acentuando los pasajes de sabor sentimental con una expresión, entre sincera y burlona, de arrobamiento que le daba a su rostro, le conquistaron muy pronto la popularidad.

Música inocente de aquellos pianitos de antaño que congregaba en las esquinas gente de la plebe embobada por su sabrosa cadencia, sacaba a las puertas, jubilosos, a los niños pobres que sólo aquello tenían para divertirse y detenía, para mecerlo en ingenuos arrobamientos, el furtivo idilio de los novios humildes en las ventanas. Aires melancólicos de músicos anónimos que nos fueron propicios a los balbuceos de la ensoñación—¿por qué no confesarlo?—, y después hemos recordado siempre con cariño porque iluminaron nuestra turbia edad de niños pobres y tristes con la primera concepción de la belleza, tosca y humilde, pero ingenua y sabrosa de añorar... ¡Música de aquellos pianitos que ya no suenan en las noches de esta ciudad que se va quedando sin costumbres pintorescas, antes de tiempo, como un adolescente precoz que pierde el candor y se vuelve desagradable, escéptico y malicioso antes de que pueda ser realmente malo; música de la fiesta nocturna de las alcabalas, anunciada con júbilo por los muchachones, cuando en la semiobscuridad de las cuadras mal alumbradas por los farolitos de gas o kerosene, se divisaba la silueta de *musiú,* con el pianito a cuestas y el catrecillo en la mano, acercándose doblegando por el medio de la calle!... ¡No sé por qué me recuerdan, especialmente, las noches azarosas de los tiempos de guerra, cuando a la voz de que estaban reclutando gente, las calles se quedaban desiertas y en el silencio de las esquinas gemían los organillos indiscernibles tristezas nuestras!

III

Pasaron los años. *Musiú* Domingo abandonó el pianito y las cestas de frutas. Ya tenía una base de fortuna y se fue a uno de los pueblos de Aragua a establecer una fábrica de pastas italianas.

Abraham, por su parte, abandonó también la turquería de Camino Nuevo. En viajes que anualmente hiciera al Llano ganó crecidas sumas y dejando el duro trabajo de buhonero abrió una quincalla frente al mercado de Caracas, en un zaguán: "La Bonita".

Ambos negocios progresaron rápidamente, gracias a la infatigable laboriosidad de aquellos hombres sobrios, fuertes y codiciosos de riqueza bien lograda. *Musiú* Domingo compró unos potreros en Aragua y más adelante una hacienda de café; pero no abandonó la fábrica de pastas, a la cual atendía Francisca, una compatriota suya con la cual casara. Abraram ensanchó poco a poco la quincalla y al cabo ésta se convirtió en una de las tiendas de moda más concurridas de Caracas.

IV

Un buen día, al terminar el inventario anual, vio que tenía ya una suma apreciable de riqueza adquirida y pensó que era tiempo de regresar a su tierra. Anunció que estaba dispuesto a vender el negocio y participó a sus empleados su determinación.

En la tarde, a la hora de cerrar, cuando ya se habían ido todos los dependientes del detal, notando Abraham que Domitila, la encargada del taller de sombreros, no había salido todavía, pasó al interior de la tienda, llamándola:

—Criatura. ¿Usted se va a quedar a dormir aquí?

La mujer, que estaba de codos frente a su mesa de trabajo, con la cara hundida entre las manos y como absorta en sus pensamientos, se levantó sorprendida por la voz de Abra-

ham, y como éste notase su aire apesadumbrado y le preguntara afectuoso:

—¿Qué le pasa, Domitila? Está usted triste.

—¡Qué ha de pasarme! Que estoy obstinada de la vida.

Y parándose frente al espejo del taller comenzó a arreglarse el peinado.

Ya la tienda estaba cerrada y sólo quedaban dentro Abraham y Domitila. Aquél la contemplaba en silencio; ella dándole la espalda lo miraba con disimulo por el espejo.

Era una muchacha buena moza, que se vestía bien y hasta con alguna elegancia, en lo cual invertía casi todo el sueldo que ganaba en "La Bonita". Abraham la distinguía entre todas sus empleadas por la discreción y la inteligencia con que desempeñaba su trabajo; pero nunca le había sucedido, como ahora le acontecía, detenerse a mirarla como a una mujer. Ocupado siempre con el pensamiento del negocio ni había podido fijarse en el juego de sus seducciones que hacía algún tiempo venía desplegando Domitila en torno suyo, esmerándose en el trabajo, excediéndose en agradarlo, rodeándolo de atenciones y solicitudes por las cuales sus compañeras de taller la llamaban *adulanta*; pero nunca se le había ocurrido a Abraham pensar que aquello fuese inspirado por algo más que por el deseo de conservar el puesto de la casa y lograr aumento de sueldo. Ahora todo aquello adquiría para él un sentido claro y preciso, al mismo tiempo que se abría paso en su corazón, inconfundible, un sentimiento que hasta entonces ignoraba que existiese en él.

Lo expresó sin ambages:

—Domitila. ¡Usted me gusta, criatura!

Pasada la sorpresa que tales palabras le causaron, la mujer rió y dijo:

—Tarde piaste.

—¿Qué quiere decir con eso, mujer?

—Que ya no es tiempo porque usted se va para su tierra.

—Si tú quieres no me voy.

—¡Guá! Eso es cosa suya.

Y volvió a reir, arreglándose todavía el peinado.

—Pues ya está resuelto. No vendo el negocio. Me quedo.

Y la unión quedó concertada aquella misma noche. Abraham prometió que se casaría al cabo de un mes. Domitila, que quería desempeñar con toda corrección su papel de novia, abandonaría su empleo en el taller. Entretanto, éste sería reformado e instalado a todo lujo, porque si había de seguir siendo modista, Domitila no quería serlo sino en grande, para clientela aristocrática, cosa que a Abraham le pareció razonable y ventajosa.

Durante el noviazgo fueron apareciendo los parientes de Domitila: dos hermanos, un tío, un primo, finalmente. Todos eran pobres y se manifestaban tan deseosos de hacer dinero por medio del trabajo y tanto demostraron estar orgullosos de que Abraham fuese a entrar en la familia, que éste, por darle a Domitila una muestra de afecto, les suministró dinero para que se establecieran, cada cual en el ramo que decía que era su oficio. Uno de los hermanos puso una zapatería en La Guaira, donde vivía; el otro una barbería lujosamente montada en uno de los sitios más céntricos de Caracas; el tío abrió un portal en el mercado; el primo, finalmente, obtuvo una suma para irse al Llano a comerciar en ganados.

No volvió ni se supo más de él. El zapatero se presentó en quiebra, la cual resultó fraudulenta, envolviendo a Abraham en nuevos compromisos con el comercio de la capital por fianzas que le prestara; el de la barbería no cumplía los suyos y se daba una vida regalada, descaradamente, y el tío botaba cuanto ganaba en la semanas en las borracheras que cogía los domingos.

Al fin comprendió Abraham que se habían confabulado para estafarlo y aunque no había esperanzas de recuperar lo perdido no quiso hacer el papel de tonto y les echó a la cara su mala fe en cartas donde los llamaba *tramposos*. Indignáronse ellos y le respondieron cubriéndole de improperios, estando todos de acuerdo en afirmar que, si bien se miraba, el dinero de Abraham les pertenecía de todo derecho, pues era dinero venezolano, ganado en el país, y que el ladrón era un turco, el perro judío, que se había enriquecido

exprimiendo al pueblo, mientras ellos, los criollos, las eternas víctimas del extranjero, no salían de la miseria.

Domitila, como lo supiera, aprovechó la coyuntura para romper con aquellos parientes que la avergonzaban con sus bajos oficios y su condición plebeya, y que, de seguir tratándolos, iban a ser un obstáculo a los nuevos proyectos que estaban rebullendo en su cabeza.

Era el caso que ya no quería seguir siendo modista. Su trabajo al frente del taller de modas de "La Bonita" y el impulso que su carácter audaz y emprendedor había sabido imprimir a la marcha de los negocios, segura y firme, pero un poco lenta en las manos de Abraham, que no era comerciante de grandes vuelos, habían hecho en poco tiempo de la antigua tienda modesta uno de los primeros establecimientos del ramo, frecuentado por la gente de dinero y de buen tono; pero Abraham era rico y era tiempo de que ella entrase a disfrutar de aquel bienestar, de manera más cónsona con sus aspiraciones. Siempre había pensado, aun cuando era la humilde y pobre empleada a sueldo en la tienda del turco, que ella no había nacido para llevar vida obscura y mezquina, sino para figurar en las alturas, para brillar en la sociedad. Por otra parte, ya sus hijos estaban creciendo y ella quería que se acostumbrasen desde pequeños a la buena vida, en esfera de comodidad y de distinción. Confundiendo la vanidad con el amor maternal, se proponía introducirlos en la aristocracia por el camino de la ostentación de la riqueza. Un día, como Abraham dijera que ya Samuelito estaba en la edad de trabajar, iba a emplearlo en "La Bonita", para que fuese aprendiendo, ella atajó, inflada de soberbia:

—¡Mi hijo tendero! ¡Qué mano!

Y el hombre tuvo que desistir de la idea. Poco después tuvo que prescindir de la colaboración de Domitila, cosa que hizo con gusto pues reconocía que ella tenía bastante trabajo con el cuidado y la educación de las criaturas.

Pero Domitila no era mujer fácilmente contentadiza y cuando se le metía un propósito en la cabeza no estaba tranquila hasta que no lo veía plenamente realizado. An-

tojárasele que ella debía vivir en parroquia aristocrática, frente a la plaza de Altagracia que reputaba ser el centro de la distinción y del dinero, y Abraham, para complacerla en todo, compró allí una casa y la montó con lujo y esplendidez, gastando en ello crecidas sumas de las cuales no pudo separarse sin dolor.

Instalada en su nueva casa, en medio de un vecindario aristocrático, puso manos a la obra de adquirir relaciones. Un instinto certero y la experiencia de casos semejantes la guiaron en los pasos que había que dar para introducirse en aquella esfera. Lo primero ofrecerse al vecindario y esperar a que las señoras del alto mundo de la cuadra viniesen a hacerla la visita de costumbre. Era apenas todo lo que necesitaba para vencer las primeras resistencias del orgullo. Bien sabía ella que al principio la *tragarían pero no la mascarían;* pero todo era saber ir introduciéndose poco a poco. No era el primer caso.

En efecto, las primeras visitas que recibió fueron tardías y de puro cumplimiento. Orgullosas señoras fueron a visitarla escogiendo las horas del mediodía, con lo cual entendían establecer una diferencia de tratamiento; pero Domitila no se dio por enterada y se valió de sus habilidades. A una de aquellas señoras, la de más alto rango, la detuvo amablemente hasta la hora de abrir las ventanas, a fin de que los transeúntes y el vecindario se enterasen de que la visitaba. La estratagema dio sus resultados: puesto que aquella escrupulosa dama no se desdeñaba de visitarla a la vista de todo el mundo, la amistad de Domitila podía ser aceptada y correspondida, y las más reacias fueron llegando de una manera más ostensible. El primer paso estaba dado.

Luego fueron las invitaciones a los niños de la cuadra, a las fiestas dadas para celebrar el santo de Sarita. Se presentaba la sirvienta en las casas del vecindario.

—Que manda decirle *misia* Domitila que cómo están por aquí y que hoy es el santo de Sarita y quiere que le mande a los niñitos a la piñata. Que no deje de mandarlos.

Y los niñitos de la aristocracia iban a la piñata de Sarita.

De este modo la familia de Domitila se fué introduciendo

en el gran mundo, furtivamente, por sorpresa al principio y luego al amparo de una tolerancia benévola a la cual no le faltaban buenas justificaciones: era meritorio levantarse de un origen obscuro a esfuerzos propios. Y aunque todavía no era acogida sino en una penumbra de tolerancia y a títulos de vecina, ya vendría lo demás. Todo era proponérselo.

V

Y he aquí que ahora es cuando comienzan, verdaderamente, el infortunio y las tribulaciones del pobre Abraham.

Domitila, que hasta allí fuera afectuosa y buena con él, se volvió áspera y desdeñosa: no toleraba sus gustos y costumbres, le causaba todo género de contrariedades, lo irrespetaba y lo deprimía en presencia de los hijos y hasta lo desautorizaba ante el servicio.

Un día estalló abiertamente el conflicto.

Era la víspera del Kipur, cerca de anochecido. Abraham, que era fiel observador de la ley hebraica, había cerrado temprano la tienda, la cual no se abriría durante todo el día siguiente, y estaba en su casa tomando una pequeña colación, antes de entrar en el ayuno y en las oraciones de aquella solemnidad, que celebraban todos los años los miembros de la colonia israelita en Caracas, en la casa de un comerciante marroquí que era el rabino.

Samuelito, envalentonado por lo que tantas veces le oyera decir a su madre acerca de la ceremonia judía, comenzó a hacer burla y escarnio del Kipur y de la religión paterna, y como Abraham le exigiese respeto a su fe, así como él respetaba la de ellos, y viendo que no lo lograba, lo amenazó con castigarlo y lo mandó que se retirara de su presencia. Domitila apoyó al muchacho y le dio ánimos para que siguiera molestando e irrespetando al padre. Protestó Abraham, más con resentimiento que con energía y ella respondió cubriéndolo de oprobios.

—¡Bueno está, mujer! ¡Bueno está!—decía el pobre hom-

bre, manso y resignado, tratando de aplacar la cólera de Domitila.

Pero ésta no lo oía y metida en sus habitaciones junto con Samuelito, por allá dentro clamaba y decía que bien merecida tenía su suerte por haberse casado con un judío. ¡Razón tenía Dios para castigarla!

—¡Partida de hipócritas! ¡Quién los viera! ¡Y esperando al Mesías! ¡Seguramente para crucificarlo otra vez!

El dolor detuvo en el corazón de Abraham el movimiento subitáneo de la cólera y la secular resignación de su raza maldita ahogó en su alma el deseo de la protesta. Se paró de la mesa, pálido y vacilante, y se metió en su cuarto sin ánimos para ir a reunirse con los demás hombres de su fe que lo esperaban. Ayunaría y haría las oraciones del Kipur allí en su casa; aquel año, para el día de la purificación espiritual tenía un gran sacrificio que ofrecer a su Dios: ¡una injuria grave que perdonar!

Pero desde aquel día llevaría para siempre en el fondo de su pecho una incurable amargura: ¡él en su casa, como su raza en el mundo, no tenía un sitio de amor en los corazones!

VI

Pero no era solamente la antinomia inconciliable de las creencias religiosas lo que separaba a Abraham de su mujer y de sus hijos.

Causas mezquinas, flaquezas humanas, obraban en el ánimo de Domitila entibiándole, hasta extinguírselo totalmente, el afecto al marido. Cuando se casó con Abraham, ella era una palurda, una humilde obrera, cuya condición inferior respecto al hombre no podía menos de hacerle considerar aquel matrimonio como un ascenso que la libraría de la pobreza y del trabajo; pero ahora los términos se habían invertido: Abraham seguía siendo el hombre humilde, de una raza despreciada, mientras que ella, gracias al influjo del dinero y como resultado de su tenaz empeño de introducirse en esferas más altas, comenzaba a saborear los halagos de

una distinción social que le daba derechos para ir olvidando ya su pasado obscuro y para comenzar a considerarse como una gran señora. Para lograrlo de un todo lo único que le estorbaba, pensaba ella, era precisamente lo que antes había sido una ventaja: ser la esposa de un antiguo buhonero de quien todo Caracas se acordaba todavía de haberlo conocido con el cajón a cuestas, no tanto porque fuese pasado reciente, sino porque Abraham no se había propuesto que lo olvidaran, haciendo lo que tanto le aconsejara Domitila que lo sabía por instinto y por experiencia propia: introducirse en los altos círculos sociales, hacerse miembro de los Clubs de buen tono. Pero el hombre, consecuente con su humildad primitiva, se había conservado siempre como antes era: modesto en sus aspiraciones, humilde en sus costumbres, sencillo y chabacano en su traje y en sus modales. Y Domitila reventaba de despecho contra aquel obstáculo, ¡ella, que no le parecía ninguno insuperable cuando se le metía en la cabeza un propósito!

En cuanto a los hijos, éstos crecían formándose con todas las características de la madre, presuntuosos, dominados por un ansia inmoderada de aparentar más de lo que eran, careciendo en absoluto de las virtudes paternas de adquisición lenta y laboriosa, pero segura y legítima, gobernados solamente por un afán de asalto, de apropiación por sorpresa y por mañas, a zarpazos traicioneros sobre la presa descuidada.

La madre, puesta a olvidarse de su obscura condición primitiva, les fomentaba el deseo desordenado de figurar en las primeras líneas, en los rangos más altos de la sociedad, y sembrándole en los corazones la peste de la vana soberbia y la ruindad de la envidia, les inculcaba el menosprecio de la humildad paterna, el desdén por el trabajo, que todos les parecían indignos para ellos, el amor inmoderado por el lujo y el derroche y la ostentación de la riqueza.

Con Samuelito, a quien había puesto en un colegio concurrido por la aristocracia caraqueña para que en el seno de ella escogiese amistades, este plan estaba produciendo los resultados apetecidos. Fatuo y petulante, el mocito no tenía más

preocupaciones que la corrección de la línea y última moda del traje: en suma, que tenía todo lo que se necesita para ser lo que ahora se llama un hombre *bien*.

De este hijo, especialmente, Abraham sentía que lo separaba una invencible aversión, tal si una voz secreta le anunciase que habría de negarlo. Samuelito se desdeñaba de dirigirle la palabra en la casa, y en la calle evitaba su encuentro, para que no lo avergonzase ante los jóvenes *bien* con los cuales sólo se reunía.

En cuanto a Sara, la hija bonita como una rosa, las mismas ternuras fieles que le prodigaba tenían algo de compasivo y deprimente para él. Más que amor, Sarita parecía tenerle lástima de verlo repudiado de los suyos, siempre solo y silencioso, y cuando le decía con mimos acariciándole el rostro: —¡Pobrecito viejo!—Abraham sufría el dolor sin medida y a veces se le humedecían de lágrimas los ojos, al pensar que tal vez ni aquel amor tan dulce de la hija predilecta venía al encuentro de su corazón, orgulloso y franco, sino furtivo y vergonzoso, disfrazado de compasión.

Con Sarita, Domitila había refinado sus solicitudes maternales a fin de colocarla en una ventajosa posición social: la puso en el Colegio de las Hermanas francesas, le buscó maestro de piano, la improvisó para señorita distinguida, le aventó la frívola vanidad, le afiló las armas de la seducción. Pero, no obstante, Sarita no le daba a aquello toda la importancia que para Domitila tenía: no había sabido descubrir la diferencia que existía entre la gente bien y la que no lo es y, por el contrario, daba muestras de una inclinación hacia los humildes, con los cuales era compasiva y cariñosa. Domitila sufría algo con esto y la llamaba "mi hija la populachera".

De alma ardiente y apasionada, Sarita era también para Abraham un tormento perenne. Amasados con sangre de dos razas lujuriosas e imaginativas, mezcla de árabe y de indio, sus encantos se desenvolvían inquietantes como se desenroscan los anillos lucientes de la víbora. Sensual, frívola y envanecida de su belleza; aún no había cumplido los quince años la *Turquita*, como se la llamaba, y ya su fama corría entre

los grupos de jóvenes que andaban a la caza de amores fáciles, encendiendo deseos, despertando apetitos.

Viéndola crecer tan hermosa y *amiga del mundanismo* —como decía Abraham—el pobre hombre experimentaba secretos temores que le llenaban de dolor el corazón; pero se abstenía de comunicárselos a Domitila, acatando así la terminante prohibición que ella le hiciera de inmiscuirse en la dirección de los hijos. Apenas se atrevía a darle tímidos consejos a la muchacha, pero siempre era desarmado por aquella respuesta:

—¡Jesús! ¡Papá! Tú no sabes de eso; tú eres de otro mundo.

Domitila, en cambio, veía con satisfacción que ya estaban en camino de realizarse sus planes respecto a la hija: una porción de mocitos de las familias distinguidas de Caracas le hacían la corte a Sara, paseándole la cuadra cuando se asomaba a la ventana y siguiéndola a todas partes cuando salía a la calle.

No se le escapaba a la experta mujer que todas no eran buenas intenciones en los galanteadores de la hija; pero confiaba mucho en sí misma y estaba segura de que sacaría de allí un buen marido para Sarita. Con tal fin redoblaba la vigilancia sobre ella a tiempo que ponía en juego sus habilidades para atraer a la formalidad del noviazgo a aquellos jóvenes que más prometían.

De este modo, muy pronto la casa de Abraham comenzó a ser el centro de unas reuniones todavía heterogéneas, a las cuales asistían jóvenes de la *crema,* que iban atraídos por la esperanza de ver a la *Turquita* rendida por fin al asedio de sus galanterías, por mitad burlonas y mal intencionadas.

Domitila saboreaba una intensa satisfacción al pasar revista a los nombres más encopetados de Caracas, que sonaban en la sala de su casa como timbres de la distinción que ya su familia empezaba a disfrutar en los círculos de la alta sociedad, y para corresponder a ello prodigaba el dinero de Abraham a manos llenas. Ardía la casa en el resplandor molesto y de pésimo gusto de la profusa iluminación eléctrica, se derramaba en las mesas un obsequio opíparo de festines,

corría el champagne, y todo, hasta la cortesía, tenía allí esa insolente abundancia con que se desborda el mal tono por los cauces de la riqueza advenediza, pues Domitila, orgullosa de la fama de gran señora espléndida que quería crearse ella misma, no estaba satisfecha hasta que no veía a la concurrencia harta de comer y beber.

Entretanto, Abraham se esforzaba en ser afable y atento con los invitados de su mujer, no suyos, porque bien sabía él que los separaba de ellos un abismo de diferencias sociales ante el cual él se detenía respetuoso de las distancias, con un sentimiento, mezclado de orgullo y de humildad, sentimiento que, por lo demás, era el mismo que lo alejaba de los suyos, entre los cuales él vivía como un forastero.

Sufría lo indecible el pobre hombre en aquellas fiestas desatentadas en las cuales su familia se precipitaba a esa nivelación de las alturas, que es el ansia fundamental del mulato, en parte porque no podría menos de ver con dolor cómo se estaba derrochando vanamente el fruto de veinte años de duro trabajo y negras privaciones suyas; en parte, y con más hondo y humano dolor, porque comprendía que aquéllos eran los pasos de perdición de su hija Sarita.

La veía codiciada por los hombres *para mal fin*—como él decía—, la veía, cegada por la vanidad, entregarse, rendida materialmente, entre los brazos del joven que la sacaba a bailar, y había oído varias veces que, cuando terminaba la danza, el pareja le decía irrespetuoso:

—¡Qué sabroso, marchantica!

Ella fingía no comprender la insolente alusión a la condición paterna o no comprendía en realidad, porque la cegaban la vanidad y el gusto complacidos; pero Abraham recogía el agravio y lo guardaba en el fondo de su dolorido corazón, donde había guardado las injurias y el desprecio de los suyos, donde su raza ha venido guardando todo el oprobio y la vejación del mundo, a través de los siglos.

VII

Ya ha terminado el baile. La concurrencia se ha despedido y la familia se ha recogido a sus habitaciones. Abraham vaga solo por la casa, sembrada con los restos del festín. Pensativo y triste, la recorre apagando las luces y llega finalmente a la sala. Es más de medianoche. Hace frío. El silencio iluminado de la sala desierta da una sensación misteriosa de espera de algo que ha de suceder, inevitable y terrible como las leyes del destino.

El ánimo deprimido de Abraham se llena de una vaga ansiedad en la cual, poco a poco, van tomando forma tristes presentimientos: su hogar será destruído, su familia dispersada por una dura fatalidad, su memoria olvidada, como una cosa despreciable, su mujer se librará del oprobio de su nombre, sus hijos lo negarían como un origen vergonzoso... Y Abraham, sintiendo que su hora ha llegado y está presta a cumplirse en él la voluntad del destino, se sienta a esperarla y llora sobre la ruinas de sus ilusiones.

Contraria la fortuna que hasta allí le ayudara en sus negocios, al hacer la liquidación de aquel año aciago se convenció de lo que ya presentía: ¡estaba arruinado! No obstante, Domitila se empeñó en celebrar rumbosamente los quince años de Sarita.

Aquel día rebosaron la medida. Fue la última fiesta: el sacrificio supremo de Abraham, el esfuerzo desesperado de Domitila por prolongar la apariencia de la riqueza. Viendo que ya se le iba a acabar, un despecho rabioso la impulsaba a derrochar hasta el último centavo del *turco*. ¡Después, ella vería lo que habría que hacer!

Abraham lo presentía y un dolor sordo y tenaz le devoraba el corazón. ¡Si a pesar del bienestar que le procuraba con su dinero su mujer lo despreció siempre, haciendo escarnio de sus sentimientos, burla de sus aflcciones y hasta rechazando su amor como una cosa manchada de indignidad, si para ella y para sus hijos él siempre fue un turco, el paria,

*

qué podía esperar de ellos ahora que la pobreza se le venía encima y tal vez tendría necesidad de comenzar otra vez la dura persecución del pan, a lo largo de las calles, de puerta en puerta, al hombro el cajón de buhonero!

Y Abraham, el del monte Líbano, decidió aquella noche repatriarse. Si aquél era su destino, si su mujer había de repudiarlo y sus hijos lo negarían, que se cumpliera todo después que él se hubiera ido. No se sentía con ánimos para arrostrar el dolor supremo.

Apagó las luces de la sala y se dirigió a su habitación. Al pasar por la puerta del dormitorio de Sarita se detuvo, y sin saber qué se proponía con ello, llamó suavemente.

Y al sentir cuánto amaba a aquella hija que lo negaría, se echó a llorar como un niño.

Sarita dormía y no lo oyó, pero la voz desdeñosa de Domitila resonó en el silencio de la casa:

—¡Hombre de Dios! ¿Hasta cuándo estás por ahí? Anda, vete a dormir.

VIII

Del mismo modo, allá en uno de los pueblos aragüeños, Giácomo, el hijo de *musiú* Domingo, nada iba sacando de las características de éste.

Tan botarate, como amasador de dinero el padre; tan amigo de ocios y parrandas, como tesonero en el trabajo el padre, era Giácomo un simpático mozo que parecía unido a su medio por profundas raíces ancestrales. Gallero, coleador de novillos y gran aficionado a joropos, nadie más popular y querido que él en todos los valles de Aragua, donde se decía, como para elogiarlo, que era venezolano neto, criollo purito, aunque fuesen italianos el padre y la madre.

No obstante, *musiú* Domingo estaba satisfecho de tal hijo, le encontraba condiciones y con el conocimiento que había adquirido del medio donde viviera por más de veinte años, pensaba, complacido, que Giácomo sería persona en el país y lo dejaba formarse libremente.

Verdad era que lo amaba mucho y no sabía oponerse a

sus gustos e inclinaciones. Para que coleara a sus anchas le había regalado el mejor caballo de sus potreros; para que tuviese la mejor cuerda de gallos le daba cuanto le pedía y para que compusiera joropos y golpes aragüeños le había dado, con su sangre italiana, la disposición musical.

Y como no tenía más hijos, ni le quedaban parientes en el mundo después que se le murió la mujer, le fue dando, a puñados, toda la fortuna que había logrado amasar en Venezuela, y a medida que así la iba perdiendo decía, fatalista y jovial:

—¡Tierrita brava! ¡Tierrita brava! ¡Tu me la diste, tú me la quitas!

IX

Siguieron pasando los años. Ya han pasado muchos. *Musiú* Domingo está viejo; Abraham está, además, pobre.

Un día el azar los reúne en uno de los paseos de Caracas. No se conocen, pero cruzan un saludo al sentarse a la vez en un mismo banco.

—¿Es usted del país?

—No, señor. Pero como si lo fuera. Soy de Italia, de un pueblo de Calabria, pero tengo más de treinta años en Venezuela, me gusta esta tierra y puedo decir que soy venezolano.

—Yo también vine al país hace muchos años—dijo Abraham con el acento de las tristezas consoladas.

—¿Y cómo lo ha tratado la tierra brava?

—A mí, muy mal.

—Pero se ha quedado en ella.

—No solamente me he quedado sino que he vuelto. ¡Qué sé yo lo que tiene esta tierra; pero la cosa es que trata mal y sin embargo agarra!

—Que se hace querer.

—Aquí trabajó uno y aquí sufrió uno...

Y Abraham cuenta sus tristezas, primero, y luego, sus consolaciones: el bienestar perdido, el desamor de la familia, la repatriación desesperada, la soledad y el aislamiento en el

país natal, donde nadie ya lo conocía, como un extranjero entre los suyos... Vivía triste, echando de menos a la patria adoptiva, que, sin embargo, había sido cruel y dura con él... ¡Erró después por otros países de la tierra, pero en ninguna parte pudo aplacar su ansia de volver a ésta, donde había dejado a sus hijos, que, a pesar de todo, eran sus hijos! Regresó a terminar en ella sus tristes días. Llegó, como la primera vez, pobre. Un paisano suyo le dio un paquete de medias para que ganase algo vendiéndolas por las calles... Otra vez el duro ambular de puerta en puerta. Pero no se comienza dos veces, y ya porque la fortuna no quisiera ayudarlo más o porque ya él no tenía ni fe ni fuerzas, lo cierto era que vagaba inútilmente por las calles sin encontrar quién quisiese comprarle la mercancía. Un día se tropezó con su mujer, con la que tanto lo hizo sufrir con sus desprecios. El quiso seguir de largo, haciéndose el distraído; pero la mujer lo detuvo, le habló con cariño, le contó su vida, que también había sido triste: Samuel la había abandonado; Sara dio por fin un mal paso, y ella había tenido que poner un taller de costura para ganarse el sustento. Ahora le iba bien. Además, Sarita, que se había casado con el hombre con quien se fugó, que tenía dinero, le mandó una suma de regalo y ella compró una casita... Andando, mientras hablaban, llegaron a la casa y Domitila le dijo: "Entra." El entró olvidado de lo pasado. Allí vivía unido de nuevo a su mujer, que ahora era con él buena y cariñosa, y viéndolo viejo y enfermo no quería que trabajase. Sarita, que siempre preguntaba por él en sus cartas a la madre, al saber que había vuelto, escribió que vendría con su marido a verlo, cuando pasase el invierno. Vivía en San Fernando, donde el marido tenía hatos y casa de comercio. Un hombre del país, un criollo que se había metido en una revolución y después fue Jefe Civil de San Fernando y ahora vivía de su trabajo, con plata bastante..., un tal Giácomo Albano.

—¡Ese es mi hijo! ¡Giácomo! ¡Venezolano neto! ¡Criollo puro! ¡Un palo de hombre! Como dicen aquí.

Y *musiú* Domingo se enternecía hasta las lágrimas al hablar del hijo.

Ya obscurecía cuando abandonaron el banco del paseo. Estaban viejos, se arrastraban penosamente por los caminos de la tierra, de aquella tierra que había sido dura y cruel con ellos, pero allá en el corazón del país, sangre de su sangre corría, transformada, vigorosa y fecunda por los cauces infinitos de la vida.

Abraham, el del Líbano; Domenico, el calabrés, la tierra ajena les barrió del corazón el amor a la propia y les quitó los hijos que ellos le dieron...

Ya obscurecía. Ya no se veían las caras...

FIN DE
"LOS INMIGRANTES"
Y DEL TOMO I
DE LAS
"OBRAS COMPLETAS
DE RÓMULO GALLEGOS"

INDICE

INDICE

PRÓLOGO ..... *Pág.* IX

NOVELAS

REINALDO SOLAR:

Jornada I:

Cap. I 5
— II 12
— III 21
— IV 35
— V 50
— VI 68
— VII 77
— VIII 95
— IX 103

Jornada II:

Cap. I 120
— II 132
— III 140
— IV 156
— V 165
— VI 178
— VII 187
— VIII 196
— IX 211
— X 214
— XI 221

LA TREPADORA:

Parte I.—El hombre de presa:

Cap. I 232
— II 238

Cap. III 244
— IV 251
— V 259
— VI 265
— VII 272
— VIII 278
— IX 283
— X 289
— XI 292
— XII 298

Parte II.—De la voluntad abolida:

Cap. I 313
— II 321
— III 329
— IV 339
— V 345
— VI 355
— VII 363
— VIII 369
— IX 390

Parte III.—Victoria:

Cap. I 401
— II 407
— III 415
— IV 422
— V 431
— VI 435
— VII 443
— VIII 452
— IX 461
— X 468
— XI 475
— XII 481

DOÑA BÁRBARA:

Parte I:

Cap. I.—¿Con quién vamos? 493
— II.—El descendiente del cunavichero 503
— III.—La devoradora de hombres 511

Cap. IV.—Uno solo y mil caminos distintos 524
— V.—La lanza en el muro 532
— VI.—El recuerdo de Asdrúbal 540
— VII.—El familiar 546
— VIII—La doma 556
— IX.—La esfinge de la sabana 564
— X.—El espectro de "La Barquereña" 569
— XI.—La bella durmiente 580
— XII.—Algún día será verdad 587
— XIII.—Los derechos de "míster Peligro" 593

Parte II:

Cap. I.—Un acontecimiento insólito 606
— II.—Los amansadores 621
— III.—Los rebullones 628
— IV.—El rodeo 636
— V.—Las mudanzas de doña Bárbara 648
— VI.—El espanto del "Bramador" 656
— VII.—Miel de Aricas 659
— VIII.—Candelas y retoños 663
— IX.—Las veladas de la vaquería 671
— X.—La pasión sin nombre 683
— XI.—Soluciones imaginarias 687
— XII.—Coplas y pasajes 694
— XIII.—La dañera y su sombra 703

Parte III:

Cap. I.—El espanto de la sabana 712
— II.—Las tolvaneras 718
— III.—Ño Pernalete y otras calamidades 727
— IV.—Opuestos rumbos buscaban 736
— V.—La hora del hombre 741
— VI.—El inefable hallazgo 746
— VII.—El inescrutable designio 755
— VIII.—La gloria roja 759
— IX.—Los retozos de míster Danger 764
— X.—Entregando las obras 771
— XI.—Luz en la caverna 777
— XII.—Los puntos sobre las haches 781
— XIII.—La hija de los ríos 786
— XIV.—La estrella en la mira 792
— XV.—Toda horizontes, toda caminos 795

CANTACLARO:

Parte I:

Cap. I.—La copla errante 807
— II.—Al abrigo de las matas 817
— III.—Juan, el veguero 833
— IV.—El blanco de hato viejo 838
— V.—Las suertes trocadas 844
— VI.—El corrido del ahorcado 851
— VII.—Juan Parao 863
— VIII.—El Diablo del Cunaviche 877
— IX.—Aquella mirada 900

Parte II:

Cap. I.—Corridos y contrapunteos 916
— II.—Como ante el paisaje 929
— III.—Las humaredas 936
— IV.—El profeta 947
— V.—El rucio mosqueado 964
— VI.—El repudio de las potrancas 972
— VII.—El desván de los sueños 977
— VIII.—Una sombra entre las sombras 984
— IX.—Recogiendo los pasos 987

Parte III:

Cap. I.—La sombra de doña Nico 997
— II.—Trueno abajo 1007
— III.—La entrada de aguas 1013
— IV.—La alegría en "el Aposento" 1020
— V.—Momento sentimental 1024
— VI.—Juegos de palabras 1030
— VII.—Cuentos de vaquerías 1039
— VIII.—Un zarpazo de buitrago 1052
— IX.—Una cacería de tigres 1059
— X.—Al azar de los caminos 1065
— XI.—El mundo por la morocota 1073

CUENTOS

SOL DE ANTAÑO:

Cap. I. 1089
— II 1091
— III 1092

Cap. IV 1094
— V 1095
— VI 1096
— VII 1098

LA LIBERACIÓN:

Cap. I 1099
— II 1101
— III 1103
— IV 1106
— V 1108
— VI 1109
— VII 1111
— VIII 1112
— IX 1113

LAS NOVIAS DEL MENDIGO:

Cap. I 1114
— II 1115
— III 1116
— IV 1117
— V 1119
— VI 1120
— VII 1121
— VIII 1123

LOS AVENTUREROS:

Cap. I 1125
— II 1127
— III 1129
— IV 1132
— V 1134
— VI 1136
— VII 1138
— VIII 1139
— IX 1140
— X 1141

EL APOYO:

Cap. I 1143
— II 1144
— III 1145
— IV 1146

Cap. V 1147
— VI 1150
— VII 1153

EL PIANO VIEJO 1154

EL MILAGRO DEL AÑO:

Cap. I 1159
— II 1160
— III 1161
— IV 1162
— V 1164
— VI 1166
— VII 1167
— VIII 1168
— IX 1169
— X 1172
— XI 1173
— XII 1175

ESTRELLAS SOBRE EL BARRANCO:

Cap. I 1178
— II 1179
— III 1180
— IV 1183
— V 1185
— VI 1186
— VII 1188
— VIII 1189
— IX 1190
— X 1192

LOS MENGÁNEZ:

Cap. I 1194
— II 1199

UNA RESOLUCIÓN ENÉRGICA:

Cap. I 1203
— II 1206
— III 1209

EL CUARTO DE ENFRENTE:

Cap. I 1212
— II 1214

El crepúsculo del diablo:
Cap. I 1219
— II 1222

El paréntesis 1226

La ciudad muerta 1234

Pataruco 1241

Pegujal:
Cap. I 1247
— II 1250
— III 1252

La hora menguada:
Cap. I 1254
— II 1255
— III 1257
— IV 1258

Marina 1260

Paz en las alturas 1266

Un místico:
Cap. I 1274
— II 1277
— III 1280

La fruta del cercado ajeno 1283

El maestro 1295

La rebelión:
Cap. I.—Mano Carlos 1301
— II.—La otra Efigenia 1302
— III.—Las Macaureles 1307
— IV.—Quesadillas de las Cedeño 1311
— V.—El escultor invisible 1318
— VI.—Mano Juan 1322
— VII.—La rebelión 1326

LOS EMIGRANTES:

Cap. I 1333
— II 1336
— III 1338
— IV 1338
— V 1343
— VI 1344
— VII 1349
— VIII 1350
— IX 1351